ulio
1916

PACIFICO
MAGAZINE

Preci
UN PE



LA POLICIA DE LOS PULMONES



Así como el agente de orden público exige que la gente circule en vez de formar grupos, el ALQUITRAN GUYOT hace que el aire circule libremente por los pulmones, curando así las bronquitis, catarros, gripes, etc.

El uso del Alquitrán-Guyot, a todas las comidas y a la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aun la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

¡Desconfiad del consejo, realmente interesado, si en lugar del verdadero Alquitrán-Guyot, os propusiesen tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados, y, necesariamente el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseáis es el **verdadero Alquitrán-Guyot.** Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán-Guyot, lleva el nombre de Guyot impreso en grandes letras y **su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al biés,** así como las señas: **Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, París.**

El tratamiento sólo cuesta unos **10 céntimos al día**—y cura.

Advertencia. — Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas Guyot de Alquitrán de Noruega **(de pino marítimo puro)** y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. **Las verdaderas Cápsulas Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.**



En el camino hacia el Tambo, la tropa...

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. VII.—Santiago de Chile, julio de 1916.—Núm. 43. | — Que mañana

La Guerra y el Amor

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Un negocio me aproximó a Felipe Mandiola, caballero de aspecto reservado y frío, que muchos conocen por su elegancia y modales corteses y finos, restos de tiempos en que la verdadera cortesía española vivía entre nosotros sin mezclas, sin abdicaciones, sin familiaridad. Lo había visto alguna vez en la calle, acompañado de su mujer, una admirable mujer que según sus amigas, poco piadosas en materia de edad, bordeaba ya los cincuenta años, pero que poseía entera y dominante esa belleza otoñal tan llena de melancolía como de misterios. ¿Tenía algunos cabellos grises? No lo supe antes de verla en la intimidad de su salón; no lo quiero decir, no me atrevo a decirlo después de esa inolvidable ocasión que me deparó la suerte. Nadie tiene sino la edad que representa, dicen algunas mujeres frívolas; nadie tiene, agrego yo, sino la edad del corazón y del alma. Si ha caído un poco de nieve sobre la cabeza y arde dentro de ella el verano, ¿para qué discutir este detalle de la fe de bautismo? Felipe Mandiola es copiapino, heredero de una fortuna arrancada al cobre de Tierra Amarilla, artista de temperamento, un buen mozo de hace veinte años, un caballero interesante de ahora. Pasó hace algún tiempo el medio siglo y lo reconoce; pero, al revés de otros hombres de su temperamento y de su edad, se apega a la compañera joven, como la yedra que quiere tener más vida de ajena savia. ¡Y qué vida la de Soledad Moreno, qué extraordinaria vida la de sus magníficos ojos de sol, la de su cabellera color ala de cuervo, la de su expresiva boca dibujada con esmero y hasta con prolijidad, la de sus manos largas de color marfil, que al moverse completan con una frase entera lo que faltaba a su discurso apasionado! La primera vez que visité la casa de Mandiola hube de hacerme violencia para no mirarla. Parecía indiscreto y pretencioso que un mozalbete fijara la vista en esa señora tan señora y al mismo tiempo en esa mujer tan mujer. Pero, luego de atisbarla en los momentos de distracción y de observarla en sus preocupaciones, comprendí que tenía dentro de su alma mucha más vida interna que la que podía ofrecerle la sociedad y las curiosidades de las relaciones pasajeras, y pude dedicarme con más holgura a estudiar tanta juventud, guardada en la fragilidad de un cuerpo que decaía. Y nunca falta una hora de conversación más íntima y más profunda y más sincera, que puede acercar a personas que tienen algunos lustros de diferencia y muchas otras disparidades de carácter y de existencia. Y un día, una noche es más exacto, en que se habló de la guerra, y en que con superficialidad de dilet-

tanti me referí a los grandes movimientos de tropas, a la ofensiva de Brusiloff, a los incendios de pueblos, a las exploraciones de la caballería, a los encuentros de pequeños destacamentos, Felipe Mandiola dijo algunas frases y Soledad agregó otras tan intensas, tan profundas, tan vividas, que me quedé pensativo adivinando que esos dos pasionales tenían un mundo de cosas que contar. Entonces la belleza de esa mujer se me apareció transfigurada por el sentimiento y el amor, por una humanidad profunda, por un sacrificio, por un drama. La ví como el artista ve un retablo de altar en que el dorado se ha amortecido, en que las pinturas se han amortiguado, en que la obra antigua, empapada en la atmósfera para la cual fué hecha, exhala todavía un eco de las plegarias, un aroma del incienso, un residuo del agua bendita y de la mirada fervorosa de muchas generaciones orantes; pero de pronto aparece como era antes, cuando formó parte de una ara santa y vivió en la penumbra de un templo consagrado. Y como manifestara cierto asombro del súbito calor con que ambos hablaban, Felipe dijo:—¿No sabe Ud., entonces, cómo conocí a mi mujer, dónde la conocí y porqué, candidato al celibato perpetuo, acepté la cadena que hoy no me pesa, que no me ha pesado nunca? Yo no lo sabía y lo supe esa noche. Por esto la he declarado inolvidable.

—La guerra,—había dicho Soledad—es la muerte; pero también es la vida...

—Es una obra de resurrección—completó Felipe. Caen unos y al mismo tiempo el germen de la renovación se agita. Los vacíos se llenan, nuevos surcos se abren para recibir la semilla.

—Es cerca de la muerte donde florece el amor,—dijo lentamente Soledad.

Nos habíamos quedado en silencio. Los dos amantes miraban a lo lejos, con los ojos abiertos, casi sin parpadear. Yo los contemplaba arrobado.

—No; no sé nada del romance de ustedes, si es que han tenido uno, como me parece comprenderlo por la pregunta.

—Pero usted sabe—dijo Felipe—que yo fuí soldado...

—Y héroe.

—Entonces lo éramos todos. Pues bien, yo era oficial chileno y conocí a Soledad en la guerra. Esta mujer había nacido en el Perú; pero tenía sangre española y chilena...

—U oriental, dije yo.

—¡Cómo oriental!—protestó Soledad.

—Pero si parece una musulmana en oración en estos momentos!

—¡Ah! Sí... Estoy ya vieja para agitarme de esta manera por recuerdos de sucesos, que pasaron hace tanto tiempo. Pero, realmente, cuando se habla de guerra, yo no veo los movimientos de ejércitos, me figuro sólo la tragedia de un pequeño rincón de huerto, en una aldea saqueada, la del asaltante extrangulado de noche en su cama, la de tanta pequeña traición cometida en el silencio, el encuentro cuerpo a cuerpo en una palabra.

Felipe Mandiola era oficial de los Carabineros de Yungay y durante la campaña de la sierra había recibido una herida de sable en el brazo y gozaba de justa reputación de valiente. Alto, esbelto, pálido, de negrísimas barbas rizadas, era, a juicio de sus compañeros, un perfecto buen mozo. Pero, nada contrastaba más con las costumbres de sus compañeros, que la conducta del teniente Mandiola, galante, cortés, caballeroso, retraído, cuando de fiestas un tanto desordenadas se trataba. Mandiola era muchacho de tino y temperamento meridional, que enamora a las rubias de los países nórdicos, pero que no tiene en el alma el fuego que la naturaleza ha puesto sobre sus ojos. De sus hermanas, muertas todas a temprana edad, se decía también que eran vehementes y peligrosas; pero nada quedó más lejos de la verdad: su bondad era comparable sólo con su delicadeza. Felipe se había educado a la pretina de una madre, dechado de belleza y de virtud, junto con sus tres hermanos que lo adoraban, y pasó así de la escuela al regimiento, penetrado de respeto profundo por la mujer y con esa cortesanía, que era timbre de orgullo de los viejos caballeros de Atacama. Más de una vez en Tarapacá y en Tacna había encontrado esa compleja coquetería de la mujer del país invadido, que se muestra iracunda por deber, aunque conmovida por admiración hacia el oficial que capitanea al enemigo desapiadado. Mandiola bajaba sus ojos al encontrar las pupilas ardientes de esas hijas de andaluces, comprendiendo que no tenía derecho a requerir de amor a quienes se hería en la más sensible fibra del alma.



Felipe dijo: ¿No sabe Ud., entonces, cómo co cí...

Y así llegaba al centro de ese estrecho valle casi tropical donde se acumulaba el pobre caserío de Huilcamayo entre limoneros y naranjos, lúcumos y chirimoyos, que tanto le hacían recordar a Quillota. Un destacamento mandado por el coronel Lopehandía continuaba hacia el norte a establecer su campamento una jornada más lejos. El teniente Mandiola con treinta hombres escogidos llegó a la plazoleta del villorrio cuando el sol comenzaba a quemar. Era necesario darse un breve descanso, buscar informaciones y perseguir hacia los páramos fríos orientales uno de los grupos montoneros deshechos el día anterior.

El cabo Mascaró, uno de los más ingeniosos y útiles asistentes de todo el ejército, había tomado por Felipe entrañable cariño y lo cuidaba como perro. Sus informaciones eran siempre acertadas: lo que no sabía lo adivinaba. Cuando esa mañana, a medida que avanzaba y descendía al valle tibio de Huilcamayo, Mascaró daba curso a su fantasía para pintarles las delicias de esa pequeña y desconocida Capua, que ya había visitado en dos campañas, alcanzó, a juicio de Mandiola, espontánea y verdadera elocuencia. Todavía venían algunos soldados estremeciéndose de frío, penetrados de ese vientecillo de los páramos de la cordillera, cuando comenzaban a recibir ya las ondas perfumadas de los jardines y huertos del bajo, como la caricia de un aliento tibio y amoroso. "¡Cuánto dorado limón, cuánta colorada naranja, cuánto obscuro y relumbroso follaje, cuánta joven y opulenta mujer!"—exclamaba Mascaró al divisiar metida entre los cerros, pero aislada por la verdura de las plantaciones, la capillita española ya dos veces secular, que hablaba de los rancios abolengos y de días más prósperos de Huilcamayo. Y luego, arrimando su caballo al de su superior, comenzó a contarle las condiciones del sitio en que iban a aventurarse. Según el asistente, tendrían un alojamiento bueno, una comida sana, abundante y caliente, agua cristalina y hasta vino, en casa de un español acaudalado del lugar. ¡Y



Cuando llegaron a la plaza



y el pobre vecindario...

a la casa de don Fernando, doblegado, manso, como un perro. Cuando pasaba junto a Soledad bajaba los ojos. Era amigo de su hermano y compañero de sus juergas. Cuando el montonero partió a Huilcamayo su amigo se encontró más libre para ensayar de nuevo con Soledad la reanudación de sus antiguas pretensiones.

Era esta la atmósfera que rodeaba a la niña cuando se iba a producir el encuentro que fijaría su destino. El alférez Blín, que venía en su destacamento, se había arreglado con Mascaró y el resto de la tropa, en el almacén de un italiano, algo más lejos, y antes de que regresaran los que habían ido en conocimiento hasta el Tambo, habían ya comenzado a reunir a algunas mozas que, al comienzo con vacilaciones y luego animadas por la música y la bebida, bailaban y ahullaban con escándalo de los vecinos. Soledad atisbaba desde su casa. Nada podía extrañarla menos que esas bulliciosas, brutales y alguna vez crueles reuniones de soldados. Conocía a las partidas revolucionarias peruanas, a los soldados regulares en guerra, a los chilenos en sus marchas sucesivas por esas regiones; sino había visto, por lo menos había oído mucho. Desde su ventana, colocada tras de una cortinilla, divisaba a algunos de los soldados salir en mangas de camisa hasta el medio de la plaza cruzándose en pugilatos groseros. El pueblo reía estúpidamente de estos juegos y Soledad se avergonzaba de la servilidad de la gente que los aplaudía.



Fué así como el oficial se acercó...

De pronto, vió venir a un oficial pálido y elegante, marchaba con lentitud, gozándose de mover sus piernas adoloridas por el caballo, de aspirar el aire tibio, de observar las plantas y construcciones de la plazoleta. Era seguramente el jefe. Siempre se conoce a un jefe aunque no tenga distintivo alguno en su uniforme. Cuando se aproximó más, pudo ver su cabeza fina, sus ojos serenos, su frente pálida de soñador. Se había quedado a diez paso de distancia en una contemplación perezosa de las cosas. ¿Le era indiferente la conducta de sus hombres? Tras de Soledad había llegado también don Fernando, a quien llamaba la atención la inmovilidad de su hija. Luego descubrió el objeto de sus miradas.

—¿Con que tenemos un oficial chileno a la vista?...—Acaba de llegar, padre. Obsérvalo, me parece un caballero... Fíjate cómo va a sacar a sus soldados de la mala compañía en que están. Y, en efecto, un llamado a Mascaró había producido el resultado fulminante de acallar las voces y hacer entrar en perfecta compostura a los hombres. Estos aparecieron uno a uno en el corredor un poco confusos y allí fueron buscando asiento en las piedras canteadas de la vereda. Don Fernando, que tenía de su raza el movimiento franco e impulsivo, salió al corredor y saludó a Mandiola, enviándole en alta voz sus agradecimientos. Fué así como el oficial se acercó a su destino y vió de cerca a la niña. Muchos años después Mandiola guardaba como venerable reliquia un pétalo de flor que deshojó la brisa de esa tarde sobre el pecho de Soledad, y ésta una varilla con que el oficial golpeaba levemente un pilar del corredor mientras hablaban.

¿Y qué hablaban? Felipe vió asombrado que la niña era **una señorita**, de educación perfecta, de acabada belleza. No cabía un galanteo vulgar, ni la menor alusión a la guerra. Don Fernando preguntó al oficial por cosas de Chile, manifestó conocer de nombre a varios Mandiolas; en fin, las banalidades de un diálogo en que todo el mundo desea decir poco y agradarse mucho. Pero la forma en que había aludido el oficial a su madre y hermanas, mostró por primera vez a Soledad la delicadeza de un hombre de bien y la cortesía de un caballero.

Las horas pasaban fugaces. El destacamento volvía con informaciones. Felipe debía romper de pronto la amable y familiar conversación para reunirse con sus hombres.

En el camino hacia el Tambo, la tropa había recogido a un indio y sabido por él que una pequeña partida de treinta a cuarenta montoneros estaba más adentro, cerca del bosque, esperando reunirse con otros dispersos para hostigar en su marcha a los chilenos. Creía el informante que se podía atraer a los montoneros hacia el Tambo, dejando allí algunos soldados y colocando otros más lejos para apoyarlos. Era también la opinión de Mandiola: acabar luego con esos grupos. Por otra parte, eran esas las instrucciones recibidas. Resolvió, pues, que todos partirían al caer la noche, alojarían en el Tambo y a la primera luz del alba caerían sobre los montoneros.

No era prudente esperar las sombras para quienes no conocían el camino. Mandiola hizo ensillar cuando la campanita de la iglesia tocó al **Angelus**, y después de despedirse alegremente "hasta la vuelta", emprendió el trote con su destacamento. Al llegar al camino que caracoleando se remontaba en los cerros, comenzó de nuevo la brisilla helada, que formaba corriente al descender al valle, a refrescar los rostros de esa juventud vencedora y bulliciosa. Los caballos piafaban, relucían al sol los trozos de metal bruñido; Mandiola marchaba adelante, sobre la tierra conquistada, aspirando con el aire oxigenado la embriaguez de esas emociones nuevas. El peligro, la aventura, el amor. ¡Cómo obraban en su naturaleza de caballero andante, de hijo y nieto de mineros atacameños, de descubridor de viejas huellas, de olvidados derroteros! Su alma tanto tiempo oprimida en el hogar severo, en el colegio-cárcel, en la universidad silenciosa, grave y triste, en la ciudad de la melancolía y de la devoción como era Santiago, encontraba de nuevo el camino abierto de las viejas generaciones, que tenían la inventiva, la audacia, el aguijón de la sorpresa y de la aventura.

Dejaba trotar animosamente a su caballo que enarcaba el huello, mordía con bríos el freno y braceaba como en los desfiles de parada. Esa bestia representaba en símbolo la confiada fuerza y la heroica ambición del destacamento.

Entretanto, había quedado en Huilcamayo una suspirante. Soledad miró desde el interior del huerto cómo el lucido pelotón se

perdía en los matorrales, aparecía más lejos remontando el faldeo y desaparecía finalmente en el polvo de oro que levantaba la brisa e iluminaba el sol muriente.

Luego la primera sombra descendió sobre la aldea y con ella comenzó la tristeza de esas horribles noches de la aldea que, antes de la guerra, habían sido de alegre retiro bajo los árboles y ahora veladas fúnebres llenas de sospechas y de temores, de ansiedades y desconfianzas.

Cuando Soledad vió surgir en las ventanas y puertas de su casa las medrosas luces de los candiles metidos en sus palmatorias de estaño o en faroles de hojalata hollinados, volvió al lado de sus padres y se sentó pensativa a la mesa.

—¿Qué te dijo el teniente?—preguntó tranquilamente Evaristo.—Parece que el militar chileno te admira.

—No sé si me admira, — respondió Soledad, —no tiene por qué hacerlo. Esta noche parte al Tambo de Llalli y ha de atacar a los montoneros. Yo confío en Dios que mi hermano ha de llegar esta noche, como lo tiene anunciado, y que no se encontrará en la montonera. Estos chilenos son decididos y valerosos.

Evaristo sonrió oblicuamente, con un gesto torpe en los labios. Tamboreó con sus largos dedos obscuros en la mesa y comenzó a silbar.

—Sí, sí, — agregó, — ha de venir Andrés muy pronto. Me ha dicho Ulloa que venía en camino hace poco por el deshecho.

Hubo después silencio hasta que el ruido de las herraduras resonó en el corredor exterior y Andrés anunció su llegada. Don Fernando temía por su hijo y estaba resuelto a dejarlo esa noche. Habría combate en el tambo o más arriba, y aunque los montoneros pudieran juntar gente armada no quería que sucumbieran ni el oficial que defendía una bandera, que era la misma de su mujer, ni el guerrillero nacido en Huilcamayo en tierra peruana.

Salieron todos llevando una linterna y vieron al joven que desenvolvía de su cuerpo el poncho obscuro con flecos, dejaba apoyado en un pilar el largo rifle y se desceñía el cinturón con los tiros. Venía airado porque había escuchado el galope del destacamento y comprendía que la persecución se-



Se vino en puntillas hasta la puerta...

ría sin cuartel. Estaba además humillado por esta incesante fuga de los suyos sin hacer fuego o sin entrar en verdadero combate. Le ardía la sangre y, falto de valor, buscaba ansiosamente la ocasión de una asechanza. Se sentó a la mesa, comió en silencio, bebió sin decir una palabra. Su mirada se encontraba con la de Evaristo, huía la de sus padres y la de Soledad. Parecía traer un propósito. Muy pronto fueron saliendo todos. La mulata entró a la sala y comenzó a retirar los platos. Don Fernando y su mujer se marcharon pensativos a sus cuartos y la niña, después de rondar por el huerto y de sospechar de todo, se vino en puntillas hasta la puerta de la habitación de Andrés, que había quedado entreabierta.

Entonces Soledad comprendió que sus palabras dichas a Evaristo habían sido imprudentes. El miserable contaba a Andrés que el jefe del destacamento había cortejado a *su hermana* y que ésta parecía preocupada por sus frases. El peruanito enrojeció de ira.

—Maldita sea la belleza de esta muchacha,—exclamó,—que atrae a los enemigos...

—Bendita sea, has de decir,—interrumpía el otro,—bendita, porque ya sabes a punto fijo que los chilenos alojan en el tambo y que son en todo treinta hombres y a lo menos van diez borrachos. El teniente me pareció bueno para nada. Caerán todos en nuestro poder.

Andrés meditaba, trazando en su mente el plan de la asechanza. Serían malos esos soldados ¡pero quién podía estar seguro de su rabia en el momento en que descubrieran la emboscada? Morirían todos; pero no antes de haber despachado otros tantos montoneros. ¡Y eran tan incapaces los compañeros de guerrilla! Como número se podían alistar doscientos. Pero las armas estaban gastadas y el temple de los jefes peor, mucho peor. Estaban habituados a correr, a correr siempre. Apenas tenía una docena de soldados de línea perdidos de sus batallones, enfermos restablecidos, o veteranos licenciados o desertores del ejército regular; el resto era un cholaje burdo y cobarde.

Soledad había quedado clavada cerca de la puerta, conteniendo la respiración. Se trataba de una traición abominable, forjada sobre sus palabras, animada por los *celos salvajes* de Evaristo, preparada por la torcida y febril pasión de su hermano y todo esto contra gente que hacía la guerra, frente a frente, contra un oficial bueno y caballeroso. Y allí, mientras que el aire tibio del *jardín aleteaba* el *rumor* perfumado de las flores y los grillos menudeaban la canción de sus hélitros, Soledad, con las dos manos sobre el corazón para ahogar los latidos, escuchaba la obscura y vaga elucubración de los conspiradores. En ese momento notó ruido en su cuarto y corrió en puntillas hasta su cama. Su madre estaba allí y era necesario desvestirse para darle confianza. Cuando había colocado ya su blanca camisa de hilo sobre el cuerpo, la pobre mujer se retiró después de besarla y Soledad apagó su candil, esperó unos minutos y salió afuera. Ya el guerrillero tenía su plan más claro. Los montoneros darían vuelta por el deshecho en dirección de Huilcamayo para cortar el camino al destacamento. Una parte quedaría allí apostada para hacer fuego graneado sobre los que pretendieran retirarse, mientras el resto atacaría por tres lados. No habría escapada para nadie.

—¡No habrá cuartel!—agregaba Evaristo.

Soledad volvió a su cuarto porque comprendió que la entrevista terminaba. Un momento después escuchó, en efecto, que Andrés conducía su caballo de las bridas hasta el centro de la plaza, que allí montaba y que, después de despedirse con alegres risas de Evaristo, emprendía galope hacia los bosques del oriente, donde debían esperar sus noticias los montoneros.

La señora había callado durante toda la relación que me ha permitido trazar estas líneas. Pero, a medida que avanzaba Melodiola en sus recuerdos, Soledad se agitaba visiblemente, sus ojos se abrillantaban como con fiebre y al llegar a este momento extendió sus dos manos. Felipe calló mirándola con emoción.

—Permítame usted,—dijo entonces con su voz de contralto tan cálida y llena de vibración.—Nadie puede contar los eternos momentos en que estuve arrodillada en la obscuridad de mi cuarto, con los brazos sobre el borde de la cama y la cabeza sumida entre ellos. Veía la traición clara y fatal. Felipe *estaría llegando a esa hora al tambo*, haría desensillar los caballos, encenderían los cigarrillos, conversarían de la tierra, se dor-

miría una hora más tarde. Mientras tanto yo veía a los míos avanzar agazapados por los deshechos, a pie los infantes y desmontados los jinetes, llevando en silencio los caballos, rodeando el Llalli por todos lados, para esperar el disparo que daría comienzo a la carnicería. ¿Podía yo, culpable de la infidencia, dejar perecer a los chilenos? Diré algo más, que usted va a encontrar ridículo en una mujer que puede llamarse ya "una vieja", ¿podía dejar morir a un hombre, que era el primero que me hacía el efecto de tal y que había dejado a esas horas un recuerdo intenso en mi alma? Y sin embargo, era casi imposible salir, buscar un medio de llegar hasta el tambo. Si me hubiera arrastrado hasta los pies de mi padre, como lo pensé en el primer momento, para pedirle auxilio, me habría retenido en su dormitorio, impidiéndome hacer algo por esos hombres, que iban a ser víctimas de una traición preparada en su casa. No sabía qué hacer, no me cabía el corazón en el pecho, quería levantarme y caía de nuevo. Lo mejor era poner la confianza en Dios y confiar en sus designios. Pero luego, al escuchar la voz del jardín, el canto de los grillos, al ver la luz de la luna, a ratos oculta por nubarrones, que se filtraba hasta mi pieza al través de las enredaderas, pensaba en la verdad de las cosas, en la crueldad de la vida, en las esperanzas, en el amor. Y entonces me encontraba con fuerzas para irme sola, corriendo por los deshechos, saltando al camino, descendiendo de él trepando por las rocas, hasta llegar al tambo. Todos los senderos me eran familiares y por lo mismo sabía cuán largos eran y cuánto tiempo pasaría sin llegar a la ruca de piedras. ¿Y habría tiempo? Algo superior a mí me empujó hacia el jardín, corrí hasta el tapial del fondo y me encontré detrás de la parroquia, donde unos perros grandes ladraban en medio del cementerio tratando de disputarse trozos de indios muertos, mal sepultados. ¡Qué horror era ese! Ahullaron largo rato al ver esa aparición blanca que se deslizaba cerca de los muros y saltaba los matorrales. Los pájaros partían con un ligero silbido de espanto e iban a dar su alarma más lejos a la copa de un árbol o a la punta de un quisco.



Así corrió como una loca, hasta que el frío...

Así corrí como una loca, hasta que el frío aplacó mi fiebre, hasta que el dolor de mis plantas llenas de sangre calmó mi exaltación. Entonces desfallecida me oculté entre unas plantas espesas y me acurruqué para morir. Todavía faltaba mucho; no había hecho un tercio de camino; acababa de pasar una cruz de madera que recordaba una muerte cometida en ese sitio y donde siempre antes de la guerra ardía una luz. El silencio era inmenso. Parece imposible que cuando se va a cometer una traición tan grande la naturaleza no diga nada. Parecía ésa una noche de amor.

Volví a pensar en las palabras de Andrés. No podía tener la menor duda: el plan era perfecto para que no escapara con vida un solo chileno. La idea había surgido en la mente de Evaristo por mis palabras imprudentes y por sus celos rabiosos y se había desarrollado en el alma de Andrés por sus compromisos con los motoneros, por deseo de gloria militar, tal vez por librarse de la vergüenza que el veía en que la hermana de un

combatiente hubiera manifestado simpatías por el oficial enemigo. No habría prisioneros en el tambo, sino muertos y ¡qué muertos! mutilados y martirizados por los cholos sedientos de venganza. No podía sobrevivir a esa matanza; era necesario que hiciera el esfuerzo supremo y heme de nuevo corriendo como el viento, casi por los aires, trepando para ahorrar los zigs-zags del camino, recordando las vueltas de este para salirles al encuentro y vencerlo. No sé qué fiebre me empujaba, pero de pronto me detuve ante un grito. El tambo estaba allí sobre mi cabeza. Quedé un momento en silencio y un nuevo grito varonil y violento surgió en la sombra....

Al llegar a este punto de la narración fué Mandiola el que tendió la mano, pidiendo piedad y silencio.

—Soy yo quien debo contar ahora. Habíamos desensillado. Blin nos contaba cuentos argentinos interrumpido por Mascaró, que había sido arriero en el Neuquén. Un centinela, apostado a media cuadra hacia el oriente, había indicado varias veces que escuchaba voces a distancia de cinco o seis cuadras y había visto la luz de una linterna. No era extraño que los montoneros hubieran tenido algún loro en la vecindad y se prepararan a atacarnos. Sin embargo, nuestra confianza era ilimitada. Además la resonancia de esos cerros maravillosa nos podía avanzar un aviso oportuno para armarnos. Nos dispusimos pues a dormir tranquilamente. Sin embargo, el centinela volvió una vez más a confiarnos sus temores. Hubo necesidad de acompañarlo con otro. Una hora más tarde volvió el segundo a decirnos que había indudable movimiento en los caminos y que, colocándose con el oído en tierra, se escuchaban pasos y hasta rumores de herraduras sobre las piedras. Comenzó entonces uno de esos momentos de ansiedad vecina del temor, que es tan frecuente en la guerra. Las pupilas dilatadas ven sombras, ven surgir soldados, moverse, adelantar, sin que haya nada por delante. El oído, enfermo ya por la tensión nerviosa, cree escuchar voces, percibir palabras, sin que ningún eco real le motive para la alucinación. Así estábamos todos, con el arma en la mano, descolgados desde la puntilla donde han edificado los arrieros esa ruca maldita, para escrutar hacia abajo en la sombra. En ese momento Blin me tocó el brazo con su codo; en la sombra sus ojos destellaron. Acercó su boca a mi oído y me dijo: "escucha". Un jadeo, un respiro fatigado, me pareció a mí. "Hablan en voz baja", exclamó siempre en el más completo silencio. En efecto, algunas piedras rodaban; una más grande me hizo dar la voz de "quién vive". El silencio más completo siguió a mis palabras y pude oir tres veces el eco de mi voz. Nuevo ruido, otras piedras y tierra que cae. Entonces divisé una mancha blanca y disparé...

Soledad, que se inclinaba como viendo de nuevo esa noche trágica, se llevó las dos manos al pecho:,

—Caí de espaldas,—dijo,—rodé como diez metros y quedé tomada en el matorral.

—Sentimos un grito de mujer,—siguió Felipe,—un grito agudo que decía: "chilenos, traición". Y nada más. Los soldados se habían puesto de pie pálidos; algo misterioso surgía delante de esos valientes. El terror se pintaba en los semblantes. Mascaró encendía una linterna y se precipitaba delante. Yo se la arrebaté y no sé si ya adiviné algo o si lo ví después y el tiempo me ha hecho parecer simultáneas las impresiones; pero la verdad es que llegué más que resbalando, rodando literalmente hasta el sitio en que la mancha blanca se agitaba en un lamento sofocado entre las yerbas. Ahí encontré a Soledad, ahí encontré mi vida...

La tomamos en brazos, la envolvimos con nuestros ponchos, la llevamos a la ruca donde vendamos una de sus heridas, que nos pareció la más grave. La niña balbuceó algo: "los montoneros cortarán el camino". Era lo suficiente. Ensillamos con rapidez vertiginosa. Coloqué delante de mí a la herida, que sollozaba por el dolor y la debilidad. Mascaró, en el camino y mientras trotábamos, se acercó para besar un extremo de la camisa manchada de sangre, que asomaba entre los pliegues del poncho. Cerca ya del pueblo, un soldado tomó un deshecho para correr hasta el campamento y llevar el aviso de que los montoneros nos atacaban con fuerzas mayores. Mascaró descendió del caballo y acompañado por mí también a pie atravesamos en silencio la plaza en medio de la sombra de la noche y golpeamos levemente a la ventana de don Fernando. No podía explicarse el po-



bre caballero lo que había ocurrido; pero luego comprendió que se imponía una reserva absoluta...

—Cuenta el resto,—suplicó Soledad Moreno.

—El resto, sí; yo dije esa misma noche a don Fernando que, si salvaba en el combate, me casaba con la mujer que había salvado mi tropa y a la cual yo mismo había herido.

Y ahora dí tú lo demás, dijo entonces jovialmente Felipe.

—¡Ah, sí señor! ¿y por qué no? Yo no llevé el aviso al tambo por salvar chilenos sino por...

—Dilo, dilo...

—Por amor, ¡ya está! Y llevo la marca orgullosa: las dos balas chilenas en el pecho.

Esto lo había dicho Soledad con una belleza de expresión y tal magnificencia de fuego en los ojos, que yo bajé los míos llorosos.

Los montoneros llegaron hasta el pueblo. Felipe se atrincheró en la parroquia hasta las siete de la mañana en que llegó una compañía de carabineros, que puso en fuga y destrozó a la guerrilla. Andrés cayó peleando con valor.

La noche siguió mientras todos callábamos. De pronto Soledad dijo con tono infantil:

—Comprenderá usted cómo escuché el maravilloso romance de Marquina recitado por María Guerrero en el Municipal: "Capitán de los tercios de España, señor capitán,—el de la torcida espada,—y la capa colorada, etc.".

La vida disputa en la guerra cuerpo a cuerpo con la muerte y el amor gana victorias sobre el dolor y el mal.





Fortificación turca defendiéndose contra la escuadra anglo-francesa.

Los dos primeros Años de la Guerra Europea

Ilustraciones fotográficas

RESUMEN DE LAS OPERACIONES

I.—La declaración de guerra

Junio, julio y agosto de 1914.

Para cualquier observador atento, la espectativa de una guerra general para el verano de 1914 no podía pasar desapercibida. A mediados del año 1913 Alemania adoptaba sus nuevas leyes militares que elevaban en 120,000 hombres (dejándolo en 900,000) su ejército permanente. A fines del mismo año cobró una contribución única sobre la fortuna, para terminar sus preparativos militares. Su escuadra alcanzaba en esos momentos el máximum de superioridad relativa, que había muy luego de perder en vista del programa de construcciones navales de Inglaterra, y también de Francia y de Rusia. Francia dictaba en diciembre de 1913 el servicio de tres años, que elevaba a 750,000 la cifra de su ejército permanente. Rusia disponía ya de 1.200,000 soldados, y en el curso de los años 1915 y 1916 elevaría este número a 2.200,000, terminando además la construcción de una red de ferrocarriles que le permitirían una rápida movilización.

En los círculos militares franceses, como asimismo en los financieros, abundaba la

creencia de que Alemania habría de aprovechar ese momento en que alcanzaba su máximum de eficiencia para provocar la guerra que divisaba segura para dos años más tarde, y en condiciones de inferioridad relativa muy acentuadas.

Sin embargo, salvo Rusia, donde el Ministro de Guerra, en publicaciones que se decían inspiradas por él, hacía oír el ruido de los sables, los demás países de la triple entente parecían no darse cuenta de la proximidad de un conflicto. El programa de los partidos dominantes de Francia (el radical y los socialistas), en las elecciones de marzo de 1914, insertaba como número principal la vuelta al servicio de dos años, y la opinión inglesa estaba grandemente conmovida por una cuestion interna: la del Ulster.

El 28 de junio, el archiduque heredero de Austria, Francisco Fernando, y su esposa, la duquesa de Hohemberg, que se habían dirigido a Sarajevo a revistar las tropas de Bosnia-Herzegovina, caían asesinados a tiros de revólver por el estudiante serbio Princip.

Este acontecimiento, que al mes siguiente daría lugar a la mayor de las guerras que recuerda la humanidad, no tuvo en el primer momento gran repercusión. Francia se ocupaba con pasión del proceso seguido a Mme. Caylaux, y a los pocos días el Presidente Poincaré se dirigió a Rusia en visita oficial. Sólo el 23 de julio se embarcaba de regreso en Cronstadt. Inglaterra seguía dominada por la cuestión de Ulster. Sólo en los círculos financieros de Viena y Berlín se le dió importancia, y la baja se produjo en París y Londres en proporción pequeña, impulsada por las órdenes de venta de las dos primeras plazas.

En la tarde del día 23 de julio, el Ministro de Austria Hungría en Belgrado, barón Giesl de Gieslingen, entregó al Ministro de Relaciones Exteriores de Servia, una nota cuyo texto, ya tan olvidado, conviene recordar en sus líneas principales:

Después de recordar que en 1909 Servia había manifestado a la monarquía dual su asentimiento a la anexión de Bosnia-Herzogovina, comprometiéndose a abandonar la actitud de protesta y de oposición que había observado a ese respecto, hace presente que durante los últimos años y especialmente con motivo de los dolorosos sucesos del 28 de junio, se ha demostrado la existencia de un movimiento subversivo, cuyo objeto es el de separar ciertas partes de su territorio de la monarquía austro húngara, movimiento que, a pesar de sus compromisos, el Gobierno servio nada ha hecho por impedir. Esta tolerancia culpable del Gobierno de Servia habría continuado hasta el momento en que los sucesos de Sarajevo demostraron al mundo entero sus consecuencias funestas.

"De las declaraciones de los autores del atentado, agrega, resulta que había sido tramado en Belgrado; que las armas y explosivos de que se habían valido, les fueron proporcionadas por oficiales y funcionarios servios, asociados a la "Narodna Odbrana"; y, en fin, que la traslación a Bosnia de los asesinos fué organizada y efectuada por los jefes del servicio serbio de fronteras.

"Tales resultados de la instrucción no permiten al Gobierno imperial permanecer por más tiempo en su actitud de benévola espectación y le imponen el deber de poner término a maquinaciones, que significan una amenaza para la tranquilidad de la monarquía.

"Para conseguir este objeto exige del Gobierno servio que publique, en los precisos términos que indica, una condenación de la propaganda dirigida contra el Austria. Esta publicación deberá hacerse en la primera página del "Diario Oficial", y darse a conocer en la orden del día de las tropas."

Termina exigiendo el compromiso de prohibir toda publicación dirigida contra el Austria; de disolver e impedir que renazca con otro nombre o en otra forma la sociedad "Narodna Odbrana", u otras que demuestren un fin análogo, confiscando todos sus medios de propaganda; de eliminar del servicio militar y de la administración todos los funcionarios y oficiales culpables de propaganda anti-austriaca, cuyos nombres se reserva comunicar el Gobierno imperial; de aceptar la colaboración en Serbia de funcionarios austriacos para la supresión de todo movimiento subversivo contra la integridad de la monarquía; de proceder al arresto inmediato del comandante Veia Tankositch y de Milan Ciganovitch, empleado público serbio, que resultan comprometidos en el atentado, debiendo abrirse proceso contra los cómplices, y tomando parte en las investigaciones delegados del Gobierno Imperial.

Da plazo para la respuesta del Gobierno serbio, a más tardar, hasta las 5 de la tarde del sábado 25, siguiente.

A raíz del envío del anterior ultimátum, se produjeron dos declaraciones, que demostraron que el conflicto no podría quedar localizado. El 24 de julio la "Gaceta" oficial rusa publicó el siguiente comunicado del Gobierno:

"Vivamente preocupado por los inesperados acontecimientos de los últimos días y por el envío por Austria Hungría de un ultimátum a la Serbia, el Gobierno imperial sigue con atención la evolución del concierto serbio-austriaco, que no puede dejar a la Rusia indiferente." El Embajador alemán en París comunicó al Gobierno francés una nota de su Gobierno, llamando la atención especialmente sobre los siguientes párrafos que encerraban el punto capital:

"El Gobierno alemán desea ardientemente tión actual debe definirse exclusivamente entre Austria y Serbia, y que las potencias tienen el más serio interés en localizarla en las dos partes interesadas."

"El Gobierno alemán desea ardientemente que el conflicto se localice, pues cualquiera intervención de otra potencia, por el juego natural de las alianzas, acarrearía consecuencias incalculables." Quedaba en claro que el conflicto pasaba a ser general en toda Europa.

No habiendo aceptado en su totalidad, dentro del plazo fijado, el Gobierno serbio las exigencias de la nota austriaca, el 27 quedó declarada la guerra por el Austria.

Desde ese momento los acontecimientos se precipitan, a pesar de ciertas tentativas de mediación, propuestas principalmente por Inglaterra.



General Joffre

El mismo día comienza la movilización parcial de la Rusia, y el 31 la general; el mismo 31 la decreta el Gobierno alemán y el 1.o de agosto el francés. En igual fecha Alemania declara la guerra a Rusia y el 3 a Francia; el 4 la declara Inglaterra a Alemania, y el conflicto armado se hace general. Italia comunica que se mantendrá neutral.

Con posterioridad a esta fecha entran a tomar parte en la guerra el Japón, el 16 de agosto de 1914; Turquía el 29 de octubre; Italia, el 23 de mayo de 1915; y Bulgaria, el 27 de octubre del mismo año.

II.—Campaña de Francia

Cuando, terminada la guerra de 1870, el general Seré de Riviere construyó los sistemas fortificados del Mosa (Verdun-Toul) y del Mosela (Epinal-Belfort), se presentó a los estados mayores alemán, francés y belga el problema de cuál sería la dirección del ataque en caso de una nueva guerra entre Francia y Alemania.

Mientras vivió Moltke, el asunto no preocupó grandemente a los alemanes. El mariscal sólo concedía importancia a la rapidez de la concentración de los ejércitos en la frontera, y despreciaba las fortificaciones y campos organizados, cuya historia, decía, se confunde con la de las capitulaciones. Poco después de su muerte, con la terminación del tratado de alianza franco-ruso, quedó convertido en un problema delicado.



Feldmariscal Von Hinderburg

"La situación de Alemania entre sus dos vecinos del este y del oeste, dice un escritor mi-

litar francés, pasó a ser en extremo peligrosa. Sin embargo, la movilización del ejército ruso, extendido en un enorme territorio y mal servido por vías de comunicación insuficientes, debía ser lenta y su concentración más lenta todavía. La Alemania podía, pues, emplear el sistema que tan a menudo había resultado a Napoleón, dirigiendo primero la masa de sus fuerzas contra Francia, tratando de desbaratarle en el más breve término, y volverse en seguida hacia su frontera oriental. Pero, desde sus primeros pasos en nuestro territorio, las columnas alemanas se habrían estrellado contra nuestras barreras fortificadas, demasiado poderosas para ser tomadas por asalto y difíciles de envolver por los estrechos pasajes no defendidos. Sólo un movimiento de gran extensión por los países neutrales permitiría evitar las dificultades. Pero no era este el solo obstáculo para la rapidez del ataque alemán. Lo habría dificultado la falta de frente para desplegar sus inmensos efectivos. Ya en 1870 la frontera del Rhin al Mosela bastaba apenas para el despliegue estratégico de dieciseis cuerpos de ejército. Al atravesar el Sarre el ejército de Steinmetz entorpeció la marcha del de Federico Carlos, quien se incomodó en tal forma que ordenó a uno de sus divisionarios despojar a cañonazos los caminos que se le habían designado. Después el número de cuerpos ha aumentado, al mismo tiempo que el tratado de Frankfort reducía la frontera en más de cincuenta kilómetros. En tan pequeño frente, los invasores se habrían visto obligados a escalonarse en profundidad, convirtiendo la guerra en un gigantesco combate de desgaste, inapropiado para conseguir inmediata solución. Consideraciones eran éstas que militaban en favor de una ofensiva por la Bélgica y el Luxemburgo. Por otra parte basta mirar el mapa para constatar que la vía de acceso natural de la mayor parte del ejército alemán pasa por esa región. Las circunscripciones de ocho cuerpos alemanes corresponden a nuestra frontera; los diecisiete restantes están más al norte y su camino más corto pasa por esas regiones. Ningún obstáculo natural y sólo tres plazas fuertes—Lieja, Namur, Maubeuge—aisladas y fáciles de rendir o contornear, resguardan el camino a París por los cómodos valles del Mosa y del Oise."

La opinión en Bélgica, inspirada en las ideas de los generales Brialmont y Dejardin, creía en esa forma de ataque, lo que se pone de manifiesto con el hecho de que a las primeras alarmas, el 26 de julio, el Rey Alberto decretase la movilización general. En Francia, de acuerdo con la mayoría de los escritores militares, especialmente con los generales Langlois y Bonnal, se esperaba el ataque en Lorena y que sólo un ala fijaría sus itinerarios por el sur de Bélgica, sin alcanzar la línea Lieja-Namur.

Los hechos dieron la razón a los generales belgas, y el 2 de agosto el Ministro alemán en Bruselas pide permiso para pasar sus tropas por el territorio belga, manifestando que la oposición a este acto significaría que Bélgica se declaraba enemiga del Imperio.

La invasión de Francia.—Del Mosa al Marne

Aunque el propósito de estas líneas ha sido recordar las grandes operaciones militares realizadas en cerca de dos años de guerra, que crearon las actuales líneas de los beligerantes, sin tomar en cuenta, por grandiosos que sean, los episodios militares, que no hayan tenido influencia bastante para cambiar una situación, no es posible prescindir de algunos detalles al tratar de los primeros dos meses de la campaña de Francia. En esos dos meses se establecieron las posiciones de los adversarios, que aún se conservan, sin que los pequeños cambios realizados las alteren en forma apreciable.

El agrupamiento de las fuerzas al comenzar la guerra fué el siguiente:

Ejército alemán:

De derecha a izquierda: 1, ejército von Kluck; 2, von Bulow; 3, von Hansen; 4, duque de Wurtenburg; 5, Kronprinz de Prusia; 6, Kronprinz de Baviera; 7, von Hoeringen; 8, destacamento de Alsacia, von Deimling. Además el ejército llamado de El Mosa, vanguardia provisoria del ala derecha, von Emmigh.

Ejército francés:

1, Dubail (en los Vosgos, de Suiza al Donon); 2, de Castelnau (del Donon a Metz); 3, Ruffey (frente a Metz y Thionville, en el Woevre); 4 y 5, Langle de Cary y Lanrezac (frontera de Bélgica); 6, ejército inglés, extrema izquierda (frente a Mons).

Así agrupados los ejércitos, comenzó el despliegue estratégico;

Mientras los 6, 7 y 8 ejércitos alemanes se situaban de Metz a la Alsacia para prevenir un ataque francés, los 1 a 5 se extendieron de

Mons al ducado de Luxemburgo, iniciando el gran ataque envolvente de la izquierda francesa. La heroica resistencia de Lieja y el ejército belga no fueron bastantes para perturbarlo. El general von Kluck, sin preocuparse de Lieja pasó el Mosa, más abajo de la ciudad, derrotó en Aerschot a los belgas, que fueron compelidos a encerrarse en Amberes, ocupó Bruselas, siguiendo hasta cerca de Lille; von Bulow pasó el Mosa en Huy, y se desplegó entre Namur y Charleroy; von Hansen y el duque de Wurtenburg, atravesaron las Ardenas, dirigiéndose contra Dinant y Neufchateau; y el Kronprinz unía estos ejércitos en el Luxemburgo con las defensas de la frontera, formando el eje de la conversión.



Feldmariscal Sir John French

El ejército francés, por su parte, tomó sus disposiciones para entrar en Bélgica. El 3 ejército (Ruffey) se corrió de su posición frente a Metz hacia el noroeste, con su derecha en Longwy, lo que permitió al 4 apoyar a la izquierda; el 5, Lanrezac, se estableció entre el Mosa y el Sambre, y los ingleses del Sambre al Escalda, de Condé a Binche.

El 20 de agosto tomaron contacto ambos ejércitos, y después de una lucha de tres días el triunfo se pronunció por los alemanes, arrastrando la retirada de los cuerpos vencidos de los franceses, a los que habían mantenido sus posiciones. El general Joffre inició la retirada general, seguido en carrera vertiginosa por los alemanes que, dejando sitiado a Maubeugue, llegaron el 5 de septiembre más abajo de la línea de París, atravesando el Marne en varias partes.

Allí comenzó la resistencia francesa, cuyo ejército se había aumentado con dos nuevos ejércitos. Uno de ellos, mandado por el general Foch, se intercala entre el de Langle de Cary y de Franchet D'Esperey, sucesor de Lanrezac, y a la extrema izquierda el del general Maneury, con las tropas de París. Por su parte el ejército alemán, debilitado por la enorme extensión de sus líneas de comunicación y por el retiro de doscientos mil hombres que la inesperada invasión de los rusos en la Prusia Oriental obligó a transportar al frente oriental, se encontró no sólo con un enemigo fuerte y decidido, sino también con su ala derecha desguarnecida, y expuesta a ser envuelta por las tropas del campo atrincherado de París.



General Von Mackensen

La victoria del Marne del ejército francés se pronunció el 9 de septiembre, en que la retirada alemana, iniciada por von Kluck, se hizo general. El repliegue duró seis días, y el 15 el ejército alemán se hizo fuerte en una línea que partía de Soissons hacia el éste, siguiendo el curso del Aisne. De este punto ambos ejércitos fueron extendiendo su ala derecha hacia el norte, tratando de rebasarse mutuamente. Con propiedad un comunicado francés llamó a esta operación la "course a la mer".

El ataque brusco para aniquilar a la Francia había fracasado. La batalla del Marne, sin que propiamente pudiera llamársele una derrota táctica, significó el abandono del plan principal y más estudiado del Estado Mayor alemán. Había, ahora, que hacer frente a los rusos teniendo a su espalda el ejército enorgullecido de la Francia, y las tropas en formación que iría acumulando Inglaterra. El comando alemán se mantiene inquebrantable, y hace frente, siempre atacando, a todas las eventualidades. Toman la ofensiva en dos frentes, en Polonia y en Flandes, tratando aquí de rebasar el ala izquierda francesa, lo que les daría la posesión del paso de Calais y de la costa del Mar del Norte.

Pero para realizar esa operación tienen que eliminar de su

espalda los restos bastante enteros del ejército belga, refugiado en Amberes, y dueño de los pasos del Escalda y del Lys. El 26 de septiembre las piezas que habían conquistado Maubeuge toman posición ante Amberes y el 9 de octubre la obra maestra de Brialmont cae en sus manos. Sus defensores la evacuan, y mientras una parte consigue escapar hacia el oeste, la mayoría pasa la frontera holandesa, donde es desarmada.

Los vencedores de Amberes continúan sin pérdida de tiempo la persecución de los belgas. Gante, Ostende y Brujas caen en sus manos y el 18 llegan al Iser, donde hacen frente los belgas. Allí, de Nieuport a Dixmude, siguen diez días de los más encarnizados combates, pero la inundación provocada por los belgas, rompiendo los diques del Iser, paraliza sus esfuerzos.

El 9 de noviembre hacen nuevas tentativas en Ypres, defendido por los ingleses. Después de vanos esfuerzos, la intensidad de los ataques disminuye, y los ejércitos quedan en sus posiciones, hasta el presente. La línea corre de Nieuport a las vecindades de Soissons, de Soissons a los alrededores de Verdun y de Verdun a Suiza. Los ataques de los ingleses en Neuve Chapelle, la ofensiva franco-inglesa en Champagne y en Loos, en septiembre de 1915 y los tenaces ataques contra Verdun, que se mantienen desde el 21 de febrero de 1916, apenas han deformado la línea fijada en esos días.

III.—La campaña de Rusia.—La invasión rusa

El teatro en que se van a desarrollar las operaciones del frente oriental está formado por una vasta llanura que se extiende de los Cárpatos al mar Báltico, llanura desprovista de obstáculos naturales, salvo las insignificantes alturas de Lisa Gora y dos ríos, el Vístula con sus afluentes, entre los cuales son los más importantes el San, el Narew y el Bug, y el Dniester con los suyos. Ocupan ese territorio tres naciones, y sus límites, fijados por la Santa Alianza, no coinciden con ningún accidente natural que sirva para marcarlos. La vertiente norte de los Cárpatos, la Galicia, hasta más allá del Dniester, forma parte del Imperio austro-húngaro; luego viene la Polonia rusa, que se extiende hasta el lado norte del Narew, y de allí al Báltico la Prusia Oriental.

Esta situación, esta cuña que entra Rusia en el territorio alemán parece a primera vista que podría permitirle atacar desde el primer momento las partes vitales del Imperio germánico. La realidad es otra, sin embargo. Sus flancos están amenazados, y este peligro acentuado por la circunstancia de que la concentración de sus tropas se hace en el corazón de la Rusia, ha hecho que las defensas permanentes estén retiradas de la frontera extrema occidental, y sigan el curso del Narew, del Vístula y el valle del San, en primera línea, y en segunda, el Bug y el Niemen.

Para seguir las primeras operaciones que se desarrollaron a raíz de la declaración de guerra, hay que independizar las de la Prusia Oriental de las de la frontera austro-rusa de la Galicia. Comenzaremos por las primeras.

Mientras Alemania enviaba la masa de sus fuerzas contra Francia, dejando solo tres cuerpos (1, Konigsberg; XX, Allenstein y XVII, Dantzig) para mantener la ofensiva en su frontera oriental, Rusia iniciaba tres operaciones, una defensiva en sus confines con Austria en la Galicia Occidental, y dos ofensivas, desde Vilna y desde Varsovia contra la Prusia Oriental, y en la Galicia Oriental, por Brody y Tarnopol.

El ejército de Vilna (Rennenkampf) derrota a los prusianos en Gumbinnon, el 19 de agosto y el de Varsovia entra por Mlava al territorio enemigo, amenazando juntarse con el primero, aislar y sitiar a Konigsberg. El general Hinderburg reune sus escasas fuerzas, dejando sólo los elementos más indispensables para demorar la marcha de Rennemkampf, y ataca en los pantanos de Tannenberg a Samsonof (ejército del Varsovia o del Narew), derrotándolo completamente. De cinco cuerpos de ejército y cinco divisiones de caballería, que lo componían, hace noventa mil prisioneros, pocos menos perecen en los pantanos y el resto vuelve al Narew en completa dispersión.

Vuélvese en seguida hacia el este, bate a Rennenkampf, destrozándole el ala izquierda en Lick, y obligándolo a guarecerse tras el Niemen; en la segunda quincena de septiembre no queda un ruso en territorio alemán, pero la necesidad de distraer fuerzas del frente francés han salvado a la Francia, de manera que la doble derrota rusa hizo fracasar el plan entero del Estado Mayor germánico.

No mejor marchaban las cosas en el frente

austro-húngaro. Lentos en movilizarse, sólo el 25 de septiembre alcanzan la frontera los ejércitos austriacos de los generales Dankl y Auffemberg y archiduque José Fernando, encargados de la ofensiva en Polonia, alcanzando su avance máximo entre el Vístula y el Bug el 4 de septiembre, con la línea Opole, Krasnostaw, Grubeschow; pero su flanco defensivo en la extremidad de la Galicia, atacado por los generales Routssky y Broussiloff es obligado a retroceder en desorden. El 23 de agosto estos generales ocupan Bredy y Tarnopol, el 26 pasan el Zlota Lipa, el 29 atacan a los austriacos atrincherados en el Guita Lipa, y después de tres días de encarnizados combates los derrotan por completo. El 3 de septiembre ocupan a Lemberg, que no pudo ser defendido y apenas encontraron resistencia en Grodek.

Mientras tanto, las tropas rusas de Polonia toman la ofensiva, Dankl es obligado a retirarse sobre Kranik, Auffemberg sobre Tomaschow y Rava-Rusca, donde lo ataca de nuevo Rousky, partiendo de Lemberg. Sus tropas, unidas a las del archiduque, son arrolladas y huyen desbandadas a refugiarse tras del San y los cañones de Przemilzl. El 15 el ejército ruso de Polonia pasa el San cerca de su confluencia con el Vístula, Rousky lo pasa el 22 por Jaroslaw, y el 28 comienza el primer sitio de Przemilzl.

La faz inicial de la campaña está terminada. Los austriacos retroceden a reorganizarse en Cracovia.



Línea general del frente ruso

El mariscal Hindemburg es nombrado generalísimo de las tropas alemanas y austriacas, y le cabe enderezar la marcha de los sucesos, que tan desgraciado comienzo habían tenido.

Ofensiva alemana contra Varsovia

El ataque ruso se extendía del San a los Cárpatos y a la Bucovina, en dirección al sur, pero el abandono de la zona al occidente del Vístula dejaba muy en descubierto su ala derecha. El general Hindemburg comprendió que la mejor manera de detenerlo, y de dar respiro a los austriacos era iniciar un ataque de flanco, aprovechando esa situación, maniobra, por lo demás, que ha empleado con el mejor éxito en todas las fases de la guerra. Reune sus tropas en la Silesia, dejando al general Schubert el encargo de detener a Rennenkampf en el Niemen, que con nuevos efectivos se apronta para volver a la ofensiva,—lo que efectivamente realiza el 29 de septiembre, repasando el río, —y marcha por Lodz, Petrokow y Kielce, contra Varsovia e Ivangorod, dando la mano por la ribera derecha del alto Vístula a los austriacos que siguen el curso del San. Esta maniobra fuerza al generalísimo ruso, el Gran Duque Nicolás, a detener su marcha, haciendo frente al nuevo adversario. Abandona la línea del Wisloka, las cumbres de los Cárpatos y aun levanta el sitio de Przemilzl, como también el territorio del oeste del Vístula y del San.

El ejército alemán marcha sin obstáculos y solamente el 15 de octubre se producen los primeros encuentros a pocos kilómetros del Vistula. Pero el ala izquierda alemana sufre el mismo defecto de falta de apoyo que motivó la detención de la ofensiva rusa. Siguiendo el mismo método de Hinderburg, el Gran Duque toma la ofensiva, partiendo de Ivangorod, Goura, Calvarija, Varsovia y Novo Giorgiewsk; esta última columna atraviesa el Vistula cerca de la confluencia con el Bzura, y se dirige al sur tomando por la espalda el ala izquierda alemana, que corre gran peligro de verse envuelta. Su retirada se comunica al resto del frente, y el 26 de octubre se hace general.

Los rusos ocupan Lodz el 26, Radom el 28, Petrokow el 31, llegando a la línea del Wartha, y los cosacos llevan sus incursiones hasta territorio de la Silesia, donde destruyen la estación de Pleschen.

Los austriacos resisten en Galicia hasta el 6 de noviembre, pero son de nuevo derrotados. El 13 comienza el nuevo sitio de Przemilzl. Cracovia y la Hungría están amenazadas.

En la Prusia Oriental los alemanes han tenido también que volver a su frontera, defendiéndose tras de los lagos Mazures.

Segunda invasión de la Polonia

Aprovechando su red de ferrocarriles, Hinderburg gana Thorn y sorprende de nuevo al descubierto el ala derecha rusa. Siguiendo el curso del Vistula la ataca y derrota en Wloslawsk y Kutno, llevando de nuevo la guerra al Bzura y la región de Lodz. Prolonga su derecha el IX ejército (Mackensen) partiendo de Kalish, y el X de Veljun. Pero el frente ruso se mantiene inconmovible, cubriendo sus pérdidas nuevos y nuevos contingentes. Evacuan Lodz, pero se sostienen todo el invierno en la región de los cuatro ríos (Bzura, Rawa, Pilitza y Nida). Más al sur mantienen la línea del Dunajoc, frente a Cracovia.

Mientras tanto, sigue la lucha con alternativas constantes en la línea del Narew, de Plotsk o Grodno, en las Cárpatos y en la Bucovina.

Los esfuerzos de los austriacos por socorrer a Przemilzl resultan infructuosos. En febrero y marzo ocurren dos hechos de importancia. Es uno, la derrota absoluta del ejército ruso del general Sievers en los lagos Mazures (7 a 14 de febrero), desastre de proporciones semejantes al de Tannenberg, y el 23 de marzo la rendición, por falta de víveres, de Przemilzl, que dejó libres contingentes numerosos con los cuales los rusos emprendieron el paso de los Cárpatos.

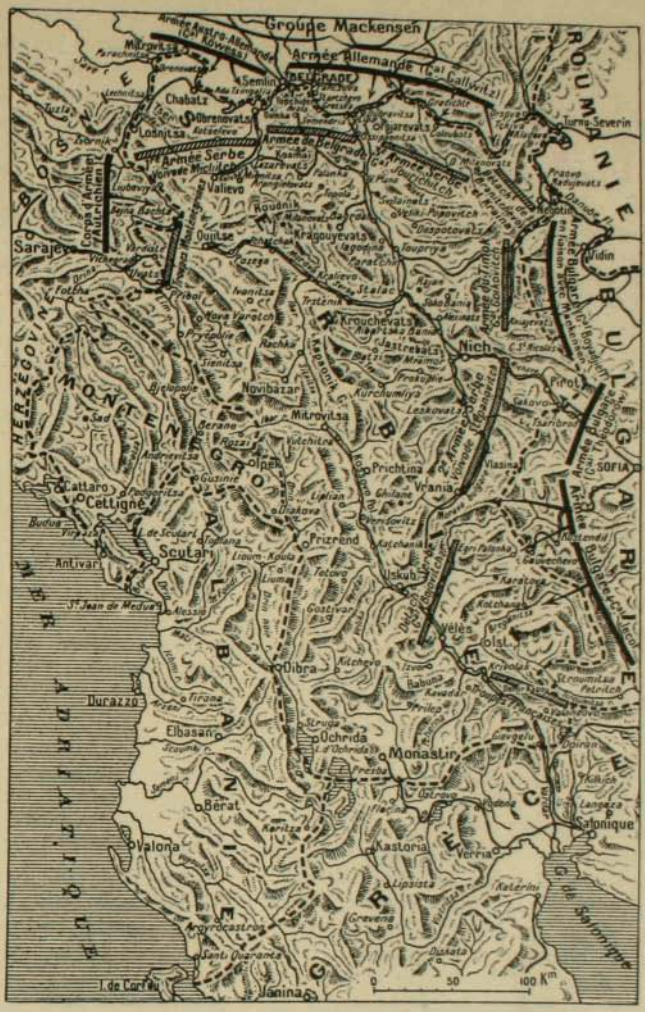
IV.—Primera y segunda campaña de Serbia

Agosto a diciembre de 1914.

Aunque la principal fuerza austriaca debía dirigirse a la Polonia y a la Galicia, en demanda del enemigo más poderoso, cinco cuerpos de ejército, al mando del general Potiorek, fueron encargados de una ofensiva contra Serbia. El punto de ataque elegido era la parte de frontera vecina a la confluencia del Drina con el Save, y sólo se hicieron demostraciones para ocultar la verdadera dirección en el Danubio. El 12 de agosto el IV cuerpo pasó el Save más arriba de Chabatz, mientras el VIII, el XIII i el XV cruzaban el Drina cerca de Bielina, Loznitza y Zvornik. La lentitud con que fueron dirigidas las operaciones dió tiempo al comandante serbio Putnik para trasladar sus fuerzas a ese frente desde una posición intermedia, adoptada al principio para hacer frente en cualquiera dirección en que se pronunciase el ataque, y el 16 tomaron contacto las avanzadas. Aunque las extremidades de la línea austriaca sostuvieron bien el ataque, el frente en el valle del Lechnitza fué arrollado y el 20 la derrota se hizo general. El IV cuerpo húngaro se sostuvo todavía, pero el 24 volvió a pasar el Save.

Una nueva operación comenzó en el mismo frente a los pocos días. El 7 de septiembre fuerzas mayores iniciaron el ataque, pero dando la principal importancia a las que cruzaron el Drina en Zvornik, en dirección a Krupanié, que trataban de envolver el ala izquierda serbia. Después de encarnizados combates fueron éstos obligados a retirarse de las cimas de las montañas, no sin haber luchado por ellas cerca de dos meses. Los austriacos los siguen lentamente y el 14 de noviembre ocupan Valjevo. La dirección del ataque va de oeste a este. El 20 alcanzan la línea del Kolubara, y habiendo roto el centro serbio en Souvobor, lo obligan a retirar su ala derecha y a abandnar Belgrado. Se reconstituyen en un nuevo frente que, partiendo de Drenié, en el Danubio, pasa por

Kosmai, Lazarevatz y Roudnik hasta el valle del Morava. La campaña parece terminada: el 2 de diciembre el general Frank, viniendo de Semlin, ocupa Belgrado, y en breve esperan alcanzar a Kragujevatz, el arsenal de Serbia, y a Nish, la nueva capital. Pero Putnik no se ha dado por vencido. Reune la mayoría de sus tropas contra el ala derecha austriaca en Poyega, en el valle del Morava y más al centro hacia Souvobor, y el 3 de diciembre las lanza al ataque. Durante tres días cinco brigadas austriacas resisten los furiosos ataques de los serbios en Souvobor. El 5 en la tarde se pronuncia su derrota. El XV cuerpo a la vez era sorprendido en el estrecho valle del Morava, y deshecho, con enormes pérdidas es arrastrado hasta Oujitze. Este cuerpo, el XVI y el XIII ganan el Drina en desordenada fuga, pero el ala izquierda resiste frente a Belgrado. Dos ejércitos serbios lo atacan y el 13, por fin, lo hacen pasar de nuevo el Danubio. El 15 el Rey Pedro entra en su antigua capital.



Posición de los ejércitos en el momento de la ofensiva austro-germano-búlgara contra Serbia.

Dará una idea de la magnitud de la derrota el botín que contaron los serbios: 46,000 prisioneros, 126 cañones, 70 ametralladoras, y 2,000 caballos quedaron en sus manos.

V.—La derrota rusa

Dejamos a los rusos fortificados en una línea que, de la confluencia del Bzura con el Vístula, se extendía hacia el sur hasta el Dunajec. Por el norte ocupaban la línea que va de Plotzk a Grodno, pero la derrota del general Sievers había permitido a los alemanes extender sus operaciones en dirección a Libau y a Mittau. Mientras así detenían la ofensiva del mariscal Hinderburg, que con tan buen éxito había comenzado en Kutno y en Lodz, con las tropas que quedaron desocupadas por la rendición de Przemilzl, dieron impulso a la invasión de Hungría, al través de los Cárpatos, y, durante el mes de abril

tuvieron lugar las mas sangrientas batallas en los distintos pasos de la cadena de montañas, desde los Beskides a la Bukovina. Heroica fué la resistencia austro húngara, pero la potencia de los invasores se mantenía intacta y ya los cosacos amenazaban a Maramaros Ziget y las fertiles praderas de la Hungría.

El mes de mayo, permitiendo ya el tiempo el buen aprovechamiento de los poderosos medios de combate del ejército alemán, cambió el rumbo de los acontecimientos.

El día 1.o el general von Mackensen dió comienzo a la ofensiva más enérgica y de mayores resultados que registra la historia. Nada la detuvó, y los primeros cinco millones de hombres que lanzara Rusia desaparecieron por entero. En cuatro meses, la entera Polonia Rusa, la Curlandia, la Volhinya, Varsovia, Novo-Giorgieswsk, Brest- Litoswk, las fortalezas del Narew y del Niemen, Wilna y Pinsk cayeron sucesivamente en manos de los imperios centrales. El rodillo ruso corrió para atrás, barriendo con poblaciones y ciudades. Millones de polacos fueron obligados por los rusos mismos a abandonar sus casas, después de destruírlas y de quemar sus sementeras. El desastre de los fugitivos, que morian de hambre y de cansancio en los caminos, y que luego irían a mendigar en el corazón de la Rusia, sólo tiene igual en la campaña de Serbia.

La maniobra del Dunajec guarda absoluta conformidad con todos los ataques de von Hinderburg. Al romper ese flanco defensivo del ejército invasor de la Hungría, éste se desbarató por completo y de atacante se vió obligado a emprender precipitada retirada, con sus líneas de comunicación amagadas por Mackensen, que iniciaba la persecución más constante y tenaz. Es interesante seguir la marcha de esas operaciones, por su orden cronológico, pues la simple lectura en una carta de los nombres de los lugares conquistados pone de manifiesto la inmensidad del desastre ruso.

El ataque comenzó el 1.o de mayo y el 4 ya se pronunció la derrota.

El boletín oficial de Berlín de ese día da cuenta de la victoria en los siguientes términos:

"En el teatro sur-oriental de la guerra, en presencia del archiduque Federico, y bajo la inmediata dirección del general von Mackensen, las tropas imperiales aliadas rompieron ayer por todas partes y destrozaron por completo, después de una encarnizada batalla todo el frente ruso en la Galicia occidental desde las vecindades de la frontera húngara hasta la confluencia del Dunajec con el Vístula. La derrota ha sido tal que las tropas rusas que lograron escapar están en rápida retirada hacia el este, estrechamente perseguidas por las tropas aliadas. Los trofeos de esta victoria no pueden ser calculados todavía ni siquiera aproximadamente."

El 7 de mayo pasaron el Bialla y conquistaron a Tarnow; el 6 el paso de Dukla volvió a manos de los austriacos defensores de los Cárpatos y el 7 conquistó Mackensen la línea del Wisloka.

La retirada rusa prosigue en un frente de doscientos kilómetros; el 9, Krosno, Uszok y Zalesziky, en el Dniester, caen en manos de los imperiales. El mismo día, en otro frente, cae Libau en poder de Alemania.

El boletín del 15 anuncia que los generales von Woirish y Dankl prsiguen a los rusos al este de Kielee, (la retirada se comunicaba a la Polonia occidental). El archiduque José Fernando atraviesa el San cerca de Jaroslau. Mackensen llega cerca de Przemilzl y más al sur; al través de los Cárpatos son perseguidos los rusos en dirección a Strij y Sambor.

El 23 Italia declara la guerra a Austria, pero este acontecimiento no varía el curso de las operaciones.

El 2 de junio cae Stryj y el 4 Przemilzl. El 20 Grodek y el 22 Lemberg.

Reconquistada en menos de dos meses la Galicia y la Bukovina hasta el Gnita Lipa, la dirección cambia hacia el norte. Entre el Bug y el Vístula se renueva el ataque con que debieron iniciar la guerra los austriacos, secundado esta vez desde la ribera occidental del Vístula y por la línea del Narew. El 3 de julio se toman los imperiales a Krasnik; el 20 cruzan el Narew y el Bug; el 26 caen Pultusk y Rozan; y el 31 Lublin. El general Woirish atraviesa el Vístula.

Cholm cae el 2 de agosto y el 3 Mittau, en Curlandia; el 6 Varsovia y el 7 Ivangorod; el 12 Lomsha, el 18 Kowno, en el Niemen; y el 20 Novogiorgieswk. El 24 Ossowietz y el 25 Kowel; el 26 Brest Litowsk.

El 3 de septiembre es tomado Lutsk y el 4 Grodno; el 10 Dubno; el 17 cae Pisk y el 21 Vilna. En la Galicia han llegado a la línea del Stripa, y en el norte al Dwina, frente a Dwinsk. El Gran Duque Nicolás pierde el

mando de las tropas rusas y es enviado a. ejército del Cáucaso.

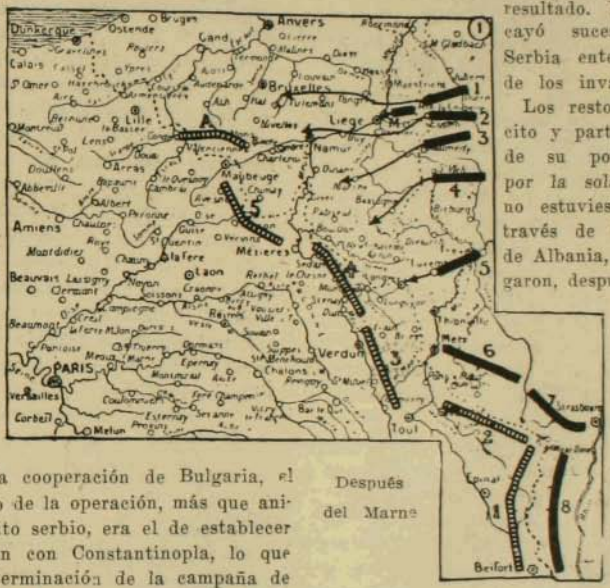
La campaña está terminada.

Los austro-alemanes se atrincheran y la línea parte de las inmediaciones de Riga a la frontera de Rumania.

El 7 de octubre entra a la lucha Bulgaria al lado de los imperios centrales. Comienza la tercera campaña de Serbia.

VI.—La tercera campaña de Serbia

La primavera y el verano de 1915 fueron empleados por los imperios centrales en la campaña de Polonia y de Rusia. Terminada a fines de septiembre, procedieron a fortificarse en su nueva línea, y enviaron fuerzas considerables al mando superior del vencedor del Dunajec, von Mackensen, en contra de Serbia.



Después del Marne

Asegurada la cooperación de Bulgaria, el primer objetivo de la operación, más que aniquilar al ejército serbio, era el de establecer la comunicación con Constantinopla, lo que acarrearía la terminación de la campaña de los aliados en los Dardanelos, aliviaría la situación tan aislada de Turquía dando valor a sus elementos militares, y pondría en comunicación a las cuatro naciones aliadas, comunicación necesaria tanto para fines militares como para el intercambio de recursos de todo orden.

Después de la segunda derrota del general Potiorek, el comandante austriaco de las primeras ofensivas contra Serbia, este país, aunque vencedor, había quedado bastante aniquilado para que pudiera emprender a su vez ofensiva alguna. Dos ejércitos, uno alemán, a las órdenes del yeneral von Gallwits, y otro austriaco, a las del general von Koevess, atravesaron el Danubio y el Save el 7 de octubre, ocupando el 9 a Belgrado. Tres ejércitos búlgaros tomaron la ofensiva, uno en dirección a Nish, de la línea férrea Sofia-Nish a Negotin, otro en dirección al sur-este, destinado a cortar la línea de Nish a Salónica; y el tercero, por el valle del Bregalnitza, a hacer frente a las tropas franco-inglesas que desembarcaron en ese puerto griego con el propósito de ayudar a los serbios. Mandaba el primero el general Boyadjeff, el segundo el general Teodoroff y el último el general Jecof. Un tercer ejército austriaco atacaría por la frontera de Montenegro, para cerrar el círculo en que quedaba estrechada Serbia. El plan dió su exacto resultado. En dos meses cayó sucesivamente la Serbia entera en manos de los invasores.

Los restos de su ejército y parte considerable de su población huyó por la sola puerta que no estuviese cerrada, al través de las montañas de Albania, y los que llegaron, después de los más horribles padecimientos por el frío y por el hambre, fueron recogidos por los aliados y llevados a Corfú a reorganizarse. El Rey Pedro escapó a duras penas y el de Montenegro le siguió luego al camino del destierro. El mes de diciembre señalo la caída de las últimas poblaciones fronterizas: Pristina y Monastir, y la derrota de los aliados de Salónica en Valandovo y Doiran, por los búlgaros de Teodoroff.

La campaña de los Dardanelos fué abandonada también en diciembre y el primer tren de Berlín a Constantinopla cruzó los campos devastados de la Serbia.

Los vencedores siguen hacia Montenegro y Albania; el 8 de enero de 1916 cayó el monte Loeven y el 13 comenzó a circular la noticia de que los montenegrinos pedían un armisticio.

El príncipe Mirko, de acuerdo con la mayo-

ría del Gabinete, celebró un armisticio con Austria, después de la huída del Rey Nicolás, quedando el país ocupado militarmente mientras continúa la campaña hacia el sur en dirección a Valona.

Campaña de los Dardanelos

Como hemos dicho anteriormente, Turquía pasó a tomar participación en la guerra, de parte de los imperios centrales, el 29 de octubre de 1914. Ese día navíos de guerra turcos hundieron a un cañonero ruso en Odessa, y al día siguiente los Ministros diplomáticos de la Triple Entente pidieron sus pasaportes.

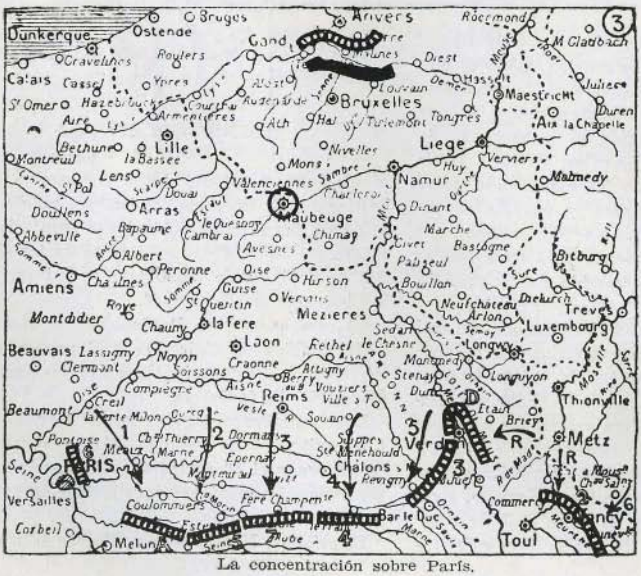
Fuera de algunas operaciones militares en el Cáucaso, sin importancia considerable, pasó el primer tiempo hasta que a fines de febrero del año 1915 los aliados emprendieron la campaña de los Dardanelos, cuyo fin primordial era abrirse comunicación con Rusia. El dominio de la flota alemana en el Mar Báltico, y los hielos que hacen inaccesible en la mayor parte del año el litoral norte de la Rusia y su puerto de Arcángel, sólo permitían el aprovisionamiento de ese país, después de la entrada de Turquía a la guerra, por el ferrocarril transiberiano, y era necesaria una comunicación más rápida y expedita para hacer valer los inmensos recursos de población que posee y dar salida a sus productos agrícolas y mineros que tanta falta hacían a la Entente, y cuya exportación la necesita Rusia para dar salida a su producción sobrante, entonando su situación económica.

Fuera de bombardeos sin resultado en el estrecho y en las costas del Asia Menor, la verdadera operación sólo comenzó el 19 de febrero de 1915. Inglaterra y Francia enviaron una flota compuesta por los acorazados y cruceros "Vengeance", "Cornwallis", "Agamemnon", "Triumph", "Inflexible", ingleses, y "Suffren", "Gaulois" y "Bouvet", franceses. Los días 19 de febrero, 23 y 2 de marzo fueron bombardeadas enérgicamente las fortificaciones del estrecho sin daños muy efectivos. El 6 de marzo ingresaron a aumentar esa flota el super-dreadnought "Queen Elizabet", y los acorazados y cruceros "Albion", "Majestic", "Nelson", "Prince George" e "Irresistible", el acorazado francés "Charlemagne" y el crucero ruso "Askold", reanudándose el ataque.

El 18 se llevó a cabo otro bombardeo, con tan mal resultado para la flota que fueron hundidos por minas y torpedos el "Irresistible", el "Ocean" y el "Bouvet", y quedaron grandemente dañados el "Gaulois" y el "Inflexible".

Francia envió en reemplazo de sus buques el "Henry IV" y el "Jaureguebeberry".

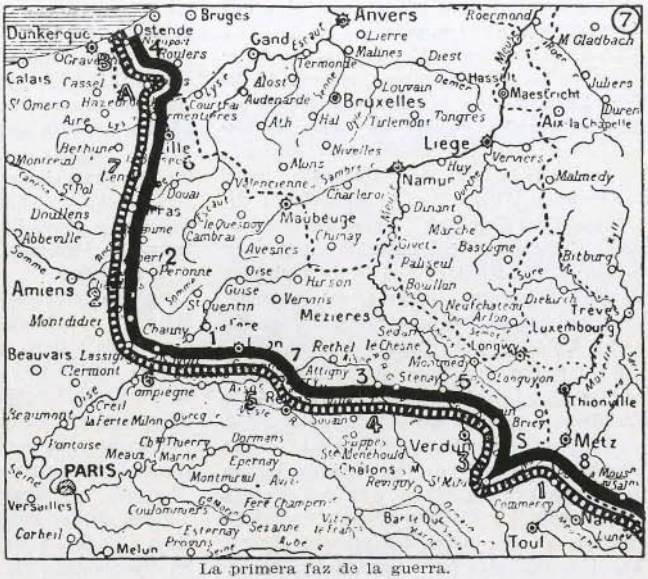
Desengañados de forzar por medio de la flota el estrecho, prepararon cuerpos de desembarco y el 26 de abril desembarcaron en Sedul-Bahr y en otros cuatro puntos de la costa, después de sufrir enormes pérdidas. Las batallas se sucedieron incesantes y sin resultado alguno. Los atacantes perdieron más de doscientos mil



La concentración sobre París.

hombres en los ocho meses de sufrimientos que alcanzaron a permanecer, y tuvieron que retirarse sin conseguir un solo éxito cuando, restablecida la comunicación ferroviaria desde Alemania a Constantinopla, quedaron los turcos en condiciones de manifiesta superioridad.. A mediados de diciembre los ingleses se reembarcaron en la bahía de de Suvla, y luego les siguieron los franceses. (8 de enero de 1916).

Pero para hacer el balance completo de las pérdidas aliadas en esta desgraciada campaña hay que agregar todavía el hundimiento por un submarino del "Triumph", el 25 de mayo, y del "Majestic", el 27.



La primera faz de la guerra.

Las operaciones navales

Al declararse la guerra, la situación naval de los beligerantes era como sigue:

Como resultado de un convenio existente entre Francia e Inglaterra, esta última potencia había retirado del Mediterráneo la poderosa flota que mantenía de ordinario, apoyada en sus dos bases navales de Malta y Gibraltar. Francia dedicaba su escuadra a hacer frente a las de la Triple Alianza (Austria e Italia), mientras Inglaterra defendería el Canal de la Mancha y el Mar del Norte. Aún antes de la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania, Sir Edward Grey había manifestado en la Cámara de los Comunes el propósito, de acuerdo con los convenios existentes, de resguardar la costa francesa del Mar del Norte y del Atlántico contra operaciones navales o intentos de desembarco.

La flota alemana estaba concentrada en sus bases ordinarias, con excepción de los cruceros "Goeben" y "Breslau", que se encontraban en el Mediterráneo, de la división del Extremo Oriente, de la cual los cruceros "Scharnhorst" y "Gneisen" se encontraban en las Carolinas, el "Emden" en Tsingtau, el "Leipzig" en Mazatlan y el "Nurnberg" en San Francisco. El "Koenigsberg" estaba en el Africa Oriental alemana y el "Dresden" y el "Karlsruhe" en las Antillas.

El "Goeben" y el "Breslau" bombardean el 4 de agosto de 1914 a Bone y Philippeville en Argelia, y atraviesan velozmente el Mediterráneo para refugiarse en los Dardanelos. Cuando, mes y medio más tarde, Turquía toma participación en la guerra, toman nombres turcos y desempeñan algún papel en el Mar Negro, pero muy insignificante, a lo menos para el "Goeben", crucero dreadnought de 23,000 toneladas y muy moderno.

La neutralidad de Italia deja a la flota francesa en situación de enorme superioridad sobre la austriaca, la cual no puede salir de sus poderosas bases navales de Pola y Cattaro. El dominio del Mediterráneo quedó asegurado, pues, desde el primer momento, y no ha tenido más perturbación que la acción de los submarinos, que no ha sido bastante, por lo demás, para impedir las operaciones de Gallípoli y de Salónica. La flota francesa hizo poderosos ataques contra Cattaro, ayu-

dada por los montenegrinos desde el monte Loeven, pero sin resultado.

Desde los primeros días los buques destacados en los diversos mares trataron de dañar el comercio de los aliados, ayudados por algunos grandes vapores de comercio. Merecen recordarse las hazañas del "Emden", en el mar de la India, del "Karlsruhe" y del "Kronprinz Wilhem" en el Atlántico, y del "Prinz Eitel Friedrich" en el Pacífico. De éstos, el "Emden" fué destruído por el crucero australiano "Sidney" el 10 de noviembre de 1914, y los otros, estrechamente perseguidos, tuvieron por fin que refugiarse en Estados Unidos, donde fueron desarmados.

El "Scharnhorst" y el "Gneisenau", unidos al "Leipzig" y al "Nurnberg" se dirigierón a la costa sur del Océano Pacífico, y el 1.o de noviembre se encontraron en las alturas de Coronel con una división inglesa compuesta por los cruceros "Good Hope", "Monmouht" y "Glasgow", trabándose un combate en que estos dos primeros fueron hundidos y el otro pudo escapar. Los buques alemanes no tuvieron averías dignas de ser tomadas en cuenta. Siguiendo viaje al Atlántico se dirigieron a la estación naval inglesa de las Malvinas (8 de diciembre), con tan mala suerte que se encontraron con una poderosa división inglesa llegada sólo el día anterior, y fueron echados a pique después de una hermosa resistencia los cuatro buques, escapando sólo el "Dresden", que poco antes se había unido con los anteriores. Este, a su vez, fué atacado el 16 de marzo de 1915, y hundido en la isla de Juan Fernández.

Por su parte el "Koenigsberg" había sido encerrado en la costa de Africa Oriental", y luego destruído.

En menos de ocho meses quedó completamente despejado el mar de buques alemanes, dominando la escuadra inglesa sin otro contrapeso que la acción de los submarinos.

Dos combates de importancia han ocurrido posteriormente. Uno es una batalla naval el 24 de enero de 1915 entre las escuadras de cruceros dreadnoughts ingleses y alemanes en el Mar del Norte. Eran los primeros el "Lyon", "Tiger", "Princess Royal", "New Zealand" e "Indomitable", y los segundos el "Derfflinger", el "Seidlitz", el "Moltke" y el "Blucher". Este último fué echado a pique. De los ingleses sólo el "Lyon" sufrió averías de alguna consideración.

El otro ha tenido lugar en los últimos meses: el 31 de mayo de 1916 se encontraron las escuadras en la costa de Jutlandia, trabándose la más importante de las batallas navales de la guerra. No están de acuerdo las relaciones inglesas y alemanas respecto al resultado y al número de buques perdidos por unos y otros. En todo caso, pueden nombrarse los siguientes, confesados por la parte interesada:

Ingleses: cruceros dreadnoughts "Lucen Mary", "Indefatigable", "Invincible"; acorazados "Defense" y "Warrior"; destroyers "Tipperary", "Ardent", "Fortune", "Shark", "Sparrowhawk", "Nestor", "Nomad" y "Turbulent".

Alemanes: crucero dreadnought "Seydlitz", acorazado "Pommern", cruceros "Elting", "Rostock" y "Franenlot" y seis destroyers.

Fuera de las anteriores, hay muchas pérdidas aisladas de los beligerantes, de las cuales recordaremos algunas:

1914.—8 de agosto.—"Konigin Louise", alemán (fondeador de minas), y "Amphion", inglés.

24 de agosto.—"Konig Wilhem der Grosse", crucero auxiliar hundido por el "Higfliyer" en la costa africana.

16 de septiembre.—Crucero "Hela", alemán, cerca de Heligoland.

22 de septiembre.—Cruceros ingleses "Hogue", "Cressy" y "Aboukir", por un submarino.

15 de octubre.—Crucero inglés "Hawke", por un submarino cerca de Aberdeen, y crucero alemán "York", por una mina alemana al volver de un raid.

27 de octubre.—Super-dreadnought inglés "Audacious", por una mina.

31 de octubre.—Crucero inglés "Hermes", por un submarino en el Pas de Calais.

26 de noviembre. — El acorazado inglés "Bulwark", cerca de Sheerness.

El 13 de diciembre el crucero turco "Messudieh", por un submarino en los Dardanelos.

1915.—El 1.o de enero, el acorazado inglés "Formidable", por un submarino, en la Mancha.

El 8 de febrero, el crucero francés "Amiral Charner", en el Mediterráneo.

El 18 de marzo, los acorazados "Ocean"

(inglés) y "Bouvet" (francés) y el crucero "Irresistible" inglés), en los Dardanelos.

El 3 de abril el "Medjidich", turco, cerca de Odessa, por una mina.

El 25 de mayo, el acorazado inglés "Triumph".

El 27 de mayo el "Majestic", ambos por un submarino alemán en los Dardanelos.

El 8 de julio, el crucero italiano "Amalfi".

El 19 de julio, el crucero italiano "Garibaldi".

El 30 de septiembre, el crucero italiano "Benedetto Boni", éste por explosión interna.

Por último, el 6 de junio se hunde en la costa escocesa el "Hampshire", con el Ministro de Guerra inglés Lord Kitchener.

Merece especial mención, antes de terminar este capítulo, la llegada de un submarino de carga a Baltimore, que, según las noticias, pertenece a una flota de comercio organizada por una compañía de Bremen.

El bloqueo de los imperios centrales había sido completo. Este acontecimiento es el primero que lo rompe, siendo además un triunfo incontestable de la ciencia e industria alemanas.

La situación actual

El estrecho espacio de que hemos dispuesto no nos ha permitido extender la relación de los sucesos a muchos de menor importancia en el conjunto de las operaciones. La toma de Tsing-Tau por los japoneses; la sublevación de algunos elementos boers ayudados por tropas coloniales alemanas, la conquista del Cameroun, la campaña en Persia, y la lucha que aún continúa en el Africa Oriental alemana no han tenido cabida en este artículo. La misma lucha en la frontera italiana no ha sido tratada en capítulo aparte, por la sencilla razón de que en un año entero, a pesar de sangrientos y continuados combates del Trentino al Isonzo, no han variado sus líneas formadas por las fortificaciones permanentes de los austriacos. Tampoco nos hemos referido a la campaña de la Mesopotamia, que concluye con la rendición del general inglés Townsend, en Kut-el-Amara.

Para dar fin a este trabajo, nos vamos a referir a las operaciones llevadas a cabo en la primavera y verano del año en curso, cuyo desarrollo no ha alcanazdo, por lo demás, a tener término.

En los capítulos anteriores hemos visto cómo han llegado los beligerantes a fijar las distintas líneas atrincheradas en Francia, Rusia y Serbia y Albania.

La primera operación que se nos ofrece es la ofensiva del antiguo generalísimo ruso, gran duque Nicolás, en el Cáucaso y en Persia, que obtuvo la toma de Erzerum y de Trebizonda, y que se creyó en un momento que llegaría a amenazar el ferrocarril de Bagdad y a dar la mano a los sitiados de Kut-el-amara. Hechos de importancia mucho mayor han desviado la atención hacia otros frentes, pero, en substancia, parece que no ha seguido progresando, y que los turcos han tomado de nuevo la ofensiva, haciéndolos retroceder en parte.

El 21 de febrero inician los alemanes una tenaz ofensiva contra Verdun, que todavía se mantiene, y en la cual los franceses han demostrado admirables condiciones para la defensa. El ataque se pronunció en la ribera derecha del Mosa, en un frente que iba de Bras a Douomont. La necesidad de proteger su espalda, amenazada desde la ribera izquierda por las obras fortificadas de Le Mort Homme y la colina 304, obligó a los alemanes a extender a ese lado sus ataques, y, poco a poco, han ido ocupando varios de los fuertes destacados del recinto atrincherado de Verdun. Al presente se encuentran en su poder los fuertes de Douomont, de Vaux y de Damloup, y la posesión de las laderas de Froide Terre los ha acercado bastante a su objetivo. Ultimamente los ataques han sido sobre el de Souville. La ofensiva general de los aliados en los distintos frentes no ha logrado paralizarlos a pesar de los cinco meses transcurridos desde su comienzo.

En el curso del mes de mayo, los austriacos, por su parte, toman la ofensiva en el Trentino, por los valles de Lagarina y de Sugana, con el fin de desembocar en las planicies de Vicenza y de Verona. Tienen algunos éxitos, pero antes de bajar al plano la ofensiva victoriosa de los rusos en la Galicia y en la Bukovina los fuerza a suspender la empresa, replegándose en parte perseguidos por los italianos. El contra ataque, por lo demás, tampoco ha hecho grandes progresos, a pesar de ser llevado con gran energía.

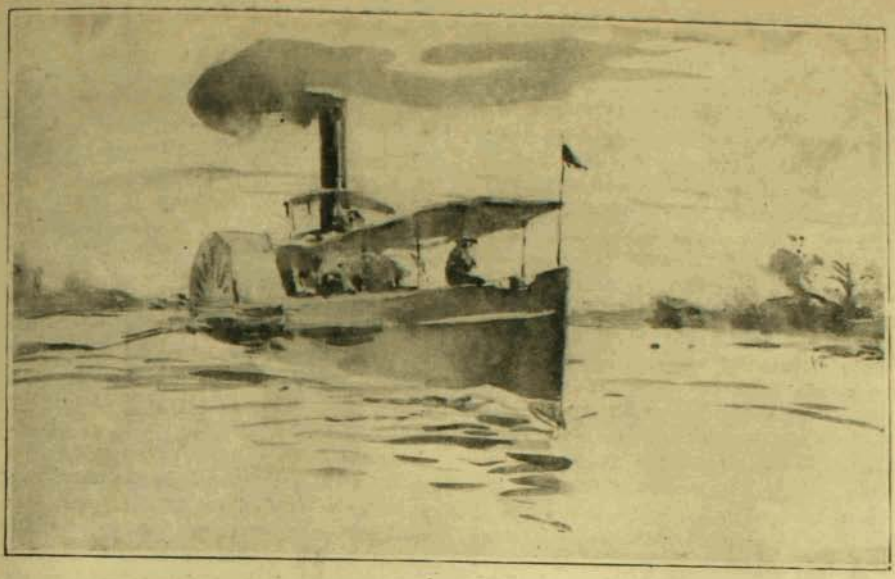
El mismo día en que Lord Kitchener se

hundía en el "Hampshire", al emprender viaje a Rusia, los comunicados austriacos daban cuenta de una creciente actividad en el frente ruso de la Besarabia y la Volhinia. Era ésta precursora de la ofensiva más violenta que han sufrido los imperios centrales desde los días que precedieron a la batalla del Dunajec. Del Styr a la frontera rumana ataca violentamente el general Brousiloff, toma a Dubno y a Lutsk, y rechaza las tropaps del general von Pflanzer en la Bukovina. Cernowits y Kolomea caen en su poder, al mismo tiempo que hace serios progresos en el Stockhod, en dirección a Kovel y Wladimir Wolinsky. El revés de los austriacos, sobre todo, parece ser de gran importancia, a juzgar por los prisioneros y material de guerra que les ha sido tomado. Actualmente la lucha se ha extendido a la región de Pinsk y de Baranovitch, en los frentes de los generales Príncipe de Baviera, von Lisingen, conde von Bohtmer y von Pflanzer Baltin. Aunque se sigue luchando con encarnizamiento, parece que hay a lo menos cierta paralización en los éxitos tan constantes, al principio, de la ofensiva rusa.

Por último, en el sector al norte y al sur del Somme, se ha pronunciado una vivísima ofensiva franco-inglesa contra las líneas más occidentales alemanes en Francia. En los días que van corridos han podido ocupar la primera línea de fortificaciones en un frente bastante extenso, pero se divisa que la lucha es muy tenaz, los progresos lentos, disputándose encarnizadamente cada metro de terreno. Parece que el verano y el otoño no verán un resultado decisivo, que cambie la situación estratégica actual.

Debe dejarse constancia, sin embargo, de que la iniciativa de las operaciones ha pasado en los últimos dos meses a manos de los aliados, conservándola los alemanes sólo en el frente de Verdun.

Santiago, julio de 1916.



La Sentencia de Muerte

Por

MIGUEL DE FUENZALIDA

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Por razones que el público comprenderá sin trabajo, he debido ocultar en la siguiente narración, no sólo el verdadero nombre de los personajes, sino el del país donde ocurrieron los hechos que en ella se relatan. Baste decir que es este, uno de los de la América tropical... y que le llamaremos la República de Veragua...

I

El vapor fluvial "Neptuno" acababa de abandonar el muelle del pequeño pueblecito de Trinidad, a orillas del río de Las Palmas. Era este uno de los últimos puntos de su escala.

Caía ya la tarde. El sol próximo a su ocaso, dibujaba vigorosamente con sus rayos amarillentos un panorama soberbio. El río, angosto y profundo, se desarrolla allí en innumerables vueltas. A un lado y otro se extiende hasta perderse de vista la llanura inmensa, con sus pomposos bosques seculares, sus pantanosas sábanas y las escasas plantaciones, que a trechos señalan la obra del hombre en aquella tierra casi virgen todavía.

Allí ya un imponente ribazo cubierto de árboles gigantescos, despliega sobre las aguas su manto de abigarrada verdura, después una ensenada pantanosa en que las heliconias y otras plantas de extraña for-

ma, se apiñan en confuso tropel; más allá, en el centro de un claro de la selva una tosca cabaña de guadúas que rodean míseras plantaciones sombreadas por las anchas hojas de los plátanos... Más lejos una hacienda con sus cacahuales sombríos y sus cortos potreros de elevadas granas... oasis de vida en aquellas inmensas soledades.

La popa del "Neptuno" aparecía casi desierta. Un joven de poco más de veinte años, con ojos distraídos y melancólicos contemplaba el paisaje que se desarrolla lentamente al paso del vapor.

¿Qué de cosas no se sueñan en aquella hermosa edad de la vida? El presente y el porvenir son la ilusión... Se sabe amar y aún no se ha aprendido a aborrecer.

Sin embargo, las suaves y correctas facciones de aquel muchacho mostraban ya la huella de los primeros combates de la vida. Su mirada profunda y dulce decía muchas cosas.

Se llamaba Ignacio Vallejo y era hijo de un antiguo funcionario diplomático de la República. Muy niño todavía, su padre le llevó consigo a Francia y allá, en París, pasó los mejores años de su adolescencia. Los esplendores de aquella brillante metrópoli de la civilización no le fascinaron sin embargo. Su alma de poeta no cesó de palpitar al calor de los confusos recuerdos de la patria ausente. La pobre y triste República de allende los mares, era el paraíso de su imaginación, el tema de sus incipientes charlas, el único amor serio y verdadero de su vida. El director del colegio le llamaba el joven poeta de Arcadia, y sus compañeros el pequeño salvaje. Tranquilo y suave de ordinario, se tornaba lírico y nervioso cuando describía las magnificencias de su tierra natal, embellecida por la distancia y por su infantil optimismo. Veragua iba a ser con el tiempo la primera nación del mundo, el cielo de los desgraciados de toda la tierra, un idilio de paz y de trabajo fecundo.

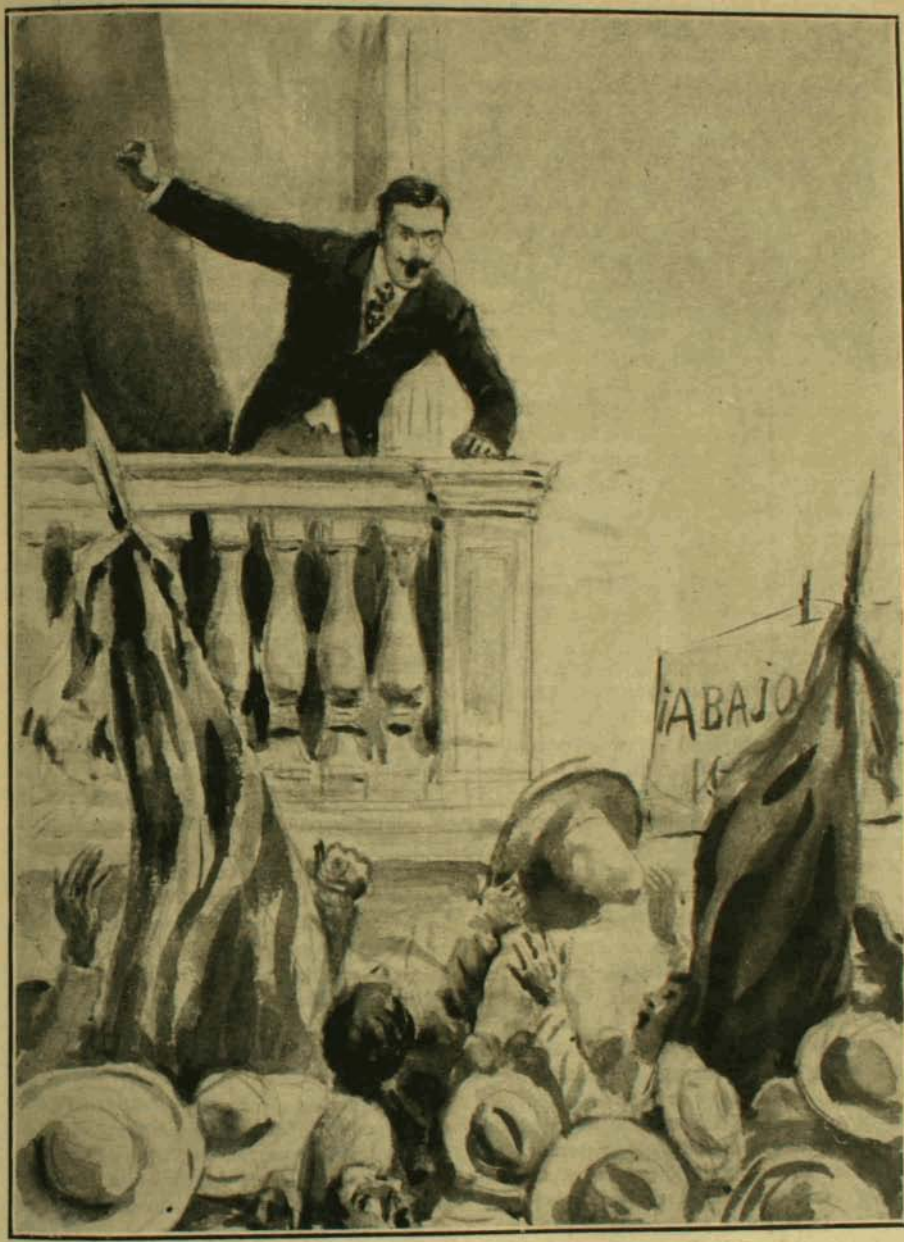
Los condiscípulos de Ignacio, seducidos por el verbo precoz del joven americano, no tardaron en forjarse también una idea quimérica de aquel lejano país de maravillas, donde no existía la miseria, el lujo, el egoismo y el frío; donde los hombres eran iguales bajo una naturaleza pródiga, que recompensaba con opimos frutos el menor esfuerzo; donde se vivía soñando entre el aroma de las flores, al calor de las suaves brisas del Nuevo Mundo.

No llegaban hasta el colegio los rumores siniestros de la cruel verdad, y las ruines ambiciones, ensangretaron más de una vez los campos de Veragua, sin perturbar el infantil sueño, creado por la imaginación de Ignacio. El sí sabía por su padre que el varón justo y fuerte, elegido por los pueblos para hacer la grandeza de la patria, era combatido porfiadamente por un pequeño grupo de sediciosos, que una y otra vez habían levantado el rojo estandarte de la rebelión... Pero nada de eso dijo a sus compañeros... Ello pasaría como una tormenta de verano...

Ignacio no pensaba en seguir la carrera diplomática... No viviría lejos de su tierra querida. Estudió con afán y a los veinte años tenía casi terminada la carrera de ingeniero agrónomo. Iba a hacer su felicidad y la de muchos. Convertiría en una hacienda modelo alguna tierra virgen e inculta, allá en las orillas del soberbio río que lo viera nacer.



Se tornaba lírico y nervioso cuando describía las magnificencias de su tierra natal...



Fué el delirio. Muchedumbres histéricas lo llevaron en triunfo...

¡Cuán poco se parece la vida a los ensueños de la infancia! A los veintidós años Ignacio quedó huérfano, y pobre y sin amparo hubo de emprender el regreso a su país natal. Allí se le esperaba el más cruel desengaño. En medio de los esplendores de esa tierra virgen, los hombres eran aún peores que en la Europa fría y egoista.

Apenas pisó las calles de Guanabamba, el principal puerto de Veragua sintió que se le oprimía el corazón. Todo allí respiraba abandono, pereza, mugre y miseria. No era aquella la ciudad que él imaginara, recostada entre las flores, poética y soñadora, nido de amores y de paz sencilla, bajo el soberbio follaje de árboles exóticos de pomposa belleza. Nada de eso había en Guanabamba. Alineadas sobre calles fétidas y sucias, polvorientas o cubiertas de charcos, casas medio ruinosas y descoloridas; muchedumbres hoscas, desaseadas, vestidas de harapos europeos; ni un árbol, ni una flor para recreo de la vista, y sólo allá en los arrabales la confusa manigua invadiendo los solares deshabitados y las calles sin tráfico...

Ignacio mismo era un desconocido en la metrópoli comercial de su patria, cuna de su propia familia. Alojado en un hotel inmundo, pasó muchos días, viendo consumirse rápidamente sus escasos recursos y sin saber adónde volver los ojos. La única herencia que recibiera de sus padres, consistía en un extenso terreno cubierto de selvas, allá en la parte superior del río de las Palmas. Era preciso buscar capitales para explotar aquella montaña improductiva. Pero, pronto supo Ignacio que eso era un sueño aún más irrealizable que los que se forjara en París... La tierra virgen, nada valía en la virgen América.

Siempre místico y optimista el pobre muchacho se lanzó entonces a forjar nuevas quimeras. El Veragua de sus amores dejó de ser entonces el del presente. Sería el del porvenir. Y en sus horas de tristeza y desencanto, poníase a imaginar en el trascurso de los años una transformación maravillosa de la pobre y atrasada República...

Entonces le entendieron algunos. Si no era aquel un país muy poético, lo era de versos y disparatadas fantasías. Los muchachos de su edad, frívolos, ignorantes, sumidos en los vicios y en la pereza, no tardaron sin embargo en simpatizar con ese mozo, que no cesaba de cantar himnos a la grandeza futura de la patria... ¡Qué buen tribuno popular haría!

El gobernador de Guanabamba, antiguo amigo del padre de Ignacio, acabó por interesarse en favor de aquel simpático retoño de uno de sus compañeros de infancia. Mediante la recomendación de tan elevado personaje, nuestro héroe consiguió un mediano destino en una casa comercial de la ciudad. Estaba decidido a trabajar sin descanso...

La inteligencia natural de Ignacio, su conocimiento de los idiomas extranjeros y la regularidad de sus hábitos, le hicieron adelantar rápidamente en la nueva carrera. El principal de la casa no tardó en cobrarle verdadero afecto y le hizo casi su factótum.

Gracias a un pequeño crédito, que le fué otorgado no sin grandes dificultades, pudo entonces iniciar, aunque en pobre escala, la realización de su sueño favorito. Las tierras vírgenes que poseía, eran aptas en parte para el cultivo del cacao. Logró llegar a un arreglo con cierto viejo plantador que se dedicaba a ese género de negocios. El individuo aquel roturaría la tierra y formaría la huerta merced a un pequeño adelanto. Después de ocho años, en que los productos serían del plantador, la pequeña hacienda ya formada, pasaría sin mayor gravamen a poder de Ignacio. Era la forma habitual en que se iniciaban en el país este género de empresas.

Así llegó a regularizar su vida en aquel ambiente nuevo el joven Vallejo; pero ni los negocios, ni el trabajo lograron secar en su alma las seductoras ilusiones que eran como la esencia de su estructura moral.

Una o dos veces al mes iba a sus tierras a inspeccionar la plantación del cacahual. Muy pronto le llevó allá algo más que el gusto del trabajo.

La propiedad de Ignacio estaba situada, como hemos dicho, en el curso superior del río de las Palmas. Aquel distrito inculto y desierto todavía en la mayor parte de su extensión contenía muy pocas haciendas. Casi deslindando con la incipiente plantación de Ignacio, se levantaba sin embargo una próspera explotación agrícola, perteneciente a un pariente de su madre, don José Manuel Obando.

Era un fundo modelo, casi como el soñado por la imaginación de Vallejo. Contra la



Supongo que se conocerán Uds. por lo menos de nombre.

costumbre de los incultos campesinos de Veragua, don José Manuel había embellecido su residencia con los recursos del arte unidos a los de la pródiga naturaleza. Desde el embarcadero del río, sombreado por gigantescos higuerones y esbeltas palmas reales, un hermoso camino, desarrollándose al través de la espesura, conducía hasta las casas, construídas sobre una eminencia que dominaba el río y sus pintorescos recodos. Los alrededores eran como un parque rústico y abandonado, si se quiere, pero dispuesto con cierto arte. Espaciosos senderos partían desde allí en todas direcciones, hasta el extenso cañaveral, el costoso ingenio de azúcar, las inmensas plantaciones de cacao, y los verdes potreros de la hacienda.

Ignacio encontró en el Guadual, que ese era el nombre de aquel fundo, algo más que una cariñosa hospitalidad. Don José Manuel Obando era un caballero algo chapado a la antigua, tan bondadoso como rico, instruído y de una inteligencia nada vulgar. Vivía como un patriarca, con dos hijos, de distinto sexo, que le dejara en este mundo su esposa muerta en edad temprana. Juan el mayor, muchacho serio y laborioso tenía a su cargo la explotación del fundo.

La niña se llamaba Mercedes. Era un fresco pimpollo de dieciocho años, linda y suave como una azucena, alegre, sencilla, de esa distinción natural que en nada se parece a la de las damas que dan el tono en los grandes centros de la civilización. Cantaba como un angel y sus miradas, sus sonrisas, la encantadora melodía de su voz, la dulzura simpática de sus maneras, no eran sino el reflejo de su alma.

Su padre y su hermano la adoraban. Parecían no vivir sino para ella. Don José Manuel estaba convencido de que no existía en el mundo entero nada comparable a Mercedes. Así es que la hermosa niña aparecía como rodeada de un nimbo de respetuosa ternura y de entusiasmo ferviente.

Ignacio se sintió subyugado. El pobre muchacho apenas se atrevía a confesarse que estaba locamente enamorado. Había colocado a Mercedes en un altar dentro de su alma y allí le rendía culto más como a una diosa que como a una mujer. La idea de hacerla suya le parecía sacrílega. ¿Quién era él para merecerla? Un infeliz náufrago de la vida, sin más capital que locas esperanzas e ilusiones quiméricas. ¿Cómo había de levantar sus ojos ante los de esa niña, la más perfecta de las criaturas salidas de las manos de Dios, tesoro escondido en el fondo de los vírgenes bosques de la América, pero no por eso menos precioso?

Y pensaba que acaso todos sus sueños infantiles no eran sino una adivinación de esa dicha inaccesible que ahora contemplaba en figura de mujer... Entonces se sentía alentado para la lucha y tomaba el trabajo con nuevas e irresistibles energías...

Su premio era poder verla, vivir a su lado unas pocas horas. Los sábados, después del mediodía, subía con el corazón palpitante las tranquilas aguas del río y al caer la tarde desembarcaba en el soberbio muellecito del Guadual. No pocas veces, desde la proa del vapor veía dibujarse allá en medio de la verdura la blanca silueta de Mercedes... ¡Ella lo esperaba!... Sí... como se espera a un amigo, a un compañero de la infancia... ¿Qué otra cosa podía esperar?

Después venía la velada, la dulce velada de familia en el amplio corredor, sembrado de enredaderas, mientras allí afuera en el campo lleno de perfumes, los brillantes cuyos cruzaban la tibia atmósfera como dardos de fuego. En esas horas de dicha, Ignacio se sentía incorporado al culto religioso de que la niña era objeto por parte de los suyos. Era uno de los que escuchaban su dulcísimo canto... Tenía la suerte de que ella le dirigiera la palabra con su angelical acento... Podía embriagarse en la mirada de sus grandes ojos...

Alrededor de los incidentes más insignificantes, forjaba entonces quimeras sin fin... Ya lo invitaba Mercedes a dar un paseo en el jardín a la luz de la luna; ya le dirigía alguna frase de elogio o de aliento... Y entonces Ignacio era feliz por muchos días y por muchas semanas...

Una tarde la niña le recibió con un vestido nuevo, todo blanco y con anchas mangas de encaje. A Ignacio nunca le había parecido su adorada más bella, y le dirigió un tímido cumplimiento.

—¡Qué lindo es ese traje!—le dijo.

Mercedes se echó a reir con infantil alegría.

—¿No se acuerda Ud.?—le dijo.—Hace días, hojeando con Ud. la "Moda Elegante" vimos este modelo y Ud. lo encontró bonito... Por eso lo he mandado hacer...

Aquella noche las casas de El Guadual dieron albergue al ser más dichoso del mundo.

II

El amor hizo nacer en el alma de Ignacio un sentimiento que desconociera hasta entonces: la ambición... ¿Si él llegara a ser algo en el mundo? Entonces quizás pudiera atreverse...

En Veragua no se conocía otro camino hacia la fama que el de la política. A este respecto las ilusiones del antiguo estudiante, se habían evaporado, casi desde que pisó las playas de la patria. Torpes pasiones, mezquinas intrigas, la fuerza y el dolo... tal era la política de la desgraciada república.

Ignacio, por tradición de familia, se sentía inclinado, sin embargo, al partido entonces en el poder, y muy en especial a la persona del Presidente. Era éste un hombre respetable, un tanto duro en el mando, pero bien intencionado y sinceramente patriota. La guerra civil y la cobardía e indisciplina de sus parciales, le mantenían sin embargo, impotente e inactivo ante la desolación y anarquía del Estado. Ignacio creyó que el ayudarlo era deber de los buenos y se lanzó

a la vida pública, sin mucha fe, pero con valor y energía.

Muy luego se dió a conocer en los clubs y en las asambleas políticas primero, y en seguida en la prensa. Su nombre comenzó a ser pronunciado en el país. Tuvo que sufrir desengaños y soportar ataques ruines e injustos, pero escuchó también frases de aliento y halagueñas alabanzas.

Un dia el gobernador de Guanabamba le llamó a su despacho.

—Vea, Ignacio,—le dijo sonriéndose,—tengo que darle una buena noticia... El Presidente se ha fijado en Ud... quiere que vaya al Congreso y me encarga ofrecerle un asiento en la Cámara de Diputados... ¿Querría representar Ud. al departamento de Yancahuasi?

—¿Yo señor?—exclamó Ignacio, lleno de gratitud y confusión al mismo tiempo.—¿Tanto honor me hace el señor Presidente?

—Deje modestias a un lado—repuso el funcionario.—Estoy seguro de que Ud. se desempeñará mejor que otros muchos.

Al día siguiente los diarios dieron la noticia. El departamento de Yancahuasi, era aquel en que estaba situada la hacienda del padre de Mercedes. Seguramente si se habían fijado en Ignacio como candidato por esa localidad, ello era debido a la mencionada circunstancia. El Presidente estaba informado de las buenas relaciones que existían entre el pobre muchacho y aquel rico agricultor, el más influyente de la comarca.

Largos le parecieron a Ignacio los días que faltaban para el sábado... ¿Qué efecto iba a producir en El Guadual aquella noticia? Encontró a toda la familia en el embarcadero. El padre y los dos hijos sonreían con complacencia, que en el interior le pareció a Ignacio un tanto irónica...

—Vaya,—le gritó,—antes de que hubiera desembarcado.—Traes cara de representante del pueblo.

El joven se ruborizó hasta la raiz del cabello. Mercedes batía palmas con infantil alborozo.



Un pensamiento terrible acababa de iluminar su conciencia perturbada...

Por primera vez esa tarde se habló en El Guadual de política...

—Si, chico,—le dijo don José Manuel,—vamos a hacerte diputado... Yo no me mezclo en estos asuntos... todo lo que podría ganar en ellos, son desagrados y sofocones. Así andan las cosas en este pobre país. Ayudaré al gobierno: a este y a los que vengan, pero tengo la intención de no tomar jamás parte activa en estas rivalidades que nos arruinan. El Presidente suele consultarme cuando se acercan las elecciones y ahora le propuse tu nombre... Dale las gracias a Merceditas. De ella fué la idea.

El pobre muchacho creyó morir de placer... Ella le quería diputado.

.. ..



Lo condujo a pocos pasos del sitio en que reposaba su gente.

no encontró quien le comprendiera. La nación toda estaba seducida y hasta los altos dignatarios del partido del gobierno parecían no tener otro pensamiento que el de encontrar una forma honrosa de capitular ante la revuelta sin freno...

Por fin llegó la hora. Aquel domingo Ignacio no pudo realizar su excursión querida hasta el tranquilo Guadual. Un meeting monstruo había sido preparado en Guanabamba. La plaza principal era un mar de cabezas humanas; ondulaban al viento las banderas sediciosas y los lemas de venganza. Sobre la tribuna se sucedieron los oradores y por fin Teófilo habló.

Fué el delirio. Muchedumbres histéricas lo llevaron en triunfo... Nada pudo resistir a las furias de ese mar desencadenado. La fuerza pública se pronunció por el pueblo, y antes de la llegada de la noche, la ciudad estuvo dominada por la revolución, sin que nadie hubiera intentado el menor asomo de resistencia.

La puerta de una celda de la cárcel se cerró entonces sobre Ignacio, sus esperanzas y sus ilusiones... mientras allá afuera, el alborozado populacho entonaba himnos de triunfo y de quimera...

A solas con su desconsuelo no maldijo entonces el pobre muchacho la injusticia y veleidad de los hombres, y la insensatez de sus propios ensueños. En aquella alma sencilla y buena no sabían albergarse pensamientos de odio... En ese mismo mundo de luchas mezquinas en que el triunfo era de la audacia, de la perversidad y de la fuerza, existía un rincón de apacible paz y de serena dicha, donde no llegaba el eco funesto de las ruines ambiciones...

Y entonces el recuerdo de la dulcísima mirada de Mercedes venía a consolar al preso, en el silencio de su calabozo.

Antes de mucho volverían aquellos días plácidos, felices: el inefable momento en que otra vez iba a encontrarse al lado de Mercedes, embriagándose en la luz de sus divinos ojos y escuchando de sus labios puros acentos de afecto y esperanza, allá en las tranquilas veladas de El Guadual... ¿Qué valían sus tronchadas ambiciones en la miserable política?... Nada... o casi nada... Aquello era lo único serio y profundo de su vida.

Y la imaginación del joven se complacía en evocar uno a uno hasta los más mínimos incidentes de su felicidad pasada...

. . . . . .

La prisión de Ignacio duró algunos meses. Las noticias se sucedieron con rapidez pasmosa. El país entero aclamaba a la revolución triunfante... Los revolucionarios de ayer, eran los todopoderosos del día y Teófilo Moncada el verdadero dictador de la provincia...

—¡Qué importa?, se decía Ignacio... Día llegará en que se abran las puertas de mi prisión... y entonces...

¡Cuántas quimeras no se forjaba para entonces?

Al fin una tarde recibió la ansiada orden de libertad. Tenía, entre otras, la firma de Teófilo, Presidente de la Junta Provincial de Guanabamba...

En ese momento, Ignacio habría besado la mano del aborrecido político...

III

Al salir de la cárcel le pareció a Ignacio encontrarse en una ciudad nueva. En el rostro de la gente creía notar la hostilidad y la indiferencia. Era ese mundo muy diverso de aquel en que antes él había vivido feliz y lleno de esperanzas.

Su principal le acogió con tibieza y despego.

—Ha sido un error de Ud. el de mezclarse en política, le dijo. Ahora sólo el nombre de Ud. sería perjudicial para la casa... Tiene Ud. talento y carácter, y habría podido llegar muy lejos... pero ahora...

—¿Quiere decir esto que estoy despedido?, interrogó Ignacio palideciendo.

—No puede ser de otra manera. Ud. mismo será lo bastante razonable para comprenderlo. No nos conviene la hostilidad del Gobierno, y ya se nos tiene como sospechosos...

Ignacio sintió que las piernas le flaqueaban. El viejo comerciante le tuvo lástima.

—Animo, mi amigo, le dijo con más suavidad. Trabaje Ud. sus tierras de allá arriba... Procuraremos ayudarlo en lo que se pueda... Estoy seguro de que su pariente el señor Obando no le abandonará tampoco... Váyase Ud. al Guadual y espere tiempos mejores.

El corazón del pobre joven se estremeció al oir estas palabras... Sí... se iría al Guadual... Iba a tener la dicha de vivir al lado de Mercedes. Y en ese momento creyó que el trastorno que su vida acababa de sufrir, no era sino el preludio de una felicidad que antes no se atreviera a soñar.

—No hay mal que por bien no venga, se dijo con su acostumbrado optimismo.

Era ya la hora, en que partía diariamente el vapor que hacía el servicio del río de las Palmas.

Ignacio corrió al muelle.

Una muchedumbre abigarrada y bulliciosa se agrupaba en torno del "Neptuno". En medio de ella, el joven reconoció a uno de sus mejores amigos. Alamiro Quezada, hijo de un alto funcionario de hacienda, del régimen caído...

—¡Qué fortuna este encuentro!, le dijo Quezada en voz muy baja... ¿Ud. va al Guadual?... ¿No es así?...

Ignacio contestó afirmativamente...

—Puede Ud. entonces prestar al partido un señalado servicio. Me habían encomendado una comunicación para Zepeda... Mi presencia en esos sitios sería sospechosa. La de Ud. no.

—¿Quién es ese Zepeda?

—¿No está Ud. informado, entonces?

—Vengo saliendo de la cárcel...

—Pues lo informaré... Ud. es persona de confianza. Estamos levantando una montonera en el distrito de Yanahuasi... La dirige el célebre Zepeda, el caudillo más arrojado de la revolución de 1904.

Ignacio iba a replicar condenando abiertamente aquel proyecto. Estaba harto de sangre y de trastornos. Su resolución de no mezclarse en política le parecía inquebrantable. El respeto humano le contuvo, sin embargo. ¿Qué iba a pensar de él ese Quezada? ¿No le juzgaría un espíritu pusilánime y oportunista, que abandonaba en la hora de la de-

rrota y de la desgracia a los amigos entusiastas de los tiempos felices?

—Sé que Ud. no es hombre de guerra, continuó Quezada, pero el encargo que voy a hacerle es muy sencillo. Zepeda ha formado una pequeña tropa, más allá de la frontera, y esta misma noche acampará, junto al vado de las Piedras... Ud. sabe...

—Sí...

—Nuestro intento era caer por sorpresa mañana en la tarde sobre el pueblecito de la Trinidad, y apoderarnos allí de la cañonera del Gobierno, de facción en esas aguas. Pero es preciso retardar el golpe, porque mañana, precisamente, pernoctará en la Trinidad una compañía del regimiento 3.o de línea, que viene en marcha hacia Guanabamba desde la capital... Hay que advertir a Zepeda... y eso le será a Ud. muy fácil... El vado de las Piedras sólo dista una legua escasa de su plantación y no más de dos de las casas del Guadual. Ud. puede ir allí secretamente esta misma noche.

Ignacio no se atrevió a negarse. La comisión no podía ser más sencilla.

. . . . . .

Pero una vez a bordo del "Neptuno", no volvió a acordarse de la política, ni de las montoneras, ni de Zepeda...

A cada una de las vueltas del río, evocaba en su espíritu el recuerdo de otros tiempos... ¡Cuántas veces, palpitante de felicidad y de impaciencia, había recorrido ese camino que conducía hacia la casa de Mercedes! Allá atrás quedaba la ciudad sucia y corrompida, con sus mísérrimas ambiciones y sus desgarradoras luchas... Allá adelante el tranquilo rincón del mundo, que encerraba todos sus sueños y esperanzas.

Y se veía ya como antaño, porque para la juventud y el amor los meses son siglos, dejando pasar suavemente las horas de la velada del Guadual.

Ella era buena y noble... El pobre proscrito de hoy, sería para ella el mismo joven lleno de esperanzas y de triunfos, que partiera confiado y alegre, la tarde de la última despedida.

Y por primera vez, el alma de Ignacio se entregó sin resistencia al pensamiento, que antes sólo se le presentaba como absurda quimera... Mercedes sería suya.

Lenta, muy lenta fué la marcha del vapor y había cerrado ya la noche, cuando se acercó al término de la jornada.

Cómo se estremecieran todas las fibras del alma de Ignacio, cuando tras la familiar cortina de gigantescas cañas, apareció a su vista el rústico *desembarcadero*, y *más* lejos, perdiéndose entre las sombras del bosque, las blancas paredes de las casas del Guadual, alumbradas por la luna en todo su esplendor!

Nadie lo esperaba esa tarde como en otro tiempo. Ello era natural... ¿Cómo podían saber su regreso?

Saltó a tierra y se encaminó presuroso al encuentro del momento feliz, cuya esperanza le sirviera de consuelo en sus largos meses de prisión.

Bajo el corredor del piso bajo estaba Juan. Un grito de júbilo y un estrecho abrazo recibieron allí al pobre muchacho, ansioso de cariño y de descanso.

—Vamos arriba... le dijo Juan... Qué gusto tendrán de verte mi padre y mi hermana...

De pronto se detuvo y cambió el tono de su voz...

—Te encontrarás aquí con quien no esperas, agregó... Han sucedido tantas cosas... ¿*Tú nada sabes*?...

—¿Qué ha sucedido?, balbuceó Ignacio.

—Es una sorpresa, vás a verlo, repuso Manuel...

Subieron ambos rápidamente la escalera. Hasta los oídos de Ignacio llegó el eco de la cristalina risa de Mercedes.

Pero al penetrar alegre y anheloso, bajo el amplio veranda guarnecido de enredaderas, el *pobre muchacho* se detuvo, como si hubiera visto estallar a sus plantas el rayo.

No era esa la tranquila escena del viejo Guadual... Al lado de Mercedes un hombre joven y bello como el ángel caído, seductor como el don Juan de la leyenda, se inclinaba solícito...

¡Era Teófilo Moncada!... El odio de Ignacio lo reconoció al momento.

La niña, en cuyo rostro brillaba la sonrisa del amor y del placer, se adelantó lanzando una alegre exclamación, sin sospechar, en su egoismo de mujer enamorada el tremendo drama que se representaba en el corazón de su antiguo amigo.

Ignacio apeló a todas sus energías para mantenerse sereno y avanzó como un autómata al encuentro de su ideal perdido. Todo lo había adivinado...

—¿No te anuncié que te esperaba una sor-

presa?, le dijo Juan en tono jovial y chancero... mientras el joven saludaba maquinalmente a don José Manuel. Supongo que se conocerán Uds., por lo menos de nombre... Teófilo Moncada... Va a ser tu pariente... Es el novio de mi hermana...

—Y tendrá que quererlo a pesar de esa malvada política, añadió la niña riendo también... Vamos, no sea rencoroso...

Moncada alargó cortésmente la mano al recién venido... Nunca le había conocido Ignació esa sonrisa benévola y dulce de gran señor. En el maravilloso personaje, dueño siempre de su actitud y de sus gestos, nada quedaba del tribuno audaz ni del político sin escrúpulos... Aparecía en esos momentos sólo como el novio de Mercedes...

—Me alegraré mucho de que seamos amigos, dijo a Ignacio, mientras éste le estrechaba la mano.

.. ..



corredores de las casas de El Guadual.

testar las afectuosas preguntas que le dirigían don José Manuel y su hijo.

Toda la estructura de su sér, sacudida hasta los cimientos, se había desplomado, ante tamaña desventura. Maldijo a los hombres y a Dios... ¿De qué servían la verdad y el bien?... Allí en el Guadual, la victoria era del dolo, de la seducción y de la fuerza... como lo había sido siempre, en toda la tierra desde que el mundo es mundo...

Sólo un sentimiento noble quedó de pie en el corazón de Ignacio: su inmenso amor por Mercedes. Ella era buena y pura como los ángeles... ¿Cómo pudo defenderse de ese hombre, que reunía todas las seducciones y todos los prestigios, de ese hombre que los pueblos aclamaban como a un genio, y ante cuyo poder infernal nada había resistido?

IV

Después de la comida, Teófilo condujo a Mercedes a un rincón del salón; y el viejo hacendado se encerró en el escritorio con su hijo para revisar las cuentas del día, como era su costumbre.

Ignacio se encontró solo. No pudo menos de recordar que esa era la hora en que antaño bajaba al jardín en compañía de Mercedes. Ahora un intruso le había robado su bien y la brillante y perfumada noche no tenía ya halagos para él.

Como movido por un resorte, descendió la vieja escalera y se internó en el rústico huerto, mudo testigo de su felicidad perdida para siempre. Allí cada planta y cada aroma era un recuerdo...

—Heme aquí solo en el ancho mundo, se decía. Allí en aquella casa que brilla a los rayos de la luna, se queda todo lo que amé... Ya no hay esperanza para mí en la tierra... y mi vida no será ya sino un desierto, seco y árido como el corazón de los hombres...

Y apretaba los puños, desafiando al cielo.

—El mal sabe engañar a los ángeles, exclamaba. ¿Qué le queda a la virtud? Yo no me atrevía ni a levantar los ojos hasta ella... ese vil malvado va a ser su dueño... No... no lo será..

Un pensamiento terrible acababa de iluminar su conciencia perturbada...

Y a pasos rápidos se internó en la espesura del bosque.

El camino le era familiar. El conducía al vado de las Piedras.

Dos horas tardó en recorrerlo. Aquellas tierras, vírgenes todavía de todo cultivo, estaban desiertas. Por aquel lado el Guadual limitaba con la manigua sin fin, que se extendía por leguas y leguas hasta más allá de la frontera.

Ignacio a solas con su conciencia, en medio de los rumores misteriosos de la selva, no acertaba a definir con exactitud el impulso que lo arrastraba en su loca carrera...

—¡Morirá! ¡Morirá!, se repetía, sin darse cuenta exacta de lo que pensaba, ni de lo que decía.

—¿Quién vive?... le gritó alguien escondido en la maleza.

—Veragua, contestó Ignacio, recordando como por instinto el santo y seña que le diera Quezada en el muelle de Guanabamba.

Y mientras el centinela lo conducía al campo de los montoneros, no pudo menos de pensar cuánto se había trastornado su vida, en las pocas horas pasadas, desde que lleno de esperanzas e ilusiones se embarcara en el "Neptuno".

Allá en el fondo más obscuro del bosque, a pocos pasos del vado de las Piedras ardía una fogata. A su alrededor estaban dos docenas de hombres... Era la tropa de Zepeda...

—¿Un prisionero?, preguntó el jefe... ¿Qué has venido a hacer por aquí?...

—Ha dado el santo y seña, observó el centinela.

Ignacio contempló como en medio de un sueño, la figura ya casi legendaria de ese guerrero animoso y caballeresco, infatigable enemigo de los malos, y esperanza de los buenos. Desde la niñez había oído referir mil veces la historia de sus hazañas, nunca obscurecidas por crueldades ni vilezas...

Había combatido cien veces por la patria, y ahora, anciano casi, acababa de desenvainar nuevamente su espada para libertar a la República del poder de los usurpadores.

—¿Quién es Ud.?, preguntó Zepeda al joven con voz ruda, pero serena.

—Soy Ignacio Vallejo...

—Uno de los nuestros...

—Sí... Uno de los buenos... contestó temblando el desgraciado mozo.

—¿Traes alguna comisión?...

—Sí, señor, traigo una... Se me ha encargado advertir a Ud. que mañana pernoctará en la Trinidad una compañía del 3er. regimiento de línea...

—Comprendo, repuso el guerrillero, mien-

tras una sombra obscurecía su frente... Tendremos que esperar, y lo mejor será replegarse hacia la montaña... Aquí podrían descubrirnos... Pero, ¿qué le ocurre a Ud. joven?... ¿Tiene algo más que decirme?...

Ignacio temblaba... Iba a decidirse de la suerte de su vida... Por un instante el mal y el bien libraron en su corazón la última batalla, pero el mal venció...

—Sí, repuso; tengo algo más que decir a Ud., pero debe ser a solas...

Zepeda tomó al joven del brazo y lo condujo a pocos pasos del sitio en que reposaba su gente...

—Hable Ud., pues... le dijo.

—Sé, balbuceó Ignacio, cómo podría apoderarse Ud. de la persona de Teófilo Moncada...

—¡Ese malvado en mis manos!... La hora de su castigo ha sonado entonces... exclamó el montonero con acento de triunfo... Diga Ud. señor, diga, y no perdamos un momento.

Ignacio iba a mencionar el Guadual, pero se detuvo...

—Pido algo, murmuró, en cambio de mi secreto.

—Ignacio Vallejo... pide algo por entregar al traidor de la patria... rugió Zepeda.

—Ud. tiene un alma noble y me comprenderá cuando lo sepa todo. Ese malvado, a quien, lo juro, odio con todas las fuerzas de mi alma, está albergado en un hogar querido para mí... Es, pues, necesario que Ud. me jure que no se tocará un cabello de los demás moradores de esa casa.

—Lo juro... y no necesito jurarlo... Francisco Zepeda no es temible sino para los malos.

—Quiero otra cosa... Quiero que me pertenezca la vida de ese hombre... que sea yo quien su sentencia pronuncie... Que si lo absuelvo, Zepeda lo absuelva...

—¡La libertad para Moncada!... Si cae en mis manos... eso no será, joven...

—Si no su libertad, su vida... Si le perdono, puede quedar preso entre los nuestros...

Zepeda vaciló un momento...

—Debo creer, dijo, que Ud. tiene razones poderosas para obrar así... Sea, pues... ¿Hay algo más?

—Sí... hay algo más: quiero que una persona, a quien yo señalaré, asista al juicio de Moncada... por la razón o la fuerza...

El viejo guerrillero miró fijamente a su joven interlocutor, como dudando de la solidez de su juicio.

—¿Podría saber, dijo, algo de lo que hay en el fondo de su extraña conducta?... ¿Qué persigue Ud.?...

—Señor, repuso el joven tristemente, hasta ayer yo creía en Dios y en el bien... Un hombre me ha arrebatado esa fe y todas las ilusiones de mi vida... Quiero tenerle en mi poder... Quiero que sepa que yo soy el árbitro de su destino... Quiero ser ante él, el que manda y el que triunfa...

—Pero, ¿esa persona que debe presenciar el juicio de Moncada?

—Es una mujer...

—Lo comprendo todo, pobre niño... Será como Ud. lo desea... ¿Dónde está ese hombre?

—En la hacienda del Guadual, a dos horas de aquí. Apenas ha pasado la media noche... Es tiempo todavía. La mujer... es Mercedes Obando.

Ignacio rompió a llorar...

—En marcha, dijo el viejo guerrillero, enjugándose una lágrima.

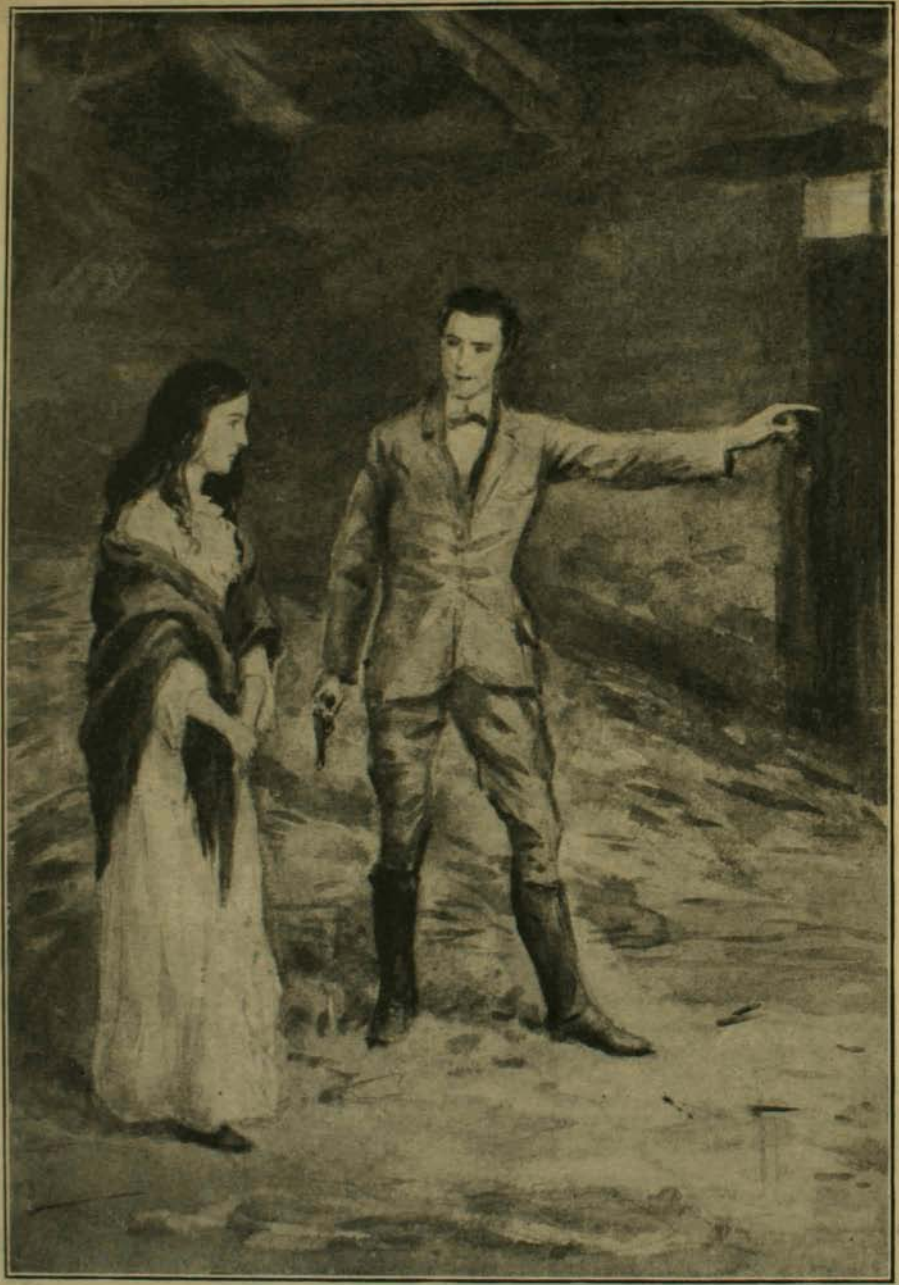
V

Agazapado en un matorral, loco de dolor y de fiebre, Ignacio vió a los montoneros invadir los corredores de las casas del Guadual...

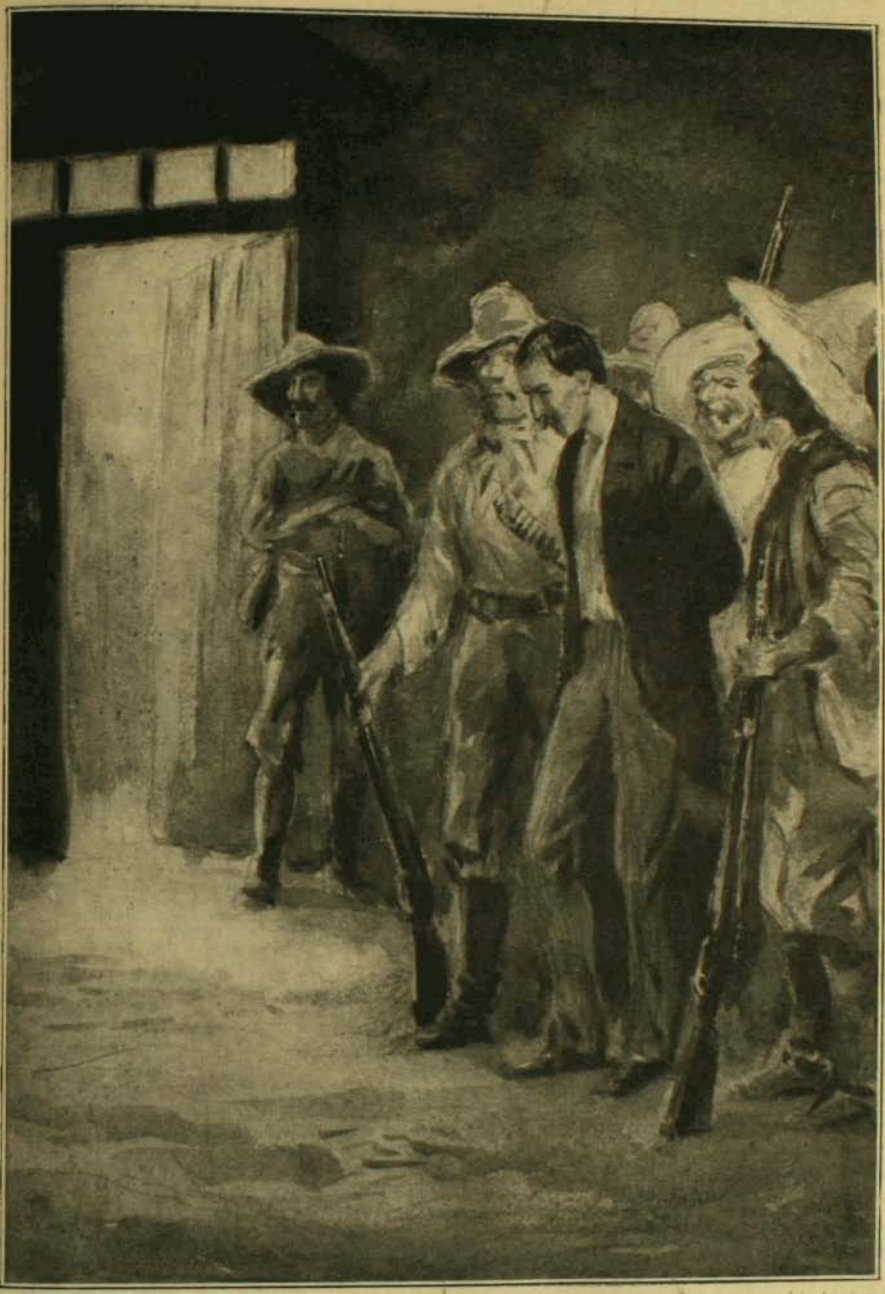
—¡Ahora soy más perverso que el otro, se decía. Sólo queda de Ignacio Vallejo, un vil y cobarde delator... el asaltante nocturno de ese hogar, que soñé fuera el albergue de mi dicha... Y he creído en el honor, en la virtud, y en ser digno de Mercedes... ¡Ah Moncada!... Ahora somos tal para cual... Tú venciste ayer... y yo triunfo hoy... Mis armas son las tuyas, pero no es mía la culpa, sino del mundo... El infierno es testigo de que yo no era malo... Ahora no habrá perdón para ti, porque ya no hay para mí esperanza...

Y mientras el amor y el odio, el remordimiento y la locura, libraban terribles combates dentro de su pecho, Ignacio vió desarrollarse desde su escondite, una a una, las escenas que él mismo había preparado en un rapto de demencia.

Allá arriba, una parte de los montoneros habían quedado custodiando a los dueños de casa y a la servidumbre... En seguida, entre cuatro hombres armados, vió desfilar a pocos pasos de él a su odiado enemigo, las ma-



Pronuncie Ud. esa palabra y ese



hombre tendrá la vida.

nos atadas a la espalda, pintados en el rostro el miedo y la ira... Un momento después la blanca aparición, la virgen de sus sueños, pálida y trémula, apoyada en el robusto brazo de Zepeda...

Entonces, por un fenómeno inexplicable, sintió renacer su valor...

—Puedo salvar su dicha!... exclamó. No será de ese hombre... Juro a Dios que he hecho bien...

Zepeda se le acercó entonces...

—Ya está el juicio preparado, le dijo... Es necesario andar de prisa... Comienza a clarear el alba... Es tiempo de castigar al malo y de dejar en paz a los buenos...

—¡Salvaré su dicha!... ¡No será de ese hombre!... repetía Ignacio maquinalmente...

Zepeda y el joven se dirigieron a un viejo granero, cuyas ruinosas paredes cubiertas de telarañas y pobladas de sabandijas, aparecían entre el verde matorral, a las primeras luces de la aurora.

Allí encontró Ignacio a la dulce niña, al ideal de su vida, cuyas sonrisas y miradas mendigara en otro tiempo como un pedazo de gloria, cuyas palabras estremecían lo más hondo de su alma, inmóvil, silenciosa, como una estatua de mármol, descoloridos los labios, sudorosa la frente, sin aliento y casi sin vida... Y frente a Mercedes a Teófilo Moncada, el cabello en desorden, la mirada hosca y sin brillo, el rostro turbado por medrosa rabia, demasiado altivo para implorar, demasiado cobarde para maldecir.

Al divisar a Ignacio, Mercedes levantó tímidamente los ojos... en ellos brilló la luz de la esperanza... Parecían suplicar...

—Ud. aquí, balbuceó... Entre estos hombres... Sálveme Ud... y salve a Teófilo...

—A salvarla vengo, dijo el joven con voz temblorosa, a salvarla a Ud. y también a su felicidad... Pero oígame primero... No es éste el sitio en que Ud. debiera escuchar lo que tengo que decirle... Pero así lo ha dispuesto el destino... Mercedes... yo la adoro... la he adorado desde el primer momento en que tuve la dicha de verla... Aún hoy, créalo Ud., bendigo ese momento... Pero nunca me atreví a alzar hasta Ud. mis esperanzas... La había colocado tan alto... que no creía hubiera en el mundo un hombre para merecer a Ud... En mis horas de dicha y en mis horas de desgracia, en la prosperidad y en la cárcel, todos mis pensamientos fueron suyos... Sin habérmelo querido confesar a mí mismo, Ud. era mi vida, mi bien... y mi honor... y mi virtud y todo mi ser... Anoche... la vi al lado de ese malvado... que allí espera el castigo de sus crímenes... y se lo juro... en ese instante Ignacio Vallejo cesó de vivir... No quedó palpitando de él sino el odio y un amor sin esperanza, terrible como las cóleras del cielo... Había decretado la muerte de ese hombre aborrecido... Yo soy ahora la fuerza y la violencia... pero... siento renacer en mí el pobre muchacho de ayer, para el cual una palabra de Mercedes era la suprema ley de la vida... Pronuncie Ud. esa palabra... y ese hombre tendrá la vida...

—Yo quiero que viva, murmuró Mercedes... Sí Ignacio... sálvele Ud...

—Pues bien, vivirá...

—Que Dios lo bendiga Ignacio... Le debo a Ud. la felicidad, porque mi felicidad... es Teófilo... murmuró la niña muy bajo, y casi al oído del joven...

Una horrible palidez cubrió el rostro de Ignacio, sus ojos giraron dentro de sus órbitas como los de un poseído...

—¡Desgraciada!, rugió... ¿Qué has dicho? Esa palabra es su sentencia de muerte... ¡Matadle!... ¡Hacedle pedazos!

Zepeda hizo un gesto con la mano... Cuatro guerrilleros tomaron entonces a Moncada y le arrastraron hacia afuera.

—Perdón, perdón para él y para mí, gimió Mercedes, arrojándose de hinojos a los pies de Ignacio...

Pero éste no oía ya... Con los ojos como clavados en un punto lejano del espacio, parecía embebido en espantoso éxtasis...

Afuera sonó una descarga...

Mercedes cayó en tierra desmayada.

Ignacio, sin que se moviera un músculo de su rostro, con los ojos sin vida, siempre fijos en el espacio, abrió sus labios, rígidos como los de un sonámbulo...

—He salvado su dicha, dijo. El mal ha vencido al mal...

Y rápidamente, puso la boca de un revólver junto a su sien derecha.

Sonó otro tiro, y el cadáver de Ignacio se desplomó junto al cuerpo desvanecido de Mercedes.

❀ ❀

Jacinto Benavente



La Ciudad Alegre y Confiada

COMEDIA

EN TRES CUADROS Y UN PROLOGO

Considerados como tres actos

SEGUNDA PARTE DE "LOS INTERESES CREADOS"

La Ciudad Alegre y Confiada

PERSONAJES:

LAURO	EL SEÑOR POLICHINELA
SILVIA	PÚBLIO
JULIA	LEANDRO
LA SEÑORA POLICHINELA	PANTALON
COLOMBINA	AURELIO
GIRASOL	FLORENCIO
DAMA 1.ª	HOSTELERO
IDEM 2.ª	CAPITAN
EL DESTERRADO	MOZO 1.º
CRISPIN	IDEM 2.º
ARLEQUIN	

DAMAS, CABALLEROS, MOZOS DE HOSTERIA

La acción en un país imaginario.

Derecha e izquierda, las del actor.

PROLOGO

EL DESTERRADO

Vuelve el tinglado de la antigua farsa.

Al traqueteo y los chirridos de la carreta desvencijada, a tirones penosos de una mula anatómica, endosados los desteñidos colorines de sus trajes escénicos, se entra por la plaza del lugar la farándula.

Si el día es triste, con cerrazón de tormenta o entoldado el cielo de nubes o sucia polvareda de ventisca y en el lugar es día de trabajo, y el año fué de calamidades, y la gente mohina no está para fiestas ni farsas, nada más triste, descolorido y lacio que la carreta farandulera, sin la luz del sol que avive sus colorines, sin vítores que presagien monedas, sin mozos que palmoteen a las damas, ni mozas que sonrían a los galanes, ni muchachos que aturdan al gracioso con griterío.

Bajo la pesadumbre de un cielo, como lona mojada, al horizonte tierras sin promisión; entre las casas color de barro, sin humear las chimeneas, porque están sin lumbre los hogares y vacías las ollas bajo el humero, la farándula pasa, y es una tristeza más en la tristeza...

—A buena parte vienen,—piensan todos. ¿Quién les habrá engañado? Y los pobres faranduleros ni a mirarse se atreven unos a otros corridos y afrentados.

Más si el día es alegre y el raso azul del cielo se desgarra en resplandor de luz vibrante y es fiesta en el lugar, y las tierras en torno son como cañamazo que bordan los olivos de plata y los trigales de oro, de luciente esmeralda los viñedos, y humean los hogares y los hornos con sabroso olor de cochura, y es todo señal de abundancia, henchidas las paneras, repletos los arcones de hogazas, y, bajo la campana, en las cocinas, en sarta los perniles y embutidos... Entonces, al llegar la carreta, acude la gente bulliciosa y todo es palmoteo y alborozo. La luz deslumbradora, anima los colores desvahídos, enciende lentejuelas y talcos, y la pobre farándula se viste del esplendor triunfal del día; la polvareda misma que la envuelve a su paso, es el plumaje de una nube de oro en ascensión gloriosa, y los faranduleros, hijos vergonzantes de Apolo, pueden creerse en aquel punto transfigurados, como si la carreta desvencijada, fuera el mismo carro del Dios, que es Dios del Sol y de la Poesía, y, por serlo, es piadoso con todas las criaturas, y más si son sus hijos artistas y poetas, y son pobres y humildes.

Por donde pase, a donde se encamine, hoy sabe la farándula, que es todo el mundo lugar de miseria, todos los días tristes. Y, aunque de alegrar a las gentes vivimos, no pretendemos hoy regocijaros.

Aún no sabré decir si a vuestro aplauso no preferimos hoy vuestra indignación, porque talvez hemos de disgustaros, porque acaso sobre el estruendo del bombo y los platillos, pregón de nuestra farsa, suene estridente y clara trompetería, que, si no al juicio final del mundo, a nuestro propio juicio nos reclama, mientras el juicio final llega. Entre los muñecos y fantoches de cartón y trapo, ya conocidos vuestros, veréis ahora algún hombre que hablará como hombre para espanto de los muñecos. Y ved a cuánto fuerza la costumbre; como ya conocéis a los fantoches de nuestra farsa y son tan viva imitación de verdaderos hombres, ahora tal vez el hombre verdadero os parezca un muñeco y los muñecos más hombres que nunca. Ni habrá de qué asombrarse si así fuera. Los muñecos son todo resortes, dobleces y junturas; como se yerguen, se doblegan; como se alzan se arrastran, y esta flexible facilidad es el mejor remedio de

lo humano. Estos muñecos son hombres que saben vivir: los hombres listos que todos conocemos. El hombre verdadero os parecerá en cambio con rigidez inflexible, sin coyunturas, porque alienta en él un noble espíritu y es todo frente y todo corazón. Su voz sonará sobre todas las voces de la farsa con palabras de profecía. ¿Qué es un profeta mientras sus profecías no se cumplen? Enfadoso agorero, agua-fiestas insoportable. Y si a costa de ver cumplidas sus profecías de ruinas y de estragos habrá de ser su gloria, nunca sea profeta, quédese en agorero. Mas si juzgáis enojoso el aviso, estimadle a lo menos por bien intencionado. Hoy la farándula no pretende vuestra risa. Todo el mundo es teatro de tragedia y si el arte mismo no puede ser hoy serenidad, si no quiere parecer inhumano, ¿cómo puede ser bufonada sin parecernos un insulto al dolor y a la muerte? Con todo, aún pudiérais reir de la misma gravedad nuestra. Y siempre tendríais razón y vuestra risa tal vez fuera una razón más de las razones que hubo para escribir esta farsa, cuyo título se halló en libro santo, en palabras proféticas, que dicen: "Esta es la ciudad alegre que estaba confiada, la que decía en su corazón: yo y no más. ¿cómo fué su asolamiento?" Y fué el asolamiento de la ciudad alegre, tal vez porque juzgó la profecía como farsa y despreció el aviso entre risas y burlas.

Si la intención del temeroso aviso es buena y así el temor no salga nunca cierto, ¿no juzgaréis la farsa profecía?

Fin del prólogo

Cuadro I

Terraza de una hostería. Al fondo, el río y jardines. Es de noche; iluminación para una fiesta.

ESCENA PRIMERA

HOSTELERO, MOZOS DE LA HOSTERIA, *entrando por la segunda derecha.*

HOST.—¡Listos, muchachos, listos! Es la hora y no tardarán en llegar los señores poetas. Cuidad que no falte nada y que el señor Arlequín quede complacido. La fiesta de esta noche ha de inmortalizar mi nombre y el de mi hostería. ¡Ahí es nada, que el señor Arlequín y los poetas y gaceteros, amigos suyos, hayan escogido mi casa para celebrar esta fiesta en honor de la hermosa Girasol, la bailarina, que es tanto como si el Magnífico honrara mi casa con su presencia, como ya la honró en tiempos.

Mozo 1.o—Sí, cuando quisísteis llevarle a galeras a él y a su amo, el que hoy es yerno del señor Polichinela.

HOST.—¡Calle el lenguaraz! Todos saben que mi casa y mi hacienda estuvieron siempre al servicio del señor Crispín y del señor Leandro, y ellos, por su parte, cuando se vieron en grandeza, no olvidaron el desinterés conque les serví siempre. Y hoy mismo, con ser quien es el señor Crispín, el Magnífico no pasa por delante de mí sin saludarme con la más afectuosa cortesía. En cuanto al señor Leandro, ya sabéis cómo honra mi casa con frecuencia.

Mozo 1.o—Y cómo gasta y triunfa con el dinero del señor Polichinela.

HOST.—Por mucho que gaste no llegará a empobrecerse.

Mozo 2.o—Mientras le viva el suegro.

Mozo. 1.o—Todos dicen que dentro de poco, entre el Magnífico y el señor Polichinela, tendrán todo el dinero de la ciudad.

HOST.—¡Silencio! En mi casa no quiero murmuraciones. Yo vivo con todos y nunca he vivido mejor, ¿de qué puedo quejarme?

Mozo 1.o—¡Ya! Como cuando vais al mercado os importa poco que haya subido el precio de todo, porque compráis para vender a los que tienen dinero... ¡Si tuviérais que comprar como nosotros para mantener una mujer y muchos hijos...

HOST.—¡Basta, dije!

Mozo 2.o—Lo único que no sube de precio es nuestro trabajo.

HOST.—¡Basta de insolencia! Si no os conviene...

Mozo 1.o—Ya lo sabemos: que no tardaríais en encontrar quien os sirviese por menos. Hay mucha hambre en la cuidad. Y ya se sabe, cuando todo está más caro, los hombres están más baratos...

MOZOS.—¡Eso, eso!

HOST.—Bien se advierte que los discursos y las gacetas del señor Publio os han levantado de cascos en estos días. ¡Sois unos infelices! Cuando el señor Publio quiere que gritéis por esas calles y plazas contra el gobierno de la ciudad, es porque necesita que los gobernantes os tapen la boca, a vosotros y a él. Sólo que a vosotros os la taparán con mordaza o con plomo y a él con dinero o cosa que lo valga. ¿Cuándo aprenderéis? ¡Desgraciados!

Mozo 1.o—¿Quién nos enseñará? ¿Ni de quién podremos fiarnos? El señor Publio, siquiera, dice las verdades...

HOST.—El que dice la verdad suele andar desnudo, como ella. Y él ya veis que anda muy bien vestido. No es culpa suya, que no levantaría él tantas tempestades si no hubiese quien le ofreciera trídente de oro para aquietarlas después de levantadas.

ESCENA II

DICHOS Y EL DESTERRADO, *que aparecen por la segunda derecha.*

DEST.—Tenéis razón, amigo. Es que de ese oro que amansa tempestades nadie pide cuentas. Se prodiga en nombre de la tranquilidad pública y la tranquilidad pública es el mejor narcótico para disponer del tesoro de la ciudad, sin que a nadie le duela. Pero esa tranquilidad no envilece tanto al que la vende como al que la compra...

HOST.—¿Eh? ¿Quién sois?... ¿Estáis invitado a la fiesta? Esta noche no puedo admitir a nadie en mi casa.

DEST.—¿Tan cambiado estoy que no me conoces? Es verdad. Pasa el tiempo. Tu hostería tampoco es la que era, aquél pobre albergue a la entrada de la ciudad, junto al río, sin estos jardines que ahora hermosean sus orillas. Tú no has cambiado mucho. Antes que tu casa te he conocido a ti. Y de mí, ¿no recuerdas?

HOST.—Sí... tú eres... Pero no es posible... tú eres...

DEST.—¡Chis! ¡Calla! El Desterrado, no tengo otro nombre...

HOST.—Andad, allá adentro, muchachos... ¿Qué murmurais? ¡Buenos estamos! (*Salen los mozos por la derecha.*) Sí, eres tú... Y ¿no temes que te descubran? Soy tu amigo, pero no querrás comprometerme con tu presencia. Si te hallaran aquí... creerían que yo...

DEST.—No tiembles.... Ahora veo que tú también has cambiado. Verdad que eres protegido del Magnífico. Olvidaba que todo lo que eres se lo debes a él.

HOST.—Por eso mismo, no puedo acoger en mi casa a su mayor contrario, su mortal enemigo. El Magnífico te desterró y puedes agradecer que se contentara con desterrarte, por hablar contra su gobierno, por amotinar al pueblo en contra suya... ¿Cómo te has atrevido a dejar tu destierro?

DEST.—Tranquilízate y mira... El sello con las armas del Magnífico, permitiéndome volver a la Ciudad, a mi patria querida...

HOST.—¿Su perdón? ¡Y aún dirás que no es grande y generoso!

DEST.—Diré lo mismo que he dicho siempre, que, con ser como es, aún vale más que el pueblo que le soporta. Ese pueblo que murmura sin cesar contra sus gobernantes, poniéndose a su nivel, pues los conoce y permite que le gobiernen. Y no contento con murmurar la verdad, como si la verdad no fuese bastante, aún añade calumnias y calumnias, a sabiendas de que lo son, de que no podrían probarse. Y esto ya es ponerse más bajo, mucho más bajo; que si murmurar la verdad aún puede ser la justicia de los débiles, la calumnia no puede ser nunca más que la venganza de los cobardes.

HOST.—Dices bien. Yo te aseguro que no hay razón para culpar al Magnífico, que nunca hubo en la Ciudad tanto dinero ni se gastó con tanto garbo.

DEST.—Eso dices porque el dinero entra en tu casa, que es casa de alegría y holgorio... Pero creo que, por fuerza, ha de sentirse el malestar ocasionado por esa terrible guerra, entre las más poderosas ciudades de Italia, repúblicas y señoríos, el temor de vernos envueltos en una contienda, cuyo resultado no será nunca satisfactorio para nosotros.

HOST.—Según quien venza...

DEST.—¡Ilusiones! El vencedor creerá que se lo debe todo a sí propio y no será amigo de nadie; el vencido creerá que nadie le ayudó como debía y será enemigo de todos. Uno y otro sólo aguardarán la ocasión de imponerse a los débiles; el vencedor por afirmar su triunfo, el vencido por desquitarse de su derrota.

HOST.—¡Bah! El Magnífico es hombre hábil y sabrá sortear todos los peligros.

DEST.—Pero, ¿tú crees que son los hombres, que es la política, que son las mismas armas, lo que previene y decide las guerras? Sí, hay en toda guerra un motivo aparente que sólo engaña a los cronistas vulgares... Un pique de amor propio entre dos soberanos, un desaire a un embajador, unas leguas de territorio fronterizo disputadas... ¡Bah!... Pretextos risibles, buenos para entretener la historia del día. Bajo estas causas superficiales, hay razones más hondas, de interés, de competencia, de rivalidad en comercio y manufacturas... Y todavía no son estas las verdaderas causas, que, sobre todo esto, hay en toda guerra, lo que sólo a lo largo del tiempo se percibe, como desde muy lejos, como desde muy alto, el designio providencial, el predominio de un pueblo sobre los otros pueblos, de una raza sobre las demás razas, de una idea nueva sobre ideas caducas. Por eso, cuando miras desde cerca esta guerra de ahora, te apasionas, te exaltas, porque todo te dice, odio, sangre, violencia, y te inclinas al uno o al otro lado, pones también odio y violencia de tu parte sin saber de qué lado están la razón y la justicia. Pero si lees, con la serenidad que sólo da el tiempo, en historias de guerras que pasaron, verás que en todas ellas, aun las que fueron humillación y vencimiento de tu patria, triunfó siempre lo que debe triunfar... la idea de Dios, que para triunfar en el mundo se vale siempre de los fuertes... y ten entendido, aunque por fuerza de brazos o armas se manifieste, que la verdadera fuerza es la espiritual, que sólo el espíritu es quien pone en las espadas luz de inteligencia, en las inteligencias temple de espadas.

HOST.—Yo no entiendo ni quiero entender tus filosofías; lo que sí sé es que nadie quiere la guerra.

DEST.—Y ¿basta no quererla?

HOST.—Nosotros vivimos en paz con todo el mundo. Y no podrán quejarse unos ni otros de nuestros buenos oficios, que con todos negociamos y a todos proveemos de lo necesario.

DEST.—Y muchos se enriquecen. Lo sé. Por lucrarse hoy empobrecerán mañana. Hoy venden a buen precio lo que mañana han de necesitar y no podrán hallarlo a ningún precio. ¡Ay del que atesora del tesoro de la Ciudad! que cuando la Ciudad se pierda, ¿dónde esconderá su tesoro?

HOST.—Vuelves a tus predicaciones. Aún no has escarmentado.

DEST.—Ni escarmentaré nunca. Por eso no hubiera vuelto si no hubiera sido por mi hijo.

HOST.—¿Tienes un hijo?

DEST.—Sí, del que no debí separarme al salir desterrado. ¡Era tan niño! ¿Qué hubiera sido de él? ¿Cómo exponer su vida a los azares, a la miseria de mi vida errante? Quedó aquí con un tío suyo, hermano de su madre, enemigo mío. Nada he sabido de él en tantos años. No me permitían comunicación con nadie de la Ciudad. Ni mi nombre llevará de seguro. Y, ¿qué habrán hecho de él? ¿Qué habrá en su alma? ¿En qué podré conocer que es mi hijo?

HOST.—Yo no sabía que tal hijo tuyo hubiera en la Ciudad. Sin duda, como dices, no lleva tu nombre.

DEST.—El nombre del Desterrado no era un nombre.

HOST.—Y, ¿cómo ha sido el perdonarte el Magnífico? Sin duda hay alguien que te quiere bien cerca de su persona... De otro modo no te hubiera levantado el destierro... ¿Tú no sabes?...

DEST.—Con el perdón recibí esta carta, sin firma... La letra parece de mujer, sólo dice: "Bendecid a quien sin conoceros os ama, sólo porque sois padre de quien no puede ser mi enemigo..."

HOST.—Esa carta... No conozco la letra, pero...

DEST.—¿Sabes tú?...

HOST.—¿Sabes? No... Pero... tal vez... sí... tal vez sea tu hijo el que...

DEST.—¡Mi hijo! ¿Qué quieres decirme?...

HOST.—A mi casa acuden a diario muchos jóvenes de las mejores familias de la Ciudad. Entre ellos hay uno de quien se dice, se murmura, que está en amores con la hija del Magnífico, la hermosa Julia. Una hija que el Magnífico hubo allá en sus mocedades y se trajo consigo cuando su antiguo amo, el señor Leandro, al casarse con la hija del señor Polichinela, le puso en estado de gran señor, del que ha sabido alzarse, hasta la Señoría de la Ciudad.

DEST.—¡Imposible! ¡Mi hijo! No... Su tío no era más de un mercader; por mucho que haya prosperado, no es posible que su situación permita a mi hijo enamorar a la que es tanto como una princesa, porque no menos que un príncipe soberano es el Magnífico, su padre.

HOST.—¿Quién era él? ¿Quién era su amo cuando enamoró a la hija del señor Polichinela? El Magnífico no puede asombrarse de nada.....

DEST.—Y, ¿dices que ese joven de quien se dice que está en amores con la hija del Magnífico, viene alguna vez a tu casa?

HOST.—No faltará a la fiesta de esta noche.

DEST.—¿Tienes fiesta esta noche?

HOST.—Una fiesta de locos. Los poetas festejan a la hermosa Girasol, la bailarina que tiene alborotada a la Ciudad con sus danzas. No puedo invitarte porque esta noche no soy el amo de mi casa. Pero si quieres ver sin ser visto, desde cualquiera de esas ventanas puedes atisbar cuanto se te antoje. Valdrá la pena, porque es gente de ingenio, y la Girasol es hermosa. Vendrán también damas ilustres enmascaradas, y personajes, y, ¿quién sabe? Es tanta la curiosidad, que tal vez el Magnífico en persona no deje pasar la noche sin presentarse por aquí, como un buen ciudadano. El tiene en mucha estima a los poetas, que él sabe son lenguas de la fama y conviene estar a bien con ellos para librarse de sus sátiras... Y aún si quieres, cuando la concurrencia sea más numerosa, observar más de cerca, yo te daré una máscara y bien puedes salir y andar entre la gente sin ser notado.

DEST.—Así lo haré, que es mucha mi curiosidad, después de haberte oído... (*Se oyen voces dentro*).

HOST.—Pues entra, que ya oigo voces de esta



Escena final de la hermosa comedia de Benavente, cuyo estreno en Lara ha constituido un excepcional suceso literario.

parte. Y entretanto que la fiesta se anima, cenarás por mi cuenta, por nuestra antigua amistad.

DEST.—Gracias por todo.

HOST.—No sé por qué, presumo que acabaron tus desventuras y tus andanzas. Tu perdón, esa carta misteriosa con letra de mujer... Mira que si por fin acabaras por ser consuegro del Magnífico, del que tanto has odiado...

DEST.—Bien se ve que en tu casa tuvo principio su grandeza. Sueñas con aventuras extraordinarias como las suyas. Por si las mías no llegaran a tanto, conténtate con ofrecerme una cena frugal. No me trates como a consuegro del Magnífico. ¿Cómo podría yo pagarte si no contara un día con su dinero, como él contó con el dinero del señor Polichinela?... Yo no llego como él llegó para engañarte. Mira mi escarcela. Esta es la verdad. Yo no soy Crispín...

HOST.—¿Qué importa, si tu hijo puede ser Leandro?... Entra en mi casa que tú cenarás esta noche como si fueras el Magnífico... (*Vanse por la primera derecha*).

ESCENA III

ARLEQUIN, LAURO, AURELIO Y FLORENCIO, *por la segunda derecha.*

LAURO.—Llegamos los primeros.

AUR.—Es la hora mejor.

FLOR.—Después la muchedumbre nos traerá su vulgaridad.

ARL.—Mucho temo que la fiesta sea un vulgar bullicio. Yo hubiera querido que fuera como un recogimiento espiritual, una meditación, una fiesta de melancolía. Pero ya visteis cómo Girasol torció el lindo gesto cuando se propuso que la fiesta fuera para nosotros solos.

FLOR.—Girasol es una mujer vulgar.

ARL.—Como todas. A mí no me ha engañado. Prefiere el aplauso ruidoso de la multitud a la admiración recogida de los entendidos. A mí desde que todos la celebran, ya no me parece la misma.

AUR.—¡Qué diferencia cuando al presentarse en la ciudad la gente se burlaba de sus danzas!

ARL.—Y el público la silbaba y hasta cayó a sus divinos pies alguna hortaliza... ¡Era admirable! ¡Sólo nosotros la comprendíamos!

AUR.—Ha perdido todo su encanto.

ARL.—El soneto que yo cincelaba para ella no pasará de los dos primeros versos... ¿En qué piensas, Lauro?

LAURO.—¿Se sabe si el Magnífico asistirá por fin a la fiesta?

ARL.—Pero si asiste no vendrá con su hija. ¿Es eso lo que piensas? ¡Ah!, Lauro, ¡hombre feliz! No te atormentes con ese amor que tú crees imposible. El Magnífico es tan grande, tan grande, que es capaz de casarte con su hija...

LAURO.—No digas locuras.

ARL.—¿Sabeis la última grandeza del Magnífico?...

FLOR.—No me habléis del Magnífico. También se empequeñece. Su gradioso cinismo de otros tiempos degenera en vulgares concesiones a la opinión.

ARL.—Ahora le ha dado por mantener la paz a toda costa.

AUR.—¿Y qué puede hacer? La guerra sería un desastre...

ARL.—¿Por qué un desastre? Para nosotros no puede haber desastre. Nos gobernarían los venecianos o los genoveses y eso iríamos ganando.

FLOR.—Para lo que servimos...

AUR.—Para lo que significamos...

ARL.—Una ciudad abierta al mar por todas partes y que no tiene barcos para su defensa....

FLOR.—¿Y qué barcos podemos tener?...

AUR.—¿Y para qué los queremos?

FLOR.—¿Y soldados? ¿No es risible que ahora quieran que todos seamos soldados?

ARL.—¿Para qué queremos soldados? ¿Qué tenemos que defender? ¿Qué importa que todo se pierda? Una ciudad que sólo encumbra a los que no tienen ningún talento. Aquí son reputados famosos cuatro hombres vulgares que ni siquiera son conocidos en Venecia ni en Génova.

FLOR.—De los que allí se reirían si los conocieran....

ARL.—Lo único que podemos presentar al mundo son nuestras bailarinas, nuestros desbravadores de potros y nuestros mendigos.... Eso sí... Es nuestro orgullo... Por eso he

querido yo que nos juntáramos en esta fiesta los únicos que aún no hemos perdido la clara visión de las cosas.

AUR.—Hay que elevarse sobre la ramplonería.

FLOR.—Sobre los respetos vulgares.

ARL.—Sobre el patriotismo que quiere obligarnos a una estúpida admiración por todo lo nuestro.

AUR.—Pero, ¿qué nos piden que admiremos?

ARL.—Una ciudad que puede ser gobernada por un Crispín.

AUR.—Y un señor Polichinela.

ARL.—Que la gobiernan como se merece. Despreciándola. Que por fortuna nos llevarán a la ruina y entonces empezaremos a ser algo...

FLOR.—Cuando nos gobierne el extranjero...

ARL.—Cuando nos imponga una cultura superior.

AUR.—Cuando nos enseñe a ser hombres...

ESCENA IV

DICHOS Y EL DESTERRADO, *por la segunda derecha.*

DEST.—Eso sí, desdichados...

TODOS.—¡Eh? ¿Quién es? ¿Qué dice?

DEST.—Os digo ¡desdichados!, porque no es vuestra toda la culpa, de otro modo os diría ¡miserables!

AUR.—¿Y quién os mete a vos?...

FLOR.—¡Tened cuenta con vuestras palabras!

DEST.—No os alborotéis. Miradme a la cara: soy un hombre. Vosotros sois muy niños o muy viejos. De cualquier modo me dais compasión y por compasión he de hablaros. Sólo vos, señor Arlequín, por vuestra edad debiérais ser más razonable; pero la vanidad os pierde. Y aunque no os falta entendimiento, sabéis que no es tanto como para asombrar a las gentes y os amparáis del desatino que siempre asombra y pasma, y más en los que como vos saben escoger su auditorio. Sazonada con vuestro ingenio, sembráis entre estos mozalbetes la mala semilla de vuestra vanidad. Tenéis cargo espiritual sobre ellos y... ved lo que hicisteis de esta juventud. Mirad mi rostro enrojecido de vergüenza al escucharos maldecir de esta noble ciudad, que es nuestra patria, al oír cómo no os importaría verla dominada por el extranjero, que vendría, como decís a imponernos su cultura. ¡Desventurados! Si el extranjero cayera sobre nosotros, su cultura, sus libertades, sus sabias leyes, las guardaría para él, a nosotros nos trataría como se trata a los traidores, que, vencidos, sólo son dignos de ser esclavos. ¿Es eso lo que ambicionáis? A cuánto llega la soberbia, pecado de los ángeles rebeldes; a cuánto llega la envidia, pecado de las almas ruines... Porque eso sois, soberbios y envidiosos. Cuando vuestra conciencia os da la medida de vuestra insignificancia, bueno es culpar a los demás de nuestro fracaso. ¿Qué hablamos de hacer? En patria tan mezquina no vale la pena de hacer nada. ¿Quién iba a comprendernos? ¿Quién había de admirarnos? Si en vuestra vanidad creéis que habéis hecho algo grande y no sois bastante estimados, decís: ¡Lástima valer tanto en tierra que vale tan poco! Cuando veis estimados y aplaudidos a los que trabajan con fe, a los que luchan con entusiasmo, entonces es la envidia la que os muerde, y por empequeñecer a los que valen, no dudáis en empequeñecer a vuestra patria. Y cuando sois vosotros los que darían ocasión al extranjero para menospreciarnos, queréis medir vuestro valor por el valor que nos da el extranjero. ¿A quién visteis que para asegurarse de la virtud de su madre para encontrar razones de querería pregunte a los extraños? ¿Qué pensais de mi madre? ¿Qué estimación hacéis de sus virtudes? ¿Cómo he de respetarla? ¿Cómo debo quererla? Pues tan indigno es pedir al extranjero razones para amar a nuestra patria.

ARL.—Ahora es cuando os hemos conocido, yo por lo menos, que estos mozalbetes, como vos los llamais, por suerte suya no alcanzaron los tiempos en que vuestra ciceroniana oratoria era pasmo de las plazuelas.

DEST.—¿Sabéis quién soy?

ARL.—¿Qué otro pudiera ser? ¿No estabas desterrado? Dicen que por medida de buen gobierno; yo aseguré siempre que por medida de buen gusto. (*Aurelio y Florencio ríen*).

LAURO.—¿Qué decís? ¿Este hombre es...?

ARL.—El tribuno de la plebe, un grandilocuente orador como habeis podido apreciar. ¿No os ha conmovido? ¡Amigos, hay que ser patriotas, hay que creer que nuestra ciudad es la más grande, la más gloriosa de las ciudades, que sólo nosotros somos indignos de haber nacido en ella! (*Se oye dentro una música*).

AUR.—¿No oís? Esa música anuncia la llegada de Girasol.

FLOR.—Girasol llega: vamos, Arlequín; vamos, Lauro.

LAURO.—No, yo no; id vosotros. Espero aquí a un paje de Julia. Si su padre acude por fin a la fiesta, tendré aviso y...

REL.—Y en ausencia del Magnífico entrarás por una puerta secreta en los jardines de su palacio como otras noches. Y habrá dulce plática con la inocente Julia, tan inocente como su padre.

LAURO.—¡Señor Arlequín, no os consiento...!

ARL.—Cuidado, joven, cuidado. Ya veo que prendió en ti el discurso del austero espartano. ¿Vas a defender contra mí la inocencia de la hija del Magnífico? Bien está; no te enfades. Yo proclamaré que no la hay más inocente y candorosa. Por patriotismo. ¿Te parece bien? Por patriotismo. Todas las jóvenes de la ciudad son inocentes y candorosas. Austero espartano, vuestro discurso nos ha convencido tanto, que vamos a saludar en Girasol, la bailarina, a la más pura gloria de nuestra patria. Dejemos a Lauro. Vamos, amigos. (*Salen Arlequín, Florencio y Aurelio por la izquierda*).

ESCENA V

EL DESTERRADO Y LAURO

DEST.—¿No vais con vuestros amigos?

LAURO.—Perdonad, señor, les dije que debía esperar aquí; pero la verdad es que sólo me retiene el deseo de preguntaros...

DEST.—Adivinásteis mi deseo. Yo os responderé a todo, y por mi parte algo he de preguntaros también. Por las chanzas que el señor Arlequín se ha permitido y al parecer os ofendieron, pienso que sois el joven de quien me hablaron apenas llegué a la ciudad, el que... perdonad si también os ofende mi indiscreción, el que según dicen tiene amores con la hija del Magnífico.

LAURO.—Señor, acaso os parezca jactanciosa presunción de mi parte. No lo juzgaréis así cuando sepáis la verdad. Ante todo, por haberme visto en compañía del señor Arlequín y de sus amigos no me juzgueis como ellos. ¿No me habeis visto avergonzado al oír con cuánta razón vuestras nobles palabras afeaban las suyas indignas? Lo que nos habeis dicho lo he pensado yo muchas veces. Si yo lo dijera se burlarían de mí... ¡Como el señor Arlequín y sus amigos son muchos jóvenes en la ciudad, muchos hombres también!

DEST.—Muchos, sí, pero no serán todos... Hay otros muchos, son los más, y lo creo; o quiero creerlo, que aún aman a su patria, que aún trabajan por ella con santo amor. ¿No es verdad?

LAURO.—Sí, son muchos; pero son los humildes, los silenciosos, los resignados...

DEST.—Los que sólo esperan la voz del hombre que hable por ellos, que haga callar por siempre esas voces que claman plañideras: ¡Nada somos! ¡Nada valemos! ¡No hay esperanza para nosotros! Y así es la vida de nuestra patria, como un cortejo de enterramiento. Aun el que trabaja y lucha todavía parece

también como si enterrara su propio esfuerzo y quisiera decirnos desalentado: Yo sé que nada se remedia, que es trabajo perdido mi trabajo. Y lo que debiera caer como siembra de esperanza en la vida, cae como paletada de tierra en sepultura... Y así van enterrando a nuestra patria....

LAURO.—¿Vos fuísteis desterrado de ella?

DEST.—Sí; por amaria mucho. Y más que verme desterrado de ella, sentí que ella de mí se desterraba. Y fué mi tristeza como al apartarnos de su corazón la mujer por cuya felicidad hubiéramos dado la vida, y más que su desamor, más que su desvío, más que nuestra propia desgracia, sentimos, que al apartarnos de ella, ya nada podemos hacer por verla a ella dichosa. Y ya lo veis; ni la injusticia de los que me desterraron, ni lo que fué más triste, la indiferencia de los que debieron impedir mi destierro: la crueldad de los unos, la ingratitud en los otros, bastaron a quebrantar en mí ocrazón el amor a mi Patria. Desterrado de ella, ella ha sido mi único pensamiento. En todas partes hallé amigos, nobles protectores, pero como el poeta florentino en su destierro, también supe de la amargura que es el subir por escalera ajena... Todos eran bondadosos conmigo, como a uno de los suyos me trataban; y a pesar mío, siempre me sentí extraño entre ellos, y como nunca comprendí lo que es éste sentimiento de Patria, del que se burlan vuestros amigos... porque ellos creen saber la verdad de los males de la Patria... pero no saben la tristeza de haber'a perdido y cómo la recordamos entonces con todos sus males. Y si los males fueran tantos que no hubiera disculpa para ellos, aún sabríamos redimirlos todos en nuestro recuerdo, al decir, con orgullo, como de una grandeza de nuestra patria, cuando otras grandezas no tuviera: Que no hay rosas como sus rosas, que no hay puestas de sol como las de su cielo... que, lejos de la Patria, al recordar una flor, un celaje, bastan para encender el corazón en amor patrio.

LAURO.—Sí, cada palabra vuestra me asegura que sois... el que pienso que sois desde que os escucho, el que ya temo que seáis, con desear con toda mi alma que no podáis ser otro. Yo no recuerdo de mi padre, pero sé que mi padre vive, y vive desterrado, como vos lo estuvísteis. Era yo muy niño, y al pasar por las calles de la ciudad, acompañado de algún servidor de mi tío, solía pararse delante de mí algún hombre del pueblo, un viejo tal vez, tal vez un joven, y mirándome fijo, me decía: todos hemos perdido a nuestro padre. Tu padre era nuestra guarda y nuestro amparo, contra el poder y la justicia de los grandes... Bien merecemos cuanto nos sucede, que antes de consentir que saliera desterrado, debimos morir todos... Y esto mismo oí muchas veces. Después... ya nadie me hablaba de mi padre; yo preguntaba, y nadie respondía... Mi tío me prohibió por fin que vo'viera a preguntar nada. Nombrar a tu padre es traer la ruina sobre nuestra casa. Tu padre no volverá nunca, y si volviera, sería su muerte, porque el Magnífico no tiene mayor enemigo, y no le perdonará nunca... Y este es mi temor, que si fuérais... ¡Ah!... ¡Sí! ¡Sois vos, mi padre! ¡Es verdad! ¡Mi padre!

DEST.—¡Hijo mío! Tu amor y el amor a mi Patria era todo mi pensamiento. Al volver, ya sabía que el alma de mi Patria volvía conmigo... Pero temblaba al pensar qué habrían hecho de tu alma... Te encuentro, y te encuentro... hijo mío. Si hubiera hallado en tí a uno de esos jóvenes que te acompañaban... hubiera preferido no hallarte nunca...

LAURO.—¡Padre mío! ¡Mi padre! Pero si es verdad lo que dijeron, que el Magnífico os odia, que volver a la Ciudad es la muerte... ¡No, no es posible!...

DEST.—No, hijo mío. Todo puede temerse del astuto señor Crispín, pero no lo creo capaz de tan negra perfidia... No me habría perdonado para asesinarme... tengo su perdón... mira.

LAURO.—Sí, son sus armas, las armas de la Ciudad, la firma del Magnífico. No, no hay nada que temer, estáis seguro... ¡Qué alegría! El Magnífico os ha perdonado...

DEST.—Y a su perdón acompañaba esta carta... ¿Tú conoces la letra?

LAURO.—¿Esta letra? Sí; es suya, de Julia, de su hija... ¡Cómo no conocería! Si esta letra es la que dicta leyes a mi corazón; si esta letra es la que ordena en mi vida alegría o tristeza... una vez más he de besaría, que esta vez me devuelve a mi padre... Ahora recuerdo, pocos días ha, me habló de una alegría muy grande que me esperaba, no quiso decirme cuál sería; casi reñimos porfiando... la hice llorar. Dios mío, cuando ahora me vea llorar de alegría, ¡cómo ha de perdonarme! Si supiérais... ¡Es tan hermosa! No, ¡es tan buena! Si creyérais que yo la amo por ser quien es, os engañaríais... Nuestro amor empezó cuando ni ella ni yo podíamos temer que nunca pudiera separarnos esta grandeza de su padre. El Magnífico aún no la había presentado como hija suya. Vivía como una joven de condición modesta, venía a comprar a nuestra tienda, acompañada de alguna dueña de respeto... Cuando el Magnífico la proclamó hija suya y la llevó consigo a su palacio... nuestro amor era ya más fuerte que todo el poderío de su padre, a quien todo se rinde en la Ciudad; todo, menos mi corazón y el de su propia hija, cuando intentara con todo su poder, con toda su grandeza, arrancar este amor de nuestras almas.

DEST.—(*Leyendo la carta*). Bendecid a quien os ama sin conoceros, sólo porque sois padre de quien no puede ser mi enemigo.

LAURO.—No, no podeis serlo. De su padre tampoco. Os ha perdonado por amor de su hija, y ella pidió vuestro perdón por amor mío... ¿Verdad que ya no le odiais, que no volveréis a ser su enemigo? Entre él, a quien ofendísteis y os perdona, y ese pueblo al que amábais tanto, por el que tanto sacrificástels, y os dejó salir desterrado, y ya que no se atrevió a impedirlo, por cobardía, no volvió nunca a pedir vuestro perdón por ingratitud o por olvido, que todo es cobardía... decid, ¿quién merece vuestra estimación y quién vuestro desprecio?

DEST.—Es verdad, es verdad... No es el Magnífico el más culpable... El ¿sabe de tus amores con su hija?

LAURO.—Nada de cuanto sucede en la Ciudad puede escapar a su noticia. Estoy cierrto de que lo sabe, pero hasta ahora nada intentó para impedirlo. Nunca se dió por entendido con su hija, según ella asegura, y ella no me hubiera mentido.

DEST.—No obstante, de tu condición a la suya hay tal distancia, que es locura presumir que el Magnífico pueda consentir esos amores... si no es que así conviene a sus intereses. Y es lo que temo. Es hombre que sabe llegar a cuanto se propone, por los más extraños caminos... Acaso mi perdón, que tú crees noble, generoso, sea un engaño más.

LAURO.—No, padre mío... Tu perdón es obra de Julia; ella ha sabido que el desterrado era mi padre, y rogó al suyo que te perdonara. Y tú no puedes ser enemigo del padre de la que es para mí...

DEST.—Más que tu padre... Eso has pensado... Puedes decirlo... Así es el amor, y es justo que así sea... Si me dijeras: ¡Padre mío! No tengo más amor que el tuyo en el mundo... Soy muy desgraciado... Me verías muy triste... Me dices: Soy dichoso... porque amo a una mujer más que a nadie en el mundo... Y, si tú eres dichoso, ¿qué importa que ella sea todo y yo nada? No te llamaré ingrato. Y de mí nada temas, que si mayor sacrificio no pudiera hacer por tu felicidad, yo te aseguro que el padre de tu amada no tendrá nunca en mí un enemigo... Recogeré mi corazón, que tal vez fué orgulloso en demasía, al pretender la gloria de mi Ciudad... Y desde hoy, mi Ciudad será mi casa, y vuestro amor su glo



El Desterrado

ria... Nunca más la tristeza del deber austero, inflexible, que se clava en el corazón, como tronco seco, sin alegría de hojas, sin cantar de pájaros al calor de sus nidos... tronco desnudo que se alza y se recorta sobre el cielo, rígido y geométrico, como palo de horca, que si dice: Justicia, dice: muerte... No, no es humano el deber que por soñar con una humanidad perfecta es inexorable con los hombres... No hay un deber eterno... hay muchos deberes, como hay muchos días y muchas horas en la vida... El deber de ser humildes, de ser compasivos... de perdonar para que nos perdonen... ¿Cómo nos atrevemos a pedir justicia a los hombres en la tierra, si es del Cielo, es a Dios, y temerosos de su justicia, al rezar, sólo pedimos misericordia? (*Se oyen dentro unas voces*).

LAURO.—¡Escuchad! ¿Qué voces son esas?

DEST.—Sin duda es que llega el Magnífico a la fiesta y la gente se agolpa para saludarle.

LAURO.—No; son voces como de asonada... Escuchad... Dicen: ¡Viva nuestro padre! ¡Viva el padre del pueblo! ¿Será a vos?

DEST.—No es posible. ¿Quién puede saber que estoy en la Ciudad?

ESCENA VI

DICHOS Y HOSTELERO *por la segunda derecha*

HOST.—Pronto.. Vete de mi casa, pronto. ¿No oís?

DEST.—¿Qué te altera?

HOST.—Perdón, amigo; pero ya lo ves... por admitirte en mi casa.

LAURO.—¿Qué sucede?

HOST.—La gente ha sabido que llegabas a la Ciudad; saben que estás en mi casa, y acuden en tropel a vitorearte como en otros tiempos...

LAURO.—Los que no se acordaron de tí en la desgracala, los que nada hicieron por impedirla, ahora, cuando el Magnífico te ha perdonado, pretenden con su griterío alarmar a la Ciudad, prevenir de nuevo al Magnífico, en contra tuya... ¡Miserables! Yo iré, y a palos...

DEST.—Tente, hijo mío... Parece que callan las voces...

HOST.—Vete de mi casa; saldrás por una puertecilla que da al campo... En una noche como esta... cuando no tardará en llegar el Magnífico... Sería mi ruina...

DEST.—No tiembles... ¿Quién?... ¡Ah!, Publio....

HOST.—¿El señor Publio? Eso es peor... Si ha sido él quien lo ha urdido todo...

ESCENA VII

DICHOS Y PUBLIO, *por la segunda derecha.*

PUBLIO.—¡Amigo mío! Hermano mío! Ven a mis brazos... ¿No me abrazas?... ¿Te retiras de mí?...

DEST.—¡Publio! ¿Eres tú el que trae a esa gente? ¿No has sido siempre mi enemigo? ¿No fuiste tú el que contuvo al pueblo y hasta le volvió en contra mía, cuando quiso impedir mi destierro? Entonces estabas a sueldo del Magnífico...

PUBLIO.—No es verdad... Nunca lo he estado. Yo no he servido nunca más que al pueblo... Si fuí enemigo tuyo fué porque tú te contentabas con predicarle, y yo he creído siempre que era preciso combatir...

DEST.—Sí... Yo quería que el pueblo tuviera conciencia de sí propio, para que fuera digno de acusar a los gobernantes indignos, más aún, de no poder tenerlos nunca, porque los gobernantes son hechura del pueblo, jamás el pueblo de los gobernantes. Los pueblos débiles y flojos, sin voluntad y sin conciencia, son los que, no solo consienten, se complacen en ser mal gobernados. El mal gobierno es buena disculpa de pícaros y de holgazanes.

PUBLIO.—Eso es decir que yo adulo al pueblo y sólo tú le hablas verdad...

DEST.—Tú le mantienes en la ilusión de que todos sus males sólo provienen de estar mal gobernado...

PUBLIO.—Y ¿no lo está?

DEST.—Tú lo sabes mejor que nadie, que de eso vives . El día en que el pueblo no tuviera por qué quejarse y los gobernantes no tuvieran por qué temer... Habrías concluído.

PUBLIO.—¿Me insultas? Venía a proponerte la paz, una estrecha alianza...

DEST.—¿Contigo? Nunca...

PUBLIO.—El pueblo te aclama por mí...

DEST.—No me aclama por tí, me aclama porque tú necesitas asustar al Magnífico para que no te retire su protección, algo rehacia en estos tiempos...

PUBLIO.—Para asustar al Magnífico, y para derribarle, si quisiera, me basto yo solo. Y para levantar al pueblo en contra tuya, si no quieres ser mi amigo...

DEST.—Nunca.

PUBLIO.—Pues esta misma noche sabrá el Magnífico y sabrás tú de lo que soy capaz...

HOST.—Esta noche... no.. Dejadlo para mañana. La fiesta en mi casa... Soy un buen ciudadano que vive de su trabajo... No queráis perderme...

PUBLIO.—Lo mismo que dije al pueblo que volvías a defenderle, a combatir a mi lado contra el Magnífico y la corte de traficantes que le rodea...

DEST.—Y estorba tus tráficos. ¿No es eso? La competencia es dura...

PUBLIO.—Les diré que si te ha perdonado es porque te has vendido a él... y el precio es su hija... que él consiente en casar con tu hijo a cambio de tu sumisión y del prestigio que aún tienes entre el pueblo y hoy habrá terminado.

LAURO.—Callad o...

PUBLIO.—El mozo es arrogante, ya cuenta con el poder del suegro... Nuevo Leandro de este Polichinela...

LAURO.—Callad he dicho...

DEST.—Déjale... Nos conocemos. Y él lo sabe...

PUBLIO.—Sé que mejor te hubiera estado no volver nunca del destierro... porque ahora no será el Magnífico, será el pueblo quien te condena a muerte. No has de ser tú quien se interponga en mi camino. *(Sale por la segunda derecha).*

HOST.—¡Señor, Señor!... Ahora quisiera yo que el Magnífico no se dignara honrar mi casa. Si el pueblo se amotina... ¿qué será de mi casa?... Y el señor Publio es capaz de todo. ¿Por qué no aceptaste su amistad? Es mejor para amigo que para enemigo... Si yo pudiera convencerle a lo menos por esta noche.... ¡La fiesta de los poetas! ¡Con tantas señoras principales en mi casa!

LAURO.—No tengas miedo... Las amenazas del señor Publio son siempre productivas. Dejarían de serlo si pasaran de ser amenazas... Todo su malestar es porque el señor Polichinela ha conseguido del Magnífico que se le permita vender todo género de mercancías a los venecianos; el señor Publio quería vendérselas a los genoveses.

DEST.—¡Son hombres listos hombres emprendedores! Con todo trafican, con todo negocian. Lo mismo venden las reliquias de nuestras glorias pasadas... pinturas, tapices, imágenes de palacios y templos, que trafican y negocian con todo lo presente y todo lo futuro... Son muy listos, muy hábiles... La ciudad se empobrece, la ciudad se arruina... Cuando la ciudad se hunda sobre todos... veremos si tienen la misma habilidad para salvarse ellos con sus hijos y sus riquezas... Entonces sí podremos decir que han sido hombres listos que han sabido vivir... Veremos entonces si saben negociar con escombros y muertos. Cuando los escombros sean los de su casa y los muertos sus propios hijos... *(Cesan las voces)*

HOST.—Calla, calla... No seas agorero... Todo estaba tranquilo en la ciudad y vienes a traernos la inquietud y la alarma... Han callado las voces... la fiesta se anima... ¡Señor! Que no ocurra nada esta noche. Mañana... mañana no importa tanto; la gente estará cansada de la fiesta y no había de hacerse mucho negocio... Los pobres, que vivimos de los ricos, necesitamos que haya paz... sosiego, alegría. ¿No es una gloria ver que todo el mundo se alegra y se divierte? Ved. Aquí llega la hermosa Girasol, rodeada de sus poetas y del señor Leandro, que según se murmura está muy enamorado de ella.

DEST.—Vuelven tus amigos. No quisiera encontrarme con ellos...

LAURO.—Tampoco yo quisiera veries ahora...

HOST.—¿Os vais?

DEST.—Lo deseas por tu tranquilidad y la de tu casa... Pero yo no puedo desairar la cena que me has ofrecido.

HOST.—Y que yo te serviré muy gustoso.

DEST.—Cenaré con mi hijo. ¡Nos debemos tantos años de ausencia!... *(Salen).*

ESCENA VIII

GIRASOL, COLOMBINA, LEANDRO, ARLEQUIN, AURELIO Y FLORENCIO *por la segunda derecha*

ARL.—Huyamos de la multitud. Busquemos el amable refugio de la intimidad...

GIR.—¿No vendrá por fin el Magnífico?

ARL.—Es lo único que te interesa esta noche. Te advierto, Girasol, que se malograrán tus encantos. Al Magnífico no se le conoce favorita alguna. Es hombre práctico...

COL.—*(A Leandro)*. ¿Visteis fiesta más triste y aburrida? Como dispuesta por Arlequín y sus amigos. Los poetas imaginan muy lindamente, pero realizan muy mal sus imaginaciones.

LEAN.—Tú debes saberlo, graciosa Colombina, ya que siempre fuiste amada de algún poeta. ¿Tan desengañada estás de sus realidades?

COL.—Los detesto. No me dejéis, Leandro; vos no sois poeta y no decís tonterías como ellos. No saben que a las mujeres nos aburren los hombres que dicen tonterías. Adoramos en



Lauro

cambio a los que las hacen... porque de eso vivimos.

LEAN.—¿Quiéres decir que yo soy de los que las hacen?

COL.—Habéis regalado un collar de perlas a Girasol. Los poetas no regalan perlas: las aconsonantan con verterlas, pero no las vierten nunca, como no sea en lágrimas, tan falsas como sus poesías. ¿De veras os importa mucho Girasol?

LEAN.—Con locura. Y, dime, Colombina. Tú, que a tu buen talento añades la experiencia del mundo que heredaste de doña Sirena, ¿no me dirás hasta cuándo se burlará de mí Girasol?

COL.—Decid hasta cuánto y nos entenderemos.

LEAN.—Ponga ella misma el precio.

COL.—Si sois vos quien se ofrece, el precio es a vos mismo; no es a ella; vos sabréis en cuánto podéis estimaros.

LEAN.—En lo que ella estime mi amor.

COL.—Vuestro amor, en nada. Vuestra vanidad, que es la que pone el precio, en tanto como vos la estiméis. Pero pienso que os cansáis en vano. La virtud de Girasol no se rendirá por ahora.

LEAN.—¿Su virtud, dices? ¿No se rindió otras veces?

COL.—Sí: pero ahora, ¿no sabéis que Arlequín en una de las brillantes prosas que le ha dedicado, escribió que el espíritu de sus danzas era la castidad?

LEAN.—¿Y quién hace caso del señor Arlequín?

COL.—Perdonad, antes bailaba Girasol como vuelan los pájaros. Hoy baila mucho peor, pero gracias al señor Arlequín ya sabe el sentido oculto de sus danzas. Cuando nos retrata un gran pintor, y el retrato como obra de arte es admirado por todo el mundo, hay el peligro de que ya toda nuestra vida procuremos parecernos más a nuestro retrato que a nosotros mismos. Ya tenéis explicado por qué Girasol, a lo menos mientras permanezca en esta ciudad, será respetuosa con el espíritu de sus danzas.

LEAN.—Es que tú no te prestas a servirme, Colombina. Si tú hablaras por mí...

COL.—Pues bien, voy a ser franca. Le he hablado de vos por complaceros... Pero si vierais que cuando pienso en vuestra esposa, la hermosa Silvia... ¡Ah, señor Leandro! ¿Quién nos dijera que aquel amor que tué el orgullo de nuestra ciudad, que ya imaginaba tener unos amantes inmortales como los de Verona...

LEAN.—Ten en cuenta que Romeo y Julieta murieron muy jóvenes, que de su despedida en el florido balcón de Verona a su muerte en la tumba de los Capuletos sólo mediaron unos días de ausencia: si hubieran vivido muchos años de plácido matrimonio...

COL.—Es verdad. Por algo los grandes poetas siempre terminan el amor en la muerte. La muerte es lo único que poetiza el amor. El señor Polichinela debió daros muerte y la enamorada Silvia debió sucumbir de pena. ¡Hubiera sido una hermosa historia de amor!

AUR.—¿Qué habrá sido de Lauro?

ARL.—Habrá recibido el aviso que esperaba y a estas horas estará más divertido que nosotros.

GIR.—Pero, ¿es posible que la hija del Magnífico esté enamorada de un necio como Lauro?

ARL.—¡Bravo inconveniente ponéis al amor de una mujer! La necedad de un hombre.

GIR.—Yo no sé cómo puede amarse a un necio.

ARL.—Probad en Leandro. Por vuestro amor sería capaz de arrullar a su esposo el señor Polichinela. Un yerno del señor Polichinela no puede hacer cosa mejor.

(Se ven aparecer por el lateral, en el foro, a Silvia y Julia).

AUR.—Amigos, observad... Dos damas enmascaradas nos atisban entre aquellas magnolias.

ARL.—No imaginéis aventuras de amor con damas principales: es la más vulgar aventura de mujer celosa. Una de esas damas enmascaradas es Silvia, estoy seguro. Siempre que su marido acude a una fiesta no tarda en sorprenderle. He sido muchas veces testigo de tan ridículas sorpresas.

GIR.—No estará celosa de mí.

ARL.—Seguramente. Temblad por vuestro tocado.

GIR.—Eso, no; qué se diría. Yo no he dado ocasión para que el señor Leandro me persiga. Vamos, vamos de aquí.

ARL.—Volved a los jardines, yo debo prevenir a Leandro.

(Salen Girasol, Aurelio y Florencio por la segunda derecha).

LEAN.—¿Dices que el lazo de diamantes y rubíes que vende Samuel el judío ablandaría tal vez su corazón? Son treinta mil escudos.

COL.—¿Qué son para vos treinta mil escudos?

LEAN.—Para mí, nada... Pero el señor Polichinela *cada día está más fuerte, más fuerte* que las galeras que por mediación suya ha comprado el Magnífico para defensa de nuestra ciudad, y, que según murmuran todos, tardarán en hundirse lo que tarden en hacerse a la mar.

ARL.—Por dicha nuestra, con ellas se hundirán sus seis cañones, de los cuales nadie se atreve a disparar con c o, después que reventó el primero con que fué a dispararse.

LEAN.—Pues si aún supierais...

ARL.—¿Qué no sabremos, amigo Leandro, del señor Polichinela y del Magnífico? Da gracias a Dios que todo lo hallarás a su muerte. Ahora yo te aconsejo que vuelvas a tu casa. Cerca de aquí rondan enmascaradas. Ya sabes en lo que suelen terminar estos carnavales. Girasol no consentirá que te acerques a ella, porque ya sabes que, gracias a una indiscreta relación que escribí de sus danzas, está comprometida con el público y con ella misma a ser virtuosa.

LEAN.—¿Tú crees que una de esas damas puede ser Silvia?

ARL.—Estoy seguro de ello.

COL.—¿Lo veis, señor Leandro? Silvia os ama todavía. Debéis guardarla fidelidad. Ved que en vuestro amor tuvimos parte todos, y todos en la ciudad le miramos como cosa propia. ¡Si *mi noble tía, doña Sirena*, levantara la cabeza!...

LEAN.—¡Noble doña Sirena! ¡Cómo me hubiera ayudado con Girasol!

COL.—¡Respetad su memoria!

ARL.—Las enmascaradas se acercan... Para disimular, hablemos de cosas indiferentes. ¿Creéis que por fin tendremos guerra?

(Entran por la segunda derecha Silvia y Julia).

LEAN.—¿Guerra dec's? ¿Quién piensa en eso?

COL.—No habléis de cosas tristes.

ARL.—Por hablar de cosas indiferentes... *(Salen Colombina, Leandro y Arlequín por la segunda derecha).*

ESCENA IX

SILVIA Y JULIA

SILVIA.—¿Lo ves, Julia, lo ves? Ha venido a la fiesta. Y ha venido por esa mujer.

JULIA.—Creo que no tenéis razón. Apenas si se ha acercado a ella. Y de Colombina no tendréis sospechas: es buena amiga vuestra. ¿Por qué os atormentáis de ese modo? Leandro os ama como os amó siempre. Cuando mi padre me trajo a la ciudad, todos hablaban de vuestros amores. Era como un cuento *maravilloso... Yo os envidiaba tanto...* soñaba también con mi Leandro... Y mi Leandro llegó y soy muy dichosa....

SILVIA.—¡Pobre Julia, pobre niña ilusionada! Tu Lauro será como mi Leandro... Ya lo ves... Esta noche, esta fiesta, una vez más traen a mi corazón el recuerdo de otra noche, de otra fiesta en que por primera vez nos encontramos. Una canción de Arlequín, cuando Arlequín no era el cínico poeta de ahora, cuando cantaba al amor y a la vida, llegó a

nuestros oídos en el silencio de la noche y puso lágrimas en nuestros ojos, y al fin, un beso en nuestros labios, y en nuestro corazón prendió ese anhelo de amor infinito, que es como un alma nueva dentro del alma; como una afirmación de su eternidad.

JULIA.—Así es el amor. Y es no temer ya nada en la vida porque sentimos que ya nada en la vida tendrá fuerza contra nuestro amor. Y es afrontar sin espanto la misma muerte, como si fuera no más un dulce sueño entre enamorados, en que uno queda dormido antes que el otro, que no tardará en dormir el mismo sueño y unidos soñarán con su amor... que ha de ser en el cielo, para los que se amaron en la tierra, como un deshojarse de rosas que fueran besos, como una claridad de luz que acariciara el alma y fuera armonía de todas las músicas y todos los versos y todas las palabras de amor...

SILVIA.—¡Pobre ilusionada! ¿Crees en el amor de Lauro? ¿Y no ves que sólo amará en ti a la hija del Magnífico, como Leandro me amó por las riquezas de mi padre?

JULIA.—No, no. Lauro me creía pobre, de humilde condición... Cuando mi padre me llevó a su palacio, quiso alejarse de mí, lloró desesperado, por nuestro amor que él creía imposible... Pero no lo será; mi padre es bueno y consentirá que yo sea su esposa.

SILVIA.—Pero, ¿sabe tu padre que Lauro es hijo de su mayor enemigo?

JULIA.—Lo sabe, sí; y ya le ha perdonado y ya está en la ciudad... Y ahora será el mejor amigo de mi padre, por mi amor todo, por el amor de Lauro.

SILVIA.—¡Ah! Ya entiendo... Tu padre busca apoyo en el pueblo, que ahora el señor Publio quiere soliviantar en contra suya... ¡Ay, Julia mía! Cuando yo me creía dichosa con el amor de Leandro, qué poco pensaba en las intrigas del gobierno y de su política, qué poco me preocupaba la intervención de mi padre en esos tráficos y negocios que son escándalo de la ciudad. Ahora, todo me asusta; perdido el amor de mi esposo, sólo me queda el amor de mis hijos... y tiemblo por ellos.

JULIA.—¿Y te preocupas por su suerte? Cuando tu padre aseguró para ellos riquezas fabulosas.

SILVIA.—¿Para ellos? Sí. Eso dice mi padre para disculpa suya, que sólo ha pensado en mí y ahora en mis hijos al enriquecerse. Pero... ¿es que debemos pensar sólo en nuestros hijos?

JULIA.—Vamos, Silvia. Gocemos de la fiesta. Ya has visto que tu Leandro no vino por Girasol como pensabas. Yo aún espero encontrar a Lauro y embromarle bajo la máscara. (*Se oye dentro una música y voces.*) ¿Oyes? es mi padre el que llega a la fiesta...

SILVIA.—¿Piensas descubrirte a él?

JULIA.—¿Por qué no? Le diré que he venido por acompañarte. Mi padre no se enfada nunca conmigo. (*Gritos y vocerío.*)

SILVIA.—¿Qué sucede? ¡Qué confusión! ¿No es mi padre también el que llega?

JULIA.—Sí, es el señor Polichinela. Parece muy alterado...

SILVIA.—¡Oh! Traen a mi madre desmayada. ¿Qué habrá ocurrido?

ESCENA X

DICHOS, LA SEÑORA POLICHINELA, COLOMBINA, EL SEÑOR POLICHINELA, ARLEQUIN, AURELIO Y FLORENCIO, DAMAS, CABALLEROS Y MOZOS *de hostería por la segunda derecha.*

COL.—Pronto... pronto... traigan agua, esencias... La señora Polichinela se ha desmayado.

SILVIA.—¡Madre mía! ¡Padre! ¿Qué ha sido?

SR. POL.—¡Ah! ¿Estás tú aquí? Como siempre, detrás del bigardo de tu marido... ¡Buena está mi casa! ¡Bueno anda todo!

SILVIA.—Pero, ¿no me diréis qué le ha ocurrido a mi madre?

SR. POL.—¡Es una mala vergüenza! ¡Sólo en esta ciudad sucede! Al venir a la fiesta, en el camino del Puente ha volcado nuestra carroza... ¡Figuraos cómo estará el camino! ¡Una mala vergüenza!

SRA. POL.—¡Ay, qué susto! ¡He creído morir!

DAMA 1.ª—¿Cómo estáis, señora? ¿Os halláis mejor?

DAMA 2.ª—Reponeos, señora...

SRA. POL.—Gracias, gracias a todos.

SILVIA.—¡Madre mía!

JULIA.—Señora...

SRA. POL.—¿Tú aquí? ¡Ah, como siempre! Estás aquí por celar al bergante de tu marido.... El malandrín, el buscadotes... Aparta de mi vista. Una dama de calidad como tú no debe rebajarse a ese extremo... Todo será hasta que tu padre haga entender a ese aventurero el respeto que debe a nuestra hija... una hija del señor Polichinela... El insolente, el desalmado... que si no fuera por tí, remaría en galeras...

COL.—Ya vemos que estáis muy repuesta...

SRA. POL.—No ha sido más que el susto. Figuraos, la carroza volcada...

SR. POL.—La mejor carroza de la ciudad; aún no hará quince días pagué de ella veinte mil escudos... Un caballo ha quedado cojo, otro está mal herido...

SRA. POL.—Y el cochero muerto...

SR. POL.—Eso importa poco... Era un bellaco... Debió traernos por otro camino. Debió saber que el camino de Puente... (*Oyense dentro vivas al Magnífico*).

ARL.—El Magnífico llega.

TODOS.—¡El Magnífico!

SR. POL.—El señor Crispín, lo celebro, ha de oírme... ¡Es una mala vergüenza como están los caminos!

ARL.—¡Viva el Magnífico señor Crispín!

TODOS.—¡Viva, viva!

ESCENA XI

DICHOS Y CRISPIN *entra por la segunda izquierda.*

CRISPIN.—Salud a todos.

TODOS.—¡Señor!... ¡Gran señor!

CRISPIN.—¿Qué he oído al llegar que la señora Polichinela ha tenido un sobresalto? ¿No me diréis qué ha sido?

SR. POL.—Señor Crispín... A vuestras plantas...

CRISPIN.—Bésoos las manos, señor Polichinela... ¿Qué fué, decidme?

SR. POL.—¿Qué puede haber sido? La mala vergüenza de esos caminos y de esas calles por dónde no pueden transitar las carrozas de las personas de calidad... Figuraos que al entrar en el camino del Puente...

CRISPIN.—¿El camino del Puente decís?... Oídme aquí aparte, señor Polichinela. ¿No recordáis que cuando se trató en la ciudad de abrir ese camino, fuisteis vos el que no consintió de ningún modo que se encargaran los trabajos a otro que a un muy allegado vuestro que se hizo pagar muy lindamente..... cuando todos sabemos que por la mitad de coste había quien abriera mejor camino con ventaja de todos?...

SR. POL.—No es razón... Si el camino quedó en mal estado, debió componerse...

CRISPIN.—Y pagar la compostura a otro allegado vuestro... ¡señor Polichinela! como de esas cosas me acusan cada día, los mismos culpables de que sucedan. Es peligroso no asegurar los caminos por donde podemos pasar algún día en nuestras carrozas. Cuidad que, como en el camino, no nos suceda algún día también con la ciudad entera...

SR. POL.—Señor Crispín... ¿Es qué ahora vamos a hacernos cargos?

CRISPIN.—Entre nosotros poco importa. Pero sabed, que de un tiempo a esta parte he dado en tener miedo.

SR. POL.—Miedo... vos... ¿Es posible?

CRISPIN.—Y ya sabéis que no hay nadie que a

tanto se arroje como un cobarde; de puro miedoso no hay cosa a que no se atreva.

SR. POL.—¿Amenazáis? ¿Queréis hacer conmigo como con el señor Publio? retirarme vuestro favor... Lo pensaréis bien.

CRISPIN.—Lo he pensado...

SR. POL.—¿Será verdad lo que dicen? ¿Que pensáis apoyaros en el pueblo y para ello queréis serviros de cierto desterrado, padre de cierto mozo que enamora a vuestra hija?

(*Voces dentro*).

CRISPIN.—Es posible... Ya sabéis cómo el amor me ha conmovido siempre. ¿Eh? ¿Qué voces son esas? ¿Quién grita? ¿Quién se atreve?

SR. POL.—Ahí tienes la respuesta. Ese es el pueblo. Ya tenía yo noticias de la que esta noche se preparaba. El pueblo tiene hambre y se indigna contra nosotros porque estamos de fiesta.

CRISPIN.—¡Bah! Es la gente del señor Publio, la conozco.

ARL.—¿Qué ocurre? ¿Quién grita?

COL.—¿Qué dicen? ¡Muera el Magnífico!

JULIA.—Padre mío, tengo miedo.

CRISPIN.—Nada temas...

SR. POL.—Mandad que cargue sobre ellos vuestra guardia suiza...



Polichinela

SRA. POL.—Escondeé mis joyas... Si llegan hasta aquí... ¿Dónde puedo esconder mis joyas?

CRISPIN.—¿No callaréis? Si falta mi paciencia, yo les juro...

ESCENA XII

DICHOS, EL DESTERRADO, LAURO Y EL HOSTELERO *por la primera derecha.*

DEST.—¡Señor!

CRISPIN.—¿Quién es este hombre? ¿Es de los revoltosos? Creo conocerle.

DEST.—Señor, soy vuestro enemigo, lo sabéis, pero soy enemigo leal y quiero hablar al pueblo; al verdadero pueblo que no es el que ahora grita. El pueblo aguarda allí en silencio, confundidos con él están los hampones, secuaces de Publio, y esos callarán cuando el pueblo hable. ¿Me permitís que vaya?

CRISPIN.—Ya tardas.

TODOS.—Vamos, vamos con él... Sí, sí, (*Vánse por segunda derecha*).

JULIA.—¡Ah, Lauro! ¿Es tu padre? ¿Verdad que es tu padre?

LAURO.—Sí, mi padre, que gracias a tí ha sido perdonado y ahora por tí, por nuestro amor, hará callar a esas turbas que el señor Publio pretende levantar contra tu padre.

JULIA.—Si eso hiciera...

SR. POL.—A ese precio no es mucho tu hija. Sabes mucho, Crispín... Buscas un lazo de unión entre el pueblo y tú... Es una peligrosa habilidad. (*Cesan las voces*).

CRISPIN.—Veremos si es habilidad o es el fin de las habilidades.

ARL.—Ya callan. (*Vuelven a oirse los gritos que aclaman al Magnífico*).

COL.—Ahora aclaman al que habló.

ARL.—Ahora gritan: ¡Viva el Magnífico!

SR. POL.—Pueblo mudable como el viento, como el mar inseguro.

JULIA.—Tu padre y el mío unidos en amistad. ¡Qué feliz soy!

LAURO.—Qué felices seremos con nuestro amor...

CRISPIN.—Todo en calma. ¡Bravo! ¡El hombre ha cumplido!

DEST.—(*Sale por la segunda derecha con Girasol, Leandro, Florencio, Aurelio y mozos*). Señor... Ya veis... Las turbas de Publio se retiraron apenas habló el pueblo, que aún conoce y respeta mi voz..

CRISPIN.—Gracias, amigo, gracias... Hemos de hablar los dos... Esperó que vendrás a mi palacio.

DEST.—Nunca pisé un palacio.

CRISPIN.—Si lo prefieres, iré yo a tu casa.

DEST.—Señor, el Desterrado no tiene casa. Yo iré a vuestro palacio.

AUR.—¿No seguirá la fiesta?

ARL.—Ahora más que nunca. Hay que responder al populacho con arrogancia. Creerían que teníamos miedo... Vuelva la música, traed flores. Llevemos a Girasol en triunfo. (*Se oye dentro una marcha triunfal*).

TODOS.—Eso es... ¡Viva Girasol!... ¡Viva!... (*Salen todos por la segunda derecha menos Lauro y Desterrado*).

LAURO.—¿No estás contento, padre mío, no estás contento al verme tan dichoso?

DEST.—Sí, hijo mío. Quisiera estar alegre....

LAURO.—¿En qué piensas todavía?... No ves que todos se alegran... que nada hay que temer... Venid como todos a la fiesta.

JULIA.—(*Entra por la segunda derecha*). ¿No vienes, Lauro?

LAURO.—Sí, Julia mía. Mi amor, mi vida... Ya no es imposible nuestra felicidad. (*Salen por la segunda derecha*).

DEST.—Este es el amor que se juzga vencedor de la muerte, esa es la ciudad alegre que vive confiada... Entre esta alegría que es la de mi patria... esa felicidad que es la de mi hijo... ¿Por qué está mi alma triste, con tristeza de muerte?

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO II

Un salón en el palacio de Crispín.

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA POLICHINELA Y CRISPIN, *que entran por la derecha.*

CRIS.—Señora Polichinela, volved a la fiesta antes que sea notada vuestra ausencia.

SRA. POL.—Perdonad. Si pensabais traer una bailarina a vuestro palacio, nunca debísteis invitar a damas principales.

CRIS.—Señora Polichinela, si me he atrevido a invitarlas ha sido para su seguridad. Como sus maridos hubieran venido, aún sin invitarlos, creí que siempre estarían más tranquilas viendo por sus propios ojos lo que pasaba. Tened en cuenta que si he traído a la hermosa Girasol a mi palacio ha sido por contentar a muchas damas de calidad que rabiaban por conocerla y no se atrevían a presentarse en el teatro donde ella baila. Ya sabéis que siempre me he complacido en facilitar y satisfacer deseos y curiosidades. Por lo demás, ya era hora de que en mi palacio, donde tantos danzantes asisten de ordinario, se danzara alguna vez de verdad y con arte. ¡Verdad y arte! Dos cosas con las que solemos andar reñidos los que gobernamos.

SRA. POL.—Pero, ¿creéis que yo puedo autorizar con mi presencia la escandalosa conducta de mi yerno? Tengo bien probada mi discreción en veinticinco años de matrimonio con el señor Polichinela; pero tratándose de mi hija... Ya me conocéis... ¡Ah, señor Crispín, bien nos engañásteis!

CRIS.—Yo he sido el primer engañado. Mejor dicho, el amor nos engañó a todos. ¿Quién podía creer entonces que aquel gran amor no era verdadero? Si vuestra hija llora una desilusión, que vos deploráis como madre, aún es mayor mi desencanto... ¡Mi señor Leandro, el de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, por el que yo esperaba redimirme, es hoy... un yerno más... Y aún hay que agradecerle que sólo corteje bailarinas y sólo malgaste la dote de su mujer... Otros en su caso, con un suegro influyente cortejan los cargos públicos y añaden a la dote algún saneado emolumento a costa del tesoro de la ciudad...

SRA. POL.—¿Y no sería preferible?

CRIS.—Para la familia, ¡quién lo duda! Para los demás y tratándose del dinero del señor Polichinela, es más satisfactorio lo que tanto os desagrada. Los hijos y los yernos son de justicia divina, por eso enmiendan tantas veces deficiencias de la justicia humana.

SRA. POL.—Bien está. Yo que esperaba que vos le reprendiérais, que le hiciérais entender lo indigno de su conducta...

CRIS.—Y tenéis razón para esperarlo. Y no será a él solo, por desgracia. Muchos otros también han de entenderme. Pero esta noche no quiero entristecer la fiesta, no quiero entristecer a nadie... Una sola palabra mía...

SRA. POL.—Me asustáis.. decidme, señor Crispín, ¿es que nos ocultáis algo grave? ¿Es que los venecianos se obstinan en sus pretensiones? ¿Es que por fin tendremos guerra? ¡Sería horrible! Vos haréis porque eso no suceda...

CRIS.—¿Yo? ¡He de ser yo!

SRA. POL.—Lo podéis todo en la ciudad. Por algo os han elevado a la suprema jerarquía...

CRIS.—Sí. Soy el Magnífico... Imágen visible de los que me elevaron... Los Crispines cobardes necesitan un Crispín valeroso que autorice sus picardías: ellos solos no se atreverían a cometerlas. El sello del Magnífico es su absolución. Como en mis tiempos de criado



Pantalón

era yo una parte de mi señor y suyas eran las grandezas y mías las ruindades, así ahora la ciudad me necesita para descargo de sus culpas... Y soy yo el elegido. Siempre Crispín, el criado siempre... Pero los pueblos para mayor sarcasmo o para engañar mejor su conciencia, a sus criados nos llaman señores, nos dan una apariencia de gobierno... y ya es nuestra toda la culpa de las culpas de todos.

SRA. POL.—Nunca os he visto tan solemne, señor Crispín. ¿Es que tenéis miedo?

CRIS.—Sí, tengo miedo... por las culpas de todos. También remordimiento... que en los demás será rabia y desesperación, que es el remordimiento de los pueblos cuando se creen engañados... ¡Engañados! Pocos serían los males de la ciudad si todo su mal fuera el que yo pude hacer.

ESCENA II

DICHOS, POLICHINELA Y PANTALON, *por la derecha disputando.*

SR. POL.—Podéis tirar por donde os plazca, pero, ¿pagaros yo? ¡Nunca! ¡Nunca!

PANT.—Pero señor Polichinela.

SRA. POL.—¿Oís? Mi marido disputa con el señor Pantalón. Sin duda es por algún dinero que el barbilindo de Leandro le adeuda.

CRIS.—Vuestro marido y el señor Pantalón no pueden disputar por otra cosa.

SR. POL.—Si creéis que puede importarme que pongáis a mi yerno en prisión... Ya debió ir antes si no lo hubierais estorbado por

vuestra avaricia... Nunca hubiera sido mi yerno y no hubieran caído tantas desdichas sobre mi casa... ¿Habéis oído cosas semejante, señor Crispín? ¡Pretender que yo pagué las trampas de mi yerno!

PANT.—¿Y creéis que, si él no fuera vuestro yerno, nunca le hubiera yo fiado mi dinero?

SR. POL.—Esa es buena, y ¿qué garantía podía él ofreceros?

PANT.—Vuestro crédito en la ciudad, señor Polichinela, y cuando eso no fuera, el amor a vuestra hija.

SR. POL.—Ta ta ta. Por amor a mi hija, debo alegrarme de que el bribón de su marido se vea por fin en galeras... en cuanto a mi crédito en la ciudad... está muy alto para que mi yerno ni vos podáis comprometerlo. Decid que si le habéis prestado ha sido con la garantía de mi muerte... Eso es, de mi muerte, y sabe Dios, como viérais que se tardaba, como se tardará... que no pienso morirme tan pronto, de lo que hubiérais sido capaces mi yerno y vos por anticiparla.

PANT.—¡Señor Polichinela! ¡Yo nunca he deseado vuestra muerte!

SR. POL.—¿Pues con qué otra esperanza prestáis a mi yerno? ¿Qué otra garantía puede él ofreceros? ¡Mi pelleja, eso es!... ¡Mi linda pelleja! Sois un miserable. El que presta con esa garantía es un miserable...

PANT.—Si el respeto a vuestra esposa y al señor Crispín no me contuvieran... Yo os diría...

CRIS.—Decid, decid... que la verdad purifica el aire.

SRA. POL.—Cálmate, esposo. Si al fin pagarás, como siempre, en cuanto nuestra hija venga a llorarte...

SR. POL.—¡No, no! Conmigo se acabaron las lagrimitas... Y si nuestra hija es mujer para consentir que su marido arruine mi hacienda... no os ofendáis, señora Polichinela, pero dudaré de que sea hija mía...

SRA. POL.—¡Ve lo que dices y piensa quién te oye!

CRIS.—El señor Polichinela sabe muy bien que eso no es posible. Hablaba por ponderación.

PANT.—Todo es poner las cosas en puntos de honra que nada tienen que ver con nuestro asunto. ¿Creéis que yo puedo perder mi dinero? ¿Consentiréis que el esposo de vuestra hija, el padre de vuestros nietos, vaya a la cárcel como si fuera un malhechor?

SR. POL.—¿Decís como si fuera? Y ¿lo ponéis en duda? ¡Un malhechor, un malhechor talmente! Salteador de casas honradas, peor que de caminos, y si tanto os importa vuestro dinero, pensad cómo habéis de cobraros, que de mí será pleito perdido...

SRA. POL.—Señor Crispín, ¿No hablaréis con Leandro? El os escuchó siempre y sólo vos tenéis autoridad con él.

PANT.—Y persuadid al señor Polichinela cómo nada le estará mejor que pagarme...

SR. POL.—¡Pagar yo? ¡Nunca! ¡Nunca!

CRIS.—No os alborotéis, señor Polichinela. Calmaos, señor Pantalón. El señor Polichinela pagará, pagará... Está cerca la hora en que todo se pague. Entre tanto no perturbemos la alegría de esta noche. Esta fiesta hemos de recordarla siempre. Y, oídme aquí, señor Polichinela, vos también, señor Pantalón. He de pediros un favor señalado.

PANT.—Vos mandáis siempre.

SR. POL.—Siempre me tenéis a vuestro servicio.

CRIS.—Terminada la fiesta, esta noche, hemos de hablar aquí. No me faltéis. Otras personas muy significadas han de venir... Y entre todos ha de decidirse algo que mucho importa.

SR. POL.—¿No podéis decirnos?

CRIS.—Todavía no. Debo atender a mis convidados. Señor Polichinela, señor Pantalón, no disputéis ahora por unas migajas. Si sucediera lo que yo no sé si temo o deseo, pronto tendréis un festín espléndido... que tal vez hayáis de compartir con algunos de tan buen apetito como vosotros.

SR. POL.—¿Qué queréis decirnos?

CRIS.—Nada que importe. Estos días revolotea sobre la Ciudad una bandada de cuervos... Temibles competidores; pero no serán tan voraces; algo dejarán. Habrá para todos. (*Sale por la derecha*).

ESCENA III

DICHOS MENOS CRISPIN

PANT.—¿Oísteis, señor Polichinela?

SR. POL.—De poco tiempo a esta parte se permite tratarnos de un modo...

PANT.—El siempre fué insolente.

SR. POL.—Está envalentonado desde que el padre de ese mozo que enamora a su hija volvió de su destierro... Al casar a su hija con el hijo de un ciudadano, piensa que todo el partido popular estará de su parte y fuerte con su apoyo, tal vez quiera prescindir de los que le elevamos... Ya véis cómo nos trata... El no sabe que si casa a su hija con ese mozo... ese mozo será otro Leandro como el nuestro. Y bien estará que así sea, que en este mundo todo se paga.

PAN.—Vos lo decís. Ved por donde lo que vuestro yerno es en deberme ha de pagárseme.

SR. POL.—¡Señor Pantalón, ya eso es monomanía! No pensáis más que en vuestro dinero. Y hay muchas cosas en el mundo más importantes que vuestro dinero.

PANT.—Para vos, sí: el vuestro.

SR. POL.—Es que vos no iríais ganando nada con que yo me arruinase. Si no, decidme: ¿qué dinero tenéis mejor colocado? El que yo os administro en especulaciones lucrativas que vos estáis tan interesado como yo en defender. Figuraos que el señor Crispín quiere emanciparse de nosotros.

PANT.—¡Imposible! Sin nuestro dinero no podría sostener un solo día la farsa de su gobierno.

SR. POL.—Es cierto. Pero sin la farsa de su gobierno no podríamos sostener la verdad de nuestro dinero... Crispín nos necesita, pero nosotros también le necesitamos... Si está disgustado hay que contentarle.

SRA. POL.—Si queréis creerme, el señor Crispín ha debido tener esta noche algún disgusto y ello debe ser cosa grave... tal vez la guerra...

PANT.—¿La guerra?... No es posible... Los venecianos no pueden declararnos la guerra.

SR. POL.—Los genoveses son amigos nuestros. Si la guerra fuera con los venecianos sería mi ruina... Con los genoveses menos mal... yo no trato ni comercio con ellos.

PANT.—Pues mi ruina sería de cualquier modo... Que yo con todos tráfico y aún mañana al amanecer habrán de zarpar por mi cuenta dos galeones abarrotados de trigo... que vendí a unos y a otros...

SR. POL.—Y yo que había de enviar mosquetes y pólvora a los venecianos...

PANT.—Perdonad... Esa pólvora y esos mosquetes, ¿son como los que vendísteis al Magnífico para nuestros soldadotes?...

SR. POL.—¿Por qué lo dices? ¿No tuvistéis buena parte en las ganancias?...

PANT.—Por eso lo digo...

SR. POL.—Esta pólvora y estos mosquetes que yo mando ahora a los venecianos, son para la guerra... Los que aquí vendimos eran... como para tiempos de paz... Ni el Magnífico nos pagó entonces como los venecianos pagan ahora...

PANT.—Sí, pero si ahora tuviéramos guerra, pensad qué había de hacerse con esas armas y esa pólvora.

SR. POL.—El valor de nuestros soldados lo suplirá todo... Saben morir con denuedo... Y cuanto más corta fuera la resistencia... Cuando no se puede vencer... una guerra corta puede ser lucrativa... Una larga guerra y al fin la derrota sería la ruina de todos. Y como no es posible pensar en vencer...

PANT.—No puede pensarse.

SRA. POL.—¡Callad, callad! ¡Sería horrible!
SR. POL.—Dejaos de aspavientos y volved conmigo a la fiesta... Yo he de saber esta misma noche la verdad de lo que sucede. Si fuera la guerra... de saberlo esta noche a saberlo mañana... importa mucho...
PANT.—¡Como si importara!... Figuraos que pudiéramos antes...
SRA. POL.—¡Sería horrible, sería horrible! (*Salen por la derecha*).

ESCENA IV

GIRASOL, COLOMBINA, EL DESTERRADO ARLEQUÍN, LEANDRO AURELIO Y FLORENCIO, *entran por la izquierda.*

AUR.—¡Divina, incomparable!
FLOR.—Hoy has bailado como nunca.
GIR.—Hoy he bailado para vosotros. ¿Estáis contentos de mí?
FLOR.—Siempre así, siempre nuestra.
ARL.—Eres el momento y la eternidad, lo fugitivo y lo inmutable; mármol y nube. El rizo de la espuma en la ola sucesiva y la inmensidad del mar que se aquieta al confundirse con el cielo.
COL.—¡Cuánta cosa en un baile! ¡El diablo son estos poetas!
LEAND.—¡Qué hermosa está... qué hermosa!...
COL.—Vos estáis en lo cierto... Es muy hermosa y baila como quiera...
ARL.—Esta noche has conseguido el mayor triunfo; que el austero espartano te aplauda y te celebre...
DEST.—¿Por qué no? Las danzas de Girasol son de un arte gracioso y noble.
ARL.—Como censuráis tanto nuestra admiración por las bailarinas y los desbravadores de potros...
DEST.—Nada de eso, mis poetas amigos. No es vuestra admiración lo que yo censuro: es el modo de vuestra admiración... Supuesto que ella fuera excesiva hasta llegar a ser un vicio de vuestro carácter, yo nada tendría que censuraros si de ese vicio hiciérais una fuerza, no una debilidad. Los hombres, como los pueblos, quizás emprenden más grandes cosas por defender sus vicios que por afirmar sus virtudes. Solemos poner más pasión en nuestros defectos y la pasión es lo más parecido a la energía y está muy cerca de ser voluntad. Nada diría yo de vuestros defectos si os viera decididos a luchar por ellos, a defenderlos como algo que es tan nuestro, como una virtud... Pero veo que de ellos hacéis debilidad, humillación; que ante los extraños trataís de disculparos como algo vergonzoso... Y yo quisiera que ellos fueran una razón más de vuestra vida. ¿No sabéis lo que dijo Lutero de los pecadores? Ya que pequéis, pecad enérgicamente... Y bien dijo, que quizás probamos en nuestros pecados la voluntad que hemos de poner en la virtud algún día. Pero el vicio cobarde y desmayado, el pecador que peca y desfallece, ni es de Dios ni es del Diablo. Así pusiérais tanta voluntad, tanta pasión en vuestras culpas, que estuvierais dispuestos a defenderlas con vuestra propia vida. A la hora de combatir que me den hombres que luchen por algo, virtud o vicio. Con chusmas de bandoleros se fundaron grandes ciudades, se conquistaron mundos; con virtudes discretas y vicios temblorosos fueron desvaneciéndose como niebla, pueblos y razas que ni siquiera espantaron al caer, porque no fué caer el suyo, fué desmoronarse...
ARL.—Sin duda vos sabéis de ese desmoronarse sin grandeza. Hubo un hombgre en esta Ciudad cuya voz se alzó siempre contra toda injusticia y toda tiranía... El Magnífico le desterró por miedo. Después se dignó perdonarle y ha vuelto a la Ciudad el Desterrado; pero el pueblo aún espera a su tribuno, a su defensor de otros tiempos... ¿Sabéis qué ha sido de él? Dolorido por las pérbelis secuciones se rindió a la blandura del halago y su voz ya no truena contra los poderosos; asiste a los palacios y a sus fiestas, bien hallado entre ellos. Para no olvidar sus rugidos, que ponían espanto en los tiranos y opresores del pueblo, hoy bosteza sin convicción su oratoria, donde sabe que nada ha de perturbarse; en el propio palacio del Magnífico. El león está domesticado. ¿No es esto desmoronarse un alma noble y fuerte?
DEST.—¡Porque me veís aquí pensáis que ha sido mi abdicación! Ya no hablo al pueblo: estoy en el palacio del Magnífico... Pero, creéis que es mayor valentía gritar la verdad a los grandes desde la plaza pública, defendido por turbas hambrientas y amenazadoras, que venir indefenso y solo a sus mismos palacios a deciries la verdad frente a frente? Cuando ya no diga verdad podéis decir que he dejado de ser el que era. Con citar el odio de los hambrientos, de los desesperados que padecen injusticia y miseria para que amenacen, exijan y destruyan, es más fácil que persuadir a los poderosos de la tierra, el amor que apacigua, edifica y concede... Cuando el amor no sienta a la justicia en su trono, el odio la sustituye con su venganza, porque el trono de la justicia no puede estar vacío. Es como el sol: si su luz y su calor le faltaran al mundo, para no perecer de frío, el mundo entero ardería en incendios de hogueras... Yo he subido a lo alto para cuidar el sol... el sol no alumbra... tiempo habrá de encender las hogueras, aunque tarde en llegar el incendio.
GIR.—He aquí un hombre en quien yo quisiera probar la fuerza de mis encantos.
AUR.—Serías nueva Salomé de un nuevo profeta. Qué prodigiosa sería tu danza ante el Magnífico para obtener en pago la noble testa del austero espartano.
GIR.—El austero espartano, como le llamáis, es muy divertido... ¡Quisiera saber lo que piensa de mí! ¿Queréis decírmelo?
DEST.—Que sois la única que cumple con su deber en esta Ciudad.
GIR.—Ya lo oís.
DEST.—Vuestro deber es ser hermosa y bailar con arte. Es divina vuestra hermosura y en vuestro arte sois maravillosa. Sobre vuestro sepulcro—tarde sea—podrá escribirse el latino epitafio que ilustró en Roma a una de vuestras antecesoras. *Saltavit et placuit*: Danzó y agradó... Como compendio de vuestra vida me parece admirable. Lo triste es que haya en la Ciudad muchos hombres, que no parece sino que quieren disputaros el honor de esa inscripción mortuoria... Y sólo debieran contentarse con la primera parte, porque ellos, sí es verdad que danzaron, pero sin agradar.
ARL.—El discreto de la corte no dice bien a vuestro carácter. De espartano estáis mejor que de ateniense...

ESCENA V

DICHOS Y LAURO *por la derecha*

LAURO.—Amigos... Privaís a la fiesta de la que es reina en ella. Devolvednos a Girasol. Su hermosura y su arte pertenecen a todos... Al amor mismo no le consentiríamos que intentara robarla a nuestra admiración.
GIR.—Con las artistas, por desgracia nuestra, los enamorados son más discretos que los admiradores... ¿Verdad, Leandro?
LEAN.—Si llamáis discreción a la timidez. Pero mi timidez no es falta de mi amor. Os había prometido un cintillo de diamantes para la fiesta y el cintillo no luce en vuestra garganta.
GIR.—Si vuestro amor fuera tan grande como decís, luciría el cintillo en mi garganta.
LEAN.—No conocéis al señor Polichinela, al señor Pantalón, a todos los mercaderes de esta Ciudad...
GIR.—¿No son famosos los estiletes que en ella se fabrican?
LEAN.—¿Quisiérais que fuera ladrón y asesino por traeros esos diamantes?
GIR.—No, Leandro; quisiera que no pusiérais

tanta ponderación en vuestro amor, si vuestro amor no es capaz de todo.

LEAN.—Habéis de ser mi condenación. Yo os juro que el cintillo no tardará un día más en adornarse con vuestra garganta.

GIR.—Muy lindo pensamiento para un madrigal. Veremos si sabéis darle forma.

LAURO.—Padre mío, el Magnífico te espera, quiere hablar contigo de algo muy importante... ¿No sabes? Por fin es la guerra.

DEST.—Lo esperaba. Los venecianos exigen de nosotros una humillación...

LAURO.—Para asegurarse de los genoveses, quieren que les entreguemos nuestra Ciudad.

DEST.—Y el Magnífico y los suyos están prontos a complacerles... Y pedirán que sea yo el que hable al pueblo... ¿No es eso?

LAURO.—No, padre... No conoces tú al Magnífico... Es grande en su ambición y no escuchará la humillante demanda de los venecianos. Pero él no puede hablar al pueblo. No está limpio de culpa y no le escucharían. Sólo tú puedes despertar el alma de la Ciudad. Eso quieren de ti.

DEST.—Y se atreve el Magnífico... ¿No sabe que si la Ciudad despierta será para alzarse contra él y contra los suyos?

LAURO.—Sí, lo sabe y lo desea.

DEST.—Es tanta su grandeza... ¡Si de tanto fuera capaz!...

LAURO.—Calla. Nos observan. Aún no debe sospechar nadie lo que sucede. Mientras todos se divierten con las danzas de Girasol, te llevaré conmigo, donde podáis hablar. Hermosa Girasol, el Magnífico desea que la fiesta se dé por terminada. Pero antes quiere que bailéis todavía aquella admirable danza que llamáis danza en la cena de Baltasar, la más admirable de vuestras danzas, cuando el ritmo de voluptuosidad se quiebra y descoyunta en crispación de espanto, al figurar que las palabras fatídicas se aparecen en la sala del festín, agoreras terribles de destrucción y muerte.

ARL.—Sí, es una danza admirable.

LAURO.—El Magnífico quiere que con ella sea vuestra despedida.

GIR.—Sólo deseo complacerle.

ARL.—Y todos admirarte.

GIR.—Vamos, cuando gustéis...

(*Salen todos por la derecha, menos Leandro y Colombina.*)

ESCENA VI

COLOMBINA Y LEANDRO

COL.—No vayáis, Leandro. ¿No veis que se burla de vos?

LEAN.—¡Si ella supiera que el cintillo está en mi poder, que será suyo... Pero esta noche no podía ofrecérselo. Yo creí que Silvia no vendría a la fiesta, y ya lo veis, está aquí...

COL.—¿Y es suyo ese cintillo que ofrecísteis a Girasol? ¡Ah, señor Leandro! ¿Qué habéis hecho? Por suerte, Silvia aún no habrá advertido su falta.

LEAN.—Sí, la advirtió al adornarse para la fiesta. Pero no ha sospechado de mí...

COL.—A su amor tenéis que agradecer esa ceguedad. Otra mujer, celosa como ella, no hubiera tardado en sospecharlo. Ved cuánto os estima todavía, cuando os estimáis en tan poco.

LEAN.—Y, ¿qué hacer, si los usureros de la Ciudad se niegan a prestarme? ¿Cómo conseguir a Girasol?... Y ya es más que un deseo, es todo mi amor propio puesto en conseguirla.

COL.—No conocéis a las mujeres. Bastará que ella lo entienda así, para que ponga toda su vanidad en despreciaros...

LEAN.—Es que el hacerme suyo ha de halagar tanto su vanidad... Crispín ha de servirme como siempre. Yo que nunca he querido figurar para nada en el gobierno de la Ciudad, he de pedirle ahora algún cargo elevado que deslumbre la vanidad de Girasol.

COL.—Era lo único que le faltaba al buen gobierno de la Ciudad. ¡Los cargos públicos convertidos en espejuelos para cazar alondras voladeras! ¿Os sentís ambicioso?

LEAN.—Suprime la vanidad en las mujeres y habrás suprimido la mitad, por lo menos, de ambición en los hombres.

COL.—Aquí llega Silvia con su madre. Sin duda se retiran de la fiesta. Nada podéis hacer mejor que acompañarlas...

ESCENA VII

DICHOS, SILVIA Y LA SEÑORA POLICHINELA, *por la derecha.*

SRA. POL.—Yerno; Silvia y yo volvemos a casa. Tú eres el que menos debe ignorar que la fiesta no ha sido muy divertida para nosotras. Cuando el marido olvida el respeto que debe a su esposa y el decoro que a sí mismo se debe, como tú los has olvidado...

LEAN.—Señora Polichinela... medid vuestras palabras.

SRA. POL.—No temáis. No he de descomponerme... hasta llegar a casa. Pero allí tendréis que oirme.

COL.—¡Señora Polichinela!...

SILVIA.—Por favor... Volvamos a casa.

LEAN.—¿No os acompaña tu padre?

SRA. POL.—El señor Polichinela ha de tratar asuntos de importancia con el Magnífico y no puede acompañarnos. ¿Supongo que no pensaréis que volvamos solas?

LEAN.—En vuestra carroza. ¿Por qué no? Pensad que yo también he de hablar esta noche con el Magnífico apenas termine la fiesta.

SRA. POL.—No busquéis pretextos. El Magnífico no te necesita para nada. ¿Qué puede significar un botarate como tú para resolver asuntos de importancia?...

LEAN.—Permitiréis que no siga escuchando vuestras impertinencias...

SRA. POL.—Ellas serán impertinencias, pero habéis de escucharlas... Lo que tú pretendes es quedarte aquí para seguir escandalizando con tu persecución indecorosa y tus miradas procaces a esa hija de Babilonia...

LEAN.—¡Señora Polichinela!

SILVIA.—Por favor...

SRA. POL.—Déjame hablar,. que no me descompongo...

LEAN.—Vé con tu madre. Yo no he de acompañaros.

SILVIA.—Eso no, Leandro. No me dejes ir sola. Tú no sabes lo que yo he padecido esta noche... ¡Ten compasión de mí!

LEAN.—Dejad locuras... ¡Qué llanto impertinente!...

COL.—¡Pobre Silvia! ¡No llores! Yo os aseguro que no hay razón para ello...

SRA. POL.—¡En qué mala hora llegó este mal hombre a la Ciudad! ¡Y en qué hora peor pusiste en él los ojos!... ¡Y cómo supo engañarnos a todos!...

LEAN.—Volved a casa os digo, dejaos de llantos...

SILVIA.—No, no, soy tu mujer, tu Silvia... Si tú me aborreces, yo te quiero, te quiero... te querré siempre. Y ninguna otra mujer puede disputarme tu cariño. Si te niegas a acompañarme volveré a la fiesta y delante de todos le diré a esa mujer...

LEAN.—¡Basta ya, digo!... Volved a casa o...

SILVIA.—¡Oh!

SRA. POL.—¿Qué es esto? ¿Amenazas a mi hija? ¡Y esto ha de sufrirse! Favor... aquí todos... que matan a mi hija...

LEAN.—Estáis loca... Señora... Callad también o...

COL.—Señor Leandro...

SRA. POL.—No... conmigo no... Si el señor Polichinela ha podido ponerme alguna vez la mano encima... tú no eres mi marido y no he de consentirlo... Ahora verás...

COL.—No os olvidéis de quién sois, señora Polichinela...

SRA. POL.—Quitádmelo, quitádmelo o le dejaré bien señalado...
COL.—Ved quién llega.

ESCENA VIII

DICHOS Y CRISPIN *por la derecha*

CRIS.—¿Qué es esto, señora Polichinela? ¡Que siempre he de hallaros sobresaltada!
SRA. POL.—Yo os aseguro que si no llegáis tan a tiempo, esta noche a más de las danzas, hubiérais tenido tragedia en vuestro palacio.
CRIS.—Ya entiendo... El señor Leandro...
SILVIA.—Crispín, amigo mío... ¡Soy muy desdichada!
CRIS.—¡Ah, mi señor Leandro! ¿No sabéis que yo quiero a Silvia como a mi propia hija? ¿Qué habéis hecho uno y otro de aquel amor que era la disculpa de mi vida?...
SRA. POL.—Señor Crispín, libradnos de este mal hombre... Desterradle de la Ciudad, enviadle a galeras...
LEAN.—Está loca...
CRIS.—Callad, señora Polichinela. Volved a vuestra casa, y vos también, Silvia, volved con vuestra madre. Y no paséis cuidado, que Girasol se ha despedido y yo diré al señor Leandro lo que hace al caso...
COL.—Vamos, señora... vamos, Silvia. Confiad en Crispín, que es único para componer dificultades.
SRA. POL.—Señor Crispín, ved que no ha de deciros una palabra de verdad.
CRIS.—Poco importa. La verdad que yo he de decirle es la que ha de poner orden en su corazón. Esta noche quisiera hablar al corazón de todos y temo que ninguno me responda como yo quisiera... (*Salen todos menos Crispín y Leandro por la izquierda*).

ESCENA IX

CRISPIN Y LEANDRO

CRIS.—¿No recuerdas, Leandro? En nuestra vida aventurera hubo una hora que decidió de nuestra suerte. La hora en que a nuestra ruindad supimos enredar las ruindades de todos, en que la misma codicia de los que nos perseguían fué nuestra salvación. Siempre juzgué a los hombres despreciables, y aquel día me hubieran parecido más despreciables que nunca, si sobre tanta ruindad y tanta bajeza no hubiera resplandecido el amor de dos criaturas. ¡Erais tú y Silvia!... Sobre todo aquel amasijo de miserable humanidad, contemplaba yo vuestro amor, como contemplé tantas veces, encarcelado, por la claraboya de una prisión, aquel redondelillo de cielo azul, que con asomarse apenas a la negrura de la cárcel, embebido en el ansia de mis ojos, se entraba por el corazón y era como si el alma se llenase de cielo. Por vuestro amor pude salvar la fe en mí mismo. Y creer en nosotros es creer en algo superior a nosotros mismos, porque sólo el que nada divino siente en su alma, puede dudar de Dios... Tú no sabes lo que tu amor a Silvia ha sido para mí. Hundidos mis pies en la tierra, la luz de tu amor era como una estrella que me obligaba a mirar al cielo. Mal hiciste en apagar su luz. Cuando en nuestra alma se alza una luz, por humilde que sea, si por desilusión o por cansancio quisiéramos apagarla, debemos pensar antes que ya no es sólo nuestra la humilde lucecilla, que si perdió ya su valor para nosotros, acaso es en la vida única estrella para algún caminante de la vida, que sin luz perdería el camino en las noches obscuras de su alma.
LEAN.—No me culpes, Crispín. Tú conoces el corazón del hombre, tú sabes que el amor apasionado es una fiebre que sólo se cura con una medicina: el matrimonio. Quiero y respeto a Silvia, y aún la querría más si entre nosotros no se interpusiera siempre la odiosa joroba del señor Polichinela. Su tiranía no me consiente ser otra cosa que su yerno. ¡El yerno del señor Polichinela! Título vergonzoso... Por olvidarlo, procuro aturdirme... Esa es toda mi culpa.
CRIS.—Pues ocasión tendrás muy pronto de atudirte, de ennoblecer ese dictado vergonzoso, como tú lo juzgas ahora...
LEAN.—Ocasión, ¿dices?
CRIS.—De mostrarte como yo imaginaba... El señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, que vinieron a dar en perseguir bailarinas. Escúchame, Leandro: sin duda es el destino del pícaro Crispín, que en vano intenta alzar su espíritu sobre las miserias del mundo. Amarré a mi interés sus intereses, y hoy pueden todos más que yo, y amarrado más que nunca a la tierra me encuentro... Y hoy, es en vano mirar a lo alto, como entonces, cuando tu amor era como una estrella... Esta noche, ahora mismo, solicitados por mí, verás aquí reunirse, como en aquella hora decisiva de nuestra vida, intereses, codicias y ruindades... Entonces teníamos que salvarnos y salvar tu amor... Hoy... no sé que pueda salvarse... Y algo que importa más que nuestras vidas más que tu amor es lo que va a perderse...
LEAN.—¿Qué ha de perderse, Crispín? ¿Quieres decirme?
CRIS.—¡La Ciudad!
LEAN.—¿Es la guerra?
CRIS.—Sí, es la guerra...
LEAN.—¿No hay medio de evitarla?
CRIS.—Sí, uno muy fácil, muy cómodo... El que acaso parecerá muy aceptable a todos esos que pueden decidirlo...
LEAN.—Y ese medio, ¿cuál es?, si no hay otro...
CRIS.—La vergüenza de entregarnos al extranjero...
LEAN.—Los venecianos exigen...
CRIS.—Hacerse dueños de nuestra Ciudad. Dicen que somos demasiado amigos de los genoveses.
LEAN.—Y, ¿son ellos los que han de decidir de nuestras simpatías y nuestras amistades?...
CRIS.—Tienen razón... si pueden... Y si pueden, sólo es nuestra la culpa. Ahora, Leandro, fío en tí, que serás ejemplo y estímulo de nuestra juventud... Necesitamos soldados... A tus órdenes pueden alistarse muchos, y guiados por tí... ¿Qué respondes, Leandro?
LEAN.—¿Puedes dudar?
CRIS.—Sí en esta hora de peligro y de angustia despierta tu alma, lo mismo despertará el alma de la Ciudad.
LEAN.—¿A tu voz?
CRIS.—No: mi voz es indigna, y sería cobarde. La voz del Desterrado será la que hable al pueblo. En él está lo mejor del alma de la Ciudad.
LEAN.—Y, ¿encontrarás el alma de la Ciudad?
CRIS.—Juzga por tí mismo... Hace un instante apenas, cortejabas aquí a una bailarina, y era todo en tu corazón frívola indiferencia... El deber: ¡Qué lejano! El placer: ¡Qué cerca! Era lo único que valía la pena de vivir. Y ahora, dime, ¡Ante el peligro de nuestra Ciudad, tu patria de corazón, porque es la patria donde amaste a una mujer por vez primera, y esa mujer es madre de tus hijos! ¿no sientes de otro modo? ¿No ha despertado tu alma como una afirmación de remordimiento, de responsabilidad, que tú mismo no sospechabas? Cuando faltamos a cualquiera de nuestros deberes, para no ver la falta, preferimos decir que el deber no existía. Suprimimos, por no decir que hemos olvidado. Pero de los deberes y los nobles sentimientos del alma, es como de las dolencias, no sirve aturdirnos para no sentirlas. No sirve decir: nada me duele, cuando el dolor existe. Y el amor a la patria alienta siempre en nuestro corazón, si en nuestro corazón hay sentimientos de hombre nacido de mujer. Al correr de la vida acaso vamos des-



Arlequín

entendidos de él, por indiferentes o por desengañados, tal vez por ofendidos; pero en la misma amargura, en el encono acaso con que maldecimos alguna vez de nuestra patria, está su amor, como en la mano que golpea a la mujer amada, que hizo traición a nuestro amor... Vé, Leandro. Dile a todos que aquí les aguarda el Magnífico... dispuesto a luchar contra ellos por la Ciudad, como luchó Crispín por tu amor. Pero ahora... nada podrá Crispín. Entonces, esos mismos, por su propio interés, tuvieron que salvarse... Ahora, nada podrá salvarse, que de tanto salvar sus intereses... todo se habrá perdido. Pero la Ciudad no se humillará al extranjero. Cuento con sus soldados y cuento con su juventud, que no toda es como el señor Arlequín y sus desmedrados poetas... ¿Verdad, Leandro? ¿No serás tú el primero en combatir por nuestra Ciudad? Si no bastó el amor de Silvia, el amor a la patria puede redimirte y redimir el dinero del señor Polichinela. Vuelve a ser conmigo distinto de mí como yo soñaba que fueras... El señor de los altivos pensamientos, el de los bellos sueños, el espíritu de Crispín, libertado de las miserias de su vida... Vé a una muerte gloriosa, que tu Crispín, tu fiel criado, su vida, sombra de la tuya, como la sombra al cuerpo, ha de seguirte. (Sale Leandro por la izquierda. Crispín va hacia la puerta derecha y entra el Desterrado). Llega... ¿Hablaste con tu hijo?

DEST.—Sí.

CRIS.—¿Sabes entonces?

DEST.—Sí... Es la guerra o la humillación.

CRIS.—Y, ¿qué has pensado?

DEST.—¡Pensar, pensar!... Todo debiera estar pensado, y ahora bastaría sentir, como sienten los pueblos fuertes y unidos en el santo amor a la patria. Pero ahora, ¿dónde está el alma de la Ciudad? ¿En los que negociaron con los venecianos, y por asegurar sus negocios hubieran querido enviar a nuestros soldados de su parte, y ahora, en cambio, intentarán oponerse a que los enviemos en contra suya? ¿En los que negociaron con los genoveses y antes quisieran vernos combatir a su lado que combatir por cuenta nuestra contra los venecianos? ¿En los que esquilmaron la Ciudad de víveres y pertrechos de guerra y hasta hicieron su lucro de enviar nuestros hombres al extranjero como una mercancía? ¿En los que nos proveyeron de pocos barcos y pobre armamento? ¿En los que predicaron no sé qué santo amor a la humanidad, que es amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro, como si nosotros no fuéramos también humanidad?... ¿En los que temblarán por su dinero, comprometido con los venecianos o con los genoveses, los que querrán salvar el que atesoran o querrán ponerlo a mayor precio?... ¿Dónde encontraremos el alma de la Ciudad?

CRIS.—¡Mi Ciudad! Porque yo fuí el primer miserable en todas sus miserias, el primer egoísta en todos sus egoísmos... Ahora... por encontrar su alma entre tantas ruindades, quiero volver mis ojos a una Ciudad ideal... que mereciera por salvarla todos los sacrificios... Esa Ciudad yo he creído verla, al pasar por sus calles, al recorrer sus campos... No eran estos hombres que me rodean... Eran otros hombres, con sus mujeres y sus hijos, de los que no sabemos, a los que no contamos uno a uno, porque ellos son los miles: buenos para trabajar, buenos para sostener las cargas de la Ciudad, buenos para sufrir nuestros desmanes y cuando veo con espanto que ellos son la verdadera Ciudad... que ellos son sus hombres... Pero tampoco está en ellos el alma que yo busco, que el alma de los pueblos no debe ser la resignación, sino la fortaleza con la serenidad... Y ellos aceptarán la humillación que les impongamos, contentándose una vez más con maldecir y murmurar de nosotros... La Ciudad está sin alma... Si no lo estuviera, si no lo hubiera estado siempre... ¿Cómo pudieran luntarse en esta hora Crispines y Polichinelas a decidir su suerte?

DEST.—La Ciudad ideal ha de purificarse por la sangre y el fuego, por su propio dolor ha de redimirse.

CRIS.—Ya están aquí... Ven a mi lado, muy cerca de mí, que nos vean unidos... Y así pudieran verte a ti solo, que de nada tienes como yo que avergonzarte ante ellos...

ESCENA X

DICHOS Y POLICHINELA, PANTALON, PUBLIO Y EL CAPITAN, *(por la derecha)*.

SR. POL.—A vuestro mandado, señor...

CAP.—Señor...

CRIS.—Centeos todos. Escuchadme. La señoría de Venecia me ha comunicado por medio de su embajador, para que en el término de dos días entreguemos el puerto de nuestra Ciudad, con todos sus fuertes. De no acceder a su demanda amistosa, nos declarará la guerra como a enemigos...

SR. POL.—¿La guerra?

PANT.—Sería horrible...

PUBLIO.—Habréis contestado que...

CRIS.—Yo, por mí, y en nombre de la Ciudad,

no he dudado un instante lo que ha de responderse...

CAP.—¿Quién puede dudarlo? La guerra.

SR. POL.—Todo antes que la guerra.

PANT.—¡Todo... todo!

CAP.—Todo antes que humillarnos al extranjero.

PUBLIO.—Habláis como soldado.

CAP.—Como ciudadano ante todo...

PUBLIO.—La guerra es vuestro oficio.

CAP.—Algo más noble que el vuestro, de perturbar la paz. Un oficio, como decís, en que se arriesga y se pierde la vida. ¿Podéis decir otro tanto del vuestro?

PUBLIO.—La guerra es inhumana.

DEST.—Tenéis razón. Más inhumana que nunca: cuando vemos que es tan humana, vemos cómo se preparan para ella los pueblos y las ciudades que pueden amenazarnos algún día, y hay, quien como vosotros, dificulta, entorpece y estorba que nosotros estemos preparados para defendernos... Esa es la inhumanidad de la guerra, enviar a nuestros soldados vendidos a la derrota y a la muerte, por falta de medios para combatir... Lo que habéis hecho siempre, oradores y apóstoles de la humanidad... que más parecéis traidores a la patria...

PUBLIO.—Traidores son los que pretenden aventurarlas en empresas guerreras.

CAP.—Traidores son los que las venden al extranjero...

PUBLIO.—Tened cuenta con vuestras palabras...

CAP.—Vos sois quien ha de tener cuenta. Que antes de combatir contra los enemigos de fuera, importaría mucho exterminar a los de dentro.

CRIS.—Reportaos, señor Capitán... Vos también, señor Publio. No anticipemos la contienda.

DEST.—De tu opinión, señor Publio, comprenderéis que nada nos importe... Tú que una vez levantaste al pueblo para impedir una guerra que convenía al decoro de la Ciudad, y poco después quisiste levantarle para obligarnos a intervenir en favor de tus amigos y clientes, los venecianos... que eres patriota de todas las patrias, menos de la tuya, y humanitario con todo el mundo menos con tus compatriotas, y hasta eres celoso defensor de todas las religiones, y sólo escarneces la nuestra... tú que eres todo ésto... y mucho más... si aún tienes por esas plazas quien te escuche y te siga... aquí no puedes nada.

PUBLIO.—Lo veremos. ¿Quién podrá más que yo?

CRIS.—Amigo Publio, bien sabéis que toda vuestra fuerza ha estado siempre en nuestra debilidad. El día en que nada se os conceda, ¿qué podréis ofrecer a los que os siguen? En caso de guerra, vuestro deber quedará reducido a proveernos en mejores condiciones que al extranjero de las mismas cosas con que, gracias a nuestra amable condescendencia, habéis traficado en provecho vuestro. Sólo os pedimos un poco más de desinterés, de ningún modo desinterés absoluto. ¿Estamos de acuerdo?

PUBLIO.—¡Me insultáis!

CRIS.—Habláis de insultos: vos, el inspirador de los más innobles libelos... Hablad vos. Capitán, que el señor Publio, entre tanto, irá reflexionando por los dedos. ¿Contáis con el buen espíritu de vuestros soldados?

CAP.—Señor, los soldados son hombres, y en tiempo de paz, no pueden ser ajenos a las discordias que perturban y dividen en bandos políticos a los ciudadanos. Añadid a esto el natural descontento cuando vemos en tantas ocasiones desestimarse el mérito y encumbrarse la ineptitud por el favor o por la intriga. Considerad también que sabemos mejor que nadie lo que nos falta en armas y municiones, sin las cuales el valor es inútil... Pero con todo esto, si la Ciudad nos manda combatir en su defensa, para nosotros no hay más voz que la suya, no hay más bandera que la de nuestra Patria. Acaso no podamos vencer, pero sabremos morir siempre... Este es el espíritu de mis soldados, del que respondo con el mío. Si fuerais preguntando uno por uno, todos os responderían lo mismo.

CRIS.—¡Sabríais morir! Esa es mi tristeza. Ese debe ser nuestro remordimiento. ¡Enviaros a morir cuando debiéramos enviaros seguros de vencer! Pero ya es mucho que la Ciudad cuente con vosotros, así pudierais vosotros contar con la ciudad... Decidnos, señor Polichinela, y vos, señor Pantalón... ¿Podremos contar también con vuestro dinero?...

SR. POL.—¡Nuestro dinero... nuestro dinero! ¿Quién puede decir que su dinero sea suyo en tiempo de guerra? ¿Sabéis lo que valdrá nuestro dinero apenas se declare la guerra?...

PANT.—El dinero es lo primero que huye y se esconde.

SR. POL.—El poco dinero que pueda encontrarse subirá de precio...

PANT.—¿Qué garantías puede ofrecernos la ciudad en caso de guerra?...

SR. POL.—Eso es... ¿Qué garantías?

CRIS.—Ninguna, es cierto.

DEST.—¡Pobre Ciudad! Las garantías de las ciudades son sus ciudadanos. Con ciudadanos que ofrecen lo que vosotros, ¿qué puede ella ofrecer? Su venganza es que, cuando nada ofrecéis para salvarla, no sé que pueda ella ofrecer para salvarlos. Creedme. No habéis sabido ser bastante egoístas. No habéis pensado más que en vosotros. ¡Mal egoísmo! Atesorar dinero, atesorar y nada más que atesorar... Y ese dinero es ahora vuestra ruina y vuestra pobreza... Porque ese dinero, ¿sabéis qué significa? Significa todo lo que se hizo mal, por lucraros y lucrar vuestros amigos... Significa todo lo que se debió hacer y dejó de hacerse, porque no se



Señor Ramírez, en el papel de Crispín

lucraran otros... significa la falta y la merma de muchas cosas que eran precisas en la Ciudad... Significa que habéis sido muy listos, muy habilidosos... Significa que Dios tiene su hora, y en esa hora es la cuenta en que todo se suma.

SR. POL.—¿Y sólo a nosotros? Es que a vos ¿no habrá nada que anotaros en cuenta, señor Magnífico?...

CRIS.—Sí; tan culpable como vosotros, mías son todas vuestras culpas, en todas ellas tengo parte.

PUBLIO.—En ese caso bien os estará dejar el gobierno de la Ciudad.

CRIS.—Si fuera para estar yo, con la Ciudad, mejor gobernado, ¿quién lo duda? Pero, ¿quién ha de substituirme? ¿Cualquiera de vosotros? Crispín por Crispín, me prefiero a mí mismo. Yo soy más grande en mis ambiciones. Ambicioné riquezas y tuve cuantas pude ambicionar; ambicioné el poder, el señorío de la ciudad, y nadie puede disputármelos... Los medios fueron torpes, me serví de vosotros y tuve que dejar que de mí os sirviérais. Pero mi ambición no se detiene tan bajo como la vuestra. Ahora ambiciono la grandeza de la Ciudad; por conseguirla sacrificaría mis riquezas, mi vida... por de contado os sacrificaré a vosotros. Levantaré la Ciudad en contra vuestra y en contra mía si es preciso. Vos, Capitán, esperad mis órdenes... A vosotros, no he de ser yo, ha de ser la Ciudad, el alma de la Ciudad que ha de despertarse, la que dispondrá de vosotros; de mí también, que hasta el fin hemos de estar unidos, como cómplices de un mismo crimen. Pero yo no he cegado mi entendimiento ni mi conciencia, os llevo esa ventaja. Sé lo que soy y sé lo que merezco. Ahora, salid, dejadme... Dejadme digo... Tú sólo no me dejes...

(Salen todos por la izquierda menos Crispín y el Desterrado).

ESCENA XI

CRISPIN Y EL DESTERRADO

CRIS.—¿Hablarás al pueblo? ¿Despertará el alma de la Ciudad...

DEST.—¿Y no temes su despertar?

CRIS.—Su despertar será... mi muerte.

ESCENA XII

DICHOS, JULIA Y LAURO, *que entran por la derecha*

CRIS.—¡Hija mía! ¡Lauro!

JULIA.—¿Que habláis de muerte? ¿Tú también hablas de morir?...

CRIS.—Julia, ¡Hija mía!

JULIA.—¡Pobre de mí! Desdichados de todos nosotros.

CRIS.—¿Sabe ya?...

LAURO.—Sí, lo sabe... Nos lo dijo mi padre...

JULIA.—Lo sé, es la guerra... Pero tú no expondrás tu vida, ¿verdad? Tú debes permanecer aquí y mi Lauro contigo. ¿No sabes? Dice que quiere ser el primero en combatir con nuestros soldados, que es su deber... Pero tú le obligarás a no dejarte, le dirás que su deber está aquí, a tu lado, para servirte, para defenderte. ¿Verdad que él no irá padre mío? La guerra es la muerte... No irá, no irá... Dime que no irá, ¡padre mío!

CRIS.—Si tú lo quieres...

DEST.—Entre tanto egoísmo de los hombres, traiciones, cobardías y miserias humanas, sólo tu egoísmo de mujer enamorada es como debe ser... Y es como debe ser, hija mía, noble corazón de mujer, porque tú misma crees que así siente tu corazón... cuando sientes de otra manera...

JULIA.—De otra manera, ¿dices? Pues, ¿puedo yo sentir de otro modo?

LAURO.—Sí, dice bien mi padre... El heroísmo de la mujer es así, se esconde vergonzoso entre lágrimas... Nos pedís llorando para probar nuestra fortaleza que está en negar lo mismo que nos pedís, si es una indignidad o una cobardía... que si vos vierais acceder a ella... un instante sería la satisfacción de habernos convencido, pero después... el desprecio porque nos dejamos convencer tan pronto...

JULIA.—¡Padre mío!

DEST.—Vienes a impedir que Lauro sea el primero que vaya con nuestros soldados. Cuando él se conmoviera ante tus lágrimas, ¿qué pensarías de su valor? No quieras engañarte, tú haces bien en llorar, para impedirle que cumpla con su deber... el hará mejor en no escucharte. Y tú llorarás, llorarás mucho... pero llorarás de otro modo... orgullosa de su amor más que nunca, cuando él por amor tuyo vaya a cumplir con su deber...

LAURO.—Padre mío. ¿Hablarás al pueblo?

DEST.—Sí, le hablaré desgarrado mi corazón, porque he de mentirle, he de mentirle por primera vez en mi vida. Hablaré de triunfos, de glorias... Y, sabemos lo que será esa guerra...

CRIS.—Por nuestra desdicha lo sabemos...

DEST.—Es enviar a *la muerte a los soldados*, al pueblo; es destruir la Ciudad.

CRIS.—Si no hay un alma en ella.

DEST.—Ese alma es lo que importa salvar; la salvaremos.

JULIA.—No, Lauro, *no, tú no irás ¡por mi amor!*...

LAURO.—Por tu amor debo ir... y tú lo sabes... Por nuestro amor, que ha unido a nuestros padres en ese abrazo santo que es el amor a *sus hijos, el amor a la patria.*

CRIS.—¿Dices que has de mentir? Sí, mentiremos. Pero sobre nuestras mentiras estará la verdad de nuestro sacrificio... La vida de tu hijo, el dolor que destroza el corazón de mi hija. Y *si aún no basta para espiar y redimir*... cuando hables al pueblo dile que no tarde, que venga, que derribe las puertas de mi palacio, que entre a saco por mis riquezas, que llegue hasta aquí y me arroje por una de esas ventanas, y *arrastre por las calles de la* Ciudad mi cuerpo destrozado... Pero que al darme muerte, al arrastrarme, al destrozar mi cuerpo... piense que no fuí yo el culpable de los males de la Ciudad.

DEST.—*No lo eres. Tú solo has sido una culpa* más de sus culpas. Eres el Crispín que se eleva del Crispín que todos llevan en su alma... Por eso te temen y te odian. Eres su conciencia.

(Telón).

Fin del cuadro segundo.

Cuadro III

Plaza en la Ciudad, al fondo vista del puerto, en él, una galera.

ESCENA PRIMERA

ARLEQUIN, AURELIO Y FLORENCIO, *entran por la segunda izquierda*

ARL.—¿Visteis nada más despreciable que una Ciudad en tiempo de guerra?

AAU.—No hay modo de substraerse a la brutalidad circunstante.

FLOR.—Todo lo invade la soldadesca.

AUO.—Yo entré hoy a la hostería por reunirme con vosotros, y vi que los soldados venecianos campaban allí por sus desafueros; golpeaban las mesas con sus espadones, golpeaban también a los ciudadanos que se detenían curiosos a contemplarlos.

AUR.—Yo quise refugiarme en casa de Girasol y uno de sus esclavos me detuvo a la puerta, diciéndome que no intentara visitarla, que unos capitanes de las galeras venecianas se habían entrado por la casa como señores y dueños de ella.

AUR.—¡Pobre Girasol!

ARL.—¡No quiero imaginarme lo que habrá sido del casto espíritu de sus danzas, entre esos capitanes venecianos!

FLOR.—Y ¿se tardará mucho en firmar las paces?

AUR.—Desde anoche tratan el general veneciano y el magnífico. Según dicen, las condiciones que imponen los venecianos son duras. El Magnífico teme que la Ciudad no las acepte.

ARL.—¡Bravatas ridículas! ¿Qué sirve ya que no las aceptemos? A esto nos han traído los que se llaman buenos ciudadanos, los patriotas; y con ellos los gobernantes incapaces de imponer su voluntad al pueblo. Si no podíamos hacer la guerra, si sabíamos todos que el alarde de resistencia sería inútil, ¿por qué no haber pactado desde un principio con los venecianos? Siempre nos hubieran tratado mejor como amigos. Ahora, como nada tienen que agradecernos, nos tratan como vencedores. ¡Y si que el triunfo es para estar orgullosos! Hundir en el mar nuestras cuatro galeras inservibles y cañonear a mansalva la Ciudad fuera del alcance de los cañones inútiles de nuestros fuertes.

AUR.—Nuestros soldados tuvieron que rendirse sin pelear, faltos de armas y municiones.

ARL.—Con eso nos dirán que ha sido una defensa heróica.
(voces).

AUR.—¿Qué sucede? La gente se arremolina y grita.

ARL.—Esa es otra; no nos faltarán motines ni asonadas en estos días. Ahora todo es gritar, que nos han vendido, que nos han engañado. El pueblo necesita un traidor y un culpable: en esta ocasión dirán que es el Magnífico.

FLOR.—Será justicia, que él nos llevó a la guerra por complacer a los soldados y a cuatro ciudadanos vocingleros.

ARL.—No lo creáis. El sabía muy bien que de haber entregado la Ciudad a los venecianos sin combatir por defenderla, los soldados y los ilusos patriotas se hubieran levantado contra él declarándole traidor a la patria. Ahora, vencidos los soldados, rendida la Ciudad, será él quien pacte con los venecianos sin que nadie lo estorbe, y los venecianos serán los que le defiendan y le aseguren en el gobierno dé la Ciudad como a su mejor amigo.

FLOR.—Todo eso sería posible si el señor Publio estuviera como otras veces de acuerdo con el Magnífico. Pero ya sabéis que desde que volvió el Desterrado, el Magnífico se había desentendido de Publio y Publio aún tiene quien le siga en la Ciudad.

ARL.—¡Bah! Los venecianos son ricos y habrá para contentar a todos. Que podamos vivir tranquilos, es lo que nos importa.

FLOR.—Que podamos volver a nuestra hostería como de costumbre.

AUR.—Deambular sosegadamente por las calles y jardines de la Ciudad.

ARL.—Que Girasol vuelva a alegrarnos con sus danzas y el Magnífico nos gobierne por muchos años.

FLOR.—Ved, aquí llega el señor Polichinela y el señor Pantalón.

ARL.—Sin duda vienen del palacio del Magnífico. Habrán sido llamados para tratar las paces en consejo. Veremos si quieren decirnos algo.

FLOR.—Disputan entre ellos.

ARL.—Esperemos.

ESCENA II

DICHOS, POLICHINELA Y PANTALON, *por la segunda derecha.*

SR. POL.—Nunca, nunca. A ese precio no podemos aceptar la paz.

PANT.—Hemos entregado los fuertes, hemos entregado la Ciudad, ¿qué más piden? ¿Quieren empobrecernos, arruinarnos?

SR. POL.—Eso es lo que quiere el Magnífico, que nosotros paguemos la contribución de guerra que él cobrará a medias con los venecianos. Eso, eso; pero no será, no será.

PANT.—No hay razón para que nosotros paguemos por todos. Figuraos, con la ruina que sobre mí ha caído con la guerra. Mis galeones cargados de trigo apresados por los venecianos.

SR. POL.—Dicen que iban cargados de armas que destinábais a los genoveses.

PANT.—¡Mentira, calumnia! Yo no digo que no se hallaran algunas armas, pero yo nada tengo que ver en eso; pacotilla de los capitanes y marineros. Yo no, yo no, que soy hombre de paz y nunca he querido vender armas a venecianos y a genoveses. Que no quiero yo que las gentes se maten... Cosas necesarias para la vida, bueno está; que al fin es obra meritoria.

SR. POL.—El caso es que con esas armas apresadas en vuestros galeones los venecianos hallaron buen refuerzo para asaltar nuestros fuertes... Y el pueblo lo sabe y os llama traidor, y... yo en vuestra pelleja no estaría muy tranquilo.

PANT.—¡Infamias, calumnias! Quieren perderme.

SR. POL.—Bien perdidos estamos. Mi casa y mis jardines a la orilla del río, arrasados... Más de cien mil escudos. Las mercancías que yo destinaba a los venecianos, ahora en vez de pagármelas en buen dinero se apoderarán de ellas como de cosa propia. ¡Mi ruina, mi ruina! Y por si algo faltaba en mi casa, aún no sabemos si mi yerno es de los prisioneros o estará mal herido o muerto a estas horas.

PANT.—¿Muerto decís? Y si él ha muerto cualquiera os reclama lo que era en deberme.

SR. POL.—Señor Pantalón, eso es ya sordidez repugnante. No habéis de perdonar ni a los muertos; y más cuando han muerto por la patria.

PANT.—Esa misma razón debiérais tener para pagarme, que vuestro yerno ha muerto con mucha honra, y no es bien que su honra ande en lenguas de nadie después de muerto, por unos miserables escudos.

SR. POL.—Señor Pantalón, no respetáis ni el dolor de un padre.

PANT.—Dejaos de farsas conmigo. Si algo hay que pueda compensaros de cuanto habéis perdido con la guerra, será la pérdida de vuestro adorado yerno.

SR. POL.—Señor Pantalón, una cosa es que yo tuviera desavenencias con mi yerno y otra que yo pueda alegrarme de su muerte. Por la ruindad de vuestros sentimientos no juzguéis de los míos. Si mi yerno ha muerto por la patria veréis qué suntuoso mausoleo pienso erigir a su memoria.

PANT.—Ostentosa vanidad que de ningún provecho será para su alma. El mejor mausoleo que podéis erigir a su memoria será pagar sus deudas y obligaciones.

SR. POL.—Señor Pantalón, ¿cómo queréis que el pueblo no murmure de vuestra vanidad? Si supiérais lo que dicen de vos...

PANT.—Pero, ¿no comprendéis, señor Polichinela, que cuando os hablan mal de mí es un modo de deciros en vuestra cara lo que piensan de vos?

ARL.—Señor Polichinela... Señor Pantalón, perdonad si somos indiscretos al interrumpiros cuando sin duda tratábais intereses de la ciudad en esta hora tan solemne, pero es tanta nuestra curiosidad... Suponemos que el Magnífico os llamó a su palacio para tratar en consejo con el general veneciano. ¿Se trataron las paces?

SR. POL.—Se trataron... Y ya estarían firmadas si nosotros no tuviéramos dignidad.

ARL.—¡Bravo, señor Polichinela! No esperábamos menos de vosotros. Habéis defendido el honor de la ciudad como cosa vuestra.

SR. POL.—Eso, eso. Aún estoy sofocado.

AUR.—¿Qué condiciones imponen los venecianos?

SR. POL.—Inaceptables, indignas... Permanecer en la ciudad mientras no se les pague una contribución de guerra.

PANT.—De la que hemos de responder nosotros con nuestra hacienda y nuestra persona...

SR. POL.—Decid si podíamos consentirlo.

PANT.—Antes la muerte.

ARL.—Sois heróico, señor Pantalón. ¿De modo que tendremos venecianos en la ciudad para largo?....

PANT.—Con lo cual nada iremos perdiendo. ¿No eras vos, señor Arlequín, el que tanto admiraba su cultura, la dulzura de su trato?...

ARL.—Sí, sí, en efecto... Los venecianos en su tierra son admirables... Aquí desmerecen algo. Es natural, para estas empresas guerreras los pueblos no suelen enviar a sus poetas ni a sus filósofos... La humanidad, más que en pueblos, se divide en castas. Yo me sentiré siempre más compatriota de un poeta turco que de uno de nuestros soldados, que por su parte en nada se diferencia de un soldadote veneciano. Por eso lo que me importa es vernos libres de unos y otros.

SR. POL.—Señor Arlequín, eso es lo difícil; que sin los soldados de casa no es posible librarnos de los extraños. Y en eso debimos pensar antes, en que los nuestros fueran más fuértes y aguerridos que los extraños.

ARL.—¡Bah! Los pueblos solo triunfan por el espíritu.

SR. POL.—¿Quién lo duda? Pero es que cuando hay fuerza espiritual hay fuerza en todo. Por algo aconsejé yo siempre al Magnífico que se compraran barcos, cañones... pertrechos de guerra...

ARL.—Es verdad... por algo.

SR. POL.—Si él me hubiera atendido hubiéramos contado con cincuenta galeras...

ARL.—Si habían de ser como las que se han hundido en dos horas...

SR. POL.—No me negaréis que cincuenta galeras hubieran tardado más tiempo en hundirse. (Voces).

PANT.—¿Qué sucede?

FLOR.—Otro alboroto.

SR. POL.—No gana uno para sustos... El populacho está inquieto.

PANT.—No hay autoridad... no hay fuerza...

AUR.—Es una conducción de muertos y heridos... *El pueblo clamorea a su paso.*

FLOR.—Dicen que falta lo más preciso para atender a los heridos.

PANT.—Señor Polichinela, mejor será retirarnos del bullicio. La gente anda desatinada estos días.

SR. POL.—No hay nada que temer... Cuando uno tiene su conciencia tranquila.

PANT.—Eso sí. Pero el pueblo no tiene conciencia... Es más prudente retirarse...

SR. POL.—Vamos cuando queráis... Señores...

ARL.—Señor Polichinela... Señor Pantalón... para serviros... (salen Polichinela y Pantalón por la derecha).

ESCENA III

DICHOS, *menos* POLICHINELA Y PANTALON

FLOR.—Van muertos de miedo.

ARL.—Más temen por su dinero que por su vida. ¿Y no les obligará el pueblo a pagar esa contribución, que ha de librarnos de los venecianos?

FLOR.—El pueblo cree que el único culpable es el Magnífico.

AUR.—Y él pagará por todos con ser el menos culpable.

ARL.—No hay cuidado. El sabrá prevenirlo todo, amparándose de los venecianos. El Magnífico no es hombre para rendirse sin caer con sus enemigos.

ESCENA IV

DICHOS Y PUBLIO, *por la segunda derecha*

PUBLIO.—Lo veremos. El Magnífico tiene sus horas contadas.

ARL.—¡Ah, Publio! ¿Qué dice tu gente?

PUBLIO.—Mi gente dice siempre lo que yo digo.

ARL.—Ya es suerte tuya que tu gente diga lo que tú dices. Ello será porque tú sabes decirles lo que ellos piensan, que es todo el arte de dirigir muchedumbres...

PUBLIO.—¿Creéis que es tan fácil, señor poeta?

ARL.—Facilísimo; ¿no ha de serlo? Predicar religión en las iglesias, libertinaje en las tabernas, a los ricos las ventajas de no trastornar el orden del mundo, a los pobres la de trastornarlo todo, convencer a los convencidos... Lo difícil es hacerse escuchar de un auditorio adverso. Si no, dime: Con tus ideas humanitarias, ¿por qué no te atreviste a levantar a los tuyos para impedir la guerra?

PUBLIO.—Eran momentos de exaltación patriótica y nada hubiera conseguido.

ARL.—¡Ah, señor Publio! Para contrarrestar exaltaciones del sentimiento quiero yo las ideas.

PUBLIO.—Señor poeta, versificad y no os mezcléis en lo que no os importa.

ARL.—No te enojes, Publio; si supieras que yo sería el primero en admirarte como a un gran poeta si no fuera porque, al jugar como nosotros con las ideas y los sentimientos, hay siempre en tu conducta un hilillo de lógica que le hace perder su valor artístico.

PUBLIO.—¿Qué hilillo es ese?

ARL.—El de tu conveniencia. Por más que ¿cómo puede nadie saber en dónde está su conveniencia? La realidad suele hacernos más traiciones que el ideal.

PUBLIO.—Señor Arlequín, vuestra charla es muy agradable, pero asuntos de mayor importancia me solicitan.

ARL.—¿*De mayor importancia* dices? Sublevar al pueblo, desenfrenarle por esas calles... Créeme, Publio, déjate aconsejar de un poeta; deja a la ciudad reponerse en calma de su derrota; pidamos perdón a los venecianos como chiquillos que han cometido una graciosa travesura; confiemos en que serán indulgentes con nosotros y querrán perdonarnos y podremos volver a nuestra vida a la vez inquieta y fácil, opulenta y miserable, alegre y desesperada. Engañemos las horas para que la vida no nos engañe demasiado: es la mejor filosofía.

PUBLIO.—Sí, bueno sería ir por la vida filosofando si los caminos de la vida fueran sendas de Arcadia, pero cuando por el camino de la vida vienen gentes que llevan prisa y pueden atropellarnos, hay que ir por lo menos a su paso si no queremos que pasen por encima de nosotros y... ¡adiós filosofía!

ARL.—Tienes razón, pero bien está que haya de todo en el mundo, que de los mayores contrarios procede su maravillosa armonía. Vé, pues, no tardes, desenfrena al pueblo; nosotros haremos por apartarnos de tu camino, cuida tú también de ir por el tuyo y de no atropellarnos. (Sale Publio por la izquierda). Ya oísteis, amigos; no tardará el populacho en alborotarse y el populacho es como el caballo de Atila, con una desventaja, que no trae jinete.

FLOR.—¿Dónde pudiéramos retirarnos hasta que todo esté tranquilo?

AUR.—A nadie se permite entrar ni salir de la ciudad.

FLOR.—No habrá lugar seguro.

ARL.—No habrá un refugio amable para los espíritus delicados.

FLOR.—¿A dónde pudiéramos huir?

ESCENA V

DICHOS, EL DESTERRADO Y LAURO, *por la segunda derecha*

DEST.—Es inútil que lo intentéis, todos somos prisioneros de guerra. Vuestro egoísmo había suprimido de vuestro corazón el amor a la patria y ahora las desdichas de nuestra patria os duelen en vuestro egoísmo tanto como os dolerían en vuestro amor. ¡Ah, pues si el egoísmo se bastara a sí propio! Pero cuando somos más egoístas; cuando más tranquilos queremos vivir, más necesitamos de la tranquilidad de los que nos rodean. De lo que no quiso inquietarse nuestro amor ha de inquietarse nuestro egoísmo.

ARL.—Nuestro egoísmo, como decís, nunca nos hubiera llevado a la guerra; sabíamos la suerte que nos esperaba.

DEST.—También yo, pero era preciso llegar hasta el fin; era preciso que vuestro egoísmo y el de todos sintiera el dolor de no haber amado a la ciudad como debisteis amarla y hoy no padecería vuestro egoísmo con sus tristezas. Aún debiérais padecer más; aún debiera ser más implacable el extranjero... Aún puede que lo sea si aún necesitamos de él para poner paz en vuestras propias discordias.

ARL.—¿Y qué fué de ti, Lauro, nos dijeron que irías a combatir?

LAURO.—¿A combatir? ¿Pero hubo combate? ¿Hemos tenido guerra? ¿No ha sido todo un sueño? Sí, yo pensaba ir, pensé haber ido; hubiera dado mi vida por la gloria, por el honor de la ciudad, pero ya lo veis, estoy entre vosotros con mis galas cortesanas de siempre.

FLOR.—Pues nos dijeron...

AUR.—Creímos que... Sin duda el Magnífico, conmovido ante los ruegos de su hija, te ordenó que no fueras.

LAURO.—Sí, eso ha sido; ¿podía yo desoír los ruegos de mi Julia?

DEST.—¿Qué dices, Lauro? ¿Por qué mientes? Decid que no es verdad; fué a combatir; yo os lo digo. ¿Por qué quieres negarlo ahora?

LAURO.—Porque no fué combatir, padre; porque no fué la guerra; porque no quisiera acordarme de nada; porque quisiera que nada hubiera sido; porque no fué la derrota en que se lucha hasta la desesperación, hasta la muerte; fué la vergüenza ante el enemigo, fué su burla despreciativa. Las armas inútiles en nuestras manos, sin balas y sin pólvora. Fué perdonarnos la vida... porque pudieron destrozarnos y ni morir era posible si no era a nuestras propias manos. ¿Para qué habían de matarnos si éramos suyos indefensos, rendidos?... ¡Ah, señor Arlequín! las ironías, el desdén con que solíamos hablar de nuestros males y nuestros defectos, la donosura con que motejábamos a nuestros gobernantes, la graciosa murmuración con que ponderábamos sus listezas o sus desaciertos... Todo eso y nuestro vivir sin conciencia, contentos al señalarnos con el dedo unos a otros para decir allá va el pecador en vez de golpear cada uno a mano llena su propio pecho, diciendo: yo pequé hasta que el corazón sangrara; todo eso que era nuestra vida, tan fácil, tan alegre, tan despreocupada, se ha sumado como un sarcasmo en la risa de los soldados enemigos que al vernos afrontar la muerte con insultos, que ya no nos quedaban otras armas, reían de nosotros compasivos para que su risa fuera más humillante, y sin odio decían: ¡pobre gente! ¿quién la envió a combatir? ¿Qué gente es esta? ¿Son locos o son niños? Y así nos tratarán, como a niños o a locos. ¡Qué vergüenza, padre, qué vergüenza! ¡Malditos los que a ella nos trajeron! ¡Malditos los que nada hicieron por evitarla! ¡Malditos los que nunca pensaron en ella!

DEST.—Y aún hemos de caer más bajo, que en vez de aceptar cada uno su parte de culpa, aún pretendemos culparnos unos a otros y ante la patria crucificada, será echar suerte sobre sus vestiduras. El ardor que no pusimos en combatir contra el extranjero, lo pondremos ahora en combatir unos contra otros hasta que el extranjero mismo haya de poner paz en nuestras discordias para mayor vergüenza.

ARL.—¿No véis, amigos? Girasol y Colombina llegan... Mucho es su atrevimiento, que no está la ciudad para que mujeres solas anden por sus calles.

ESCENA VI

DICHOS, GIRASOL Y COLOMBINA, *por la izquierda*

ARL.—¿Qué es esto, Girasol? ¿No temes al pueblo alborotado?

GIR.—¿No sabéis nada? —

COL.—¡Ah, es horrible! Hasta ahora no lo supimos... Leandro ha muerto.

ARL.—¡Leandro!

FLOR.—¡Nuestro amigo Leandro!

LAURO.—Sí. ¿No lo sabíais? Ha muerto como un héroe...

DEST.—El Magnífico le hizo llevar a su palacio...

GIR.—Íbamos a dejar estas flores sobre su corazón.

ARL.—Que te amó tanto.

GIR.—Yo no sé si fué amor, pero como el amor hablaba, y para mí fueron los últimos pensamientos de su vida. Quizá al morir, en ese instante en que según dicen, pasa con rapidez toda nuestra vida por nuestro pensamiento, pasé yo la última, como una ilusión, como un deseo que no pudo lograrse en la vida y con el alma abre sus alas para perderse en donde todo es infinito.

COL.—¡Pobre Leandro!

ARL.—Iremos contigo, Girasol, también nosotros llevaremos flores al que fué nuestro amigo de los días felices.

FLOR.—Esperad. El Magnífico llega acompañando a Silvia.

AUR.—El Magnífico por las calles sin su guardia, sin cortejo alguno.

LAURO.—Su corazón es grande y nada teme...

ESCENA VII

DICHOS, CRISPIN Y SILVIA, *por la segunda izquierda*

FLOR.—Señor...

ARL.—Señor...

CRIS.—El que fué mi señor ha muerto. ¿No lo sabíais? Con él murió Crispín; sólo queda el Magnífico, una sombra vestida de un ropaje señorial. Quise ser yo quien llevara a Silvia a rezar ante él... Yo fuí testigo de su primer beso de amor, cuando su corazón lleno de vida decía: Para siempre... Ahora... será el último beso el que dirá... Ya nunca, que es también para siempre. El amor sólo sabe decir palabras de eternidad...

SILVIA.—Llevadme pronto... No puedo más... Ah... ¡Esa mujer! ¿Por qué llora? ¿Por qué lleva flores también?

CRIS.—Es Girasol.

GIR.—Señor, perdonad. Si yo hubiera sabido...

CRIS.—¿También eran para él esas flores?

GIR.—No puedo negarlo.

CRIS.—Acércate.

SILVIA.—Vamos, vamos de aquí. No quiero verla, ofende mi dolor, le insulta.

CRIS.—Dejadme. No estaría bien que nos acompañaras... Dame una de esas rosas y pon un beso en ella. Así... Ahora, bésala tú también. Yo te lo ruego... Ponedlas todas sobre su corazón... Todos los amores de la tierra son un amor allá en el cielo... El alma es en la tierra mariposa, sus alas van hacia la luz a donde han de abrasarse, pero en tanto, las alas se fatigan y al reposar su vuelo, en una flor o en otra se detienen. ¡Son todas tan hermosas! pero su vuelo era más alto, donde las flores son estrellas. ¡Allí en el alma enamorada de Leandro, tú, la azucena del jardín virginal de sus amores, tú la rosa de un jardín de artificio, las flores de su vida, seréis una flor sola, un solo aroma, en la claridad de su alma...

GIR.—Gracias, señor...

CRIS.—Vamos, Silvia.

(Sale Silvia y Crispín por la derecha).

ESCENA VIII

DICHOS *menos* CRISPIN Y SILVIA

ARL.—El Magnífico tiene alma de poeta, como todos los pícaros. Sabe que el sentimiento sólo se purifica alambicándole... Estas dos mujeres, dejándose llevar de su natural, naturalmente se hubieran insultado al encontrarse. Un poco de amanerada poesía ha bastado para ennoblecer su dolor... Es pre-



Señorita Moneró, en el papel de Silvia

ciso componer la vida como una obra de arte, amanerarla con sentimientos artificiosos, para suavizar sus rudezas... Los poetas debiéramos gobernar el mundo, le quitaríamos brutalidad en fuerza de artificio...

FLOR.—Os acompañamos hasta vuestra casa... La Ciudad no está muy tranquila. Y los venecianos son atrevidos con las mujeres.

COL.—Son muy groseros.

AUR.—¿Es que se han propasado contigo?

COL.—¿Conmigo decís? De ningún modo.

ARL.—Por eso te parecen tan groseros.

(Salen Colombina, Girasol, Arlequín, Florencio y Aurelio, por la izquierda).

ESCENA IX

EL DESTERRADO Y LAURO

LAURO.—¡Feliz Leandro! Envidiable suerte la suya, hasta en la muerte. Toda su vida fué como un torbellino de acción que no dejó lugar a la tristeza del pensamiento. Vivió de la vida más que de sí mismo. Murió al empezar el combate en la exaltación de entusiasmo que aleja el temor a la muerte y no deja percibir la inutilidad del sacrificio. Así hubiera querido yo morir... con el entusiasmo de la esperanza, con la ilusión del triunfo. Ahora, los que sobrevivimos, ante la humillación de la patria, llegamos a dudar de nuestro propio sacrificio al defenderla...

DEST.—Sí, en esta hora todos parecemos igualmente culpables: por eso la voz más indigna de acusarnos, nos parece voz justiciera. Por eso no nos atrevemos a mirarnos unos a otros, por eso el odio se levanta amenazador entre todos... y el mayor enemigo de la Ciudad no es hoy el extranjero.

LAURO.—El pueblo sólo espera la decisión del Magnífico al aceptar las condiciones de paz, para levantarse contra él...

DEST.—Y ¿no sabes ya en qué condiciones se tratarán las paces? ¡Ay de los vencidos! dirán los vencedores... No es lo triste la humillación de esta derrota, lo triste es dejarse vencer por ella. Siempre podemos vencer a quien nos venció si sabémos resurgir del dolor fortalecidos. Pero, ya lo ves... después de la derrota es la misma inconsciencia de siempre... tan inconscientes en la tristeza y el desengaño como lo fuimos en la alegría y confianza, que todos sabían sin fundamento y parecían tan fundados como si todos hubieran estado seguros de haberlos cimentado en el deber cumplido, en el amor a la patria... Y era el patriotismo cosa fácil, era creerse cada uno mejor que los demás, solo porque veía las culpas de todos y con eso las suyas ya tenían disculpa... Como en corrillos de comadres se murmuraba y se reía de la graciosa habilidad que tuvo el uno para engañar al otro, cómo se lucró aquel a costa del tesoro de la ciudad, cómo éste vendió la mercancía averiada y estotro burló una ley o la dictó en provecho propio... Todo era ocasión de murmuraciones. Cómo nos divertíamos, hasta cuando parecíamos indignados al exclamar: ¡bueno anda todo! ¡Los pícaros gobiernan, los bribones campan! Y con desconfiar unos de otros, todos vivían confiados, cada uno se sentía superior a los otros y cada uno pensaba que él solo era el justo por quien la Ciudad había de salvarse, como en las bíblicas ciudades. (Música).

LAURO.—¿Oyes? El Magnífico sale con ceremonia de su palacio. ¿Será el anuncio de la paz? El pueblo corre hacia su palacio. Yo debo ir también, debo defenderle contra todos, suceda lo que suceda. ¿Qué harás tú, padre?... ¿Qué harás si el pueblo se levanta en contra suya?

DEST.—Compartir su suerte... El sabía lo que sería el despertar de un pueblo y por sí despertaba en él un alma, quiso que yo le despertara... el amor a la patria... pero fué una sacudida estéril, como evocación del espíritu en un cuerpo muerto... Un fantasma, una sombra... La vida fuerte y vigorosa, la plenitud de vida, lo que era necesario para triunfar... no podía ser... Ya desesperó que pueda ser nunca...

ESCENA X

DICHOS, POLICHINELA Y PANTALON *por la derecha*

SR. POL.—No puede ser... Debiéramos morir antes que consentirlo.

PAN.—No hay justicia en la tierra, no hay justicia... ¡Mi dinero, mi dinero!...

SR. POL.—Es la ruina de mi casa.

PAN.—Vos aún tenéis el consuelo de vuestra familia, pero yo me veo a la vejez solo y arruinado... Mi dinero, mi dinero...

DEST.—¿Qué os sucede? ¿De qué os lamentáis? Si hubiera oído de lejos vuestros lamentos sin saber que érais vosotros los que os lamentábais, creyera que eran mujeres de las que lloran por sus esposos, madres de las que lloran por sus hijos. No creí que los hombres pudieran lamentarse de esa manera.

SR. POL.—Vos habláis como muy hombre, claro está, como nada habéis perdido, que nada tenéis que perder y vivo está vuestro hijo y con esperanzas de una buena boda, que el bribón de Crispín a cuenta nuestra ha pactado la paz con los venecianos y ellos se comprometen a defenderle y han de pagarle bien sus buenos oficios.

PANT.—Y nosotros lo pagaremos todo... nosotros que nos hemos arruinado por ofrecer cuanto teníamos para la guerra.

SR. POL.—Y yo que perdí un hijo, que un hijo

era para mí Leandro y en mi casa ya nunca podrá haber alegría.

DEST.—De modo que, ¿se acordaron las paces?

SR. POL.—El Magnífico aceptó las condiciones... condiciones indignas... pagar una contribución de guerra a costa nuestra... Decid si esto es justicia... entregar a los venecianos el puerto con sus fuertes, dejando libre, en cambio, la Ciudad... y para mayor ignominia, el Magnífico quiere que le acompañemos en su galera, mucho es que no quiere que rememos en ella... a ofrcer en la suya al general veneciano la seguridad de nuestra fianza para que él ordene embarcar al punto a sus soldados y la Ciudad quede libre de ellos... Farsa indigna, que todos sabemos que el Magnífico quedará muy a salvo en la galera del general veneciano, mientras la guerra con los genoveses no termine... y a nosotros nos volverá a la Ciudad para que las gentes soliviantadas por Publio, saqueen nuestras casas, atropellen nuestras personas...

DEST.—No temáis. El Magnífico os retendrá a su lado mientras la Ciudad no se calme

PANT.—Yo no iré, no iré... Prefiero que me maten aquí. Yo no dejo mi casa... no iré, no iré...

LAURO.—El Magnífico llega. Su guardia le abre paso. El pueblo se retira en silencio... Pero su silencio es amenazador.

SR. POL.—Debieran arrastrarle, que él nos ha traído a la ruina por ambicioso.

PANT.—Y por torpe... Que pudo tratar con los venecianos y ellos nos hubieran pagado a nosotros.

SR. POL.—Claro está que nos hubieran pagado y no que ahora hemos de pagarles nosotros... Pero al señor Crispín le convenía honestar su traición a la Ciudad.

PANT.—Haciéndonos creer que debíamos ir a la guerra...

SR. POL.—Y como no faltó quien le ayudara a engañarnos.

PANT.—El que a nosotros nos acusaba de malos ciudadanos.

LAURO.—Oh, callad, ¡miserables!

DEST.—No, deja que hablen... que acusen. Ya no sé si son ellos los que tienen razón... pero es muy triste cuando la ciudad sangra por tanta herida abierta, cuando tantas voces debieran clamar en nombre de cosas más altas, que sólo se alce sobre todos la voz de estos hombres que van clamando... ¡mi dinero!... ¡mi dinero!... ¡Parece que toda el alma de la Ciudad era el dinero de estos hombres!

ESCENA XI

DICHOS, EL MAGNIFICO *y acompañamiento por la derecha*

CRIS.—Las paces han quedado firmadas, gracias a la generosidad del señor Polichinela y del señor Pantalón, aquí presente. Ellos, con singular desprendimiento han consentido en salir fiadores con su hacienda, de la contribución exigida por los venecianos. La Ciudad no hubiera podido pagar en tan corto plazo. La Ciudad está en deuda con ellos...

PANT.—¡Buena quedará la Ciudad para que nunca pueda pagarnos!

CRIS.—Señor Pantalón, no desgraciéis vuestra generosidad... Los soldados venecianos embarcan en sus galeras y la Ciudad queda libre de extranjeros... Sólo el puerto y los fuertes quedarán en su poder hasta que termine la guerra con los genoveses... Para consolidar el tratado de nuestras paces, debéis acompañarme. En la única galera que nos queda iremos a ofrecer acatamiento al general veneciano, que por graciosa cortesía quiere que mientras permanezca anclada ante nuestra Ciudad, sobre su galera almirante ondee nuestra bandera, que hemos de llevar con nosotros. Al izarse será saludada con cincuenta cañonazos. El general veneciano quería que sólo fueran veinticinco, pero no cedí en esto y serán cincuenta, ni uno menos.

SR. POL.—Tenéis humor de chanzas todavía.

CRIS.—No por cierto... Por lo mismo que nos han derrotado debemos dar más importancia a estos pormenores honoríficos. La historia en su día lo recoge todo... Embarcad ya, señor Polichinela, y vos también, señor Pantalón, que yo no tardaré en seguiros y no he de llevar otro acompañamiento. Hemos de zarpar en seguida.

PANT.—No ,yo no iré... si no me obligáis por la fuerza...

CRIS.—De ningún modo. Pero hacéis mal. En la Ciudad no estáis muy seguro.

PANT.—¿Qué puedo ya perder... si todo se ha perdido?...

CRIS.—Vos no me dejaréis, señor Polichinela. Ved que os necesito a mi lado. Volveremos a juntarnos sobre una galera... pero no como en otro tiempo para remar en ella... bien puede ser, como suele decirse en usada imagen poética... la nave del Estado, que con tanto acierto hemos regido. Hay quien maldice de nosotros. Por eso conviene alejarse. Señor Pantalón, mal hacéis en no acompañarme.

PANT.—No, no, dejadme... dejadme...

CRIS.—Bien está. Así como así, de acompañarme todos los que yo deseara no cabríamos en diez galeras... Y sólo nos ha quedado ésta... No tardéis, señor Polichinela, pronto os sigo. (Váse Polichinela por la izquierda. Al Desterrado). Tú, que fuiste enemigo leal de mi grandeza, amigo fiel en mi desgracia...

LAURO.—No embarquéis, señor... pensad en vuestra hija.

DEST.—No lleváis quien os defienda...



Señorita Pardo, en el papel de Julia

CRIS.—Los venecianos me hubieran defendido, pero no quiero defenderme. Sé lo que preparan... Publio y los suyos... y nada haré por evitarlo. Conviene que el pueblo crea que hace justicia. Con la ilusión de que sus males han terminado se levantará su abatido espíritu... Déjadle creer que con Crispín y Polichinela los Crispines y Polichinelas acabaron. Yo sé que apenas haya embarcado, Publio y su gente caerán sobre mí, la tripulación se unirá a ellos, saltará a tierra dejándome encerrado... para mi satisfacción con el señor Polichinela... y la galera, como si fuera en verdad la nave del Estado, arderá, arderá como ardería la Ciudad entera... si todas las culpas no pesaran sobre mí tanto que sólo deseo purificarme. Así la Ciudad supiera purificarse de mí, como yo de ella... No intentes detenerme ni seguirme... Queda aquí, con tus hijos... salva su amor y el amor a la Ciudad en su corazón y en el de sus hijos... ¡Nuestra Ciudad! Alegre y confiada, que nunca pensó en su aislamiento, que oyó la voz y despreció el aviso... Lauro, los brazos. En ellos dejo el corazón de la Ciudad. Paso al Magnífico... (Vase por la izquierda).

LAURO.—¿Qué dijo, padre? ¿Qué piensa? Es cierto que huye de la Ciudad? Que hizo traición y antes la guerra como la paz ahora sólo han sido un engaño más de Crispín... Oís... El pueblo lo dice... ¡Era verdad!

VOCES.—(Dentro). ¡A muerte los traidores! ¡Muera el traidor! Muera... muera... ¡Venganza!

DEST.—No, no es justo, no es justo. Han de oírme, he de defenderle. (Más voces).

LAURO.—¿Qué es esto? ¿El pueblo se arroja sobre él? (Salen por la izquierda. Arlequín y Pantalón entran por la izquierda).

ARL.—Huyamos... El pueblo enloquece.

PANT.—Asaltarán mi casa... Mi dinero, mi dinero. (Salen por la derecha. Voces, algún disparo. Vuelve el Desterrado con Lauro en los brazos, muerto, por la izquierda. Después Publio por el mismo lado).

DEST.—¡Ah! ¡Mi hijo! Han matado a mi hijo y no fué el extranjero... ¡Ciudad desventurada, madre de fratricidas... que al llorar por tus muertos has de llorar también por sus asesinos, que todos son tus hijos!...

PUBLIO.—¡Mueran los traidores!... Eh, ¿qué es esto? ¿Qué hicísteis?

DEST.—¡Es mi hijo, mi hijo!

PUBLIO.—No fué culpa mía. Se arrojó a salvar al Magnífico cuando el pueblo hacía justicia...

DEST.—Sí, habéis hecho justicia... vuestra justicia.

PUBLIO.—Los traidores entregaban al extranjero la bandera de la Ciudad y la hemos rescatado.

DEST.—¿Los traidores? ¿Hablas tú de traidores? No, la bandera de la Ciudad no puede estar en tus manos manchadas con sangre de la Ciudad, con sangre de sus hijos...Yo la arrancaré de tus manos... así. Y he de clavarla donde por fuerza ha de espantarte cuando quieras arrancarla... En el corazón de mi hijo... Ya ves cómo he de defenderla, clavada en su corazón por mi mano... como en mi corazón el amor a la patria... Es mi alma y es la suya. ¡Es el alma de nuestra patria!... (Voces). ¿Qué sucede? ¿Qué gritan? ¡Al loco, al loco! (Arlequín y Pantalón entran por la derecha).

ARL.—Es el señor Pantalón, las turbas saquearon su casa y ha perdido el juicio.

VOCES.—¡Al loco! ¡Al loco!

PANT.—¡Mi dinero, mi dinero!

VOCES.—¡Al loco, al loco!

PANT.—¡Mi dinero, mi dinero!

DEST.—Ven aquí, ¡miserable! Impiedad o locura, no clames así por tu dinero... Ya sé que para tí es eso nada más, ¡tu dinero!... Pero hay palabras más nobles para decir lo que vale tu dinero... ¿Tú sabes lo que quiere decir... tu dinero?... La ruina de la Ciudad, su humillación... su vergüenza... la sangre de sus hijos...

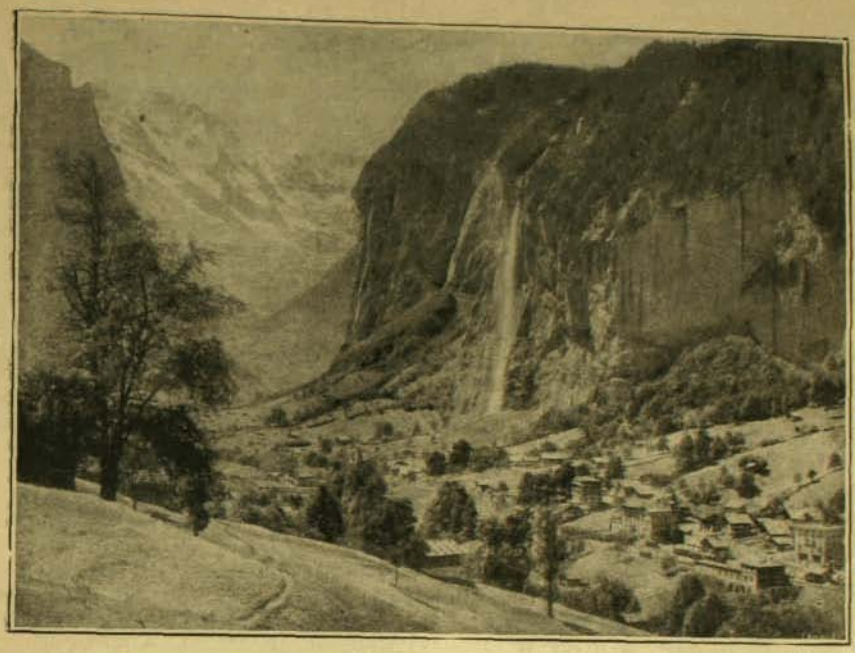
PANT.—¡Mi dinero... mi dinero!

DEST.—No, eso no... ¡Patria mía! ¡Hijo mío!

(Telón.

FIN DE LA COMEDIA





Un aspecto del camino, entre Lauterbrunnen y Stanebach

El Temor de Suiza

A. HERNANDEZ CATA

De todas las naciones pequeñas que sirven de *vías respiratorias* al gigante teutón en este dramático momento en que el bloqueo inglés pretende asfixiarlo, ninguna se halla en situación tan peligrosa como Suiza. Si en Suecia, en Dinamarca y aun en Holanda las simpatías son sólo ideológicas y están en tantos casos movidas por el bastardo deseo de rápidos y pingües negocios, en Suiza, sobre cuyos paisajes mercantilizados soplan opuestos los vientos germanos y latinos, la simpatía tiene el fuerte ascendiente de la sangre. Durante largos años ambas influencias, adelantándose a la guerra de topos, ha socavado la personalidad autóctona; canta en unos cantones la clara lengua gala, mientras en otros el áspero hablar alemán es instrumento justo para exteriorizar las contexturas de las almas. Y es inútil que un fiero y unánime anhelo de independencia los una: en cada *rama florecen* con valor autónomo todas las poesías—desde la épica a la eglogal—; aquí cantan y piensan, para no citar más que nombres de la edad de oro, *Haller*, Alphonse, Turretin, J. Jacques Russeau, y allí Jean de Müller, Bodmer y Sulzer. Se presiente que si una hecatombe sísmica, hendiendo montes, secando lagos y rompiendo valles, partiese el país de Norte a Sur, cada una de las dos mitades se inclinarían naturalmente a la nación vecina como dos pequeños desvalidos que en el instante del pe-

ligro se refugiasen en los regazos maternales.

Como dijo con certeza frase Rambert, ha *habido siempre dos Suizas:* la *material* y la ideal. De la ideal es el amor a la libertad heredado de su legendario Guillermo (y aquí salta y pide *ser apuntada la influencia* de este nombre en los asilos históricos de tres países tan ligados en el conflicto de hoy: Alemania, Holanda y Suiza); *de la material* el sagaz instinto mercantil. Estos dos factores de la vida helvética, han constituído, a pesar de su aparente oposición, *el núcleo fuerte* del carácter del pequeño país que, combatido por las fuertes tendencias germana y francesa, y aun por la suave brisa ítala, mantiene aún al través de los riesgos de hoy su doble personalidad de cigarra y de hormiga; y mientras sus manos recogen el oro rápidamente ganado con un contrabando más o menos legítimo, su cabeza alta, habituada a las alpinas cumbres, mira siempre el azul de la atmósfera, color alegórico de la libertad.

Muchas veces ha traído la prensa diaria ecos del temor de que los campos suizos, tan metodizados por el turismo, puedan servir de escenario a nuevas tragedias y de que se manche el níveo armiño, tendido todo el año sobre sus montañas, con tristes pinceladas rojas. Sobre el cable ideal que va de París a Berlín la linda matrona Suiza se mantiene en equilibrio inclinando su balancín alternativamente. En los periódicos vése también dividida la simpatía, y votos y augurios van, guiados por la misma, tan pronto a halagar a un vecino como a otro; el sano instinto, sugerido por el recuerdo de Bélgica la sinventura, lleva al consejo federal a ser cautamente severo; en el asunto de los coroneles Eggli y Wattenwyl, un fuerte velo de discreción cayó en seguida sobre los debates; y también se puso sordina a la voz briosa y lírica del poeta Spittlen. Mientras tanto, los suizos, lo mismo que los holandeses, siguen en su papel de tamices por donde se escapa hacia Alemania cuanto no queda entre las fauces del dogo inglés vigilante en el mar; si alguien pretende que el cuadro de los síndicos debía figurar por igual en los carteles de ambos escudos nacionales, oirá de un lado la suave voz de Guillermina hablar, con el acento teutón contagiado de su marido, de sus proyectos de Flessinge y oirá también a todos los suizos, idealizados de súbito, narrar la anécdota del tirador a quien preguntó el Kaiser: "¿Es verdad que los tiradores suizos no yerran un tiro jamás?—Nunca, sire— Y si alguien mandara sobre Suiza un ejército tres veces mayor que el número de vuestros tiradores?—Tiraríamos tres tiros cada uno, Majestad."

Ojalá que las terribles necesidades de la lucha no lleven las garras de Marte hacia el minúsculo y *bello país donde* Zurich y Berna se contemplan como dos amigas de opiniones contradictorias. Si por desdicha cualquiera de ambos bandos *decidiese desbocar* los bélicos corceles sobre esas tierras de paz, de actividad y de recreo, el juego peligroso a que el comercio suizo se libra serviría de pretexto a los invasores. Cada comerciante es una célula del país, y no es posible disasociar a la Suiza ideal de la otra, se diría en uno de esos textos diplomáticos lacrados con las llamas de los cañones. Sería, sin duda, para la humanidad otra hora dolorosa, y de nuevo veríamos resucitar el heroísmo, igual que un resorte largo tiempo comprimido por la molicie en el fondo de las almas. El **roulez tambours**, canto guerrero de la Confederación—debido, para que el contraste entre las dos formas del espíritu suizo se mantenga vivo hasta en esto, al pacífico e irresoluto Enrique Federico Amiel,— resonaría en las anfractuosidades, y el pueblo, pequeño y bravío, con ese arrojo estéril comparable al de un niño disponiéndose a resistir el ataque de un hombre fornido y brutal, se desangraría tristemente antes de ver crucificar su independencia en la cruz blanca de su escudo.







Libros para enloquecer y realidades para acordar

Por

DIONISIO PEREZ

Con ilustraciones

Helos ahí, uno a uno, con sus estupendos grabados en madera, con sus orlas floridas, con sus letras góticas, los libros que enloquecieron a nuestro Alonso, bien llamado "Don Quijote". Con perdón de los eruditos, muchas cosas podrían decirse llanamente de esos libros, que llenaron con su prez todo el siglo XVI, y a tí, lector, no habría de espantarte ello porque aquí, en la intimidad nuestra, deberías confesarme, tú abogado, tú médico, tú ingeniero, que no has leído el libro de Cervantes y que si acaso avó en tus manos, lo arrojaste con enfado sin encontrar el encanto de que todo el mundo habla... Y he aquí, que cuando ese libro se publicó causaba enfado a los nobles y a los doctos mientras deleitaba al vulgo. Hoy—mantenga el engaño quien quiera,—mientras los personajes del libro y algunas de sus escenas forman parte de aquel cúmulo de conocimientos que están en la pública circulación y saben todos de oídas, sin tener que aprenderlos en los libros, el vulgo no lee a "Don Quijote", los de mediana cultura se satisfacen con saber lo que de ellos saben y los doctos persisten en su enfadosa tarea de hurgarle los entresijos a Cervantes, como si no hubiesen sacado ya bastante de ellos.

Así, no habiendo de darte desazones la "Historia del Ingenioso Hidalgo", menos te la darán, lector sincero, las de los libros que le volvieron loco. No podía nacer esta literatura cuando toda Europa se estremecía en una fiebre de grandezas. Esas letras desdeñadas y olvidadas ahora, agarrotadas, como pudiera hacerse con un malsín, por el genio de Cervantes surgían, como surgió la mitología del alma helena. En los pueblos católicos, el hombre no podía declararse dios y se convertía en héroe. ¡Hermosa edad aquella en que podía llenarse el mundo con altos y nobles pensamientos y en que podía contentarse al vulgo con el relato de los esforzados hechos y bravas empresas de los caballeros andantes!

Y, sin embargo, los logradores de nuestra Edad de prosa y empequeñecimiento, los







arribadores osados de las cumbres, los hijos y los yernos de los personajes, titulados del favor, licenciados en nepoterías, doctores en adulación, cobradores del folgamiento y del yacimiento pueden ver que **ningún tiempo pasado fué mejor**, según la aseveración del clásico. Porque he aquí en estos libros de Caballería, que al Ingenioso Hidalgo se le antojaban espejos, que Félix Magno era hijo del Rey Falangrís de la Gran Bretaña; Palmerín de Ingaterra y Floriano del Desierto, hijos del rey D. Duardos; el Príncipe Florendos, hijo de Primaleon; Florambel de Lucea, hijo del rey Florineo de Escocia; el Caballero del Febo, el Troyano y D. Hispalian de la Venganza, hijos del Grande Emperador Floribacio; Lisuarte de Grecia, hijo de Espladian, Tablante de Ricamonte, hijo del Conde Donafon; Primaleon, hijo de Palmerín de Oliva, Félix Marte de Ircania, hijo del Príncipe Florarán de Misia, y así otros que tal, por donde se ve que a todos estos les venía el ser caballeros andantes por aquella misma trabazón y ley natural con que ahora a otros caballeros andariegos les viene el ser directores generales, subsecretarios y prestes de las Indias, si a la pobre España le quedaran Indias en que apacentaran sus ansias de grandezas nuestros modernos desfacedores de entuertos sociales, desencantadores de princesas y castigadores de follones y malandrines.

Toda esa literatura que enloqueció al pobre hidalgo manchego, era una literatura de privilegio, de casta aparte y superior. En toda ella apenas si recordamos un Floriseo, caballero del Desierto, que por su solo esfuerzo llega a ser Rey de Bohemia. Acaso













en este contraste se engendrara el éxito popular de "Don Quijote". No es que fuera la caricatura de los caballeros andantes, hijos de reyes, de príncipes y de nobles, sino que aún loco y desconcertado, en ridículo y en apaleos, rodando por los caminos y las ventas, engañado y burlado siempre, era el caballero andante que salía del pueblo y tenía su alma y le pertenecía enteramente.

De tal modo, si antaño había libros para enloquecer, también había realidades para acordar; para tornarse cuerdos los que estuvieren con el juicio perdido o alborotado. Poco más o menos, lo mismo acontece ahora. De estas realidades hay una, la más nacional y característica, que antaño andaba por los caminos y contribuía al engrandecimiento del Imperio, alistándose en los tercios que iban al Rosellón y a Flandes, embarcándose para Indias, refugiándose en los claustros o trocándose en ingenio en las aulas de Alcalá y Salamanca.

Era esta realidad el hambre. Gracias a ella el pueblo se sometía y se dejaba llevar y trasegar, gracias a ella el poder público podía partirse con validos, alborozarse con comediantas, escudarse en inquisidores y aun caer en las extremas abyecciones del Exorcizado. Adviértase que había en la biblioteca de "Don Quijote" más libros enloquecedores que salpicón y otros condumios en su despensa y en su cocina. Y adviértase también que estos libros de Caballería no andaban sólo en España, sino que corrían toda Europa en todas las lenguas, desde el rey Artur el de la **Tabla Redonda**, y solo en España volvieron loco a un cuerdo. Y fué que el mal no estaba en las alborotadas historias, donde los endriagos y dragones y gigantes encantadores daban un acorde sobre-













natural que quitaba todo peligro de contagio al relato, sino en el caletre escasamente nutrido del hidalgo manchego; caletre lleno de porfiadas meditaciones; caletre donde atenaceaba todo inquieto pensamiento el hambre nacional, el hambre de España, única en Europa... ¡Hambre de ideales, hambre de justicia, hambre de gobierno y, al cabo aunque en menor grado, hambre de pan! Así, transcurriendo los siglos, sólo cambia aquí el aspecto exterior de los libros para enloquecer y de las realidades para tornarse cuerdos. Ya no sabemos quién fué Perion de Gaula, ni la Princesa Clariana, ni las pastoras Fortuna y Argentina, ni siquiera Amadís de Gaula (el más famoso de todos ellos; ya no leemos a Cervantes, aunque nos falte valor para confesarlo, y, sin embargo, en toda la ancha faz de España hay aquella misma abrumadora y baja realidad de carretera polvorienta y venta mal oliente, que llena el libro, que fuera divino, **si encubriera más lo humano.**

Porque en ese ambiente hay un ideal, el de "Don Quijote", y está loco el hombre que lo ama y lo defiende.





La espada mágica

Ilustraciones fotográficas



Romper una barra de plomo sujeta a los extremos de dos navajas de afeitar.

El cabo-mayor Wright relata en estas páginas ilustradas las proezas sorprendentes que puede realizar un espadachín experto. La consumada pericia en el manejo del arma va en este caso unida a un desarrollo físico excepcional, que en Wright alcanza a 6 pies y una pulgada de alto y a un peso de 93 kilos. Su perímetro torácico es de 48 pulgadas. El cabo-mayor Whight ha sido jefe instructor del Cuerpo de Guardias Reales durante varios años, estando bajo su absoluta responsabilidad el perfeccionamiento de los reclutas en el manejo de la espada y su instrucción gimnástica y desarrollo físico.

Requiere no poco tiempo y esfuerzo llegar a ser un experto esgrimista, aun contando con la instrucción de un consumado maestro y con un ejercicio práctico continuado y diario.

Los reclutas de regimientos montados tienen dos meses de instrucción práctica diaria en el manejo de la espada, a pie. Empiezan por aprender las diversas partes del arma, el modo de empuñarla, y la posición que hay que adoptar para el ataque y la defensa. La instrucción es individual y es indispensable que el alumno esté enteramente impuesto de una lección para que se le permita pasar a otra.

Cuando se le reconoce suficientemente diestro en el manejo de la espada, a pie, se le enseña a manejarla a caballo, para los combates de la caballería.

Todas las clases de un regimiento son continuamente perfeccionadas en el manejo de la espada y se les obliga a dar anualmente un cierto número de lecciones prácticas. Periódicamente se organizan certámenes con el objeto de ver quiénes son los más diestros en cada escuadrón. Los vencedores pueden competir entonces entre sí para optar al título de primer esgrimista del regimiento, y el campeón obstenta este título hasta que es vencido pr algún otro en certámenes sucesivos.

En las prozas que voy a describir no se crea que hay asomo de maula o de ilusión. Para realizarlas se precisa solamente mucha práctica y buen pulso, del mismo modo que para llegar a ser un buen ciclista o jinete se requiere haber montado mucho y haberse "entrenado" con ahinco.

Lo mágico y sorprendente en este caso estriba en la fuerza, la destreza, el tino, la serenidad y el ejercicio, sobre todo el ejercicio.

La primera "performance", la primera hazaña representada en nuestro grabado, y que consiste en cortar una barra de plomo sobre un trípode, es sumamente sencilla. Para esto empleo yo siempre una espada pesada, que ha de estar cuidadosamente afilada, pues el plomo embota mucho el filo de la hoja. La barra tiene como una pulgada de grueso o pulgada y media; mi ayudante la pone en equilibrio en el trípode, y yo mido cuidadosamente la distancia a que debo colocarme. Un golpe vigoroso, rápido, directo, que puede ser hacia atrás o hacia adelante, dado con la

punta de la espada, basta para cortar la barra.

Contra lo que pudiera creerse, la parte inferior de la barra queda siempre en su base sin caerse. Un hecho que llama extraordinariamente la atención de los espectadores es el de romper esa misma barra de plomo sujeta a los extremos de dos navajas de afeitar con dos pequeñas tiras de papel.

No puede el vulgo comprender cómo el filo de la navaja no corta el papel y la barra se rompe al golpe de la espada. Y, sin embargo, nada más fácil, y cuando el golpe es dado con completa maestría ni siquiera queda en el papel raya alguna o doblez que indique haber estado expuesto a romperse.

Para esta prueba se precisan dos ayudantes, bien acostumbrados a esta operación, pues de otro modo al dar el golpe la espada, pueden vacilar y destruir el efecto. También en este caso se necesita una espada pesada y un golpe rápido y enérgico.

Para partir una manzana en la mano de un hombre uso siempre un sable liviano, de punta blanda. El acto requiere un tino extraordinario, puesto que hay que detener la marcha del sable cuando está a medio camino, cortando la manzana, para no cortar también la mano del ayudante. La dificultad de esta prueba consiste en la exactitud matemática que se necesita para dejar precisamente la manzana cortada, pero unida en su parte inferior, la que está en contacto con la mano, por el pellejo, lo único que queda sin cortar para que no corra peligro la mano del ayudante. Este ha de tener también en este caso mucha serenidad y estar muy ejercitado en el acto, pues la menor vacilación podría costarle cara.

Partir un cabrito por la mitad, de un sólo golpe, es una hazaña no poco difícil. Para ella empleo siempre la misma espada que para cortar la barra, y un golpe vigoroso con la espada hacia abajo. Si el golpe está bien



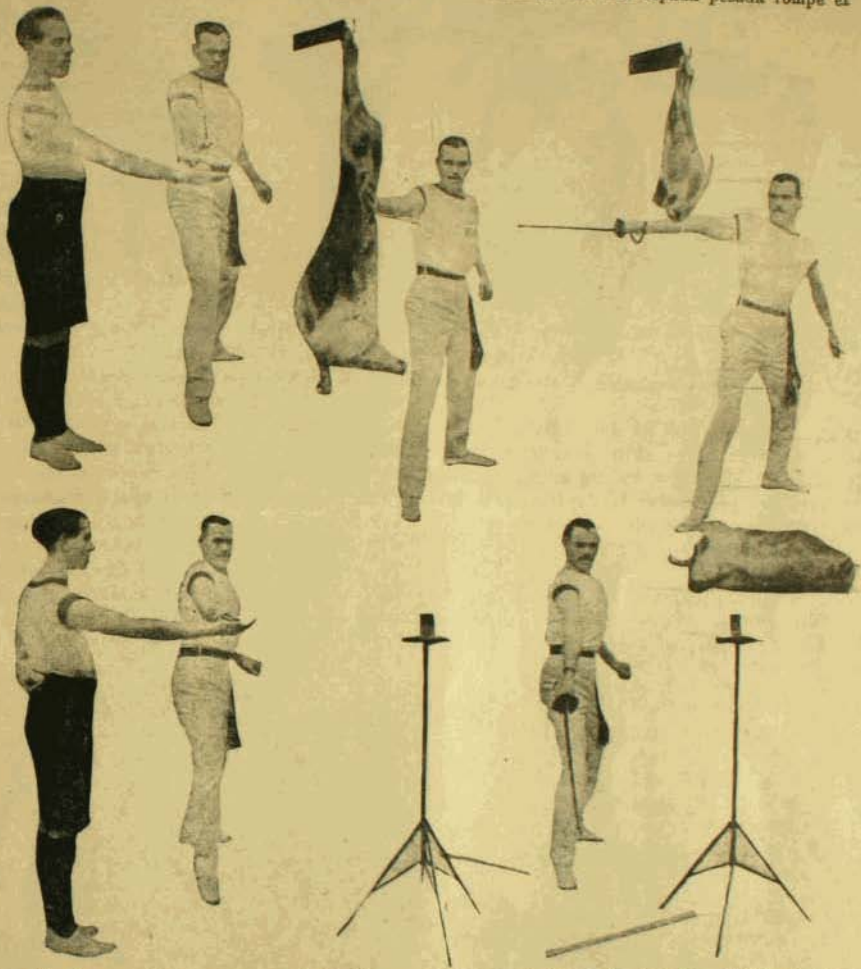


Un golpe vigoroso, rápido, directo, hacia atrás o hacia adelante basta para cortar la barra.

dado, queda el carnero dividido con la mismo perfección que pudiera hacerlo un carnicero.

Suelo encontrar generalmente algo de incredulidad en el público, cuando se trata de partir un palo de escoba ordinario, puesto en equilibrio entre dos vasos de agua completamente llenos y rebosando, sin que se derrame de ellos ni una sola gota. El hecho es, sin embargo, completamente exacto. Se ponen los dos vasos de agua cada uno sobre un trípode; se llenan del todo y se coloca sobre ellos en equilibrio el palo de escoba. Un golpe dado hacia abajo con una espada pesada rompe el palo, pero el agua no se derrama ni una sola gota.

Este mismo experimento, hecho colocando el palo sobre los hombres de dos ayudantes, demuestra que, efectivamente, no hay peligro ninguno de que el agua se derrame, puesto



1. y 2. Para partir una manzana en la mano...

1. Partir un cabrito por la mitad de un solo golpe.—2. Se ponen sendos vasos de agua, cada uno sobre un trípode...



Este mismo experimento colocando el palo sobre los hombros de dos ayudantes...

que en la piel de los ayudantes no se nota después del golpe ni la más ligera marca. Sólo hay que tomar, en este último caso, una prudente precaución: la de taparse la cara con la mano para que en caso de que salte alguna astilla no les hiera el rostro, al rebotar del suelo.

Mi última proeza no es, por cierto, la menos importante: la de cortar una manzana sobre el cuello de mi ayudante, estando yo con los ojos vendados. He aquí cómo me valgo para el caso. Después que ya estoy vendado, un segundo ayudante me coloca la espada a pocas pulgadas de la manzana. Por este sólo detalle yo calculo la distancia y doy el golpe, partiendo la manzana y cuidando de no ejecutar al mismo tiempo a mi ayudante. Todo es cuestión de tino, pulso, habilidad y sobre todo práctica, mucha práctica.

R.



Estando con los ojos vendados...

El Escultor David Soto

Por

MARIANO LATORRE

Con ilustraciones fotográficas

A pesar de su juventud, goza David Soto de una envidiable reputación entre los escultores chilenos. Lentamente, ha ido afirmando su personalidad, a fuerza de estudio paciente, de dedicación extraordinaria, de verdadera vocación; todo esto resultado lógico de un exhuberante temperamento de escultor. Soto es un modernista, entendiéndose por tal un espíritu sincero que no se deja influenciar por modelos preconcebidos ni por doctrinas inmanentes.

Pertenece a esa escuela que, aprovechándose ingeniosamente de todo el tesoro de experiencia de la estatuaria clásica, desprecia un tanto la burilada línea académica para comunicarle al mármol la eterna vida del espíritu.

Sus maestros, si algunos ha tenido en su naciente vida artística, han sido y son los escultores latinos, Rodin y Meunier, amplio y filosófico el primero, atormentado por el deseo de plasmar en el mármol el pensamiento de una época, poético y delicado el segundo en la representación simbólica de las figuras populares de su tierra flamenca; y por sobre ellos, el maestro único, Miguel Angel, fuente inagotable de forma y de sentimiento, verdadera selva de arte donde los escultores de todos los tiempos encontrarán siempre una semilla desconocida, que se escapó a la minuciosa rebusca de muchas generaciones de artistas.

Con tan equilibrado temperamento, no es extraño que Soto dé cada día un paso más seguro en la conquista de su arte. Así, hay un abismo entre su busto del pintor Bertrix, tomando en cuenta el retrato de Prández y algunos otros bocetos, y su última obra, el busto de nuestro gran historiador don Crescente Errázuriz, de una sorprendente realidad y de sobrio y vigoroso dibujo. Este yeso, de tamaño natural, revela, a mi entender, las cualidades nativas de Soto, su amor por la figura, la intensa meditación del espíritu del modelo, que se desborda en los detalles de la modelación sin que nunca predomine sobre la vida interior la frialdad correcta de un dibujo impecable.



Busto del poeta Prández Saldías.

Soto sueña con un viaje a Europa, un viaje de arte como el de Goethe a Italia. Su temperamento inquieto, en constante vibración artística, desea la paz, pletórica de ensueño, de la Roma clásica: allí cerca de Donatello, Benvenuto y Miguel Angel, su espíritu recibirá un benéfico baño de belleza serena, prístina, el alma griega poetizada al pasar a través del cielo del Lacio. Esa vida de museo, alejada de influencias de taller, suministrará



Busto del Pbo. don Crescente Erráxuriz.



Evocación.—El escultor David Soto.

escultor un conjunto de preceptos preciosos que ninguna escuela ni ningún maestro pueden dar, ampliando su visión artística, serenando sus bizarrías, cortando las malezas de estériles audacias.

Entonces no más comprenderá su natural inexperiencia que, sin ese tesoro de meditación y de conocimiento de sí mismo, no vale la pena hacer arte o que un arte hecho en esa forma, aun aceptando un verdadero temperamento artístico, es como lanzarse al espacio desde lo alto de una torre con un par de alas de cóndor amarradas a los hombros.



EL PINTOR Y EL POETA



"Pinos en Mallorca", cuadro de Santiago Rusiñol

Fué Mallorca, la isla áurea, quien dió toda la pompa fastuosa y lánguida de sus jardines a Santiago Rusiñol. La pintó en los comienzos inéditos; la pinta en los finales gloriosos de su arte. Y al ritmo de sus líneas y de sus colores, iba el otro ritmo magnífico del más alto y el más profundo de todos los poetas de nuestra época; Rubén Darío.

"La isla es florida y llena de encanto; en [todas partes
hay un aire propicio para todas las artes.
En Polliensa ha pintado Santiago Rusiñol
cosas de flor, de luz y de seda de sol".

La Cartuja de Valldemosa en que Aurora Dupín escribiera un libro y sorbiera la vida melancólica y fatalizada de Chopín, la pintó Rusiñol y la habitó Rubén Darío en los días neblinosos de desconsuelo. Aquella otra mansión señorial del archiduque austriaco que recientemente emprendió el viaje sin retorno, fué también inspiración para el pintor y aquietamiento para el poeta.

Por último, hallaron también la pluma y el pincel el mismo pretexto de belleza en los pinos. Pinos mediterráneos que crecen frente a la extensión azul y trazan sobre el aire los movibles motivos decorativos de sus troncos y sus copas. Rusiñol los pintó y Darío los ha cantado.

"Cuando en mis errantes pasos peregrinos,
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los pinos,
los pinos amados de mi corazón.
Amados por tristes, por blandos, por bellos,
por su aroma, aroma de una inmensa flor,
por su aire de monjes, sus largos cabellos,
sus savias, ruidos y nidos de amor.

Pasará el tiempo. Se renovarán los seres y las cosas. Tal vez donde hoy, libres y altivos, se alzan estos pinos que ofrecen al cielo su áspero aroma, levanten una fábrica que desmelene en la paz sideral los crespones del humo de sus chimeneas. Los pinos ya no existirán entonces, y la obra del poeta y la del pintor subsistirán aún. En la sala de un Museo aguardará el cuadro la mirada emocionada, y una tarde de otoño, alguien abrirá el libro y la música del poeta le cantará en el corazón y le encristalará de lágrimas las pupilas...

S. L.



DOCTOR DON MARIANO ARAMBURO

Un gran amigo de Chile

EL Dr. MARIANO ARAMBURO

Por

TITO V. LIZONI

Los últimos canjes de Cuba nos han traído las gratas nuevas de los ruidosos éxitos alcanzados por el Dr. Mariano Aramburo con sus recientes obras jurídicas y filosóficas y de su entrada a la vida activa de la política, oponiéndose, en los comicios electorales, a un sillón representativo en el Congreso Nacional de su patria.

De todos los extranjeros que han pasado por nuestras playas, seguramente muy pocos lograron acumular en su alma más cariño y mayor número de bien probadas simpatías por esta República, que aquel espíritu extraordinario, pleno de sentimientos generosos, que fuera el primer representante diplomático que acreditara ante nuestra Cancillería la Perla de las Antillas. "No poco esfuerzo de voluntad me ha costado renunciar, me dijo en una de sus cartas, a la vida en Chile, a cuyo noble país me sentiré siempre fuertemente unido por imborrables afectos..." "Donde quiera que esté, y siempre, vivirá fresco en mi alma el recuerdo de estos afectos reparadores..."

Es por esta razón fundamental, aparte de otras muchas, que el nombre de ese notable pensador vive entre nosotros, con la aureola de sus mejores tiempos.

Arribó a esta metrópoli en 1909, a consagrar de lleno, en el servicio patrio, todo su acervo intelectual, que adquiriera sólidamente después de dilatados estudios y de hondos y no interrumpidos esfuerzos.

Fué en España donde su personalidad adquirió todo el relieve que más tarde debía llevarlo a las más elevadas cumbres de la cultura hispana. En Madrid alternó y triunfó entre los príncipes de la literatura y del saber, y en el Ateneo su palabra fué oída en medio del frenesí de los aplausos, para prestigiar y enaltecer cuanto hiciera relación con la América latina. En ese cenáculo coronó de flores y de laureles los emblemas de su tierra nativa y la figura poética más genial que haya visto la luz en el mundo de Colón. El nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda quedó, desde entonces, engarzado, en forma definitiva, a la corona literaria de la Madre Patria, como una gloria de la raza y de la lengua.

Elocuente vocero de los ideales de aquella Isla incomparable, fué, durante su larga estada en España, su heraldo, el defensor de sus derechos y el adalid de sus aspiraciones. Su pluma no tuvo reposo, y al propio tiempo que patrocinaba los anhelos de libertad de la índica región donde naciera, sabía hacer a España el elogio de su obra civilizadora durante las épocas de su dominio sobre estos pueblos, que hoy son progresistas y avanzadas Repúblicas.

La labor de entonces tuvo proyecciones continentales, y preocupó profundamente a los hombres de Gobierno y a la opinión española. Dictó una serie de conferencias sobre temas americanos y analizó los más transcendentales problemas de la vida internacional de estos países y los relativos a aquellos, de carácter constitucional, que podían ser medios para la adaptación científica de reformas liberales en los regímenes imperantes en estas naciones. Así penetró en el fondo del sistema parlamentario, de las cuestiones agrarias y de inmigración.

Declarada la Independencia y reconocida la República en Cuba, el Dr. Aramburo corre hacia ella a ofrecerle el contingente de su esfuerzo y su sabiduría. La sirve en las aulas, en la magistratura y en la diplomacia. Es juez de 1.a instancia y Ministro de la Audiencia, catedrático de Derecho, árbitro internacional en asuntos de dificultades extremas y, por último, Ministro Plenipotenciario.

Al par que desempeñaba aquellos elevados cargos, su espíritu no permanecía en quietud. Con un furor incomparable daba a la luz pública, en artículos de prensa, en piezas oratorias o en libros, el fruto de sus profundas meditaciones sobre asuntos internaciona-

les o de utilidad manifiesta para el bien de su país.

De este modo, a la vez que hacía obra patriótica, educando o señalando rumbos, servía a sus ideales y cumplía con su consigna de pensador. Para él, después de la patria, están los intereses de la raza: la América Latina y España son una familia, una entidad única, un alma sola.

Como una tregua a esa tarea pesada y continua, aceptó en 1909 la Plenipotencia en Chile, que desempeñara hasta abril de 1913. Llegó a este país precedido de la reputación más sólida con que a él haya arribado diplomático alguno. Se sabía de sus triunfos, y sus libros habían sido ya estudiados por eruditos chilenos. Su obra sobre las **Causas que determinan, modifican y extinguen la capacidad civil** era objeto de una crítica honda e investigadora en las cátedras de Derecho de nuestra Universidad, en donde no se ignoraba que ese minucioso análisis de la personalidad jurídica era considerado como lo más completo que se había escrito sobre ese particular en América. Canalejas y Azcárate habíanlo consagrado en ocasiones memorables, y un eminente tratadista manifestádose así sobre ella: "Es una obra de altos vuelos, reveladora de una suma considerable de conocimientos nada comunes, y fruto de meditadas y detenidas investigaciones. En ella encontrará el filósofo serenidad y rectitud de juicio, el jurisconsulto interpretación acertadísima y desapasionada de las leyes, y hasta el médico legista hallará elevadas doctrinas que explican la naturaleza jurídica del nacimiento y la influencia que, en el ejercicio de la capacidad de derecho, producen los estados morbosos y las alteraciones de la normalidad fisiológica."

Así mismo se conocían sus **Impresiones y Juicios** y sus **Monógrafos Oratorios**, libros éstos que lo presentaban a la consideración pública como un coloso de la literatura, un orador de alta elocuencia y un filósofo reposado y sereno. En ambos el autor había penetrado certeramente en el corazón de temas cuyo estudio interesaba a estadistas e intelectuales de este país. **El progreso en el siglo XX, El sentimiento del Derecho, El arte y Elogio de Colón** son páginas inolvidables de esos **Monógrafos** y están escritas en forma avasalladora y sentida.

Este bagaje fué la credencial de más valía para el diplomático que, a la vez que representaba al Gobierno de su patria, era el más autorizado embajador de su intelectualidad y de su cultura.

En Chile trabajó mucho. No hubo materia relacionada con su ciencia que su espíritu de observación no la abarcara; y a medida que iba penetrando en todos los órdenes de vida de este país, él sacaba deducciones en beneficio del suyo. De esta manera ahondó nuestro modo de ser político bajo todas sus fases, con sus ventajas y defectos, nuestras riquezas, las características de nuestra raza, nuestro porvenir, y de todo ello hacía informes acabados y cariñosos, indiscutibles obras de arte, que enviaba a su Gobierno como aporte al progreso de las instituciones de la nueva República.

El Dr. Aramburo huyó en esta urbe santiaguina de la vida de la apariencia y de la ostentación y de las bulliciosas vanidades, para dedicarse a algo más útil y práctico y más pródigo en satisfacciones íntimas: a la meditación y al saber. Su nombre, posiblemente, resonó pocas veces en los grandes salones; pero, en cambio, se le aclamó a él y a su patria en las Universidades, en los centros científicos y en las aulas de conferencias.

Gran parte de los estudios que realizó en Chile forman los nutridos prolegómenos de su obra **Doctrinas jurídicas**, de reciente aparición, que ha sido recibida por la crítica continental con los más francos elogios. En ella profundiza, entre otros importantes temas, el matrimonio y el divorcio, cuestiones que tanto agitan en estos momentos a los hombres públicos y escritores de este país, y llega a conclusiones que merecen ser meditadas por jurisconsultos y legisladores.

De los distintos capítulos de este libro, los que se refieren a la intervención de los Estados Unidos en Cuba, bajo el punto de vista del Tratado de París y de los principios del Derecho Internacional sobre la soberanía de las naciones, al sufragio electoral, al gobierno local y a la inmunidad parlamentaria, constituyen, en mi concepto, monografías estupendas, en que se han agotado las respectivas materias hasta donde es posible, y en las cuales hay tal lujo de claridad y de fácil exposición, que no se exagera al considerarlos verdaderos **chef d'oeuvres.**

En **Doctrinas jurídicas** hay mucho que aprender. Allí su exquisito autor vació, puede

decirse, gran parte de las observaciones que recogió en sus viajes a través de la América. Chile ha sido, quizas, una de sus mejores fuentes de observación, por ser éste un país bien constituído, tierra de libertad y en donde el Derecho Político ha sido motivo de largas y profundas evoluciones.

Aún no se apagaban los aplausos que los escritores políticos tributaron a **Doctrinas jurídicas**, cuando el incansable pensador entrega a los sabios del Derecho y a los legisladores de su país un último libro: **Bases para el Código Civil Cubano**, el primero en su género en la Isla de Martí y tendiente a colaborar, a la obra que realizará un Congreso Jurídico, que se debe reunir en breve, en estudio de ese cuerpo de disposiciones legislativas.

Esas **Bases** contienen casi un plan completo de legislación civil, llamando la atención varias, que señalan innovaciones radicales, no contempladas hasta hoy por legislación alguna, tales son, por ejemplo: la restricción de la capacidad civil por causa de decrepitud, el régimen de tutela y la prodigalidad.

Entre las tesis de mayor trascendencia, desarrolladas con esta obra, porque tiende a resolver uno de los problemas más difíciles de nuestra época, figura la relativa al trabajo, en que presenta la solución de la mayoría de las dificultades que a diario presentan los intereses encontrados de patrones y obreros, y señala como puntos capitales de esos principios el amparo de la niñez y del sexo femenino, el establecimiento de la jornada máxima, del salario mínimo y de la indemnización por accidente o enfermedad.

Hay en esas **Bases** tanto esfuerzo sintetizado y tanta uniformidad de doctrina, clara y sencillamente expuesta, que se puede decir, sin pecar de exagerado, que, a pesar de las pocas páginas que ese libro contiene, importa él una de las obras más meditadas y de más alta significación, que haya producido el talentoso espíritu y la extensa cultura del insigne escritor cubano.

Tal es, a la rápida, la labor que tan notable artífice ha realizado en estos últimos tiempos, labor admirable en que se aunan la voluntad serena, el saber, el sano criterio y los nobles y desinteresados pensamientos.



Señora Laura Cazotte de Antúnez



OTROS TIEMPOS

Recibo tu álbum, mi querida Laura,
y tu nombre al leer,
siento a tiempos lejanos y felices
mi espíritu volver;

Aquellos tiempos en que tú eras niña,
te hacía miedo el bu,
y para los amigos de la casa
te llamabas Lulú.

En esas dulces horas de familia
me siento revivir,
vuelvo a jugar contigo y tus hermanas
y a saltar y a reír.

Y te veo creciendo año por año
con ellas a la par,
formando con la madre más amante
el más plácido hogar.

Más de una vez recuerdo que mirando
tus labios sonreír,
yo presentí lo que es tu vida ahora,
brillante porvenir.

Fuiste luego una linda señorita
adorno del salón,
y muy luego también a un digno joven
le diste el corazón.

Y fuiste esposa y madre, siempre llena
de hermosura y bondad,
hasta llegar a ser brillante joya
de la alta sociedad.

Hoy eres gran señora y, sin embargo
de lo que hoy eres tú,
para mi afecto, mi querida Laura,
eres siempre Lulú.

LUIS RODRIGUEZ Y VELASCO.

Santiago, 9 de diciembre de 1887.

¡ADIOS!

Vais a partir, señora,
y un recuerdo pedís al alma mía:
¡Quién me diera las perlas y las flores
que hoy faltan a mi mente entristecida!
¿Qué flores, ni qué perlas
puede daros quien tiene la desdicha
de vivir entre amargas decepciones,
sin hallar un consuelo en esta vida?
Partís y en esa nave,
que cruzará las olas fugitivas,
nada os recordará que en estas playas
hay quien se acuerde de *la noble amiga*.
Flotando en el abismo,
cuando paséis por las desnudas islas,
saldrán a contemplaros las sirenas
para volver al mar, muertas de envidia.
Y vuestro buen amigo
de pie en la playa solitaria y fría,
y arrasados en lágrimas los ojos
os mirará partir desde la orilla.
Y ¿será largo el viaje?...
¿Quién lo puede decir a la partida?...
Pero entonces... ¡Adiós! que ya me quedan
para el eterno viaje breves días.
Si al volver, mi señora,
no recibís muy pronto mi visita...
enviad a mi tumba unas violetas,
que hayan estado en vuestra sien prendidas.
La amistad es afecto
que el corazón y el alma nos entibian,
y de los muertos en la frente azota
con incesante afán helada brisa.
Enviadlas, señora,
como habéis sido, sed toda la vida:
los muertos agradecen las ofrendas;
flores del alma nunca se marchitan.

A. VALDERRAMA.

Septiembre 1887.

A LA SEÑORA DOÑA LAURA CAZOTTE DE ANTUNEZ

El de un pueblo soberano
lleva en mano
la augusta Plenipotencia;
pero a vos os dió natura,
más sublime investidura,
dotándoos de hermosura
que excede a toda Excelencia.

Su fuerza, y él no lo ignora,
sois, señora;
que a veces la diplomacia
se estrecha en Corte malquista,
mas no habrá quien os resista,
si emprendéis vos la Conquista,
que vuestro *golpe es de gracia!*

Pero hay otro dulce imperio,
Cautiverio
de las almas voluntario!
Las cariñosas, las buenas
atan así con cadenas
de rosas y de azucenas.
Yo soy vuestro presidario!

CARLOS MORLA VICUÑA.

París, agosto 12 de 1888.

Recuerdo haberle dicho a mi madre, cuando yo era un niño, que alrededor de algunos seres presentía auras luminosas.

Más tarde, en el transcurso de la vida, he sentido nuevamente esta curiosa sensación de mi infancia y he seguido imaginando, en torno de ciertas almas privilegiadas, un resplandor maravilloso, que les abría paso a través de las multitudes!

La señora Laura Cazotte de Antúnez tenía la virtud sublime de los astros: irradiaba luz!

Desde su primera juventud, en el palacio solariego de su ilustre abuelo, el Conde de Quinta Alegre, ubicado donde hoy se encuentra el Portal Alcalde, pudo ya su naciente hermosura hacer brotar la inspiración de los poetas.

Quién no conoce los armoniosos versos que le dedica Luis Rodríguez Velasco en homenaje a sus quince años resplandecientes?

Transcurrida esta primera época de agasajos y halagos contrajo matrimonio, el año 68, con el distinguido caballero don Carlos Antúnez, que había alcanzado, además de su brillante posición social, una espectante situación política.

Empezó entonces para la aristocrática dama una nueva éra de triunfos.

Sus magníficos salones han sido durante años el punto de reunión de cuanto tenía de ilustre y distinguido la sociedad chilena.

En ellos se daban cita los grandes hombres de la época y más de un acuerdo de transcendencia fué concertado en ese ambiente amable de cultura y distinción.

Ahí tuvo lugar el baile memorable ofrecido a don José Manuel Balmaceda con motivo de su proclamación como candidato a la Presidencia y fué también ese hogar la casa hospitalaria de los ilustres extranjeros que visitaban el país.

No hay viejo diplomático que no recuerde con emoción intensa los rojos brocatos, los regios candelabros luminosos, todo ese cúmulo de arte refinado en medio del cual la silueta maravillosamente bella se reflejaba en el cristal de los grandes espejos.

Tenía ella el don incomparable de saber ser altiva sin ser soberbia, tenía el atractivo raro que nace de la belleza unida a una sencillez de reina y al alzarse en los salones iluminados esos pesados cortinajes de rico terciopelo era su aparición magnífica, deslumbradora y, no obstante, cautivadora y tierna.

Los huerfanitos, las madres desoladas, toda esa humanidad que sufre, no olvidarán esa visión del angel, que detenía con mano blanca las lágrimas en las mejillas...

Oh! sí, antaño, cuando mi madre acariciando mis cabellos, con voz amiga y suave empezaba el relato de una leyenda, donde había reinas, de esas reinas encastilladas que hablan con las hadas blancas como la nieve, hermosas como el sol, caritativas y santas, en mi pensar de niño yo me decía: así deben ser todas, así como ella!

Más tarde le cupo dar a conocer en Europa, como esposa del Ministro de Chile en Francia, la gracia y distinción de la mujer chilena.

En la Legación regiamente instalada en la rue "Pierre Charron", abrió nuevamente sus salones para dar acogida a la numerosa concurrencia que acudía atraída por su belleza y talento.

Madame Carnot, con quien la ligó una estrecha amistad, contaba que le había interesado

sobremanera una virtud extraordinaria, característica en ella: la de saber penetrar intensamente en toda alma ajena.

Tenía espíritu de niño ante los niños, volvía a la primera juventud ante una joven y si era necesario, lograba envejecer su alma y sus ideas para armonizar con la anciana que acudía en su busca.

La vida se deslizaba para ella en medio de un murmullo de admiración.

Llamó poderosamente la atención en el célebre baile de fantasía que ofreció a la sociedad parisiense el multimillonario Chernuzci, donde la señora Cazotte de Antúnez hizo su aparición en traje de María Antonieta.

En esos días tenían lugar numerosos festejos en honor del Rey de Grecia, que visitaba oficialmente al Presidente Carnot.

Su Majestad, deslumbrado ante la radiosa hermosura de la esposa del representante chileno, solicitó ser presentado a ella para manifestarle personalmente su admiración.

De regreso a Santiago, don Carlos Antúnez fué llamado a desempeñar un rol importante en las labores del Gobierno.

Nadie ha olvidado las grandes fiestas y los primeros cotillones bailados en Chile en casa de la señora Cazotte de Antúnez con motivo del estreno en sociedad de sus interesantes hijas.

Los años han huido en el vendaval del tiempo y tras las horas de luz, siguiendo el desfile, han llegado las horas grises.

Con el alma acongojada, inclinando la frente, penetré un día al aposento santo embalsamado de aromas de rosas y violetas.

En la sombra, convulsivamente, busqué su adorada imagen...

Dormía en un lecho de flores...

Al contemplar su rostro exangüe, hermoso y plácido ante la muerte, al ver su cabellera deshecha sobre su alba frente y al mirar sus manos finas de mármol, que oprimían con infinito amor un negro crucifijo, pensé en que debían haber traído todas las rosas blancas y las orquídeas del universo.

Y luego, sacudido por una emoción intensa, me arrodillé en las tinieblas y, de lo más recóndito de mi alma, de ese sitio sacrosanto, que sólo atesora lo infinitamente bueno que poseemos, brotó la más hermosa de las plegarias, aquella que todos conocemos, aquella que en sus pesares murmuran a un tiempo los niños y los viejos, y que empieza así: Dios te salve María...!

M.





Canal Balmaceda.

De Bogota a la Patagonia y a la Tierra del Fuego

Por

R. REYES

(CONTINUACION)

Ha habido erróneas apreciaciones relativas a que esta nueva vía perjudique al tráfico que se hace por el Estrecho y a los pueblos del Atlántico de la América del Sur; consideramos, que en lugar de lesionar sus actuales intereses los favorecerá intensamente en lo futuro, porque es axioma universal que toda nueva vía de comunicación ya sea terrestre, fluvial o marítima—siempre que no sean antagónicas—es favorable a las ya existentes porque crea nuevos valiosos intereses; es prueba evidente de esta afirmación lo que actualmente pasa con los fletes marítimos en el Pacífico: cuando se interrumpió el servicio del Canal por los derrumbes de Culebra subieron los fletes progresiva y extraordinariamente, al publicarse que estaba restablecido el servicio, han bajado en iguales proporciones.

En los últimos seis años nos hemos dedicado a recorrer y estudiar diferentes países del globo con el objeto de comparar sus recursos e intereses en relación con el Canal de Panamá; de avaluar las riquezas y posibilidades de cada país y de apreciar las de los pueblos del Pacífico. De ese estudio, que hemos procurado hacer lo mejor posible, hemos sacado la convicción de que el Canal se ha abierto providencialmente—los hombres y las naciones actuamos, sin saberlo, en obedecimiento a leyes divinas—en momentos en que la Humanidad necesita de la América del Sur. Igual cosa aconteció con el descubrimiento de la América, en donde los desheredados del viejo mundo han encontrado no sólo hospitalidad sino bienestar y riqueza; de que el exceso de población y de riqueza de los Estados Unidos y las víctimas de la actual guerra europea, pasarán fácilmente por ese Canal a explotar las inmensas re-

giones, muchas desconocidas y otras vírgenes de esta América, las que por las dificultades de comunicación marítima y terrestre han estado, como hace un siglo estaban las de la América del Norte y las de las costas del Atlántico de la del Sur. Movidos por esta convicción es que hemos trabajado en ayudar a que se establezca una poderosa línea de vapores modernos, rápidos y confortables, que, partiendo de España, toque en la Habana, Cartagena (Colombia), Colón y Panamá; Buenaventura (Colombia), Guayaquil, el Callao, Arica para Bolivia y Valparaíso, en donde se enlazaría con las que hacen el servicio del Estrecho, tocando en San Antonio, Talcahuano, Coronel, Valdivia, Puerto Montt y Punta Arenas, y Buenos Aires. Hemos indicados que esa línea de vapores lleve bandera española, aprovechando la neutralidad de este país y los actuales momentos que se ofrecen a las naciones de la América Ibera, a causa de la guerra europea, para unirse íntimamente por medio de ella y formar una respetable y sólida agrupación humana de más de 100 millones de individuos, de la misma religión, de la misma lengua y de iguales generosos ideales. Con tal fin hicimos hace un año una excursión en automóvil, por España y ahora la continuaremos hasta la Patagonia. En dichas conferencias y en la que dimos en Concepción (Chile) y en los artículos que hemos escrito en diarios de los Estados Unidos, de España y de la América Latina, hemos expuesto las ventajas que reportará el establecimiento inmediato de dichas líneas de vapores a este Continente y a España.



Casa Comercial José Menéndez.—Punta Arenas.

DE PANAMA A LIMA

Nos embarcamos en el vapor peruano "Huallaga" en el cual iban unos 30 americanos, miembros del Congreso Evangelista que se inauguró en Panamá. Navegamos por el tranquilo golfo de este nombre contemplando a nuestra derecha las pintorescas islas de Flamenco y de Taboga, en la cual en 1885 embarcamos unos pocos barriles de agua, ocupada por el enemigo, para nuestros sedientos soldados, y la naciente ciudad de Balboa, comparable a las de Norte América y dejando a nuestra izquierda las costas del Cauca, cuna de nuestra esposa y nuestros hijos y segunda amada patria chica nuestra. ¡Con cuánto placer la habríamos visitado en este viaje!!!...

Buenaventura.—Es el puerto del Cauca, a 30 horas de Panamá. De allí parte un ferrocarril a través de bellísimas selvas tropicales, que va al valle del Cauca. Actualmente se trabaja por unir este ferrocarril con el de Girardot; cuando esto suceda se podrá ir en 30 horas de Buenaventura a Bogotá. Entonces los turistas podrán hacer cómodamente una de las excursiones más interesantes de la América tropical y los hombres de negocios emprender la explotación de las variadas riquezas que encierra Colombia.

Tumaco.—A pocas horas de navegación de Buenaventura. Es una bellísima isla, de clima muy sano que produce magníficas frutas y tiene un importante comercio en los ríos Mira, límite entre el Ecuador y Colombia, y en el Patia y Telembí por los cuales, se comunica, en dos días, por vapores de poco calado con la ciudad de Barbacoas, notable por sus ricas minas de oro de aluvión, en las cuales se han encontrado depósitos de este metal en grandes cantidades, como el de la mina de Cargazón, que pesó dos quintales; con frecuencia se encuentran depósitos de varios kilógramos; esta región está llamada a ser, cuando se explote, con maquinarias y medios apropiados, un nuevo Transvaal. De Barbacoas se va a Pasto en cuatro días por un buen camino de herradura. Tumaco es el puerto del departamento Colombiano de Nariño.

Esmeraldas.—Puerto del Ecuador que sirve a la provincia de su nombre, es notable por la buena calidad del tabaco que allí se cultiva.

Guayaquil.—A tres días de Panamá. Es el puerto principal del Ecuador y está sobre la ribera del río Guayas, de donde parte un ferrocarril por el cual se va en 40 horas a Quito, capital del Ecuador, a través de extensas y valiosas plantaciones de cacao y de las nevadas cimas del imponente Chimborazo. Actualmente se está saneando esta ciudad, que es de gran comercio y riqueza y pronto habrán desaparecido de allí las enfermedades infecciosas, como ha sucedido en Río de Janeiro y en La Habana. Una excursión a Quito será de grande interés para el turismo.

Paita.—Puerto peruano, en donde hay ricas salinas, que proveen al Cauca y grandes depósitos de petróleo, están situados sobre la costa y en activa explotación. Hasta allí llega la hermosa flora tropical y es reemplazada por un desierto de arena gris, en el cual no hay ninguna vegetación, ni se oyen,

ni se ven pájaros silvestres y solamente los marítimos, que producen el guano; esta misma soledad continúa por millares de kilómetros hasta Coquimbo. Paralelas al mar se elevan montañas bajas que separan éste de la Cordillera de los Andes y en medio de las dos hay valles de gran fertilidad, en donde se cultiva: el mejor algodón del mundo, caña de azúcar y todos los productos tropicales, que llegan a la costa por ferrocarriles seccionales y se depositan en grandes lanchones para transportarlos a bordo de los vapores, para su exportación: al recorrer con la mirada el horizonte tan árido y desolado, como el de Sahara y al considerar aquella abundancia y bondad de frutos, uno no sabe cómo explicarse, de dónde provengan. El notable ingeniero peruano Coronel Zegarra, quien trabajó con la compañía francesa en el canal de Panamá, hace años que trabaja heroicamente, acompañado por nuestro compatriota Marulanda, quien estuvo con nosotros en la hoya Amazónica, por unir a Paita, por medio de un ferrocarril, con uno de los afluentes navegables del río Amazonas; es este señor un gran luchador, de la clase de los Conquistadores; a pesar de los años y de los malos climas de las selvas orientales, no desmaya y continúa gastando su dinero y sus energías por servir a su patria y hacerla grande por medio de este ferrocarril, que indudablemente abriría a la inmigración humana los ricos y vírgenes territorios del alto Amazonas.

Salaverry.—Eten, etc.—Estos son puertos peruanos de iguales condiciones que el anterior por donde se exporta en grandes cantidades el azúcar y otros productos tropicales; el algodón ha tomado últimamente un grande incremento. Toda esta costa del Perú, cuyas tierras son sumamente feraces pero improductivas, por carecer de agua, serán centros agrícolas de gran valor, cuando de las nevadas cimas de los Andes se establezca en ellos el regadío; lo que sucederá, cuando la población y la riqueza sean suficientes para pagar los elevados gastos de estas valiosas obras.

Antes de llegar al Callao, el 22 de febrero, celebraron los 40 norte-americanos, señoras y caballeros que viajaban en el "Huallaga" el aniversario de Wáshington. Invitaron a los otros pasajeros a concurrir al salón, a oír una conferencia del profesor Browning relativa a Wáshington, a Bolívar y a San Martín. Presidió la conferencia el obispo Kinsolving, jefe de las misiones del Río Grande del Sur, quien en elocuentes palabras tributó justo homenaje a la memoria de Wáshington y excitó al Gobierno y pueblo de los Estados Unidos a que se inspiraran en aquel espíritu de verdad, de justicia y de respeto al derecho en sus relaciones con los pueblos latinos americanos; manifestó que Bolívar y San Martín fueron dignos discípulos de Wáshington. Presentó al doctor Browning a quien dió la palabra. Este leyó una notable conferencia de historia, en relación con los tres próceres de la Independencia de las dos Américas leyó un capítulo del escritor don Ricardo Palma en el que se ataca a Bolívar y se describen las iniquidades de los españoles y



Fondo del Canal Eberhard.



Temporal.—Bahía de Punta Arenas.

el atraso en que estaba el Perú al proclamarse la Independencia, y se sostiene que en la Inquisición de Lima se martirizaba a las brujas y a los que no eran cristianos. Tales inexactitudes y tan sangrientos e injustos cargos nos obligaron a pedir la palabra a dicho obispo, con quien nos habíamos encontrado en 1913 en las selvas del río Uruguay cuando hicimos la excursión de Río de Janeiro al Río de la Plata. Rectificamos los conceptos y cargos que se habían hecho contra Bolívar, contra España y contra el mismo Perú, haciendo presente que los Autos de fe y los castigos de la Inquisición, tuvieron lugar muchos años antes de la Independencia; que el mismo Mr. Roosevelt, en un discurso que pronunció en San Francisco de California, declaró que aquellos actos no tenían carácter religioso sino político y que la actuación de España y de sus hombres notables en el mundo, había sido constantemente de civilización y de progreso. Tuvimos la satisfacción de ser aplaudidos por los norteamericanos. Terminamos diciendo que "Cuando en Filadelfia 1876 se celebró el Centenario de la Independencia de los Estados Unidos asistimos a él acompañando al Gran don Pedro II, Emperador del Brasil. En esa fiesta se exhibía un inmenso mapa de los Estados Unidos, en dos secciones: "1776.—Tres millones de colones ingleses en trece colonias" y en el otro lado había el actual mapa de los Estados Unidos con esta leyenda: "1876.—Cuarenta millones de hombres libres dominando de Oceáno a Oceáno en cuarenta Estados soberanos!!!" La América Ibera al celebrar hace pocos años el centenario de su independencia pudo exhibir un mapa semejante con esta leyendo: "1810.—Sesenta millones de hombres libres en diecinueve naciones soberanas e independientes, dominando el Continente, que es el porvenir de la Humanidad en el siglo XX".

El espíritu de Wáshington ha hecho la grandeza de vuestro país sed leales y fieles a él; no os dejéis invadir ni dominar por el imperialismo ciego y brutal. Respetad los derechos y autonomía de los latino-americanos, cuyos generosos ideales os servirán para combatir a Mammon, quien puede acabar por ahogaros; consideradnos como a vuestros iguales, nunca como a vuestros inferiores y así podremos marchar unidos ibero-americanos y anglo-sajones, en pie de igualdad, trabajando por la paz, por la justicia y por la verdad, que es la civilización cristiana, y trabajar en favor del progreso a fin de que prospere y perdure la obra de Wáshington, de Franklin, de Bolívar, de San Martín, de Artigas, de don Pedro II, de O'Higgins, de Marti, de Hidalgo y de Díaz".

El Callao.—"El Huallaga" soltó anclas en este hermoso puerto, que dista seis días de navegación de Panamá, y está a viente minutos de la bella ciudad de Lima; es el mejor de estas costas, tiene extensos muelles y hermosos edificios.

Vinieron a recibirnos a bordo nuestros amigos el Ministro de Colombia don Eduardo de Restrepo Sáenz y el Cónsul de Colombia señor Gómez Barrera y en representación de nuestro amigo don José Pardo, Presidente del Perú, el señor Cisneros, jefe del Protocolo y el señor Velarde, Prefecto del Callao, con quienes nos trasladamos a la ciudad.

Lima.—La ciudad de los reyes, la capital del gran Virreynato del Perú, que abarcaba medio Continente, la señorial Lima, está edificada en las orillas del río Rimac; conserva todavía el sello aristocrático y hospitalario, que le imprimieran los virreyes, los obispos y los grandes de España, que con sus familias, atraídos de la península por las fabulosas riquezas del Perú, la habitaron durante la conquista. Su hermosa y rica catedral, la más bella de todo el Continente, sus edificios públicos; las casas de recreo de Miraflores, el Barranco, Chorrillos, etc., así como las casas particulares de la ciudad, entre las cuales descuella la antigua y famosa de Torre-Tagle—muestra elocuente de la riqueza de aquellos tiempos,—hacen sentir al viajero que pisa la ciudad, que con México, fueron las dos más notables del Imperio colonial de España, en donde no se ponía el sol; tuvo razón Humbold de llamarlas "las ciudades de los palacios". La hospitalidad de sus habitantes y su delicada cultura, son, con justicia, proverbiales; nosotros tuvimos la prueba por las atenciones que recibimos de nuestros amigos los señores don José y don Felipe Pardo Barrera y sus familias; don Manuel Alvarez Calderón y la suya; don Enrique de Riva Agüero y señora; don José Payán y familia, el coronel Fuentes, el doctor Javier Prado y multitud de personas distinguidas, quienes nos honraron con sus visitas.

El doctor Javier Prado, hijo del Presidente general Prado, nos obsequió con una fiesta en su casa palacio para mostrarnos su notabilísimo museo de antigüedades pre-incaicas y para presentarnos a las personalidades de la ciudad. Este museo, merece, por lo que se relaciona con la historia, una mención espe-

cial, aunque sea ligera. Lo componen abundantísimas y variadas colecciones de telas de finos tejidos y de vivos colores, que las actuales elegantes podrían usar como lujo; objetos de menaje; instrumentos musicales, en la cerámica vasos, útiles de cocina, y de forma de animales y de seres humanos. A estos instrumentos se les hacía dar la voz de los animales que representaban poniéndoles agua adentro e imprimiéndoles un cierto movimiento; momias de reyes y de personas ilustres, envueltas en riquísimas telas de tan notable forma y en tan buen estado, como las egipcias; para nosotros fué una verdadera revelación este museo y nos hizo recordar los que recientemente vimos en el Cairo y las antigüedades del alto Nilo. Fueron descubiertos hace poco tiempo y son de una civilización muchos siglos anterior a la de los Incas. Cuando se haga un estudio científico de ellos, se comparen con los egipcios, asirios y etruscos, etc., y cuando se descubran otros objetos más, seguramente se reconocerá que en América hubo una civilización tan adelantada como aquella, anterior a la de los Aztecas y a la de los Incas. La historia deberá al doctor Javier Prado el inmenso y valioso concurso que le presta con este museo, que revela grande inteligencia, constante labor y generosidad por las ingentes sumas que ha gastado. Al visitar la famosa casa colonial Torre-Tagle, recordamos lo que el Excmo. señor Pardo nos había dicho, de sus deseos que el Estado la adquiera y que en ella se estableciera el Museo Prado.

Permanecimos una semana en Lima, durante el Carnaval, fiesta popular, en la que durante tres días se suspenden todos los negocios y hasta la vida social y es peligroso salir a la calle porque de los balcones y de las ventanas lanzan al transeunte vasijas de agua fría y en las calles le pintan el rostro de color; durante ella visitamos el notable museo, la Escuela de Agricultura, el hermoso Jardín Zoológico y las bellas estaciones balnearias de Chorrillos, Miraflores, el Barranco y la Punta. El tiempo era magnífico, la atmósfera templada, lo que, agregado a la hospitalidad y cultura de los limeños, nos hacía pensar, que fué allí en donde el gran Bolívar, el padre de cinco Repúblicas, pasó los únicos días felices de su tormentosa vida y nos explicamos la razón por qué el extranjero que tiene la fortuna de visitar esta ciudad, se separa con pesar de ella y forma el propósito de regresar.

Nuestros amigos nos obsequiaron con una excursión a visitar el ferrocarril de la Oroya, y las poblaciones de tránsito. Nuestro hijo Enrique la describió así, en el "El Comercio":

"El ferrocarril en medio de las nubes.— Este es el nombre que un notable viajero noruego, Adolfo Bierk, dió al de la Oroya.

Consideradas las colosales y abruptas montañas que atraviesa, la época en que se construyó, cuando la ingeniería y los explosivos no tenían el actual perfeccionamiento, no es exagerado calificar esta obra portentosa, como la primera en su clase. Recorre 222 kilómetros desde el Callao a la Oroya, siguiendo las márgenes del río Rimac. Tiene las siguientes altitudes sobre el nivel del mar: Callao 8 pies; Santa Clara 1,311; Chosica 2,800; San Bartolomé 4,959; Surco 6,660; Matucana 7,788; Tamboraque 9,826; San Mateo 10,534; Río Blanco 11,306; Catapalca 13,606; Ticlio 15,665; Yauli 13,420 y Oroya 12,178.

"Este ferrocarril se unirá con los ríos navegables del oriente; del Amazonas y sus afluentes, y entonces se revelará al mundo esa magnífica red de más de 20,000 kilómetros de aguas navegables por vapor, extendida por Dios sobre el territorio de la América del Sur.

"La obra gigantesca que describimos, tiene treinta túneles, entre ellos el de la Cima con 1,173 mtros de longitud. Los ferrocarriles de Girardot a Bogotá y de Buenaventura al Valle del Cauca, en Colombia, siguen en atrevimiento a éste.

"Ayer, segúndo día de Carnaval, en que la bella Lima se entrega durante tres días a una frenética expansión, amigos personales del general Reyes, lo obsequiaron con un espléndido paseo, al cual invitaron a más de cuarenta distinguidas personas, entre las cuales se encontraban: Monseñor Angel Scapardini, delegado de Su Santidad; el señor Ministro de España don Andrés López de Vega Muñoz y su señora; el Ministro de Colombia señor Eduardo de Restrepo Sáenz, su señora doña Elvira del Corral y sus señoritas hijas Elvira y Ana; el señor Ministro de la Argentina don Carlos de Estrada y su señora doña Rosario y sus hijas las señorita María, Teresa, Clara y Adela; la señora colombiana doña Teresa Becerra de Handley, hija del insigne escritor bogotano don Ricardo Becerra; el señor José Gutiérrez Guerra, eminente hombre público de Bolivia y sus señoritas hermanas María Luisa y Margarita Gutiérrez; el señor don Carlos O. Bunge y el señor V. C. Stubbs, delegado y secretario al Congreso Científico de Wáshington; el señor Carlos Benedetti y su señorita hermana Noemí;



Tipos de indios civilizados.—Tierra del Fuego.

el señor René Guillemard; el señor C. Diaz Granados; el señor Fernando Lound. Entre el elemento peruano estaba el señor coronel don Benjamín Puente y su señorita hija Rosa, el señor Enrique Carrillo, el señor Carlos Holguín y su señorita hermana María y varias otras personas.

Presidía esta hermosa fiesta el señor coronel don Benjamín Puente. El convoy partió de Lima, a las 8 y media de la mañana, y en Chosica, bella estación de verano, tomó a varias de las personas nombradas, que pasaban allí esta estación.

"A pesar de que muchos de los concurrentes se veían por vez primera con el general Reyes y entre sí, se estableció inmediatamente entre todos franca y efusiva cordialidad. Era una reunión en que estaba representada la familia ibero-americana, contagiada con la alegría del Carnaval, el que se celebró en marcha con aguas aromáticas y profusión de flores.

"Además del lujoso carro Pullman iba otro que servía de comedor en el que se nos dió un magnífico almuerzo; en la mesa, lucían las banderas de España y de los países de América allí representados; era una fiesta de la familia ibera en las majestuosas faldas de los Andes, que los férreos Conquistadores hollaron con sus plantas. Hoy los descendientes de éstos se unen con la patria madre para trabajar por la paz, la civilización y el engrandecimiento del Continente descubierto y colonizado por aquella; para que la humanidad tenga en él amplio y generoso abrigo, en los momentos en que parece haber sonado la hora fatal del principio de la liquidación de la cultura europea.

El tren se detuvo en Matucana en donde saludamos con respeto al monumento del heróico almirante Grau.

"A orillas del Rimac, oyendo su estrepitosa voz, al estrellarse entre rocas, y en medio de dos murallas gigantescas y graníticas, casi perpendiculares, de miles de metros de altura, tuvo lugar el banquete en el cual reinó entusiasta expansión. Después de él continuó su marcha el tren por aquellos empinados y abruptos riscos; se nos antojaba contemplar la visión apocalíptica de San Juan, en que anunció el ferrocarril con los caballos de fuego, avasallando el espacio, atravesando abismos, penetrando en las entrañas rocallosas de la tierra, salvando las cataratas y los ríos, de todo lo cual viene a ser un trasunto el asombroso puente de Verruga, lanzado de la cima de una montaña a la de otra, por sobre un abismo de 200 metros de ancho por otros tantos de profundidad (en el fondo de este abismo se vé el esqueleto de la locomotora y carros precipitados allí en fatídico momento) llegando al nido de los cóndores y desafiando a éstos en su vuelo. ¡¡¡Magnífico y único espectáculo que atraerá siempre al turismo universal, y que deja en el alma del espectador, imperecedero recuerdo!!!!



Lavaderos de oro. Sistema antiguo.—Tierra del Fuego.

"La expansión y la alegría del espíritu ibero-americanos, no decrecieron durante toda la excursión, más bien aumentaba momento tras momento. A las 9 P. M. estábamos de regreso de Chosica, en cuyo hotel se sirvió confortable mesa. A la 1 de la mañana saltamos del tren en Lima, llevando imperecedero recuerdo de la exquisita cultura limeña y de este Carnaval celebrado en medio de las nubes y en el nido de los cóndores".

Lima, 7 de marzo de 1916.—Enrique Reyes y Angulo."

CAPITULO IV

DEL CALLAO A VALPARAISO

Nos embarcamos en el cómodo y bien servido vapor chileno "Aysen" de la Compañía Sud-Americana. Esta navegación se hace teniendo constantemente a la vista las costas arenosas y desiertas, cuyo aspecto impresionan de tal manera, que los pasajeros huyen del lado del buque, de donde aquella se vé.

Tocamos en el puerto de Mollendo que sirve al comercio de Arequipa y que servía al de la Paz, antes de que se construyera el ferrocarril de Arica. Los puertos más notables de este litoral son:

Arica.—Este es el puerto chileno por donde se hace el comercio de Bolivia. De allí parte el ferrocarril de Oruro, que atraviesa las inmensas pampas arenosas y salitreras y por el cual en pocas horas se va a la ciudad de la Paz, de donde se visitan fácilmente las ruinas del Cuzco y el lago Titicaca. Esta es una excursión muy interesante para el turismo. De la orilla del mar se levanta imponente el histórico Morro de 260 metros de altura cortado a tajo, de donde el heróico coronel peruano Bolognesi se lanzó al mar a caballo cuando los soldados chilenos se tomaron esa fortaleza, en 1880, escalándola, para lo cual tuvieron que hacer uso de sus bayonetas para hacer hoyos en que apoyarse y así coronar la altura, desde la cual los defensores les arro-

jaban metralla y piedra. ¡¡Lástima que tan sublime valor, digno de los conquistadores, se empleara en la matanza de pueblos hermanos!

Iquique.—Importante ciudad de 50,000 habitantes, llamada la capital del Norte de Chile es el centro de la valiosísima industria salitrera. Luego siguen los puertos de Pisagua, Taltal, Tocopilla, Caldera, Chañaral, Carrizal Bajo, Huasco, notable por sus frutas y pasas.—Coquimbo, capital de la provincia de este nombre, está unida a la importante ciudad de La Serena por un ferrocarril de 14 kilómetros y a 320 kilómetros de Valparaíso.

Valparaíso—Este es el puerto principal en el Pacífico de la América del Sur. Con el Canal de Panamá llegará a tener tanta importancia como San Francisco. Actualmente se está terminando el gran muelle, en donde podrán atracar en tranquilas aguas los barcos de mayor calado. La ciudad está situada en las faldas de una serie de colinas, que describen un semicírculo y le dan el aspecto de vasto y hermoso anfiteatro. En tiempo de la dominación incaica, era una playa desierta que los indígenas llamaban Alimapu o Quintil. Su actual nombre se lo dió Juan de Saavedra, teniente de Almagro, natural del caserío de Valparaíso en las cercanías de Sevilla; este nombre le fué confirmado por auto de 3 de noviembre de 1544 por don Pedro de Valdivia. Es una de las ciudades que mayores y más frecuentes desgracias ha sufrido; en diciembre de 1578 fué tomada y saqueada por el corsario inglés Francisco Drake; en 1595 el corsario Hawkins repitió el saqueo; en 1600 hizo lo mismo el corsario holandés Van Noord y en 1615 fué atacada por el corsario Spillbergen, pero en esta vez los pobladores rechazaron a los piratas. En julio de 1730 un terremoto destruyó la población, la que fué reedificada en mejores condiciones, y en 1795, una Real Cédula, le daba el título de "Muy noble y leal ciudad de Nuestra Señora de las Mercedes de Puerto Claro". Después de la Independencia un decreto Supremo la declaró "Muy Benemérita y esclarecida" por los grandes servicios que había prestado en la guerra confederada de Chile, Perú y Bolivia. En 1888 un gran estanque situado en el alto de los cerros de la población, conocido con el nombre de "Tranquemenas", rompió unos poderosos diques y se precipitó en cataratas de muerte sobre gran parte de la ciudad, causándole enormes estragos. En 1906 un terremoto arrasó una vez más a media población causando la muerte de millares de sus habitantes y la pérdida de muchos millones de pesos. Actualmente la ciudad ha resurgido con grande intensidad y sus edificios pueden compararse a los de las ciudades modernas más notables. La ciudad está dividida en cuatro secciones: Puerto, Almendral, Barón y Cerros.

Del departamento de Valparaíso forma parte el grupo de islas "Juan Fernández", a una de las cuales fué arrojado el náufrago inglés Alejandro Selkirk, en donde permaneció enteramente sólo durante cuatro años, fué inmortalizado por el célebre novelista inglés Defoex, haciéndolo el héroe de su romance Róbinson Crusoe; hoy sirven estas islas de Colonia Penal. En la cima de una de las colinas, por donde pasa la antigua carretera, se levanta un monumento a O'Higgins, en donde se dice, que cuando despachó los buques en la guerra de la Independencia dijo:—"De esas pocas tablas depende la suerte de la Patria".

El vapor "Aysen", en el que hicimos el viaje desde el Callao soltó anclas en este puerto. Vinieron a bordo a encontrarnos nuestros amigos don Salvador Izquierdo y su familia, don Roberto Lyon, don Manuel Marchant, don Tomás Eastman, don Arturo Ross y el Cónsul de Colombia don Rafael Torres y don Julio Isaacs, hermano del autor de "María". En Coquimbo habíamos tenido el placer de abrazar a nuestro hijo Pedro y a nuestro amigo don Raúl Izquierdo Matte.

DE VALPARAISO A PUERTO MONTT

Continuamos viaje a Santiago. A siete kilómetros de Valparaíso está la elegante playa de Viña del Mar, el Biarritz de Chile, comparable a los de Europa; tiene magníficos edificios particulares y públicos; una hermosa playa que en el verano presenta el aspecto de los balnearios de aquel continente, a donde acuden no sólo los chilenos sino los de las repúblicas del Plata; hay un gran hipódromo en donde se efectúan carreras y entre ellas el Derby de Chile con un premio de £ 1,000; éstas son tan famosas como el balneario. El nombre de la ciudad se debe a una viña que se encontraba a orillas del mar, en un sitio completamente despoblado; el ingeniero francés Frezier, quien levantó los planos de esa costa en 1713, le dejó el mismo nombre. Cuando en 1856 el ferrocarril unió a Santiago con Valparaíso, y se principió a formar la población, la que progresó rápi-



Lavaderos de oro. Sistema moderno. (Draga N.o 1. Río Verde).—Tierra del Fuego.

damente; en 1874 los propietarios de aquellos terrenos, el señor José Fco. Vergara y su esposa doña Mercedes Alvarez, cedieron gratuitamente los lotes necesarios para plazas, calles y edificios públicos, lo que contribuyó a que el naciente pueblo se convirtiera en la bella ciudad de hoy. Después del último terremoto de 1906 la ciudad recibió un grande desarrollo debido a que muchos ricos habitantes de Valparaíso construyeran sus suntuosas residencias en ella.

La línea recorre terrenos fertilísimos en donde se cultivan viñas y árboles frutales. Hay ricas praderías con ganados de superior calidad; se pasa por las poblaciones de Quilpué, Limache, Quillota y Llai-Llai, en esta última estación se toma el tren que va a los Andes de donde parte el transandino, para la Argentina y en cuyo trayecto se emplean 48 horas a Buenos Aires.

Santiago.—Hace tres años que nos separamos de esta bella y hospitalaria ciudad. Hoy la encontramos progresando y con satis-



Panorama en el Estrecho de Magallanes.

facción pudimos observar la intensa y eficaz actuación de su alcalde, don Ismael Valdés Vergara, quien entonces se ocupaba de hacer mejorar todos sus servicios.

Santiago fué fundado el 12 de febrero de 1541, a orillas del torrentoso río Mapocho, por don Pedro de Valdivia. Ha sido víctima de grandes desastres: el terremoto del 4 de febrero de 1570; el del 13 de mayo de 1647,—el más violento conocido;—el del 15 de marzo de 1657; el del 12 de julio de 1688; el del 8 de julio de 1730; el del 25 de mayo de 1751; el del 13 de abril de 1783; el del 19 de noviembre de 1822 y el de agosto de 1906. Las avenidas del río Mapocho de 1609 y de 1684 arruinaron la mitad de la ciudad. Bajo la presidencia colonial de Garro se construyeron grandes tajamares de cal y piedra para contener el río. Otra avenida en abril de 1748, lo hizo desbordar más allá de los tajamares, destruyéndolos en parte e inundando la ciudad por la antigua Cañada, hoy Alameda de las Delicias. En abril y mayo de 1779 y en julio de 1783 hubo otras grandes avenidas. En 1792 el gobernador don Ambrosio O'Higgins encargó al ingeniero Barandan, que rehiciera los planos de los tajamares que había iniciado el gobernador Garro y que continuara la construcción de ellos. Esta obra la siguió y terminó el ingeniero Tosca en 1804 en una extensión de más de 3 kilómetros; estos tajamares además de ser una defensa de la ciudad, constituyeron por su forma de terraza, uno de los paseos más característicos de la ciudad. En la administración de don Manuel Balmaceda se llevó a cabo la canalización del río, en una extensión de 2 y medio kilómetros, con ancho en su fondo de 40 metros y con murallas de 4 metros de altura.

Santiago.—Esta hermosa ciudad está edificada en el centro de un fértil valle, a orillas del río Mapocho, en uno de los sitios más bellos y pintorescos que se pueden imaginar: el Cerro de Santa Lucía domina la ciudad como atalaya; hay otro cerro llamado San Cristóbal, en cuya cumbre se levanta una gigantesca estatua de la Virgen, que aparece como protectora de la ciudad. Desde sus calles amplias y en las que se han construído elegantes edificios modernos, se ve la imponente Cordillera de los Andes, cubierta de nieve perpetua; sobre esta inmensa mole sobresalen el Aconcagua y el Tupungato. Todos los días, al salir y al ocultarse el sol, se disfruta de un magnífico espectáculo: el astro Rey ilumina con sus rayos las crestas moradas de las montañas, tiñendo con su luz rosada del alba y con sus rojos incendios del crepúsculo, aquella blanca e inmensa coraza de plata; el juego de estos rayos solares hace recordar a una Aurora Boreal; es éste uno de esos grandiosos espectáculos que la naturaleza presenta y cuya descripción es siempre pálida, es uno de los varios cuadros ante los cuales los labios parece que quieren exteriorizar algo misterioso que se eleva hasta Dios. Su clima es uno de los mejores del mundo; es común que la gente viva cien años y que individuos de más de 80 se vean vigorosos y ágiles; la fortaleza, elevada estatura y la hermosura de sus habitantes, es una prueba de la bondad del clima. No se siente en ella el rigor de las estaciones; el invierno, lo mismo que el verano, es más benigno que en iguales latitudes del otro hemisferio; se cree que una de las causas principales para que el rigor de las estaciones; el invierno, lo mis-Humboldt, del Polo Sur, que refresca las costas, y que en el invierno las dos cordilleras, que limitan el valle en que está edificada la ciudad, la abrigan y la protegen contra el frío; además la abundancia de bosques en el sur hace que las heladas sean menos fuertes.

La ciudad cuenta con hermosos edificios públicos: la Catedral, la Moneda, el Palacio del Congreso, el Palacio de Justicia, el Palacio de Bellas Artes. La Avenida de las Delicias, que pasa al pie del Cerro de Santa Lucía y atraviesa la ciudad en un trayecto de varios kilómetros, es una de las más anchas

y hermosas del mundo: a ambos lados tiene amplias calles asfaltadas para el paso de carruajes, al lado de cada una de estas hay un ancho andén para pedestres y en el centro, sombreado por hermosos árboles y adornado con estatuas de hombres ilustres, un espacioso paseo.

El cielo de la ciudad es uno de los más hermosos de la América; durante meses enteros no se ve una nube que cubra el horizonte y la bóveda de azul bellísimo parece que reposara sobre la muralla colosal de las nieves perpetuas de la Cordillera.

Visitamos en compañía de nuestro amigo Sir Francis Stronge, Ministro de S. M. Británica, la Exposición de frutos del país en la Quinta Normal. Vimos allí: manzanas, duraznos, peras y todas las frutas de la zona templada, lo mismo que hortalizas, que nos parecieron de mayor tamaño, de más variadas especies y de mejor calidad que las que habíamos visto en exposiciones de igual clase en Europa y en Norte-América; nos llamó especialmente la atención su tamaño, había zapallos forrajeros, que pesaban 60 kilos; racimos de uva de 5 kilos; al mirar estos frutos, al mismo tiempo que la robustez y fortaleza de los visitantes nacionales que estaban a nuestro lado, dijimos a nuestro compañero: "Esta tierra no sólo ha mejorado las producciones agrícolas, si no también la raza humana".

Llama la atención en Chile la harmonía y cordiales relaciones que se conservan entre los miembros de los más opuestos partidos políticos, obligado fruto de la buena organización de la familia; en la prensa y en el Parlamento se discuten y se debaten con calor los asuntos políticos, anteponiendo a los intereses de partido los de la Patria, la que para el chileno se confunde con la idea de Dios.

Todos los ciudadanos se interesan vivamente por la buena marcha de la administración pública; los puestos en el Parlamento no son remunerados y para obtenerlos, se invierten fuertes sumas de dinero; no existe el caudillaje militar ni político, y hay tal abundancia de hombres capaces para ocupar el solio Presidencial, que en ninguna elección se ha conmovido el país, y es frecuente que los candidatos renuncien en favor del que creen que tengan mayores aptitudes y méritos para ese puesto.

Chile es el único país de las dos Américas que es dueño de los ferrocarriles; esto le permite fomentar su progreso con tarifas bajas y llevar nuevas líneas a las regiones que las necesitan. Está ya terminado el ferrocarril longitudinal, que desde Puerto Montt va hasta los límites norte del país.

Chile es un pueblo esencialmente agrícola y debido a esto seguramente, se han desarrollado y fortificado sus grandes virtudes públicas y privadas. Es un país que está sólidamente constituído, lo que probó en el Centenario de su Independencia, cuando murió el Presidente titular y sin conmoción fué reemplazado, y como lo prueban los cambios ministeriales, quizás demasiado frecuentes, sin que se turbe la paz pública, ni sufra la marcha regular de la administración. Seguramente la experiencia enseñará a los chilenos que la nueva e intensa vida que se abre al país por la apertura del Canal de Panamá, y las nuevas obligaciones y responsabilidades que pesan sobre él, le imponen la necesidad y conveniencia de dar mayor poder al Gobierno.

CAPITULO VI

DE SANTIAGO A PUERTO MONTT

Después de unos pocos días de estadía en Santiago, durante los cuales disfrutamos de la proverbial hospitalidad chilena, nos dirigimos con mi hijo Enrique a visitar el "sur de Chile". Pasamos por las poblaciones de



Canal Beagle.

San Fernando; Rengo (en recuerdo de este valeroso araucano, quien a pie persiguió al gran Villagrán y sus dos compañeros, montados en rápidos caballos); Curicó, capital de la provincia de su nombre, es una importante e industriosa ciudad; Talca, una de las más importantes ciudades de Chile; y Linares, fundada por don Ambrosio O'Higgins en 1794. De allí nos dirigimos al balneario de Panimávida (en araucano significa la Planicie del León). Hay allí aguas notablemente saludables, como las de L'Hopital de Vichy y barro de la calidad del de Dax y Carlsbad, de manera que se pueden hacer simultáneamente las curas de aquellos dos lugares, como lo hicimos nosotros, con gran provecho. Su hotel es amplio, aseado y confortable y si no tiene el lujo y refinamiento modernos, en cambio se lleva en él una vida sencilla, familiar y agradable, con los individuos que por centenares acuden a él: durante nuestra estadía, pudimos confirmar nuestra observación de la solidez de la organización de la familia chilena, cuyas características son: la piedad, la franqueza, la sencillez, la constancia en la amistad y el ardiente amor por su pa-

tria; muy grato nos fué pasar aquella feliz temporada con varias distinguidas familias, las cuales nos colmaron de atenciones, así es que al separarnos para seguir a Puerto Montt, lo hicimos con verdadera pena.

De Panimávida fuimos a Linares a tomar el ferrocarril central, por un seccional de vía estrecha, en el que se gastan tres horas, y nos dirigimos a Concepción. Pasamos por la ciudad de Parral y luego penetramos en las provincias de Maule, de Cauquenes, de Constitución, de Ñuble, de Chillán, en donde existen las termas de ese nombre, que son muy concurridas y a las cuals se va en coche; pasamos por las poblaciones de Cauquenes, Constitución, Chillán, San Carlos y Bulnes, antes de llegar a la importante ciudad de Concepción, la que bien merece el nombre qu se le da de la "Metrópoli del Sur". Está edificada sobre la margen derecha del majestuoso río Bío-Bío y a 18 kilómetros de la desembocadura de éste en el mar. El antiguo sitio de la ciudad fué el puerto de Penco, antes de que fuera destruído por un gran terremoto el 25 de mayo de 1751; la fundó el Presidente Ortiz de Rosas el 8 de diciembre de 1754 y la bautizó "**Concepción de la Madre Santísima de la Luz**". Durante la guerra de los araucanos fué constantemente atacada por éstos; el río Bío-Bío se consideraba como la frontera araucana. Su plano es cuadrangular y sus calles se cruzan en ángulos rectos; llama la atención por su limpieza; en el centro tiene una extensa y hermosa plaza, sombreada por frondosos tilos, que despiden agradable fragancia. En uno de los extremos está la laguna llamada **Las Tres Pascualas**; hay una biblioteca pública con abundancia de buenos libros, Museo provincial y varios establecimientos de educación y de beneficencia; su Seminario es un moderno y espacioso edificio; la ciudad tiene como marco una bella colina cubierta de espesos bosques. Está unida al puerto de Talcahuano por ferrocarril y por tranvía eléctrico, en los que se gastan pocos minutos. Es cuna de gran número de las más honorables familias de Chile. El intendente, señor don Adolfo Brieeño y su familia, y los señores Antonio Aninat, Aurelio Lamas, Sebastián Veales Rigo, Manuel Bunster, Dr. Villa Novoa y Mr. Borrowman, nos dispensaron cariñosa acogida y nos colmaron de atenciones. Con el señor intendente y algunos de ellos visitamos el puerto de Talcahuano, en el que tuvimos el gusto de encontrar a nuestros antiguos amigos, el contralmirante don Froilán González y al almirante don Luis Gómez Carreño, quienes nos hicieron conocer las importantes obras del puerto militar, el que puede considerarse como terminado y es el más importante del Pacífico del Sur, y los puertos de Coronel y de Lota, en donde están los ricos yacimientos de carbón. Recorrimos el suntuoso parque de este nombre y el castillo que está inhabitado; admiramos los variados gigantescos árboles, los jardines, lago, prados y la estatua de Caupolicán. El señor Price, director de las minas de carbón de Lota, nos obsequió un magnífico lunch. En el salón vimos los cuadros que representan a doña Felisa Bravo, quien naufragó en el barco "El joven Daniel", en las costas de Arauco, con sus dos hijos pequeños en 1848; fueron recogidos en la playa por los indios y un cacique la tomó por esposa; se enviaron expediciones armadas a rescatarla y ella se negó a abadonar su nuevo hogar; y otro que representa a Caupolicán atado a unos maderos, en el momento en que lo quemaban y que su esposa se presentó con su tierno hijo en los brazos, se lo arrojó diciéndole: "No quiero tener hijo de un vencido".

Visitamos en las cercanías de Concepción el fundo o hacienda de Marrimán, a orillas del río Bío-Bío, cercano al pueblo de Negrete, que fué destruído por los araucanos y es propiedad de la familia Serrano; uno de sus dueños, don Enrique Serrano y su señora esposa, doña Carmen Veales, nos dieron cariñosa y espléndida hospitalidad; al ver la talla gigantesca de don Enrique y al notar sus maneras caballerosas, le dijimos: "Es Ud. un Lautaro con alma castellana".

El clima y la fertilidad del suelo chileno se aprecian allí en la robustez de los árboles y en la bondad y tamaño de los frutos. Cuando la ola humana venga por el Canal de Panamá y llegue a Concepción, el puerto de Talcahuano se unirá con ésta y formará una gran ciudad con vida propia y será un placer vivir allí, tanto por las buenas condiciones del terreno como por la hospitalidad de sus habitantes. Tuvimos el placer de conocer y tratar al Iltmo. señor Luis Enrique Izquierdo, notable por su piedad, su inteligencia y su ilustración; pertenecen a las primeras familias de Chile, en donde, como en Colombia, es un honor para ellas tener un miembro en el sacerdocio.

A petición de las damas y caballeros dimos una conferencia en Concepción, la que fué publicada en el diario "El Sur".

Dejamos a Concepción y seguimos para Temuco por la orilla derecha del ancho y hermoso río Bío-Bío, contemplando bellos panoramas; la vegetación es muy frondosa; en la



Paisaje en Tierra del Fuego

orilla izquierda del rio se levantan montañuelas cubiertas de corpulentos árboles, por cuyos troncos y ramas trepan los **copihues**, flor nacional chilena, que sólo se produce silvestre en el sur. Atravesamos la provincia de Malleco, cuyas ciudades principales son Angol, Traiguén, Collipulli y Victoria; la de Cautín, en donde están los lagos de Villarrica, el Bude, el Caburgua, el Quechurehué y el Pichilafquén. Es éste el límite austral de la región que habitaban los heróicos araucanos, de los cuales existen todavía algunas aldeas.

Al recorrer este territorio y ver la montaña de Tucapel, en donde los araucanos vencieron y mataron a Valdivia, pensábamos que el turismo tendría un gran atractivo en visitarlo. Recordamos a los valerosos indígenas, comparables por su patriotismo y fortaleza a los Espartanos. Allí los jefes Colocolo, Cayocupil, Pareaba, Elicura, Onculmo, Pethequelem, Lincoya, Tomé, Andalicano etc., tuvieron consejo para concertar la guerra contra Valdivia; allí el viejo Colocolo, el sabio, propuso para dominar las ambiciones de los que querían ser jefes supremos de la campaña, en momento en que se iban a las manos, que fuera designado el que por mayor tiempo pudiera sostener sobre sus hombros y caminando constantemente, un pesadísimo madero; el esforzado Lincoya lo sostuvo por 36 horas, después de que otros se pasearon con él por menos tiempo. Ya se creía que éste fuera el vencedor, cuando apareció el esforzado Caupolicán, quien estaba a dos días de distancia y había sido llamado por Colocolo; tomó el madero con facilidad en sus férreos brazos, lo colocó sobre sus hombros, se paseó con él durante cuarenta horas, y lo arrojó sin que se le notara fatiga; fué aclamado Capitán General. Recordamos al gran Valdivia, Juan de Pudiel, Andrés de Villarroel, Juan de las Peñas, Villagrán, Pedro Olmos de Aguilera, Diego Cano, Pedro de Aguayo, Castañeda, Ruiz, Gonzalo Hernández, etc. etc. Conquistadores de cuerpo y alma férreos, gloria de España y de la raza ibera, quienes luchando uno contra ciento rindieron la vida en Tucapel y en la cuesta de Andalicán. Recordamos al gran Lautaro, genio militar comparable a Alejandro, César y Napoleón, quien había militado al lado de Valdivia y cuando vió derrotados a los suyos en la batalla de Tucapel, pasó a las filas de éstos, los contuvo, los electrizó con su palabra, se puso a su cabeza y convirtió la derrota en triunfo. Pensábamos que los indios Pijaos de Colombia se mostraron tan esforzados como los araucanos, nunca fueron sometidos, y todavía hoy conservan su territorio y su independencia, en Tierra Adentro, en las cercanías de Popayán.

Llegamos a Temuco, en donde fuímos atendidos por el intendente señor don Roberto Meeks, su distinguida señora, hija del general Valdivieso, y su hija María, quien, por su dulzura y gracia, nos hizo recordar a la "María" de Jorge Isaacs. Esta ciudad trae su origen del puesto militar que se fundó allí



Palacio S. Braun de Valenzuela.—Punta Arenas.

en 1881; el plano es de manzanas de 100 metros por lado con anchas calles y avenidas; tiene dos grandes plazas; la domina un cerro cubierto de selvas primitivas, en donde crecen con profusión los **copihues**. Sus campos son fértiles y los bosques contienen ricas maderas. Seguramente, esta población será dentro de poco tiempo una gran ciudad.

En la plaza pudimos ver indios araucanos montados en briosos caballos; se mostraban hábiles jinetes, y jóvenes indias con sus vestidos nacionales, de telas de lana tejidas por ellas mismas, adornadas con largos collares de placas de plata, que ellas fabrican y que les cubre el pecho; el pie desnudo y limpio, la fisonomía inteligente y simpática; el color cobrizo, ojos negros y vivos, de talla mediana. No distante de Temuco residen los indios Boroas, entre los cuales hay varios rubios y mestizos, provenientes de la mezcla con náufragos blancos en las costas de Arauco.

La actual situación de los araucanos es bien triste: su antigua fortaleza ya no existe; el alcohol la ha hecho desaparecer y acabará por extinguirlos; hoy viven sobremanera de la agricultura, en miserables chozas.

En la ciudad tuvimos el gusto de conocer y relacionarnos con un individuo de esta raza, el señor Manuel Manquilef, educado en los colegios de Santiago, de maneras caballerosas, ilustrado y actual profesor del Liceo de Temuco. Ha publicado varios folletos en defensa de los derechos de los araucanos y de su instrucción; ha traducido al araucano textos de enseñanza y versos castellanos; como muestra de aquella lengua, copiamos los siguientes:

"Más no alzarás, pueblo mío,
tus lanzones de colihue,
que desde el lago Llanquihue
llevaste hasta el Bio-Bio:
blandirás con noble brío
contra la ignorancia artera
otra armadura guerrera:

será el libro tu broquel,
el progreso tu corcel,
y el tricolor tu bandera."

Versión mapuche del señor M. Maquilef:

Ayin mapú, doy witralayaimi
Tami rini waiki
Kuiff fenfeketeu
Kuifi fill ple yeyefeteu;
Tufa ula witrampurayaimi,
Tami dunú nenoam,
mi wenu uchewul lonko meu,
papiltun ta chikatun yenu
Ayinkelea witramafimi
Chile che, inchin lleka, chi fantira.

Dejamos a Temuco y nos dirigimos a Valdivia, a través de campos fértiles, abundantes de agua, cubiertos de selvas y en otras partes de praderías, y de sementeras de trigo y otros cereales. Estábamos en la región que ocupa la colonia alemana, la que durante va-



Mina Loreto.—Alrededores de Punta Arenas.

rios años, mediante labor, constancia y energía ha convertido aquellas selvas seculares en ricos y productivos campos, en donde se levantan elegantes "chalets", núcleos de poblaciones y ciudades, que cada día crecen más. La provincia está regada por cinco de los mayores ríos de Chile, que son navegables, especialmente el Valdivia, en cuya margen está la ciudad de este nombre, a 18 kilómetros del puerto de Corral; fácilmente podrían llegar a ella los vapores del mar, profundizando el cauce del río en una pequeña extensión. La ciudad fué fundada en 1552, por don Pedro de Valdivia en una colina, lo que hace que sus calles sean accidentadas; tiene varias fábricas: de cerveza, de refinería de azúcar, de calzado, etc., y un astillero con capacidad para construir barcos de centenares de toneladas.

De la estación del ferrocarril se toma un vaporcito, que lleva los pasajeros a la ciudad; el río es ancho y profundo y sus márgenes están pobladas, en parte por las selvas y en parte por elegantes chalets y fábricas; tuvimos la impresión de que esta ciudad se estaba levantando, como las de las orillas del Hudson, de las del Missisipi y otros de los EE. UU., las que hace 40 años vimos en la situación actual de ésta y hoy cuentan centenas de millares de habitantes: igual cosa pasará a Valdivia. Sus alrededores son muy pintorescos y abundan sitios de paseo, como Angachilla, Estero-Caucau, Canelos, Manzanito, etc., etc.; las excursiones más frecuentes se hacen en vapor por el río y son muy interesantes. El río Calle-Calle se une en sus cercanías con el Valdivia.

Fuimos recibidos y generosamente obsequiados por el señor Intendente, general Félix Urrutia, y su familia; nos dió un espléndido paseo a Corral, que es un hermoso lugar de veraneo; fué fundado en 1645; se divide en Corral alto y Corral bajo; allí existen fuertes españoles que por su solidez son comparables a las murallas de Cartagena de Indias; el principal Castillo de Corral está hacia el Norte y en la costa el de Chorocamayo, más al norte y de trecho en trecho siguen: el de Amargos, en una pequeña ensenada, el de San Carlos y en una punta saliente al mar, el del Inglés. En la bahía hay dos islas: la mayor, llamada del Rey, formada por dos brazos del río, y la de Manzabera, situada en el centro del mismo. Tuvimos la casualidad de ver tres grandes ballenas, que se habían pescado el día antes y que las estaban beneficiando en el ballenero de San Carlos; la más grande de ellas media 40 metros y se calculaba su peso en 140 toneladas; el olor que despedían las montañas de carne, de intestinos, de barbas y de huesos de estos enormes cetáceos, que estaban descuartizando multitud de trabajadores, era tan desagradable y tan penetrante, que de los diez que íbamos en la excursión, sólo pudimos llegar junto a ellos el comandante del puerto, señor capitán Garay, nuestros compatriotas el capitán Julián Uribe y el señor Perea, mi hijo Enrique y yo. Se presuponía que cada una de esas ballenas produciría $ 20.000 chilenos; en cada estación pesca ese ballenero ciento veinte ballenas; en ésta habían ya cocido noventa y dos.

La ciudad de Valdivia tiene un gran porvenir.

Dejamos ésta y atravesamos la provincia de Llanquihue por en medio de montes, de praderías con muy buen ganado vacuno y de inmensas selvas primitivas, en donde los árboles crecen con tal profusión y tan unidos, que se pueden comparar a un trigal; esta es una característica de los bosques del sur de Chile, que los diferencia de los tropicales, en donde crecen de distancia en distancia, y por lo mismo son más corpulentos.

Pasamos por la ciudad de Osorno, centro de la industrial y rica colonia alemana, la que después de muchos años de sufrimientos y de lucha, durante los cuales carecían de comunicaciones terrestres y gastaban cuatro días de esta ciudad a Puerto Montt, hoy ha obte-

nido el obligado resultado de su constancia y laboriosidad y está en gran prosperidad; así es que en Osorno hay varios millonarios y muchos ricos.

Al caer de la tarde llegamos a Puerto Montt; en la estación nos esperaba el gallardo intendente, señor David Maldonado, el comandante militar señor Selles, el comandante marítimo y el señor alcalde de la ciudad: el primero nos manifestó que tenía instrucciones de atendernos y de facilitarnos los medios de conocer esa interesante región, en donde termina lo que se llama "El sur de Chile"; le contestamos que estando el tiempo hermoso, lo que en esta época del año no es común, agradeceríamos poder aprovechar la tarde y hacer una excursión por la costa y por las islas de Guar, Maillén y Tenglo; con muy buena voluntad, que agradecimos, puso a nuestra disposición el vapor "Intendente Rodríguez", que hace el servicio con la provincia de Chiloé y que estaba listo; de la estación nos trasladamos al vapor con los citados señores y nos dirigimos con plena marea—la que allí sube a varios metros—al mar. Al costear la isla de Tenglo el vapor encalló sobre unas rocas; a medida que la marea bajaba, se inclinaba de tal manera que no era posible permanecer de pie y tuvimos que asilarnos todos en un saloncito, en el cual estábamos amontonados; afortunadamente el mar estaba calmado, no corríamos peligro y solamente teníamos que esperar que la marea, que había bajado varios metros cuando encallamos, volviera a su plenitud, lo que sucedió a las doce de la noche; hicimos allí una alegre comida de ostras, huevos, pan, vino, etc., etc. que el obsequioso intendente procuró. Si el mar hubiera estado agitado, probablemente el viejo casco del "Rodríguez" se habría abierto. A la una de la mañana estábamos confortablemente en nuestro hotel.

Al día siguiente regresamos a Santiago y tuvimos el gusto de volver a contemplar el hermoso lago Llanquihue, el mayor de Chile; su superficie es de 740 kilómetros cuadrados; está rodeado de volcanes cubiertos de nieve perpetua, el Osorno, el Puntiagudo, el Carbunco y el Yate, los que con los espesos bosques que crecen en sus orillas, le dan un aspecto más hermoso e imponente que el de los lagos suizos e italianos. Este lago desagua en el mar por el río Maullín, que es una excelente vía fluvial. El lago lo navegan varios vaporcitos. Con el tiempo será este lugar una notable estación veraniega y en las montañas que lo rodean se harán excursiones como en los Alpes.

Nuestra impresión de esta región de Chile es: que es en ella, como zona templada, en donde los emigrantes y colonos extranjeros encuentran mayores halagos y facilidades para establecerse, porque las tierras son de muy buna calidad. (un agricultor noruego nos dijo que en la misma extensión de terreno, obtenía aquí el doble de producto que en su país); los precios de ellas son muy baratos y las maderas que las cubren, pueden dar al colono el dinero necesario para amortizar en pocos años su valor, el de su casa de habitación, útiles y animales de trabajo y alimentación de su familia; es así como se ha hecho la colonización del Oeste de los EE. UU. y como se está haciendo la del Canadá; con la apertura del Canal de Panamá estos valiosos terrenos, hoy incultos y muy poco conocidos, se convertirán en emporios de riqueza y las actuales selvas serán ciudades; en esta obra los laboriosos y atrevidos chilenos, sabrán ocupar el primer lugar, tomando convenientes posiciones, antes que los extranjeros las tomen; en general se ignoran y se desconocen las grandes posibilidades y las riquezas de este gran territorio, que, seguramente, serán mayores, más sólidas y más benéficas que las del salitre. Si ellas han estado como ocultas hasta hoy, por su lejanía del camino de la humanidad, que ha sido el Atlántico, el Canal de Panamá lo ha traído a sus costas



La riqueza del territorio.

y lo ofrece amplia y fácilmente a la explotación del mundo, como sucede con los territorios de Colombia y de los otros países del Pacífico, que hasta hoy han estado, muchos de ellos como en el tiempo de la Conquista.

De Valparaíso a Magallanes

Nos embarcamos en este puerto en el vapor inglés "México". Tocamos en el de Coronel, de donde fuimos a Concepción y allí tuvimos el gusto de reunir a varios caballeros conocidos nuestros en una comida, para presentarles a nuestro amigo don José Menéndez.

Coronel data de 1612, época en que era asiento de una tribu de indios gobernada por un jefe al cual le daban el título de Coronel, de donde tomó este nombre; en 1851 la población adquirió importancia por el descubrimiento y explotación de las minas de carbón de Lota, que están a corta distancia de este lugar, las visitamos y nos parecieron de igual formación y calidad que las que atra-



Sport de invierno.—Punta Arenas.

viesa el ferrocarril de Buenaventura al Valle del Cauca, en Colombia; quizas estas últimas provean en el futuro a los vapores que atraviesen el Canal de Panamá. Las minas producen 600,000 toneladas de carbón por año; están muy bien instaladas y representan una gran riqueza.

Continuamos viaje hacia el sur, teniendo sobre nuestras cabezas, en el Cenit, la hermosa Cruz del Sur. Con el título de "Sous la Croix du Sud" publicó nuestro amigo el Príncipe de Braganza, Gastón D'Orleans, un notable libro en el que hace justicia a las virtudes del hogar sud-americano. Doblamos el Cabo Pilar y penetramos en el Estrecho de Magallanes descubierto por el gran marino Fernando de Magallanes el 1.o de noviembre de 1520, quien, en conmemoración de este día le dió el nombre de "Todos los Santos"; él buscaba un paso para las Indias Orientales, y a pesar de tener sus carabelas carcomidas, de haber perdido algunas de ellas y encontrarse con la tripulación enferma y diezmada por el escorbuto y el hambre, puso la proa a Filipinas, en donde soltó anclas!!! Estos eran los conquistadores. A la entrada del Canal surgen de entre las agitadas olas, como centinelas avanzados, las rocas de los Evangelistas, en donde el Gobierno de Chile ha construído un faro; el acceso a ese lugar es tan difícil, que el ingeniero y los operarios tenían que pasar por un cable de los botes a tierra. Iba como práctico del vapor "México" el negro portugués de Cabo Verde, Gonzalo Correa, empleado que había sido en la pesca de lobos marinos, los de rica piel, del señor Nogueira, quien hizo en esta industria una gran fortuna; nos refirió que la abundancia de lobos era tanta, que en un solo día él había matado 250 y que en una estación beneficiaba hasta 7,000 cueros.

Simpatizamos con el negro portugués, cuya tierra natal conocíamos. Le recordamos cuán agradable era aquel templado clima, lo bello y ardiente de su sol, la hermosura de su vegetación; a medida que le hablábamos, notamos que se enternecía, y cuando le preguntamos si en Cabo Verde había dejado familia y cuántos años hacía que había salido de ahí, nos contestó:

—Tenía yo 15 años cuando el señor Nogueira me trajo a Punta Arenas, hace 35, los que he pasado en la caza de lobos y navegando por estos canales; dejé a mi madre viva, y siempre me acompañan **saudades** de ella y de mi tierra.

Le contestamos: en recuerdo de su madre vamos a recitarle la tiernísima poesía que Casimiro de Abreu, llamado el Lamartine brasilero, compuso a su madre en Lisboa, pocos días antes de morir, a los 22 años de edad. Su padre fué un banquero portugués, que residía en Río de Janeiro, y quien, contrariando las inclinaciones artísticas de su hijo, lo había mandado allí a practicar esta carrera. Hablábamos en portugués:

A Minha Mai

Da patria formosa,
Distante é saudoso,
Chorando é gemendo,
Meus cantos de dor
Eu guardo no peito
O mais verdadeiro
O mais santo amor.
¡¡Minha mai!!

De noite, alta noite,
Quando eu ya dormia,
¿Quem e que meus labios
Dormentes rizaba,
Cual anjo da guardia
Cual sopro de Deus?
¡¡Minha mai!!

No verco, pendente,
Dos ramos floridos,
Em que eu pequenino
Feliz dormitaba.
¿Quem e que ese verco
Com todo cuidado,
Feliz embalaba?
¡¡Minha mai!!

Por iso, eu agora,
Na terra do exilio,
Sentado sosinho
Com a faz nas maos
Souspiro e soulhoso,
por quem, me chamaba.
¡Oh filho querido,
De meu coraçao!
¡¡Minha mai!!

¡¡Feliz o bom filho,
Que pode, contente
Na casa paterna,
De noite e de dia
Gozar as caricias,
Do anjo de amores,
Da estrelha brilhante,
Que na vidan nod guia.
¡¡Uma mai!!

Traducción:

A mi madre

De la Patria hermosa,
distante y tristísimo,
llorando y gimiendo
mis cantos de dolor,
yo guardo en el pecho
el más verdadero
el más santo amor.
¡¡Mi madre!!

De noche, alta noche,
cuando ya dormía,
¿quién es que mis labios
durmientes rizaba,
como Angel de la Guardia
cual soplo de Dios?
¡¡Mi madre!!

En la cuna pendiente,
de los ramos floridos,
en que yo pequeñito,
feliz dormía.
¿Quién es que esa cuna
con todo cuidado
entonando canciones,
feliz remecía?
¡¡Mi madre!!

Por eso yo ahora
en el país del destierro
sentado solito
con la cara en las manos,
suspiro y sollozo,
por quien me llamaba.
¡Oh hijo querido,
de mi corazón!
¡¡Mi madre!!

Feliz el buen hijo,
que puede, contento
en la casa paterna,
de noche y de día
gozar las caricias,
del angel de amores,
de la estrella brillante,
que en la vida nos guía.
¡¡Una madre!!

Preguntamos a Correa si era casado; nos contestó que sí y nos hizo igual pregunta, a la que le contestamos que hacía 16 años éramos viudos. Nos conmovió observar que al recuerdo de su madre y oyendo la poesía brasilera corrían las lágrimas por sus negras mejillas; le recordamos esta popular canción española:

Dos besos guardo en mi pecho,
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí!!

El huracán arreciaba, negros nubarrones flotaban sobre las rocas de los Evangelistas y cubrían la Tierra del Fuego; el vapor se estremecía bruscamente, y en aquellas soledades, en el confín austral de la América, dos hombres, de diferentes razas y educación: el negro Gonzalo y yo, vertíamos una lágrima, al recuerdo del más grande de los amores humanos, el de la madre y el de la esposa, que comprende a la hija, a la hermana, a la amiga y a la mujer en general, y pensábamos que su reconocida fuerza moral, que consiste en la pureza, en la piedad y en la abnegación son las que le dan esta superioridad, que tanto ella como el hombre deben ser celosísimos en conservar y cultivar.

El Estrecho de Magallanes está entre los 52° y 54° Lat. S.; divide la Patagonia de la Tierra del Fuego, la que Magallanes llamó así, debido a las numerosas fogatas de los aborígenes que vió en aquellos lugares. Estos indios son los Onas, de estatura que alcanza a 1 m. 90 ctms.; los Fuligán y los Alakaluf, todos nómadas, que viven de la pesca y pasan la mayor parte del tiempo en sus canoas. Los primeros ocupaban desde el Estrecho al Norte hasta el Canal de Beagle al sur; los segundos entre este Canal y el Cabo de Hornos y los últimos desde el Almirantazgo, el Canal de la Magdalena, hasta el archipiélago de la Gran Madre de Dios, al oeste de la Patagonia Meridional. En la época del descubrimiento eran muy numerosos, hoy casi han desaparecido y sólo existen centenares. Se hacían guerra de exterminio entre las tres tribus, las que no se mezclaban entre sí y eran de diferentes razas, como lo prueban sus respectivas lenguas, totalmetue distintas; damos un ejemplo de algunas palabras:

	Ona	Fuligan	Alakaluf
Hombre..	Chon.....	Kipa.....	Hecaye
Mujer....	Naa.....	Ona.....	Shiparchs
Madre....	Mam.....	Dabi.....	Chaki
Padre....	Haïn.....	Ymú.....	Telechaon
Sol.....	Kré.....	Isum.....	Lain
Luna.....	Krem.....	Anoka....	Kun Nek
Tierra....	Harn.....	Tan.....	Payambi



Un glassier.—Estrecho de Magallanes.



A mi grande y buen amigo el general don Rafael Reyes, como recuerdo de la alta estimación con que lo distingo.—**José Menéndez.** Punta Arenas.

De los Padres Salesianos, que hace más de veinte años establecieron misiones en esta región, oímos la siguiente tradición, que se conserva entre los indios Onas:

"Desde tiempo inmemorial establecieron las mujeres una especie de masonería religiosa, conforme a la cual ellas estaban en constante comunicación con el Espíritu Infernal (no creían en el Celestial). A los hombres los excluían en absoluto del sacerdocio y los amenazaban con terribles penas si infringían sus mandatos o si trataban de penetrar sus misterios.

Los obligaban a hacer todos los servicios domésticos; a cuidar a los niños y a ser sus esclavos. Las sacerdotisas tenían sus reuniones en estricto secreto y tomaban toda precaución a fin de que los hombres no conocieran la superchería de que ran víctimas. Un día un hombre de la tribu logró ocultarse y presenciar una de estas reuniones, en la que las mujeres comentaban el engaño en que mantenían a sus hombres; llamó a los más influyentes de sus compañeros y de esta manera se convencieron éstos del fraude de que eran objeto. El gremio de sacerdotisas era hereditario y se iniciaban en él las jóvenes que habían cumplido 16 años. Los hombres mataron a todas las sacerdotisas e hicieron creer a la tribu que el espíritu infernal los había elegido a ellos para reemplazarlas. Desde entonces sometieron a la mujer a una dura esclavitud y le impusieron el deber de atender no sólo a todos los quehaceres domésticos, sino a los trabajos materiales y a transportar las chozas, el menaje y a los hijos pequeños; tan duras faenas hacen aún hoy que las mujeres pidan a los hombres que tengan varias esposas, para que las ayuden en ellas."

El aspecto de las montañas y de los terrenos de las dos márgenes del Estrecho demuestran que el continente sufrió en épocas pre-históricas un gran cataclismo, seguramente volcánico, como el que debió formar el Estrecho de Bering. Al pasar los Evangelistas, el mar se calma y tiene la apariencia de un gran río como el Amazonas, el Orinoco o el Plata; al norte se extienden selvas y el horizonte está limitado por montañas cubiertas de nieve, mientras que al sur, en la Tierra del Fuego, los terrenos son menos accidentados; en estas aguas y en las de los innumerables canales vagan los restos de los Onas en pequeñas embarcaciones, hambreados, casi desnudos, sufriendo los rigores de estas frígidas soledades; parecen sombras dantescas; son mucho más desgraciados que los salvajes de las regiones tropicales, porque a éstos los calienta el clima y los alimenta la abundancia de caza y de frutas silvestres; a las veces se acercan a los barcos a pedir limosna. Estos séres degenerados pueden compararse a la tribu negra, enana, que Stanley describe en su excursión a través de Africa y a otra que nosotros encontramos en nuestra primera exploración en las selvas amazónicas: esta no tenía domicilio fijo, no construía chozas, ni tenía sementeras; estaba completamente desnuda, sin noción alguna de pudor, recorría las selvas, emigrando de un punto a otro en busca de la caza y de la pesca; su idioma asemajaba la voz de los irracionales, de tal manera que no nos fué posible poner en nuestro alfabeto ninguno de sus sonidos.

(Continuará).

LOS DOS PRIMEROS AÑOS DE LA GUERRA EUROPEA

Observación importante

Habiéndose deslizado algunos errores en la colocación y título de los mapas del artículo "Los dos primeros años de la guerra europea", damos en seguida el orden y colocación que les corresponde:

El mapa de la página 699, corresponde al despliegue alemán contra Francia.

El de la página 700, al avance máximo alemán el 5 de septiembre de 1914.

El de la página 701, la línea formada en Francia en noviembre de 1914, y que, en general, subsiste hasta el presente.

El mapa de la página 695, corresponde al capítulo "La derrota rusa", y el de página 697, a la tercera campaña de Serbia.

La Historia de un Hugonote

(Continuación).

Comminges, con una gracia muy particular, agitó la espada en el aire, y de un solo golpe, arrojó la vaina a veinte pasos. Beville quiso hacer otro tanto; pero la vaina quedó a media hoja, lo que era a la vez una torpeza y un mal presagio. Los dos hermanos sacaron las espadas con menos aparato; pero tiraron también las vainas, que hubieran podido molestarles. Cada cual se volvió delante de su adversario, con la espada en la diestra y el puñal en la siniestra mano. Los cuatro aceros se cruzaron al mismo tiempo.

Por esta maniobra que a la sazón los profesores italianos llamaban *liscio di spada e cavare alla vita*, y que consiste en oponer el acero al flanco, de modo a apartar el arma del adversario, por esa maniobra, repito, Jorge hizo saltar la espada de manos de Beville y le aplicó la punta de la suya contra el pecho; pero, en vez de atravesarlo, bajó fríamente la espada.

—No eres de mi talla —dijo,—basta; no esperes a que me enfade.

Beville palideció al ver la espada de Jorge cerca de su pecho. Algo confuso, le tendió la mano, y clavando ambos las espadas en el suelo, no pensaron ya sino en mirar a los dos principales actores de esta escena.

Mergy era valiente y tenía sangre fría. Entendía bastante la esgrima, y su fuerza corporal excedía con mucho a la de Comminges, que, además, parecía resentirse del cansancio de la noche anterior. Durante buen rato limitóse a parar con suma prudencia, rompiendo el compás cuando Comminges se le acercaba demasiado, y presentándole siempre a la cara la punta de la espada, al tiempo que con el puñal se cubría el pecho. Tan inesperada resistencia irritó a Comminges. Se le vió palidecer. En hombre tan valiente, la palidez no anunciaba sino un exceso de cólera. Redobló furiosamente el ataque. En un quite, levantó con suma destreza la espada de Mergy, y tirándose a fondo con ímpetu, hubiérale traspasado infaliblemente de parte a parte, a no ser por una circunstancia que fué casi un milagro y que desvió el golpe: la punta del arma tropezó con el relicario de oro bruñido, que la hizo resbalar y seguir una dirección un tanto oblicua. En vez de penetrar en el pecho, el arma no hizo más que perforar la piel, y siguiendo una dirección paralela a la quinta costilla, volvió a salir a dos pulgadas de distancia de la primera herida. Antes de que Comminges pudiese retirar su arma, Mergy le dió con el puñal en la cabeza tan violentamente que perdió él mismo el equilibrio y cayó al suelo. Comminges cayó al mismo tiempo sobre él, de tal modo, que los segundos los creyeron muertos a los dos.

Más pronto se puso en pie Mergy, y su primer movimiento fué recoger su espada, que había dejado escapar en la caída. Tenía el rostro cubierto de sangre; y después de enjugárs la con el pañuelo, vió que el puñal había penetrado en el ojo y que su amigo había muerto instantáneamente, pues sin duda el acero le entraría hasta el cerebro.

Mergy miraba ariscamente el cadáver..

—Estás herido, Bernardo—dijo el capitán, corriendo a su hermano.

—¿Herido?—dijo Mergy.

Y sólo entonces notó que tenía ensangrentada la camisa.

—No es nada—dijo el capitán;—la espada ha resbalado.

Secó la sangre con el pañuelo, y pidió el de Beville para acabar el vendaje. Beville dejó caer en la yerba el cuerpo que sujetaba y dió inmediatamente su pañuelo como también el de Comminges, al cual se lo quitó del jubón.

—¡Cáspita! ¡Vaya una puñalada, amigo! ¡Tenéis buen brazo! ¿Qué dirán los señores espadachines de París, si de provincias vienen campeones de vuestra talla? ¿Cuántos duelos habéis tenido ya? Decídmelo por favor.

—¡Ay! — exclamó Mergy.—¡Es este el primero!... Pero, en nombre de Dios, id a socorrer a vuestro amigo.

—¡Pardiez! En la forma en que le habéis dejado, no necesita socorro; el puñal ha entrado en el cerebro, el golpe era tan bueno y tan bien asestado que... Miradle la ceja y la mejilla, en ellas se ha impreso la cazoleta del puñal como un sello en la cera.

A Mergy empezó a temblarle todo el cuer-

po, y gruesas lágrimas le corrían una tras otra por las mejillas.

Beville recogió la daga, y miró atentamente la sangre que llenaba sus canales.

—He aquí una herramienta a la que debe un buen cirio el hermano de Comminges. Este hermoso puñal le hace heredero de una cuantiosa fortuna.

—Vámonos... Llévame de aquí...—dijo Mergy con voz apagada, cogiendo del brazo a su hermano.

—No te aflijas—dijo Jorge, ayudándole a ponerse el jubón.—Después de todo, ese hombre que ha muerto no es digno de que se le eche de menos.

—¡Pobre Comminges!—exclamó Beville.—¡Y pensar que te ha matado un joven que se bate por primera vez, a ti, que te has batido más de cien veces! ¡Pobre Comminges!

Este fué el final de su oración fúnebre.

Y dirigiendo una postrer mirada a su amigo, Beville vió el reloj que el difunto llevaba al cuello, según el uso de la época.

—¡Pardiez!—exclamó.—¡Ya no necesitas saber la hora que es!

Desató el reloj y se lo metió en el bolsillo, pensando que el hermano de Commingis sería ya bastante rico, y que él quería conservar un recuerdo de su amigo.

Cuando los dos hermanos iban a marcharse, les gritó poniéndose el jubón a toda prisa:

—¡Esperadme! ¡Eh! ¡Señor de Mergy, que os dejáis el puñal! Cuando menos, no lo perdáis.

Secó la hoja con la camisa del muerto, y corrió a reunirse con el joven tirador.

Magia blanca

Pasaron hombres armados de alabardas. Eran los soldados de la ronda, de los cuales había siempre una patrulla en las inmediaciones del Pré-aux-Clercs para poder entrometerse en las querellas que constantemente se ventilaban en aquel terreno clásico de los duelos. Según su costumbre, habían avanzado muy lentamente, y de manera a no llegar hasta que todo estuviera concluído. En efecto, sus tantivas para restablecer la paz eran frecuentemente mal recibidas; y más de una vez se había visto a enemigos encarnizados suspender un duelo a muerte para cargar de concierto contra los soldados que intentaban separarlos. Por esto las funciones de dicha guarda se limitaban generalmente a socorrer a los heridos o bien a retirar los muertos. Esta vez los arqueros no tenían más que este último deber que cumplir, y lo cumplieron según su costumbre, es decir, después de haber vaciado cuidadosamente los bolsillos del desdichado Commingis y de haberse repartido sus vestidos.

—Querido amigo—dijo Beville a Mergy,—os aconsejo que os hagáis llevar lo más secretamente posible a casa de maese Ambrosio Paré, que es un hombre admirable para coser heridas y arreglar un miembro roto. Aunque tan hereje como el mismo Calvino, es tal su reputación de saber, que los más fervorosos católicos acuden a él. Hasta ahora, la única que ha querido morir valientemente antes que deber la vida a un hugonote, es la marquesa de Boissières. Por eso apostaría yo diez pistolas a que está en el paraíso.

—La herida no es nada—dijo Jorge;—dentro de tres días estará cerrada. Pero Comminges tiene parientes en París, y me temo que tomen a pecho su muerte.

—¡Ah! Sí, tiene una madre que por conveniencia se creerá obligada a procesar a nuestro amigo. ¡Bah! Haz que el señor de Chatillón pida su indulto, y el rey se lo concederá al momento: el rey es como blanda cera en manos del Almirante.

—Desearía, si fuese posible—dijo entonces Mergy con voz débil,—que el Almirante no supiera una palabra de lo ocurrido.

—¿Por qué? ¿Creéis que ese anciano de barba gris se enfadaría por saber de qué manera tan bizarra acaba de despachar un protestante a un católico?

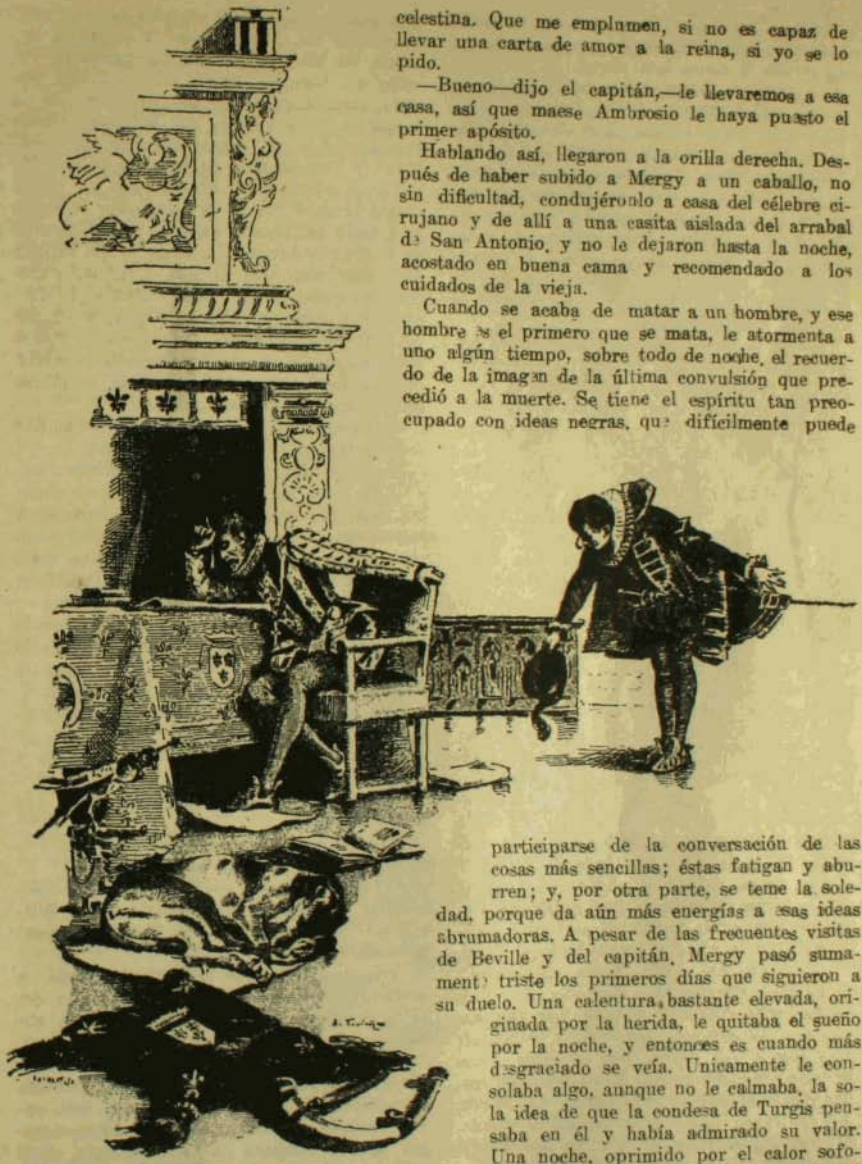
Mergy respondió con un profundo suspiro.

—Comminges era harto conocido en la corte; así es que su *muerte será sonada*—dijo el capitán.—Pero tú has cumplido tu deber de caballero, y en todo esto no hay nada que no sea honroso para ti. Hace mucho tiempo que no he visitado al viejo Chatillón, y he aquí una ocasión de reanudar mis relaciones con él.

—Como siempre es desagradable pasar algunas horas bajo los cerrojos de la justicia—prosiguió Beville,—voy a llevar á tu hermano a una casa en donde no intentarán buscarle. Allí estará muy tranquilo en tanto que se arregla su asunto; pues no sé si siendo hereje podrían recibirlo en un convento.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento, caballero—dijo Mergy;—mas no puedo aceptarlo. Podría comprometeros si lo hiciera.

Nada de eso, nada. Además, siempre se debe hacer algo por los amigos. La casa en donde os alojaré pertenece a un primo mío, que no se halla ahora en París. La casa



celestina. Que me emplumen, si no es capaz de llevar una carta de amor a la reina, si yo se lo pido.

—Bueno—dijo el capitán,—le llevaremos a esa casa, así que maese Ambrosio le haya puesto el primer apósito.

Hablando así, llegaron a la orilla derecha. Después de haber subido a Mergy a un caballo, no sin dificultad, condujéronlo a casa del célebre cirujano y de allí a una casita aislada del arrabal de San Antonio, y no le dejaron hasta la noche, acostado en buena cama y recomendado a los cuidados de la vieja.

Cuando se acaba de matar a un hombre, y ese hombre es el primero que se mata, le atormenta a uno algún tiempo, sobre todo de noche, el recuerdo de la imagen de la última convulsión que precedió a la muerte. Se tiene el espíritu tan preocupado con ideas negras, que difícilmente puede participarse de la conversación de las cosas más sencillas; éstas fatigan y aburren; y, por otra parte, se teme la soledad, porque da aún más energías a esas ideas abrumadoras. A pesar de las frecuentes visitas de Beville y del capitán, Mergy pasó sumamente triste los primeros días que siguieron a su duelo. Una calentura, bastante elevada, originada por la herida, le quitaba el sueño por la noche, y entonces es cuando más desgraciado se veía. Unicamente le consolaba algo, aunque no le calmaba, la sola idea de que la condesa de Turgis pensaba en él y había admirado su valor.

Una noche, oprimido por el calor sofocante (era el mes de julio), quiso salir del cuarto para pasearse y respirar el aire por un jardín plantado de árboles, en cuyo centro estaba situada la casa. Echóse una capa por los hombros y quiso salir; pero vió que la puerta de su habitación estaba cerrada

está a mi disposición. Y hasta hay en ella alguien a quien he permitido vivir allí y que os cuidará: es una vieja muy útil a la juventud y que me es muy fiel. Entiende de medicina, de magia, de astronomía. ¡Qué no hace ella! Pero su mayor talento es el de

con llave por fuera. Creyó que eso no podía ser sino una equivocación de la vieja que le servía, y como ésta dormía lejos de él, y a aquellas horas debía estar roncando, juzgó completamente inútil llamarla. Además, su ventana estaba poco elevada; abajo, la tierra era blanda, por haber sido movida recientemente. En un instante se halló en el jardín. El cielo estaba encapotado; no se veía ni una sola estrella, y de cuando en cuando soplaba alguna ráfaga de viento, aunque escasa, por la cálida y pesada atmósfera. Serían próximamente las dos de la mañana, y en los alrededores reinaba el silencio más profundo.

Mergy se paseó un rato, absorto en sus pensamientos. Estos fueron interrumpidos por un golpe dado en la puerta de la calle. Era un aldabazo débil y como misterioso; el que llamaba, parecía suponer que alguien estaría atento para abrirle. Una visita a tales horas y en una casa aislada, tenía motivos para sorprender. Mergy permaneció inmóvil en un rincón obscuro del jardín, de donde podía verlo todo sin ser visto. Una mujer, que no podía ser sino la vieja, salió al punto de la casa, con una linterna sorda en la mano; abrió, y entró alguien cubierto de una gran capa con capucha.

Pronto se acrecentó la curiosidad de Bernardo. La estatura, y por lo que podía juzgar, los vestidos de la persona que acababa de llegar denotaban una mujer. La vieja la saludó con grandes muestras de respeto, en tanto que la mujer del manto negro apenas le hizo una inclinación de cabeza. En cambio, le puso en la mano algo que la vieja parecía recibir con gran contento. Un ruido claro y metálico que se dejó oír y el apresuramiento de la vieja en bajarse y buscar por el suelo, indujeron a Mergy a inferir que la vieja acababa de recibir dinero. Las dos mujeres se encaminaron al jardín, yendo primero la vieja y escondiendo el farol. En el fondo del jardín había una especie de gabinete de verdura formado por tilos plantados en círculo y reunidos por una empalizada espesísima, que podía substituír muy bien a una pared. Dos entradas o dos puertas conducían a este bosquecillo, en medio del cual había una mesita de piedra. Allí entraron la vieja y la dama velada. Mergy, conteniendo el aliento, las siguió cautelosamente, y se colocó detrás de la empalizada de modo que pudiera oír bien y ver cuanto le permitiese la poca luz que alumbraba la escena.

La vieja empezó por encender algo que al punto ardió en un hornillo colocado en medio de la mesa, esparciendo una luz pálida y azulada, como la del espíritu de vino mezclado con sal. Luego apagó u ocultó la linterna, de modo que a la luz vacilante que salía del hornillo, difícilmente hubiera podido reconocer Mergy las facciones de la forastera, aún cuando no hubiesen estado tapadas por el capuchón. Por la estatura y complexión de la vieja le fué fácil reconocerla; pero observó que su rostro estaba embadurnado de un color obscuro que, bajo su blanca cofia, le daba aspecto de estatua de bronce. La mesa estaba repleta de cosas raras que apenas divisaba. Parecían colocadas en un orden extraño, y Mergy creyó distinguir frutas, huesos y jirones de ropa ensangrentada. Una pequeña figura de hombre, de un pie de altura a lo sumo, construída de cera, según parecía, hallábase sobre esas ropas repugnantes.

—¿Conque dices que está mejor, Camila? —preguntó en voz baja la dama.

Esa voz hizo a Mergy estremecerse.

—Un poco mejor, señora, gracias a nuestro arte. Sin embargo, con estos harapos y con la poca sangre que hay en esas compresas, me ha sido difícil hacer gran cosa.

—¿Y qué dice maese Ambrosio Paré?

—¿Quién? ¿Ese ignorante? ¡Qué importa lo que diga! Yo os aseguro que la herida es profunda, peligrosa, terrible, y que sólo puede curar por las reglas de la simpatía mágica; pero con frecuencia hay que sacrificar a los espíritus de la tierra y del aire... y para sacrificar...

La dama la comprendió al instante y dijo:

—Si se cura, tendrás el duplo de lo que acabo de darte.

—Tened esperanza y contad conmigo.

—¡Ah Camila! ¡Si se muriese!

—Tranquilizaos; los espíritus son elementes, los astros nos protegen, y el último sacrificio del carnero negro ha dispuesto favorablemente al *Otro*.

—Te traigo lo que tanto trabajo me ha costado proporcionarme. He mandado que se la comprasen a uno de los arqueros que despojaron el cadáver.

Y sacó una cosa de debajo de la capa; y Mergy vió relucir la hoja de una espada.

—¡Gracias a Dios que la hoja está ensangrentada y roñosa! Sí, su sangre es como la del basilisco de Cathay, deja en el acero una huella que nada puede borrar.

Miraba la hoja, y era indudable que la dama velada sentía extraordinaria emoción.

—Ves, Camila, cómo está la sangre cerca del pomo. La herida será acaso mortal.

—Esta sangre no es del corazón; curará.

—¿Curará?

—Sí; pero para padecer una enfermedad incurable.

—¿Qué enfermedad?

—El amor.

—¡Ah! ¡Si fuera eso verdad, Camila!

—¡Caramba! ¿He mentido yo alguna vez? ¿Cuándo han salido mal mis predicciones? ¿No os había predicho yo que saldría vencedor del combate? ¿No os anuncié que los espíritus lucharían por él? ¿No enterré en el mismo lugar en que había de batirse una gallina negra y una espada bendita por un sacerdote?

—Verdad es.

—Y vos misma, ¿no perforasteis en el corazón la imagen de su adversario, dirigiendo así las estocadas del hombre por quien he empleado mi ciencia?

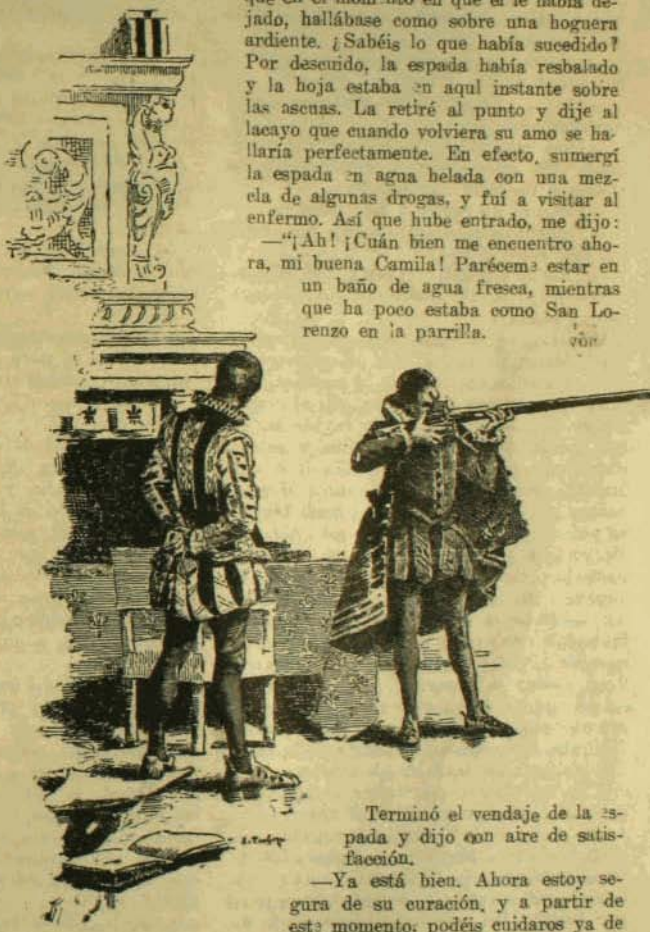
—Sí, Camila, he agujereado en el corazón la imagen de Comminges; pero dicen que ha muerto de una herida en la cabeza.

—Claro está que el acero ha dado en la cabeza; pero, si ha muerto, ¿no es por habérsele coagulado la sangre en el corazón?

La dama velada pareció aplastada por la fuerza del argumento. Calló. La vieja rociaba con aceite y bálsamo la hoja de la espada y la cubría cuidadosamente con vendas.

—Ya veis, señora, este aceite de escorpión con que froto la espada, va, por una virtud simpática, a la llaga del joven. Este siente los efectos de este bálsamo africano, como si lo vertiese en la herida; y si me viniera en ganas enrojecer al fuego la punta de la espada, el pobre enfermo sentiría el mismo dolor que si le quemasen vivo.

—¡Oh! ¡Guárdate bien!



—Cierta noche, estaba yo al lado del fuego, ocupadísima frotando con bálsamo una espada, a fin de curar a un hidalgo a quien dicha arma había causado dos horribles heridas en la cabeza. Me dormí. De pronto, el lacayo del enfermo llamó a mi puerta, y me dijo que su amo padecía un martirio y que en el momento en que él le había dejado, hallábase como sobre una hoguera ardiente. ¿Sabéis lo que había sucedido? Por descuido, la espada había resbalado y la hoja estaba en aquel instante sobre las ascuas. La retiré al punto y dije al lacayo que cuando volviera su amo se hallaría perfectamente. En efecto, sumergí la espada en agua helada con una mezcla de algunas drogas, y fuí a visitar al enfermo. Así que hube entrado, me dijo:

—"¡Ah! ¡Cuán bien me encuentro ahora, mi buena Camila! Paréceme estar en un baño de agua fresca, mientras que ha poco estaba como San Lorenzo en la parrilla.

Terminó el vendaje de la espada y dijo con aire de satisfacción.

—Ya está bien. Ahora estoy segura de su curación, y a partir de este momento, podéis cuidaros ya de la última ceremonia.

Echó en la llama algunas dedadas de un polvo aromático, y pronunció dicciones bárbaras, santiguándose repetidas veces. Entonces la dama cogió con temblorosa mano la imagen de cera, y manteniéndola por encima del hornillo, pronunció con voz emocionada estas palabras:

—*Así como esta cera se reblandece y arde*

a la llama de este hornillo, así también, ¡oh Bernardo Mergy, pueda tu corazón ablandarse y arder de amor por mí!

—Bien. He ahí ahora una vela verde, fabricada a media noche, según las reglas del arte. Encendedla mañana ante el altar de la Virgen.

—Lo haré; pero, a pesar de todas las promesas, estoy terriblemente intranquila. Ayer soñé que estaba muerto.

—¿Os acostasteis del lado derecho o del izquierdo?

—Del... ¿de qué lado se tienen sueños verdaderos?

—Decidme primero sobre qué lado dormíais. Veo que quisierais engañaros a vos misma y forjaros ilusiones.

—Siempre duermo del lado derecho.

—Tranquilizáos, vuestro sueño no presagia sino cosas felices.

—¡Dios lo quiera!... Pero se me ha aparecido muy pálido, ensangrentado, envuelto en una mortaja...

Mientras así hablaba, volvió la cabeza y vió a Mergy de pie en una de las entradas del bosquecillo. La sorpresa la movió a proferir un grito tan penetrante, que el mismo Mergy se asombró. La vieja, ya adrede, ya por descuido, derribó el hornillo, y entonces se alzó hasta la copa de los tilos una brillante llama que cegó un rato a Mergy. Ambas mujeres se escaparon inmediatamente por la otra salida del bosque. Así que Mergy pudo distinguir el boquete de la empalizada, empezó a perseguirlas; pero de buenas a primeras, estuvo a punto de caer, por habérsele enredado algo en las piernas. Reconoció que era la espada a que debía la curación. Perdió cierto tiempo en apartarla y en buscar su camino, y en el momento en que llegado a una alameda ancha y recta, pensaba que nada le impediría alcanzar a las fugitivas, oyó cerrarse la puerta de la calle. Ya estaban ellas fuera de su alcance.

Algo mortificado por haber dejado escapar tan buena presa, volvió a tientas a su cuarto y se acostó. Ya había desechado de su mente toda idea lúgubre; y el remordimiento, si lo tenía, o las inquietudes que su posición pudiera causarle, desaparecieron como por encanto. No pensaba más que en la dicha de amar a la mujer más bella de París y ser amado por ella; pues no podía dudar de que la dama velada fuera la señora de Turgis. Durmióse poco antes de amanecer, y no se despertó hasta que hacía ya varias horas que era de día. Sobre la almohada halló una esquela sellada que habían dejado allí sin saber él cómo. La abrió y leyó estas palabras: "Caballero, de vuestra discreción depende el honor de una dama".

Momentos después, entró la vieja para llevarle el caldo. Contra su costumbre, aquel día llevaba colgado a la cintura un rosario de grandes cuentas. Su piel, lavada cuidadosamente, no tenía ya el aspecto de bronce, sino de pergamino ahumado. Caminaba con paso lento y bajos los ojos, como una persona que teme que la visión de las cosas terrestres la turbe en sus contemplaciones divinas.

Mergy creyó que para practicar más meritoriamente la virtud que el misterioso papel le recomendaba, debería ante todo enterarse de lo que había de callar a todo el mundo. Teniendo el caldo en la mano, y sin dar tiempo a la vieja Marta para ganar la puerta, le preguntó:

—No me habéis dicho que os llamáis Camila...

—¿Camila?... Me llamo Marta, señor mío... Marta Michelin — dijo la anciana fingiéndose muy sorprendida por la pregunta.

—Bueno, sea; hacéis que los hombres os llamen Marta; pero los espíritus os conocen por el nombre de Camila.

—¿Los espíritus?... ¡Dios santo! ¿qué queréis decir?

Hizo la señal de la cruz.

—¡Ea! ¡Basta de ficción conmigo! No diré nada a nadie, y todo esto queda entre nosotros. ¿Quién es la señora que tanto se interesa por mi salud?

—¿La señora que...?

—Vamos, no repitáis todo cuanto digo, y habladme francamente. Yo no os descubriré, ¡a fe de hidalgo!

—En verdad, señor mío, que no sé lo que queréis decir.

Mergy no pudo menos de reirse al verle adoptar aires de extrañeza y ponerse la mano en el corazón. Sacó una moneda de oro de su bolsa, colgada a la cabecera de la cama, y se la dió a la vieja.

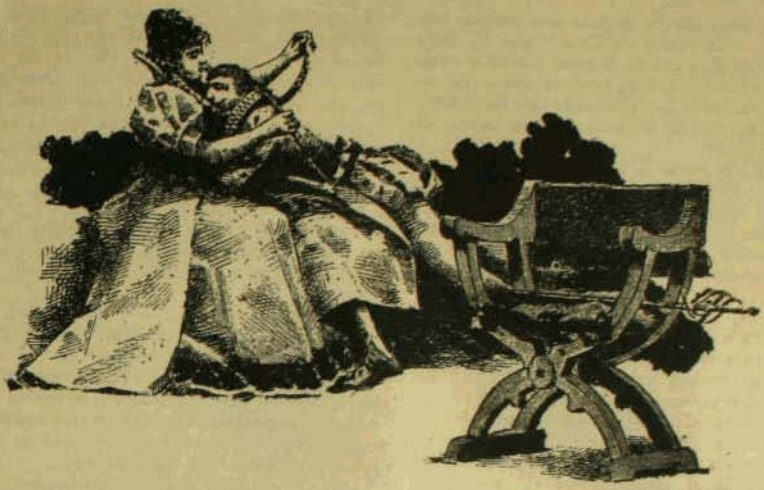
—Tened, mi buena Camila; os cuidáis tanto de mí y os tomáis tanto trabajo en frotar espadas con bálsamo de escorpión, y todo por curarme, que hace ya tiempo que hubiera yo debido obsequiaros con un regalo.

—¡Ay! En verdad, en verdad que no comprendo nada de cuanto me decís.

—¡Demonio! ¡Marta o Camila, no me enfurezcáis, y contestad. ¿Quién es la señora por quien habéis hecho todas esas brujerías anoche?

—¡Oh dulce Salvador mío! Se enfada... ¿Si estará delirando?

Mergy impaciente, cogió la almohada y arrojósela a la cabeza. La vieja la volvió a poner sumisamente en la cama, recogió



el escudo de oro que había caído al suelo; y como entraba en aquel momento el capitán, librόse del temor de su interrogatorio, que hubiera podido acabar en forma desagradable para ella.

La calumnia

Jorge había ido aquella misma mañana a ver al Almirante para hablarle de su hermano. En dos palabras le contó la aventura.

El Almirante, mientras le oía, trituraba entre las mandíbulas el mondadientes que tenía en la boca; esto era en él señal de impaciencia.

—Ya conozco la cosa—dijo;—y mucho me choca que me habléis de ella, porque es bastante pública.

—Si os importuno, señor Almirante, es porque sé el interés que os dignáis tomar por mi familia, y me atrevo a esperar que tendréis a bien abogar con el rey en pro de mi hermano. Vuestra influencia para con Su Majestad...

—Mi influencia, si la tengo—interrumpió con viveza el Almirante,—exige que nunca me llegue a Su Majestad sino para peticiones justas.

—Al pronunciar estas palabras se descubrió respetuosamente.

—Por desgracia, la circunstancia que obliga a mi hermano a recurrir a vuestra bondad es hoy muy corriente. El rey firmó el año pasado más de mil quinientas cartas de gracia, y el mismo adversario de Bernardo ha gozado con frecuencia de su inmunidad.

—Vuestro hermano ha sido el agresor. Tal vez, y me gustaría que eso fuese cierto, no ha hecho más que seguir malos consejos.

Al hablar así, miraba detenidamente al capitán.

—Yo me he afanado por evitar las funestas consecuencias de la disputa; pero bien sabéis que el señor de Comminges nunca concedía más satisfacción que la que se da con la punta de la espada. El honor de un caballero y la opinión de las damas han...

—¡Ese es el lenguaje que habréis hablado a vuestro hermano! ¿Aspiráis sin duda a convertirlo en espadachín? ¡Oh! ¡Cómo se lamentaría su padre, si supiera cuánto desprecia su hijo sus consejos! ¡Dios mío! ¡Apenas hace dos años que terminaron las guerras civiles, y ya han olvidado los torrentes de sangre que vertieron! No les basta aún: ¡cada día los franceses han de degollar a los franceses!

—Si yo hubiera sabido que mi solicitud iba a desagradaros, señor...

—Escuchad, señor de Mergy, yo podría violentar mis sentimientos como cristiano y disculpar la provocación de vuestro hermano; pero su conducta en el duelo que le ha seguido, según el rumor público, no fué...

—¿Qué queréis decir, señor Almirante?

—Que el duelo no se ha efectuado lealmente y como se acostumbra entre caballeros franceses.

—¿Y quién se ha atrevido a propalar tan infame calumnia?—exclamó Jorge con los ojos chispeantes de furia.

—Calmaos. No tendréis que desafiar a

nadie, pues aún no se bate uno con las mujeres... La madre de Comminges ha dado al rey detalles que no honran mucho a vuestro hermano. Parecen explicar cómo tan temible campeón ha sucumbido tan fácilmente a los golpes de un niño apenas salido de paje.

—¡Es tan grande y justo el dolor de una madre! Nada de extraño tiene que no pueda ver la verdad cuando sus ojos están aún bañados de lágrimas. Me halaga pensar que vos, señor Almirante, no juzgaréis a mi hermano por el relato de la señora de Comminges.

Coligny pareció conmovido y su voz perdió algo de su amarga ironía.

—Sin embargo, no podéis negar que Beville, el segundo de Comminges, fuese íntimo amigo vuestro.

—Le conozco hace mucho tiempo, y hasta le debo algunos favores. Pero también Comminges era muy amigo suyo. Además, Comminges es quien le escogió como segundo. Por último, el valor y el honor de Beville le ponen al abrigo de toda sospecha de deslealtad.

El Almirante contrajo la boca con aire de profundo desprecio.

—¡El honor de Beville!—repitió, encogiéndose de hombros;—¡un ateo! ¡un hombre perdido por el libertinaje!

—Sí. ¡Beville es hombre de honor!—exclamó enérgicamente el capitán.—Pero, ¿a qué tanto hablar? ¿No estaba yo también presente en ese duelo? ¿Os corresponde a vos, señor Almirante, poner en duda nuestro honor y acusarnos de asesinato?



En su acento había algo amenazador. Coligny no comprendió o despreció la alusión al asesnato del duque Francisco de Guisa, que el odio de los católicos le había atribuído. Y hasta recobraron sus facciones tranquila inmovilidad.

—Señor de Mergy—dijo con tono frío y desdeñoso,—un hombre que ha renegado su religión no tiene derecho a hablar de su honor, porque nadie creería en él.

El rostro del capitán se tornó de color rojo purpúreo, y poco después, de una palidez mortal. Retrocedió dos pasos, como para no sucumbir a la tentación de agredir al anciano.

—¡Caballero!—exclamó—vuestra edad y vuestra jerarquía os permiten insultar impunemente a un pobre hidalgo en lo más preciado que tiene. Pero os ruego que ordenéis a uno de vuestros nobles o a varios de ellos, que sostengan las palabras que acabáis de pronunciar, y juro por Dios que se las haré tragar hasta que los ahoguen.

—Sin duda será eso una costumbre de los señores espadachines. Yo no sé sus usos, y despido a mis nobles si los imitan.

Y hablando así, le volvió la espalda. El capitán, con la rabia en el alma, salió del palacio de Chatillón; montó a caballo; y, como para aplacar su furor, hizo galopar desesperadamente al pobre animal, torturándole a espolazos. En su impetuosa carrera estuvo a punto de atropellar a muchos pacíficos transeuntes, fué gran suerte que no hallase a su paso ningún espadachín; porque, dado el humor que llevaba, es seguro que hubiera cogido por los cabellos la primera ocasión de armar escaramuzas.

Llegado a Vincennes, empezaba a calmársele la agitación de la sangre. Volvió grupas y encaminó a París el caballo ensangrentado y bañado en sudor.

—¡Pobrecillo!—decía con amarga sonrisa;—¡te castigó a ti por el insulto que él me ha hecho!

Y acariciando el cuello de su víctima inocente, volvió al paso hasta la casa de su hermano. Limitóse a decirle que el Almirante se había negado a intervenir en su favor, y suprimió los detalles de su conversación.

Pero, poco después, entró Beville, que saltó a Mergy al cuello, diciéndole:

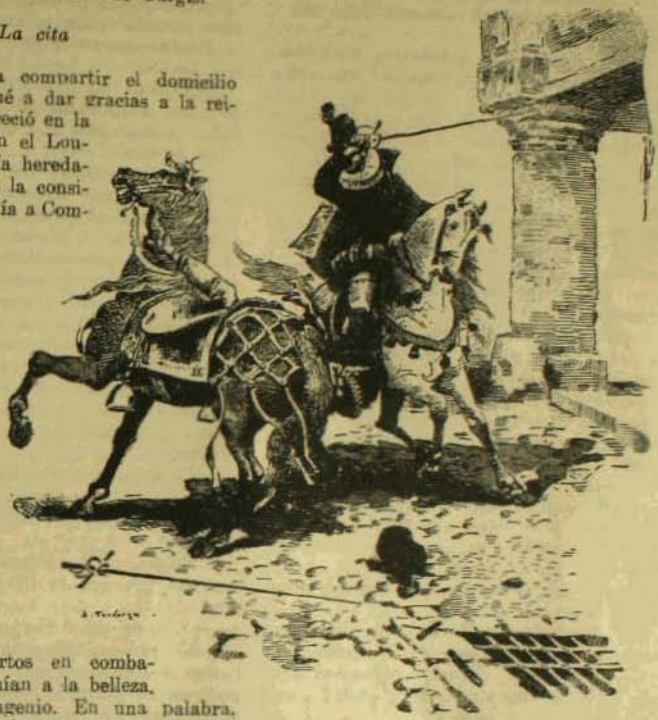
—Os felicito, querido; he aquí vuestra gracia y la habéis obtenido a instancias de la reina.

Mergy mostró menos sorpresa que su hermano. En su

fuero interno, atribuía este favor a la dama velada, es decir a la condesa de Turgis.

La cita

Mergy volvió a compartir el domicilio de su hermano. Fué a dar gracias a la reina madre y reapareció en la corte. Al entrar en el Louvre, notó que había heredado en cierto modo la consideración que se tenía a Comminges. Gente a quien él conocía sólo de vista le saludaba con aspecto humilde y familiar. Al hablarle, los hombres ocultaban mal su envidia bajo las apariencias de atenta cortesía, las mujeres le miraban y halagaban, porque la fama de duelista era entonces un medio seguro de herirlas en el corazón. Tres o cuatro hombres muertos en combate singular substituían a la belleza, la riqueza y el ingenio. En una palabra, cuando nuestro hombre aparecía en la galería del Louvre, oía elevarse en torno suyo un murmullo. "Aquí está el joven Mergy, que ha matado a Comminges. —¡Qué joven es!—¡Qué figura tan esbelta!—¡Qué bien peinado lleva el bigote!—¿Quién es su querida?"



Y Mergy buscaba vanamente entre la multitud los ojos azules y las cejas negras de la señora de Turgis. Y hasta fué a su casa; pero allí supo que al poco tiempo de la muerte de Comminges se había marchado a una de sus posesiones a veinte leguas de París. De creer las malas lenguas, el dolor que le causó la muerte del hombre que la cortejaba, la había obligado a buscar un retiro en donde pudiera entretener sus penas.

Una mañana, en tanto que el capitán, tendido en una camilla, leía, en espera del desayuno, la *Muy horrífica Vida de Pantagruel*, y que su hermano tomaba una lección de guitarra que le daba el señor don Huberto Vinibella, un lacayo anunció a Bernardo que una vieja muy bien vestida le esperaba en la sala baja, con aire de misterio, y deseaba hablarle. Bajó al momento, y de las curtidas manos de una anciana, que no era ni Marta ni Camila, recibió una carta que exhalaba un suave perfume; estaba cerrada con un hilo de oro y un ancho sello de lacre verde, en el cual, en vez de armas, se veía un angelito llevándose el dedo a los labios, con esta divisa castellana: *Callad*. La abrió, y halló solamente una línea escrita en español, que le costó trabajo comprender: *Esta noche os espera una dama.*

—¿Quién os ha dado esta carta?—preguntó a la vieja.

—Una señora.

—¿Su nombre?

—No lo sé; por lo que dice es española.

—¿De qué me conoce?

La vieja se encogió de hombros y respondió:

—Vuestra reputación y vuestra galantería os han proporcionado este mal asunto: pero respondedme: ¿vendréis?

—¿Adónde hay que ir?

—Estad esta noche, a las ocho y media.

en la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, a la izquierda de la nave.

—¿Y en la iglesia es donde debo ver a esa dama?

—No; alguien irá a buscaros para conduciros a casa de ella. Pero sed discreto e id solo.

—Bueno.

—¿Lo prometéis?

—Os doy mi palabra.

—Adiós, pues. Y, sobre todo, no me sigáis.

Hizo una profunda reverencia y se fué.

—¿Qué te quería esa noble cohen?—preguntó el capitán, cuando subió su hermano y así que se hubo merchado el profesor de guitarra.

—¡Oh! nada—respondió Mergy con aire de indiferencia y mirando con suma atención la Virgen de que ya hemos hablado.

—¡Vaya! ¡Nada de misterios conmigo! ¿Hay que acompañarte a una cita, guardar la calle y recibir a los celosos a espaldarazos?

—Nada.

—¡Oh! como gustes. Guárdate el secreto, si quieres; pero, mira, apostaría a que tienes por lo menos tantas ganas de contármelo como yo de saberlo.

Mergy tocó distraídamente algunas cuerdas de la guitarra.

—Y a propósito, Jorge, esta noche no puedo ir a cenar a casa de Vaudreuil.

—¡Ah! ¿Luego es para esta noche? ¿Es bella? ¿Es alguna dama de la corte? ¿una ciudadana? ¿una tendera?

—En verdad, no lo sé. Tengo que ser presentado a una señora que no es de este país... Pero ¿a quién?... Lo ignoro.

—Cuando menos sabrás dónde has de verla.

Bernardo mostró el papelito y repitió lo que le había dicho la vieja.

—La letra está desfigurada—dijo el capitán,—y no sé lo que pensar de todas estas precauciones.

—Debe de ser alguna gran dama, Jorge.

—Así son nuestros jóvenes, que, por el menor motivo, se imaginan que van a ponerse a sus pies las damas más encopetadas.

—Pero huele el perfume que exhala esta esquelita.

—¿Qué prueba eso?

De pronto se obscureció la frente del capitán y acudió a su mente una idea siniestra.

—Los Comminges son rencorosos—dijo; —y tal vez no sea esa carta más que una invención suya para llevarte a algún rincón apartado, en donde te hagan pagar cara la puñalada que les ha hecho heredar.

—¡Bueno! ¡Vaya una idea!

—No sería la primera vez que se ha apelado al amor para la venganza. Has leído la Biblia: acuérdate de Sansón traicionado por Dalila.

—¡Tendría yo que ser un cobarde para que tan improbable conjetura me hiciera faltar a una cita que quizá sea deliciosa! ¡Una española!...

—Cuando menos, vete bien armado. Si quieres, haré que te sigan mis dos lacayos.

—¡Quita allá! ¿Para qué hacer a la ciudad testigo de mi buena suerte?

—Hoy se usa bastante eso... ¡Cuántas veces he visto a mi buen amigo Ardelay ir a ver a su concubina con la cota de mallas a cuestas y dos pistolas al cinto!... y detrás de él iban cuatro soldados de su compañía, cada cual bien armado. Tú no conoces aún París, querido; y créeme, el exceso de precauciones nunca perjudica. Todo se reduce a quitarse la cota de malla cuando estorba.

—No tengo la menor inquietud. Si los parientes de Comminges me guardasen rencor, fácil les hubiera sido atacarme de noche en la calle.

—En fin, no te dejaré salir, sino con la condición de que te lleves las pistolas encima.

—¡Enhorabuena! Pero se burlarán de mí.

—No es eso todo; hay que cenar bien, comer dos perdices y muchas crestas de gallo en pastel, para hacer esta noche honor a la familia de los Mergy.

Bernardo se retiró a su cuarto, donde pasó lo menos cuatro horas peinándose, rizándose y perfumándose; y por último estudiando los elocuentes discursos que se proponía decir a la bella desconocida.

Puede suponerse la exactitud con que acudiría a la cita. Llevaba ya más de media hora paseándose por la iglesia. Ya había contado tres veces los cirios, las columnas y los *ex votos*, cuando una mujer anciana, cuidadosamente envuelta en una capa parda, le cogió de la mano, y sin decirle una palabra, le condujo a la calle. Observando siempre el mismo silencio, le llevó, después de varios rodeos, a una calleja muy estrecha y al parecer deshabitada. Detúvose al fondo, ante una portecita ojival y muy baja, que abrió con una llave que llevaba en el bolsillo. La vieja entró primero, y Mergy la siguió, asiéndola por la capa a causa de la obscuridad. Una vez dentro, oyó cerrar tras de él enormes cerrojos. Entonces su guía le advirtió en voz baja que estaba al pie de una escalera y que tenía que subir veintisiete gradas. La escalera era muy estrecha, y sus

peldaños, gastados y desiguales, estuvieron más de una vez a punto de hacerle caer. Al fin, tras el vigésimoséptimo escalón, que terminaba en una pequeña meseta, abrió la vieja una puerta, y una luz deslumbró un instante los ojos de Mergy. Entró al punto en un cuarto amueblado mucho más elegantemente de lo que anunciaba el aspecto exterior de la casa. Las paredes estaban forradas con tapices de flores, un poco ajados, verdad es, pero todavía muy limpios. En medio del cuarto vió una mesa iluminada por dos teas de cera rosada y cubierta de varias clases de frutas y dulces, con vasos y frascos de cristal llenos, según parecía, de vinos de distintas especies. Dos grandes sillones colocados a los extremos de la mesa parecían aguardar convidados. En una alcoba medio cerrada por cortinas de seda, había una cama muy adornada y cubierta de raso carmesí. Varios pebeteros esparcían por la habitación un perfume voluptuoso.

Despojóse la vieja de la capa y Mergy de la suya, y éste reconoció en seguida a la mensajera que le había llevado la carta.

—¡Avemuría!—exclamó la anciana al ver la espada y las pistolas de Mergy—¿creíais acaso que tendríais que traspasar a gigantes? Señor, mío, aquí no se trata de dar grandes estocadas.

—Así lo creo; pero podría suceder que algún hermano o un marido de triste humor viniese a turbar nuestra conversación, y esto serviría para taparle los ojos.

—Aquí no podéis temer nada de eso. Pero decidme, ¿qué os parece este cuarto?

—Muy bonito, desde luego; pero me aburriría en él si tuviera que estar solo.

—Alguien va a venir a haceros compañía. Pero primero tenéis que hacerme una promesa.

—¿Cuál?

—Si sois católico, extenderéis la mano sobre este crucifijo (sacó uno de un armario); si sois hugonote, juraréis por Calvino... Lutero, en fin por todos vuestros dioses...

—¿Y qué he de jurar? — interrumpió Mergy sonriendo.

—Juraréis de no hacer esfuerzo alguno para intentar conocer a la dama que va a venir aquí.

—Rigurosa es la condición.

—Ya véis. Jurad, u os vuelvo a conducir a la calle.

—Bueno, os doy mi palabra, que vale más que esos juramentos ridículos que me proponéis.

—Está muy bien. Esperad con paciencia; comed, bebed, si os viene en gana; dentro de poco veréis venir a la dama española.

Cogió el capisayo y salió, cerrando la puerta con llave.

Mergy tomó asiento en un sillón.

Su corazón latía con violencia; sentía una emoción tan intensa y casi de la misma naturaleza que la que sintió días antes en el Pré-aux-Clercs, en el momento de encontrar a su enemigo.

En la casa reinaba el más profundo silencio. Transcurrió un cuarto de hora mortal, durante el que su imaginación le representaba alternativamente a Venus saliendo de detrás de la cortina para echarse en sus brazos; a la condesa de Turgis en traje de caza; una princesa de sangre real; una cuadrilla de asesinos y, por último, la idea más horrible, una vieja apasionada.

De pronto, sin que el menor ruido anunciase que alguien acababa de entrar en la casa, la llave giró rápidamente en la cerradura; abrióse la puerta y tornó a cerrarse como por sí misma en cuanto una dama enmascarada hubo entrado en el cuarto.

Era de elevada estatura y bien proporcionada. Un vestido de cuerpo muy ajustado hacía resaltar la elegancia de sus formas; pero ni un piececito diminuto calzado de terciopelo negro, ni una manita tapada con guante bordado, podían dejar columbrar exactamente la edad de la desconocida. No se qué, tal vez una influencia magnética, o quizá un presentimiento, inducían a creer que no tenía arriba de veinticinco años. Su vestido era rico, galante y sencillo a la vez.

Mergy se levantó en el acto y postró una rodilla en tierra ante ella. La dama avanzó un paso hacia él y díjole con dulce voz en perfecto castellano:

—Dios os guarde, caballero. Sea vuestra merced muy bienvenido.

Mergy hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Habláis español?

Mergy no hablaba ese idioma y casi no lo entendía.

La dama pareció contrariada... Dejóse acompañar hasta uno de los sillones y tomó asiento en él, ofreciendo a Mergy el otro. Entonces empezó ella la conversación en francés, pero con marcado acento extranjero, que a las veces era muy exagerado y de cuando en cuando cesaba por completo.

—Caballero, vuestro gran valor me ha movido a olvidar la reserva habitual de nuestro sexo; he querido ver un caballero cumplido, y lo encuentro tal como lo pregona la fama.

Mergy se sonrojó e hizo una reverencia.

—¡Tendréis, señora, la crueldad de conservar ese antifaz que, cual nube envidiosa, me oculta los rayos del sol. (Esa frase la había leído en un libro traducido del español).

—Señor caballero, si quedo satisfecha de vuestra discreción, me veréis más de una vez a cara descubierta; pero, por hoy, contentaos con el gusto de hablarme.

—¡Ah! señora, por muy grande que sea ese placer, no hace sino aumentar mi deseo de veros.

Estaba de rodillas y parecía dispuesto a levantar el antifaz.

—¡Poco a poco! señor francés; sois muy precipitado. Sentaos u os dejo al momento. Si supierais quién soy, y a lo que me atrevo por veros, os dierais por muy satisfecho sólo con el honor que os concedo al venir aquí.

—En verdad, se me antoja que no me es desconocida vuestra voz.

—No obstante, esta es la primera vez que me oís. Decidme, ¿sois capaz de amar con constancia a una mujer que os ame?...

—Ya siento por vos...

Nunca me habéis visto; por consiguiente, no podéis amarme. ¿Sabéis si soy bella o fea?

—Seguro estoy de que sois encantadora.

La desconocida retiró la mano, de la que se había apoderado Bernardo, y se la llevó al antifaz, como si fuera a quitárselo.

—¿Qué haríais, si vierais aparecer ante vos una mujer de cincuenta años, que asustase de fea?

—Eso es imposible.

—Aún se ama a los cincuenta años. (La dama suspiró y el joven estremecióse).

—Ese talle elegante, esa mano que inútilmente intentáis ocultarme, todo me prueba vuestra juventud.

En esa frase había más galantería que convicción.

—¡Ay!

Mergy empezó a concebir cierta inquietud.

—A vosotros, los hombres, no os basta el amor; queréis también belleza. (Y suspiró de nuevo).

—Dejadme, por favor, que os quite el antifaz...

—No, no—y le empujó con viveza.—¡Acordaos de lo que habéis prometido! Y con tono más alegre, añadió: Me expondría mucho descubriéndome. Siento gran placer en veros a mis pies, y si por casualidad no fuera yo joven ni bella... cuando menos para vuestro gusto... quizás me dejarais sola aquí....

—Mostradme sólo esa manecita.

La dama se quitó un guante perfumado y le tendió una mano blanca como la nieve.

—¡Conozco esta mano!—exclamó Bernardo;—¡No hay más que una tan linda en París!.

—¿De veras? ¿Y de quién es esa mano?

—De... una condesa.

—¿De qué condesa?

—De la condesa de Turgis.

¡Ah!... Sé lo que queréis decir. Sí, la Turgis tiene bonitas manos gracias a las pastas de almendras de su perfumista. Pero yo me vanaglorio de que las mías son más suaves que las suyas.

Todo eso lo dijo en un tono muy natural, y Mergy, que había creído reconocer la voz de la bella condesa, concibió algunas dudas y estuvo a punto de abandonar esa idea.

"Dos en vez de una—pensó.—¿Si estaré protegido por las hadas?"

Intentó reconocer en tan linda mano la impresión de una sortija que había visto a la Turgis; pero sus deditos redondos y admirablemente formados no tenían la menor huella de presión ni la más ligera deformidad.

—¡La Turgis!—exclamó la desconocida riendo.—¡En verdad que debo agradeceros el tomarme por la Turgis! ¡Gracias! Creo que valgo un poco más.

—Por mi honor os digo que la condesa es la mujer más hermosa que he visto.

—¿Luego estáis enamorado de ella?—preguntó vivamente.

—Tal vez; pero, por favor, quitaos el antifaz y mostradme una mujer más bella que la Turgis.

—Cuando esté segura de que me amáis, me veréis a rostro descubierto.

—¡Amaros!... Pero ¡pardiez! ¿Cómo podré amaros sin veros?

—Esta mano es bonita; figuraos que mi rostro está en armonía con ella.

—Ahora estoy seguro de que sois encantadora, porque acabáis de descubriros no fingiendo la voz. La he reconocido, estoy segurísimo.

—¿Y es la voz de la Turgis?—dijo la dama, riendo y con acento español muy marcado.

—Precisamente.

—Eso es un error vuestro, señor Bernardo; me llamo María... doña María de... Más adelante os diré el apellido. Soy una señora de Barcelona; mi padre, que me vigila muy rigurosamente, se halla de viaje hace algún tiempo, y yo aprovecho su ausencia para divertirme y ver la corte de París. En cuanto a la Turgis, os ruego que dejéis de hablarme de esa mujer; aborrezco su

nombre; es la mujer más mala de la corte. Además, ¿sabéis cómo quedó viuda?

—Me han dicho algo.

—Pues bien, hablad... ¿Qué os han dicho?

—Que habiendo sorprendido a su marido en tierno coloquio con la doncella, asió una daga y le hirió rudamente. El pobre hombre murió al mes después.

—¿Y esa acción os parecerá... horrible?

—Os confieso que la disculpo. Amaba a su marido, dicen, y yo aprecio los celos.

—Habláis así porque creéis estar delante de la Turgis; pero sé que en el fondo del corazón la despreciáis.

Había en esta voz algo triste y melancólico; pero no era la voz de la Turgis.

Mergy no sabía qué pensar.

—¡Cómo!—exclamó. — ¿Sois española y no disculpáis los celos?

—No hablemos más de eso. ¿Qué es ese cordón negro que lleváis al cuello?

—Es una reliquia.

—Os creía protestante.

—Así es. Pero esta reliquia me la ha dado una dama, y la llevo en recuerdo de ella.

—Mirad, si queréis complacerme, no penséis más en las damas; yo quiero ser para vos todas las damas. ¿Quién os ha dado ese relicario? ¿También la Turgis?

—No.

—¡Mentís!

—¿Sois, pues, la señora de Turgis?

—¡Os habéis descubierto, señor Bernardo!

—¿Cómo?

—Cuando vea a la Turgis, le preguntaré por qué comete el sacrilegio de dar una cosa santa a un hereje.

La incertidumbre de Mergy redoblaba a cada instante.

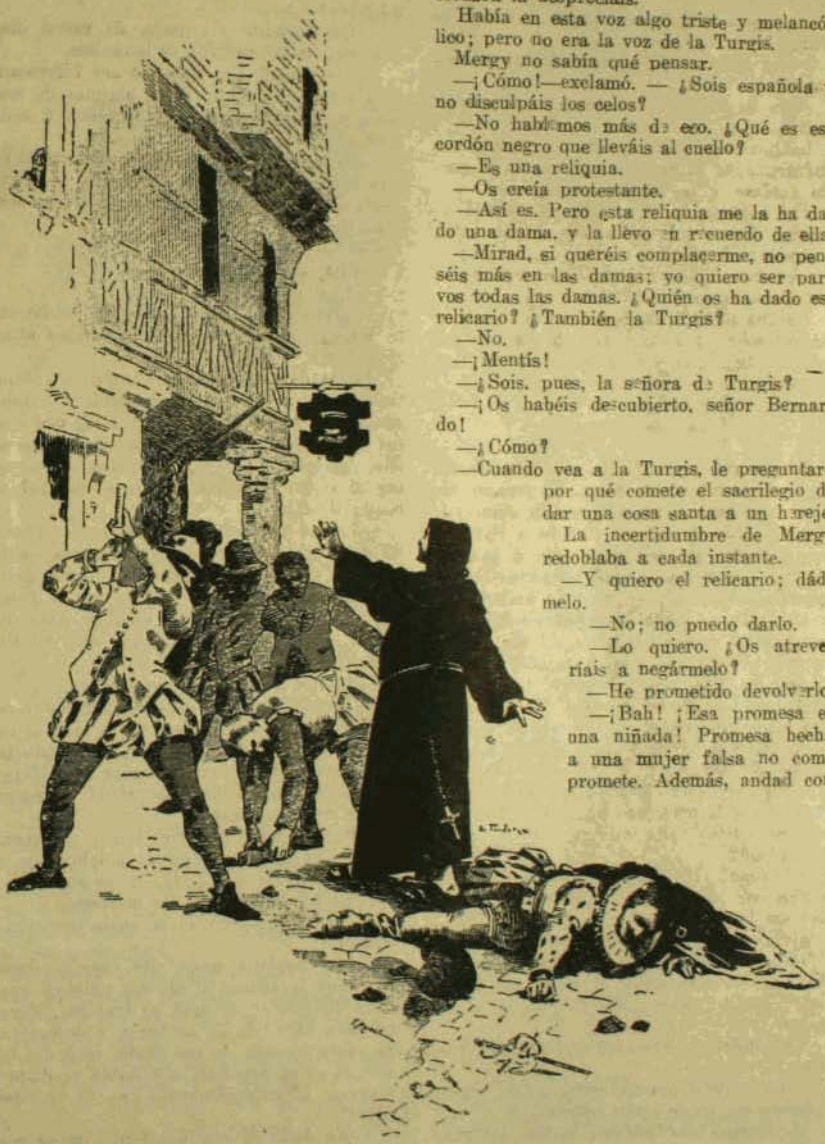
—Y quiero el relicario; dádmelo.

—No; no puedo darlo.

—Lo quiero. ¿Os atreveríais a negármelo?

—He prometido devolverlo.

—¡Bah! ¡Esa promesa es una niñada! Promesa hecha a una mujer falsa no compromete. Además, andad con



ojo, tal vez sea eso un talismán peligroso. Dicen que la Turgis es una maga de cuidado.

—No creo en la magia.

—¿Ni en los magos?

—Creo un poco en las *magas*.

Subrayó la última palabra.

—Dadme ese relicario, y tal vez me quite el antifaz.

—¡Ahora sí que es la voz de la señora de Turgis!

—Por última vez, ¿queréis darme el relicario?

—Os lo *devolveré* si queréis quitaros el antifaz.

La dama se volvió contra el sillón, como enfurruñada. El raso que le cubría el cuello subíase y se bajaba rápidamente.

Por espacio de unos minutos guardó silencio; luego, volviéndose de pronto, dijo con acento burlón:

—*¡Válgame Dios! Vuestra merced no es caballero, es un fraile!*

De una puñada, derribó las dos velas que ardían sobre la mesa y la mitad de las botellas y bandejas. La luz se apagó al momento.

La declaración

Transcurrieron dos días sin mensaje alguno de la fingida española. El tercero, los dos hermanos supieron que la señora de Turgis había llegado la víspera a París, y que seguramente iría aquel día a cumplimentar a la reina. Ambos hermanos fueron inmediatamente al Louvre y la hallaron en una galería, en medio de un grupo de damas con quienes estaba hablando. Al ver a Mergy no pareció causarle la menor emoción. A sus mejillas, por lo general pálidas, no asomó el más ligero sonrojo. En cuanto le vió hízole una señal con la cabeza, como a un antiguo amigo, y después de las primeras frases de cumplido, le dijo al oído:

—Supongo que ahora se habrá desquiciado un poco la tenacidad hugonote. Para convertiros hacían falta milagros.

—¿Qué?

—¡Cómo! ¿No habéis experimentado *por vos mismo* los sorprendentes efectos del poder de las reliquias?

Mergy sonrió con aire incrédulo.

—El recuerdo de la linda mano que me ha dado esta cajita y el amor que me ha inspirado duplicaron mis fuerzas y mi destreza.

La condesa le amenazó con el dedo, riéndose:

—Os volvéis impertinente, señor alférez. ¿Sabéis con quién estáis hablando?

Al tiempo que hablaba, quitóse los guantes para arreglarse el cabello, y Mergy miraba detenidamente la mano, y de la mano llevaba sus miradas a los vivísimos y casi malos ojos de la bella condesa. El aspecto de extrañeza del joven la hizo reir a carcajadas.

—¿De qué os reís?

—¿Y vos por qué me miráis así con tanto asombro?

—¡Dispensadme!... pero, de pocos días acá, sólo hallo motivos de asombro.

—¿De veras? Eso debe de ser interesante. Contadnos pronto, pues, algunas de esas cosas sorprendentes que os suceden a cada momento.

—No puedo hablaros de ellas *ahora* ni en este lugar; además, guardo en la memoria cierta divisa española que me han enseñado hace tres días.

—¿Qué divisa?

—Una sola palabra: *Callad*.

—¿Qué quiere decir?

—¡Cómo! ¿No sabéis español!—preguntó Mergy, mirándola con la más viva atención.

Mas la dama soportó el examen sin dejar traslucir que había comprendido el doble sentido de aquellas palabras; y los dos ojos del joven, clavados primeramente en los de ella, bajáronse pronto, obligados a reconocer el poder superior de los a que habían osado desafiar.

—En mi infancia—respondió con acento de perfecta indiferencia la condesa,—supe algunas palabras de español; pero ahora creo haberlas olvidado. Así es que os ruego me habléis en francés, si gustáis, para que yo os entienda. Veamos; ¿qué dice vuestra divisa?

—Aconseja la discreción, señora.

—¡Hola! Nuestros jóvenes cortesanos deberían adoptar esa divisa, sobre todo si pudieran lograr justificarla con su conducta. Pero vos sabéis mucho, señor de Mergy. ¿Quién os ha enseñado español? Apostaría a que es una dama.

Mergy la miró con aire tierno y risueño.

—No sé más que algunas palabras de español—dijo en voz baja,—y el amor es el que las ha grabado en mi memoria.

—¡El amor!—repitió la dama con tonillo burlón.

Como hablaba muy alto, varias damas volvieron la cabeza al oír esa palabra, como para preguntar de qué se trataba. Mergy, un poco ofendido de su burla, y descontento de verse tratado de ese modo, sacó del bolsillo la carta española que había recibido la víspera y, entregándosela a la condesa, dijo:

—No dudo de que vos sepáis tanto como



yo, y sin duda comprenderéis fácilmente es español.

Diana de Turgis cogió el papel, lo leyó o aparentó leerlo, y riéndose con todas sus fuerzas, se lo dió a la dama que tenía más cerca.

—Tened, señora de Chateauvieux, leed esa cartita amorosa que el señor de Mergy acaba de recibir de su amante, y que, según dice, tiene a bien sacrificarme. Lo mejor del caso es que conozco la mano que la ha escrito.

—No lo dudo—dijo Mergy con cierta acritud, pero en voz baja.

La señora de Chat auvieux leyó la misiva y se la pasó a un caballero, éste a otro, y al poco rato no hubo nadie en la galería que ignorase el buen trato que Mergy recibía de una dama española.

Así que se calmaron un poco las carcajadas, la condesa preguntó burlonamente a Mergy si le parecía guapa la dama que había escrito la carta.

—Os aseguro por mi honor, señora, que no me parece menos bella que vos.

—¡Cielos! ¿qué decís? Sin duda la habréis visto sólo de noche; porque yo la conozco bien y... os felicito por vuestra buena suerte.

Y prorrumpió a reir más fuerte aún.

—Señora—dijo la Chateauvieux,—nombradnos esa dama española lo bastante afortunada para poseer el corazón del señor de Mergy.

—Antes de nombrarla, os ruego que digáis delante de todas estas señoras, señor de Mergy, si habéis visto de día a vuestra amante.

Mergy se hallaba azoradísimo, y la inquietud — el mal humor pintábansele en la fisonomía. Nada respondió.

—Sin más misterio—dijo la condesa,—esa carta es de la señora doña María de Rodríguez; conozco su letra lo mismo que la de mi padre.

—¡María Rodríguez!—exclamaron todas las damas riendo.

María Rodríguez era una persona de más

de cincuenta años. Había sido dueña en Madrid. No sé cómo vino a Francia ni por qué mérito Margarita de Valois la tomó en su casa. Quizás tuviera junto a sí a ese monstruo para hacer resaltar más sus encantos por la comparación, del mismo modo que los pintores trazaron en el mismo lienzo el retrato de una bella de su época y la caricatura de su enano. Cuando la Rodríguez aparecía en el Louvre, divertía a todas las damas de la corte por su aspecto entonado y su vestir a la antigua.

Mergy se estremeció. Había visto a la dueña y recordó con horror que la dama enmascarada se llamaba María: sus recuerdos se tornaron confusos. Estaba completamente desconcertado y las risas se aumentaban.

—Es una dama muy discreta—decía la señora de Turgis—y no podíais haber elegido mejor. Tiene verdaderamente buen aspecto en cuanto se pone la dentadura postiza y la peluca negra. Por lo demás, no creo que tenga arriba de sesenta años.

—¡Le habrá dado algún filtro!—exclamó la de Chateauvieux.

—¿Conque os gustan las antigüedades?—preguntaba otra señora.

—¡Qué lástima!—decía muy bajito y suspirando una damita de la reina,—¡qué lástima que los hombres tengan caprichos tan ridículos!

Mergy se defendía lo mejor que podía. Caían sobre él felicitaciones irónicas y hacía un triste papel, cuando el rey, asomando de pronto al extremo de la galería, hizo cesar de repente risas y bromas. Todos se apresuraron a alinearse a su paso, y al tumulto sucedió el silencio.

El rey acompañaba al Almirante, con el cual había conversado largo rato en su despacho. Apoyaba familiarmente la mano en el hombro de Coligny, cuya barba gris y cuyos negros vestidos contrastaban con la apostura juvenil de Carlos y con sus ropas cuajadas de bordados. Al verlos, creyérase que el joven rey, con un discernimiento raro en el trono, había escogido por favorito al más sabio y virtuoso de sus súbditos.

Cuando atravesaban la galería y todas las miradas se posaban en ellos, Mergy oyó a su oído la voz de la condesa que balbucía:

—¡No me guardéis rencor!.. Tened, no lo miréis hasta que haváis salido de aquí.

Al mismo tiempo cayó algo en su sombrero, que él tenía en la mano. Era un papel lacrado que envolvía algo duro. Guardóselo en el bolsillo, y un cuarto de hora después, así que se halló fuera del Louvre, lo abrió, y encontró una llavecita con estas palabras:

"Esta llave abre la puerta de mi jardín. Os espero esta noche a las diez. Os amo. Ya no volveré a tener antifaz para vos, y veréis al fin a doña María y

Diana".

El rey acompañó al Almirante hasta el otro extremo de la galería.

—Adiós, padre—le dijo estrechándole las manos.—Bien sabéis que os amo, y yo sé que me pertenecéis en cuerpo y alma.

Dicha esta frase volvió a su despacho, y al entrar, detúvose ante el capitán Jorge, y le dijo:

—Mañana, después de misa, vendréis a hablarme a mi despacho.

Se volvió y dirigió una mirada casi de inquietud hacia la puerta por donde acababa de salir Coligny; luego se fué de la galería para encerrarse con el Mariscal de Retz.

La audiencia particular

El capitán Jorge fué al Louvre a la hora indicada. En cuanto dió su nombre, el ujier, levantando una cortina, le introdujo en el despacho del rey. El soberano, que estaba sentado junto a una mesita, en actitud de escribir, le hizo con la mano una seña para que estuviera quieto, como si al hablar temiese perder el hilo de las ideas que a la sazón le ocupaban. El capitán, en actitud respetuosa, permaneció en pie a seis pasos de la mesa, y tuvo tiempo de pasear sus miradas por el cuarto y de observar detalladamente el decorado.

Este era muy sencillo, pues casi no consistía más que en instrumentos de caza colgados sin orden en la pared. Un cuadro bastante grande que representaba una Virgen, con una gran rama de boj encima, estaba colgado entre un arcabuz y una trompeta de caza. La mesa en que escribía el monarca estaba llena de papeles y libros. En el suelo, un rosario y un libro de horas vacían revueltos con redes y cascabeles de halcón. Un gran lebrel dormía en una almohadilla junto al rey.

De pronto el rey echó la pluma al suelo con un movimiento de furor y pronunciando un gran juramento entre dientes. Con la cabeza inclinada recorrió dos o tres veces con paso irregular todo lo largo del despacho; luego, deteniéndose de pronto ante el capitán, le dirigió una mirada de extrañeza, como si le viera por primera vez.

—¡Ah! ¡Vos aquí?—dijo retrocediendo un paso.

El capitán se inclinó hasta el suelo.

—Me alegra veros... Tengo que hablaros... pero...

Se detuvo.

(Continuará).

PACIFICO MAGAZINE

8934



SUMARIO

	Págs.
AMORES DOCTRINARIOS. . . *Joaquín Díaz Garcés.* Ilustraciones de Pedro Subercaseaux	5
EL FOLLETIN. . . . . *E. Carrère.*	25
UNA EDICION DE CLASICOS . . . . . *J. C.*	27
EL PROBLEMA DE LOS SUBMARINOS. *Capitán Fontibre.*	29
UN PINTOR DE LA MUJER. . . . *Ginés de Alcántara.* Con ilustraciones	30
COMO UNO DE LOS "SEISES" LLEGA A SER UN GRAN TENOR. . . . . *Juan Godoy.* Con fotografías.	39
ACTIVIDADES FEMENINAS. . . . . *Angel Pino.*	47
LA ULTIMA EXPOSICION DE FLORES DE PARIS.	53
RUBEN DARIO Y SUS FUNERALES. *Antonio Bórquez Solar.* . . . . . Ilustraciones fotográficas	55
UN VIAJE DE EXPLORACION. *Tulio Banderas Lebrun.* . . . . . Con ilustraciones fotográficas	63
EN BUSCA DEL ORO. . . . . *Ramondriag.* Ilustraciones fotográficas	73
EL MONSTRUO. . . . . *Vicente Blasco Ibáñez.* Dibujo de Bartolozzi.	84
DE BOGOTA A LA PATAGONIA Y A LA TIERRA DEL FUEGO. . . . . *R. Reyes.* Ilustraciones fotográficas	89
NUESTRO FOLLETIN.—LA HISTORIA DE UN HUGONOTE. . . . . *A.* Con ilustraciones	97

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

AGENTES Y COMERCIANTES GANAN DINERO



negociando con nuestro extenso surtido de **Amplificaciones de Retratos al Cleo, Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniatures, Convexas,** etc., etc. Así como con nuestras **Oleografías, Acuarelas tomadas de Natural, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas Postales, Molduras, Marcos, Objetos de Arte** y varias otras **Novedades.**

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese país. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancías. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

CONSOLIDATED PORTRAIT AND FRAME CO.

1029—Dept. K. 9 W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

Este Libro es Gratuito

UNA REVELACION DE LOS MISTERIOS DEL HIPNOTISMO Y EL MAGNETISMO PERSONAL

Sr. Herbert L. Flint, uno de los hipnotistas mejor conocidos en el mundo, acaba de publicar un libro notable sobre el hipnotismo, el magnetismo personal y el saneamiento magnético. Constituye en mucho el tratado más maravilloso y comprensivo del género que jamás ha sido publicado. El Sr. Flint ha decidido distribuir por un espacio limitado de tiempo una copia gratuita a cada persona que se interese sinceramente por estas ciencias maravillosas. Este libro está basado sobre la experiencia práctica por muchos años de un hombre que ha hipnotizado a más gente que otra persona sola cualquiera.

Ahora Ud. puede aprender los secretos del hipnotismo y el magnetismo personal en su propio hogar libre de costo.



El hipnotismo fortalece su memoria y desarrolla su voluntad. Vence la timidez, revivifica la esperanza; estimula la ambición y la determinación de tener buen éxito. Le inspira aquella confianza en sí mismo que le pone en estado de convencer a la gente de su verdadero valor. Le da la llave de los secretos íntimos del dominio de la mente. Le pone en estado de dominar los pensamientos y acciones de otros. Cuando Ud. entienda esta ciencia importante y misteriosa, Ud. puede implantar sugestiones en el espíritu humano que serán obedecidas en un día o en un año de aquí. Ud. puede curar malos hábitos y enfermedades en sí mismo y en otros. Ud. puede curar a sí mismo de insomnia nerviosidad y preocupaciones domésticas o de negocios. Ud. puede hipnotizar a personas instantáneamente, con la mera mirada de los ojos, sin el conocimiento de ellos e influirlos poderosamente a obedecer su voluntad. Ud. puede desarrollar a un grado maravilloso cualquier talento musical o dramático que Ud. pueda tener. Ud. puede aur entar sus poderes telepáticos o clarovident . Ud puede dar entretenimientos asombrosos y divertidos. Ud. puede ganarse el amor y la amistad perpétua de aquellos que Ud. desea. Ud. puede protegerse contra la influencia de otros. Ud. puede tener buen éxito financiero y ser reconocido como un poder en su comunidad.

Este libro de Flint le enseñará cómo aprender el secreto de alcanzar estas cosas. Sr. Flint es el hipnotista más eminente y mejor conocido en el mundo. Ha aparecido ante millares de auditorios. El cumplirá fielmente cada promesa. Si Ud. desea una copia de este libro gratuito, sólo necesita mandar su nombre y dirección en una tarjeta postal—ningún dinero—al Sr. Herbert L. Flint, Dept. 2256—C. Cleveland, Ohio, E. U. de A. y el libro le será enviado a vuelta de correo, porte pagado.

Tenga cuidado en poner el franqueo suficiente sobre su carta e incluir la misma cantidad de timbres postales en su carta.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DE LAS REVISTAS EDITADAS POR LA EMPREZA ZIG-ZAG

	1 año	6 meses
Zig-Zag, semanal, aparece los Sábados	$ 22.50	$ 11.50
Familia, mensual, aparece a principios de cada mes	10.00	5.50
Pacífico Magazine, mensual, aparece a fines de cada mes	10.00	5.50
Corre-Vuela, semanal, aparece los Miércoles	9.00	5.00
El Peneca, semanal, aparece los Lunes	4.50	2.50
Las cinco revistas	52.50	27.00
La Agricultura Práctica, mensual, aparece a mediados de cada mes	10.00	5.50

Al Extranjero por un año, incluso franqueo:

Zig-Zag	$ 36.00
Familia	14.00
Pacífico	16.00
Corre-Vuela	16.00
El Peneca	8.00
La Agricultura Práctica	16.00

Por seis meses, la mitad de estos valores.

Para pedidos dirigirse acompañando valores en letras de Banco, giros postales o telegráficos.

LAS REVISTAS EDITADAS POR LA EMPRESA ZIG-ZAG son las que han alcanzado mayor circulación dentro y fuera del país, por sus espléndidas informaciones y excelente material de lectura y gráfico.

EMPRESA ZIG-ZAG, Casilla 84-D. SANTIAGO.



...la obligación de la tertulia en casa de don Prudencio Gorigoitia...

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. VIII.—Santiago de Chile, agosto de 1916.— N°44 | — Que mañana

Amores doctrinarios

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Las dos de la tarde del mes de abril. Verano rezagado de Santiago, algo menos somnoliento a la hora de la siesta, que veinte o treinta años atrás. Pocos transeuntes pasaban a esa hora, sin embargo, por la calle del Estado, cerca de la Alameda. En la vecindad de un gran álamo, precursor allí de los otros que se alineaban en el paseo, había una acumulación de pueblo haciendo círculo como en las riñas de entonces y en las ventas de los farsantes callejeros de hoy. Un motero, en fraternal compañía con el heladero tradicional, habían aprovechado la extraordinaria concurrencia de ese punto, para ofrecer su mercadería refrescante a los secos gaznates. Había quienes preferían los helados de canela; pero otros recordaban que la tradición climatérica prohibía tomar otro refresco que mote con huesillos pasado el 15 de marzo. Ambos aprovechaban la acequia, que corría a tajo abierto bañando las vetustas raíces del álamo solitario, para lavar unos sus tazas de loza y el otro su cucharón de palo de naranjo y su copa de burdo vidrio. De una casa de altos con solana a la antigua se asomaban mujeres curiosas; señoras unas y sirvientas las otras, a juzgar por el color de los rostros, más cobrizo el de éstas, pues los peinados eran idénticos y las ropas no muy diferentes. Era la hora de la siesta, como lo hemos dicho, y las damas jóvenes dejaban ver algo más que las gargantas llenas y el arranque de los robustos pechos habituados de tradición a larga lactancia maternal. Un canónigo de verdosa sotana, que venía leyendo su breviario en camino hacia la Catedral, se había parado allí para conversar y saber lo que ocurría. Era, sin duda, un acontecimiento raro en la vida de la ciudad, aunque a juzgar por el ruido de herramientas en el piso de la calle podía creerse que se abría simplemente un pozo. —Son los del entierro,—dijo el médico que pasaba en su caballo tordillo, deteniéndolo ante el canónigo y un caballero todo rapado y envuelto en capa española con vueltas de terciopelo granate.—Son los del entierro, que pidieron permiso al señor Tocornal anoche para comenzar de alba una excavación. Parece que hay aquí no menos de mil onzas narigonas.—¿Onzas?—preguntó con incredulidad el caballero.—¡Tiempo perdido, don Bernardo! Las onzas hay que ganarlas real a real, ¿no es cierto?—¡Qué me cuenta a mí, señor don Ignacio, que me he quemado las cejas estudiando el cuerpo humano y la farmacia universal y ahora me sale un brujo alemán que viene a curar con píldoritas del tamaño de

la cabeza de un alfiler!—Sí, ya sé, el doctor Bruner que se ha puesto en la calle del Chirimoyo frente a la de Arredondo.—Pero lo de este entierro tiene historia...—¿Quiénes son los que abren el hoyo?—preguntó el canónigo bajando la voz para no ser oído.—Hay un extranjero, tendero de la calle de la Nevería, junto con dos chilenos que han encontrado unos papeles, con plano y todo. Aquí hubo una casa algo más salida y quedaba el zaguán sobre este sitio. Pudo realmente enterrarse algo.—Yo digo,—pronunció con voz sentenciosa el caballero de la capa,—que cuando enterraban oro hacían el plano y cuando lo desenterraban olvidaban de romperlo.

El doctor encontró que había hablado el buen sentido y, haciendo un movimento con sus talones, puso en marcha el tordillo y se llevó la mano al sombrero para despedirse. La campana de la Catedral sonaba al coro y el canónigo saludó también y caminó hacia la plaza. La acumulación quedó bastante apretada siempre, en torno de los excavadores, de los cuales nada se sabía, como no ser los golpes de barreta y las paladas de tierra hacia afuera. El pueblo estaba conmovido y creía a pie juntillas en el entierro. No de otro modo podía explicarse que todas las noches durmiera un chuncho en el álamo vecino y cantara tres veces a la oración.

El llamado don Ignacio representaba cincuenta años; pero, seguramente, había cumplido sesenta, pues su rostro, un tanto apergaminado y la ausencia de barbas y bigotes era de aquellos que guardan el secreto de la edad. Caminaba cercano a las murallas sin dar de frente la mirada a los que iba encontrando y, cuando alguien le dirigía la palabra miraba de soslayo. Fama de hipócrita tenía y de muy ducho para los negocios. Era de aquellos que, en compañía afortunada, sacaba la mejor parte de la ganancia y que en sociedad fracasada, era el liquidador o el rematante de los créditos. No daba consejos a nadie y profesaba como norma de conducta aquel dicho de los viejos: "demasiado bueno es este negocio; no me conviene". Así, ningún trapalón de los que venían abundando con la prosperidad del cobre y de la plata, alto precio del primero y ricos yacimientos descubiertos del último metal, se acercaba a don Ignacio, pues lo encontraban demasiado buen contador. El quedaba libre para escoger el campo de su actividad que nunca cesaba, durmiendo con un ojo abierto cuando era fuerza reposarse. No tenía oficina ni rincón alguno donde tratar negocios; hacíalo en la calle, en la notaría o en la tienda de un amigo donde hasta el papel, la tinta y los testigos eran gratis. Cuando le proponía alguien una ocasión de ganancia que al mismo tiempo lo tentaba y daba desconfianza, se retorcía siempre hacia el lado contrario de su interlocutor, riéndose como si le hicieran cosquillas. El señor Ossa lo había convidado esa mañana para poner capital en su Banco y don Ignacio levantaba los brazos más arriba de su cabeza y tornado hacia un rincón en la calle decía: "Es mucho honor, es mucho honor" y se reía con una especie de quejido tenue. Si no quería hacer algo, no lo decía nunca con franqueza; escabullía el cuerpo como una serpiente; pero ¡ay de los que se le ponían por delante cuando quería realizar una empresa, comprar un bien, llevar a efecto una especulación!

Mientras se iba acercando más al centro, bajando de la vereda a cada paso por los numerosos escombros de edificación que interrumpían por entonces el tránsito fácil de algunas calles, el caballero encontraba mayor movimiento. Al enfrentar la botica de Bustillos, divisó que venían en sentido contrario dos jóvenes tomados del brazo. Vestían ambos con afectada elegancia y uno traía las manos enguantadas de cabritilla gris perla y ostentaba un ramillete de jazmines blancos en la solapa de la levita color guinda seca. Su compañero traía los guantes en la mano y saludaba protectoramente tirando a cada rato, con afectación, un sombrero de copa alta color plomo. Don Ignacio sentía escándalo e irritación por estos mozalbetes hijos de ricos, que no trabajaban en nada y volvían de Europa insolentes y altaneros, llenos de doctrinas nuevas, encontrando malo todo lo de su país, cortejando a las mujeres en los paseos, fumando en la cara de sus mayores, perfumados con esencias finas y jabones de olor, enguantados como artistas y hasta con anillos y piedras en los dedos. Esta vez quiso atravesar de prisa la calle para escapar del saludo y además porque notó que los muchachos venían sonriendo a una desconocida muy emperifollada que venía por la opuesta vereda y que, seguramente, no podía ser otra que una artista de la compañía lírica recién

llegada. No tuvo tiempo, sin embargo. Los muchachos, conociendo sus intenciones, se acercaron sin darle tiempo a más vacilaciones y con profunda reverencia y sombrero en mano le saludaban.—"Albricias",—mi señor don Ignacio,—dijo el enguantado, que tenía grandes y vivísimos ojos negros y una sonrisa realmente amable, que desarmaba las iras provocadas por su brillante traje. Don Ignacio pensó que se trataba de darle la noticia de la muerte de su hermana moribunda, a la cual se sabía deseaba heredar y tuvo el ademán de asombro y de protesta en la pupila de sus ojos; pero él agregó luego: "—Se le acaba de elegir entre los directores del Porvenir de las Familias. ¡Y le advierto que ha quedado derrotado mi tío!" Dió las gracias visiblemente satisfecho el caballero y después de porfiar reverenciosamente con los jóvenes para darse paso, como era la costumbre, se desprendieron éstos del viejo y cada cual siguió su camino. Pocos pasos más adelante dió vuelta la cabeza para ver si continuaba la italiana sonriendo a los mozalbetes; pero las siluetas se confundían ya a la distancia y se perdían en medio del público que iba aumentando.

Los dos jóvenes eran realmente ricos, ociosos hasta cierto punto; pero escandalosos sin duda alguna. El del sombrero plomo no hacía otra cosa que divertirse y gastar su dinero; pero el de la levita color guinda seca y guantes gris perla, que venía llegando de Europa, era periodista y candidato a diputado del Gobierno. Buenos mozos a las derechas tenían peor reputación que la merecida. Como ocurre en todo lugarejo o aldea, el aburrimiento y la tontería de los demás hacen la diversión de los menos, y éstos se dedican a escandalizar a aquellos. Así, nunca ha faltado en esta nuestra aldea con ínfulas de metrópoli, una familia o un grupo de familias,—hombres unas veces, mujeres otras. —que se han dedicado a darse mala fama a sí mismos estimulando la maledicencia y la envidia ajenas con estudiados sucesos. Para Andrés Echazoneta y Vicente de la Plaza eran en ese momento las miradas de las damas, las críticas de los varones y la admiración envidiosa de los antiguos compañeros. No desperdiciaban ocasión para hacer con estudio algo diverso de los otros. Vicente de la Plaza gastaba en ésto la conciencia más escrupulosa; creía de buena fe que era educativa la tarea que se habían propuesto. A fuerza de demostrar independencia y desprecio por el qué dirán, tirano y déspota sangriento de la ciudad en ese año de 1857, otros al verlos todavía vivos y con situación social, se tentarían a seguir el ejemplo y tarde o temprano la ciudad se alegraría un poco. "Ya bosteza, ya bosteza", exclamaba al oir esta teoría Echazoneta,—y no bosteza para dormirse de nuevo sino para despertarse." Vicente exponía por todas partes sus ideas. Su ideal habría sido obtener de la más hermosa y elegante señora de Santiago que se decidiera a aceptar su compañía para salir en su nuevo coche, el primer **coupé** que llegaba a Santiago. Con una señorita, el escándalo sería menor. "¿Encuentra usted algo malo en ésto, preguntaba a una de sus primas, cuando vamos con recta intención nada más que a provocar la griteria de la gente?" Eso, precisamente, encontraba de malo la prima: echarse la sospecha sin motivo alguno. No faltaría alguna que, por no dejar penar a un suspirante, fuera capaz de aceptar el motivo sin dar lugar a la sospecha.

Apenas se habían alejado los dos jóvenes de don Ignacio, encontraron en la misma vereda al señor Plata, que buscaba erogaciones para la estatua de Portales. "—Corra usted, don Fernando, le gritaron, que se le van diez onzas a lo menos. Don Ignacio Urra acaba de heredar a doña Manuela su hermana". "—Dios la tenga en su santa gloria,—dijo el de la colecta,—era buena y no gastó mucho en su vida." "—Y no dilapidará nada don Ignacio. Y, a propósito, ¿sabe usted lo que significa **ur** en las montañas vascas?—No, señor, no lo sé.—Pues significa avaro. ¡Y sabe usted lo que significa **ra**... abreviación de rapaz. Urra significa, pues... —Urraca, interrumpió Andrés, que ya sabía el juego de su amigo y su afición a suponerles significaciones a los apellidos vascos... o a inventarlas cuando no había ninguna.—Significa lo que es, prosiguió fríamente Plaza. Pero, corra usted don Fernando, que pierde las onzas." Don Ignacio se había quedado cerca del Portal de Sierra Bella contemplando un edificio en construcción y diciendo a media voz, para explicarse la solidez de las murallas: "Plata de Chañarcillo!"—Cuando divisó a don Fernando que venía libreta en mano y, como nadie igno-



...y trataba de ocultarse tras de la ancha y maciza pilastra; pe



llegaban a sus oídos las frases vibrantes del predicador....

raba el hecho de la subscripción, apretó el paso, se metió al portal y se coló de rondón en un almacén de paños.

Como el canónigo iba al coro, don Ignacio tenía a esa hora la obligación de la tertulia en casa de don Prudencio Gorigoitía, que llegaba a las tres de vuelta de la Corte Suprema. Lento, perezoso, obeso, untuoso, manso, aprensivo, tímido, de afables maneras y de lenguaje florido y rebuscado, a primera vista el señor Gorigoitía parecía un presbítero que acababa de arrojar la sotana a las ortigas. Especialmente cuando cruzaba sus manos gordas e infladas sobre el gran vientre, y hacía girar en sentido contrario los pulgares sonrosados, y elevaba sus azules ojos al cielo, esperando la réplica del interlocutor, se comprendía la veneración de su clientela de señoras viudas, en el dintel de la terminación del sexo, que le consultaban sobre sus intereses materiales y a veces espirituales. Don Prudencio tenía frases que producían un inmenso consuelo en esas jamonas que luchaban con los primeros síntomas de la vejez y que se abochornaban sin motivo hasta ponerse rojas como betarragas a consecuencia de las perturbaciones de la edad. El viejo juez tenía modos sacerdotales y no carecía de mundo, con lo cual unía al requiebro perezoso de los crepúsculos, promesas de felicidad espiritual. Había heredado a un pariente lejano del Paraguay y conservado allí ciertos intereses, por lo cual un administrador le mandaba la mejor yerba mate de la ciudad. De su hacienda de Batuco le remesaban carretadas de leña y carbón de espino para los braseros, entre los cuales el de plata del salón era famoso por haber pertenecido a un tesorero de la Santa Cruzada, que vivió a mediados del siglo XVIII. El mate en leche, a las cuatro de la tarde, unido al buen fuego, a la conversación quejumbrosa de amigos viejos y a la expectativa de encontrar a antiguas amigas que se trataba con disminutivo, la Rosarito, la Juanita, la Consuelito, y que no pretendían otra cosa que las encontraran todavía jóvenes, eran elementos suficientes para formar una tertulia.

Esa tarde, don Ignacio fué recibido con la noticia, ya conocida, de su elección de director del Porvenir de las Familias. Las familias podían estar tranquilas, pues si el viejo Urra manejaba sus intereses como había manejado los suyos, las onzas se triplicarían. Rodeaban el brasero, don Trifón ensayador de la Casa de Moneda, con su popular y grandioso coto, don Javier Torreblanca minero enriquecido en Chañarcillo, que pretendía una senaturía y le hacía la corte al Gobierno, don Prudencio el dueño de casa, don Fernando Fuenzalida, también cotudo, ex-Ministro y permanente candidato a serlo y dos senadores efectivos, los señores Vega y Venegas, que apenas sabían leer y escribir, que rara vez hablaban, en forma de sentencia, y que tenían la más alta idea de la investidura parlamentaria, agricultores ambos, el uno de Colchagua y el otro de Aconcagua. Si estos dos senadores se hubieran encontrado en Roma en el momento de la invasión de los galos, habrían quedado inmóviles en sus sillas curules hasta que les hubieran tirado de las barbas y atravesado a puntazos. Tenían la dignidad del silencio, la gravedad del vacío, la soberbia inexpugnable de la ignorancia. Cuando don Ignacio dejó su sombrero en una mesa y se acercó al grupo, se hablaba de la edificación.

—Realmente,—decía Gorigoitía,—que los enriquecidos con facilidad están condenados a empobrecerse con rapidez. No me digan ustedes que las casas hechas en una calle tan apartada del centro como de la de Bandera van a poder venderse mañana por la mitad del precio que han costado.

—Dinero sacado de un hoyo,—interrumpía sistemáticamente don Ignacio.

—Sí, señor, de donde ha salido casi todo el que circula en Chile,—defendía don Javier.

—Y no son casas de adobes sino de ladrillos con cimiento romano. Eso cuesta.

—Pero, como ahora ya no se trabaja y parece que no costara ganar el dinero.

—Y no hay respeto por la religión ni nada... Habrán leído ustedes en la Revista Católica la maravillosa conversión del chino Akoi-Tim, que estaba en casa de un protestante... Todo el mundo debía reconocer este acto de civilización cristiana y en cambio se presta a ataques.

—Pero, si en "El Ferrocarril" de hoy se cuenta la verdad,—interrumpió don Javier, que era el más liberal de la reunión.—No

hay tal protestante. Era la casa del doctor Blest donde estaba el chino, y se había querido bautizarlo. Los clérigos se atribuyen un gran triunfo...

—Y lo es; sí, señor, que lo es, decía pausadamente don Prudencio. Traer a un chino a la verdadera religión es una victoria. Y ésa es la rabia de los enemigos. Ese "Ferrocarril" es un diario excomulgado, ataca la religión.

—Más que a la religión a ciertos clérigos, —observó Torreblanca.

—Eso dicen para poder hacer daño impunemente.

Cuando la conversación tomaba giro religioso, la política quedaba olvidada. Don Ignacio prefería oir los chismes del día. Aprovechó la ocasión para hablar de la relajación de las costumbres que interesaba mucho más a los viejos.

—¡Han visto ustedes el aviso de Barrios Hermanos, en que ofrecen una agua para teñir el pelo de las mujeres! ¡Qué abominación! Hay ya quien era morena y se ha convertido en rubia.

—Pero ¿y qué dicen del famoso cupé, en que, si entran un hombre y una mujer, tienen que ir pierna con pierna!

—Pero irán siempre matrimonios...

—Es de esperarlo; pero ¿y en caso de que no sean casados!

—Si ya suben juntos,—dijo don Javier,—es porque no necesitan de más.

—No, señor; no, señor; eso no es moralidad. El lujo es lo más corruptor que puede presentarse en una sociedad que se descristianiza.

—Hoy he visto dos mozalbetes, hijos de buenos padres sin embargo, que sonreían de una vereda a otra con una artista de estas italianas de la ópera.

—¡Oh! ¡Si todo va por el estilo! Y hay ridiculeces perfectamente incomprensibles. Un señor Bouquet ha establecido baños de invierno en la calle de la Merced. ¿Para qué baños en el invierno! Esa es relajación, sensualidad.

Los señores Vega y Venegas sonrieron levemente; pero movieron sus cabezotas con vigorosos signos de asentimiento.

—¿Y esta dama o madama francesa, llamada Lora Fanenil!... ¡Lora!

—Lora es Laura, don Prudencio, se escribe ele, a, u, ere, y e que es muda: Laure.

—Bien, Lora o Laura tanto da. Se ha situado frente a la casa del señor general Campino y se ve cómo entran allí las señoras de algunos caballeros, que están completamente quebrados, para hacerse vestidos de terciopelo de bermiyón, de moaré, de tisú, de seda y hasta de pequín, todo lo cual vale una barbaridad. Ya no hay vergüenza.

—Y las señoras se prueban en corpiño y enaguas.

—¡Qué barbaridad!

Los senadores se ríen esta vez estrepitosamente.

—¿Y qué me dicen de la carta de don Federico Errázuriz que ha aparecido hoy en el diario!

Un momento de silencio reinó en la sala llena de humo de los cigarrillos de hoja y de olor a azúcar quemada. La pasión política era muy fuerte. Todos miraron a los senadores; pero éstos pusieron caras de calabazos y se quedaron con los labios muy apretados para no dejar salir palabra. Su discreción era admiradísima. Los llamaban "las cajas de fierro".

—La verdad es,—dijo don Prudencio,—que don Federico la ha errado al aludir al señor Aristegui, diciendo que era el único miembro de la Comisión Conservadora que se había abstenido de atacarlo cuando se le quitó el fuero de diputado...

—Y "un amigo de Aristegui", que si no es el mismo canónigo, le pasa raspando, dice en el diario toda la verdad. Si Aristegui no votó fué porque el delito de revolucionario merece pena capital a su juicio y él como sacerdote no puede intervenir en estas cosas...

—Y Errázuriz amenaza con irse del país...

—Que se vaya, pues.

La conversación tomó entonces mucho vuelo. Y cuando comenzó a obscurecer y los dos senadores se pusieron de pie, cada cual buscó su sombrero para salir.

Afuera, llegaron poco a poco al portal, donde numeroso público se paseaba discurriendo entre las tiendas y puestos de fruta. El boticario Mongiardini, un joyero alemán, y el francés Lapostol conversaban viendo pasear aquella gente, sobre los buenos negocios y la mala política. Era la preocupación de los extranjeros ver toda esa enorme intensidad de vida en discutir las cosas del otro

mundo y una indiferencia general por los grandes ferrocarriles que el Gobierno iba impulsando, aprovechándose de su mayoría servil en el Congreso, que es la única que ha servido para hacer adelantar este país. —Parece ésta una de esas viejas ciudades francesas,—decía Lapostol,—en que se reunían concilios. "El Ferrocarril" se ocupa de debatir el problema de la Santísima Trinidad; los políticos, de hablar en favor o en contra del arzobispo; las mujeres, de defender al señor Gómez con sus pláticas exaltadas; y la juventud, de atacar a éste. Si no fuera por la plata y el cobre estaríamos bastante mal. —Y nadie estudia, entretanto,—replicaba el alemán,—la razón por la cual se está exportando la moneda de plata y los medios que habría para detener este perjuicio.—Estos señores tienen la culpa.—dijo entonces Mongiardini en voz muy baja, mostrando a los viejos de la tertulia de don Prudencio, que avanzaban solemnemente, de dos en dos, Vega y Venegas a la punta.—La esperanza puede venir de estos otros, dijo en seguida, al divisar a Andrés, Vicente y otros jóvenes alegres, que caminaban detrás diciendo en coro como una letanía: "Visto gli articoli, —del protocollo—che ci comandano—fino al midollo,—inalterabile—il nostro amore—pel vicinissimo—perdonatore,—che nei patiboli—dell'Ungheria—che negli ergástoli—di Lombardia,—nelle umanissime—fucillazioni—diedi un essempio—de suoi perdoni."—¿Qué dicen?—Son unos versos que publicó ayer el diario y que han recitado los milaneses con motivo de la visita del Emperador Francisco José a Milán. Parece que los van diciendo en homenaje a esas chicas de la compañía lírica que van adelante.—¡Ya! ¿Y tiene usted esperanza de esos nuevos retoños?—No lo creo yo,—dijo Lapostol,—son teólogos también y ya verá usted cómo este país se hunde en teología. Quien lo hereda no lo hurta.

Dos mujeres de manto, altas, robustas, con los moños muy subidos bajo la espumilla negra que les ceñía los cuerpos de amazonas, pasaron saeteando con enormes ojos négros. Los senadores Vega y Venegas se tocaron con los codos y siguieron con gran solemnidad.

Don Javier había salvado de una pobreza vergonzante a la última nieta de uno de esos marqueses hechos en la colonia "por cuanto vos contribuistels con la suma de tantos pesos". Pero doña Pastoriza creía ser la protectora del minero del norte, porque le daba relaciones en Santiago con gente del Gobierno, clérigos y religiosos de influjo. Devota, con esa devoción pagana que consiste más en prender velas, arreglar andas, asistir a tomas de hábito, enviar tortas de almendra al confesor, que en la verdadera caridad y en el sacrificio que imponen la práctica ferviente de la fe católica, doña Pastoriza representaba a la señora de Santiago, que creía en la persecución a la iglesia e interpretaba ciertas reformas civiles, entre ellas la supresión del fuero eclesiástico, como el atentado más fundamental contra su religión. Tenía mucha culpa en esto don Dámaso Gómez, el activo propagandista de la lucha religiosa, que exclamaba siempre entre dos chupadas del cigarrillo: "Tendremos que bajar de nuevo a las catacumbas como los primitivos cristianos". Don Dámaso había nacido para la lucha y amaba la lucha. Decía entonces a sus hermanos de fe, lo mismo que dicen ahora los radicales cuando se preconiza un trabajo de unión nacional en favor de los progresos materiales del país: "La lucha religiosa permite deslindar los campos, ejercita las fuerzas vivas de la opinión; no sólo de pan vive el hombre sino de la palabra de Dios". Gran observador y psicólogo, dentro de una sencillez realmente infantil, había descubierto que la religión de los chilenos era superficial. "¡Qué van a salir santos—decía en sus momentos de exaltación;—de este pueblo de mestizos! Para ser santo hay que ser muy fino". Pero, esa misma superficialidad había que aprovecharla, para que las nuevas generaciones fueran más religiosas en el fondo. En sus pláticas organizaba el cielo, el infierno, el purgatorio, el limbo, la oración y la gracia, en forma administrativa. Dios llevaba libros por partida doble y anotaba en forma las buenas y las malas obras, haciendo un balance semestral de cada individuo, muy prolijo y bien impreso. No bastaba la oración verbal; era conveniente la escrita, y escrita en forma epistolar, encerrada en sobre, con franqueo y buzón. De allí vino su idea llamada popularmente el Buzón de la Virgen y que Vicente de la Plaza había aprovechado para llamar a don Dámaso Gómez en uno de sus artículos de "El Ferrocarril", "el administrador de correos de la Santísima Virgen".

Estas salidas de Vicente lo habían colocado en mala situación ante don Dámaso, que lo llamaba "incrédulo" y la señora Pastoriza, que odiaba sus ideas modernas, sus costumbres y hasta su figura de **dandy**. Pero Vicente era conservador, amigo profundo del Presidente y un tanto adverso al arzobispo Valdivieso que, hasta cierto punto y sin darse cuenta, capitaneaba el movimiento liberal.

La época era de lucha feroz entre lo antiguo y lo nuevo. El Gobierno era patronatista y conservador; el jefe de la Iglesia liberal, sinceramente religioso, subordinaba la política a la fe. La riqueza de Chañarcillo, el alza del cobre, la navegación, el comercio, los Bancos, substituían una clase de nuevos ricos a los antiguos agricultores rutinarios. Los adobes caían por todas las calles al golpe de la picota demoledora y surgían las casas de cal y ladrillo. Un teatro municipal coronaba sus muros, para substituir a los barracones. Los ferrocarriles resistidos como ruina fiscal, iban descubriendo al público los campos de riqueza en la valorización de la propiedad. El clero libraba una batalla arrogante; pero reconocía en el fondo que debía cambiar de armas y de terreno.

Don Dámaso predicaba como los antiguos oradores italianos, paseándose en el púlpito, con mímica expresiva y ardorosa, con grandes gritos y una curiosa mezcla de argumentos sublimes y vulgares. Se recordaba todavía que, describiendo el cielo, lo había pintado como "una enorme llanura verde", lo que hacía pensar lo de aquel título de un libro de piedad de la decadencia del gusto en España, del gongorismo, "Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo". Es verdad que debía adaptarse al medio y que, aún así, estaba distante del señor Irarrázaval, que llamaba a Dios "el tata de los costinos".

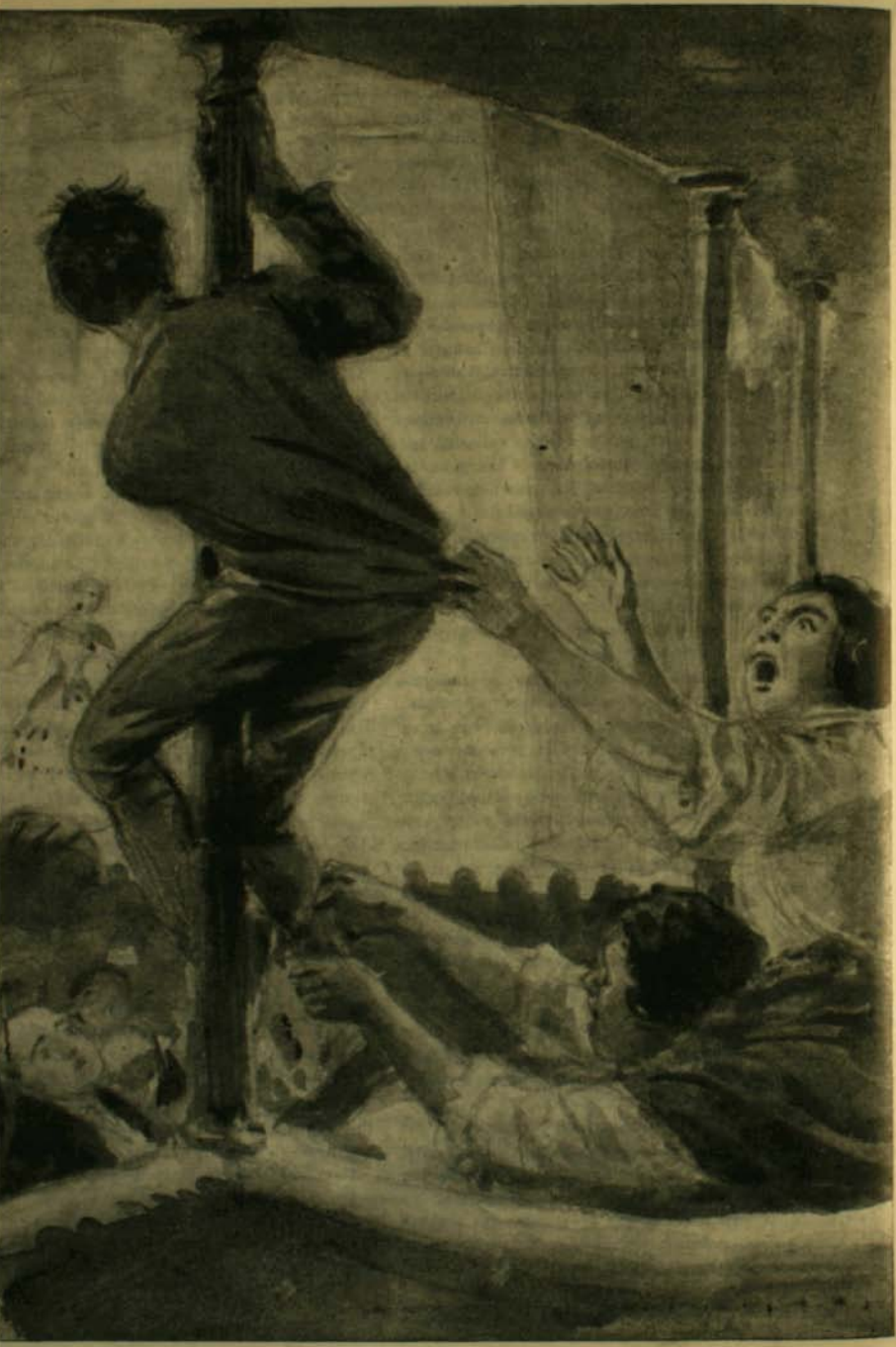
El señor Gómez predicaba por las tardes en San Francisco, y era ésa una hora propicia para Vicente, pues doña Pastoriza concurría sin falta alguna a Elvira.

De la Plaza se separó en el Portal de sus amigos, precisamente para tomar la calle del Estado y correr de prisa a la distribución religiosa en la cual podía ver a la niña. No tardó en encontrar sus ojos, entre las muchas que se levantaron para ver al joven que se acercaba, en puntillas. Don Dámaso también descubrió a su adversario. ¡Con que aquí tenemos en cuerpo y alma al autor de las burlas irrespetuosas de "El Ferrocarril"! Pues, fuego contra él.

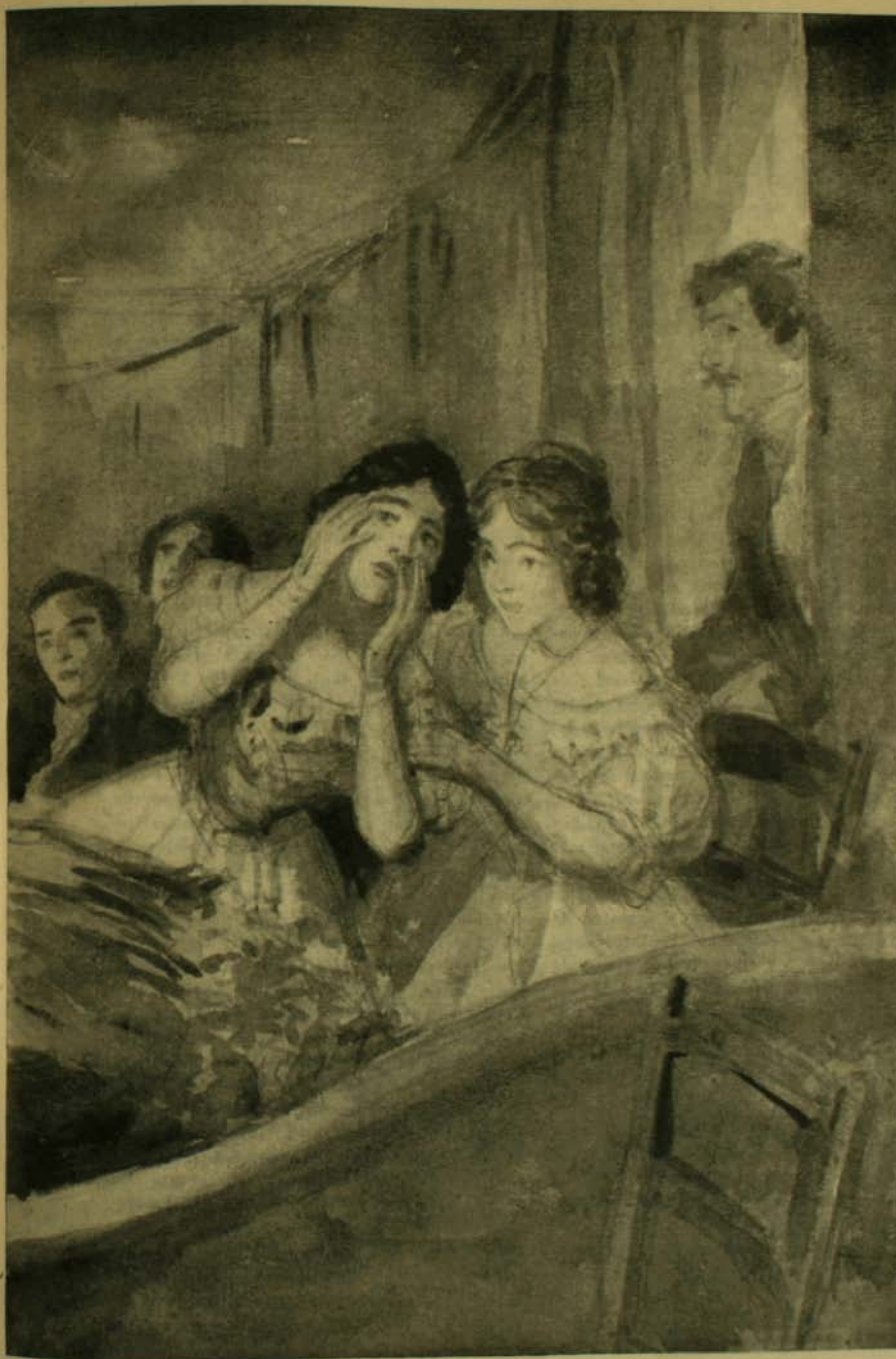
"No os dejéis sorprender, hermanos míos, por las novedades del siglo, frivolidades de la materia y del espíritu, afeites ridículos e ideas falsas, importaciones de la metrópoli del vicio, que, como Sodoma, Gomorra y Endor, va a arder en el fuego para purificarse del pecado. La prensa impía, que se dice cristiana y al mismo tiempo enemiga del clero, trata de introducir funestas divisiones en la grey. ¡Ay de los que oyen las voces del lobo y se separan del rebaño, porque serán devorados! Es necesario que el hogar cristiano se defienda de estos enemigos que tratan de sitiarlo para apoderarse de su felicidad y de sus bienes, es decir, de sus virtudes espirituales y de su fuerza material. Debemos defender la fortuna acumulada por los viejos que han hecho la gloria de esta invicta República; debemos defender la religiosidad de sus mujeres, digna de admiración en el mundo entero. El Santísimo Padre, Pío Nono, que estuvo entre nosotros antes de ser exaltado al trono pontificio, recuerda siempre la virtud de las chilenas y la pone como ejemplo a la nobleza romana. No entreguéis vuestras hijas a estos jóvenes del día que llenos de fatuidad e ignorancia han aprendido idiomas extranjeros para aprovecharse de los vicios extraños y no de sus virtudes. No necesitamos de esta plaga moderna de afeminados que compiten con las mujeres en ceñirse el talle y en usar perfumes y telas finas. Hay que defenderse de este nuevo azote de la sociedad."

Los ojos almendrados de Elvira corrían fugaces para mirar a Vicente tan directamente aludido por el predicador. Los de éste correspondían la alusión con benevolencia. De la Plaza comprendía perfectamente que don Dámaso estuviera airado con su presencia en el templo y trataba de ocultarse tras de la ancha pilastra maciza. Pero llegaban hasta sus oídos las frases vibrantes del predicador que lo asaeteaba con palabras de fuego.

Cuando el pretendiente de una mujer es de primera calidad (en un pueblo pequeño se entiende), todos los rumores del vecindario y de la parentela tienden a hacer imposible el matrimonio. Se comprenderá fácilmente có-



...Se escupió ambas manos, y, antes de que nadie lo pudiera



vitar, se trepó por un pilar de fierro del palco

mo llegaban a los oídos de don Dámaso Gómez y de doña Pastoriza Landa los rumores sobre la conducta de Vicente. Ya se sabía que don Ignacio Urra había sido escandalizado por el comportamiento del joven que iba recibiendo y devolviendo sonrisas en la calle con una artista de la compañía lírica, lo que era como significar al demonio. Porque, no habría fuerza humana que pudiera convencer al señor Gómez y a la señora Landa que la Ida Edelvira, soprano de la compañía que iba a estrenar "Rigoletto" en pocos días más, fuera una honestísima dama, alegre, eso sí, pero unida en legítimo y fidelísimo matrimonio con el señor Guglielmini, tenor de la **troupe**. Una mujer que salía en las tablas, vestida de fantasía, pintada hasta las manos, tenía que ser una perdida arrojada del hogar y maldecida por sus padres.

Cuando la concurrencia de San Francisco se diseminó en la Alameda, Vicente acudió a ver el fin del famoso entierro de la calle del Estado, donde todavía bullía a lo menos un centenar de personas que comentaban con agitación lo sucedido. Los exploradores, que habían comenzado a las dos de la mañana, estaban sentados en la orilla de la vereda, en mangas de camisa aún, lamentándose de los gastos hechos e inculpándose mutuamente del fracaso. "—La culpa la tienes tú por haberle creído a la perra de la Juana, que te dijo había visto los papeles y no te los mostró.—No, señor; los papeles los vimos todos; pero con las copas y el alboroto no quisimos entrar más a fondo .—Pues me pagarán ustedes lo gastado.—¡Esa si que es gracia! ¿No quería más el caballero? Cinco onzas para la estatua de Portales que nos cobró el señor Intendente, cuatro peones, y los cincuenta pesos que le dimos a la Juana. ¡No faltaba más! Hemos perdido todos, el gabacho su dinero y nosotros el tiempo." El público celebraba con grandes risotadas la agitada conclusión del entierro. Cuando Vicente se daba vueltas para acercarse a los fracasados, y oir bien la historia para contarla en el diario, divisó que estaba allí muy cerca Elvira, separada por algunos metros y muchas personas de doña Pastoriza. Corrió hacia ella y la niña alcanzó a decirle febrilmente: "Don Prudencio Gorigoitía está con nosotros; lo quiere a usted mucho. Vaya mañana a las diez y nos encontraremos."

Don Prudencio deseaba atraer a Vicente hacia el grupo gobiernista y obligarlo a aceptar una candidatura para el próximo período. Ya de entonces, aunque las elecciones costaran menos, se pensaba mucho en la fortuna del candidato. Vicente era de familia distinguida, pero pobre. Su matrimonio con la señorita Torreblanca le permitiría adornarse con los millones de Chañarcillo. Muchas ambiciones chilenas han reposado más en la herencia de los padres o en la de parientes, que en verdaderas condiciones personales del ambicioso. Don Prudencio ocupaba sus horas de la mañana en arreglar asuntos ajenos que muchas veces nadie le encargaba. Ya era un consejo dado en la intimidad a alguna niña del vecindario para que no se fiara demasiado del galán que la cortejaba por la noche, y darle de paso algunas lecciones para evitarse sorpresas; ya era una gestión para empujar algún sacerdote de sus amigos hacia una canongía; ya un empeño para que un muchacho que practicaba con un abogado y que conocía en los patios del tribunal fuera colocado en la Moneda y comenzara a costearse la ropa. Don Prudencio era una especie de tío para trescientas personas de Santiago, y por eso, en el día de su santo, comenzaban desde la mañana a llegar las bandejas con panales de azúcar, hilados de almíbar, figuritas de pasta de almendra y cuanta delicada golosina amoldan manos religiosas. Hasta una vendedora de chancaca con nuez venía a dejarle un cestito de mercadería escogida, porque obtuvo permiso del señor Intendente, por intercesión de don Prudencio, para colocarse en una esquina con buena pasada de público. Ahora el bueno y obeso magistrado había tomado empeño por hacer el matrimonio de Vicente porque, después de mañosa exploración del ánimo de don Javier Torreblanca, había deducido que éste deseaba como yerno al brillante y aristocrático muchacho y que la oposición era muy fuerte en doña Pastoriza y alimentada constantemente por el señor Gómez.

Vicente de la Plaza había sido adicto a la Legación de Chile en el Vaticano y, por pedido del almirante Blanco, actuó como secretario durante breve período no exento de ocasiones en las cuales pudo lucir su talento. ¿No tendría el joven algún documento pontificio, condecoración, carta, o lo que fuese, que lograra disminuir ante sus dos formidables enemigos el aspecto de impío que trataban de

forjarle? Cuando, en la mañana siguiente oyó el joven formular a Gorigoitía esta pregunta, pensó con tristeza en el descuido lamentable que le había privado de una credencial tan elocuente. Recordó las palabras de don Dámaso en el púlpito de San Francisco, que manifestaban lo vivo e inalterable del recuerdo de Mastai Ferretti en Santiago. Se transportó a Roma, a la caldeada plaza con la columnata del Bernini, que había cruzado tantas veces en la carroza de suspensión con dos lacayos y las escarapelas tricolores; en la puerta de bronce con los guardias suizos que golpeaban con el regatón de las hachas en el suelo al paso de los diplomáticos; en la amable y espiritual llaneza del Santo Padre, que le había hablado de Chile varias veces. ¿Cómo no había traído algún recuerdo vivo de esas hermosas jornadas? "— Nada, nada, señor. No he traído sino un rosario de amatistas y creo que un permiso autógrafo de S. S. para que mi tía Rosario tenga oratorio en el fundo". Don Prudencio lo miraba fijamente, sonreía juntando sus ojos de zorro y le decía de nuevo: "—Busque bien, hombre. Es imposible que Su Santidad no le haya enviado dos líneas." El señor Gorigoitía se daba cuenta de que Chile no era uno de los primeros países del mundo; pero tenía el concepto general de que el Papa lo reconocía como el más católico y encontraba ésto perfectamente verosímil. Su insistencia era para que Vicente utilizara algún documento emanado del Vaticano que no podía faltar en sus maletas y creía que nadie podía dudar de que un adicto de Chile, un de la Plaza, además, se hubiera carteado con el Sumo Pontífice. Elvira penetró bruscamente al salón, encandilados los ojos por la luz del sol que calentaba la calle. Los grandes muebles de medallón, con madera obscura pesadamente tallada, y brocato azul celeste, surgieron primero a su vista. Luego vió que Vicente avanzaba con don Prudencio y con mohín de terror, se llevó el libro de misa a la boca como para ahogar una exclamación. Hacía tiempo que los jóvenes se miraban en la calle, en el teatro, con el sistema del país que vulgariza tanto la mirada de la mujer y las hace agrandar los ojos con atrofia de la palabra. Gorigoitía salió so pretexto de atender un cliente; pero volvió al cuarto vecino a hojear sus expedientes: largos pleitos de aguas y de deslindes, apasionados litigios de familia provenientes de malos testamentos, reclamaciones de medio siglo de edad sobre capellanías vacantes. De pronto, el rumor de la voz de los amantes y principalmente un instante de silencio que se produjo en la pieza vecina, lo hizo suspirar. Don Prudencia era solterón y perdió dos ocasiones de formar una familia, por haberse puesto a hacer girar los pulgares con las manos cruzadas sobre el abdomen, provocando la risa en vez de la emoción de sus amadas.

Cuando Elvira salió escapada para alcanzar hasta la Catedral donde iba a entrar la última misa, don Prudencio interrogó a Vicente con la mirada. "—Mañana la veré en el teatro—le dijo,—en el estreno de "Rigoletto". Va a ir con su prima la Luz Vargas y acompañada por las sirvientas de razón. Doña Pastoriza me ataca con demasiada pasión." "—Hay que tener paciencia, hijo mío. En cambio, don Javier te es propicio. De eso me encargaré yo. Anda a buscar algún papel del Papa. Tus enemigos necesitan esta clase de armas. Ya me entiendes."

Santiago edificaba su Teatro Municipal; pero, entretanto, debía contentarse con uno muy modesto de la calle del Puente, llamado de la República. El próximo estreno de "Rigoletto" tenía preocupados a las dos escasas docenas de abonados. La concurrencia era siempre mediocre y se acababa de interrumpir la representación de "Macbeth", so pretexto de la indisposición repentina del barítono Lanzoni; pero realmente a causa de la soledad de la sala. Las niñas se afanaban por conocer el argumento de la nueva ópera; pero todas eran vaguedades. Don Pedro Antonio de Alarcón dijo de Lucía, aludiendo a la transformación de la novela en ópera:

> Lucía era tiple
> y Edgardo tenor,
> lo cual ignoraba
> sir Walter Scott.

Pero el mismo Verdi ignoraba que, para la mayor parte de las santiaguinas asistentes al teatro de la República, el Duque de Mantua era novio de Gilda y primo de Magdalena, y ésta hermana de Sparafucile y mujer de Rigoletto. Doña Pastoriza envió a su hija y a su sobrina en compañía de Bernarda y la Dolores, dos sirvientas de razón, como se llamaba entonces a las criadas que la edad tornaba

castas y recogidas. A pesar de que la señora estaba convencida de que no había argumento alguno pernicioso para su perfección espiritual, siendo acompañado de orquesta, prefería mantenerse sin la menor mancha para la comunión del primer viernes. Si alguien había de pecar, que fueran las chicas y las sirvientas. A éstas se agregó de tapada el mulatito Santiago, que ardía en curiosidad de ver "la maroma nueva".

Elvira se presentaba esa noche con un magnífico vestido recién llegado de Europa. Era una inmensa túnica de gasa "cristalizada" como se decía, que cubría un vestido hecho de fajas celestes y rosadas superpuestas una sobre la otra y hechas de puntas. El delicado color, que un redactor de modas habría calificado de "puro siglo XVIII", aparecía al través de las trescientas varas de gasa que habían entrado según la cuenta, en la confección del vestido. La blusa era una verdadera "écharpe" de tarlatana con estrellitas plateadas, y el borde del descote estaba bordado con perlas también plateadas. La muchacha parecía en el palco una brillante acuarela realzada por el brillo de su cabellera negra y de sus ojos aterciopelados y sombríos. Esta vaporosa ligereza no era entendida aún por las santiaguinas que amaban los buenos trajes y pagaban por ellos precios elevados; pero siempre que las telas fueran las viejas de seda acordonada, raso o terciopelo, porque, con ellas podían reconstruirse nuevos vestidos. Pero este lujo en humo,—como decía en el palco del lado doña Brígida Cueto, una señora bigotuda, madre de diez hijos y excelente administradora de su peculio,—no era comprensible sino en millonarios como Torreblanca.

El público no comprendió, al comienzo, la música facilísima de la nueva producción de Verdi; pero aplaudió a Lanzoni, a Guglielmi y a la hermosa Ida Edelvira. Las galerías lanzaron algunos vivas sonoros cuando apareció un tenorcito chileno Zubieueta, que desafinó pasablemente en un papel secundario. La entrada del actor en el brillante palacio del Duque de Mantua, causó en Santiaguito el mayor entusiasmo. Había estado clavado entre las dos viejas, con sus pupilas de carbón destellando chispas de felicidad; pero en esta parte, la romanza del bufón, provocó su alegría, se escupió ambas manos, y, antes de que nadie lo pudiera evitar, se trepó por un pilar de fierro del palco hasta topar con su cabeza en el techo del compartimento superior. Elvira prorrumpió en gritos de terror y la concurrencia en risas: una dama se desmayó en la platea; el tenor miraba asombrado y se leía en sus ojos el espasmo de ansiedad y duda ante el primer temblor de Chile de que tanto le habían hablado en Milán. Las dos viejas se habían puesto de pie y tiraban de la chaqueta al mulatito; las chicas se cubrían el rostro enrojecido, con ambas manos. Un señor calvo de la platea apostrofaba al muchacho para que descendiera. Pero todo era inútil; éste estaba en la gloria, llamando la atención de todos y creyéndose realmente un actor distinguido, digno de los aplausos de la galería. Vicente llegaba al teatro en esos momentos trágicos para su amada y corrió al palco para bajar de grado o por fuerza al indiscreto perturbador de la ópera. "—Baja, le dijo, —después de saludar con la mayor sangre fría,—para esconderte de la policía que te viene a buscar. Santiaguito descendió de un salto y se quedó agazapado en el fondo del palco.

Vicente comenzó pronto una conversación de apariencia frívola para distraer a la niña, que temía todavía otra aparición brusca del mulato. La felicitó por su vestido; era de última moda, muy semejante a uno que le había visto en el Trocadero a la Emperatriz Eugenia. La admiración y curiosidad que despertaba en la América del Sur la bella española elevada a un trono imperial, hizo inmediatamente general la conversación. Por un lado doña Brígida y sus hijas, y por el otro don Vicente Gana, hombre obeso y buen gastrónomo, a quien llamaban los muchachos "gana de comer" para diferenciarlo de su primo don Miguel, que era flaco y enfermo de diabetis;—tomaron parte en la conversación sobre trapos. "—Si no es indiscreción, mi hijita, ¿cuánto cuesta este vestido?—No sé, misiá Brígida; mi padre no me dice nunca lo que paga. No será caro, me parece.—Sí será: le cuesta un ojo de la cara como si lo viera. Y es para una postura; porque saldrás de aquí con los vuelos deshechos en la salida.—O quemados.—agregó Gana,—porque se repiten mucho los incendios de señora.—¿Incendios interiores?—preguntó Vicente.—No; de los vestidos, por una chispa, por una coli-

lla de cigarro, por cualquiera cosa. Hace seis años cuando estaba en París la duquesa de Maillé, que era muy amiga de don Javier Pérez Rosales, se acercó a su chimenea en el salón del castillo de Rocheguyon y se le prendió fuego al vestido. Y el mismo año la artista Ema Livry que era tan bella murió a consecuencias de quemaduras en la misma escena. Y el año pasado,—agregó Vicente, — la princesa Victoria estaba sellando una carta y se le encendió el globo de una manga.

—¡Dios nos libre!—gimió doña Brígida,—que no podía ver el porvenir, el cercano porvenir en que iba a perecer ella y tres de sus hijas en el incendio de la Compañía a consecuencia de esos mismos trajes".

El vestido de Elvira trajo al palco, en los entreactos, buena cantidad de adoradores que nunca habían notado su belleza y su simpatía. ¡Cuánta razón tienen las mujeres para preocuparse tanto de su envoltura!

La función terminó en medio de estruendosos aplausos después de haberse hecho repetir tres veces a Guglielmini **la donna e movile**. En la calle ya, Vicente se rió de buenas ganas al oir a Andrés, su amigo, que le decía al oído viendo los esfuerzos de doña Brígida por trepar a su landó: "Esta es la **dona inmóvil**, créemelo, y no "cual piuma al vento" sino cual torre de convento".

Cuando Vicente regresaba de acompañar a su novia, Andrés le dijo que había oído en su casa a don Ignacio quien, a su vez, lo había oído a don Javier Torreblanca, que de la Plaza tenía una carta del Papa y una con-



...el muchacho saltaba de contento

decoración. — Se dice que éste te aplanará los obstáculos que te ponen doña Pastoriza y el señor Gómez.—¡Pero si no hay tal! Yo creo ahora entender las invitaciones de don Prudencio. ¿Desearán que yo invente una historia? Jamás lo haré. Y después de contar a su amigo la historia, éste se quedó pensativo.—Buenas noches; mañana te daré mi opinión... y un borrador.—¿De qué?—Ya lo verás.

Andrés caminó de prisa para encontrar al grupo de amigos que esa noche festejaban en el Hotel Inglés a las artistas Ida Edelvira, la Bastogi y la Tasti, muchachas buenas y de excelente humor, que habían simpatizado con la alegre caravana de santiaguinos que las obsequiaban con flores en sus beneficios y las servían de guía en la ciudad y sus alrededores. Se trataba de una cena sencilla; pero la imaginación de los italianos ayudada del buen humor de los muchachos dieron al arreglo de la mesa una amenidad extraordinaria. Una Venus de Milo en yeso, y bastante más mutilada que el original, surgía en medio de un ramo de rosas; banderitas piamontesas y chilenas se alternaban a lo largo del mantel. Era obligatorio que todos hablaran o declamaran alguna poesía. La Bastogi se había comprometido a cantar; pero todo debía ser moderado y sin algazara, pues el dueño del hotel temía los comentarios de los pasajeros. Se trataba de una inocente diversión; pero todas estas fiestas tomaban en Santiago un aire prohibido que les daba emociones y temores no exentos de agrado. Habían llevado los concurrentes chilenos a don Melitón Bermúdez, que acababa de componer una mazurka con el nombre de "La Locomotora del Sur". Era un argentino grande y pesado, cuyo sombrero de auténtico castor le penetraba hasta las orejas, levantando un poco la extremidad superior de éstas. La mazurka manifestaba la admiración del compositor hacia esta locomotora que iba a surcar regiones diversas y desconocidas para él. Se escuchaban primero los resoplidos de los émbolos, acelerados poco a poco; en seguida el compositor hacía escuchar ciertas notas desacordes que se alejaban y volvían y que, a su juicio, eran los gritos de un rodeo; en fin, la composición terminaba con un chivateo de indios, lo que sus admiradores aprovechaban siempre para meterle el sombrero de copa hasta la barba y despeinárselo, con lo cual aparecía como un puerco espín. Las italianas mostraron sus dientes blanquísimos, riendo, desesperadamente, de la asfixia del pobre músico y de la paciencia para aceptar cada vez esta broma en el momento en que el bullicio de los indios y el galope de sus caballos se sobreponía a los compases de la mazurka.

Andrés contó entonces—en una atmósfera de cordial fraternidad—la historia de los amores contrariados de su amigo. Las artistas lo conocían y por las indicaciones de todos recordaron también a la hermosa niña que ocupaba el palco donde el mulatito había querido hacer cabriolas de acróbata. Con esa rapidez de enternecimiento tan fácil en la vida de los bohemios, las chicas se mostraron muy apesadumbradas por lo ocurrido. ¿Y por qué no hacer una carta del Santo Padre? ¿A quién le hacían daño? Era un pecado venial decía una; pero otra temía que les viniera algún mal en su vida. Se acordó finalmente que al día siguiente Andrés vendría al hotel y se haría un borrador de común acuerdo.

"—Es una broma a la cual no me presto" —declaró terminantemente de la Plaza, después de escuchar la graciosa proposición de Andrés.—¡Pero si tú no pierdes nada, ni expones nada! Si no te parece bien el documento, te lo guardas. Si don Prudencio y don Javier quieren a toda costa que tú tengas una carta de Pío IX les das en el gusto. Tú no la has mostrado por pudor y respeto. —No, Andrés, nada me desagradaría ensayar la broma y hacerle una a don Dámaso que me tiene con la sangre caliente. ¿Creerás que ya ha ido a contar a la casa que me han visto en el palco con Elvira? Pero no entraré a su casa con una farsa.

—Estudiemos primero la cuestión,—decía gravemente la Edelvira a Andrés, algunas horas más tarde, ante el balcón asoleado abierto sobre la plaza,—el señor ha sido diplomático, luego ha merecido una condecoración. Hasta aquí no hay nada de inverosímil. La cuestión es la letra y el papel.

—De eso me encargo yo,—decía Andrés riéndose de la absurda broma que no le parecía destinada a dar nada bueno; pero im-



...Devolvemos a Ud. la preciosa carta de Su Santidad.

potente ya para privar a esa gente de servirlo en algo útil.—Se trata de un mero borrador.

—Lanzoni es barítono, los barítonos hacen papeles de cardenales y debe saber expresarse en un tono grave y majestuoso,—agregaba Andrés.

Cada cual fué insinuando una palabra, una frase. Unas eran rechazadas por absurdas; otras dejadas para segunda discusión. Por gliuolo: Abbiamo voluto specialmente recarti zadas con lápiz, estas líneas que daban un aspecto general de lo que debería ser una comunicación que causara efecto en don Dámaso y en doña Pastoriza. "Prediletto Figliulo: Abbiamo voluto specialmente recarti onore con la concessione della Croce di San Gregorio Magno, per la vera ed intensa pietá che hai manifestato nei tuoi lavori diplomatici, e per la tua solida e ben disciplinata scienza religiosa che con la fede e lo studio sapesti conquistare. Tu, prediletto figliuolo, combatti nel tuo paese contro gli infedeli ed anche contro gli eccessi dei sacerdoti, causa involontaria di molti disordini. S. E. il Ministro del Cile mi ha informato del tuo prossimo matrimonio con una cristiana donzella, figlia di un rico signore e di una nobile e pietosa matrona. Non posso fare a meno d'inviarti con le nostre paterne congratulazione, la Santa Benedizione Apostólica per te e per i tuoi discendenti, alla religione ed a Noi devoti. Non dimenticare, nel ritornare alla tua patria, che ho visitato negli anni passati giá, che m'interessa conoscere lo stato della Chiesa e il corso dei suoi negozi, d'informarmi con tutta riserva, avendo fede nel tuo onesto e retto criterio. Salute e benedizione apostólica. Dato in Roma, nel Vaticano.—Pio IX, P. M."

Andrés sufrió inmediatamente la impresión de un documento auténtico: las graves palabras de "prediletto figliuolo" en vez del "carissimo", como habría sido él mismo partidario de colocar en el encabezamiento, y luego llamar "donzella" a la niña en lugar de "fanciulla" y la petición de infor-

mario reservadamente, que serviría mucho para don Dámaso; todo, parecía realmente emanado de Roma. El muchacho saltaba de contento, y, después de dar repetidas gracias a los artistas, se fué a buscar a su antiguo profesor de caligrafía don Lauro Flores, para que copiara bien los caracteres de Mastai Ferretti de que tenía constancia en una carta a su padre, respondiendo al generoso envío de unos rosicleres de plata de Chañarcillo, que le había mandado después de su viaje a Santiago. El documento tomó un aspecto mucho más venerable en la doble hoja de pergamino cortado en canto de barba, y con la letra más envejecida y temblorosa. Terminada la tarea, dobló bien el papel para que se notará que había estado guardado y sufrido muchas lecturas, y lo llevó a don Javier con la súplica de no aludir a ésto delante de Vicente, ni de hacerlo ver a nadie más, pues notaría que el Santísimo Padre deseaba que la misión de Vicente fuera muy reservada. Vendré mañana por el papel,—agregó,—Vicente se enojaría conmigo si supiera el robo que le he hecho en su caja de fierro."

Era imposible para De la Plaza explicarse cómo le invitaban para comer esa tarde a casa de don Javier, a la nueva y suntuosa casa que acababa de estrenar en la calle de Bandera. Pero había que rendirse a la evidencia: allí estaba la tarjeta escrita de puño y letra de doña Pastoriza, letra menudísima y perfilada, trazada con mucho cuidado sobre casi invisibles líneas de lápiz. Comprendió que don Prudencio había hecho ya un trabajo apaciguador y comenzó a mirar su vida santiaguina con colores más brillantes.

—¡Es verdad que te gusta la Elvira Torreblanca?—le preguntó esa tarde el eterno Juanito Ruiz, que andaba siempre entre dos luces, al encontrarlo en el portal.

—Sí, me gusta, en efecto.

—¡Y por qué prefieres una niña tan flaca? A mí me gustan más las gordas. ¡No has leído en el diario la apología de las gordas?... "si está con manto, ¡qué rica!—si está de bata ¡qué fresca!—Aunque con puros sonrojos—continuamente se tape,—siempre hay algo que se escape—y dé placer a los ojos.—Cuando fatigada viene,—¡qué buen color la arrebola!—cuando se pasea sola—¡qué buena sombra que tiene!—Y hasta es prueba de virtud—el tener mucha manteca,—sabido es que el vicio seca—y consume la salud.

—Bueno. ¡Hasta luego, Juanito!

—Que te vaya bien, Vicente.

Y cuando el joven había caminado ya diez pasos, Juanito lo alcanzó para decirle con aire misterioso:

"... toda mujer que está llena—es porque es de grata historia.—Es porque triunfa con gloria,—es porque vive sin pena." Préstame cinco pesos; te los devolveré mañana. Cuando se te ponga vieja esa levita regálamela para hacerme dos.

—¡La encuentras ancha?

—¡Pero será la moda! ¡Vamos a tomar un anisado aquí a la esquina?

Vicente estaba de buen humor y acompañó a Ruiz algunos pasos, los que éste aprovechó para espetar otros versos: "En la gorda no hay perfidia—ni envidia que la envenene,—nunca a quien envidia tiene.—le deja engordar la envidia." Adiós! Te olvidaste de los diez...

—¡No eran cinco?

—Hace rato. Ahora son más...

Gran sorpresa causó a Vicente encontrar en el salón de don Javier a don Dámaso Gómez y a doña Pastoriza conversando tranquilamente. El joven saludó con extremada cortesía y estrechó la mano de don Dámaso. Era éste un caballero cumplido y dejaba a un lado sus antipatías hacia el mozalbete de ideas modernas. Así le pareció a Vicente por el giro sereno de la conversación. De pronto doña Pastoriza sacó de debajo de su pañuelo un grueso papel amarillento, y, besándolo repetidas veces, dijo al joven: "—Devolvemos a usted la preciosa carta de Su Santidad. No se moleste usted con su amigo." Plaza se puso rojo al divisar las palabras: "prediletto figliuolo" y, comprendiendo lo que Andrés había hecho, quiso confesarlo todo. O hablaba francamente en ese momento o no podría hacerlo después sin ofender a doña Pastoriza. Pero don Javier, que estaba oculto tras de la cortina, salió muy orondo y hueco: "—Soy yo el culpable, ni una palabra más. Andrés le ha sacado a usted esa carta de la caja de fierro, prometiéndome no hacerla ver a nadie. Yo la mostré a mi mujer y don Dámaso se encargó de comprobar su autenticidad.



...Lo sé todo; un amor contrariado...

—No, señor don Javier, yo no podía dudar; pero, en fin, como no es usual que el Santo Padre escriba, convenía comparar la letra y el estilo. Se trata realmente de un honor muy grande que ha recibido el señor de la Plaza...

—Ni una palabra más—decía don Javier; —de aquí no saldrá una indiscreción... Comprendemos que debe guardarse reserva.

Vicente estaba paralizado, oprimiendo con una mano sobre el bolsillo del corazón, más que el santo papel, los latidos que le impedían hablar. Era demasiada prueba para su rectitud moral penetrar a ese hogar con una llave falsa. Había que decir la verdad; pero ¿cuándo?

Transcurrió la comida en medio de la más cordial conversación y, a las once de la noche, Vicente regresaba meditabundo con la satisfacción de ser novio oficial de Elvira Torreblanca y con el cominillo de la carta de Su Santidad. "¡Demonio de Andrés!—se decía.—¿cómo no impedí yo que se cometiera este desaguisado? Afortunadamente se guardará reserva de la cosa y tendré tiempo para enmendarla." Cuando Vicente se acercaba al portal, desierto ya a esa hora, escuchó tras de sí algunos pasos precipitados. Juanito Ruiz lo seguía para devolverle los diez pesos. "—He ganado cincuenta y me voy acostar. "¿No pusiste allí un candil?—¿cómo me parecen dos?" —Me parece que esta tarde atacabas a las gordas... —No; te aseguro que no.—Sí, señor; me acuerdo perfectamente. "¡Ojalá! pues su enemigo—te has propuesto ser, infame,—ninguna gorda te ame,—y ése es tu mayor castigo." Buenas noches y no te olvides que soy buen pagador." Y el tuno desapareció haciendo eses por la obscura calle de la Merced.

—El señor Presidente me ha dicho que vaya usted sin falta a verlo.

Estas fueron las palabras de don Prudencio, días después de estos sucesos; palabras llenas de gravedad, dichas casi al oído del pichón de candidato. Cruzó Vicente el espacioso patio de la casa de Gobierno, de ese Palacio de la Moneda, abolengo arquitectónico de este país sin pasado. La tranquilidad de esas murallas sólidas, la ordenación de las líneas, las ventanas de bien forjadas rejas, las anchas y gruesas losas de piedra del piso, todo anunciaba que el habitante de la aldea santiaguina penetraba al rincón de Europa, al santuario de la tradición hispánica encarnada en un gobierno de autoridad y de respeto. Los olores de la calle atravesada, la improvisación de yeso del minero enriquecido, la avaricia del hacendado ladino, la tejería innoble de ese villorrio pretencioso, todo desaparecía y quedaba olvidado ante la severa construcción destinada a defender, contra el mestizaje incompetente, la Constitución del 33. Vicente vió disiparse poco a poco sus ideas frívolas de muchacho vividor y se sintió envuelto en una atmósfera más seria. Cuando entró al despacho del Presidente, iluminado por dos ventanas abiertas en los gruesos muros, tardó en ver las figuras de dos caballeros que conversaban en el fondo de la gran mesa. Uno, moreno, con el cabello que comenzaba a blanquear, pálido el otro; el primero vestido con una capa y el segundo con levita negra ajustada al cuerpo delgado; eran los dos hombres que **mandaban** en Chile: el Presidente y su Ministro. Los que viven ahora, no se dan cuenta de lo que significaba entonces en Chile ser hombre y tener mando. Vicente recordaba hacer oído hacía poco tiempo a su madre que don Manuel Montt era un "negrito muy simpático". Pocos años de Gobierno habían producido en ese joven una transformación profunda. Alargado el rostro, fortalecida la cavidad frontal, las comisuras de los labios con amargo gesto, los ojos brillantes pero susceptibles de enternecimientos.. Montt era entonces un hombre batallado y cansado. Avanzó hacia el joven, le tendió la mano, lo presentó a don Antonio Varas como un futuro diputado, apto para servir en la tarea legislativa que veía llegar, y luego, sonriéndole maliciosamente y levantando un dedo de la mano, le dijo: "Lo sé todo; un amor contrariado que arregla el Santo Padre sin saberlo! Así están las cosas. Ha sido un grave error haber luchado en vez de buscar un acuerdo." El Ministro hizo un movimiento de hombros y se acercó a la ventana para mirar distraídamente hacia afuera. Varas no era sentimental y no reconocía a don Manuel cuando hablaba de la lucha política con melancólica benevolencia. "Sí, mi amigo; Valdivieso es un luchador, buscaba el triunfo o el martirio; estoy convencido de ello; No obtuvo ni una ni otra cosa. A mí me perdonaría voluntariamente que lo hubiera desterrado... o ahorcado. Pero no me perdona el que todo concluyera con el perdón que le otorgaron a él mismo sus subalternos del clero." El Presidente se dejaba llevar por el terreno de la confidencia. "Usted es uno de los jóvenes que van a luchar por la conservación de la tradición de autoridad en este país; ustedes serán liberales en un sentido nuevo; pero no **pipiolos**; ustedes buscarán las reformas; pero no la destrucción. Ustedes, armados por la experiencia de esta época, buscarán siempre el acuerdo en vez de la lucha. De las luchas del Estado con la Iglesia se aprovecharían otros y una nueva clase vendría a arrebatar el puesto de los dirigentes que hoy gobiernan."

El Presidente siguió hablando de lo fácil que sería buscar la conciliación de los hombres de buena voluntad, para hacer de Chile el primer país de Sud-América. Cuando Vicente salió al patio caía la tarde. La banda de Cazadores tocaba la retreta. Las campanas de la Catedral llamaban al Angelus. Se sintió fuerte y ambicioso; pero con una noble ambición de ayudar al que mandaba y no de disputarle sus prerrogativas.



EL FOLLETIN

Por E. CARRERE



Pío Baroja

El teatro es el género literario que más llega al pueblo y el que remunera decorosamente a los escritores que lo cultivan. La novela, los versos, hacen a sus creadores pordioseros de una masa estulta, sin espiritualidad. Nunca Cretino ha tenido los ojos tan cerrados a la belleza como en este momento. Y nadie se ocupa de sacudir el marasmo de nuestro amo, porque tiene el oro; de nuestro señor, porque es ese monstruo de cien mil cabezas que se llama público. Se halagan sus errores, se le sirve el condumio bellaco que más place a sus villanas tragaderas. Se dice: "el público quiere tal cosa", y "como es el que paga"... Es como un niño al que se le consintiesen los caprichos más absurdos.

Aparte de la literatura dramática, los otros géneros, quizá de mayor aristocracia espiritual, viven como mendigos. Sabido y doloroso es que un poeta o un novelista tienen que vivir de cosas ajenas a su arte, que es su verdadera vocación. Ricardo León y Felipe Trigo son los novelistas militantes que más ejemplares venden, y a lo sumo ganan lo mismo que un jefe de negociado de tercera clase. Los libros son caros y las ediciones cortas; los autores no llegan a la muchedumbre, aunque ésta va teniendo una gran avidez de leer.



Felipe Trigo

No hay ahora nombres populares y magníficos como el de don Manuel Fernández y González, conocidos en toda España. Ni Hoyos, ni Zamacois, ni Valle-Inclán, ni Baroja, y ellos son considerablemente más interesantes que todos los novelistas que antaño llegaron al corazón del pueblo. Hay un medio de comunicación, que es el folletín de los periódicos diarios. Son millares de lectores que no compran libros, y que cotidianamente se irían familiarizando con los grandes nombres de la novela española contemporánea. Digno de imitarse es lo que hace "El Heraldo de Madrid" con "Los cuatro jinetes del apocalipsis" del admirable Blasco Ibáñez. Pero esto, desgraciadamente, es una excepción. Lo corriente es publicar folletines truculentos e idiotas de cualquier pelafustán extranjero, sin estilo y sin sentido común.



Ramón del Valle Inclán

Y todo es por ahorrarse unas cuantas pesetas en las administraciones de estos diarios, de política personal o de bandería, donde se tiene un gran desdén hacia las bellas letras. Ved si no estos rotativos, que, aunque publican crónicas y poemas, no tienen en sus presupuestos consignación metálicas para la colaboración. El desdén más irritante, la desconsideración más beocia. El que buenamente quiera



Ricardo León



Eduardo Zamacois

mandar algo que lo mande, se publica si está bien, y que el autor, para vivir, se dedique a oficinista o a "operar en la Puerta del Sol", que es como en la germanía pintoresca de la baja bohemia se llama ahora al acto de pedir dinero prestado.

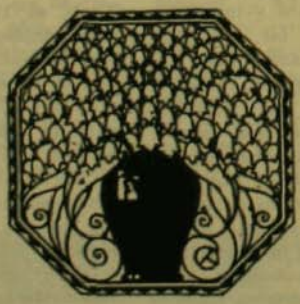
Y los versos y las crónicas y los cuentos tienen su público, así como los sucesos, y las reseñas de toros y de teatros. Y principalmente los folletines.

Nunca ha habido en España tantos y tan admirables novelistas. Con un pequeño esfuerzo económico, podrían dar los periódicos diarios la obra entera del gran D. Ramón del Valle-Inclán, del hondo y recto Baroja, de Hoyos y Vinent, de Zamacois...; porque el gran público no los conoce bien, porque de cada libro se tiran, a lo sumo, cinco mil ejemplares, y ésta es una cantidad ridícula con relación a los cuatro millones de lectores que, por lo menos, hay sólo dentro de la península.

Y ello sería un beneficio a la cultura y al buen gusto estético del lector, acostumbrado a Javier de Montepín, a Ponson du Terrail y, últimamente, a Carolina Invernizio y demás disparatistas truculentos, que es lo que le sirven a diario en los folletines, para satisfacer el anhelo de lectura, de una gran masa de público, y, sobre todo, por no pagar un solo céntimo de derechos de autor.

Es vergonzoso que los grandes periódicos españoles cultiven por un ahorro—mejor roña que economía—esa baja literatura que ya ha emocionado a cinco generaciones de porteras, como es asimismo intolerable que tampoco se crea que merecen unas pesetas los cuentos cortos y las poesías, ese puñadito mínimo de plata que solemos recibir como un don y que, al solicitarlo, tiene el aspecto humillante de un sablazo. Y después, la pobreza, la clásica miseria del poeta en tierras españolas, la fe artística que desmaya o la dura necesidad cotidiana que obliga a ganar la vida en menesteres tan lejos de la verdadera vocación de nuestro espíritu y de nuestras principales aptitudes.

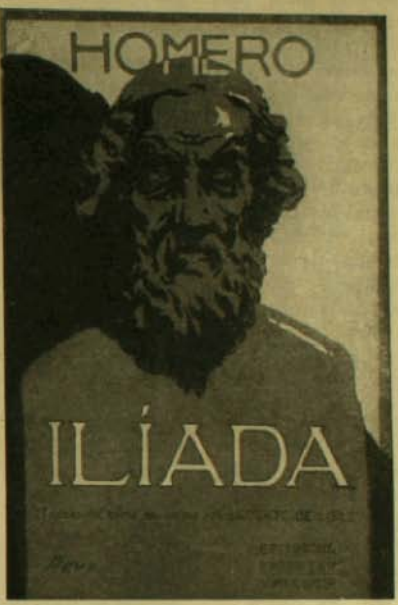
Creo que este artículo será completamente ineficaz. Tal vez no lo lean, y si lo hacen, es lo mismo. Nunca hemos estado más al margen los escritores que en este momento. Los políticos, los ramplones políticos españoles, no entienden bien nuestro lenguaje; la aristocracia cultiva más los deportes físicos que los deleites del conocimiento, y hasta los grandes periodistas, empresarios o directores de grandes hojas, ni nos estiman, ni nos pagan, ni nos acogen cordialmente. Elecciones, tauromaquia, combinaciones de medro personal, eso es lo interesante para los periódicos; los escritores aislados, al margen del pantano, y los lectores aguantando los fétidos folletines de hace cincuenta años, embruteciéndose con novelas absurdas, ahora precisamente, coincidiendo en el florecimiento de la novela española. ¡Qué le vamos a hacer! Esta es la justicia de España, donde los ingenios, para vivir, han de fatigarse y consumirse sobre la esteva y el arado.



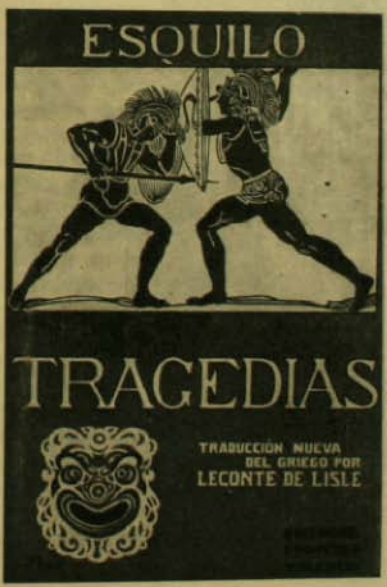
UNA EDICION DE CLASICOS

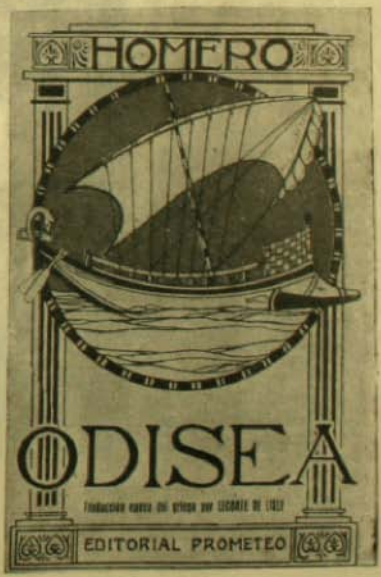
Por J. C.

Digna del mayor elogio es la empresa acometida por la Editorial Prometeo, al iniciar la publicación de una serie de clásicos griegos, en edición elegante y al alcance de todos los bolsillos. Ha comenzado la colección con los dos poemas de Homero, traducidos de la versión francesa de Leconte de Lisle. Léase la siguiente luminosa advertencia de los editores: "Han pasado los tiempos, dice, de las traducciones infieles, exactas tal vez en las palabras, pero que no conservan el alma de la obra. ¡Cuántas traducciones se han



hecho de los famosos poemas de Homero!... Y sin embargo, en casi todas ellas el lector experimenta el cansancio que inspira lo artificial y amanerado. Los héroes homéricos en estas versiones elegantes y académicas hablan como profesores de nuestra época, sin que quede en ellos nada de su carácter rudo y heroico. Y lo mismo puede decirse de las descripciones del ambiente que los rodea. El gran poeta francés Leconte de Lisle, apreciando la desorientación que sufría el público por estas falsas versiones, acometió la tarea de retroceder hasta las





fuentes primitivas, volviendo a traducir las obras homéricas. El más grande de los poetas no fué traducido esta vez por un profesor de griego, sino por un gran poeta. Sólo el autor de "**Poemas Bárbaros**" podía traducir a Homero. En las traducciones hay que hacer algo más que restaurar el caparazón de la obra traducida: hay que trasmitir el alma de un cuerpo a otro cuerpo, conservándola para siempre en su nueva envoltura, y este prodigio no es obra de sabios, sino de artistas. La "**Iliada**" y la "**Odisea**" traducidas por Leconte de Lisle son obras completamente nuevas. Todo es distinto en ellas de las traducciones anteriores: el ambiente, el modo de hablar de los personajes, hasta sus nombres, restaurados con arreglo a la verdad. El Ulises que conocíamos es Odiseo, y únicamente así resulta lógico que el relato de sus aventuras se haya titulado "Odisea". La ruda poesía de los viejos rapsodas conocidos bajo el nombre colectivo de Homero, vibra en la traducción evocadora de Leconte de Lisle. Los poemas venerables, que bajo la pluma de traductores académicos nacieron dormidos y parecían repeler al público con su plúmbea pesadez, tienen ahora en la versión del gran poeta de Francia, la vida, el movimiento, el interés novelesco, el enérgico relieve de una epopeya de nuestros días".

También se ha publicado en esta colección un tomo de las "**Tragedias**" de Esquilo, traducidas al español por el poeta Díez Canedo de la versión francesa de Leconte de Lisle.

Después de lo dicho, ¿verdad que todo apólogo es pueril y supérfluo?



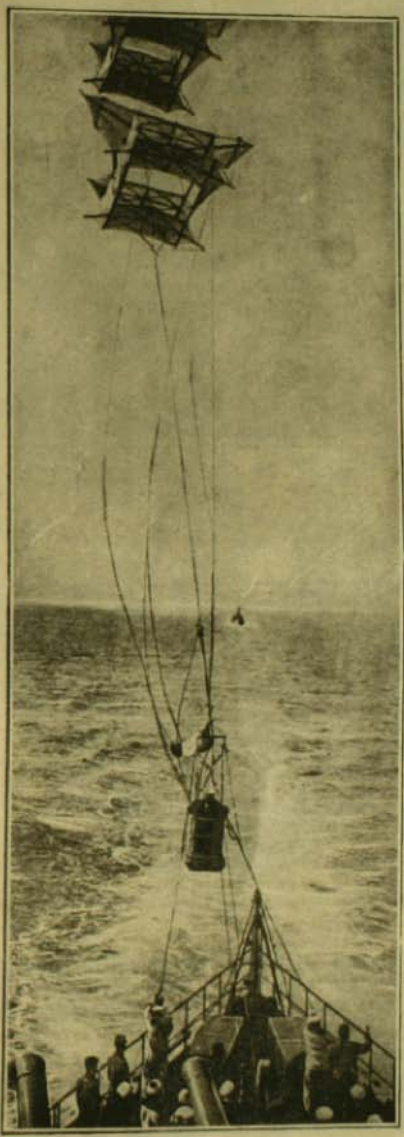
La Exploración Aérea en el Mar

La tremenda guerra en que consumen sus energías las más grandes naciones de Europa, ha hecho fracasar muchas teorías que los hombres tenían por verdades de realidad inconcusa y próxima. Desde los claustros universitarios, desde los gabinetes y laboratorios, se había trabajado año tras año para el progreso de los hombres, y los propagandistas de la paz habían llevado al campo voces de unión y de concordia, cuyo eco había de recorrer el mundo entero. Podía esperarse que los progresos y adelantos del siglo harían imposible la guerra, si alguna vez las naciones trataban de cargar las armas en cuyas láminas de bronce está escrita la leyenda de la suprema razón.

Cálculos, fórmulas y aparatos ideados y descubiertos para facilitar a los hombres nuevos campos donde ejercieran su dominio, son ahora concreciones científicas para la devastación de la tierra, para la destrucción de monumentos de la piedad, la tradición y el Arte, para el aniquilamiento de las razas humanas y la regresión del tiempo a estados de pasión y de barbarie.

Las operaciones aéreas han tenido gran importancia, unas veces realizando trabajos de exploración y descubierta, otras haciendo peligrosas incursiones sobre ciudades y plazas fuertes, de consecuencias trágicas. Y no han sido los zeppelines, la gigantesca nave aérea, los que han triunfado en la guerra; han sido esos aparatos pequeños, los aeroplanos, que sirvieron un día como espectáculo de la ciencia moderna y hoy desempeñan en la sangrienta guerra papel tan importante, que casi han anulado a la caballería en sus servicios de campaña. Mientras tanto, en la tierra y en el mar, se hace uso de otros aparatos voladores, libres o cautivos, para explorar, descubrir y sorprender al enemigo.

La fotografía que ilustra esta página representa la ascensión de cometas exploradores, a bordo de un crucero, en alta mar.



Cometas exploradores utilizados por las escuadras en alta mar



La Consagración de la Copla, por Julio Romero de Torres.

UN PINTOR DE LA MUJER

Julio Romero de Torres

Por ——————.

GINES DE ALCANTARA

Con ilustraciones

"Uno de los experimentos más interesantes es el de acompañar en su visita al Museo a una persona que no esté tocada de literatura, a un espíritu virgen y sincero. Yo les aseguro a Uds. que las convicciones más firmes se tambalean. ¡Ven tan claro y tan limpio estos ojos vulgares! ¿No veríamos nosotros como ellos si solo percibiéramos la objetividad de la belleza en los cuadros, en vez de ir saturados de subjetivismos de escritores y de críticos? La cultura es la buena educación del entendimiento, mas por lo mismo que es buena educación no puede ser siempre sinceridad".

Esta declaración del maestro Benavente, me arrastra a confirmarla con la experiencia propia.

Se abrían los ojos de mi alma a la luz espiritual del arte, más presentido que gozado; alboreaba mi conciencia del sentimiento, y no gravitaba sobre mi memoria el peso abrumador de documentadas críticas.

Puedo decir que mis ojos, veían entonces por primera vez.

Ante ellos pasaba la caravana cromática de una exposición internacional de arte.

Una a una recorrimos todas las salas. ¡Cuántos diversos aspectos de hombres y cosas delataban esas telas!

Graves políticos, en actitud hierática, en pose para la Historia, asaeteaban al público, con miradas dignas de Catón.

Paisajes eglógicos, donde cándidos zagales se miraban en los ojos de cristal de sus pastoras.

Trigales encendidos por la luz del medio día. Mujeres que parecían porcelanas de Sévres, y que soportaban, sin embargo, la herencia hazañosa de grandes razas.

Orondos banqueros, que llevaban en el rostro su íntimo sentir de que sobre todos los libros del mundo, está el de cheques.

Danzarinas clásicas; toreros garbosos; atormentados ascetas; mares lejanos; islas supuestas; país es de niebla y de sol; apuntes pueblerinos en los que parecía que la voz salida de una espadaña iba a interrumpir el místico silencio.



El pintor Julio Romero de Torres, en su despacho.

¡Qué elocuente labio es el pincel y qué sublime oratoria mana de la paleta!

Yo buscaba entre esas telas el alma de mi raza.

Y embebecida la encontraba fraccionada, en Anselmo de Miguel que acertó a dulcificar el alma recia y austera de Castilla; en Joaquín Mir que, enfermo de belleza, enloqueció de luz ante la Isla Dorada de Mallorca; en Santiago Rusiñol, que con sus paisajes implorantes nos da, sin embargo, limosna de poesía; en Joaquín Sorolla, que, mejor que nadie ha sorprendido el beso del mar y del sol; en Zuloaga, que nos echa al rostro el hálito caliente de una tierra contorsionada y reseca, que guarda en sus anfractuosidades las cenizas de los caballeros del Greco.

Pero, ¿dónde estaba el alma de Andalucía?

¿Dónde el alma de esa tierra que yo no sabía entonces figurarme sino como una manola prendida de claveles, taconeando firme, quebrada de cintura, de hipotético pie y ojos hiperbólicos?...

Abandonábamos la última sala cuando una lámpara de hierro forjado, sostenida por una gárgola pavorosa, que remedaba las fauces de un monstruo, nos hizo alzar la cabeza... y no bajarla hasta después de mucho rato.

Habíamos sorprendido tres cuadros, donde no campeaban sino figuras de mujer en una penumbra luminica, en una opacidad de reverberaciones. Porque esas telas no estaban pintadas con luz de sol, sino a la luz de almas. Y en alma caben todas las paradojas.

Algunas de esas mujeres llevaban mantones de un solo color, indefinible por extraordinariamente hermoso; se tocaban otras, de mantillas sutiles como vilanos; y realizaban todas el estético prodigio de la euritmia.

Y mis ojos, mis pobres ojos, intuitivos por ser de mujer, reconocieron en esas mujeres el alma verdadera de Andalucía, hecha color y emoción por un gran sensitivo, por uno de los más grandes artistas de España, a quien don Ramón del Valle Inclán armó caballero del arte, con esta frase que puede ser un es-

paldarazo: "En España hay sólo dos pintores, y uno de ellos es Julio Romero de Torres.

¿Quién era ese pintor, todo elegancia, que sin ascendencia artística fácilmente analizable, porque era muchos y era él solo, ofrecía en sus lienzos el alma entera de Andalucía, suavizada por dulcedumbres florentinas?

Era un peregrino, que salido de Córdoba, la ciudad osario de casas que dijo Gautier,



Poema de Córdoba (Plafón central), por Julio Romero de Torres.

y tomando la ruta del ideal, se había encontrado con que también le llevaba a la fortuna. Y en su arte, ahincadamente representativo en que otro gran andaluz reconocía:

"A la Andalucía toda sentimiento,
indolente y triste; celosa y fanática;
como tú la pintas, como yo la siento..."

no había rejas, ni chaquetillas cortas, ni caireles de panderetas, ni faldas revolantes de bailaoras, ni siquiera claveles.

La tonalidad de los cuadros de Romero, es la de un sol discreto y respetuoso, que penetra por los altos paredones de una vivienda prócer, y se asoma, sin franquear por temor a profanarlas, a salas señoriales, que conservan sobre empolvados objetos algo del alma de otros siglos.

Y, ¿qué es la actual Andalucía, sino encantado palacio, do se vive de pretéritas grandezas, que envuelven al espíritu en una onda melancólica, que le acaricia convidándole al ensueño?

El fondo del alma de la Andalucía parlanchina, novelera, acogedora, y espontánea, es un fondo triste, un fondo melancólico cual el de la viejecilla venida a menos que se rodea de flores, para demostrar a quienes vienen a verla, que la alegría y la digna altivez con que se lleva el infortunio, son la única herencia que no se puede expoliar a las grandes razas.

De los lienzos de Romero, (que ofrecen la penumbra porque cree su autor que no da la paleta una tonalidad que iguale o pueda siquiera compararse a la del sol), se desprenden toda la espiritualidad, todo el encanto, que envuelven a las sombrías figuras de los grandes maestros de la pintura española, y unidos a ellas, y llevando como ellas el tormento del ensueño, nos convencen de que el crepúsculo convida más al éxtasis; a refugiarse en su castillo interior; y es más dispensador de poesía que la alborada.

La Córdoba vetusta, llena de recuerdos, es el jardín donde ha libado la fantasía de Romero muchos de los espirituales asuntos de sus lienzos. Tal vez en esas calles silenciosas y desiertas, donde se saborea toda la verdad del dístico maeterlinckiano: ¡Oh feliz soledad! ¡Oh sola felicidad! fué donde sorprendió este sublimador de la mujer, a la que había de servirle de modelo, para esos sus tipos femeninos, que son su mayor acierto.

Porque la contemplación de las mujeres de Romero, hace al espectador meditativo: y a poca disciplina mental que se tenga, y a poco imaginativo que se sea, tiénese que pensar, por concomitancia, en esos problemas psicológicos, que el artista plantea y resuelve, en unas telas que dijéranse esmaltes antes que lienzos.

El fondo de ternura, de coquetería potencial, que existe en el alma de la mujer, tiene policromada expresión en las creaciones de

este exquisito. Y son de una expresión tan sobrehumana, que parece que en los labios de todas ellas va a florecer una voz blanda, de agudos registros, que nos va a contar sus cuitas.

Creyéranse figuras escapadas de las grandes telas de los siglos XVI y XVII, áureos para la pintura española, que hubieran trocado sus severas vestiduras por la actual indumentaria y quisieran aumentar sus hechizos, con la mantilla discreta, las tocas albas o el rico mantón airoso.

¡Oh los flecos, todo vibración, de esos mantones!

¡Oh elegancia soberana de esas figuras de ensueños!

¡Y cómo la pintura deja de ser pintura, en esos lienzos de los que se desprende tal encanto, que la poesía sigue a la par del espectador, aún mucho después de haberlos contemplado!

Pero donde el arte de Romero se sublima hasta traspasar los límites de lo perfecto, es en el arte sublime del retrato. Esta especialidad refuerza en nuestro artista su carácter de pintor español por excelencia, puesto que también retratistas por excelencia fueron, el gran don Diego que nunca pintó el sol; Goya, y el Greco, hijo predilecto, aunque de adopción, del arte hispano.

No todos los artistas pueden salir airosos de un retrato, género artístico para el que hay que estar ungido con los óleos divinos con que el arte confirma a sus predilectos, dándoles con ellos poderes de virtud para conquistar la Belleza. Oleos maravillosos, que comunican dotes de analista para penetrar bien las almas y el ambiente que las envuelve, y dones de poesía, que es síntesis, y que nace del corazón, y que permitirá al pintor, sin atender a la exactitud fotográfica de los rasgos fisonómicos del modelo, trasladar al lienzo el alma, lo fugitivo, lo impalpable.

Son los retratos de Romero, cifra y compendio de la enseñanza de Sócrates a Parrhasio: "Lo esencial de la pintura es pintar el alma, lo más íntimo del sér".

No pueden ser esos retratos, por lo tanto, blanduchos ni dulzones, de esos en que el modelo adopta posturas de circunstancia, y parece extraído de esa **pourriture exquise** que como fuente de inspiración, está por desgracia, tan en boga.

Hay una tela maravillosa de Romero, que lleva como lema **"Retrato de señorita"**. En esa figura de mujer, aureolada de poesía, de hechizo femenino; de manos largas y afiladas, manos piadosas que deben deslizarse con suavidad de sombras cuando acarician; en esos ojos de mirar de iluminada, intensamente expresivos, que se fijan en el espectador como queriendo consolarse de una pena sin fin, está la mujer española, bajo especie de eternidad.



Poema de Córdoba (plafón de la derecha), por Julio Romero de Torres.

Parécenos oir desde esa tela, la voz desfallecida del reposo inmenso en que yace Córdoba, del gran silencio de ese pueblo inmóvil, donde dejó su espíritu la raza bereber. Es de pensar que esa mujer de airoso porte, apri-

siona en sus manos cuidadas como flores, un libro de horas, donde con honda insistencia se habla del amor y de la muerte.

Romero manifiesta en su obra lo que, según Barrés, el Greco manifestó en la suya: la tendencia a la exaltación del sentimiento.

Hay en la producción romeriana un lienzo de pequeñas dimensiones, que representa a una mujer vestida de negro; sentada en la penumbra; las manos cruzadas sobre la falda; los ojos absortos en una lejanía sin fin.

El enigma de la vida lo tiene en sus pupilas.

¿Qué espera? ¿Qué quiere? ¿Qué piensa esa mujer joven y bonita, que puede ser el Amor, y puede ser la Duda y puede ser la Melancolía, y puede ser el Extasis?

¿Sueña?... ¿Espera?... ¿Ama?... ¿Perdona?...

Por la puerta que sirve de fondo, se divisa el campo atardecido.

Carmen se llama esa mujer, a quien el espectador interroga y no contesta.

No hay necesidad de que nos hable.

Porque de todos sus poros, y hasta del halo de silencio que la envuelve, fluye una voz que dice:

—Soy la mujer. Soy la Vida. Soy el Enigma, por ser vida y por ser mujer.

Me amasó el ideal de un artista que en mis ojos esclavizó ansias infinitas; que selló mis labios para que no profanaran con una verdad supletoria, la gran verdad de que gran Arte es, el que mucho sugiere.

Dejadme tranquila. No me interroguéis; el véspero ha entrado en mí, y yo lo anhelaba. Dejadme continuar mi ensoñación.

Soy la nieta del autor de las Doloras, que ya un poco desengañada, continúo, sin embargo, repitiendo:

¿Nunca soléis maldecir
con desesperado empeño
al sol, que empieza a lucir
cuando os viene a interrumpir
la felicidad de un sueño?

¿Jamás en vuestros desvelos
cerráis los ojos con calma,
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

Esta tela la adquirió un torero. Y no traeré a cuento, por este detalle, la gastada cantinela del vulgo estulto; de la incomprensión ambiente; de la irreverencia colectiva, que cede a un hombre, tal vez iletrado, con el alma limpia de refinamientos, el derecho de adquirir esta joya de museo.

Yo creo que entre los miles de espectadores que desfilaron ante la tela, nadie con más derecho a llevársela, que ese hombre trágico. El, era el más capaz de comprenderla.

Porque esa tela era la vida. Y quien mejor entiende la vida, es quien como ese hombre se está mirando a diario en las pupilas de la muerte.

Romero no es un "fa presto". No porque desconozca el surtido de recetas y triquiñuelas al uso, que permite a un artista improvisar un retrato en tres sesiones, de esos donde el abocetamiento juega a ser genialidad por no querer descubrirse como ineptitud o pereza, sino para asegurar a esas telas, hijas de su espíritu, la larga vida que merecen.

Yo sé que Romero pinta por un procedimiento que sólo dos pintores utilizan en España; que retarda la ejecución, pero que, en cambio, es el secreto del estupendo cromatismo de sus telas. Y este secreto, que intencionalmente designo con pomposo nombre para desengañar en seguida a los incautos, consiste en preparar por sí mismo los colores. ¡Ya veis qué antigualla!

Romero los armoniza de tal suerte, que en sus telas—dice un crítico—pintadas al óleo con veladuras por encima de las composiciones pintadas al temple en tonos más claros, los tonos de una vibración intensa, se sobreponen en gradaciones esencialmente decorativas.

Algo que caracteriza también a este pintor y da alta nota de su habilidad de técnico, es (aparte de sus fondos en que desarrolla siempre episodios que robustecen la idea expresada en el lienzo) la riqueza y suntuosidad de los trajes con que aparecen algunas de las damas que reproduce. Trajes que remedan telas que contemplamos en las vitrinas de un museo, y que parecen, combinados con dalmáticas, aún saturadas de incienso. Me han dicho que Romero los regala a las mismas damas que retrata, tal vez como recuerdo, y no no lo pongo en duda, porque, a más de que los artistas suelen usar de desasimiento cuando de bienes terrenales se trata, tengo para mí, que Romero, más desprendido que el de la Mirandola, que dió la mitad de su for-



Carmen, por Julio Romero de Torres.

tuna por un manuscrito caldeo, daría la mitad de su vida por descubrir los hechizos que aún aprisiona el color.

La psico-fisiología dijera tal vez que Julio Romero de Torres no es un artista visual, sino auditivo. Porque de las resonancias íntimas que levanta en su espíritu la visión transcendente de las almas, él saca acordes cromáticos que repercuten en el espectador, como ondas sonoras que van agrandándose en poesía a medida que disminuye su intensidad.

Romero no es solamente un esteta, porque sus telas no se limitan a sintetizar belleza. Finará él; finará su generación; y si algún día toda la huella espiritual de la mujer española se perdiera, allí estarían sus lienzos; allí el Poema de Córdoba; allí sus retratos de damas y danzarinas; de monjas y enlutadas, para decir en abundosa iconografía a las centurias venideras, cómo pensaron, cómo sintieron, qué llevaron en el corazón y en la frente las mujeres de España.

Telas pletóricas de emoción, en las que la luz es sierva del hombre; con magistral acierto de un artista que entiende mejor que nadie, que no hay por qué eternizar en los retratos la luz, que muere cada día para al siguiente revelarse triunfadora, con detrimento del hombre retratado, que pasará para no volver a nacer nunca.

No es Julio Romero de Torres, Hermano de la Cofradía Mürgeriana de la Bohemia, ni se toca de amplio chambergo, ni se anuda corbata volandera, ni lleva aires de "snob", ni decadente. Y lo que es más singular y raro, más contrario a la leyenda, que nos pinta a los artistas enamorados únicamente de la gloria; Romero que habla de la pintura con la devoción de un creyente, y posee la gracia comunicante del bien decir,

reserva la mejor de sus ternuras para referir las menudencias con que se teje en su hogar la vida cotidiana.

—"Me casé a los veinte años, cuando mi mujer tenía quince. Era la chica más guapa de Córdoba", nos decía con frase netamente española, en el curso de una conversación, ceceando levísimamente.

—"Es tan madraza! (añadía de comentario), adora en nuestros chicos".

—Seguramente que alguno demostrará aptitudes artísticas, preguntamos.

—Sí. Julito el mayor, dibuja... Pero, yo no quisiera que fuera pintor, respondió ingenuamente el autor de tanta gloriosa tela.

Y nosotros, — al pensar qué débil valla a los asaltos de la Quimera, sería la voluntad de ese padre también artista —creíamos ver todo un mundo de desfallecimientos, de injustas críticas, de luchas cuerpo a cuerpo con la vida, en esa frase, que pretendía ser una aspiración y era toda una queja:

—¡Yo no quisiera que fuera pintor! y Romero entornaba los ojos, con gesto que le es habitual, como acostumbrado a vivir (ausente del mundo exterior) la áspera vida del buscador de lo ideal, del obrero del ensueño, que mucho ha buceado en el mar de las almas, y hondamente meditado en los complicados problemas de la belleza.



Caricatura de Julio Romero de Torres.

(o mucho me equivoco) que él piensa con modestia de esos hijos de su espíritu lo que muchos padres pensamos de aquellos de nuestra carne: que aun reconociéndolos inferiores a otros, no los cambiaríamos por ninguno.

Ajustadas esas telas a los severos cánones de una depurada estética; demostración evidente de un dominio excepcional de la materialidad de la pintura, han sido todas ellas al credo artístico romeriano, lo que la heroicidad al soldado, o el milagro al santo: confirmación de la fe porque se vive y muere.

"La pintura,—ha dicho Romero de Torres—debe ser lo que fué siempre; porque desde los primitivos a Goya, pasando por tantos temperamentos y escuelas, el concepto fué el mismo, porque es eterno".

"Valle Inclán, el gran maestro, lo ha dicho de la manera más concisa y feliz: "Nada es como es, sino como se recuerda".

"La pintura debe ser la verdad vista a través del recuerdo. En estos tiempos en que todavía tiene cultivadores la pintura de una realidad fotográfica, los que tal hacen, sacan de bandera a Velázquez, sin notar que ese sublime pintor da una serenidad y un prestigio a la línea, al color y a la composición, que nunca tiene la realidad, y se encuentra tan lejos de ésta, en un sentido ultra-realista, como el Beato Angélico con su idealismo maravilloso".

Yo ignoro si Romero puede conocer en sus telas el alto y puro sueño de su mente, ni si cree, como muchos creemos, que ha hecho obra definitiva; pero sí, me atrevo a asegurar

---

A quien conozca la ardua labor de este psicólogo erudito, y sepa que el espíritu se le pulveriza en la batalla que libra diariamente

para esclavizar su ensueño, se le alcanzará en seguida el por qué de las acerbas críticas de algunos detractores, que no pueden comulgar con su arte, por no tener limpia el alma de las bajas impurezas de una rivalidad mezquina. A esos aguafiestas de la admiración, que rebajan quilates a la potente originalidad de Romero, pretendiendo hacerla pasar por imitación afortunada, se les puede contestar con Benavente: "Los grandes artistas son quizá los menos originales; su obra es de todos, alma de muchas almas."

Hay quien le ha insinuado a Romero que debe venir a Chile. Y dentro de esta petición hay un móvil de interés y otro de orgullo.

La mujer chilena, que ha sublimado todas las herencias que ha recibido; que ha agrandado los ojos de la española; que ha sutilizado su lengua hablando con suavidad melífica; con manos que hubiera dibujado Holbein; con cabelleras que hubieran satisfecho a Rubens y a Ticiano; con empaque distinguido y señorial de princesas de cuentos de hadas que da audiencia; la mujer chilena, repito, produciría a Romero deslumbramiento. El que experimenta el artista a quien le abren un salón para que busque un modelo quintaesenciado, y se encuentra con que todos los modelos son superiores a su ensueño.





Ultima fotografía del célebre tenor chileno Pedro Navia, que actúa en nuestro Teatro Municipal, en la temporada lírica oficial.

Como uno de los "seises" llega a ser un gran tenor

La vida artística de Pedro Navia

Por

JUAN GODOY

Con fotografías.

No es cuestión fácil el escribir sobre un artista y más aún cuando él se halla en nuestro seno, es nuestro compatriota, y está expuesto a la sanción del público, del **"respetable público"**, tan veleidoso y cambiante, tan fácil de impresionarse, tan dispuesto a levantar **"cucos"** y luego a destruirlos.

Y a esta dificultad agrégase otra, que no es menor y que merece apuntarse: poco creídas son las opiniones o críticas, a las que se acusa generalmente de influencias mezquinas, pero las líneas que siguen no van impregnadas de un espíritu ni de alabanza ni de censura, sino que se presentan desnudas, ostentando la realidad de una vida de luchas, de una vida de dedicación al arte y que, después de mucho, ha logrado escalar el pináculo y alcanzar el ideal. Tal es la vida de Pedro Navia.

¿Quién es Pedro Navia? Un artista. Y esta es la mejor respuesta, por cuanto ser artista es lo más alto y noble que puede caber a un espíritu y son muy pocos los privilegiados que alcanzan a ostentar con derecho el título. Y decimos "con derecho", por cuanto hay una enormidad de simuladores, de usurpadores o de desviados que se atreven a tomarlo, fatándoles todas las condiciones. Navia es artista, y por lo tanto, sobresale del nivel de los demás, ha dejado la superficie donde se ahogaba entre la mediocridad, y en alas de sus esperanzas y de sus ensueños ha ido a hacer flamear su penacho de ilusiones arriba, donde los espíritus selectos, impregnados de belleza y de azul, enamorados eternos del ideal, viven la vida superior que muchos, muchísimos no son capaces de comprender.

Y lógico es preguntar, ¿de dónde ha surgido este artista? Pues de Santiago de Chile. Y como el caso es raro, ante la realidad debemos hacer presente que también salen artistas de esta tierra.

Y para que no se crea que somos pesimistas y que un malévolo espíritu nos dicta esa frase de "que también salen artistas de esta tierra", vamos a explicarnos.

Por artistas comprendemos solamente a los que en realidad lo son. ¿Qué? ¿no hay jóvenes capaces de llegar a ello en Santiago? Sí, cómo no. Ello es perfectamente cierto, pero no lo es menos que muy escasos, muy raros son los que alcanzan el título. Nuestros jóvenes, fácilmente excitables y de entusiasmos cálidos y vibrantes, cuando creen descubrir la simiente generosa de una perfección, cuando evidencian facultades de excepción, fácilmente se ofuscan y creen, a poco de entrar en la senda luminosa del arte, que ya son genios. La lucha los arredra, el triunfo fácil los seduce. Y ¿qué ocurre? Lógico es suponerlo: se malogran, no alcanzan a ser lo que pudieran y no salen de la mediocridad. Se ahogan ellos mismos. Suicídanse espiritualmente. Es por ello que el caso de Navia merece ser presentado a los jóvenes como un alto ejemplo, como una bella muestra de esfuerzo, como un triunfo de la voluntad, como un timbre de honor para él. ¿Qué sería Navia si en aras de su cariño por

el arte no se hubiera sacrificado como lo ha hecho? Nada. Un joven con muy bonita voz, que tomaría parte en muchos conciertos y fiestas de caridad, que cantaría muchas misas, que periódicamente ocuparía a la prensa por sus dotes excepcionales, pero nada más. En cambio, ¿qué es hoy, después de la lucha? Un tenor lírico de cartel, un artista. Esto sobre todo, un artista.

No tendríamos para qué hacer hincapié en esta afirmación si no fuera por la idiosincrasia tan "sui generis" de nosotros los sud-americanos. Sucede aquí todo lo contrario de Europa: allí se estimula, se alienta a los jóvenes que se sienten inclinados al arte y que presentan facultades; pero entre nosotros, ¡qué esperanza! ¡Va a ser cómico! dicen las viejas, si se dedica al teatro; y ello da base para que se comience a urdir una historia algo misteriosa y algo inmoral. Y lo propio sucede con los pintores, músicos, poetas, etc. Hay una creencia que tiene mucho de rastacuerismo, y es la de que sólo los "importados" pueden ser artistas. Entre un tenor chileno y un italiano, el primero tiene que ser sobresaliente para poder triunfar.



El tenor Navia en "Lohengrin".

Es sabido que lo de la tierra siempre es mirado en menos, lo extranjero prima con mucha facilidad.

Por otra parte, eso de ser artista, en este siglo de metalización, no es muy lógico. Hoy en que un brutal luchador o boxeador gana por cada bofetada más que un escritor o un poeta por cada obra; hoy en que mientras un jugador de bolsa con una operación hace subir o bajar ciertas acciones llenándose de dinero y dejando en la calle a varias familias, mientras un poeta, que emociona hondamente al público con sus versos, no tiene que comer; hoy, pensar solamente en ser artista o en vivir más espiritualmente que la generalidad, es casi un delito.

Hay, pues, que tributar los más cálidos y entusiastas aplausos a los que logran imponerse y triunfar contra todos los prejuicios y obstáculos.

Una "interview" interesante

Poco después de su llegada, nos dirigimos al hotel donde se hospeda el tenor chileno. Lo saludamos haciendo votos por su felicidad en esta su tierra, y al mismo tiempo por el triunfo en su carrera. Nos agradeció un tanto confuso; es algo tímido, parco en el decir, y se nota que cuando algo narra lo hace con toda sinceridad, sin exageraciones.

De estatura mediana, viste con sencillez y elegancia. Su cara simpática, la lleva rasurada a la inglesa ostentando finas facciones. Ojos negros de mirar profundo, bordeados por largas pestañas y coronados por pobladas cejas.

Habla con naturalidad, notándose un cierto dejo italiano en su manera de expresarse, debido, naturalmente, a su larga permanencia en ese país.

Cuando le exponemos que "Pacífico Magazine" desea que le dé una relación lo más amplia de su vida artística, que ha de interesar altamente al público, accede con la mejor buena voluntad.

Antes de entrar en materia hablamos de Chile, de donde Navia faltaba hace varios años. No hace mucho, ha perdido a sus progenitores: primero, fué a su padre, y después, hace un mes y medio más o menos, su madre, que no ha alcanzado a ver el triunfo de su hijo en la patria. Recuerdos son estos

que apenan al artista, quien nos dice, que, debido a tales circunstancias, estuvo por no venir a Chile.

—Los amigos, que tengo muchos,—nos dice, me han recibido cariñosamente, la prensa lo mismo, creo que el público, que siempre ha sido amable conmigo, me dispensará sus aplausos.

—Está muy bien impresionado respecto a su carrera, le decimos, y es de esperar que tenga un éxito completo.

—Bueno, nos dice, voy a referirle ahora mi vida artística.

Cómo fué "descubierto" el artista

—Tenía once años, —comienza a exponer, —y estudiaba en el colegio de la parroquia de Santa Ana, aquí en Santiago, calle Catedral esquina de San Martín. Un buen día el maestro de capilla de la Catedral, el clérigo don Moisés Lara, fué a dicho colegio, y va a ver usted la forma curiosa cómo me hizo cantante, pues, yo en esa época ni soñaba siquiera en tales cosas. El cura Lara reorganizaba en esos días el coro de niños de la Catedral, y su visita tenía por objeto elegir cierto número de nosotros para ir a cantar allí. En efecto, nos hizo cantar y apartó a unos 20, entre ellos, a mí. Después, de entre éstos eligió a los mejores, y a mí con ellos.



Otro retrato de Navia en la ópera de Wagner "Lohengrin".

Cuando mamá supo que me iban a llevar a la Catedral para cantar se opuso tenazmente y apesar de los ruegos que del colegio se le hicieron no aceptó. Tan es así que me retiró de allí y me puso en una escuela del gobierno. Pero D. Moisés Lara, con una rara clarovidencia, insistía en sus propósitos y hasta fué a casa a ver a mamá, a quien le hizo ver que yo tenía muy buenas disposiciones para el canto y que allí en el coro de la Catedral podría aprender mucho y tal vez más tarde llegara a ser un buen artista. Tanto rogó, tanto insistió que al fin mamá se dió por vencida, y fué de esta manera como entré al coro de la Catedral y comencé a cantar. Fuí, pues, uno de los "seises".

—¿Qué es eso de los "seises"?—le interrumpimos.

—Se llaman así a los niños que forman el coro de la Catedral, por cuanto son doce, y se forman dos grupos de seis cada uno, los que se turnan semanalmente para cantar y ayudar misa.

—¿En qué año ocurrió lo que nos ha referido?

—En 1895. Desde entonces seguí en la Catedral cantando "como chico" hasta la edad de 16 años, en 1900. Durante este tiempo hice estudios musicales. Don Moisés Lara me enseñó en el "A. B. C. musical" de Panserón. Al iniciarme en estos estudios dí pruebas de cierta precocidad que llamó mucho la atención a mi profesor por la gran facilidad con que leía la música. Cada vez que llegaba algún visitante a la Catedral don Moisés me hacía buscar para presentarme como un "prodigio".

En cualquier libro de música, desconocido para mí, yo leía con ligereza y corrección. Como ya he dicho, en 1900 dejé el coro de niños y estuve sin cantar siete meses.

—¿Qué le ocurrió?—preguntamos.

—Fué en ese período en que me vino la transformación de voz; dejaba la de niño para quedar en la que tendría durante el resto de mi vida. Pasados los siete meses don Moisés me hizo llamar y me examinó



Navia en "La Donne curiose", ópera con que debutó en el Scala de Milán.

la voz, haciéndome cantar, y comprobando que había adquirido la voz de tenor. Continué cantando y quedé como tenor de coro de la Catedral. En este tiempo comencé a cantar, además, en varias otras iglesias.

Tal fué mi iniciación. Debido a don Moisés Lara canté y fué él quien "descubrió" en mí al artista de hoy.

Los primeros pasos en el teatro

—Toma parte ahora en mi carrera,—prosigue Navia,—otro hombre que fué quien me lanzó a las tablas. Y es el señor Virgilio De Watt, quien en el año 1904 vino al Teatro Municipal como bajo de la Compañía Lírica, quedándose después en el país. A este señor le habían hablado de mí y de mi voz de tenor.

En 1905, yo además de ocupar el puesto, que ya he dicho, en el coro de la Catedral, trabajaba como escribiente en las oficinas del Arzobispado, pues don Moisés Lara había conseguido que allí entrara, después de hablar con el entonces secretario don Miguel Claro, quien me aceptó.

Estando un día en la oficina llegó a buscarme el señor De Watt. Quería hablarme sobre una gira artística por las provincias del sur, en compañía de la artista nacional señorita Carmen Rosa Espinosa, quien poseía una linda voz de soprano lírica, y que hace varios años murió. Después de algunas entrevistas quedó concertada la gira. Fuimos, en efecto, a Talca, Concepción y otras ciudades, donde dimos varios conciertos. Estos tenían el programa arreglado así: el final del primer acto de "Boheme", tercer acto de "Fausto" y tercero de "Mefistófeles", los que se hacían en traje de carácter. Puede decirse que esta fué mi verdadera iniciación en las tablas.

Al año siguiente, continúa, es decir, en 1906, "el año del terremoto", terminada la temporada oficial del Municipal el maestro Alfredo Padovani formó un cuadro lírico en que figuraban el tenor Paoli, la soprano argentina Juanita Capella, que se iniciaba en la carrera y que ha muerto.

Aquí Navia hace una pausa, y luego nos dice:

—¡Pobrecita la Capella! ¡Qué mal la trataron en su patria! Era una cantante de primer orden, de fama en Italia, y sin embargo, hace unos años, cuando vino a cantar a Buenos Aires, fué objeto de duras críticas. Era una artista exquisita y no la comprendieron, o mejor dicho, no la quisieron reconocer.

Este arranque tan sincero de Navia nos sugiere la idea de que quizás por su mente ha cruzado, más de una vez, la idea de que tal vez en su patria le ocurriera lo que a Juanita Capella en la suya.

Luego prosigue naturalmente:

—Como le decía, en ese cuadro formado por Alfredo Padovani también tomé parte. Fuimos a Concepción y allí canté las óperas completas, por vez primera, "Boheme" y "Fausto". Tuve que regresar a Santiago, pues mi familia se opuso tenazmente a que continuara. Había en mi casa un verdadero horror al teatro, y por todos los medios se trataba de cortar mi carrera. Nuevamente aquí, continué cantando en la Catedral y otras iglesias.

De lleno en el teatro

—Y viene, por fin, prosigue, mi definitiva entrada en el teatro y mis luchas por el arte. Y en mi carrera entra a jugar un papel importante otra persona, que junto con don Moisés Lara y don Virgilio De Watt forman la trilogía de los que me lanzaron al arte, y a ser lo que hoy soy. Este hombre fué un señor Gay, quien me conocía, y también, como yo, cantaba en las iglesias.

Era el año 1907 y trabajaba en el Teatro Edén—en calle Monjitas esquina de San Antonio—la compañía de ópera y opereta Zucchi-Ottonello. Dicho señor Gay conocía al director y me dijo que, si yo quería, podía hablarle y presentarme, y que tal vez, me contrataran, agregando que en esa compañía yo muy bien podía cantar "Boheme" y otras óperas. Conociendo el modo de pensar de mi familia, yo dí una contestación evasiva, pero el señor Gay, por su cuenta, habló al director de mí, y pocos días después me presentaba y me hacía cantar en su presencia. Mi voz gustó mucho e inmediatamente



Pedro Navia, nuestro afamado compatriota que después de una hermosa y triunfal carrera en Italia, ha venido a cantar al Teatro Municipal de ésta.

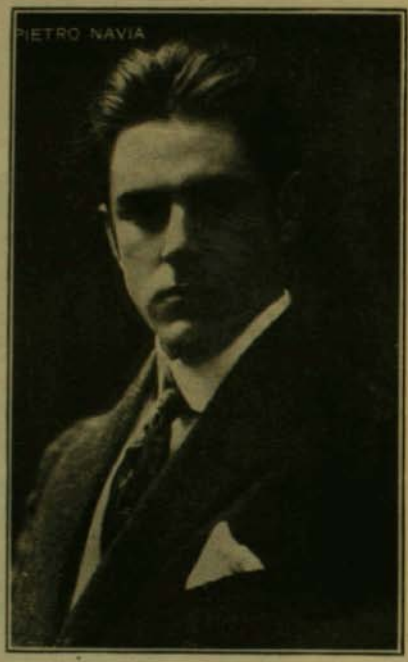
me ofrecieron un contrato, el cual acepté.

Debo decirle, agrega el tenor, que siempre mis amigos y los que me oían cantar, me insinuaban la idea de que me dedicara al teatro, pero yo tenía cierto temor, pues creía que no podría resistir al peso del trabajo de una ópera entera; pero como ya había cantado dos, y pude en ellas salir airoso, y siendo el teatro mi ideal, pues comprendía que sólo así haría carrera, no titubeé en aceptar la ocasión que se me ofrecía.

Debuté con la compañía Zucchi-Ottonello en el Edén con "Boheme" y tuve un éxito completo. Fresco estará aún, en muchos de los asistentes a esa función, el recuerdo de los aplausos que recibí. La prensa, por su parte, elogió mi actuación, teniendo benévolos conceptos para mi arte.

Seis meses estuve en la compañía e hice una gira al norte, habiendo cantado en esa temporada: "Boheme", "Cavallería Rusticana", "Tosca", "Rigoletto", "Traviatta", "Favorita", "Fausto" y otras óperas.

Estando en Santiago ocurrió en mi vida artística un hecho que tiene cierta importancia, pues, aunque la labor que me tocara desempeñar no fué muy grande, en cambio, tuve el placer de cantar en el primer teatro. Fué a raíz del estreno de la ópera "El Battista" del maestro Giocondo Tino. Como los tenores de la compañía, por su voz no se adaptaran al papel de "Gesu", le hablaron al autor de mí; entonces me hizo llamar y en su presencia y la del maestro Giacomo Armani, que era el director de orquesta — puesto que ocupa este año también — canté. Habiéndoles agradado mi voz, interpreté el papel ya dicho en el estreno de la obra el año 1908. Deseoso de conocer nuevos ambientes artísticos, de mayor importancia que el de esta capital, pensé en ir a la Argentina, y así lo hice. En Buenos Aires, después de un mes y medio de llegar, canté en el Coliseo bajo la dirección de Alfredo Padovani. Luego canté en varios otros teatros, pasé al Brasil, cantando con mucho éxito en Río de Janeiro y San Paulo, y en 1911 volví a Chile con la compañía de óperas Iglesias, trabajando en Valparaíso, donde debuté, en esta capital y en las provincias del sur.



Un retrato del tenor Navia cuando llegó a Italia.

Puedo asegurarle, que en todas partes recibía siempre francas muestras de aprecio por mi arte, y muchas personas, críticos musicales, especialmente de Buenos Aires y Río de Janeiro, me decían por qué no me iba a Italia. Estaba ya de lleno lanzado al teatro.

Preparando el viaje a Italia

—Así como cuando al principio de mi vida de cantante,—prosiguió,— aquí en Chile me decían: "Navia, por que no se dedica al teatro", y yo sentía cierto temor de fracasar, cuando en la Argentina, Brasil y aquí mismo me decían: "Navia, váyase a Italia", una gran duda me asaltaba. Tantos artistas hay por allá, decía yo, que seguramente si me voy, sólo iré a aumentar el número. Mis deseos eran de ir pero a triunfar, a ocupar un puesto no común. Mis aspiraciones eran muchas.

Estando en Buenos Aires tuve ocasión de conocer a muchos artistas que venían de Italia con cierto renombre y que, en verdad, no eran gran cosa; y comprendiendo que yo podría más que ellos, la duda que tenía se me aminoró un tanto. Un buen día hice el pro-

pósito de embarcarme para la patria del arte, y con los recursos que poseía me embarqué el 30 de diciembre de 1911 para la tierra de mis ensueños.

—Vamos a interrumpirle, Navia, para preguntarle: ¿nunca se le ofreció o pidió usted una ayuda oficial?

—Sí. Recuerdo que hice algunas gestiones. Algunas personas me prometieron mucho ocuparse del asunto, pero todo fué inútil. Todo cuanto esfuerzo he hecho se ha debido a mi propia labor.

En Italia

—El 21 de enero de 1912 llegaba a Italia, —nos dice Navia.—Al irme, llevaba el propósito de estudiar el ambiente artístico, imponerme de todo cuanto se refiriera a mi arte y a mi carrera, y de ese modo, sin dejarme engañar ni sugestionarme, ver si era posible realizar el ensueño que llevaba, es decir, llegar a ser allí un artista de cartel, un artista aplaudido, un cantante de primera línea. Si veía que no lo podía lograr, regresaría a América y continuaría la labor interrumpida. No me conformaba con ir a Italia y volver el que fué, de ningún modo. Si llegaba a actuar allí, deseaba consagrarme mucho más alto y ser así otro artista, mucho mejor que el de América.



Una interesante fotografía de nuestro compatriota, obtenida en Italia en uno de sus viajes.

Me instalé en Milán. Por consejo de algunas personas decidí subscribirme a algunos periódicos y revistas teatrales a fin de estar al cabo del movimiento. Fué con este motivo como conocí a un hombre que me proporcionó la primera contrata en aquel país. Siguiendo las indicaciones, ya dichas, un día fuí a la "Revista Melodramática" a tomar una subscripción. Cuando dí mi nombre, el señor que me atendía, me dijo afectuosa y entusiastamente: "¡Ah! Navia, si yo lo conozco mucho de nombre". Era el propietario señor Quinelli, que, a la vez, es empresario de artistas, y después de conversar un momento con él y exponerle mis propósitos, al despedirse me decía: "Yo seré el primero que le proporcionaré una escritura".

Como ya he dicho, mi pensamiento era de no trabajar hasta pasado un tiempo. Pero un día recibo una carta del señor Quinelli en que me ruega pasar por su escritorio. Fuí, en efecto, y era nada menos que una contrata para ir a cantar "Fausto" a Bari. Hacía 8 días que llegaba a Italia.

El debut en Italia

El día 3 de febrero de 1912 debutaba en Bari,—agrega el tenor, —con la ópera nombrada. El público me aplaudió y la crítica elogió mi actuación. El mismo empresario me reconfirmó la escritura para cantar "Tosca" y "Mefistófeles" en Trani, óperas que canté con señalado éxito. Tales fueron mis primeras actuaciones en Italia, muy halagadoras, por cuanto había salido con todo éxito de la empresa.

Estando en Zani fué a oirme cantar el maestro Vigna, pues tenía interés de contratarme para una gran temporada en Budapest. Me oyó en "Tosca" y esa misma noche firmaba el contrato para dicha capital. Aquí canté "Tosca", "Boheme", "Traviatta" y "Rigoletto", con el más lisonjero resultado.

En el Scala de Milán

Cuando me hallaba en la temporada de Budapest, el maestro Mingardi, director artístico del Scala de Milán fué a escucharme

para ver si me contrataba en ese gran teatro, cuya fama es bien conocida en el mundo entero, y al cual había deseado llegar, para consagrarme, con todos los anhelos de mi corazón. El maestro Mingardi se sintió muy complacido de mi voz y me contrató, debutando en el famoso escenario del arte lírico con la ópera "Le Donne Curiose", luego canté dos veces "Lohengrin" y 12 "Cavallería Rusticana".

La crítica de esa ciudad me aplaudió, en muy buena forma habló de mis cualidades artísticas. El público así mismo, me tributó sus palmas, y para mí esa temporada fué la verdadera y definitiva consagración. Sólo entonces creí que los propósitos que llevaba a Italia habíanse cumplidos y con todo éxito.

Otras actuaciones.—Una anécdota

—Luego, prosigue Navia,— he recorrido casi toda Italia, cantando en diferentes ciudades. Con el maestro Armani—actualmente aquí — canté "Lohengrin" en Mirandola; con Eugenia Burzio, "Favorita" en Torino, donde he cantado en dos temporadas. En Florencia en tres y dos en Palermo. En Rusia, actué en Moscú, cantando: "Fausto", "Traviatta", "Rigoletto" y "Pescatore di Perle".

En septiembre del año pasado, a raíz de la gran temporada que organizara el maestro Toscanini, canté en Milán en el Teatro Dal Verme junto con Stracciari y Rosina Stuchio. "Traviatta". Después pasé a Palermo donde hice la temporada de invierno, cantando varias óperas. De este teatro salí para América: al Colón de Buenos Aires y al Municipal de ésta.

Antes le puedo decir que he cantado en Bergamo, patria de Donizetti, sus óperas "Lucía" y "Favorita". Cuando firmé el contrato para ir a esta ciudad me aconsejaron tuviera mucho cuidado. Yo pregunté la causa y me dijeron que hacía 18 años que no se cantaba allí ninguna de esas óperas, pues los compatriotas del ilustre músico eran muy exigentes, y al último tenor que había ido le hicieron demostraciones muy poco amables en "Favorita". Sin embargo, muy tranquilo fuí y me aplaudieron calurosamente.

La temporada del Colón

—¿Puede decirnos algo de su última temporada?

—Con mucho gusto, replica. En Buenos Aires canté "Boris Godunoff", que se estrenaba y "Rigoletto". Puedo decirle que el público me aplaudió, pero la crítica periodística se portó conmigo muy reservada. Tal vez les parecía raro, apesar de haberme ellos mismos aconsejado que me fuera a Italia, que de allá volviera al Colón y no al Coliseo o a otro teatro.

Un afectuoso saludo
para la gran revista
Chilena "Pacific Maga
zine" al regresar a la
querida patria.
Santiago, 1° de Agosto
de 1916.

Pedro Navia

Autógrafo del tenor Navia, para "Pacífico Magazine".

Actividades Femeninas

Por

ANGEL PINO

No hay nada más agradable que conversar con señoras. Para tolerar a un hombre, por espiritual que sea, hay que estar muy cómodamente sentado, o con algunas copas de buen vino en el cuerpo. El espectáculo de la mujer, como el del fuego y el del mar, es inagotable. Una llama no se repite nunca, no hay una ola que se parezca a la anterior, no hay una frase femenina que sea exacta, convincente o se reproduzca. El pensamiento de las mujeres, como los ojos de los gatos, es tornasol.

Dos grandes acontecimientos ponen ahora este tesoro de la conversación femenina al alcance de todo el mundo: el Club de Señoras y las entrevistas publicadas en los periódicos, con retrato, piano y lo demás. ¡Un Club de Señoras! La primera vez que se lanzó este grito en medio del silencio de Santiago, pareció tarde de incendio: campanas a rebato, carreras, gente que salía a los balcones, acumulación de público en las esquinas, "aldeanos y gente del pueblo". Había motivo para tal alboroto. Hace apenas un medio siglo la señora de Santiago oía la misa (tan distraída como ahora es verdad; pero la oía a diario), iba a una que otra toma de hábito, se llenaba de dulces de almíbar, se engordaba bajo sus talmas o confecciones hasta el límite de estos amplios moldes que bien pudieron llamarse "guarda-infantes" como en pasados siglos y en la península ibérica, o guarda-mellizos, que habría convenido más en Chile, y terminaban sus últimos días con coto, sin dientes y sin apego alguno a la vida. El salto ha sido violento: oxígeno en el pelo, inyecciones en el cutis, literatura en la cabeza, corsé normal en torno del cuerpo y agua y jabón en **toda la línea**,—como dicen los telegramas de la guerra,—es decir, desde Belfort hasta el mar. Y conste que este artículo es de rigurosa imparcialidad y no pretende reirse de nada serio o respetable, que no ridiculiza la virtud ni estimula el vicio, pues quiero evitarme el sermón de los colegas severos que maldicen de mi buen humor y le suponen siempre las más perversas intenciones.

No; no es mi ánimo combatir a aquellas señoras del mate en leche, del brasero encendido, de la lotería, de la alucema aromática en los dormitorios, ni defender tampoco a las del **cocktail**, a las del brasero apagado y puesto como antigüedad sobre las mesas, a las del **bridge** o a las del voto femenino. No, señor; creo que cada tipo de mujer obedece a una necesidad, a una evolución natural y que lo que llamamos **moda** no es invención de modistas sino un producto social. Los pecados de la edad del brasero, eran más o menos tan graves y numerosos o bien tan leves y escasos como los de la época de la estufa eléctrica. Cuando las mujeres se ponían vestidos estrechos y andaban a saltitos en la calle y un venerable sacerdote echaba la culpa de la moda **entravée** al diablo y a las logias masónicas, pensaba modestamente que éste era un medio de que el bello sexo se valía sin pensarlo, espontáneamente, para combatir la indiferencia de los hombres demasiado ocupados de sports y de negocios.

Ahora que la población masculina ha disminuído con la guerra, la mujer se ha envuelto mucho más. La naturaleza tiene flujos y reflujos para que la atracción de los sexos esté siempre a un mismo nivel; se vale entre los animales de mil ardides, como los moños y largas colas que Darwin anota entre las aves, o como la moda entre los hombres, unas veces mundana y ligera y otras grave y hasta monástica. No hago pues, ni ataques ni defensas; soy relator de un expediente.

Los maridos y padres tienen clubs; ¿por

qué no pueden tenerlo las esposas y las hijas? Algún mal intencionado diría que también hace falta el club de niños, para que éstos no se queden solos en la casa, alejados del movimiento social. Agregaría que así, a fuerza de extremar el derecho de cada cual a su vida de club, terminaríam por reconocer todos que el mejor club es el hogar. ¡Qué error! Si los hombres vamos al club es por descansar de nuestras mujeres,—dicen los clubmen,—y si las mujeres van al club es por descansar de sus maridos y si, andando el tiempo, fueran también nuestros chicos al suyo, sería para descansar de sus padres, de sus **nurses** y amas, y principalmente de sus mamaderas de fosfatina que los tienen tan aburridos, ya que podrían beberse sus **bitters** batidos y sus buenas vainas. Cada Club debe tener sus costumbres y sus garantías y así no habrá de qué lamentarse. En el club de hombres debe haber excelente vino, en el Club de Señoras, magnífico té con pastelitos y el Club de Niños muchos caramelos surtidos.

En el primero debe haber amigos que acompañen al clubman cuando a causa de la obscuridad de las calles no reconoce su habitación; en el segundo, dotación de alfileres, horquillas, peinetas, pañuelos y broches que es lo que más pierden las señoras; y en el tercero, un servicio de devolución a domicilio, de sus miembros, cuando se ponen llorones o se quedan dormidos. Cada cual con sus costumbres y sus medios: en cualquier hotel que no sea de Chile hay un cartel que dice al pasajero: "toque usted una campanilla para el mozo, y dos para la **bonne**"; pero, en cambio, en un hotelito que hay en Paniahue (ramal de Alcones a Pichilemu), leímos este otro: "Se recomienda al alojado que no limpie sus zapatos en la **corcha**". Yo conozco personalmente una señora que ha cruzado la vida sembrando de pañuelitos su camino. Es de esas señoras húmedas, que cuando dicen cosas medianamente tristes deben secarse los lagrimales, que apenas sienten una corriente de aire frío se enjutan la punta de la nariz, que cuando sonríen tienen que absorber la saliva de sus carnosos labios. Naturalmente los pañuelitos van quedando en todas partes, resbalando de sus vestidos, cayendo de los portamonedas, metiéndose en los cojines de las sillas. He ahí una necesidad imperiosa. También hay la señora habladora que tiene en su casa mudos a todos, hasta el extremo de que a algunos de los hijos se les ha atrofiado la lengua. Es indispensable que estas damas se encuentren con muchas otras y tengan algún trabajo para usar de la palabra y se desfoguen allí en su club y den ocasión a que su familia pueda colocar, de cuando en cuando, su frasecita, aunque sea a la hora de comer, lo que no es mucho pedir. Hay, en fin, otras señoras que se figuran la vida del club como una especie de anticipo del cielo: música, versos deliciosos, manjares sanos y delicados y todo casi gratis. Ahora lo van a ver. Para muchos la vida de club es un verdadero trabajo; para todos los que lo frecuentan, una sangría de sus bolsillos. ¿Que es usted aliadófilo? Pues le gritará a sus oídos un estratega menudo cualquiera, diciéndole que Joffre no sabe dónde está parado, que Francia va a desaparecer y que los rusos están dilapidando sus municiones. Esto es como aperitivo, porque si a usted le sacan una afirmación cualquiera, le apostarán o una libra esterlina o una botella de champagne; no hay términos medios, y en seguida no le pagarán si pierden. Y luego, todavía usted no ha consumido algo cuando ya le cae encima una tarjetita, y es inútil decir que nadie la ha pedido, como después de la cena en La Bohemia. Y esto no es casi nada, porque el asunto de las cuotas es más serio. Hay que pagar una suma, anual o semestral que tanto da, para mantener la institución. Generalmente los que manejan los fondos en este país, y también en otros, son los hombres, y si no que lo diga el senador Claro, que presentó un proyecto para dar a la mujer cierta intervención en su dote. Pues bien, en el Club de la Unión, que consta de dos mil personas, y, según dicen, escoge un tanto su personal, hay una vitrina con la lista de todos los socios y se va corriendo una rayita roja al que paga su cuota. Un diplomático me preguntó si los que estaban **borrados** ya no eran miembros del establecimiento. "—Todo lo contrario, le dije yo; aquí se borra al que es miembro, al que es más miembro que los otros. Los no borrados están en capilla." La cuota es una operación dolorosa para muchos. Y no hemos terminado. ¿Qué me dicen ustedes de los banquetes o manifestaciones? Cada acontecimiento de un amigo provoca una lista en que se

va poniendo al lado de cada nombre la significativa palabra: **pagó**, cuando se deposita el dinero, naturalmente. Porque, he aquí una peculiaridad de este club tan escogido: cuando uno come de repente, con uno, dos o tres amigos, paga al fin, después de la sobremesa. Pero cuando se junta con veinte, hay que pagar antes. No es, pues, "una copia feliz del Edén" el club, y es bueno que esas señoras a que me refiero se convenzan personalmente. Porque aunque los acontecimientos de la vida femenina sean menos frecuentes que los de los hombres, no faltan algunos, que en Chile, y para feliz compensación de la mortalidad infantil, son frecuentes. ¿Cómo no festejar a una amiga que ha tenido un varoncito después de tres mujeres seguidas? -Afortunadamente, nosotros estamos libres de esto; pero tenemos los negocios y los nombramientos y tantas otras novedades.

Y todavía queda lo de las propinas. El Club es la casa de sus socias; uno no da propina a sus sirvientes, luego tampoco debe darlo a la servidumbre del Club. Esta es la teoría; pero ya verán ustedes la práctica. Cuando una señora vea que la sirvienta se apresura a servir a otra, y que la llama **misiá** Fulanita, así en diminutivo, y que cuando ella misma llama no se oye su voz y no acude nadie o acuden tarde, entonces investigará la causa de esta desigualdad. La causa es **la propina**, esa enemiga a muerte de la igualdad ante los sirvientes. Y entonces dará propina, y comenzará la subasta, para saber quién da más.

Además de estas ventajas, que no son pocas, hay otras. Ya no habrá pelagatos que lleguen a sus casas contando proezas. Las mujeres sabrán muy bien a qué atenerse. No creerán en esa suerte extraordinaria de sus maridos, que no pierden nunca cuando juegan, que no beben sino jarabe de grosellas con agua de seltz, que son convidados siempre y que no llaman la atención de nadie al no corresponder las atenciones. Tampoco valdrá aquello de "no me vine porque no me dejaron ¿tú crees que en todas partes soy aburrido como delante de ti? Estuve defendiendo al arzobispo contra una cantidad de radicales". La señora pensará entonces en aquel cuento: "—Ayer he hablado en la Cámara". "—¿Y dónde, que no veo tu nombre?" "—Pues aquí, ¿ves al pie del discurso de Muñoz que dice **rumores**? Esos rumores los hice yo". Como socia avezada de un club descubrirá pronto la verdad.

Por esto, por temor, muchísimos hombres andan por ahí hablando mal del Club de Señoras. No hay que hacerles caso. Que agreguen a sus gastos de club los de sus mujeres, que, con seguridad, serán moderadísimos. Yo no celebro las tonterías que dicen esos egoístas: que va a ser tan grande el pelambre que no saldrá nadie por temor de dejar a las otras haciendo comentarios; que como la galega es un excelente remedio para facilitar la lactancia, se pedirá como bebida favorita "una galega and soda"; que como las mujeres son económicas nadie les sacará cuotas extraordinarias en caso de déficit en el balance; y que el club tendrá horas muy limitadas de funcionamiento y consumo. Todo marchará normalmente, digo yo, porque las señoras han dado un rumbo artístico e intelectual a su casa, lo que debería avergonzarnos, pues mostrarán bonitos cuadros y estatuas en vez de nuestras exposiciones de huachalomos salpresos, pavos cebados, congrios monumentales y jamones de Melipilla de nuestro Club, que hablan de buenos jugos gástricos, pero de escasísimos meollos.

Bien; como decíamos al comenzar este artículo, también entregan a la curiosidad de los mortales el encanto de la conversación femenina, las entrevistas que se vienen haciendo desde hace dos años, en diversos periódicos, a las damas de la buena sociedad. Naturalmente, estas entrevistas no son completas. El ideal sería que el repórter fuera al mismo tiempo un hombre capaz de hacer la corte a la entrevistada sin atraerse ningún bastonazo del marido. Porque entonces la señora no se colocaría en **pose** de fotografía retocada, ni de retrato al óleo para la posteridad, ni de alegoría triunfal, sino que haría un teje maneje de verdades con amables mentiras, es decir, se presentaría enteramente mujer. Porque no hay que ofenderse, nuestra madre Eva mintió; es verdad que ésto lo ha contado Adán. Si fuera dramaturgo haría para el teatro una piececita bastante verosímil con una mujer que, por no saber mentir, es considerada como falsa. Un día, vencida por la presión que la obliga a disfrazar su pensamiento, dice una primera mentira, es creída y consigue su felicidad. Pero, dejemos estas disqui-

siciones y preciosidades y vamos a los reportajes. Encuentro, en primer término, que los reporteros de señoras no deben manifestar extrañeza de que huelan bien. Parece que a algunos les tomara de nuevo el perfume ya fresco y sano que exhala su toilette reciente, ya odorante y sugestivo de una esencia favorita. El público entiende también que las manos de una señora son más o menos blancas, en todo caso muy limpias y suaves y, además, primorosamente cuidadas. Pero no; hay que decírselo en cada reportaje, y, si no se dice, hay que entender lo contrario, que las manos de la dama eran como de lecheras, negras y rugosas, con largas uñas y dedos picoteados por agujas.

He aquí el tipo de una entrevista a la moda:

La señora Yolanda Sanfurgo de López, esposa del distinguido político, sportsman y literato don Benigno López Andonaegui, biznieto de un oidor de la Real Audiencia, tan conocida por su belleza germánica como por su automóvil francés Houbigant de cuarenta caballos, habita un palacio de hadas, una verdadera litera Luis XV capitoné de raso, abandonada en medio de un rosal. Cualquiera cree que una elegante como la señora Sanfurgo dedica a los trapos y a las modistas su tiempo. Nada, se viste en la Aduana; queremos decir que le llega todo por correo, desde el sombrero hasta los deliciosos zapatos que los paseantes del centro llaman "de la Cenicienta" por su pequeñez inverosímil. Recibidos por un portero suizo digno de ser marqués (y sevillano), fuimos introducidos a un precioso saloncito rococó. (¿No es de extrañar que no lo dejaran helarse en el jardín?) Algunos libros de poesías con tapas de raso y de cuero ruso, (ponderativo), diseminados con profusión (aprieta!) por toda la sala, manifestaban las aficiones intelectuales de la hermosa y aristocrática dama. Crujido misterioso de sedas, emanaciones de embriagador perfume. El hada se acerca con movimientos rítmicos, dando un paso largo y otro corto, como la entrada en escena de la soprano absoluto. Extiende su mano con una sonrisa enigmática como la de monna Lisa, yo la oprimo como un relicario. ¡Oh mano! ¡Oh dolci mani! ¡Oh manos nacaradas, marfiladas, que el cantar de los cantares llamaría tal vez "blandas como leche cuajada! Tengo delante de mí a la señora Sanfurgo, la veo, la respiro, la toco. Solamente su voz musical puede darme el sentido de la realidad.

—¿En qué puedo servir a Ud.? (Naturalmente la señora no sabe absolutamente nada).

—Vengo a conversar con Ud. en nombre de los lectores de "La Estafeta" que le conocen a Ud. desde hace tiempo... al través... al través (busca no más!) de su característica elegancia. (Y de los cristales de su automóvil).

—Pregunte Ud., a pesar de que no me gusta aparecer en letras de molde.

—¿Qué hace Ud., señora, en su vida? ¿Cómo ocupa sus días?

—Le diré a Ud. Al amanecer, cuando llega hasta los bronces cincelados y dorados a mercurio de mi cama, el primer resplandor del alba, salgo al balcón para contemplar la belleza de la aurora. Soy loca por todos los crepúsculos y mi ambición mayor sería la de pintar. Escucho el canto de los pajaritos y permanezco allí envuelta en una simple bata de encajes, sintiendo en mi piel el delicioso cosquilleo de la brisa matinal. En seguida tomo mi baño, escribo mis cartas hasta las diez de la mañana, leo algunos versos hasta las diez y media, salgo a visitar alguna de mis obras de caridad, paso rápidamente por el centro para comprar flores y llego justo a la hora de almorzar. Comento con mi marido las noticias de la guerra y apenas terminado el almuerzo salgo a reuniones de mis sociedades. A las cinco tomo té en casa de alguna amiga. ¡Oh el té! ¿Qué me dice Ud. de esta hora deliciosa en que toda mujer artista y elegante rinde el máximum de su personalidad? La conversación del té no se parece a ninguna otra: el diálogo es vivo, el pensamiento juguetón en la forma e incisivo en el fondo. En seguida fumo un cigarrillo. No se alarme Ud., un pequeño cigarrillo ruso simplemente. No toda mujer puede fumar. Es necesario tener manos finas y una boca pequeña para que el humo sea devuelto en delgado hilo. Bueno; estábamos en el té. Después hago algunas visitas. Más tarde regreso a casa donde leo algunas páginas y me visto para comer. Acabando de comer vamos al teatro o a una partida de bridge que dura hasta las primeras horas de la madrugada. Ese es mi día.

El repórter se levanta satisfecho y el pú-

blico queda relajado como después de comer una mermelada con mucho azúcar y llena de hormigas. Pero el repórter ama la contradicción y quiere dejarnos en las más atroces dudas. ¡No nos dice el bárbaro que en el jardín juegan cinco preciosos niños de la señora Sanfurgo? ¡Cinco? Pero... ¿y cuándo, a qué hora? Esto me hace recordar los versos de un simpático poeta de cierto cabaret de Montmartre, que, analizando algo semejante, declamaba:

Madame rentre, monsieur part:
affaires... cercle... politique...
puis, enceinte, bleme, asthmatique,
monsieur rentre, a la nuit, très tard.

Monsieur rentre, madame part:
theatre... bal... concert... soirée...
puis, la mine pale, tirée,
madame rentre, au jour, très tard.

Monsieur tout le jour absorbé,
madame toute la nuit prise,
on se demande avec surprise
comment a pu naitre Bebé?

Es claro que, así como en el reportaje nos la presentan, no ha podido hablar la hermosa señora Sanfurgo; tampoco sería justo que la hiciéramos decir toda la verdad de su prosaica existencia. No; pero sería mucho más interesante que hablara una mujer de veras. Una dama me ha propuesto una entrevista, no propiamente realista sino tan aproximada a la verdad como es posible, tratándose de personas del más bello de los sexos (con perdón de unos jovencitos que andan por la calle de Huérfanos) y yo no quiero privar al público del placer de la comparación.

He aquí mi entrevista con la señora Fernández, prima de la anterior:

"La señora Fernández se ve menos hermosa en la mañana que en la tarde. Casi no la conocimos al ver enrollados en su cabeza talos cabellos obscuros en lugar de la opulenta y ondeada cabellera color Tiziano, fondo de cobre o zanahoria, que le es peculiar. Estaba cerca de la puerta de entrada discutiendo con un cobrador sobre la cuenta. "—Ya le he dicho a usted que se la debe llevar a mi marido", le decía. "—Pero si ya he estado en su oficina y me ha dicho que es cosa de usted". "—Son excusas, las de siempre; atosíguelo, deténgalo en la calle, espérelo en la puerta del club y preséntele la cuenta delante de amigos. ¡Estos hombres! Quieren que una ande bien vestida y se espantan de la cuenta. ¿Qué desea usted, señor", me preguntó la señora Fernández. "—Señora, vengo en nombre de "La Luminaria", publicación mensual, ilustrada, en colores, que pertenece a la Buena Prensa y ha sido recomendada para las familias por su sana lectura.—¿Quiere usted un reportaje? Se lo voy a conceder solamente para hacer rabiar a mi prima, que se ha presentado como intelectual. Vaya preguntando usted y yo contestaré como pueda.

—Señora, ¿qué hace usted en su día?

—Nada.

—¿Cómo?

—Comiendo. Me levanto sumamente tarde porque soy floja y un poco anémica.

—Cuando usted se levanta ¿qué es lo primero que hace?

—Bostezar.

—¿Y en seguida?

—Pelear con mi marido porque se ha recogido tarde.

—¿Después se pone bien?

—Sí; después me pongo bien. Y después me levanto al ras con el almuerzo.

—¿Se dedica usted mucho a la caridad?

—No mucho. Figuro en algunas invitaciones. He sido secretaria de dos sociedades y me han echado por floja. Voy a muchos conciertos. Tengo una gran lástima por los pobres, principalmente por esos que reciben la visita de mi prima en automóvil. Me gusta la beneficencia con música; pero no pretendo abrirme con ella las puertas del cielo. Espero tener mejor salud y levantarme más temprano para hacer una vida más cristiana.

—¿Lee usted mucho?

—Poco. Después de media hora me bailan las letras. Me gustan los libros con amor y que acaban con matrimonio.

—¿Ha estado usted en Europa?

—Sí.

—¿Y qué ha visto allá?

—Todo; la verdadera mujer chilena puede ir con su marido a todas partes desde la Opera y la Comedia Francesa hasta el Bal Tabarin y la Abbaye Thelem. Me aconsejaron no dejarlo solo y lo acompañé. Naturalmente tengo muy mala idea de los franceses...

—¿Qué cosa ha sido lo que más ha llamado su atención?

—Los sombreros de la Reboux y los vestidos de Callot.

—Me refería a los monumentos.

—¡Ah! El Palais de Glace y la Torre de Eiffel.

—¿Qué piensa usted del manto?

—Que es feo e incómodo; pero que va a ser chic ponérselo de nuevo, por la cursilería de los velitos mal puestos y de los peinados pretenciosos y de los vestidos de mal gusto.

—Señora...

—Tenga la bondad de irse. Ya está bueno de preguntas. Me estoy mareando y es la hora de ponerme la inyección de Suero Fraise...

—¡...?

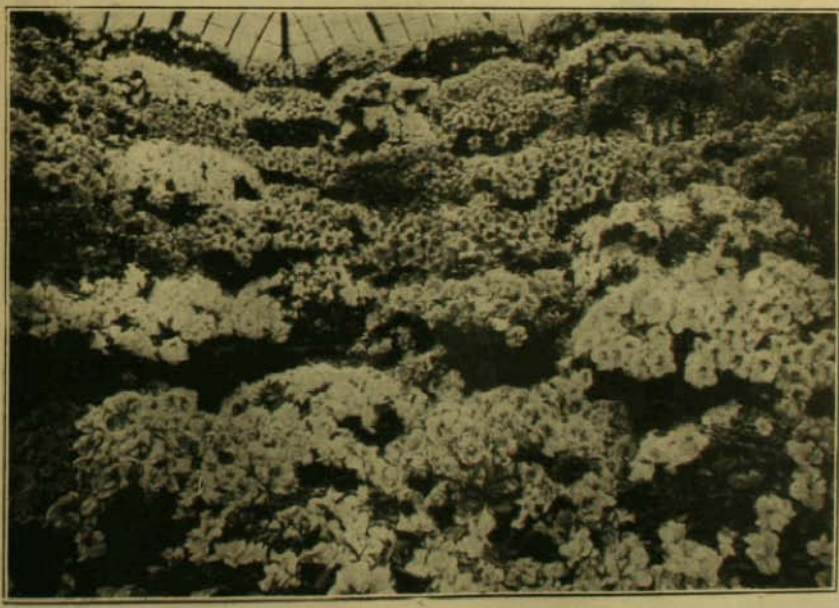
—Sí, para la neurastenia. Ahora se lleva menos la neurastenia; pero en ésto me he quedado pasada de moda. ¿Qué le vamos a hacer?"

Naturalmente esta clase de entrevista colocaría en luz desfavorable a muchas damas simpáticas, que también tienen manos bonitas y saloncitos rococó. Por eso se prefieren las otras.



La última Exposición de flores en Paris





ESTA EXPOSICION DE FLORES FUE EN PARIS EL PASADO AÑO UNA DE LAS MAS BELLAS SORPRESAS DE PRIMAVERA, REALIZADA DURANTE LA GUERRA



Rubén Darío.



Rubén Darío en su lecho de muerte.

Rubèn Dario y sus funerales

Por

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

Ilustraciones fotográficas

Si hay en Chile algún escritor que pueda hablar del egregio pulsalira, que fué en vida Darío, con admiración de poeta y con fervor de entusiasta por su enorme obra lírica, ese soy yo, que en los comienzos de mis andanzas artísticas seguí sus huellas, fuí tras de su oriflama y escandalicé las "graves orejas doctas", según el decir de mi prologuista. Cabrera Guerra, en este garbanzal, segando animadversiones, crueles envidias, hermosos ataques y prodigiosas hieles, que me sirvieron de estímulo y de acicate sangriento a mi Pegaso volador y a mis audacias revolucionarias, en un tiempo en que era yo casi un niño cazador de rimas, irreflexivo inconsciente.

Justificativo de este decir orgulloso, que ha de perdonárseme en obsequio a la verdad, son mis primeras poesías publicadas desde una maleza de la antigua Arauco, desde el año 94 del pasado siglo, cuando yo era un humilde profesorcito en el Liceo de Los Angeles, en "La Ley" y en "La Revista Cómica" de Santiago. ¿Qué mucho, entonces, que pueda hablar a la manera de nuestro gran Lastarria, cuya frase épica "tengo talento y lo luzco", fué completada en los liminares de sus "Recuerdos Literarios" con estas otras



Rubén Darío en la casa que murió.

solemnes palabras parecidas: en obsequio de la verdad confieso mi participación e iniciación en el gran movimiento intelectual del año 42 y subsiguientes.

También puedo yo apropiarme, con algún fundamento lo mismo del egregio nicaragüense: "Con todas las piedras que me han lanzado podría formarme un rompeolas que detuviese por largo tiempo la corriente incontrastable del olvido." Agrego: La modestia, en la forma de hipocresía o de vanidad, de valor negativo, es una virtud aparencial que no me ha sido dado conocer en mi vida.

II

Nuestro Ateneo de Santiago, corporación galvanizada por la actividad y los talentos de subidos quilates poéticos de mi querido y fraterno amigo Samuel A. Lillo, dió una velada en memoria de Rubén, en la cual Paulino Alfonso, viril y suavizado purista, mariposeó en la vasta floresta rubendariaca, y no supo o no quiso decir alta y soberanamente la labor transformadora de la métrica operada por el vate centroamericano; y ello exige hablar claro y poner sobre las íes los puntos.

En siglos de siglos la poética castellana ya estaba sobajeada y familiar; la grandilocuencia del cantor "de pústulas de ternera", que dice Navarro y Ledesma por Quintana, el escepticismo venenoso y trashumante de Campoamor, la sonoridad dubitativa nuñezarciana, habían cumplido su misión. Entonces partió de América hispano parlante el grito de renovación: Julián del Casal, Martí, Gutiérrez Nájera: los precursores, indudablemente. De improviso se extendió el ala aquilina, la garra aquilina, y una y otra fueron derecho al sol: se suavizó el aletazo, se enguantó la garra y fué el cisne que de águila y de su picotazo al sol no trajo el rayo fulminante, sino el arco iris con ancha franja de azul: Rubén Darío!

Lo que debe la universal lengua góticahispana-americana en su más alta nobleza, merced al ingenio de Rubén, indudablemente

alma reencarnada o de Góngora o de Meléndez en la dulzura, o del Duque de Rivas, o de no sé quién más: renovación de la métrica, ya dicha; la "melodía interior", que no viene de Verlaine; formación de una nueva lengua poética; admirable riqueza de rimas; remozamiento de los metros antiguos, de las más bellas "cuadernas vías"; fervor por el ideal y por la fe, que debe ser inseparable en un poeta; condensación de colores; ennoblecimiento principesco de versos desusados y tenidos como inarmónicos, el de nueve y el de trece corridos; el hexámetro latino hecho hexámetro castellano con más pureza que Caro el colombiano; vuelo de palomas en todo verso y siempre un alma cordial... Eso y más, más hizo Ruben Darío en honor de la bandera celeste y blanca de Nicaragua, y de la otra eterna y universal que el formidable cantor del Motombo, el formidable Hugo, dijo que solamente era azul.

Y refiriéndome a nuestra propia casa, puedo añadir que Rubén influyó, desde lejos, o tal vez de cerca, en nuestro gran González: la poesía al Dante tiene reminiscencias de Darío en su canto "A Prat", premiado en Chile en un certamen Varela. ¡Digo verdad? Para mí que Hugo y Darío son los predecesores de mi gran amigo muerto en mis brazos. Y no hay más.

III

Nadie podrá negar ahora que la influencia de Darío ha sido enorme, no sólo en América sí que también en España. En un artículo completamente informativo, sin pretensión crítica, el análisis y la demostración no cabe. Pero hay que decir que mientras los americanos dejamos la influencia del decadentismo francés y "campeamos" por nuestros fueros en la lírica, los poetas peninsulares, merced a Rubén, continuaron influídos por su cosmopolitismo literario, cuando ya nosotros habíamos dejado por completo el biberón. Y ultra continentes indios se continúa chupando. De manera que puede quedar establecido: la magna estrella filante ha dejado allá su estela. Tras ella van otras barcas. Pero el ce-



Ofrendas florales en la Universidad de León.



Procesión en la Catedral.

tro que dejó el nicaragüense ¿qué mano principesca o soberana ha de regirlo?

IV

Al correr de la pluma voy apuntando consideraciones, desligadas al parecer, pero bien íntimamente unidas al punto central.

Pensemos en el símbolo de Darío, en el cisne. El águila pasa, casi temerosamente mirada. La paloma tiene en "Azul" un extraño gesto pesimista: es la paloma de Chile. El cóndor queda como ave doméstica en la zoología de los poetas mediocres americanos, aturdidos con la trompetería y la majestad teatral de Hugo. El cóndor necesita ahora una vindicación. Pero el cisne de seda, el cisne de Leda, ese es de Darío. ¡Qué suavidad de plumas y altanería de seducción! Es ducal, es poeta, es flor de maleficio, orquesta que está en el punto de romper el preludio, rosa de pasión, uno de los príncipes de los Siete Pecados, inmaculado y prudente.

¿Por qué Rubén Darío eligiría el cisne como símbolo en los cuarteles heráldicos de su estirpe, de su aristocracia lírica?

El cisne callado, tacitumo, nostálgico y melancólico, el cisne de los lagos callados, de las islas de poesía, barquichuelo fragante de amor y de tristeza, flor del agua azul, negra, y argentada a la luz de la luna; el cisne, blanca y esponjada magnolia de la noche, signo interrogante con su cuello, interrogativo del silencio y de la eternidad, cuello arqueado de un ánfora viviente, ¿qué interrogación tiene él para el misterio de la vida y del amor? ¿Del amor del mundo y del prodigio del dolor? ¿Qué dolor callado encontró, auscultó en el corazón del ave blanca y majestuosa Rubén Darío y que tenía acorde exacto en el corazón del poeta peregrino? "Lo semejante es conocido por lo semejante", decía Aristóteles. ¿Entonces, Rubén Darío había sido cisne también en qué planeta estelario? Tal vez Sirio, o tal vez las cuatro estrellas de la Cruz del Sur?

V

Policromia, riqueza verbal, riqueza rítmica, innegable don poético altísimo, todo ello justifica la afirmación: Rubén Darío fué un poeta máximo. Y, precisamente, fué por eso por lo que en sus rudas luchas de innovador, la mediocracia artística de los unos y la estulticia agresiva de los más le llamaron **decadente**. Estaban acostumbrados al verso doméstico y familiar, y no podían tolerar sin ira que se les enseñara de modo magnífico que la poesía verdadera está por encima de todo encasillado y no es un producto de farmacopea y de droguería. Todavía persiste uno que otro, el **versero**, que habla de **decadentes**. A ellos me refería hace años en mi prosa **Los jilgueros y los espantajos**.

Recuerdo que hasta de Chile, en donde Darío iniciara tan brillantemente su jornada de gloria, partieron sibilantes flechas enarboladas contra él. Mas la justicia se ha hecho. De estos indios ya nadie se acuerda; ha caído sobre ellos la fría lápida del olvido merecido y las hojas que imprimieron las voló el viento de la indiferencia.

VI

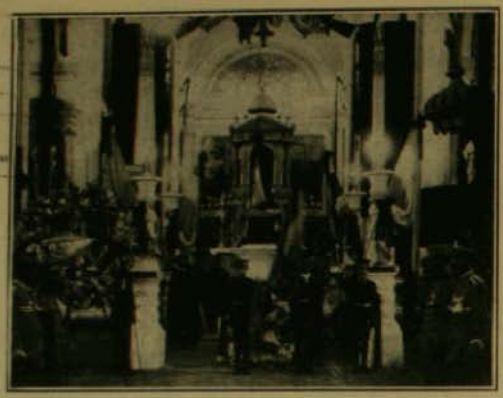
Nicaragua estuvo siempre orgullosa de su altísimo poeta. Así se lo demostró más particularmente, cuando, después de muchos años de ausencia, regresó a su tierra natal Darío. Entonces fué recibido en triunfo, en 1907. Se le discernieron honores de general victorioso por las muchedumbres nicaragüenses entusiasmadas. Las damas más hermosas batían palmas y alfombraban de flores su camino. Bouquetes, veladas artísticas, ovaciones que le conmovían hasta las lágrimas, hasta el llanto imposible de contener, todo lo probó el poeta, regocijado, y ello le supo, como dice él mismo, a la dulzura de la miel de un verso griego. Entonces fué cuando compuso su **Retorno a la Patria**:

"El retorno a la tierra natal ha sido tan sentimental, y tan mental, y tan divino, ¡que aún las gotas del alba cristalinas están en el jardín de ensueño de fragancia y de [trino..."

Ciertamente que en esos momentos de apoteosis Darío ni por un segundo tuvo un atisbo de que habría de retornar a su vie-



Caja mortuoria.



Capilla ardiente en la Catedral, custodiada por alumnos universitarios.

granada y alta mentalidad argentina. Tal poesía a Nueva York, que es hermosa en su sencillez rítmica y de una modernidad inimitable, en que cada estrofa termina con el estribillo "dolor, dolor, dolor", tres palabras que suenan como tres martillazos pavorosos en una iglesia obscura y desierta, demuestra que Rubén Darío era también un alma sufriente y puesta en acorde con los que tienen hambre de pan y sed de justicia. Acaso la proximidad de la muerte cercana, le determinó a mostrar que no era simplemente un lírico egoista, y que de antiguo llevaba en la en-

ja y querida León, herido certeramente por la que "corta el salto de los más fieros leones".

Así fué que volvió de París, a fines de 1915, con la certeza desesperante de la muerte ineluctable y fatal. ¡Cuán dolorosas le fueron entonces las nuevas ovaciones! Sus últimas producciones parecen haber sido una prosa publicada en "El Figaro" de La Habana y los versos "La Gran Cosmópolis" que publica "Nosotros" en el número especial de 300 páginas, homenaje colectivo de la más



Procesión fúnebrer; (fijarse en las canéforas con sus cestos).



Procesión fúnebre.

traña del alma la mordedura de la fría encía despiadada de los cazadores del oro, factores de todas las injusticias e iniquidades sociales.

VII

Merced al cariñoso recuerdo de mi ex-discípulo del Internado Barros Arana, don Salvador Guerrero, nicaragüense, y de la misma ciudad de León, he recibido más de quince fotografías de los funerales que se le hicieron al egregio pulsa-lira. Honores del Gobierno, funerales litúrgicos de

la iglesia, de príncipe real, presididos por un arzobispo, solemnizaron el gran duelo de la nación centro-americana: ¡había sido su Homero!

De tales fotografías, algunas obsequio a los lectores del "Pacífico Magazine".

En "El Mercurio" se alcanzaron a dar, hace tiempo, algunas noticias de aquel solemne sepelio; más ninguna publicación gráfica semejante a ésta.

Releyendo todos los diarios de Managua y de León, que son muchos los que me llegaron, y las revistas, y siguiendo la carta detalladamente del amable ex-discípulo nombrado, a la vista de tales fotografías, he sentido una emoción tan profunda, en el silencio de mi escritorio, que he sentido enturbiadas mis pupilas y a través de esta niebla cristalina he levantado mi vista para mirar el retrato de nuestro grande e infortunado González, que está a la entrada.

Su Atenas, su Roma, su Jerusalem, como decía Darío por su León de Nicaragua, le abrió las puertas, regiamente, de la inmortalidad. León, entonces, pudo recordar el entierro de Víctor Hugo. Más grandes honras por un poeta no ha visto América.



El público, antes de salir la procesión fúnebre, en el jardín de la Universidad.



Al pasar por el Hotel España.

Envuelto en la bandera de Nicaragua, celeste y blanca, iba el cadáver de Darío. Las canéforas, las más hermosas vírgenes echaban a volar palomas y tendían bruselas de flores al paso; agujereaban el cielo tropical las agujas agudas de los clarines marciales; el cañón detonaba como una protesta ante el destino "prodigioso y fatal"; las campanas de las catedrales iban a posar sus lamentos sobre las bandas de luto y los festones que se arqueaban y se tendían en las



Procesión fúnebre.

calles por las que pasaba el compañamiento funeral.

¡Qué tiempo antiguo resucitado ha sido éste!

¡Qué Atenas y qué Minerva se vinieron a vivir, siquiera por unos días, en una humilde y benéfica República de los lagos misteriosos y apacibles!

Y esa ofrenda floreal formidable de toda Nicaragua ante el cadáver del vate Darío, debe hacer palidecer de color y de deseo a toda la virgen selva americana, porque debe pensar en que le falta el inmenso poeta que anuncie el porvenir glorioso de la humanidad y sobre el cual la selva debe llover todas sus flores, todos sus cantos y la inmensa suma de sus energías vitales.

Nada me importa esa tremenda contracción orgánica de la agonía de Rubén. Los siete pecados capitales no podían, no querían ser expulsados del vaso de dulzura terrenal. Ni qué artefacto del divino alfarero, ni qué porcelana de Sevres se quiebra sin dolor y sin belleza! Mas todos somos insensibles en la hora pasajera y mortal.

Y esos seminaristas y esos oficiales que le formaron la guardia al cadáver, al hijo pródigo de las "prosas profanas", qué de pensamientos tendrían sobre la majestad del duelo! Sentirían, tal vez, los niños el revuelo del espíritu de la dulce Margarita infantil y mundana.

¡Y el cadáver de Rubén en hombros bajo la gloria del sol o en la apacible inquietud crepuscular del trópico!

¡Garras de león en la urna cineraria, pico corvo de águila en picotazo al laurel simbólico!, ¿qué sentiríais vosotros al peso de la cabeza y del rostro del perfil dantesco que os humillará en los siglos?

¿En quién más altiva y más grande reencarnará en el futuro el alma, en nuestra América, para gozo de la humana gente, el alma de Rubén?

Un viaje de exploracion

Por

TULIO BANDERAS LE-BRUN

Con ilustraciones fotográficas

Las tenebrosas selvas del Africa con su variada población de fieras salvajes; los polos terrestres, solitarios e inclementes, con su eterna corteza de hielo, no han sido obstáculo suficiente para hacer desistir al hombre de su empeño audaz y temerario de escudriñar lo desconocido, de explorar regiones nuevas.

Ante esta consideración nos hemos preguntado, cada vez que hemos tenido el mapa de Chile en nuestras manos, ¿cómo es posible que en pleno siglo XX tengamos en nuestro territorio, en nuestra propia casa, tantas regiones inexploradas?

No ya por espíritu científico, sino por innegable conveniencia nacional, nuestro territorio debiera sernos conocido en toda su extensión.

Son una vergüenza para el chileno esos inmensos manchones blancos que nuestro mapa presenta, aún en latitudes muy centrales, con el título de regiones inexploradas.

La experiencia, ¡dolorosa experiencia!, nos ha demostrado que no siempre es verídico el adagio aquel que dice: "Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena". Y díganlo si no nuestros vecinos orientales que, colándose modestamente por la Patagonia austral, nos embaucaron a su regalado gusto, quedándose en definitiva casi con un pie en el Pacífico.

Al ceder tan ingenuamente como cedimos aquellos territorios, ¿teníamos conciencia de lo que hacíamos?

Y cómo tenerla si han sido sólo ellos los que nos han hecho ver posteriormente que aquellas inmensas regiones inexploradas, que afeaban nuestro mapa, estaban muy lejos de ser despreciables, como en nuestra ignorancia pretendíamos.

¡Uno de los muchos ejemplos de nuestra incuria endémica y fatal!

Semejante estado de cosas se hacía ya una ignominia para nuestra civilización. Así, al menos, debe haberlo interpretado nuestro Estado Mayor General, pues al fin, reaccionando en este sentido, ha tomado la determinación de dar principio, por su cuenta, a una serie de expediciones de exploración que se efectuarán anualmente.

Era ya necesario. Debemos congratularnos.

Efectivamente, las presentes modestas líneas tienen por tema la narración de la primera de estas expediciones, expedición de ensayo, que con todo éxito acabamos de efectuar.

Solicitado por el Estado Mayor General nuestro modesto concurso astronómico para dicha expedición, que debía efectuarse a mediados de enero, accedimos entusiasmados y gustosos. Era uno de nuestros ideales.

Componían la expedición tres señores oficiales del Estado Mayor General: el mayor Humberto Banderas, jefe de ella, y los capitanes Bartolomé Blanche y Javier Palacios. Civiles, íbamos, el señor Marcial Espinosa, botánico del Museo Nacional, a cargo del estudio de la flora, el señor Eduardo Moore, entusiasta y alegre **croniqueur** de la expedición; Luis Moreira, embalsamador del Museo, y el que subscribe, a cargo de las coordenadas geográficas de los lugares que íbamos a explorar.

Se trataba, como primer ensayo del Estado Mayor, de explorar la región comprendida al S. E. del seno de Reloncaví, entre los 41° 40' y los 42° 30' de latitud sur; región que en la Carta figura como de cordilleras inexploradas.

Previos los preparativos adecuados, el día 15 de enero partimos a Puerto Montt, donde nos esperaba ya el mayor Banderas, que, con alguna anticipación, se había trasladado a ese puerto, a fin de hacer las últimas adqui-

siciones y tomar de los regionales, vecinos al lugar que íbamos a explorar, todas las noticias y datos que pudieran servirnos para el objeto.

Una escampavía de la Armada, el "Porvenir", nos esperaba allí y el día 18, con magnífico tiempo, partimos de Puerto Montt con rumbo al sur.

El mayor Banderas, con anticipación, había hecho ya un viaje de reconocimiento de la costa hasta la desembocadura del Bududahue, a fin de estudiar lo posibilidad de salir por este punto, después de haber recorrido la región inexplorada desde la desembocadura del Puelo por el norte.

Se hacía, pues, necesario indicar al señor Becerra, comandante del "Porvenir", el lugar preciso adonde él debía venir a buscarnos el 15 del mes siguiente.

Estudiado el lugar adecuado de nuestro futuro embarque en Bududahue, regresamos al norte hasta Cochamó, donde tomamos a dos individuos de esa región para que nos sirvieran de cargadores y macheteros.

El día 20 desembarcamos, por fin, en el punto inicial de nuestra exploración: la desembocadura del río Puelo, en el llano del Yate.

Habíamos efectuado una navegación de dos días, en magníficas condiciones de regalía, pues el comandante del "Porvenir", teniente 1.o don Isidoro Becerra, se esmeró en atendernos como saben hacerlo nuestros marinos con esa exquisita benevolencia y cortesía que les son características.

Es el señor Becerra un interesante ejemplar de nuestros náuticos: consciente de sus conocimientos profesionales y atrayentemente modesto. Tuvimos a bordo oportunidad de conversar con él sobre cierto invento original que lo trae preocupado y que, según nos lo explicó, dedujimos que está destinado a prestar valiosísimos servicios a la navegación mundial. Se trata de un instrumento mecánico que facilita admirablemente el estudio de las mareas.

Una lluvia impertinente nos recibió a nuestro desembarco en Puelo, la que nos obligó a cobijarnos bajo nuestros impermeables para poder emprender la marcha hacia una casita que se nos había indicado, distante más o menos 2 kilómetros de la playa, y en donde debíamos establecer nuestra base de operaciones.

Esta fué, pues, la primera jornada pedestre que hicimos, jornada que si bien la hacíamos por terrenos traficados de continuo por los escasos pobladores de la región, nos presentaba variados obstáculos y pantanos casi intransitables.

Aquí hicimos una estación de dos días. Era necesario esperar el buen tiempo y completar nuestro grupo de cargadores y macheteros.

Constituyen el llano del Yate terrenos accidentados y fértiles, bosques domeñados ya por el roce en época no muy lejana y utilizados hoy día, en su mayor parte, en la siembra de papas y de trigo y en el pastoreo de animales.

La escasa población de estos lugares está compuesta, en su mayor parte, por hombres originarios de Chiloé o sus alrededores; robustos e inteligentes y dedicados con entusiasmo a la agricultura, cuyos productos colocan en Puerto Montt.

Tiene nuestro roto de estas regiones características muy dignas de estudio. Llama la atención desde luego la corrección de su lenguaje. En sus expresiones no se maltrata tan desapiadadamente el castellano, como sucede en el centro y norte del país; y hasta en la entonación de su voz se notan diferencias bastante apreciables.

Parece ser que el aislamiento a que siempre ha estado sometida la isla de Chiloé, ha influído no poco en la conservación de la lengua castellana en forma muy análoga a la que se hablaba en el siglo de la Conquista. Efectivamente, el castellano arcaico tiene aún muchas supervivencias entre esta gente. Así, es corriente oír, intercalado entre sus locuciones, el adverbio **ansí** o el verbo **trujir** o **trujer**.

Su aspecto fisonómico les es también muy favorable. No encontramos en su semblante indicio alguno que acusara el deslucido rasgo de nuestros aborígenes.

Nuestro grupo de cargadores y macheteros lo completamos aquí uniendo otros 4 a los 2 que traíamos de Cochamó.

Gaspar Parancan, uno de ellos, tal vez el más robusto y esforzado, iba a servirnos de baqueano.

Llevábamos, además, al sargento del Batallón Zapadores, Evangelista Mella, que traíamos desde Osorno. Era este sargento,

por muchos conceptos, uno de los más simpáticos del grupo. Muy correcto, militarmente hablando, resistente, servicial y respetuoso.

En la mañana del 22 nos pusimos en marcha hacia el interior, llevando en cuatro mulas y a las espaldas de nuestros hombres el equipaje y las provisiones necesarias.

En medio de nuestro entusiasmo e inexperiencia, jamás nos imaginamos las dificultades con que pronto íbamos a lidiar.

La ignorancia es atrevida. Desestimando los argumentos que nuestros guías nos hacían respecto a la imposibilidad de efectuar con mulas el tránsito de semejantes selvas, quisimos seguir con ellas, al menos hasta donde nos fuera posible llevarlas.

Haciase, pues, la marcha con extremada lentitud. Había que abrir brecha ancha, apropiada para las mulas, y nuestros esforzados sirvientes tenían con frecuencia que suspender su labor destructora de la selva para sacar de algún pantano a las mulas, las que, debido a lo irregular del terreno, muchas veces se volcaban con sus cargas.



En un claro de la selva

No tardamos en tomar el peso a los argumentos de nuestra gente, y poco a poco fué imponiéndose la necesidad de eliminar las mulas. La marcha en la forma en que la llevábamos tenía visos de hacerse interminable...

Tal vez por ser esta la primera marcha ejecutada frente a frente de las dificultades que nos presentaba la selva enmarañada, nos sentimos pronto fatigados, y como a las 12 del día hicimos alto en un punto que nuestros guías denominaban "Las Trancas de Puelo Chico".

Pisábamos aquí los lindes del territorio conocido por aquellos lugareños. Acostumbraba esta gente a denominar "Las Trancas" a los límites de un lugar conocido. De modo que en adelante íbamos a desflorar la selva con nuestras plantas.

Armamos dos extensas carpas, una para nosotros y otra para nuestros sirvientes. Gozamos en este campamento de cómodos catres de campaña y de los servicios que nos proporcionara una cocina portátil, en la cual confeccionamos no sólo las harinas que habrían de ser en lo sucesivo casi nuestro exclusivo alimento, sino también parte de un cordero que desde Puelo traíamos a espalda de nuestros cargadores.

Como se ve, hasta aquí nuestra expedición se presentaba en forma aceptable, por no decir confortable.

Pero por muy deseables que fueran estas comodidades, era necesario pensar ya seriamente en abandonarlas, si queríamos seguir con éxito nuestra ruta de investigación.

Así, pues, se determinó que aquí dejaríamos abandonada nuestra cocina y serviríamos de las mulas sólo hasta el próximo campamento, para devolverlas desde ahí al punto de partida, tan cargadas como vinieron con todo lo que consideramos superfluo. Haciendo notar que consideramos como tal casi la totalidad de lo que llevábamos, pues hubimos

de quedarnos únicamente con lo encapillado y el alimento indispensable para medio mantener nuestras fuerzas durante los días que durara nuestro viaje.

Y así hubo que resolverlo en vista de las dificultades que venían presentándose, dificultades ya de sobra aquilatadas en la jornada que acabábamos de efectuar al través del bosque.

El botánico, señor Espinosa, considerando la imposibilidad de seguir adelante con los numerosos elementos que requería para su labor de coleccionista, y teniendo presente, además, que tanto en la zona en que marchábamos como en la que nos había servido de punto de partida, la flora era más o menos análoga, determinó separarse de nosotros en compañía de su ayudante Moreira y regresar a Puelo, donde se dedicaría con tiempo y comodidad a su trabajo.

Aprovechóse, pues, esta determinación para enviar con ellos las mulas y la carga, las cuales quedarían bajo su custodia en Puelo.

Pusimonos en marcha a la mañana siguiente en la misma forma en que habíamos venido. Queríamos aprovecharnos todavía de las mulas ya que era posible aún, con algún esfuerzo, llevarlas hasta el próximo campamento.

Marchábamos paulatinamente, haciendo frecuentes paradillas, ya para abrir alguna brecha difícil o para desenredar a las mulas que, con frecuencia, quedaban pendientes o detenidas en los matorrales.

Poco a poco la selva iba tomando caracteres más salvajes. El bosque comenzaba a presentarse a nuestros ojos bajo un aspecto más y más alarmante. No era ya esa agradable aglomeración de árboles, bajo cuya sombra el espíritu se refocila como si se estuviera en un edén paradisiaco; no, aquello ya comenzaba a hacerse antipático, con su monótono aspecto compacto y tupido de follajes, de troncos derruídos y de musgo invasor.

Previo un descanso hecho oportunamente para almorzar y dar algún aliento a las mulas, pusimos por fin término a nuestra jornada del día en un punto que se eligió con las indispensables comodidades para armar nuestras carpas y proveernos de agua.

Este punto habría de ser el último que nos proporcionara el relativo confort de nuestros catres de campaña y otras cuantas regalías.

Hasta aquí habíamos traído el ingenuo propósito de atravesar la totalidad de la región que figura como inexplorada, es decir, llegar hasta la desembocadura del Bududahue.

¡Atrevida pretensión, hija tan sólo de la ignorancia de lo que aquellas selvas significaban!

Bastaron dos días de lucha con estas selvas para que llegáramos al convencimiento de que de ningún modo estábamos preparados para una jornada semejante.

Aparte del esfuerzo extraordinario que para nosotros habría significado esta marcha, la duración de ella habría alcanzado tal vez a cuatro o más meses, y nuestros alimentos estaban calculados para un tiempo muy inferior. Amén de los inconvenientes de movilización que todo incremento en las provisiones habría necesariamente acarreado.

Estas y algunas otras consideraciones nos obligaron a cambiar de determinación.

¿Saldríamos por dónde? ¿A qué punto de la costa en el Golfo de Reloncaví convendría llegar?

Estas interrogaciones fueron, después de maduro examen, resueltas con el mapa en la mano.

Más al sur, por el grado 42, en el canal del Hornopiren, desembocan tres ríos: el Negro, el Blanco y el Cuchi. A este punto, pues, determinamos llegar.

Pero quedaba una pequeña dificultad que resolver. El escampavía "Porvenir" había quedado de pasar a buscarnos al Bududahue y esto para el 15 de febrero, mientras que si nosotros tomábamos la resolución de salir por río Negro llegaríamos allí alrededor del 5 de febrero, es decir, diez días antes.

No obstante se había tenido, con anticipación, la precaución de consultar este evento. Efectivamente, al vapor "El Toro", de la Sociedad Comercial Chilena, que tiene su asiento en Puerto Montt, se le había contratado para que pasara el día 5 al río Puelo a pedir órdenes.

Como se ve, esta emergencia se había consultado y bastaba que desde Puelo se avisara a dicho vapor nuestra presencia en río Negro para salvar la situación.

¿Cómo hacer saber al vapor "Toro", a su llegada a Puelo, que nosotros lo esperábamos en río Negro?

En el "Porvenir" no había que pensar, pues aprovechando los días que durara nuestro viaje, había ido en busca de conscriptos al sur.

Si no solucionábamos este punto estábamos

en el peligro de quedar abandonados en aquellas regiones.

Comisionóse entonces al señor Espinosa para que desde Puelo impartiera las instrucciones pertinentes.

Tranquilos a este respecto, al día siguiente partimos, dejando aquí a los señores Espinosa y Moreira, conjuntamente con nuestras mulas y sus respectivas cargas.

Si al Dante Alighieri le hubiera sido dado conocer las selvas en que nos encontrábamos sumidos, sin duda, ellas habrían quedado inmortalizadas en alguna infernal descripción de su poema inmortal.



Y no es exageración. Masas interminables y compactas de quilas, tepúes, quiacas, lumas, laureles, mañíos, manihuahuales, cipreses, coihues, alerces, canelos, muermos, etc., etc.; un maremágnum de árboles, arbustos, enredaderas, helechos y musgos, acoquinan, amilanan, aturden el espíritu y le causan a uno la doloro impresión que desde el fondo de este infernal laberinto en que se encuentra aprisionado, no volverá a ver jamás lucir el sol.

Nuestra mente, afiebrada con este monótono espectáculo y con la estrechez de este recinto, sueña, delira con los horizontes amplios, amplísimos, con los horizontes de la alta mar, de las pampas, con los horizontes ilimitados, en que la vista se extiende sin obstáculo hasta perderse allá en el infinito.

¡Talihó! ¡Talihó! tal era el grito que nos servía de aviso para establecer contacto entre todos los de la comparsa. Grito que llegó también a hacérsenos inarmónico y cansado, como se nos hacía todo lo que nos rodeaba, en las supremas congojas de nuestras fatigas.

Los encantos de la selva. ¡Eterno motivo de inspiración para el poeta! ¡Oh, ironía! ¡Aquí, al medio de estas selvas, os quisiéramos traer a vosotros, inspirados poetas que cantáis de oídas los hechizos de la selva!

De hoy en adelante podremos conmovernos con vuestra inspiración; ¡quién no se conmueve ante una lira bien templada!, pero hemos quedado con el sincero convencimiento de que sois unos mentirosos y que os inspiráis en la ficción!

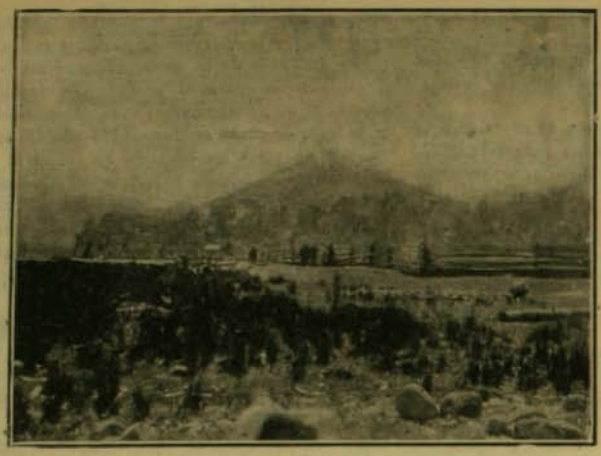
Y no obstante, había que continuar. ¡O llegábamos al fin de la jornada o quedábamos en la demanda!

¡Magnífica ocasión para educar la paciencia! ¡¡Adelante!!

Serían más o menos las 4 de la tarde cuando, extremadamente cansados ya, resolvimos acampar a orillas de un río, después de haberlo vadeado con el agua a la cintura.

No era éste, ni con mucho, un lugar apropiado para el descanso. En enmarañada catarata juntábanse ahí dos ríos que ensordecían el espacio con sus bullidores torrentes y sus riberas asediadas por el boque, apenas si dejaban, entre lamosos peñascos, un estrecho recinto donde poder armar nuestras carpas. Allí hubimos de cobijarnos y, como todo es relativo en esta vida, nos sentimos felices de poder ver desde esta tétrica cueva un trozo siquiera del cielo azul. ¡Azul dijimos? no tal, pues unos nimbos densos y pesados lo cubrían casi por completo, enviándonos algunas horas más tarde como saludo de bienvenida, una lluvia continuada y de regular fuerza.

Esa misma noche, y antes que la lluvia se



Volcán Hornopiren

formalizara, aprovechando algunos astros que las nubes nos dejaban ver, determinamos las coordenadas de aquel lugar, que por lo inhospitalario y fatídico le habíamos bautizado con el nombre de "el infiernillo". Confluían dos ríos en este lugar y era, sin duda, interesante saber las coordenadas de semejante confluencia.

La lluvia duró tres días, los mismos que, resignadamente, tuvimos que estacionarnos aquí.

Cuando al cuarto día nos pusimos otra vez en marcha, un nuevo aspecto de la selva comenzó poco a poco a burlarse de nuestra energía. Se trataba ahora de los **quilantales** y de los **tepuales**.

Están constituídos los primeros por inmensas extensiones de terreno tupidamente cubiertos de quilas, de 6 a 8 metros de altura, pero en forma tan estrecha y exuberante que su paso a través de ellas se hace materialmente irrealizable. Teníamos que trepar nos a la cumbre de sus cogollos y allí, sumidos hasta la cintura entre sus intersticios, avanzar lenta, muy lentamente, con pasos de cangrejo.

Los tepuales, ¡ah! ¡los tepuales! no quisiera ni recordarlos!

Imagináos un intrincamiento enmarañado y confuso de tepúes, derruídos y entrelazados unos con otros, de tal manera que su hirsuto conjunto forma un enrejado capaz de dejar enjaulados hasta a los mismos pumas de la región. El tepú es un árbol más bien delgado, pero lo suficientemente resistente para no ceder sino al esfuerzo del hacha o del machete.

Muy controvertidas han sido las teorías de Darwin; pero al más tenaz adversario de este gran sabio, bastaría hacerlo atravesar uno de estos tepuales para probarle que, atávicamente, llevamos en nosotros mucho de mono.

¡Sí! Darwin tuvo razón! Y puesto que pudimos atravesar semejantes tepuales, nuestro origen simio es innegable! ¡Oh, esos tepuales fueron para nosotros la más convincente prueba de la tesis darwiniana!

Y nuestra peregrinación seguía, seguía interminable por aquellas frondas inaccesibles, por aquellos precipicios vertiginosos; surgiendo de las simas, deslizándonos a gatas por túneles sombríos y recubiertos de musgo, cayendo aquí, saltando allá, jadeantes, abochornados, con el diente del hambre hincado en nuestras entrañas y la boca seca como yesca.

¡Quince días! Quince días eternos, con el mismo espectáculo, con la misma jadeante monotonía, demoramos en atravesar aquellas para nosotros memorables selvas; durmiendo casi como los primitivos hombres: sobre terrenos húmedos y envueltos sólo en nuestros ponchos de Castilla.

Un pequeño episodio quebrantó un tanto esta cansada monotonía. El día 29 de enero acampamos en las riberas casi de un pintoresco lago.

Este descubrimiento despertó en nosotros algún entusiasmo, pues él significaba la posibilidad de que semejante lago desaguara al mar por algún río.

Acordóse bautizarlo. Y para el objeto levantóse un acta con todas las formalidades del caso, en la que dejábamos expresado, en

honor y recuerdo del que formalizó esta expedición, que llevaría el nombre de "Lago General Pinto Concha".

Firmamos el acta todos los expedicionarios y después de guardarla en un tarro vacío de conserva, herméticamente cerrado, la dejamos amarrada, en forma adecuada y visible, en uno de los árboles de mayor expectación de los que se encontraban vecino al lago.

Era, pues, de rigor tomar las coordenadas geográficas de tal lago, y al día siguiente, desde un médano casi cubierto de nieve, en las encumbradas cimas del Yate hicimos las observaciones astronómicas necesarias al caso.

Eficaz, sin duda, habría sido la presencia de un geólogo en estos terrenos. Toda la región que circuye al lago es de constitución volcánica.

La lava está palpable ahí en forma de grandes trozos que dificultan la marcha.

Probablemente alguna erupción del volcán Yate, que se encuentra muy inmediato, ha puesto cortapisa al libre curso de los arroyos y vertientes que con tanta abundancia afluyen de aquellas crestas boscosas, dando lugar con esta estancación de las aguas, a la formación de aquel lago.

Hay en las vecindades del lago, ciertas dilatadas extensiones de terrenos, cubiertas uniformemente de lava volcánica que, miradas desde lejos, dan el engañoso aspecto de terrenos en barbecho. El volcán Yate, en las vecindades de cuyo cráter acampamos una noche, está, al parecer, en completa inacción en la actualidad.

A poco de haber descubierto este lago encontramos, como lo habíamos previsto, su desaguadero, que resultó ser el río Negro, conocido sólo en su desembocadura en el canal del Hornopiren.

Este río habría de indicarnos con su curso el camino seguro de nuestro arribo a la costa, y comprendiéndolo así no nos separamos de sus orillas en nuestra anhelosa marcha.

Por fin, el día 5 de febrero, hicimos un sensacional descubrimiento, un descubrimiento que se tradujo, en la fatigada comparsa, por un alborozo ferviente.

El que iba a la vanguardia de los marchantes lanza al espacio un disparo de su revólver, seguido de una exclamación que le nacía del fondo del alma. Había encontrado de súbito en su camino, ¿qué creéis? Había encontrado... ¡un estiércol de vacuno!

¡¡Vacuno!! Luego estábamos ya próximos a terrenos habitados! ¡Esta era, sin duda, manifestación de viviendas cercanas!

Efectivamente, nuestras esperanzas no salieron defraudadas: algunas horas más tarde llegábamos a las vecindades de una casita de madera habitada por el viejito Cayetano Díaz, su mujer y dos nietecitas. Y ¡oh, espejismo del entusiasmo! Cayetano Díaz fué para nosotros, en esa ocasión, un gran héroe! Y su nombre, inarmónico y vulgar como es, se nos hizo, en medio de nuestro regocijo, extremadamente simpático.

Satisfacer nuestro apetito, o más bien, matar nuestra hambruna, fué, naturalmente, la primera preocupación que tuvimos aquí.

Encontramos queso, café con leche y algunos huevos; artículos todos que estaban muy lejos de constituir manjares, pero que nuestro paladar los encontró deliciosos.



Volcán Yate

¡Oh, el hambre! ¡El hambre! Hasta entonces no la conocíamos!

¡Cuántas veces, antes, por un ligero apetito, creíamos haberla conocido!

¡No, la verdadera, la monstruosa hambre, aquella que nos hace delirar con pavos fiambres, con perdices escabechadas, con suculentos **menús**, mientras la boca se nos hace agua ¡ah! esa no la conocíamos.

¡Era una tortura!

Y para acallar a esta imperiosa voz durante nuestra peregrinación, sólo teníamos sopitas de harinas y café.

Se comprende, pues, con qué fruición engullíamos los escasos comestibles que aquí se nos presentaban.

Pero aún no llegábamos a nuestra meta.

Desde el punto en que nos encontrábamos a la desembocadura del río Negro quedaban largos kilómetros.

Propusímosle a Cayetano Díaz que nos sirviera de guía y aunque nos encontrábamos bastante extenuados, seguimos nuestra marcha con el espíritu ya muy levantado.

Se trataba de la última jornada y nuestras pesadas mochilas no eran, en estas circunstancias, más que verdaderas plumas.

Debemos confesar paladinamente, que en esos momentos nos reconciliábamos con la naturaleza.

El horizonte presentábase a nosotros, esplendoroso y pintoresco.

Nuestros pies marchaban por terrenos planos, exentos de intersticios, zanjas y troncos volcados y el cielo, nítido y azul, como sabe serlo nuestro cielo, nos bañaba con su luz franca, alegre y bienhechora, libre ya del tupido follaje que antes nos lo cubría.

Y allá al fondo, destacándose con atrevida silueta, el imponente cono del Hornopiren, cuya cúspide, como gigantesco dedo, parecía mostrarnos decididamente el hechizo de nuestro cielo transparente.

Ya no nos rodeaba esa silenciosa soledad, cuya lóbrega sensación nos tenía contristada el alma.

Caminábamos con vehemencia, sin preocuparnos de nuestras fatigadas piernas. Queríamos llegar cuanto antes a la deseada costa.

Por fin, a las 6 de la tarde, vadeábamos por última vez el río Negro y llegábamos a la casi única vivienda de aquellos parajes, en que la naturaleza parece haberse esmerado en su decoración, con las espléndidas crestas de la cordillera y principalmente con el soberbio pico del Hornopiren, que con su majestad parece dominar el panorama.

Isaac Pérez se llamaba nuestro nuevo huésped.

Desde no menos de treinta años este valeroso campesino, está voluntariamente recluído en aquellas soledades.

Se dedica a la agricultura y a la pesca y ha formado allí un numeroso hogar.

Su situación es relativamente holgada. Los productos de la pesca los coloca en Puerto Montt, como también los de sus tierras, que en aquellas alturas nadie se las disputa.

¡Para qué decir que no dimos descanso a nuestras mandíbulas y que allí nos hartamos con mariscos, aves, corderos, etc., etc.!

Y mientras tanto, ¿qué habría sido de la misión encomendada a nuestro compañero Espinosa, en Puelo?

Estábamos a 5 de febrero, fecha elegida para que el señor Espinosa viniera por nosotros en el "Toro" o en cualquier otro vapor, y aunque ya eran las 6 de la tarde manteníamos esperanzas que pudiera llegar.

No llegó en esa tarde, ni tampoco en los dos días siguientes.

¿Qué haríamos?

No había más recurso que contratar un bote de la localidad e ir a Puerto Montt o a Calbuco en busca de algún vapor.

Se pensó y se ejecutó.

A las 10.30 de la noche del tercer día, nuestro compañero, el capitán Palacios, salía a remos y a vela en un bote, acompañado del dueño de él y de tres de nuestros hombres, en demanda del anhelado vapor.

La noche no era del todo favorable para tan largo trayecto en esa pequeña embarcación. Algunas densas nubes cubrían el cielo y era probable, según decían los técnicos de ahí, que luego saliera el viento norte, precursor de mar agitada.

Nada de estas obscuras perspectivas se comentó, pero debemos decirlo con franqueza, un vago temor nos entristecía un tantico: nuestro buen compañero iba tal vez a exponerse en esta comisión.

Guiado por este sentimiento, quisimos acompañarlo hasta el bote, para alumbrarle el camino y darle nuestro melancólico adiós.

Nos arreglábamos ya para dormir en nuestro molesto lecho, cuando llegó a nuestros

oídos el eco de un silbato. Era el compañero Palacios que, al partir, nos enviaba su despedida...

Calculábamos que de ahí a dos días estaría el capitán Palacios de regreso, y cuál no sería nuestra sorpresa y nuestro entusiasmo cuando a la mañana siguiente, mientras nos desayunábamos, oímos allá a la distancia el ronco bramido de un vapor.

Y no era ilusión! El bramido seguía continuadamente, como para indicarnos su inesperada presencia.

En lontananza, al fondo del angosto canal del Hornopiren, veíanse en efecto, un punto negro.

¡¡Era el "Toro"!!

¿Qué había pasado? A la mañana siguiente, después de haber navegado toda la noche, nuestro compañero se encontró en su camino con el vapor que, obediente a las órdenes del señor Espinosa, venía en nuestra busca.

Se acercaba ya el fin de nuestras correrías. Habíamos luchado largo y arduamente y nuestra llegada a casa de Isaac Pérez significó para nosotros el despertar. Sí, el despertar, pues habíamos tenido una pesadilla de 15 días. Con la diferencia que una pesadilla sólo deja en nosotros su fatídico recuerdo, mientras que la realidad nos dejaba, además, magulladuras sanguinolentas y molestas heridas en nuestras manos y pies.

Ya sabíamos lo que era una selva virgen. ¡Caramba que lo sabíamos! Como que, según la pedagogía moderna, las lecciones objetivas son las que mejor se graban en el cerebro humano.

Allá en la edad estudiantil, nuestros textos de Geografía Física, nos tenían explicado lo que esto significaba; pero ¡qué pálida resulta esa explicación didáctica ante la desnuda y palpable realidad!

Y ya que de la edad estudiantil se trata, viene al pelo un recuerdo que con esto se relaciona y que servirá para quebrantar en algo lo monótono de esta insulsa relación.

Se trataba de un examen de Geografía Física:

—Dígame, dice el profesor, ¿qué entiende usted por una selva virgen?

El alumno, que, como cualquier otro hijo de vecino, tiene en su mente el concepto más o menos definido de lo que es una selva virgen, contesta presuroso, como para dar prueba de su versación:

—Selva virgen, señor, es aquella en que la mano del hombre no ha puesto nunca el pie.



Una cascada en la selva

Henos aquí, por fin, a bordo del vaporcito "Toro", libres de mayores preocupaciones y de feliz regreso a nuestros anhelados hogares.

Nada más adecuado para despertar el interés por nuestra patria que una observación detenida y consciente de su territorio.

Acostumbrados como estamos a apocarnos exageradamente (defecto muy latino por lo demás), hemos tenido que rehacer, por decirlo así, gran parte de nuestros conceptos pesimistas y desalentadores, ante el espectáculo que el sur de Chile nos ofrece.

Si es cierto, como lo aseguran, que la psicología de un pueblo está moldeada por la naturaleza que lo rodea, no tenemos por qué dudar de nuestro porvenir.

Con estas y otras mil reflexiones nos adormecíamos en nuestro asiento mientras que por la barandilla de cubierta contemplábamos la sucesión interminable de los paisajes feraces de nuestras latitudes australes.

Cuando a influencias de la volubilidad mental a que nos obliga un largo viaje, nuestra fantasía se siente estimulada, no es raro que divaguemos y recapacitemos con amplitud. Y así, suavemente mecidos por las olas, sobre la cubierta del vaporcito Toro, pensamos en nuestra raza, en nuestra tantas veces vilependiada raza, y al contemplar la imponente naturaleza que le servirá de escenario no muy remoto, al considerar sus antecedentes históricos, excelsamente cantados en un clásico poema épico, al comparar con las demás razas sud-americanas su idiosincrasia sui generis, sus características de raza viril y uniforme, estremecimientos de entusiasmo conmueven nuestro sistema nervioso y llegamos hasta convencernos de que somos fuertes y seremos grandes.

¡Exceso de optimismo? No lo creemos.

Somos antes que todo montañeses; vivimos ocultos en las simas de una soberbia cordillera, aprovechando las llanuras que existen entre sus escarpadas crestas. Y en esta naturaleza accidentada y feraz encontramos el secreto de nuestro temperamento viril y melancólico.

Seremos grandes dijimos, ¿y quién puede dudarlo? No tenemos en nuestras latitudes las exageraciones climatológicas de los trópicos, que hacen que sus habitantes sean lerdos en la iniciativa y exuberantes en la fantasía: más que hombres de acción son ellos soñadores. Por el contrario, el clima y las condiciones topográficas de nuestro territorio inducen al hombre a la lucha y a la actividad.

De aquí es que estemos convencidos de que, hechos independientes totalmente de la Europa, seremos los industriales de la América austral.

En nuestro modesto criterio, consideramos que el papá salitre nos ha hecho mucho daño, industrialmente hablando. El nos ha colocado en situación análoga a la de aquellos hijos de padres ricos que no han sentido jamás el aguijón de la necesidad, porque el padre se ha encargado, con su fortuna, de hacerles viable y fácil la existencia.

Y tanto es esto así que estamos actualmente—con el año y medio que llevamos de guerra europea—despertando a la actividad industrial en forma bien visible. Interrumpida la importación de los países beligerantes, estamos obligadamente emancipándonos de Europa.

La necesidad nos obligará, pues, en forma muy plausible, a comenzar pronto nuestro resurgimiento industrial.



En Busca del Oro



Por

RAMONDRIAG

(Versión del ruso)

Estas páginas no son una novela; son la relación verídica de una aventura real. ¡Os imagináis lo que significa la situación de dos seres humanos reducidos a pasar solos un año y otro año, bajo un clima espantoso y sin más recursos que la pesca y la caza? ¡Con qué angustia infinita esperarían ellos la visita del único que conocía su escondite! ¡Y si éste no llegaba?... Tal es el drama trazado aquí día por día, hora tras hora, con los más horribles detalles, por la mano misma de uno de aquellos dos infortunados, que sufrieron tan cruel agonía.

Ilustraciones fotográficas

Hace dos años visitaba, por el estío, la expedición del ingeniero ruso B. N. Beguicheff todas las islas del océano glacial situadas en la porción de mar libre que se encuentra entre la embocadura de los ríos Nbatanga y Anadir. En una de esas islas, a pocas millas del cabo Preobrajenski, sorprendió a los exploradores una "isba" o choza de reciente construcción, que parecía sin embargo abandonada. Penetraron en ella: en el interior se veía el cadáver de un hombre en estado ya avanzado de descomposición. Junto al muerto, sobre una mesa, un cuaderno, forrado en hule. En la primera página leíase escrita a lápiz esta inscripción: "Memorias de nuestra vida". Las memorias eran las de dos buscadores de oro, Garkin y Semenoff, llegados a la isla en pos del codiciado metal. Iban firmadas por Dmitri Garkin.

Conocedores de este documento, M. Beguicheff y sus acompañantes hicieron una exploración por la isla y descubrieron al lado opuesto de la montaña que se levanta en medio de la isla, otro cadáver, medio comido por las fieras.. ¡De qué horrible drama había sido teatro aquella isla!

Dmitri Garkin revela todo su horror en sus memorias, que aunque formadas por ligeras anotaciones sin pretensión ninguna literaria, constituyen un documento humano de inestimable valor y son la relación de la lucha heroica sostenida contra la naturaleza implacable por los dos infortunados buscadores de oro, lucha que ofreció las características de una continua alternativa entre la desesperación y la esperanza, y que tan trágicamente terminó para Semenoff y Garkin.

En el mundo entero no había más que un sólo hombre que conocía el escondite de los dos aventureros: un piloto japonés, por nombre Kotzou. Acostumbrado a la penosa navegación por las aguas del Océano Glacial, Kotzou, cuyo oficio era cazar ballenas y proveer las flotillas industriales del mar de Bhering, había conducido a los dos amigos a la costa siberiana en las proximidades de una isla que él había bautizado con el nombre de "Isla de los zorros azules", no sin antes prometerles volver al año siguiente con provisiones. Y cumplió su promesa. Pero pasado otro año, en vano esperaron los dos rusos la llegada del japonés. Aquel abandono fué para ellos el hambre y la muerte.

Las memorias de Dmitri Garkin, que aquí publicamos son copia exacta y *casi literal* del original; hemos respetado en ellas la sencillez y hasta la puerilidad, a veces, de su estilo, en el que tan patéticamente nos relata una agonía, que pudo ser aún más espantosa si una fe profunda y ardiente no hubiese anidado en el corazón de los desgraciados aventureros.

EN BUSCA DEL ORO

22 junio 1812.—El piloto japonés Kotzou nos ha desembarcado en una aldea samoyeda de la bahía de Atabarks. El partió al siguiente día, dejando en nuestro poder una pequeña chalupa de velas con sus aparejos completos. El temor se ha apoderado un momento de nosotros al ver partir a Kotzou. Al darnos su postrer adiós nos ha prometido atracar a la isla, que él llama de los zorros azules, el próximo verano, cuando atraviese el estrecho de Behring con los cazadores de ballenas. Cuando vuelva debe traernos harina, sal, carne seca y toda clase de provisiones y utensilios.

Hasta el 10 de julio hemos estado visitando todas las cascadas y riachuelos y por todas partes hemos encontrado o bien estacas con declaraciones, o bien buscadores de oro, como nosotros, haciendo excavaciones. Se dice que en los riachuelos afluentes de los ríos Khatanga y Khalanga se encuentra mucho oro y a veces también piedras preciosas. En el arenoso fondo del Khatanga se encuentran también, a lo que parece, valiosas perlas. Los Samoyedos me mostraron grandes piedras auríferas, con un oro rojo de la mejor aleación. Decidimos bogar en dirección a la isla de los "Zorros Azules". Nos dijeron que era esta isla enormemente rica por sus yacimientos de oro.

12 de julio.—Estamos navegando desde la mañana. Nos embarcamos al romper la aurora. Hacia el medio día se disipó la niebla; hasta entonces nos guiamos únicamente por la brújula, según se nos había aconsejado por Kotzou. En nuestra ruta encontramos grandes témpanos de hielo, que brillaban al sol como fuegos multicolores, que herían la vista. Semenoff ha disparado hoy contra una bandada de cisnes tan numerosa que formaba como una nube sobre el mar. Sobre un témpano distinguimos unas cuantas focas. Parecían no temer nada de nosotros. A las tres llegamos a la isla de los Zorros Azules. Es tal como nos la describió nuestro amigo Kotzou. Primero, un gran acantilado que se introduce en el mar; después, en medio de la isla, una montaña. Muchos árboles y breñales. Al dejar nosotros el acantilado, alzan el vuelo multitud de pájaros, que semejan una nube de nieve impelida por el viento... patos, cisnes ánades, gaviotas y bernachos. Aquí y allá, masas negras que se sumergen con estruendo en el agua: son las focas y las morsas.

¿ES LA FORTUNA?

15 de julio.—Hemos estado cortando madera, para construir nuestra choza y abrigo. Abunda aquí el abeto.

Julio 16.—Mientras Vassili Semenoff se ocupa en construir nuestra vivienda, yo he recorrido el curso del río más largo de la isla. Quería encontrar rastros auríferos y he encontrado trozos de cuarzo con venas verdes. Es un indicio de buen augurio.

Julio 23.—Está terminada la construcción de nuestra choza; hemos hecho una especie de horno con piedra y arcilla; tendremos que soportar el humo porque ninguno de los dos somos buenos albañiles.

Julio 25.—Otra vez, y ahora en compañía de Semenoff, he hecho exploraciones a lo largo de los riachuelos de la isla. Hemos lavado arena y hemos hallado quince pepitas de oro, una de ellas de casi un gramo de peso. Esto promete. Que el cielo recompense nuestras fatigas. Pero cuántos trabajos, cuántas privaciones hemos de sufrir.

Agosto 2.—Hoy hasta medio día reinó una neblina fría, húmeda y espesa. Parece que los hielos se acercan. Hemos cortado y amontonado harta leña para que nos proporcione buen fuego.

Agosto 10.—Tanto en la playa como en los arroyos abunda el pescado. Preparamos los anzuelos. Tenemos un gran barril para conservar y salar el producto de nuestra caza.

Agosto 12.—Hasta con las manos cogemos los peces. Hay sobre todo "khettas" y "gor-buchas", muchos sollos y unos peces plateados parecidos a las sardinas arenques. Parte de nuestra pesca la hemos puesto a salar en el barril; otra parte, colgada al aire, la hemos puesto a secar. Pescado salado y pescado seco será todo nuestro sistema de alimentación.

Agosto 20. — Hemos pasado una noche agitadísima. Los zorros aullaban como canes rabiosos en las arenas de la playa, al arrebatarse los residuos de la pesca hecha por nosotros. Pretendí cazarlos y disparé una vez. Debí de hacer blanco, porque vi un zorro que corría dando saltos desaforados.

Agosto 25. — Las nieblas van haciéndose más y más espesas. Hoy he recorrido un estrecho valle, que debe de encerrar seguramente algún yacimiento aurífero de importancia. He pensado desviar el curso de un arroyo que me preocupa, llevarlo hasta el fondo de este valle y establecer allí una especie de estanque construído con piedras y argamasa. Todas las partículas auríferas arrastradas por la corriente quedarán en este estanque y se hará por tanto más fácil su recolección. En mi excursión de hoy he llegado a recoger libra y media de oro en bruto y es mucho lo que he tenido que dejar escapar. Por su parte, Vassili Semenoff se ha ocupado en lavar arenas y guijarros.

Agosto 30.—Todos los días recogemos en este valle gran cantidad de oro. Mientras yo admiraba una pepita enorme, Vassili descubrió otra a la desembocadura del riachuelo de que hablé. Tenemos ya amontonados 8 kilos y 190 gramos; el trozo más pequeño es del tamaño de un saltamontes. He encontrado además en el valle en que trabajamos, una piedra preciosa de color rojo, sin duda un rubí o una hermosa alabandina.

PRIMER INVIERNO

Septiembre 1.—El tiempo se ha puesto seriamente frío. La temperatura ha descendido de repente a 15° bajo cero. Y qué viento! Produce en el rostro la impresión de una quemadura. Semenoff ha ido a una taiga (bosque pantanoso) con el fusil, y ha traído algunos urogallos. Dice que ha visto una pareja de renos y que ha sentido gruñir un animal, algún oso sin duda. Hemos sacado nuestra barca del agua, la hemos retirado de la playa y puesto en resguardo bajo un cobertizo junto a nuestra choza.

La perspectiva del invierno es espantosa, pero Dios nos protegerá. Tenemos víveres, leña; creo que podremos soportar los fríos más crudos.

Septiembre.—Dios nos auxilie. La tempestad ruge. El viento zumba en torno nuestro. Se abaten los árboles, se tumban los zarzales, y en la playa revientan con furor las olas, estrellándose contra las rocas. Semenoff me envidia el que yo sepa leer y es-

cribir: "Tú puedes escribir, me dice, y ello te proporciona la ilusión de que hablas con otras personas". Yo sé, en efecto, escribir. En la escuela de mi pueblo y después en la de la ciudad de Khabarof hasta me dieron libros como premio. Como si un presentimiento me advirtiese que me había de hacer falta un poco de saber, aprendí cuanto pude. Sé algo de talllado, de carpintería y cerrajería. Tengo algunas nociones de meteorología. Sé distinguir diversas especies de hierbas, de setas y de árboles... El viento continúa su zambra. Se oye el crujir de ramas del lado de la selva y el chasquido del hielo que se quiebra en la costa.

A pesar del huracán he ido al valle de nuestros experimentos. Todo está helado. La tierra dura como piedra y el riachuelo cubierto de hielo. Terminó por ahora nuestra tarea. Al volverme a mi choza, han cruzado a pocos pasos de mí dos zorros azules. Me miraron, rechinaron los dientes lastimosamente y se perdieron entre los mimbrerales. Por la tarde pusimos en orden nuestras provisiones de pescado seco; tenemos un depósito abundante y esto nos tranquiliza.

Noviembre 12.—Estamos en la noche polar. Hace muchos días que no escribo nada. Estamos sepultados bajo la nieve y la obscuridad es impenetrable. Semenoff y yo no tenemos otro recurso que entretenernos en jugar a las cartas, sin hablar, porque ya nos lo hemos dicho todo y nos hemos comunicado hasta nuestros más mínimos recuerdos. Una pereza invencible nos acosa. A dejarme guiar por mis impulsos, me pasaría durmiendo todo el tiempo. Nos esforzamos por rechazar este embotamiento y procuramos hacer algún ejercicio. Por la mañana salimos a cortar astillas. Nos entretuvimos en hacer un hoyo en la nieve, semejante a la madriguera de un zorro.

El frío es terrible. El viento sopla del lado de la mar, sin reposo. Su violencia rompe el hielo, y al romperse produce un estruendo, que resuena en nuestros oídos como un cañonazo. En nuestra choza nos reconfortamos con el té. Sin esta bebida, la vida sería aquí imposible.

LA VENGANZA ENTRE LOS HIELOS

Noviembre 22. — Un ruido nos despertó esta noche. Pensamos al principio en los zorros azules o supusimos que algún oso se había aventurado a penetrar en nuestra vecindad. Pero bien pronto el ruido se calmó. Por la mañana, al ir a buscar agua y madera, vimos en la nieve las huellas de un trineo, y de tres renos. Aquel descubrimiento me llenó de extrañeza. ¿De dónde vendría el trineo aquél? Dimos voces y gritos, encendimos una gran hoguera en el techo de nuestra choza, nadie contestó a nuestro llamado. Por las huellas que el trineo dejara en la nieve podía suponerse que iba muy cargado y que los renos corrían a gran velocidad. Dos personas debían de ir en él, pues junto a las huellas impresas por cada uno de los patines se notaba una huella de pie humano. El rastro seguía hasta perderse en el bosque, y aún más allá veíase impreso en el hielo de las aguas del mar. ¿Quién sería el que pasó esta noche tan cerca de nosotros: Vassili Semenoff me confiesa que el terror se apodera de él al pensar en este misterioso trineo y en esos misteriosos viajeros.

Por mi parte, yo encuentro la cosa inexplicable.

Noviembre 27.—Dos trineos samoyedos u ostiakos han llegado a nuestra isla. Los que los ocupaban nos preguntaron si no habíamos visto en los últimos días un trineo tirado por tres renos y montado por dos jóvenes. El había cometido un crimen y ella había huido con el criminal, dejando muerto a su prometido, de un hachazo en la frente. Los perseguidores eran el padre del muerto y el hermano de la novia, que querían vengarse de la pareja. Yo les mostré las huellas del misterioso trineo al otro lado del bosque, y ellos partieron al punto sin darse tiempo siquiera para descansar. Tan ávidos iban de venganza.

Diciembre 1.°—El frío es más crudo cada día. En la mar se quiebra el hielo sin cesar, produciendo un estruendo de artillería. Los zorros azules se quejan con ahullidos lastimeros. Hoy Semenoff ha derribado de un hachazo a uno de estos animales medio muerto de frío. Tratamos de cocerlo. Queríamos saber si en caso de hambre podríamos comer

carne de zorro. Es muy mala. Carne desabrida y hedionda...

Toda la noche el frío ha estado haciendo crujir las maderas de nuestra vivienda. El horno funciona mal. Nosotros permanecemos acostados, envueltos en sacos y pieles. Reina la obscuridad. Esto es horrible. Y pensar, oh Dios mío, que allá abajo en las ciudades hay bullicio animación y claridad... Aquí estamos como bestias en sus madrigueras. Si Kotzou no cumpliera su promesa, moriríamos como perros. Perdón, Señor! Harto peor es la situación de los que en los trineos persiguen al asesino. Por el hielo en la obscuridad, alentados por el furor, siguen sus huellas, y en su alma se libra una lucha terrible. Perdón. Señor. Yo no me quejo. Era la desesperación del corazón que sufre.

Diciembre 15. — Nadie más ha venido a visitarnos en nuestra invernada. No hemos oído hablar más de samoyedos. Pronto será la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué festividad! Lleva la alegría hasta la última de las aldeas. ¿Y a nosotros?... Más vale que no piense en ello. Puede decir se que nosotros somos los últimos cristianos del Norte. Semenoff y yo nos hemos preguntado en qué forma podríamos renovar nuestras provisiones. El pescado y las con-



Al ver alejarse la barca del piloto japonés, un sentimiento de angustia se apoderó de los aventureros.

servas nos repugnan. Queremos carne fresca.

Hemos convenido salir mañana de caza.

Diciembre 17.—Ayer tuvimos un temporal de nieve. Estuvimos encerrados en nuestra choza. Hoy nos preparamos para la caza y salimos. Está tranquilo el viento. Hiela, pero vamos resguardados con todo el abrigo que tenemos y no sentimos el frío.

Diciembre 25.—Honda pena hemos sentido al despertar. Sólo ayer regresamos a la madrugada, pues nos habíamos extraviado. Matamos un reno. El animal, avanzando hacia Semenoff, se paró de pronto y en ese mismo momento mi compañero lo derribó de un tiro. Era un animal muy pesado y nos ha costado mucho traerlo hasta aquí. Caminamos a la ventura por la nieve, arrastrando nuestra caza, subiendo y bajando pendientes. De pronto apercibimos un oso blanco de regular tamaño, tumbado entre unos peñascos y, al parecer, dormido. No nos vió. Errábamos ya casi faltos de fuerzas, cuando por fin descubrimos nuestro sendero. Metimos el reno dentro de la choza, aseguramos bien la puerta con trancas y piedras, para librarnos de algún asalto de las fieras, y después, muertos ya de fatiga, nos acostamos a dormir. Hoy hemos despedazado el reno para salar la carne. Coceremos la cabeza y pondremos la lengua a ahumar en la chimenea. Así al menos tendremos provisiones para la Pascua y no se nos hará tan triste.

LA FIESTA DE NAVIDAD

Desde la mañana hemos estado orando. Nos hemos estado acordando de todos nuestros parientes y amigos y hemos pedido por todos ellos y hemos implorado su perdón: "Olvidad el mal que os hayamos podido hacer y no habléis mal de nosotros". La vida aquí es terrible y desesperante. El horror se apodera de nuestra alma y el desaliento se ceba en nuestro corazón. Para alegrarnos un poco bebemos té con coñac, pero a pesar de esta bebida reconfortante, yo por mi parte me siento mal; me duele la cabeza como si me fuera a saltar en pedazos. ¿Estaré enfermo?...

PRIMERA SONRISA DE PRIMAVERA

Abril.—Pronto llegará la Pascua. Pronto vendrá Kotzou y abandonaré la isla. No soy ni sombra de mí mismo. La maldita fiebre me ha tenido más de tres meses en cama. Perdía el conocimiento, deliraba y tenía a veces visiones horribles. Me he quedado flaco y débil. Al salir ayer de la choza temblaban mis piernas. En este momento tirito otra vez de fiebre. ¿Será esto el fin? ¡Ah, si pudiese, aunque no más fuera, esperar la llegada de Kotzou! Lo dejaría todo y partiría.

Abril. — Hace menos frío, aunque nieva todavía con frecuencia. En torno a nuestra choza el hielo ha tomado un tinte parduzco y se ha hinchado.

De lejos se distinguen los cubiles de las morsas, que son innumerables. Pronto quedará libre la mar. Tal vez Kotzou ha partido ya de Nangasaki.

Mayo.—Han pasado las alegres Pascuas y yo he permanecido en cama todo el tiempo sin conocimiento. Ya no sufro, pero tirito de fiebre y siento una opresión... Hoy he salido un rato hasta la playa. El aire es frío todavía, pero se respira con fruición. Es el aire de primavera. Aún no se ven pájaros. Por todas partes nieve. La mar a grandes trechos se va viendo libre del hielo. Semenoff comenzará desde mañana a lavar oro. Me dice que ha llegado hasta el valle de nuestros anteriores experimentos y que la nieve se halla ya casi derretida.

Mayo 12.—Tres días ha estado ausente Semenoff y durante este tiempo mi inquietud ha sido enorme. Llegó con cinco libras de oro en bruto y me asegura que ha descubierto un pozo de oro y un gran pedazo de cuarzo recubierto todo de una red de venas de oro. Decididamente nos haremos ricos, si nos quedamos aún aquí otro año.

Mayo 20.—Aún me siento mal, pero experimento ya como un bienestar desde que me he puesto a trabajar. Nuestro negocio marcha. Lo hondonada descubierta por Vassili Semenoff es verdaderamente rica. Apenas hace una semana que la explotamos y ya hemos sacado de ella 25 libras de oro. De vez en cuando trepa uno de nosotros hasta el pico de una cima con la esperanza de

descubrir la barca de Kotzou. El mar está libre. Parte del hielo se ha fundido, parte se ha alejado mar adentro. Brilla el sol, pero aún las olas hirvientes y rugidoras permanecen grises. Allá a lo lejos, puntiagudas y enhiestas, como enormes velas blancas, se yerguen montañas de hielo.

La fiebre continúa martirizándome y privándome del sueño. De mañanita, sopla un viento helado y todavía hiela con frecuencia. Ayer sin embargo han aparecido de entre la tierra algunas hierbas y flores, envueltas en su capa de vello.

Mayo 21. — Esta mañana, al salir para nuestro trabajo como de costumbre, hemos hallado en la playa un cadáver. Nos acercamos para examinarlo y constatamos que se trataba de un samoyedo. Los cabellos tiesos y duros, la cara larga, con los pómulos salientes. Vassili Semenoff recitó una plegaria y dijo: "Tal vez sea éste uno de los que perseguía al asesino, raptor de la joven". Le enterramos en la playa y pusimos en su tumba tres grandes piedras. Terminada la ceremonia, se apoderó de mí al punto el terror. ¿Habrá alguno que nos entierre así si...? Quise decir una palabra a Semenoff, pero después de pensarlo, guardé silencio. ¿A qué afligirlo? ?

RENACE LA ESPERANZA Y EL ENTUSIASMO

Junio 15.—Hace un mes que no escribo nada. Tenía otras cosas que hacer. Por lo pronto Semenoff tuvo una caída mientras trabajaba y se rompió una pierna y tal vez una costilla. Una semana estuvo echando sangre. Después llegó Kotzou en un nuevo barco. Es un buen hombre este Kotzou. Nos prometió volver y ha vuelto. Y nos ha traído cuanto le pedimos y todo a un precio muy razonable. Nos ha aconsejado que cacemos armiños y cibelinas. "Cazadlas a lazo nos ha dicho, este invierno, y en la próxima primavera vendré yo con un mercader inglés de pieles, que os las comprará a buen precio". Ahora ya tenemos provisiones frescas, carne en conserva, manteca, grasa, bizcochos, sal y azúcar, y útiles diversos, y pólvora, plomo, balas; y aparte de nuestras armas viejas, otras tres escopetas para la caza menor y una para la caza mayor.

Por último tenemos dos redes, dos toneles para salar pescado y toda clase de medicamentos. Pagamos a Kotzou con pepitas de oro al peso, a razón de tres pesos, 50 centavos el gramo. Es el precio a que los mineros venden regularmente el oro de sus minas.

Kotzou partió llevando cartas nuestras para el correo y prometiéndonos volver en la primavera y traernos compañeros seguros y vigorosos.

Junio 23.—Otra vez solos. Pero ya nos hemos habituado, a Dios gracias, y Semenoff y yo vivimos sin quejarnos jamás.

A veces suspiramos al recordar nuestra existencia de otros tiempos; ¡la de ahora es tan ruda! Para no descorazonarnos trabajamos, pala y azadón en mano, con todas nuestras fuerzas, tratando de no pensar en nada.

EL CAMPAMENTO FANTASMA

30 de junio.—Acabamos de presenciar un espectáculo macabro, del que tarde podremos olvidarnos. Ayer, con motivo de ser mi cumpleaños, determinamos no trabajar, para celebrarlo. Tomamos un fusil y un hacha y nos fuimos a la ventura. Después, para distraernos, decidimos trepar a lo alto de una redonda colina que se eleva en el centro de la isla. Entonces apareció de pronto a nuestros pies un valle profundo, y en el fondo del valle una docena de tiendas levantadas. Lanzamos un grito de sorpresa y bajamos corriendo la escarpada pendiente, rasgándonos el traje, perdiendo los sombreros. Llegamos abajo, el cuello y las manos arañadas, echando sangre. Voceamos y ni una alma sale de las tiendas! ¡Cosa más extraña! Nos acercamos a una. Apenas la tocamos con la mano, la lona podrida se deshace como papel mojado. Penetramos... Ocho esqueletos yacen allí; los había grandes, más pequeños, y mucho más pequeños, esqueletos de niños. Y en todas las tiendas el mismo espectáculo. Contamos en total sesenta esqueletos, algunos enteros, otros con los huesos quebrados y roídos. Se veía que los zorros azules, los osos quizás, habían pasado por allí Nosotros nos preguntamos: "¿Quiénes son los desgraciados que perecieron allí? ¿Murieron de hambre o de frío?

¿O fueron quizás azotados por alguna enfermedad, el tifus, la viruela o el cólera?" Después huimos de allí aterrorizados...

En la noche no pudimos dormir. Todo el tiempo estuvimos pensando que la desgracia y la muerte rondaban en torno nuestro y que nos sería imposible huir de ellas. Ellas son aquí las reinas y señoras y nosotros hemos venido de fuera a inmolarnos a su poder. Misericordia, Señor, sálvanos!

Julio 5.—La cosa no marcha. Trabajamos firme sin embargo, pero no podemos apartar de nuestra imaginación los esqueletos que yacen en el fondo del valle bajo las tiendas del campamento fantasma. Será preciso enterrarlos y poner una cruz sobre su fosa. El domingo bajaremos allí. Así lo hemos decidido Semenoff y yo.

Domingo.—Hemos vuelto sin dificultad al lúgubre valle. Hemos cavado una gran fosa y en ella hemos encerrado todos los esqueletos. Después la hemos cubierto de tierra y hemos puesto encima una gran cruz con esta inscripción: "Aquí yacen los restos de sesenta cadáveres descubiertos bajo un campamento abandonado. Oh, Señor, perdona sus pecados a estos infelices y acógelos en tu reino, donde todos son iguales ante ti." Después de rezar un poco, quedamos algo más tranquilos. "Así tendremos nosotros también que morir, me dijo Semenoff mientras regresábamos a nuestra choza; quizás alguno venga más tarde, recogerá nuestros huesos, nos enterrará y nos pondrá una cruz y un epitafio. Nuestras almas estarán entonces allá, donde no existen las lágrimas ni los suspiros.

SEGUNDO INVIERNO

10 de septiembre.—Este será el segundo invierno que pasamos en la isla de los Zorros Azules. Ha pasado el verano y desde julio que no escribo nada. Otros cuidados me reclamaban, pues Semenoff estaba enfermo. Tenía hinchados pies y manos y de nuevo arrojaba sangre. Yo mismo me sentía mal y me era preciso asistir a mi compañero para que no empeorase, hacer todo el trabajo y procurarme algunas provisiones. He pescado y he salado la pesca en los dos barriles. Hasta el presente el frío es soportable. Hay que esperar que arrecie un poco más para seguir el consejo de Kotzou y principiar la caza de las cibelinas.

Septiembre 21.—Regresamos de cazar cibelinas. Semenoff me ha acompañado. Hemos pasado en el bosque pantanoso tres días y dos noches. A lo lejos hemos distinguidos algunos renos. Son animales muy prudentes estos, que no se acercan nunca a nosotros. Apenas estábamos en el bosque cuando una cibelina trepó a las ramas de un árbol dando desde tierra un salto prodigioso. Me eché la escopeta a la cara y cayó Era un animal nuevo y su piel poco consistente. Encontramos dos cibelinas más; una la matamos y la otra huyó, porque Semenoff la disparó precipitadamente, sin hacer puntería. De todos modos puede ser esta caza bastante lucrativa; volveremos a emprenderla. En total poseemos medio quintal de oro lavado. Conocemos un nuevo pozo. Trabajaremos y sacaremos cada uno unos treinta mil pesos. Formaremos entonces una sociedad de buscadores de oro, volveremos y trabajaremos de nuevo.

EL NUNCIO DE LA MUERTE

7 de octubre.—¿Por qué nos ha castigado el Altísimo? Vivimos sin alegría entre el trabajo, las privaciones y las enfermedades. Y a pesar de eso, el Señor nos ha mandado duras pruebas y terribles sufrimientos. De nuevo volvimos a la caza y notamos seis cibelinas y un armiño, cuando al regresar, nos dimos cuenta desde lejos de la catástrofe que se nos venía encima! ¡Maldición! ¡El cobertizo junto a nuestra choza, nuestra barca, un cajón con las redes de pescar, dos barriles, uno vacío y otro lleno de pescados salados, eran pasto de las llamas! Ya el fuego amenazaba nuestra misma choza. Nos horrorizamos al recordar que en ella estaban encerrados pólvora y cartuchos, todo nuestro oro y nuestras ropas. Corrimos y con agua y nieve combatimos el fuego. Hacia el atardecer el incendio quedó dominado, pero ¡cuánto destrozo que reparar!

Octubre 21.—Dos semanas enteras llevamos ocupados en reparar nuestra instalación de invierno. Trabajo excesivamente penoso por el frío. Teníamos las manos heladas; el hacha y los clavos se nos escapaban

de los dedos y eso que trabajábamos con el fuego cerca. Todo lo hemos reparado pero ya no tenemos barca. ¿Qué va a ser de nosotros si Kotzou no vuelve? En él está toda nuestra esperanza.

Navidad.—Los dos estamos enfermos y desesperados. ¡Que lleguen pronto la primavera y Kotzou! Nos sentimos débiles y abandonados. Un solo hombre hay en la tierra que conoce nuestro escondite y nadie fuera de él sabría descubrirnos en nuestra isla. En nuestras casas, al cabo de tanto tiempo, nos creerán sin duda muertos. Yo debería no escribir más. En mis palabras hay duda y desconfianza, y la desesperación ofende al Señor.

Pascuas. — ¡Cristo ha resucitado! Cristo ha resucitado! A vosotros, hermanos y hermanas en Cristo, amigos y enemigos, os pedimos que nos perdonéis a nosotros, que vivimos únicamente de esta débil esperanza: que el que sabe nuestro paradero vendrá a socorrernos! Tenemos miedo de no esperar y observo que jamás nos preguntamos: "¿Vendrá Kotzou?" sino: "¿Cuándo llegará Kotzou ".

El viento ha quebrado este año los hielos muy temprano, llevándolos mar adentro. Con ellos se han ido las morsas y las focas y ahora todo está desierto en torno nuestro... Hoy pasó una bandada de cisnes volando muy alto por el cielo; de



Delante de nuestra isla se detuvieron dos trineos samoyedos.

pronto uno de ellos, demasiado débil sin duda para seguir a sus compañeros del grupo, dió media vuelta y se dirigió hacia el Poniente. Por mucho tiempo estuvo dando vueltas sobre la isla de los Zorros Azules, gritando lastimeramente. Después, cuando estaba sobre la costa, descendió y se posó sobre un banco de arena, a lo lejos. "Es nuestra muerte la que ha llegado", murmuró Vassili Semenoff, santiguándose repetidas veces. Después se alejó y durante largo rato caminó por la playa completamente solo. Al volver, parecía más tranquilo. "Ha llegado nuestra muerte". No puedo olvidar el tono con que pronunció estas palabras.

Julio 18—¡Ya estamos en julio y Kotzou no llega! No queremos ni pronunciar su nombre. ¿Es que se ha olvidado de nosotros o fueron falsas sus promesas? Puede ser que venga al concluir su período de navegación. Trabajamos poco. No tenmos ni fuerza ni voluntad. ¿A qué conducen nuestros esfuerzos? ¿No está ya marcada nuestra hora?

KOTZOU NO HA VENIDO

Agosto 19.—Comienzan ya los hielos a flotar y las primeras nieves a cubrir la isla. ¡Kotzou no ha venido! No le hemos maldecido. ¡No es posible que nos haya engañado él, nuestro viejo amigo! Sin duda ha muerto en algún naufragio o de cualquier suerte y hoy hemos rogado por su alma. En la primavera, si Dios nos da vida, trataremos de construir una barca y de hacer una vela con corteza de abedul y partiremos.

Septiembre 5.—Nuestra situación es lastimosa. El incendio destruyó nuestras redes y no tenemos cuerdas ni hilo para fabricar otra. Imposible por tanto pescar. Nos queda harina para un mes. ¿Qué va a ser de nosotros? Toda nuestra esperanza está en la caza; es preciso que matemos algún reno.

Septiembre 20.—Vassili Semenoff ha ido a cazar renos y ya van dos días que está ausente. Toda la noche y todo el día ha habido un temporal de nieve espantoso. ¡Con tal que no pierda el camino!

Septiembre 21.—Hoy he transportado a Semenoff a nuestra choza. Se había extraviado cerca de la vivienda, pues la nevazón había borrado toda huella de pasos, y, exhaustas las fuerzas, había caído al suelo. Apenas he podido volverle en su sentido. Sus piernas están completamente heladas; a pesar de todos mis esfuerzos no he podido restablecer en ellas la circulación.

Noviembre.—En vano esperamos aún, en vano luchamos. Todo es inútil. Hay que resignarse a perecer. Semenoff se muere. Ha invadido sus piernas la gangrena y se le caen a pedazos. Ya casi no nos quedan provisiones. El temporal continúa arreciando. Todo está sepultado bajo una capa de nieve de dos metros. Imposible salir de la choza. En este momento echo a la marmita el último resto de té. Desde octubre que se nos acabó el azúcar y bebemos nuestro té con sal.

Diciembre.—Semenoff concluye. Tiene ya al descubierto los huesos de las piernas y la gangrena sigue subiendo más arriba. Hoy he recorrido incansable la isla y no he encontrado más que un zorro azul, que he matado. Con el animal a cuestas he sufrido lo indecible entre la nieve y el viento hasta encontrar el camino. He cocido el zorro y aunque su carne es repugnante la hemos devorado con verdadera ansia. Ha pasado el día de Navidad sin que nos diéramos cuenta de ello, porque somos pecadores: vivimos pensando en nosotros solamente, y en nosotros no hay más que desesperación.

Enero 13.—Ayer me despertó Semenoff, diciéndome: "¿No ves allá abajo cerca de las rocas?... Las tiendas se levantan y por entre ellas se pasea la Muerte. ¿Ves cómo nos amenaza primero a mí y a tí después?" Le toqué la frente. Ardía. Le devoraba la fiebre; esto se acaba.

Enero 18. — Semenoff se queja y lanza gritos atroces. De sus llagas brota sangre fétida. Delira y no me oye ni me entiende.

Enero 21.—Ha muerto Semenoff!.. Le he enterrado a una gran profundidad bajo la nieve y sobre su tumba he puesto dos palos en forma de cruz. Si vivo hasta la primavera, le cavaré una sepultura. Ahora ya estoy solo. La tempestad de nieve sigue desencadenándose furiosa, días enteros. De noche azota el huracán los copos de nieve contra las paredes de la choza; diríase que un sér viviente se esforzara por penetrar aquí. Esto es horrible.

Febrero.—Después de andar todo el día

no pude matar más que un zorro. Me alejo poco de la choza por temor a extraviarme, porque ya casi no distingo...

Ya no hay zorros azules. He andado mucho y estoy casi completamente helado. Dos veces he tenido que descansar. ¡Nada a mi alrededor! Habrá que ir hasta allá, pero me siento muy débil.

...Estoy acostado y no puedo moverme. Todo el cuerpo me duele interiormente; el vientre y las piernas están hinchados. Brota la sangre de mis encías; me zumban los oídos. Hace un frío horrible en la choza. Hoy no he prendido fuego porque me siento muy débil. Toda mi comida ha sido mascar pedazos de cuero de reno.

Febrero. — Hoy he comido un poco de grasa de morsa, de la que guardábamos para alumbrarnos. Es picante y amarga... He visto escarcha en los tabiques de la choza. Otra vez he tenido que mascar piel de reno y líquenes de los que brotan en las hendiduras de la isba.

Aquí estoy solo en medio de los hielos, entre fieras salvajes. Ya no volverá Kotzou. Mi vida se acaba... Así lo tendrás dispuesto, Dios clemente... No necesito ya vivir... Pronto, muy pronto espiraré.

Apenas si puedo ya moverme. Estoy muy débil. Echo sangre por la boca. Palpita el corazón y me zumban los oídos.

...Ayer pensaba que no podría ya levantarme. Y así ha sucedido. Apenas puedo escribir... Comienza mi agonía... Y nadie, nadie vendrá a darme sepultura... La codicia nos trajo aquí y en nuestra ceguedad no temimos ni a los sufrimientos ni a las privaciones. Hemos visto defraudadas todas nuestras esperanzas de riqueza y felicidad. Y tú, Señor, nos has castigado por nuestros pecados. No debimos mostrarnos tan temerarios. Pero el hombre marcha siempre adelante y no se fija en los abismos que se abren a su paso. ¡Perdón y misericordia, Dios mío!...

Mi respiración se hace difícil. Tras de las ventanas pululan los zorros y se oye un sordo gruñido, el de algún oso tal vez... Veo un bulto negro sobre la nieve. ¿Será algún otro samoyedo? ¿Será Kotzou, que se habrá ahogado en cualquier parte del océano y ha sido traído hasta la isla por las olas? Kotzou nos ha engañado y nos ha perdido. ¡Maldito sea hasta la séptima generación!

No puedo escribir más. Me muero... Todo ha concluído...



EL MONSTRUO

Por

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Dibujos de Bartolozzi

Durante una semana, de cinco a siete de la tarde, el "todo París", de los té tango y los tés donde simplemente se murmuraba, habló con insistencia del casamiento de Mauricio Delfour (heredero de la casa Delfour y compañía, 250 millones de capital) con la bella Odette Marsac, nieta de un parlamentario célebre y casi olvidado, que había sido candidato dos veces a la Presidencia de la República.

El matrimonio de un rey de la industria con una princesa republicana no es un suceso extraordinario en la vida de París, y sólo da motivo a media hora de conversación. ¡Pero estos dos eran tan interesantes!...

El había cruzado muchos ensueños femeninos como la personificación de todas las gracias y sabidurías humanas: copa de honor en carreras de jinetes **chic**, copa de honor en innumerables concursos de esgrima y tiro de pichón, copa de honor en la gran lucha de automóviles París-Nápoles. Su despacho iba tomando aspecto de comedor por el número de vasijas gloriosas que se alineaban sobre los muebles.

Ahora añadía a sus triunfos corporales cierto prestigio de hombre de ciencia, dedicándose a la aviación, volando casi todas las semanas, y frunciendo el ceño con aire misterioso cuando alguien hablaba en su presencia de problemas de mecánica.

Ella era Odette para sus amigas, la incomparable Odette, y para el resto del mundo **mademoiselle Marsac**, un nombre famoso, pues figuraba en todas las crónicas elegantes, en todos los estrenos, en todas las revistas de modas. Los meditabundos y sublimes modistos de la **rue de la Paix** contaban con ella para lanzar en las grandes solemnidades de la vida parisién sus innovaciones de artista calenturiento. Su cuerpo incomparable hacía palidecer y suspirar a las mujeres; cincuenta y ocho kilos de peso; un escote "ideal"; las clavículas marcando sus elegantes aristas como un zócalo de la frágil columna del cuello; los homoplatos despegándose de la espalda como alas nacientes; las piernas largas, y casi rectas, asomando tranquilas, sin miedo a la tentación, por el borde de la falda; una capa de substancia carnal repartida con parsimonia para recubrir solamente las rudezas del interno andamiaje; un cuerpo casi "aéreo", un pretexto para que los vestidos contuviesen algo en su interior y no se movieran solos. Y sobre este organismo, supremamente distinguido, un rostro alargado por el mentón en punta, con un pequeño redondel rojo, la boca; dos almendras enormes y negras, los ojos; dos tirabuzones sobre las orejas iguales a las patillas de un "toreador", y una torre de pelo mixto, con rizos propios y ajenos. La Venus moderna, tal como la adora en sus geniales ensueños un iluminador de figurines.

A principios de 1914, un nuevo **sport** había enloquecido a todas las gentes distinguidas de París y las capitales de Europa y América que forman sus arrabales. El mundo decente movía las caderas bailando el tango. Y a la cabeza de esta humanidad "tangueante" figuraron Mauricio y Odette. El se había encerrado con un profesor argentino, jurando a sus dioses no volver a la luz hasta poseer esta nueva ciencia, como poseía las otras. Y una tarde empezó a recibir la admiración del mundo, moviendo sus charolados pies con altos tacones, su talle encorsetado por el ceñido chaquet, su cabeza de brillante laca con el pelo rígido y echado atrás, bajo las lámparas eléctricas de un hotel de los Campos Elíseos.

Ella compartía la misma admiración en otro extremo de la escena, y los dos se buscaron con la atracción de dos astros que se

presienten, con el irresistible impulso de dos afinidades colectivas, para no separarse más.

Bailaron en adelante el uno para el otro. Imposible encontrar el ritmo sublime en brazos distintos. Y sin romper el misterioso silencio de la danza sagrada, mientras se contoneaban graves y meditabundos con todas las potencias intelectuales fijas en el movimiento de los pies, reconocieron los dos la necesidad de no perder la pareja para seguir bailando eternamente. Así se amaron, así se casaron, y el "todo París" se levantó una mañana dos horas antes que de costumbre para asistir a una ceremonia nupcial adornada con la presencia de todos los poderosos de la industria y un sinnúmero de personajes políticos, amigos del abuelo de la desposada.

El amor idílico de los recién casados no ofrecía dudas. Mauricio había procedido como un verdadero enamorado, diciendo ¡adiós!, sin esperanza de retorno, a sus varias amantes, sacerdotisas de las nobles artes: la comedia, la ópera y el baile. ¡Se acabaron las locuras! Su mujercita y los estudios serios nada más. Ella seguía coqueteando como antes, pero por costumbre, sin dar pretexto a osados avances, por añadir a la felicidad del esposo el incentivo del peligro.

Habían instalado su dicha en el hotel de los Delfour, suntuoso edificio elevado por el primer millonario de la familia junto al parque Monceau, entre viviendas de sus compañeros de riqueza y con la fachada posterior sobre el mismo jardín. La viuda Delfour se refugió en el último piso con los muebles de su antiguo esplendor, dejando libre el resto de la casa a su hijo y su nuera para que ésta pudiese satisfacer sin obstáculos sus gustos decorativos.

Todas las fantasías e incoherencias del estilo bizantino-persa incubado en Munich, hicieron irrupción en esta casa de salones rojos y dorados e imponentes sillerías del tiempo de Napoleón III.

Mamá Delfour, siempre vestida de negro, con el aire grave y reflexivo de una mujer que conoce el precio de la vida, presenció impasible las invenciones de la recién llegada; fiestas orientales que alborotaban el tranquilo hotel; tes danzantes; túnicas de lino transparente estrechas como fundas y con enormes flores de realce, en las que encerraba su magra desnudez. Como su hijo adoraba a Odette, ella se esforzó en justificar todos los caprichos y saltos de humor de la nuera. ¡Pobre niña! Se había criado sin madre, viviendo como un muchacho.



Y vino la guerra. Uno de sus primeros efectos fué dilatar los ojos de la nueva señora Delfour con una expresión de asombro. ¡Pero era posible esta calamidad!... ¡Ahora que la gente se divertía más que nunca!...

La suegra pareció crecer, saliendo del ti-

mido encogimiento. Su mirada se posó sobre personas y cosas con grave lentitud, como si las reconociese de nuevo. Había visto mucho. Sus primeras palabras de amor con el fabricante Delfour se cruzaron en 1870, durante el sitio de París. Luego, de recién casada había presenciado la tragedia de la Commune.

El hijo se fué cuando su mujer le admiraba como un hombre nuevo, viendo realzadas sus gracias varoniles por las ventajas del uniforme. Quiso entrar en la aviación, pero la aviación marchaba mal al principio de la guerra, y, para ser de una utilidad inmediata, permaneció en la artillería.

También Odette quiso ser útil a su patria. Todas sus amigas frecuentaban los hospitales. Y se lanzó a ser enfermera, admirando el uniforme blanco, con su capa azul y su alba toca; algo sencillo y nuevo que sentaba perfectamente a su belleza. Su afán por lucir la última moda le hacía abandonar muchas veces a los enfermos, paseando en automóvil, por el bosque de Bolonia, la blanca túnica con cruces rojas en las mangas y en el pecho. Mientras tanto, la viuda Delfour, sin abandonar su eterno traje negro de burguesa, pasaba días y noches en un hospital.

La guerra ofrece sus satisfacciones y deleites. ¡Los tes entre las mujeres, sin la presencia de hombres molestos que agobian con sus galanterías, vestidas casi todas de blanco como criadas de balneario, recibiendo las ojeadas envidiosas de las que no llevan uniforme, fabricando géneros de punto para los soldados, con la torpe suficiencia de una labor enseñada recientemente por la doncella.

—Mi marido combate en Alsacia. ¿Y el señor Delfour, dónde está?...

El señor Delfour andaba del lado de Bélgica, y su esposa, lanzando en torno una mirada de orgullo, iba contando sus glorias. Dos citaciones en la orden del día; cruz, segundo galón. Pero llovían héroes, y Odette experimentaba cierto despecho al oir que todas las otras casi decían lo mismo de sus hombres.

¡No poder distinguirse!...

Un día el hotel del parque de Monceau se conmovió con una terrible crisis de nervios y lágrimas, acompañada de choque de puertas, llegada de automóviles, desfile de médicos. El teniente Delfour estaba herido de gravedad por la explosión de una granada. Odette quiso marchar al lado de su esposo inmediatamente. ¡Imposible! Luego quiso morir, mientras la madre permanecía erguida, silenciosa, pálida, con los ojos parpadeantes y secos, mordiéndose los labios.

Luego, al volver a las reuniones íntimas, experimentó cierta satisfacción. Ninguna amiga osaba ya compararse con ella.

—Mauricio está herido; gravemente herido.

Y todas se apiadaban del esposo seductor maltratado por la guerra.

La general admiración hizo que acabase por conformarse con la importancia de las heridas. ¿Cómo serían éstas?... Se imaginó a su marido cojeando, con una mano en un bastón y la otra apoyada en su brazo. Formarían una pareja interesante. El porvenir les reservaba aún largas horas de felicidad. Ella lo protegería y lo alegraría con ternuras de madre y caricias de amante. Una tarde, en la **rue Royale**, vió a un subteniente de pocos años, casi un niño, que marchaba al lado de su novia con una manga vacía. Mauricio también había perdido un brazo; estaba segura de ello. Por eso sus cartas breves, de una alegría penosa, eran siempre dictadas... ¡No importa; ella sería el apoyo de su esposo; su brazo substituiría el brazo ausente. Lo interesante era volver a contemplar su rostro, mirarse en sus ojos claros, acariciadores y graciosamente irónicos. ¡Ay, cómo le amaba!...

Las amigas la acogían siempre con la misma pregunta: "¿Cómo sigue el herido?"... Y ella contestaba con seguridad: "Mejor. Pronto vendrá a París".

Y pasaron meses; y llegaron cartas y más cartas de letra extraña, dictadas por él. La madre, inquieta, interroga a los antiguos amigos de la familia, graves varones que indudablemente ocultaban algo.

—Las heridas son muchas; pero ya está fuera de peligro. Valor! Lo importante es que viva.

Una mañana Odette saltó de su lecho, súbitamente despertada por algo extraordinario que conmovía el hotel. Al levantar la cortina de una ventana vió al otro lado de la verja un automóvil cerrado, con cruces rojas. La marquesina de cristales de la escalinata apenas le dejó distinguir a un grupo de hom-



bres que subían cuidadosamente algo envuelto, como un mueble frágil. Su corazón dió un salto. ¡Mauricio!...

Cuando mal vestida se deslizó por la escalera, corriendo a un salón del piso bajo, los domésticos, azorados y trémulos pretendieron detenerla. Entró, reconociendo inmediatamente la dolorosa cabeza que descansaba sobre las almohadas de un diván. Era él, atrozmente desfigurado, con las mejillas surcadas por el lívido arabesco de las cicatrices... pero era él. De sus ojos sólo quedaba uno. La falta del otro estaba oculta por una venda negra que moldeaba la cuenca vacía. Luego vió su pecho cubierto por el paño azul de una blusa vieja de oficial. Pero al llegar aquí, la mujer vaciló sobre sus pies como si la sorpresa le asestase un puñetazo demoledor. Lanzó un grito... El herido no continuaba. Le faltaban los brazos, le faltaban las piernas, era un tronco nada más, conservado por los prodigios de la cirugía; un harapo rematado por una cabeza viviente.

—¡Odette!... ¡Odette!...— murmuró la boca negruzca, humildemente, como si pidiese perdón por su desgracia.

Pero Odette había huido, atropellando a los criados que se agolpaban en la puerta. Corrió por los pisos superiores sin saber lo que hacía, dando alaridos como una mujer de la tragedia griega, chocando con muebles y paredes, mesándose los sueltos cabellos, loca de sorpresa, de miedo, de repugnancia. ¡Y aquel monstruo era su marido! ¡Y habría de permanecer junto a él toda su existencia!...

—¡Odette!... ¡Odette!—seguía gimiendo abajo la voz humilde y dolorosa.

El ojo único se fué cubriendo de lágrimas. Todos huían. Hasta los criados le contemplaban a distancia, buscando ocultarse cada uno detrás del compañero, queriendo escapar y avanzando la cabeza al mismo tiempo, con una expresión doble de curiosidad y repugnancia. Evitaban el tocarle como si fuese algo gelatinoso y repelente; un pulpo con las extremidades rotas; una mucosidad informe de la guerra. El, que poseyó millo-

nes y tanto amaba la vida, quedaba al margen de la vida para siempre.

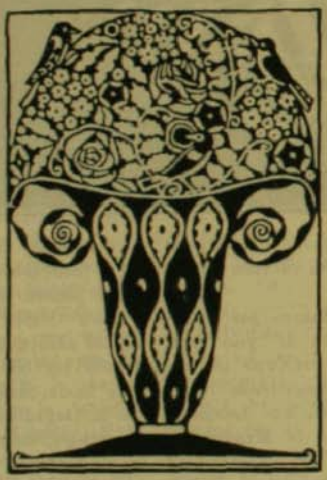
Su miseria creaba el vacío. Hasta su perro favorito gemía a corta distancia, avanzando y retrocediendo en violentas alternativas de lealtad y de espanto.

Y así sería siempre... ¡Ay! morir! ¡Morir, cuanto antes!

De pronto el grupo de domésticos se deshizo. Alguien había entrado con violencia. El monstruo vió un peinado blanco que venía hacia él; sintió en sus cortadas mejillas el contacto de una boca que acababa por acariciar frenética el vendaje de su órbita hueca; un rocío tibio mojó su cuello; unos brazos nerviosos de pasión abarcaron su tronco informe, como si fuesen a mecerle...

—¡Mamá!... ¡Oh, mamá!

—Hijo mío! ¡Hijo mío!



De Bogota a la Patagonia y a la Tierra del Fuego

Por

R. REYES

(CONCLUSION)

No podemos creer que estas miserables especies humanas, sean el estado primitivo del hombre, y creemos que lo es el de su degeneración; probablemente los salvajes de la América descienden de los pueblos pre-incaicos, cuya existencia está probada en el museo del Dr. Javier Prado, en Lima; los aborígenes que existían al tiempo del descubrimiento de la América, en naciones, bajo leyes, como los Aztecas, los Chibchas, los Incas, las Aimarás, etc., etc., representaban la porción menos bárbara de esa decadencia humana y los que se habían retirado a lugares desiertos, y que se asemejan a los brutos son el último de ella.

Los padres y las madres salesianos han convertido al cristianismo a algunos indios y los han reducido a la vida civilizada; les han enseñado oficios manuales; a los hombres: herrería, albañilería, carpintería, etc., etc.; y a las mujeres, costura, bordado, etc., etc.

En el museo que estos apostólicos misioneros tienen en Punta Arenas admiramos las obras de los indios, que demuestran sus buenas aptitudes. Si estos misioneros se hubieran establecido cuando los indios eran numerosos, probablemente los habrían salvado de la ruina en que hoy están, y conquistado, mucho antes esta rica región para la civilización, levantando el prejuicio, que, como una maldición ha pesado sobre ella, por el errado informe de Darwin, el que sus discípulos han seguido propagando.

En el citado museo pudimos ver notables colecciones de fósiles, de arcos y flechas, de pieles, de minerales, etc., etc. Al presentarnos el álbum en que los visitantes escriben sus impresiones, dejamos así las nuestras:

"Hace 40 años que tuvimos el placer de conocer en Turín a Don Bosco, quien, seguramente será declarado santo, y santo de tan excelsas virtudes como San Vicente de Paul: dos grandes benefactores de la humanidad desvalida. Después conocí a don Rua.

"En mis constantes viajes, durante medio siglo, por Europa, Asia, Africa y las dos Américas—especialmente en las regiones lejanas y en donde hay más desgraciados—he seguido y estudiado la obra salesiana, verdaderamente evangélica y civilizadora, y que responde a las modernas necesidades. En Colombia he apreciado los heroicos esfuerzos de los Padres Ravagliati, Aimé y de sus compañeros, y los fecundos resultados por ellos obtenidos.

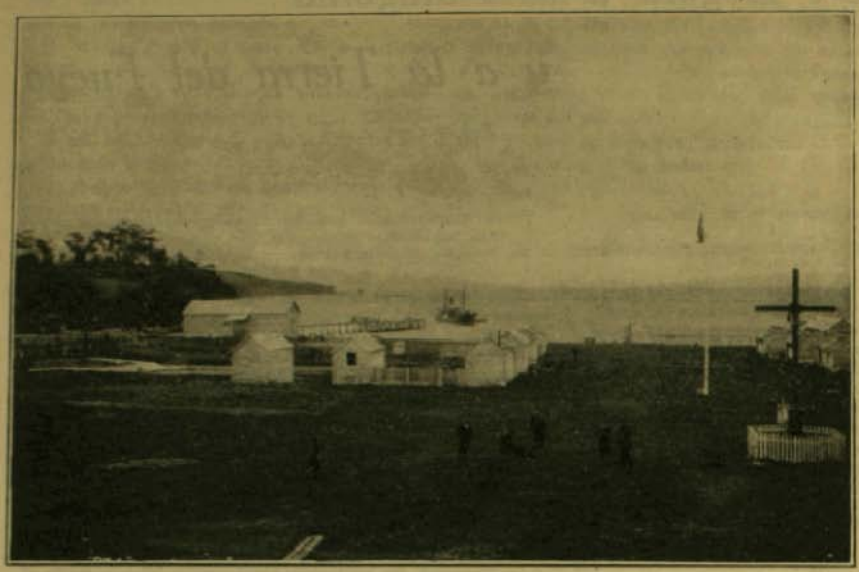
"Hoy al visitar este hermoso e interesante museo en la ciudad más austral del mundo—que tanto debe a los salesianos — y al orar en el templo por ellos levantado, reconozco que el espíritu de don Bosco, de caridad, de luz, de progreso, de inteligente e intensa labor y de piedad, está vivo y ardiente aquí en Chile, como lo está en Colombia y como lo estará en todas sus Casas... Bendito sea don Bosco, don Rua y sus dignos hijos e hijas!"



Mausoleo de la familia Menéndez B.

Punta Arenas

Hasta el año de 1874 era éste un lugar desierto, una playa arenosa, que le dió nombre, y selvas primitivas; en dicho año el Gobierno chileno estableció allí una estación para criminales, forma-



"Isla Dawson", Tierra del Fuego.

da de una guarnición de cien hombres, cuatrocientos reos y unos pocos colonos, que tuvieron el valor y la cordura de no dejarse influenciar por el informe de Darwin. Los primeros inmigrantes, tuvieron que desmontar el monte para construir sus habitaciones.

En 1877 hubo un levantamiento contra el Gobernador y los vecinos honrados, éste se refugió en la casa del señor José Menéndez, quien estaba ausente; los bandidos dispararon sus armas y le rompieron una pierna a la esposa de este caballero, doña María Behety, quien tenía en sus brazos a una hija de pocos meses de edad; para salvar su vida huyó a las selvas, en donde días después la encontró su esposo; la hija murió a consecuencia de la intemperie y la heroica madre quedó coja de por vida.

El señor José Menéndez, luchando contra la inclemencia del clima, contra la soledad, contra la falta de garantías y contra los prejuicios Darwinistas, comprometió el capital que había ganado en otras partes, fundó la industria de ovejas y creó, no sólo para Chile y la Argentina, sino para la humanidad este emporio de riqueza. Hoy tiene la ciudad aspecto europeo: anchas y bien trazadas calles, hermosos edificios públicos, plaza con parques, iglesia y un edificio para Escuela de Artes y Oficios, construído por los Salesianos; una estación de telégrafo inalámbrico de las más potentes del continente; casas y chalets particulares, tan elegantes y confortables como los europeos. Su población es de cerca de 20 mil habitantes, cuya moralidad es notable; no existe allí la miseria, que engendra tantos vicios. Hay capitalistas de varios millones de libras esterlinas algunos; de centenas de miles de libras esterlinas muchos otros y de sumas menores de ésta un gran número; de tal manera que, en relación con la población y la fecha de la fundación de la ciudad, es Punta Arenas la que tiene los más grandes y el mayor número de millonarios. El clima de esta ciudad es uno de los mejores del mundo; no se conocen allí las epidemias. Visitamos un criadero de gallinas que tiene capacidad para 16,000 animales, y no hay recuerdo de que haya aparecido la peste entre ellas.

Esta ciudad crecerá más y más cada día, ayudada por el Canal de Panamá, el que en lugar de ser perjudicial a la navegación por el Estrecho, la fomentará y aumentará.

El señor Menéndez ha continuado en esta región la obra de los conquistadores de los siglos XV y XVI. Como un acto de justicia y también como un ejemplo y un estímulo dedicamos unas líneas a este hombre, digno representante de la heroica raza española.

José Menéndez

Nació de honrada familia en Avilés, España, patria de otro José Menéndez, compañero de Ponce de León en el descubrimiento de la Florida y costas de los EE. UU., salió de allí de 14 años de edad, y ha peleado solo y ganado la batalla de la vida. Hoy tiene 70 años, aunque representa 55.

Lo conocimos hace cinco años cuando excursionaba por Marruecos, en medio de los valerosos moros del Riff en rebeldía y corriendo el peligro de su vida. Colmado de inmensas riquezas y con una numerosa familia, a la que ama tiernamente, fué a Marruecos no en busca de dinero, sino con el noble fin de ayudar a que la bandera de España flotara en aquel territorio. Hacía falta a la guarnición de la Rache un vaporcito para el servicio, Menéndez lo ordenó por cable a Inglaterra, y lo regaló.

Presenciamos su entrevista con el Rey don Alfonso XIII, cuando al despedirnos, éste le dió un abrazo y le dijo:

—Don José, es Ud. de raza de conquistadores y digno representante de ellos!

Lo hemos visto ahora en los campos de la Patagonia que él ha fecundado con su sudor y con su inteligencia, y convertido en emporios de riqueza, contra la errada opinión de Darwin.

A pesar de sus años trabaja con la actividad y constancia de un joven y vence a éstos en cualquier faena.

Lo hemos estudiado en sus grandes empresas pastoriles, comerciales, navieras, mineras, etc., etc., las que ha organizado como lo habría hecho un Carnegie o un Rockefeller, lo que le permite, a pesar de tener uno de los capitales más grandes de Sud-América empleado en múltiples negocios, disponer de su tiempo y viajar adonde quiere, como lo acaba de hacer a las nevadas montañas del Perú, a donde ascendió a más de 5,000 metros de altura, sin respetar el soroche o mal de montaña, que le atacó.

Lo hemos contemplado en el seno de su numerosa familia—tiene nueve hijos, dignos de él y de la madre, la virtuosa dama vasca, doña María Behety, y veinticuatro nietos; con los últimos juega con el entusiasmo de un niño.

Lo hemos visto en el templo adorando a Dios, orar y llorar en el suntuoso y bello mausoleo de su esposa, construído en el cementerio de la ciudad más austral del mundo y que luciría en los de Greenwood y Père Lachaisse.

Hemos oído reconocer en Punta Arenas, en donde se venera la memoria de su esposa, su caridad ordenada, inteligente y continua; en la escritura de Asociación con sus hijos estableció que al hacer el balance anual, se tomara una parte de las utilidades destinada a la Beneficencia y a la Instrucción pública.

Lo hemos oído hablar correctamente inglés, francés, portugués y castellano y expresar en ellos sus generosos ideales.

Lo hemos estudiado en sociedad de damas y de caballeros, como modelo de corrección y sencillez.



Beneficiando una ballena.

En Concepción le oímos en un banquete elocuente improvisación al hablar de Chile, patria de sus hijos y su segunda amada patria, y al hablar de Punta Arenas, que es su segunda creación, dijo: "Que hasta las piedras lo conocían y que se harían a un lado cuando sus pasos de viejo le hicieran tropezar contra ellas!..."

En sus negocios practica el sabio proverbio "Honesty is the best policy" (el mejor negocio es la honradez). En esta escuela y en la intensa e infatigable labor ha educado a sus hijos y a sus yernos, y hasta a sus dependientes, como al español don Manuel Iglesias, quienes siguen noblemente sus huellas.

No exageró el Rey de España cuando lo calificó. Don José Menéndez es un superhombre.



R. Reyes y su hijo Enrique (secretario).

Permanecimos en Punta Arenas dos semanas, durante las cuales fuímos obsequiados generosamente por nuestro antiguo amigo el gobernador de Magallanes, don Fernando Edwards; la familia Menéndez Behety; por la del Cónsul colombiano, don Manuel Iglesias, digno discípulo de don José Menéndez; por la de don Elías Braun y por la del señor Stuhenrauch.

Hicimos excursiones en automóvil para visitar las elegantes casas de campo de las señoras Josefina y María Menéndez, en las que hay toda clase de comodidades y confort y piezas especiales para el estudio y juego de los niños, hermoso jardín, criaderos de gallinas, de conejos, etc., etc.; hermoso y extenso parque. La casa domina una bella ensenada, y más allá la Tierra del Fuego. Nos refirieron que en un viaje a Europa que hicieron los esposos de estas dos damas, ellas compraron, a bajo precio, unas mil hectáreas de tierra; poco después vendieron la mitad ganando una fuerte suma de dinero, con la cual construyeron su magnífica casa de campo, que sus maridos admiraron, a su regreso. Dichas damas son las esposas de don Mauricio Braun y de don Francisco Campos, hijo del marqués de Iznate, de Málaga.

Visitamos también el criadero de gallinas más grande del mundo, en donde se mantienen 16,000, en las cuales nunca ha habido pestes.

La hacienda o estancia de San Gregorio

Tomamos el vapor "Austral", de la casa de Menéndez Behety, para visitar esta hacienda o estancia, en compañía de su dueño, don José Menéndez, de su hijo don José, de nuestro hijo Enrique y de don Manuel Iglesias. Las casas están situadas sobre el Estrecho, a 30 leguas de distancia de Punta Arenas. Cuando don José, hace decenas de años, estaba fundando esta estancia, recorría constantemente, en un día o en una noche, de la ciudad a San Gregorio, a pesar de la obscuridad, de la nieve, del intenso frío. En el vapor tuvimos un servicio de mesa tan bueno como en cualquier transatlántico europeo. Desembarcamos en un sólido muelle de fierro, que pertenece a la hacienda y nos alojamos en una lujosa y confortable casa, con caloríferos modernos, confortables muebles ingleses. Alrededor de ella están los edificios de la explotación de la industria de ovejas y las casas para el personal; éstas muy aseadas y bien calentadas. La hacienda tiene una extensión de 140,000 hectáreas, que mantienen igual número de ovejas de superior calidad. El señor Menéndez ha logrado elevar la reproducción de éstas a 140 por ciento anualmente, para conseguir lo cual, sus agentes en Europa y Australia, compran anualmente los mejores carneros, que ganan premios en las exposiciones; éstos no los dejan de padres en la misma manada, sino por dos años; además, en cada hectárea de tierra nunca ponen más de una oveja. Fuera de San Gregorio, tiene la casa Menéndez Behety y Co., diez estancias más en Tierra del Fuego y en territorio argentino; entre ellas la "Ultima Esperanza", en donde existe la cueva en que se encontró el Milodonte, el más gigantesco animal antediluviano, que es una prueba que desde entonces aquellas regiones eran apropiadas para la vida animal.

Recorrimos en automóvil extensos campos, en los cuales veíamos bandadas de grandes patos, de cisnes, de avestruces, de caiquenes, etc., etc., que no huían, sin duda porque no se les caza; no hace muchos años se veían también partidas de guanacos, que constituían el principal alimento de los indios.

Presenciamos la operación de bañar millares de ovejas, la que allí, por ser el personal inglés, se llama **Deepyenj**. En una larga alberca o pozo, construído de cemento, de un metro y medio de profundidad, por otro tanto de ancho y una extensión de unos quince metros, se deposita una agua con 1½%, bien mezclado, del específico "Little" de la Casa Morris, Little, etc. Son Ldt. Doncaster-England. Las ovejas se hacen entrar al baño en partidas de ocho o diez, los pastores y los perros las cuidan para que no se sumerjan y no beban el agua que es venenosa; el baño dura, con reloj en mano, tres minutos. No deben bañarse animales cansados ni sedientos y se debe dejarlos descansar, un día antes de bañarlos. Este baño se hace dos veces, con quince días de diferencia y dos veces en el año. No debe hacerse el baño sino quince días después de la esquila. La experiencia ha demostrado que este baño es indispensable para que esta industria dé buen resultado; cuando no se emplea, las ovejas se enflaquecen por las garrapatas y la sarna, degeneran y su reproducción es muy escasa.

Visitamos el Frigorífico de "Puerto Sara", llamado así en honor de la gran dama chilena doña Sara del Campo de Montt, esposa del Presidente de este nombre. Estaba en pleno trabajo y beneficiaba hasta 5,000 carneros diarios. La vista de éstos, degollados por carniceros, por cuyos brazos corría la sangre; la de las agonizantes miradas de los carneros, la de montones de cabezas y vísceras palpitantes, y el torrente de sangre, que por una cañería corría al mar, nos fué tan desagradable que nos separamos de aquel lugar, haciéndonos la reflexión, de que el hombre es el más feroz de las fieras, porque el tigre y el león, matan y devoran por hambre, y aquel lo hace por ganar dinero. Nos retiramos a orillas del mar a contemplar los millares de gaviotas, que cubrían una inmensa superficie y que celebraban un festín con los despojos del Frigorífico.

La invención y la aplicación de esta industria, por la cual se exporta la carne fresca de lejanas comarcas a los mercados europeos, ha desarrollado en aquéllas, en grande proporción, la cría y engorda de ganado vacuno, lanar, cerduno, etc. etc., y ha hecho aumentar grandemente su valor. En el río de la Plata y en la Patagonia, así como en la Australia y la Nueva Zelandia, los frigoríficos han hecho una gran y benéfica revolución económica, creando riquezas por millones de libras esterlinas. Esta industria está por explotar en la América tropical, pero es seguro que se establecerá allí con los mismos beneficios que en aquellas partes, con la ventaja de que la distancia a los mercados europeos, es la mitad de la que hay a los países nombrados.



(×) Manuel Manquilet.

Colombia tiene en las regiones que bañan el río Feta y sus afluentes el Magdalena, y el Sinú, sobre el Atlántico y sobre el Pacífico, los valles del Cauca, Popallán y Patia, magníficas praderas de pastos de primera calidad, en donde está probado que el ganado vacuno se desarrolla muy bien, y con capacidad para mantener varios millones de éstos; tiene, además, en las altas montañas, pampas de buenos pastos, sin bosques, con abundantes aguas y de clima de cinco grados C. bajo cero, a diez grados sobre cero, de tan buena calidad como los de la Patagonia, en donde podría darse esta industria en igual magnitud que allí existe. Permanecimos dos días en la excursión de las pampas de la Patagonia; al regresar a Punta Arenas, desde el vapor, divisamos el sitio en el río Amarillo, a centenas de metros del mar y a pocos kilómetros de la ciudad, en donde se ha descubierto el petróleo, que está llamado a proveer a los barcos que, pasando por el Canal de Panamá y por el Estrecho de Magallanes, den la vuelta a la América del Sur. Vimos también el lugar en donde está la mina de carbón de Loreto, de propiedad del señor Menéndez y explotada por su casa.

Visitamos el Cementerio de la ciudad, situado en la punta más avanzada del cantinente sobre el Estrecho, y admiramos el mausoleo de la señora María Behety de Menéndez, cuya memoria es venerada por sus virtudes, las que ejerció no sólo durante su vida, sino que aún después de su muerte, ha seguido su obra de caridad, porque pidió a su esposo y a sus hijos—y éstos lo hicieron—que en la escritura de asociación de Menéndez Behety, Co., que maneja una inmensa fortuna, se estableciera que, al hacer el balance anual, un porcentaje de las utilidades se repartiera en obras de beneficencia y de instrucción pública. El mausoleo domina el mar y las selvas en donde se ocultó aquella señora cuando fué herida; es de mármol negro y en su cúpula está el angel de la muerte, mirando hacia el mar; el interior es de mármol blanco de Carrara; debajo del altar está el féretro de la señora, ante el cual oramos con su esposo y con sus hijos y depositamos orquídeas cultivadas en aquellas regiones, de las cuales también trajimos crisantemos y rosas a Santiago, como una prueba de que aquellas regiones no son lo que el sabio Darwin y sus discípulos creyeron erróneamente.



Una vista magnífica



Gobernación de Magallanes. Punta Arenas.

El Cónsul de Colombia, nuestro amigo don Manuel Iglesias, nos dió los siguientes datos, que consideramos de interés general:

Extensión de la Patagonia y de la Tierra del Fuego chilenas.—Es de 6,860 leguas cuadradas, de las cuales son adecuadas para la crianza de ganado lanar, alrededor de 3,000 leguas cuadradas, o sean, 7,500,000 hectáreas, que podrían mantener igual número de ovejas.

Extensión de la Tierra del Fuego Argentina.—Esta es de 860 leguas cuadradas, de las cuales son aptas para la crianza de ovejas alrededor de 450 leguas.

Extensión del Territorio de Santa Cruz (Patagonia Argentina).—La superficie del territorio de Santa Cruz es de 11,310 leguas cuadradas, de las cuales se calcula que son aptas para la crianza de ganado lanar, alrededor de 7,500 leguas cuadradas.

Precio actual de cada hectárea de tierra, adecuada para ovejas.—En la Tierra del Fuego chilena, entre 10 y 50 chelines, según situación y calidad.

En la Tierra del Fuego argentina, el mismo precio que la anterior.

En el Territorio de Magallanes (Chile), el valor de la tierra varía entre 20 y 80 chelines cada hectárea, según la calidad y situación.

En el Territorio de Santa Cruz (Argentina), entre 8 y 40 chelines cada hectárea. Ultimamente han aumentado mucho estos precios debido a los excepcionales mercados que la guera europea ha creado para la carne y la lana.

Capacidad, o sea cantidad de animales lanares que puede alimentar cada legua cuadrada de campo.—En el Territorio de Magallanes (Chile), entre 1,500 y 2,500 ovejas por legua cuadrada.



Laceando.

En la Tierra del Fuego chilena, entre 1,200 y 2,000 ovejas por legua cuadrada.

En la Tierra del Fuego argentina, entre 1,200 y 2,000.

En el Territorio de Santa Cruz (Patagonia Argentina), entre 600 a 1,600 ovejas por legua cuadrada.

Hay campos en estos territorios, especialmente en el de Magallanes y la Tierra del Fuego chilena y argentina, donde se pueden mantener durante todo el año hasta 2,500 ovejas por legua, pero esas son excepciones, que las constituyen campos de muchos valles (vegas), y además muy bajos para que así sean seguros para el invierno. Si una gran parte de los campos de estas regiones está sin poblar, a pesar de ser aptos para mantener animales durante el verano, es debido a que son muy altos y, por consiguiente, muy peligrosos para el invierno por la gran cantidad de nieve y la baja temperatura que dura por cuatro meses cada año.

Cálculo del número de animales lanares que hay actualmente en los territorios chilenos y argentinos (en este último solamente en Santa Cruz) aproximadamente:

En la Tierra del Fuego chilena..	1.100,000
Id. id. id., argentina.	800,000
En la Patagonia de Chile. . . .	2.000,000
En el Territorio de Santa Cruz (Chile).	7.000,000
Total de ovejas.	10.900,000

Precio actual de los animales lanares.—Ovejas madres comunes, a 14 chelines más o menos.

Capones, 16 chelines.

Corderos comunes, 12 chelines.

Carneros padres de buena calidad, 2 libras esterlinas.

Id. id., regulares, 1 libra esterlina.

Ovejas madres escogidas, valen entre 16 y 20 chelines.

Nota.—El cálculo de la existencia de ovejas es aproximativo, debido a que no existe estadística oficial.

De Punta Arenas a Puerto Montt, por los canales

Nos despedimos de nuestros amigos de Punta Arenas, quienes tuvieron la bondad de acompañarnos hasta bordo del vapor "Magallanes"; las señoras de Campos, de Iglesias, nos obsequiaron con flores de sus jardines, que conseguimos hacer llegar frescas a Santiago y mostrarlas allí como muestra de la gentileza de aquellas damas y de la flora de la Patagonia.

Dejamos en aquel lugar amigos muy queridos, a quienes volveríamos a ver con positivo placer.

Este viaje por los canales de la Patagonia y del archipiélago de la provincia de Chiloé, es tanto más interesante desde el punto de vista del turista, que los que se hacen por Suecia y por Noruega. Se contemplan panoramas tanto o más hermosos que allí: ya son estrechos pasos por donde el vapor navega en medio de selvas seculares; ya montañas blancas, de altura casi perpendicular de millares de metros, como las del "English Narrow", de cuyas faldas, desprovistas de vegetación, brotan torrentes que forman caprichosas cascadas; ya pequeñas ensenadas limitadas por bosques y por rocas y ya amplios horizontes limitados por gigantescos y perpetuos nevados.

Diez días gastamos en este interesantísimo viaje y en cada uno de ellos variaba el escenario de la naturaleza. Cuando estas bellezas sean debidamente conocidas, vendrá el turismo universal a gozar de ellas y se construirán hoteles confortables para la estación de verano, el que en estas regiones es tan agradable, que el termómetro no pasa de 25 grados, ni baja de 15.

Atravesamos el temido Golfo de Pena, más proceloso que el Canal de la Mancha. Casi todos los pasajeros se marearon. Iban entre éstos centenares de trabajadores de Chiloé, quienes todos los años van a la Patagonia durante la estación de verano, a hacer la esquila de ovejas y a otras faenas de campo, en las cuales ganan no despreciable suma de dinero, que fomentan el progreso de la tierra



En Panimávida.

natal y llevan a ella el bienestar; se podría llamar esta emigración de golondrinas, como se llama la que de Italia y España va a la Argentina a hacer las cosechas y que vuelve a Europa llevando millones de pesos, producto de su trabajo. Este es otro de los inmensos bienes para Chile, que ha producido la actuación de José Menéndez en la Patagonia. Saltamos a la mayor parte de los puertos de Chiloé, que son muy numerosos; pudimos observar que las mujeres de tipo blanco y hermosos ojos azules, que denuncia mezcla con las razas del norte de Europa, llevan el pie descalzo, aun las que tienen comodidades, y dicen que cuando se ponen medias y zapatos se resfrían; llegamos a la isla de Melika, en donde un montañés de Chiloé, Alvarez, hombre de constitución férrea y de unos cuarenta años de edad, ha hecho una gran fortuna en la explotación de maderas. Todo este territorio está cubierto de selvas y es una reserva de celulosa para la fabricación del papel, industria que sufre crisis universal, por la escasez de materias primas. En estos mares hay una gran abundancia de mariscos: la centolla, el choro, erizos, ostras, etc., etc., y pescados de diferentes clases y en tal profusión, que en las playas cercanas a la ciudad de Castro, la marea los arroja en tal cantidad, que se emplean para hacer con ellos un huano de muy buena calidad para abono.

Desde Valparaíso a Punta Arenas y hasta Puerto Montt tuvimos de compañeros de viaje al coronel del Ejército chileno don Pedro Rivas Vicuña, el más alegre, culto e ilustrado compañero de viaje que pudiera desearse: le debemos gratitud por las agradables horas que lo tuvimos con nosotros, así como a su secretario, capitán Varela, y a nuestro amigo peruano señor Mould, de quien nos separamos en Punta Arenas.

Saltamos en Puerto Montt y volvimos a recorrer el sur de Chile. Visitamos a Puerto Varas y al extenso y magnífico lago de Llanquihue, el que limitado por los perpetuos nevados, el Osorno y tres más, es mas majestuoso e imponente que cualquiera de los de Suiza. Al volver a recorrer los inmensos territorios que van hasta el río Bío-Bío, confirmamos nuestra opinión, que en esta región hay grandes e inexplotadas riquezas: en la parte plana se ofrece halagüeño campo para la colonización y para la agricultura y en las montañas para la minería; pues, seguramente que allí existen las mismas riquezas minerales que en el norte, las que una vegetación comparable a la tropical, ha ocultado hasta hoy, no es natural que la formación de la cordillera cambie por unos pocos grados de latitud.

Las lluvias, que tanto se exageran, son fuente de riqueza para la agricultura, y ellas disminuirán, como ha sucedido en otras regiones, con la tala de los bosques. En los dos viajes que hemos hecho hasta Puerto Montt, en los meses de abril y mayo, que son de lluvia, no tuvimos un sólo aguacero, lo que nos permitió admirar en todo su esplendor aquella lujuriosa y bella vegetación.

Es nuestra convicción de que en las zonas templadas de la América del Sur, es el sur de Chile el que ofrece mejores condiciones para la colonización así como en la tropical, lo es el valle del Cauca.

Cuando aún llegábamos a Santiago, leímos en los diarios que el célebre explorador del Polo Sur, el teniente Sir Shakleton, quien hace más de un año salió de Europa en el vapor "Enduranc", había llegado a Punta Arenas, después de haber atravesado un mar congelado y tempestuoso en una pequeña embarcación desde la isla del Elefante, en donde quedaron sus compañeros, a las Islas Malvinas, en busca de alimentos para salvarlos y que había llegado a Punta Arenas. Sentimos no haber estado allí para haberle ayudado en esta obra humanitaria.

Es de esperar que todos los pueblos de la América Ibera, incluyendo los de Europa, España y Portugal, se esfuercen por acercarse unos a otros, por conocerse mejor y por constituir una respetable agrupación humana, de cien millones de individuos, de la misma lengua, de la misma religión y de iguales ideales, los generosos latinos, y que para alcanzar este fin se visiten mutuamente, establezcan más frecuentes relaciones comerciales, intelectuales y sociales, cerrando así, definitivamente, la era secular de alejamiento y de casi divorcio, en que han vivido, y aún viven, y que aprovechándose de la apertura del Canal de Panamá, del saneamiento de los trópicos y de la actual guerra europea, abran una nueva éra para hacer conocer sus inmensas riquezas y para traer a ellas la humanidad, asimilándola a las condiciones nacionales de cada uno de ellos, como ha sucedido en los Estados Unidos, en la Argentina, en Chile y en el Brasil. Laboremos porque estos propósitos se realicen.

La Historia de un Hugonote

(Continuación)

Con la boca entreabierta, el cuello alargado, el pie izquierdo seis pulgadas delante del derecho, en fin, en una posición que daría un pintor a una figura que representase la atención, así estaba Jorge, esperando el fin de la frase comenzada. Mas el rey inclinó de nuevo la cabeza contra el pecho y parecía preocupado por ideas que distaban mil leguas de las que había estado a punto de expresar momentos antes.

Hubo una pausa de algunos minutos. Sentóse el rey y se llevó la mano a la frente como una persona cansada.

—¡Demonio de rima!—exclamó dando una patada y haciendo resonar las largas espuelas de que estaban armadas sus botas.

El gran lebrel se despertó sobresaltado, tomó el puntapié por una llamada dirigida a él, levantóse, se acercó al sillón del rey, púsole las dos patas delanteras en las rodillas, y alzando su afilada cabeza, que excedía en mucho de la de Carlos, abrió una ancha boca y bostezó sin el menor cumplido, por lo muy difícil que es dar a un perro modales de corte.

El rey despidió al perro que fué a tumbarse suspirando. Y como volviese a ver por casualidad al capitán, le dijo:

—Dispensadme, Jorge; es una... (1) rima que me hace sudar la gota gorda.

—Tal vez estorbe yo a Vuestra Majestad —dijo el capitán con una profunda reverencia.

—No, no, respondió el rey.



Se levantó y puso la mano familiarmente en el hombro del capitán. Al mismo tiempo sonreía, pero su sonrisa era sólo de labios, sin que en ella tomasen la menor parte sus ojos distraídos.

—¿Estáis cansado aún de la cacería del otro día?—dijo el rey, evidentemente turbado para entrar en materia.—El ciervo se hizo batir mucho rato.

—Señor, fuera yo indigno de mandar una compañía de caballería ligera de Vuestra Majestad, si me fatigase una carrera como la de anteayer. Durante las últimas guerras, el señor de Guisa, al verme siempre en silla, habíame apodado el *Albanés*.

—En efecto, me han dicho que eres buen jinete. Pero, dime, ¿sabes tirar bien con arcabuz?

—Lo uso bastante bien, señor; no obstante disto mucho de tener la puntería de Vuestra Majestad; pero no todos pueden tenerla.

—Mira, ¿ves ese largo arcabuz? Cárgalo de doce postas. ¡Que me aspen, si a sesenta pasos queda una sola fuera del pecho del pagano que tomes por blanco.

—Sesenta pasos es una distancia bastante grande; pero no me gustaría hacer la prueba en mí mismo con un tirador tal como Vuestra Majestad.

—Y a doscientos pasos mandaría un balazo a un hombre, siempre que la bala fuese de calibre.

(1) El lector suplirá el calificativo. Carlos IX usaba a veces ternos muy enérgicos en verdad, aunque poco elegantes.

El rey puso el arcabuz en manos del capitán.

—Parece tan bueno como rico—dijo Jorge después de examinarlo cuidadosamente y haber hecho funcionar el gatillo.

—Veo que entiendes de armas, muchacho. Apunta que vea yo cómo lo haces.

El capitán obedeció.

—Un arcabuz es una gran cosa—prosiguió el rey, hablando lentamente.—A cien pasos de distancia y con un movimiento de dedo así, puede uno librarse seguramente de un enemigo, y ni cota de malla ni coraza resisten a una buena bala.

Como ya he dicho, Carlos IX, ya por efecto de una costumbre de infancia, ya por timidez natural, casi nunca miraba de frente a la persona con quien hablaba. No obstante, esta vez miró fijamente al capitán con extraordinaria expresión. Jorge bajó los ojos involuntariamente, y el rey hizo lo propio casi al mismo tiempo. De nuevo quedaron en silencio; Jorge fué el primero en romperlo, diciendo:

—Por mucha destreza que se tenga en el manejo de las armas de fuego, son más seguras la espada y la lanza...

—Sí, pero el arcabuz. .

Carlos sonrió de un modo extraño. Luego prosiguió:

—Dicen, Jorge, que el Almirante te ha ofendido gravemente.

—Señor...

—Lo sé, estoy seguro de ello. Pero me gustaría... quiero que tú mismo me cuentes la cosa.

—Es verdad, señor; yo le hablaba de un desdichado asunto que me interesaba mucho...

—El duelo de tu hermano. ¡Pardiez! Es un guapo mozo, que traspasa bien un hombre; le aprecio; Comminges era un fatuo; le han dado lo que merecía. Pero; ¡voto a! ¿cómo diablos ha podido hallar ahí materia para ofenderte, ese viejo?

—Temo que desdichadas diferencias de creencias, y mi conversión, que yo creía olvidada...

—¿Olvidada?

—Como Vuestra Majestad ha dado el ejemplo del olvido de las disensiones religiosas, y su rara e imparcial justicia...

—Has de saber que el Almirante no olvida nada.

—Ya lo he notado señor.

—Y entristecióse la expresión de Jorge.

—Dime, Jorge, ¿qué piensas hacer?

—¿Yo, señor?

—Sí: habla francamente.

—Señor; yo soy un pobre caballero, y el Almirante es demasiado viejo para que yo le exija un deber; por otra parte, señor,—dijo inclinándose, cual si con una frase de cortesano quisiera reparar la impresión que lo que él creía un atrevimiento había producido en el rey,—de hacerlo, temería yo perder el favor de Vuestra Majestad.

—¡Bah!—exclamó el rey.

Y posó la mano derecha en el hombro de Jorge.

—Por fortuna—prosiguió el capitán,—mi honor no está en manos del Almirante; y si alguno de mi condición osare dudar de mi honor, entonces suplicaría yo a Vuestra Majestad que me permitiese...

—¿Es decir, que no te vengarás del Almirante?... ¡Sin embargo, él se vuelve sumamente insolente!

Jorge abrió desmesuradamente los ojos asombrado.

—No obstante—prosiguió el rey,—te ha ofendido. Sí, te ha ofendido gravemente, según me han dicho... Un caballero no es un lacayo; hay cosas que no pueden tolerarse, ni aun de un príncipe.

—¿Cómo podría yo vengarme de él? Tendría a menos batirse conmigo.

—Tal vez, pero...

El rey cogió de nuevo el arcabuz, y se lo echó al hombro, apuntando.

—¿Me entiendes?

El capitán retrocedió dos pasos. El ademán del monarca era por demás claro, y bien lo explicaba la expresión diabólica de su fisonomía.

—¡Cómo! ¿Me aconsejaríais?...

El rey dió con el arcabuz un fuerte culatazo en el suelo, y exclamó, mirando enfurecido al capitán:

—¡Aconsejarte! ¡Por vida! yo no te aconsejo nada.

El capitán no sabía qué responder; hizo lo que mucha gente hubiera hecho en su lugar, se inclinó y bajó la cabeza.

Carlos prosiguió, con acento más amable:

—No quiero esto decir que si le dispararas un arcabuzazo para vengar tu honor... a mí me sería indiferente. ¡Por los clavos de Cristo! un hidalgo no tiene bienes más preciosos que su honor, y no hay cosa que no pueda hacer para repararlo. Además, esos Chantillones son arrogantes e insolentes como ayudantes de verdugo: los muy canallas desearían retorcerme el cuello y ocupar mi puesto, bien lo sé... Cuando veo al Almirante, siento a veces ganas de arrancarle todos los pelos de la barba.

Ante ese torrente de palabras de un hombre que por lo general no las prodigaba, nada respondió el capitán.

—¡Bueno! ¿Qué es lo que quieres hacer? Mira, yo, en tu lugar, le esperaría al salir de su capilla, y desde una ventana, le mandaría un buen arcabuzazo, a los riñones. ¡Pardiez! mi primo el de Guisa te lo agradecería, y habrías hecho mucho por la paz del reino. ¿No sabes que ese Almirante es en Francia más rey que yo mismo? Al fin... me cansa ya eso... Te digo claramente lo que pienso; hay que enseñar a ése... a no desgarrar el honor de un hidalgo... Un desgarrón en el honor, un desgarrón en la piel, el uno paga el otro.

—El honor de un caballero, en vez de componerse, se desgarra por un asesinato.

Esta respuesta fué como un rayo para el monarca. Inmóvil, con las manos tendidas hacia el capitán, tenía aún el arcabuz que parecía ofrecerle como instrumento de su venganza. Su boca estaba pálida y medio abierta, y hubiérase creído que sus ojos huraños, clavados en los de Jorge, le lanzaban y recibían a la vez una horrible fascinación.



Al fin el arcabuz escapó de las manos temblorosas del rey, e hizo retumbar el suelo en su caída; el capitán se precipitó para recogerlo, y entonces el rey sentóse en el sillón y bajó la cabeza con aire sombrío. Los rápidos movimientos de la boca y las cejas anunciaban los combates que se libraban en el fondo de su corazón.

—Capitán—dijo tras un prolongado silencio,—¿dónde está tu compañía de caballería ligera?

—En Meaux, señor.

—Dentro de pocos días irás a incorporarte a ella y la traerás tú mismo a París... Dentro de unos días recibirás la orden. Adiós.

Había en su voz una entonación dura e iracunda. El capitán le saludó profundamente, y Carlos, mostrándole con la mano la puerta del despacho, le anunció que había terminado su audiencia.

El capitán salía retrocediendo con las reverencias de rúbrica, cuando el rey, levantándose impetuoso, asióle de un brazo:

—¡Cuando menos, ponte un candado en la boca! Me entiendes?

Inclinóse Jorge y se llevó la mano al pecho. Cuando salió de la habitación, oyó al rey que llamaba con voz dura al lebrel y hacía chasquear el látigo de caza, como si estuviera dispuesto a descargar su mal humor en el inocente animal.

De vuelta a su casa, Jorge escribió la siguiente carta, que mandó al Almirante:

"Alguien que no os ama, pero que ama el honor, os suplica que no os fiéis del duque de Guisa, ni aun tal vez de alguno más poderoso que él. Vuestra vida está en peligro".

Esta carta no produjo ningún efecto en el alma intrépida de Coligny. Sabido es que al poco tiempo, el 22 de agosto de 1572, fué herido de un arcabuzazo por un malvado llamado Maurevel, que, por ese motivo, recibió el sobrenombre de matador del rey.

El Catecúmeno

Si dos amantes son discretos, el público tarda a veces más de ocho días en entrar en su confidencia. Pasado ese tiempo se disminuye la prudencia y se creen ridículas las precauciones; fácilmente se sorprende una mirada, interprétase aún más fácilmente, y se sabe todo.

Así, pues, las relaciones de la condesa de Turgis y del joven Mergy pronto dejaron de ser un secreto para la corte de Catalina. Una multitud de pruebas *evidentes* hubieran abierto los ojos a ciegos. Por ejemplo, la señora de Turgis llevaba lazos de color lila, y la guarda de la espada de Mergy, la parte inferior del jubón y los zapatos estaban adornados con rosetas de cintas de color lila. La condesa había declarado bastante públicamente su horror a la barba, pero gustábale el bigote galantemente levantado; desde hacía poco, Mergy llevaba siempre la barba afeitada con esmero, y sus bigotes,

desesperadamente rizados, peinados con peine de plomo y untados de pomada, formaban como una media luna cuyos cuernos se alzaban muy por encima de la nariz. Y, finalmente, hasta se llegó a decir que cierto caballero, que salió muy de madrugada y pasaba por la calle de Asís, había visto abrirse la puerta del jardín de la condesa y salir de ella a un hombre que, si bien iba cuidadosamente embozado hasta los ojos con la capa, el otro lo reconoció por el señor de Mergy.

Pero lo que parecía aún más terminante y sorprendía a todo el mundo, era ver al joven hugonote, que antes se burlaba despiadamente de todas las ceremonias del culto católico, frecuentar hoy con asiduidad las iglesias, no faltar casi a ninguna procesión, y hasta mojar los dedos en agua bendita, cosa que, días antes, hubiera considerado como horrible sacrilegio. Todos susurraban que Diana había conquistado un alma para Dios, y los jóvenes caballeros de la religión reformada declaraban que tal vez pensasen formalmente en convertirse si, en vez de capuchinos y franciscanos, les enviasen para predicarles devotas jóvenes y bellas como la señora de Turgis.

No obstante, Bernardo no se había convertido ni mucho menos. Cierto es que acompañaba a la Turgis a la iglesia; pero se colocaba al lado de ella, y durante todo el tiempo de la misa no cesaba de hablarle al oído, con gran escándalo de los fieles. Así, no sólo no escuchaba el oficio, sino que además impedía que los fieles lo oyesen con la debida atención. Sabido es que en aquella época una procesión era una partida de recreo tan divertida como una mascarada. Y por último, Mergy no tenía escrúpulo alguno en mojar los dedos en agua bendita, puesto que eso le daba derecho a estrechar en público una linda mano, que siempre temblaba al contacto de la suya. Por lo demás, aunque conservaba su creencia, tenía que sostener rudos combates, y Diana argumentaba contra él con tanta más ventaja cuanto que, para entablar sus discusiones teológicas, elegía generalmente los momentos en que más difícil le era a Mergy negarle cualquier cosa.

—Bernardo mío,—le dijo una noche, apoyando la cabeza contra el hombro de su amante, al tiempo que le enlazaba el cuello con sus largas trenzas de cabellos negros, —hoy has estado en el sermón conmigo. ¿Y no han producido efecto alguno en tu corazón tantas y tan bellas palabras? ¿Querrás permanecer siempre insensible?

—¡Vaya! ¿Cómo quieres que la voz gangosa de un capuchino pueda obrar lo que no han podido hacer tu dulce voz ni tus argumentos religiosos tan bien sostenidos por tus apasionadas miradas, Diana querida?

—¡Malo! Voy a estrangularte.

Y apretando ligeramente una de sus trenzas le atraía más hacia sí.

—¿Sabes en qué he pasado el tiempo durante el sermón? En contar todas las perlas que llevabas en los cabellos. Mira cómo las has esparcido por el cuarto.

—Estaba segura de ello. No has oído el sermón; siempre sucede lo mismo. ¡Vaya!—dijo con tristeza,—bien veo que no me amas como yo a ti; si así fuera, tiempo ha ya que te hubieses convertido.

—¡Ah! ¿Por qué esas eternas discusiones, Diana mía? Dejémoslas a los doctores de Sorbona y a nuestros ministros; en cuanto a nosotros, pasemos mejor el tiempo.

—Déjame... ¡Qué feliz sería yo si pudiera salvarte! Mira, Bernardo, por salvarte consentiría en duplicar el número de años que he de pasar en el purgatorio.

Mergy la estrechó en sus brazos sonriendo; pero ella le rechazó con expresión de indecible tristeza.

—Tú no harías eso por mí, Bernardo; no te preocupas del peligro que corre mi alma.

Y por sus bellos ojos rodaban lágrimas.

—Amada mía, ¿no sabes que el amor disculpa muchas cosas, y...?

—Sí, bien lo sé. Pero, si pudiera salvar tu alma, serían perdonados todos mis pecados. ¿Qué digo? todos nuestros pecados hubieran sido el instrumento de nuestra salvación.

Al hablar así, estrechábale con toda su fuerza en sus brazos, y la vehemencia del entusiasmo que la animaba al hablar, tenía algo tan cómico en su situación, que Mergy tuvo que contenerse para no soltar la carcajada ante tan extraño modo de predicar.

—Me desconsuelas, malo; ¿a qué viene esa diabólica sonrisa en tus labios? ¿Crees que siento deseos de besarlos ahora?

—Bien ves que ya no sonrío.

—Vamos, estate quieto. Díme, *Bernardo querido*—(estas dos palabras las pronunció en español)—¿has leído el libro que te he dado?

—Sí, ayer lo acabé.

—Bueno, ¿y qué te ha parecido? ¡Eso es

razonamiento! Y los incrédulos tienen que cerrar la boca.

—Tu libro, Diana mía, no es sino una trama de impertinencias y mentiras. Es el más estúpido que hasta hoy haya salido de una prensa papista. ¡Apostaría a que tú, que con tanta seguridad hablas de él, no lo has leído!.

—No, aún no lo he leído—respondió Diana sonrojándose un poco; — pero segura estoy de que está lleno de razón y de verdad. No quiero más prueba de ello que el ensañamiento de los hugonotes en despreciarlo.

—¿Quieres, como pasatiempo, que, Escrituras en mano, te demuestre...?

—¡Oh! ¡Guárdate de semejante cosa, Bernardo! ¡Muchas gracias! No leo yo las Escrituras, como hacen los herejes. No quiero que debilites mi creencia. Además, perderías el tiempo. Vosotros, los hugonotes, siempre estáis armados de una ciencia que desespera. Nos la arrojáis a la cara en la discusión, y los pobres católicos, que no han leído como vosotros a Aristóteles y la Biblia, no saben cómo responderos.

—Es que vosotros, los católicos, queréis creer a todo trance, sin tomaros la molestia de examinar si eso es o no es razonable. Nosotros, cuando menos, estudiamos nuestra religión antes de defenderla; y sobre todo antes de querer propagarla.

—¡Ah! ¡Quisiera yo tener la elocuencia del reverendo padre Girón, franciscano!

—Es un tonto y un charlatán. Pero por más que gritó, hace seis años, en una conferencia pública, nuestro Ministro Hondart le dejó aplastado.

—¡Eso son embustes de los herejes!

—¡Cómo! ¿No sabes que en el curso de la polémica se vieron caer gruesas gotas de sudor de la frente del buen padre sobre un Crisóstomo que tenía en la mano? Y sobre ese motivo compuso un guasón estos versos...

—No quiero oírlos. No me envenenes los oídos con tus herejías. ¡Bernardo, Bernardo mío, te suplico que no escuches a todos esos secuaces de Satanás que te engañan y te llevan al infierno! Te lo ruego. ¡salva tu alma y vuelve a nuestra iglesia!

Y como, a pesar de sus instancias, leyera en los labios de su amante una sonrisa de incredulidad, añadió:

—Si me amas, renuncia por mí, por mi amor, a tus condenables creencias!

—Fuérame mucho más fácil, querida Diana, renunciar por ti a la vida, que a lo que mi razón me ha demostrado ser verdadero. ¿Cómo quieres que el amor pueda impedirme creer que dos y dos son cuatro?

—¡Cruel!...

El Franciscano

Al día siguiente de la boda de Margarita con el rey de Navarra, el capitán Jorge, por una orden de la corte, salió de París para ponerse al frente de su compañía de caballería ligera, de guarnición en Meaux. Su hermano se despidió de él bastante jovialmente; y esperando volver a verle antes del fin de las fiestas, resignóse gustoso a vivir solito durante unos días. La señora de Turgis le ocupaba lo suficiente para que no pudieran espantarle algunos momentos de soledad. De noche Mergy nunca estaba en casa, y de día dormía.

El viernes, 22 de agosto de 1572, el Almirante fué gravemente herido de un arcabuzazo por un facineroso llamado Maurevel. El rumor público atribuyó el asesinato al duque de Guisa; este señor salió de París el día siguiente, como para librarse de las quejas y amenazas de los reformados. Al principio, el rey parecía querer perseguirle con el mayor rigor; pero no se opuso a su regreso, que iba a señalarse por la horrible matanza del 24 de agosto.

Muchos caballeros protestantes bien montados, después de visitar al Almirante diseminánronse por las calles con intención de buscar al duque de Guisa y a sus amigos y de provocarlos, si los encontraban. Al principio, todo pasó pacíficamente. El pueblo, asustado por el número o acaso reservándose para otra ocasión, guardaba silencio al pasar aquéllos, y sin querer conmoverse, oíales gritar: *¡Mueran los asesinos del señor Almirante! ¡Abajo los bandidos!*

Al volver una calle, una docena de jóvenes hidalgos católicos, y entre ellos algunos servidores de la casa de Guisa, presentáronse inopinadamente ante la tropa protestante. Se esperaba una pelea en regla; mas no hubo nada. Los católicos, acaso por prudencia, quizá porque obraban según órdenes concretas, no respondieron a los gritos ofensivos de los protestantes, y un joven de buena presencia, que iba a la cabeza, acercóse a Mergy, y saludándole cortesmente, le dijo con tono familiar y amistoso:

—¡Hola, señor de Mergy! ¿Habéis visto al señor de Chatillón? ¿Cómo está? ¿Han aprehendido al asesino?

Ambas patrullas se detuvieron. Mergy re-

conoció al barón de Vaudreuil, devolvióle el saludo y contestó a sus preguntas. Entabláronse varias conversaciones particulares; más, como duraron poco, no hubo lucha; y cada cual siguió su camino.

El barón de Vaudreuil había retenido a Mergy cierto rato, de modo que se había quedado algo apartado de sus compañeros. Al separarse de él, Vaudreuil le dijo, examinando la montura del caballo:

—¡Tened cuidado! O mucho me engaño, o vuestro caballo está mal cinchado.

Mergy echó pie a tierra y arregló la cincha de su cabalgadura. No bien se había vuelto a montar, cuando oyó a alguno que venía tras de él a trote largo. Volvió la cabeza y vió un joven cuya cara le era desconocida, pero que formaba parte de la banda que acababan de encontrar.

—¡Válgame Dios!—dijo éste acercándosele:—me gustaría encontrar a solas a alguno de los que poco ha gritaban y daban mueras.

—No tendréis que andar mucho para hallar uno—respondió Mergy. — ¿Qué se os ofrece?

—¿Seréis acaso del número de esos bribones?

Mergy desenvainó inmediatamente, y con la espada de plano dió en el rostro a aquel amigo de los Guisas. Este sacó al punto una pistola del arzón, y la disparó a quema ropa contra Mergy. Por fortuna sólo ardió la espoleta. El amante de Diana contestó dando a su enemigo con un tajo en la cabeza, que le hizo caer del caballo bañado en sangre. El pueblo, hasta entonces impasible salió a favor del herido. El joven hugonote fué atacado a pedradas y palos, y considerando inútil toda resistencia contra semejante turbamulta, decidió picar espuelas y escapar a galope. Al volver una esquina, cayóse el caballo y le derribó, sin herirle, pero sin permitirle montar lo bastante pronto para impedir que le rodease el populacho enfurecido. Entonces se recostó contra una pared y rechazó un buen rato a los que se ponían al alcance de su espada. Pero un estacazo le rompió la hoja y fué derribado, y hubiéranle hecho pedazos, a no protegerle con su cuerpo un franciscano, que se puso delante de la gente que le acorralaba.

—¿Qué hacéis, hijos míos?—exclamó:—soltad a ese hombre, que no es culpable.

—¡Es hugonote!—rugieron cien voces furiosas.

—Dejadle, pues, tiempo para arrepentirse que aún puede hacerlo.

Al punto las manos que sujetaban a Mergy le soltaron. Este se levantó, recogió el pedazo de su espada, y preparóse a vender cara su vida si tenía que sostener nuevo ataque.

—Dejad que viva este hombre,—prosiguió el fraile,—y tened paciencia. Dentro de poco, los hugonotes irán a misa.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—repitieron varias voces enfadadas.—¡Ya hace demasiado tiempo que nos recomiendan paciencia; y entretanto, todos los domingos en sus capillas escandalizan con sus cantos a todos los cristianos honrados.

—¿Y qué? Dejadles que sigan cantando un poco más; que pronto, por la gracia de la Virgen de agosto, les oiréis cantar misa en latín. En cuanto a este joven hugonote, dejádmelo, que voy a convertirlo en buen cristiano. Idos, y no queméis el asado por comerlo más pronto.

La muchedumbre se dispersó murmurando, pero sin dirigir el menor insulto a Mergy. Hasta le devolvieron el caballo.

—Esta es la primera vez en mi vida que me gusta ver vuestro hábito, padre—dijo Mergy.—Creed en mi agradecimiento y dignaos aceptar esta bolsa.

—Si la destináis a los pobres, muchacho, la acepto. Sabed que me intereso por vos. Conozco a vuestro hermano, y deseo vuestro bien. Convertíos hoy mismo; venid conmigo, y pronto será cosa hecha.

—En cuanto a eso, padre, os lo agradezco. No tengo ninguna gana de convertirme. Pero, ¿cómo me conocéis? ¿Cómo os llamáis?

—Me llaman fray Lubin... y... bribonzuelo, os veo rondar muy a menudo alrededor de cierta casa... ¡Chitón! Decidme, señor de Mergy, ¿creéis ahora que un fraile pueda practicar el bien?.

—Publicaré por todas partes vuestra generosidad, padre Lubin.

—¿No queréis dejar la prédica por la misa?

—No; y nunca iré a la iglesia más que para oir vuestros sermones.

—Sois hombre de gusto, según parece.

—Y además vuestro mayor admirador.

—A fe mía que siento por vos el que queráis continuar en la herejía. Os he prevenido, he hecho cuanto he podido: saldrá de ello lo que saliere; pero yo me lavo las manos. Adiós, muchacho.

—Adiós, hermano.

Mergy montó de nuevo a caballo y se fué a casa algo molido, pero muy contento de haber salido tan bien librado de tan mal paso.



La caballería ligera

La tarde del 24 de agosto, una compañía de caballería ligera entraba en París por la puerta de San Antonio. Los vestidos y botas de los jinetes, cubiertos de polvo, indicaban que habían hecho larga jornada. Los últimos resplandores del día moriente iluminaban los curtidos rostros de aquellos soldados; en ellos podía leerse esa vaga inquietud que se siente al acercarse un acontecimiento, que no se conoce aún, pero que se columbra que ha de ser de naturaleza funesta.

La tropa se encaminó a paso corto hacia un espacio sin casas, que se extendía cerca del antiguo palacio de Tournelles. Allí, el capitán mandó hacer alto, luego envió de reconocimiento a unos doce hombres mandados por un alférez, y apostó él mismo a la entrada de las calles contiguas centinelas, a quienes ordenó encender las mechas como si estuvieran en presencia del enemigo. Una vez tomada esa precaución extraordinaria, volvió ante el frente de su compañía.

—¡Sargento!—dijo con voz más dura e imperiosa que de ordinario.

Un veterano, cuyo sombrero lucía un galón dorado, y que llevaba banda bordada, acercóse respetuosamente a su jefe.

—¿Tienen mochas todos los soldados?

—Sí, mi capitán.

—¿Están provistas sus mochilas? ¿Tienen suficiente cantidad de balas?

—Sí, mi capitán.

—Bien.

Hizo caminar al paso a su yegua ante la pequeña tropa. El sargento le seguía a un caballo de distancia. Había reparado en el mal humor de su capitán y no se atrevía a hablarle. Al fin, cobró ánimo y le dijo:

—Mi capitán, ¿con su permiso puedo decir a los soldados que den pienso al ganado? Desde esta mañana no han comido.

—No.

—¿Un puñado de avena? Eso pronto se hace.

—¡Que no quiten la brida ni a un solo caballo!

—Es que si hay que hacerles trabajar esta noche... como dicen... que tal vez...

El oficial dejó ver un movimiento de impaciencia, y dijo secamente:

—Volved a vuestro puesto.

Y continuó paseándose.

El sargento volvió al medio de sus soldados.

—¿Y qué, es verdad, sargento? ¿Qué hay que hacer? ¿Qué ocurre? ¿Qué dice el capitán?

Unas veinte preguntas le fueron dirigidas a la vez por veteranos, cuyos servicios y vieja costumbre autorizaban esa familiaridad para con su superior.

—Vamos a ver cosas nuevas—respondió el sargento con el tono de suficiencia de un hombre que sabe más de lo que dice.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—No hay que dejar la brida ni un solo instante... porque, ¿quién sabe? de un momento a otro nos pueden necesitar.

—¡Ah! ¿Vamos a batirnos?—dijo el corneta.—¿Contra quién?

—¿Contra quién?—dijo el sargento, repitiendo la pregunta para tener tiempo de reflexionar.—¡Pardiez! ¡Vaya una pregunta! ¿Contra quién quieres que nos batamos, sino contra los enemigos del rey?

—Sí; pero ¿quiénes son esos enemigos?—preguntó el obstinado corneta.

—¡Los enemigos del rey?... ¡Oh! ¡No sabe quiénes son los enemigos del rey!—exclamó el sargento, y se encogió de hombros como apiadándose del otro.

—Los enemigos del rey son los españoles —dijo otro soldado;—pero no hubieran venido así a escondidas sin que nadie los viese.

—¡Bah!—exclamó otro. —¡Yo conozco otros enemigos del rey que no son los españoles!

—Tiene razón Beltrán—dijo el sargento, —y bien sé yo a quién se refiere.

—¿A quién, pues?

—A los hugonotes—respondió Beltrán.—No hay que ser brujo para notarlo. Todos saben que los hugonotes han tomado su religión de Alemania; y yo estoy segurísimo de que los alemanes son enemigos nuestros, porque muchas veces he disparado mi pistola contra ellos, especialmente en San Quintín, donde luchaban como demonios.

—Todo eso es muy cierto—dijo el corneta;—pero se firmó la paz con ellos, y bastante música se oyó con tal motivo, para que yo lo olvide.

—La prueba de que no son enemigos nuestros—dijo un joven mejor vestido que los demás,—es que el conde de La Rochefoucauld será quien mande la caballería ligera en la guerra que vamos a hacer en Flandes; y ¿quién no sabe que La Rochefoucauld pertenece a la religión? ¡Que me emplumen, si no es religioso de pies a cabeza! Lleva espuelas *a lo Condé*, y un sombrero *a lo hugonote*.

—¡Mal rayo le parta!—exclamó el sargento.—Tú no sabes eso, Merlín; aún no estabas con nosotros; La Rochefoucauld mandaba la emboscada en que estuvimos a punto de perecer todos en La Robraye, en Poitou. Es un individuo muy ducho en ardides.

—Y ha dicho—añadió Beltrán,—que valía más una compañía de reitres que un escuadrón de caballería ligera. Estoy tan seguro como de que este caballo es rodado. Lo sé por un paje de la reina.

Un movimiento de indignación se manifestó en el auditorio; pero pronto cedió ante la curiosidad de saber contra quién se encaminaban los preparativos de guerra y las extraordinarias precauciones que veían tomar.

—¿Es verdad, sargento, que ayer quisieron matar al rey?—preguntó el corneta.

—Apostaría cualquier cosa a que son esos... de herejes.

—El hostelero de la Cruz de San Antonio, en cuya hostería hemos comido—dijo Beltrán,—nos ha contado que querían deshacer la misa.

—En ese caso, comeremos carne todos los

días— observó filosóficamente Merlin;— no hay, pues, por qué afligirse.

—Sí; pero si los hugonotes imponen la ley, lo primero que harán es deshacer todas las compañías de caballería ligera, para substituirlas por los perros de reitres alemanes.

—Si es así, gustoso les cortaría yo gruperas. Esto me hace buen católico. Decidme, Beltrán, vos que habéis servido con los protestantes, ¿es cierto que el Almirante no daba más que ocho sueldos a sus soldados de caballería?

—¡Ni un dinero más, el viejo tacaño! Por eso le dejé yo después de la primera campaña.

—¡De qué mal humor está hoy el capitán! dijo el corneta.—El, por lo general tan buen hombre y que habla a gusto con el soldado, no ha abierto la boca en todo el camino.

—Le disgustan las noticias que circulan— dijo el sargento.

—¿Qué noticias?

—Sí; al parecer, lo que quieren hacer los hugonotes.

—Va a volver a empezar la guerra civil —dijo Beltrán.

—Mejor para nosotros—dijo Merlin, que siempre veía el lado bueno de las cosas;— habrá buenos golpes por dar, pueblos que incendiar y hugonotes que maltratar.

—Parece ser que han querido empezar otra vez lo de Amboise—dijo el sargento;— por esto nos han mandado venir. Ya pondremos buen orden.

En aquel momento, volvió el alférez con su escuadrón; acercóse al capitán y le habló en voz baja, en tanto que los soldados que le habían acompañado se mezclaban con sus compañeros.

—¡Por éstas!—dijo uno de los que habían ido de exploración—no sé lo que sucede hoy en París. No hay un gato por las calles; pero, en compensación, la Bastilla está llena de tropas: he visto cubas de suizos que abundan en el patio como espigas de trigo.

—No habría arriba de quinientas—dijo otro.

—Lo cierto es—añadió el primero,—que los hugonotes han querido asesinar al rey, y que el almirante ha sido herido en la refriega por la propia mano del duque de Guisa.

—¡Ah, bandido!—exclamó el sargento.— ¡Bien hecho!

—Y tanto es así—prosiguió el soldado— que en su condenada jerga, decían esos suizos que hace ya mucho tiempo que toleran en Francia a los herejes.

—Verdad es que ha tiempo ya que se muestran arrogantes—dijo Merlin.

—Cualquiera creería que nos han vencido en Jarnac y en Montcontour al ver sus ínfulas.

—Querrían comerse la carne y no dejarnos más que el hueso—dijo el corneta.

—Ya es hora de que los buenos católicos les sienten las costuras.

—En cuanto a mí—dijo el sargento,—si el rey me dijera: "¡Mata a esos pillos!" Perdiera yo el tahalí, si me lo hacía repetir dos veces.

—Bella Rosa, dinos algo de lo que ha hecho el alférez—dijo Merlín.

—Ha hablado con algo así como un oficial de suizos; mas no he podido oir lo que decía. Pero debería ser muy interesante, porque a cada paso exclamaba: "¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!"

—Mira, he ahí caballos que vienen al galope... Sin duda nos traerán alguna orden.

—Me parece que son dos nada más; y el capitán y el alférez les salen al encuentro.

Dos jinetes llegábanse velozmente a la compañía de Jorge. Uno de ellos, vestido ricamente y con sombrero cubierto de plumas y banda verde, montaba un caballo de batalla. Su compañero era un hombre grueso, bajito; iba vestido de negro y llevaba un gran crucifijo de madera.

—Seguramente vamos a batirnos—dijo el sargento.—Ahí viene un capellán que nos mandarán para confesar a los heridos.

—No es muy agradable batirse sin cenar —balbuceó Merlín.

Ambos jinetes refrenaron la marcha de los caballos, de modo que al alcanzar al capitán pudieron pararlos sin esfuerzo.

—Beso la mano al señor de Mergy—dijo el hombre de la banda verde. ¿Reconocéis a vuestro servidor Tomás de Maurevel?

El capitán ignoraba aún el nuevo crimen de Mauverel; sólo le conocía como asesino del valiente Mouy. Y le contestó con sequedad:

—No conozco ningún señor Maurevel. Supongo que vendréis a decirnos al fin para qué estamos aquí.

—Se trata, caballero, de salvar al rey y nuestra santa religión del peligro que los amenaza.

—Pero ¿qué peligro es ese?—preguntó Jorge con despreciativo acento.

—Los hugonotes han conspirado contra Su Majestad; pero sus culpables conspiraciones

han sido descubiertas a tiempo, gracias a Dios, y todos los buenos cristianos deben reunirse esta noche para exterminarlos mientras duerman.

—Como fueron exterminados los Madianitas por Gedeón—dijo el hombre vestido de negro.

—¡Qué oigo!—exclamó Mergy, temblando de horror.

—Los ciudadanos están armados—prosiguió Maurevel;—en la ciudad están los guardias franceses y tres mil suizos. Tenemos cerca de sesenta mil hombres nuestros; a las once se dará la señal y comenzará el zafarrancho.

—¡Miserable asesino! ¿Qué infame impostura vienes a contarnos? El rey no ordena asesinatos... a lo sumo, los paga.

Mas, al hablar así, Jorge recordó la extraña conversación que días antes había tenido con el rey.

—Nada de arrebatos, señor capitán; si el servicio del rey no reclamase todos mis cuidados, respondería yo a vuestros insultos. Escuchadme: vengo de parte de Su Majestad, para pediros que me acompañéis con vuestra tropa. Estamos encargados de la calle de San Antonio y del distrito inmediato. Os traigo una lista exacta de las personas que tenemos que despachar. El reverendo Padre Malebouche va a exhortar a vuestra gente y a distribuirle las cruces blancas que llevarán todos los católicos, a fin de que no se tome en la obscuridad a los fieles por herejes.

—¡Y yo voy a consentir en prestar mis manos para asesinar a gente dormida!

—¿Sois católico y reconocéis a Carlos IX por vuestro rey? ¿Conocéis la firma del mariscal de Retz, a quien debéis obediencia?

Y le entregó un pliego que llevaba al cinto.

Mergy mandó a un soldado acercarse, y a la luz de una antorcha de paja encendida en la mecha de un arcabuz, leyó una orden en regla intimando en nombre del rey al capitán Mergy a ayudar a la guardia miliciana y obedecer al señor de Maurevel para un servicio que este señor le explicaría. A esta orden iba adherida una lista de nombres con este título: *Lista de los herejes a quienes se ha de dar muerte en el distrito de San Antonio.* La luz de la antorcha, que ardía en manos del soldado, mostraba a toda la demás tropa la profunda emoción que causaba a su jefe aquella orden que aún no sabía él.

—Nunca querrán mis soldados ejercer el oficio de asesinos,—dijo Jorge, arrojando el papel al rostro de Maurevel.

—No se trata de asesinato—replicó fríamente el sacerdote; se trata de herejes, y lo que con ellos va a hacerse es administrar justicia.

—Buena gente — exclamó Maurevel hablando a los soldados;—¡los hugonotes quieren asesinar al rey y a los católicos; hay que anticiparse a ellos; esta noche vamos a matarlos a todos mientras duerman... y el rey os concede el saqueo de sus casas!

Un grito de alegría feroz partió de todas las filas:

—¡Viva el rey! ¡Mueran los hugonotes!

—¡Silencio en las filas!—exclamó con voz de trueno el capitán.—¡Yo soy aquí el único que tiene derecho de mandar estos soldados... Compañeros, lo que dice este miserable no puede ser cierto, y aunque el rey lo hubiera ordenado, mi tropa nunca querría matar a gente que no se defiende.

Los soldados guardaron silencio.

—¡Viva el rey! ¡Mueran los hugonotes!—exclamaron a la vez Maurevel y su compañero.

Y un instante después respondieron los soldados:

—¡Viva el rey! ¡Mueran los hugonotes!

—¿Obedeceréis ahora, capitán?—preguntó Maurevel.

—¡Ya no soy capitán!—repuso Jorge.

Y arrancóse el alzacuello y la banda, insignias de su dignidad.

—¡Apoderaos de este traidor!—exclamó Maurevel desenvainando la espada;—matad a este rebelde que desobedece a su rey.

Pero ni un solo soldado osó levantar la mano contra su jefe... Jorge hizo saltar de manos de Maurevel la espada; pero, en vez de traspasarle con la suya, limitóse a darle en el rostro con el pomo tan violentamente que le derribó del caballo.

—¡Adiós, cobardes!—dijo a su tropa;—yo creía tener soldados, y no contaba más que con asesinos.

Y volviéndose hacia el alférez, añadió:

—Alfonso, si queréis ser capitán, ésta es la gran ocasión: poneos al frente de esos bandidos.

Dichas estas palabras, picó espuelas y marchóse a galope, encaminándose a lo interior de la ciudad. El alférez dió algunos pasos como para seguirle; mas pronto refrenó la marcha de su caballo, le puso al paso, y al fin se detuvo, volvió grupas y llegóse a su compañía, considerando sin

duda que el consejo de su capitán, no por dado en un momento de ira dejaba de ser bueno de seguir.

Maurevel, algo aturdido aún por el golpe que había recibido, subió de nuevo al caballo blasfemando; y el fraile, alzando el crucifijo, arengaba a los soldados animándolos a no perdonar a un solo hugonote, a ahogar la herejía en oleadas de sangre.

Los soldados habíanse quedado un rato retenidos por los reproches de su capitán; pero, al verse libres de su presencia, y teniendo ante sí la perspectiva de un buen pillaje, blandieron los sables por cima de sus cabezas y juraron efectuar cuanto les ordenase Maurevel.

Ultimo esfuerzo

La misma noche, a la hora de costumbre, Mergy salió de su casa, y muy embozado en una capa de color gris pardusco y calado el sombrero hasta los ojos, encaminóse a casa de la condesa.

A los pocos pasos, se topó con el cirujano Ambrosio Paré, a quien conocía por haberle éste curado su herida. Paré vendría probablemente del palacio de Chatillón, y Mergy, dándose a conocer, le preguntó por el Almirante.

—Sigue mejor—respondióle el cirujano. —La llaga es benigna y el enfermo, fuerte. Dios mediante, curará. Espero que la poción que le he recetado para esta noche le sea saludable y le haga pasar la noche tranquilo.

Un hombre del pueblo que pasaba junto a ellos, oyó que hablaban del Almirante. Así que estuvo lo bastante lejos para mostrarse insolente sin temor de sufrir castigo alguno, exclamó:

—¡Pronto irá a bailar la zarabanda a Montfaucón, vuestro endemoniado Almirante!

Y echó a correr.

—¡Miserable canalla!—dijo Mergy.—Lamento que nuestro Almirante se vea obligado a permanecer en una población donde tantos enemigos tiene.

—Gracias a que su palacio está bien custodiado—respondió el cirujano.—Cuando he salido de él, las escaleras estaban llenas de tropa, que ya encendía las mechas. ¡Ah! señor de Mergy... No nos quiere la gente de esta ciudad... En fin, es tarde, y tengo que volver al Louvre.

Separáronse dándose las buenas noches, y Mergy prosiguió su camino, entregado a pensamientos de color de rosa, que pronto le hicieron olvidar al Almirante y el odio de los católicos. No obstante, no pudo menos de notar un movimiento inusitado en las calles de París, siempre poco concurridas después de cerrada la noche. Ora se topaba con traperos que llevaban a cuestas fardos de forma extraña, que en la obscuridad se le antojaban haces de picas; ora veía un destacamento de soldados, que andaban en silencio con las armas al hombro y encendidas las mechas; por doquiera se abrían precipitadamente las ventanas, asomábanse un instante algunos rostros y desaparecían al punto.

—¡Eh, buen hombre!—gritó a un trapero, —¿adónde lleváis esa armadura a estas horas?

—Al Louvre, caballero, para la fiesta de esta noche.

—Compañero—dijo Mergy a un sargento que mandaba una patrulla, ¿adónde vais así armados?

—Al Louvre, caballero, a la fiesta de esta noche.

—Hola, paje, ¿no pertenecéis al rey? ¿Dónde vais, pues, con vuestros compañeros, llevando esos caballos enjaezados como para la guerra?

—Al Louvre, caballero, a la fiesta de esta noche.

—¡La fiesta de esta noche! — se decía Mergy.—Parece que todos están enterados menos yo. Después de todo, poco se me da; el rey puede divertirse sin mí, y no tengo gran curiosidad por ver su fiesta.

Algo más allá vió un hombre mal vestido, que se detenía ante algunas casas y marcaba las puertas trazando con yeso una cruz blanca.

—¿Sois acaso furriel, para marcar así los domicilios?

El desconocido desapareció sin contestar.

Al volver una calle, cuando entraba en la que vivía la condesa, estuvo a punto de tropezar con un hombre embozado como él y que doblaba la misma esquina, pero en sentido contrario. A pesar de la obscuridad y de lo mucho que ambos parecían curarse de esconderse uno a otro, reconociéronse al momento.

—¡Hola! señor de Beville—dijo Mergy tendiéndole la mano.

Beville, para darle la mano derecha, hizo un movimiento singular bajo su capa; pasó de la mano derecha a la izquierda algo bastante pesado que llevaba. La capa se entreabrió un poco.

—¡Salud al valiente campeón mimado de

las bellas!—exclamó Beville.—Apostaría a que mi noble amigo va ahora a alguna buena aventura.

—¿Y vos, caballero?... Parece ser que los maridos que os interesan están de mal humor; pues, o mucho me engaño, o lo que os veo sobre los hombros es una co-



ta de mallas, y lo que guardáis bajo la capa se asemeja muchísimo a las pistolas.

—Hay que ser prudente, señor Bernardo, muy prudente—dijo Beville.

Al pronunciar estas palabras, arreglábase la capa de manera que ocultase bien las armas que llevaba.

—Lamento infinito no poderos ofrecer esta noche mis servicios y mi espada para guardar la calle y estar de centinela a la puerta de vuestra amante. Hoy me es imposible hacerlo; pero, en cualquier otra ocasión, tened a bien disponer de mí.

—Esta noche no podéis venir conmigo, señor de Mergy.

Y acompañó con una sonrisa extraña esas palabras.

—¡Ea! ¡Buena suerte! Adiós.

—¡También yo os deseo *buena suerte!*

En el modo de pronunciar esa despedida había cierto énfasis.

Separáronse, y ya había andado Mergy algunos pasos, cuando oyó que Beville tornaba a llamarle. Volvióse Bernardo y vió que el otro venía a él.

—¿Está en París vuestro hermano?

—No; pero le estoy esperando todos estos días... ¡Ah! decidme: ¿vais a la fiesta de esta noche?

—¿A la fiesta?

—Sí; por todas partes se dice que hoy hay una gran fiesta en la corte.

Beville balbuceó muy quedo algunas palabras entre dientes.

—Adiós—dijo Mergy. — Tengo bastante prisa, y... ya sabéis lo que quiero decir.

—¡Oíd! ¡oíd! dos palabras más. No puedo dejaros marchar sin daros un consejo de amigo verdadero.

—¿Qué consejo?

—No vayáis a casa de *ella* esta noche. Creedme, mañana me lo agradeceréis.

—¿Es ese vuestro consejo? Mas no os comprendo. ¿Quién es *ella*?

—¡Bah! Ya nos entendemos. Pero, si sois prudente, pasad el Sena esta misma noche.

—¿Acabará esto en alguna broma?

—Nada de eso. Nunca he hablado más seriamente. Os digo que paséis el Sena. Si os acosa con exceso el diablo, idos al lado del convento de los Jacobinos, en la calle de Saint-Jacques. Dos puertas más allá de los buenos frailes, veréis un crucifijo de madera, clavado contra una casa de bastante mal aspecto. Es una muestra rara: mas ¡qué importa! Llamáis y hallaréis una vieja muy amable que os recibirá muy bien... Id a apagar vuestros ardores al otro lado del Sena. La tía Brulard tiene sobrinas bonitas y bien educadas... ¿Me comprendéis?

—Sois muy amable. Os beso la mano.

—No; seguid el aviso que os doy. ¡A fe de caballero que no os pesará!

—Muchas gracias, otro día aprovecharé. Hoy me espera...

Y Mergy avanzó un paso.

—Cruzad el Sena, amigo mío; es lo último que os digo. Si os sucede algo malo por no haber querido escucharme, yo me lavo las manos.

En el acento de Beville había una seriedad inusitada que chocó a Mergy. Beville había dado ya media vuelta, y esta vez fué Mergy quien le detuvo.

—¡Qué demonio queréis decir! Explicaos, señor de Beville, y no me habléis más por enigmas.

—Quizás no debiera yo hablaros tan claramente; pero *cruzad el río antes de que den las doce* y adiós.

—Pero...

Beville estaba ya lejos. Mergy le siguió un momento; mas pronto, avergonzado de perder un tiempo que podía ser mejor empleado, volvió sobre sus pasos y acercóse al jardín en que debía entrar. Tuvo que pasearse un rato arriba y abajo esperando que se alejasen algunos transeuntes. Temía que le sorprendiera verle entrar a aquellas horas por la puerta de un jardín. La noche era hermosa; suave céfiro había calmado el calor; la luna aparecía y desaparecía tras ligeras nubecillas blancas. Era una noche a propósito para el amor.

La calle quedó un momento desierta. Bernardo abrió al punto la puerta del jardín y cerróla sin ruido. El corazón le latía con fuerza; pero no pensaba más que en los placeres que le aguardaban en casa de su Diana; y las siniestras ideas que la extraña conversación de Beville engendró en su imaginación hallábanse ya muy lejos.

Acercóse de puntillas a la casa. Una lámpara detrás de una cortina encarnada brillaba en una ventana entreabierta: era la señal convenida.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo Bernardo en el oratorio de su amante.

La condesa estaba medio acostada en una camilla muy baja y cubierta de damasco azul obscuro. Sus largos cabellos negros en desorden cubrían todo el cojín en que apoyaba la cabeza. Tenía cerrados los ojos y parecía hacer un esfuerzo para mantenerlos así. Una sola lámpara de plata colgada del techo alumbraba la habitación y proyectaba su luz en el pálido rostro y en los labios ardientes de Diana de Turgis. No dormía; pero, al verla, creyérase que horrible pesadilla la atormentaba. Al primer crujido de las botas de Mergy en la alfombra del oratorio, levantó Diana la cabeza, abrió los ojos y la boca, estremecióse y ahogó con dificultad un grito de espanto.

—¿Te he asustado, angel mío?—dijo Mergy, arrodillado ante ella e inclinándose contra la almohada en que Diana acababa de posar de nuevo la cabeza.

—¡Al fin estás aquí! ¡Loado sea Dios!

—¿Me he hecho esperar? Aún falta mucho para las doce.

—¡Ah! Dejadme, Bernardo... ¿No os han visto entrar?

—Nadie... Pero ¿qué tienes, amor mío? ¿Por qué esos lindos labios esquivan los míos?

—¡Ah! si supieses, Bernardo... ¡Oh! no me atormentes, por favor... Padezco horriblemente, tengo una jaqueca horrorosa... Mi cabeza está ardiendo...

—¡Pobrecilla!

Hundió su linda carita en una almohada y dejó escapar un doloroso gemido. Luego, de pronto, incorporóse, apoyándose contra el codo, sacudió sus poblados cabellos que le tapaban todo el rostro y, asiendo la mano de Mergy, se la posó en la sien. Bernardo sintió latir con fuerza la arteria.

—Tienes fría la mano: ese frío me alivia.

—¡Diana mía! ¡quisiera tener la jaqueca en vez de tenerla tú!—dijo, besando aquella frente ardiente.

—¡Ah! sí... y yo quisiera... Aplícame la punta de los dedos a los párpados... eso me aliviará... Creo que si llorase padecería menos; pero no puedo llorar.

Hubo un largo silencio, interrumpido únicamente por la respiración irregular y oprimida de la condesa. Mergy, de rodillas junto al lecho, frotaba suavemente y a veces besaba los párpados cerrados de la bella Diana.

—Querida mía—le dijo,—paréceme que lo que atormenta es algo más que una jaqueca.—¿Tienes algún disgusto?... ¿Por qué no me lo dices? ¿No sabes que, si nos amamos es para compartir tanto nuestras alegrías como nuestras penas?

La condesa movió la cabeza sin abrir los ojos. Agitáronse sus labios, pero sin pronunciar un sonido articulado; luego, como agotada por ese esfuerzo dejó caer la cabeza sobre el hombro de Mergy. En aquel momento el reloj dió las once y media. Diana se estremeció e incorporóse muy temblorosa.

—¡En verdad que me asustáis, amada mía!

—Nada... nada aún—dijo Diana con voz sorda.—¡El sonido de ese reloj es horroroso! A cada campanada, me parece sentir un hierro candente como si me atravesase la cabeza.

Mergy no halló mejor remedio ni más respuesta que besar la frente que ella le acercaba. De pronto, la condesa extendió las manos, y poniéndolas sobre los hombros de su amante, le dijo:

—Bernardo, ¿cuándo te convertirás?

—Angel mío, no hablemos de eso hoy, que te enfermaría aún más.

—Tu obstinación es la que me pone enferma... pero poco se te da a ti. Además, el tiempo apremia; y, aunque estuviera moribunda, querría emplear hasta mi último suspiro para exhortarte...

Mergy intentó cerrarle la boca con un beso. Este es un argumento bastante bueno y que sirve de respuesta a todas las preguntas que a un amante puede dirigir su concubina. Pero Diana, que por lo general le ahorraba la mitad del camino, rechazóle enérgicamente esta vez y casi con indignación.

—Escuchadme señor de Mergy—todos los días vierto lágrimas de sangre pensando en vos y en vuestro error. ¡Bien sabéis cuánto os amo! Juzgad cuáles deben de ser mis padecimientos al pensar que el que me es más caro que la vida puede perecer en cuerpo y alma, acaso dentro de un instante.

—Diana, acordáos de que hemos convenido en no hablar nunca de semejantes asuntos.

—¡Es preciso, desdichado! ¿Quién te asegura que puedes disponer aún de una hora para arrepentirte?

El extraordinario tono de su voz y su extraño lenguaje recordaron involuntariamente a Mergy el singular consejo que acababa de darle Beville. No pudo menos de emocionarse; sin embargo, se contuvo; y sólo atribuyó a la devoción aquel aumento de fervor con que le imploraba su conversión.

—¿Qué queréis decir? ¿Creéis que, por matar un hugonote, va a hundirse expresamente el techo sobre su cabeza?

—¡Vuestra terquedad me desespera!... Mirad: he soñado que vuestros enemigos se apercibían a mataros... y veíaos yo, ensangrentado y desgarrado por sus manos, entregar el alma antes que yo pudiera llevar a vuestro lado un confesor.

—¿Mis enemigos? No creía yo tenerlos.

—¡Insensato! ¿no tenéis por enemigos a todos cuantos detestan vuestra herejía? ¿No es toda Francia quien la aborrece? Sí, todos los franceses deben ser vuestros enemigos en tanto que vos seáis enemigo de Dios y de la Iglesia.

—Dejemos eso, reina mía. En cuanto a vuestros sueños, acudid a la vieja Camila para que os los explique; yo no entiendo de ello. Hablemos de otra cosa... Creo que habéis estado hoy en la corte; supongo que será de ahí de donde hayáis sacado esa jaqueca que os hace padecer y me hace rabiar.

—Sí, vengo de la corte, Bernardo. He visto a la reina, y he salido de palacio... determinada a intentar un último esfuerzo para haceros variar... ¡Es preciso, absolutamente preciso!...

—Paréceme — interrumpió Bernardo. — paréceme, hermosa mía, que, ya que tenéis fuerza para predicar tan vehementemente a pesar de vuestra enfermedad, podríamos emplear mejor el tiempo.

Diana recibió esa burla con una mirada de desdén mezclada de cólera.

—¡Réprobo!—dijo en voz baja y como hablando consigo misma,—¡por qué he de ser tan débil con él?

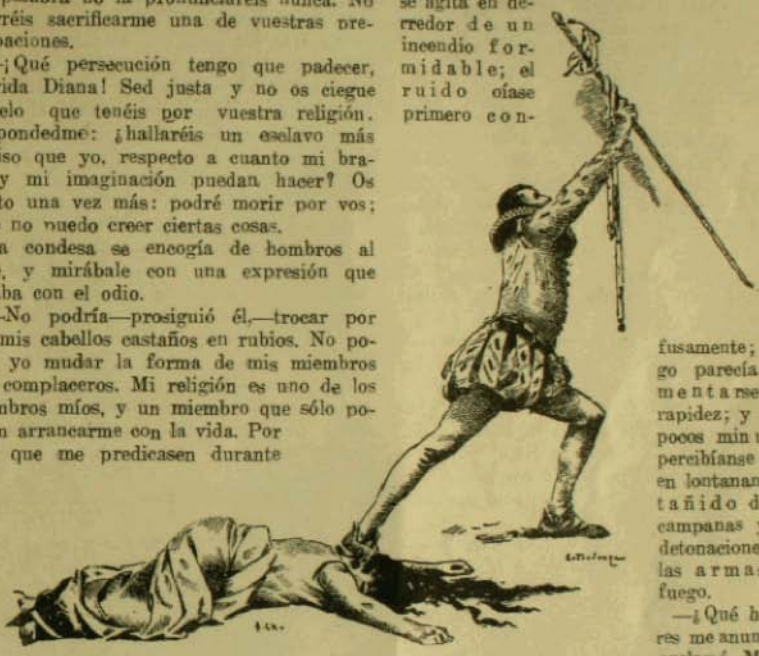
Y, continuando en voz alta, añadió:

—Muy claramente veo que no me amáis; me tenéis el mismo aprecio que a un caballo. Con tal que sirva para vuestros placeres, ¡qué os importa que padezca yo mil males!... Por vos, sólo por vos he consentido en padecer los tormentos de mi conciencia, junto a los cuales nada son las torturas que la rabia de los hombres pueda inventar. Una sola palabra de vuestra boca me devolvería la paz del alma; pero esa palabra no la pronunciaréis nunca. No querréis sacrificarme una de vuestras preocupaciones.

—¡Qué persecución tengo que padecer, querida Diana! Sed justa y no os ciegue el celo que tenéis por vuestra religión. Respondedme: ¿hallaréis un esclavo más sumiso que yo, respecto a cuanto mi brazo y mi imaginación puedan hacer? Os repito una vez más: podré morir por vos; pero no puedo creer ciertas cosas.

La condesa se encogía de hombros al oirle, y mirábale con una expresión que rayaba con el odio.

—No podría—prosiguió él,—trocar por vos mis cabellos castaños en rubios. No podría yo mudar la forma de mis miembros por complaceros. Mi religión es uno de los miembros míos, y un miembro que sólo podrían arrancarme con la vida. Por más que me predicasen durante veinte años, nunca me harán creer que un pedazo de pan sin levadura...



—Calla—interrumpió Diana con tono autoritario;—nada de blasfemias. Lo he probado todo, y nada ha tenido éxito. Todos vosotros, los que estáis infestados del veneno de la herejía, sois un pueblo de cabeza dura y cerráis ojos y oídos a la verdad: teméis ver y oir. Pues bien, ha llegado la hora en que ya no volveréis a ver ni volveréis a oir... No había más que un medio para destruir esa llaga en la Iglesia, y ese medio va a ser empleado.

Dió algunos pasos agitada por el cuarto, y luego prosiguió:

—Dentro de una hora escasa, van a cortar las siete cabezas del dragón de la herejía. Las espadas están afiladas y preparados los fieles. Los impíos van a desaparecer de la faz de la tierra.

Luego, extendiendo el dedo hacia el reloj colocado en uno de los rincones del cuarto, añadió:

—Mira, aún tienes un cuarto de hora para arrepentirte. En cuanto esa aguja llegue a este punto, estará decidida tu suerte.

Aún hablaba, cuando se oyó un ruido sordo, semejante al de una multitud que se agita en derredor de un incendio formidable; el ruido oíase primero confusamente; luego parecía aumentarse con rapidez; y a los pocos minutos percibíanse ya en lontananza el tañido de las campanas y las detonaciones de las armas de fuego.

—¡Qué horrores me anuncias? exclamó Mergy.

La condesa habíase precipitado a la ventana y la abrió.

Entonces llegó más claramente el ruido. Oíanse gritos de dolor y rugidos de alegría. Denso humo subía hacia el cielo, saliendo de todas las partes de la ciudad. Creyérase un inmenso incendio, de no percibirse un olor de resina que sólo podía ser producido por millares de antorchas encendidas. Al tiempo que ese olor invadía el cuarto, el fogonazo de una descarga de arcabuces, que parecía disparada en la calle, iluminó instantáneamente los cristales de una casa vecina.

—¡La matanza ha comenzado!—exclamó Diana, llevándose las manos a la cabeza, horrorizada.

—¿Qué matanza? ¿Qué queréis decir?

—Esta noche degüellan a todos los hugonotes: el rey lo ha ordenado. Todos los católicos se han puesto sobre las armas, y no deben perdonar ni un solo hereje. La Iglesia y Francia se han salvado; pero tú estás perdido, si no abjuras tu falsa creencia.

Mergy sintió esparcírsele frío sudor por todos los miembros. Miraba hurañamente a Diana de Turgis, cuya fisonomía expresaba una mezcla singular de angustia y de triunfo. El horroroso estrépito que resonaba en sus oídos e invadía toda la población, demostrábale suficientemente la verdad de la espantosa noticia que Diana acababa de darle. La condesa permaneció inmóvil un instante, mirando a Mergy, sin hablarle; pero, tendiendo el dedo hacia la ventana, llama a la imaginación de Mergy para representarle las sangrientas escenas que dejaban columbrar aquellos clamores. Su expresión fué suavizándose por grados; desapareció la alegría salvaje y quedó el terror. Al fin, cayendo de rodillas, exclamó, con tono suplicante:

—¡Bernardo! ¡Te ruego que salves tu vida; conviértete! Salva tu vida; salva la mía que depende de ella.

Mergy la miró ferozmente, en tanto que Diana le seguía por el cuarto andando de rodillas y con los brazos tendidos. Sin responderle una palabra, Mergy corrió al fondo del oratorio y cogió la espada, que había dejado en una butaca.

—¡Desdichado! ¿qué quiéres hacer? —exclamó la condesa corriendo a él.

—¡Defenderme! ¡No me degollarán como a un cordero!

—¡Insensato! ¡Ni mil espadas podrían salvarte! Toda la ciudad está sobre las armas. La guardia del rey, los suizos, la clase media, la plebe, todos son parte en la matanza, y no hay un hugonote que no tenga en este momento diez puñales sobre el pecho. No hay más que un solo medio de librarte de la muerte: hazte católico.

Mergy era valiente; pero al pensar en los peligros que aquella noche parecía prometer, sintió momentáneamente bajarle al corazón un cobarde temor, y hasta se le presentó al espíritu con la celeridad del relámpago la idea de abjurar su religión.

—Respondo de tu vida si te vuelves católico—dijo Diana juntando las manos.

"Si yo abjurase,—pensaba Mergy.—me despreciaría a mí mismo toda la vida."

Este pensamiento bastó para devolverle el valor, que fué duplicado por la vergüenza de haber desfallecido. Calóse el sombrero, abrochóse el cinto y enrollándose la capa en el brazo izquierdo a manera de escudo, dió un paso resueltamente hacia la puerta.

—¿A dónde vas, desdichado?

—A la calle. No quiero que tengáis el pesar de verme degollar a vuestros ojos y en vuestra casa.

Había en su voz algo tan desdeñoso, que abrumó a la condesa. Esta se había colocado delante de él. Mergy la empujó rudamente. Más ella se le asió al jubón y arrastrábase de rodillas a su lado.

—¡Dejadme! — exclamó Bernardo. — ¿Queréis entregarme vos misma al puñal de los asesinos? La querida de un hugonote puede rescatar sus pecados ofreciendo a Dios la sangre de su amante.

—¡Deténte, Bernardo, te lo ruego! No quiero más que salvarte. ¡Vive por mí, angel mío! ¡Sálvate, en nombre de nuestro amor!... Consiente en pronunciar una sola palabra, y te juro que te salvarás.

—¡Cómo! ¡adoptar yo una religión de asesinos y bandidos! ¡Santos mártires del Evangelio, voy a unirme a vosotros!

Y se desasió tan impetuosamente, que la condesa cayó al suelo. Iba ya a abrir la puerta para marcharse, cuando Diana, levantándose con la agilidad de un tigre, se abalanzó sobre él y le estrechó en sus brazos con un apretón más fuerte que el de un hombre robusto.

—¡Bernardo!—exclamó fuera de sí y con lágrimas en los ojos,—¡te amo más así, que si te hicieras católico! Quédate aquí, amor mío; quédate conmigo, mi buen Bernardo, —decía apretándole y envolviéndole con su cuerpo como una serpiente que se enrosca alrededor de su presa. No vendrán a buscarte aquí, en mis brazos; para llegar hasta tu seno tendrán que matarme. Perdóname, amor mío; no he podido advertirte antes del peligro que te amenazaba. Estaba comprometida por un juramento terrible. Pero te salvaré o pereceré contigo.

En aquel momento llamaron rudamente a la puerta de la calle. La condesa profirió un grito penetrante, y Mergy, que se había desprendido de su brazo, sin dejar la capa enrollada en el brazo izquierdo, sintióse entonces tan fuerte y resuelto, que no hubiera vacilado en arrojarse de cabeza en medio de cien asesinos que se le hubiesen presentado.

(Continuará).

tbre.
1916

PACIFICO MAGAZINE

Precio
UN PE



ALIMENTO MEYER

El mejor alimento para guaguas, enfermos y convalecientes. El único recomendado por los Profesores de la Facultad, especialistas en enfermedades de niños.

El único que se usa en las Clínicas y Hospitales infantiles.

—Como tú ves, el Alimento Meyer da fuerza... y salud...



DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAIS
Y CASA GATH Y CHAVES
POR MAYOR: DAUBE Y Cía
ARESTIZABAL Y Cía Y DROGUERIA FRANCESA
AJENTES: EN VALDIVIA: ALEJANDRO SILVA L. EN CONCEPCION: J. W. JACKSON Y EN VALPO: ALBERTO PHILLIPS H.


El Champagne
que mas me gusta
es el "Roederer"
Tortola Valencia
Santiago
1916.

SUMARIO

	Págs.
ROMAN CALVO, EL SHERLOCK HOLMES CHILENO. — LA PISTA DE DON ANTONIO PEREZ. *Miguel de Fuenzalida*	117
HISTORIA DE UN LIBRO MIO. *Eduardo Zamacois*	128
CHARLA SANTIAGUINA. *Angel Pino.*	131
LAS SACERDOTISAS DE MARTE. *José Francés.*	136
LA VIDA UNIVERSITARIA DE LOVAINA. *Francisco de B. Echeverría*	138
L'UMANITA. *Diego Caroglio.*	144
EL GAVILAN DE LA ESPADA. *Eduardo Marquina.*	145
TRAGEDIAS DE LA GUERRA, LA LUCHA AEREA NOCTURNA. *Capitán Fontibre.*	158
EDIFICAR UNA CASA. *Ordinow*	160
POLITICA MARITIMA. *Mario Vergara Z.*	163
UNA NOVELA CHILENA. *P.*	176
COLIHUACHO. *Rafael Maluenda.*	177
EL ESCUDO DE ARMAS DE LA CIUDAD DE SANTIAGO. *Roberto Orihuela.*	184
UN PINTOR DEL PAIS DEL MAR. *J. Backhaus Martin.*	193
LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA. *Miguel Chmyzowski.*	199
NUESTRO FOLLETIN.—LA HISTORIA DE UN HUGONOTE. *A.*	201

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

AGENTES Y COMERCIANTES GANAN DINERO



negociando con nuestro extenso surtido de Amplificaciones de Retratos al Oleo, Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniatures, Convexas, etc., etc. Así como con nuestras Oleografías, Acuarelas tomadas de Natural, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas Postales, Molduras, Marcos, Obgetos de Arte y varias otras Novedades.

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese pais. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancias. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

CONSOLIDATED PORTRAIT AND FRAME CO.

1029—Dept. K. 9 W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.



PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. VIII.—Santiago de Chile, septiembre de 1916.—Núm. 45. | — Que mañana

Román Calvo el Sherlock Holmes chileno.

La Pista de don Antonio Perez

Por

MIGUEL DE FUENZALIDA

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Vivimos en tiempos terriblemente escépticos. Así, por ejemplo, no faltan todavía personas, que pongan en duda la existencia real y efectiva de Román Calvo. Suponen esos incrédulos que se trata de un personaje imaginario, inventado por mí para divertir bien o mal a los lectores de "Pacífico Magazine".

Es el caso de mi amigo Fernándo Pérez. En el otoño de 1915 lo encontré en el Club, donde no se le veía hacía algunos meses. El pobre no andaba bien de fondos. La guerra europea lo sorprendió especulando a la alza y hubo de liquidar en pésimas condiciones.

La caída de Pérez hizo bastante ruido. Era un mozo generalmente querido, bien colocado en la alta sociedad y que tenía fama de ser muy rico. Calculaban su fortuna en dos o tres millones de pesos, y cuando se le formó concurso de acreedores, los maledicientes dieron en suponer que el pobre muchacho había ocultado una buena parte de sus bienes. No podían creer que una operación desgraciada de bolsa hubiera reducido a la nada un capital como aquel.

Sin embargo, Pérez supo volver por su honor, y el hecho es que todos sus acreedores fueron pagados íntegramente. Si algo pudo reprochársele, fué la precipitación con que se presentó en quiebra. Con un poco de audacia o de paciencia, el alza de valores que luego sobrevino, le habría salvado.

En Santiago, cualquier truhán que hace bancarrota y clava a medio mundo, usando de indecorosos manejos, desaparece por un año o poco más, y luego vuelve a presentarse tan fresco en todas partes, y nunca deja de encontrar todavía medios de reanudar sus negocios y gentes que le ayuden. Hay quien ha repetido la misma gracia más de una vez.

Pérez, que nada tenía de qué avergonzar-

se, seguramente iba a encontrar mayores dificultades para poner a flote sus asuntos. Incapaz de negociar con la negra, como suele decirse, o de solicitar un crédito, después de lo ocurrido, lo natural es que no volviera más a la bolsa.

—Eso se acabó,—me dijo.—Felizmente, la pobreza me cogió soltero, lo que no deja de ser una ventaja... No me faltará en qué ocuparme... Eso sí, estoy resuelto a irme de Santiago. Me será menos duro el cambio de vida y de situación, fuera de aquí.

—Con tu talento y tus aptitudes para el trabajo la fortuna se te vendrá luego a las manos,—le dije, por vía de consuelo.

Fernando se encogió de hombros.

—¡Psh!...—me repuso,—yo no creo que sea tiempo. Voy a cumplir treinta y cinco años y estoy mal habituado. Nací rico, y encontrándolo todo hecho...

—Pero supiste aumentar tu patrimonio...

—No tanto como cree la gente. Heredé en 1899 más de cuatrocientos mil pesos en propiedades. Si no hubiera trabajado en nada, tendría hoy posiblemente millón y medio. Pero, me vino la maldita idea de mover mis intereses, y sin saber cómo, me encontré metido en este berengenal de la bolsa... Por años y años conseguí defenderme, pero nada más que defenderme. Ahora todo, o casi todo se lo llevó la trampa... Sólo me queda una esperanza de volver a ser rico, pero tan remota, tan ridícula, tan absurda, que casi no vale la pena de pensar en ella.

—¿Alguna mina?...

—Peor que una mina, o casi tan ilusorio como una mina... Veo que estás curioso... Pues bien, siéntate aquí, y mientras te tomas un whisky con soda, te mostraré mi esperanza... La tengo aquí... Ahora que me acuerdo, a ti te gustan los casos raros y extraordinarios, como lo demuestran los cuentos que publicas en el "Pacífico".

Fernando sacó su elegante cartera de marroquí y la estuvo registrando un momento. Al fin dió con lo que buscaba: era un trozo de papel azulejo, de los en uso hace medio siglo para escribir cartas, lleno de arrugas y dobleces y con todas las muestras de haber sido muy manoseado.

En ese papel estaban escritas, con letra temblorosa, las siguientes líneas:

Santiago, abril 18 de 1860.

S. D. Felipe Pérez Ferrada.

Mi querido hijo:

Encontrarás esta carta junto con mi testamento. Había creído tener el derecho de llevarme a la tumba el secreto que ella va a revelarte, pero hoy que ese secreto puede valerte una fortuna, es mi deber hacerte dueño de él. Quiero que seas tú mismo el...

Nada más decía el papel. Después de leerlo miré a mi amigo como interrogándolo:

—Eso es todo,—me dijo Pérez.—Ya ves que es poca cosa.

—Pero, ¿qué significa esa carta, o mejor dicho, ese principio de carta?

—Voy a referirte todo lo que sé. El papel que acabas de leer fué escrito por mi abuelo, don Antonio Pérez, momentos antes de morir... Iba a estampar en él, como tú ves, un secreto que encerraba una fortuna...

Me sonreí...

—¿Algún derrotero de mina?—observé...

—Vuelta con tu idea de las minas. Ni a mi padre ni a mí se nos ha pasado tal cosa por la cabeza. Mi abuelo no fué nunca minero. Escucha, pues, con paciencia. La historia de este papel es muy sencilla. Don Antonio Pérez murió de un derrame cerebral. Mi padre, muy joven todavía en aquel entonces, lo encontró una noche sin conocimiento, tendido sobre el pavimento de su estudio. Todos los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles para salvarle la vida y murió sin haber podido articular palabra... Al día siguiente, al ordenar sus papeles, fué encontrado este que acabas de leer, sobre su mesa de trabajo. Lo probable es que el ataque le sobrevino en el momento mismo en que le escribía...

—¿Y no tienes algún otro antecedente?...

—Mi padre me refirió varias veces los menores detalles que podían tener relación con el caso.... Según él, don Antonio pareció inquieto, desasosegado, nervioso, los últimos días de su vida... Seguramente por causa de ese mismo secreto, que creyó deber revelar a su hijo. Sin duda, había algo de mortificante para él en dicho secreto...

—Habría que estudiar minuciosamente la



vida anterior del caballero, — observé. — Puede que ello nos pusiera sobre la pista.

—Así lo hemos hecho, pero sin sacar nada en limpio. Como tú debes saberlo, mi abuelo era español. Llegó a Chile en 1817, poco después de la batalla de Chacabuco y se naturalizó en el país; y como era hombre de talento, y según dicen, muy simpático, no tardó en ocupar una buena situación. A su muerte desempeñaba un alto cargo de Hacienda... Casi no dejó fortuna, y ninguna vida menos misteriosa y accidentada que la suya. Se casó ya bastante maduro, en 1830, con mi abuela, doña Tránsito Canales, de una de las más antiguas familias de Santiago. Mi padre fué su único hijo, y yo su único nieto... Hemos buscado con afán... pero ya te lo he dicho... Ni el menor vestigio...

—Algún tesoro... En esos días de Chacabuco, dicen que los españoles enterraban sus onzas para evitar que cayeran en manos de los insurgentes...

—Tampoco es eso probable. Mi abuelo no trajo fortuna ni la tuvo nunca, como ya te he dicho. Además, ¿por qué tanto misterio dramático, si se hubiera tratado de un simple entierro? ¿Por qué el afán de ocultarlo a todo el mundo?... No, Miguel, aquí se trata de un secreto de familia. De eso estoy convencido, y para aclararlo sería menester averiguar la historia de mi abuelo antes de su venida a Chile.

—¿Qué sabes acerca de eso?

—Absolutamente, o nada o poco menos que nada. Mi abuelo era español y se llamaba Antonio Pérez. De este punto de partida no se ha podido avanzar un paso.

—¡Imposible! Tu abuelo se casó en Chile y debió rendir informe de soltería...

—No la hemos encontrado en ningún archivo.

—Pero su partida de matrimonio. Allí debe constar el nombre de sus padres, y el sitio de su nacimiento.

—No consta: el caso era frecuente en ese tiempo... (1). Dice simplemente: Antonio Pérez, natural de España.

—Buscar entonces los registros de nacimiento en España.

—¿Estás loco? No sabemos a punto fijo ni siquiera la fecha en que nació... Cuando vi-

(1) Por ejemplo, así sucede con la partida de matrimonio de don Diego Portales.

no a Chile podía tener veintiséis años, como treinta o acaso más.

—Se busca entonces por un espacio de seis u ocho años alrededor de la fecha probable.

—Sí... En quince mil parroquias... Y todavía, ¿has calculado cuántos Antonio Pérez nacen anualmente en España? Es una estadística curiosa. De los españoles, dos y un décimo por ciento llevan el apellido de Pérez. Hacia 1790 nacían en España unos doscientos cincuenta mil varones, de los cuales, por lo tanto, más de cinco mil eran Pérez... El nombre de Antonio es tan frecuente que puede calcularse en cuatro por ciento de los varones, los que así se llaman... Total doscientos Antonio Pérez por año, o sea en ocho años mil seiscientos... Sería el cuento de nunca acabar... ¿Y cómo investigaríamos la vida, milagros y destino anterior de tantos centenares de personas, casi todas obscuras y olvidadas? Y si ha habido un cambio de nombre... Comprenderás, pues, Miguel, la necesidad de renunciar a este medio heroico de resolver el problema. Mi padre, cuando estuvo en España en 1880, intentó hacerlo, pero pronto hubo de convencerse de que iba a perder el tiempo. Publicó, sí, avisos en los diarios, ofreciendo una fuerte suma a quien le diera noticias de un Antonio Pérez, venido a América hácia 1817, y aunque recibió muchas respuestas, ninguna podía referirse a mi abuelo.

—Tienes razón. Este caso es para Román Calvo.

—Aguarda todavía. Yo que me pico también de investigador, tropecé, hace algunos años, en la Biblioteca con un documento que creí me iba a poner sobre la pista. Era una comunicación del corregidor de Petorca, dirigida en febrero de 1817 al Gobierno de Santiago y que contenía un dato interesantísimo: el nombre del buque en que llegó mi abuelo a Chile. El buen corregidor se limita a anunciar al Director Supremo que, desde hace días, se encuentra en Petorca un español llamado Antonio Pérez, que "quedó, dice, en tierra de Pichidangui cuando estuvo allí el bergantín "Zulema", en enero de este año". Aquel nombre podía ser el hilo del ovillo. Pero, admírate, no se ha podido encontrar en los registros de la marina mercante española, ningún buque de ese nombre. Hemos buscado también en los registros ingleses, norteamericanos y en los de todas las naciones cuyas naves traficaban entonces por estos mares... Nada... Ningún "Zulema"...

—Sin embargo, — observé,—Zulema es un nombre español de mujer... Tengo entendido que es de origen muzárabe...

—Su origen deben de ser los diez mil demonios,—repuso Fernando,—ya tu ves... Rifa completa...

—Pues, hijo, eso no tiene más remedio que Román Calvo...

—Pero, ¿existe Román Calvo?

—Por supuesto, y vamos a verlo inmediatamente

II

Román estaba de buen humor, y, contra lo que venía siendo su costumbre, no tuvo el menor inconveniente para escuchar a mi amigo.

—No me traen desde hace tiempo sino investigaciones de crímenes,—dijo.—Nada más aburrido... Esto es más interesante, tiene sabor histórico que me encanta... Decididamente... es mi vocación... Diga usted...

Fernando Pérez repitió palabra por palabra las confidencias que acababa de hacerme. Cuando refirió lo del bergantín "Zulema", Román lo detuvo con un gesto...

—¿Nombre de mujer?... ¿No es así?—preguntó.—Es árabe... o pasa por tal... Creo haberme topado con él en dramas o novelas... Aquí lo llevan o han llevado algunas señoras... ¿Está usted seguro de que se escribe con z?...

—No... pero en mis investigaciones lo he buscado con z y con s y hasta con **Sh**, en los registros extranjeros... También puede ser Zuleima... Tenga usted por cierto que no he buscado de ligero... ¿Usted piensa que puede haber un error de ortografía? Había tomado en cuenta esta hipótesis... No he encontrado nada que de cerca o de lejos pueda parecerse a Zulema.

—Lo sospechaba,—dijo gravemente Román Calvo.

Se levantó de su asiento y comenzó a pasear pensativo por su escritorio.

—Puedo felicitarte,—le digo a Fernando.—Cuando el hombre se pone a pensar así, nunca deja de dar en el clavo.

Los procedimientos de Román nunca dejan de ser inesperados. Tomó un atlas de su biblioteca y lo abrió en la página corres-



pondiente al planisferio general del mundo.

Rascándose la cabeza estuvo examinándolo un momento.

Nosotros no sabíamos qué pensar.

Después de algunos momentos de estudio, se sentó de nuevo, provisto esta vez de un volumen de "La Connaissance des Temps" y de una tabla de logaritmos.

—¿Vas a resolver el caso por medio de la astronomía?—le pregunté, lleno de asombro.

—¿Quién sabe?—repuso sonriéndose.—Van ustedes a tener la bondad de esperar un rato... Necesito hacer algunos cálculos nada cortos...

Fué llenando de números hojas y más hojas. Román, contra lo que pudiera creerse, *era un matemático* bastante expedito.

De pronto, levantó la cabeza, cuando parecía más absorbido en su trabajo.

—Diga usted, señor Pérez,—preguntó...—¿Su abuelo hablaba el español con acento valenciano?

Más que estupefacción, fué temor lo que se pintó en el rostro de Fernando.

—¡Demonios!—exclamó.—Yo no le había dicho a usted eso... ¿Cómo ha podido adivinarlo? ¿Es usted brujo?... Sí, señor, oí varias veces a mi padre que los españoles notaban en mi abuelo un cierto acento valenciano... Por eso sus investigaciones fueron dirigidas principalmente a la provincia de Valencia, pero con el resultado negativo que usted sabe.

—Román querrá hacernos creer,—observé,

—que eso del acento valenciano lo ha sacado de los cálculos que está haciendo.

—Pues naturalmente,—contestó el estupendo personaje con el mayor aplomo...—¡Y de dónde quieres entonces que lo haya adivinado?

—Voy a decírtelo... Ahora que recuerdo... Zulema o Zuleima es el nombre de una reina de Valencia en tiempo de los moros... Luego...

Román Calvo se echó a reir.

—Luego—agregó—el individuo que viaja en un buque que lleva el nombre de una antigua reina de Valencia ha de ser valenciano... ¡Sublime lógica la tuya!... Mira, Miguel, mejor es que no hagas policía. Sábete que no ha existido ninguna reina de Valencia con semejante nombre, a no ser en la imaginación de Harzembuch, veinte años después de 1817... Ya ves que andas errado.

—¡Pero entonces?

—Lo dicho... Acabo de deducir de estos cálculos que el señor Antonio Pérez hablaba con cierto acento valenciano...

—¡Venía el "Zulema" de Valencia?

—Probablemente nunca estuvo allí.

—Te burlas de nosotros... ¡Has calculado el viaje de un buque sin saber el puerto del cual salió, ni siquiera su nacionalidad?...

—Precisamente, o casi precisamente... Sé que estuvo en Pichidangui en enero de 1817 y que se llamaba "Zulema"... Lo demás, es cuestión de cálculo...

—Pero aunque ese absurdo matemático fuera posible... ¡qué tiene que ver con el acento de uno de sus pasajeros? Tú serías capaz de resolver aquel problema que suele proponerse por broma a los alumnos de aritmética. Un buque tiene 50 metros de eslora, 8 de manga y 9 de puntal... ¡Cómo se llamaba el capitán?...

—Exageras un poco... Pero podría afirmarte que el buque en cuestión es viejo...

—¡Por qué?

—Porque los buques modernos se construyen en proporciones muy diferentes... son más largos con relación a su anchura y calan también un poco más.

—El huevo de Colón...

—Pues verás más tarde que lo otro es casi tan sencillo como esto... Ahora me faltan por averiguar algunos detalles... Cuando la investigación esté terminada no dejaré de avisarles.

Nos despedimos.

—Creo, me dijo Fernando al salir, que este caballero ha estado burlándose de nosotros... Aquello del acento valenciano de mi abuelo, y que es un hecho efectivo, me deja un poco que pensar; pero bien puede haberle salido de un modo o de otro.

—En cuanto a mí, le repuse, no las tengo todas conmigo...

—¡Entonces, ¡lo crees capaz?...

—Absolutamente de todo.

III

Pero pasaron cuatro meses y mi confianza fué desvaneciéndose. Román no daba señales de vida.

—¡El muy pícaro!, pensaba... Buena broma nos ha jugado. La idea de que semejantes números tenían algo de serio, no habría cabido en la cabeza de un borrico... ¡Sacar por medio de logaritmos que un individuo que viajó en un buque llamado "Zulema" y que estuvo en Pichidangui en 1857, tiene acento valenciano! Las cosas de este Román Calvo me tienen verdaderamente chiflado. ¡Cómo he podido creerle?

Mi sorpresa fué, pues, grande cuando una tarde, me lo encontré muy fresco en mi escritorio.

—Venía a avisarte, me dijo sin más preámbulo, que la investigación que interesa a tu amigo Fernando Pérez está terminada...

Las reconvenciones que me proponía hacerle se me atragantaron...

— Entonces, balbuceé, no era una broma tuya?...

—¡Eso habías creído?

—Aquella faramalla de tus números y logaritmos, es un negocio que nada tenía que ver con las matemáticas... Y luego, pretendes hacerme tragar que de esos cálculos habías deducido que el abuelo de Fernando tenía acento valenciano... Era demasiado...

—Demasiado sencillo... Ya lo ves. Al fin te habrás dado cuenta de mis procedimientos... Ya no seguirás creyendo que yo había supuesto valenciano a ese señor porque viajó en un buque, que tenía el nombre de una reina de Valencia... inventado veinte años después del suceso. Eso sí que era demasiado... Y luego te burlas de mis logaritmos.

—¡Lo explicarás al fin todo?...

—Ya lo creo... Siéntate y escucha con calma. De todos los datos que poseíamos



acerca de don Antonio Pérez, el único preciso era el nombre del buque en que había llegado a Chile... Como tú amigo decía muy bien, buscar en España un Antonio Pérez nacido hacia 1790 era como echarse al mar... Además, tratándose de un hombre que tenía un gran secreto que guardar, y cuya vida estaba envuelta en el misterio, era muy probable que hubiese cambiado de nombre y apellido... ¿Era siquiera español?... ¿Había nacido en la Península o en alguna de las colonias?... Ya ves tú que era perder el tiempo buscar por ese lado. En cuanto al nombre del buque, existía un dato revelador. Fernando Pérez y su padre lo habían buscado en vano en las listas marítimas de todas las naciones que comerciaban con Chile en ese tiempo... ¿Cuál era entonces su nacionalidad? Uds. han afirmado, con alguna ligereza, que Zulema es nombre de mujer de origen árabe. Yo mismo, si a pensarlo bien, lo creí así en un principio. Pues bien, esto es un error. Zulema es nombre de invención muy posterior al año 1817, y pertenece a la época de la literatura romántica española... Antes de 1830 no era conocido...

—¡Pero entonces!

—Entonces se trataba de una simple semejanza casual entre el verdadero nombre del buque y Zulema... Así y todo casi podía asegurarse que el dichoso bergantín no era ni español, ni inglés, ni norte-americano, ni pertenecía a ninguno de los países que entonces traficaban con Chile... Fernando Pérez aseguró, como sin duda lo recuerdas, que al hacer su investigación, tomó en cuenta la hipótesis de que el nombre había ido contrabecho por una mala interpretación ortográfica. Antes de revisar los registros de todas las marinas del mundo, me pareció mucho más fácil comenzar por aquellas cuyos buques con mayor probabilidad pudieran pasar por las costas de Chile en camino para otro país.

Para resolver este problema abrí el planisferio. Vas a ver ahora tú mismo el resultado que obtuve y que no puede ser más obvio.

Román tomó de nuevo el atlas y lo desplegó delante de mis ojos.

—Es evidente, continuó, que Chile sólo está en el camino de las naves que desde Europa se dirigían a un punto cualquiera de la costa occidental de América. No hay, pues, mucho dónde escoger.

—Ya lo creo, opiné, como que en ese tiempo toda la costa occidental pertenecía a los españoles... Era el caso de Chile.

—Salvo una excepción, agregó Román... El territorio de Alaska, ocupado por los rusos desde 1796.

—Pero, ¿tomaban los rusos este camino del Cabo de Hornos y de las costas de Chile? Me parece un poco largo... En el mapa se ven otros mucho más cortos.

—Cortos... sí, ya lo creo, pero absolutamente impracticables. Un buque salido de Rusia puede, a primera vista, para ir a Alaska, tomar cuatro caminos distintos. O bien costear por el norte la Siberia para ganar el estrecho de Behring... Pues bien, los hielos impiden totalmente ese paso a los buques de vela, y aun para los vapores un viaje semejante constituye hoy mismo una hazaña que sólo se ha repetido dos o tres veces. Lo mismo puede decirse del segundo derrotero, que consistiría en costear también por el norte el continente americano... Eso es lo que los marinos han llamado el paso del Noroeste... El marino inglés Mac-Clure fué el primero en franquearlo hacia 1850, después de cuatro años de esfuerzos y de pasar tres inviernos cogido entre los hielos, donde hubo de abandonar su buque. Ya ves que no se trata de caminos comerciales, y mucho menos en 1817 que ahora. Sólo nos quedan, pues, los otros dos caminos: el que, después de doblar el Cabo de Hornos, sigue las costas occidentales de América, y el que dobla el Cabo de Buena Esperanza, atraviesa el estrecho de la Sonda y en seguida el Pacífico...

—¿Cuál de estos caminos es más corto, pregunté. Así a la vista parecen más o menos iguales...

—La pregunta tuya me la hice yo también, y el cálculo me dió la respuesta... El camino que pasa por Chile es 1.500 millas más corto que el otro, y mucho más expedito... Con él se evitan los peligros del archipiélago de la Sonda... ¿Tuve o no tuve razón para tomar la tabla de logaritmos?

—Pero, ¿y el hablar valenciano de aquel caballero? ¿Qué tenía que ver con semejante cálculo?

—Se deduce muy sencillamente... Fíjate bien en la serie de mis conclusiones y verás que son muy lógicas. El bergantín que hemos llamado "Zulema" no pertenecía a la marina de ninguno de los países que traficaban en 1817 con Chile y con la América espa-



ñola. Era, pues, muy probable que perteneciera a una nación que, sin tener comercio con estos países, lo tuviera con otro, para llegar al cual, fuere preciso pasar por las costas occidentales de la América. La inspección del planisferio y luego el cálculo, me demuestran que en este caso, sólo se encontraba la Rusia con respecto a su entonces recién establecida colonia de Alaska.

—Muy bien... ¿Pero por qué se detuvo en Pichidangui aquel bergantín?

—Por cincuenta mil razones... La travesía es larga y o bien hubo que reparar una avería, o que renovar las provisiones de víveres o de agua fresca, etc., etc. Estas recaladas son muy frecuentes en la navegación a la vela... Continúo, pues. Siendo ruso el bergantín y su destino la Alaska, era casi seguro que conducía desterrados o deportados... La Rusia acostumbra poblar en esa forma sus dominios lejanos. Semejante suposición se confirmaba con los hechos que ya conocíamos acerca del señor Pérez, con el misterio en que estuvo envuelto su pasado, y que él quería llevar hasta la tumba... Era él, pues, un desterrado por delitos comunes y no por causas políticas: nadie trata de ocultar esto último, y sí lo primero... ¿Concibes de otra manera que un buque deje como cosa perdida a uno de sus tripulantes, en una caleta ignorada, como Pichidangui?... El llamado Pérez era, pues, un reo evadido de la "Zulema", un ruso que sabía el castellano, circunstancia que le permitió hacerse pasar por español. Conocida es la inmensa facilidad que tienen los rusos para aprender idiomas extranjeros; aventajan en eso a los alemanes y a los mismos judíos.

—Eso es cierto. He conocido a varios, y había hecho la misma observación.

—Me alegro... pero... ¿no has notado nada particular en su acento?...

—No...

—Pues bien, los rusos hablan el español con el ceceo propio de los valencianos... Es cosa muy sabida.

—¡Esto es una verdadera cadena de hipótesis bastante atrevidas!...

—Al contrario... muy probables, y se vieron confirmadas cuando tu amigo Pérez nos hizo saber que su abuelo tenía acento valenciano. ¿Te lo explicas ahora todo?...

—¡Maravilloso!... ¿Y no has tenido otro dato que el nombre del buque?...

—Ni tanto... Sólo sabía que ese nombre se parecía algo a Zulema... También tuve

que averiguar ese nombre y el verdadero de don Antonio Pérez...

—Escribiste a Rusia, por supuesto.

—Sí, una vez que ya tuve los datos en mi poder. Antes era inútil... Se habrían burlado de mí... ¿Qué querías que me contestasen si hubiese preguntado a Rusia por el nombre de un sujeto que se hizo llamar en Chile Antonio Pérez, y que llegó en 1817, en un buque que, acaso no era posible identificar, y que, por otra parte, debió traer a bordo varios centenares de personas? Tenía, pues, que resolver el problema aquí mismo.

—No comprendo cómo.

—Pues era lo más sencillo. Comencé por el buque. Es natural que los rusos bauticen sus naves, como lo hacen en todos los países, dándoles nombres mitológicos, o de personas, o de cosas, o tomados de la geografía. Un diccionario ruso y un atlas geográfico con índice alfabético era cuanto necesitaba... En el primero no encontré palabra alguna que tuviera alguna semejanza con Zulema... En el segundo varias... He aquí la lista... Sulimá, ciudad de Messerica, en Grecia; Sulima, río y puerto de Sierra Leona en Africa; y Sulinia, ciudad de Rumania, a orillas del Mar Negro... Este último nombre llamó mi atención, porque...

—Pero Rumania no es Rusia, objeté...

—No es Rusia, pero está cerca de la frontera rusa, y los países ganan victorias, por lo regular, cerca de sus fronteras y bautizan sus buques con el nombre de sus victorias. La Rumania y el Mar Negro, particularmente, fueron teatro, a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, es decir, poco antes de la época en que debió ser construído nuestro bergantín, de continuas guerras entre la Rusia y la Turquía... Me puse a hojear la historia de esas guerras y no tardé en encontrar lo que buscaba... En abril de 1787, los rusos destrozaron por completo a la escuadra otomana frente a Sulinia...

—Sulinia no se parece mucho a Zulema...

—Poco en letras impresas, mucho en la caligrafía del famoso corregidor de Petorca. He examinado en la Biblioteca el documento de marras. Figúrate que ese funcionario tenía la costumbre tan frecuente como deplorable de no ponerle puntos a las íes. Por eso la primera i de Sulinia, la leyó Fernando Pérez e, y en la segunda hizo un tercer rasgo de la n, con lo que ésta quedó transformada en m, y Sulinia en Zulema. Recordarás que el mismo Pérez no sabía a punto fijo si la palabra debía escribirse con S o con Z. El bergantín ruso llevaba el nombre de una gran victoria naval rusa... "Sulinia". En cuanto a averiguar el verdadero apellido de don Antonio Pérez, no me pareció difícil... Estaba seguro de encontrar el dato en muy pocas horas...

—No me explico de qué manera.

—Porque no recuerdas los hechos referidos por tu amigo. Don Antonio, resuelto a llevarse a la tumba el secreto de su pasado, cambió repentinamente de opinión, poco antes de morir... ¿Por qué? Fíjate en los términos de su comenzada carta, "pero "hoy", dice, que ese secreto puede valerte una fortuna"... Ese hoy es muy significativo, porque da a entender que en esos días había llegado a conocimiento del pobre viejo un hecho que antes ignoraba o que se había producido recientemente, hecho que podía valer a su hijo una fortuna. ¿Cómo pudo saber este hecho? O por que alguien se lo comunicó verbalmente, o por una carta, o leyéndolo en un periódico? Lo primero es inverosímil. El hecho en cuestión se refiere seguramente a su vida anterior, o a su familia en Rusia. Las relaciones de aquel imperio con Chile eran entonces muy escasas, y si don Antonio tenía tanto empeño en mantener su verdadero origen en el misterio, seguramente que no cultivó relaciones con ninguno de los cinco rusos que, según el censo de 1854, había entonces en la República, ni mucho menos se aventuró a hacerles preguntas sobre su familia, ni ellos tampoco pudieron sospechar la verdadera nacionalidad del buen señor. La hipótesis de una carta es todavía más absurda, porque ello supone que alguien conocía en Rusia la existencia y verdadero nombre del señor Pérez, y ese alguien, después de su muerte, se habría, seguramente, dirigido a su heredero, para comunicarle una noticia de tanto interés. Don Antonio, supo, pues, dicha noticia por la prensa. No había, pues, sino que hojear las colecciones de los periódicos chilenos, en los días anteriores a su fallecimiento. Allí estaba el dato.

—¿Lo encontraste?

—Lo encontré en "El Ferrocarril" de 7 de abril de 1860... El párrafo que voy a leer pertenece a una correspondencia de Cochat, y

se refiere a los estragos del cólera en Rusia... "En algunas provincias, un quince por ciento de la población ha perecido víctima de la epidemia. En Kaluga, aldeas enteras han quedado prácticamente sin habitantes, y se citan casos como el del anciano conde Peterhoff, que ha visto desaparecer en tres semanas a toda una numerosa descendencia". Lo que quiere decir que ese conde Peterhoff se quedó sin herederos directos... ¿Entiendes la figura?

—Ya lo creo... Ahora sólo falta averiguar en Rusia todo lo concerniente a esa familia Peterhoff.

—No, Miguel, no hace falta semejante cosa... Ya tengo la respuesta de Rusia... O te imaginas que yo iba a emplear cuatro meses en las sencillas investigaciones... que acabo de referirte... Aquí tienes esta carta del agente en Moscow de la Casa de Reynolds & Son de Londres, que se dedica a esta clase de trabajos. Resultan de estos documentos los hechos siguientes:

El tronco de la familia hoy extinguida de los Peterhoff, fué el conde Pedro Miguel Alexandrovich, nacido en Moscow en 1768 y muerto en San Petersburgo en 1827. Fué durante varios años Embajador de Rusia en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1808.

Tuvo dos hijos: el conde Sergio Petrovich, nacido en San Petersburgo en 1789, y muerto en Kaluga en 1865. Con él se extinguió la familia, pues es efectivo que sus tres hijos y sus cinco nietos murieron víctimas de la terrible epidemia de cólera que asoló la provincia de Kaluga en 1860.

El segundo hijo del conde Pedro Miguel, Constantino Petrovich, nacido en 1791, fué efectivamente condenado a la deportación como concusionario, en 1816. Del proceso se desprende que, urgido por deudas de juego, substrajo una considerable suma de dinero de la Tesorería Imperial de Odessa, de que era administrador. Fué embarcado en el bergatín "Sulinia" con destino a Alaska, y pereció con todos los tripulantes de ese buque, del cual nunca se volvió a tener noticias después de su partida de Montevideo, en 2 de diciembre de 1816. Se presume que el buque naufragó al doblar el Cabo de Hornos.

Presunción inexacta, porque nosotros sabemos muy bien que el "Sulinia" dobló el Cabo de Hornos y sólo ha naufragado después de su famosa escala en Pichidangui.

En cuanto a los bienes de la familia Peterhoff, el conde Constantino, encontrándose sin herederos directos, dispuso de ellos en favor de diversas instituciones filantrópicas; pero sus extensos dominios de Curlandia, que estaban vinculados, fueron motivo de un largo litigio entre dos de sus parientes lejanos que pretendían tener mejor derecho a la concesión del fideicomiso. El pleito se falló sólo en 1879 a favor del conde Basilio Nicolavich Riskorine.

—¡Soberbio!, exclamé... Habría parecido imposible obtener tal resultado con tan pobres datos... Pero... ¿Serán ellos útiles a Fernando? ¿Podrá probar ante los tribunales rusos su derecho? ¿No estará ese conde Basilio, cubierto ya por la prescripción?

Calvo se rascó la cabeza.

—Que se consulte con un abogado, dijo por último... No soy fuerte en materias legales y menos tratándose de cosas rusas... Si encuentra dificultades de orden práctico... aquí estoy yo... Veremos manera de allanarlas.

Historia de un libro mío

Por

EDUARDO ZAMACOIS

Con ilustraciones

Después de "Punto-Negro", la más afortunada de mis novelas de la "primera época", es "El Seductor". Escrita en cartas, su argumento y juvenil estilo interesaron, apasionaron; de ella, en poco más de trece años, muchos millares de ejemplares se han vendido. Como la gran mayoría de los libros, "El Seductor" tiene "una historia".



Una de las tiples entonces más en boga era Isabel Brú. Durante varias temporadas su arrogante figura valenciana triunfó sobre el escenario de Apolo; era alta, gruesa, picante, con magníficos ojos meridionales llenos de simpatía y dientes pequeñísimos y blancos como los azahares de su tierra. ¿Os acordáis de "La Revoltosa", de "El puñao de Rosas" de "El santo de la Isidra"?... ¡Noches memorables! Cuando la Brú aparecía, desde las primeras filas de butacas al paraíso corría un estremecimiento sensual.

Nadie, de consiguiente, extrañará que cierto estudiante extremeño recién llegado a Madrid, y al cual mi amigo Joaquín Segura servía de apoyo o mentor a través de la pecadora vida cortesana, se enamorase perdidamente de Isabel Brú, a la que declaró su cariño en una dulcísima misiva cuyo borrador compuso Segura. Esta ambiciosa epístola quedó sin respuesta, mas ello no evitó que el desbambrido de amor continuase transcribiendo con igual fin otras muchas cartas que su "director", por prurito literario o por servicial y complaciente amistad, continuó dictándole. Sucedíanse los meses y ni la adorada mostraba curiosidad de conocer al autor de tantas páginas respetuosas y encendidas, ni por nada éste se hubiera atrevido a descubrirse. Al cabo, desalentado, el tímido cortejador renunció al asedio. Lo más peregrino del caso es que Joaquín Segura, en fuerza de celebrar los méritos de la artista, su discreción, su hermosura y, sobre todo, su gracia plebeya y bravía, llegó a enamorarse también de Isabel Brú.

Pero ésta — como diría Rudyard Kiplin — "es otra historia"...

La fábula del hombre feo, que ayuda con las luces de su avisadísimo ingenio y de su experiencia a un tonto hermoso, tentó, de diversos modos, a Goethe y a Rostand: es el argumento de "Fausto" y de "Cyrano". Teófilo Gauthier compuso algo semejante en la más deliciosa de sus novelas. Pero el lance precitado ofrece una novedad evidente, pues se trataba de interesar a una mujer y con palabras ir ganando su corazón hasta rendírselo, y, transida de amor, llevarla a los brazos de un galán nunca visto. Mefistófeles, aliado de la gentileza de Fausto, derrota el recato de Margarita, como el verbo de Bergerac, cantando musical entre los labios de Cristián, roba a Roxana un beso. Mientras aquí era el alma—sólo el alma—la que aspiraba a vencer, Isabel Brú no conocía a su adorador, que podía ser tuerto, desnarigado, canijo y jiboso...

Este incidente, sin embargo, se habría perdido en el inmenso vertedero de lo olvidado sin una carta que recibí poco tiempo después. Su autor, tras de celebrar mi agu-

deza y pericia en cuestiones de psicología femenina, sometía a mi consideración el siguiente problema:

El adoraba en una mujer de quien, a su vez, había recibido pruebas inconcusas de amor. Ella, sin embargo, le burlaba, y no por interés, sino curiosidad y ligereza de corazón; lo cual es casi incomprensible, pues al amar a un hombre, es preferible a los otros, y si se le prefiere, ¿cómo simultáneamente se le pospone?

Lo peor de esta consulta no era que mi comunicante, ingenua y bondadosamente, me permitiera leer *aperto libro* en su corazón, sino la solución, el desenlace que exigía de mí.—"¿Qué hago?—¿Me suicido, o la mato, o mato a mis rivales?..."



Esta carta, ejecutoria de un carácter fantaseador y arrebatado, trajo a mi memoria el recuerdo de aquellos amores, casi místicos, que Joaquín Segura dedicó a Isabel Brú y de los cuales me habló tantas veces. Ambas historias se unieron, se aliaron para interesarme y decidirme a la acción.

¿Por qué no contestar a mi corresponsiente?

Cada novelista dispone de un cierto número de lectores que, por afinidades morales, sienten y discurren como él. Tal compenetración alcanza a extremos increíbles. El autor que empezó deleitando llega a vivir íntimamente en el ánimo de sus devotos. Nadie, a juicio de éstos, se emociona ni se expresa mejor, ni bucea más hondo en las pasiones. En virtud de un fenómeno, que pudiera crerse telepático, aquel hombre representativo escribe siempre lo que sus admiradores hubiesen querido decir y, según ellos, precisamente, lo hubieran dicho; imposible concluir una fusión más absoluta ni más arcana, y así no hay hipérbole en afirmar que cada novelista o cada dramaturgo es la voz o la mano que, día por día, traduce la vida de una colectividad. Por esto el novelista se halla, en cierto modo, obligado a responder a cuantas consultas le dirigen sus adeptos; porque esas personas que le siguen y admiran, son las más vecinas de su corazón, y por lo mismo nadie en mejores condiciones que él para orientarlas y aliviarlas de sus dolores. Un novelista es como un médico, como un médico de almas, y en este sentido, su misión más se parece a la del sacerdote que a la del cirujano.

Con este criterio escribí a mi consultante, explicándole que, si bien mi deseo de complacerle era grande, no podía resolver terminantemente y de sopetón sus dudas, pues era el suyo asunto de tal riesgo que de su resolución dependía, cuando menos, el porvenir de tres personas. Yo, para aventurarme por tan difíciles caminos, debía conocer circunstancialmente el temperamento, profesión y costumbres de mi cliente y de la mujer que amaba, y, sobre todo, el carácter de ella, su edad, educación, estado, clase social a que pertenecía, antecedentes de familia y otros muchos pormenores y detalles, que así merecen interesar al médico como al psicólogo. Aún exigí una descripción minuciosa de la amada: necesitaba saber el color de sus ojos y de sus cabellos, su estatura, el metal de su voz, su carácter, sus aficiones predilectas... De esta carta nació "El Seductor", cuya primera edición aparecía en mayo de 1902. ¡Y qué lejos me hallaba yo de sospechar que, mientras yo escribía mi libro en Madrid, una mujer "vivía" su acción en París, casi completamente! Porque así es. El diario "Le Matin", en su número correspondinte al 9 de agosto de 1904 — esta fijación de fechas me parece oportuna—, publicaba un artículo sin firma acerca de cierta Madame Verlaine—prima del gran poeta—, que durante muchos años ejerció, como un apostolado, el oficio de memorialista. Las cartas amorosas, esas terribles cartas líricas, que leemos temblándonos las manos, fueron su especialidad: las escribía, y sus clientes después las copiaban y daban como suyas; de este modo sostuvo

relaciones intelectuales, catorce años consecutivos, con un hombre a quien no conocía. Trabajó mucho. Finalmente, agradecida de sus servicios., la duquesa de Uzis la señaló una pensión...

La historia de esa Madame Verlaine, unida a la realidad de los episodios que suavemente habían ido dictándome y vertiendo gota a gota en mi espíritu el argumento de "El Seductor", prueban que esta novela—contra la opinión de algunos críticos—es un libro veraz, vinculado fuertemente a las más románticas y nobles aspiraciones del alma; libro de poeta, pero también libro de "carne y hueso", cuya fábula principal vivieron y volverán a vivir millares de personas.

Por eso nada más, y no es poco, porque es humano—ya que no por literarios méritos—, "El Seductor" ha interesado y suscitado entusiasmos vehementes como fanatismos.

Una mañana recibí en mi casa la visita de un joven simpático y elegantemente vestido. Recuerdo su apellido: Guimerá. Aquel hombre hallábase en un momento indescriptible de excitación y de sobresalto. Apenas me saludó; tenía las manos yertas y los labios secos, trémulos y blancos.

—Desearía conversar con usted a solas un rato—me dijo suplicante—;perdone usted: se ventila algo muy urgente para mí.

—Me levanté y cerré las puertas.

—Puede Ud. hablar sin temor ninguno—repuse.

—¿No nos oirá nadie?

—Nadie. Tranquilícese usted. Descanse usted.

El pobre mozo se ahogaba: la emoción se le había anudado a la garganta como un dogal y no le dejaba echar las palabras del cuerpo. Procuró inútilmente fumar: el nervioso temblor de sus manos era tal que los cigarrillos se le rompían entre los dedos. Para serenarse dejaba escapar a intervalos hondos y entrecortados suspiros; daba pena...

Al fin, aunque tartamudeando, se explicó:

—Estoy enamorado de una mujer: ella, al principio, correspondió a mi afecto; luego se cansó de mí. Su ingratitud me vuelve loco, y muchas veces he pensado darme un tiro. El deseo de salvarme me trae aquí: usted es mi única, mi última esperanza. Yo he leído *El Séductor*: yo quiero que sea usted para mí lo que en su novela fué "Don Plácido Bilbao" para aquel "Vizconde de San Bartolomé"... ¡Usted sólo puede devolverme esa mujer!...

Era una escena violenta y artística; una escena "de teatro". Mi primer ademán, no obstante, fué de negación y defensa; la perspectiva de escribir mi novela "otra vez" me aterraba. Pero Guimerá, ya desentumecido al calor de sus propias palabras, continuó enumerándome sus dolores y la confianza, la ciega fe, que tenía en mi ayuda.

Cedí. En puridad de verdad—bueno es decirlo todo—esta complacencia mía no era altruismo solamente; a mi filantropía, una ilusión egoísta y canallesca se mezclaba: la esperanza de interesar a la mujer a quien iba a escribir—según en la novela sucede—y de ganarla para mí algún día. ¡Si fuesen visibles las ideas!...

Emocionadísimo Guimerá me abrazó y ratificó su agradecimiento imperecedero, emplando para ello mil frases elocuentes y amables. Al marcharse, con el gesto discreto del enfermo que paga una consulta, dejó sobre mi mesa de trabajo un duro. Yo fuí a indignarme pero me detuve. ¿Para qué protestar? Todo aquello tenía gracia. Además, me hacía falta el duro...

Durante varias semanas, casi todos los días Guimerá continuó visitándome.

Cambiábamos impresiones, discutíamos. El mostrábase animadísimo.

—¿Ha recibido usted carta de ella?—era mi primera pregunta.

—No; todavía no—respondía.

Luego, aterrado ante la idea de quedarse solo otra vez:

—No se canse usted; yo estoy cierto de que al cabo saldremos triunfantes.

Fortificados por este hermoso optimismo, yo le entregaba otra carta y él me daba otro duro.

De pronto desapareció. Yo ignoraba su domicilio y nada pude hacer para verle. Queriendo tranquilizarme, pensé:

"Se habrá muerto".

Esta reflexión, impregnada de cachaza y de filosofía serenó mis dudas. Meses después dijeron los periódicos que en un pueblecito de las inmediaciones de Valencia—Guimerá era valenciano—un individuo de ese apellido se había suicidado.

Yo estoy en que era él...

Es una anécdota que envuelve para mí cierta ironía, pues demuestra que en la realidad las pasiones se doblegan y manejan con bastante menos facilidad que en los libros.

✣ ✣ ✣

Charla santiaguina

Por

ANGEL PINO

BATIGNOLLES EN SANTIAGO.—LA ELEGANCIA CON TARIFAS.—VIAJES DENTRO DE LA COLONIA ARGENTINA.—EL RASTACUERISMO SALE DE PARIS Y PARIS CORRE TRAS DE EL.—LO BUENO, PORQUE LA ETIQUETA LO DICE.—"EDINGER" SITIADO Y BLOQUEADO.—GUERRA DE TRINCHERAS EN TORNO DE UN VENDEDOR DE ROPA.—LA HISTORIA DE UN PLATO CHINO O ALGO PARECIDO.—TENDENCIA ELECTORAL.—EL CASO DE ZAPALLAR-COMUNA APLICADO AL CLUB DE LA UNION.—UN ARTICULO INTERESANTE.

Hay en París un barrio que le fué anexado el año 60 y se llama **les Batignolles**. En este barrio hay un **square** y, en este **square**, una tienda o bazar donde se vende de todo, bueno y malo, feo y bonito, de poco o de mucho precio. "Pero cenemos, Inés, si te parece, primero", como dicen las redondillas clásicas; o tomemos la cosa desde el principio y con más calma.

Las damas chilenas que van a París, continúan viviendo en Sud-América y no hacen gesto ni dan paso que no sea para llamar la atención de la colonia argentina, que es su rompe-cabezas. Por su parte, la colonia argentina, aunque tenga algo más que hacer que la nuestra,—como tiene más dinero,—se siente más satisfecha de la admiración que despierta en su colonia satélite. Es así cómo una señora inteligente no podrá explicarnos, después de una larga residencia en la Ville Lumière, qué cosa hay dentro del Museo Carnavalet ni en qué inmueble está situado; pero, en cambio, nos dirá cuánto dinero costó el collar de la señora Pacheco, de qué marca son los tres automóviles de los González Peña, cuántas libras gana la nurse de la señora Unzué y el número exacto de novillos de la estancia de don Ignacio Alvear. Pues bien, tales señoras, que son tan libres en su país, caen en sus viajes a Europa en la tristísima esclavitud del "qué dirá... la colonia argentina". Volvamos ahora al "square" de Batignolles, que es el criado portugués de las redondillas citadas. Las damas chilenas, cuando necesiten en París comprar vestidos, se irán solemnemente, en automóvil, con publicidad,—"a giorno", como diría un redactor de Vida Social,—a las grandes casas frecuentadas por todo el rastacuerismo internacional que la guerra ha dispersado ahora como la demolición de las casas a las ratas que la habitaban; pero llegarán en "metró", por debajo de tierra, o en coche de alquiler o a pie, a otras tiendas que no son tenidas como suficientemente caras, elegantes o de buen tono. Daría lo mismo que se fueran con estrépito, porque nadie en París se inquietaría de que la señora Serey, que tiene una buena casa en la calle del Dieciocho (¡qué lujo!) va a comprar algo en Clichy o en Batignolles; pero, como se trata de hacer figura ante argentinos y chilenos, la cosa tiene importancia y asume las proporciones de un ritual. Bien recuerdo a cierto señor que me preguntaba en Italia:

—"¿Cómo le parece a usted que debo llegar a París?

—Pues, en ferrocarril, como todo el mundo.

—Sí, ya sé; pero para salir de la estación, ¿no le parece?...

—Encontrará usted una cantidad de automóviles con taxímetros.

—Sí; pero... pero tratándose de una persona como yo, que se sabe tengo fortuna, que soy yerno de un senador...

—Pero si nadie se dará cuenta de que usted llega a París.

—Es que lo hago por los chilenos, que después me pelan.

—Y por los argentinos.

—Eso es, eso es. Yo había pensado pedir

un automóvil **sin número** y con librea y lacayo, si usted me indicara un empresario."

La tienda de Batignolles es un sitio prohibido para estas personitas que se esclavizan al "qué dirán... los chilenos y argentinos". ¡Se tratara siquiera de los búlgaros, sería más perdonable! Batignolles no es **chic**. Se puede pensar que la señora Pérez, tan esbelta, tan elegante, es una **batiñolina**, que busca cosas baratas, un poco de ocasión, un tanto dejadas de mano. Y eso no; eso nunca, eso **menos**, como dice nuestro pueblo. Así, la persona que quiere ir a Batignolles lo hace sin contarle una palabra a nadie, en secreto, como para ejercitar una de esas caridades en que la mano derecha no debe saber lo que hace la izquierda. Lo mejor es meterse en el **metró**, lo que también se debe negar porque no es **chic** andar en el **metró**,—cosa tan barata y que huele a desinfectante,—y salir de repente del centro de la tierra cerca de la misma tienda y meterse en ella de rondón, con el pañuelo en las narices como para estornudar. Una vez adentro y pasado un poco el susto de haber perdido la reputación, la señora de incógnito se encuentra con el inmenso placer de ver cosas muy bonitas y a la mitad del precio que le pedirían en otras casas. Pero descubre otras sensaciones nuevas: allá a lo lejos ¡quién lo creyera! otra chilena elegante, con el rostro tapado por tupidísimo velo, revuelve trapos y escoge cosas para sus hijas. "¡Ah, pícara! después me contarás farsas sobre los precios de los vestidos que nunca bajan de *quinientos francos*; y ahora te encuentro en Batignolles haciendo lotecitos baratos. ¡ah! ¡Pero en qué peligro estoy!" Es uno de los más variados placeres el de las chilenas dándose caza y ocultándose en Batignolles tras de los biombos o de las escaleras o de los tapices, hasta que pase el peligro **de la rival**.

El **chic**, que es la gran preocupación de estas *señoras*, es algo innato, o mejor dicho, nacido junto a la persona. Yo conozco una dama, que tiene ahora veinte años y que ya en la cuna era cursi. Decía, por ejemplo, **agüa**, así con **ese** final, en vez de **agü** como dicen las demás guaguas, porque le parecía distinguido hacer silbar la **ese**. Pues bien, esa dama no tiene **chic** espontáneo; pero puede comprarlo hecho. Pero, como ella no conoce ese límite que separa **lo feo de lo que se usa** y no alcanza a ser precisamente **feo**, de lo que cortado de esta manera y combinado de esta otra aparece **chic**, es decir, elegante, original, personal, sino cuando ve una etiqueta con los *nombres infalibles de Callot*, Decroll, Paquin, etc., está obligada a comprar sus trajes en una casa central, de tres pisos, con muchos espejos, que pague canon subido, tenga portero con librea y le garantice que lo comprado es lo más **chic** que hay en plaza. Una persona así, obligada a lo caro, se acostumbra a tomar la etiqueta o marca de la casa, como señal de elegancia, cuando *además de esto es señal de haber pagado una cosa más caro que lo corriente*, lo que, cuando no hay fortuna, es una tontería por lo menos. La parisiense que adapta la moda y muchas veces la crea, que descubre en sus museos el color, el dibujo y la combinación de telas antiguas y resucita encajes y bordados; esa compra en Batignolles o en el infierno lo que le gusta y necesita, y no le importa un ardite que su creación, que mañana será envidiada por todas las sud-americanas y pagada a precio de oro y en apreturas formidables, haya salido de un bazar barato o de un cajón de cómoda de su abuela donde se guardaban bellos retazos de antiguas **toilettes**. Una parisiense no encuentra que sea elegancia llevar sobre el cuerpo una serie de elementos costosos, eso lo llama "**llevar dos mil o cinco mil francos encima**"; la elegancia es obtener el mayor resultado personal con el menor costo. Y, en seguida, eso sí: no hablar día y noche *de modas, no aparecer preocupadas* sólo de ésto, porque la elegante debe presumir de que no le cuesta nada serlo y que si le sale afortunado su traje es a la manera como el gorjeo le sale a un pájaro cantor, de pura naturaleza.

La guerra hizo desertar de Batignolles a estas graciosas clientas que parecían prófugas cuando entraban a comprar, y Batignolles resolvió salir *en su busca*. Y como, por curioso símbolo, nuestra Legación ha permanecido en el barrio durante muchos años, fué fácil la tarea. **Batignolles** ha venido al Hotel Oddo. Este es un capítulo que merece el nombre de Batignolles-San Eugenio, digno de una línea de tranvías popular franco-chilena.

Edinger o **Edanchér**, como decían nuestras damas, anunció en la prensa que había lle-

gado. Una aglomeración,—que sería la más alta nota del ridículo, si de señoras y hermosas señoras no se tratara,—respondió al llamado del antiguo y no confesado amigo. No se podía admitir a toda esta clientela liberada de la colonia argentina, en la misma sala de venta, porque no habría quedado nada entero. Habría sido necesario pronunciar el juicio de Salomón sobre cada blusa. Edinger tomó precauciones y puso fornidos porteros en el umbral de su Sancta-Sanctorum.

Recordamos que hace algunos años hubo una realización en la Casa Muzard. Nuestras señoras son hermosas, inteligentes, espirituales, piadosas, todo lo que se quiera; pero ante una baratura se les suben los centavos a la cabeza... y arañan a quien se les ponga por delante. La gran tienda de la calle de la Moneda no podía recibir en esa ocasión una persona más de las que se habían tomado por asalto las puertas. Dos bellas santiaguinas (título de valse), cogieron al mismo tiempo un plato chino auténtico del siglo XV hecho en Munich hace diez años y que tenía marcado "**antes 125 pesos, ahora 12.50**". Sus blanquísimas manos derechas se habían aferrado a la porcelana y sus delicadas manos izquierdas, que quedaban libres, trataban de hacer en las cabezas rivales el mayor daño posible, para inutilizar al adversario. Al mismo tiempo, de sus privilegiadas gargantas hechas por la naturaleza para el **bel canto**, la plegaria, el amor, (¡uy!), brotaban agudísimos gritos que, si no se me detiene a tiempo, calificaré de aullidos. Unas señoras vecinas trataban de separar a estas personas unidas por un último vínculo de frágil porcelana, y otras de arreglarles los sombreros y el peinado que las manos enemigas volvían a tirar violentamente. De pronto, una voz impone silencio: ¡el jefe! Un francés bajo, de pelo rubio crespo y esponjado, de barba abierta en abanico, avanza mirando desde inmediatamente detrás de sus gafas y tratando de darse cuenta del conflicto. Pero la gritería lo ensordece, porque veinte personas juran que tomó el plato primero la señora Ruiz Pérez y veinte otras juran, por su lado, que fué la señora Pérez Ruiz la que descubrió la porcelana. El jefe coge el plato y lo tira al suelo, reduciéndolo a cien pedazos que acaba de pulverizar a taconazos. "No valía la pena que por esta miseria, dos distinguidas señoras corrieran peligro de serlo menos", dijo galantemente el pequeño comerciante.

Edinger, el delegado de Batignolles, no estaba para dar consejos ni lecciones, rompiendo sus vestidos. El año pasado al ver la aglomeración del primer día, duplicó sus precios, abarcando a la primera luz del alba, y de una sola ojeada, como Napoleón en Wagram, la victoria, que le salía al encuentro. Pero ahora se resignó a que sus clientas se acumularan en un cuarto y en los pasillos del hotel, que se entrechocaran, que dieran golpes contra las puertas, que devoraran en su ardiente sed las naranjas que tenía sobre su mesa un pasajero vecino, que dirigieran atroces palabras y hasta le aproximaron alfileres de sombreros al sirviente encargado de cuidar la puerta y hasta que alguna fuera mordida blandamente por ber tratado de pasar antes de su turno. Entretanto, las que esperaban—¡eterna espera!—y pensaban con su imaginación exasperada en la cosecha que las privilegiadas hacían dentro, iban recorriendo considerable camino para aceptar todos los precios que Batignolles quisiera imponerles. "¡Abra, por favor! ¡Ábrenos, gordito!" — dice una más expresiva al portero, que sonríe satisfecho.

Se cuenta que las damas que salían del **Sancta-Sanctorum** de Batignolles llevaban sendos paquetes entre los brazos y signos exteriores de haber combatido tenazmente por la conquista de las mercaderías que en esos paquetes iban envueltas. Se agrega que decían a la larga fila de aspirantes y suspirantes por entrar: "No vale la pena", "no sirve para nada lo que traen". Pero éstas respondían con Santo Tomás: "ver y creer", o lo que es lo mismo: "comprar y arrepentirse".

Un pasajero del hotel, que presenció la gran batalla de Batignolles, me decía: "Se ha fundado una liga de damas pro-moralidad en el teatro ¿no sería posible fundar otra pro-dignidad en las baraturas?"

El Club de la Unión no es ya una casa, sino un **foro**. ¿Qué cosa era el Foro en la antigua Roma? Un gran pórtico, una **Salle de pas perdus**, una plazoleta con columnas y techo, donde se hacía justicia e injusticias,

donde se ajustaban negocios, se asesinaba de cuando en cuando a un cónsul, se hacía alguna clase de peripatética de filosofía, se fraguaban votos con repercusión en el Senado, sea en favor de Catilina y en contra de Marco Tulio Cicerón, o para obstruir el envío de legiones en favor de un dictador atacado por Aníbal o por cualquier otro enemigo extranjero, se predicaba una nueva religión verdadera o se lanzaba un negocio de colonización en la Galia Cisalpina.

El Club de la Unión era una casa cuando tenía cien socios; pero, ahora que tiene dos mil, es un foro. Recuerdo esa época del resurgimiento cuando se descubrió que en Chile, de cada cuadra cuadrada podía salir una sociedad anónima con premio en la Bolsa. Un señor, en medio del patio, rodeado de cuarenta personas, hacía apuntes con lápiz en un papel de oficio y decía: "Cien, ciento cuarenta, doscientas". Cuando me miró, yo también lo miré y en el acto me dijo: "¡Tampoco me he olvidado de ti, fiato!" Comprendía que se trataba de una nueva sociedad por la cual podía enriquecerme o bien ir a la cárcel, y dándole las gracias con repetidos movimientos de cabeza y sonrisas, pregunté: "¿De qué son las acciones?"—"Toma, por preguntón,—me respondió echando una raya sobre mi nombre que acababa de inscribir,—te borro las doscientas". Yo continué caminando sin darme cuenta todavía de que dejaba de ganar dieciséis mil pesos; porque las tales acciones apuntadas al lápiz, salieron con ochenta pesos de premio antes de que se pagara nada. Lo mismo pude perder; pero no era conveniente entonces preguntar nada. Tampoco era prudente responder a nada.

Otra escena del natural. Un día se paseaba en el mismo patio un señor extraño, largo, pálido, enfundado en un sobretodo en cuyos cuadros blancos y negros se podía jugar ajedrez, y cubierto por un casquete de viaje. "Me hace el efecto de un preparador de caballos", dije. "No has andado lejos, casi te quemas. No es un preparador sino un vendedor de caballos." "¿Y por qué está aquí?" "Toma; porque lo han admitido como socio transeunte. Es una barbaridad, agregó el informante, y deberíamos pedir mayor severidad para tales transeuntes". En realidad, pocos días después se me invitaba a asociarme en un reclamo contra la admisión del comerciante de caballos. No acepté la cosa, porque donde hay dos mil socios no se ve la razón de que no pueda figurar un vendedor de caballos, mucho más cuando los hay tantos, de vacas y de carneros y de trigo. No me arrepentí. Ese vendedor de caballos, que era austriaco o algo por el estilo, y podía ser **por consiguiente** el archiduque Juan Orth, había llegado a Chile y vendido una cincuentena de animales. En seguida se había puesto a esperar que se los pagaran, *y sabiendo que todos sus* deudores eran socios del Club de la Unión prefirió ir a cuidar su dinero más de cerca. No era necesario, es verdad, que fuera de casquete al Club; pero, por lo demás, su situación no tenía nada de singular.

En un club de dos mil personas hay perfecto derecho de ocuparse de sus negocios por la prensa. El Club de la Unión tiene un gran problema pendiente, para cuya acertada resolución designará una comisión de **su seno** (así se dice), compuesta tal vez de setenta hombres como eran los sabios de Grecia. Porque el problema es serio: su casa actual está vieja, los ratones se la comen por debajo y los socios la reparan por arriba. Todavía no se sabe quién ganará, fuera de los contratistas. En cambio,—vean ustedes qué cambio,—tiene otra propiedad en el antiguo convento de las Agustinas, Bandera esquina de Alameda que le cuesta tres millones cantores. ¡Y cómo cantan! El do de pecho lo dan en la Caja Hipotecaria y se escucha en los balances anuales de nuestra pobre institución. Se proyectó, en tiempos de grandeza, hacer en esta propiedad, al lado de la Bolsa, un enorme monumento de piedra y mármol, con baño de natación, oficina de telegrafía sin hilo y desembarcadero de aeroplanos en el cuarto piso. La Bolsa puede hacer todo esto porque entra gente de afuera **que es convidada, pero paga.** Pero en un club donde el convidado no da sino las gracias, tendrían que comerse los socios unos a otros para hacer algo, y con eso se puede hacer **un salón de conversación** o de pelambre, que no hace falta, pero no un edificio sólido.

Entonces, o siguen los socios tratando de ganársela a los ratones y venden la nueva propiedad de tres millones; o bien edifican en esta propiedad y enajenan la actual. Pero, resulta que no hay compradores para la esquina de la Alameda sino por un millón y

medio menos, que es lo mismo que si no hubiera comprador en absoluto. ¿Qué puede entonces hacerse? Alguien ha insinuado: "Ya que tenemos una propiedad y debemos por ella mucho dinero y no podemos venderla, compremos otra al lado del Club actual". La idea es sorprendente y seduce, a primera vista, por su absoluta falta de lógica y de buen sentido; pero después se ve que, además de ilógica, es inaceptable. He aquí el problema que la comisión debe resolver. Entretanto, el Club se dedica a las elecciones.

El espíritu nacional electoral ha invadido también esta antigua casa. Se hace ahora campaña en cada elección de los caballeros que deben ir a incomodarse en las mil pequeñeces de su administración. A fuerza de aumentarse el número de habitantes de la casa, se han distanciado éstos y ya se hacen diferencias no sólo entre socio y socio, sino entre ésta y aquella cumplida persona y, se llegará el caso, basta entre amigos o deudos. Y para la campaña se aplica el conocido procedimiento de Zapallar-comuna. Cuando Zapallar quiso separarse de Ligua, porque no quería dormir siesta ni engordar empleados municipales, los empecinados politiqueros de esta ciudad trabajaban en detalle a sus representantes. "Si se separa Zapallar, despídanse ustedes de un diputado liberal", decían al doctrinario. "Si se consuma este atentado, no habrá más nacional", le soplaban al otro. "Cuidado con la infamia de Zapallar porque la santa causa peligrará", le juraban al conservador. Pero Zapallar venció finalmente. Así los cambulloneros de este gran Club corrían con las cédulas de persona en persona. Al caballero de mal estómago, que se alimenta con dos huevitos del día y su litro de leche, le decían: "Se pretende elegir a un hombre que come, que come cosas pesadas y con trufas y que bebe champagne. Evítelo usted". Al socio germanófilo: "¿No sabe usted que este candidato ha dicho que el general Foch va a entrar en Peronne?" Al partidario de la rigidez en las costumbres públicas: "Don fulano no es la persona apropiada, usted comprende; tiene debilidad por los frívolos y le gustan las becasinas". Al admirador de los actos de valentía: "Se trae a una persona que no se atreverá a poner mano de hierro". Esta mano de hierro es el almirez con que convendría moler algunas cabecitas para amoldarlas de nuevo.

Estas triquiñuelas, como diría no sé quién, sirven de **pendant** a la apertura de Batignolles. "Ci sono **pettegolezzi**", diría un italiano; pero sirven para que los hombres no nos consideremos superiores a las mujeres ni siquiera para tener club.



Las sacerdotisas de Marte

Por

JOSE FRANCES

Con ilustraciones

Lejos de terminarse la guerra, justifica ya aquel título que le diera el maestro Galdós de "Pesadilla sin fin". Como esas películas demasiado largas o esas disertaciones de los oradores demasiado verbosos, hemos creído muchas veces que volaría sobre Europa la blanca paloma con la ramita de oliva en el sonrosado pico. Ingenuamente pensamos que esta fácil conquista de Montenegro—más fácil aún que las otras facilísimas y tan honrosas para los vencidos, de Bélgica y de Serbia—haría enmudecer los cañones, purificaría el aire de gases pestíferos y abriría las puertas de un palacio de país neutral a los diplomáticos de las naciones beligerantes.

Motivos no faltaban para suponerlo así. Los Imperios centrales desean la paz. Han lanzado varias "indirectas" que dejan tamañitas en claridad a las de nuestro padre Cobos. Sin deponer las armas, están dispuestos a dejarlas cuanto antes. A pesar de que los zeppelines siguen realizando sus trágicos "raids" sobre ciudades alejadas de la línea de fuego. Alemania volvería con gusto a sus jaulas enormes, estos modernos halcones de lona, hierro y fuego. Y se explica este natural deseo de los Imperios centrales. Hasta ahora las victorias parecen suyas únicamente. Han sabido "crear opinión" y esta ficticia seguridad de triunfos les colocaría en situación de imponer condiciones cuando llegue el momento de que descansen los guerreros y discutan los diplomátas. ¿Pero esta situación será la misma si continúa la guerra tres, cuatro, seis meses más? Indudablemente no.

Por eso Francia, Inglaterra, Rusia, Italia, que desean una paz permanente y duradera, no quieren aceptar una paz transitoria, que no haría sino afirmar el triunfo del militarismo y de las doctrinas egolatrícas antisociales de los Imperios alemán y austriaco.

La guerra habrá de subsistir el tiempo que sea preciso para vencer los aliados, cueste lo que cueste y signifique lo que signifique para los pueblos comprometidos en la lucha. Cada hombre lleva en sí el porvenir de su raza. Nada significa su vida actual, sino las vidas futuras que de ella nacerán. Tenemos que cumplir el deber de nuestros sacrificios para que puedan ejercitar los que vengan después de nosotros el derecho de sus satisfacciones. Porque también las libertades que nosotros disfrutamos costaron la sangre de hombres que no hemos conocido y lágrimas de mujeres que, si no merecieron nuestra cuna, soñaron con nuestra felicidad...

¿Cómo dejarse domar entonces por un equivocado amor a la humanidad, aceptando una paz prematura que, lejos de significar el espíritu de sacrificio con los ojos puestos en mañana, no sería sino la egoísta aceptación del más vale "pájaro en mano..."?

Y tal vez ni eso. Por que no sería preciso esperar mucho tiempo para arrepentirse de esta paz inoportuna, que vendría a dar aparentemente la razón a los que no la tienen ni deben tenerla nunca. Continúe, pues, la guerra. No importa que por una fábrica donde se rinda culto a la vida que se cierre, se abran tres para colaborar con la Muerte.

¡Municiones! ¡Municiones! He aquí el grito que asorda a Europa. Vértigo homicida enloquece a los pueblos, y las ciudades responden con los fuegos de sus fábricas de armas a los otros fuegos inextinguibles de los campos de batalla...

Pero van faltando hombres aquí y allá. Lo mismo para crear las armas que para hundirlas en los cuerpos enemigos o lanzarlas contra el desconocido cuyo delito consistió únicamente en nacer bajo otro cielo y dejarse engañar por la codicia y la vanidad de los que pueden imponerle su voluntad con leyes y bayonetas.



Operarias de una fábrica de proyectiles, calibrando las granadas.

En los primeros meses de guerra, los obreros de las fábricas de armas se consideraban exentos del servicio militar. Tan eficazmente defendían a su patria preparando proyectiles como dejándose matar sobre el lodo infecto de las trincheras.

Ahora ya no. Faltan hombres en la línea de fuego, y así como van a buscarles, en los—imaginados seguros—refugios de la edad, también se les arranca de los talleres y fábricas de municiones. Y allá van, detrás de los cuatro jinetes del Apocalipsis, detrás del guerrero de la negra armadura que imaginara el artista medioeval; allá caen bajo los cascos del caballo salvaje que monta el hombre desnudo de Franck Stuck, los viejos respetables antes, y los jóvenes a quienes su oficio redimía antes de la trágica obligación de morir matando.

¿Entonces, se cierran las fábricas de municiones? ¡Nunca!

Quedan las mujeres. Son las mismas que antes de la guerra: pero que después parecerán muchas más por la falta de hombres. La guerra las ha transformado, les ha otorgado, inesperada y dolorosamente, derechos que jamás pudo creer que consiguiría, aunque soñara con su conquista.

Puertas, que siempre vieron cerradas, se abren ahora para ellas. Pueden elegir los rumbos que más prefieran a su sensibilidad o a sus aspiraciones.

Poco a poco van substituyendo a los hombres. Invaden los masculinos oficios. Cumplen las funciones encomendadas antes a los hombres con un entusiasmo y una destreza, que serán peligros el día de mañana cuando vuelva a discutirse la inferioridad o superioridad femenina.

Todas las virtudes humanas han surgido al sangriento conjuro de la guerra. Como todas las almas se han desnudado, mientras aquellas muestran sus lacras de odio, de crueldad, de lujuria, de codicia, éstas se bañan en las lustrales aguas del amor, del sacrificio, de la abnegación, de la caridad...

Van las almas de los hombres a las fiestas sabáticas de la muerte. Quedan aquí las femeninas almas esperando los retornos...

Mujeres hay para todo. Para sentarse en las mesas burocráticas, para aprender rápidas el empleo de herramientas de manuales oficios; para vestir uniformes de los diversos regimientos del trabajo. Mujeres para realizar en los hospitales su misión—esencialmente, puramente femenil—de curar heridos, cuidar enfermos y consolar inválidos.

Son las modernas sacerdotisas de Marte. Sus manos, hechas para las ruecas, trabajan ahora el acero y mantienen el fuego sagrado de las bélicas ceremonias.

Como naves de templo se extienden los talleres enormes. No se alzan hasta los arcos voltaicos los himnos fervorosos; pero sí levantan su bárbara sinfonía el vapor y el hierro, y la electricidad.

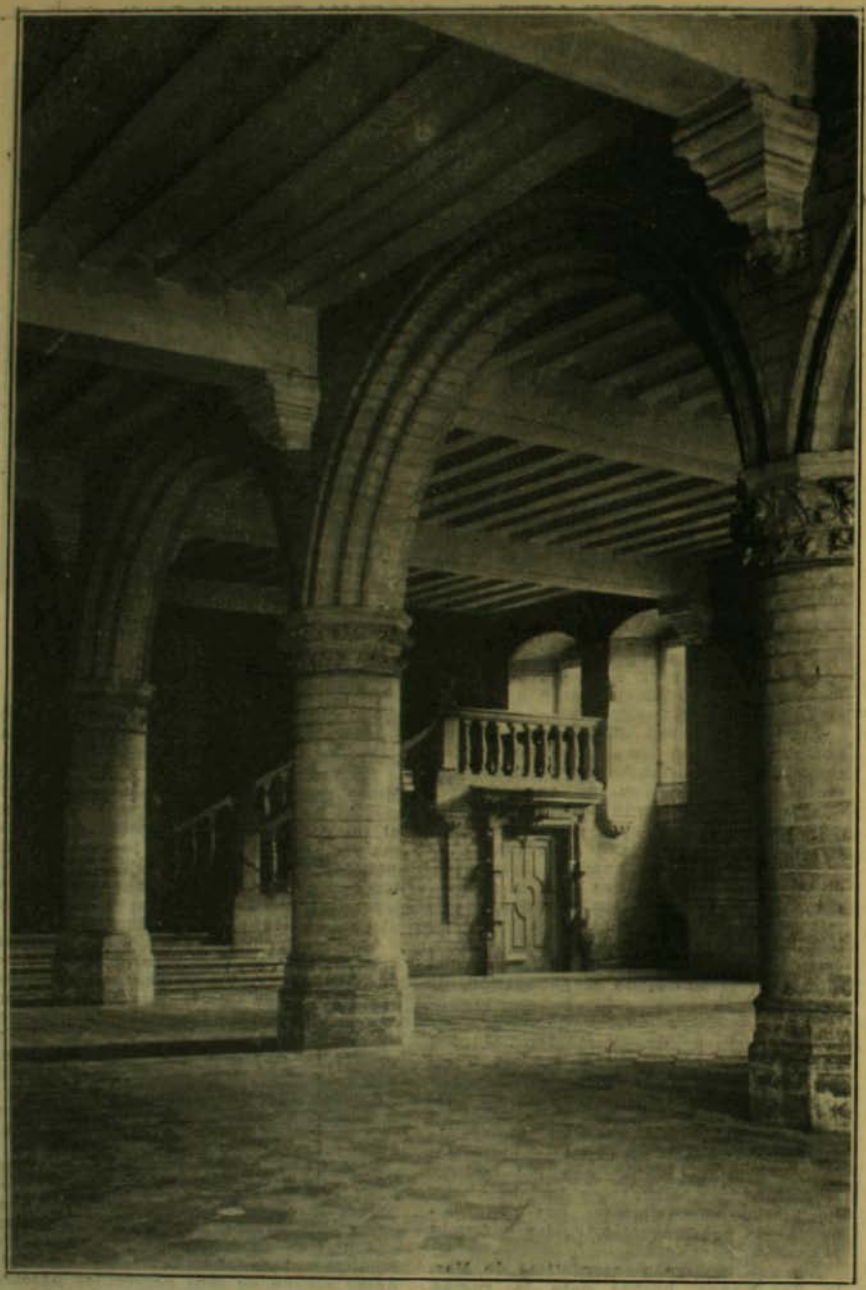


Alumna de una escuela práctica de ingeniería agrícola, aprendiendo a ajustar una máquina.

No visten las modernas sacerdotisas de Marte aquellas otras transparentes túnicas de las vírgenes consagradas a Vesta; ni tampoco oprimen sus pechos las corazas y ciñen sus cabelleras los cascos relucientes de las guerreras amazonas. Unas blusas de dril y unas cofias parecidas a las gorras de hule de las bañistas veraniegas, constituyen su indumentaria.

Todas ellas tienen un deber colectivo que cumplir. Muchas, dolores individuales que vengar. Porque entre las modernas sacerdotisas de Marte, hay madres, viudas, huérfanas y novias a quienes la guerra arrebatara hombres amados. Sobre su natural apacible, por encima del humanitario amor al prójimo, ha de brotar como un puño vengativo el recuerdo de la desaparición trágica, el deseo de parecida muerte para los que mataron al hombre cuya vida iba paralela a la suya.

¡Con qué amarga delectación estas mujeres moldearán los proyectiles, los rellenarán de materias explosivas, los empaquetarán cuidadosamente en las cajas, que parecen de juguetes relucientes o de bombones para una raza de gigantes! Acaso alguno de esos proyectiles buscará certero el corazón o destrozará la cabeza, o simplemente cegará los ojos de aquel que dejó huérfana, o viuda, o sin hijo, a la marcial sacerdotisa...



Entrada de la Biblioteca. Los Halls de la Universidad.

La vida universitaria de Lovaina

Por

FRANCISCO DE B. ECHEVERRIA

A la memoria del Barón León Van Caloen y de todos los amigos belgas muertos en defensa de su patria.

"Infandum, regina, jubes renovare dolorem".
(Virgilii Eneidos Liber II).

Con ilustraciones fotográficas

La vida universitaria de Lovaina era extraordinariamente característica; no tenía nada de ese temperamento militar de las grandes Universidades alemanas de Heidelberg, ni de Jena; ni nada tampoco de los aristocráticos colegios ingleses de Cambridge y de Oxford. Por sus métodos de enseñanza, por sus costumbres, la vieja universidad tenía una fisonomía aparte, algo de no sé qué de arcaico, que recordaba a las universidades medioevales por su población abigarrada, formada de estudiantes venidos de todas las partes del mundo, sus tradiciones cuidadosas y celosamente observadas, sus métodos particulares y hasta su jurisdicción propia.

La Universidad de Lovaina fué fundada en 1425 por el Papa Martín V a pedido del duque Juan IV de Brabante.

Las tres facultades que entonces se establecieron: teología, derecho y medicina fueron instaladas en el antiguo edificio llamado "**Halle aux drapiers**", local, hasta esa época, de una de las más célebres corporaciones medioevales: "**la de los tejedores de paños**".



La Municipalidad de Lovaina

Durante dos siglos fraternizaron las ciencias y las letras con la industria, bajo las bóvedas románico-góticas de ese hermoso edificio, hasta el año 1679, en el que las autoridades comunales lo cedieron en su totalidad a los estudiantes universitarios.

La célebre biblioteca databa de 1723, época en que la edificó Gaspar Larchier. Los primeros libros fueron donados por el antiguo primus, Domingo Snallaert y por el rector Magermans.

En el momento de su destrucción tenía cerca de doscientos mil volúmenes y un millar de revistas.

El año académico se inauguraba a principios de octubre con la misa del Espíritu Santo, cantada solemnemente en la iglesia de San Pedro.

Bajo las severas bóvedas góticas orientadas conforme al simbolismo tradicional religioso, resonaban los órganos antiguos y el oficio se desarrollaba lento y majestuoso detrás de la tribuna tallada en piedra, adornada de santos y follajes lujuriosos.

En el momento del Ofertorio, los cantores entonaban el tradicio-



Colonia hispano-americana de estudiantes.

nal "**Tu es Petrus**" que un muy antiguo maestro de capilla lovanista había compuesto para tales circunstancias.

Cuando terminaba la ceremonia, el cortejo precedido por las insignias de las **Gildes**, por las banderas de las diversas sociedades estudiantiles y formado por las autoridades académicas, los profesores y numerosos estudiantes se dirigía a los **Halles** para la proclamación de los nombres de los profesores destinados a las diversas facultades.

La ciudad de Lovaina, como la mayoría de las ciudades belgas, que han tenido que adaptar los recuerdos de un pasado célebre a las necesidades modernas, tenía un doble aspecto: mitad antiguo y mitad moderno.

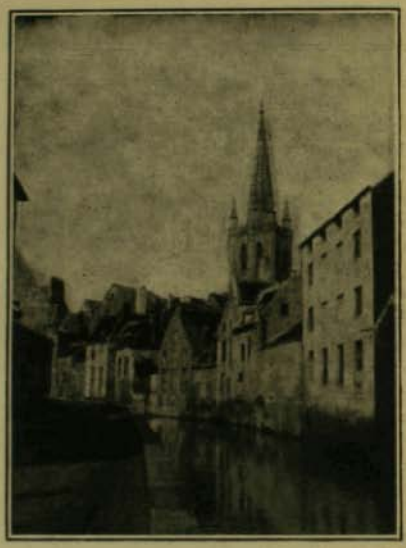
La **rue de la Station**, la **Plaza del Pueblo**, los **boulevards** que reemplazaron a las antiguas fortificaciones de la Edad Media, calles o avenidas, limpias, anchas y hermosas correspondían ampliamente a las necesidades de la vida contemporánea.



Cortejo histórico. Rue de la Station.

Pero, si bien en esas calles era donde se desarrollaba más bulliciosa y brillante la vida estudiantil, donde las cervecerías y los cafés desbordaban sobre las aceras sus mesitas ocupadas por alegres comparsas, y el comercio abría sus escaparates iluminados brillantemente por las tardes, no era allí adonde había que ir a buscar los recuerdos del pasado artístico, literario o histórico de Lovaina.

Era necesario ir una noche de luna a la **Grand Place** y admirar a la claridad azulada la maravilla del arte gótico flamenco: el **Hotel de Ville**, verdadero relicario de piedra, edifi-



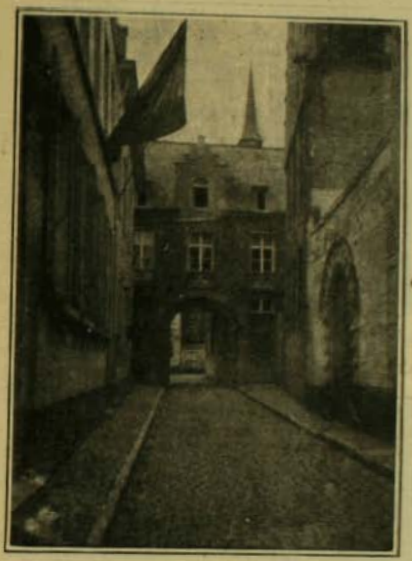
La Dyle y torre de Santa Gertrudis

cio suntuoso, que tiene a la par algo de religioso y de profano inconcebible por la riqueza de los detalles y la armonía de las proporciones. Sobre sus fachadas se desarrollan esculpidas en piedra, como si fueran las imágenes de una enorme biblia abierta, todos los personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Era también necesario ir a la plaza del **Mercado Viejo** rodeada de antiguos edificios gótico-flamencos, recorrer la característica **rue de Bruxelles**, tortuosa con casas de fachadas denteladas, engolfarse en las callejuelas del barrio de la Dyle, industrial, oliendo siempre

a levadura y a aceite, entrecortado por sus canales de aguas sucias y tranquilas, y reflejando siempre la torre gótica de la vieja abadía noble de **Santa Gertrudis** y subir al **Monte César**, ocupado por una abadía de Benedictinos, edificada sobre las ruinas de un convento en el cual vivió Carlos V durante su mocedad y desde cuyas terrazas se gozaba del espléndido panorama de la ciudad.

Era también recorriendo los barrios de la vieja Lovaina, esos barrios que invitaban al recogimiento y a la meditación, como se podía comprender, por esa acción inevitable que ejer-



Vieja calle de Lovaina.

cen las cosas sobre las almas, el temperamento de hombres como Jansenius, Erasmo, Vesale y Juste Lipse, que allí vivieron para gloria de las ciencias y de las letras.

Jansenius, el célebre obispo de Yprés, tuvo una manera particular de interpretar en su obra "Augustinus" la doctrina de San Agustín sobre la **gracia**, la **predestinación** y el **libre arbitrio**. Fué el origen de las interminables disputas de Port-Royal.

Vesale, médico notable, fué el primero que se atrevió a estudiar la anatomía sobre los esqueletos humanos.

Erasmo, el gran humanista, el pensador



Fiesta histórica cortejo.

escéptico, una de las más grandes figuras del Renacimiento, que tiene tantos puntos de contacto con Voltaire, escribió en el más puro latín sus **Coloquios** y el **Elogio de la locura**.

Finalmente Juste Lipse, humanista como Erasmo, pero de un espíritu diametralmente opuesto, profesó en la Universidad la más pura ortodoxia.

La vida estudiantil de Lovaina era alegre y variada. Vivíamos, especialmente los extranjeros, en pequeños departamentos compuestos de dos piezas: sala y dormitorio que llamábanos **Quartiers** y que arrendábamos generalmente a los comerciantes de la ciudad.

Otros estudiantes, los de escasos recursos, habitaban las **pedagogías**, especies de grandes cuarteles sometidos a una disciplina severa. Era prohibido por los reglamentos habitar en los hoteles.

Los cursos tenían lugar en edificios viejos



Monseñor Mercier en una procesión religiosa.



Chilenos patinando en Lovaina. X El compositor Javier Rengifo.



Los deportes en Lovaina. El patinaje sobre hielo.

repartidos por la ciudad y en los que estaban instaladas las distintas facultades. Algunos, como el de química, eran concurridísimos, más de trescientos alumnos asistían en mi época. Solamente en París en las clases del gran filósofo Bergson he visto una asistencia parecida.

Nada era más divertido que los momentos que precedían a la llegada de un profesor. Los estudiantes en coro entonaban la canción del **León de Flandes** o la **Internacional**, en la que dominaban gritos de animales o silbidos estridentes. A veces un estudiante lograba imponer silencio, se encaramaba sobre el pupitre y comenzaba a remedar al profesor: otras, la entrada de estudiantes eclesiásticos transformaba el bullicio en un coro de patos o en graznidos de cuervos.

En invierno se cruzaban las bolas de nieve, que invariablemente iban a reventar sobre las sotanas de los pobres tonsurados dejando blancas estelas sobre lo negro del paño. Aquello parecía más un recinto de alienados que un aula universitaria.

El tiempo que dejaban libre las clases y los estudios se distribuía entre charlas o partidas de cartas en el café y en interminables vueltas por la **rue de la Station**.

Los días en que hacía un hermoso tiempo se veía circular una doble corriente de estudiantes, vestidos negligentemente, cubiertos casi todos de la redonda **calotte** o de la gorra alemana, con los colores de su nacionalidad, que de a pares o por grupos se reunían, se empujaban, se invectivaban desde ambas aceras en las lenguas más variadas, entraban a los cafés y a las cervecerías, de donde salían otros grupos riendo, fumando, gritando, animados por las discusiones y a veces por las riñas entre flamencos y valones. La calle en toda su longitud bullía entonces de vida, de alegría y de juventud.

Los días domingos y festivos los paseos se prolongaban hasta Heberlé, en donde se podía asistir a reñidas partidas de balompie, de pelota a mano y al juego nacional flamenco del tiro al arco. Las alamedas que rodeaban el hermoso castillo gótico de los du-



Alrededores de Lovaina. Castillo de Heberlé.

ques de Aremberg veíanse concurridísimas y a la hora de la merienda esa multitud de diversas condiciones y sexos se daba cita en la **Lechería**, que conservaba sus antiguos establos, sus patios y sus salas blanqueadas transformadas en restaurant.

En invierno, cuando el intenso frío lo permitía, era el patinaje sobre el hielo la diversión favorita. Sobre los inmensos estanques helados de la **Abadía del Parque** nos deslizábamos rápidos sobre el hielo, desafiando al aire frío cortante como un cuchillo, que enrojecía nuestros rostros y nos hacía brotar las lágrimas.

Por las noches, a pesar de los reglamentos, que ordenaban recogerse a las 10 a sus casas, se prolongaban las veladas en los cafés alrededor de las mesas de juego, mientras otros estudiantes bulliciosos y alegres, salían a hacer visitas de inspección por los "estaminets" y las "boltes", cuya frecuentación era severamente prohibida por el vice-rector. No era extraño, presenciar por las noches pintorescos cortejos que, precedidos de fanfarrias, se dirigían a festejar algún aniversario o a la reunión de las muchas sociedades que abrigaba en su seno la ciudad de las tradicionales corporaciones.

La mudanza de un estudiante daba motivo a una ceremonia característica. Se hacía de noche; sobre un carretón de mano alumbrado con linternas de papel, veíanse amontonados la cama, los baules y los libros que arrastraban el dueño y sus amigos, cantando con tono lastimero el **De profundis**. En esta forma recorrían toda la ciudad, penetrando a todas las cantinas que encontraban en el camino y empinando sendos vasos de cerveza.

Las bromas y las farsas estudiantiles eran frecuentes y se comentaban alegremente en la **Avant Garde**, el periódico de los estudiantes, en las calles y en los cafés.

Una vez, aprovechando una noche de neblina, pintarrajearon de todos colores la estatua de un ministro célebre, situada en la **Plaza de la Estación**; otra vez, colocaron un petardo en el buzón del vice-rector, lo que fué muy comentado por la prensa de todos los partidos hasta darse las proporciones de un atentado anarquista por la prensa clerical.

Lovaina poseía un buen teatro, al que solían venir pasajeramente excelentes compañías de Bruselas y de Paris. En él tuvimos el placer de oír, en diferentes ocasiones, a los mejores artistas de la Comedia Francesa.



Entrada de la Universidad de Lovaina

La noche del 25 de agosto de 1914, Lovaina fué entregada al pillaje e incendiada por el ejército alemán. Ardió durante una semana. Toda la parte moderna, como la calle de la Estación, la Plaza del Pueblo y parte de la ciudad vieja no son ahora más que un montón de ruinas. De la antigua iglesia Colegiata de San Pedro, sólo quedan los muros; hasta sus cuadros, del pintor holandés Thierri Bouts, desaparecieron. También desaparecieron en el incendio de la Biblioteca de la Universidad, inestimables incunables y manuscritos famosos como la **Anatomia humana** de Vesale y obras de Erasmo, Jansenius y Juste Lipse.

Ante la magnitud del desastre irreparable nos hemos sentido reconciliados libre pensadores y católicos, pues la histórica Universidad, celosa guardiana de tal vez demasiado intransigentes e inamovibles doctrinas tradicionales, se nos ha aparecido purificada por el fuego y el sufrimiento, aureolada por la corona inmortal de su martirio.

⚜ ⚜ ⚜

L'UMANITA

alla scultrice Rebeca Matte Iñiguez (1).

Va va la cieca e nuda coppia umana
—cieca piú della mente che degli occhi—
traverso alla caligine profonda
che la circonda,
cui mal rischiara a quando a quando il sole,
o de la luna e de le stelle il raggio.
Va per aspro cammino
dove la spinge un arcano destino:
a quale meta prossima o lontana?
Va nell'interminabile viaggio.
Stretta la bocca amara,
forti le braccia e il cuor, saldi i ginocchi
e protesa la corrugata fronte
all'ignoto orizzonte,
che piú cammina, piú se n'allontana,
sorregge e spinge, coraggioso duce,
l'Uom la sua Donna, che gli si abbandona
con la sua bella e tenera persona,
providamente ignara.
Va va la cieca e nuda coppia umana,
or tarda ora veloce,
verso un'arcana voce,
che in silenzio—oltre il suon delle parole—
il cuore ascolta nell'immmenso orrore:
va, oltre l'ombra, ad un mister di luce.

DIEGO CAROGLIO.

(1) *La lirica é ispirata dal magnifico suo gruppo: "I ciechi".*



El poeta Caroglio, de Italia, se inspiró para componer su último libro "Ciechi" en esta escultura de la señora Matte.

El Gavilán de la Espada

Por

EDUARDO MARQUINA

Sala en una vieja posada castellana. Al fondo, una puerta comunicando con un largo corredor obscuro. Una ventanita lateral a la izquierda, abierta. Las paredes blanco-amarillentas de cal. Tres gruesas vigas sujetas en sendas ménsulas de piedra que rebosan del muro toscamente, sostienen la techumbre, también blanqueada. Una mesa central, cubierta de un paño, dos cómodas; algunas sillas y algún sillón de cuero componen el atavío de la sala. Es de noche. Habrá velón-candil de cinco picos sobre la mesa.

Escaramuza de espadas y algarada de gentes que riñen, al levantarse el telón. Confusamente se dejará ver, por la puerta del fondo, ancha y cuadrada, de una sola hoja, que la riña es en el corredor. Sin dar tiempo a formarse una idea de ella, un hombre, esgrimiendo su espada, viene por el corredor como quien retrocede. Lleva desnayada en su brazo siniestro, y fuertemente cogida, una mujer. En esta situación, conteniendo siempre a los que le acosan, llega a pisar el dintel de la puerta. Allí, en un último esfuerzo, se tira a fondo sobre sus contrincantes y, parecer, les pone en fuga. Deja entonces el espadón contra una silla y amartilla, retirándola del cinto, una pistola.

DON GONZALO

¿Volvéis la espalda a mi brazo?...
no reñiremos por eso:
¡a ver si un pistoletazo
me muestra que tenéis seso!

Descarga la pistola, a cuyo rojizo fogonazo puede verse el corredor desierto.

¡Nadie, en la sombra?... Pues esta
puerta me ampare, cerrada;
mientras, de su afán repuesta,
se recobra la tapada.

Ha cerrado con dos vueltas de la llave y se guarda en el cinto, la puerta del fondo. Luego, devotamente, con una timidez que es contraste de su actitud anterior, levanta una punta del velo que cubre el rostro de la dama.

—¡Mi Estrella!... ¿y puede haber tanto
brillo en una sola estrella
que aún es poca, para ella,
toda la noche del manto?

Con mucha precaución y sigilo, mitad a rastras, mitad suspendida, acompaña a doña Estrella hasta un sillón de cuero junto a la mesa a la parte izquierda.

—¡Despacio... andadvos con tino
brazos míos pecadores;
no os abráis por el camino,
que lleváis carga de flores!...

Deja a la dama recostada en el sillón y todavía traspuesta.

DOÑA ESTRELLA

Comenzando a volver en sí.

¡Favor!...

DON GONZALO

Solícito.

¡Con el alma!

Arrepintiéndose.

—¡No!
¿qué es esta voz de ternura?.
Pues si no finjo bravura
¡toda la farsa acabó!

DOÑA ESTRELLA

¡Favor!

DON GONZALO

Que se había alejado unos pasos, volviendo a ella.

¡Dueño!...

Tornando a arrepentirse.

—¡Satanás
que me ayude en este trance;
porque según entra el lance,
pienso que lo embrollo más!
—No he de mirarla: es el modo
de resistirme.

Vuelve la espalda a dama que, con grandes gestos de estupor, comienza a reponerse.

DOÑA ESTRELLA

¡Favor!

DON GONZALO

¡No he de oirla es lo mejor!

Amartilla sus dos pistolas y se dirige a la ventanuca de la izquierda.

¡Fuego y a Roma por todo!

Hunde las dos en la obscuridad de la noche y dispara todos sus tiros, que son tres. Doña Estrella, a gritos, intenta saber del desconocido lo que ocurre.

DOÑA ESTRELLA

¡Seor hidalgo, a vos me acojo!
¡Seor capitán!...

DON GONZALO

No lo soy.

DOÑA ESTRELLA

Seréis hombre... ¿dónde estoy?

DON GONZALO

En el mesón y a mi antojo.

DOÑA ESTRELLA

¿Ibais con los foragidos
que mi equipaje asaltaron?

DON GONZALO

Vuestros criados dejaron
seis de mis hombres heridos.

DOÑA ESTRELLA

¡Cielos!

DON GONZALO

Y en mitad del llano
a dos tendieron, mortales,
sobre los rotos cristales
de vuestra silla de mano.

DOÑA ESTRELLA

¡Jesucristo les perdone!

DON GONZALO

Pero mientras les alcanza
tal perdón ¡que mi venganza
por quien eran, les abone!

Mostrando a doña Estrella, alternativamente, las dos pistolas humeantes y la obscuridad de la noche.

¡Tres tiros! y al instantáneo
rebotar de sus furores,
tres de vuestros servidores...

DOÑA ESTRELLA

Interrumpiéndole: con ansia grande.

¡Cayeron?

DON GONZALO

Partido el cráneo.

DOÑA ESTRELLA

No queriendo dar crédito a tanto horror.

¡No!

DON GONZALO

Con mucha gravedad

Y perdonadme, señora,
después de esto, la manera
con que el alma mía espera
demostraros que os adora.

DOÑA ESTRELLA

Con dignidad y asombro da algunos pasos.

¡Pero os mofáis?

DON GONZALO

¡Tal intento
no abriga mi corazón!
Si escogí mal la ocasión,
por vos, señora, lo siento.

DOÑA ESTRELLA

¡Basta!

Compone su manto se dispone a salir dirigiéndose a la puerta forcejeando al llegar a ella.

¡Esta puerta?

DON GONZALO

Cerrada.

DOÑA ESTRELLA

¡La llave?

DON GONZALO

En mi cinto.

DOÑA ESTRELLA

¡Y sabe
mostrarse hidalga esa llave?

DON GONZALO

¡Toma lección de mi espada!

DOÑA ESTRELLA

Con no abrir, me está diciendo
en qué vil ciencia la emplea.

DON GONZALO

Una espada, en la pelea,
muestra el valor, resistiendo.

DOÑA ESTRELLA

¡Luego os resistís a dar
vuestro amparo a una mujer?

DON GONZALO

En este caso, amparar
vale como renunciar,
que equivaldría a ofender.

DOÑA ESTRELLA

Tratando de hacerse oír.

¡Ah, de casa!... ¡Y no habrá mano
que os fuerce, mal caballero?...

DON GONZALO

¡Gritáis, Doña Estrella, en vano
porque compré al mesonero!

DOÑA ESTRELLA

Pues en tratos de rufián,
¿quién seréis cuando hacéis vos,
por estas sendas de Dios
rapiñas de gavilán?

DON GONZALO

Pues cuando pasan las lomas
de noche, andando al azar,
¿se quejarán de topar
con los buitres las palomas?

DOÑA ESTRELLA

Es cierto... ¡En mi misma está
la culpa de mi tormento!

DON GONZALO

Acercándose a ella: confidencial.

¡Lo véis?

DOÑA ESTRELLA

Huyéndole y volviendo al centro de la sala: con dignidad.

Pero es tarde ya
para el arrepentimiento.

DON GONZALO

En voz baja, como quien quiere hablarle a su conciencia.

¡No habéis querido dejar
en vuestra casa y hogar
otros tranquilos destinos
buscando por los caminos
las sorpresas del azar?
¡Y os quejáis?

DOÑA ESTRELLA

Interesada.

¡Sabéis de mí?

DON GONZALO

¡No sabré, si por lograros
vengo embarcado a buscaros
desde Nápoles aquí!

DOÑA ESTRELLA

¡Pues quién os dijo?...

DON GONZALO

¡De vos?...
Sobre que en punto a pasiones
dirige a los corazones
como a las estrellas, Dios,
tengo yo, en copia de gentes,
para prevenir acasos,
excelentes confidentes
que me cuentan vuestros pasos;
y entre, salga, ría, llore,
sufra o goce, en su mansión,
nada hace que yo lo ignore,
doña Estrella de Arganzón.

DOÑA ESTRELLA

Incrédula; pero ya interesada en la aventura.

¡Pues sabéis que no os pasáis
de discreto en las conquistas,
si a vuestra dama obligáis
de estar viviendo, a ojos vistas?
¡Bravo lance!... Pero no
me dejasteis convencida.

DON GONZALO

¡Ya os contaré vuestra vida,
para convenceros, yo!

DOÑA ESTRELLA

¡No aquí! que el encierro es grave
y no logra mi interés
que dé al olvido...

DON GONZALO

—Después
trataremos de la llave...

Yo tengo empeño, entretanto,
de demostraros que cuanto
habéis hecho hasta aquí, todo
me es conocido, de modo
que puedo tirar del manto.
No se os seguirá percance
de escuchar, supuesto que
queda en vuestra mano de
ponerle término al lance.
Y arguyera en voz extrema
flaqueza, si algo teméis,
que fijar no me dejéis
los términos del dilema:
sobre que, al cabo, estáis vos
bien encastillada en esa
parte, yo en esta—y la mesa
de muralla entre los dos.

DOÑA ESTRELLA

Después de alguna vacilación, picada en su curiosidad, cediendo y sentándose en la parte que indica don Gonzalo.

Pues me interesáis...

DON GONZALO

Mi espada
contó con ello, al raptaros:
¡que, para no interesaros,
no hiciera tanta algarada!

DOÑA ESTRELLA

Comenzad.

DON GONZALO

—Un vuestro primo
honesto, rico y discreto
os brinda, con su respeto,
nombre de esposo y arrimo.

DOÑA ESTRELLA

Con no fingido desdén.

Su hacienda me ofrece, en prenda
del amor que en él prendí;
mas no me tientan a mí
las delicias de su hacienda.

DON GONZALO

Pasáraisle sus molinos;
pero amáis, en punto a lana,
más una capa de grana
que sus corderos merinos.

DOÑA ESTRELLA

Mi alma, como vos sabréis,
quiere un poco de aventura
—¡un poco!... no esta locura
de las que vos emprendéis—
y desdeña al caballero
con todas sus doblas juntas;
que no entra a noble un boyero
por el número de yuntas.

DON GONZALO

Fingiendo un asco desdeñoso.

¡Oh, pasad!

DOÑA ESTRELLA

¡Sobre ascuas paso;
que siempre vi con disgusto
galanes de campo raso!

DON GONZALO

Haciéndose fuerza.

¡Y yo que os alabo el gusto!
Pero vuestro padre, al fin
padre amante y abnegado,
ve sólo, en el desalmado,
los reflejos del botín.
Le acuerda el trato, reniega
de vuestro afán de aventura
y más rendiros procura
cuando vos estáis más ciega;
no le visteis, no sabéis
si os llegará al corazón...
¡todo inútil! Vos queréis
aun viviendo en privación,
luchas, audacias, pasión...

DOÑA ESTRELLA

¡Qué confidentes tenéis!

DON GONZALO

Vuestro padre fía en Dios
que la negativa es vana;
y el galán llega por vos
a vuestra casa, mañana.
—¿Vos, esperarle?

DOÑA ESTRELLA

¡Gracias!

DON GONZALO

Con involuntaria rapidez.

¡Gracias!

DOÑA ESTRELLA

¿Las gracias, por qué?

DON GONZALO

Porque, de esperarle, ¿a qué
vendríamos los demás?
—La tarde de ayer dejásteis
vuestra fuga concertada;
la noche apenas entrada
de vuestra casa os fugásteis
y vos contabais mañana
de dar fondo en la mansión
de una parienta cercana,
que os brinda su protección:
con que allá, a solas, se entienda,
ya que él le ofrece su arrimo,
vuestro padre con el primo,
sus carneros y su hacienda!

DOÑA ESTRELLA

Compungida.

¡Pobre padre!... Al fin buscó
sólo mi bien, en su afán...

DON GONZALO

—¡Y este es el punto en que yo
llego hasta aquí, de Milán!

DOÑA ESTRELLA

Rápida.

De Nápoles.

DON GONZALO

Justamente.—
Fuí a Nápoles por los barcos
que para albergar mi gente,
me ofreció mi deudo, el de Arcos.
Y aunque soy hombre que creo
que, para lograr colmada
satisfacción de un deseo,
le basta a un hombre una espada,
todavía os juro en Dios,
que a necias dudas me dí
pensando, al venir, que vos
nada sabíais de mí.

DOÑA ESTRELLA

Pues aunque una espada es parte
que os ayudará a vencer,
¡no estorba, en amor, saber
si la dama lo comparte!

DON GONZALO

En Málaga tomo tierra
decidido a empeños graves;
dejo, a la espera, en mis naves,
todas mis gentes de guerra;
llego al monte, en ocasión
de raptaros: veo, admiro,
os doy, señora, el respiro
de un instante en el mesón
y, besando el polvo, que es
de oro y fuego en vuestros rastros,
¡vengo a pedir, a estos pies,
alas con que ir a los astros!

Dejando el sitio que ocupó hasta ahora al otro lado de la mesa, hinca bizarramente una rodilla a los pies de la dama.

DOÑA ESTRELLA

Sorprendida; pero no con demasiado enojo.

¡Súbito andáis!

DON GONZALO

¡No estoy hecho
a tardanzas!

DOÑA ESTRELLA

Pero yo...

DON GONZALO

¿Pues qué dardo se tardó
en atravesar un pecho,
mi doña Estrella?... ¿Dejáis
galán que va con mesura
y dando conmigo, echáis
de menos la compostura?

DOÑA ESTRELLA

¡Pero si yo nunca os vi!
¿queréis tanta rapidez?

DON GONZALO

¡Yo tampoco; pero oí
hablar de vos, una vez!
Y esta es fe: por los comentos
de una hermosa sin mancilla,
venir, bebiendo los vientos,
de Nápoles a Castilla.
Queríais, de todas suertes
amor, en son de aventura;
y mi amor ¿no os la procura?
¿o no os bastan cinco muertes?

DOÑA ESTRELLA

¿Os gozáis dándome horror?

DON GONZALO

¿Lo decís porque sublimo
sobre la muerte, mi amor?

DOÑA ESTRELLA

¡Vuestra barbarie es mejor!

DON GONZALO

Muy grave y seco; volviendo a ponerse en pie.

Merecéis a vuestro primo
¡yo que soñaba, al avío
gentil de vuestro talante,
ganaros, en señorío
de archiduquesa, el Bravante!...
—Señora, librad mi afán
de vuestros desvíos graves
¡y todos mis hombres van
a hacerse al mar en mis naves!
Mi espada y mi gente en arras
os brindo: ¿decís?

DOÑA ESTRELLA

Que yo
pienso, capitán, que aun no
debéis picar las amarras...
No es que mi flaqueza os tema
como al empezar notásteis,
señor; es que ya fijásteis
los términos del dilema:
y aunque os confieso que un rato
me lo habéis hecho olvidar,
ya no hay modo de juntar
curiosidad y recato.

Poniéndose en pie, conciliadora, pero con voz grave y digna.

—Quede aquí el lance. Mis gentes
llamad, señor, al mesón;
y vaya mi admiración
para vuestros confidentes;
dejadme a vuestra figura
tomar la estampa; pensad
que no es la velocidad
lo mejor de una aventura
y si probarme queréis,
el amor que me ofrecéis,
que os oiga mi padre en esto...

DON GONZALO

¡Para que vos os fuguéis,
dejándome a mí compuesto!
Yo sé, en ocurrencias tales,
qué modos los vuestros son,
para burlar esponsales,

Doña Estrella de Arganzón;
y así, a perder no me allano
lo que tanto perseguí:
¡que os tengo en cerrojos, y
más vale pájaro en mano!...

DOÑA ESTRELLA

Sinceramente ofendida, con voz airadísima.

¡Oh, sois torpe!... ¡Aún hablé más
que debía!...—Va sobrado,
capitán, con lo escuchado:
lo que añadáis es de más.

DON GONZALO

Fingiendo la misma ira y con igual sequedad.

Pues bien: si a vos os irrita
mi amor, acepto la tasa;
—volveréis a vuestra casa;
vuestro primo os necesita.
Pero no digáis ahora
ni que él no os merece a vos,
ni que exista entre los dos
tal diferencia, señora.
Mi fe os doy de capitán
que hacéis en ello injusticia:
¿vos, aventuras? ¡serán
aventuras de novicia!
Mas no se os alcanza nada
de amores, duelos, pasión,
lances, audacia, algarada,
gran fieltro, capa encarnada,
la espuela de oro al talón,
la melena en rebelión,
el paso a la recatada,
matar dueña, herir soplón,
siempre en ascuas la mirada,
siempre en vilo el corazón:
¡todo eso, que es la ampliación
del gavilán de la espada!

DOÑA ESTRELLA

¡Oh!

DON GONZALO

¡Con las dos manos juntas
juradlo, y no he de creer
que vos no seáis mujer
de cuidar hacienda y yuntas!

DOÑA ESTRELLA

Creyendo vengarse.

¡Tal vez!

DON GONZALO

¡De fijo!—Mas yo
no os dejo por un villano:
¡que no ha de soltar mi mano
lo que ella misma alcanzó!

DOÑA ESTRELLA

Realmente atemorizada, a las furiosas muestras del capitán; queriendo contenerle.

¡Capitán!

DON GONZALO

Dirigiéndose hacia ella, amenazador.

¡No!

DOÑA ESTRELLA

Encontrándose junto a la ventana, como va huyendo del capitán.

¡Si la puerta
cerró esa mano villana,
no olvidéis que la ventana
para mi honor, queda abierta!

DON GONZALO

Sólo que, en lo alto empotrado
el mesón del puerto mismo,
sus ventanas, de este lado
boquean sobre el abismo;
y no teniendo dos vidas,
que saltéis con juicio espero:
cuando compré al mesonero
¡tomé muy bien mis medidas!

DOÑA ESTRELLA

¡Ah, villano!... ¿Y de esta suerte,
aun os he de agradecer
que me dejéis escoger
entre la infamia o la muerte?

DON GONZALO

Justo habláis; pero en los dos
extremos, dichos así,
antes que os pusiera a vos,
vos me pusisteis a mí.

DOÑA ESTRELLA

¿Que yo os he puesto?...

DON GONZALO

¿Habrá quien
niegue que, al fin de este horror,
a mí me esperan también
la infamia en vuestro desdén
o la muerte en vuestro amor?
¿Lo negáis?

DOÑA ESTRELLA

Lindo argumento.

DON GONZALO

Que no deja obscurecidos
los que tengo prevenidos;
lo digo como lo siento.

DOÑA ESTRELLA

Recobrada un tanto de su temor por la nueva actitud de Don Gonzalo; con cierta expresión entre irónica y complacida.

¿Sois galán?

DON GONZALO

¿Pues no miráis
lo galán de mi atavío?

DOÑA ESTRELLA

¡Como tanto amenazáis!

DON GONZALO

¡Como de mi amor dudáis,
que me forzó al desavío!

DOÑA ESTRELLA

Acercándosele, un poco más animosa.

—Galán que de amores sabe,
si rendir un alma ansía,
en sus sentimientos fía;
no en los dientes de una llave,
señor, galán que concierta
para su dama ocasión,
cuida abrirle el corazón
más que cerrarle la puerta;
galán que asalta en la sombra
se hinca a los pies de su dama
y hace de su capa alfombra,
porque no pise en la grama;
galán no busca rufianes
que ensangrienten el sendero
si para un galán, su acero
se acaba en los gavilanes;
galán es audaz, osado,
pero placiente y rendido,
que por algo habrán usado
de llamar al mes florido
la galanía del prado;
y así ni vos sois galán,
ni entendéis de estas razones,
ni con vuestros dichos van
de acuerdo vuestras acciones.
Y aunque del puerto en la altura
cuando os he visto asomar,
casi os dí gracias, de dar
a mi vida una aventura,
fué en vos imprudencia grave
de encerrarme en el mesón;
porque con la misma llave
cerrásteis mi corazón.

Se aparta de él aunque de soslayo sigue observando el efecto que sus palabras hayan producido en el galán.

DON GONZALO

En tono de profund y cordialísima sinceridad.

Maravillome de ver,
sin magia de artes o letra,
cómo en las almas penetra
la intuición de una mujer;
porque con ella, a mi grave
delito hacéis argumento,
justamente en el momento
en que iba a daros la llave;
perdón si mi audacia ha sido
parte a ofenderos, señora,
y desde este punto y hora
dad la aventura al olvido.
Que vuestro primo en su hacienda,
viendo que llegáis trocada,
de su amor os haga ofrenda,
ya que del mío la venda
yo ensangrenté con mi espada.

Correctísimo, entrega a Doña Estrella la llave, que previamente habrá retirado del cinto y se inclina, saludando en señal de despedida.

DOÑA ESTRELLA

Un poco desencantada: tomando la llave.

¡No insistís?

DON GONZALO

De todas suertes,
quedo, Estrella, a vuestras plantas.

DOÑA ESTRELLA

Dirigiendo sus pasos hacia la puerta.

¡Y para esto cinco muertes!

DON GONZALO

Tal vez no habrán sido tantas.

DOÑA ESTRELLA

Rápidamente, volviéndose.

Ya me parecía a mí,
que, en la obscuridad no vi
tantas mortuorias tragedias.

DON GONZALO

¡Pero os dabais cuenta?

DOÑA ESTRELLA

Sí.

DON GONZALO

¡No ibais desmayada?

DOÑA ESTRELLA

Ligeramente confusa.

A medias.

DON GONZALO

No importa; bien sabe Dios,
sabiendo mis desenfrenos,
que no renunciara a vos
por un muerto más o menos;
la ofensa que os hice, os digo
que me fuerza a abandonaros;
si os ofendí por lograros,
con perderos me castigo.
Pero antes, porque más pese
mi humildad, si ella os obliga,
dejadme, Estrella, que os bese
la mano que me castiga.

Cortésmente se acercará a la dama, y le besará la mano.

DOÑA ESTRELLA

Viendo que el beso se prolonga.

Señor...

Vuelve el galán muy grave a alzar la frente.

¡qué nombre os llamáis?

DON GONZALO

Se separa unos pasos de Doña Estrella.

¡Lo tienen por los caminos
los frágiles remolinos
del polvo que dispersáis?...
Como no habéis de guardarlo,
dejadme, Estrella, esconderlo,
y os evite el no saberlo
la obligación de olvidarlo.

Doña Estrella, en esto estará junto a la puerta: como va a salir, Don Gonzalo, deteniéndola intencionadamente, añade:

¡Señora, que a labradora
partís desde este mesón,
rezad por un corazón
que en él ha muerto, señora!

DOÑA ESTRELLA

Sin decidirse a salir; fingiendo curiosidad para seguir hablando con el caballero.

Capitán...

DON GONZALO

Acudiendo a ella con extremada solicitud.

¿Aún puedo en algo
serviros?

DOÑA ESTRELLA

Sí que podéis
servirme, si respondéis
a lo que os pregunto, hidalgo.

DON GONZALO

Preguntad.

DOÑA ESTRELLA

Pues en mi casa
vigías vuestros tenéis
por quienes tan bien sabéis,
capitán, lo que allí pasa,
los nombres de ellos pregunto
y quién, con tan poca fe
me traicionó, en este asunto,
que antes de mover yo pie,
conocida a vos os fué
mi fuga, punto por punto.

DON GONZALO

Con sinceridad.

Si os hablo, temo el castigo.

DOÑA ESTRELLA

¡No!

DON GONZALO

Pues prevenid el llanto
contra el fatal desencanto
que la verdad trae consigo:

Entregándole un pliego que sacará del jubón.

a vuestra pregunta es harta
contestación este pliego;
leed por vos misma os ruego,
los renglones de la carta.

DOÑA ESTRELLA

Lee en voz alta y con las naturales manifestaciones en la expresión, miradas, pausas, sonrisas, etc..., la carta que le dará Don Gonzalo.

—"Sobrino mío Gonzalo:
van nuevas mías y malas;
tu prima, como cojea
del magín, parará en sandía;
dió en la flor de no querer
amor que lances no traiga
y sueña que un capitán
venga, por ella, de Italia;
concertó fuga con buenos
servidores de mi casa
que me avisaron; no quiere
que des con ella mañana

cuando a conocerla vengas
y a que ella juzgue tu estampa;
sé que esta noche es la fuga;
va a unos predios de mi hermana
y, mientras no tire al monte,
yo le doy suelta y que vaya,
que ella volverá a mí, cuando
deje el vellón en las zarzas;
perdona y recibe excusas
de este, tu tío...

DON GONZALO

Hay postdata.

DOÑA ESTRELLA

...Las dos cestas del albillo
son en mi poder y gracias".

Una pausa. Doña Estrella, con un gesto lentísimo, entre avergonzada y radiante, devuelve la carta a Don Gonzalo, sinceramente aturdido y temeroso.

DON GONZALO

Creo que a vuestras preguntas
ya respondí.

DOÑA ESTRELLA

¡Santo Dios,
qué he leído!... Luego, vos
¿sois mi primo?

DON GONZALO

Como abrumado por la confesión, bajando la frente.

—El de las yuntas.
Y, por si un golpe de audacia
remediaba mi destino,
cuando me huíais rehacia,
salir os quise al camino.
Hasta que pude, mantuve
mis humos de capitán;
mas nunca, señora, estuve,
en Nápoles ni en Milán;
la farsa aquí terminó.
vos me forzasteis a hablaros
¡y tengo un miedo que no
me atrevo, Estrella, a miraros!

DOÑA ESTRELLA

En un arranque de alegría franca, tendiéndole ambas manos.

¡Os acordáis todavía
del mal que de vos he hablado?
—No os tiene que dar cuidado...
¡como yo no os conocía!

DON GONZALO

Al estrechar sus manos, atrayéndola y ya con sincero embeleso hasta el final.

¡Amor!...—Bien veis que al alcance
de todo el que lo procura
está urdir una aventura
y darle plumas a un lance;
pero, al cabo, es aparato
que pasa y no deja nada
el rizo del garabato
del gavilán de una espada;
y en amor, sólo son buenos
los aceros que, escondidos,
como que están más hundidos,
dejan que les vean menos.
—¿Será así tu amor?...

DOÑA ESTRELLA

Primero,
que no sé si os amaré;
segundo, que el galán fué
predicador sermonero
y, pues me hicisteis sermón
de compostura y recato,
se calla mi corazón
¡por huir del aparato!

DON GONZALO

Radiante; disponiéndose a salir, acompañando a Doña Estrella.

—Vuestro padre, prevenido
de mi farsa, nos espera:
¡no os ofenderé, si os pido

la mano, hasta la escalera?...
Y si, cuando vos le veis,
nada decís, prima mía,
¡será que hacerme queréis
vocero de mi alegría!

DOÑA ESTRELLA

Tendiendo gentilmente su mano a Don Gonzalo.

La mano.

DON GONZALO

¡Un cielo me dáis
en vuestra mano adorada!

DOÑA ESTRELLA

¿Pero dónde la lleváis?...

DON GONZALO

Apasionadamente, llevando la mano a sus labios.

¡Donde, aun cuando vos la hagáis
de nieve, quede abrasada!

DOÑA ESTRELLA

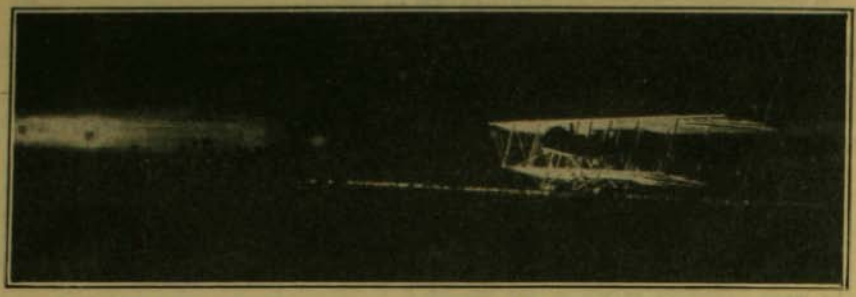
La besa sonoramente y ella, al volverse para salir, concluye con malicia:

Señor primo: ¡os contagiáis
del gavilán de la espada!

Salen ambos por la puerta del fondo.

TELON





Un biplano del ejército francés, preparándose para hacer una exploración nocturna.

Tragedias de la guerra, la lucha aérea nocturna

Por

CAPITAN FONTIBRE

Ilustraciones fotográficas

Cuando comenzó en 1914 la gigantesca pelea mundial que sigue conmoviendo al orbe, sólo los dirigibles podían practicar reconocimientos nocturnos, adquiriendo, así, por su mayor radio de acción, ventajas capitales sobre el aeroplano.

En la densa obscuridad de la noche el observador aéreo puede escudriñar sin ser visto, mientras que con la clara luz del día el navío aéreo es un maravilloso instrumento de observación, pero de todos los observatorios utilizables es el más expuesto al fuego enemigo. En esta diferencia, tan importante, reside el interés del reconocimiento y de la ofensiva nocturna.

Para las expediciones aéreas nocturnas el alumbrado es necesario, pero tiene que ser aplicado con mucho discernimiento. Así lo confirman los pilotos de dirigibles que han practicado viajes en las tinieblas, los aviadores que han hecho vuelos nocturnos y los marinos entrenados en su profesión y por ella avezados a las cuestiones de equilibrio dinámico, al conocimiento de los vientos reinantes y a la observación de la densa obscuridad en las sombras nocturniegas.

Varias naciones habían realizado antes de esta guerra experiencias militares de aeronavegación nocturna, manteniendo secretos los resultados obtenidos.

Rusia ensayó el empleo de proyectores a bordo de los dirigibles. Inglaterra trató de auxiliar el vuelo de sus navíos aéreos con proyectores situados en el suelo y Alemania utilizó desde 1910 para estas experiencias proyectores giratorios, de llama desnuda cubierta con lentes cilíndricos. Alimentaba la lámpara colocada en Spandau, acetileno disuelto, luego se cambió por un proyector del mismo tipo, pero más potente, alimentado por electricidad y colocado en Gotha y por último se hicieron ensayos comparativos muy importantes durante la semana de aviación del otoño de 1913 en el aeródromo de Johannisthal.

El faro marítimo proyecta su luz sobre un

plano horizontal colocado debajo de él, mientras que el faro aéreo tiene por misión iluminar todo el espacio que tiene encima.

Sirven estos faros en la noche obscura para señalar al piloto aéreo el terreno de aterrizaje.

Los aviadores llevan para estas excursiones nocturnas el proyector de a bordo, proyectiles luminosos y paracaídas brillantes; aquel se usa a 500 metros del suelo para verificar si el terreno hacia el cual se dirige es conveniente para el aterrizaje.

Si no juzga propicio el terreno vuela más lejos, pero en caso contrario, corta los pases y aterriza en vuelo plano.

Si el piloto va solo, aterriza con el foco apagado, porque no puede maniobrar a la vez el gobierno del aparato y del faro; mas si le acompaña un observador es éste el que hace maniobrar el proyector en el momento de empezar a planear con el fin de hacer aparecer útilmente los detalles del terreno a medida que el aparato se aproxima a él.



Caída de un aeroplano inglés, derribado por el enemigo, y auxilio a los aviadores.

Los proyectiles y los paracaídas luminosos, que han sido muy empleados en esta lucha por los beligerantes, tienen la ventaja de iluminar el suelo dejando al aparato en la sombra.

Tipo de los paracaídas de referencia es la mina luminosa Karl Klinkosch compuesta de una materia pirotécnica ligada por hilos metálicos a un paracaídas.

Al caer el cuerpo lanzado al vacío, automáticamente y por consecuencia de la tensión de la cuerda, se determina la inflamación de la substancia pirotécnica, y por efecto del paracaídas el descenso se verifica con reposada lentitud iluminando el campo.

El lanzamiento se realiza impulsando el piloto o el observador por medio de un resorte de pedal, el fondo de una caja que sostiene el paracaídas, que falto entonces de base de sustentación salta al espacio iluminando un *radio* de dos kilómetros durante cuatro minutos.

Así efectúan los aeroplanos los reconocimientos nocturnos.

Los proyectiles luminosos sistema Krupp se componen de varios cuerpos llenos de materias luminosas separados por arandelas aisladoras; explosiones sucesivas y automáticas de pólvora inflaman cada uno de dichos cuerpos a los que van adheridos ligeros paracaídas.

La navegación aérea presenta durante la noche importantísimas ventajas; la atmósfera es más tranquila, la audición de ruidos lejanos más fácil, así como la recepción de las hondas hertzianas de la radiotelegrafía, y sobre todo, bajo el punto de vista militar, el aparato es invisible.

En la noche callada vigilan París y Londres aviones que rasgan, de vez en vez, el espacio con sus luces de astros errantes y misteriosos, atalayando la presencia de **taubes** y **zeppelines**, por si tratan de aproximarse a las grandes urbes.

El avión organizado para navegar de noche está llamado a engrandecer la acción bélica de la **quinta arma de combate**, que colabora con asiduidad en vuelos fantásticos, a la consecución de la victoria.

⚜ ⚜ ⚜

Edificar una casa

Por

ORDINOW

Con fotografías

El muchacho de 15 años que se estaciona frente a una ventana, esperando divisar unos ojos detrás de los vidrios, no pone la cara más placentera, o ansiosa, o absorta que el viejo de 50 plantado delante de una armazón de maderas y ladrillos resonante bajo la actividad de albañiles y carpinteros. Echado atrás, satisfecho de sí mismo, parece decir a los transeuntes:

—Miremme: yo soy el propietario. ¡El propietario!... El que con su dinero, fruto de su vida, ha comprado el sitio y ha hecho abrirse los heridos, surgir los cimientos, formarse las paredes y cruzarse los tijerales contra el cielo, ¡cuántos placeres y qué padecimientos no puede contar!



Un descanso de la faena junto a la propiedad. Al fondo, "Don Claro".

Cierto caballero, fino artista, que edificó en un Parque de esta ciudad una hermosísima morada, poniendo en ella toda su alma nostálgica de viudo, decía exactamente:

—Es como tener una mujer.

Son emociones transcendentales que tocan fibras hondas del alma y producen a veces los más inesperados efectos.

Sabemos de un capitán de buque, gigantón vividor y descreído, que al hacerse viejo resolvió echar el ancla en un puertecito del norte, y mandó edificar allí la casa donde probablemente moriría. A cada viaje, la veía algo más avanzada y cuando en el último la encontró concluída y se detuvo delante de "aquello" que abrigaría su existencia, de ese pedazo de tierra suyo en el ancho mundo, experimentó tal golpe de emoción que cayó de rodillas dando gracias a Alguien, en quien hasta entonces no había sabido pensar.

Ningún argumento contra los socialistas como una simple casita con un terreno cercado en derredor. "¿Quién mirará sin lágrimas el humo de la casa edificada por sus manos?", dice una vieja balada alemana. En el Renacimiento italiano, los opulentos cardenales jubilados de la galantería y vencidos de la intriga, dedicaban su ancianidad a construir y adornar esos palacios incomparables y esas "villas" maravillosas, convertidas ahora en museos públicos.

Pero la eterna ley de las compensaciones no ha querido conceder estos goces sino a los que los conquistan con un corazón artista o esforzado, y así no pueden hablar de ellos los millonarios y los comerciantes que entregan sus edificios a contratistas venales y sólo saben de la obra que no avanza, que está mal hecha, que se ha pasado del presupuesto y no dará el interés del dinero invertido. Desvelos perpetuados después con

la guerra entre el arrendador y el arrendatario.

En Santiago, sólo durante los últimos años hemos visto levantarse casas donde los dueños han puesto algo de su alma. Generalmente se cree que es mucho poner el bolsillo más tal cual exigencia de mal gusto, con vistas a la ostentación o al comercio.

Y claro está, como dice Emerson, encuentran lo que buscan: el negocio, pero el negocio frío, sin calor de sangre, sin vibración de alma.

Un caso conocemos, sin embargo, que constituye un bello ejemplo y que no callaremos, aunque relatarlo sea punto más de indiscreción.

Un muchacho, estudiante y empleado como tantos otros, poseía un sitio en... entre Santiago y San Bernardo, lejos de la línea de tranvías. Decidió edificarlo; pero ¿cómo? ¿Pidiendo plata al papá? ¿Hipotecándolo, dándolo en medias a contratistas? Joven de sociedad conocemos que habiendo recibido de su familia un predio para trabajarlo, vendiólo y colocó el dinero en acciones de Gas. El nuestro no tuvo aquella inspiración de señora vieja: asociése a un amigo que quiso poner en común con él sus economías, y resolvieron levantar una casa por sí mismos. Junto el dinero, compraron las primeras herramientas y manos a la obra. Todos los domingos, al alba, partíanse al sitio llevando un plano trazado por uno de ellos, alumno de Arquitectura, y se **ponían a cavar. Al** comienzo, con la fatiga de esa tarea a que no estaban habituados, llegaron a pensar que estaban cavando su sepultura. Todos los elementos humanos e inhumanos se conjuraban contra ellos. Las piedras se multiplicaban de una manera prodigiosa al golpe de los azadones y parecían obstinarse en no salir de la tierra; yerbas extrañas y picantes ensangrentábanles las manos y la comida; que para mayor independencia, fabricaban también por sí mismos, les producía no calculados efectos al estómago. Cuando se corrió por la vecindad la voz de aquella aventura, los muchachos se asomaban por las paredes y se burlaban de sus figuras de "futres" trabajadores, desapareciendo prontamente a la amenaza de un peñascazo, no sin grandes risotadas; un viejo, cuya ayuda y consejos de albañil necesitaron, les prestaba sus servicios,



En lo alto de la construcción alzada por sus manos, se sienten más elevados que sobre un rascacielos...

moviendo la cabeza para pronosticarles el fin más desastroso, y repitiendo a cada paso:

—¡Las cosas de los ricos!

Adquirieron fama de locos y debieron trabajar armados, como los compañeros de Valdivia, que alzaban las primeras viviendas de Santiago alternando el manejo de la pala con el de las picas y arcabuces para repeler los ataques de las huestes de Michimalonco.

"¡Puede el que cree que puede!" se repetían ellos, a punto de desmayar, y seguían su trabajo recordando que mayores esfuerzos debió realizar el Cellini para fundir la estatua de Perseo.

Por las tardes, leían a Smiles, y regresaban conversando de palacios y castillos y de esas construcciones que, en otro tiempo, levantaban los genios sin más que unas cuantas palabras murmuradas entre dientes. Muchas debieron exclamar ellos y no de las más santas antes de ver que la casa se diseñaba sobre el suelo con otra cosa que rayas de tiza y que las paredes que tenían en la imaginación se iban levantando también sobre el suelo. Sólo entonces se atrevieron a

invitar a amigos que les ayudaran; una vieja bondadosa les hizo el almuerzo y, aleccionados por la experiencia, creyéndose más que albañiles y arquitectos, comenzaron a plantar los pies derechos, a cavar las trabazones y a tejer últimamente la red de los tijerales que soportaría la techumbre.

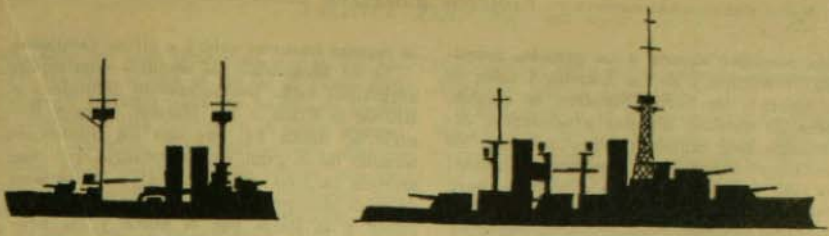
¡Gran fiesta! Doce amigos acudieron a celebrarla y a rememorar su grande o pequeña colaboración en la obra., ¡Recuerdas, recuerdas? Ya había pasado un año, con un número indefinido de domingos y días feriados, durante los cuales habían sufrido incontables peripecias.

—¡Esta viga en que estoy sentado,—decía uno,—se me cayó desde cuatro metros y si el compañero no se retira tan a tiempo, le parte la cabeza!

—Pero agrega,—replicaba el otro,—que tú te descontrapesaste junto con la viga y te viniste detrás de ella con una velocidad, que si no se te enreda la pierna en la escalera, te hundes un metro en el suelo!

Y más y más recuerdos y más y más alegres risas! Ya gozaban a todo corazón del placer inefable de "edificar una casa" sin darse cuenta, los incautos, que entre los doce amigos había, como siempre, uno, el más inofensivo al parecer, que enfocaba sus figuras y recogía sus palabras y que, luego, por treinta dineros, los iba a denunciar al pueblo y a entregarlos a Caifás.





Chile — Argentina

Esquema comparativo de la potencia naval de Chile y Argentina

Política Marítima

Por

MARIO VERGARA Z.

A los hombres que estudian y se interesan por el bien de la Patria; a los que han contribuído a engrandecerla por medio del trabajo, y a los que habrán de defenderla sobre el mar, dedica estas líneas

EL AUTOR.

Ilustraciones fotográficas

Gracias a la gentileza de uno de nuestros almirantes, persona que constantemente recibe lo mejor de cuanto se publica en materia de literatura naval, acabo de leer un libro recientemente editado en Buenos Aires, cuyo título es: "Intereses Argentinos en el Mar".

El autor de esta obra, el capitán de fragata don Segundo R. Storni, jefe joven y bien preparado, en dos conferencias dictadas en el salón de actos públicos de "La Prensa" en las noches del 8 y 12 de junio ppdo., ha desarrollado con habilidad y magnífico buen criterio todos los temas que se relacionan con la vida marítima de la vecina República. Ha tratado el problema "marina mercante nacional", política portuaria, comercio de cabotaje, importación y exportación, pesquería, oceanografía, etc., etc.; pero donde más descuella el conferencista es en uno de los temas más íntimamente ligados a nuestros intereses: "Organización de la defensa marítima y equivalencia de armamentos navales".

La actualidad del asunto—como he dicho —y sus puntos de contacto con el idéntico problema que actualmente se debate en nuestro Gobierno, me han impulsado a emprender la tarea de difundir los conceptos del comandante Storni, que son el vivo reflejo de la opinión pública argentina, y a analizarlos desde el punto de vista de "nuestros intereses".

La vecina República transcordillerana tiene un problema marítimo más complicado que el nuestro. Con menos costa que Chile, posee un territorio muchas veces mayor que el de nosotros. Ellos están llamados a ser el granero del mundo y tienden a colonizar lo más rápidamente posible sus inmensos territorios hoy desiertos, para hacer rendir a la tierra su máximum. Toda su superprodue-

ción necesitan sacarla a los grandes mercados de Europa y de los Estados Unidos de la América del Norte. Nosotros, en cambio, fuera de nuestros nitratos y minerales, exportamos sólo cantidades muy pequeñas de productos naturales o materias primas; nuestras cosechas sólo son suficientes para el consumo del país y, el valor de nuestros nitratos y minerales exportados lo recibimos en vituallas, licores, muebles, ferretería, artículos cuya importación tendrá lógicamente que ir disminuyendo en razón inversa a nuestro desarrollo industrial y manufacturero.

Nuestra pequeña densidad de población nos asegura una relativa holgura y bienestar. La exportación de nuestro salitre ha sido en los últimos treinta años la base de nuestra riqueza nacional, y hasta hoy ha estado entregada en gran parte a capitalistas extranjeros. En cambio, al otro lado de los Andes, lejos de entregar a extraños los elementos constitutivos de la riqueza nacional, se ha nacionalizado a los extranjeros que han llegado allí a ofrecer su capital o el esfuerzo de sus músculos para amasar los millones de pesos oro que reposan en las bóvedas de la Caja de Conversión.

I

Principia su obra el comandante Storni, exponiendo la necesidad de seguir una política, sin propósitos vedados, a fin de obtener un desarrollo automático del programa marítimo. Hace una exposición de la necesidad de poseer una marina mercante nacional y una marina de guerra que responda a la defensa del litoral y de su comercio, y basa estos conceptos en un hecho que estamos palpando: el valor potencial de la flota americana en los negocios del mundo.

La tierra habitable—continúa el conferencista—donde la vida humana puede arraigar y los hombres fijar el suelo y hacer patria, es algo inferior a 120 millones de kilómetros cuadrados, incluyendo llanuras, valle y montañas y la población total del globo se avalúa en 1,600.000,000 de habitantes. La superficie de la República Argentina es de 2 millones 835 mil 970 kilómetros cuadrados, o sea un 2,36% de la tierra habitable, y su población de cerca de 9 millones representa sólo un 5.62 por mil de la población universal. Como se ve, una vez que nuestros vecinos de ultra-cordillera aumenten su población, necesariamente tendrán que aumentar su comercio de exportación y la riqueza nacional subirá a cifras fabulosas.

En la actualidad los sectores comerciales argentinos están perfectamente definidos: el Río de la Plata, o sea Buenos Aires y Rosario de Santa Fe, que son los puntos de término de la gran red ferroviaria que desarrolla la zona de influencia o hinterland de estos dos puntos hasta Tucumán, Salta, Jujuy y la Rioja por el norte y las provincias andinas por el oeste, y Bahía Blanca, cuyo hinterland lo componen el sur de la provincia de Buenos Aires, parte de San Luis y Mendoza y todo el territorio de la Pampa y la Patagonia. Para el porvenir deberán necesariamente desarrollarse nuevos sectores comerciales en los puertos del sur, tales como Comodoro Rivadavia, Madryn, Gallegos, San Julián y Ushuaia.

Nuestra costa dilatada y lo angosto de nuestra faja de terreno nos obliga a reducir la extensión de nuestros sectores comerciales. Los principales sectores comerciales de Chile son: Talcahuano, Valparaíso, Antofagasta e Iquique, los dos primeros de gran importación y los dos últimos casi totalmente de exportación.

La marina de guerra está llamada a defender los sectores comerciales para poder asegurar la libertad de intercambio en caso de guerra. La política portuaria debe de tender a formar capitales marítimos en los centros comerciales para acumular en ellos los elementos de defensa. Siguiendo esta teoría encontramos que nuestros vecinos del Atlántico sólo necesitan dos bases de defensa: el Río de la Plata y el estuario de Bahía Blanca. En cambio, nosotros, con nuestras 2,000 millas de costa, precisamos por lo menos cuatro bases de defensa: Magallanes, Talcahuano, Valparaíso y Mejillones, lo que nos coloca en una situación de visible inferioridad, pues a lo largo de nuestra costa uniforme y recta el comercio avanza caleteando, sin favorecer el desarrollo de grandes centros de atracción.

Luego analiza el comandante Storni en el curso de sus conferencias la positiva ventaja que en el futuro llegarán a obtener nuestros puertos del norte—Antofagasta y Mejillones—aumentando su hinterland hacia las provincias andinas, una vez que se realicen los ferrocarriles transcordilleranos.

Es indudable que todas las provincias vecinas a la cordillera tendrán que ser tributarias de nuestros centros comerciales para poder vaciar sus productos por la vía más corta hacia los grandes mercados de Estados Unidos y de Europa, por la vía del canal de Pana-

má. Esto me hace pensar en que en un futuro no muy lejano el río de la Plata será punto de término para las naves que hagan el comercio entre Europa y la costa oriental de Sud-América, y Valparaíso será también punto de término para los buques que lleven hasta Europa nuestros productos por la vía del Canal de Panamá, reduciendo así a su mínimum la importancia de la antigua vía magallánica.

El Río de la Plata constituye el polo comercial y estratégico de nuestros vecinos, la verdadera llave de su caja de caudales; por lo tanto, todos sus esfuerzos van encaminados a defender la boca del inmenso estuario.

En la conferencia del comandante Storni he encontrado un concepto que es digno de recapacitarse: *"La nación argentina tendrá forzosamente grandes intereses marítimos allende los Andes, que no podrán ser desatendidos"*... ¿No implica esto un deseo vedado, pero muy humano, de tener un puerto sobre el Pacífico para dar salida fácil hacia el mar a toda su región andina?... ¿Esta necesidad imperiosa no podrá llegar a convertirse en futura manzana de discordia?... Se someterán de buen grado nuestros vecinos, a ser tributarios de los puertos chilenos para encontrar salida al mar?.. Multitud de interrogantes se alzan al través de esta frase, interrogantes que pueden ser simples quimeras, como es de desearlo, como pueden, también, convertirse en cuestiones enojosas y de difícil solución.

Hace el comandante Storni una observación muy atinada:—*"España*—dice—*decayó junto con su marina de guerra; después de la destrucción de su escuadra, cerró para siempre a sus colonias la vía libre del mar"*.

Tanto Argentina como Chile necesitamos la vía del mar siempre libre y provista de bodegas para nuestros intercambios. Esto nos obliga al estudio de las rutas de comercio presente y futuro, los peligros que puedan amenazarlo y los medios de defenderlo.

Las rutas comerciales argentinas están perfectamente definidas; las nuestras también. Ellos, al presente, tienen sólo una: la del Atlántico; nosotros, dos: la de Panamá por el Pacífico y la de Magallanes hacia el Atlántico. La ruta comercial argentina tiene un solo posible enemigo: el Brasil; la nuestra, tanto por el Pacífico como por el Atlántico, tiene también probabilidades de hostilidad: el Perú por el norte, la República Argentina por el Atlántico.

Refiriéndose a la falta de equilibrio de banderas en lo que respecta a la marina mercante nacional, el comandante Storni dice::—*"Sería interesante calcular hasta qué punto este país es explotado por los de afuera y hasta qué punto es beneficiado por nosotros"* (Sic.)—En idéntico caso nos encontramos nosotros: en nuestra costa jamás ha existido el equilibrio de banderas. Las naves extranjeras, que llegan a Talcahuano o Valparaíso con cargamento completo, es decir, con sus gastos de viaje enteramente cubiertos, necesitan llegar a Antofagasta o Iquique a tomar la carga para el viaje de retorno, y en vez de hacer esta travesía en lastre admiten carga a precios irrisorios, dando así un golpe de muerte a la marina mercante nacional, que debiera de ser lógicamente la llamada a hacer el servicio de cabotaje.

Se queja el conferencista de que el pueblo argentino tenga pocas tendencias a emprender negocios marítimos, y encuentra la razón de este hecho en la circunstancia de que es más fácil administrar y hacer producir un campo que organizar y hacer rendir una flota mercante. Es indudable que la abundancia de terreno ha hecho al hombre absolutamente mediterráneo en la vecina República; entre nosotros pasa lo contrario, pues si la tierra no es escasa, en cambio grandes extensiones de ella están en manos de unos pocos privilegiados de la fortuna, el terreno no está suficientemente subdividido, como ocurre allende los Andes, y por una razón de orden geográfico nuestro pueblo es esencialmente marítimo.

Siendo nuestro pueblo esencialmente marítimo, a cualquiera se le ocurriría preguntar: ¿por qué no han surgido grandes empresas navieras en Chile?... Por la razón muy sencilla de que no hemos contado con capitales ni ha sido posible obtener la protección fiscal para tales empresas.

Los argentinos han mirado el servicio militar obligatorio en la Armada como una gran lección de navalismo que el pueblo recibe año a año; en los primeros tiempos la salida del conscripto producía un desga-

rramiento en los hogares, pero con asombro se les veía volver más fuertes, más aptos, de aquel elemento de los terrores y los naufragios. Y los relatos y recuerdos de los que han surcado lejanos mares en naves de guerra o en transportes han ido depositando, año tras año, ideas amplias y grandes en la mente popular, ahogada por el estrecho horizonte de la tierra adentro y hecha por tradición a no ver la Patria y el mundo sino a través del humilde agujero lugareño.

El caso nuestro es parecido. Nuestro "roto" ha tenido siempre aficiones al mar, a los largos viajes, a las excursiones aventuradas en busca de trabajo en países lejanos, pero todo aquello no ha hecho más que contribuir a formar en nuestro pueblo un instinto nómade que en nada lo beneficia. Viajar solo, errabundo, en busca del sustento en países donde se es un perfecto desconocido, no es lo mismo que viajar en una nave de guerra, a la sombra del pabellón nacional, formando núcleo con un grupo de compatriotas, llevando consigo la convicción de que cada hombre de a bordo, desde el comandante hasta el último grumete, lleva una parte proporcional de la representación de la Patria; además, en la vida de a bordo el "roto" se instruye, adquiere hábitos y costumbres que perfeccionan su nivel moral y que lo colocan en una esfera superior, permitiéndole desarrollar sus energías dentro de un elemento más propicio para el éxito.

El horizonte de pueblos como el nuestro, que ven al mar a su alrededor será siempre más vasto que el de los habitantes de tierra firme, cuya mirada sea circunscripta y ensombrecida por las selvas y la montaña. Esta amplitud no solamente esfuerza y aguza la vista; el horizonte ilimitado desarrolla en el alma de los pueblos empuje y perseverancia. El amplio mar aumenta las vistas del comerciante, como las del hombre de estado.

***

Con mucho acierto asegura el comandante Storni que cuando se construye un puerto, se adquiere un barco o se instruye un piloto, se sirven tanto los intereses del litoral marítimo como los del que planta caña de azúcar en la zona sub-tropical o esquila lanas al pié de la cordillera (sic). A los que claman por un camino, un ferrocarril o un puente—allá tierra adentro—es necesario mostrarles que ese camino, ese ferrocarril o ese puente no son otra cosa que una corta etapa de la inmensa red de vía, que viene uniéndose sucesivamente hasta converger en la gran vía común, que es el mar.

Este punto del problema ha tenido una solución harto desgraciada entre nosotros. Desde hace un siglo la vía marítima ha sido la que ha unido los diferentes puntos de nuestra dilatada costa. El tráfico ha ido aumentando paralelamente con las necesidades del momento. Y en 1914 podemos decir que había llegado a su auge; centenares de naves inglesas, alemanas, francesas y de otras nacionalidades movilizaban millones de toneladas de carga entre nuestros puertos y la competencia, es decir la ley de la oferta y la demanda, mantenía los fletes a precios prudenciales. Pero se produjo el conflicto europeo, y de pronto suspendieron sus viajes periódicos, o bien los redujeron a su mínimum, las naves de banderas beligerantes y quedamos sin elementos de transporte, sin bodega para mover dentro del país las cantidades inmensas de pasto, de reses en pie y de provisiones que se consumen en la pampa, sin barcos en que enviar a los mercados de Europa y Estados Unidos nuestro salitre, nuestros minerales de cobre...

La falta de bodega para exportar salitre se presentó con caracteres alarmantes. Pero, en cuanto a la carencia de elementos de transporte para llevar al norte cuanto consume de las provincias del sur, se pensó que sería un precioso "chance" para poner a prueba la potencialidad de nuestro ferrocarril longitudinal.

En la actualidad el riel une a Iquique con Puerto Montt. Todo el país atravesado por líneas férreas de propiedad del Estado, lo cual era indicio seguro de que la vía terrestre podría suplir, en caso de necesidad, a la vía marítima. Pero... se tropezó con todo género de inconvenientes, con itinerarios lentos y caprichosos, con fletes mayores que los más subidos que se cotizaban en la vía marítima, y con una falta absoluta de seguridad en los transportes, falta emanada de una organización deficiente.

Y esta situación anormal producida por el cataclismo mundial, esta crisis de bodega, ha venido a dar un grito de alarma en todo el país y nos ha colocado frente a frente de un problema que, de no haber mediado circunstancias tan desgraciadas como el conflicto europeo, habría permanecido olvidado por muchos años. En presencia de la evidencia de los hechos, nos hemos asombrado de ver la inmensa contribución que año por año pagamos a marinas extranjeras por la

movilización de nuestros productos y hemos pensado en lo hermoso que sería poder retener esos millones de libras esterlinas dentro del país haciendo esos servicios con elementos propios.

Este problema—el de la Marina Mercante nacional—está recientemente en estudio en la República Argentina. En cambio nosotros, gracias a la actividad desarrollada por la Liga Marítima de Chile, ya tenemos el proyecto de ley presentado a las Cámaras, y sólo se espera que los miembros del Congreso le presten la debida atención para que lo aprueben.

Como se ve, en este sentido tenemos ya alguna pequeña ventaja adquirida.

La política naval es una acción de gobierno; pero es indispensable para que tenga nervio y continuidad, que sus objetivos arraiguen en la nación entera, que sean una idea clara, un convencimiento en la clase dirigente, y una aspiración constante en todo el pueblo (sic). He ahí el objetivo, el plan de trabajo, la razón de ser de nuestra Liga Marítima de Chile.

El poder naval está basado en la producción, el transporte propio y el mercado.

Los argentinos tienen una inmensa producción, una producción que aumenta en progresión geométrica año por año y poseen mercados; sólo les falta el transporte propio. A nosotros nos ocurre otro tanto, aunque en diferente escala: nuestra producción de salitre es bastante considerable y para ella tenemos magníficos mercados en Europa, en los Estados Unidos y en Asia.

Uno de los ideales de la gran República del Norte es formar una inmensa marina mercante capaz de satisfacer las necesidades de todos los países de Centro y Sud-América, una flota pan-americana. Esto, mirado desde el punto "pan-americanista" es un hermoso ideal, pero un "ideal" que no resuelve nuestras legítimas aspiraciones, pues aceptar tal situación sería declararnos de hecho dependientes y tributarios de la Unión; debemos de propender, tanto nosotros como nuestros vecinos de allende los Andes, a tener marina mercante propia, a combatir el monopolio del tráfico.

El comandante Storni estima que no debemos hacernos ilusiones a este respecto. La creación de una marina mercante es el resultado de una industrialización muy avanzada, de la que estamos muy lejos. Pero tampoco hay que desesperar de nosotros mismos ni renunciar a la empresa (sic).

Nosotros poseemos talleres fiscales en el Dique de Talcahuano que están montados con tanta perfección como los mejores de Europa, los que, en caso de necesidad, podrían ser una ayuda eficaz a la marina mercante. Nuestros astilleros nacionales de Valdivia han producido obras de regulares proporciones con magnífico éxito. Los talleres de Caleta Abarca, en Valparaíso, han realizado construcciones navales, que son obras bien concluídas y concienzudamente calculadas, lo suficiente para servir de base a futuros astilleros. En Constitución se han hecho infinidad de pequeñas construcciones navales de mediana importancia.

Todo esto nos da derecho a suponer que contamos con elementos para iniciar la formación de una flota mercante.

Nuestra montaña contiene hierro en abundancia; nuestros bosques producen magníficas maderas; existen fábricas susceptibles de ser transformadas en astilleros; tenemos un selecto personal de obreros educados en el país, experimentados en el Dique de Talcahuano, en las maestranzas de los ferrocarriles y en talleres particulares... ¿Qué nos falta?... ¡Sólo el empuje que ponga en movimiento todos estos diferentes elementos!

Con gran acopio de datos trata el comandante Storni el problema de la pesca en la República Argentina. Principia por estudiar la oceanografía de la costa y la fauna marítima de la región. Por principio, combate la pesca en la forma que está organizada actualmente. Debemos de fomentar la pesca a vapor—dice.—Los pescadores rústicos son almácigos de miseria. Italia posee 28,000 barcas a vela, las que producen por año un término medio inferior a 900 francos; la ganancia neta anual de cada pescador italiano es poco más de 100 francos. Inglaterra, con sólo 600 barcos a vapor de la matrícula de Grunsby, obtiene 80 millones de francos por año o sean 133 mil francos por barco.

En la Argentina existe el peligro de que una pesca organizada a base de barcos de valor produciría una cantidad mucho mayor que la necesaria para el consumo de la población, pues no es posible distribuir el pes-

cado de Comodoro Rivadavia en las provincias de Tucumán, de Salta ni en el Territorio Nacional de Misiones, dadas las inmensas distancias. Pero los queda una defensa: la fabricación de conservas con la superproducción. Agregarían un nuevo renglón a la industrialización nacional.

Entre nosotros ocurre lo que en Italia: los pescadores rústicos resultan almácigos de miseria. La utilidad que perciben es infinitamente pequeña si se la compara con los sacrificios de la vida que llevan. Nuestro mar es rico en pescado; sólo falta industrializar la pesca para ofrecer al pueblo un alimento sano, abundante y barato. Y, además, como nuestros vecinos transcordilleranos, podríamos también establecer la fabricación de conservas.

La pesca es un problema bifácico: es problema económico y al mismo tiempo problema naviero por tratarse de barcos.

Uno de los asuntos que más preocupan la atención del comandante Storni es el formar ambiente marítimo en la opinión pública. Para conseguirlo propone como únicos medios la instrucción pública, la acción privada y los deportes marítimos.

Nuestro pueblo — vuelvo a repetirlo — es marítimo por excelencia, intuitivamente, sin que para ello haya contribuído en lo más mínimo la instrucción pública. Este es un punto que debiera tomar muy en cuenta el señor Ministro de Instrucción Pública, pues sólo de él depende que en los programas de instrucción se agreguen las asignaturas necesarias a este objeto.

La acción privada entre nosotros ha sido y sigue siendo casi nula. La Liga Marítima de Chile se creó con este fin: realizar la propaganda marítima; pero esta no es obra de uno, de dos ni de tres años, es obra de largo aliento, cuyos frutos demoran mucho en madurar.

Los deportes náuticos están muy abandonados entre nosotros. El yatching, que en todas partes del mundo es el sport preferido de las clases acomodadas, entre nosotros es desconocido. Aquí sólo los profesionales conocen el encanto de gobernar un bote ciñendo vela con viento duro.

La regata a remo es el sport que más se ha desarrollado en Chile; pero, desgraciadamente ha encontrado mayor ambiente entre los extranjeros que entre los hijos del país.

II

En la segunda de sus conferencias el comandante Storni aborda un tema que, en nuestro carácter de vecinos, nos interesa vivamente: "Características del poder naval argentino".

Reclama para su país el conferencista una defensa local costanera constituída por las bases navales de defensa fija en los puntos estratégicos, los campos minados, los submarinos y un servicio de vigilancia ejercido por medio de aviones y guarda-costas.

En seguida nos habla de la defensa movible, o sea una flota de mar de considerable radio de acción y con puntos de apoyo sobre sus rutas comerciales.

Y al tratar este punto, como es natural, entra de lleno a las relaciones exteriores.

"Ya mostré en mi anterior lectura—dice el conferencista—que nuestras rutas son franqueadas o dependen de nuestros vecinos, especialmente Brasil y Chile.

La historia muestra invariablemente que los pueblos que alcanzaron un gran desarrollo comercial lucharon por adquirir bases de seguridad a lo largo de los propios haces de navegación. El último ejemplo, que es reciente, lo han dado los Estados Unidos de Norte América y el Japón.

Uno de los trabajos más notables del contra-almirante Mahan, es aquel en que señala los puntos de apoyo para la expansión futura, de los cuales aquella nación se ha venido apoderando de grado o por fuerza.

Los latino-americanos estamos en el caso de ser más bien víctimas que iniciadores de una política semejante.

Y nosotros los argentinos hace ya rato que somos víctimas.

Creo firmemente que jamás podremos lanzarnos a esas expansiones, parte porque, como los segundos del mayorazgo, hemos llegado ya tarde al banquete de la vida, y más aún porque todo indica que debe terminar la presión de las potencias y que cada nación por sí deberá velar por su seguridad y por sus intereses.

Y esa política, aunque alcancemos algún día los límites de verdadera potencia, no la deseo para mi país; es una política de doble filo; engendra el irredentismo, que va, átomo por átomo, trabajando el alma de los pueblos, hasta producir esas olas de heroísmo y de sacrificio, que lo conducen a las cruentas y sagradas reivindicaciones.

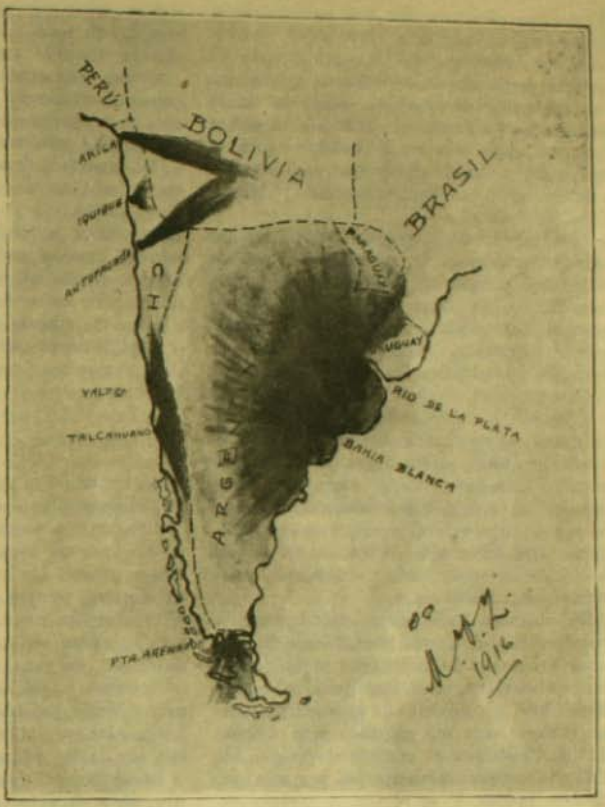
Los puertos, cabos o islas que jalonean nuestras rutas comerciales pertenecen a na-

ciones sólidas y definitivamente constituídas.

Estudiando detenidamente desde el punto de vista militar nuestro comercio marítimo, yo no encuentro más que una solución: la solidaridad y mutuo apoyo en las naciones de América. Pero no sobre la base de que una de ellas o un grupo de ellas se encargue de la defensa y de mantener el tráfico en los límites de su recurso y posición y en la defensa de su soberanía y legítima salvaguardia.

La seguridad de las rutas del comercio marítimo y el tonelaje de buques que lo mantengan, darán una de las pautas para dirigir las relaciones exteriores, lo mismo que las características de la flota de alta mar del futuro.

La amistad firme y mutua inteligencia con el Brasil y Uruguay por un lado y por el otro con Chile y Perú, es esencial: es como el punto de partida que asegurará los puntos de apoyo para ambos lados de la América del Sur, no solamente por la acción local de las fuerzas propias, sino por la concurrencia y el apoyo de las fuerzas del vecino.



Esquema que demuestra los principales polos comerciales de Chile y Argentina y sus zonas de atracción. Arica y Antofagasta llevan su zona de influencia hasta el interior de Bolivia. En cambio, el Río de La Plata es el polo comercial del Paraguay y gran parte de la República Oriental del Uruguay.

Yo no he querido avanzar más hacia el norte en estas apreciaciones, porque la hora no es propicia; pero siento un vehemente anhelo de manifestar un arraigado convencimiento: el de que nuestro punto de apoyo geográfico y moral sobre Europa está en la península ibérica y en sus islas dependientes, y que nosotros los argentinos debiéramos mirar el resurgimiento de España como cosa nuestra..."

Hasta aquí el conferencista; hagamos ahora el comentario a tantos y tan bellos propósitos.

La actual ruta comercial de la República Argentina está entre el Río de la Plata y Europa o Estados Unidos, y, posiblemente, en un futuro cercano, entre el Plata y las costas africanas del Sud. Pero el comandante Storni ha estudiado la solución de este problema para un futuro quizás lejano y bajo la base de que los hinterland de los puertos chilenos alcancen las provincias andinas, es decir, para cuando el ferrocarril de Salta a Mejillones sea un hecho.

Nuestros vecinos de allende los Andes reconocen que el Canal de Panamá, ofreciendo una vía más corta y perfectamente segura entre Valparaíso y los puertos orientales de los Estados Unidos y las costas de Europa ha dado un golpe de muerte a nuestra antigua vía del Estrecho de Magallanes.

Y de esta circunstancia, que para nosotros representa un perjuicio evidente—la desvalorización comercial de una gran parte de nuestro territorio—ellos deducen una nueva ventaja para sus intereses. Como se ve, la fortuna los ha favorecido más a ellos que a nosotros; por esta razón buscan ahora el apoyo de los únicos países que podrían dificultarle su nueva ruta comercial: Chile y Perú.

El comandante Storni demuestra ser un convencido sincero de los beneficios que está llamada a producir la política "pan-americanista" y en frases de generosos sentimientos nos habla de una confraternidad, que ha logrado imponerse y tendrá que ser duradera mientras a ello no se opongan los "intereses creados".

Es indudable que la República Argentina no necesite en la actualidad realizar la guerra de conquista, dada su gran superficie de tierra y lo reducida de su densidad de población. Argentina, como nosotros, debe de pensar en aumentar el número de sus habitantes para acrecentar su fortuna, éllos por medio de la agricultura y ganadería, nosotros industrializándonos.

No obstante todas estas consideraciones, y *malgré* la opinión del comandante Storni, todos conocemos sobradamente el litigio argentino-boliviano, que luego vino a recaer sobre Chile, a propósito de la Puna de Atacama, tierra que fué sometida a la soberanía de Chile por el tratado de tregua de 1884 y que oportunamente fué ocupada por nuestras tropas. Y en el sur, si nuestro gobierno no se hubiera apresurado a ocupar el Estrecho de Magallanes, nuestros vecinos habrían traído sus límites hasta las orillas del Pacífico en toda la región patagónica.

¿Debemos de dar crédito en absoluto a estos recientes deseos de confraternidad de nuestros vecinos? ¿No hay en todo esto algo de parecido con aquella fábula de Esopo, que se titula "El león enfermo"? ¿No deberemos asumir la actitud de la zorra de la fábula, que no quiso acercarse al león porque sólo veía las huellas de los que habían caído?... Todos estos interrogantes—duro es tener que confesarlo—se mantendrán en pie mientras nuestra potencialidad y la de nuestros vecinos no estén equilibradas. La paz y el desarme "universal" es la más hermosa utopía que puede haber concebido el cerebro humano; mientras estemos en condiciones de poder defender a cañonazos nuestra propiedad, nuestro comercio y nuestro desarrollo industrial y económico, podremos estar seguros de vivir en paz y concordia con todo el mundo... Una vez debilitadas nuestras fuerzas, tendremos necesariamente que entrar por el terreno de las contemporizaciones, y estaremos expuestos a acceder a cuanto nos pida quien sea más poderoso que nosotros.

La amistad firme y mutua inteligencia entre las potencias latino-americanas es un justo anhelo, tanto para nosotros como para nuestros vecinos. Pero para que esta amistad pueda ser sólida sería necesario que se produjese una fuerte corriente de intercambio comercial entre la costa del Pacífico y las riberas del Plata, que se formasen los "intereses creados" destinados a sintonizar nuestras relaciones exteriores en el futuro.

***

Al tratar de la equivalencia de armamentos, el comandante Storni dice lo siguiente: "Sin llegar a aceptar jamás aquella opinión de un general alemán "Quien dice vecino dice enemigo" (lo que puede ser muy cierto en Europa, porque los pueblos tienden a la diferenciación, mientras que en América no, porque existe en gran parte la comunidad de origen, de raza, de idioma, de religión y de intereses); sin llegar, digo, ni de lejos a esta opinión, es obvio que los armamentos no puedan ser discutidos sin relacionarlos con los de los países limítrofes.

Como hemos visto, los grandes intereses marítimos de estos pueblos no plantean necesariamente conflictos, antes bien pueden tender a unirlos.

Si las relaciones con Chile hubieran de conducirnos a la guerra—y aquí el comandante Storni encara la cuestión abiertamente y de frente—¿cuáles serían las consecuencias?... La dilatada frontera terrestre nos obligaría por ambas partes a ingentes preparativos militares, que absorberían de tal modo los recursos, que los vitales intereses del mar tendrían que relegarse a segundo término. La historia nos muestra naciones como Francia, Holanda, y sobre todo España, que vieron decaer su importancia marítima por las exigencias de la guerra continental.

La lucha entre Chile y la Argentina, ¿qué podría producir al vencedor Una gloria más y tal vez un pedazo de tierra; pero el odio quedaría establecido y la idea de "revancha" como un sentimiento, una aspiración arraigada del vencido. Estos esfuerzos

de acción y de reacción nos obligarían a olvidar el camino del mar, que es el camino de nuestra común grandeza..."

Luego, hablando de la oposición que había manfestado el general Vergara a la construcción del ferrocarril entre Salta y Mejillones, dice el conferencista: "Poner trabas al comercio es crear líneas de ruptura; la historia así lo prueba constantemente. Una traba sería, por ejemplo, en lugar del ferrocarril directo de Salta a Mejillones, el de Tucumán a Caldera, que doblaría la distancia de aquella primera región al mar Pacífico.

Se ve un peligro de absorción y aun de conquista en esas vías. Todo ello es ilusorio. El verdadero peligro para ambos países está en que uno insistiera en cerrar al otro sus puertas. El general Vergara dice (a mi juicio con mucho acierto) que habría sido mejor que Chile y la Argentina hubiesen constituído un solo pueblo, lo que ahora declara imposible. Yo me permito observar que por el camino de las trabas llegaríamos, fatalmente, tarde o temprano, a la guerra, con resultados desastrosos para ambos pueblos; en cambio, el sistema de "la puerta franca", abierta y amiga, si pudiera conducirnos a la unión, aun a la unión política, no haría más que servir mejor los altos ideales de los pueblos de América.

De todos modos, no podemos olvidar que una parte importante de nuestro comercio exterior tomará la vía del Pacífico en el futuro, y que los intereses que nos ligarán a ese camino pueden exigir la acción de una flota, lo que impone una política de amistad y buen entendimiento con las naciones hermanas de aquel océano.

La circunstancia de que el comercio argentino tenga en el futuro que tomar la vía del Pacífico es una de las principales causas que motivan la necesidad de fundar un sólido poder marítimo, según el comandante Storni. Esto equivale a decir que ellos necesitan dominar en el océano Pacífico, privilegio que es nuestro desde 1818 y que deberemos de conservar como el más hermoso patrimonio. ¿No equivale esto a declarar tácitamente que ellos necesitan un puerto de embarque y una base para su flota en nuestra costa?... Oculto, muy bien oculto, se trasluce, sin embargo, un deseo de expansión territorial!

Tratando la situación argentina con respecto a sus vecinos del Atlántico, el comandante Storni se expresa así: Con Brasil es análogo al de Chile, aunque mucho más simple. Una misma vía nos comunica con el mundo y sobre ella nuestros intereses son paralelos. Yo no encuentro un motivo de conflicto, ni el más pequeño, entre estas dos naciones; en cambio, hay poderosas razones de orden económico y militar que aconsejan un buen acuerdo y mutuo apoyo.

Y así podemos declararlo, alta la frente y abierto el corazón, ahora que han desaparecido hasta los últimos vestigios de la política del Imperio del Brasil en el Plata, política que fué no solamente anti-argentina, sino también anti-americana, y que por eso cayó. Ahora que podemos, alta la frente, lo repito, y abierto el corazón, tender los brazos a la gran nación hermana, a la República de los Estados Unidos del Brasil".

Como se ve por las frases que acabo de transcribir, nuestros vecinos tienen en gran estima la amistad y armonía de los intereses con Brasil, lo que se explica fácilmente si se considera que esta nación cuenta con más del triple de las riquezas naturales que la Argentina, que es un país cuya región central está casi inexplorada, que su población va siempre en aumento y que en un porvenir no muy lejano tendrá que ser un competidor formidable de los mercados platenses.

Continuando el análisis de las relaciones exteriores argentinas, el comandante Storni habla así del Uruguay:

"La República Oriental del Uruguay presenta por su situación un caso más interesante y grave para la defensa marítima argentina. Está en la boca misma de la gran salida comercial, a un paso de lo que será la llave de la seguridad costanera.

¿Cuál será la única solución que concienzudamente un militar neutral, que hablara únicamente por la ciencia de la guerra, daría para el caso que el Uruguay pudiera ponerse en contra nuestra en una guerra exterior?... Dominarlo sin pérdida de tiempo, cayendo sobre él con dos veces, tres veces o más la fuerza que pudiese oponer. Tan grande sería para nosotros el peligro de que un enemigo fuerte en el mar pudiera sentar sus reales en la costa vecina para atacarnos en el centro mismo de nuestros recursos.

El Uruguay, por efecto del número, sería, tal vez, dominado; pero el esfuerzo de aplaste podría resultar excesivo. Tal caso de guerra se presenta, para los dos pueblos, con los caracteres fatídicos de las tremendas destrucciones.

Creo firmemente que, por razones ante todo militares y para igual beneficio y seguridad de ambas Repúblicas, no debemos abrirar empeño para que la amistad y la unión sean firmemente consolidadas.

Y cuando he sostenido que la defensa del Plata y de sus tres salidas es el problema vital de nuestra defensa marítima costanera, no entiendo no digo ofender, pero ni siquiera causar la menor molestia al pueblo uruguayo, pues aquello es una simple y forzosa consecuencia de los colosales intereses argentinos en dicha salida al mar, los cuales entrañan una enorme desproporción, que también ha de existir, fatalmente, en las armás y medios defensivos, en razón de la incontestable y varias veces múltiple superioridad de nuestros recursos.

Termina el comandante Storni—refiriéndose a este tópico—afirmando que los intereses argentinos y uruguayos son perfectamente armonizables en el Río de la Plata, como sería igualmente armonizable la común defensa. Y nada puede estar más lejos de nuestro ánimo nacional—dice el conferenciista—que infringir desmedro a una nación que, por ser de las más pequeñas de América, es de las más dignas de nuestro respeto.

¿Verdad que es este un estudio interesante, el de la política argentino-uruguaya?... Se resume en dos palabras: o aliados incondicionales o enemigos mortales; aliados que toleren quebrantar la neutralidad en favor de ellos, o neutrales invadidos y arrasados en beneficio de las necesidades de la guerra... ¡Ya el Uruguay tiene dictada su sentencia de muerte en caso de que se niegue a secundar la acción defensiva de sus vecinos ultraplatenses: correr igual suerte que Bélgica!..

Es verdad que todo esto entra en lo posible, aún más, es necesario en caso de guerra, ya que el bloqueo del Río de la Plata implica a nuestros vecinos la muerte de su comercio, la ruptura de sus comunicaciones con Europa y el ataque más formidable a su riqueza nacional. Todo esto justifica ampliamente cualquier medida hostil tomada en defensa propia.

Y lo que es verdaderamente sensible es que Chile no haya encaminado jamás su política exterior hacia un acercamiento definitivo y seguro con la República Oriental del Uruguay. Personalmente he podido imponerme de lo desconocidos que somos en la República Oriental; se sabe que Chile existe, y hasta se tiene un concepto bastante elevado de nuestra patria, pero se ignora su historia, sus elementos de cultura, su progreso, su psicología y su étnica. En Montevideo y en las principales ciudades uruguayas encontré siempre un ambiente favorable hacia nuestro país, y en todas partes oí la misma amarga queja: ¡Qué lástima que no nos conozcamos más íntimamente, que no haya entre ambos pueblos una corriente de intercambio comercial que nos induzca a establecer una amistad más estrecha!

Si en 1898, en el período álgido de nuestro pleito de límites, se hubiese producido la guerra, es indudable que nuestra escuadra habría tenido que bloquear el Plata, apoyando su acción sobre Montevideo. En aquel entonces nuestros vecinos ni tenían los recursos económicos con que cuentan hoy en día, pues principiaban a reflotar la fortuna nacional después del desastre producido por la crisis de 1894, ni poseían el ejército suficiente para haber invadido todo un país para asegurar su adhesión.

Yo, como el comandante Storni, hablo simplemente en hipótesis; tanto entonces como ahora nuestro Gobierno no se habría aventurado a utilizar territorio de neutrales para favorecer una empresa bélica sino en un caso extremo. Pero, lo cierto del caso es que el tiempo nos ha dado una lección dura, muy dura, que deberemos de saber aprovechar...

III

Nuestro problema de defensa marítima depende de todos estos factores que conjuntamente con el comandante Storni acabamos de analizar. Se trata de una sucesión de causas y efectos, en la cual es necesario no olvidar detalle alguno; de la mayor precisión del estudio depende el éxito total de la cuestión.. Estas circunstancias me servirán de excusa por la demora con que venimos a entrar en materia.

El comandante Storni aborda este tema en los siguientes términos:

"Tratando de los armamentos con relación a los de nuestros vecinos, sería una falsedad esquivar el importante punto de vista de su equilibrio relativo.

Si fuera el propósito de la República Argentina atacar la política del "two powers

standard" se impondría: nuestra fuerza naval debería superar a la del Brasil y Chile reunidos. Promover la guerra sin haber llenado antes este requisito, podría resultar una locura.

Pero como nuestros intentos no serán jamás de esa naturaleza, es posible resolver el problema sobre un patrón menos elevado".

Ante esta declaración, nosotros debemos de preguntarnos: ¿Esta limitación de armamentos que propone el comandante Storni, este "patrón menos elevado", obedece a los deseos de una paz *a outrance* o a fines económicos?...

"Con la simple teoría de la guerra—continúa el conferencista—es posible determinar el grado de fuerzas navales, que nos diera la tranquilidad con relación a nuestros vecinos; pero prefiero llegar a conclusiones partiendo de los hechos observados.

Cuando alrededor de 1900 nuestra cuestión de límites cordilleranos llegó a su período álgido, conseguimos inclinar un tanto la balanza de las fuerzas navales chileno-argentinas en nuestro favor; la escuadra del Brasil era también inferior a la nuestra; la paz y la tranquilidad vinieron por varios años.

Andando el tiempo, el Brasil se lanzó a nuevas construcciones, llegando a superar con mucho a nuestras fuerzas; Chile quedó estacionado, pero el desequilibrio existía de hecho en el conjunto y tuvimos otra vez la agitación. Esta produjo un nuevo y enérgico esfuerzo argentino: hoy nuestra flota de guerra, siendo sensiblemente superior a la del Brasil, es en todo punto superior a la chilena, y tenemos la paz y la amistad inconmovibles. De ahí podemos sacar una regla de equilibrio de nuestras fuerzas, que sería confirmada si se analizara el punto de vista militar, teniendo en cuenta nuestra situación interna con las dos fuerzas vecinas, y que una de ellas domina las rutas de nuestro principal tráfico con el hemisferio continental.

Esta regla estratégica sería: que la flota argentina de mar debe ser tan fuerte hasta superar aisladamente a cada una de las flotas vecinas y hacer muy problemática su JUNCION en caso de guerra. Cuando se razona sobre la experiencia y no sobre los ensueños, se llega a idénticas conclusiones.

Hace dos mil doscientos años el fundador de la ciencia experimental, decía en su admirable política: "En cuanto a la potencia marítima, se ve suficientemente que lo mejor es poseerla hasta un cierto punto. No se debe solamente ser capaz de defenderse a sí mismo: es necesario también poder alguna vez socorrer a sus vecinos y alguna vez también inspirarles respeto por tierra y por mar..."

Es que Aristóteles fundó sus conclusiones en la observación directa de la vida de varias decenas de repúblicas o telasocracias griegas, y esas verdades son siempre las mismas, porque ni las cosas ni los hombres han variado en su esencia."

Queda expuesta en síntesis la teoría del distinguido conferencista argentino, la que, como dije al principio de estas líneas, es el fiel reflejo de la opinión pública y del sentir de los hombres de gobierno.

Analicemos ahora la enseñanza que pueda deducirse del desarrollo de todos estos problemas:

a) Nosotros hemos tenido la primera flota mercante sud-americana y la hemos dejado languidecer por falta de previsión; el elemento europeo fué minando poco a poco los cimientos de nuestra Marina Mercante Nacional, y sólo ahora, cuando nos ha faltado la ayuda de las marinas mercantes europeas, hemos comprendido nuestro error. Nuestros vecinos jamás han tenido una marina mercante constituída; la que actualmente poseen está en pañales, se ven precisados a crear un organismo nuevo. En cambio, en Chile se trata sólo de dar vida nueva, dar impulso, imprimir energía a un elemento que existe.

b) Nuestras rutas de comercio, tanto por el Pacífico como por el Atlántico, encuentran a su paso posibles enemigos; podrían contar con puntos de apoyo sólo sobre las costas del Ecuador y Brasil, países con quienes nos unen tratados comerciales y una estrecha amistad.

En caso de un conflicto armado con la República Argentina, nos veríamos obligados a abandonar la ruta del Estrecho, so pena de tener que dedicar a convoyar naves de comercio a buques, que necesariamente tendrían que estar destinados a hostilizar al enemigo en sus propias costas.

c) El Ferrocarril Longitudinal, desde el punto de vista comercial no nos presta servicio ninguno. Esto se ha visto recientemente, pues cuando se produjo la crisis de transportes marítimos, lo lógico hubiera sido que el Longitudinal hubiese suplido la necesidad del momento y creándose una si-

tuación sólida por el porvenir. Pero, lo subido de los fletes y la falta de una organización perfecta lo convierten en un objeto de lujo, en un capital muerto, que no dará intereses y sólo producirá ingentes gastos al país.

d) ¿Tenemos bases para constituir nuestro poder naval? La respuesta fluye afirmativa. ¡Sí! Poseemos una producción abundante y tenemos mercados seguros. Sólo nos faltan elementos de transporte.

El hierro, la madera y el carbón es abundante en nuestro suelo. Sólo nos falta industrializarnos lo suficiente para aprovechar todos esos elementos.

e) El problema pesquero es de palpitante actualidad en Chile. Hasta la fecha la pesca se hace con los elementos más primitivos, en forma que rinde poco y exige gran trabajo. La "Liga Marítima de Chile" tiene en su mano la solución de este problema, y es de esperar que consiga industrializar la pesca, con lo cual se obtendrá en abundancia un alimento sano y barato para el pueblo.

f) Nuestros vecinos de allende los Andes se quejan de que les falta ambiente marítimo en la opinión pública. Allí eso se explica: la gente de tierra adentro no conoce el mar ni de vista, y, como es lógico, los asuntos marítimos les interesan poco o nada.

Lo que es verdaderamente lastimoso es que en un país eminentemente marítimo como lo es el nuestro, no exista ambiente popular en el público. La apatía popular se ha impuesto en una forma alarmante. Todo chileno mira el mar con cariño y con respeto, como si reconociera en él el campo de batalla donde los héroes de la "Esmeralda" conquistaron los laureles de la victoria; pero a nadie se le ocurre que ese mismo mar encierra tesoros infinitos, que entrega generoso a quien se propone explotarlo con talento y con audacia.

Nuestra flota y el personal que forma el escalafón de la Armada están llamados a formar la base del Ambiente Marítimo. Millares de hombres han cruzado por nuestras naves de guerra una etapa de su vida, recibiendo en ellas instrucción, hábitos de organización y de cultura, y al regresar a sus hogares han llegado transformados en ciudadanos útiles a la patria, con nociones perfectas de la vida y con aptitudes para incorporarse en un elemento social superior al de su origen.

g) La República Argentina no disimula sus deseos y su necesidad de empujar una parte considerable de su riqueza hacia las costas del Pacífico, con lo que vendría a aumentar el hinterland de alguno de nuestros principales puertos del norte. Ya que esto habrá de producirse inevitablemente, en más o menos tiempo, justo es que nosotros preparemos el terreno en el sentido de obtener compensaciones de orden comercial a cambio del servicio que se nos exige. Justo es que si les franqueamos la puerta para que su producción encuentre una ruta más corta y más barata a los principales mercados de Europa y de Estados Unidos, ellos fomenten y establezcan un activo intercambio de productos con nosotros.

Hasta hoy el Ferrocarril Transandino por Uspallata no ha hecho más que transportar turistas. Una empresa que establece tarifas prohibitivas para la mercadería no presta servicios útiles a las regiones que une. Si la Compañía del Ferrocarril Buenos Aires-Pacífico no baja sus tarifas es porque tiene que repartir fuertes dividendos anuales a sus accionistas de Londres y castiga en cada balance el valor de su material rodante, lo que no ocurriría si esta línea perteneciese a ambos Gobiernos y se propusiesen fomentar el intercambio de productos.

Nuestros vinos, frutas frescas y conservadas, marisco, pescado, etc., encontrarían mercados magníficos, no sólo en Buenos Aires, sino también en todas las provincias que recorre la línea desde Mendoza al Plata; en cambio nosotros podríamos obtener la carne más barata y hasta nos proveeríamos de muchos artículos, que hoy la industria argentina produce tan buenos como los de manufactura europea.

h) Estamos en el deber de creer que los sentimientos de confraternidad y los ideales de pan-americanismo del pueblo argentinos, tales como los encontramos reflejados en el libro del comandante Storni, sean perfectamente sinceros. Nadie más que nosotros debemos anhelar una paz duradera y estable, una paz que nos permita desarrollarnos fuertes y vigorosos dentro de un ambiente de prosperidad y de holgura. Pero... por otra parte la voz de la experiencia nos dice al oído: ¡Vivid prevenidos!... ¡No dejéis de creer en los votos de confraternidad que formulen vuestros vecinos; pero aceptadlos con la debida reserva!...

i) La flota de Cochrane conquistó para nosotros la supremacía marítima en América del Sur. En la guerra del 79 nuestra Escuadra aseguró una vez más nuestro predominio en el mar. Luego después, cuando

se renovó el material naval, hace de esto un cuarto de siglo, nuestra Marina de Guerra continuó siendo la primera. Justo es, por lo tanto, que anhelemos recuperar nuestra antigua situación como potencia marítima.

El país entero reconoce nuestra necesidad de poseer una Marina Mercante Nacional con que dar impulso a nuestra industria salitrera y una Marina de Guerra para hacer respetar nuestros derechos y ser los dueños del Pacífico del Sur. Sólo falta que el Gobierno arbitre los medios con que atender a esta necesidad nacional.

j) La lógica nos dice, y la atinada disertación del comandante Storni nos lo hace ver claramente, que necesitamos estrechar más aun nuestros vínculos de vieja amistad con el Brasil. La diplomacia debiera de trabajar más activamente en cultivar las relaciones con los Estados Unidos del Brasil, ya que ellos podrán, en cualquier circunstancia, ser un elemento valiosísimo que contrarreste la acción de la Argentina y sus aspiraciones en este lado de la América.—Brasil está llamado a mantener el equilibrio entre nosotros y nuestros vecinos del Plata.

También necesitamos activar la acción de nuestra diplomacia en la República Oriental del Uruguay, a fin de asegurar su neutralidad en un caso de conflicto. Y esto, como he tenido oportunidad de verlo personalmente, no sería difícil, pues en aquel país existe ambiente favorable hacia Chile.

k) La actual supremacía argentina en materia de armamentos, como lo declara el comandante Storni en el curso de su conferencia, les asegura nuestra amistad; pero esta resultará siempre, para nosotros, una amistad forzada, una amistad que implica una dependencia, una subordinación al más fuerte, mientras no logremos obtener un perfecto equilibrio de armamentos navales, es decir, de material a flote, ya que la base, o sea el personal suficiente y apto para operar con las naves de combate más modernas y complicadas lo poseemos y de la mejor especie, personal educado en la escuela del constante estudio, del sacrificio y del amor a la Patria!

IV

Estas líneas, tal como el libro que ellas he tratado de comentar, no tienen otro objeto que el de atraer la atención del pueblo de Chile hacia sus intereses en el mar.

Un sabio proverbio de la Liga Marítima Alemana, nación que se ha hecho grande y poderosa mediante el desarrollo de su influencia comercial sobre todos los mares de la tierra, dice así: "Hay que popularizar ideas sobre la unión de la Agricultura, la Industria y la Marina, indispensables para la vida próspera de un Estado moderno".

Nosotros necesitamos guiar todas nuestras energías hacia el mar. Y, al mismo tiempo, no olvidar jamás aquel hermoso pensamiento de Richelieu: *"Sin el mar no se puede ni aprovechar la paz ni sostener la guerra..."*

Coquimbo, agosto de 1916.



Una novela chilena

Lejos de los cenáculos literarios, dado por entero a sus labores de periodista, Januario Espinosa es un trabajador infatigable que no olvida un instante su obra de escritor en medio de los prosaicos menesteres. Primero fueron una serie de cuentos que escribía en "Zig-Zag" o en otras revistas de ocasión, luego una novelicula sencilla y húmeda de emoción rústica "Cecilia", que fué la promesa de un buen novelista; más tarde "La vida humilde", trozos de vida vividos por Espinosa en su existencia de empleado del telégrafo y de periodista, y, por fin ahora "Las inquietudes de Ana María", novela también, en la cual ha puesto muchos de sus ideales de escritor y muchas de sus aspiraciones humanas.



Espinosa no es un idealista ni tiene pretensiones de serlo: sólo se contenta con escribir con claridad y sencillez suma. Como narrador es ameno y liviano: sus fábulas se desarrollan fácilmente e interesan al lector hasta obligarlo a no soltar su libro. Así sucede en "Las inquietudes de Ana María" y ello prueba que Espinosa tiene conquistada una de las más difíciles virtudes literarias del género. Sólo quisiéramos advertirle, a manera de reparo, que no hemos gustado en esta su última novela el asunto capital de ella en el que vemos unida una situación poco sólida, como son los amores desiguales de una señorita con un mozo humilde, argumento ya tan explotado por folletinistas cursilones. Cuánto mejor sentimos a Espinosa en su "La Vida Humilde", describiéndonos cosas tan vividas como el medio ambiente que tuvo cerca de sus ojos.

Pero una novela como esta en la vida de un gran laborioso como es Januario Espinosa, sólo significa un accidente. Luego le seguirán otros libros en los cuales esperamos que el autor de "Cecilia" se nos devuelva con esa su antigua ingenuidad y esa su antigua frescura. Todo lo cual no quita, por lo demás, que "Las inquietudes de Ana María" sea un libro interesante, una novela digna de aplauso y de encomio.

P.

✣ ✣ ✣



Era un piño de potrones que se acercaron a él entre curiosos y deferentes.

COLIHUACHO

Por

RAFAEL MALUENDA

(Historia de un cuadrúpedo)

Dibujos de Oliver.

Le pusieron nombre atendiendo, de seguro, a dos de sus condiciones de animal: a la cola larga, pelada, con un raído mechón en la punta y a su procedencia de cuadrúpedo sin antecedentes.

Era un macho viejo, que unos carretoneros dejaron en el fundo a cuenta de talajes y cuyo trabajo consistía en servir de puntero a la piara de yeguas que, durante las cosechas, hacían la trilla de los porotos y de las arvejas.

Destroncado, espiado, cubierto de maturas y de marcas, **Colihuacho** llevaba sobre el pellejo la historia de sus padecimientos. Las peladuras del pecho y la inchazón de las nerveras hablaban de los días en que se agotó arrastrando a diario un carro lechero, allá en el lejano pueblo en donde nació; más tarde le rompieron los ijares, haciendo de cinchero de un carretón de feria; pasando de mano en mano, mientras su valor se reducía aumentaba el trabajo y se le hacía más difícil desempeñarlo, hasta que vino a parar a manos de aquellos carretoneros, en cuyo servicio—mal alimentado y peor tratado—permaneció arrastrando enormes cargas, cuando no eran inmensos manojos de pasto de los cuales apenas si sus belfos saboreaban una brizna.

¡Qué días aquellos!

Los días en que todavía soñaba con el ideal de llegar a ser "macho del ejército". Porque ¿qué más puede anhelar un macho? Buen alimento, buena pesebrera, mejor ca-

ma, mucho cuidado y poco trabajo: arrastrar las cureñas los días de ejercicio o de parada, o bien llevar las ametralladoras sobre el lomo, en elegante aparejo y conducido de la mano por los más suaves caminos.

Pero la suerte contrarió sus sueños y lo hizo caer entre la falange de machos que trabajan brutalmente para contribuir—en forma indirecta—al regalado mantenimiento de esos machos privilegiados que están en el Gobierno, gozando de una situación espectable.

Es cierto que **Colihuacho** apenas si podía darse cuenta de su situación: trabajando desde la aurora al crepúsculo no le quedaba espacio para meditar y de aquí que durante largos años creyera que su miserable destino era cosa fatal con la cual había de resignarse; de aquí que las manifestaciones de su descontento se limitaran a una secreta envidia por los machos burócratas que tienen asegurado el trabajo liviano y el alimento abundante.

Fatalizado y viejo, lo dejaron un día en la hacienda.

¡Qué días!

Pasadas las cosechas, en cuyas faenas tomaba parte, se le dejaba triscar tranquilo en los potreros, acariciado por el sol, que resquemaba su piel color chocolate, y espantándose las moscas con el raído plumerillo del rabo. No se le ensillaba porque los pesados trabajos le dejaron una andadura áspera y desigual y porque las mataduras del lomo, sobre las cuales pululaba un enjambre de moscas, se le irritaban reclamando remedios que nadie quería tomarse el trabajo de hacerle.

En contacto con la soleada tierra, libre de las explotaciones que le magullaban el cuerpo y le embotaban el instinto; mirando pastar en las vecindades los grupos de vacas lecheras, las manadas de ovejas, los hermosos bridones de silla y los pacientes bueyes de tardas andaduras y melancólico mirar, aquel macho—que tenía en la sangre la despierta inteligencia del caballo junto al abundante buen sentido del burro—un día pensó.

Y este primer signo de verdadera existencia—según Descartes—dió margen en su idiosincrasia de macho a una turbulenta vida interior.

Se sintió alegre, se sintió fuerte y rejuvenecido; un sano optimismo acarició su ánima despojada ahora de aplastantes servidumbres, y sin poder contenerse se dejó caer sobre el pasto, echando al aire las cuatro extremidades frenético de entusiasmo, borracho de alegría.

Las ambiciones, que antaño lo ponían triste, desaparecieron ante la nueva perspectiva que, en su vida de macho jubilado, le aseguraba esa fortuna inapreciable que consiste en "pertenecerse a sí mismo".

*

La pereza no es madre de todos los vicios; bien al contrario, es la condición propicia para que los seres imaginativos y fantaseadores urguen en los vericuetos del ensueño, padre legítimo de la Ciencia y del Arte. Un momento de pereza bien aprovechado puede ser el origen de un progreso valioso—como en el caso de Santiago Watt y de su tetera, o como en el de tantos intelectuales, que en horas de ocio concibieron las obras que nosotro imaginamos fruto de arduos empeños.

Viviendo en la pereza de los soleados potreros, halagado por la isócrona orquesta de las chicharras, acariciado por el sol y sintiendo que los vientos olientes a poleo le peinaban el lomo, **Colihuacho** se intelectualizó.

Y como es propio de intelectuales observar y concebir, **Colihuacho** observó en torno suyo atentamente, concienzudamente. Vió que entre todos los animales de la hacienda reinaban desigualdades irritantes, que se rendía homenaje a estúpidos prejuicios, que el egoismo era una ley, la cursilería una devoción, y la ignorancia un culto. Y entonces concibió una obra de ideal, cuya grandeza le produjo un estremecimiento en el lomo, echando a volar un enjambre de moscas: poner todo su empeño en combatir aquellos yerros y en señalar al mundo animal que poblaba la hacienda derroteros para una vida más progresista, más armoniosa, menos saturada de falsías y mentiras.

Y lo que es raro en un intelectual, **Colihuacho** ideó y acordó realizar su idea sin tardanza. Porque, malogrado su pasado de luchas y sinsabores, ese mal del siglo, que se llama abulia, nunca clavó sus garras en el encéfalo del macho idealista.



Dió algunos trancos y asomó su cabeza filosófica por sobre la vecina tapia.

Desde Confucio hasta Lutero, todos los reformadores han comenzado por destruir para edificar. **Colihuacho** en su modesto ideal de reformas no podía eludir la tradición y se dispuso a seguirla.

Barajaba en su magín la idea de que, al igual que entre los humanos, la más preciosa conquista de las bestias es la libertad de conciencias y de criterio; que las idolatrías caciquescas—que transforman a los hombres en carneros—en los campos transforman a los carneros en hombres; y meditando un golpe al ídolo del fundo **Colihuacho** cruzó el potrero, rumbo a los pastales de engorda, donde sesteaban las boyadas.

De paso se detuvo a saludar un grupo de vaquillas retozonas.

—Adiós, señoritas—les dijo.

—Adiós, señor—mugieron ellas con suavidad.—¿Cómo se encuentra aquí? Hasta ahora se ha dejado ver poco. ¿Está bien?

El macho tuvo el impulso de mentirles: decirles que "antes estaba mejor, que ahora se resignaba a vegetar en la Hacienda", todo para fingirse de importancia ante ellas. Pero el ingrato cominillo de la verdad había invadido su corazón y por esto les respondió sinceramente:

—Me encuentro como nunca de bien...

—Nos alegramos mucho porque así estará contento entre nosotros. Ya habíamos oído hablar de Ud. (las vaquillas mentían). El capataz lo elogiaba el día en que nos trajeron del espinal; por sus condiciones Ud. honra a la hacienda...

El elogio era harto exagerado para que **Colihuacho** olvidara su triste pasado de macho acarreador de tarros lecheros; de manera que cortó el diálogo, diciendo:

—Muy agradecido de Uds. y dispuesto a hacer cuanto esté de mis patas para pagar sus atenciones. Hasta luego...

Y borneando la cola siguió su camino.

Pero al enfilar el potrero vecino un nuevo encuentro lo detuvo: era un piño de potrones mestizos, que se acercaron a él entre curiosos y deferentes.

—¿Cómo está, señor?

—Para servir a Uds.

—¿Por fin parece que se queda entre nosotros definitivamente? Ya sale de su aislamiento.

Colihuacho que estaba por la sinceridad absoluta les respondió:

—Las circunstancias son las que mandan.

—Ojalá se quedara usted entre nosotros porque aquí hace falta una nota nueva, aquí no hay más macho que Ud. y con lo que Ud. ha viajado y conocido ¡vaya! todos hemos de ganar en el fundo.

Colihuacho pensó en su ideal y repuso:

—Para cualquier cosa de provecho se necesita del concurso de los jóvenes. La juventud es la que triunfa e impone sus ideales...

Uno de los potreros, el que parecía hacer de jefe de la piara y se daba aires de distinción, azotándose las ancas con la cola, murmuró con desaire:

—Los ideales...

Y los demás relincharon todos de acuerdo:

—Los ideales...

Después le otorgaron algunos elogios:

—Esperamos sus luces.

—Ya es sabido el ingenio del macho... el de los machos de familia, por cierto; porque los otros...

Tentado estuvo **Colihuacho** por fabricarse allí mismo un linaje ilustre, haciéndose venir por rama directa de la burra de Balaam; pero su ansia de verdad lo hizo callar y despedirse con un leve amusgar de las largas orejas.

Ya en los potreros de engorda **Colihuacho** se detuvo para buscar una forma de realización a sus propósitos; pero casi al punto los diversos grupos de bueyes y de vacas que lo habían visto llegar—extrañados de aquel acto de sociabilidad del macho—vinieron hacia él con el lento andar de animales graves; los bueyes con el ancho textus amortiguado por el peso del yugo, las vacas con el paso reposado de las hembras prolíficas.

Y antes de que el macho modulara un relincho un ramillete de elogios vacunos había caído sobre él. Entonces, acorralado junto a una hoguera, **Colihuacho** sintió sobre su trabajado lomo la zarpa de la tentación.

¿No era mejor plegarse a esa vida ficticia de la hacienda y entregarse al regalo que todas aquellas simpatías le ofrecían?

¿No le estaría bien abandonar su idea de reforma y aceptar las cosas como se presentaban?

¿No son la ingratitud y la befa la cosecha de todos los sembradores de ideales?

Y el macho dudó...

¡El instante de duda que ha sobrecogido en el pináculo de sus esperanzas a todos los idealistas!

Pero en ese momento las vacas iniciaban una retirada discreta—porque al igual que entre los humanos, entre los animales es cosa sabida que en toda reunión de varones se dice siempre algo que, decorosamente, no deben oír las señoras...

Entonces **Colihuacho** abordó su asunto.

Había en la hacienda un toro entrado en años que, por designio de lo imprevisto, era árbitro de opiniones, señor de criterios, dispensador de aplausos y censuras. En el rol de animales del fundo figuraba con el nombre de **Pimiento**, alusión a cierta mancha roja que le adornaba una paleta.

Pimiento se había impuesto a la consideración animal de la hacienda. Se decía:

—"Pimiento" piensa así.

—Esto dijo "Pimiento"...

Y "Pimiento" pacía gravemente al halago de aquellos respetos y homenajes rendidos a su importancia de animal distinguido ya en dos exposiciones.

Osado hubiera sido quien contradijera un modo de pensar al "champion" del fundo en el orden vacuno!

Los mismos solidúngulos—que por su ligereza e impetuosidad desempeñan en la política de los campos el papel de los radicales consideraban a "Pimiento" y tenían fe en la palabra del respetable rumiante.

Era un cacique aquel toro...

Pues bien, **Colihuacho** que en sus andanzas poblanas había conocido lo que eran las exposiciones (locales del parlamentarismo animal) y hasta asistido a una de ellas conduciendo un carro con aves de corral, nunca supo que "Pimiento" hubiera sido premiado y por ende no se explicaba el bestial homenaje que se le rendía. Si "Pimiento" figuró en alguna exposición nadie había reparado en él y como el nombre del respetable vacuno jamás lució en las listas de los premiados, **Colihuacho** comprendía que la importancia de "Pimiento" no era más que el resultado de un error o de un engaño.

Dispuesto a desenmascararlo se colocó entre los graves bueyes, giró en torno la testa y con firme relincho dijo:

—"Pimiento" no es nadie...

Parecieron no comprenderle—¡tan imposible era aquella declaración!—y entonces relinchó más fuerte:

—"Pimiento" no es nadie. Absolutamente nadie. Los ha estado engañando; nunca ha figurado en las exposiciones, ha ido a ellas como carnaza nada más...

Los bueyes alzaron las cornadas testas algo sorprendidos, los novillos se agruparon en torno de **Colihuacho** llenos de interés; y el macho, aprovechando aquel instante de es-

pectación les dió detalles reveladores para probarles las engañifias del champion.

Pero contra lo que **Colihuacho** esperaba, aquellos cornupetos, reconociendo su engaño, se volvieron retraídos y ninguna manifestación de agrado les produjo la revelación. Uno que otro buey aprobó la conducta del macho débilmente; pero la mayoría del piño acogió la verdad con manifiesto desagrado Porque los animales, aún reconociendo el engaño en que han vivido, difícilmente perdonan a quien les destruye una ilusión...

—Muy bien, amigo — le dijeron — tiene Ud. razón.

—Está en la verdad, sin duda.

—Es plausible su independencia para juzgar a un animal de campanillas...

Y con su tono frío y despectivo los vacunos acusaban la falta de importancia que le daban al hecho de que "Pimiento" — que lo era todo—ahora resultara un "Pimiento" que no era nada.

Algo sorprendido **Colihuacho** se alejó de los retraídos rumiantes, sumido en hondas cavilaciones. Se iba orillando una cerca cuando tres rollizas vacas Durham la salieron al paso.—Vecino—le dijeron—Ud. que es animal de opiniones y tiene autoridad puede sacarnos de una duda...

—Duda no—corrigió la más lozana de las vacas.—El señor puede pronunciarse sobre lo que nosotras pensamos, nada más.

—¿Y qué es ello?

—Nosotras estimamos que aquí en la hacienda las vacas de más importancia somos nosotras, porque la familia Durham vale más que la Holandesa... esa que está allá abajo. ¿Qué opina Ud.?

La consulta era engorrosa, pero para no caer en la majadería de la adulación **Colihuacho** afirmó que también las vacas Holandesas tenían su importancia...



Había en la hacienda un toro entrado en años.

—La tendrán—le respondieron—pero entre ser vaca de buena carne y de darse infulas por veinte litros de leche, nosotras creemos que lo primero vale más.

—Veinte litros de leche son mucha leche —reflexionó **Colihuacho** en voz alta.

—Oh! Entonces para Ud. la vaca mestiza tiene que ser la mejor. Es cuestión de la vida que se ha llevado: los animales criados a potrero piensan de modo diferente que los que hemos sido criados a pesebrera.

Era gruesa la grosería; pero el macho no se inmutó: suave y digno les respondió:

—No vale la pena haberse criado a pesebrera para distinguirse sólo por la abundancia de carne...

Y se fué sin querer poner oreja a los mugidos malévolos que ellas le lanzaron.

*

En las haciendas de relativa extensión—como los pueblos provincianos—las noticias se propagan con rapidez. Dos días más tarde de su primera jornada de reformador **Colihuacho** se dispuso a nuevas andanzas, pero se encontro con que una animosidad unánime flotaba en el fundo contra él.

En todas partes se hablaba del macho.

Y se hablaban pestes:

Que sin derecho alguno había zaherido al respetable "Pimiento" que le doblaba la edad; que se exponía con ello a una cornea-dura; que le había faltado al respeto a la familia Durham, burlándose del valor de sus carnes; que se había reído de la leche de las Holandesas, y soltado no sé qué frases de doble sentido para los potrones animosos y las vaquillas lozanas.

Y a medida que las noticias corrían—corrigiéndose y aumentándose de belfo en belfo — la figura del iluso **Colihuacho** se

iba tornando antipática, mezquina y agresiva.

Ya no era más que un macho presuntuoso, lleno de envidias y malquerencias; un macho aparecido, de aires intolerables. El infeliz se había, sin duda, creído de importancia por las lisonjas que se le hicieran, no sabiendo distinguir los mugidos de compromiso y los relinchos de buena educación.

Todo se transformó en agresiones para **Colihuacho**. Hasta las ovejas y los carneros, que triscaban en la loma, balaron algo insultante en contra del macho.

Desolado por todo aquello, el animal no sabía cómo explicarse tales cosas. Y procuró justificarse ante sí mismo de lo que había hecho.

¿No era verdad que "Pimiento"—en el orden de las exposiciones—no había obtenido los éxitos que se le atribuían?

¿Acaso la leche de las Holandesas no vale tanto como la carne de las Durham?

¿Alguien podía negar la necesidad de que los potrones animosos y jóvenes tuvieran ideales y lucharan por ellos?

Tuvo la esperanza de justificarse, explicando su pensamiento; pero sumido en tantas cavilaciones la noche le sorprendió en medio de un potrero. Caminó entonces al azar, presintiendo el haber incurrido en grave error.

Y sin quererlo, sus patas le llevaron por los mismos parajes que recorriera dos días antes, pero ahora amilanado por la grave carga de las dudas. De entre unas zarzamoras le relincharon algo amenazante; de más lejos llegó hasta él un mugido agresivo...

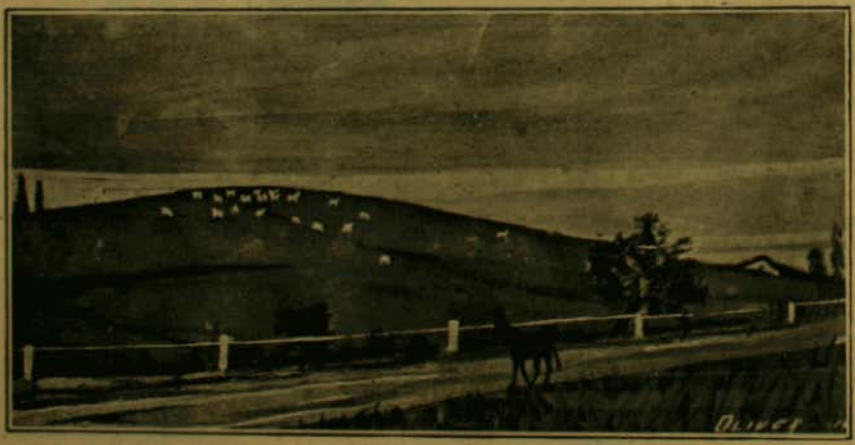
No fué el temor sino más bien el fuerte deseo de disipar tan injusta actitud el que le hizo aproximarse al extremo del potrero donde pernoctaban las vacas. Quería hablarles, y pues para cosa de los sentimientos se dice que las hembras son más comprensivas, interponer la influencia de ellas ante el mundo animal de la hacienda. Pero ¡oh, dolor! las bovinas lo dejaron aproximarse y cuando le tuvieron a propicia distancia se agruparon en torno de él y... **Colihuacho** sintió una feroz cornada en los hijares.

De un brinco el incauto solidúngulo se separó de ellas; no era la herida muy grande, pero como en materia de cornadas es sabido que las de las vacas son más enconosas que las de los toros, el macho tuvo miedo.

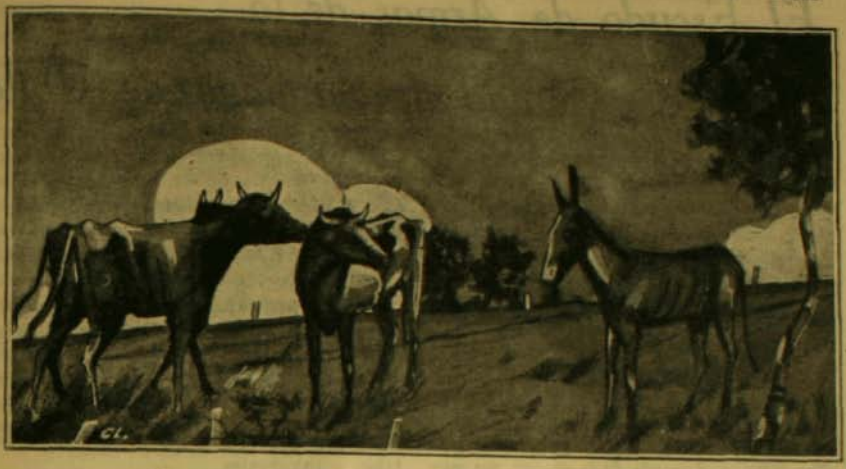
Un miedo que le puso tirante la piel y que aumentado por las sombras de la noche le hizo creer que toda esperanza de armonía había desaparecido para siempre, que la Hacienda hospitalaria iba a ser en adelante un yermo triste para el iluso animal... Vió su error, comprendió su error, lamentó su error!

Y echado en un rincón, junto a la cerca, dejó que la noche lo envolviera en su manto.

La luz del nuevo día tranquilizó su espíritu atormentado; la calma lo volvió al dominio de sí. Una reacción formidable se ha-



Hasta las ovejas y carneros que brincaban en la loma, balaron algo insultante en contra del macho.



De paso, se detuvo a saludar un grupo de vaquillas retozonas.

cía dentro de él, reacción que al fin tomó forma y se cristalizó en un solemne relincho:

—¡Quién me mete a mí en estas cosas!

Y como en aquel momento despuntaba el sol por sobre los potreros y a su caricia el pasto adquiría reverberaciones suculentas y brillaban las aguas y se hacía oloroso el viento, **Colihuacho** recogió la más profunda y reconfortante de las verdades: que, a pesar de la actitud del mundo animal de aquella hacienda, la naturaleza no había cambiado en nada para el macho que sabe comprenderla y gustarla.

Dió algunos trancos y asomó la cabeza filosófica por sobre la vecina tapia.

Unos bueyes pastaban con gravedad.

—Que pasten,—pensó **Colihuacho.**

Unas vacas iban camino de la lechería, todas llenas de presunción.

—Que las ordeñen cuanto quieran...

Los potrones cruzaron a lo lejos corriendo como si tal cosa fuera toda su misión.

—Que corran...

Unas vaquillas de raza se alejaban de un grupo de mestizonas, haciendo aspavientos cursis.

—Que se cursilericen...

Y en el distante potrero de las engordas se oía el ronco mugido del grave "Pimiento".

—Que brame y se dé importancia. Se la merece...

Y el alma del macho tuvo un desprendimiento absoluto por todas aquellas livianadades terrenales.

¡Qué bien se estaba en aquel abrigado rinconcito hasta donde los ruidos de la vida animal llegaban como lejanos balidos, como apenas perceptibles relinchos!

Y ante la idea de haber querido abandonar su retiro para una aventura ideal, **Colihuacho,** comparando lo pasado con lo presente, reconoció que se está muy bien acompañado cuando se está solo.

*

Alguna vez el macho idealista tiene la curiosidad de saber lo que pasa en la hacienda —en donde tanto se comentara su aventura de reformista—y entonces asoma la testa por sobre la tapia de su rincón y... como la Naturaleza no le concedió la risa a los animales, es esta circunstancia la que le impide (viendo lo que ve) morirse en un ataque de hilaridad.

Chillán, agosto de 1915.

El Escudo de Armas de la Ciudad de Santiago de Chile

Por

ROBERTO ORIHUELA

(Apuntes para un estudio)

Con ilustraciones fotográficas

Si a un habitante de Santiago se le pide que describa el escudo de la ciudad, por muy versado que sea en blasón, o por muy familiarizado que estuviera con él, tendría que confesar su imposibilidad al poco tiempo.

Y es que, salvo contadísimas personas, nadie sabe a ciencia cierta cuál es el escudo de armas de esta capital y qué características lo distinguen.

Posteriormente se han introducido usos nuevos que han contribuído a desorientar más aún a los vecinos.

El escudo de nuestra ciudad ha sido siempre un rompe-cabezas para los observadores y un enigma para el común de las gentes.

Este estado de cosas se ha agravado en el último tiempo, pues que se han podido notar dos escudos diferentes, usados ambos con carácter oficial. Uno de ellos, bastante difundido, que se caracteriza por cerros y una banda que muestra la palabra "Mapocho"; y otro recientemente puesto en servicio que se señala por un león rampante.

Procuraremos hacer la historia y el estudio de este problema de blasón.

Casi no hay (especialmente en Europa) una ciudad medianamente importante que no posea un escudo propio, símbolo de sus hazañas, distintivo heráldico de su historia. En los antiguos tiempos, las autoridades de las villas, aldeas y capitales, prestaban a la posesión legítima del emblema, una importancia transcendental. Importaba más para su Cabildo poseer armas que policía, agua potable o pavimentos.

Podían prescindir de todo lo que hoy se estima indispensable a la vida urbana, mas no de un escudo, por real cédula concedido, que luciera en los estandartes comunales y se mostrase tallado en la piedra de la fachada del Ayuntamiento.

Los archivos guardan gruesos legajos que contienen la documentación abundante que fué necesario amontonar para alcanzar la posesión de las armas de cada ciudad.

Fiestas extraordinarias se organizaron para celebrar dignamente la recepción de tan preciada distinción, que, poco a poco, ya no favoreció sólo a las grandes y heroicas capitales, sino que se hizo extensiva hasta las más insignificantes villas, que hasta los más pequeños pueblos alcanzó el favor real.

Al Soberano eran elevados extensos y prolijos memoriales por los cuales se solicitaba la alta merced de un escudo de armas que fuera símbolo y divisa.

Las ciudades del Nuevo Mundo, como los cortesanos de la majestad del Rey y los bravos conquistadores, quisieron ser ennoblecidos con escudos, armas y leyenda. Complaciente el Soberano, los concedía con liberalidad nunca desmentida.

No es de extrañar, pues, que la villa de Santiago del Nuevo Extremo, fundada por el ilustre don Pedro de Valdivia al pie del Huelén, pusiera en juego sus mejores actividades para lograr del magnífico Carlos V las armas que la ennoblecerían.

En efecto, consta de las actas del Cabildo

de Santiago que el 25 de octubre de 1550, reunido en sesión este Cuerpo, comisionó a don Alonso de Aguilera (quien debía hacer un viaje a la Corte por encargo de Pedro de Valdivia) "para que pueda parecer ante S. M. e pueda pedir todo aquello que por nuestras instrucciones lleva firmado de nuestros nombres, y lo demás que conviene a estas provincias."

Una de tales peticiones era, según la misma acta, que: por cuanto esta ciudad de Santiago había sido y era "el principal escalón para el descubrimiento e población de lo de adelante, era justo y razonable que tuviese alguna preeminencia, y la tenga como la principal ciudad que se ha poblado en esta gobernación" pidiendo, en vista de ello, que se la designara como ciudad capital del reino.

Y a continuación se dice que don Alonso de Aguilera está encargado de "pedir e suplicar a S. M. haga merced a esta ciudad dar e señalar por armas aquello que vos, Alonso de Aguilera, pidiéredes e señalárades en nuestro nombre, y hecha la merced, pedir e suplicar las tales armas sean y gocen dellas los vecinos e conquistadores que en ella estamos, e sean nuestras propias e para nuestros propios hijos e de los que de nosotros vinieren".

Se le dió a don Alonso la suma de mil pesos para sus gastos y se le ofrecieron mil quinientos más por su trabajo.

El 30 de enero de 1552, según dice el ilustre historiador don José Toribio Medina en su prólogo de las "Actas del Cabildo de Santiago durante el período llamado de la Patria Vieja (1810-1814) se encontraba en Madrid Aguilera, en cuya fecha encargó a don Iñigo López de Mondragón que solicitara del Consejo de Indias la concesión del escudo de Armas conforme se lo había encomendado el Cabildo de Santiago.

López de Mondragón inició las gestiones del caso y logró que dicho Consejo, con fecha 12 de febrero de ese mismo año, decretase dar a la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo el título de ciudad, añadiendo que "adelante se terná memoria de la honrar".

López de Mondragón presentó al Consejo un dibujo del escudo que solicitaba, modelo que fué substituído por otro.

El 5 de abril de 1552, S. M. firmaba en Madrid la siguiente real cédula:

"Don Carlos, etc. Por cuanto Alonso de Aguilera, procurador general de las provincias de Chile, en nombre de la Ciudad de Santiago, que es en las dichas provincias, nos ha hecho relación que los vecinos y moradores de la dicha ciudad nos han servido mucho en la conquista y pacificación de aquella tierra, donde pasaron muchos trabajos en ella y en poblar la dicha ciudad y en substentarla; que los pobladores de ella son gente honrada y leales vasallos nuestros, y nos suplicó en el dicho nombre que, acatando lo susodicho, mandásemos señalar por armas a la dicha ciudad, según como las tenían las otras ciudades y villas de las nuestras Indias, o como la nuestra merced fuese; y Nos, acatando lo susodicho, tuvímoslo por bien, y por la presente hacemos merced, queremos y mandamos que agora y de aquí adelante la dicha Ciudad de Santiago haya y tenga por sus armas conocidas un escudo que haya en él un león de su color, con su espada desnuda en la mano, en campo de plata, y por orla, ocho veneras de oro en campo azul, según que aquí va pintado y figurado en un escudo a tal como éste: las cuales dichas armas damos a la dicha Ciudad por sus armas e devisa."

De esta concesión real, se dió cuenta con toda solemnidad en la sesión del Cabildo celebrada el 22 de junio de 1555.

Don Alonso de Aguilera, cuenta el señor Medina, quedó en España y años después sirvió de notario en Esquivias en cuyo cargo le tocó autorizar la carta dotal otorgada por Miguel de Cervantes Saavedra a su esposa doña Catalina Palacios Salazar el 9 de agosto de 1586.

En 1760, con motivo de la jura y proclamación de Carlos III en Santiago, el Presidente don Manuel de Amat y Juniet hizo grabar una medalla conmemorativa y en su anverso se estampó tal escudo, aunque en forma harto defectuosa.

El señor Medina cree que fué esa la primera vez que se usó el Escudo en un documento público.

Treinta años después, don Ambrosio O'Higgins hizo estampar el Escudo de Armas de la ciudad en una medalla, que dedicó a Carlos IV.

En 1799 el grabador don Ignacio Arrabal, por disposición del Reglamento de la Casa de Moneda, grabó una medalla en elogio de

Chile, en cuyo anverso se ostenta el Escudo de Santiago.

En estas tres piezas el escudo está timbrado de corona ducal.

Antes de continuar en este estudio, será necesario hablar someramente acerca de lo que se ha llamado la ciencia del blasón, tan prolijamente cultivada por los heraldos o reyes de armas, cuya misión consistía en blasonar o describir los Escudos de los Caballeros que se presentaban a los torneos. De aquí que la ciencia del blasón se llamara también heráldica.

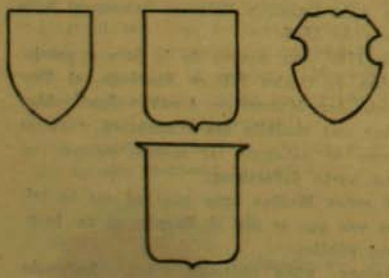
Para ellos el escudo era legible como una moderna biografía y en sus piezas honorables y cuarteles se registraba la historia completa de la vida y hazañas de los ascendientes y la propia del caballero que lo poseía.

Cada país o región ha poseído tradicionalmente un tipo de escudo, en cuanto a su forma exterior. Así, también se distinguían por sus contornos, los de ciudades, damas y caballeros.

Damos únicamente los tipos que se presentarán en este trabajo.

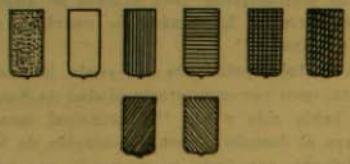
Y son:

1. Español antiguo.
2. Español moderno.
3. Polaco; e
4. Inglés.



Español antiguo—Español moderno—Polaco—Inglés.

En blasón hay dos metales: oro y plata, y seis esmaltes; gules (rojo), azur (azul), sable (negro), anaranjado, púrpura y sinople (verde). Estos metales y esmaltes se marcan (cuando no pueden recibir su color natural) con la disposición del rayado, en la siguiente forma:

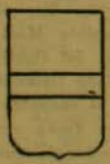


oro—plata—gules—azur—sable—anaranjado—púrpura—sinople.

De tal manera, el escudo otorgado por Carlos V a la ciudad de Santiago, es el que va a continuación:



El escudo se parte o divide en formas diversas, de las cuales sólo nos importa conocer las dos que van en seguida:



Faja.



Bordura.

1. Faja.
2. Bordura.

Sobre estas particiones o cantones, de metales o de esmaltes, que son piezas honorables, se aplican figuras diversas de mayor o menor valor heráldico, como ser animales, árboles, miembros del cuerpo humano, figuras celestiales, astros u objetos variados, que tienen importancia grande o pequeña según sea su situación, actitud, proporciones, etc.

El león ha sido siempre en España una pie-

za de altísimo valor heráldico, por cuanto pertenece al escudo de la monarquía y simboliza en blasón, la fuerza, el valor, la generosidad. Las conchas (veneras) de la bordura son también altamente estimadas, máxime si son de oro como en las armas de Santiago.

Los escudos que aparecen en las medallas mandadas estampar por Amat y O'Higgins y en la en elogio de Chile, adolecen del defecto de estar marcada de plata la bordura que debe ser azur y se señala por rayas horizontales. Las conchas carecen, además, del punteado que determina el oro, pero es excusable por cuanto son muy pequeñas y habría salido defectuoso o invisible.

Pues bien, este escudo dado por el Emperador Carlos V en 1552 a la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, desaparece completamente de todo documento, medalla, tallado, hasta el año 1913 en el cual sale a luz en la forma que relataremos.

Y el escudo que se señala por la palabra Mapocho? He aquí un misterio. Pone el señor Medina en el prólogo ya citado, la siguiente sugestiva declaración:

"Pues bien, cuando se sabe esto, es del caso preguntarse, ¿y el escudo que actualmente usa la Ilustre Municipalidad, qué origen tiene? ¿De cuándo data?

Todos nuestros esfuerzos para descubrir una y otra cosa han resultado infructuosos. En la Corporación nadie lo sabe. En el archivo nada se encuentra al respecto. De investigación en investigación, hemos podido descubrir que se empleó por primera vez en 1863—tiempo ya lejano, cuando nuestros ediles mandaban acuñar medallas—en la que le dedicaron a los hermanos Buislay, unos "barristas" que entusiasmaron entonces, según parece, al público santiaguino.

Mientras tanto, ese escudo de la ciudad, ni responde a los dictados de la heráldica, ni tiene significado alguno, ni simboliza nada, ni es siquiera hermoso. ¿No sería esta la ocasión de que nuestra Municipalidad volviera a emplear el de tan noble abolengo, como el que le concediera Carlos V., que es tradicional y perfectamente concordante con la heráldica?"

Cuando la asombrosa erudición y la formidable paciencia del eminente historiador, no logra resultados satisfactorios, es prudente en nosotros renunciar a la esperanza de éxito.

A las anteriores declaraciones nosotros agregaremos que tal escudo no puede ser blasonado, por cuanto, cada vez que de él se ha hecho uso, ha sido dibujado en forma completamente diversa y contradictoria, tal que no es posible describirlo, lo cual equivale a no existir.

Esta aserción la probaremos estudiando numerosos ejemplares, en su mayoría de carácter oficial.

No ha logrado el señor Medina descubrir por quién, y cuándo fué creado, no lo hemos logrado nosotros, ni nadie lo logrará, pues no existe documento alguno que le dé vida legítima.

¿Qué significa? ¿Qué simboliza? Tampoco puede saberse por la carencia de antecedentes con respecto a su implantación en pasados Concejos Municipales. No obstante, de un estudio atento, puede deducirse con algún fundamento que quiere decir: La ciudad de Santiago se asienta entre los Andes y el mar.

El cuartel superior es de cerros, o cordillera; en la faja está la palabra "Mapocho", que puede ser traducida por ciudad de Santiago, ya que ésta se alza a sus dos riberas; y el cuartel inferior o de punta, en algunos ejemplares antiguos está esmaltado de azur (azul), lo que puede significar aguas o mar.

En todo caso, esto no es más que una mera observación personal sin valor heráldico ninguno.

Nada se sabe acerca de quién lo creó, ni qué conocimientos de blasón tuviere, ni qué quisiese, en verdad, expresar con tal escudo; pero estudiando el escudo de la ciudad de Los Andes, bastante anterior al año 1863, se nota una notabilísima conformidad con el escudo Mapocho. En efecto, en uno y en otro, el cuartel superior es de cerros; en ambos hay faja y el cuartel inferior está rayado de esmalte azul (tal como en los ejemplares antiguos y algunos modernos del de Santiago). La semejanza es demasiado grande para no deducir que el Alcalde, Intendente Municipal o funcionario que lo lanzó por primera vez, lo copió servilmente del de la ciudad Santa Rosa de Los Andes.

La única diferencia consiste en que en el

de esta última ciudad, la faja no tiene leyenda alguna, y en el de Santiago se ha agregado la palabra Mapocho. El parecido se extiende hasta la estrella radiante o simple que corona a ambos.

No nos cabe duda de que el escudo de la capital no es otro que el de Los Andes, al cual se le agregó en la faja el nombre de nuestro río.

Tal como dice el señor Medina, los primeros ejemplares del escudo Mapocho aparecen en medallas grabadas por los años 1863, 64, 65, 66 y en adelante.

Estas medallas son: en 1863, "Los miembros de la Municipalidad de Santiago al actor don Juan Risso. Julio 21 de 1863." (Este artista español había dedicado su función de beneficio a la Corporación).

En 1864: "La Municipalidad de Santiago al mérito artístico de Adolfo, Julio, Esteban y Augusto (se hicieron cuatro medallas) Buislay.—23 de agosto de 1864." Estos hermanos Buislay eran barristas e hicieron pruebas en los entreactos de la ópera "Traviata".

En 1865: "Municipalidad de Santiago.—Carreras de caballos.—1865."

En 1866: "Municipalidad de Santiago al eminente pianista y compositor L. M. Gottschalk.—5 de agosto de 1866." (Era un artista norte-americano).

Posteriormente, en 1873: "El Intendente de Santiago a los artistas de la compañía lírica.—Diciembre 13 de 1873".

Y en enero 27 de 1880: "La Municipalidad de Santiago al Cuerpo de Bomberos, con motivo del incendio de la maestranza de la artillería."

En los ejemplares de 1863, 64, 65 y 66, el escudo es absolutamente igual: faja al medio con la palabra "Mapocho". Cuartel superior, cerros y sobre ellos rayado de azur; y cuartel inferior, azur. El escudo está timbrado en su extremidad alta por una corona de laurel.

En la medalla de 1873, el escudo está timbrado por una corona de laurel y sobre ésta, una estrella.

En la medalla de 1880, la corona de laurel desaparece y en su lugar sólo hay una estrella.

La generalidad de los escudos "Mapocho" modernos, como se puede ver en los grabados que ilustran este estudio, tienen rayado de gules su cuartel inferior, salvo raras excepciones. Se ve a primera vista que no hay certeza ninguna para timbrar o coronar el escudo con una estrella simple, radiante, con una corona de laurel, con ambas cosas a la vez, con plumas o sin coronación alguna, pues que hay ejemplares con todas estas variantes. Tampoco hay certeza para poner gules, azur, plata, sable, anaranjado, sinople, panorama de ciudad o cerros, en el cuartel inferior o de punta, porque hay ejemplares con toda esta enorme variedad.







Igual cosa pasa con el campo que queda sobre los cerros, que indiferentemente se pone con azul o con plata.







Hay casos en que la palabra Mapocho está suprimida.

Otros en que la faja sobre la cual está escrita es ondulada en vez de rec-

ta; algunos en que esta faja parte el escudo no en la mitad sino en el extremo superior o en el extremo inferior, dejando, por consiguiente, un cuartel estrechísimo; y los hay en que una de las cimas de los cerros es un volcán!



Se observa, además, que se usa indistintamente el corte de escudo inglés, chileno, español y principalmente el polaco.



En un escudo, la disposición de los metales y esmaltes tiene la capital importancia que la ortografía en los apellidos, de tal modo que la más leve alteración varía totalmente el escudo, como un cambio de letra, de un apellido, hace otro.



Ante esta asombrosa anarquía del Escudo "Mapocho", cabe decir que no es posible afirmar que la ciudad de Santiago lo haya tenido, mientras usó este mal llamado escudo de la ciudad.



Hay casos verdaderamente típicos que será curioso presentar. Escogeremos únicamente tres de ellos.

En los bonos municipales, el escudo litografiado, tiene panorama de ciudad en el cuartel inferior, el cual se prolonga a través de la faja hasta el pie de los cerros; y el timbre que se ha puesto en los mismos bonos con la inscripción: "Emisión de bonos. — Municipalidad de Santiago", ostenta azur en el mismo cuartel. El primero es rematado por una corona de laurel y el segundo por una estrella.



Otro caso: El timbre seco en uso actualmente en la Alcaldía tiene su cuartel inferior rayado de gules y el timbre seco de la Tesorería, también en uso, lo tiene de azur. El primero es coronado por una estrella radiante y el segundo por una corona de laurel y una estrella simple.

Y finalmente otro: El escudo estampado en el cemento de la coronación de la fachada de la Casa Consistorial, tiene de gules el cuartel superior y uno, hecho en la luminaria de gas sobrepuesta al primero, el mis-

mo campo lo muestra cruzado de azur. De cerros está marcado el mismo cuartel en las cuatro luminarias de la Plaza de Armas.

En suma, parece ser que en los primeros tiempos, cuando se copió lisa y llanamente el escudo de armas de los Andes, el campo de punta era de esmalte azur; y en ello hay uniformidad hasta muchos años después; pero posteriormente el azur de ese cuartel fué reemplazado indistintamente por gules, sable, sinoble, panorama de ciudad, plata, etc.

Hoy, nadie puede decir cuáles son las características del Escudo Mapocho.

Cuando fué Alcalde don Ismael Valdés Vergara, puso atención en que la ciudad usaba unas armas apócrifas, absurdas, indescifrables y sumidas en la más lamentable confusión. Quiso implantar el uso del auténtico y legítimo escudo de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, y para el caso dió las órdenes necesarias. No sabemos quién las recibió ni cuáles eran sus conocimientos de blasón, sólo hemos visto que el primer escudo que, de acuerdo con esas órdenes se dibujó, (en diplomas de honor que concede la Municipalidad a altas personalidades e instituciones durante las fiestas patrias) es el más disparatado que pueda concebirse.

Hélo aquí:



Es él una absurda combinación del legítimo y del apócrifo. Del primero tiene la bordura y las ocho conchas. La bordura es de un amarillo gris, y del mismo color las conchas, en vez de ser la bordura azur y las conchas de oro. La faja es amarilla. El campo superior de cerros y sobre éstos azul y el inferior, es verde con oleaje de mar!

¡Es el más curioso ejemplar que pueda imaginarse!



Poco después se hizo una reducción de ese diploma para los alumnos de las escuelas y triunfadores de campeonatos atléticos y, aunque el escudo se corrigió notablemente acercándolo mucho a la verdad, siempre quedó con graves defectos. El fondo es de oro, en vez de plata y la bordura de un metal o esmalte indefinible.

En fecha muy reciente, las armas concedidas por Carlos V se han corregido notablemente al ser puestas en uso en tarjetas, papel de notas, etc.; no obstante existe un ejemplar en el cual la bordura es de plata como el fondo del león rompante.



A la fecha, en la Corporación Municipal se ordena poner solamente el Escudo legítimo de la ciudad, donado por el Emperador en 1552, pero el apócrifo está profusamente repartido, y lo estará por mucho tiempo, en ornamentaciones, membretes de sobres y papeles, timbres secos y de tinta, patentes de carruajes, bonos, marcas de fieles ejecu-

tores, adornos de rejas, pisos de mármol, escaños, luminarias, etc.

En ornamentación, se luce sobre la chimenea de la sala de sesiones de la Corporación, en la fachada de la Casa Consistorial y del Teatro Municipal, etc. Está también en el pavimento de la subida por Delicias al Cerro Santa Lucía, en las luminarias de la Plaza de Armas, en la puerta del palco municipal del Teatro de la Opera, en la coronación del palco edilicio del Teatro Santiago, etc.

Las medallas de oro que sirven de distintivo a los actuales regidores, y las de plata de los jefes de oficina, son el Escudo de 1552. En las que tuvieron los regidores de la Municipalidad pretérita, la coronación del Escudo no era ni la estrella ni la corona de laurel, sino que, imitando el de la República, ostenta las tres simbólicas plumas, emblema de los tres poderes del Estado!



En él, el campo inferior es de gules, diferenciándose de la medalla a los bomberos por el incendio de la Artillería que es de azur como en la otorgada al primer contingente de conscriptos el 1.o de agosto de 1901.



Al hacer este estudio, hemos tomado en consideración únicamente los escudos que tienen carácter oficial, desentendiéndonos de los numerosos ejemplares usados por particulares, en los cuales la anarquía del blasón es aún mucho mayor.

Afortunadamente los Alcaldes han tomado la plausible resolución de desterrar en absoluto el escudo "Mapocho" que, como muy bien dice el señor Medina, "ni responde a los dictados de la heráldica, ni tiene significado alguno, ni simboliza nada, ni es siquiera hermoso", para adoptar definitivamente el único que tiene existencia legal en una partida de nacimiento firmada por el más grande soberano que haya tenido jamás la madre patria.





Dolor en el país del mar.

Un pintor del pais del mar

CHARLES COTETT

Por

J. BACKHAUS MARTIN

Con ilustraciones fotográficas

La rue Cassini es uno de los raros rincones de París adonde no llega el bullicio de la gran ciudad.

Está situada al fin de la Avenida del Observatorio y forma un rincón sin salida por donde el tráfico es imposible; sólo una que otra "voiture de maître" penetra a veces hasta ella.

La soledad y el silencio son dos condiciones bien apreciadas por los artistas y es tal vez por esto que algunos de los más célebres pintores modernos pensaron en construir sus habitaciones en este sitio tranquilo y propicio a la meditación.

Jean Paul Laurence, Cottet, Lucién Simón, Albert Laurence y varios otros para no citar sino los más conocidos, construyeron sus casas y talleres en esta calle.

El aspecto exterior de cada una de estas construcciones caracteriza hasta cierto punto la obra de cada artista. Así, el Hotel Jean Paul Laurence es de estilo Edad Media: el muro liso, las ventanas con reja de fierro forjado, la puerta maciza de una hoja con empuñadura de fierro. En el interior la misma severidad: una gran escalera de balaustras cuadradas conduce al espacioso taller del tercer piso. También aquí todo adorno superfluo está omitido. Dos urnas del arte trecentista, un trono con dosel y una colección de trajes Merovingios y Edad Media, es lo único que acompaña al viejo maestro en su estudio.



Moza con su hijo muerto en los brazos

Esta severidad, este gusto por la sencillez imponente caracteriza bien la obra del gran académico que ha sabido imponerse a fuerza de honradez y de rectitud.

La casa de Charles Cottet es bien distinta; la arquitectura no le ha tentado, es una simple casa de campo rodeada por un pequeño jardín. La vieja sirvienta bretona que abre la reja aumenta esta impresión. Su amor por la naturaleza lo ha inducido a preferir los adornos

naturales de las plantas a los de la arquitectura.

En el interior de la casa, los recuerdos de la Bretaña se multiplican, la antesala y el comedor están llenos de viejos muebles bretones, encontrados seguramente en casa de sus modelos del país del mar, y arrancados a peso de oro a la avaricia de los viejos marinos que los heredaron de sus antepasados.

Dos bustos de Rodin, uno de los cuales representa al Kapel Meister Maller, en el momento de detener la orquesta, y otro, de un anciano bibliotecario, cuya fisonomía nos recuerda a alguno de los filósofos griegos. Un bronce de Constantin Menier, que representa al artista y algunos cuadros de sus compañeros de arma, Ménard, Lucien Simon, Blanche, etc., completan la decoración de estas salas.

Al entrar al taller se ve a Cottet rodeado de sus amigos y algunos pintores jóvenes que van en busca de los consejos que él sabe prodigar con largueza.

La estatura de Cottet es baja, el cuerpo grueso, sus movimientos son vivos y decididos, su acogida es siempre muy amable, y su conversación sobre pintura, bien se puede decir, es una lección constante.

Si se estenografiara todo lo que dice Cottet en conversación con sus amigos pintores y se publicara, resultaría un libro de máximas sanas y seguras que podrían servir de guía a cualquier pintor.

Charles Cottet nació en 1863, de una familia de magistrados saboyardos. Sus padres pensaron dedicarlo también a la magistratura, pero antes de dar su bachillerato, el gusto por las artes se manifestó en el joven estudiante.

En 1880, cuando sus padres lo enviaron a París a concluir su educación secundaria e inscribirse en la Facultad de Derecho, su entusiasmo por las artes aumentó naturalmente y se decidió a pedir a sus padres que le permitieran abandonar sus estudios de Derecho para dedicarse a los de la pintura. Su familia no puso ningún obstáculo a condición de que diera su bachillerato. Cottet lo hizo e ingresó en seguida al taller de Maillart.

La enseñanza de este maestro no fué de su agrado, encontrándola tal vez demasiado fría y académica; ingresó después a la Academia Jullien, en donde recibió lecciones de Boulanger y Lefevre.

Trabajó en estos talleres hasta concluir su aprendizaje técnico, y después comenzó a buscar rumbos sólo en el medio del inmenso París, que le presentaba mil corrientes distintas.

Un casual encuentro con el pintor de Santa Genoveva, Pierre Puvis de Chavanne, decidió su estilo. Este encuentro sucedió un día que Cottet hacía un apunte en el jardín de Luxemburgo, Puvis de Chavanne se detuvo a observar su trabajo, manifestando interés por él e invitándolo a su taller.

Desde entonces fueron amigos y comprendió Cottet que Puvis de Chavanne era el único que podía guiarlo por un camino seguro. Aprovechando de sus sabios consejos, consultándose a menudo con este gran pintor, llegó Cottet a formar su manera definitiva.

Cottet ha conservado durante toda su vida esta profunda admiración por Puvis, y hoy mismo se complace en decir, que los consejos que él le diera han sido del más alto valor para su desarrollo. Hasta el pequeño estudio del jardín de Luxemburgo, que motivó el encuentro con Puvis, lo guarda cariñosamente y se complace en mostrarlo a sus amigos.

Los primeros cuadros de Cottet fueron paisajes. Las orillas encantadoras del lago de Evian, que recorriera en su infancia, le habían enseñado a amar a la naturaleza. La figura no le interesó en el primer momento sino como estudio. El drama humano que debía impresionarlo, aún no lo había encontrado.

En el curso de un viaje por Bretaña, la desolada costa bretona lo conmovió profundamente y se detuvo a estudiar este país de dolor y desolación.

Poco a poco el alma mística de la Bretaña comienza a revelarse a Cottet y sus obras se hacen cada día más interesantes.

El dolor y la muerte, que es el pensamiento constante que vaga en el país del Mar, es traducido por el pincel de Cottet cada vez más intensamente.

En 1895 envió una serie de estos cuadros al Salón. La crítica oficial, siempre rehacia a lo nuevo, lo atacó, pero muchos hombres de verdadero valor comprendieron estos cuadros y buscaron la amistad del artista.

Al año siguiente, hizo un viaje a Egipto y trajo una serie de telas, las cuales, al ser exhibidas en el Salón acabaron de escandalizar a los críticos oficiales, que creían que



Mala noticia.

el Oriente se podía pintar sólo con rojo y amarillo limón, que tachaban de falsos los tonos profundos, y la visión sobria de este pintor. Después de algunos viajes, vuelve a establecerse en Bretaña y es este país el que le da el tema de su primera obra maestra: el tríptico "Le repas des adieux", "Ceux qui s'en vont", "Celles qui restent".

Este cuadro, que fué exhibido en el Salón de 1898, silenció a los pequeños críticos mal intencionados, que se complacen en molestar a todo joven estudioso y de valer. Su éxito fué unánime y el Museo del Luxemburgo lo adquirió, y hoy lo podemos ver en la sala del fondo de este Museo.

Toda el alma de la Bretaña está sintetizada en este tríptico.

El panneaux central "La comida de despedida", la última que hará la familia reunida antes del peligroso viaje anual de los pescadores de Islandia. La incertidumbre del destino vaga en toda la escena. ¿Volverán todos los que parten? Tras la ventana se ve el mar sombrío que guarda su secreto.

Cada individuo, cada fisonomía, está estudiada, con una profundidad psicológica admirable. Así la vieja madre que sabe de tantos que no volvieron, tiene la inmovilidad resignada de los que creen que no se puede nada contra los designios del destino; sólo el profundo pliegue que surca su frente, indica su gran dolor contenido.

Los dos enamorados que se despiden: ella resignada y él inconsciente... el mar decidirá de su suerte.

Los panneaux laterales son un prodigio de poesía ingenua. En los mares brumosos de Islandia, están los que se fueron reunidos al caer la noche, soñando en el hogar lejano. Después de la dura jornada de tra-

bajo que agota las fuerzas, viene el recuerdo de la tranquila casa bretona a perturbar la imaginación de los rudos marinos.

Todo el frío del aislamiento, todo el tedio de la soledad está expresado con maestría admirable.

Tal vez, el pensamiento de Cottet ha ido más allá de los marinos bretones que ha pintado. Tal vez ha pensado en los que aislados por mares interiores sufren la misma desesperación.

El panneaux de "Celles qui restent" es igualmente emocionante y lleno de vida interior.

La pintura de Cottet, no es la pintura por la pintura, que abunda tanto en nuestra época. Su ojo va más allá de la superficie y penetra a veces muy al fondo de la vida subconsciente.

Pero tampoco esta pintura tiene nada de común con la pintura literaria; sus elementos son siempre pictóricos y sus cualidades de oficio son tan interesantes, que aun desprovistas de todo pensamiento sus obras serían muy estimables. Cottet lo sabe bien, y repite a menudo, que las buenas ideas mal expresadas no van lejos. Por eso ama con pasión la materia de las cosas y cada día trata de perfeccionar su oficio.

Las pequeñas naturalezas muertas de Chardin le entusiasman hasta la admiración, "**sus pinturas son grandiosas por el amor con que están hechas**", dice siempre que se habla de este pintor.

La trasparencia del cielo, la profundidad del agua, la morbidez de las carnaciones, la belleza del tono de cualquier objeto le entusiasma con delirio.

Nunca queda contento con su ejecución, constantemente trata de perfeccionar su oficio: "C'est la matière qui me ronge", decía una vez que estaba muy preocupado de la ejecución de unos cuadros que iba a exhibir en el próximo Salón.



Costa Bretona.



Salamanca.

Seguramente es la materia el rompe cabezas de todos los pintores, o más bien dicho, de los artistas en general, porque tanto las notas como los colores o las palabras son cosas muertas, que hay que animar con un soplo de vida.

En la pintura de Cottet todos los objetos viven individualmente; la mano ágil del artista encuentra fácilmente la factura adecuada para cada objeto y su ojo admirablemente dotado percibe las mayores finezas de la luz y del color.

Después del "Repas des adieux", pinta Cottet otro gran cuadro que tituló "Los fuegos de San Juan", y que es considerado por muchos como su obra maestra.

En este cuadro ha expresado el atavismo de la raza Celta, que este pueblo bretón ha sabido conservar a pesar de la banalización moderna.

Los ferrocarriles y los grandes "steemers" no han podido destruir en la Bretaña la tradición de la noche de San Juan y las mil leyendas heredadas de sus antepasados.

Este pueblo, salvajamente místico a causa de su estrecha comunión con los elementos y de la constante amenaza de la muerte que está siempre suspendida sobre sus cabezas, se ha conservado tal cual era hace mil años. Su instinto primitivo le hace comprender en sus leyendas más de lo que el ojo vulgar de nuestros contemporáneos puede leer en ellas.

La tradicional noche de San Juan ha sido pintada por Cottet con tal fuerza evocativa que ante este cuadro se siente palpitante el infinito desconocido del "Más allá".

Los rostros torturados de las bretonas tienen expresión de visionarias iluminadas, que han traspasado el umbral de nuestra existencia y que están absortas en la contemplación de algo inefable.

Detrás de este grupo se extiende el mar sombrío y profundo, que contempla silenciosa los pequeños fuegos que brillan por millares a lo largo de la costa.

Durante mucho tiempo la Bretaña absorbió por completo el pensamiento de Cottet.

Cada día aparecen en su taller nuevos cuadros, sombríos y misteriosos, que evocan el dolor resignado de las bretonas y nos cuen-

tan su vida solitaria y triste que se desarrolla en las playas desoladas, ante el mar infinito, que les trae constantemente, con sus olas, el recuerdo de los que están allá lejos en los mares de Islandia, y de los que no volvieron.

Cada uno de estos cuadros es una obra maestra llena de poesía evocativa, de misterio y de ciencia técnica. Mucho habría que decir de ellos, pero el tiempo pasa y el distinguido auditorio que me escucha se fatigaría seguramente si siguiera describiéndolos.

Por esto, me limitaré a decir aún sólo dos palabras sobre las marinas y los apuntes de viaje de este artista, que son una faz diferente de su obra.

Hay muchos pintores de marinas, pero no ha habido ningún pintor del mar antes de Cottet; él es el primero que nos comunica el alma abrupta de este gran elemento; el primero que nos hace sentir la vida misteriosa que lo anima.

El mar, para los habitantes de la costa y sobre todo para los bretones, es el gran dispensador de la suerte, el dueño de la vida y del destino de los hombres, Cottet lo ha pintado tal cual debe aparecer en la imaginación de los bretones que lo aman y temen a la vez.

Algunas de estas marinas, me evocan el recuerdo de la segunda parte de la quinta sinfonía de Beethoven, en la que se desarrolla el tema del destino.

Los violonchelos y los bajos repiten este tema en escala descendente, produciendo una armonía profunda que da casi la impresión de terror y sólo de cuando en cuando algunas notas claras de los violines realzan y hacen valer más las notas bajas.

Estas marinas representan también al Destino, y, como Beethoven, Cottet nos lo muestra sombrío e implacable pero surcado de cuando en cuando por la espuma blanca de la esperanza, que aparece brillante y lisonjera por un momento para esfumarse en seguida como un miraje.

Los apuntes y los cuadros ejecutados en los viajes que ha hecho Cottet a través de varios países, forman una serie de telas de gran interés pictórico y evocativo. De éstas, es la serie de España, la más interesante. Avila, Burgos, Toledo, Segovia, Salamanca, Córdoba, toda la España medioeval, que ha permanecido inmóvil desde Felipe II hasta hoy, nos la ha revelado Cottet en toda la belleza arrogante y altanera de ese pueblo admirable, que en un tiempo supo dominar al mundo y que ha sabido conservar su hidalguía y su orgullo como en sus mejores tiempos.

Del Egipto, de Tánger y de varios otros puntos del Africa también ha hecho cuadros interesantísimos.

En estos sitios Cottet ha visto a una raza degenerada y abrumada por el sol y el calor, que vive inmóvil, escondida en las pequeñas sombras dejando transcurrir el tiempo, que es sin valor para ellos.

El sur de Francia, Venecia, Roma, Constantinopla, los Mares del Norte, etc., le han inspirado apuntes y notas interesantes.

En 1912 hizo Cottet una exposición general de sus obras en la Casa George Petit, de París.

Su éxito fué de aquellos que sabe prodigar esa ciudad única al talento verdadero. Todo París aclamó a Cottet. Las innumerables revistas de artes hicieron todas números especiales, publicando juicios críticos y reproducciones de sus cuadros y el Estado Francés le concedió el título de comendador de la Legión de Honor.

Este éxito unánime e indiscutible, que podía haber enfatuado a cualquiera, lo recibió Cottet con el más tranquilo estoicismo, y su único pensamiento fué hacer aún progresos e ir aún más lejos.

Para él su gran exposición fué únicamente el medio de ver reunidos todos sus cuadros y poder establecer comparaciones sobre los caminos que debía seguir en adelante.

Los que lo vimos a menudo durante su exposición, nos asombramos de verlo proseguir sus estudios como antes, indiferente a su éxito, y con el mismo temor del resultado por obtener que el primer día que tomara un pincel en sus manos.

Esto me hizo convencerme de que la verdadera recompensa de un artista de corazón no consiste en el aplauso, en el éxito, en las medallas, en las condecoraciones, en la gloria, en una palabra, que pueda obtener, sino en la satisfacción íntima de haber realizado una obra de belleza, de haber conseguido que la mejor parte de su alma se haya exteriorizado fijándose en sus cuadros donde vivirá una vida más larga que la propia y podrá comunicarse y emocionar a millares de hermanos desconocidos, que viven lejos o que vendrán más tarde...

La Conquista de Constantinopla

Por

MIGUEL CHMYZOWSKI

Durante muchos siglos la posesión del "Cuerno de Oro" sobre el Bósforo era una ardiente aspiración para un gran número de conquistadores. Apenas el emprendedor y legendario Bizas, junto con sus compatriotas, los pescadores de Argos y Megara, consiguió fundar la ciudad llamada "Bizancion", se apoderan de ella los persas, luego los griegos. Eso dió principio a la eterna lucha por la conquista de Tzarograd. A cada uno de los que pretendían apoderarse de aquella ciudad, hermosa como el miraje oriental, le parecía que con la posesión de ella dominaría el mundo. Y, efectivamente, Constantinopla era muchas veces capital de los dueños del mundo.

Bien sabía lo que hacía Mahoma al prometer la absolución completa de los pecados en el otro mundo a todos los que tomaran parte en la conquista de la ciudad de Constantino. Y uno de los hombres más ambiciosos en la historia del mundo, Mohamed II, consideraba la toma de Constantinopla como la más alta de sus aspiraciones.

Pedro el Grande legó en su testamento a los herederos la misión de incorporar al Imperio ruso los dominios del Sultán, para que siguiendo el ejemplo del Imperio Romano, Rusia tuviera su segunda capital en Stambul.

La expedición egipcia de Napoleón era la primera etapa en el camino a Constantinopla y el Oriente, del cual nunca pudo distraer sus ojos aguileños.

¡La lucha por Stambul!...

Como una cinta purpúrea, ondula a través de la historia política de Europa desde hace cinco siglos hasta hoy día. No pretendiendo resolver la futura "variabilis fortuna" del Imperio otomano, echaremos una mirada sobre la serie de acontecimientos que siguieron a la toma de Tzarograd por el Sultán Mohamed II y que han conmovido sin cesar la Europa entera, hasta los momentos actuales.

Bañado en un río de sangre y entre las atrocidades de una horrible matanza, tuvo su trágico fin el degenerado Imperio bizantino. Sólo el último de los Césares, Constantino Paleólogo, glorificó aquella terrible agonía con su heroico sacrificio personal. La población, compuesta de 200,000 hombres afeminados y preocupados de constantes e infructuosas discusiones teológicas, fué masacrada sin compasión por los crueles "Yantchares" y sobre los montones de cuerpos mutilados y tesoros robados, se desencadenó una tremenda orgía de la soldadesca turca, que duró tres días y tres noches.

Al fin cesó la destrucción y el derrame de sangre, sujetado por la mano férrea de Mohamed II, el cual deseaba conservar para sí el esplendor de la antigua capital de los Césares y no dejarla despoblada, porque de un día a otro tendría que convertirse la Constantinopla de los Césares bizantinos en el Stambul de los mahometanos.

Y así sucedió.

El mundo sorprendido y aterrorizado, se encontró ante un hecho consumado. Una nueva gran potencia había invadido el continente europeo y se había establecido con tanta fuerza y energía, que aquel continente se estremeció hasta las islas británicas y los puertos españoles. Desde el 29 de marzo de 1453, se inició una nueva era en la historia europea.

Del Bósforo resonó la voz de mando del

Sultán Padycha, junto con los cantos del "Muexzin", dirigidos desde los esbeltos Minaretes a las turbas salvajes. Un temblor misterioso y constante hacía estremecer la Europa, pasando de generación a generación, durante más de dos siglos, hasta la famosa batalla de Viena, en la cual obtuvo el Rey de Polonia, Juan Sobieski, un triunfo completo sobre las abrumadoras fuerzas musulmanas.

La toma de Tzarograd por los turcos tuvo para Europa, junto con el cambio político, una gran importancia cultural. La invasión y el sable otomano obligaron a miles de griegos, entre ellos muchos sabios, artistas y filósofos, a abandonar Constantinopla en busca de tranquilidad y trabajo. Formando sus hogares primero en Italia, tuvieron luego una gran influencia cultural en todos los países europeos.

Además, aquellos refugiados principiaron una activa propaganda por la reconquista de Constantinopla para el bien del cristianismo. Pero eso no era tan fácil. El mismo Papa en su ardiente deseo para formar coalición contra los turcos, entre los principales estados europeos, no obtuvo resultados positivos durante los congresos convocados ad-hoc en Mantua y Regensburgo.

Al fin, en el año 1571, se principió una acción colectiva contra la Turquía. Una enorme escuadra, compuesta por 250 buques, con 40 mil hombres de los ejércitos aliados: del Papa. Felipe II de España, la República Veneciana, Saboya y Caballeros de Malta, presentó batalla a la flota otomana cerca de Lepanto y la destruyó por completo. El héroe de aquella memorable victoria era el joven jefe de las fuerzas aliadas, don Juan de Austria.

El Papa, dando la bienvenida al glorioso defensor del cristianismo y entregándole una corona de laurel, dijo: "Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes".

Cien años después, con las mismas palabras evangélicas fué saludado otro glorioso Juan (Juan III Sobieski), cuyos famosos húsares destrozaron con sus lanzas el temible poder otomano.



La Historia de un Hugonote

(Continuación).

En la puerta de entrada de casi todas las casas de París, había una pequeña abertura cuadrada, con estrecho enrejado de hierro, de modo que los habitantes de la casa pudiesen reconocer previamente si habría seguridad para ellos al abrir.

Con frecuencia, ni aun puertas de encina macizas, provistas de grandes clavos y de barras de hierro, tranquilizaban mucho a la gente precavida y que no quería rendirse antes de un asedio en regla. Por consiguiente, a ambos lados de la puerta había troneras estrechas, y desde allí, sin ser visto, podía uno matar a su gusto a los asaltantes.

Un viejo escudero de confianza de la condesa, después de examinar por un enrejado parecido, a la persona que se presentaba, y luego de someterle a un interrogatorio en regla, fué a decir a su ama que el capitán Mergy solicitaba con insistencia ser introducido. Cesó el temor y abrióse la puerta.

El veinticuatro de agosto

Así que hubo dejado su compañía, el capitán Jorge corrió a su casa, esperando hallar en ella a su hermano; pero ya había salido éste de allí, diciendo a los criados que se ausentaba por toda la noche. Jorge dedujo fácilmente que estaría en casa de la condesa, y allí se apresuró a ir a buscarle. Mas ya había comenzado la matanza; el tumulto, la masa de los asesinos y las cadenas tendidas en medio de las calles detenían a cada paso. Viése obligado a pasar junto al Louvre, y ahí era donde el fanatismo desplegaba todas sus furias. En ese distrito vivían muchos protestantes, y en aquel momento estaba invadido por los ciudadanos católicos y los soldados guardias, acero y mecha en mano. Allí, según la enérgica expresión de un escritor contemporáneo, *la sangre corría por doquier, buscando el río*, y no se podían cruzar las calles sin correr el peligro de ser aplastado a cada momento por los cadáveres que eran arrojados desde las ventanas.

Por previsión infernal, la mayoría de los botes que generalmente estaban amarrados a lo largo del Louvre, había sido conducida al otro ribazo; de manera que muchos fugitivos que corrían a la orilla del Sena con la esperanza de embarcarse allí y librarse de los golpes del enemigo, veíanse obligados a escoger entre el agua y las alabardas de los soldados que los perseguían. Entretanto, en una de las ventanas del palacio real, veíase, según dicen, a Carlos IX, armado de un largo arcabuz, disparar contra los pobres transeuntes.

El capitán, andando entre cadáveres y salpicándose de sangre, continuaba su camino, expuesto a cada paso a caer víctima del error de algún asesino. Había notado que la tropa y los paisanos armados, llevaban todos una cinta blanca en el sombrero. Fácil le hubiera sido adquirir esa señal de reconocimiento; pero el horror que le inspiraban los asesinos, extendíase hasta las mareas que les servían para darse a conocer.

A la orilla del río, junto al Chatelet, oyó que le llamaban. Volvió la cabeza y vió un hombre armado hasta los dientes, pero que no parecía hacer uso de las armas; ese hombre llevaba la cruz blanca en el sombrero. Era Beville, que miraba friamente los cadáveres y los hombres vivos que arrojaban al Sena desde el puente.

—¿Qué diablo haces aquí, Jorge? ¿Es un milagro el que te da tanto celo o es la gracia, pues parece que vas a caza de hugonotes?

—¿Y tú, qué haces en medio de esos desdichados?

—¿Yo? Los miro; es un espectáculo como otro cualquiera. ¿Y sabes la jugarreta que he hecho? ¿Ya conoces al viejo Miguel Cornabón, el usurero hugonote que tanto me ha estrujado?

—¿Le has muerto, infeliz?

—¡Yo! ¡Quita allá! No me meto en asuntos de religión. Lejos de matarle, le he escondido en mi bodega, y él me ha dado un recibo de cuanto le debo. Así es que he hecho una buena acción, y me la han re-

compensado. Verdad es que para que firmase más fácilmente el recibo le he tenido que poner dos veces la pistola en la cabeza; pero no hubiera disparado... Mira esa mujer enganchada por las faldas a una viga del puente... Va a caer... ¡no, no caerá! ¡Cáspita! esto es interesante y merece verse de cerca.

Jorge separóse de él, y pensó:

"¡Y he ahí uno de los nobles más honrados que conozco hoy en esta ciudad!"

Entró en la calle de Saint-Josse, que se hallaba desierta y a obscuras; sin duda, no habitaba en ella ningún reformado. En tanto, percibíase claramente el tumulto de las vías cercanas. De pronto, la luz roja de las antorchas ilumina las blancas paredes. Oye Jorge gritos penetrantes, y ve una mujer medio desnuda, con el cabello en desorden y un niño en brazos. La mujer huía con velocidad sobrenatural. Perseguíanla dos hombres que se alentaban uno a otro con gritos salvajes, como cazadores que siguiesen a una fiera. La mujer iba a entrar en una alameda abierta, cuando uno de los perseguidores hizo fuego contra ella con un arcabuz que llevaba. La bala la hirió en la espalda y derribóla. Levantóse al punto, dió un paso hacia Jorge y volvió a caer de rodillas; luego, haciendo un postrer esfuerzo, alzó el niño enseñándolo al capitán, cual si lo confiase a su generosidad, y expiró sin proferir una palabra.

—¡Una perra hereje de menos!—gritó el hombre que la había matado.—No descansaré hasta que haya exterminado una docena.

—¡Miserable!—exclamó el capitán.

Y le disparó a quemarropa un pistoletazo.

La cabeza del bandido dió en la pared opuesta. Abrió aquél los ojos de modo horroroso y cayó muerto.

—¡Cómo! ¡matar un católico!—exclamó el compañero del muerto, que llevaba una antorcha en una mano y una espada ensangrentada en la otra.—¿Quién sois, pues? ¡Por Cristo! Si sois de la caballería ligera del rey! ¡Pardiez! ¡ha habido error, mi capitán!

El capitán armó la otra pistola. Ese movimiento y el ligero ruido del gatillo fueron comprendidos al momento. El asesino arrojó la antorcha y puso pies en polvorosa. Jorge no se dignó hacer fuego. Agachóse, examinó la mujer caída por tierra y reconoció que estaba muerta. La bala habíala atravesado de parte a parte. Su hijo, echando los brazos al cuello de la madre, gemía y lloraba. Estaba lleno de sangre; mas, por milagro, no tenía herida alguna. El capitán sacóle trabajosamente de brazos de la madre, a quien estrechaba con toda su fuerza el niño y lo tapó con la capa. Llamado a la prudencia por el encuentro que acababa de tener, quitó del sombrero del muerto la cruz blanca y se la puso en el suyo. De ese modo llegó a casa de la condesa sin ser detenido.

Los dos hermanos se abrazaron, y durante buen rato permanecieron así sin decirse una palabra. Al fin, el capitán explicó en pocas palabras el estado en que se hallaba la ciudad. Bernardo maldecía del rey, de los Guisas y los curas; quería salir y procurar reunirse con sus hermanos, por si éstos intentaban oponer resistencia en algún sitio. La condesa lloraba y le retenía, y el niño gritaba y llamaba a su madre.

Después de perder mucho tiempo en gemidos y sollozos, reconocieron que había que tomar una decisión. En cuanto al niño, el escudero de la condesa se encargó de buscar una mujer que se cuidara de él. Mergy no podía huir en aquel momento. Además, ¿a dónde iría? ¿quién sabía si la matanza se extendería de extremo a extremo de Francia? Numerosos cuerpos de guardia ocupaban los puentes por donde los reformados hubieran podido pasar al arrabal de Saint-Germain, de donde podían escaparse más fácilmente de la ciudad y huir a las provincias del sur, fieles a su causa. Por otra parte, parecía poco probable, y hasta imprudente, implorar la piedad del monarca en un momento en que, enardecido por la carnicería, no pensaba sino en causar nuevas víctimas. La casa de la condesa, merced a su fama de devoción, no se hallaba expuesta a indagaciones detenidas por parte de los asesinos, y Diana creía estar segura de su gente. Por consiguiente, en ningún sitio podía hallar Mergy un retiro en que correra menos peligro. Quedó convenido que se ocultaría allí, esperando los acontecimientos.

El día, en vez de hacer cesar la mortandad, pareció aumentarla y regularizarla. No hubo católico que, so pena de ser tachado de herejía, no adoptase la cruz blanca y no se armase o denunciase a los hugonotes que aún vivían. Entretanto el rey, encerrado en su palacio, era inaccesible para todos, menos para los jefes de los asesinos. El populacho, atraído por la esperanza del saqueo, habíase

unido a la guardia ciudadana y a la tropa, y los predicadores exhortaban a los fieles en las iglesias a redoblar su crueldad.

—Aplastemos de una vez,—decían,—todas las cabezas de la hidra, y pongamos fin para siempre a las guerras civiles.

Y para persuadir a aquel pueblo ávido de sangre y de milagros de que el cielo aprobaba su furia y que había querido alentarlos por un prodigio asombroso, clamaban:

—Id al cementerio de los Inocentes; id a ver esa oxiacanta que acaba de volver a florecer, como rejuvenecida y fortalecida por haber sido regada con sangre hereje.



Numerosas procesiones de asesinos armados iban con toda pompa a adorar el santo espino, y salían del cementerio animadas de nuevo celo para descubrir y dar muerte a aquellos a quienes tan manifiestamente condenaba el cielo. Todas las bocas decían una frase de Catalina; todos repetían, degollando niños y mujeres: *Che pietá lor ser crudele, che crudeltá lor ser pietoso;* ahora hay humanidad en ser cruel, y crueldad en ser humano.

¡Cosa extraña! De todos aquellos protestantes, pocos había que no hubieran hecho la guerra y no hubiesen asistido a batallas encarnizadas, en donde frecuentemente habían intentado, y con éxito, equilibrar con el valor la ventaja del número; y, no obstante, durante aquella matanza, sólo *dos* opusieron alguna resistencia a los asesinos, y de ambos uno solo había estado en guerra. Acaso la costumbre de combatir en tropel y de manera regular los había privado de esa energía individual, que podía excitar a cada protestante a defenderse en su casa como en una fortaleza. Veíase, cual víctimas abnegadas, a guerreros veteranos presentar su garganta a miserables que la víspera hubieran temblado ante ellos. Tomaban su resignación por valor y preferían la gloria de los mártires a la de los soldados.

Así que se hubo calmado la primera sed de sangre se vió a los asesinos más clementes ofrecer la vida a sus víctimas a trueque de su abjuración. Muy pocos calvinistas aprovecharon este ofrecimiento y consiguieron eximirse de la muerte y del tormento por una mentira quizás disculpable. Mujeres y niños repetían su símbolo en medio de las espadas alzadas sobre sus cabezas, y morían sin proferir la menor queja.

Dos días después, el rey intentó parar la carnicería; pero cuando se ha dado rienda suelta a las pasiones de la muchedumbre, no es posible detenerlas. No sólo no dejaron de herir los puñales sino que el mismo soberano, acusado de compasión impía, viése obligado a retirar sus palabras de clemencia y a exagerar hasta la maldad, que no obstante constituía uno de los principales rasgos de su índole.

Durante los primeros días que siguieron a la noche de San Bartolomé, Mergy fué visitado regularmente en su retiro por su hermano, que cada vez le daba nuevos detalles de las horribles escenas de que era testigo. — ¡Ah! ¿Cuándo podré salir de este país de asesinatos y crímenes —exclamaba Jorge.—Preferiría vivir entre fieras que entre franceses.

—Ven conmigo a La Rochela—decía Mergy;—supongo que los asesinos no la habrán conquistado aún. Ven a morir conmigo y a hacer olvidar tu apostasía defendiendo ese último baluarte de nuestra religión.

—¿Y qué será de mí?—decía Diana.

—Vámonos más bien a Alemania o a Inglaterra—respondía Jorge.—Cuando menos, allí no nos degollarán ni degollaremos nosotros.

Estos proyectos no se llevaron a cabo. Jorge fué encarcelado por haber desobedecido las órdenes del rey; y la condesa, temerosa de que su amante fuese descubierto, no pensó más que en hacerle salir de París.

Los dos frailes

En una taberna, a orillas del Loira, a poca distancia de Orleans, bajando hacia Beaugency un fraile joven de hábito pardo y capucha medio echada, estaba sentado ante una mesa, con los ojos clavados en su breviario con muy edificante interés, si bien había elegido un rincón algo obscuro para leer. Llevaba en la cintura un rosario cuyas cuentas eran mayores que huevos de paloma y a cada movimiento que hacía, resonaba una copiosa provisión de medallas que llevaba suspendidas del mismo cordón. Cuando alzaba la cabeza para mirar a la puerta, veíasele una boca bien dibujada, con un bigote retorcido en forma de media luna, tan galante que hubiera honrado a un capitán de gendarmes. Tenía manos muy blancas, uñas largas y cortadas con esmero; y nada en él mostraba que el joven fraile, siguiendo la costumbre de su orden, hubiera manejado nunca el azadón ni el rastrillo.

Una campesina gruesa y mofletuda, que desempeñaba funciones de criada y cocinera en aquella taberna, de la que era además propietaria, acercóse al joven monje, y, después de hacerle una reverencia bastante torpe, le dijo:

—¿No queréis nada para comer, hermano? Son más de las doce.

—¿Tardará mucho aún la barca de Beaugency?

—¡Quién sabe! La marea está baja, y no se anda como se quiere. Y, además, aún no es hora. Mirad, yo, en vuestro lugar, comería aquí.

—Bueno, comeré: pero... ¿no hay más cuarto que éste, en donde pueda yo comer? Aquí percibo un olor que no es muy agradable.

—Sois muy delicado, padre. Yo nada noto.

—¿Tuestan cerdos cerca de esta hostería?

—¿Cerdos? ¡Esa sí que es buena! ¡Cerdos? Sí, poco más o menos; en realidad, puercos son, porque, como decía el otro, en vida lo eran; pero esos cerdos no se comen. Son hugonotes, dicho sea con perdón, padre, los que queman a la orilla del agua, a cien pasos de aquí, y lo que notáis es su humillo.

—¡Hugonotes!

—Sí, hugonotes. ¿Qué os importa? No debe eso quitaros el apetito. En cuanto a mudar de cuarto para comer, no tengo más que uno; por tanto, tendréis a bien contentaros con él. ¡Bah! El hugonote no huele ya tan mal. Por otra parte, tal vez hederían más, si no los quemasen. Había un montón esta mañana en la arena; un montón tan alto como esa chimenea.

—¿Y vos vais a ver esos cadáveres?

—¡Ah! ¿Me lo decís porque estaban desnudos? Los muertos, no importa, reverendo; no me producían más efecto que si fueran un montón de ranas muertas. Y parece que ayer trabajaron muy bien en Orleans, porque el Loira nos ha traído muchos de esos herejes, y como la marea está baja, todos los días quedan muchos en seco sobre la arena. Ayer mismo, cuando el molinero miraba si había peces en sus redes, he aquí que encuentra dentro una mujer muerta, que tenía en la barriga una herida de alabarda. Mirad, le entraba por ahí y le salía por los hombros. Pero al molinero le hubiera gustado más hallar una buena carpa... Mas, ¿qué tenéis, reverendo?... ¿Vais a quedaros pasmado? ¿Queréis que os dé un trago de vino de Beaugency, en tanto esté la cena?

—Gracias.

—Bueno, ¿qué queréis para cenar?

—Cualquier cosa...

—¡Cómo! Tengo una despensa bien provista.

—Pues bien, traedme un pollo, y dejadme leer el breviario.

—¡Un pollo! ¡un pollo! ¡ah! ¡esta sí que es buena, reverendo. No tejerán las arañas sus telas en vuestros dientes en tiempo de ayuno... ¿Tenéis dispensa del Papa para comer pollos los viernes?

—¡Ah! ¡qué distraído soy!... Sí, verdad es que estamos en viernes... *En viernes no comerás carne.* Dadme huevos. Os agradezco mucho el haberme advertido a tiempo para evitar un gran pecado.

—¡Ya veis!—dijo la hostelera a media voz.—estos señores, si no se les advirtiera, comerían pollos en día de vigilia y por un poco de tocino que encontrasen en la sopa de una pobre mujer, meterían un ruido capaz de revolverse la sangre.

Dicho esto, ocupóse en preparar los huevos y el fraile volvió a leer el breviario.

—*Ave María*, hermana—dijo otro fraile entrando en la taberna en el momento en

que Margarita asía el mango de la sartén y preparábase a dar vuelta a una voluminosa tortilla.

El recién llegado era un arrogante anciano de barba gris, alto, grueso y fornido; tenía faz alegre; pero lo primero que llamaba la atención era un enorme emplasto que le ocultaba un ojo y media mejilla. Hablaba con facilidad francés; pero en su lenguaje se notaba un ligero acento extranjero.

Al entrar éste, el fraile joven bajóse más la capucha, de modo que no pudieran verle; y lo que más sorprendió a Margarita, es que el fraile que acababa de llegar, que tenía levantada la capucha a causa del excesivo calor, apresuróse a bajársela en cuanto vió a su hermano en religión.

—¡Pardiez!—exclamó la tabernera,—llegáis a propósito para comer, padre; no tendréis que esperar, y vais a hallaros en país conocido.

Y, hablando al fraile joven, añadió:

—¡Verdad, reverendo, que tendréis sumo gusto en comer con este otro reverendo? Acaba de atraerle el olor de la tortilla. ¡Y es que no escatimo la manteca!

El joven respondió tímidamente, balbuciendo:

—Têmo molestar a ese señor.

Por su parte, el viejo dijo bajando mucho la cabeza:

—Soy un pobre fraile alsaciano... Hablo mal en francés... y me temo que mi compañía no sea grata a ese señor.

—¡Vamos!—exclamó Margarita,—¿vais a hacer cumplidos? Entre frailes, y frailes de la misma orden, no debe haber más que una sola mesa y una sola cama.

Y, cogiendo un taburete, lo colocó junto a la mesa, en frente del monje joven. El anciano sentóse de lado, muy de mala gana; parecía luchar entre el deseo de comer y cierta repugnancia a hallarse cara a cara con un colega.

Sirvieron la tortilla.

—Vamos, padres, dad pronto la bendición y luego me diréis si está buena la tortilla.

Al oir la palabra bendición, ambos frailes parecieron más cohibidos aún. El más joven dijo al otro:

—A vos os corresponde decirla: sois más antiguo que yo y se os debe ese honor.

—No. Nada de eso. Estabais aquí antes que yo: a vos os toca.

—No, por favor.

—No lo haré yo.

—Es preciso.

—Veréis cómo van a dejar que se enfríe la tortilla. ¡Se habrá visto dos franciscanos tan ceremoniosos? Diga el más anciano la bendición que el más joven dirá la acción de gracias.

—No sé decir el *benedicite* más que en mi lengua—objetó el viejo.

El joven pareció sorprendido, y dirigió a hurtadillas una mirada a su compañero. Entretanto, este último, juntando las manos de manera muy devota, comenzó a mascullar algunas palabras que nadie entendió. Sentóse luego otra vez, y en un momento, sin decir una palabra, engulló las tres cuartas partes de la tortilla y vació la botella de vino que tenía delante. Su compañero, con la nariz en el plato, no abrió la boca más que para comer. Terminada la tortilla, se levantó, unió las manos y pronunció muy de prisa y farfullando algunas palabras latinas, las últimas de las cuales eran: *Et beata viscera virginis Mariae.* Estas fueron las últimas que oyó Margarita.

—¡Vaya una acción de gracias rara que decís, padre!—dijo la tabernera.—Paréceme que no son como las que dice nuestro párroco.

—Son las que hacemos en nuestro convento—contestó el joven franciscano.

—¡Llegará pronto la barca?—preguntó el otro fraile.

—¡Paciencia! Falta mucho para que venga.

El fraile joven pareció contrariado, al menos a juzgar por un movimiento que hizo con la cabeza. Sin embargo, nada dijo, y cogiendo el breviario, empezó a leer redoblando la atención.

Por su parte, el alsaciano, dando la espalda a su compañero, desgranaba entre el índice y el pulgar las cuentas del rosario, moviendo al mismo tiempo los labios, sin que de ellos saliera el menor sonido.

—He ahí los dos frailes más extraños que he visto en mi vida, y los más silenciosos, dijo Margarita colocándose al lado de su rueca que pronto puso en movimiento.

Hacía más de un cuarto de hora que el silencio sólo era interrumpido por el ruido de la rueca, cuando entraron en la hostería cuatro hombres armados y de bastante mala catadura. Llevaronse la mano al ala del sombrero al ver a ambos frailes, y uno de ellos, saludando muy familiarmente a Margarita pidióle primero vino y luego comida "porque—decía—tengo el gaznate enmohecido, por no agitar las mandíbulas."

—¡Vino, vino! — balbuceó Margarita.—Pronto lo decís, señor Bois-Dauphin. Pero,

¿sois vos quien pagará el escote? Ya sabéis que don Se-fía ha muerto, y, además, que tanto de vino como de comidas y cenas, me debéis más de seis escudos, ¡tan cierto como soy una mujer honrada!

—Tan cierto es lo uno como lo otro—respondió riendo Bois-Dauphin;—es decir, que no os debo más que dos escudos, tía Márgara, ni un dinero más.

—¡Habráse visto!

—¡Ea! ¡ea! no refunfuñéis. Sean los seis escudos. Ya te los pagaré, Márgara, con lo que gastemos aquí; pues hoy tengo monedas, aunque apenas ganamos en el oficio que ejercemos. No sé lo que hacen del dinero esos pícaros.

—Tal vez se lo traguen, como hacen los alemanes—dijo uno de los compañeros.

—¡Pardiez!— exclamó Bois-Dauphin, — hay que mirar de cerca.—Las buenas pistolas en un esqueleto hereje no hay que echarlas a los perros.

—¡Cómo gritaba la hija de ese ministro de esta mañana!—dijo otro.

—¡Y el ministro!—añadió el último.—¡Cuánto me he reído! Era tan gordo, que no podía hundirse en el agua.

—¡Con que habéis trabajado bien esta mañana?—preguntó Margarita, que volvía de la bodega con unas botellas llenas.

—Así, así—dijo Bois-Dauphin.—Hombres, mujeres y niños, en junto han sido doce los que hemos arrojado al agua o al fuego. Pero lo malo es, Márgara, que no llevaban un sueldo encima; salvo la mujer, que tenía algunas fruslerías, los demás valían menos que un perro. Sí, padre,—prosiguió hablando a uno de los frailes,—hemos ganado muchas indulgencias esta mañana, matando a esos perros herejes, vuestros enemigos.

El fraile le miró un instante, y continuó su lectura; pero el breviario le temblaba visiblemente en la mano izquierda, y él apretaba el puño derecho como hombre agitado por una emoción concentrada.

—A propósito de indulgencias—dijo Bois-Dauphin, volviéndose hacia sus compañeros —¿sabéis que me gustaría tener una para comer de carne hoy? Veo en el corral de Márgara unas gallinas que me están tentando mucho.

—Pardiez!— repuso otro,— comámoslas; no nos condenaremos por eso. Nos confesamos mañana, y en paz.

—Escuchad, compadres,—dijo otro—se me ocurre una idea. Pidamos a esos frailucos que nos den permiso para comer carne.

—Sí, ¡como si pudieran darlo!—replicó el compañero.

—¡Por los clavos de Cristo!—exclamó Bois-Dauphin,—conozco un modo mejor y voy a decíroslo al oído.

Los cuatro bribones acercáronse al que hablaba, y éste les explicó muy bajito su proyecto, que fué recibido con grandes carcajadas. Sólo uno de los bandidos mostró cierto escrúpulo.

—Has tenido una mala idea, Bois-Dauphin y puede ser de mal agüero; yo no me meto en nada.

—Calla, calla, Guillemain. ¡Como si fuera un gran pecado hacer olfatear a uno la hoja de un puñal!

—¡Sí, pero un tonsurado!...

Hablaban en voz baja, y los dos frailes parecían querer adivinar su proyecto por algunas palabras que cogían al vuelo.

—¡Bah! Casi no hay diferencia—dijo más alto Bois-Dauphin.—Además, así, él es quien cometerá el pecado, y no yo.

—¡Sí, sí, Bois-Dauphin, tiene razón!—exclamaron los otros dos.

Bois-Dauphin se levantó al momento y salió del comedor. Un instante después, oíase gritar a las gallinas, y pronto reapareció el bandido llevando en cada mano una gallina muerta.

—¡Ah! ¡maldito!.. exclamó Margarita. —¡Matarme las gallinas! ¡y en viernes! ¿Qué quieres hacer de ellas, bandido?

—Silencio, señora Márgara, y no me calentéis los oídos; ya sabéis que soy malo. Preparad los asadores y dejadme en paz.

Y acercándose al fraile alsaciano, le dijo:

—¿Veis estos dos animalitos? Pues bien, quisiera que me hicierais el favor de bautizarlos.

El monje retrocedió sorprendido; el otro cerró el libro, y Margarita se desató en improperios contra Bois-Dauphin.

—¿Que los bautice?—preguntó el fraile.

—Sí, padre. Yo seré el padrino y Margarita la madrina. Y quiero llamar a mis ahijadas: *Carpa* a ésta, y *Perca* a esta otra. He ahí dos nombres bonitos.

—¡Bautizar gallinas!—exclamó el monje riendo.

—¡Claro que sí! ¡Ea! pronto, padre! Manos a la obra!

—¡Ah! ¡granuja!—exclamó Margarita. —¿Crees que voy a dejarte hacer esas cosas en mi casa? ¿Crees estar entre judíos o en el aquelarre para bautizar animales?

—Líbradme de esta gruñona—dijo Bois-Dauphin a sus compañeros; y vos, padre,

¿no podríais leer el nombre del armero que ha fabricado este puñal?

Al hablar así, pasó el puñal por las narices del anciano. El fraile joven se levantó; pero, al punto, como por efecto de una reflexión prudente, tornó a sentarse decidido a tener paciencia.

—¿Cómo queréis que bautice aves, hijo mío:

—¡Pardiez! es muy sencillo: lo mismo que nos bautizáis a nosotros, los hijos de las mujeres. Echadles un poco de agua por la cabeza y decid: *Baptizo et Carpam et Percham;* pero decidlo en vuestra jerga. ¡Ea, Petit-Jean, traednos ese vaso de agua, y todos vosotros descubríos y recogeos!



Con general sorpresa el viejo franciscano cogió un poco de agua, la derramó por la cabeza de las gallinas, y pronunció muy a prisa y muy claramente algo así como una oración. Acabó diciendo: *Baptizo et Carpam et Percham.* Luego tomó de nuevo asiento, y cogió otra vez el rosario con mucha calma y como si hubiera hecho una cosa corriente.

La extrañeza dejó muda a Margarita. Bois-Dauphin triunfaba.

—Vamos, Márgara—dijo éste, arrojándole los dos pollos;—prepáranos esta carpa y esta perca: es muy buena comida de vigilia.

Pero, a pesar del bautismo, Margarita se negaba a tomarlos como comida de cristianos. Fué preciso que los bandidos la amenazasen con malos tratos para decidirla a poner en el

asador aquellos pescados improvisados. Entretanto, Bois-Dauphin y sus compañeros bebían copiosamente, brindaban y armaban gran jaleo.

—¡Escuchad!—gritó Bois-Dauphin dando un gran puñetazo en la mesa para conseguir silencio,—propongo que bebamos a la salud de nuestro santo padre el Papa, y por la muerte de todos los hugonotes; y es menester que también beban con nosotros los dos frailes y Margarita.

La proposición fué aceptada unánimemente por los tres compañeros.

Levantóse Bois-Dauphin vacilando un poco, porque ya estaba medio beodo, y con una botella que tenía en la mano llenó el vaso del fraile joven.

—¡Ea, buen padre!—dijo,—a la salud de su santidad y por la muerte de...

—Nunca bebo entre hora—respondió friamente el joven.

—¡Oh! ¡pardiez! ¡habéis de beber, o que me maten si no me decía el por qué!

Dicho esto, dejó la botella sobre la mesa y, cogiendo el vaso, acercóselo a los labios al fraile, que se inclinaba contra el breviario, al parecer con gran calma. Cayeron algunas gotas de vino en el libro. Al punto, levantóse el fraile y cogió el vaso; pero en vez de beber, arrojó su contenido al rostro de Bois-Dauphin. Todos soltaron el trapo a reír. El fraile, recostado contra la pared y cruzado de brazos, miraba fijamente al bandido.

—¡Sabéis, padre, que no me agrada esta broma? ¡Por vida de!... Si no fueseis fraile os enseñaría a conocer mejor a la gente.

Mientras así hablaba, extendió la mano hasta el rostro del joven, y le rozó con los dedos el bigote.

La cara del monje tornóse de color de púrpura. Asió con una mano al insolente bandido por el cuello y armándose la otra con la botella, rompiósela en la cabeza, con violencia tanta, que Bois-Dauphin cayó sin conocimiento en el suelo, inundado de sangre y de vino al mismo tiempo.

—¡Admirablemente!—exclamó el fraile viejo.

—¡Bois-Dauphin está muerto!—exclamaron los tres bandidos al ver que su compañero no se movía. ¡Ah! ¡granuja! Ahora te arreglaremos.

Cogieron sus espadas; pero el fraile joven levantóse con sorprendente agilidad las mangas del hábito, apoderóse de la espada de Bois-Dauphin, y se puso en guardia muy resuelto. Al mismo tiempo, su colega sacó de debajo del hábito un puñal cuya hoja tendría unas dieciocho pulgadas de largo, y púsose a su lado con aire muy marcial.

—¡Ah, canallas!—exclamó.—¡Vamos a enseñaros a vivir y a mostraros lo que valéis!

En un abrir y cerrar de ojos, los tres bandidos, heridos o desarmados, tuvieron que saltar por la ventana.

—Jesús, María y José!—exclamó Margarita;—¡Vaya unos campeones que sois, padres! Honráis a la religión. Con todo, he aquí un hombre muerto, y esto perjudica a la fama de esta hostería.

—¡Oh! no, no está muerto—dijo el fraile anciano;—le veo moverse; pero voy a darle la extremaunción.

Y se acercó al herido, al cual agarró de los cabellos, y aplicándole el agudo puñal en la garganta, disponíase a cortarle la cabeza, si Margarita y su compañero no le hubiesen retenido.

—¡Qué hacéis, gran Dios?—decía Margarita;—¡matar un hombre y un hombre que pasa por buen católico, aunque, por lo que parece, no lo sea!

—Supongo—dijo el fraile joven—que asuntos *urgentes* os llaman, como a mí, a Beaugency. Ya está aquí la barca. Apresurémonos.

—Tenéis razón, y os acompaño.

Secó el puñal y se lo escondió bajo el hábito. Y los dos valientes, después de pagar su escote, encaminaronse juntos al Loira, dejando a Bois-Dauphin en manos de Margarita, que comenzó por pagarse registrándole los bolsillos; luego se cuidó de quitarle los cascos de vidrio de que tenía erizada la cabeza, a fin de curarle con todas las reglas usadas en tales casos por las comadres.

—O mucho me engaño, u os he visto en algún sitio—dijo el joven al viejo franciscano.

—¡Lléveme el diablo, si me es desconocida vuestra cara! Pero...,

—Cuando os vi por primera vez, parécememe que no llevabais ese hábito.

—Ni vos tampoco...

—Sois el capitán...

—Dietrich Hornstein, para serviros; y vos sois el joven con quien cené cerca de Etampes.

—El mismo.

—¡Os llamáis Mergy?

—Sí; pero ahora no es ese mi nombre. Soy fray Ambrosio.

—Y yo fray Antonio de Alsacia.



—Bueno, ¿y a dónde vais?

—A La Rochela, si puedo.

—Yo también.

—Me alegro muchísimo de haberos encontrado... Mas ¡demonio! que habéisme azorado mucho con la bendición. Es que yo no sabía una palabra; y al principio os tomaba por un fraile de veras.

—Lo mismo os digo.

—¿De dónde os habéis escapado?

—De París. ¿Y vos?

—De Orleans. Me he visto obligado a esconderme durante más de ocho días. Mis pobres reitres... Mi corneta... están en el Loira.

—¿Y Mila?

—Se ha tornado católica.

—¿Y mi caballo, capitán?

—¡Ah! ¿vuestro caballo? Mandé azotar al pillo del corneta que os lo había robado... Pero, como no sabía dónde parabais, no os lo pude devolver... Y lo guardaba, hasta tener el honor de volver a veros... Ahora pertenecerá, sin duda, a algún bribón de papista.

—¡Chitón! no pronunciéis tan alto esa palabra. ¡Ea, capitán! unamos nuestras suertes y ayudémonos como acabamos de hacer.

—Así lo quiero; y en tanto que Dietrich Hornstein tenga una gota de sangre en las venas, estará pronto a dar cuchilladas a vuestro lado.

Estrecháronse la mano alegremente.

—¡Ah! explicadme qué condenada historia vinieron a contarme con sus gallinas y su *Carpam y Percham*. Hay que reconocer que esos papistas son una especie muy necia.

—¡Silencio una vez más!... He aquí la barca.

Y hablando así, llegaron a la lancha y embarcáronse. Arribaron a Beaugency sin más contratiempo que el de ver flotar en el Loira varios cadáveres de sus correligionarios.

Un batelero observó que la mayoría estaba tumbada boca arriba.

—Piden al cielo venganza—dijo en voz baja Mergy al capitán de reitres.

Dietrich le estrechó la mano sin responder.

El sitio de La Rochela

La Rochela, la mayoría de cuyos habitantes profesaba la religión reformada, era entonces como la capital de las provincias

del Mediodía, y el más firme baluarte del partido protestante. El abundante comercio con Inglaterra y España había introducido allí considerables riquezas, como también el espíritu de independencia que éstas engendran y sostienen. Los ciudadanos, pescadores o marinos, a veces corsarios, familiarizados desde edad temprana con los peligros de una vida aventurera, poseían una energía que les servía de disciplina y de hábito de la guerra. Por esto, a la noticia de la matanza del 24 de agosto, lejos de entregarse a esa resignación estúpida que se había apoderado de la mayoría de los protestantes y les había hecho desesperar de su causa, los de La Rochela fueron alentados por ese valor activo y formidable que la desesperación da a veces. De común acuerdo decidieron sufrir los últimos extremos antes que abrir las puertas a un enemigo que acababa de darles tan clara prueba de su mala fe y de su barbarie. En tanto que los ministros mantenían su celo con discursos fanáticos, mujeres, niños y ancianos trabajaban a porfía en reparar las antiguas fortificaciones y en construir otras nuevas. Reunían víveres y armas, equipaban barcas y buques; en fin, no perdían un solo instante para organizar y preparar todos los medios de defensa de que era capaz la ciudad. Varios nobles que escaparon de la matanza uniéronse a los de La Rochela, y con la descripción que hacían de los crímenes de la noche de San Bartolomé animaban a los más tímidos. Para hombres salvados de una muerte que parecía segura, la guerra y sus azares eran como ligero viento para marinos que acaban de librarse de un temporal. Mergy y su compañero fueron del número de los refugiados que fueron a engrosar las filas de los defensores de La Rochela.

La corte de París, alarmada por esos preparativos, arrepentíase de no haberlos prevenido. El mariscal Biron llegóse a La Rochela, llevando proposiciones de arreglo. El rey tenía motivos para suponer que la elección de Biron agradaría a los de la Rochela; porque ese mariscal, lejos de ser parte en las matanzas de la noche de San Bartolomé, había salvado a varios protestantes notables, y hasta había apuntado con los cañones del Arsenal, que él dirigía, a los asesinos que llevaban las insignias reales.

No podía más que ser recibido en la ciudad y reconocido como gobernador por el rey, prometiendo respetar los privilegios y franquicias de los habitantes y dejarles el libre ejercicio de su religión. Pero, después del asesinato de sesenta mil protestantes, ¿podría creerse en las promesas de Carlos IX? Además, durante el mismo curso de las negociaciones, continuaban los crímenes en Burdeos; los soldados de Biron saqueaban el territorio de La Rochela, y una escuadra real detenía los buques mercantes y bloqueaba el puerto.

Los rocheleses negáronse a recibir a Biron y respondieron que no podrían tratar con el rey en tanto que éste estuviese cautivo de los Guisas, ora porque considerasen a estos últimos únicos autores de los males que padecía el calvinismo, ora porque quisieran tranquilizar con esa ficción tantas veces repetida la conciencia de quienes creyeran que la fidelidad al rey debía vencer los intereses de la religión. Desde entonces no hubo ya medio de entenderse. El rey quiso otro negociante y envió a La Noue. La Noue, llamado "Brazo de Hierro" a causa de un brazo postizo con el cual había substituído el que perdió en una batalla, era un calvinista celoso, que en las últimas guerras civiles había dado pruebas de gran valor y de talento militar.

El almirante, cuyo amigo era, no había tenido lugarteniente más hábil ni más fiel. Cuando los sucesos de San Bartolomé, hallábase en los Países Bajos, dirigiendo las indisciplinadas bandas de flamencos rebelados contra el poder español. Traicionado por la suerte vióse obligado a rendirse al duque de Alba, que le trató bastante bien. Luego, cuando tanta sangre vertida hubo excitado algún remordimiento, lo reclamó Carlos IX, y contra lo que se esperaba, recibióle con la mayor afabilidad. Aquel monarca, exagerado en todo, colmaba de caricias a un protestante y acababa de degollar a cien mil. Una especie de fatalidad parecía proteger el destino de La Noue; ya en la tercera guerra civil le habían hecho prisionero primeramente en Jarnac, luego en Moncontour, y puesto en libertad sin rescate por el hermano del rey, a pesar de las instancias de muchos de sus capitanes, que le hostigaban para que sacrificase un hombre sobrado peligroso para ser perdonado y harto honrado para ser seducido.

Carlos pensó que La Noue se acordaría de su clemencia, y le encargó que exhortase a los rocheleses a someterse. Aceptó La Noue; pero a condición de que el rey no exigiría nada de él que fuera incompatible con su honor. Partió acompañado de un sacerdote italiano que debía vigilarle.

Al principio sintió la mortificación de no-

tar que desconfiaban de él. No pudo ser admitido en La Rochela; pero asignáronle como punto de entrevista una aldea de los alrededores. En Tadón halló a los diputados de La Rochela. A todos los conocía, como se conoce a antiguos compañeros de armas; pero al verle, ni uno solo le tendió una mano amiga, ni uno solo pareció reconocerle. Dió su nombre y expuso las proposiciones del rey. La síntesis de su discurso fué:

—Fiaos de las promesas del monarca; la guerra civil es el peor de los males.

El alcalde de La Rochela respondió con amarga sonrisa:

—Estamos viendo un hombre que se parece a La Noue; pero La Noue no hubiera propuesto a sus hermanos que se sometieran a asesinos. La Noue amaba al difunto señor Almirante, y hubiera querido vengarle, más bien que pactar con sus asesinos. No, vos no sois La Noue.

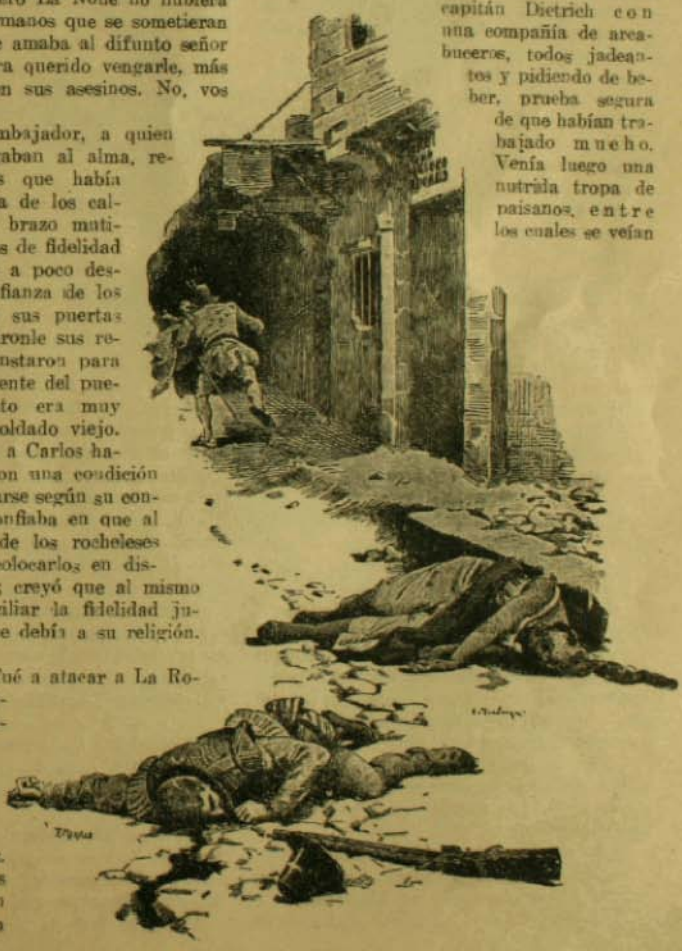
El desdichado embajador, a quien tales reproches llegaban al alma, recordó los servicios que había prestado a la causa de los calvinistas, mostró el brazo mutilado e hizo protestas de fidelidad a su religión. Poco a poco desvanecióse la desconfianza de los rocheleses, abrieron sus puertas a La Noue; mostráronle sus recursos y hasta le instaron para que se pusiera al frente del pueblo. El ofrecimiento era muy tentador para un soldado viejo. El juramento hecho a Carlos había sido prestado con una condición que podía interpretarse según su conciencia. La Noue confiaba en que al ponerse al frente de los rocheleses le sería más fácil colocarlos en disposiciones pacíficas; creyó que al mismo tiempo podría conciliar la fidelidad jurada al rey y la que debía a su religión. Se engañaba.

Un ejército real fué a atacar a La Rochela. La Noue dirigía todas las salidas, mataba gran número de católicos; luego, de vuelta a la ciudad, exhortaba a los habitanes a hacer la paz. ¿Qué sucedió? Los católicos pregonaban que había faltado a la palabra dada al rey; los protestants le acusaban de hacerles traición.

En semejante situación, La Noue, harto de todo, intentaba hacerse matar, exponiéndose veinte veces al día.

La Noue

Los sitiados acababan de efectuar una expedición feliz contra las obras avanzadas del ejército católico. Habían colmado varias toesas de trincheras, derribado gaviones y muerto un centenar de soldados. El destacamento que había logrado esa victoria entraba a la ciudad por la puerta de Tadón. Primero iba el capitán Dietrich con una compañía de arcabuceros, todos jadeantes y pidiendo de beber, prueba segura de que habían trabajado mucho. Venía luego una nutrida tropa de paisanos, entre los cuales se veían



varias mujeres que parecían haber tomado parte en el combate. Seguían luego unos cuarenta prisioneros, la mayor parte llenos de heridas y colocados entre dos filas de soldados a quienes costaba mucho trabajo defenderlos contra el furor del pueblo reunido a su paso. La retaguardia la formaban unos veinte caballeros. La Noue a quien Mergy servía de ayudante de campo, caminaba el último. Tenía la coraza abollada por una bala, y su caballo estaba herido en dos sitios. En la mano izquierda llevaba aún una pistola descargada, y por medio de un gancho que le salía del brazo derecho, guiaba el caballo.

—Dejad paso a los prisioneros, amigos—gritaba a cada momento.—Sed humanos, buenos rocheleses. Están heridos; no pueden defenderse: no son ya enemigos.

Mas la gentualla le respondía con clamores salvajes: "¡A la horca los papistas! ¡Al patíbulo! ¡Viva la Noue!

Mergy y sus caballeros aumentaron el efecto de las generosas recomendaciones de su capitán, repartiendo algunos palos con el astil de las lanzas. Al fin los prisioneros fueron conducidos a la cárcel de la ciudad y colocados con buena guardia en un lugar en que nada podían temer de la furia del populacho. Dispersóse el destacamento y La Noue, acompañado solamente de algunos caballeros, apeóse delante del Ayuntamiento en el instante en que salía de él el alcalde, acompañado de varios paisanos y de un ministro de edad llamado Laplace.

—Valiente La Noue—dijo el alcalde alargándole la mano—acabáis de demostrar a esos asesinos que no todos los valientes murieron con el señor Almirante.

—La cosa ha salido bastante afortunada, señor—dijo con modestia La Noue.—No hemos tenido más que cinco muertos y algunos heridos.

—Como vos dirigíais la salida, señor de La Noue, todos estábamos seguros del triunfo.

—¡Bah! ¿Qué haría La Noue, sin la ayuda de Dios?—exclamó con acritud el viejo ministro.—El Dios fuerte es el que ha luchado hoy por nosotros; ha atendido nuestras oraciones.

—Dios es quien da y quita a su antojo la victoria—dijo con voz serena La Noue,—y sólo a él deben darse gracias por los éxitos de la guerra.

Y volviéndose al alcalde, añadió:

—¿Ha deliberado el consejo acerca de las nuevas proposiciones de Su Majestad?

—Sí—respondió el alcalde;—acabamos de despedir al mensajero del señor, rogándole que se ahorre la molestia de dirigirnos nuevas intimaciones. En lo sucesivo, no responderemos más que a arcabuzazos.

—Hubierais debido mandar ahorcar al trompeta — observó el ministro; — porque está escrito: Algunos bribones malvados han salido de en medio de ti, que han querido reducir a los habitantes de su ciudad... Mas no dejarás tú de darles muerte: tu mano será la primera sobre ellos y luego la mano de todo tu pueblo.

La Noue suspiró y alzó los ojos al cielo sin responder.

—¡Cómo! ¡rendirnos! — prosiguió el alcalde,—rendirnos cuando nuestras murallas están aún en pie, cuando el enemigo no se atreve siquiera a atacarlas de cerca, mientras que nosotros vamos todos los días a insultarlo en sus propias trincheras! Creedme, señor de La Noue, si no hubiera soldados en La Rochela, bastarían las mujeres solas para rechazar a los degolladores de París.

—Caballero, cuando se puede más, hay que hablar moderadamente del enemigo, y cuando se es más débil...

—¡Poco a poco! ¿Quién os dice que somos los más débiles?—interrumpió Laplace. ¿No combate Dios por nosotros? ¿No fué Gedeón, con trescientos israelitas, más poderoso que todo el ejército de los madianitas?

—Mejor que nadie sabéis vos, señor alcalde, cuán insuficientes son las provisiones. La pólvora escasea, y he tenido que prohibir a los arcabuceros que disparen de lejos.

—Montgomery nos la enviará de Inglaterra—repuso el alcalde.

—El fuego del cielo caerá sobre los papistas—dijo el ministro.

—El pan se encarece de día en día, señor alcalde.

—El día menos pensado veremos aparecer la escuadra inglesa, y entonces renacerá en la ciudad la abundancia.

—¡Y si es preciso, Dios hará caer el maná!—exclamó impetuosamente Laplace.

En cuanto a los socorros de que habláis —objetó La Noue,—basta un viento sur de algunos días, para que no puedan arribar a nuestro puerto. Y además, pueden aprehenderlo.

—¡El viento soplará del norte! Yo te lo predigo, hombre de poca fe—replicó el ministro.—Has perdido el brazo derecho y el valor al mismo tiempo.

La Noue parecía decidido a no respon-

derle, y prosiguió, hablando siempre al alcalde:

—Perder un hombre es para nosotros más grave que para el enemigo perder diez. Temo que, si los católicos estrechan el cerco con rigor, nos veamos obligados a aceptar condiciones más duras que las que ahora rechazáis con desprecio. Si, como supongo, el rey se contenta con que se reconozca en esta ciudad su autoridad, sin exigir sacrificios que aquella no puede hacer, creo que es nuestro deber abrirle nuestras puertas; porque, después de todo, es nuestro señor.

—¡No tenemos más señor que Jesucristo! ¡Y sólo un impío puede llamar señor suyo al feroz Achab, Carlos, que bebe la sangre de los profetas!



Y el furor del ministro redoblaba al ver la imperturbable sangre fría de La Noue.

—Yo — dijo el alcalde, — recuerdo bien que la última vez que el señor Almirante pasó por nuestra ciudad nos dijo: "El rey me ha dado palabra de que sus súbditos protestantes serían tratados lo mismo que sus súbditos católicos. Seis meses después, el rey que le había dado su palabra, manda asesinarle. Si abrimos nuestras puertas, aquí se efectuará lo que en París la noche de San Bartolomé.

—El rey ha sido engañado por los Guisas. Se arrepiente de ello y quisiera rescatar la sangre derramada. Si irritáis a los católicos por vuestra obstinación en no pactar, os caerán encima todas las fuerzas del reino, y entonces quedará destruído el único refugio de la religión reformada. ¡Paz! paz! creedme, señor alcalde.

—¡Cobarde! — exclamó el ministro, — deseas la paz porque temes por tu vida.

—¡Oh! ¡señor Laplace!... — dijo el alcalde.

—En resumen — prosiguió friamente La Noue,—mi última palabra es que si el rey consiente en no mandar guarnición a La Rochela y en dejar libres nuestras capillas, hay que entregarle las llaves y asegurarle nuestra sumisión.

—¡Eres un traidor!—exclamó Laplace;— y estás vendido a los tiranos.

—¡Dios mío! ¿qué estáis diciendo, señor Laplace?—repitió el alcalde.

La Noue sonrió ligeramente, y con aire de desprecio, dijo:

—Ya veis, señor alcalde, cuán extraño es el tiempo en que vivimos: la gente de guerra habla de paz, y los ministros predican la guerra.—Señor mío—prosiguió, hablando a Laplace, — me parece que es la hora de comer, y vuestra mujer os esperará sin duda en vuestra casa.

Estas últimas palabras acabaron de enfurecer al ministro. Este no pudo hallar ninguna injuria que proferir; y, como un bofetón dispensa de una respuesta razonable, dió una al viejo capitán en el carrillo.

—¡Por Cristo! ¿qué hacéis? — exclamó el alcalde.— ¡Pegar al señor de La Noue, el mejor ciudadano y el soldado más valiente de La Rochela!

Mergy, que estaba presente, disponíase a imponer a Laplace un correctivo de que hubo un instante, rápido como el pensamiento, en que en sus ojos fulguró un rayo de enojo y de indignación. Pero al punto recobró la acostumbrada impasibilidad su fisonomía: creyérase que el ministro había golpeado el busto de mármol de un senador romano, o bien que La Noue no había sido tocado sino por una cosa inanimada y movida por la casualidad.

—Llevad a ese anciano a su esposa—dijo a uno de los ciudadanos que acompañaban al viejo ministro.—Decidle que lo cuide, que seguramente no está bueno hoy. Señor alcalde, os suplico que me concedáis ciento cincuenta voluntarios de entre los habitan-



tes, pues quisiera mañana al despuntar el día hacer una expedición, en el momento en que los soldados que hayan pasado la noche en las trincheras se hallen aún entorpecidos por el frío, como los osos a que se ataca durante el deshielo. He notado que la gente que duerme bajo techado vence fácilmente a la mañana a los que acaban de pasar la noche al raso... Señor de Mergy, si no tenéis mucha prisa para cenar, ¿queréis dar conmigo una vuelta por el bastión del Evangelio? Me gustaría ver cómo van las obras del enemigo.

Saludó al alcalde, y, apoyándose en el hombro del joven, encaminóse al bastión.

Cuando entraron en él, un cañonazo acababa de herir mortalmente a dos hombres. Todas las piedras estaban teñidas de sangre, y uno de aquellos desgraciados gritaba a sus compañeros que lo rematasen. La Noue, con el codo apoyado en el parapeto, miró un rato en silencio las obras de los sitiadores; y volviéndose luego a Mergy, le dijo:

—¡Horrible cosa es la guerra!... Pero una guerra civil... Esa bala ha sido cargada en un cañón francés; un francés es quien ha apuntado el cañón y quien acaba de disparar, y la bala ha muerto dos franceses. Y aún no es nada dar la muerte a media milla de distancia; pero, señor de Mergy, ¡cuando hay que hundir la espada en el cuerpo de un hombre que os pide gracia en vuestra lengua!... Y, no obstante, acabamos de hacerlo en esta misma mañana.

—¡Ah, señor, si hubiéseis visto la matanza del 24 de agosto! ¡Si hubierais cruzado el Sena cuando estaba rojo y arrastraba más cadáveres que témpanos después del deshielo, poca compasión tendríais a los hombres contra quienes luchamos! Para mí, todo papista es un asesino...

—No calumniéis a vuestro país. En ese ejército que nos asalta, hay muy pocos monstruos de esos de que habláis. Los soldados son campesinos franceses que han dejado el arado para ganar la paga del rey; y los hidalgos y carpinteros se baten porque han prestado juramento de fidelidad al monarca. Tal vez tengan razón... y nosotros seamos rebeldes.

—¡Rebeldes! Nuestra causa es justa; luchamos por nuestra religión y por nuestra vida.

—Por lo que veo, tenéis pocos escrúpulos; sois feliz, señor de Mergy.

Y el viejo guerrero suspiró profundamente.

—¡Caramba! — exclamó un soldado que acababa de disparar su arcabuz,—¡ese demonio debe de tener algún encanto! Hace tres días que le estoy apuntando y no consigo tocarle.

—¿Quién?—preguntó Mergy.

—Mirad, ¿veis ese individuo de jubón blanco con banda y plumas rojas? Todos los días se pasea en nuestras barbas, como si quisiera burlarse de nosotros. Es una de esas espadas doradas de la corte que han venido con el rey.

—La distancia es grande—dijo Mergy;—mas no importa, dadme un arcabuz.

Un soldado le puso el arma en las manos. Mergy apoyó la punta del cañón en el parapeto y apuntó detenidamente.

—¿Y si fuera algún amigo vuestro?—dijo La Noue.—¿Por qué queréis actuar de arcabucero?

Mergy iba a apretar el gatillo, pero detuvo el dedo.

—No tengo amigos entre los católicos,

excepto uno solo... y ése, estoy segurísimo de que no viene a asaltarnos.

—Si fuera vuestro hermano, que, habiendo acompañado al rey...

El tiro salió; pero la mano de Mergy había temblado, y vióse alzarse el polvo producido por la bala bastante lejos del que paseaba. Mergy no creía que su hermano pudiese estar en el ejército católico; no obstante, alegróse mucho de haber errado el tiro. La persona contra la cual acababa de hacer fuego continuó andando a paso lento y desapareció luego tras los montones de tierra recién removida que se alzaban por doquiera alrededor de la ciudad.

La expedición

Una lluvia menuda y fría que había caído sin interrupción durante toda la noche acababa de cesar en el momento en que despuntaba el día, anunciándose hacia oriente por una luz pálida que difícilmente traspasaba una niebla densa a ras de tierra, movida acá y acullá por el viento, que producía en ella anchas brechas; mas pronto se reunían esas masas grisáceas, como las olas separadas por un buque vuelven a unirse y colman el surco que éste acaba de trazar. La campiña, cubierta de ese vapor denso perforado por las copas de algunos árboles, parecía una vasta inundación.

La luz indecisa de la mañana, mezclada al resplandor de las antorchas, iluminaba en la ciudad una tropa bastante numerosa de soldados y voluntarios agrupados en la calle que conducía al bastión del Evangelio. Golpeaba el suelo con los pies y agitábase sin mudar de sitio, como gente invadida por ese frío penetrante y húmedo que acompaña al amanecer en invierno. No se escatimaban juramentos e imprecaciones enérgicas contra el que los había hecho ponerse sobre las armas tan de mañana; pero a pesar de los insultos, notábase en sus conversaciones el buen humor y la esperanza que anima a los soldados guiados por un jefe querido. Con tono medio de cólera y medio de broma, decían:

—¡Ese maldito "Brazo de hierro", ese "Juan sin sueño" no podría almorzar sin despertar a los asesinos de nuestros hijos!—¡Mal rayo le parta! ¡Demonio de hombre! Con él, nunca está uno seguro de pasar una buena noche.—¡Por las barbas del difunto señor Almirante! Si no oigo pronto los arcabuzazos, voy a dormirme como si estuviera aún en la cama.—¡Ah! ¡viva! He aquí el aguardiente que va a confortarnos y a impedir que cojamos un reuma entre esta empecatada niebla.

En tanto que distribuían aguardiente a los soldados, los oficiales, rodeando a La Noue, que estaba de pie bajo el sobradillo de una tienda, escuchaban atentamente el plan del ataque que se proponían dar contra el ejército sitiador. Oyóse un redoble de tambores; cada cual volvió a su puesto; avanzó un ministro, bendijo a los soldados, animándolos a trabajar bien, prometiéndoles la vida eterna en caso de que la muerte les impidiera volver a la ciudad y obtener las recompensas y el agradecimiento de sus conciudadanos. El sermón fué breve, y La Noue lo halló demasiado largo. No era ya el mismo hombre que la víspera lamentaba cada gota de sangre francesa vertida en esa guerra. No era sino un soldado, y parecía tener prisa por tornar a ver una escena de carnicería. Así que hubo terminado la arenga del ministro y que los soldados respondieron "Amén", exclamó con voz firme y dura:

—¡Compañeros! este señor acaba de deciros la verdad; encomendémonos a Dios y a Nuestra Señora de Pega Fuerte. Al pri-



mero que tire antes de que su taco entre en la barriga de un papista, le mato, si me salvo.

—Señor—le dijo Mergy,—he ahí un discurso muy distinto de los de ayer.

— ¿Sabéis latín?—le preguntó La Noue con tono brusco.

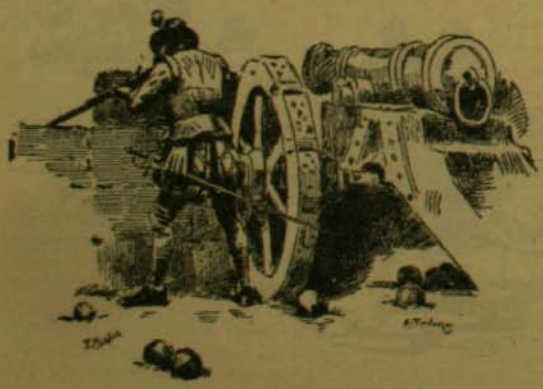
—Sí, señor.

—Pues bien, recordad el hermoso dicho: "Age quod agis".

Hizo una seña; dispararon un cañonazo; y toda la tropa se encaminó a paso largo al campo: al mismo tiempo, pequeños pelotones de soldados salieron por diferentes puertas y fueron a dar la alarma a varios puntos de las filas enemigas, a fin de que los católicos, creyéndose asaltados por todas partes, no se atrevieran a llevar socorros contra el ataque principal, por miedo a desguarnecer un lugar de sus trincheras amenazadas por doquier.

El bastión del Evangelio, contra el cual habían dirigido sus esfuerzos los ingenieros del ejército católico, tenía que aguantar los efectos de una batería de cinco cañones instalada en una pequeña eminencia coronada por un edificio ruinoso que, antes del sitio, era un molino. Un foso con un parapeto en tierra defendía las cercanías por el lado de la ciudad, y delante del foso, habían colocado de centinela varios arcabuceros. Mas, así como lo había previsto el capitán protestante, sus arcabuces, expuestos durante varias horas a la humedad, habían de ser casi inútiles, y los asaltantes bien provistos de todo, apercibidos al ataque, tenían gran ventaja sobre gente atacada de pronto, fatigada por las veladas, empapada de lluvia y transida de frío.

Los primeros centinelas son degollados.



Algunos arcabuzazos disparados por milagro despiertan la guardia de la batería a tiempo para ver al enemigo dueño ya del parapeto y encaramándose al terreno del molino. Algunos intentan resistir; pero las armas escapan de sus manos ateridas de frío; casi todos los arcabuces fallan, mientras que los asaltantes no pierden un solo disparo. No es dudosa la victoria, y los protestantes, dueños ya de la batería, profieren el grito feroz de:

—*¡Sin cuartel! Acordaos del 24 de agosto.*

En la torre del molino albergábanse unos cincuenta soldados con su capitán; éste, en calzoncillos y con gorro de dormir, llevando en una mano la almohada y la espada en la otra, abre la puerta y sale preguntando de dónde procede el tumulto. Lejos de pensar en una incursión del enemigo, imaginábase que el ruido sería debido a alguna disputa entre sus propios soldados. Fué cruelmente desengañado; un golpe de alabarda lo derribó por tierra bañado en sangre. Los soldados tuvieron tiempo de levantar barricadas en la puerta de la torre, y durante largo rato defendiéronse ventajosamente disparando por las ventanas; pero contra ese edificio había un gran montón de paja y hierba, como también ramajes que habían de servir para construir gaviones. Los protestantes les prendieron fuego que, en un momento, invadió la torre y se extendió hasta su cima. Pronto se oyeron salir de ellas gritos lamentables. El tejado estaba ardiendo e iba a desplomarse sobre la cabeza de los desdichados a quienes cubría. La puerta ardía, y las barricadas que habían levantado impedíanles huir por esa salida. Si intentaban saltar por las ventanas, caían a las llamas o eran recibidos por las puntas de las picas. Vióse entonces un espectáculo horroroso. Un oficial, revestido de una armadura completa, intentó saltar como los demás por una ventana estrecha. Según una moda a la sazón bastante corriente, la armadura terminaba en una especie de falda de hierro que tapaba los muslos y el vientre y se ensanchaba como un embudo, de modo que permitía andar fácilmente. La ventana no era lo bastante ancha para que pudiese pasar esa parte de la armadura, y el oficial, en su turbación, ha-



bíase precipitado tan violentamente, que se encontró con la mayor parte del cuerpo fuera sin poder moverse y cogido como en un torno. En tanto las llamas llegaban hasta él, calentábanle la armadura y le quemaban lentamente como en una hoguera o como en el famoso toro de fuego inventado por Falaris. El desdichado profería gritos horrorosos, y agitaba en vano los brazos como para pedir socorro. Hubo un momento de silencio entre los asaltantes; luego, todos juntos y como de común acuerdo, levantaron un clamor de guerra como para aturdirse y no oir los gemidos del hombre que ardía. Este desapareció en un torbellino de llamas y humo, y vióse caer en medio de los despojos del patio, un casco rojo y humeante.

En medio del combate, son de corta duración las sensaciones de horror y de tristeza: el instinto de la propia conservación preocupa intensamente el espíritu del soldado para que se muestre mucho tiempo sensible a las desgracias de los demás. En tanto que parte de los rebeldes perseguía a los fugitivos, los otros destrozaban las ruedas de los cañones y precipitaban al foso los gaviones de la batería y los cadáveres de sus defensores.

Mergy, que había sido de los primeros en escalar el foso, tomó aliento un instante para grabar con la punta del puñal el nombre de Diana en una de las piezas de la batería; luego ayudó a los demás a destruir las obras de los sitiadores.

Un soldado había cogido por la cabeza al capitán católico, que no daba ninguna señal de vida; otro le asía por los pies, y ambos se preparaban para lanzarlo al foso columpiándolo acompasadamente. De pronto, el supuesto muerto, abriendo los ojos, reconoció a Mergy, y exclamó:

—¡Gracia, señor de Mergy, gracia! ¡Estoy prisionero, salvadme! ¿No reconocéis a vuestro amigo Beville?

Aquel desgraciado tenía la cara llena de sangre, y a Mergy le costó trabajo reconocer en aquel moribundo al joven cortesano a quien había dejado lleno de alegría y vida. Mandó que le colocaran con precaución en la hierba, vendóle él mismo la herida, y poniéndolo de través sobre un caballo, dió orden de que le llevaran despacito a la ciudad.

Cuando se despedía de él y ayudaba a guiar el caballo fuera de la [illegible], dijo



en un claro un grupo de caballería que venía al trote avanzando entre la ciudad y el molino. Al parecer, era un destacamento del ejército católico que quería cortarles la retirada. Mergy corrió inmediatamente a avisar a La Noue.

—Si queréis confiarme sólo unos cuarenta arcabuceros—dijo,—voy a arrojarme tras el seto que orilla ese camino por donde van a pasar, y que me ahorquen, si no vuelven grupas a toda prisa.

—Muy bien, muchacho, algún día serás un buen capitán. ¡Ea! vosotros seguid a este caballero y hacer lo que él os mande.

En un momento colocó Mergy a sus arcabuceros a lo largo del vallado; les hizo poner una rodilla en tierra y preparar las armas, y prohibióles sobre todo disparar antes que él lo ordenase.

La caballería enemiga avanzaba con rapidez, y oíase ya claramente el trote de los caballos en el camino hundido.

—Su capitán—dijo Mergy en voz baja, —es ese bribón de pluma encarnada a quien no pudimos matar ayer. No dejemos de hacerlo hoy.

El arcabucero que estaba a su derecha bajó la cabeza, como para decirle que él se cuidaba de ese capitán. Los jinetes estaban ya a veinte pasos, y su capitán, volviéndose a ellos, parecía pronto a darles una orden, cuando Mergy, levantándose de pronto, gritó:

—¡Fuego!

El capitán de la pluma roja volvió la cabeza, y Mergy reconoció a su hermano. Extendió la mano hacia el arcabuz de su vecino para desviarlo; pero antes de que pudiera tocarlo, había salido el tiro. Los jinetes, sorprendidos por tan inesperada descarga, dispersáronse huyendo por el campo. El capitán Jorge cayó atravesado por dos balas.

El hospital

Un antiguo convento de religiosos, confiscado primero por el Ayuntamiento de la ciudad de La Rochela, había sido transformado durante el sitio en hospital para los heridos. El suelo de la capilla, de donde habíanse sido retirados los bancos, el altar y todos los ornamentos, estaba cubierto de paja y hierba. Allí transportaban a los simples soldados. El refectorio estaba destinado a los oficiales y caballeros. Era una sala bastante grande, con artesonados de encina vieja y con anchas ventanas ojivales que

daban suficiente luz para las operaciones quirúrgicas que allí se practicaban continuamente.

Allí estaba el capitán Jorge acostado en un colchón tinto con su sangre y la de otros muchos desgraciados que le precedieron en aquel lugar de dolor. Un haz de paja servíale de almohada. Acababan de quitarle la coraza y desgarrarle el jubón y la camisa. Estaba desnudo hasta la cintura; pero el brazo llevaba aún el guantelete de acero. Un soldado restañaba la sangre que le corría de las heridas, una en el vientre, precisamente debajo de la coraza, la otra, leve, en el brazo izquierdo. Mergy se hallaba tan abatido por el dolor, que era incapaz de socorrerle eficazmente. Ora llorando de rodillas ante él, ora revolcándose por el suelo con gritos de desesperación, no cesaba de acusarse de haber matado al hermano más cariñoso y su mejor amigo. El capitán estaba tranquilo y afanábase por moderar sus arrebatos.

A dos pies del colchón, había otro en el cual yacía el pobre Beville en la misma molesta posición. Sus facciones no expresaban esa resignación tranquila que se notaba en las del capitán. De vez en cuando dejaba escapar un gemido sordo, y miraba a su vecino como para pedirle un poco de valor y firmeza.

Un hombre de unos cuarenta años, seco, delgado, calvo y con muchas arrugas, entró en la sala y acercóse al capitán Jorge, llevando en la mano una bolsa verde de donre salía cierto retiñir espantoso para los pobres enfermos. Era maese Brisart, cirujano bastante hábil para su época, discípulo y amigo del célebre Ambrosio Paré. Acababa de practicar alguna operación, porque llevaba los brazos arremangados hasta el codo y tenía además un delantal ensangrentado.

—¿Qué me queréis y quién sois?—le preguntó Jorge.

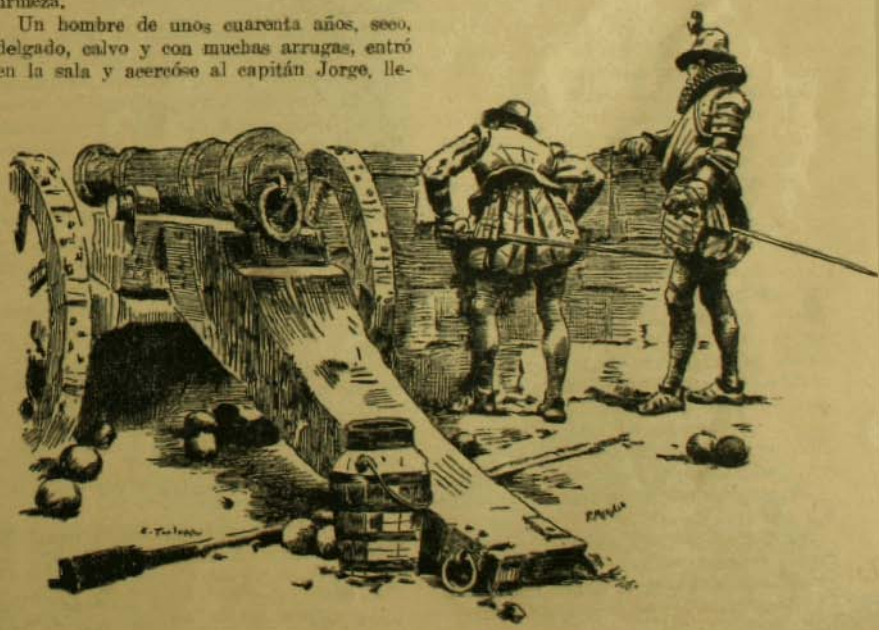
—Soy cirujano, caballero, y si no os es conocido el nombre de maese Brisart es que ignoráis muchas cosas. ¡Ea! ánimo. Yo entiendo de arcabuzazos, a Dios gracias y quisiera tener tantos sacos de mil libras como balas he extraído del cuerpo a gente que hoy se encuentra tan bien como yo.

—Bueno, doctor, decidme la verdad. Si no me engaño, la herida es mortal.

El cirujano examinó primero el brazo izquierdo y dijo: "¡Una friolera!" Luego empezó a sondar la otra herida, que pronto indujo al herido a hacer muchos gestos. Con el brazo derecho rechazó con bastante fuerza aún la mano del cirujano.

—¡Pardiez! ¡No paséis adelante, doctor! —exclamó.—Bien veo en vuestra cara que se me acaba la vida.

—Ya veis, caballero, mucho me temo que



la bala haya atravesado el pequeño oblicuo del bajo vientre y que al subir háyase estacionado en la espina dorsal, que en griego llamamos *rachis*. Lo que me induce a pensar así son vuestras piernas sin movimiento y frías ya. Tal estado patognomónico no engaña apenas; algún caso...

—¡Un disparo a quema ropa y una bala en la espina dorsal! ¡Cáspita! doctor, eso es más que suficiente para enviar al otro mundo a un pobre diablo.

Así es que no me atormentéis más y dejadme morir tranquilo.

—¡No! ¡vivirá! ¡vivirá!—exclamó Mergy, clavando sus desesperados ojos en el cirujano y asiéndole fuertemente por el brazo.

—Sí, una hora, tal vez dos—dijo friamente maese Brisart, — porque es hombre robusto.

Mergy volvió a caer de rodillas, cogió la mano derecha del capitán y regó con un torrente de lágrimas el guantelete de que éste estaba cubierta.

—¿Dos horas?—repitió Jorge. — Menos mal; temía tener que padecer más tiempo.

—¡No, eso no es posible!—exclamó Mergy sollozando.—No morirás, Jorge. Un hermano no puede morir por mano de su hermano.

—Vamos, sosiégate y no me sacudas. Cada uno de tus movimientos me repercute aquí. Ahora no me duele mucho; con tal que dure... Es lo que decía Zanzy al caer de lo alto del campanario.

Sentóse Mergy junto al colchón, con la cabeza apoyada en las rodillas y oculta entre las manos. Estaba inmóvil y como amodorrado; pero, a intervalos, unos movimientos convulsivos le estremecían todo el cuerpo, y de su pecho se escapaban gemidos que nada tenían de voz humana.

El cirujano le había atado unas vendas, sólo para detenerle la hemorragia, y secaba la sonda con mucha sangre fría.

—Os recomiendo mucho que hagáis vuestros preparativos—dijo;—si queréis un ministro, no faltan por aquí. Si preferís un sacerdote, os mandaremos uno. Poco ha he visto un fraile que nuestra gente acaba de hacer prisionero. Mirad, está allí confesando a ese oficial papista que va a morir.

—Que me den de beber—dijo el capitán.

—¡Guardáos mucho de hacerlo, que moriréis una hora antes!

—Una hora de vida no vale un vaso de vino. ¡Ea! adiós, doctor; ahí, a mi lado, tendréis a uno que os aguarda con impaciencia.

—¡Os envío un ministro o el fraile:

—Ni uno ni otro.

—¿Cómo?

—Dejadme en paz.

El cirujano se encogió de hombros y acercóse a Beville.

—¡Por éstas!—exclamó,—¡vaya una buena herida! Esos condenados voluntarios saben pegar.

—¿Me salvaré, verdad?—preguntó el herido con voz débil.

—Respirad un poco—dijo maese Brisart.

Entonces se oyó una especie de silbido apagado; lo producía el aire que salía del pecho de Beville, al mismo tiempo que de la boca, y la sangre brotaba de la herida como musgo rojo.

El cirujano silbó como para imitar aquel ruido extraño; luego le puso una compresa a toda prisa, y sin decir una palabra, cogió su estuche y disponíase a salir. Entretanto, los ojos de Beville, brillantes cómo teas, seguían todos sus movimientos.

—¿Qué tal, doctor? — preguntó con voz temblorosa.

—Preparad vuestro equipaje — respondió friamente el cirujano.

—Y se marchó.

—¡Ay! ¡morir tan joven! — exclamó el desdichado Beville, dejando caer de nuevo la cabeza sobre el haz de paja que le servía de almohada.

El capitán Jorge pedía de beber; pero nadie quería darle un vaso de agua, por miedo a apresurar su fin. ¡Extraña humanidad que no sirve sino para prolongar el dolor! En aquel momento, La Noue y el capitán Dietrich, así como varios oficiales, entraron en la sala para ver los heridos. Detuviéronse todos ante el colchón de Jorge, y La Noue, apoyándose en el pomo de la espada, miraba alternativamente a ambos hermanos con ojos en que se pintaba toda la emoción que tan triste espectáculo le hacía sentir.

Una cantimplora que el capitán alemán llevaba al costado llamó la atención de Jorge.

—Capitán—le dijo,—¿sois soldado viejo?

—Sí, soldado viejo soy. El humo de la pólvora blanquea una barba más pronto que los años... Soy el capitán Dietrich Hornstein.

—Decidme, ¿qué haríais si estuviéseis herido como yo?

El capitán Dietrich miró un momento las heridas, como un hombre habituado a verlas y a juzgar su gravedad.

—Pondría orden en mi conciencia—respondió,—y pediría un buen vaso de vino



del Rhin, si hubiera alguna botella en los alrededores.

—Pues bien, yo no les pido más que un poco de su mal vino de La Rochela, y estos imbéciles no quieren dármelo.

Dietrich desató la cantimplora, que era de tamaño imponente, y disponíase a darle al herido.

—¿Qué hacéis, capitán?—exclamó un arcabucero;—el médico ha dicho que morirá al momento si bebe.

—¿Qué importa? Cuando menos habrá tenido un ligero placer antes de su muerte. Tened, buen hombre, y siento no poder ofreceros mejor vino.

—Sois un hombre amable, capitán Dietrich—dijo Jorge después de beber.

Y alargando luego la cantimplora a su vecino, añadió:

—¿Quiéres beber tú, pobre Beville?

Mas Beville movió la cabeza sin responder.

—¡Ah! ¡ah!—dijo Jorge,—¡otro tormento! ¡Cómo! ¿No me dejarán morir en paz?

Acababa de ver un ministro que se acercaba con la Biblia bajo el brazo.

—Hijo mío—dijo el ministro,—cuando vais...

—¡Basta! ¡Basta! Sé lo que vais a decirme; pero es trabajo inútil. Soy católico.

—¡Católico!—exclamó Beville.—¿Ya no eres ateo?

—Pero antes—dijo el ministro,—fuisteis educado en la religión reformada; y en este



momento solemne y terrible, cuando os halláis próximo a comparecer ante el supremo juez de las acciones y las conciencias...

—¡Por los cuernos del demonio! ¡Soy católico, os digo. ¡Dejadme en paz!

—Es que...

—Capitán Dietrich, apiadaos de mí; ya me habéis prestado un servicio; ahora os pido otro. Haced que pueda yo morir sin exhortaciones ni lamentaciones.

—Retiráos — dijo el capitán Dietrich al ministro;—ya veis que no tiene humor de oiros.

La Noue hizo una seña al fraile, que se le acercó inmediatamente.

—He aquí un sacerdote de vuestra religión—dijo al capitán Jorge;—no queremos violentar las conciencias.

—¡Fraile o ministro, váyanse a paseo!—respondió el herido.

El ministro y el monje estaban cada uno a un lado del lecho y parecían dispuestos a disputarse al moribundo.

—Este caballero es católico—dijo el fraile.

—Pero nació protestante—replicó el ministro;—me pertenece.

—Es que se ha convertido.

—Mas quiere morir en la religión de sus padres.

—Confesaos, hijo mío.

—Decid vuestro símbolo, hijo mío.

—¿Verdad que morís siendo buen católico?

—¡Apartad de aquí a este enviado del Anticristo!—exclamó el ministro que se veía apoyado por la mayoría de los presentes.

Al punto, un soldado, hugonote celoso, asió al fraile por el cordón del hábito y le empujó gritando:

—¡Fuera de aquí, tonsurado! ¡carne de horca! Ya hace tiempo que no se cantan misas en La Rochela.

—¡Basta!—dijo La Noue,—si este caballero quiere confesarse, juro por mi honor que nadie se lo impedirá.

—Muchas gracias, señor de La Noue—dijo con voz débil el moribundo.

—Todos sois testigos—interrumpió el fraile;—quiere confesarse.

—¡No!—dijo Jorge.

—Vuelve a la fe de sus antepasados—exclamó el ministro.

—¡No y mil veces no! Dejadme los dos. ¿Estoy ya muerto, para que los cuervos se disputen mi cadáver? No quiero ni vuestras misas ni vuestros salmos.

—¡Blasfemia!—dijeron a una ambos ministros de los cultos enemigos.

—Hay que creer en algo—dijo el capitán Dietrich, con rostro impertérrito.

—Creo que sois un buen hombre, que me libraréis de esas arpías... Sí, retiráos y dejadme morir como un perro.

—¡Sí, muere como un perro!—dijo el ministro retirándose indignado.

El fraile hizo la señal de la cruz y se acercó a Beville.

La Noue y Mergy detuvieron al ministro.

—Un último esfuerzo — dijo Mergy. — Compadecéos de él y de mí!

—Caballero—dijo La Noue al moribundo,—creed a un viejo soldado: las exhortaciones de un hombre que se ha consagrado a Dios pueden suavizar las últimas horas de un moribundo. No escucháis los consejos de una vanidad culpable, y no perdáis vuestra alma por bravata.

—Señor—respondió el capitán,—no es sólo de hoy cuando he pensado en la muerte. No necesito exhortaciones de nadie para

prepararme a ólla. Nunca me han gustado las bravatas. Pero ¡por vida! de nada me sirven sus monsergas.

El ministro se encogió de hombros. La Noue suspiró. Ambos se fueron lentamente y cabizbajos.

—Compañero — dijo Dietrich, — mucho debéis de padecer para hablar de ese modo.

—Sí, capitán, padezco horriblemente.

—En ese caso, supongo que Dios no se ofenderá por vuestras palabras, que se parecen mucho a blasfemias. Pero al que tiene un arcabuzazo al través del cuerpo, ¡pardiez! bien se le puede permitir jurar un poco para consolarse.

Jorge sonrió y tomó de nuevo la cantimplora.

—¡A vuestra salud, capitán! Sois el mejor enfermero que pueda tener un soldado herido.

Y al hablar le tendió la mano.

El capitán Dietrich la estrechó con visible emoción.

—*¡Teufel!* — balbucó en voz baja.—¡Y sin embargo, si mi hermano Henning fuese católico y le hubiera yo dado un arcabuzazo en el vientre!... Ved ahí la explicación de la profecía de Mila.

—Jorge—dijo Beville con voz lastimera, —dime algo. Vamos a morir, ¡este es un tormento terrible!... ¿Sigues pensando ahora como pensabas cuando me convertiste al ateísmo?

—Por supuesto. ¡Animo! dentro de poco dejaremos de padecer.

—Pero ese fraile me habla de fuego... de demonios... ¿qué sé yo? Creo que no es muy tranquilizador todo eso.

—¡Pamplinas!

—¿Y si fuera cierto?

—Capitán, os lego mi coraza y mi espada; quisiera tener algo mejor que ofreceros por el buen vino que tan generosamente me habéis dado.

—Amigo Jorge—prosiguió Beville, —sería horroroso, si fuese la verdad lo que dice... la eternidad!

—Pues confiésate.

—Dime, por favor, ¿estás seguro de que no hay infierno?

—¡Bah!

—Respóndeme, ¿estás muy seguro de ello? Júrame por tu honor, que no hay infierno.

—Yo no estoy seguro de nada. Si hay algún diablo, ya veremos de qué color es.

—¡Cómo! ¿No estás seguro?

—Te digo que te confieses.

—Es que vas a burlarte de mí.

El capitán no pudo menos de sonreirse; luego, con grave acento, dijo:

—Yo, en tu lugar, me confesaría; es siempre lo más seguro, y, confesado, ungido, queda uno preparado para todo evento.

—Bueno, haré lo que tú hagas. Confiésate tú primero.

—No.

—En fin... tú dirás lo que quieras; pero yo moriré como buen católico. Vamos, padre, mandadme decir *Yo pecador* y sopladme, pues lo he olvidado un poco.

En tanto se confesaba Beville, el capitán Jorge bebió otro trago de vino, luego reclinó la cabeza contra su mala almohada y cerró los ojos. Quedó tranquilo cerca de un cuarto de hora. Después apretó los labios y se estremeció exhalando un largo gemido que el dolor le arrancaba. Mergy, creyéndole expirante, profirió un grito agudo y le alzó la cabeza. El capitán abrió inmediatamente los ojos.

—¡Otra vez?—dijo empujándole suavemente.—Por favor, Bernardo, sosiégate.

—¡Jorge! ¡Jorge! ¡Y mueres por mi mano!

—¿Qué se le va a hacer? No soy el primer francés muerto por un hermano... y no creo ser el último. Pero sólo debo acusarme a mí mismo... Cuando el rey, sacándome de la cárcel, me trajo consigo, ju-



ré no desenvainar la espada... Pero cuando supe que ese pobre diablo de Beville era atacado... cuando oí el ruido del tiroteo, he querido ver la cosa demasiado de cerca.

Cerró de nuevo los ojos y abriólos poco después, diciendo a Mergy:

—La señora de Turgis me ha encargado que te diga que continúa amándote.

Sonrió ligeramente.

Esas fueron sus últimas palabras. Murió al cabo de un cuarto de hora, sin parecer padecer mucho. Minutos después expiró Beville en brazos del fraile, que luego aseguró haber oído en el aire el grito de alegría de los ángeles, que recibían el alma de ese pecador arrepentido, en tanto que bajo la tierra los demonios respondieron con un rugido de triunfo al llevarse el alma del capitán Jorge.

—En todas las historias de Francia se ve cómo salió La Noue de La Rochela, harto de guerra civil y atormentado por su conciencia que le reprochaba el pelear contra su rey; se ve también que el ejército católico tuvo que levantar el sitio y cómo se hizo la cuarta paz, a la que pronto siguió la muerte de Carlos IX.

¿Se consoló Mergy? Lo dejo a la decisión del lector, quien, de ese modo, terminará la novela a su gusto.

Otbre.
1916

PACIFICO
MAGAZINE

Pre
UN



ALIMENTO MEYER



NO SE AFIRMA LO QUE NO SE PUEDE COMPROBAR

Hemos dicho que los mejores médicos del país se han pronunciado en el sentido de que este producto es el mejor entre todos sus similares.

En el "Zig-Zag" del 18 de septiembre y del 7 de octubre publicamos los certificados de los PROFESORES DE LA FACULTAD DE MEDICINA, especialistas en el ramo, doctores Roberto Aguirre Luco, Alfredo Sánchez Cruz y Luis Calvo Mackenna, que también tienen a su cargo, respectivamente, los servicios de la PROTECTORA DE LA INFANCIA, Instituto de Puericultura y PATRONATO DE LA INFANCIA; de los MEDICOS DE LOS DOS HOSPITALES DE NIÑOS DE ESTA CIUDAD, doctores Alfredo Commentz, Gilberto Infante Valdés y Eugenio Cienfuegos; de los Médicos Directores del HOSPITAL DE NIÑOS y del ASILO DE LA INFANCIA de Concepción, doctores Villa Novoa y Coddou; de los DISTINGUIDOS ESPECIALISTAS, doctores Otto Philippi, Marcial Guzmán Z., Adolfo Hirth y Luis Cruchaga T., de esta ciudad; Rudloff, Contreras, Holzapfel y Briede, de Valdivia; Roldán y Sepúlveda, de San Fernando; Camus y Gajardo, de San Felipe.

Publicamos hoy la opinión del distinguido especialista y Médico del Hospital de Niños de Valparaíso:

Dr. C. Borelli C., Médico del Hospital de Niños de Valparaíso.
Valparaíso, marzo 12 de 1916.

He ensayado el "ALIMENTO MEYER" tanto en el Hospital de Niños como en mi clientela particular, y PUEDO CERTIFICAR QUE ES EXCELENTE, Y QUE PUEDE REEMPLAZAR CON VENTAJA A LOS SIMILARES QUE NOS VIENEN DEL EXTRANJERO.

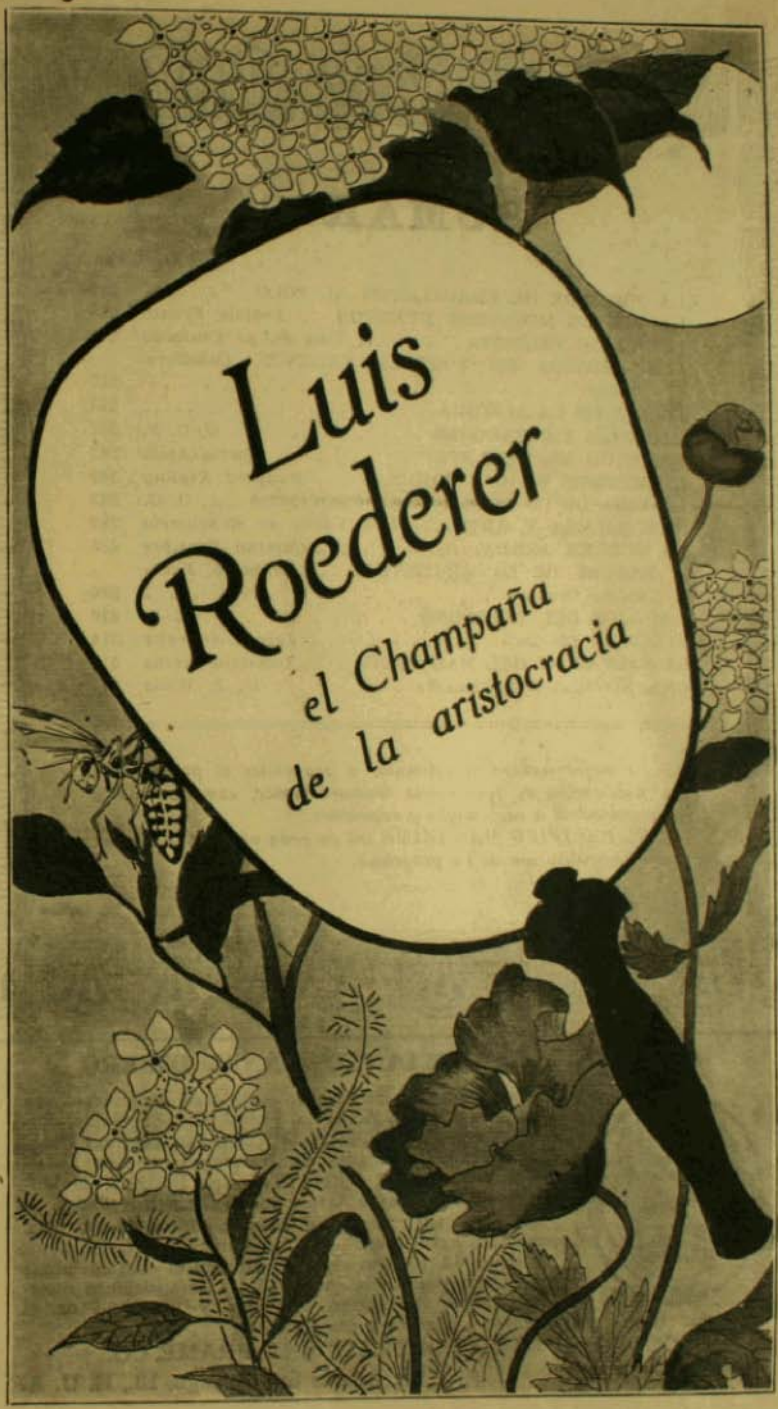
Dr. C. MORELLI C.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAIS Y CASA GATH Y CHAVES.

Por mayor: Daube y Cía., Arestizábal y Cía. y Droguería Francesa.

Agentes en Valdivia, Concepción y Valparaíso.




Luis
Roederer
el Champaña
de la aristocracia

SUMARIO

	Págs.
LA JORNADA DE SHACKLETON AL POLO	229
LA VOZ DE NUESTROS MUERTOS. .. *Anatole France*	238
PEDRO DE VALDIVIA.. .... *Luis Felipe Contardo*	246
LOS NERVIOS DE TORTOLA VALENCI. *Caballero Audaz*	247
EL DIA DE LA ALEGRIA..	253
CACERIAS Y CAZADORES *G. C. T.*	257
BAILE UD. EL "ONE STEP" *Martin Avila*	267
LA MUERTE EN LAS SOMBRAS . . *Rudyard Kipling*	269
LA VIDA DE UN ESCRITOR EN PROVINCIA.. *A. O. G.*	283
NATURALEZA Y ARTE....*Flora Yáñez de Echeverría*	289
LA GUERRA AEREA. *Capitan Fontbre*	295
A TRAVES DE LA ARGENTINA... *Alejandro Fuenzalida Grandón*	296
LOS OJOS DEL TELEFONO *I. V.*	310
TUCUMAN EN 1825. *Joseph Andrews*	314
LA SALVACION DEL MAL POETA.. *R. Cansinos-Assens*	318
UNA NOVELA DE WELLS. *H. J. Wells*	321

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

AGENTES Y COMERCIANTES GANAN DINERO



negociando con nuestro extenso surtido de Amplificaciones de Retratos al Oleo, Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniatures, Convexas, etc., etc. Asi como con nuestras Oleografias, Acuarelas tomadas de Natural, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas Postales, Molduras, Marcos, Obgetos de Arte y varias otras Novedades.

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese pais. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancias. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

CONSOLIDATED PORTRAIT AND FRAME CO.

1029—Dept. K. 9 W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.

LA MUERTE DE CHATTERTON

El poeta inglés Tomás Chatterton vivió en la segunda mitad del siglo dieciocho. Nacido en Bristol, fué a Londres en busca de fortuna y de gloria. Poco afortunado en su vida literaria: pobre, desencantado, enfermo del espíritu, soportando una vida amarga de privaciones y de miserias; soportando las acometidas de su naturaleza romántica demasiado expansiva; víctima de la más negra desesperación, se suicidó a la edad de diecisiete años. Cuando la mano caritativa de su vecino fué a abrir la puerta de su bohardilla, le encontró exánime, entre los pedacitos de papel de sus trabajos literarios, que destrozó antes de irse para siempre.

Así le ha interpretado el pincel del conocido pintor inglés Henry Wallis con admirable maestría.



Sir Ernest Shackleton.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer Vol. VIII.—Santiago de Chile, octubre de 1916.—Núm. 46. — Que mañana

La Jornada de Shackleton al Polo

Ilustraciones fotográficas

¿PARA qué se va al polo?... ¿Qué objeto tiene? se preguntan esos hombres, para los cuales nada hay en la vida que valga la pena aparte de las libras esterlinas.

Es cierto: no se va al polo a ganar dinero, y quizás transcurrirán muchos años, hasta que la humanidad obtenga algún resultado práctico de esos viajes portentosos.

Por hoy se va al polo, para acometer empresas heroicas, para vencer dificultades sobrehumanas, para probar que la caballería no ha muerto.

Hemos tenido de huésped a uno de esos esforzados campeones que los primeros años de nuestro siglo pusieron sitio cada vez más estrecho a los polos del mundo hasta lograr conquistarlos. Todos conocemos la conmovedora historia de su última y audaz tentativa de cruzar el continente antártico, el naufragio de su buque en medio de los hielos del sur y la prodigiosa odisea en cuyo feliz desenlace tuvo su parte un marino chileno, bajo los pliegues de nuestra querida bandera nacional.

Muy pocos conocen, sin embargo, en Chile la vida anterior de Sir Ernest Shackleton, y los que habían ilustrado su nombre.



Pingüinos del continente antártico.

El Polo Norte se encuentra en medio del mar y el Polo Sur en el centro de un inmenso continente. Sin embargo, se llega al uno y al otro en forma más o menos semejante. Bajo aquellas latitudes el agua es un cuerpo sólido... el hielo y la nieve cubren los abis-

mos del mar, como las tierras... Junto a los polos no hay océanos ni continentes, sino el blanco e inaccesible desierto... Tampoco existe allá el día y la noche... Se está verdaderamente en otro planeta.

Los navegantes que se aventuran en medio de los peligros de los mares polares del norte llegan siempre a un punto en que les es forzoso abandonar sus buques. A medida que avanzan, los hielos flotantes se hacen más y más frecuentes, y concluyen por soldarse en una banca continua de aguas cristalizadas desde los tiempos más remotos... Es el momento de emprender un viaje terrestre sobre él mar mismo.

En el sur las aguas navegables, a lo menos durante la buena estación, se prolongan, hasta las costas casi inaccesibles de un continente más vasto que el nuestro, que audaces viajeros habían ido reconociendo en diferentes puntos de su periferia, y al cual los geógrafos han dado el nombre de Antártica... Ese continente encierra el polo, casi en su centro mismo.

Hasta los primeros años del siglo XX, todas las expediciones de descubrimiento hacia aquellos remotos confines del planeta se habían detenido en las costas de la Antártica. No se había aún intentado penetrar en el interior de las tierras heladas.

Cupo la gloria de iniciar el primer viaje de este género al capitán R. F. Scott, al mando de la "Discovery", que partió de Cowes, cerca de Portsmouth, el 6 de agosto de 1901. A fines de 1902, después de un cruel



Shackleton y sus compañeros al regresar de su jornada hacia el polo.

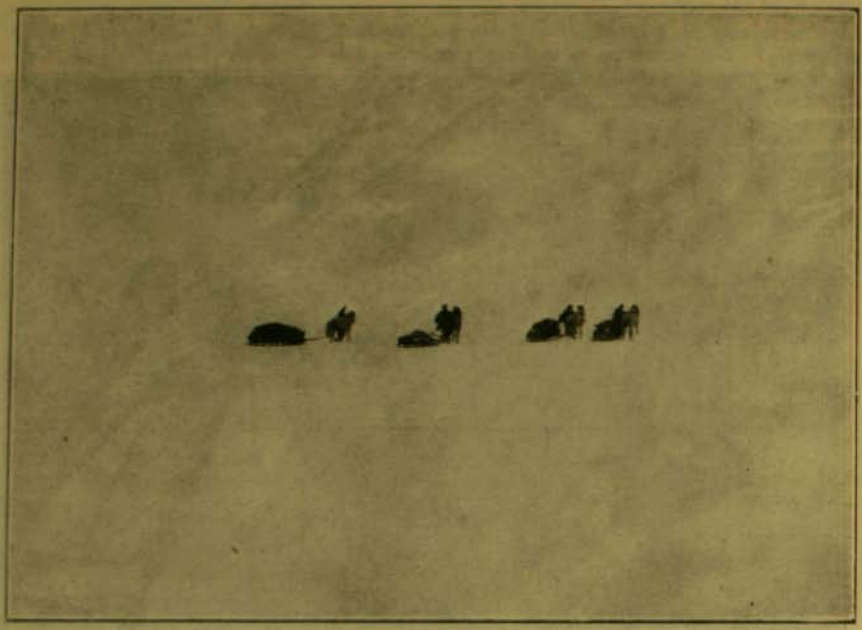
invierno que la "Discovery" pasó en el estrecho de MacMurdo, en el litoral de la tierra Victoria, Scott emprendió sobre el mar helado un viaje en trineo, hacia el sur, acompañado de dos oficiales: uno de los cuales fué Sir Ernest Shackleton.

Los cuarteles de invierno de la "Discovery" se encontraban por los 77° 49' de latitud sur. El paralelo 80° fué cruzado por los expedicionarios el 27 de noviembre y el 82° a fines de diciembre.

"Sería imposible, dice uno de los historiadores del Polo Sur, exagerar la importancia



El "pack" en el mar de Ross.



Partida de Shackleton para el polo.

de esta espléndida jornada, y apenas puede uno darse cuenta de las tremendas dificultades vencidas, por las modestas descripciones de los que la llevaron a cabo. En el punto extremo, Scott, Shackleton y Wilson, después de viajar 59 días sobre el mar helado, se encontraron a 380 millas de su buque, siempre a la vista de las costas de la Tierra Victoria. Habían perdido o fatigado la mayor parte de sus perros, y sólo tenían los víveres más indispensables para no morir de hambre en el viaje de regreso. Esta fué una empresa heroica. Los perros eran inútiles y el tiempo muy malo. Scott y Wilson debieron empujar ellos mismos los trineos, porque Shackleton había caído enfermo, y sólo gracias a su indomable energía, pudo seguir caminando al lado de sus compañeros."

Tal fué el terrible ensayo de Shackleton como explorador polar.

En el verano de 1903 tuvo que regresar a Inglaterra enfermo, en un buque enviado por la Sociedad Real Geográfica de Londres, con el objeto de auxiliar a la "Discovery".

Con todo, la vocación de aquel hombre de hierro estaba decidida.

"Repatriado, dice él mismo, por causa de enfermedad, antes del fin de la expedición de la "Discovery", había conservado un ardiente deseo de volver a ver ese inmenso continente de hielo y de nieve. Las regiones polares, dejan en efecto en el espíritu de los que las han combatido, una huella que difícilmente pueden comprender los hombres que nunca han salido del mundo civilizado".

Organizó, pues, Shackleton una expedición por su cuenta y riesgo. Hubo de adquirir con este objeto un viejo buque de madera destinado a la pesca de focas, el "Rimrod", cuya máquina sólo le permitía un andar de seis millas por hora, pero adecuado como ninguno para la navegación de los mares polares.

El 4 de agosto de 1907, pasaron revista al "Rimrod" el Rey y la Reina de Inglaterra, acompañados del Príncipe de Gales, la princesa Victoria, el príncipe Eduardo y el duque de Connaught. El Rey confirió a Shackleton la Victoria Cross, y la Reina puso en sus ma-

nos una bandera, que debía ser plantada en el punto extremo sur que alcanzase la expedición.

No era la intención de Shackleton invernar en su buque, sino establecerse en la costa del continente polar, para lo cual llevaba todos los materiales necesarios para construir una casa. Después de larga lucha con los hielos, el "Rimrod" vino a desembarcar los audaces viajeros en el mismo estrecho de MacMurdo, donde años antes había invernado la "Discovery".

El buque regresó a la Nueva Zelanda. Shackleton y sus compañeros quedaron aislados del mundo, en el desierto de hielos.

Antes de la invernada, Shackleton organizó una expedición a la cima del Eubres, y fué el primer mortal que haya puesto su pie en la cumbre de esa montaña, considerada hasta entonces como inaccesible.

A fines de octubre de 1903 todo estaba listo para marchar hacia el polo. El 3 de noviembre Shackleton y sus tres compañeros salen hacia el Sur. No llevaban perros, como los anteriores, sino pequeños caballos de la Siberia, llamados poneys, que no sólo servirían para arrastrar los trineos, sino que sacrificados uno a uno oportunamente, iban a anular la escasez de víveres que era posible llevar.

Nada puede dar una idea más exacta de las dificultades sobrehumanas con que se lucha en tales viajes, que la sencilla copia de algunas páginas del diario del mismo Shackleton.

"Partida con tiempo magnífico. Un sol claro luce en un cielo sin nubes. El viaje se anuncia bajo felices auspicios... En fin, después de cuatro años de preparativos y de esfuerzos heme aquí en el camino del Polo. Ruego a Dios que me acuerde la victoria, porque he consagrado mi vida a esta empresa."

"4 de noviembre.—Buen tiempo, pero mala luz. Temperatura: 12.7. Llevamos anteojos verdes para protegernos contra la reverberación de las nieves, cuyos perniciosos efectos comenzamos a sentir."

"6. de noviembre.—Violenta borrasca del sudeste. Hemos permanecido todo el día enterrados bajo la nieve. ¡Cuán enervante es semejante retardo! Se consumen víveres sin resultado. Sólo los caballos comen 18 kilos al día. Nos ponemos a ración de sólo dos galletas. Si queremos alcanzar al fin, será preciso no comer los días en que la tempestad nos



Shackleton y sus compañeros en el punto extremo de su marcha al polo.



Shackleton trata de cruzar los hielos con sus canoas y sus perros.

obligue a permanecer inmóviles. Tenemos víveres para 91 días, pero soportando un poco de hambre podemos hacerles durar 110. Si este tiempo no basta para cumplir nuestra tarea... hágase la voluntad de Dios... Temperatura 7° 7 bajo cero... Se experimenta, pues, una sensación de calor".

"7 de noviembre.—¡Qué pésima jornada! Apenas un kilómetro y medio... A qué ruda prueba ponen nuestra paciencia estos retardos... Permanecer inactivos y pensar que cada bocado que se devora en estos días de inmovilidad, disminuye las perspectivas de victoria."

"8 de noviembre.—Tormenta de nieve. Aún una jornada entera perdida."

"9 de noviembre.—Al despertar, cielo claro y tranquilo... ¡Cuán diferente de los anteriores!... A las seis acampamos después de una jornada de 23 kilómetros."

"18 de noviembre.—Aunque estamos al principio del viaje, nuestras raciones nos parecen muy escasas... ¿Qué será cuando estemos verdaderamente hambrientos? Ya he conocido el hambre cuando mi primera expedición. Pronto mis compañeros sabrán lo que significa esa tortura."

"20 de noviembre.—Tiempo triste y cubierto. Un poco más tarde aparece el sol. Nunca la nieve ha aparecido más blanda. A pesar de todo hemos recorrido 25 kilómetros. En la tarde el terreno aparece mejor. Estos detalles sobre la naturaleza de la pista son fastidiosos, pero de importancia capital. Esta inmensa llanura de nieve y hielo es extraña, diferente de todo lo que existe en el resto del mundo. Cuando pesados nubarrones se elevan de un punto del horizonte y pasan silenciosamente por encima de nosotros, sin que sintamos la menor brisa, se experimenta una sensación inexplicable. Después, repentinamente, un ligero soplo nos acaricia, que viene ya del norte, ya del sur, o del este o del oeste; los movimientos del aire no obedecen a ley alguna. Se tiene la impresión de estar en la extremidad del mundo, y cerca de la zona donde nacen todos los vientos. Os parece que sois observados celosamente por todas las fuerzas de la naturaleza. Para aumentar estos sueños quiméricos, en la tarde el sol aparece rodeado de un halo con todos los colores del arco iris. Estamos muy fatigados. Wild se siente indispuesto. Una buena noche lo aliviará. Los poneys en buenas condiciones, salvo el pobre Chinaman. No puede continuar más adelante. Mañana le mataremos. Temperatura: 17.8 bajo cero."

"26 de noviembre.—Día inolvidable; después de haber caminado todo el día por un terreno blando, con una temperatura casi cálida (7° bajo cero), hemos franqueado el paralelo que el hombre aún no había alcanzado hacia el sur; estamos a 82° 18' 30". Hemos llegado a esta latitud en mucho menos tiempo que el capitán Scott en 1902. Hemos celebrado nuestra victoria sobre el precedente record, vaciando una minúscula botella de Curaçao; la parte que nos toca a cada uno, no es más de dos cucharadas de té".

"1.o de diciembre.—Sacrificamos a Quan... No nos queda sino un caballo y no estamos sino a 83° 16' de latitud sur."

"10 de diciembre.—Caídas, contusiones, hielos trastornados, arrastre penoso de los trineos. He ahí el balance de la jornada. Mientras reconozco los alrededores del campo, mis-



En la isla de los elefantes permanecieron los desgraciados compañeros de expedición de Shackleton.

compañeros machacan entre dos piedras el maíz del poney para que podamos comerlo como plato suplementario. Nuestros progresos hacia el sur son relativamente satisfactorios. Dentro de pocos días espero alcanzar la meseta. Entonces avanzaremos más rapidamente."

"11 de diciembre.—¿Podrán resistir los trineos por mayor tiempo estos choques contra el hielo rugoso?... No deja ello de causarme inquietud, y estamos todavía a 629 kilómetros del polo".

"14 de diciembre.—Una de las más rudas etapas del viaje. Camino por el lecho de una antigua morrena. Todo el día ha caído nieve, que, cayendo bajo una temperatura relativamente elevada, satura de humedad todo nuestro equipaje.

Nos hemos elevado 300 metros. Esta tarde **nuestra altitud es de 1,706 metros. Según eso,** las montañas hacia el oeste deben tener de 3,000 a 4,500 metros. Grande es nuestra esperanza de llegar a la meseta culminante. Entonces podremos ir derecho al sur, y el estado de nuestras provisiones decidirá el desenlace de la lucha. Hoy etapa de 12 kilómetros".

"24 de diciembre.—La mejor jornada después que hemos franqueado las montañas. A la partida siempre las mismas olas de hielo, con sus grietas y caídas tradicionales. Pero en la tarde el terreno se hace relativamente bueno. En cambio las pendientes continúan. Desde la cima de una ondulación descubrimos **una tierra nueva, que se extiende hasta** el 86° de latitud. Hemos acampado a las 6 de la tarde, muy fatigados y con los piés helados. Mañana es Navidad. Pensamos en la patria y en las fiestas que allá se celebran. Nuestros pensamientos vuelan más allá de los **desiertos de hielo y de los tumultuosos océanos**, hacia los que en estos momentos nos recuerdan. Nos acercamos al fin."

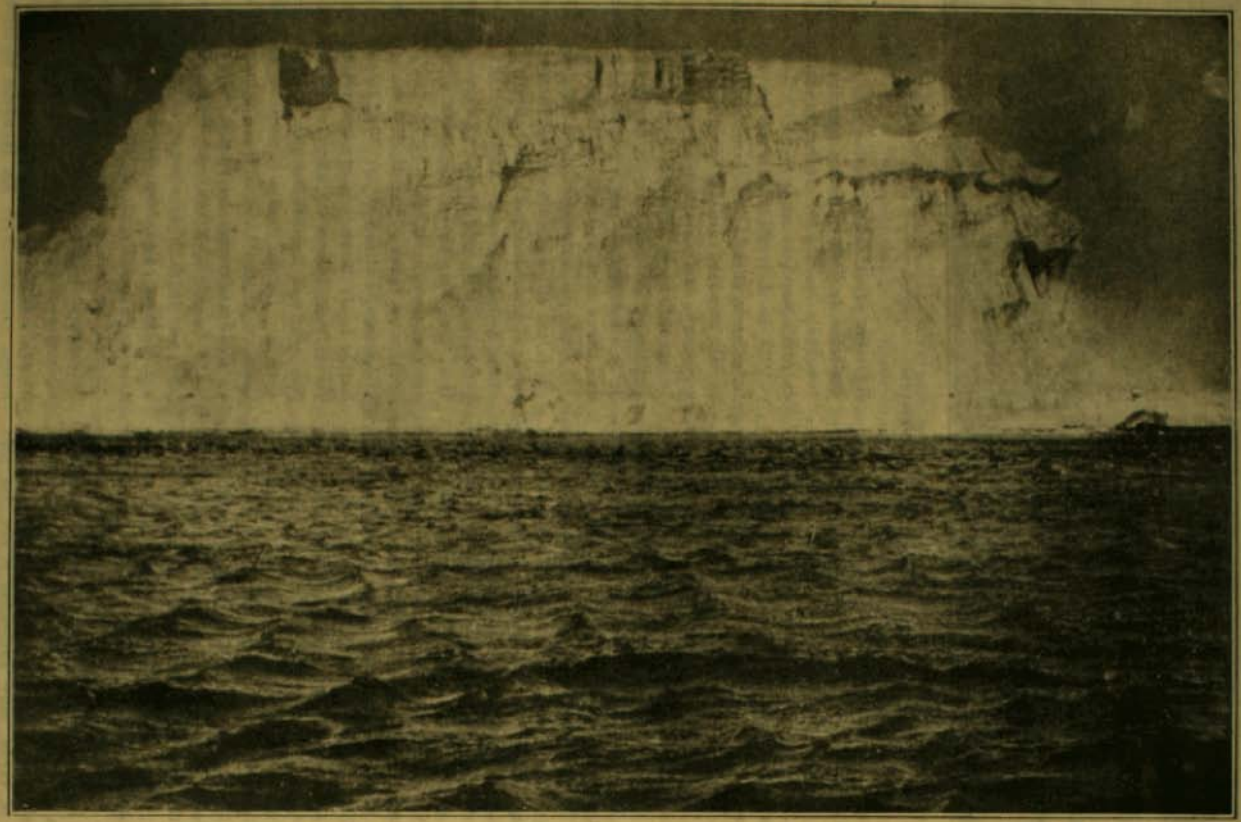
"25 de diciembre.—Marcha penosa y tortuosa hacia el sur. En la tarde comida suntuosa. Un trozo de carne de caballo cocida, pemmican, un plum-pudding y cacao, con una gota de aguardiente y crema de menta. Nos sentimos llenos de vigor. Después de comer, examen de la situación, el que nos conduce a decidir una nueva disminución de las raciones."

"31 de diciembre.—E último día del año y puede ser el más penoso de esta larga marcha sobre el gran desierto blanco. Todo el día tirando de los trineos... Nieve blanda... Temperatura 21° 6 bajo cero... Altura 3,194 metros. Una marcha tan laboriosa a tal altura nos rinde por completo."

"1.o de enero 1909.—Hemos cubierto 18½ kilómetros. Latitud 87° 06' 30". Hemos, pues, batido todos los records precedentes tanto hacia el Polo Sur como hacia el Polo Norte. Nos sentimos debilitados por el hambre. Al acampar, tiempo bueno y cálido. Dios sea loado... Altitud 3,278 metros. No estamos sino a 275 kilómetros del polo."

"4 de enero.—El fin está próximo. Debilitados por la falta de alimento, transidos por una borrasca helada, tenemos hoy la sensación neta de haber llegado al límite de nuestras fuerzas. En tres días más será indispensable detenernos. Esperamos llegar a menos de 180 kilómetros del polo... Es todo lo que podemos hacer... El polo está en la gran meseta que hemos descubierto... En la noche el termómetro marca 31° bajo cero."

"5 de enero.—Hoy día todo se conjura en



Un iceberg de los mares australes.



La casa de invernada de Shackleton.

contra nuestra. El termómetro marca 27° bajo cero con un viento muy fuerte y el camino es execrable... Apenas podemos mantenernos de pie. En ningún momento, desde que nos encontramos sobre la meseta, el termómetro ha subido de 18° bajo cero. En todo caso hemos hecho lo posible... Demos gracias a Dios que nos ha permitido llegar tan lejos."

"6 de enero.—Borrasca de nieve y 31 grados de frío. A pesar de todo, gracias a un ligero aumento de ración hemos podido caminar 21 kilómetros. Es nuestro último campamento hacia el sur. Mañana, provistos sólo de algunas provisiones para el día, avanzaremos hacia el polo tanto como sea posible. Esta tarde estamos a 88° 07' de latitud sur. No sabría expresar los sentimientos que experimento, ahora que veo llegado el desenlace. Sólo la conciencia de haber llegado al límite de las proezas humanas me consuela. Las fuerzas brutales de la naturaleza me arrebatan la victoria."

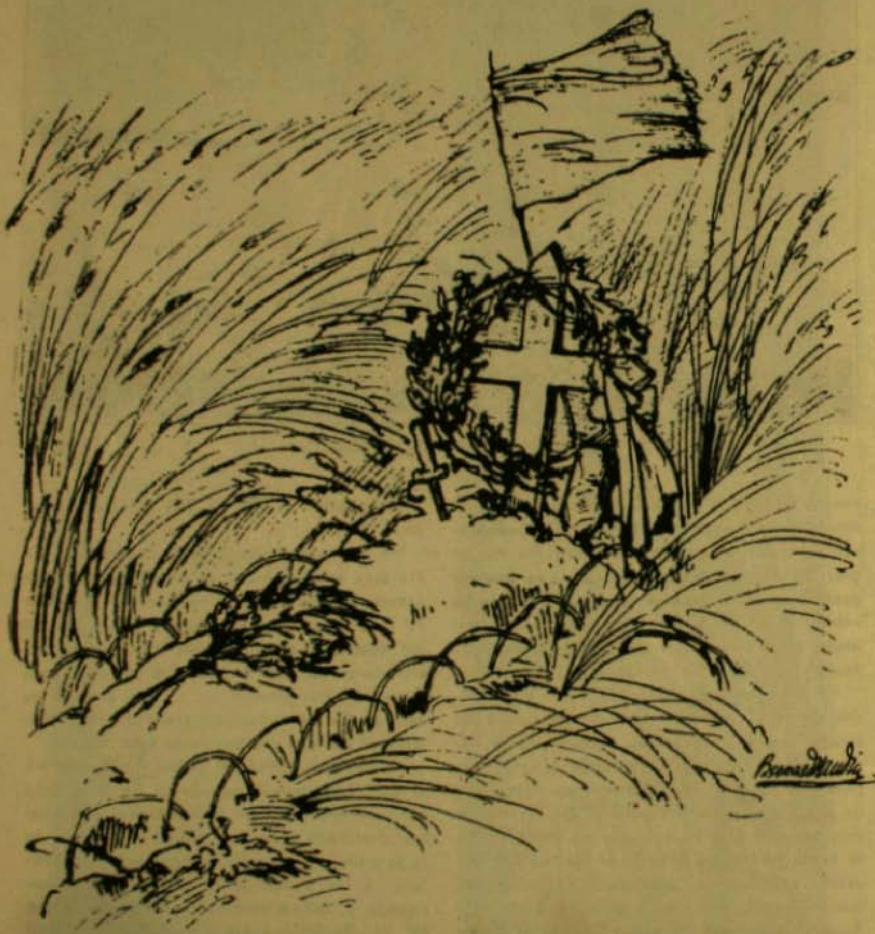
"7 de enero.—Imposible abandonar el campo. Todo el día una espantosa borrasca con una temperatura entre 33° y 39° bajo cero. El viento corre de 130 a 140 kilómetros por hora."

"8 de enero.—Continúa la tempestad. Un día más condenados a la reclusión. Sufrimos atrozmente del frío: 40° bajo cero... De tiempo en tiempo, uno de nosotros siente que un pie comienza a congelarse; entonces un camarada se sacrifica y coloca el pie congelado sobre su pecho desnudo... Pero qué son los dolores físicos en comparación de los sufrimientos morales que nos causa esta inacción".

"9 de enero.—Nuestro último día de marcha al sur. Llevamos solamente la bandera dada por la Reina, un tubo de cobre con documentos, destinado a ser depositado al extremo de la jornada, un aparato fotográfico y una brújula. A las nueve de la mañana, mitad corriendo y mitad caminando, llegamos a los 88° 23' de latitud sur por 162° de longitud este. Sobre este punto plantamos el pabellón de la reina y tomamos posesión de la meseta a nombre del Rey. Hasta perderse de vista, nada sino la llanura blanca. La meseta parece extenderse hasta el polo."

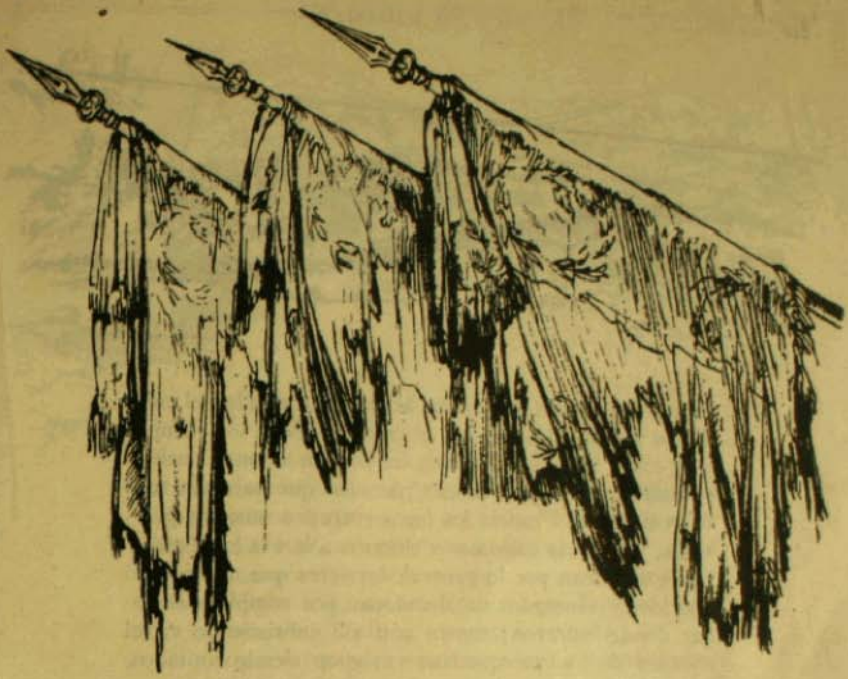
La voz de nuestros muertos

Ilustraciones de B. Naudin



Por

Anatole France



NO es necesario evocar el recuerdo de los seres que nos fueron queridos y ya no existen, en nuestro pueblo, que goza fama, y con razón, de celebrar ferviente culto por los muertos. No fué en Francia, en el siglo diecinueve, donde tuvo su origen esta filosofía, que coloca entre los deberes más sagrados del hombre el reconocimiento para con las generaciones que nos han precedido en el camino de la tumba, legándonos el fruto





de sus pensamientos y de sus afanes. En realidad el culto de los antepasados ha sido el culto de todos los tiempos y de todos los paises; y hasta ha sido en algunos pueblos orientales la religión única; ¿pero en qué país son más fuertes que en Francia los lazos entre los muertos y los vivos, y son más solemnes y sinceros a la vez los duelos? Entre nosotros, por lo general, los seres que nos fueron queridos y venerados no abandonan por completo el hogar donde moraron; siguen aún allí subsistiendo en el corazón de los que quedan; y siguen siendo imitados, consultados, escuchados.

Recuerdo muy confusamente, pero quiero hacer mención aquí de una bellísima escena de una vieja canción de gestas, Girart de Roussillon, según creo, en la que aparece la hija de un rey, en la noche, después de una





batalla, contemplando la llanura donde yacen innumerables guerreros caídos en la contienda. "Ella hubiera querido, dice el poeta, abrazarlos a todos". Allá, en el fondo de mis recuerdos lejanos, yo veía a esta princesa real como el símbolo de nuestra Francia, que llora hoy sobre los despojos de su raza atrozmente cercenada.

No es por tanto para exhortar a mis conciudadanos a conmemorar en el día de los muertos, que se acerca, el recuerdo de los nuestros, según el rito inmemorial, para lo que escribo estas líneas, sino para honrar con nuestro pueblo todo a los que le sacrificaron su vida y para meditar en la lección que nos dan desde el lóbrego fondo de sus sepulcros.

Y desde luego asociemos piadosamente a la memoria de los muertos el recuerdo de los valientes que derramaron su sangre bajo los estandartes de la alianza, desde





los canales del Iser hasta las orillas del Vistula, desde las montañas de Frioul hasta los desfiladeros de la Moravia y en la vasta llanura de los mares.

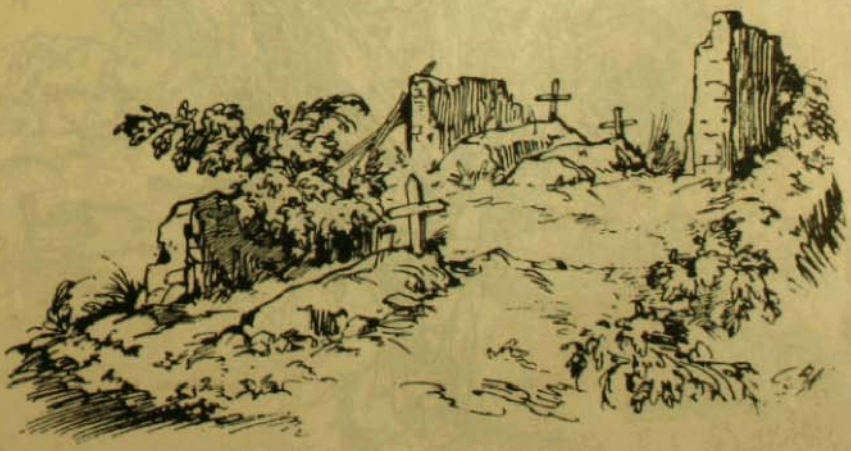
Ofrendemos después las flores más ardientes y las más regias palmas a las inocentes victimas de una crueldad atroz, a las mujeres, a los niños martirizados, a aquella joven enfermera inglesa, cuyo único delito fué su generosidad, y cuyo asesinato levantó la indignación del orbe entero.

Y nuestros muertos, nuestros queridos muertos! que la patria reconocida abra su corazón inmenso para recibirlos a todos, a los más humildes y a los más esclarecidos, a los héroes caídos con gloria, a los que se preparan soberbios monumentos de bronce y mármol para perpetuar su memoria, y a los héroes anónimos, que exhalaron su último suspiro pensando en la patria y en el hogar paterno.





¡Benditos sean todos aquellos que vertieron su sangre por la patria! No en vano hicieron el sacrificio de su vida. Gloriosamente caídos en Artois, en la Champagne y el Argonne contuvieron el empuje del invasor, que no ha podido avanzar un solo paso sobre el suelo sagrado que en sus entrañas los cobija. Algunos los lloran, todos los admiran, más de uno los envidia. Escuchémosles. Pongamos oído atento, que nos hablan. Inclinémonos sobre esta tierra devastada por la metralla, en la que muchos de ellos duermen envueltos en sus sangrientos uniformes. Arrodillémonos en el cementerio, al borde de las tumbas de los que volvieron al país amado, y allí escuchemos el hálito imperceptible y poderoso, que en la noche nos mandan mezclado con el murmullo del viento y el susurro de las hojas que caen. Esforcémonos por comprender su santa palabra. Ellos nos dicen:





—Hermanos: vivid, combatid, terminad vuestra obra. Traednos la victoria y la paz para consuelo de nuestras sombras. Perseguid al extranjero, que ya retrocedió a nuestro empuje y volved a labrar con vuestros arados los campos que fecundamos con nuestra sangre.

Así dicen nuestros muertos. Y añaden:

Franceses: amaos los unos a los otros con amor fraternal, y, para prevalecer contra el enemigo, sed todos uno en vuestros bienes y vuestros pensamientos. Que los más grandes y los más fuertes sean entre vosotros el apoyo y sostén de los débiles. No escatiméis a la patria ni vuestra sangre, ni vuestra riqueza. Sed todos iguales por la buena voluntad. A ello estáis obligados por vuestros muertos



Vosotros, a ejemplo nuestro, debéis de asegurarnos con vuestro propio sacrificio el triunfo de la más santa de las causas. Hermanos: para pagar vuestra deuda con nosotros, es preciso que venzáis; y todavía más, es preciso que os hagáis dignos de la victoria.

Nuestros muertos nos ordenan vivir y pelear como ciudadanos de un pueblo libre, avanzar resueltamente en medio de la tempestad de hierro hacia la paz, que se levantará como una bella aurora sobre Europa, libre de las amenazas de sus tiranos, y verá renacer, débiles y tímidas aún, a la *Justicia* y la *Humanidad* conculcadas por el crimen de Alemania.



EL HEROE DE LA RAZA.

A Pedro de Valdivia.

Ilustración de Pedro Subercaseaux.



I

Paladín de la raza, pensativo y severo,
hidalgo como un príncipe, fiero como un león,
que el mar atravesaste, revestido de acero,
para traer la gloria de España a este rincón
extremo de la tierra: soldado-caballero
del yelmo más erguido y el más puro blasón,
de todos los laureles del heroísmo ibero
los de la ruda gesta, los más gallardos son!...
Porque tú los regastes en la floresta brava
en cuyo seno el cóndor junto al puma anidaba:
la raza ebria de vida, de libertad y sol...
Y al chocar, centellantes, tu espada con su lanza,
se vió que, si invencible de Arauco es la pujanza,
también es invencible el empuje español.

II

Al frente del cortejo de recios castellanos
resonantes de hierro sobre el bridón sin par;
al través de los hoscos reductos araucanos,
del desierto a las islas, de la montaña al mar,
en cada áspero monte fueron, tus duras manos,
junto a: fortín de piedra levantando un hogar,
mientras—rojos trofeos—hacían por los llanos,
ensangrentadas testas de caciques rodar...
Así, entre los rugidos de la indomable indiada,
abrió en el suelo heroico ancha herida tu espada,
y tallaste en granito, fuerte Conquistador,
de Chile los sillares... Sobre él, tu inmensa sombra
cuatro siglos proyectan, y hoy un pueblo te nombra
abuelo de la Estirpe, de la Patria hacedor!

LUIS FELIPE CONTARDO



"Tórtola Valencia"

Los nervios de Tórtola Valencia

Por el

CABALLERO AUDAZ

Ilustraciones fotográficas

BARCELONA. Paseo de Gracia. El automóvil se detuvo frente a un portalón amplio y elegante que hacía chaflán. De él nos apeamos el notable pintor Casas Abarca, Pepe Campúa y yo. Como era el primer piso, no utilizamos el ascensor. Una pizpireta doncellita con la picardía y la experiencia retratadas en el rostro, nos abrió la puerta del cuarto.

—¿Está?—preguntó familiarmente Casas Abarca.

—No, señor—contestó la muchachuela al mismo tiempo que, sonriendo, inspeccionaba nuestro porte. Debió quedar satisfe-

cha y prosiguió:—Pero ha dejado dicho que la esperasen ustedes. Ya no debe tardar, porque no ha almorzado todavía.

Nosotros nos miramos indecisos. ¡Eran las cinco y media y Tórtola no había almorzado todavía!...

—La esperamos—decidió Casas.

Pasamos a una habitación un poco extraña. Podía ser aquello el rincón de una casa de antigüedades. Moderno, no había más mueble que un piano colocado en uno de los ángulos; lo demás eran raras curiosidades artísticas, un poco añejas, y, para los admiradores de ellas, de gran valor... Trozos de mantillas, pedazos de paños bordados; peinetas, encajes de Bruselas, un Budha de nácar, paños de tisú antiguo y mil curiosidades más. Sobre el suelo, en un rincón, se hallaban esparcidos una veintena de lujosos cojines de seda japonesa y de brocado de iglesia... De las paredes pendían dibujos hechos por Tórtola, donde las figuras tenían algo de águilas, de demonios y de serpientes al mismo tiempo. Examinándolos, le dije a Casas:

—Esta mujer es una enferma. Está loca, no te quepa duda.

Mi amigo sonrió. Casi estábamos de acuerdo. Después, como pensando en alta voz, exclamó con verdadero entusiasmo:

—Pero es muy interesante. Ahora, que hay que tener una gran calma con ella.

—¿Por qué?

—Porque es muy dominante y muy impulsiva. Le dice las verdades en su cara al lucero del alba... y si algo de tu conversación le molesta, te suelta cuatro frescas, y si hay que pegar, pega.

—Muy bien; pues ya siento impaciencia por conocerla. Tú adviértela que yo soy un poco impertinente.

—¡Ya lo sabe!—me contestó mi amigo con una naturalidad que me dejó pasmado.

—¿Cómo que lo sabe?... ¿Se lo has dicho tú?...

Casas, que es un hombre encantador, comprendió todo el alcance de su ingenua respuesta y soltó una formidable carcajada. Después me explicó:

—Es que alguna vez la aludiste y está dolida de tu pluma.

Una luz tibia y tamizada que entraba por el balcón, un poco entornado, le daba más valor a todo y nos envolvía en un voluptuoso misterio de dulzuras... Se estaba bien allí. Pasaron minutos de silencio. Campúa habló:

—¿Y está trabajando Tórtola en Barcelona?

—No; vive aquí en plan de enamorada.

—¿De enamorada? — inquirí, sorprendido.

—Sí—afirmó Casas.—Presenta todos los síntomas; hasta cree que se ha casado y ha tenido un hijo.

—¡Caracoles! Y ¿quién es él?

—Un muchacho pintor.

—¿Solamente?

—No; acaudalado también.

—¡Ah! Ya...

Repiqueteó el timbre con escándalo y apareció Tórtola con sus divinos ojos muy pintados, su gesto bellamente mefistofélico y su indumentaria artísticamente extravagante. La acompañaba un caballero rubio, casi albino, alto, de complexión robusta, de mirar desconfiado y de expresión antipática.

—Mi Antonio—presentó la artista.

No hubo cordialidad entre él y nosotros, y, claro, toda mi atención fué para la genial danzarina. Nos explicó su salida. No tenía ganas de almorzar, hacía poco tiempo que se había levantado... Después nos propuso, o le propusimos, un paseo en automóvil. Ella se acomodó entre Campúa y yo. Casas frente a nosotros. El marido se quedó en casa.

—¿Y cómo es que yo no le conocía a usted de Madrid, donde todos los escritores son amigos míos?—comenzó preguntándome Tórtola, al mismo tiempo que me observaba con sus magníficos ojos de vampresa.

—No es raro—repuse sin darle importancia.—Yo jamás he sentido curiosidad por conocer a usted personalmente...

La artista se mordió los finos labios de seda y carmín. Había yo mentido con tanta tranquilidad, con tan absoluta indiferencia, que la vanidosilla bailarina quedó desconcertada... Y, como no queriendo comprenderme, me preguntó:

—Entonces ¿no le interesan a usted "danzas sagradas" ¿no le interesan a usted?

—Si he de ser sincero, nada absolutamente.

—Vamos, hombre — exclamó sin poder contenerse.—Usted no es artista ni escritor...

—Estamos de acuerdo, y, además, en la misma creencia estoy yo respecto a usted.

—¿Sí? Pero es que a mí me pagan los empresarios mis buenos miles de francos.

—Claro; los empresarios no son yo.

Hubo una pausa. El automóvil corría. Tórtola estaba ya un poco nerviosa. Sin embargo, mi tranquilidad glacial la dominaba. Yo, por ninguna manifestación veía a la mujer-pantera que me habían descrito los amigos.

—¡Qué cosas! —murmuró por volver a enhebrar el diálogo.

—Mira, Tórtola, desde este momento vamos a tutearnos.

Me miró extrañada. Cada gesto de la bella artista tenía un matiz distinto y cada vez estaba más interesante, más encantadora. Yo, que la hubiese estrujado como a una divina muñeca, gozaba también torturándola.

—No te sorprenda mi resolución; sé que tú acostumbras a tomar la iniciativa en esto de tutear a las gentes; estaría muy mal que en este caso a este periodista audaz le tomaras la delantera.

—Bien, chico, como quieras —aceptó sumisa.

—Además— proseguí yo— somos dos artistas y entre artistas "suena" mal el "usted".

—Verdad. ¿A los dioses no se les tutea? Pues bien, hazte tú cuenta que hablas con una diosa—Esta vez yo reí sinceramente.

—¿Sabes, Tórtola, que estás un poco engreídilla? Y, la verdad, no lo comprendo. ¿De qué se alimenta tu vanidad?

—¡Oh! ¡De muchas cosas! De que soy una mujer extraordinaria, que ha sabido luchar sola contra todos los asquerosos hombres del mundo. Esto ya es bastante; pero es que, además, soy una artista única, que ha creado un género y que lo ha impuesto.

Y se quedó suspensa esperando mis respuestas, con sus magníficos ojos negros fijos en mi boca y su gesto un poco de tigresa.

—¡Bah! Estás algo engañada. Si yo fuese un hombre galante, colaboraría en tu engaño; pero como no lo soy, tengo que decirte...



"Tórtola Valencia" en uno de los tipos clásicos españoles.

—¿Qué?—Fué una interrogación hostil, de la cual yo no hice caso.

—Que mis queridos compañeros, dedicándote estrofas y lirismos cursis, te han vuelto el juicio; te han descentrado. Tú te crees una mujer extraordinaria y yo te juro que hasta ahora no veo en ti más que vulgaridad y prosa.

Aquello sí que crispó sus nervios. Casi metiéndome sus largas manos de nácar por los ojos, me preguntó bravamente:

—¿Vulgar yo? ¡Vamos, tú no sabes lo que dices!

—Pero escucha, Tórtola; en el diálogo que sostenemos, ¿qué me has dicho que no se le hubiera ocurrido a la mujer más vulgar del mundo? ¡Bah! No lo dudes. ¡Eres una artista sin relieve!



"Tórtola Valencia" en el Parque de Barcelona.

Ella ya estaba encendida de indignación. Yo reía por dentro y procuraba dar a mis palabras un tono de extremada sinceridad.

—Vamos a ver, cuéntame, cuéntame tu vida. Puede que en ella haya algo que interese.

—¡Oh! ¡Mi vida, mi vida!—rememoró tristemente.

—Bien, sin exclamaciones teatrales. Esas las haremos los oyentes. ¿Cómo nació en ti la idea de dedicarte al teatro?

—El hambre, hijo. Estaba sola en Londres y tenía doce años.

—¿Tus padres?

—Para llegar a ser artistas las mujeres, es preciso perderlos. Bueno. No tenía qué comer y un día se me ocurrió la idea de presentarme al empresario de un teatro. Ni corta ni perezosa, le dije: "Yo deseo ser contratada por usted". "¿Y tú qué sabes hacer"?, me preguntó. Este era mi atolladero. Yo no sabía hacer nada absolutamente y, sin embargo, le mentí. "Sé bailar". "¿El qué?" "Lo que toquen". Pasamos al escenario. La orquesta ejecutó una rapsodia de Listz; yo, llevada por mi gran sentimiento musical, la bailé... "No está mal, pero eres todavía poco artista para este teatro", me dijo el empresario.. A mí me indignó el juicio de aquel animal. "Pues le juro que usted mismo ha de pagarme a mí mil francos por noche para que me vea su público..." El rió incrédulo; yo marché desesperada a otro teatro y a otro hasta que al fin hallé contrato. Y triunfé como triunfa todo lo personal, que es lo genial, y a los pocos años me contrataba aquel empresario a quien, acudí primero, en 1,200 francos.

—Según eso, ¿tú no has tenido maestro?

—¡No! El mejor maestro de uno en todas las cosas es uno mismo. Lo demás es edificar en el aire. Qué? ¿es original mi forma de venir al arte?...

—No; hasta ahora no veo en ti más que voluntad.

—¡Tú qué sabes!

—Además, eres una histérica... Tanto es así, que estoy seguro de que la próxima interviú te la haré en el manicomio.

Le inquietó esta idea absurda y...

—¿Crees tú eso, de verdad?

—¡Oh, sí! Te lo aseguro.

—Me parece que mis amigos no me dejarán ir.

—Otra ilusión, Tórtola. Tú no tienes amigos...

—¿Cómo no? ¿Y los artistas de Madrid?

—¿Ves tú? ¡Vives en el Limbo! Esos no son "amigos", son únicamente señores que se envanecen con tu trato.

—¿Y mi Antonio?

—Para "tu Antonio" eres una joya que puede lucirse. Mira, el día que tú estés enferma, el día que del marco sugestivo del teatro pases al marco romántico del lecho, te quedarás sola... ¡Sola! Con tus "danzas sagradas" y tus genialidades y tus histerismos.

—¡Oh! No me digas eso. Seguramente no; no me quedaré sola; tengo mis amigos.

—Todos huirán.

—¿Hasta mi medio millón de pesetas?

Yo hice un gesto de fingida molestia. Después exclamé:

—¡Oh, qué prosaica eres! Yo te suponía una mujer romántica, ideal, toda espíritu; llena de luz y de aroma; que todo lo veía a través del cristal del arte. Ya veo que no... Te deslumbra una moneda de cinco duros más que un cuadro de Goya.

—Sí; desde luego. Me gusta poco Goya. Mi pintor predilecto es Mengs y la escuela flamenca.

—¿Ante qué público te gusta más trabajar?

—Ante el alemán y el austriaco.

—¿Y de España?

—El catalán... Aquí en Barcelona no son aficionados a los toros.

—En efecto... Aquí en Barcelona no gustan los toros. ¡No hay más que tres plazas y en una caben 24,000 espectadores!... En verdad que aquí no son aficionados... Mira, Tórtola, debes estar equivocada. Tu público es el mismo de los toros. Y esto no te ofenda; porque yo no encuentro en el público que gusta de ver las corridas de toros ese sedimento de salvajismo que se empeñan en descubrir los cronistas sensibleros y cursis. Al contrario; encuentro arte, belleza; línea; alegría. En esto estoy de acuerdo con Valle Inclán. A ti, porque no eres mujer-artista, es posible que no te gusten los toros.



Bautizo de la hija de "Tórtola Valencia.

Campúa y Casas me miraban asombrados. De vez en cuando le decían a Tórtola: "Qué cosas tiene "el caballero audaz", ¿verdad?" Ella ya no reía. Estaba contrariada.

—¿Por qué te pintas tanto, Tórtola?—le pregunté en mi deseo de exasperarla todo lo más posible.

—Porque quiero—me contestó muy indignada.

—Es que le das a tu cara una expresión un poco diablesca, que no te va bien.

—Déjalo. Y fea, ¿también te parezco fea?... Pues te advierto que me tiene sin cuidado tu juicio...

—Entonces me lo reservo. A lo mejor, podría desagradarte.

Hubo un silencio. Llegó el auto al Parque. Allí nos apeamos... Comenzó Campúa a hacerle fotografías. La gente nos observaba y una veintena de chiquillos nos seguían a todas partes.

—No puedo salir a la calle—exclamó ella.

—Pero no creas que en ti llama la atención la Tórtola Valencia, sino tu manera de vestir.

—¿Por qué? ¿Porque visto a mi gusto sin hacer caso de modistos ni de modas? ¡Bah! Yo tengo una personalidad propia en todo. Soy original hasta en los menores detalles.

—Te advierto que la originalidad está a dos pasos de la extravagancia...

—Es posible que yo sea extravagante... No sé... Lo prefiero a ser vulgar...

—¿Quién te hace los dibujos para tus trajes de escena?

—¡Oh, nadie!—rechazó rápida.—Yo mismo. A mí me gusta mucho pintar y lo hago a mi manera.

—¿Y leer?

—A escritores españoles los leo muy poco. Antonio de Hoyos es mi novelista predilecto y no mentiría si te digo que mi único novelista...

—Esa preferencia es recíproca. El también la tiene por ti...

¿Cuánto tiempo piensas estar en Barcelona?

—Dos días más. De aquí marcharé a Madrid de paso para Cádiz, donde embarcaré para América. Tengo allí varios contratos ventajosos. A Nueva York voy ganando dos mil quinientos francos por noche.

Los chicos ya empezaban a corearnos y como esto era un poco azarante subimos al coche.

Yo iba encantado del talento pintoresco y de los atractivos extraordinarios de la bellísima artista. La menor sutileza era recogida por su ingenio extraordinario. Sin embargo, seguíamos "en guardia"... Continuaba el duelo.

Cuando llegamos a su casa anochecía. Tórtola estaba pensativa. Hablaba poco.

—Antes estabas más expansiva—la dije.

—Es que te confieso que has conseguido desconcertarme... Ahora me creo una mujer vulgar.

Yo reí satisfecho.

—A mí me aseguraban antes de conocerte que tenías un genio insoportable... Y, la verdad ¡ni eso! Otra mujer con mucho menos motivo del que yo te he dado, me hubiera insultado y tú no has sabido hacerlo... ¿Dónde está tu sangre de pantera? Di...

—Es que me has cogido la vez.

Entre tanto, "el Antonio" de ella estaba pendiente de nosotros sin comprender una palabra de nuestro diálogo.

Antes de marcharnos, me llamó Tórtola a una habitación con el pretexto de dedicarme unas fotografías. Mientras que sus manos largas y pulidas, que parecían dos palomas de alabastros, revolvían en su baúl, me dijo:

—Antes de separarnos, contéstame con sinceridad: ¿Piensas de mí todo lo que has dicho? ¿Te soy de verdad antipática?

—¡Oh, Tórtola! ¡Eres una chiquilla! Pienso de ti que como artista y como mujer eres exquisita, ideal.

—¿De verdad? ¿Y qué más, di?

—Que tienes una imaginación privilegiada, y que si por fin vas a parar al manicomio, no estarás sola. Yo te prometo acompañarte muchos ratitos... Ahora es cuando estoy convencido de que, como me dijo Antonio de Hoyos, tú pudieras ser su redentora.

Y esto último era la verdad de mis sentimientos.



EL DIA DE LA ALEGRIA

FIESTA de alegría, de buen humor, de risa que, durante algunos instantes, vino a alegrar las pesadas horas cotidianas, fué la de los estudiantes. Nunca vió Santiago, ni tal vez en los congestionados días del Centenario, un ambiente de sano y regocijado humor más útil. Quienes temían por la compostura de los jóvenes ya pueden estar tranquilos: ¿quién registró una nota discordante? ¿quién notó algun jesto grosero? Seguramente nadie, y si lo hubo merece olvidársele porque tal vez no le originó una intención torcida. Esta hermosa fiesta, creada apenas el pasado año, ha cobrado cuerpo ya, hasta el punto que, acaso en breve llegue a tener el carácter de una celebración de la primavera. El símbolo sería bello: ¡la juventud y la primavera unidos en un solo abrazo de alegría! "Pacífico Magazine" ha querido perpetuar en sus páginas algunos de esos instantes de alegría atrapados por el lente del objetivo.

Bien llegada sea esta fiesta de la primavera porque junto con las rosas trae el florecer de los corazones jóvenes y la espansión de la risueña alegría estudiantil.



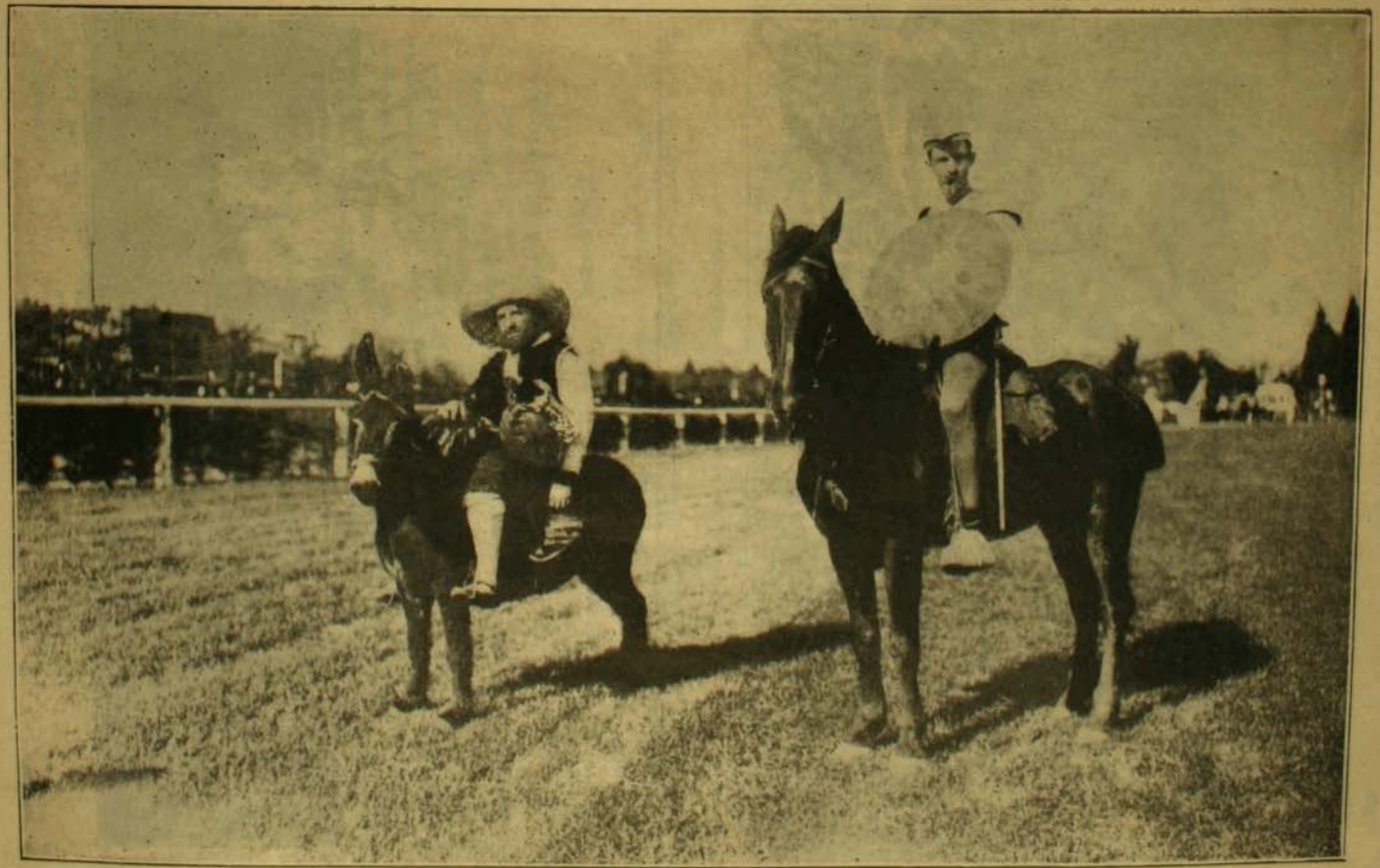
¡Todo un tipo!



Siete disfraces y un coracero de 1810.



La concurrencia y las máscaras en la terraza del Club Hípico.



Este que véis aquí, alto y desgarbado, y aquêl, chico, cenceño, algo corrido y algo mohino, fueron un tiempo Alonso Quijano y su buen



A bombo y platillo en un fiacre octogenario.



Una partida de Klun Klun Klam...



Cacería en "Cullitrín".

Cacerías y Cazadores

Por G. C. T.

Con fotografías

Paso al amor

Lentamente y como pesaroso de abandonar su transitorio reino, ha recogido el invierno su ropaje de escarchas y neblinas, y, envuelto en su níveo sudario, se ha marchado a tardo paso a sus dominios a recibir el bullicioso homenaje de su corte de hielos y huracanes.

Desperézase la tierra, cual cautiva desatada de las ligaduras que la aprisionan, y ligeros estremecimientos recorren sus entrañas.

Despertando de su letargo los organismos vivientes que en ella se encierran, sacuden su sopor y, pugnando por escapar de sus heladas celdas, perforan con sus virginales brotes la costra endurecida, cubriendo el valle y la colina de una alfombra de verdura.

Bajo la acción de los rayos de un sol esplendoroso, las palpitaciones de la vida se hacen más intensas en los cuerpos animados; agitada por repentino movimiento asciende la savia fecundante a alimentar las hojas y las flores, y los animales sienten bullir bajo la piel, la sangre que se atropella en las arterias.

Cimbrándose en las copas mecidas por la brisa primaveral, entonan las aves, al despuntar el día, un himno de gloria al mensajero de la vida, que surge radiante tras de los lejanos montes.

Y atraído el iris por este grandioso espectáculo, desciende de su alta bóveda invernal y esparce sus brillantes colores por la tierra, cubriéndola de polícromos matices.

Ha llegado la primavera...

Impulsos extraños atraen a los seres entre sí.

Extasiadas las flores en la contemplación de su belleza, confunden sus corolas en óculos embriagadores que irán a dar vida y existencia a dorados y sabrosos frutos.

Olvidadas las aves del alimento diario, alisan sus relucientes plumajes para cautivar

a sus compañeras, con las que huyen de la bandada a ocultar sus idilios en las más empinadas copas de los floridos árboles.

Construyen allí sus delicados palacios y entre gorjeos y caricias sienten despertar sus sentidos a goces inefables, hasta que, a la llegada del otoño, abandonarán el nido rodeadas de una familia de juguetones pajarillos, ávidos de vida y alegría.

Es el amor que pasa...

. . . . . .

Conmovido el cazador al contemplar el espectáculo maravilloso del despertar de la naturaleza, ríndele el más sentido homenaje de veneración y respeto y... guarda la escopeta.

Los caballeros del chalet

Terminada la estación de caza, que ha sido este año, por demás brillante, aprovecho los momentos que antes dedicaba a este deporte para hacer una ligera reseña de algunas excursiones efectuadas durante el invierno.

A las que más atractivo he encontrado es a las realizadas en Polpaico.

Llega el día sábado; la habilidosa **Queen**, que se da sus trazas para llevar la cuenta del tiempo, salta y hace cabriolas a mi alrededor, colándose de rondón en el estudio, como temerosa de que pueda distraerme con otros asuntos.

Despacho a la ligera mis últimos quehaceres, y embutiéndome en mis avíos de caza me largo a la estación con nerviosidades de cazador retardado. Acomodo a la "Queen" en su departamento del equipaje, sin hacer caso de sus protestas y lamentaciones de perra regalona, y me instalo en el vagón en compañía de los amigos que me han precedido, y que han hallado ya materia para divertirse, con uno de los tantos tipos originales que suelen encontrarse en estos viajes.

Se trata, por el momento, de un señor de pronunciado abdomen, levita y sombrero de paño suelto y con marcadísimo aspecto de sacristán disfrazado, que se encuentra absorto en la lectura de "La Unión", comentando interiormente sus beatíficos artículos con vivas gesticulaciones de su feísimo rostro

Aprovechando la llegada de otros dos de nuestros compañeros: el Pelado Santa Cruz y el Viejo Cerda, le lanzamos disimuladamente con la honda una municionada en el periódico, lo que casi lo hace saltar del asiento.

Mira indignado a todas partes, y como no encuentra otra cara sospechosa que la sonriente de este último, que anda buscando sitio y que está inocente de la ocurrencia, le lanza una mirada furibunda acompañada de un "grosero", que dejan a nuestro amigo estupefacto, y mirando a todos lados para descubrir al legítimo destinatario del dicterio.

Encuentra el incidente prematuro fin con la entrada triunfal que hacen por la otra extremidad del carro los hermanos Vergara Errázuriz, quienes, amén de sus escopetas y maletines, traen a remolque una inmensa olla y por efecto del peso vienen a traspiés y porsotones, levantando una nube de protestas entre los pasajeros perjudicados, los que quedan, unos con los piés entre las manos, y las otras con las faldas arremengadas en precaución de la volcadura de la olla.

Estos, mientras tanto, sin prestar la menor atención a la concurrencia, empiezan a vociferar en nuestra contra desde la entrada, y los epítetos vuelan de un extremo a otro del carro, apagando todo otro ruido.

Casi al mismo tiempo aparecen los hermanos Ovalle Dávila, demostrando su presencia con un formidable ¡Eh!, que nos hace inclinar la cabeza, creyendo que ha atravesado el carro una bala de cañón.

Juntos con ellos vienen los hermanos Díaz Lira y el Bambino, sonriente y comadrero, el que se encarga muy a tiempo de disipar la tempestad que empieza a levantar entre los pasajeros las exuberancias de nuestro buen humor.

Ya el tren en marcha, conseguimos colocarnos en la misma línea, a uno y otro lado del carro, haciéndonos vis a vis, y dejando embotellado en uno de los asientos al pseudo sacristán, a quien nos proponemos componerle el genio.

Miguel, que se encuentra casi al frente de él, llénase la boca de municiones y con insuperable destreza le dispara una por encima del diario, colocándosela medio a medio de la nariz.

Salta aquél como un resorte, dispuesto a encararse con el insolente, pero como no en-



La hora del aperitivo en "Polpaico".

cuentra a nadie sospechoso, estando todos con las manos en los bolsillos y las caras impasibles, no le queda otro remedio que volver a sentarse refunfuñando, después de mirar hacia el techo buscando por dónde puede haberle caído el proyectil.

Todavía no fija la vista en el diario cuando una nueva munición en la oreja lo hace saltar como si estuviera en la silla eléctrica.

Sin bajar el diario nos observa con el rabo del ojo, intrigado con la risa estúpida con que celebramos el más triste de los cuentos alemanes que nos relata de exprofeso el compinche Julián.

Se descubre para evitar la congestión inminente que le amenaza, y dos municiones le azotan en la calva, pues el "Pelado", con su aspecto de "rien du tout", ha llegado muy oportunamente a reforzar a Miguel, colocándose de pie en el pasillo.

Guárdase entonces el diario, y despidiendo chispas por los ojos, se encara con Julio, que está a su frente, y al cual le acaban de vaciar un vaso de agua en las enroscadas alas de su sombrerito tirolés.

Empieza la argumentación, manifestándose éste y todos nosotros muy ofendidos por la suposición injuriosa de que se nos hace víctimas, y de la cual tendrá que darnos explicaciones; por lo que el sacristán, confundido, empieza ya a tartamudear, cuando por desgracia se le ocurre a aquél sacarse el calañés para rascarse la cabeza, supremo remedio para contener la risa, y el agua que contenía va a vaciarse sobre la calva y abdomen de nuestro contrincante.

Para colmo de desgracias se les olvida a los otros que están con la boca llena de municiones, y que no pueden reirse sino en calidad de señoritas, y allá van a dar también todas las municiones en la carcajada estrepitosa ocasionada por el suceso.

En esto llega oportunamente el tren a la estación "Polpaico", en donde descendemos en medio de la mayor alagarabía. Afuera de la estación nos espera Rogelio con el breack que ha de conducirnos a nuestro "pied a terre", distante tres cuartos de hora de la estación.

Aparece otro señor, propietario de los alrededores, queriendo subir también al carruaje, pero Rogelio lo detiene, diciéndole:

—Ocupado por los caballeros del chalet.

El intruso se retira haciéndonos cortesías, que recibimos con la mayor dignidad.

Nos estibamos lo mejor que podemos entre las escopetas, maletas de tiros, canastos de provisiones y la simpática "Queen" que se mete por todas partes, levantando una andanada de denuestos en su contra.

En el camino empezamos a recoger a nuestros asistentes, que esperan la pasada del carruaje y se cuelgan de cualquier saliente como



Cacería de patos en "Comalle".

abejas de la colmena. Van apareciendo unos tras otros: el Vizcacha, el Cuñado, el Pejerrey, el Cacho, el Cachimoco, y algunos más de nombres menos pulcros.

En este viaje Adolfo y Miguel les traen zapatos nuevos a sus respectivos edecanes, y es de ver la cara de felicidad con que los reciben los arrapiezos, asegurando que van a andar con ellos mejor que si fueran en automóvil.

Mientras tanto nos divierte Miguel, lanzando municiones a los jinetes que pasan. A uno de ellos, que viene al paso en sentido encontrado, le dispara entre las patas del caballo, el que da un corcobo que casi lo arroja. Lo sujeta éste, muy extrañado de tan inesperado brinco, cuando un segundo hondazo con su correspondiente corcobo, nos lo dejan montado en el cogote. Es entonces de ver la rabia con que le pone las espuelas, diciéndole: "Mes, mes, la mañita que habís agarrao de espantate de la sombra". No sabemos qué efecto le produce el último hondazo, pues vamos ya lejos y el tiro queda un poco alto, dando no ya en el caballo sino en la cabeza del jinete, que arranca a correr, creyendo, sin duda, que le han disparado un tiro.

Extraemos en el intertanto, de los bolsillos de Rogelio, que es un ferviente adorador de Baco, dos botellas de pilsener y entre tumbo y tumbo del carruaje las trasvasijamos en nuestros acalorados estómagos, volviendo a taparlas y colocarlas en su sitio.

Cuando, aprovechando la primera paradilla del carruaje, y viéndonos distraídos (?) abre el auriga una de las botellas y la encuentra sin una gota, es de oirle los denuestros en contra del almacenero que tiene la desvergüenza de vender las botellas vacías.

Atravesamos una última puerta y aparece de pronto a nuestra vista la hermosa silueta de nuestro "rendez-vous", semi oculto entre un bosquecillo de frondosos algarrobos.

Es una construcción de un piso, de material sólido, que forma un martillo compuesto de ocho piezas y una verandah, o comedor de verano. Hay, además, en el ángulo del edificio, un gran hall que desempeña el papel de salón, de comedor y de sala de armas, con su confortable chimenea, que calefacciona toda la casa, sofás, dispuestos en forma de esquineros y un aparato especial para colocar escopetas y morrales.

Cinco de las piezas están destinadas para dormitorios, una para despensa, otra para cocina, y la otra para el cuidador.

Hay también otras dependencias, como ser caballerizas y perreras.

El agua potable la elevamos por medio de una bomba de la noria abierta al lado de la casa.

Todo esto, y en una extensión de una cuadra más o menos, está cerrado con alambrados, a cuyo borde hemos colocado rosas y otras plantas con objeto de formar con el tiempo una cerca viva a todo el dominio.

Se extiende al frente un risueño jardín, al que, por el momento, lo único que le falta son las plantas, pero que pronto habrá de corresponder a su nombre.

A la puerta nos espera Francisco, factótum que acumula en su persona todos los cargos de nuestra complicada servidumbre.

Sin distraernos en la contemplación de nuestra heredad, entramos sólo para armar nuestras escopetas y salir seguidos de nuestros asistentes, encorvados bajo el peso de los tiros, a colocarnos en los pasaderos de tórtolas.

Estas aves abundan en forma extraordinaria gracias a los dilatados cardales, de cuya semilla se alimentan, y que se extienden hasta perderse de vista en muchas leguas alrededor.

La bondad de las tierras se demuestra por la lozanía de los cardos, forraje de primer orden que brota espontáneo, consumiendo en parte las energías de una tierra inadecuada para el cultivo por la falta de riego artificial.

Conociendo estas circunstancias nos he-

mos reunido un grupo de dieciséis entusiastas,—en que figuran, a más de los ya nombrados: Pedro Lira, S. Spencer, y varios norte-americanos ocupados en "El Teniente",—para construir en el punto más frecuentado por la sociedad volátil, el chalet que ya hemos descrito, el que quedará a beneficio del dueño del fundo, don Carlos Zañartu, transcurridos que sean cinco años, por los cuales nos concede la exclusividad de la caza.

No estará demás confesar desde luego que la construcción en referencia no tiene más de chalet que el nombre que nuestros asistentes se han empeñado en darle.

Ellos quieren que nuestra modesta casita de un piso único sea chalet y que nosotros seamos "Los caballeros del chalet". ¿Por qué no darles en el gusto? La sociedad nació mora; ellos se han encargado de bautizarla: Vox populi, vox Dei.

Salimos, pues, en desordenada formación a colocarnos, ya sea en línea de trinchera en la meseta de un estribo de cerro, al que llamamos por antonomasia "El portezuelo", ya diseminados bajo los algarrobos y cardos de los potreros, y en forma que podamos observar el tiro de los compañeros y advertirles la aproximación de las tórtolas.

A los primeros disparos, cuyos ecos se propagan a gran distancia, quedan éstas notificadas de nuestra presencia y, conocedoras del peligro que las amenaza, levantan el vuelo, cruzando por nuestras cabezas con velocidad vertiginosa, no superada por otra ave alguna.

Se comprende fácilmente la dificultad que presenta la caza en estas condiciones: se hace necesario calcular en rapidísimos instantes no sólo la altura a que pasan, sino la rapidez del vuelo y el ángulo que forman la línea de éste con el cañón del arma.

Es preciso conocer, además, perfectamente el alcance de cada escopeta, que guarda estrecha relación con la abertura de sus cañones, y la velocidad de las diferentes pólvoras con que están cargados los cartuchos, pues todos estos detalles influyen substancialmente en el resultado.

La consecuencia de tantos tecnicismos es que la mayor parte de los disparos se pierden en la bóveda celeste sin mayor beneficio que hacer protestar al cazador—a razón de $ 0.30 por tiro—y acelerar el vuelo de las tórtolas, que sienten pasar una tromba por sus vecindades.

Pero no todos los disparos son perdidos, como pueden dar fe las que, con menos fortuna, se sienten detenidas en pleno vuelo y se desploman como masa inerte al ser atacadas por el proyectil.

Por la forma de la caída se conoce generalmente el punto en que han sido tocadas: cuando una munición aislada les da en el corazón, se desprenden directamente con las alas extendidas hasta tocar tierra; heridas en los ojos giran en círculo, elevándose primero, para caer en seguida planeando en espiral; heridas en las alas, vuelan a menudo grandes distancias, o caen para remontarse nuevamente recuperando, como Anteo, las fuerzas al caer en tierra.

Estas generalmente son perdidas para el cazador que no posea un buen perro **retriever**, capaz de seguirlas en su entrecortado vuelo hasta que caigan para no levantarse.

Afortunadamente mi famosa "Queen", excelente perdiguera, que teniendo parada una perdiz me permite fumar un cigarrillo sin levantarla, es un excelente retriever, que sigue a las aves heridas hasta encontrarlas, cualquiera que sea la distancia que recorran, y posee, además, una cualidad preciosísima, muy apetecida por los cazadores: es ladrona.

Es de ver la cara que ponen los colegas cuando ven llegar con las manos vacías a sus edecanes, cansados de correr sin encontrar las tórtolas derrumbadas por sus certeros disparos.

Mientras tanto, la "Queen", que me da con el rabo entre las piernas para llamarme la atención, tiene en el hocico una tórtola, que me cae del cielo... sin disparar.



Al acecho de las tórtolas en "Peralillo".



En la laguna de "Lo Aguila".

Con la ayuda de mi amiga yo hago generalmente un buen porcentaje de piezas... y los edecanes de los amigos otro mejor de coscachos.

El más impasible gringo se desternillaría de risa al ver a éstos buscando afanados dónde ha caído el pájaro, levantando las matas y metiéndose bajo los cardos y concluyendo por creer que se lo ha tragado la tierra, mientras con la saltona "Queen" jugamos con él a la pelota.

Al ponerse el sol concluye el revoloteo, y en alegre comparse regresamos al chalet, comentando tiros prodigiosos... que nadie ha visto.

Allí vamos vaciando por turno los morrales, en un cajón ad-hoc, titulado: la fosa común; unos tienen 40, otros 30, quiénes 20 y otros 3 ó 4, según su mayor o menor destreza en el tiro.

Por cálculos aproximados se puede decir que los buenos cazadores aprovechan hasta el 60 por ciento de sus tiros, para continuar los demás con proporciones variables hasta el 4 ó 5 por ciento los novicios en el nobilísimo arte de S. Huberto.

Alumbrado el chalet **a giorno**, con numerosas lámparas de acetileno, y después de preparar prudentemente nuestras camas, tendidas en catres de campaña, empieza la algazara, amenizada por el acordeón de Capcioso, quien, a pesar de tocar poco, lo hace bastante mal.

Comemos opíparamente debido a los conocimientos culinarios de Julio Vergara, y el vino nos es servido por el que ha resultado más chuzo, el "bredouille" de la cacería, como dicen los franceses, que debe soportar todo género de bromas.

Antes de las diez de la noche estamos todos en nuestras camas, más rendidos por la risa y la chirigota que por el ejercicio practicado.

Los dormitorios nos los hemos distribuído por categorías: en uno se han refugiado los gringos; en otro, los camorreros; en el siguiente, los jurisconsultos, y en el más aislado, e incomunicado por todas partes, los roncadores, con su fanfarra infernal.

Todavía no clarea el alba, y mientras la tierra se blanquea lentamente por la helada, bajo la tenue luz que se desprende de las estrellas, cuando ya estamos nosotros en pie acurrucados en rededor de la chimenea para desentumecer nuestros ateridos miembros, pero con más bríos y algazara que el día anterior.

Se trata de hacer una caminata de una legua para apostarnos en un campo de cardos donde, según las noticias suministradas

por los ojeadores, bajan las tórtolas a comer, a la salida del sol, y partimos después de un suculento desayuno, alumbrándonos con lamparillas eléctricas para no dar de narices con los algarrobos. De cuando en cuando salta un conejo embobado por las luces de éstas, siendo saludado con una salva que pone definitivo término a su curiosidad.

Instalados ya en nuestros puestos, contemplamos arrobados el despertar de la naturaleza dormida, y cómo el silencio de la noche va siendo interrumpido por los mil bullicios del campo y por la gigantesca orquesta de trinos y gorjeos, que saluda la aparición del astro rey, que asoma radiante tras la lejana cordillera.

Unas tras otras vienen llegando de todas direcciones las ansiosas tórtolas, tras del apetecido grano, que muchas de ellas picarán por última vez. Empieza el tiroteo y a medida que se vacían las cajas de tiros se inflan los morrales, a la gran desesperación de los edecanes, que si pierden peso por un lado lo aumentan por el otro.

Corren éstos en todas direcciones tras de las tórtolas heridas que buscan su salvación en la fuga, azuzados por los improperios y gritos de sus jefes; salta "Queen" en decidida competencia con ellos, que la miran de reojo como a temible enemiga, y gritamos nosotros avisándonos las tórtolas que se aproximan.

¡Atención, atrás!, exclama mi vecino, señalando dos tórtolas que van a pasar sobre mí. Disparo a una, al frente, una cuarta antes de la cabeza, y mientras cae como una pelota, exactamente a mis pies, me vuelvo para disparar a la otra, que se ha abierto a la derecha y que está demasiado pasada por lo que queda el tiro corto, arrancándole solamente un mechón de plumas de la cola.

Un naturalista se confundiría al encontrar tantas tórtolas chocas en estos parajes...

Cuando regresamos a almorzar, la fosa común se hace estrecha para contener tanto trofeo, a pesar de que sólo la mitad de la cosecha matinal va a dar a ella, pues, alterando la regla generalmente establecida entre los demás grupos, de distribuír por iguales partes el total de la cacería entre todos los concurrentes a ella, acá conservamos la mitad en los respectivos morrales, como un aliciente para los buenos cazadores, distribuyendo equitativamente el resto.

A la caída del sol decimos adiós a nuestra **garçonnière** y, hasta el sábado próximo, en que se habrán de repetir escenas parecidas, pero igualmente agradables.

Diversas cacerías

La afición por la caza se ha desarrollado notablemente en los últimos años entre nuestra juventud.

A pesar de ser un ejercicio de por sí cruel, practicado en la forma que nosotros lo ejer-



Almorzando en Mallarauco.



Ricardo Searle, Guillermo Velasco y Javier Díaz en "Peralillo", cazando aeroplanos.

citamos, o sea permitiendo a las aves que busquen libremente sus defensas, se acalla el sentimentalismo para dejar lugar a otras emociones que se buscarán vanamente en otra clase de sports.

El que sale a una partida de caza no vuelve a encontrar atractivos en perder sus domingos en el lecho, salvo que sea un poltrón incorregible, como mi amigo Emilio...

Y así ha ido engrosando rápidamente la legión de cazadores, que desde los sábados por la tarde, o los domingos de madrugada, escapan de la ciudad en trenes, coches o automóviles, formando alegres y bullangueras caravanas.

Esto es sin contar las bandadas de diuqueros, que, con una botella de vino y un pan con queso en el morral, se esparcen por los campos vecinos de Santiago, asesinando tiuques y chincoles, cuando no bueyes o carneros. A éstos, que son la vergüenza del gremio, no los comprendo en esta relación, por temor de llamar la atención de los carabineros en su contra.

Haciendo piyuyo a los demás "Caballeros del Chalet" he solido plegarme a aquellas excursiones, no sabiendo rehusar invitaciones de esta naturaleza.

Y de esta manera he recorrido todas las regiones vecinas a Santiago, llegando a hacerme experto en la topografía de la provincia.

Con los Saxton, Patricio Valdivieso y muchos de los ya nombrados, hemos cazado en "El Peralillo", en extraordinaria abundancia, disparando 400 tiros por domingo.

A este fundo, situado al N. O. de la ciudad, hemos llegado en tiempo seco en una hora de automóvil, pero después de las lluvias hemos recorrido el camino en cinco horas, debido a las lagunas y pantanos que se forman, al extremo de hacerlos casi inaccesibles.

Al "Noviciado", fundo vecino, hemos ido invitados por Julio Zegers, quien con Saxton, Pacheco, Spencer y Julio Vergara, forman la élite de los cazadores.

También es éste uno de los campos privilegiados en materia de tórtolas, las que abundan extraordinariamente.

Volviendo de una de estas cacerías, en que íbamos José Luis Subercaseaux, Diego Sutil, Guillermo Velasco, Ismael Jara, Mono Romero y otros, nos quedamos pegados en aquellos barriales hasta las 5 A. M., hora en que llegamos a Santiago en un auto tirado por caballos, pero con un humor envidiable.

En "Lo Vargas", en el "Alba", en "Chicurco" y otros fundos situados al N. en la extensa región de los cardales, hemos cazado la tórtola, generalmente, con buenos resultados.

Pero no siempre nos dedicamos exclusivamente a esta ave, a pesar de ser, sin duda, la que más atractivo presenta, tanto por la dificultad del tiro como por la abundancia en que se encuentra, pues en otros puntos y estaciones cazamos también perdices, becasinas, patos, codornices, conejos y liebres.

Estas últimas, por ejemplo, abundan en los llanos vecinos a Melipilla, entre otros, en el fundo de Rafael Balmaceda, encontrándose también en las vecindades de Santiago, como ser en "El Peñón", fundo muy pintoresco, donde hemos sido admirablemente atendidos por Ricardo Ovalle.

Con éste hemos hecho una regia cacería de



Un tiro maestro del Mono Romero.

torcazas en "Comalles", fundo situado en Teno, y que trabaja Claudio Alzérreca.

Para el tiro de perdices y conejos, uno de los lugares privilegiados es la hijuela que trabaja Gonzalo Echeñique en Mallarauco.

Recorriendo las laderas de los cerros que la circundan, de un faldeo suave y poco montuoso, es preciso ir siempre listo para disparar sobre una pieza distinta, y cuando el perro cae en acecho debe contarse con la seguridad de poder hacer un dobete de perdiz y conejo, cuando no una bandada de codornices, que confunden al cazador, esparciéndose en todas direcciones.

Otras aves que se producen igualmente bien en este fundo son los pollos a la cacerola, según hemos podido constatarlo con los hermanos Díaz Lira, con quienes hemos hecho esta excursión.

Regresando de ella pude admirar la bondad del auto en que viajábamos.

Efectivamente, cuando ascendíamos la empinada cuesta que nos separaba de Malloco, hubo necesidad de detenerlo en la parte de más gradiente para remediar un desperfecto; y al hacerlo, una chispa eléctrica que produjo contacto con el carburador, inflamó repentinamente el motor.

Con destreza y sangre fría Javier Díaz cerró todos los conductos para evitar la propagación del incendio, y en vista de la imposibilidad de extinguirlo nos sentamos a contemplar el espectáculo fantástico que producían las llamaradas en la penumbra del crepúsculo que se extinguía.

Un cuarto de hora después estábamos instalados nuevamente en nuestros asientos y continuábamos viaje sin novedad, pues el accidente había dejado el coche como nuevo.

La marca de este automóvil... no la digo,



Nuestro chalet en "Polpaico".



J. M. Balmaceda y Toto Isaza, pescando en el estero de Lampa.

para no exponerme a encontrar algún aviso del agente respectivo, en que figure un auto corriendo envuelto en llamas en plano inclinado de 45° con todos sus pasajeros adentro, fumando tranquilamente sus cigarrillos, y en que se remita al lector para más detalles de la figura a este deshilvanado artículo; pues ya me sucedió en otra ocasión, el haber encontrado un aviso en que aparecía otro automóvil corriendo por las nevadas crestas de los Andes, y en que para mayores detalles de la ocurrencia se llamaba la atención al artículo en que yo refería mis impresiones sobre una ascensión a unas minas distantes cuatro horas de Santiago.

Tan elevado iba este auto, que sentí vértigos... por la altura... y por el abuso de confianza.

A cuenta de lo que debía producirme la forzada réclame tuve que ofrecer una comida a los compañeros de excursión, que consumieron como unos heliogábalos, pero la manifestación que ofreció hacerme el amigo del abuso, digo del aviso, hasta la fecha no ha llegado, salvo que ella fuera una manifestación... de mala memoria.

Por esto he decidido viajar en lo sucesivo en automóviles anónimos.

Famosas son las cacerías de Culiprán donde se produce tan bien el trigo como las tórtolas y las perdices. Concurrí ocasionalmente a una de ellas y pude apreciar las grandes condiciones de organizador de su propietario, don Guido Woodhouse, que distribuye personalmente a sus invitados, encabezados generalmente por José Alcalde, en los lugares más estratégicos, dejándolos a todos contentos.

Don Guido sabe exactamente cuántas tórtolas y perdices se crían en cada potrero, y pone a las cacerías un límite prudente a fin de evitar su agotamiento.

La conclusión de la temporada de caza la celebramos este año en el fundo de Culitrín, a donde fuimos invitados y agasajados por los hermanos Charme, en compañía de Arturo Izquierdo, W. Morrison, Oscar Saxton, Jorge Rogers, José Manuel Balmaceda, Carlos Romero, Alfredo Rodríguez, Santiago Toro, Carlos Pacheco, Juan Eduardo Subercaseaux, Ricardo Searle y José Antonio Isaza.

Este fundo está unido a la estación de Hospital por una línea Decauville con tracción de vapor, y cuenta con comodidades para atender un crecido número de invitados.

Como estuviese ya algo pasada la estación de las tórtolas, dimos preferentemente caza a las torcazas que abundan en los pintorescos cerros que cierran el valle.

Encaramado en un peñón, que sobresalía como un palco escénico de la abrupta pendiente del cerro y al acecho de las aves que huyendo del plan buscaran su salvación volando en las alturas, contemplaba el hermoso espectáculo que presenta el campo a la llegada de la primavera.

De pronto una pareja de tórtolas, ignorantes de mi presencia, vinieron a posarse sobre el árbol que se erguía enhiesto sobre la roca en que me encontraba, hincando sus raíces en las grietas, como una inmensa ave de rapiña sobre su presa.

Mi primer impulso fué echar mano a la escopeta y hacerlas volar, pero me detuvo su amorosa actitud al colocar las pajillas que traían en el pico en su incipiente nidal, y acariciarse en seguida, saltando de rama en rama.

Fué aquella una revelación objetiva de la transcendencia que tiene la clausura de la caza a la llegada de la primavera, y no pude menos de exclamar, desarmando mi fusil:

—Adiós, avecillas gentiles, vivid tranquilamente vuestra temporada de amor, que el interés de mi privación me lo devolveréis con exceso el próximo invierno.

Y ahora: paso, paso al amor.



Menú de nuestro almuerzo en el chalet.



La célebre bailarina Napierkowska.



La famosa bailarina Regina Badet.

Baile Ud. el "One Step"

Por

Martín Avila

Mi joven amiga se había empeñado en convencerme de dos cosas: la primera era que el espíritu progresivo, civilizador, culto y hasta fervoroso de un país, está en relación directa con su afición al baile; y la segunda, de que yo, en las lindes de mi postrera juventud, un poco pesado ya y algo obeso, no sólo podía aprender el "one step" y cualquiera otra danza moderna, sino que aprendiéndola, vería abrirse ante mí todo un mundo de filosofías extraordinarias. Comprendería la alegría de David tocando el arpa y bailando delante del Arca Santa; comprendería las misteriosas religiones de fakires y bayaderas...

Para convencerme de esto, comenzó a explicarme lo que era el "one step". Así como Tórtola Valencia y la Lubowska y otras lindas señoras mías han encarnado en sus piruetas la civilización egipcia y hasta un poco la siria y la caldea, el "one step" es un símbolo de la civilización yanqui. En realidad, todo este baile, que parece tan vario, tan complejo, está sometido a un sistema casi científico; a un principio fundamental: "un paso para cada figura". La primera figura se llama "castle walk", y la segunda figura—oh, amigos míos!—, la segunda se llama en buen castellano "el pato cojo". Efectivamente, el bailarín camina hacia adelante, y la dama, su pareja, hacia atrás. Cada dos compases de "one step", el caballero ha de fingir un paso de cojera, que, no exagerándolo, resulta muy elegante. Así, los chiquillos españoles que inventaron aquella burleta del "uno, dos, tres cojo es" fueron unos precursores de este asombro de civilización yanqui.

La tercera figura de este ballecito se llama "the grape wine", que quiere decir "vino de uva", y, según parece, simboliza que el cojo de la figura anterior se ha emborrachado un poco, lo cual es muy elegante en "Yanquilandia y... en Curlandia. No es que haya bebido un poco, sino que ha bebido buen vino, vino de uva, y le ha hecho poco efecto. Parece ser que esta figura es la que da al "one step" su distinción sobera-

na su "sprit", su elegancia singular. Es muy difícil de aprender bien. Usted, danzarín, sigue caminando hacia adelante y la dama hacia atrás—esto debe de ser muy yanqui; cruza usted su pie derecho por detrás de su izquierdo, de modo que ambos pies queden casi en línea recta, y en esta posición—que es de encargo—da usted una ligera inclinación a la rodilla derecha; esta inclinación ha de ser perceptible solamente lo preciso para que se vea que continúa la cojera. Y todo esto, amigo mío, al son de la música y sin perder el compás.

La cuarta figura se llama "the drag step". Antes de deciros que eso significa "el paso de resbalar", convendría advertir que, en realidad, el "one step" se compone sólo de las tres primeras figuras. Con aprender las llamadas "castle walk", "the poney step" y "the grape wine", puede un señorito civilizado ser el asombro de los salones, y si tiene habilidad artística bastante para detallar con gracia las tres figuras, puede acomodarlas a la música del supremo "one step" que se conoce; colmo asombroso de la elegancia, de distinción, de refinamiento espiritual, de sentido artístico, etc., etc. Como que se titula nada menos que "Too much mustard"! ¡Qué bien suena eso! Traducido al castellano, pierde un poco de su belleza y hasta nos parece que cae en un abismo de vulgaridad y grosería, como que significa: "¡Demasiada mostaza!", que es un poco más indecente que si se titulara: "¡Anda la órdiga!" o cualquiera otra chulería por el estilo.

He ahí el perfil sencillo de la Napierkowska, una de las mayores famas que Europa ha consagrado en estos últimos tiempos. Dijérase de ella que era una señorita de la clase media, una burguesita criada en un hogar de pequeños industriales o comerciantes, que nos había enviado su retrato para ganar un concurso de belleza. Y, sin embargo, esa figurilla gentil se transforma en el escenario. No es un ave que puede volar—ha dicho de ella un crítico—, sino el aire mismo hecho mujer y hecho arte. Y he aquí también, para quitarnos el mal sabor de boca de la receta del "one step", la profana cabecita de Regina Badet, la "danseuse" suspirada y amada de la Opera Cómica de París. Bajo la maraña de sus rizos arden la pasión, el amor, la malicia. ¡Oh, sí, mi linda amiga tiene razón! Un pueblo civilizado es un pueblo bailarín y aunque no lo fuera, sino retroceso a la barbarie, yo debería aprovechar mi postrera juventud—y usted también, lector envidioso—y aprender el "one step", y hacer el paso del pato cojo y el del bebedor de vino de uva que al fin y al cabo, con bailes y sin ellos, polvo somos y en polvo hemos de fenecer.

Acaso sería importante señalar el hecho de que hay un renacimiento de afición al baile y de prácticas de bailes. Nos ha venido el ejemplo de París, del París que precedió al surgimiento de la guerra. La aristocracia va abandonando la antigua práctica de dar grandes fiestas en sus palacios, que resultaban costosísimas y hasta las reuniones íntimas en las que se hacía música y se danzaba, van siendo ya muy contadas. En los salones de los grandes hoteles se reunen hoy los muchachos "bien" y las jóvenes de la crema social y por el módico estipendio de una "consumación" se oye música, se organizan tertulias y se baila... Así estos bailes exóticos van ganando también a nuestra aristocracia.

No olvidemos que en París hay un sincero dolor de estas pasadas locuras, que ahora se truecan en dolor y en sangre, sin perjuicio de que se vuelva a ellas cuando la guerra pase.

No es de esperar que Madrid llegue en sus modernas bacanales a traspasar los lindes de lo que fuera el Madrid alegre y bullicioso que precedió a la Revolución y siguió a la Restauración. También entonces se traducían—aparte del café cantante de la plaza del Matute, que era cosa netamente española—las relajaciones del París imperial y entonces, no ya la tragedia del Sedán, sino la Internacional en París, fueron duras las lecciones que Francia prometió no olvidar nunca. ¡Y las olvidó tan pronto! Porque, no es lo malo el baile en sí, que al cabo es un arte, y que si no es en el hombre un sentimiento, es un instinto. Lo malo es la explotación industrial de los lugares del baile y lo que hay de malicie, de educación malsana, de hampa truhanesca en los cobijamientos de esos espectáculos!

LA MUERTE EN LAS SOMBRAS

Algunas historias de submarinos

Por

Rudyard Kipling

El insigne escritor inglés, Rudyard Kipling, el afortunado autor de "La Jungle", ha reunido bajo este título sugestivo, una serie de historias de submarinos ingleses, esos modernos cíclopes del mar, que tan importante papel están jugando en la presente guerra.

Con ilustraciones.

NADIE sabe en virtud de qué se ha dado al servicio de submarinos el nombre de "Tráfico". Hay quienes dicen que tal nombre se lo dieron los cruceros, como queriendo significar que los oficiales de submarinos parecen más bien chauffeurs no bien lavados (1). Otros piensan que la palabra nació espontáneamente, sin segunda intención, como nacen todas las palabras cuando se necesita de ellas para expresar con exactitud alguna cosa. Sea de ello lo que fuere, el servicio de los submarinos ha de conocerse en adelante por el nombre de "Tráfico", y si preguntáis el por qué, se os responderá: De alguna manera ha de llamarse. El "Tráfico" es tráfico, no hay duda.

La muerte en las sombras

El tráfico constituye una profesión real; sin embargo, recluta sus miembros y sus jefes lo mismo entre la gente de mar, o la que conoce el manejo de las máquinas, que entre otras clases distintas que ni en sueños se habrían imaginado pertenecer algún día a uno de estos gremios. Escoge sus hombres; desaparecen éstos por un tiempo, y vuelven a aparecer después completamente transformados hasta el fondo del alma, pues el "Tráfico" vive en un mundo sin precedentes; en un mundo en el que no existe ni la experiencia de las pretéritas generaciones; en un mundo que está aún creándose y se agranda día a día; un mundo que inventa y resuelve por sí propio los problemas de su existencia a medida que ésta se desenvuelve, y que si no sabe de por sí solucionar sus dificultades, nadie habrá que venga a ayudarle y socorrerle. Tal es el "Tráfico" visto en la obscuridad; concibe ideas imposibles, que trata al punto de realizar.

Lleva sus libros como todo comerciante honrado. Libros tan secos como las páginas de un registro, escritos hora por hora sobre una pequeña mesa de correderas disimulada bajo el lecho del comandante. Elijamos al azar un episodio cualquiera de la vida del submarino de S. M. el E-9. Verdad es que el submarino estaba al mando del capitán Max Horton, pero la impersonalidad absoluta del relato nos permite creer que es el mismo barco el que habla. (Por otra parte, no habiendo visto ni encontrado a ninguno de los héroes de la hazaña, también el autor puede permitirse ser en su relato impersonal). Hace algún tiempo encontrábase el E-9 en el Báltico en el rigor del invierno, llevado allí al terreno de la caza por un buque rompe-hielos. Es indudable que no puede un submarino servirse de su frágil y sensible quilla pa-

(1) Hemos traducido la palabra inglesa "Trade" por tráfico (comercio). De acuerdo con los escritores franceses, que la traducen también por "Trafic"; pero esta palabra significa también en inglés oficio, profesión, y se aplica especialmente a las profesiones manuales.

ra romper los duros hielos del mar; necesita para esto el auxilio de un poderoso rompehielos, que le acompañe y desembarace de los témpanos, que obstruyen el puerto y la costa.

Naturalmente una vez en alta mar, el submarino queda solo y entregado a su propia suerte.

El invierno en los hielos del Báltico

Zarpó, pues, el E-9 en compañía del rompehielos hasta un punto determinado. (Ni los antiguos ni los modernos buques han ido nunca a un puerto cualquiera sino a uno determinado). Allí, (nada dice el diario de a bordo, pero el Tráfico conoce a fondo hasta el más mínimo detalle de lo que no se relata) sumergido el submarino entre una confusión de témpanos, a una temperatura considerable bajo cero, ocupó el E-9 algún tiempo en comprobar todas sus maquinarias y aparatos, de los que no puede decirse a punto fijo si tendrán o nó que funcionar en aquel viaje. Agradable tarea ésta, tanto más cuanto que todos saben muy bien que salir al exterior, con aquellos fríos glaciales, es exponerse seguramente a ver paralizarse la sangre a pesar de las gruesas pieles que les abrigan. He aquí por qué, aunque nada dice al respecto el diario de a bordo, el submarino se entrega a ejercicios preparatorios en aquellas latitudes.

El E-9 se preparaba evidentemente para lo que pudiera suceder. Al día siguiente refiere: "Como las circunstancias eran favorables, tomóse la resolución de dar caza a algún destroyer. El determinado punto en que se encontraba no debía estar muy lejos de la ruta ordinaria de los destroyers, porque al poco rato aparecieron tres a su vista, aunque no a distancia de ataque, y más tarde, al caer el día, apareció un cuarto, hacia el cual se dirigió el submarino a todo vapor. Era muy difícil llegar al fondo, anota, a causa de la enorme marejada. Tal como un globo cautivo, que se balancea en el aire en un día de tormenta, está el submarino bajo el agua, sacudido violentamente por la marejada, y como el Báltico es poco profundo está el barco en todo momento expuesto a peligros irreparables.

A pesar de todo, el E-9 avanzó unos 700 metros, disparó y esperó el tiempo indispensable para convencerse que el torpedo iba derecho al blanco y el destroyer seguía tranquilo su camino. En seguida "se sumerge, para no ser descubierto". Lo demás es sencillo como lo es la muerte. Después del disparo, en el momento oportuno, a los 45 ó 50 segundos se oye el estruendo inconfundible de un torpedo que estalla.

Cuatro minutos más tarde el E-9 sale a flote y advierte que el destroyer ha desaparecido. Entonces, por razones en las que no poco influye indudablemente la proximidad de otros destroyers, que bien pueden haber oído el estallido inconfundible, vuelve a sumergirse en la glacial obscuridad hasta que llegue el momento de regresar al puerto.

Cuando reapareció en la superficie le sorprendió la tempestad que venía del Norte, y anotó entonces: "La espuma se hiela al caer y el puente está convertido en una masa de hielo. Se hace sumamente difícil despejar de hielo la escotilla de la torre. Para conseguirlo hay que tener indispensablemente un hombre dedicado a esta tarea. La toldilla del puente imposible despejarla. Tiene encima más de seis pulgadas de hielo. Los aparatos telegráficos, helados". En este estado siguió su ruta el E-9 hasta media noche. Y nadie podrá comprender lo que piensa el marino ocupado incesantemente en rastrillar y limpiar la torrecilla del puente, y el júbilo de sus camaradas cada vez que una mermelada de hielo cae rodando al agua. Por último, juzgó prudente el buque desembarazarse de los hielos y se hundió.

En el servicio de los buques viejos se empleaba la palabra **normalmente** para indicar todo aquello que no tiene importancia mencionar. Al siguiente día el E-9 siguió avanzando "normalmente" sin novedad, entre una continuada serie de tempestades de nieve, cubierto sin cesar el puente de capas congeladas hasta el momento de encontrarse con su amigo el rompe-hielos; y en su compañía abrióse surco y emprendió su viaje de retorno, para ir luego a cumplir la tarea a cada uno señalada.

Nada hay que pruebe que el E-9 escapó bien del trance, pero cabe suponer que no fué excesiva la prontitud con que acudió el rompe-hielos para la salvación y buena marcha del E-9. ¿Y qué sucederá en el Báltico cuando el rompe-hielos no llega?

Esto ocurría en el invierno. En verano,



El comandante lleva sus libros...

por el contrario, muchas veces el E-9 vióse en la precisión de sumergirse en pleno día pues bajo la persistente luz boreal, tranquilo el Báltico como balsa de aceite, es de todo punto imposible llegar a dos kilómetros de cualquier ojo observador sin ser advertido. En cierta ocasión, bien informado sin duda, situóse el E-9 en un "punto determinado" y notó que el mar estaba "transparente". Tuvo por tanto que consentir, en silencio, que cruzasen ante su vista tres navíos alemanes, pesadamente cargados, porque un ataque habría revelado su posición.

Tomó, sin embargo, su desquite al día siguiente, que vió "una escuadra enemiga que venía del Este y que avanzaba hacia nosotros con rumbo hacia la costa". Formábanla dos grandes acorazados, escoltados por destroyers. El E-9 se preparó al ataque. No se sabe cómo pudo deslizarse por aquel mar traquilo hasta llegar, sin ser visto, a 250 metros del buque que rompía la marcha: "buque de tres chimeneas del tipo "Deutschland" o el "Braunschweig"; pero el caso fué que lo realizó y le lanzó sus dos torpedos de proa."

"Vió y oyó el torpedo primero, que tocó al barco debajo de la chimenea principal; el humo y los destrozos que saltaron por encima del palo mayor".

Esto es todo lo que pudo ver el E-9 antes de que se precipitase sobre él uno de los destroyers que estaban al acecho. "Entonces, dice él, para observar a éste, desvié el periscopio del acorazado." La visión reflejada en su lente no debió ser muy tranquilizadora pues el destroyer avanzaba con intenciones asesinas, y el E-9 tuvo que llenar a toda prisa sus depósitos y hundióse rápidamente. La maniobra duró exactamente el tiempo justo para escapar de ser alcanzado por el destroyer; y a los 13 metros tocó fondo. "Pero, dice el E-9, si estaba ciego no estaba sordo, y a su debido tiempo (40 ó 50 segundos después del disparo) oyó el estampido del segundo torpedo que nadie había podido ver en realidad." Veinte minutos más tarde salía a flote el E-9 para darse cuenta de lo ocurrido. El destroyer observaba a 200 metros de distancia y de nuevo volvió el submarino a sumergirse para su seguridad; tuvo, sin embargo, el tiempo suficiente de ver un gran navío a distancia de 4 ó 5,000 metros.

Dejemos a un lado el valor y pensemos solamente en toda esta maniobra en esta última inmersión, en el momento del ataque del acorazado indicado: la vista en el periscopio, observando si el torpedo número 1 va a dar en el blanco; el ataque del destroyer vengador; la orden súbita de sumergirse; el rápido hundimiento, que ha de estar regulado por el pleno conocimiento de los fondos marinos, sumamente altos en esos parajes y el pensamiento tratando de adivinar la resolución tomada por los buques que arriba están al acecho, pues suponiendo que un destroyer tenga un calado de 4 metros 50 y que un submarino mida hasta lo más alto de la torrecilla 7 metros 50, no es mucho el espacio que queda para moverse bajo 13 metros de agua, sobre todo si el submarino rebota al tocar el fondo.

La vida de los submarinos es en extremo accidentada.

Y en medio de todas estas circunstancias y otras mil, imaginaos, allá abajo, a los prácticos especialistas contando, como sólo los torpedistas saben hacerlo, los segundos que transcurren implacables hasta llegar el momento crítico en que estalle el segundo torpedo. Luego, transcurrido el tiempo normal, tiempo especificado en el cuadro de distancia, el estampido y la vibración del torpedo número 2, la sensación de bienestar, la respiración que se hace normal, los labios que se abren con expresión de alivio, la impaciencia en espera de una segunda ojeada, y una vez echada ésta, cuando, fija la mirada sobre el periscopio, se ha dado cuenta de que sólo queda sobre el agua un diablo negro en vez de los dos que había antes, tal vez entonces los cigarrillos, etc..., mientras que el destroyer, en la superficie, rastrea las aguas a la ventura.



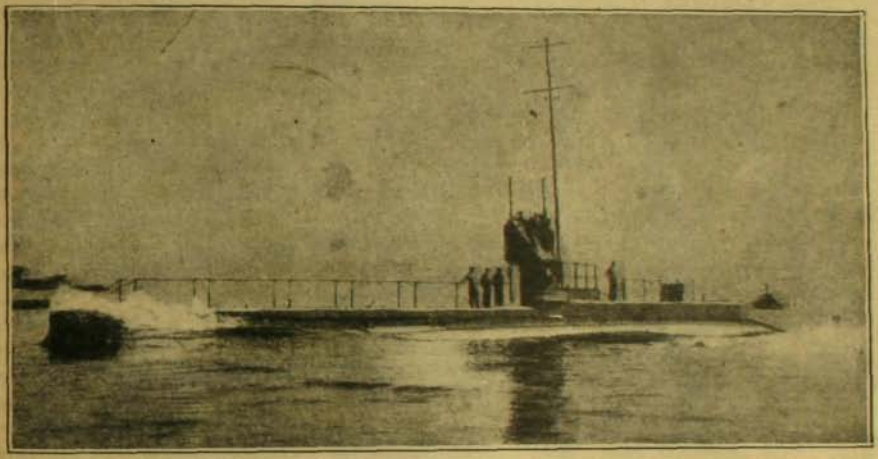
Un hombre se ocupa sin cesar en despejar la torrecilla.

Cierto es que se otorgan recompensas a los que han realizado estas hazañas, pero qué regio presente podrá compararse a la satisfacción de haberlas llevado a cabo, y no solo, sino en compañía de camaradas fieles y avezados, con su ayuda y cooperación?

El E-1, barco también del Báltico, al mando del capitán N. J. Laurence, tuvo igualmente sus aventuras. Hizo su salida un día de estío, y tarde, muy tarde, a la caída del día, divisó tres transportes enemigos. Torpedeó al primero. Mientras se pre-

paraba a dar cuenta del segundo, trató el tercero, desconsideradamente, de espolonearlo antes de que se apercibiesen de sus intenciones. Tuvo que darse prisa el E-1 a sumergirse **ipso facto** y perdió, por tanto, preciosos momentos de luz, que ya se desvanecía por completo. Cuando subió a la superficie el transporte se hundía y a poco rato pereció. Los otros dos rondaban por los alrededores. La partida habría sido interesante en pleno día, pero la obscuridad la estorbó y el submarino tuvo que renunciar al ataque.

Este mismo barco, el E-1, encontró durante un recio temporal una escuadra de acorazados, y distinguió un navío de flanco (verdadera lástima) los relatos que describen los gloriosos contratiempos en que todo sale mal; cuando los torpedos rompen su envoltura y quedan balanceándose como patos enormes, o bien cuando dan en el blanco con un golpe sonoro, hacen saltar una columna de espuma y no estallan; cuando el diablo (acorazado) vomita toda su metralla sobre el sorprendido submarino; cuando las baterías se paralizan de pronto y de instrumentos de energía quedan convertidos en instrumentos de inercia; y sobre todo, cuando el hielo o cualquiera de esos frecuentes despojos que las aguas arrastran, molestan y se ensañan contra el casco hasta obstruir la



Las olas duermen. El submarino sale de las profundidades.

guardia, probablemente el "Moltke". Los destroyers estaban alerta y hubo que sumergirse inmediatamente para esquivar el golpe de uno de ellos, que casi le alcanza. Después cerró la niebla y ya no fué posible intentar nada. A cada uno le llega su hora y su ocasión.

El "Tráfico" conoce infinidad de historias por el estilo de patrullas al acecho, por lo cual el submarino se ve forzado a dejar desfilar uno tras otro los acorazados enemigos, sin poder hacer nada en su contra y teniendo que limitarse a consignar en el diario lo que ha visto.

Naturalmente, estas historias no están relatadas en las informaciones del dominio público. Las autoridades tampoco revelan.

marcha de sus cilindros y la hélice, produciendo la desesperación de los tripulantes, que, con voz ronca y ojos llameantes, luchan encarnizadamente contra la fatalidad.

No hay, indudablemente, para las gentes tranquilas lectura más espeluznante que la de esta clase de relatos.

La actual guerra es como un iceberg. Nosotros, el público, no vemos más que una pequeña parte sobre el agua. El resto escapa a nuestra vista, y de igual manera que en el iceberg adivinamos su volumen por las dimensiones de los trozos disgregados que flotan en la superficie a 250 metros del block principal, lanzados allí por alguna brusca sacudida submarina; así, en esta guerra, se

conocen historias cada día y por ellas llegamos a conocimiento de que existe una actividad insospechada en regiones que no creíamos. De suponer es que continuamente pasen acontecimientos análogos en muchas partes, pero la revelación de su existencia no deja de ser sorprendente en todo caso.

Había una vez varios barcos del tipo E, que operaban en el Mar de Mármara con energía y humanidad, que ambas cosas son compatibles para los ingleses. La ruta hasta el terreno de caza estaba sembrada de peligros; las aguas por donde surcaban estaban llenas de ojos que acechaban incesantes; las fatigas y pérdidas que la caza les ocasionó no pudieron apreciarse hasta que los barcos regresaron a su base de operaciones. Desde luego no podrá conocerse nunca el total íntegro de sus improvisaciones y recursos, pero pueden recogerse de cuando en cuando trozos aislados y juzgarse por ellos del total. El Almirantazgo da solamente el esqueleto, no muy escueto por otra parte, de los relatos oficiales de los barcos.

Cuando el E-14 (comandante E. Courtney-Boyle) empezó a operar en el mar de Mármara, avanzó, como su hermano, con su motor de gasolina, a lo largo del estrecho de los Dardanelos; un motor de gasolina, en la noche, entre escarpadas vertientes es, según el decir del Bajo Puente, como una solemne orquesta de instrumentos de cobre en la zanja de un camino de hierro. De modo que bien pronto el E-14 fué descubierto por un fuerte, con el auxilio de un faro, y descargaron sobre él su artillería. Tuvo que sumergirse bajo el campo de minas que defendían el estrecho, y, cuando, al romper el alba, subió a la superficie en la parte más angosta del estrecho—unos 1,600 metros de anchura—todos los fuertes dispararon sobre él. Además, las aguas estaban infestadas de vapores espías, de patrulla.

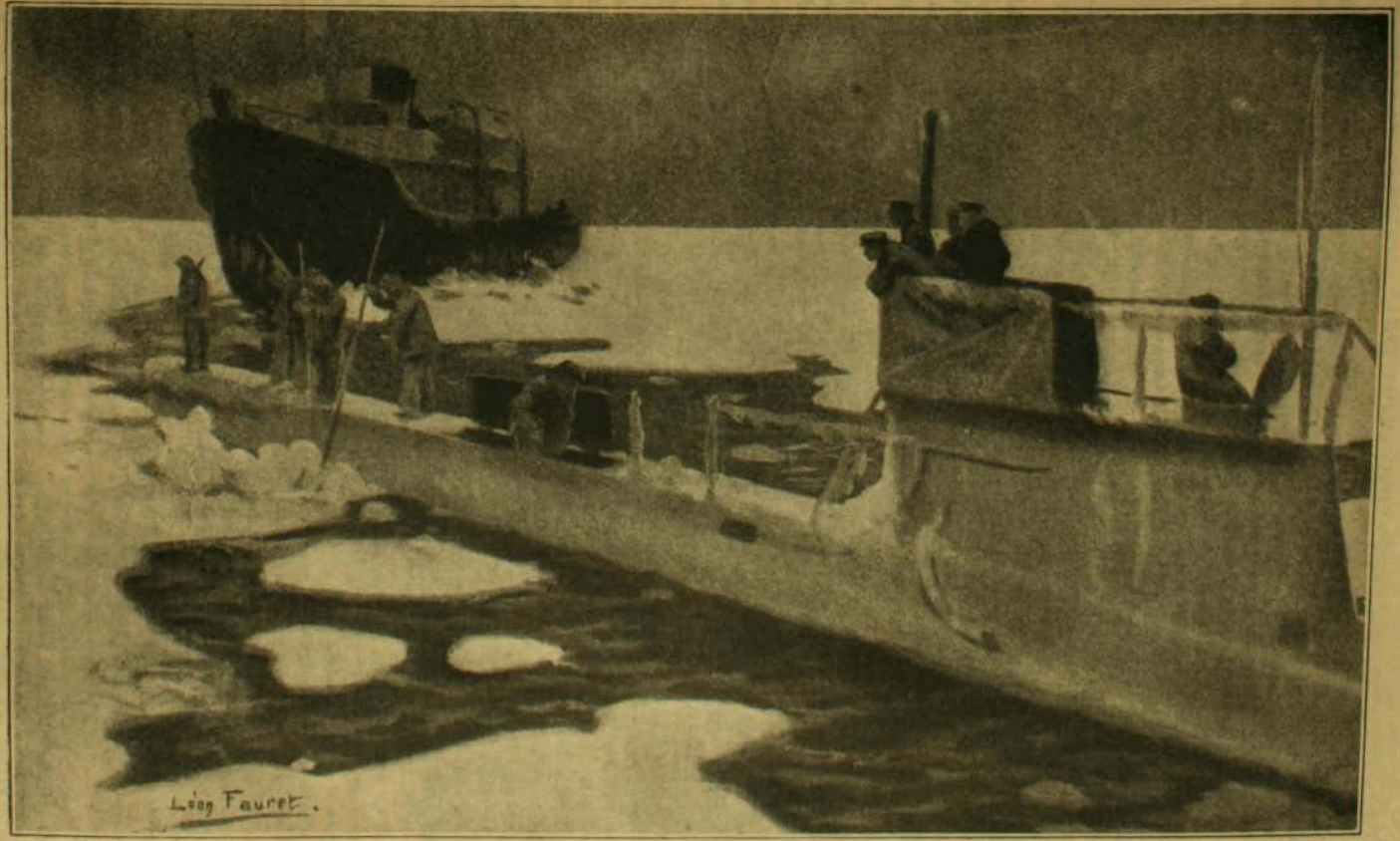
El E-14 distinguió entre ellos una cañonera turca, y le mandó un torpedo. Tuvo apenas el tiempo exacto para ver saltar la inmensa columna de agua por encima del palo mayor y se sumergió veloz en el momento que "dos hombres que tripulaban un vaporcito pasaban junto al submarino, inclinándose sobre la borda y tratando de coger el extremo del periscopio."

Esta lacónica frase, que parece entresacada de un libro de anotaciones es todo lo que el teniente Courtney-Boyle juzgó conveniente notificar, no llegando a comprender nunca por qué hubo quien pidió su arresto al terminar la guerra, hasta que diese una información completa y detallada. ¿Vió la línea sombría de la parte sumergida del vaporcito o la vió verde, confundible, a través del lente del periscopio? ¿O bien alguno de los vapores que venían detrás penetraron de pronto en su campo de visión, obscureciendo, sin notarlo, su periscopio? ¿Estaba solo el vapor, o bien pertenecía a alguna escuadrilla de facción? El teniente tuvo, sin duda, bastante que hacer para preocuparse de dar tanto detalle, pues le rodeaban varias patrullas; delante, en un espacio no bien definido, había marcado un campo de minas, y arriba en la superficie varios barcos de vapor cruzaban el agua en todas direcciones en busca de su presa.

Sumergido el E-14 arrastrándose por el fondo durante seis horas mortales de obscuridad, llegó al mar de Mármara, sembrado de pequeños buques, y tuvo, por tanto, que resignarse a seguir bajo el agua casi todo el tiempo lo que ocasionaba su sofocación y su rabia. Ni siquiera pudo cargar tranquilo sus baterías; de modo que después de otra jornada de continuos alertas, invertida en ponerlas en marcha, dejarlas dispuestas y sumergirse a cada paso,—lo que produce una excitación enorme,—decidió abandonar aquellas aguas infestadas, próximas a la costa, y marchar a cargar, lejos de la ruta frecuentada. Hecho esto, tras una larga y fatigosa carrera, que ningún beneficio reportó a los motores, volvió a su ronda, encontrándose a poco con tres destroyers que escoltaban a dos transportes de tropas enemigas. Pero entonces la mar estaba en calma, transparente y los destroyers "marchaban delante de mí... Lanzó sobre uno de los transportes un torpedo de gran alcance y hundióse al punto, antes de ver el resultado.

No quiso esperarlo, en vista del mal estado de uno de sus periscopios, mal estado causado, no como pudiera creerse, por el manotón de aquellos que quisieron coger el periscopio desde el vaporcito sino por un obús cuyo calibre no se indica, que la víspera le alcanzara casualmente.

"Por tanto, dice el E-14, no podía exponer a ser destruído el único periscopio que me quedaba." De todos modos, oyó un



El E-9 encuentra en el Báltico a su amigo el rompe-hielos.

estallido y los manómetros esas grandes agujas de relojería, que se mueven en cuadrantes de blanca esfera, "oscilaron", signo evidente de algo terrible que pasaba en el fondo. Al salir a flote vió un destroyer que convoyaba a un transporte, que ardía por la popa, al puerto más próximo. Aquella tarde encontróse el E-14 con uno de sus hermanos marinos (hoy en Walhalla) que le dijo en confidencia que ya casi se le habían agotado los torpedos y se dieron cita para el día siguiente, pero "antes de terminar nuestra comunicación, tuvimos que sumergirnos y no he vuelto a verle".

Deben ocurrir muchos encuentros por el estilo en el "Tráfico", a cielo raso. Un barco surge al costado de otro, en un punto convenido, para cambiar impresiones y material; entáblase la conversación con voz poderosa mientras los ojos de los que hablan escudriñan sin cesar el horizonte, y las manos de todos están prontas para la maniobra, sumergiéndose a veces aun antes de acabar una frase.

En cierta ocasión, agotados sus torpedos, se disponía el E-14 a regresar por el camino andado, y fué perseguido en la dirección de Gallipolis por una escuadrilla mixta compuesta de una cañonera, un torpedero y un remolcador. "Me escoltaron hasta Gallipolis, uno a cada lado y otro delante, en la esperanza, seguramente, de que me cogerían entre sus redes". Durante no menos de ocho horas siguió su camino con infinitas precauciones, bajando el estrecho, atravesando las recias marejadas, sumergiéndose cuando el fuego de los fuertes era muy violento, comprobando a cada paso su posición y la de los campos de minas, y observando sin cesar los buques a la vista hasta que, a la hora del té, avistó a la flota francesa a lo largo del estrecho y "subiendo a la superficie pasó entre medio de los acorazados franceses, que nos saludaron con vítores entusiastas". Había salido a operar ya cerca de tres semanas y un destroyer amigo le acompañó hasta su base, donde le dejaremos por el momento, mientras referiremos los hechos y hazañas del submarino E-11.

La aparición de Silas L. Swing

El E-11 siguió rumbo a lo largo del estrecho, acompañado como de costumbre de los destroyers enemigos y tropezó con las dificultades de siempre para cargar sus baterías durante la marcha. El "inalámbrico" aprovecha, naturalmente, la ocasión de estropearse y el E-11 se encuentra entonces sordo y mudo en un punto del mar de Mármara, sumergiéndose para escapar de los destroyers enemigos, en los momentos en que trabajaba por reponer sus antenas debidamente. (Conviene hacer notar que el lenguaje del "Tráfico", si bien es técnico, no es ni más enfático ni más pomposo que el de los demás buques).

Después toma rumbo hacia Constantinopla, encuentra en el puerto un airoso torpedero, lo echa a pique, recibe en el periscopio la caricia de un obús de siete, se bate en retirada, cambia la extremidad del periscopio y a las diez de la mañana da la orden de: "Al baño". Bien refrescado, logra, por fin, arreglar su aparato "inalámbrico" y puede informar a las autoridades de su posición y sus proyectos. En este punto—a lo largo de Rodosto—entra en escena un vaporcito, que, intimado para detenerse, no hace caso del aviso y recibe, en castigo, una descarga de fusilería. Ordénase a la tripulación abandonar el buque, se lanza ésta tan precipitadamente a las canoas, que varias de ellas se vuelcan. "**Afortunadamente**, dice el E-11, se pudo recoger a todo el mundo". Figuraos la confusión a bordo, una inmensa variedad de canoas que caen al agua y simulan en ellas un baratillo, y una multitud abigarrada de gentes que claman y se lamentan en la vasta llanura herida por un sol ardiente.

Pero he aquí una cosa, que no os podríais figurar: "Un gentleman americano aparece entonces sobre el puente superior y nos comunica que él se llama Silas L. Swing del "Chicago Sun" y que está encantado de habernos conocido. En seguida nos dice que el vapor iba con rumbo a Chenok y que, a su parecer, no llevaba municiones a bordo." Si en esta circunstancia hubiera habido alguna cosa capaz de sorprender al "Tráfico" puede imaginarse fácilmente que la aparición de Silas L. Swing (encantado de conocer a Uds., señores), habría hecho saltar algún tornillo del E-11. Pero no saltó ni uno siquiera. Poseía éste un capitán, llamado Oyley Hughes, sumamente experto en asuntos de demolición. Este subió a bordo

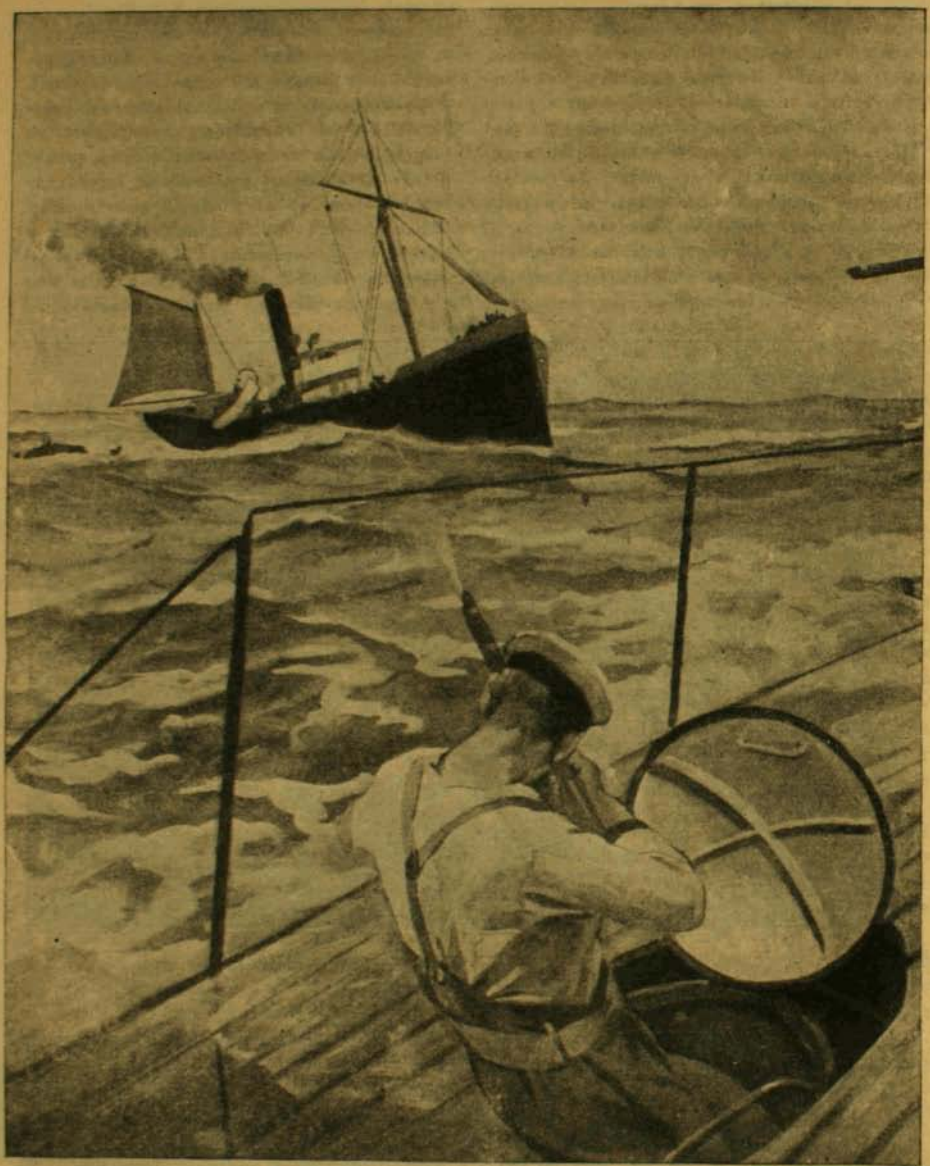
del buque y observó en seguida que había una buena cantidad de material y municiones: un cañón de siete pulgadas, por ejemplo, sujeto al extremo del puente superior (Silas L. Swing debía ser un periodista muy distraído); otro cañón también de siete que asomaba adelante en la cala, y al que servían de almohadas de estiva dos pedestales de piezas de doce libras; la parte de atrás de la cala repleta también de proyectiles de siete y otra infinidad de material. Púsose la carga de explosión en medio, precisamente, de las municiones de siete, y prendida la mecha, voló todo a los pocos momentos, sepultándose en seguida en el fondo.

"Al mismo tiempo que echaba a pique el navío, continúa el E-11, advertí una columna de humo al este". Era otro buque, que había visto la explosión y se apresuraba hacia Rodosto. El E-11 le persiguió hasta que estuvo amarrado en el muelle de Rodosto y allí lo torpedeó. Era un barco cargado de municiones hasta el tope. El agua es poco profunda en ese paraje, y aunque rozaba con el fondo, cosa que estorba sobremanera la estabilidad del punto de mira, el E-11 tenía forzosamente que dejar ver una buena parte de su único periscopio, que fué abollado, pero no inutilizado, por una bala de fusil, disparada desde la orilla. Al salir del puerto de Rodosto encontróse al amanecer un buque cargado de alambre con púas que se detuvo a una señal y "trató en seguida de espolonearnos en el momento que le abordábamos; pero no lo consiguió gracias a nuestra mayor velocidad". Al momento el barco corrió hacia la playa "en línea recta" con su popa de frente al costado del E-11, hasta que encalló en las arenas de la playa.



Una tarde en que el E-14 operaba en el Mar de Mármara, encontróse con uno de sus hermanos submarinos.

Iba a comenzar su tarea el pelotón de demoledores cuando "apareció al otro lado de la playa un pelotón de caballería y abrió un nutrido fuego sobre la torrecilla". El E-11 esquivó la descarga, pero en virtud del poco fondo tuvo que esperar algún tiempo para sumergirse lo suficiente y lanzar su torpedo. La popa de un barco de carga no es un blanco muy considerable y el torpedo estalló en la arena de la playa. Entonces volvió a cargar sus baterías el E-11 y avanzó lentamente, de proa a Constantinopla".

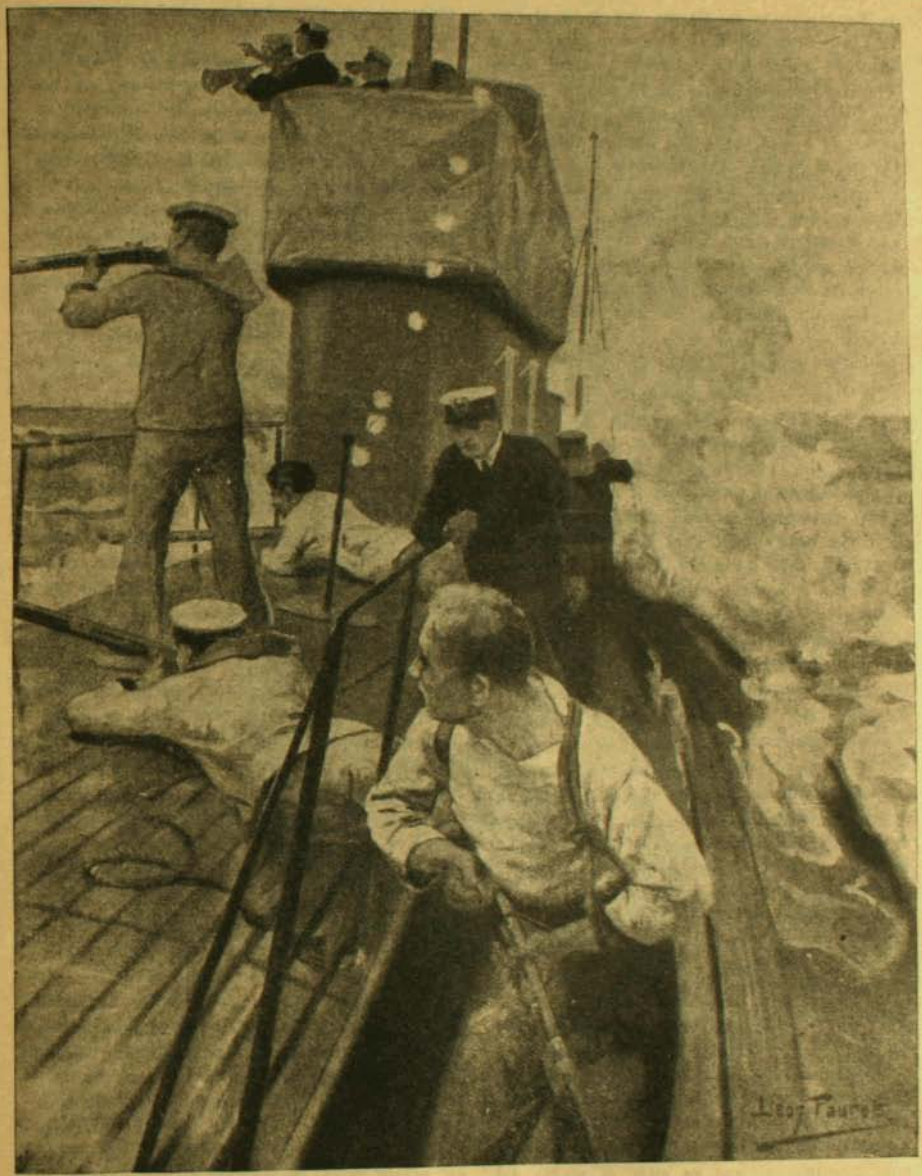


Una hazaña del

En la ruta de Rodosto, el E-11 encontró un va

Todo esto había sucedido durante nuestras horas habituales de oficina, desde las diez de la mañana a las cuatro de la tarde.

Su trabajo del día siguiente comenzó de la manera que no se hubiera atrevido a comenzar el más frío novelista: al sumergirme furtivamente en pleno Constantinopla, pude observar· etc. "Sus observaciones se



E-11 en aguas turcas.

porcito turco, a quien dió orden de detenerse...

hicieron un tanto difíciles por la marea contraria, el barro, la resaca y hasta por el capricho de uno de los torpedos que se volcó y se fué a la ventura. Finalmente tropezó con algo, y un segundo torpedo corrió igual suerte; pero las aguas de los alrededores del arsenal de Constantinopla no son muy buenas para estacionarse allí, cuando

se ha sembrado la alarma por todo el litoral; por tanto, el E-11 viró con rumbo a la salida". La cosa no marchó mucho mejor mientras, sumergido, el E-11 siguió su camino peligroso. Habría podido entonces compárársele a una dama del harem atada dentro de un saco y lanzada al Bósforo. Encalló pesadamente, dió un salto de nueve metros, se vino otra vez al fondo obligado por una maniobra de la que es más fácil horrorizarse que hacer la descripción, y cuando volvió a tocar fondo, pudo notar que estaba haciendo remolinos en torno de su brújula.

Observóse esta con toda la atención. "La conclusión fué que el barco (el E-11 es uno de los pocos que tan pronto se intitula "barco" como "buque") se hallaba en el fondo de la Torre Leandro y que la corriente le hacia girar como un torbellino". Corrigióse entonces la ruta, pusiéronse en movimiento los motores y el E-11 dió un brinco dentro de los 25 metros de agua sin saber, lo mismo que la sultana dentro del saco, adónde le llevaría aquel salto. El siguiente día pasólo en "descansar en medio del mar de Mármara". Era la ocasión propicia para solazarse entre dos operaciones; la tripulación encontraba allí oportunidad de limpiar el barco y de bañarse, como gentes aseadas, moral y físicamente. Un día que abordaron un pequeño vaporcito sin descubrir en él, nada de interés, "se alejaron entre las protestas unánimes de agradecimiento y el E-11 tomó un buen baño". La explicación es sencilla; porque entrar o salir de Constantinopla o del Estrecho es tarea de todos los días pero eso de engrasarse es cosa más seria, como se puede comprender. Se había empezado a notar que la atmósfera del barco se hacía pesada. Sin duda alguna, esta pesadez se debía a la gran cantidad de ropa sucia que había a bordo; además, la escasez de agua dulce había sido causa de que se sometiese a una estricta reglamentación la toilette de los hombres. De aquí proviene el que se elija el medio del mar de Mármara; todas las manos chapotean el agua desde la borda, blanqueándolo y limpiándolo todo a voluntad según el tiempo y el servicio lo permitan. Entre paréntesis. Una de las razones por las que, nosotros los ingleses seremos de nuevo algún día buenos amigos de los turcos es que tenemos con ellos muchas ideas comunes en materia de limpieza.

Fijemos ahora la atención en el E-14, operando ya solo, ya en su calidad de bucomandante Nothsmith. El E-14 estuvo suél mismo y el E-11, al mando del teniente comandante Nothsmth. El E-14 estuvo sumamente ocupado durante la mitad del verano y tropezó con toda clase de buques, como la cañonera, por ejemplo, que a lo largo del SarKioi "disparó contra nosotros errando el tiro", los buques hospitales que entraban y salían de Constantinopla sin ser molestados; la cañonera, que había disparado contra nosotros el domingo y otros antiguos conocidos.

Cuando la tripulación de un bergantín turco cargado de municiones, fué intimado con la orden de echar al mar sus canoas y después "se levantó toda entera y nos maldijo" el E-14 no salió de su carácter a pesar de que hacía un temporal muy crudo para abordar el navío abandonado. Pidió a R. W. Laurence, reservista que hacía las veces de oficial, que nadase hasta el bergantín, lo que hizo al punto y tras una "rápida investigación" (no puede pedirse a un hombre desnudo que haga de Sherlock Holmes durante dos horas) le puso fuego, sirviéndose de fósforos y petróleo que halló a bordo.

Después el E-14 trabó una lucha con un vapor de chimenea amarilla, cofa azul y banda negra, amarrado al muelle. La orilla metióse en la pelea con pequeños cañones y fusiles y mientras el E-14 maniobraba "normalmente" cerca de la rada, sorprendióle de pronto, estremeciéndole desagradablemente, una explosión inexplicable. "Yo creo, nos dice, que al dar vuelta, he debido tropezar con mi quilla en alguna mina, que explotó. A menos que haya sido algún gran obús que estallara bajo nosotros, pero no lo creo, porque estábamos entonces a nueve metros". Barco filósofo siempre, que se esfuerza por descubrir la causa de un efecto y reconoce cuándo la partida se vuelve en contra suya.

La tela de araña

Pero aún hay algo peor. El E-2 (comandante D. Stocks) llevaba un cañón exterior, que durante una inmersión en los Dardane-

los enganchóse entre los hilos metálicos y los cordajes de una red; a través de las escotillas de la torre veíanse a una profundidad de 5 metros 50: un cable alrededor del cañón, otro alrededor de la torre y así sucesivamente. Sobre su cabeza repercutían continuamente pequeñas detonaciones, y pensaba que se trataba de ataques sostenidos por los buques de ronda en torno a la red. Reflexionó un instante en su situación, dió contramarcha haciendo retroceder, tomó velocidad, dió en seguida máquina hacia adelante y de un solo golpe se desembarazó del obstáculo, rompiendo los hilos.

Imagináos el tejado de una casa flotante cuya chimenea se enreda entre los hilos del telégrafo y tendréis una idea pálida de lo que sucede al casco de un submarino, cuando tiene que servirse de su cañón para cortar los cables. El E-2 fué ya por todo el resto de su campaña un barco débil, fatigado y poco afortunado. Hundió muy pocos vapores, fué inquietado por los torpederos, perseguido por los aeroplanos enemigos y varias veces tuvo que sepultarse hasta el fondo voluntariamente; fué blanco de los fuertes que disparaban sobre él desde el fondo de los puestos avanzados; notificó a algunas aldeas que trataban de hacerse parte activa en las hostilidades, que harían mucho mejor en cuidar sus campos; bombardeó las líneas y estaciones de ferrocarril; pretendió bombardear una escollera, pero notó que en uno de sus extremos ondeaba la bandera de un hospital y "no pudo por tanto bombardearla"; encontró lanchas repletas de "mujeres refugiadas" a las que "autorizó para continuar su ruta" y recibió en cambio algunas aves; pero en medio de todo esto su principal ocupación fué ese cañón y su cureña, estropeados, maltratados.

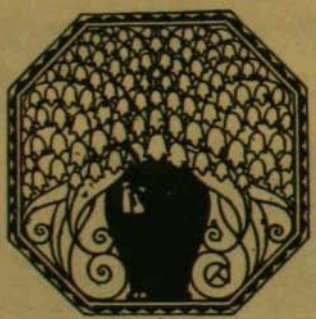
"Los días en que no había otra cosa que hacer, refiere el E-2 amargamente, se ocupaban en reparar el cañón". Como decía un filósofo del bajo puente: "No es el trabajo el que encocora, sino la obligación de hacerlo". En otros términos; mata la zozobra, pero no el trabajo. El cañón del E-2 hizo cuanto pudo por acabar con la tripulación. Hubo que cambiar dos veces de sitio al miserable; la primera, porque los pernos que le sujetaban estaban hechos pedazos; la segunda, por causa del casco que, debido al enorme peso del cañón, hacía agua. El E-2 se sumergió para darse cuenta de la situación. Pero tanto maniobró, trabajó, arregló, que al poco tiempo el cañón funcionaba de nuevo en condiciones, y dió cuenta de dos vapores que se presentaron a su alcance. Sin embargo, el barco todo hacía agua. Todas las planchas bajo el antiguo sitio donde estaba colocado el cañón, a proa, hacían agua; a popa, entraba el agua por las defensas aéreas que habían sido estropeadas, y en su viaje de regreso tuvo que hacer uso de bombas de mano para expulsar el agua. Donde no había escapes exteriores, los había interiores; los estanques de reserva se filtraban los unos en los otros, de tal modo que el del petróleo se mezcló con el estanque de agua y hubo que poner a ración a



El E-14 se sumerge en la bahía de Gallipolis.

los tripulantes. La última gota de agua consumióse en el momento que el E-2 se encontraba en la parte más angosta del Estrecho, punto donde la garganta corre el riesgo de secarse de repente. Y aquí terminan, por el momento, los relatos.

He tenido que hacerme violencia para entresacar y elegir. Lejos de ponderar y exagerar los incidentes, los he disminuído; pero creo haber demostrado claramente que, en medio de la precipitación y el furor de estas continuas acciones, cuando la vida, la muerte, la destrucción dependen de un gesto, no ha sido nunca atacada por capricho la vida de los no combatientes. Estos fueron siempre recogidos a bordo y tratados con humanidad, transportados en canoas, escoltados por el submarino mismo, hasta dejarlos en lugar seguro en el puerto más próximo y tranquilo. Tan pronto se separan de su barco "con numerosas manifestaciones de reconocimiento, tan pronto aparecen vivamente consolados y bastante sorprendidos de no haber sido tratados como suelen hacerlo sus aliados". Pero los barcos, que tienen mil cosas en la cabeza, no se jactan de su humanidad, del mismo modo que sus comandantes no explican las hazañas que les valieron sus condecoraciones.



La Vida de un escritor en Provincia

Por A. O. G.

Con fotografías

LA primera vez que vimos al escritor, poco después de su llegada a Chillán, fué en la puerta del correo en la mañana de un día de otoño del pasa año. Y nos dió la impresión de un hombre que, observando lo que había en torno suyo, se preguntaba: "Bueno, y ¿qué he venido a hacer aquí?" Fué ésta, por lo menos, la interpretación que dimos a su actitud de entonces, porque había en ella un cierto desdén, más bien dicho, de cierta desilusión. Para que así discurriéramos había dos circunstancias: primero, el recuerdo de la vida activa y agitada del escritor en la capital, entregado a su arte y a las turbulencias del periodismo; y de otra parte, el hecho de que Chillán sea una ciudad donde no hay ambiente artístico y donde la actividad humana de menos aplicación es la actividad intelectual.



La mesa de trabajo.

En los diarios se había saludado su arribo como un acontecimiento de valor intelectual y se dijo como síntesis de su presencia en Chillán que "era una fuerza nueva" que venía a ejercitarse en este pueblo para progreso de las cosas del espíritu. Pero contra lo que nosotros—es decir los pocos a quienes interesa la obra de un intelectual—imaginábamos, Maluenda no se incorporó a los estudiosos de esta ciudad ni se dejó juzgar por el público en esa expectación que es el recurso de los que con algunos antecedentes de popularidad llegan a las provincias. Hizo vida retraída y hasta creo que se ensayó en los campos como agricultor. Y pasaron algunos meses.

Hasta que un día, por iniciativa del doctor Abraham Dodds, espíritu inquieto y agudo, se anunciaron unas veladas de arte y de ciencia dedicadas a la sociedad y público chillanejos. Fué una noticia que despertó rápido eco por tratarse de algo que importaba una flamante novedad. La primera de estas conferencias la dictó Rafael Maluenda sobre "Napoleón Bonaparte en la literatura francesa". Unos por natural atracción hacia un regalo del espíritu, otros por curiosidad y los más por la circunstancia de que el conferencista ocupara en ésta una expectable situación social, cosa que en el sentir de muchos, tratándose de un intelectual, resulta una verdadera curiosidad, el día de la conferencia el teatro estaba desbordante: lo llenaba lo más representativo de nuestro mundo social. Y del triunfo que en tal ocasión cosechara el novelista dieron cuenta los diarios largamente en artículos encomiásticos, en que se reconocían a Maluenda extraordinarias dotes de orador, elegante y persuasivo, de imaginación y de cumplida erudición.

Y rápidamente se forjó a Maluenda una popularidad vastísima. Se solicitó su concurso para las fiestas de caridad organizadas por la sociedad, se le pidió que hablara en los actos patrióticos, tomó parte en las reuniones de las escuelas públicas: fué durante seis meses el número obligado de toda solemnidad y siempre con un éxito creciente. Así durante el primer año de su estada en Chillán dió cuatro conferencias sobre diversos temas, pronun-



Un rincón del escritorio.

ció más de veinte discursos y escribió innumerables artículos sobre asuntos relacionados con los intereses locales.

Si en tal época el escritor hubiera querido "profitar" de su popularidad, es seguro que habría encontrado amplia acogida para cualquiera empresa. Pero...

El viejo luchador que hay en este hombre esperaba una ocasión para resucitar con sus ironías y con sus impulsividades y la ocasión llegó. Fué la lectura ante la sociedad de Chillán de su admirable novelita "La Pachacha", que editada más tarde ha sido aplaudida por la crítica en Santiago. ¡Qué escándalo! Rápidamente se ubicaron los personajes y la acción entre las familias de Chillán y el comentario fué tan intenso que durante más de una semana los diarios, en remitidos, artículos, reportajes, etc., no se ocuparon sino de la conferencia. En esta ocasión uno de los diarios locales hizo reportear a Maluenda sobre "la intención que había tenido al escribir su obra", y él respondió: "Si escribiendo sobre los animales aquí se me da por aludida la gente, tendré que escribir sobre la gente para que se me den por aludidos los animales". Declaración que fué como una lápida para el antiguo entusiasmo que había despertado el novelista.

Luego vino una campaña política en que Maluenda puso todas las agriedades de la crítica para gentes que jamás habían sido juzgadas; más tarde otra novelita de índole crítica, "Colihuacho", leída en el Teatro Municipal en una gran fiesta y en la cual se creyeron adivinar nuevas y acres alusiones; y, finalmente, una polémica de prensa—irónica e intensa — concluyeron por despertar para el escritor las animosidades que nacen de los rencores y de las heridas del amor propio.

Desde entonces el escritor se negó para cuanta solicitud le hicieron y alejado de toda actividad pública se ensayó—como él dice—en la chambona aventura de empresario teatral, a la cual renunció después de una denodada lucha—con muchas pérdidas económicas—pero, como también dice él, con cierta experiencia de la psicología de los públicos, que habrá de serle útil para más tarde.

Hace pocos días nos dieron la noticia de que abandonaba esta ciudad y tuvimos la curiosidad de preguntárselo.

—Efectivamente, nos dijo, pienso volver a Santiago.

Nosotros lo interrumpimos para representarle que aquí no era campo para él, y nos interrumpió para decirnos:

—¿Ud. cree que he perdido mi tiempo? No, señor; lo he aprovechado como nunca. Lo que he perdido ha sido el dinero. Vaya a verme y echaremos un párrafo. Le confieso que me gustaría desahogarme para satisfacer su curiosidad.

Y fuímos a verlo.

*

Vive Maluenda en un costado de la plaza de San Francisco, junto al convento, donde le oímos una de sus conferencias sobre "Rogerio Bacon"; barrio tranquilo y apacible en torno de la provinciana plaza de anchas avenidas y viejos árboles.

Nos recibió con la llaneza que parece ser su hábito y que lo acusa como hombre ayu-

no de toda cortesanía y desdeñoso de toda figuración. Mientras encendíamos un cigarro observamos su cuarto de trabajo, sobre cuyos muros se destacan un enorme número de fotografías, grabados, dibujos y algunas telas. Bibelots de porcelana. Reproducciones de esculturas. Libros por todas partes: en las estanterías adosadas a la pared, sobre las mesas y las sillas, agrupados en los rincones.

—Vaya que tiene Ud. libros...

—Tendría muchos si hubiera conservado los que he comprado y los que no le he devuelto a Carlos Mondaca, que es un monomaníaco de los libros. Pero he perdido muchos. Apenas conservo los que me han sido dedicados por sus autores. Son esos...

Hojeamos algunos: obras de Pío Baroja, Valle-Inclán, Zamacois, Unamuno, Farrere, Cristóbal de Castro; autores argentinos, colombianos, peruanos. Y casi todos los escritores chilenos contemporáneos. Nos llamó la atención la cariñosa dedicatoria de don Valentín Letelier en su "Filosofía de la educación".

—Qué gran espíritu, ¿no es cierto?—nos dice Maluenda.—Y qué ingratitud la que se gastaron con él esos mercachifles políticos que lo alejaron de la enseñanza...

Ya metidos en charla, le insinuamos la idea de que Chillán acaso no haya sido para él fecundo en provechosas impresiones, y nos responde:

—Todo lo contrario. Este pueblo me ha sugerido más asuntos novelescos que toda mi vida en Santiago. Posiblemente no he sabido halagarlo porque no pude adaptarme a su ambiente; pero de ésto a negarle la rica colaboración que me ha ofrecido, hay distancia. ¿Se imagina Ud. qué gran novela podría hacerse con sólo historiar en la sociedad de este pueblo la democratización de la aristocracia de raza y el encumbramiento del arrivismo adinerado? Porque tratándose de una novela en la que se quisiera estudiar la evolución de este conglomerado social, el resorte por excelencia tiene que ser el económico. Una cuestión de intereses y en torno de ella amores, odios, luchas, ambiciones, claudicaciones, humildades forzadas, orgullos apagados... tal el esqueleto para una obra en este ambiente. Y como fondo todo lo admirablemente pintoresco que tiene Chillán para servir de perspectiva a las figuras tan representativas que en la obra podrían hacerse figurar. Me llevo en carpeta este proyecto...

—¿Entonces piensa volver a la literatura?

—De lleno. La verdad es que no he dejado de trabajor y de los libros que tengo en preparación algo he publicado en "Pacífico" y en "Zig-Zag", muy poco, porque en adelante editaré volúmenes de trabajos absolutamente inéditos. He terminado los libros que empecé en Santiago: "En la vida peligrosa", cuentos de bandoleros; "La señorita Ana", novela; y aunque no me aficiona el teatro, daré remate a un drama, "La esfinge". Aquí he escrito un volumen de novelas cortas, cuatro, bajo el título común de "Venidos a menos", y estoy concluyendo otro volumen de cuentos campesinos y una novela... Me he propuesto seguir el consejo de Valle-Inclán: una obra literaria continua, cuidada y metódica.

—¿Y el periodismo?

—Ah! Por el momento no podemos prescindir de él los que vivimos de la pluma. En Chile, para ser escritor y vivir, no hay más que un dilema: ayudarse con el perio-



En familia.

dismo o ser empleado público. Yo le tomé cariño a lo primero en los seis años que desempeñé la secretaría de redacción de "El Diario Ilustrado" junto a Misael Correa, ese periodista incomparable, que ha sido también el más fecundo y cumplido de los maestros. Recuerdo que él me dijo al venirme que "aunque abandonaba la prensa diaria tenía que seguir siendo periodista porque ya tenía el mal incrustado en el corazón y que por esto, dondequiera que fuera cosecharía ingratitudes." ¡Qué profeta!

—¿Y no piensa reunir en libro sus artículos?

—Parece que no vale la pena. Tal cosa interesa en la obra de un maestro como Correa entre nosotros, porque ellos han podido con certeza cristalizar para la historia de su tiempo la palpitación de la actualidad cuotidiana. El periodismo, como yo lo he ejercitado, es como la bala que termina su misión al pié del blanco contra el cual fué disparada. Quién sabe si más tarde entre esa montaña de recortes encontraré material para un volumen de artículos de costumbres.

Poco a poco nuestra charla se había ido haciendo más familiar. Dos o tres veces se había interrumpido para responder a una vocecita que lo llamaba desde la vecina habitación con un continuo "papá".

—Voy a presentarle mi tesoro; si no la tomo en brazos no va a dejar de llamarme.

Y nos trajo a su hijita, Marianita Maluenda Merino, una chica regordeta, de ojos vivaces, que empezó a revolver con la confianza de una secretaria todos los papeles del escritorio.

—Hay que darle gusto en todo, es una voluntariosa que sabe cuánto se la quiere. Muchas veces tengo que dejar lo que estoy haciendo para jugar con ella... Ya está; váyase ahora con su mamá.

Al reanudar nuestra conversación, el novelista se mostraba alegre y lleno de confianza, como quien acaba de lucir ante un interesado la obra más bella de su vida, esa que encierra el orgullo de un espíritu.

Rafael Maluenda ha sido entre nosotros uno de los escritores de mayores éxitos; los comentarios trazados sobre sus libros suman otros tantos volúmenes. Se impuso rápidamente. Hoy no se le discute y sus libros son acogidos con grande interés porque acusan un vigor, una energía de concepción y porque en todos ellos se siente un sincero calor de humanidad, ese aliento que en el arte lucen sólo las cosas vividas. A este respecto le preguntamos:

—Díganos con sinceridad, ¿sus obras de temas populares es posible que sean vividas por Ud.?

—Exactamente. Confieso que cuando escribí mi primer libro sobre temas campesinos poco conocía del campo y dando alas a la fantasía tracé algunos tipos, que no corresponden a la realidad pero que interesan porque en ellos siempre quise glorificar la fuerza bruta y los instintos, las dos cosas que me parecen más dignas de admiración en los hombres. Pero las novelitas del bajo pueblo, esas que se destacan sobre los arrabales, las he vivido... Yo desciendo de una familia burguesa y algo en mí me ha llevado siempre hacia el pueblo. No por cuestiones de política, sino porque allí hay pasiones, hay fierezas, hay hombría, hay todo eso enérgico que eleva a los hombres sobre los hombres y los hace dominadores. Y como guiado por esta afición a lo aventurero he conocido toda la vida maleante de Santiago y me he rozado con los "hombres de la vida peligrosa" en los tugurios del arrabal; para mí es una guinda escribir sobre tales cosas... Recuerdo que Hernán Díaz Arrieta me aplaudía mucho la novelita "Eloísa" de mi último volumen, porque le parecía una cosa tan vivida; y fué una sorpresa para él saber que toda ella no era más que un episodio que yo había vivido. Claro, Hernán Díaz es un escritor delicado, que está a enorme distancia de mis experiencias poblanas... Es tal el entusiasmo que me inspira la braveza masculina que hubo una época en que habría trocado mi reputación de literato por una igual como boxeador...

—¿Entonces su vocación de novelista no ha sido esa fatalidad que los artistas creen ver en su destino?

—Ni mucho menos. Bien es cierto que eso de "la vocación fatal" no creo que pase de un recurso melodramático para robarle admiración al vulgo. Yo empecé a escribir en 1903 a insinuación de Guillermo Labarca, que era en aquel entonces uno de los pontífices de la Sinagoga Literaria que tenía por asiento el Ateneo. Labarca Hubertson me indicó ciertas formas de hacer, me dió algunos con-

sejos, entre otros un cuidado especial para evitar las cacofonías en las frases—cosa que en él era una de las características de su estilo cuidado y preciso. Luego en mis primeros cuentos concebí los asuntos al modo de Labarca: se tiene un tema, lo comienza Ud. en la parte culminante de la acción, la suspende para echar una mirada retrospectiva sobre los personajes y sus relaciones, y vuelve a la escena culminante para dar con el desenlace. Esta factura se repite en casi todos los cuentos de Labarca Hubertson y es apropiada para el cuento cuya base es una simple anécdota, pero no para la novela corta, donde se pintan caracteres o donde se quiere dar la impresión de una vida o de un trozo de vida. Es una factura que limita las proyecciones de un relato. Guillermo Labarca sabía esgrimir su "manera de hacer"; pero yo pronto vi que en ello no encuadraba mi manera de sentir la novela y me fuí alejando de la factura novelesca-teatral, entonces tan en boga... Cuando vi que lo que escribía gustaba y que podía ser para mí un trabajo remunerado, me dediqué a escribir y a prepararme para seguir escribiendo. Leí mucho, noche y día... Y me guardaba lo que trabajaba, porque nunca quise escribir para ver mi nombre en letra impresa. Empecé a publicar cuando "Zig-Zag" contrató mis primeras colaboraciones. Me presenté al Ateneo cuando tenía casi terminado mi primer libro. Entonces se procedía de diversa manera que hoy: antaño se llegaba al Ateneo cuando entre la juventud intelectual se había logrado una reputación, hogaño se empieza por leer en el Ateneo. Así he visto en las sesiones de este centro figurar una pléyade de ilustres desconocidos, mientras enmudecen los escritores de otra época.



La secretaria: Marianita Maluenda Merino.

—¿De manera que Ud. cree que la juventud de hace diez años valía más artísticamente que la juventud de hoy día?

—Permítame que no conteste a su pregunta, pero que le afirme que todavía no conozco al cuentista que haya igualado a ese formidable "conteur" de Baldomero Lillo; no he leído nada todavía en novela como los capítulos de esa obra de veinte años que se titula "Juana Lucero", ni conozco obra que iguale en sugestión, en colorido y en estilo a ese "Mirando al Océano" de Labarca Hubertson. En nuestra lírica ahora hay muchos poetas, pero no sé que todos ellos sumen el grupo que formaron Dublé Urrutia, Bórquez Solar, Carlos Mondaca, Max Jara, Magallanes Moure y Samuel Lillo. ¿Sabe en lo que hemos ganado, a mi juicio? En crítica.

Estamos saturados de críticos. Se empieza por ser crítico, se papirotea a los escritores de mayor reputación, suena el nombre y ya tenemos un literato más en barbecho... También hemos ganado en géneros literarios: Daniel de la Vega ha inventado las interviews, Fernando Santiván ha inventado los "reportajes para señoras" y Antonio Orrego Barros ha lanzado un nuevo género poético: la crianza de gallinas en verso...

—Pero de los nuevos literatos, ¿cuáles son los que Ud. prefiere?

—Hernán Díaz Arrieta, que es un espíritu sutilísimo, un psicologista literario; Miguel de Fuenzalida, cuyos trabajos tan esencialmente novelescos interesan enormemente; Ernesto Guzmán, cuyos libros son de una rara perfección, que es inspirado y personal; Pedro Prado, que es un artista de cuerpo entero; en fin, muchos me interesan... así como otros creo que no interesan a nadie. Claro está que este parecer mío no corresponde sino a mi manera de apreciar las

cosas. Qué quiere Ud., yo tengo admiración sincera por la gente de mi tiempo, porque en fuerza de llevar esa generosa vida en común que hacíamos, les conocía y podía apreciar los tesoros de aquellas inteligencias, cuya fé y cuyos entusiasmos tanto influyeron en mí... Hace tres años que sé muy poco de ellos. Pero con qué placer he leído algunos trabajos de Thompson, unas poesías de Diego y de Bórquez; si supiera Ud. con qué impaciencia espero una novela que Baldomero tenía comenzada y que como suya había de ser maestra... Esta vida tan implacable con los hombres! Les permite vivir un minuto unidos para que les sean más tristes las horas de la separación; rompe los ideales, deshace los sueños... Baldomero Lillo, en cualquier parte que no sea en Chile, habría ganado una fortuna con sus obras y aquí lo tiene Ud. enfermo, sin poder dar remate a su obra...

Luego variamos de tema y empezamos a hablar sobre pintura, sobre música, haciendo recuerdos, insinuando opiniones. Era ya la tarde y nos levantamos para despedirnos. Nos acompañó hasta la calle. El campanario de la iglesia vecina tocaba las oraciones y un crepúsculo violeta teñía el cielo suavemente.

Chillán, junio de 1916.





"La Venus del jardín".—(Lancashire).

Naturaleza y Arte

Por

Flora Yáñez de Echeverría

"La nature est saine et stable, et nos réveries discordantes n'ont pas le droit de se comparer a sa beauté."

TAINE. Voyage en Italie.

Ilustraciones fotográficas

LEIDO EN EL CIRCULO DE LECTURA

VOY a hablar, no sin alguna timidez, de la belleza artística como medio de educación social, pero no del arte que se guarda en los museos, que está sólo al alcance de unas cuantas personas y que no se puede visitar sin tomar un número en la portería, dejar la sombrilla y subir escaleras para recorrer salas cargadas de cuadros o de estatuas. Quiero hablar del arte que está al gran aire, en plena luz, y a la vista del grueso público, que pasa o desfila y se va poco a poco infiltrando el sentimiento de lo bello en lo que es obra de la naturaleza cuidada y conservada por la mano del hombre, y en lo que es obra del hombre expuesta en medio de la naturaleza.

Esta idea la he sentido instintivamente en mí; la he confirmado y robustecido durante mis viajes por Europa, y me viene a la mente cada vez que recorro nuestros campos



Letchworth (Garden city). Inglaterra.

tan tristes y nuestras plazas tan pobres. Por eso he elegido este tema; por eso muchas veces me he formulado a mí misma esta pregunta: ¿No sería posible que la mujer chilena iniciase un movimiento de reacción en favor de la belleza sin marcos dorados, sin museos y sin catálogos?

Yo conservo dos impresiones imborrables, de las que no puedo acordarme sin cierta melancolía.

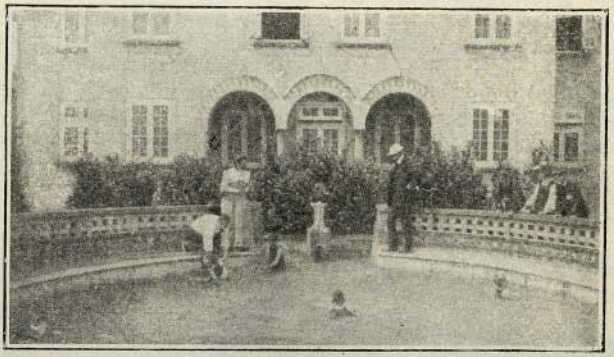
Una tarde del 15 de agosto en el Jardín de las Tullerías, al pie del "Quand Même" de Mercier, ese mármol vibrante de emoción y de vida, contemplaba la Avenida de los Campos Elíseos, que se extiende en línea ascendente para levantar en alto el Arco de Triunfo; el sol poniente, un sol rojo y sangriento, descendía por el centro del arco triunfal que le servía así de grandioso marco. Unos cuantos turistas contemplaban ese paisaje inimitable en que se unían la naturaleza y el arte para formar un cuadro único tal vez en el mundo. Me dijeron que era el aniversario del nacimiento de Napoleón y que el Arco estaba colocado de manera que el sol se entrara por el centro ese día. La verdad es que Napoleón no me interesaba en ese instante y me parecía muy pequeño ante el grandioso espectáculo de aquella tarde de verano en el Jardín de las Tullerías.

Igual impresión sentí de vuelta del obligado viaje a Italia. Habíamos hecho el viaje de Taine, con su libro en mano, visitando el país del arte, no tanto en sus ruinas, sus monumentos y sus museos, sino más bien procurando penetrar el alma artística de la vieja Italia, y tomamos el tren de regreso para llegar a la mañana siguiente a la Cote d'Azur. ¡Cómo comprendí entonces lo que Taine dice! Veníamos con la cabeza llena de museos, de cuadros, de estatuas hermosas y destrozadas, de viejos monumentos destruídos y de piedras históricas; arte y recuerdo en Roma y en Florencia, en Venecia y en Siena y en muchos pueblecitos desconocidos que visitábamos por ver una columna rota o los restos de algo que la imaginación reconstituía; y llegamos a Monte Carlo en una mañana de sol primaveral, y ante aquel mar azul, ante los jardines, las praderas, los bosques, ante todo aquel arte natural tan hábilmente aprovechado por el hombre para convertirlo en un paraje encantador, me pareció que se apagaban las luces de los museos.



La encina del Tasso.

que cierta penumbra triste penetraba en sus salas, que las piedras históricas no hablaban y que la naturaleza me tomaba con un poder artístico más fuerte y más intenso. ¡Oh! Si Taine no hubiera experimentado una sensación análoga, tal vez yo no me atrevería a confesar estas cosas.

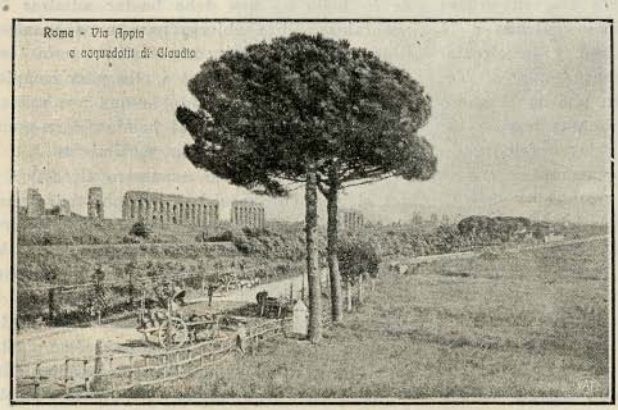


Piscina para niños.—Inglaterra.

Cuando recuerdo todo eso es cuando siento melancolía; no melancolía por no volver allá, sino pena por no tener aquí algo de lo que en otras partes ha costado tanto crear y que nosotros podríamos conseguir con tan poco esfuerzo; y por eso me digo y repito: ¿No sería posible que nos empeñáramos por que se conservaran los parajes que son bellos por obra sólo de la naturaleza, que se arreglaran algunos lugares hermosos, que tuviéramos plazas con grandes árboles y con estatuas sin héroes?

Entre nosotros no se ha generalizado bastante el amor a lo bello. ¡Cuán poco homenaje rendimos a la Naturaleza, esa madre generosa que vence diariamente con sus bellezas, las miserias y dolores de la vida! En medio de la incomparable hermosura de nuestro suelo, marchamos sin ver, con la fijeza impresionante de los ciegos, que van a un punto fijo sin detenerse a contemplar lo que encuentran a su paso. Y, sin embargo, cuántas lecciones provechosas, cuánto acopio de fuerza espiritual obtendríamos al detenernos a mirar las bellezas naturales, que como presentes magníficos nos han sido otorgadas! No tenemos en nuestra capital obras artísticas, ni siquiera un árbol secular. Aún me atrevería a decir: Nosotros no amamos ni veneramos a los árboles, esos amigos silenciosos cuya influencia moral sobre los seres casi nos es desconocida. Creo que Chile es uno de los pocos países en que no hay árboles históricos y tal vez en que menos se aprecia un árbol añoso, que representa siglos de vida.

Y, sin embargo, en todos los pueblos y en todas las edades se ha rendido culto a los árboles. Los romanos idealizaron sus bosques, los consagraron a los dioses y los hicieron templos de sus divinidades. La encina fué el árbol le Júpiter, el olivo fué dedicado a Minerva, el laurel a Apolo, el mirto a Venus y la gentil palmera a las Musas. Hasta nuestros indios de Arauco se reunían en las horas solemnes bajo los robles seculares que hemos quemado.



Pino romano frente al acueducto de Claudio.

Este culto a los árboles se ha conservado a través de las



Castillo Howards. (Yorkshire).

transformaciones del sentimiento religioso y aun, en muchas partes, el árbol ha llegado a adquirir una celebridad individual.

En una ocasión fuí a Friburgo a oir el órgano de su Catedral, que es considerado como el mejor de Suiza, y me encontré sorprendida con un gran árbol, que los habitantes miran con más respeto que el órgano. El Tilo de Friburgo cierra con su grueso tronco y su ancho ramaje la entrada a la plaza principal de la ciudad y la circulación se hace bajo sus ramas seculares. Toda una celebridad histórica guarda el añoso tilo: fué plantado el día de una batalla hace no sé cuántos siglos; un joven friburgués, que se había batido heroicamente, corrió a su ciudad natal distante muchos kilómetros, para dar la primera noticia del triunfo; llegó a la entrada de la plaza y allí cayó extenuado gritando antes de expirar: ¡victoria! ¡victoria! Una rama de tilo que llevaba en la mano fué plantada en el lugar en que expiró y llegó a ser el árbol secular que todo Friburgo respeta y venera.

Y para qué recordar otros árboles históricos: la encina de San Luis en Vincennes, el nogal de Rousseau, el sauce de Santa Elena y aquel otro sauce que cubre con su ramaje doliente la tumba de Musset!

Así, en todas partes, el árbol ha adquirido un encanto casi individual, se le quiere como a un sér animado, y el amor al árbol es el símbolo del amor a la naturaleza.

Pero para inculcar entre nosotros el culto de lo bello no nos debe bastar admirar la naturaleza, libro abierto para unos cuantos, libro cerrado e incomprensible para los más; debemos asociarnos a ella para completar su obra embelleciendo lo que nos rodea; y a la mujer más que al hombre corresponde este papel de gracia y sentimiento.

¿No parece al mirar a nuestro alrededor y ver el marco hermosísimo que por todas partes nos rodea, no parece que la ciudad entera nos arrojara un grito desolado pidiendo que la saquemos del letargo artístico en que se encuentra sumida?

¡Cuánto bien espiritual y aun moral puede resultar de un ambiente hermoso y cómo puede ser él un gran educador! Si vemos aquí y allá obras evocadoras de algún sentimiento e inspiradoras de alguna idea, cualquier salida banal

se convierte en un paseo interesante y fecundo en lecciones para el espíritu. ¡Quién no ha sentido desde lo alto del Santa Lucía, ese hermosísimo peñón que cada día se trabaja por afear, quién no ha sentido la cercanía de Dios al contemplar en este mes de agosto nuestra gran cordillera nevada y los pequeños huertos de almedros en flor?

La influencia moral que un ambiente de belleza tiene sobre nosotros eleva y ennoblece el espíritu. No parece posible que al pie de una estatua artística o junto a un paisaje hermoso puedan nacer sentimientos bajos ni malas pasiones, porque una verdadera obra de arte da a nuestra alma serenidad y contento, lleva a nuestros oídos una música harmoniosa y mientras la contemplamos, nos sentimos inclinados a repetir con no sé qué autor famoso: "Guardemos silencio para oir el murmullo de los dioses".

Y al revés, así como las flores mueren bajo un cielo sombrío y glacial, así, dentro de un marco sin belleza, mueren los mejores impulsos del alma y se embotan las más nobles facultades del espíritu.

Y luego, para los desheredados de la vida, para los tristes, qué obra bienhechora sería rodear su existencia de cosas hermosas! Cuántas energías, cuánto consuelo, pueden beber en la fuente inagotable de la belleza!

Cuenta un escritor conocido que cada vez que contemplaba la estatua de Alfred de Musset, no podía reprimir un movimiento de ira, pues la encontraba ridículamente mal situada interrupiendo la circulación en un ángulo estrecho de la Plaza de la Comedia Francesa. "Un día, dice, me detuve al pie del mármol que tan dolorosamente representa al poeta de "La Noche de Mayo" y pude observar una cosa curiosa: una mujer pobremente vestida, pero cuyas facciones revelaban cierto refinamiento, pasó junto a la estatua con paso vacilante y fisonomía triste; parecía agobiada por un gran dolor y pensé al verla que sería uno de esos pobres seres que la vida condena a llevar sobre sus hombros una carga demasiado dura. Al pasar, sus ojos se detuvieron ante el mármol y entonces pude observar algo extraordinario: su fisonomía se iluminó, su busto agobiado se alzó de pronto, sus ojos húmedos y ardientes dirigieron al poeta una mirada de agradecimiento, y consolada, transfigurada por una emoción interior, la vi alejarse con la cabeza alta y el paso firme".

Y el escritor termina diciendo: "Ya no me parece que la estatua del poeta esté tan mal colocada."

Yo pienso que podría intentarse mover la opinión en favor de la belleza artística, empeñarse por tener plazas con árboles frondosos, fuentes con agua que salte y corra, estatuas de gusto artístico. Adoro el mármol estatuario que vive al aire libre, bajo el sol y la lluvia y que adquiere la pátina del tiempo aunque sea con los deterioros de la intemperie; y en cambio, aborrezco ese mármol blanco que se guarda en los salones y que se limpia cuidadosamente con un paño los días de recibo.

Entre nosotros sólo se comprende al aire libre la estatuaria histórica, la que representa a unos señores célebres colocados sobre un pedestal en forma extática y forzada. Pero la estatuaria histórica no está destinada a



Letchworth, (la ciudad jardín).—Inglaterra

cultivar el gusto artístico, no habla en general al sentimiento de lo bello y no llena, por consiguiente, el objeto que yo deseo indicar.

"Un ambiente artístico, ha dicho Taine, debe estar de acuerdo con el alma del público al cual se dirige". Yo creo que nuestra alma nacional es triste, quieta, soñadora; que ama más la media sombra que la luz, la paz crepuscular que la brusca claridad del sol. Con este fondo de sentimiento y melancolía, no podríamos ser insensibles a un ambiente en que la naturaleza y el arte se juntaran para modelar el alma y encauzarla hacia sus fines superiores; y veríamos despertarse en torno nuestro fuerzas espirituales desconocidas, veríamos surgir del corazón de nuestro pueblo obras de esfuerzo y de belleza a impulso de una nueva fuerza educadora.

Es cierto que para formar a nuestro alrededor un marco artístico, se necesita dinero; pero si iniciáramos un movimiento de opinión no nos faltarían recursos, como no faltan para ninguna noble empresa. Sería una campaña por la estética, por el culto de lo bello; y nosotras ayudaríamos, daríamos fiestas y conciertos, y así cada año tendríamos una obra de arte en la capital y otra en las provincias y lentamente se crearía una corriente de gusto artístico en el país.

Naturaleza y arte sería nuestra divisa; naturaleza y arte, reunidos en algún rincón de las ciudades a donde fueran nuestros pequeñuelos sin peligros para ellos ni inquietudes para sus madres; y a donde pudiéramos ir todos los que deseáramos una hora de plácida serenidad bajo la sombra de un árbol, al pie de un mármol, cerca de un jardín. Naturaleza y arte, reunidos en un pequeño pedazo de terreno, al alcance de todos, a la mano de los que buscan lo bello por amor a lo bello.

¿Sería posible hacer algo en este sentido? Yo no me atrevo a esperarlo y no me habría atrevido a decirlo si no fuera en la cariñosa intimidad de nuestro "Círculo de Lectura".

Agosto de 1916.



La Guerra Aérea

Por

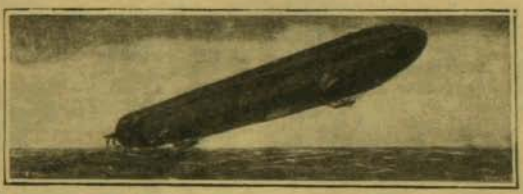
Capitan Fontibre

FUE Julio Cesar quien llevó a Dover las águilas romanas para domeñar aquella bravía costa, que en el correr de los siglos sufrió las invasiones sajonas, danesas y normandas. Aquellos lucharon tenazmente por la supremacía del dominio, estos mostraron su crueldad de dominadores. También nosotros, los que un día fuimos grandes, llegamos en cuatro ocasiones al litoral británico en son de conquista, y fué allá por los años de 1579, 1580 y dos veces en 1601.

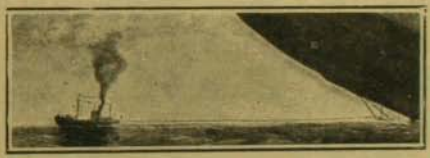
Los elementos destruyeron aquella escuadra invencible que preparara durante ocho años el orgullo dominador de Felipe II, y de aquella rota casual deriva el poderío naval de Inglaterra, que por el dominio y supremacía en los mares mundiales consiguió la hegemonía terrestre, que hoy le disputa en reñida y sangrienta pelea su poderosa rival la guerrera Germania.

Después... después, Napoleón desoyendo las razones de Fulton; Napoleón peleó luchando contra aquella rival poderosa y sagaz, que reposaba tranquila en los mares del Norte, sin dársele un ardite de las amenazas del caudillo corso, sin rendir vasallaje a su tiranía dominadora, atreviéndose a buscarle en el continente, y derrotando y apresando al vencedor de Lodi en la rota grandiosa de Waterloo.

Siglo de paz para la Gran Bretaña fué el XIX de la cristiana era; su poderío naval creció soberbiamente, la extensión colonial de sus dominios fué inmensa, y la hegemonía mundial fué para sus poderosas escuadras. Un día, frente a las conquistas de su industria, aparecieron las de la industria germana, frente a su comercio pujante, el de su fuerte rival, y el choque se hizo inevitable, arrastrando en el conflicto a otros pueblos, algunos también grandes y poderosos y en esta pelea por la hegemonía mundial las escuadras aéreas de la guerrera Alemania invadieron el archipiélago británico, y en eficaz bombardeo sembraron pánico y dolor por tierras mucho ha vírgenes al infortunio bélico. Los zeppelines han limitado la potente acción que de ellos se esperaba a causar víctimas inocentes y a atemorizar a la populosa capital inglesa. El último raid realizado por los dirigibles germanos tuvo por objetivo la nebulosa Londres y las ciudades de la costa Sudeste inglesa. Por largas horas fueron bombardeadas la City londinense, los Docks, la parte Noroeste de la capital, donde se albergan tropas; los centros industriales cercanos a Enfield, y las fábricas de explosivos de Walters and Abbey, al norte de Londres.



El zeppelin "L 15" averiado gravemente por la artillería inglesa, durante su reciente "raid" en las costas del Reino Unido, en el momento de caer en el mar.



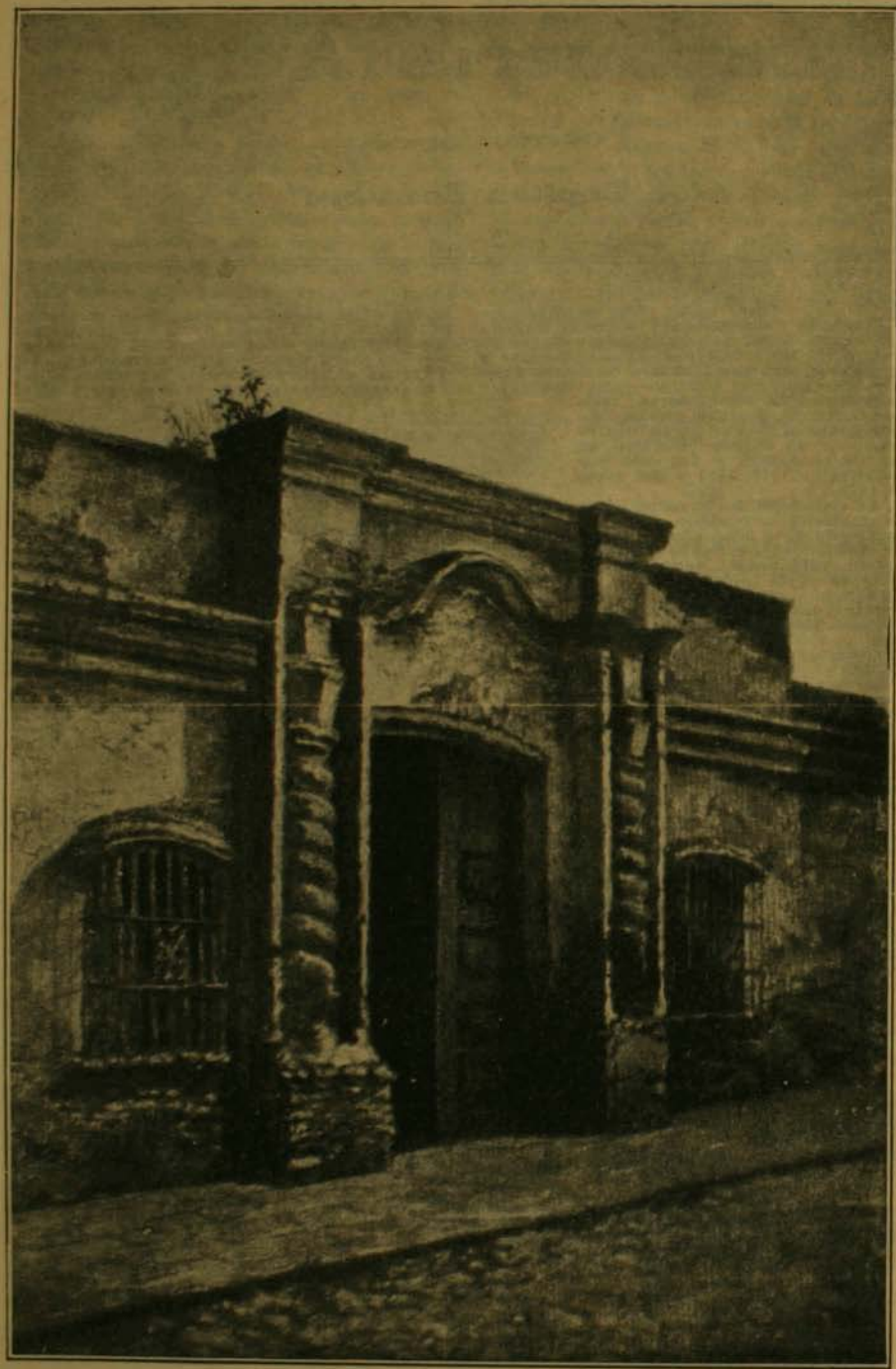
El zeppelin "L 15", remolcado a tierra por un vapor inglés.

El fuego certero de las baterías inglesas alcanzó al "L-15", que, averiado seriamente, cayó al estuario del Támesis. Inglaterra, la nación que durante más de un siglo vió su suelo virgen de extrañas ingerencias sangrientas, se ve acometida de nuevo en aérea invasión, porque cuidó con exquisito celo la supremacía de sus escuadras navales y no dedicó a los modernos buques dominadores del aire la atención y el afán con que cultivaron su progreso sus poderosos rivales.



El zeppelin "L 15", flotando en el mar a los pocos minutos de su caída.

⚜ ⚜ ⚜



La antigua fachada de la casa del Congreso de Tucumán. 1816.

A través de la Argentina

Por

Alejandro Fuenzalida Grandón

Ilustraciones fotográficas

... Una comisión oficial me condujo a la República Argentina en el mes de julio. El Gobierno de esa nación había invitado especialmente al nuestro a hacerse representar en el Congreso Americano de Ciencias Sociales que se celebraba en Tucumán, con ocasión del Centenario de la Independencia. Se me honró con esa representación por decreto supremo, y también la llevó don Horacio Amaral.

—

Emprendemos viaje el día 3.

En el mismo convoy se embarcan con nosotros los doctores Sanhueza, Fontecilla y Lea Plaza, delegados al Congreso del Niño, que se efectuaba en la capital rioplatense. Van igualmente los animosos aviadores militares Urrutia, Godoy, Vercheuse, quienes llevan in mente un número que no deja de tener cierta novedad: el raid en aeroplano desde Buenos Aires a Mendoza, con aterrizaje en mitad del camino. La realización de ese trayecto era sólo una esperanza. Todavía no se había intentado cubrirlo, ni proyectádose formalmente por aviador alguno. El teniente Urrutia lleva escondido su proyecto en el fondo del alma; nos habla de él con seguridad, con convicción, en confidencia sotto voce. A la ida ni tan siquiera tiene la autorización superior para llevarlo a cabo. (Los lectores de "Pacífico Magazine" saben ahora cómo ese proyectado raid se verificó, dando el triunfo a los colores uruguayos).

—

Las condiciones del viaje no son de las mejores. Dados lo crudo de la estación y lo excepcional del rigor invernal, no pensamos en una jornada de gollerías, después de la obligada e inútil noche que por razón de mal ideado itinerario internacional, nos propina en Los Andes el hotel Sud-Americano.

La cordillera se nos muestra un si-es-no-es ceñuda. Una tupidísima nevada, caída la noche anterior, emblanquece desde los picachos elevados hasta el llano.



Frente a una de las ventanas de la Casa Histórica de Tucumán. Los Delegados de Chile.

Al pasar por Salto del Soldado contemplamos el maravilloso espectáculo del torrente, bramador abajo, entre espumas que chispean.

Desde Río Blanco, Guardia Vieja y Estero del Peñón hasta el Juncal el magnificente panorama de los Andes nevados va adquiriendo una majestad imponentemente sobrecogedora. ¡Estupenda alburá! ¡Emoción sagrada de lo solemne ante una de las grandes cordilleras del mundo! Las fotografías que varios amateurs tomaron, no dan, por cierto, ni pálida idea de esa arquitectura soberbia que no ha encontrado todavía poeta que la cante dignamente. Pasamos mejor por allí casi en religioso silencio, interrumpido apenas por gritos y exclamaciones escapadas del fondo de nuestras almas, sacudidos por la honda sensación estética de aquellas alturas prodigiosas.

La temperatura, entretanto, arrecia, a medida que escalamos el Juncal. Aquí, túneles cortos y repetidos en zig-zags frecuentes salvan el brusco e imponente macizo. Cuestas y mesetas sucesivas, en forma de gi- seos escalones, constituyen la agria quebrada del Juncalillo.

La máquina sube trabajosamente resoplando cansada. Atravesamos las Calaveras, y llegamos a Caracoles, transidos, no obstante la espesa indumentaria que nos protege. Hemos trepado a más de 3.400 metros.



Tomás Godoy Cruz, congresal de 1816, que estuvo en Chile con San Martín.

Forrados en lana, con gruesos capotes y mantas, comparten con nosotros el rigor del clima y de la altura, medio centenar de viajeros, turistas unos, comerciantes aquellos, artistas españoles los de más allá. Algunos de estos últimos — bohemios hasta la tontería—se entretienen, durante las paradillas, en carreras locas por el suelo albísimo, en tirarse pelotas de nieve para desentumedecerse y para calentar el cuerpo...

Atravesamos en diez minutos el túnel que perfora el riñón de la montaña. Al pasar la línea divisoria fronteriza, un ¡hurra! ¡viva Argentina!, es contestado por un estentóreo, vigoroso ¡Viva Chile!... y su acompañamiento clásico, que parte probablemente del convoy de los militares.

Estamos en el valle argentino de Las Cuevas, a 3,265 metros. Aquí el espectáculo es sencillamente imponente.

En el Inca una atmósfera y una sábana de hielo penetrante, calan los huesos. Un brasileño decidor y risueño nos presenta como **specimens** de su reciente estancia en los baños del monarca peruano, objetos de cuero y lana, que en un par de noches a la intemperie han quedado absolutamente petrificados por aquel frío siberiano. De los techos del hotel y de las casuchas de los trabajadores cuelgan estalactitas; dibujan lágrimas, tirabuzones y arabescos caprichosos y brillantes que ofuscan la vista y la divierten con sus formas bizarras.

La cordillera argentina, mucho menos accidentada que la nuestra, nos trata más blandamente. Un pálido sol de invierno acaricianos los entumedecidos miembros, casi del todo yertos. La calefacción artificial es letra muerta. Así, dentro de los coches mismos del transandino, como en el coche-restaurant, el confort brilla por su ausencia.

El convoy desde Mendoza, ya de trocha ancha, se presenta en condiciones más ventajosas, excepción hecha en la calefacción, que es nula. Un aire glacial penetra los poros. No hay cobertores bastantes para atemperar el rigor extremo de aquella noche toledana, la más desagradable de todo el viaje. Tal y tanto es el frío que el agua de las cañerías se congela absolutamente, y muchas de ellas se rompen.

El polvo sutil se ha colado por las rendijas hasta los camarotes: la ropa obscura ha cambiado de color y los rostros de todos amanecen con el aspecto de verdaderos reos.... Hay que esperar algunas horas hasta que llegue y corra el agua. El que menos ha tragado, por boca y narices, un par de adobes.



Obispo señor Justo de Santa María de Oro, congresal de 1816, que estuvo en Chile.

En seguida viene el panorama monótono de la pampa inmensa. Mar seco sin orillas, no presenta a la retina cansada sino ilimitadísima extensión, siempre, siempre la misma. No logran, por cierto, matizar la gama de fatiga que abruma el ojo, sediento de variedad, sino los ganados que pacen en la abrumante igualdad del paisaje.

No hay cosa mejor que hacer, que dormir, y a eso convida el vaivén mismo del tren.

...Estamos en Buenos Aires. El viaje, desde Mendoza, ha demorado 24 horas.

Tenemos delante otras tantas para salvar los 1,268 kilómetros que nos separan de Tucumán, término de nuestra ruta. Y como vamos atrasados,—la comitiva bonaerense ha salido en trenes especiales por la vía del ferrocarril central argentino,—resolvemos no dilatar nuestra estada en la capital y emprendemos viaje sin pérdida de tiempo en un mixto nocturno, que sale a las diez.



F. N. de Laprida, congresal de 1816, que se educó en Chile.

Mediante las atenciones delicadas del Dr. López, (nieto del ilustre argentino que fué nuestro huésped en Chile en la época de la tiranía de Rosas), y que desempeña con talento y dedicació el cargo de abogado del Ferrocarril Central de Córdoba, nos instalamos en un confortable coche dormitorio. Tanto a él, como a Mr. Stewart, secretario de la Empresa, nuestros agradecimientos más sinceros y afectuosos.

El trayecto por esta línea nos va a permitir, desde que amanezca, admirar paisajes atrayentes, así la gran colmena co-

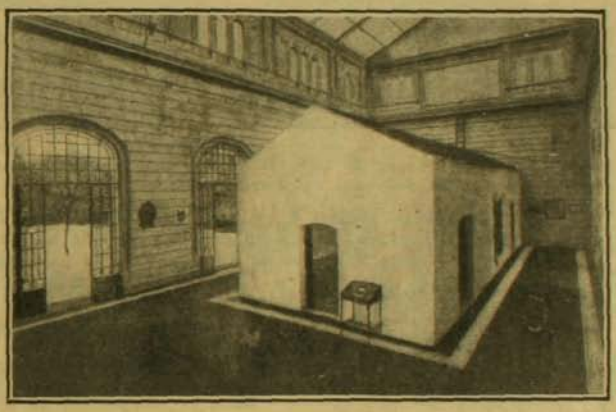
mercial del Rosario como también la histórica y docta Córdoba, cuya Universidad desempeña un papel tan prominente en la antigua cultura argentina.

En esta ciudad, avisado oportunamente, el señor Bertorini, superintendente del ferrocarril, nos espera con toda gentileza, y ocúpase en persona de procurarnos camarotes con instalación excelente para proseguir nuestro viaje. Y no se retira de la estación hasta no ver cumplidas todas las órdenes que ha tenido la deferencia de impartir para nuestra comodidad. Reiteramos ahora nuestro agradecimiento a aquel distinguido funcionario y cumplido caballero.

Pasamos por las campiñas labradas de Deán Funes, Quilino, Recreo, Frías, La Madrid, Simoca, y penetramos en lo que justamente se ha llamado **"Paraíso tucumano"**. Un ambiente patriótico, intenso y sano, nos anuncia con sus banderas que nos acercamos a la histórica ciudad, engalanada y triunfal, recordando su gran día de gloria.

Y así la encontramos, a la que se ha llamado la **"Novia eterna de los Andes"**. Está recostada al pie del Aconquija, del cual nos ha cantado uno de sus actuales poetas (Pedro N. Berreta), que

"...es el coloso
" que se incorpora y besa al infinito
" con su ósculo de nieve..."



Estado actual de la reliquia histórica.

Empezamos a entrar en "El Tucumán" región subtropical, a la que ya Mr. Andrews, viajero inglés de 1825, llamaba **"Jardín del Universo"**; país del que Sarmiento ha trazado una página admirable, calificándolo de **"Edén de América"**, sin rival en toda la redondez de la tierra". En parecidos términos lo han bautizado el pensador Alberdi y el dulce Echeverría.

Y nada más merecido. Si en pleno julio encanta con los primores de sus enormes árboles y los brillantes boscajes de sus copudos naranjos, cuajados de frutos, ya se comprende cómo esos lujuriosos verdores estallarán en la primavera. Entonces se completa el cuadro trazado por el genial autor del "Facundo": "el nogal entreteje su anchuroso ramaje con el caoba y el ébano; el cedro deja crecer a su lado el clásico laurel, que, a su vez, resguarda bajo su follaje al mirto consagrado a Venus, dejando todavía espacio para que alcen sus varas el nardo balsámico y la azucena de los campos."

El ferrocarril, con la prosa fecunda de su riel, ha ido aquí, como en todas partes, cambiando mucho el semblante de la espléndida y lujosa naturaleza, y alterando sus peculiaridades pintorescas. Es indudable que esta sección del continente conservará su antigua fisonomía sólo en las partes alejadas, en los bosques, en la montaña, hasta que la Civilización llegue allí con su hacha, reclamando el tributo propiciatorio.

Los argentinos, amantes del turismo, se dan cuenta de la necesidad de ir salvando algunas partes bellas del paisaje; y a ello conspira la creación y conservación de "parques nacionales", como medios de atracción para excursiones pintorescas. En esta tarea ya han iniciado una política forestal digna de aplausos, y de imitación en Chile. En la parte meridional tenemos bellezas naturales que no las poseen mejores los países que gozan de más fama a este respecto. Tienen perfecta aplicación a nuestro país las juiciosas observaciones que formula Mr. Pierre Denis en su libro "L' Argentine Moderne" al establecer que "el gran público — desorientado por la insuficiente organización del turismo, por el difícil acceso a las regiones pintorescas, por su falta de confort, y más aún, por su propia ignorancia,—va, a menudo, a buscar a Europa lo que podría encontrar en su propio país".

Aboga justamente por la utilidad de la creación de "parques nacionales", que es una forma de propaganda del paisaje nacional.

Por eso es que los argentinos no descuidan la propaganda acerca de excursiones a los puntos pintorescos; y uno de esos medios son cuadernos, ilustrados profusamente, que dan a conocer gráficamente esas ignoradas bellezas. De ese genero es el folleto que nos obsequió el distinguido secretario del ferrocarril central de Córdoba, Mr. Stewart.



Interior actual de la casa histórica.

en el cual pondera las atrayentes Sierras de Córdoba, la jugosa y espléndida naturaleza de Tucumán, la magnífica quebrada de Tumahuaca en Jujuy, los sorprendentes valles de Salta, que en Mojotoro tiene verdaderas maravillas arquitectónicas naturales.

En Chile debiéramos hacer publicaciones similares o congéneres; nuestros artistas debieran, en el grabado, popularizar los maravillosos panoramas del sur, nuestra "**Suiza chilena**"; y el Gobierno y el Congreso deberían destinar algunas de las secciones de esas comarcas para "parques nacionales", como lo proyectan los argentinos, con el de Iguazú, el de Nahuelhuapi y el de Tucumán.

El viaje nos permitió admirar los lindos paisajes de que está adornado el camino; y no hubo otro contratiempo en el tren ordinario—¡muy **ordinario** por cierto, en esto! —que un accidente ferroviario que dejó varios heridos y contusos en el coche vecino al nuestro, y nos retrasó la marcha en más de diez horas.

Llegamos a Tucumán en la tarde del 7 de julio.

El atento y activísimo secretario general del Congreso de Ciencias Sociales, Dr. Eusebio Gómez, que salió a nuestro encuentro, teníanos reservado alojamiento en el Savoy Hotel. Edificio amplio, elegante, de construcción moderna, con 120 departamentos, la tercera parte de ellos, a lo menos, con baño, se hacía estrecho para contener el enorme número de pasajeros venidos de los distintos ángulos de la República, principalmente de Buenos Aires. Muchísimos se alojaban en el Hotel París, el segundo de la ciudad, otros se desparramaban en los diversos departamentos que recibían huéspedes, y no pocos en casas particulares amigas.

El aspecto de la ciudad, brillante de gala y entusiasmo, es para nosotros una revelación.

Nuestros mejores textos de Geografía (el de Montebruno, casi siempre bien informado) dan a Tucumán 55,000 habitantes. Mientras tanto, el hormigueo enorme de la población y el gentío extraordinario que llena los boulevares, los tranvías eléctricos, los autos y las victorias, dan inmediatamente la convicción de que el verdadero número de sus habitantes es más que el doble de esa cifra. Y así es. En efecto, ya en 1909 Tucumán tenía más de 80,000; el censo de 1914 numeró más de 100,000. En 1916 es natural que esta cifra haya sido sobrepasada con la creciente inmigración que, como ola enorme, va densificando los campos y llegando hasta la montaña. No nos imaginábamos nunca una ciudad mediterránea, de 250 manzanas, tan densa y tan culta.

Un auto nos permite dar un vistazo general: las gentes invaden las calles rebosantes, atestadas de muchedumbre entusiasta. Se ve, se siente, al primer golpe, la intensa, la general vibración patriótica, que celebra la fecha gloriosísima que pone sol en los cora-

zones. Hay el confort de las ciudades modernas, excelente pavimentación de madera y piedra, comercio activo, alumbrado espléndido, edificación generalmente elegante.

Después de esta rápida gira por la ciudad, nos llegan al hotel los afectuosos saludos de muchos colegas del Congreso, de delegados extranjeros y una atenta congratulación del señor presidente, Dr. Saavedra Lamas, talentoso Ministro de Instrucción Pública, por intermedio de su hábil sub-secretario, el Dr. Rivarola.

Están pronto con nosotros el Dr. Gondra, delegado del Paraguay, y antiguo amigo de Chile, por haber residido entre nosotros en el desempeño de una plenipotencia; el Dr. Muñoz, Ministro plenipotenciario del Uruguay; los Drs. Ortega Pimentel y C. E. Velarde, delegados del Perú; el Dr. Esquivel de la Guardia, delegado del Perú; Mr. Peter Goldsmith, delegado de la Institución Carnegie de Estados Unidos, etc.

El hotel, verdadera reunión pan-americana, congrega en efusiva charla a distinguidas personalidades descollantes de la representación científica argentina, a los catedráticos universitarios de Buenos Aires y de la Plata, que están en gran mayoría.

El Dr. Saavedra Lamas, Ministro de Instrucción, y que desempeña las funciones de presidente-delegado de la República, tiene la atención de designarme como **ciceroni** un grupo de doctores, que muy pronto son nuestros amigos, los señores Emilio Alonso Criado (hijo de nuestro Cónsul en Montevideo), Custodio Maturana, Clodomiro Cordero y Manuel Moyano, quienes en todo momento cumplen con gran amabilidad y discreción sus funciones.

El Congreso de Ciencias Sociales había inaugurado ya sus tareas, el día anterior. Me incorporo a la Sección de Prensa, Educación y Derecho Político; y el señor Amaral a la de Ciencias Comerciales. Asistimos a muchas de las otras secciones, que trabajaban con actividad y entusiasmo.

El local es amplio; el moderno Colegio Nacional, que tiene algún parecido con nuestro Instituto, pero doblemente más extenso, ocupa entera una gran manzana. Su director, el Dr. Sixto Terán, nos muestra las diversas secciones del establecimiento. Sus gabinetes de historia natural y de física y química son excelentes; sólo el de geografía deja que desear, por ser muy deficiente la mapoteca. Hay grandes patios de gimnasia, y canchas para juegos como el lawn-tennis, etc.

El aula de honor tiene capacidad para varios centenares de personas, y allí se celebran las sesiones plenas, lo mismo que en el Palacio de la Legislatura.

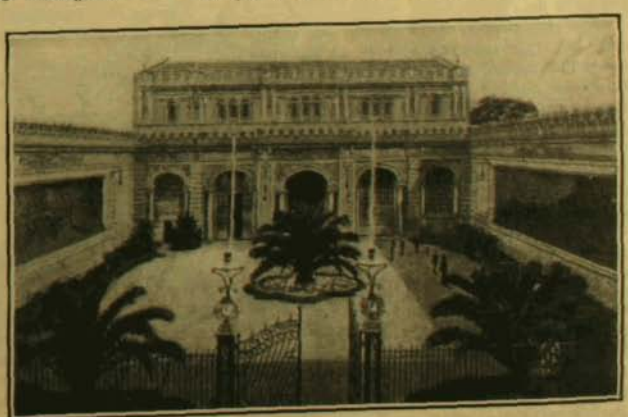
Las secciones particulares trabajan en las diversas aulas del Colegio Nacional, y allí mismo están instaladas la secretaría del Congreso y las oficinas de administración.

Las comunicaciones son muchísimas, y varias de ellas de un mérito considerable, como que son sus autores personalidades de gran preparación científica, representativas de los más variados órdenes de la actividad intelectual, así de la educación como de las finanzas, de la administración como de la política internacional, de la agricultura como de la higiene y medicina sociales. Podría afirmarse que no hubo problema que interese al desenvolvimiento económico y social que no fuese tratado en esa asamblea de estudiosos.

Naturalmente, el ambiente en que desenvolvieron los trabajos fué el de una gran cordialidad.

Este ambiente de confianza y de solidaridad hízose más eficaz y se acentuó con las numerosas y variadas reuniones sociales que, sin interrupción, se fueron verificando de día y de noche.

No debo olvidar referir que el señor Ministro Dr. Saavedra Lamas, reunió en el Palacio de Gobierno a los delegados de países extranjeros en un banquete, que hube de agradecer, dando el saludo de Chile a la autoridad, que representaba ahí el Poder Ejecutivo de la República. Hice rememoración de la vieja y tradicional amistad que ligaba a ambas naciones, desde los días cruentos de su nacimiento en las comunes luchas por la independencia; luego en la alborada poética de nuestra evolución republicana, y años más tarde, en la época del florecimiento literario y docente, cuando la tiranía de Rosas lanzó expatriados a tantas mentalidades ilustres de que la América se enorgullece justamente:



Frente de la casa histórica.

los Mitre, los Sarmiento, los Alberdi, los Gutiérrez.

La reunión sigue animada y se hacen votos por la solidaridad en la ciencia y en el común esfuerzo por el progreso americano.

Poco a poco van llegando los convidados que esa misma noche asistían al palacio al gran baile, que es una nota social de alta distinción. Se reunen las bellezas tucumanas, las de las demás provincias, y las porteñas, entre las que sobresale por su gentileza la señora Sáenz Peña de Saavedra, hija del ilustre Presidente, que es la reina de la fiesta.



Doctor José Nicolás Matienzo, presidente de la Sección Derecho Político, Educación y Prensa del Congreso de Tucumán.

Justo es decir que la corte de princesas que la secundaba no era menos brillante. La cortesanía y hermosura de las señoras y señoritas de Padilla, Montes, Alvarez, Matienzo, Posse, Colombres, Frías Silva, Terán, Maciel, Zavalía, Ruiz de Huidobro, Cainzo, Cossio, Rougés, Paz, Vallejo; Erdmann, y cien más, hicieron que las horas transcurrieran rápidas y en un ambiente de exquisita cultura.

Hay un detalle verdaderamente interesante, que no puedo olvidar en estas impresiones, porque pinta una característica de esa sociedad femenina:

Las distinguidas damas están convenidas en asistir al día siguiente al gran desfile cívico para saludar la bandera de la patria en la fecha nacional. Y, efectivamente, el 9 de julio desfila ante la Casa de Gobierno la flor y nata de esa sociedad de abolengo y de tradiciones en que arde puro y entusiasta el patriotismo. Nada más conmovedor que esa procesión cívica, que va a visitar la Casa de la Independencia. Esa fué una grandiosa y solemne manifestación a los manes de los próceres de 1816.

Mientras tanto, se suceden sin interrupción las reuniones sociales en el Congreso, en los clubs, en las kermesses, en los teatros (en la ópera cantaba el célebre Tita Rufo), en los paseos a Villa Luján y a Lules, en exposiciones diversas y en las visitas a la Casa histórica. En el suntuoso banquete ofrecido por el gobernador, Dr. Padilla, en almuerzos campestres, en los souper del mismo hotel Savoy, que albergaba un crecido número de diplomáticos, de profesores, parlamentarios, estadistas, etc., etc., se desenvuelve y afianza un espíritu de cordialidad que pone en contacto espiritual y amistoso a hombres distinguidos de todo el continente.

En realidad de verdad, uno de los principales frutos de semejante acercamiento, es la vinculación que se establece y que perdurará en beneficio de los ideales americanistas. Ese fué también el más señalado fin de las reuniones del Congreso de Ciencias Sociales.

La amistad intelectual no es flor de un día, que se seca al siguiente. Tengo la evidencia de ello, con los recuerdos cariñosos que conservan de Chile y de los chilenos muchos representantes caracterizados de la cultura científica argentina que, o nos han visitado en las reuniones pan-americanistas habidas acá, o cultivan con nuestros universitarios y pensadores esas relaciones del libro y de la idea, que son sólidas y duraderas.

Pude cerciorarme de la sinceridad y eficacia de estas vinculaciones en casos innumerables.

Citaré como muestras algunos botones, entre los muchos que podría exhibir de las charlas del hotel.

En el grupo de uruguayos es particularmente interesante la original e ingeniosa personalidad del Dr. Muñoz, Ministro Plenipotenciario a la sazón en Buenos Aires, que hizo más de una vez reminiscencias de calurosa simpatía para nuestro Ministro Figueroa Larraín. Tenía siempre en los labios bromas intencionadas aquel diplomático de cuño moderno, espiritual y franco. El gobernador, Dr. Padilla, había encomiado los soles de Tucumán; pero aconteció que el cielo estuvo dos o tres días encapotado; al reaparecer el astro-rey resplandeciente, el Dr. Muñoz vuela a Palacio, y deja su tarjeta con esta línea:

—"**Hoy creo en Tucumán!...**"

Se cuenta que en reciente ocasión sobrevino una discursomanía cargante. El señor Figueroa Larraín dijo:

—"**Propongo que se establezca una contribución de oratoria a beneficio de los sordo-mudos!...**"

Después de Roldán, príncipe de la elocuencia argentina, se insistía en hacer hablar a nuestro Ministro, que se excusó diciendo:

—"Después que ha



Universidad de Tucumán.

cantado el ruiseñor, no hace falta oir a los pájaros ordinarios..."

Los argentinos celebran la ocurrencia y el amigo Alonso Criado me dice:

—Ustedes tienen la fortuna de poseer un diplomático de quien puede afirmarse que vive, no entre nosotros, sino con nosotros.

Y acentúa ambas preposiciones, subrayándolas intencionadamente.

Un uruguayo muy simpático es el joven delegado don Plácido Abad. Conoce muchos chilenos y conoce los libros chilenos: aún me asegura conocer los míos. Como yo sonriera dubitativo, lo prueba superabundantemente, y agrega que conoce hasta nuestros poetas; y de sopetón y sin vacilar, recita todas las estrofas de nuestra Canción Nacional de punta a cabo.



Museo Mitre. Ante la estatua del gran historiador argentino. Buenos Aires.

El sabio médico de esa misma nacionalidad Dr. Fernández Espiro hace recuerdos muy sentidos de sus colegas chilenos Dr. Barros Borgoño, del Dr. Maira y del Dr. Alejandro del Río, y conoce a fondo nuestra literatura médica.

El guatamalteco señor Esquivel de la Guardia, da extensas y cariñosas referencias acerca de chilenos que han estado en su país, y me sorprende con las noticias intensas y detalladas que tiene de nuestros anales históricos.

—Yo, como examinador, le votaría 3 coloradas por la prueba brillante que acaba de rendir.

—No se extrañe, me replica, yo he oído lecciones de historia de Chile en Guatemala, y no las he olvidado.

Y se extiende con verdadera y sincera delectación en traer a la memoria numerosos incidentes de cosas y hombres de nuestra pasado militar, político y literario.

No sabe más uno de nuestros bachilleres.

El Dr. Eduardo Laspiur Sarmiento, asesor técnico del Ministerio de Relaciones Exteriores — y nieto del gran Sarmiento—me preguntó con interés por su colega don Alejandro Alvarez, internacionalista chileno muy conocido y apreciado en la República vecina.



Frente del edificio de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de Buenos Aires.

El Dr. José Nicolás Matienzo, descendiente del oidor de este apellido y catedrático eminente de derecho político, parlamentarista de sólida doctrina, hace recuerdos de don Marcial Martínez y de don Domingo Amunátegui Solar.

El erudito profesor y publicista Dr. Ernesto Quesada, háblanos con afecto de nuestros escritores, y tiene palabras de honda admiración por la labor de don Valentín Letelier, de quien (dice) ha leído con gran interés un capítulo sobre los "Orígenes del Estado", aparecido en una revista bonaerense.

Un prestigioso etnógrafo,—cuya ágil ancianidad me recuerda la viveza física, y aun el parecido con nuestro doctor Rodulfo Amando Phillippi,—el Dr. Lafone Quevedo, director del Museo de La Plata, y el Dr. Luis María Torres, profesor de historia primitiva y colonial de la Universidad de esa ciudad y director de la sección de investigaciones históricas de la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires, recuerdan y citan con encomio al Dr. Oyarzún y a los señores Lenz y Guevara.

Mr. Peter H. Goldsmith, director de la División Pan-Americana y delegado de la Institución Carnegie, encomia altamente la labor valiosa del bibliógrafo don J. T. Medina, y hace elogios calurosos de don Julio Philippi, del doctor Gálvez y de don Moisés Vargas, a quienes conoció y estimó en el último Congreso Internacional de Washington, y agrega:

—"Yo no regresaré a Estados Unidos, sin antes pasar a Chile. El hombre que más deseo conocer es a Medina; no me satisface admirarlo sólo a través de sus libros admirables; he de visitarlo".

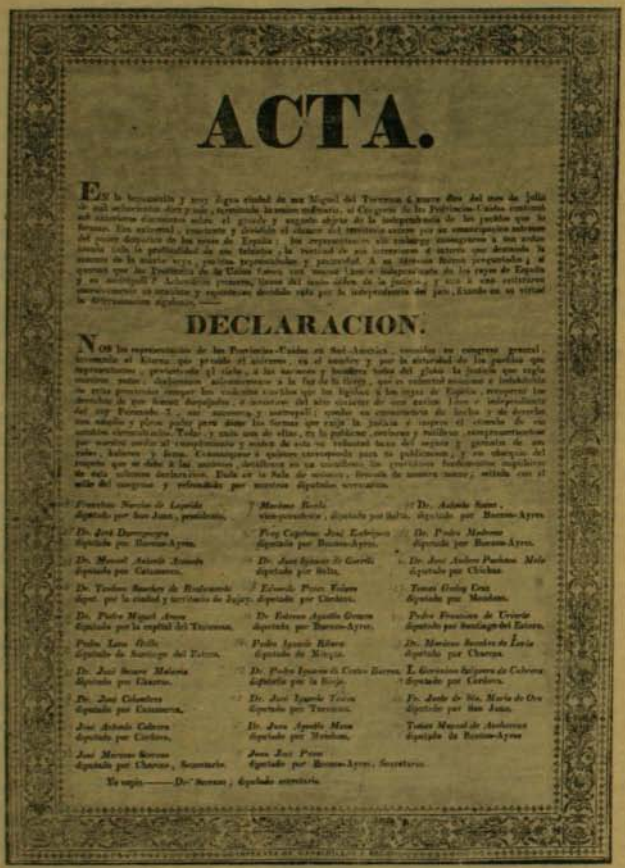
Y le dí yo varios detalles que consigna en su cartera.

El Dr. Rivarola me asegura que no sólo conoce un libro mío sobre la "Enseñanza de Alemania", sino que ha introducido en el Departamento de Instrucción Pública—cuya subsecretaría sirve—varias de las medidas que yo he indicado en ese trabajo.

Estas y otras cien conversaciones me revelan que

hay ya comunicación intelectual a través de los Andes, y que la labor mental no es siempre perdida, aunque más no sea en el extranjero.

Yo estoy obligado a decir que una de las cosas que más deseaba conocer en Tucumán,



ACTA.

Es la honorable y muy digna ciudad de San Miguel del Tucumán á cuatro días del mes de julio de mil ochocientos diez y seis, reunidos los señores diputados de las Provincias Unidas en congreso general, con el objeto de tratar sobre el grande y augusto objeto de la independencia de los pueblos que la forman. Una autoridad, emanada y derivada del voto libre de los comprovincianos entre sí, y de todos ellos con los pueblos que fueron del resto dependientes de los reyes de España; los representantes con sobrada razón y con sobrados títulos de la confianza de sus comitentes, y del interés que demanda la seguridad de la nueva nación, que van á investir, y que ha de ser en adelante el asombro de la tierra, por sus virtudes, y respetabilidad, á un siglo ha formado y á que aspiran los Pueblos de la Unión, fueron del todo ajenos de los reyes de España y de su cautividad? Libertad, primero, fueron del todo ajenos de la justicia, y con la más extricta convicción de ejercitar y representar decididos esta por la independencia del país, fundada en su virtud la determinación siguiente.

DECLARACION.

Nos los representantes de las Provincias Unidas en Sud América, reunidos en congreso general, invocando al Eterno, que preside el universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, y protestando al cielo, á las naciones cultas, y al tribunal imparcial de nuestras acciones, que la justicia que regla nuestros votos, declarando solemnemente á la faz de la tierra, que es voluntad unánime é indubitable de todas nuestras comprovincias que las Provincias Unidas que fueron de España, recuperen los derechos de que fueron despojadas, é investirse del alto carácter de una nación libre é independiente del rey Fernando 7.°, sus sucesores y metrópoli; quedan en consecuencia de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia é impere el consejo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas, en la palabra, obligan y ratifican comprometiendo por nuestras vidas, el cumplimiento y sanción de esta voluntad hasta del sacrificio y gravamen de nuestros bienes, haberes y fama. Comuníquese á quienes corresponda para su publicación, con el encargo del respeto que se debe á las naciones, detallando en un manifiesto las razones fundamentales impelentes de esta solemne declaración. Dada en la Sala de nuestras sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios.

Facsimil de la edición príncipe del acta de la Independencia.

—"**Sepulcro de la Tiranía**", como desde 1812 se la ha llamado,—es la famosa casa histórica. Y me sorprende que de ese célebre edificio—reliquia de 1816, bautizado como "**Altar de la patria**"—no se conserven intactas más huellas que el salón en que se proclamó la independencia argentina, ya destartalado, y sólo ha más de 50 años, y hoy cubierto con un templete para resguardarlo de la intemperie.

Está a una cuadra y media al sur de la plaza. Las antiguas habitaciones a la calle han sido completamente demolidas. La casa del Congreso tenía su frente toscamente adornado; el portón flanqueado de gruesas columnas salomónicas, y a ambos lados una ventana de reja volada. Pero también las ruinas perecen.—"**etiam periere ruinae**",—melancólico pensamiento de Lucano, recordado por Groussac, quien opina que no dista mucho el día en que ni los escombros exhibidos serán los primitivos y auténticos.

El edificio aquel fué de propiedad de una señora Zavalia; y fué comprado en $ 35,000. Cuéntase que ella se negó a entregar la llave del salón histórico, alegando que no había entrado en la venta. Hubo que darle $ 2,000 por la llave. Esta anécdota me ha sido referida por don Juan A. Walker Martínez, que conoció aquel edificio en 1866. En ese tiempo, el salón histórico servía para los bailes de la localidad, y aún, en los grandes días caniculares, de refugio para ir a tomar un mate...

Sólo en 1892 ó 93 los tucumanos empezaron a guardar veneración a esa reliquia y desde entonces se ha mantenido sin interrupción el culto de gloria que merece ese altar de la patria.

Desgraciadamente, no se conservan del mobiliario del antiguo Congreso, sino la mesa en que se firmó el acta inmortal, y una de las sillas de la época.

Tampoco quedan sino 18, de los 29 retratos de los diputados. Laprida, el Presidente, el obispo Oro, y Godoy Cruz estuvieron y se educaron en Chile, lo mismo que de la Maza, cuya efigie se ha perdido. Así nos lo dijo en tiempo pasado el doctor Carranza, antiguo director del Museo Histórico, ya fallecido. Posiblemente, seguramente, ahora que se ha renovado la reconstrucción y estudio de las cosas viejas simbólicas de gloria, se completará o se procurará completar la Galería Monumental de la Independencia, cuya piedra fundamental se ha colocado.

Consérvanse también el bastón de oro y marfil del general Belgrano, ofrendado a la virgen de Mercedes, después de la batalla de Tucumán del 24 de septiembre de 1812; y dos estandartes del ejército realista vencido en Salta. Entre los otros recuerdos históricos de la ciudad son de citarse la modesta pirámide de la plaza Belgrano, en conmemoración de la batalla de Chacabuco; y la "Ciudadela", fortaleza que en 1814 mandó construir San Martín para dar instrucción a sus tropas.

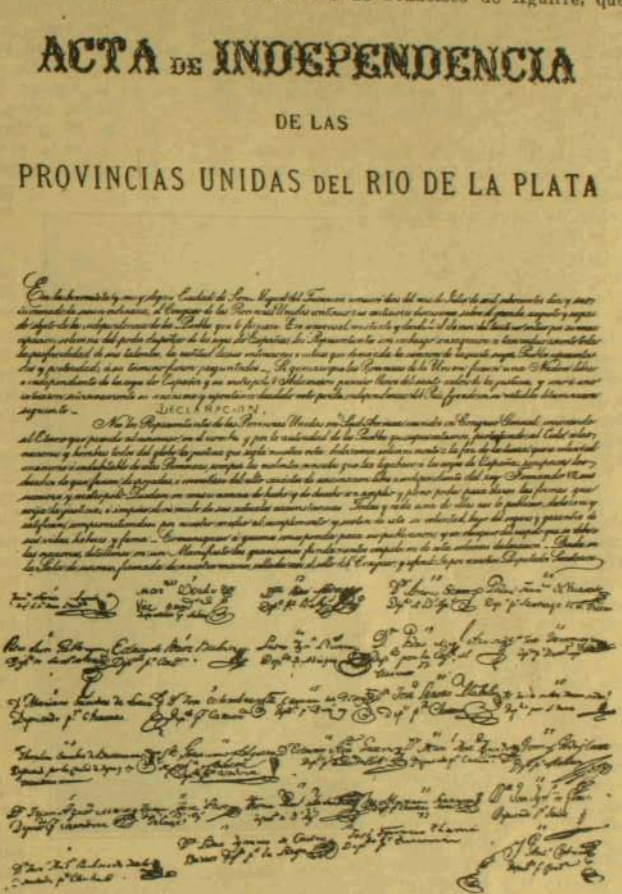
Con referencia a la historia misma del Congreso de Tucumán subsiste todavía la duda en varios puntos, como en el muy importante de las actas secretas. Estas han sido substraídas del archivo de la Legislatura de Buenos Aires. Semejantes manuscritos darían plena luz sobre los antecedentes de la idea monárquica que fué propuesta en la Asamblea de 1816, idea que Belgrano y San Martín patrocinaron y auspiciaron, felizmente sin éxito, y que fué un error considerable.

¿Cuánto tiempo más perdurará esta ocultación de documentos, que son del Estado, y que pertenecen a la historia americana?

—

Se tienen con orgullo justificado entre las casas importantes de Tucumán, la en que nació el doctor Juan Bautista Alberdi, el más grande de los pensadores argentinos, y nuestro huésped acá en horas aciagas del "rosismo"; y la en que nació el doctor Nicolás Avellaneda, ilustre presidente argentino, en cuya casa se ha colocado en los días de julio una artística placa, ofrenda del Museo Histórico Nacional. Muy justo es que se recuerden los grandes hombres del siglo XIX; pero ¿por qué los tucumanos no han tenido un homenaje parecido para el primer fundador de la antigua ciudad? No he visto en parte alguna el nombre de Francisco de Aguirre, que desde Chile llevó la hueste española que cimentó la fundación colonial.

Los alrededores de la ciudad son muy pintorescos. La región de Lules es encantadora. Es muy hermoso el Parque Centenario, debido, como tantas otras obras útiles, a la poderosa iniciativa de su gobernador, el doc-



Firmas autógrafas de los 29 congresales de Tucumán.

tor Padilla. Esta plantación tendrá el mérito de mejorar el aire, purificándolo, y logrará disminuir los efectos del paludismo que, según creo, hace no pocos estragos.

Un tranvía sub-urbano y rural construído por el Gobierno de la provincia, pone en comunicación la ciudad con el parque Aconquija en una extensión de 14 kilómetros. Llaman la atención el buen estado de los caminos rurales, y el excelente pie de las habitaciones para obreros, aseadas e higiénicas.

La ciudad conserva, como se ha visto, rarísimos recuerdos históricos; y hay uno que solicita nuestra atención, ávida de estos pormenores objetivos.

Queremos ver la reliquia industrial de la fabricación del azúcar, el eje de la prosperidad de esta opulenta provincia. Nos interesan vivamente este aspecto de la vida de la ciudad y los progresos realizados por el trabajo, por la riqueza y por la civilización.

Dos respetables vecinos tucumanos, los señores Abel del Corro y Juan I. Iramain, nos proporcionan esta oportunidad y nos acompañan en un auto a las visitas de las fábricas azucareras. Estas nos dan la sensación de una intensa actividad, y presenciamos toda la maniobra desde que la caña llega para la trituración hasta que las poderosas máquinas la dejan convertida en panes listos para la venta y el consumo. Hemos visto también el procedimiento primitivo, en el sitio mismo del establecimiento en que se fabricó la primera azúcar nacional. Fué el señor Colombres, quien llevó a cabo esa empresa meritoria, y se ha tenido la oportuna idea,—a iniciativa del hábil y emprendedor gobernador de la provincia, doctor Padilla,—de restaurar el edificio primitivo, y de hacer funcionar la fábrica en la forma modesta y misérrima con que se iniciara.



Cornelio Saavedra. Buenos Aires.

Según los datos de los señores Terán y Denis, en 1850 no había en toda la provincia sino una docena de establecimientos de azucar que, 20 años después, llegaron a 800, con procedimientos incompletos y rudimentarios. El ferrocarril central de Córdoba, terminado en 1876, logró dar vida en Tucumán a la gran industria; todos los perfeccionamientos mecánicos y maravillas de la maquinaria moderna han dado a las fábricas su máximum de capacidad productora. En 1875, había sembradas 2,000 hectáreas de caña, y hoy pasan de 60,000. En épocas de sobreproducción las cosechas han llegado a rendir hasta 270,000 toneladas de azucar, (año 1913). Las crisis azucareras se han producido en ese caso, y en el de cosechas insuficientes para el consumo nacional. Actualmente la cosecha ha sido deficiente. El precio de la azucar de primera clase, embolsada y puesta sobre vagón, ha fluctuado alrededor de 18 centavos kilo.

Hay quienes creen que ese precio aún podría quedar reducido a 0.14, con una disminución en los derechos que gravan la producción.

Los beneficios de la industria azucarera son compartidos con las compañías de transporte, ya que son tres ferrocarriles, de más de mil kilómetros cada uno, los que tienen por principal fuente de recursos el transporte de los azúcares. El flete de Tucumán al litoral es alrededor de 30 pesos nacionales la tonelada. El Congreso de Azucareros de 1897 avaluaba en 55 millones de pesos el valor de las fábricas, y en 15 millones las tierras plantadas. El crecimiento de la producción de azúcar ha sido tan rápido (46,000 toneladas en 1891; 85,000 toneladas en 1894; 130,000 en 1895; 163,000 toneladas en 1896), que ha llegado a sobrepasar el consumo.

El consumo se elevó a más de 200,000 toneladas en 1912.

El Estado ha defendido con las muletas protectoras la industria azucarera, que después de la crisis de 1903, ha vivido bajo el régimen de dos leyes diferentes: la ley de 1904 y la ley de 1912. La primera establece derechos de importación de 7 y de 9 centavos por kilo de azúcar en bruto y refinada; la 2.a fija derechos que se bajarán de año en año según una escala fijada de antemano. Serán en 1919 de 5 y de 7 centavos para la azúcar en bruto y refinada, respectivamente.

Naturalmente que el problema azucarero está radicado en la obtención de gran producción con el menor costo posible. Lo que se realiza con el perfeccionamiento de los métodos y de los cultivos, y con la adquisición de un amplio mercado de consumo remunerador. Otro de los factores que podrán dar auge a la industria es el reemplazar por caña

de Java la caña criolla, cuya degeneración trae aparejados rendimientos mediocres.

Los problemas del azúcar son los más serios y trascendentales que pueden afectar a la riqueza de Tucumán, y cabalmente los que han enderezado la investigación experimental y positiva hacia la organización de estudios superiores en sus métodos y en sus aplicaciones. Siendo, pues, la manifestación de mayor vitalidad de la provincia la industria azucarera, ha sido ese el eje y objetivo cardinal que ha creado y dado base a la más joven de las Universidades argentinas. La de Tucumán, auspiciada por los doctores Padilla y Terán, ha nacido de la reunión de varios institutos preexistentes que se van ensanchando y tomando la verdadera fisonomía de alta enseñanza superior. Su molde, ciertamente, está muy alejado del de nuestra Universidad chilena profesionalista, y tiende principalmente a servir un orden de enseñanza regional para el norte argentino, que ha de ir, por fuerza, agregando adherencias culturales más y más amplias.



Rodríguez Peña, entre Charcas y Callao.

En ese sentido, la Universidad de Tucumán desenvolverá los siguientes departamentos que la ley de creación contempla: Facultad de letras y ciencias sociales; sección pedagógica; sección de estudios comerciales y lenguas vivas; sección de mecánica, química agrícola e industrial; y sección de bellas artes.

La Facultad de letras y ciencias — aún no organizada—será un instituto de cultura literaria y sociológica. Se ve, en el nuevo instituto universitario, una tendencia modernista a semejanza de establecimientos análogos de Estados Unidos.

No es dudoso, dado el amplio espíritu sociológico del Dr. J. B. Terán, su rector, que la Universidad cumpla satisfactoriamente su labor cultural. También es de esperar que se la dote de un personal docente preparado para responder al ideal que se persigue. Tiene, en efecto, Tucumán tradiciones docentes e intelectuales de primer orden, ya que en su abolengo profesoral hay semillas potentes y prestigiosas dejadas por la labor mental de extranjeros tan eminentes como Jacques, Burmeister y Groussac. Desde luego cuenta ya con un núcleo selecto de catedráticos; y a fin de dar vuelo a los estudios, se ha instituído la periódica venida de los de Buenos Aires y La Plata para conferencias de extensión. Estas han sido dadas por hombres de reputación científica y literaria como los doctores Rivarola, Matienzo, Gallardo, Rojas, Ducloux, Araoz, etc.

La Universidad nueva irradiará su acción social sobre los diversos órdenes de la actividad de esa comarca septentrional, porque se asocia a sus necesidades más vitales; y no tardará mucho antes de que pueda ostentar anales literarios y científicos y manifestaciones artísticas, tan importantes como las demás instituciones análogas de la República.

Después de haber palpado en la ciudad de Tucumán los progresos enormes que ha realizado en breves años, no puedo menos de considerar que se producirá, dentro de poco, una renovación fundamental en la senda sociológica. Por otra parte, la influencia artística que ahí encauza un distinguido pintor—el señor Atilio Tarragoni — transcenderá a las manifestaciones del tejido (las randas) y del dibujo, como a las de la arquitecturo y de la ornamentación. Se depurará el gusto, y desaparecerán paulatinamente algunas aberraciones arquitectónicas que afean la estética urbana. La prensa misma sufrirá esa influencia refleja, que prepara y adecúa el ambiente propicio al cultivo y desenvolvimiento de las letras, imprimiendo a los artículos el sello moderno, en su estilo y en su médula. El teatro y la música participarán del propio modo, del refinamiento consiguiente. Las bibliotecas, por otro lado, concurrirán a formar el ambiente de cultura. La sociabilidad general, en suma, adquirirá el definitivo perfeccionamiento, borrando el último fermento localista que, parece, quedar latente como una de las modalidades de la idiosincrasia tucumana.

Yo no me despedí sin pena de esa hermosa ciudad y conservo de su ilimitada hospitalidad una grata sensación de agradecimiento.

Lo mismo debo decir de los conceptos demasiado elogiosos de la prensa argentina, que son más bien tributados a nuestra nación. Quede estampado en estas líneas sinceras mi íntimo reconocimiento a "El Orden", de Tucumán, y a su director, poeta de inspiración y periodista de raza, el señor Pedro N. Berreta, por la forma benévola con que apreció mi labor y actuación en el Congreso Americano de Ciencias Sociales.

...En Buenos Aires cumplí con el deseo de visitar las magníficas instalaciones de "El Diario", órgano de publicidad tan espiritual como bien dirigido. Su sub-director, el señor Norberto Lainez, tuvo palabras de cálido agradecimiento para las familias que lo habían atendido en Chile.

—Jamás olvidaré, me agregó, las exquisitas atenciones que Uds. los chilenos prodigaron a mi padre.

Igualmente afectuoso y deferente se manifestó el Dr. Jorge Mitre, director de "La Nación", quien recordaba agradecidísimo los festejos que acá se le hicieron durante su reciente estada en Chile. Habló con cariño de nuestros compatriotas y de las vinculaciones que lo ligaban a este lado de los Andes. Me manifestó el gusto que tendría en que visitara el Museo Mitre.

Hícelo así; y como recuerdo gráfico tuve ocasión de tomar algunas vistas de ese valioso archivo, que encierra un verdadero tesoro en sus colecciones y en sus recuerdos.

Es particularmente interesante la biblioteca americana, seguramente la más valiosa de Sud-América. Por la rareza de algunos de sus libros y de sus ediciones sobre lingüística, y especialmente por sus colecciones de antiguos periódicos y obras de historia y geografía, es un inapreciable tesoro de cultura y de fuentes de investigación.

Asimismo, sus secciones de manuscritos son del mayor interés histórico. Una parte solo de ese archivo se ha estado dando a luz; pero queda una gran parte inédita. Los lectores chilenos saben el intenso valor documentario que para las letras tiene la exhibición de la correspondencia de un hombre, que ha vivido en comunicación con los espíritus más selectos del continente; y no hace mucho Armando Donoso con la talentosa maestría que lo distingue, publicó un estudio titulado "**Barros Arana y Mitre**". **Una amistad literaria**, basado precisamente en la correspondencia de esos grandes hombres de la historia americana. Estudio análogo se puede emprender, y de los más curiosos relativamente, a "**Vicuña Mackenna y Mitre**".

Este archivo encierra una cantera histórica y literaria, aún no explotada. A no dudarlo, prestará servicios de valía para emprender la historia de nuestras letras y aun la historia de nuestra diplomacia, en capítulos que no han sido escritos todavía.

Otro de los establecimientos culturales, que es interesantísimo en Buenos Aires, es el Museo Etnográfico. Lo dirige el señor Juan B. Ambrosetti, inteligente, perseverante y acucioso investigador, que ha logrado formar una colección prehistórica de la mayor importancia para los estudios arqueológicos y paleontológicos. Entre las curiosidades más ligadas con el hombre primitivo de la región de Antofagasta, está la momia que ha obsequiado al Museo don Aníbal Echeverría y Reyes. Es un ejemplar muy bien conservado, y de remotísima antigüedad.

La Universidad de Buenos Aires, dirigida por el sabio Dr. Uballes, continúa su labor cultural en forma ampliamente reformadora. Del sello moderno que la infunde da autorizado testimonio la reciente creación de la Facultad de ciencias económicas. Son tantos y de tal naturaleza los fenómenos sociales que se ligan a esta materia, que ese Instituto ha hecho bien en agrupar y sistematizar las disciplinas de las finanzas, de las industrias y del comercio.

La Facultad de filosofía y letras, por su parte, y bajo la sagaz y penetrante dirección de don Luis María Torres, prosigue la labor de publicar los materiales históricos y sociológicos del pasado argentino, así para explicar las características del coloniaje en el Río de la Plata, como los antecedentes de la Revolución emancipadora y de su organización constitucional.

Publicaciones de igual valor sociológico ha emprendido la Universidad de La Plata, de que es **alma mater** la inteligencia esclarecida del Dr. Joaquín V. González. Si no hubiera ya comprometido la gratitud de los doctos de América con su labor de construcción docente modernísima, sería suficiente título para ello la edición de la "Biblioteca Centenaria", rica colección que es justamente "una contribución valiosísima para el estudio de nuestro pasado histórico e intelectual, y para la alta documentación de la cultura patria, que es obra propia de las Universidades".



Edificio de la Universidad y de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires

De no menor importancia son: las colecciones que edita y anota con valiosas introducciones críticas la Junta de Historia y Numismática Americana (que me ha discernido la honra de nombrarme su socio correspondiente) y que dirige el Dr. David Peña; la "Bi-

blioteca Argentina", por don Ricardo Rojas, destinada a difundir el conocimiento de la literatura nacional; y la "Biblioteca Cultura Argentina" fundada por el Dr. José Ingenieros, profundo pensador original que, como se sabe, dirige la "Revista Filosófica", llena de médula y de sugerentes investigaciones.

Otros signos de la vitalidad mental rioplatense son la "Revista de Ciencias Políticas" que dirige el Dr. Rodolfo Rivarola, maestro en ciencia penal, y la creación del Instituto de Conferencias Populares, debida a las iniciativas del Dr. Dellepiane, actual director del Museo Histórico Nacional.

A estas publicaciones y revistas, que por sí solas son exponente preciosísimo y útil, hay que agregar todavía la serie de trabajos de bibliografía y compilación de documentos coloniales que ordenan hacer o hacen la Biblioteca Nacional, la Municipalidad y el Gobierno; e indicadores de cuánto es el esfuerzo que se gasta para el desenvolvimiento de la cultura.

Cuando una renovación intelectual tan poderosa de los estudios se observa de cerca, sentimos verdadera satisfacción americana, porque esos materiales no sólo sirven para la región encerrada al otro lado de los Andes, sino que, tienen una fuerza difusiva permanente y amplia que aprovecha a las demás secciones del continente.

Las calles, parques y plazas de Buenos Aires están adornadas con gran número de estatuas, algunas de ellas de sobresaliente mérito artístico. No de todas puede afirmarse lo mismo, siquiera lleven algunas firmas de eminencias europeas. Así, la de Sarmiento, por Rodín, en Palermo, es francamente desgraciada. Hay las de otros próceres que llevan la firma de Eberlein—el escultor de nuestra "Fuente Alemana"—y están muy cerca de la realidad, a lo menos por el carácter; pero por mucho que se aparten de cumplir con esta primordial condición, están por cierto con un parecido inmensamente superior al grupo de Biondi, ingeniosamente bautizado en nuestra capital los "Viejos verdes..." Ninguna, tampoco, de las peores estatuas militares argentinas, arrastra espada tan inacabable como la del guerrillero Rodríguez, afrentado y afrontado en el Mapocho... Para nosotros, entre las docenas de estatuas bonaerenses tenían especialísimo interés las del coronel Saavedra y de Rodríguez Peña, que desde el punto de vista histórico y familiar son figuras queridas a Chile.



Momia de un antiguo indio del desierto de Atacama. Donación de nuestro compatriota, don Aníbal Echeverría y Reyes, (Antofagasta). Museo Etnográfico de Buenos Aires.

Llego al término de esta fatigosa y mal pergeñada relación.

En este viaje he recogido impresiones, y a vuela pluma y desaliñadamente, he estampado algunos de los muchos tópicos de estudio y de observación que las cosas vistas sugieren.

He dejado muchos amigos. He iniciado vinculaciones que me serán de utilidad en el profesorado, y tal vez en el cultivo de las letras y de los anales americanos, cuyo estudio ha cautivado siempre mi espíritu.

Al concluir, no tengo sino que añadir una palabra más: y es de sincero y profundo agradecimiento a los colegas y a las distinguidas personas que así en Tucumán y en Buenos Aires como durante el viaje, hicieron grata mi permanencia en la nación hermana, por atenciones gentiles de simpatía y calurosa hospitalidad.

Los ojos del teléfono

Por I. V.

De los modernos inventos por el hombre ideados para exterminar a sus semejantes, tal vez ninguno interesa e impresiona a las gentes como el submarino, que, sumergido, lanza el torpedo capaz de hundir, en escasos minutos, en el fondo de los mares, temibles acorazados o colosales transatlánticos.

Mucho se ha hablado del temple de alma necesario a los buenos comandantes de submarinos, mucho de las penalidades y riesgos de la navegación peculiar de éstos; pero solamente los técnicos se dan cuenta cabal de las dificultades de lanzamiento de un torpedo desde estos barcos. Como no tienen más ojo que un periscopio para mirar sobre las olas, si, queriendo ver, navegan sumergidos, han de hacerlo a la escasa profundidad que permita a aquél asomar sobre la superficie del mar. Por medio de este artefacto ve el comandante a su enemigo; pero no puede aproximarse a él a menos de un kilómetro sin grave riesgo de ser visto, cañoneado y echado a pique.

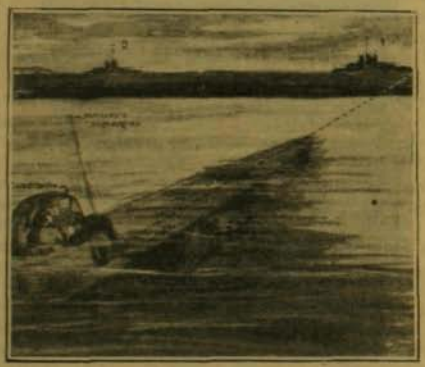


Figura primera.

Así, pues, llegado a un kilómetro del barco al cual quiere atacar, en la imagen, que el periscopio le pone ante los ojos, de dicho barco, toma el rumbo en que está éste, y mueve el timón para enfilar a él el submarino. Hecho esto, se sumerge a mayor profundidad, perdiendo el auxilio del periscopio; avanza sumergido en el rumbo tomado; y cuando juzga que está bastante cercano al enemigo, lanza el torpedo sin ver el blanco, todo a ciegas, sumido en las tinieblas de las obscuras aguas.

Cualquier derivación del submarino, del blanco o el torpedo—los tres en marcha—hace errar el tiro, cosa muy fácil a la distancia desde la cual se dispara.

Si un cazador que al ver cruzar una liebre a la carrera apuntara a ella la escopeta, cerrara los ojos, dejara correr uno o dos minutos, y disparara después sin abrir los ojos, es probable que de mil tiros apenas acertara uno... Pues en igual situación se halla un comandante de submarino.

Pensando que, a falta de ojos, por el oído se orientan a veces los ciegos, ha ideado el Sr. Eduardo J. Chandler un ingeniosísimo medio, gracias al cual un submarino bajo las aguas podrá dirigirse rectamente al barco adversario hasta distancia que asegure el tiro, "con la misma seguridad que si lo estuviera viendo". Los oídos van a hacer el papel que los ojos no pueden desempeñar. Pongamos a una persona de oído fino, con los ojos vendados, en el centro de un gran salón donde se produzca un ruido claramente perceptible: el de una péndola de reloj, por ejemplo, de *tic-tac fuerte*. Atendiendo al sonido, dicha persona advertirá si éste llega con igual intensidad a sus dos oídos, si es mayor o menor la de él percibida por el oído derecho que por el izquierdo, si el ruido procede del frente o de la espalda.

Quien no sea torpe de oído o no tenga diferente sensibilidad en ambos, podrá utilizar estas observaciones para aproximarse y aun llegar a tocar el reloj que no puede ver. Para ello no tendrá sino que marchar al frente cuando le parezca oír el tic-tac con igual fuerza por los dos oídos, torcer a la derecha cuando por este lado lo perciba más intensamente, a la izquierda cuando hacia esta parte lo oiga más claramente, o volver atrás cuando al andar advierta que el ruido se amortigua.

De aquí nace la idea ingeniosa de Mr. Chandler de dotar a cada submarino de un par de orejas que le sirvan de ojos, cuando se queda ciego al sumergirse su periscopio.

Para servir de orejas nada tan apropiado como los teléfonos; mas para comprender cómo pueden actuar sobre el timón del submarino, manteniendo a éste en rumbo conveniente, necesitamos hacer resaltar algunas particularidades de tales aparatos.

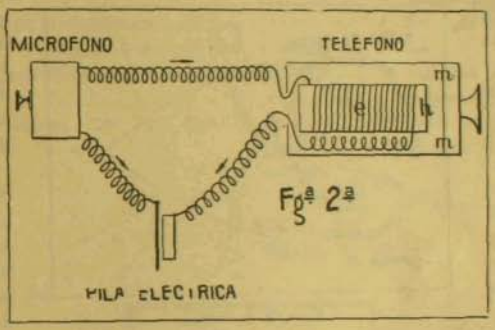


Figura segunda.

Saben no pocos muchachos que si a dos cañas huecas se atan dos membranas de pergamino o tripa, tapando con ellas un extremo de cada una, y si estas membranas son atravesadas por un cordel, o mejor, cuerda de guitarra, estirado entre ambas, puede una persona oír, en una de las cañas, acercada a su oído, lo que otra hable aproximando la boca a la otra caña.

La explicación es que las oscilaciones de la voz imprimen al pergamino de una caña vibraciones transmitidas por la cuerda al de la otra, el cual, vibrando "de la misma manera que aquél, reproduce en el aire los sonidos producidos en el otro extremo".

En el teléfono eléctrico, que alcanza donde no llega el anterior teléfono primitivo, vibran dos placas muy delgadas y elásticas, transmitiendo las vibraciones de una a otra, no una cuerda, sino una corriente eléctrica cuya fuerza varía a cada vibración de la primera placa; variación (la de la corriente) cuya cuantía depende de las inflexiones de la voz. En el teléfono de Bell, cuyo transmisor y receptor son iguales, es engendrada la corriente, por la misma voz o ruido transmitidos. El de Hughes, hoy el más generalizado, funciona por la acción de la corriente de una pila eléctrica, unida por medio de alambres al micrófono transmisor, frente al cual se habla (fig. 2.ª), y al teléfono receptor en el que se escucha.

Por ser este último el interesante en la aplicación de él al gobierno de los submarinos sumergidos, sólo diremos del micrófono que, intercalados en el alambre de la pila, existen en el interior de él unos carbones cuyo contacto imperfecto impide el paso a la corriente mientras no llegue ruido alguno a la bocina del micrófono y a su placa vibratoria; pero que cuando ésta vibra por efecto de algún sonido, vibran también dichos carbones, poniéndose en contacto instantáneo más o menos perfecto, según tal contacto se verifique en mayor o menor número de puntos, lo cual depende de la naturaleza e intensidad de los sonidos; y así dejan pasar por el alambre mayor o menor parte de la corriente de la pila.

Si en vez de ir el alambre del micrófono al teléfono fuera a una bombilla de luz eléctrica, *podríamos* ver esta corriente variable. Pues mientras no se hablara frente a aquél, la bombilla, permanecería apagada, luciendo al comenzar a hablar pero no con luz constante, sino intermitente; reproduciendo *con oscilaciones de luz* las inflexiones de la voz.

Esta corriente variable es la que sacude la placa resonante, *m*, del teléfono: de tal modo, que en cada instante reproduce *en tono e intensidad* los ruidos que hacen vibrar la placa del micrófono.

Pero ¿cómo?, ¿por qué?

Sabido es que una barra de hierro dulce

rodeada por un alambre en espiral, se convierte en un imán cuando por el alambre pasa una corriente eléctrica, y que al cesar esta corriente queda el hierro desimantado. Agregaremos ahora que según la corriente sea débil o intensa, así la imantación del hierro será pequeña o grande.

Como en el teléfono hay uno de estos electroimanes, *e* (fig. 2.ª), y frente a un extremo *h* de su barra central está la placa resonante *m*, al pasar por el alambre una corriente e imantarse la barra, atraerá esta placa con gran fuerza—lo cual la hará sonar fuerte—si la imantación, o sea la corriente, es grande; con poca fuerza—o sonido débil—si la corriente e imantación son poco intensas. Ahora bien, tornando al experimento de la bombilla eléctrica, veríamos que cuando frente al micrófono suena un ruido fuerte, brilla mucho la bombilla, lo cual prueba que a ella llega mucha corriente, mientras que apenas luce, indicando ser escasa la corriente, cuando el ruido actuante es débil.

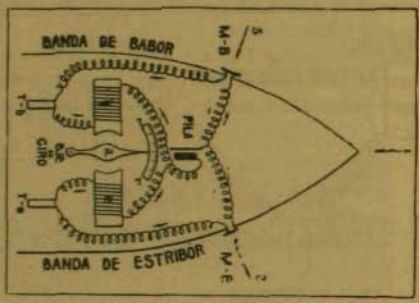


Figura tercera.

De aquí deducimos que la intensidad de la corriente que el micrófono deja pasar es grande o pequeña según sea el ruido fuerte o tenue; y como antes se ha visto que a mayor corriente mayor fuerza atractiva en el electroimán del teléfono, es evidente que "esta fuerza atractiva crece o decrece con los ruidos que al teléfono lleguen".

Y con esto, fácil es ya comprender el funcionamiento del teléfono diferencial, objeto del presente artículo.

Bajo el agua se propagan los sonidos mejor que en el aire; y así desde un submarino sumergido se oye perfectamente, desde larga distancia, el ruido de la hélice de un barco.

Instalado, pues, un micrófono receptor en la banda de babor de un submarino y otro en la de estribor, los auditivos de los correspondientes teléfonos oirán el run-run de dicha hélice, como las orejas del hombre que con los ojos vendados quería acercarse al reloj, oían el tic-tac de éste.

Cuando el submarino navegue bajo el agua rectamente en la dirección del barco 1 (figura 1.ª), el comandante, con un teléfono en cada oído, percibirá ruidos de igual intensidad por ambos, mientras se halle en buen rumbo. Pero si por efecto de la marcha del barco enemigo éste pasara de 1 a 2, el teléfono de babor (izquierda) sonaría con mayor intensidad que el de estribor, indicando esto al comandante que deberá inclinar el timón a babor para rectificar el rumbo. Cuando los teléfonos volvieran a sonar igualmente, enderezaría de nuevo el timón. Gobernando así, conseguiría navegar en la dirección del enemigo, con igual seguridad que si le estuviera viendo; y sin mostrar el periscopio, podrá llegar tan cerca del barco como convenga para asegurar la puntería del torpedo.

Pero la observación, combinada, de ambos teléfonos, es fatigosa y un tanto precaria, por lo cual se han transformado las indicaciones de aquellos, de modo que, en vez de oirlas, las ve el piloto. He aquí cómo. En la figura 3.ª representan M-B y M-E los micrófonos receptores de babor y estribor, y T-*b* y T-*e* los teléfonos correspondientes a cada uno de ellos; pero el alambre que de la pila lleva la corriente a unos y otros, pasa, antes de entrar a cada teléfono, por dos electroimanes *b* y *e*, situados a derecha e izquierda de una aguja indicadora de hierro *a* susceptible de ser atraída hacia opuestos lados por ambos electroimanes, cuando por ellos pasa dicha corriente.

Si el submarino está rectamente enfilado al barco que quiere atacar, le llega el ruido de la hélice de éste en la dirección de la flecha 1, equidistante de los dos micrófonos M-B y M-E, que, vibrando, por lo tanto igualmente, dejan pasar corrientes iguales a los dos teléfonos y a los electros *e* y *b*, que atrayendo con igual fuerza en opuestos

sentidos a la aguja indicadora *a* se contrarrestan, dejando a ésta quieta, y marcando el cero situado en el centro de un cuadrante graduado *rr*, situado bajo su punta.

Si por estar el barco a la derecha, en vez de hallarse a proa, llega el ruido de él, según manifiesta la flecha 2, la excitación del micrófono M-E y la corriente que deje pasar, serán mayores que las correspondientes al micrófono M.-B; y por lo tanto, la imantación y fuerza atractiva de *e* sobrepujarán a las de *b*; y vencidas por ellas la atracción de *b* sobre la aguja, se desviará ésta hacia la derecha del cero del arco indicador.

Por iguales razones la desviación será a la izquierda cuando el barco enemigo quede a babor y el ruido llegue en la dirección de la flecha 3.

De ello resulta que en el cuadrante indicador, y sin acudir a los teléfonos, se ven el ruido por el barco producido y la dirección de que procede.

Y aunque dicho barco esté en movimiento.

Nada más fácil ya que gobernar en consecuencia para navegar hacia él.

Y aún esto no es todo, pues utilizando una corriente más potente, cuya intensidad sea modificada análogamente de modo que sufra variaciones semejantes a la de los teléfonos, puede hacerse que tal corriente imante electroimanes de fuerza suficiente para mover el timón, como los *e* y *b* mueven la aguja. Con esto las variaciones de posición del barco enemigo determinarán diversa intensidad en los ruidos llegados por derecha e izquierda, y diferente fuerza atractiva, por lo tanto, en los electros del timón, que automáticamente (y sin que nadie lo gobierne) será por ellos inclinado al lado conveniente para conservar constantemente al submarino en buen rumbo; es decir, que no el comandante de éste, sino la misma hélice del adversario gobierna al submarino.

De otras aplicaciones a la navegación bajo las aguas, y combate entre submarinos en el seno de ellas, es susceptible el sistema. Tal vez hablemos de ellas otro día.



Tucumán en 1825

Por

Joseph Andrews

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

LAS riquezas minerales del Perú, Bolivia, Chile, Argentina, etc., despertaron en Europa, en los años inmediatos a la independencia, un gran entusiasmo.

Al calor de esta fiebre, formáronse, especialmente en Londres, diversas compañías para explotar los veneros metalúrgicos del suelo americano. Con tal motivo, visitaron nuestros países varios sabios y viajeros, como Sir Francis Head, Barry, Sutteliffe, Pedro Schmidtmeyer, John Miers, Mr. E. I. Cameron y otros.

Entre estos viajeros, queremos ocuparnos del capitán Mr. Joseph Andrews, quien estuvo en Sud América en 1825 y 1826 y que es autor del libro **'Journey from Buenos Aires, through the provinces of Córdoba, Tucumán and Salta to Potosí, thence by the deserts of Caranja to Arica and subsequently to Santiago de Chile and Coquimbo, undertaken on behalf of the Chilian and Peruvian Mining Association in the years 1825-1826.—London, 1827.''**



La casa de la jura.

Mr. Andrews era agente-delegado de una Compañía Minera inglesa fundada en Londres para trabajar minerales en Sud América, y visitó la vecina República Argentina, en 1825.

Se proponía, juntamente obtener del Gobierno, las garantías para la explotación minera, y ciertos derechos de conciencia para los súbditos británicos que se establecieran.

Asimismo proponíase establecer y sostener un colegio de ciencias prácticas y escuela lancasteriana en Tucumán.

Para la realización de este objeto, se comprometía la Compañía a dar y mandar a su costa instrumentos elementales, matemáticos y científicos, un laboratorio y aparatos de química necesarios para enseñar la mineralogía, y además una colección de minerales europeos, como base para formar un Museo de historia natural.

La negociación se llevó a término en Tucumán con la autorización legislativa para el establecimiento de la Compañía Minera, que debía explotar toda clase de minerales; pero los legisladores tucumanos declararon que la religión católica apostólica romana era la ''única religión de la provincia'', y ''quedaba excluída en toda la extensión del territorio el ejercicio de cualquiera otra secta''. Con tal resolución se desechaba el establecimiento de la libertad de conciencia y tolerancia de cultos que el Gobierno de Gran Bretaña por esa época se afanaba en ver consagrado y aceptado en un tratado sobre comercio, amistad y navegación con las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Mr. Andrews ha consagrado su libro a la

relación del viaje. De sus páginas fluye un curioso espíritu de observación, no exento a veces, de ironía.

Lo que llama la atención con mayor intensidad es el relato de las costumbres de la época.



Entrada al salón donde se juró la Constitución.

Ha sido tan hondo y tan enorme el progreso realizado de entonces acá que valle la pena de reproducir algunas de las páginas del viajero inglés, quien era anglicano, y que, transportado a un medio social ajeno al suyo, vacía su observación con rasgos de sinceridad y de "humour" que pueden leerse con curiosidad y con interés.

He aquí cómo describe una escuela tucumana, al aire libre:

"...Una higuera, cuyo exuberante ramaje se inclinaba hasta cerca del suelo, produciendo un vasto círculo de sombra, me detuvo, y espiando por entre las anchas hojas, pude ver al pedagogo de la aldea colocado en su asiento directivo, atado al tronco del árbol. Frente a sus educandos, parecía leer un trozo frenológico, a juzgar por los efectos que producía; y, dispuesto a encarrilar a cualquier indisciplinado, una larga varita acompañaba a la lectura.

Este espectáculo no pudo menos que sorprenderme. Hube de creerme en algún distrito europeo, situado en el centro del continente de Colón; sólo tal espectáculo sugerían la ilusión y no los demás caracteres que del país había visto ya. Sin embargo, no había tal, pues, encontrábame en realidad, en la bella provincia de Tucumán, con cerca de la mitad de la superficie terrestre entre Europa y yo.

El cuadro, en extremo interesante, sugeríame estas reflexiones.

También hirió mi imaginación el cuarto que servía de escuela, con su techo vegetal. ¡Qué bello estudio naturalista! Las frescas y anchas hojas de los árboles formaban bóveda sobre él y aumentaban el atractivo de la escena. Hallábanse sentados los muchachos sin orden regular, sobre el césped, bajo el magnífico follaje circular. Algunos, con las piernas cruzadas, leían en alta voz: ba, be, bi; otros, con las rodillas a guisa de mesa, grababan más bien que escribían, sobre una tablilla de madera del tamaño de una pizarra común. Uno o dos, que parecían estar más adelantados que los demás, tenían cuadernos, artículo de lujo en aquellos lugares. Y no faltaban algunos, atareados en aritmética. A todo esto, la varita de marras no olvidábase de zurrar la coronilla de los perezosos o soñolientos.

Curioso era el espectáculo para nosotros, pues no habíamos visto hasta ahora nada que no fuera sino el reverso de seres cuidadosamente educados. No tuvimos tiempo de hacer reflexiones, porque habiéndome descubierto los muchachos, pusiéronse a reir, lo que, llamando la atención del pedagogo, hízole tomar su muleta, pues era cojo, y tratar de averiguar la causa.



La casa antigua.

Nos adelantamos inmediatamente a través de la única abertura del ramaje y nos confesamos los intrusos. Sorprendióse tanto como sus alumnos y su magistral entrecejo, pues era alcalde y maestro, cambió sus tonos por los de una amable sonrisa.

Aceptamos su invitación de pasar al recinto, en donde nos entretuvimos en examinar el grado de adelanto de sus alumnos y en escuchar sus respuestas a las numerosas preguntas del profesor res.

pecto de la batalla de Ayacucho, la muerte de Olañeta y la terminación de la guerra en el Perú.

Preguntónos si era verdad que los ingleses pensaban establecerse en el país y otras cosas por el estilo. A nuestras preguntas sobre su vida, nos contestó que había nacido en el lugar, rengo de nacimiento y jamás había salido de allí, que había dedicado sus facultades al estudio, aunque allí su profesión era muy pobre (como en todas partes), y que el precio de la instrucción variaba allí entre dos y cuatro reales al mes según lo que enseñaban al educando.



Del tiempo pasado.

En tales circunstancias, acercóse un muchacho para que se le afilara la pluma. Con gran sorpresa nuestra, sacó de sus antiguos pantalones españoles (abiertos a la altura de la rodilla, con una hebilla de plata suspendida), lo que nosotros llamamos "flemish" o cuchilla de jardinero, y procedió, con la ayuda de unos lentes rajados, a sacar punta a la pluma.

—Cómo amigo—le dije yo—¿no tiene otro instrumento mejor para el caso?

—Nada más, señor; soy muy pobre — respondióme. Repliquéle que creía poder ayudarle con algo mejor para usarlo en su profesión, y le regalé un cortaplumas inglés de cuatro hojas que llevaba por casualidad en el bolsillo. Al verlo, exclamó admirado:

—¡Oh, cuatro hojas en un cortaplumas!

Jamás en su vida había contemplado instrumento semejante. Al decirle que se trataba de fabricación inglesa:

—Caramba—respondióme—los ingleses son hombres muy hábiles.

Le dije que lo ponía a su disposición.

—¿Por cuánto?—me preguntó con una mirada que indicaba su falta de recursos para comprarlo.

—Por nada — respondí.

Persignóse el hombre sobre tabla, exclamando.

—Gracias a Dios.

No creo que hubiese demostrado mayor satisfacción si se hubiera tratado de una tonelada de oro o de un billete de lotería de veinte mil libras esterlinas.

Agrupáronse a su alrededor sus jóvenes alumnos con el objeto de ver el tesoro y conseguir del maestro un asueto, aprovechando de su inmensa satisfacción.

Mientras tanto y luego de haberle hecho acceder a medias a los deseos de los muchachos, nos despedimos".

Deja anotado Mr. Andrews en su relato el espíritu intolerante de la sociedad tucumana, y lo enemigos que sus habitantes eran de innovaciones y adelantos, que no permitió a los extranjeros el libre ejercicio de sus religiones.

"He hablado ya, dice, de la influencia de la tradición en Tucumán. El siguiente diálogo entre una madre y sus hijas, deja ver claramente su arraigo. Al volver de su confesión matinal, llamó la mamá a sus hijas

y retorciéndose los brazos con aparente desesperación, les dijo:

Mamá.—¡Oh, hijas mías estamos arruinadas, deshechas!

Hijas.—¿Cómo, mamá, qué pasa?

Mamá.—Hijas mías, el padre M. acaba de decirme que los herejes vienen a tomar posesión de nuestras minas, primeramente, y luego de todo el país. ¡Oh Dios mío! ¿Qué será de nosotras?

Hija mayor.—¡Oh, mamá! ¿Es eso todo? Creí que se trataba de algo peor; cálmate, que si vienen, no nos harán daño.

Mamá.—¡Quién sabe! (dejando caer una lágrima). ¡quién sabe! (dominada por la ansiedad).

Hija mayor.—No te alarmes, mamá, no debemos creer la mitad de lo que dice de los ingleses ese tonto de padre. Recuerdo que cuando éramos pequeñas tú nos decías, según aseveraciones del mismo santo padre, que los ingleses tenían cola como los demonios o como los monos cuando menos.

Hija menor. — También lo recuerdo yo mamá. Y, sin embargo, ahora hemos visto ingleses y no tienen cola.

Mamá.—¡Es cierto, hija mía! Yo también veo que no tienen cola y que todo eso ha sido un cuento. Se parecen mucho a los demás hombres. Sin embargo, estoy convencida, queridas hijas, de que pueden hacernos mucho daño.

Hijas.—¿Por qué mamá? Si lo primero ha sido un cuento, también será lo demás.

Mamá.—No, nó, hijas. ¿Creen ustedes que el padre habría venido a verme y pedirme poco menos que de rodillas, que interpusiera mi influencia en contra de ellos, si no hubiera peligro? Ni él ni el padre jesuíta hubieran procedido así, antes de que el asunto se discutiera en la Sala, si no hubiera alguna razón para ello.

Hija mayor.—Escucha, mamá. ¿Encuentras algo tan peligroso en las personas o maneras de esos ingleses?

Mamá.—Nada, hija; los estimo, me son agradables: ¡qué lástima que no hayan de ir nunca al cielo!...

Hija menor.—Es verdad, es una desgracia, mamá; pero considera, por otra parte, que con la guerra y la emigración a Buenos Aires, ha quedado aquí un hombre por cada diez mujeres, y que si los quinientos ingleses de que habla el padre, vinieran, podríamos quizás encontrar marido, que no los hay mejores que los ingleses, ya lo sabes.

Hija mayor.—Y piensa, mamá, además, en el mérito y placer de convertir un hereje a la verdadera fe.

Mamá.—Algo hay de todo eso, es verdad. Pero ya veo que vosotras consideráis las cosas a vuestra manera. Es inútil seguir discutiendo".

Mr. Andrews, como muchos otros de los agentes de compañías mineras inglesas, no logró dejar cimentados los trabajos necesarios en forma estable; y no fué una de las menores dificultades la negativa que los legisladores tucumanos opusieron al libre ejercicio del culto religioso anglicano. Pero si el objetivo principal que lo trajo a Sud América se frustró, en cambio, ha dejado a la literatura histórica una descripción interesante, donairosa y sincera, eficaz para el estudio de las costumbres de aquella época.

Mr. Andrews, que había sido comandante de un buque (el "Windham"), no carecía de cierto talento literario y facilidad de expresión, aun poética; ya que, a veces, bajo la sugestión del bello paisaje tucumano, exprésase en renglones medidos no exentos de inspiración.

Pero el principal mérito del libro estriba en el relato de las costumbres, en la observación del medio social, que permite al lector transportarse a una época desaparecida totalmente, y penetrar el espíritu de una sociedad a que la evolución económica y cultural ha dado características de un progreso intenso y definitivo.

La salvación del mal poeta

Por

R. Cansinos-Assens

CUANDO el mal poeta, el que hacía los versos tan llenos de ripios y los medía con sus dedos torpes, hubo expirado serenamente en los brazos de la esposa afligida, su alma inmortal, como la de los poetas más grandes, emprendió ligera su vuelo a las alturas azules, que había cantado en tan medianos versos. Aunque era noche cuando dejó la tierra, el espectro del vate se elevaba en medio de una claridad deslumbradora. A su vista espiritual se manifestaban en toda su resplandeciente magnitud los astros, que en las noches serenas habían cautivado su vista mortal y excitado su torpe inspiración. Vió así, en una proximidad de luz irresistible, a Venus azulada, y casi blanca; a Marte rojo; a Sirio, del dulce color de las naranjas. La contemplación de cada una de estas maravillosas luminarias suspendía el alma del poeta en un arrobo lleno de ternura. Al pasar frente a Marte, recordó las teorías de Flammarion, que él había desarrollado en un centenar de composiciones, eligiendo una de aquellas perfectas criaturas que habitan el más adelantado de los planetas, la simbólica Marciana, para música de su simbólico poema. Y al pasar frente a Sirio, volvióse para contemplar la tierra desde el punta de vista de Sirio.



Pero a medida que el soplo divino de su alma iba alentando, cada vez arriba, por entre las esferas inflamadas, guiada por la innata nostalgia del paraíso, la conciencia del mal poeta se iba llenando de congoja. Veía ahora en todo su esplendor, la maravilla de la naturaleza: oía el ritmo misterioso de los mundos y se avergonzaba de haber intentado remedar con el soniquete de sus dedos aquella prodigiosa armonía. Comprendía entonces qué malos versos había dejado sobre la tierra, y el mal poeta, que no había acertado a reproducir la belleza del mundo, sentía la vergüenza de los aprendices.—Ahora—pensaba,—si sigo elevándome así, llegaré a presencia de Dios, el más alto poeta, el autor de esta rima perfecta de los mundos. Y Dios, al tenerme delante, me rechazará lejos de su presencia por haberle cantado tan indignamente bajo el nombre profano de Apolo. Y seré lanzado al infierno, con las almas de los malos poetas y de los hombres malos.

Y con este temor, se detuvo en su vuelo, temblando como una mariposa en el límite de los cielos, sobre las gigantescas lámparas de los planetas.

Pero en aquel momento, cuando vacilaba así a riesgo de precipitarse en el averno por su infantil desmayo, una blanca y alada figura se manifestó a sus ojos espirituales.—Un ángel—pensó;—sin duda viene a prohibirme el paso de los cielos.—Y lleno de pavor se hundió más abajo. Pero la blanca forma inclinóse sobre él, recogidas sus alas y velada la frente, para no deslumbrarle y mostrarle un semblante humano. Parecía así una criatura de la tierra, joven y virginal. Y con una voz dulce llamó al poeta:—¡Adolfo!—Reanimado por aquella voz tier-

na, el vate se atrevió a afrontar la mirada de la celestial criatura. Y reconociendo en ella, por su perfecta belleza, a la musa de su poema alegórico, saludóla con una voz alegre:—¡Marciana!—Sentía un júbilo pueril al ver confirmadas sus intuiciones. ¡Luego existía aquella Marciana, que él había cantado en sus pobres versos, como última encarnación brillante de una mujer, amada en otra vida, y que por su pureza había llegado en la escala ascendente de la evolución espiritual a hacerse digna de habitar en Marte, morada de los seres más perfectos! Sí; existía Marciana, y sin duda, reconocida a su cantor, ahora venía a salvarle y a llevarle consigo al Paraíso. Henchido de esperanza, el poeta se arrobaba en un dichoso éxtasis. Pero el ángel sacóle de su engaño con una sonrisa condescendiente:—No, no soy Marciana, "la que habita en perfección el gran planeta", como tú has cantado; no soy Marciana, o más bien lo soy, pero no como tú te la figuras. Soy tu ángel de la guarda, el que siempre velo sobre ti, y cuya invisible compañía te inspiraba el amor místico que pusiste en tu Marciana, creación la más pura de tu fantasía de poeta. Al cantar a ella, era a mí a quien cantabas, y de la nostalgia de ver mi semblante, cuya belleza te imaginabas a tu modo, nació en ti ese anhelo de belleza ideal, que te hizo consagrar tu inspiración á magnificar con tus humildes flores retóricas las grandezas de la creación. Yo soy, pues, tu ángel de la guarda, y vengo a recogerte, en este último límite de los mundos sensibles, para llevarte a la presencia de la luz increada.—¿Y veré a Dios, veré al Sumo poeta?—preguntó el alma temblando nuevamente de un miedo místico.—Claro que lo verás—repuso el ángel;—verás a tu Divino Padre, consuelo último y pleno de todas las criaturas que han aspirado al bien y a la belleza.—Más al oir estas palabras, redobló el temor del espíritu.—¿Cómo, ¡oh, ángel!, podré afrontar la presencia del Sumo poeta, yo que tan malos versos hice en mi vida? Sobre la tierra he dejado un centenar de poesías que me avergüenzan. Y lo que más me conturba, es haber puesto en Marte todas las perfecciones, que ahora comprendo no pueden estar sino en el paraíso. Porque, ¿qué es mi pobre Marciana, la más sublime creación de mi fan-



tasía, comparada contigo, oh ángel de la luz? Siento que no podré afrontar la presencia del Sumo Creador.—Pero, al oir estas palabras, el ángel sonrióse dulcemente, y tomándole en sus brazos, díjole con una voz tierna:—No temas llegar a la bondad suprema, alma buena e inocente. ¿Qué importa que hayas sido el alma de un mal poeta, si eres la de un hombre bueno? ¿Poesía y bondad no son una misma cosa? Tú practicaste la poesía perfecta bajo la forma de la bondad. Tu inocente manía de hacer versos te libró de caer en la impureza de los vicios nocivos. Mientras otros se daban a la embriaguez de las vides o a la del amor físico, tú, olvidado hasta de tu casta esposa, a la que podías acariciar sin pecado, te abstraías en las noches claras en la contemplación de Marte y pensabas en tu Marciana, que era yo, tu ángel custodio. Aunque tus versos fueran defectuosas tenías, sin embargo, la intuición de la armonía sideral, y golpeando con tus dedos en la mesa de tu despacho, imitabas con ingenuidad sublime el rodar acompasado de los mundos.—¿Pero me dejarán hacer versos?—El ángel tuvo una sonrisa de condescendencia para esta última pregunta infantil. En ella estaba toda la ingenuidad del poeta, que no hubiera podido ser dichoso ni en el Paraíso, como no le consintieran rimar. Y haciendo aún más dulce su voz, le dijo:—Sí, cantarás; cantarás al lado de Homero y de Dante y de Milton, que en presencia del Sumo poeta, como tú le llamas, son vates no menos malos que tú. Cantarás, pero por un modo nuevo, sin tropos ni metáforas, que son todas imperfectas y falsas.

Dijo así el ángel, y cargando con la pobre alma del mal poeta, que fué un hombre bueno, elevóse con ella a las alturas más eminentes del Paraíso.

Una novela de Wells.

Vells, uno de los mejores novelistas de Inglaterra en este siglo, es el autor de la hermosa novela que comienza a publicar "Pacífico Magazine".

El nombre tan sólo del autor de "El Hombre Invisible" es una garantía para este folletín admirable, donde la fantasía y lo real están unidos en un maridaje estrecho de arte y de emoción. "El Hombre Invisible" ha sido ilustrada por el ya célebre Luis Strimpe, quien ha interpretado al maestro Wells con fidelidad admirable.





El Hombre Invisible

Por

H. J. WELLS

La llegada del extraño personaje

El forastero llegó a últimos de febrero, un día crudo, con un viento glacial y una nevada persistente, la última del año, que alfombraba el suelo, habiendo recorrido a pie la distancia desde la estación de Bramblehurst, y llevando en la mano, cubierta por espeso guante, una maletilla de cuero negro.

Iba envuelto de cabeza a pies, y el ala de su hongo le cubría el semblante, no permitiendo ver otra cosa que la brillante punta de su nariz; la nieve se había amontonado sobre sus hombros y sobre el prominente pecho, añadiendo un blanco crestón a la pesada envoltura. Metióse en la posada del lugar llamada "Coche y caballos", mas muerto que vivo, y arrojó la maletilla al suelo.

—¡Fuego — exclamó, — por caridad!.. ¡Una habitación y fuego!

Sacudióse en el bar la nieve que le cubría, y siguió a mistress Hall a la sala común, para hacer el ajuste. Y sin mucha más introducción que la de echar dos soberanos encima de la mesa, sentó sus reales en la posada.

Mistress Hall encendió un buen fuego y dejó al huésped, mientras iba a prepararle

una colación con sus propias manos. Un viajero que iba a detenerse en Iping, en aquella estación, era una especie de inusitada buena suerte, y, no habiendo, a mayor abundamiento, regateado, la posadera quería mostrarse digna de su buena fortuna.

Tan pronto como el jamón empezó a sonrosarse, y Millie, la imperturbable maritornes, fué sacada de su placidez mediante unas breves pero escogidas frases de irónico desdén. Mrs. Hall corrió a la sala con el mantel, platos y vasos, preparando la mesa de la manera más ruidosa. Aun cuando el fuego era vivo y brillante, el viajero, como observó la hostelera con gran sorpresa, no se había despojado de sombrero ni abrigo, y estaba de espaldas a la puerta, contemplando, a través de los vidrios, la nieve que caía en el patio.

Tenía a la espalda, y enlazadas, sus manos enguantadas, y parecía perdido en hondos pensamientos. Notó que la nieve derretida que goteaba de sus espaldas, iba cayendo sobre la alfombra.

—¿Quiere Ud. que me lleve el sombrero y el abrigo, señor, y los secaré en la cocina?—dijo.

—No—contestó el viajero sin volverse.

Creyó que no la había oído, e iba a repetir la pregunta.

El huésped volvió la cabeza y la miró de soslayo.

—Prefiero tenerlos puestos,—dijo categóricamente; y Mrs. Hall notó que llevaba gafas con cristales laterales de azul obscuro y unas pobladas patillas que casi le ocultaban el rostro.

—Está muy bien, señor—dijo.—¡Como usted quiera! Dentro de poco el aposento estará hecho un horno.

El otro no contestó, y desvió de nuevo el rostro, y Mrs. Hall, comprendiendo que sus intentos de conversación eran inoportunos, dejó el resto del servicio sobre la mesa, de un modo algo brusco, y salió vivamente. Cuando entró de nuevo, el hombre permanecía todavía allí, como si estuviera petrificado, encorvada la espalda, levantado el cuello del abrigo, vueltas las alas del sombrero, tapándole cara y orejas completamente. Dejó el jamón y los huevos con gran afectación, y gritóle, mejor que dijo:

—El almuerzo está servido, señor.

—Muchas gracias—contestó él en el acto, y no se movió hasta que oyó cerrarse la puerta. Entonces giró en redondo y se acercó a la mesa con cierta ansiedad.

Al pasar por detrás del bar para ir a la cocina, Mrs. Hall oyó un sonido que se repetía a regulares intervalos. Chizc, chizc, chizc, era el ruido de una cuchara que se agita vivamente dentro de una vasija.

—¡Esa chica!—dijo.—¡Vamos! Lo había olvidado por completo... ¡Hace las cosas con esa calma!

Y mientras concluyó, por sí misma, de ligar la mostaza, echó a Millie algunos alfilerazos por su excesiva cachaza. Ella, mistres Hall, había preparado el jamón y los huevos, puesto la mesa, y hecho todo lo demás, mientras Millie—¡vaya una ayuda!—había conseguido hacer la mostaza... a medias. ¡Y eso con un nuevo huésped, que quería estar una temporada! Luego rellenó la mostacera y, poniéndola con cierta solemnidad en la bandejilla negra, con ramas doradas de servir el té, encaminóse a la sala.

Dió un golpecito en la puerta y penetró resueltamente. A su vista, el huésped hizo un rápido movimiento, tanto, que la posadera no pudo sino entrever el destello de una cosa blanca que desaparecía detrás de la mesa. Parecía así como si quisiera recoger algo del suelo. La buena mujer dejó la mostacera sobre la mesa, y luego se percató de que el sombrero y el abrigo habían sido colocados sobre una silla frente a la chimenea. Un par de botas mojadas amenazaban oxidar los relucientes morillos. Decididamente afrontó la cuestión.

—¿Supongo que podré llevarme estas cosas para secarlas?—dijo con tono que no admitía réplica.

—Deje usted el sombrero—dijo el huésped con voz velada, y volviéndose Mrs. Hall vió que había levantado la cabeza y que la estaba mirando.

Por un momento, la mujer le contempló con tal asombro que la impedía el habla.

Llevaba un lienzo blanco—la servilleta que había recogido—sobre la parte inferior del rostro, de modo que ni boca ni mandíbulas eran visibles, y de aquí lo ahogado de la voz. Pero no era esto lo que había sorprendido a Mrs. Hall. Era la blanca venda que cubría su frente, hasta las gafas, y otra tal, cruzándole con la primera, que le tapaba las orejas, no permitiendo la vista de la más pequeña porción de su rostro, excepto la rubicunda y afilada nariz. Esta estaba tan roja y brillante como al principio. Vestía un chaqué de terciopelo obscuro y un acartonado cuello de hilo de los más exagerados. La espesa cabellera negra, escapándose por los claros que dejaban las vendas, se erizaba en singulares bucles y cuernecillos, dándole el más extraño de los aspectos que puedan concebirse. Aquella vendada y aho-

gada cabeza era tan distinta a todo lo que la posadera había previsto que, por un momento, quedó muda de estupor.

Permaneció el viajero con la servilleta sobre la boca, sujetándola con la enguantada mano, y mirándola a través de sus inexcrutables gafas azules.

—Déjeme usted el sombrero—dijo indistintamente a través del lienzo.

Los nervios de la posadera empezaron a recobrarse del choque recibido. Colocó de nuevo el sombrero sobre la silla junto a la chimenea.

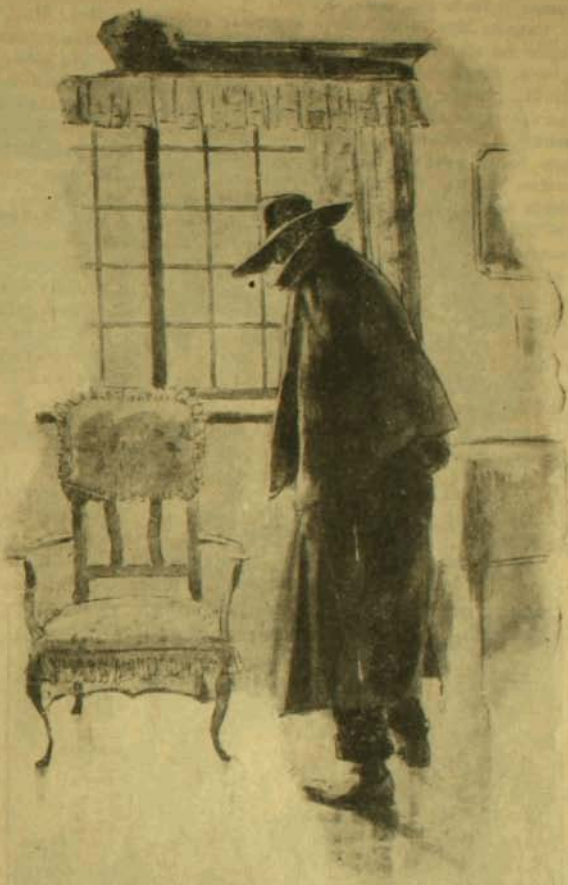
—Yo no sabía, señor, que...

Y se detuvo embarazada.

—Gracias — contestó él secamente, paseando su mirada de la puerta a ella y luego de ella a la puerta.

—En un momento estará todo seco—dijo la mujer y salió llevándose las prendas, no sin echar una última mirada a la blanca cabeza entrapajada; pero la servilleta continuaba ocultando la boca. Sintió un ligero estremecimiento al cerrar la puerta, y en su semblante se pintaba una elocuente expresión de sorpresa y perplejidad.

—¡En mi vida!...—murmuró. — ¡Eso es!.....



Prefiero conservarlos, agregó él.

Encaminóse lentamente a la cocina, y estaba demasiado preocupada para emprenderla con Millie y sus negligencias.

El huésped escuchó los pasos que se iban alejando. Echó una escrutadora mirada a la ventana antes de apartar la servilleta, y reanudó su interrumpido almuerzo. Tomó un bocado, miró receloso hacia la ventana, y tomó otro bocado; después, levantóse, servilleta en mano, atravesó la estancia y bajó el transparente a nivel de los blancos visillos que cubrían los vidrios inferiores de la ventana. La habitación quedó casi a obscuras. Volvió a la mesa con aire más tranquilo y continuó el almuerzo.

—¡Ese pobre hombre ha sufrido algún accidente, o una operación, o algo así!—dijo Mrs. Hall.—¡Pero qué susto me ha dado con sus vendas!

Echó una paletada de carbón al hogar, extendió los aparejos del caballo y colocó encima el abrigo del viajero.

—¡Y aquellos anteojos! ¡Mejor que un hombre parece un alma en pena!

Colgó el tapabocas en una estaca.

—Y sin quitarse la servilleta de la boca en todo aquel rato... y hablando por debajo!... Quizás tenga lastimada la boca también... probablemente.

Dió una vuelta en redondo súbitamente, como quien recuerda algo.

—¡Dios me ampare!—exclamó, haciendo un

corte en sus pensamientos;—¿pero no ha hecho usted todavía esa salsa, Millie?

Cuando Mrs. Hall volvió a retirar el servicio del almuerzo, se confirmó en su idea de que el forastero tenía la boca estropeada o herida, pues le encontró fumando una pipa, y, durante todo el tiempo que estuvo en el aposento, no abandonó el pañuelo de seda con que había envuelto la parte inferior de su rostro, sin llevarse el tubo a la boca. Y no debía ser olvido, pues le vió mirar el hornillo, que humeaba aún. Estaba sentado en un rincón, de espaldas a la ventana, y hablaba, habiendo comido y bebido y encontrándose satisfecho, con menos acritud que antes. El reflejo del hogar daba una especie de rojiza animación a sus gafas de que habían carecido hasta entonces.

—Tengo algún equipaje,—dijo,—en la estación de Bramblehurst...

Y preguntó cómo podría traerse. Luego inclinó cortésmente su enfundada cabeza como prueba de reconocimiento a la dueña por sus explicaciones.

—¡Mañana!—dijo; — ¿no habría medio de que fuese más pronto?

Y pareció desconcertado cuando le contestó negativamente. ¿Estaba segura? ¿No iría ningún carretero del lugar en seguida?

Mrs. Hall, nada corta, contestó a sus preguntas y planteó la conversación.

—No están los caminos para transitados de noche, señor—dijo en contestación a su pregunta sobre un carro.—Hará poco más de un año volcó un carruaje. Se mató un caballero que iba dentro, y el cochero también. Una desgracia ocurre en un momento... ¿verdad, señor?

Pero el huésped no se dejó domesticar tan fácilmente.

—En efecto—dijo por debajo del pañuelo, mirándola quietamente a través de sus impenetrables gafas.

—Y tarda mucho en enmendarse... ¿no le parece a usted? Ahí está mi sobrino Tom, que se hirió un brazo con una hoz... segando en el campo, y... ¡Dios nos ampare!... estuvo tres meses en cura... Y no querrá usted creerlo... desde entonces me asusta una hoz...

—Lo comprendo muy bien—dijo él.

—Y temimos, durante algún tiempo, que tuviese que operársele... tan mal se puso, señor.—El forastero lanzó una carcajada brusca—un intento de risa que pareció morder y matar en sus labios.

—¿De veras?—dijo.

—De veras, señor. Y no fué cosa de risa para la que, como yo, tuvo que cuidarle, pues bastante tenía mi hermana con la familia menuda. ¡Y cuánto vendaje que hacer, y deshacer! Así que, si yo me atreviese a decirlo, señor...

—¿Quiere usted traerme cerillas? — interrumpió el huésped de la manera más impolítica.—Se me ha apagado la pipa.

Mrs. Hall quedó enteramente cortada. Era realmente una grosería después de haberle dicho todo lo que había hecho. Quedóse indecisa unos momentos, pero recordó los dos soberanos y salió en busca de las cerillas.

—Gracias—dijo él concisamente, cuando las dejó sobre la mesa; y volvió la espalda y se quedó de nuevo contemplando el exte-



Hablaba a través de la servilleta blanca.



El señor Henfrey en el trabajo.

rior a través de los vidrios. Evidentemente le desagradaba al sujeto hablar de vendajes y de operaciones. Mrs. Hall no se atrevió a decir lo que quería. Pero sus agresivas maneras le habían irritado, y Millie pudo conocerlo sobradamente.

El huésped permaneció en la sala hasta las cuatro de la tarde, sin dar el más mínimo pretexto para una intrusión. Durante la mayor parte del tiempo estuvo enteramente quieto; se le hubiera podido ver sentado ante la chimenea, en la obscuridad fumando su pipa, quizás dormitando.

Una o dos veces, un observador le hubiera oído remover el cuévano del carbón, y por espacio de cinco minutos resonaron sus pasos sobre el pavimento. Después se oyó crujir el sillón, al instalarse de nuevo en él.

CAPITULO II

Primeras impresiones de Mr. Teddy Henfrey

A las cuatro, reinando completa obscuridad, y cuando Mrs. Hall cobraba ánimos para ir a preguntar al huésped si quería una taza de té, Teddy Henfrey, el relojero, entró en el "bar".

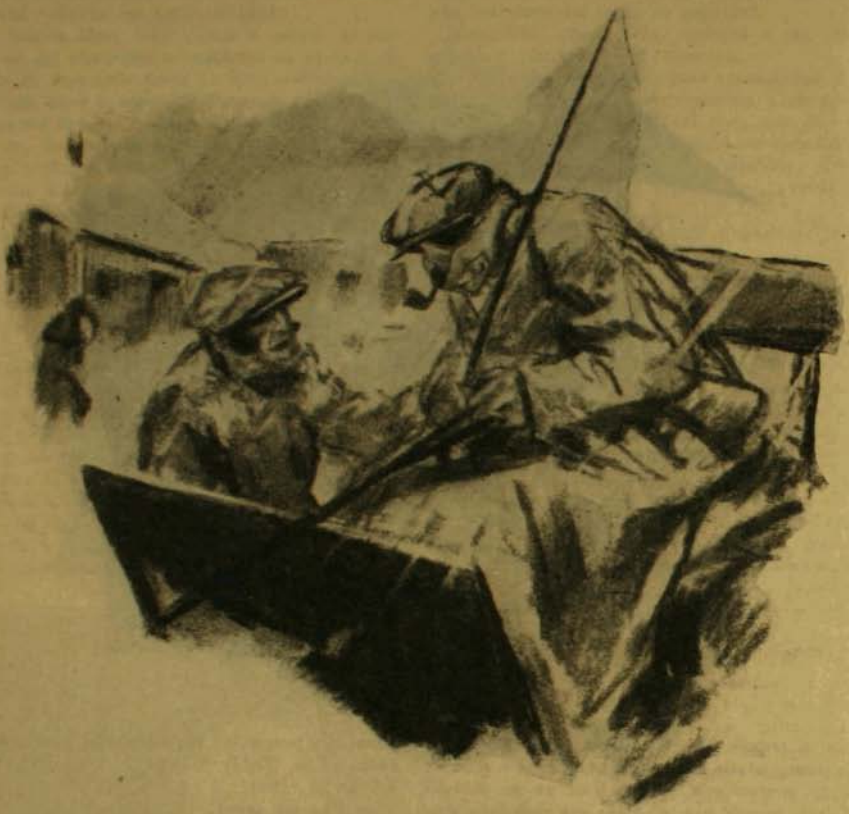
—¡Por mi salud! ¡Vaya un tiempo, Mistres Hall—dijo—para zapatos de baile! La nieve, fuera, caía más espesa.

Mrs. Hall convino en ello, y luego notó que llevaba la caja de herramientas.

—Puesto que está usted aquí, Mr. Teddy, —dijo—quisiera que le echase un vistazo al reloj de la sala. Anda y da las horas, pero la saeta pequeña no quiere moverse de las seis.

Y mostrándole el camino, llegó a la puerta de la sala, llamó y entró.

El huésped, como observó la hostelera al abrir la puerta, estaba sentado junto al fuego, dormitando, al parecer, con la entapujada cabeza inclinada a un lado. La única luz que alumbraba la estancia era el rojizo fulgor que despedía el hogar. Todo le pareció sombrío, indistinto, tanto más cuanto que acababa de encender el quinqué del "bar". Pero por un momento tuvo la visión de que el hombre que estaba junto al fuego tenía una enorme boca atrozmente abierta, una inmensa, increíble boca, que le "comía" ca-



En casa tiene Ud. un extravagante

si toda la parte inferior de la cara. Fué la impresión de un momento; la blanca cabeza, los monstruosos azulados vidrios, y aquella espantosa caverna. La posadera abrió la puerta de par en par, penetrando alguna más luz de fuera, y le pudo ver más claramente, con el pañuelo cubriéndole la boca, como antes lo había hecho la servilleta. Las sombras, pensó, la habían hecho ver mal.

—¿Tendría usted inconveniente en que el relojero eche una mirada al reloj?—dijo recobrándose de su momentánea confusión.

—¿Al reloj?—contestó él, volviéndose perezosamente y hablando por debajo de su mano; y luego, ya más despejado, añadió:—¿Por qué no?

Mrs. Hall salió en busca de una luz, y el huésped levantóse y se desperezó. Vino la luz, y Mr. Teddy Henfrey, al entrar y saludar, fué inspeccionado por el vendado personaje. "Medido de cabeza a pies". Expresión de Henfrey al referir su entrevista.

—¡Buenas!—respondió el forastero, mirándole, según contó después Mr. Henfrey con una pintoresca imagen refiriéndose a las gafas "con ojos de langosta".

—Espero—dijo Mr. Henfrey—que esto no será molestar.

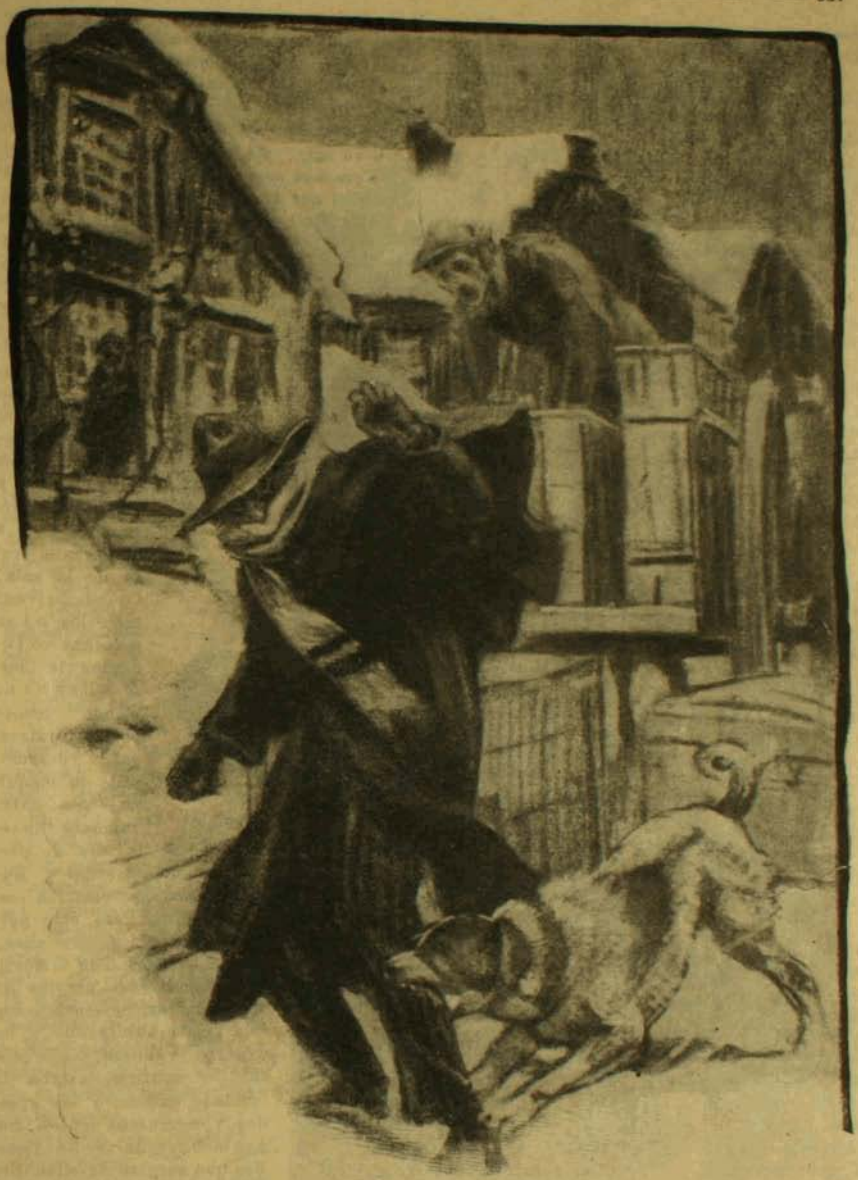
—De ninguna manera—respondió el forastero.—¡De cuanto debo entender—añadió volviéndose a Mrs. Hall—que este aposento es enteramente mío y de mi propio uso!

—Yo creía, señor,—dijo Mrs. Hall,—que usted preferiría tener el reloj...

—¡En efecto!,—contestó el huésped,—en efecto; pero generalmente prefiero estar solo y que no se me estorbe.

Volvióse, dando la espalda al fuego y con las manos atrás.

—Y luego—continuó—que el reloj esté



...e hizo presa en la pantorrilla del forastero.

compuesto, hágame usted servir una taza de té. Pero no, hasta que la compostura haya terminado.

Mrs. Hall iba a salir de la estancia—esta vez sin hacer la menor tentativa de entrar en conversación, por miedo de ser sofocada delante de Mr. Henfrey—cuando su huésped le preguntó si había pensado en la conducción del equipaje. Ella le contestó que había hablado del asunto con el conductor del co-

rreo, y que un carro lo recogería a la mañana siguiente.

—¿Cree usted que es el medio más expedito?—preguntó él.

—Estaba segura, según dijo con marcada frialdad.

—He de advertir—añadió el huésped,—y no lo he hecho antes porque estaba muerto de frío y de fatiga, que me dedico a las ciencias experimentales.

—¡Realmente, señor!—dijo Mrs. Hall muy impresionada.

—Y en mi equipaje vienen aparatos e ingredientes...

—Cosas todas muy útiles, señor,—observó Mrs. Hall.

—Y estoy, naturalmente, ansioso por reanudar mis investigaciones.

—Se comprende, señor.

—Mi razón para venir a Iping — continuó él con cierta intencionada manera— era... un gran deseo de estar en completa libertad. No quiero que nadie me moleste en mi trabajo... Además de esto, un accidente...

—¡Ya me lo figuraba yo! — se dijo mistress Hall.

—Me obliga a guardar cierto aislamiento. Mis ojos, a veces, se ponen tan débiles y doloridos, que tengo que permanecer en la obscuridad horas enteras... encerrarme. Esto sucede con frecuencia... pero no en este momento... En tales ocasiones el más ligero ruido, la entrada de un extraño en mi aposento, cualquier cosa se convierte en un tormento para mí... No está de más que estas cosas queden entendidas.

—En efecto, señor—dijo Mrs. Hall.—Y si yo me atreviese a decir...

—Creo que está dicho todo—dijo el forastero con aquel irresistible aire de autoridad que tomaba cuando le convenía.

Mrs. Hall reservó su pregunta y su simpatía para mejor ocasión.

Después que Mrs. Hall hubo salido del aposento, el huésped permaneció frente a la chimenea, atisbando, según Mr. Henfrey, la compostura del reloj. El relojero trabajaba con la lámpara a su lado, y la pantalla verde reflejaba una brillante luz sobre sus manos y sobre la máquina y las ruedas, dejando casi a obscuras el resto de la sala. Cuando levantaba los ojos manchas coloreadas le deslumbraban; siendo curioso por naturaleza, había desmontado la máquina—cosa enteramente innecesaria—con la idea de permanecer más tiempo y trabar, quizás, conversación con el forastero. Pero éste permanecía absolutamente silencioso e inmóvil. Tan inmóvil, que atacaba los nervios de Mr. Henfrey. Se sentía como solo en la habitación, y levantaba la cabeza, y allí, obscura y confusa, estaba la vendada cabeza, y los grandes y negruzcos lentes, con una neblina de verdes destellos que surgían de ellos. Era tan extraordinario para Henfrey, que durante un buen rato se quedó contemplándolo vagamente. Henfrey bajó de nuevo los ojos. ¡Desagradable situación! El decir algo le aliviaría un tanto.

¿No podría hacer la observación de que el tiempo era muy frío para lo adelantado de la estación?



Cuss golpeó la puerta.

Levantó la cabeza como para tomar ánimos con esta frase sacramental:

—El tiempo... —empezó.

—¿Por qué no termina usted y se marcha?—dijo la rígida figura, evidentemente en un acceso de reprimida cólera.—Todo lo que ha hecho usted hasta ahora es fijar el horario en su eje. Eso es enredar... sencillamente.

—¡Oh, caballero... cuestión de un momento más! ¡Quería revisar!...

Y Mr. Henfrey terminó y se fué. Pero salió excesivamente mortificado.

—¡Maldita sea su estampa!—exclamó para su capote, trotando a través de las calles cubiertas de nieve; — ¡un hombre puede desmontar un reloj, segura... mente!

Y luego:

—¿Es que no puede un hombre mirarte? ¡Grosero!

Y otra vez:

—A lo que parece, no. ¡Si te estuviese buscando la policía no andarías más envuelto y lleno de vendas!

En la esquina del Gleeson vió a Hall, el marido de la posadera de "Coche y caballos", que conducía un carruaje entre Iping y el empalme de Lidderbridge cuando le salía carga, y que regresaba de este último punto en aquel momento. Hall, evidentemente, había echado "un traguito" en Lidderbridge, a juzgar por su manera de guiar.

—¿Cómo va, Teddy?—dijo al pasar.

—En casa tiene usted un extravagante,—contestó Teddy.

Hall, muy sociable, saltó del pescante.

—¿El qué?—preguntó.

—Un huésped, un extravagante que se ha alojado en "su posada" — repitió Teddy.—¡Por mi salud!

Y procedió a hacer a Hall una pintoresca descripción del grotesco personaje que se había hospedado en su casa.

—Se creería que anda disfrazado, ¿eh? A



Apenas si tuvo tiempo de ver una cosa original...

mí me gustaría ver la cara de un hombre que residiese en mi casa;—dijo Henfrey;—¡pero las mujeres son tan confiadas! Sobre todo cuando se trata de forasteros. Ha tomado habitación y aún no ha dado su nombre, Hall.

—Usted dice...—contestó Hall que era hombre de corta comprensión.

—Sí—continuó Teddy;—ha pagado una semana. Sea quien quiera, no puede Ud. echarle hasta dentro de una semana. Y mañana le traerán una carretada de equipaje, según dice. ¡Al menos que no resulten cajas llenas de piedras, Hall!

Y contó a Hall que su tía la de Hastings fué estafada por un forastero con una maleta vacía.

Dejó a Hall un si es no es receloso.

—¡Arriba vieja!—dijo a la yegua. —¡Será preciso que yo vea lo que es eso!

En cuanto a Teddy continuó su camino considerablemente aliviado.

En lugar de "ver lo que ero aquello", sin embargo, Hall, al entrar en casa, fué severamente amonestado por su mujer a causa de su larga parada en Lidderbridge, y sus tímidas preguntas fueron acremente contestadas sin ser en modo alguno pertinentes las respuestas.

Pero la sospechosa simiente echada por Teddy había germinado en la mente de Mr. Hall, a pesar de las maneras de su cónyuge.

—Las mujeres no entendéis de esas cosas —dijo, resuelto a saber alguna cosa más sobre el huésped, a la primera ocasión.

Y luego que el forastero se hubo ido a la cama, lo que ocurrió a las nueve y media, Mr. Hall penetró agresivamente en la sala común, y examinó cuidadosamente el mobiliario de su mujer, como para demostrar que el forastero no era allí el amo, y echó una mirada despreciativa sobre una hoja de papel con operaciones escritas en él, que el forastero había dejado sobre la mesa. Al retirarse a descansar aquella noche, encargó a Mrs. Hall que examinase cuidadosamente el equipaje del huésped al siguiente día.

—Métete en tus cosas, Hall—contestó ella —y déjame a mí las mías.

Y se sentía tanto más inclinada a tomarla con Hall cuanto que el forastero era indudablemente de una inusitada y extraordinaria especie, y no estaba, en su fuero interno, segura de él en lo más mínimo. A media noche despertó soñando con espantosas y blancas cabezas, semejantes a gigantescos nabos, que se arrastraban hacia ella al extremo de interminables cuellos y con tremendos ojos negros. Pero como era mujer de buen juicio, se sobrepuso a sus temores, dió media vuelta y se volvió a dormir tranquilamente.

CAPITULO III

Las mil y una botellas

Así fué cómo el 29 de febrero, a los comienzos del deshielo, cayó como del infinito, en el lugar de Iping, aquel raro personaje. Al siguiente día llegó el equipaje, un notable equipaje, por cierto. Se componía de dos baúles, es cierto, como los que puede usar cada hijo de vecino; pero con la condición de una caja de libros—voluminosos y manoseados libros, algunos de los cuales estaban escritos con incomprensibles caracteres,—y una docena o más de cuévanos, cajas y cajones, conteniendo objetos envueltos en paja,—botellas de vidrio, como le parecieron a Hall, que arrancó algunos puñados de paja haciéndose el distraído.—El forastero, envuelto de pies a cabeza con sombrero, abrigo, guantes y tapabocas, salió a la puerta, lleno de impaciencia, a recibir el carro de Feareuside, mientras Hall se permitía un poco de chismografía preparatoria para ofrecerse a echar una mano. Y salió a la puerta sin percatarse del perro de Feareuside que husmeaba con "dilettante" espíritu las pantorrillas de Hall.

—¡Adelante con esas cajas!—dijo.—Bastante tiempo las estoy esperando!

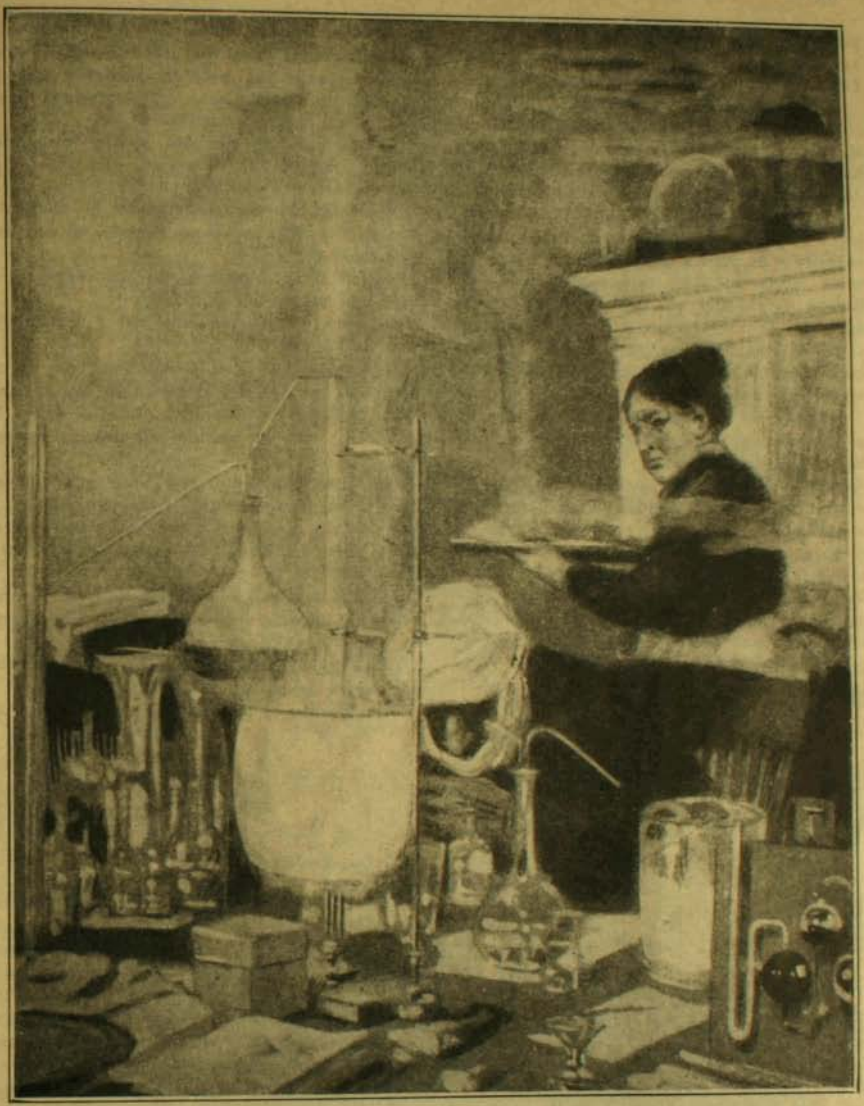
Y bajó los escalones del vestíbulo hacia la zaga del carro, como para estimular la descarga con su acción.

No bien le hubo visto el perro de Feareuside, empezó a erizarse y a gruñir salvajemente, y al descender el último escalón, dió el animal un salto indeciso y se precipitó sobre su mano.

—¡Chucho!—gritó Hall, que no era un héroe tratándose de perros, retrocediendo vivamente.

Y Feareuside vociferó "¡Echate!" e hizo restallar la fusta.

Observaron que los dientes del perro habían rozado la mano del huésped, que éste inició un puntapié, que el can ejecutó un salto de flanco e hizo presa en la pantorrilla del forastero, y oyeron crujir la tela. Entonces la punta del látigo de Feareuside alcanzó al culpable, que aullando dolorosamente, se escondió entre las ruedas debajo del carro. Todo esto ocurrió en menos tiempo que el necesario para contarlo. Todo el mundo gritaba, nadie se entendía. El forastero echó una rápida mirada a su guante y a sus pantalones, trató al parecer de tapar el



Estaba atareado en vaciar en sus tubos algunas gotas de sus probetas...

siete de estos últimos, después volvió las espaldas y se precipitó hacia la puerta. Oyeron sus pasos a lo largo del "bar" y luego crujir la escalera, camino de su alcoba.

—¡Te voy a matar, bruto!—dijo Feareuside, asomándose debajo del carro con el látigo en la mano, en tanto que el perro procuraba substraerse.—¡Aquí!—gritaba el carretero.—¡Aquí... y ganarás más!

Hall había presenciado la escena desde lejos.

—Le ha mordido—dijo después;—iré a ver lo que es.

Y echó detrás del forastero.

En el pasillo encontró a su mujer.

—El perro de Feareuside—dijo—le ha mordido.

Subió las escaleras, y viendo entornada la

puerta del forastero, empujóla y abrió, penetrando sin ceremonia, pues era su carácter franco y familiar por naturaleza.

El transparente estaba echado y obscuro el aposento. Entrevió una cosa de las más singulares, un como brazo sin mano que le hacía señas, y un rostro con tres agujeros, indeterminados lugares en blanco, semejante a una violeta clorótica. Después sintió un violento golpe en el pecho que le hizo girar en redondo, y la puerta le dió en las narices y se cerró. Todo fué tan rápido que no le dió tiempo para hacer una observación. Una ondulación de indescifrables formas, un golpe y una contusión. Y se quedó Hall en el obscuro descansillo, preguntándose qué podía ser lo que había visto.

Después de un par de minutos, se juntó al pequeño grupo que se había formado a la puerta de la posada. Feareuside estaba relatando por segunda vez lo sucedido; allí estaba Mrs. Hall diciéndole que su perro no tenía por qué venir a morder a sus parroquianos; allí estaba Huxter, el universal comerciante de la calle, interrogador; y Sandy Wadgers, el albéitar jurídico; además, mujeres y niños, diciendo cada cual lo que se le ocurría. "¡A mí, no me hubiera mordido, seguro!" "¡No debieran llevarse semejantes perros!" "¡No puede uno ir seguro!" y así sucesivamente.

Mr. Hall, mirándoles desde el umbral y escuchándoles, encontró increíble que hubiese visto algo tan notable escaleras arriba. Además, su vocabulario era demasiado limitado para sus impresiones.

—Dice que no necesita ayuda—respondió a una pregunta de su mujer.—Haremos mejor en meter el equipaje dentro.

—Debía haberse cauterizado al momento —dijo Mr. Huxter—especialmente si hay inflamación.

—¡Un tiro le pegaría yo a ese perro!—dijo una mujer del grupo.

De pronto el perro comenzó a gruñir de nuevo.

—¡Vamos!—gritó una colérica voz en el umbral, y allí estaba el forastero con su cuello levantado y el sombrero echado sobre la cara.—¡A ver si acaban ustedes de entrar eso!

Un observador anónimo notó que se había cambiado de guantes y de pantalones.

—¿Le ha herido a usted, caballero?—preguntó Feareuside. — No sabe usted cuánto siento...

—En lo más mínimo—contestó el forastero. —No ha llegado a la carne. Dese usted prisa, por todos los santos.

Y soltó entre dientes un par de juramentos, según aserto de Mr. Hall.

Bien pronto el primer cuévano, de acuerdo



Es exacto, replicó Feareuside, pero digo lo que pienso



Huían cuando el iba a la ciudad.

con sus órdenes, fué llevado a la sala común; el forastero se precipitó sobre él con extraordinaria ansiedad, y empezó a desembalar, esparciendo la paja sin el menor miramiento a la alfombra de Mrs. Hall, y sacando un surtido de botellas—botellas pequeñas conteniendo polvos, botellas esbeltas y altas conteniendo fluídos blancos y coloreados, botellas estriadas con marbetes diciendo "veneno", botellas panzudas y de estrecho gollete, grandes botellas de vidrio verde, grandes botellas de vidrio blanco, botellas con grifo de cristal y rotulata grabada, botellas con tapón de corcho, botellas con tapón esmerilado, botellas con tapón de madera, botellas de vidrio, botellas con pitorro — que iba poniendo por grupos sobre las sillas, sobre el ábaco, sobre la mesa, debajo de la ventana en el suelo, a lo largo de las paredes, en todas partes.

El farmacéutico de Bramblehurst no podía vanagloriarse de poseer tantas. Era realmente un espectáculo curioso. Cuévano tras cuévano fueron vomitando botellas, hasta que quedaron vacíos y había paja a la altura del tobillo; las únicas cosas que salieron de aquellas canastas, además de las botellas, fueron un cierto número de tubos de ensayo y una balanza cuidadosamente empaquetada.

Y tan pronto como los cuévanos quedaron vacíos, el forastero se encaminó junto a la ventana y empezó sus trabajos, sin dársele un ardite del lecho de paja, ni del fuego que se había apagado, ni de los baúles y demás bultos que habían sido conducidos al piso alto.

Cuando Mrs. Hall entró a subirle la comida, estaba tan absorto en su trabajo, poniendo gotas de las botellas en tubos de ensayo, que no oyó a la posadera hasta que ésta no hubo barrido el montón de paja hacia la puerta, y puso el servicio sobre la mesa, un poco descomedidamente quizás, al observar el estado del pavimento. Entonces volvió un poco la cabeza, mas la desvió de nuevo inmediatamente. Pero Mistress Hall tuvo tiempo de observar que se había quitado las gafas; las tenía junto a él, en la mesa, y le pareció que las órbitas de sus ojos eran extraordinariamente profundas. Se puso en el acto las gafas y entonces se volvió y se encaró con ella. La huéspeda iba a quejarse por lo de la paja, pero él se anticipó.

—Le agradecería que no entrase usted sin



Permaneció extático...

llamar—dijo con aquel tono irritado que le era característico.

—He llamado, pero sin duda...

—Es probable. Pero en mis investigaciones... mis realmente importantes y necesarias investigaciones... el menor estorbo, una puerta que se abre... Debo suplicarle a usted...

—Ciertamente, señor. Pero puede usted cerrarse con llave, si quiere, a toda hora.

—Una gran idea—dijo el forastero.

—Esta paja, señor... Si yo me atreviera a decir...

—No diga usted nada. Si la paja ha ocasionado perjuicio, póngalo en la cuenta.

Y murmuró entre dientes palabras que trascendían a maldiciones.

Estaba tan raro, tan agresivo, con la botella en una mano y el tubo en la otra, que Mrs. Hall sintió cierta alarma. Pero era una mujer resuelta.

—En ese caso, señor, yo quisiera saber en cuánto estima usted...

—Un chelín... pongamos un chelín. ¡Seguramente un chelín será bastante!

—Como usted quiera—contestó Mistress Hall, disponiéndose a extender el mantel.—Si usted está satisfecho...

Volvió la espalda y se sentó asomando tan sólo el cuello del gabán.

Toda la tarde estuvo trabajando con la puerta cerrada, y, según testimonio de Mistress Hall, completamente tranquilo. Pero una vez se oyó un golpe y un tintineo de botellas como si hubiese derribado la mesa, y ruido de vidrios rotos, y después rápidos pasos por toda la habitación. Temiendo no ocurriese algo, Mrs. Hall se acercó a la puerta y escuchó, no atreviéndose a llamar.

—¡No doy con ello!—rugía la voz dentro.—¡No doy con ello! ¡Trescientas mil, cuatrocientas mil! ¡La ingente multitud!... ¡Chasqueado!... ¡Y puedo necesitar toda mi vida!... ¡Ah, loco... loco!...

Oyéronse fuertes pisadas en el "bar", y Mrs. Hall, aunque con gran repugnancia, tuvo que dejar el resto del soliloquio. Cuando volvió, el aposento estaba otra vez silencioso, salvo el crujido de la silla y algún golpe de las botellas. Todo había terminado; el forastero había reanudado su labor.

Cuando le entró el té, vió vidrios rotos en un rincón, debajo del palangana ero, y una mancha dorada que había sido cuidadosamente enjugada. Llamóle la atención sobre ello.

—¡Póngalo usted en la cuenta!—estalló el huésped.—¡Por todos los santos del cielo, no me fastidie usted! ¡Ponga usted en la cuenta todo lo que le parezca!...

Y continuó compulsando una lista que tenía delante.

—Tengo algo que comunicarle—dijo Fearnside misteriosamente.

Era a última hora de la tarde, y estaban en la cervecería de Iping Hange.

—El prójimo de que estamos hablando... aquel a quien mordió mi perro, pues bien, es negro. Al menos lo son sus pantorrillas. Lo vi por el desgarrón de sus pantalones. ¿Usted hubiese esperado ver, naturalmente, ver un color de carne, verdad? Pues no señor. Negro y bien negro. Tan negro como mi sombrero... puedo asegurárselo a usted.

—¡Por vida mía!—exclamó Henfrey.—Es verdaderamente un caso raro. ¡Y con aquella

CAPITULO IV

Mr. Cuss interpela al forastero

He relatado las circunstancias de la llegada del forastero a Iping con cierta prolijidad de detalles para que pueda comprender el lector la singular impresión que produjo. Pero excepción hecha de dos extraordinarios incidentes, las circunstancias de su residen-



Algo como... un índice y un pulgar... me cogió por las narices.

nariz sonrosada, como si se la hubiesen pintado!

—En efecto—asintió Fearenside—ya me he fijado. Y le diré a usted lo que pienso. Ese hombre es pío, Taddy; negro aquí y blanco acullá... a retazos. Y le da vergüenza que lo sepan. Una especie de media sangre, y el color sale a manchas en vez de mezclarse. En los cabellos se ve algo de eso con mucha frecuencia.

---

cia hasta el día de las fiestas del club, pueden apuntarse someramente. Hubo un cierto número de escaramuzas con Mistress Hall sobre materias de disciplina doméstica, pero en todas ellas, hasta que los primeros síntomas de penuria se presentaron a fines de abril, pudo calmarla por el cómodo sistema de pagos extra... Hall le había tomado entre ojos, y aprovechaba todas las ocasiones para manifestarle la conveniencia de deshacerse de él; pero manifestaba su desagrado, sobre todo, guardando un silencio desdeñoso y evitando encontrarlo tanto como le era posible.

—Espera al verano—le decía Mrs. Hall sagazmente — cuando los pintores empiecen a venir. Entonces veremos. Será tan impertinente como tú quieras, pero paga puntualmente su hospedaje, y esto ya es algo; no importa lo que digan.

El forastero no iba a la iglesia y no hacía diferencia alguna entre los domingos y los días laborables ni aun en la ropa. Trabajaba, al decir de Mrs. Hall, irregularmente, según la vena. Unos días se levantaba muy temprano y se entregaba a no interrumpida labor. Otros, dejaba tarde la cama, paseaba por el aposento, murmurando indistintas frases, fumaba o dormitaba en la butaca junto al fuego. No tenía comunicación con nadie del mundo más allá de Iping. Su humor continuaba tan variable; pues la mayor parte del tiempo sus maneras eran las de un hombre dominado por una intolerable irritación, y entonces uno o dos objetos eran retorcidos aplastados o hechos trizas en un espasmódico rapto de violencia. El hábito de hablar solo en alta voz fué aumentando de día en día, pero aun cuando Mrs. Hall escuchaba concienzudamente, no podía encontrarle pies ni cabeza a lo que oía.

Rara vez salía de día a la calle sino al obscurecer, enormemente arrebujado, que hiciese frío o no, y escogía los paseos más solitarios, aquellos en que abundaban más los árboles y los vallados. Sus terribles gafas y su fantástica vendada faz, bajo la retorcida ala del sombrero, emergió con desagradable rapidez de la obscuridad sobre uno o dos campesinos que regresaban del trabajo; y Teddy Henfrey, saliendo de la sastrería "el Chaquet Rojo" una noche, después de las nueve, se asustó vergonzosamente ante aquella cabeza semejante a una calabaza (el forastero paseaba sombrero en mano), al caer sobre ella la luz del interior de la taberna. Tantos niños como le veían a la caída de la tarde, soñaban con fantasmas, y parecía dudoso cuál de ellos sentía más antipatía, si él por los niños o los niños por él; pero lo real y verdadero era una mutua antipatía entre ellos.

Era inevitable que una persona de tan notable apariencia y porte, llegase bien pronto a ser el tema de todas las conversaciones de un pueblo como Iping. Las opiniones estaban muy divididas acerca de sus ocupaciones. Mrs. Hall era muy juiciosa sobre este punto. Cuando le preguntaban manifestaba cuidadosamente que era "un investigador experimental", yendo sobre las dos palabras como quien teme caerse. Y si le preguntaban qué cosa fuese un "investigador experimental", decía con cierto dejo de superioridad que la gente bien educada sabía de estas cosas y explicaba que el huésped "inventaba cosas". El forastero había sufrido un accidente, decía, que le había descolorido transitoriamente manos y cara, y siendo de carácter reservado, no le gustaba hacer público nada de esto.

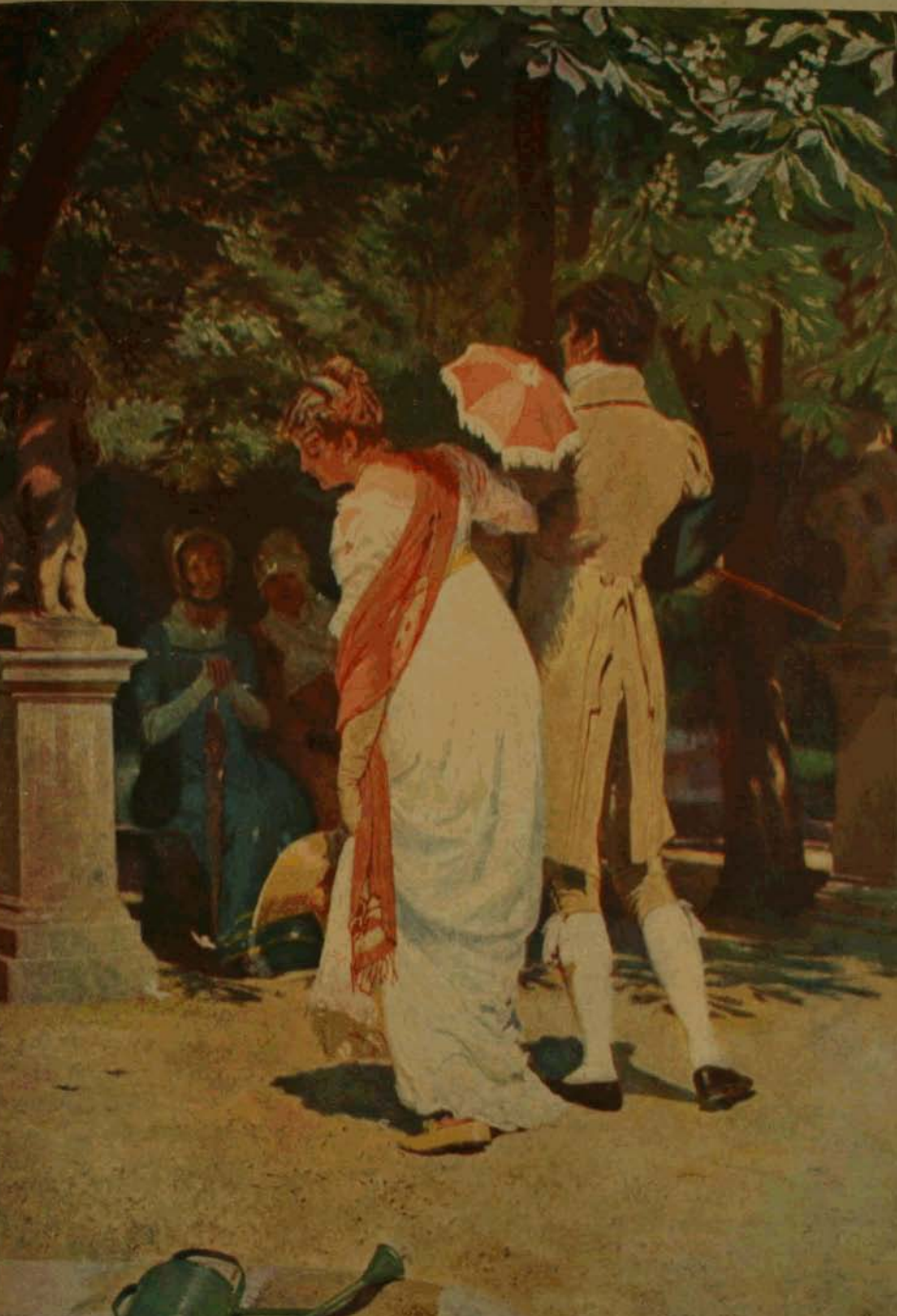
A sus espaldas, se había extendido el rumor de que era un criminal que trataba de burlar la justicia, envolviéndose enteramente para despistar a la policía. Esta hipótesis surgió del cerebro de Mr. Teddy Henfrey. Pero no se había oído hablar de ningún crimen sensacional ocurrido a mediados o fines de febrero. Elaborada en la imaginación de Mr. Gould, ayudante de la Escuela Nacional, brotó la teoría de que el forastero era un anarquista disfrazado, que se dedicaba a la preparación de explosivos, y el ayudante resolvió ejercer tanta vigilancia como su tiempo se lo permitiese. La mayor parte de esta vigilancia se tradujo en mirar atentamente al forastero cada vez que topaba con él, o tomando informes de personas que nunca le habían visto. No sacó nada en claro.

Otra escuela de opinión seguía a Mr. Fearenside, bien aceptándolo como mestizo, bien introduciendo alguna modificación. Como, por ejemplo, Silas Durgan, a quien podía oírsele decir que "si se resolviese a exhibirse en las ferias, haría su fortuna en cuatro días", y siendo algo teólogo, le comparaba al hombre de la parábola, que sólo tenía un talento. Y todavía otra opinión explicaba todo el asunto considerando al forastero como un inofensivo monomaníaco. Esta opinión tenía la ventaja de explicar las cosas sin gran inconveniente. Entre estos grupos rondaban los indecisos y expectantes. Los moradores del Susses tienen pocas supersticiones, y tan sólo después de los acontecimientos de primeros de abril, el pensamiento de lo sobrenatural empezó a cundir en el pueblo. Y aun así y todo, la idea únicamente arraigó entre el elemento femenino.

Pero, pensasen de él lo que quisieran, en una cosa estaban conformes; en la antipatía que le profesaban. Su irritabilidad, comprensible quizás para un hombre de ocupación mental, causaba asombro a los pacíficos lugareños del Susses. Los frenéticos gestos que entrevieían en él alguna que otra vez, el tímido paso con que se deslizaba en la obscuridad por los solitarios rincones, la inhumana repulsión de toda tentativa de curiosidad, su gusto por las tinieblas, el lujo de precauciones, su odio a la luz... ¿quién podía simpatizar con tales procedimientos?

(Continuará).

PACIFICO
MAGAZINE





NO SE AFIRMA LO QUE NO SE PUEDE COMPROBAR

Hemos dicho que los más distinguidos especialistas sostienen que el ALIMENTO MEYER es el mejor. Lea Ud:

Gilberto Infante Valdés
Médico del Hospital de Niños
Catedral 1721
Teléfono Inglés 1750
Consultas de 1½ a 3

He usado desde hace varios meses el "**ALIMENTO MEYER**" en mis servicios del Hospital de Niños, con resultados muy satisfactorios, sobre todo en los niños convalecientes y en los que no toleran la leche.

Lo creo superior a todas las harinas similares que se encuentran en Chile.

Dr. INFANTE V.

Santiago, 26 de X de 1915.

En igual o parecida forma han manifestado su opinión los **profesores de la Facultad de Medicina**, especialistas en el ramo, doctores Roberto Aguirre Luco, Alfredo Sánchez Cruz y Luis Calvo Mackenna, que también tienen a su cargo, respectivamente, los servicios de la **Protectora de la Infancia, Instituto de Puericultura y Patronato de la Infancia**; de los **médicos de los dos Hospitales de Niños de esta ciudad**, doctores Alfredo Commentz y Eugenio Cienfuegos; del Médico Director del Hospital de Niños de Valparaíso, don C. Morelli C.; de los Médicos Directores del **Hospital de Niños** y del **Asilo de la Infancia** de Concepción, doctores Villa Novoa y Coddou; de los **distinguidos especialistas**, doctores Otto Phillippi, Marcial Guzmán Z., Adolfo Hirth y Luis Cruchaga T., de esta ciudad; Rüdoff, Contreras, Holzapfel y Briede, de Valdivia; Roldán y Sepúlveda, de San Fernando; Camus, de San Felipe.



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS BOTICAS DEL PAIS Y CASA GATH Y CHAVES

Por Mayor: Daube y Cía., Arestizábal y Cía. y Droguería Francesa.

Agentes en Valdivia, Concepción y Valparaíso. Jackson y en la Frontera A. Silva Lastarria, Valdivia

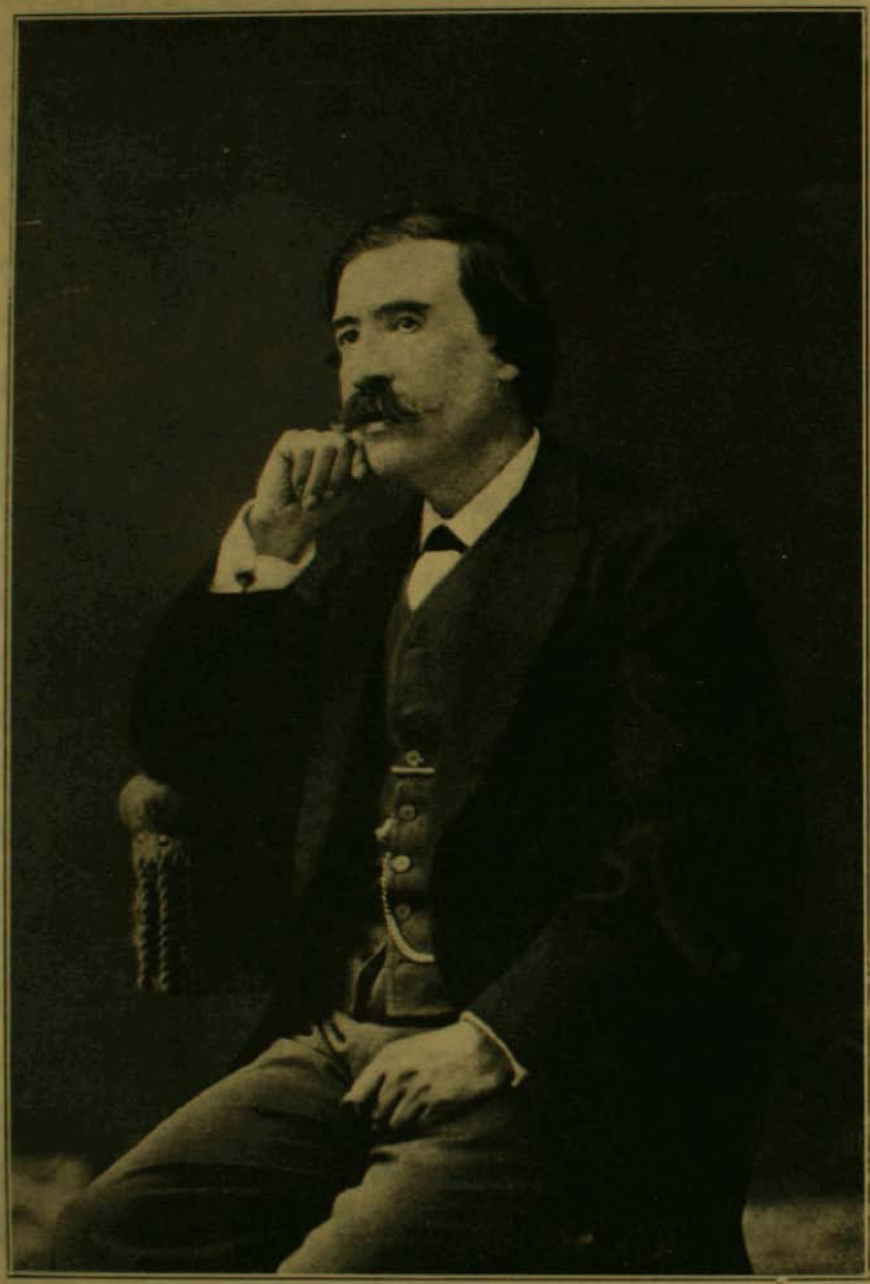

CHAMPAGNE
LOUIS ROEDERER
JOTA-ACHE
1916

SUMARIO

		PAGS.
RECUERDOS DE MEDIO SIGLO.—DON JOSE VICTORINO LASTARRIA	Armando Donoso	340
UN LIBRO DE DON CARLOS SILVA VILDOSOLA		364
EN EL PRESIDIO	La Condesa de Pardo Bazán	365
HENRYK SIENKIEWICZ	B. E. Sydow	369
PLEGARIA	Pedro Rivas Vicuña	372
PROFESIONES PELIGROSAS	F. Glayton Terris	373
CRISTOBAL COLON ANTE SUS ULTIMOS HISTORIADORES	H. Orrego	387
LO QUE SERA LA GUERRA FUTURA		394
ARTE FEMENINO	L. R	396
LAS COMEDIAS DE ARISTOFANES	J. C.	399
UNA EXPOSICION DE PINTURA INTERESANTE		400
CONVERSANDO CON HILARIO BELLOC	Fabián Vidal	401
UN HERMOSO LIBRO		404
UN SECRETO MARAVILLOSO.—CUENTO DE OTRO MUNDO		405
UN RECUERDO DE ECHEGARAY		416
UNA RAZA QUE SE VA	R.	417
EL PRERRAFAELISMO EN LA PINTURA INGLESA	M. Magallanes Moure	421
LIBERTADORES Y OPRESORES.—BOLIVAR Y NAPOLEON	Gustavo Silva	430
UNA NOVELA DE WELLS	H. J. Wells	431

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



Don José Victorino Lastarria

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer Vol. VIII.—Santiago de Chile, noviembre de 1916.—Núm. 47. — Que mañana

Recuerdos de medio siglo.

Don José Victorino Lastarria

Por

Armando Donoso

Con fotografías

Corrida iba la noche por medio filo: afuera, en el cielo claro, así sobre un mar infinito, bogaba la luna, tal una góndola de oro impulsada por la fuerza alígera de velas invisibles. Perdidas y distantes armonías poblaban la soledad de un murmurio indefinible. En aquel instante hubiera sido posible preguntarse con el autor de "Páginas chilenas": ¿eran aquellos los rumores del silencio o los silencios del rumor? ¿Cómo evocar la tranquilidad sonorosa, que tornaba más inquietante aquella hora de primavera?

Noche propicia al ensueño, a las errancias de la imaginación, a todo deseo imposible; noches, en las que inconscientemente recordamos no ya a Klopstock como Carlota y Werther en las páginas de Goethe, bajo la dulzura de un cielo estrellado; sino en las que sentimos el alma a flor de labios y un deseo infinito de huir lejos, de ocultarnos a las palpitaciones de nuestro corazón. Dulces noches octubreñas, tibias y perfumadas: ¡cuántas almas inquietas no se abren en tu seno a todas las ilusiones, como las flores que aguardan el rocío del alba y fenecen ante la lumbre del sol!

El espíritu travieso se volatiliza en esta dulce noche pía y un deseo o una inquietud indefinible le arrastra lejos; la blanca melancolía lunar atráele y hacia ella se evapora en busca de paz y de olvido; y he aquí que no quisiera volver a su cárcel, mientras que gustoso quedárase holgando bajo la grata lumbre de esta luna de primavera.

¿Tal vez la suave noche octubreña? ¿Acaso el dulce perfume de las rosas? ¿Quién sabe si la enervante tristeza del momento? tornaron propicio el espíritu a una fuga ancestral. La lectura intensa hecha durante quince días de recluimiento entre libros, cartas, artículos, versos, anotaciones y recuerdos; en papeles descoloridos más que por el uso por la acción de los años; todos esos papeles, que otrora constituyeron el archivo del siete veces ilustre don José Victorino Lastarria, nos abrieron el camino para llegar hasta la imagen rediviva del maestro.

Muchos días se nos habían pasado de turbio en turbio y más de una noche vimos despuntar la aurora, perdidos entre el más copioso maremágnum de papeles que jamás vieron mortales ojos: ora ocupados en descifrar la letra, alargada hasta confundirse en una línea, de esta o aquella carta de Vicuña Mackenna; luego recreando nuestro entendimiento en una epístola de Francisco Bilbao, de Sarmiento o de don Claudio Gay, ya repasando el contenido de toda una correspondencia verdaderamente sensacional



Don Francisco Lastarria, padre de don Victorino

recibida de don Miguel Luis Amunátegui, de Santa María de Balmaceda, de don Federico Errázuriz Zañartu; en seguida, repasando los dos gruesos volúmenes de su Diario, abundante en sorpresas: apreciaciones curiosas, recuerdos políticos y sociales, anotaciones que más tarde el autor de la "Historia de medio siglo" había de utilizar en la redacción de sus libros y de sus grandes discursos.

Lejos, remontando en el curso de los años, nos ha llevado nuestra curiosidad a fin de hurgar en la historia familiar del Maestro. ¡Cuántas cosas nos han dejado ver arcaicos baúles descoloridos por el tiempo! ¡Qué de asombros nos han traído los papeles amarillentos, de un siglo ya tan lejano! Ved aquí los cilicios duros y tremendos, cual los de Antonio el Santo en el desierto, que sirvieron al ilustre señor de Villarreal, suegro de don Victorino, para flagelar sus carnes pecadoras; parad mientes acá, ante este pequeño libro manuscrito, que encierra toda una historia: cuando la muy ilustre doña Eulalia Espinoza Balbas de los Monteros, abuela por línea materna que fué más tarde de Lastarria, era joven aún, sintió tales aficiones por las letras divinas y humanas, que aprendió a escribir a hurtadillas de su severo padre. Un día, mientras ponía en limpias cuartillas el texto de una novena, la sorprendió el autor de sus días y, a no ser por esa su linda letra, que le alcanzó el perdón, hubiera pagado muy caro la desobediencia de aprender a escribir sin permiso de su señor padre. Años después doña Eulalia casó con el noble don José María Villarreal, primer gobernador que llegó a ser de Valparaíso; y, diz que cuando estalló el movimiento libertario de los patriotas, abrazó ella con tal ardor la causa de los criollos, que solía exclamar: ¡Quién me diera poder quitar este real de mi apellido... que así no habría por donde quien me tomara por realista...!

Esto no es todo aún, pues réstanos por mentar el más ilustre abolengo de don Victorino: la severa, noble, enérgica y progresista personalidad de don Miguel de Lastarria, llegado a estas tierras del nuevo extremo en la segunda mitad del siglo diecisiete, con el primer regente don Tomás Alvarez de Acevedo, y cuando aún no pasaba el de Lastarria de ser más que un inquieto boquirrubio, antes que la madurez de los veinte años hubiera abroquelado un poco su experiencia. Cursó estudios mayores en Lima y fué tenido por uno de los más adelantados entre los discípulos del cosmógrafo eminente don Gabriel Moreno, de quien decía un siglo más tarde don Victorino, que había sido compañero de investigaciones del ilustre don José de Jussie, que durante treinta y cinco años estudió la naturaleza en el Nuevo Mundo. Ingresado más tarde don Miguel de Lastarria a la Universidad de San Felipe hizo su doctorado en leyes, y fué nombrado profesor de teología en el Colegio Carolino y obtuvo en meritísima oposición la cátedra de prima de leyes que dejó vacante él ilustre obispo de Huamanga, don José Antonio Martínez de Aldunate. Sus enseñanzas fueron más lejos que las usuales, pues no sólo explicó la teología en el Colegio Carolino, sino que enseñó las ciencias exac-

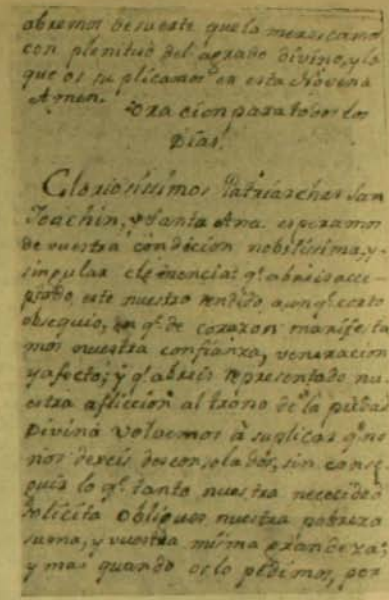


Señora Jesús Villarreal, madre de don Victorino.

tas, aritmética, geografía, mecánica, hidrostática cosmografía, historia, derecho natural, causando con ello una verdadera sorpresa, hasta tal punto, dice un contemporáneo, que "las gentes por particular gusto y complacencia corrían a oír sus lecciones".

Siendo don Miguel de Lastarria secretario privado del gobernador de Chile, marqués de Avilés, y habiéndose tratado en la Universidad de hacer valer, contra algún criollo, la Real Cédula de 27 de septiembre de 1752 que declaraba que la ley 57 de la Recopilación de Indias "excluye de las matrículas y grados a los mestizos, zambos, mulatos y cuarterones, y que tienen incapacidad de obtenerlas por la infamia de hecho con que están manchados", él, que estaba separado de su cargo universitario a causa de enseñar el derecho de gentes, se presentó al claustro y atacó vivamente aquella aplicación inhumana, que, felizmente, fué desechada.

Fué don Miguel de Lastarria hombre doctísimo en todas las ciencias que se conocieron en su tiempo y se adelantó a su época introduciendo disciplinas de estudios que fueron vistos con marcado recelo. Varias obras nos han quedado de su fresco ingenio, muchas de las cuales se conservan inéditas, en hermosos manuscritos: en el archivo de los papeles de don Victorino Lastarria, cuídase el original de su volumen "Colonias Orientales del Río del Paraguay o de la Plata", escrito con bella letra cursiva y encuadernado lujosamente en tafilete encarnado con incrustaciones grabadas en oro, que uno de sus hijos trajo desde Europa hace algunos años.



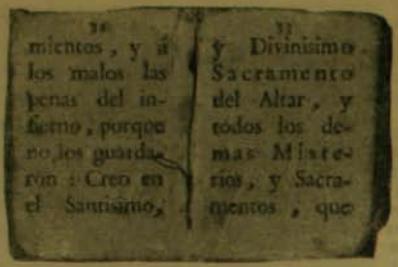
Página de la novena copiada por doña Eulalia Espinoza Balbas de los Monteros.

Todo, todo, en torno, nos habla del maestro: los viejos volúmenes descoloridos de las primeras ediciones de sus libros, de entre cuyas hojas fluye un polvo finísimo, alma del tiempo y olor de los años. Tres admirables daguerreotipos de los primeros hechos en Chile, borrosos, dejando adivinar apenas el suave color del pincel desconocido que les dió vida. Cinco, diez, muchas fotografías de don Victorino; de su esposa, que luce en un lindo retrato de fina basquiña; de Francisco Bilbao, con sus ojos claros, apostólicos y su barba morisca, zahareña. Estampas de juventud del maestro, hechas por el primer fotógrafo llegado a Santiago; luego retratos de diversas épocas que hablan de todos los cambios de su fisonomía, desde los días de una juventud ardorosa hasta los años de una altiva ancianidad. Grupos fotográficos, en los que aparece ora el maestro rodeado por amigos, ya entre un grupo de miembros de su familia.

Recuerdos, recuerdos, recuerdos... El alma del tiempo se diluye en cada cosa y todo tiende a hacernos revivir aquella hora imperecedera en el seno lejano de lo que se ha ido. La discreta penumbra se ha tornado propicia a la evocación, y tanto puede en nosotros la intención de realidad ancestral que, poco a poco, nos hemos ido sumergiendo en el flujo de aquella resurrección lenta, en aquel revivir de todo: entonces cada libro es como una voz distante, que nos habla del maestro; cada daguerreotipo como un recuerdo redivivo que nos evoca al hombre; cada retrato un eco doliente que nos dice tantas cosas del amigo y del apóstol.

Y, he aquí que, mientras se anuncia en el ambiente la cercanía de un milagro, pues el alma íntima de cada cosa lo deja presentir, la luz de la luna se aleja, se distancia como en un sueño y los ojos, cansados, somnolientos, apenas si perciben ya la realidad de la noche clara que reina afuera y el encanto de la semi-penumbra que envuelve todo en torno a la verde pantalla que arroja la luz sobre un círculo rojo de nuestra mesa. ¿Es la influencia de un sueño dulce que poco a poco nos invade? ¿Es acaso la sugestión de lo que vive nuestro mundo interno mientras nosotros estamos perdidos en el espectáculo exterior? ¿Realidad? ¿Sueño? ¿Ilusión? ¿Fantasía? Vivir es soñar, dijo el poeta; y el sueño viene a ser a veces una expresión profunda de la verdadera vida.

Ante mis ojos, poco a poco, y en torno al



mientos, y á los malos las penas del infierno, porque no los guardaron: Creo en el Santísimo,

y Divinísimo Sacramento del Altar, y todos los demas Misterios, y Sacramentos, que

Pequeña novena que fué de la abuela materna de don Victorino.

círculo de oro de la luz, la imagen del último retrato del maestro comienza á extenderse, a cobrar vida y cuerpo como si fuese a desbordarse del marco que lo aprisiona. ¡Alucinación de las pupilas? No: realidad visible: el maestro está aquí: se ha sentado frente a mí, y la actitud de sus ojos, y la inquietud de sus manos y el temblor de sus labios anuncian su voz.

—Maestro, maestro,... alcanzamos a balbucir. Y él nos mira; y sus claras pupilas se encienden ante el asombro de nuestros ojos maravillados y ante la febril inquietud de nuestras manos. Luego, con gesto apacible, con voz temblorosa, nos dice:

—Tú que buscas en mis libros envejecidos, y en **estos originales**, que jamás nadie ha visto aún, la verdad de mi vida y la luz de mi pensamiento, escucharás de mis labios cuanto pueda abrevar la curiosidad vuestra. Mi voz será como la voz de esos viejos papeles que dormían en los anaqueles, olvidados, hasta que una mano inquieta fué a sacudir el polvo de sus años... Entretanto y antes que raye el alba, conversemos.

Así, en aquella media noche tranquila, llegó hasta mis oídos y colmó mi curiosidad la palabra del Maestro. Conversamos, conversamos y mi interés obró el milagro de recoger febrilmente el hilo cantarino de aquella charla que, lentamente, brotaba de sus labios, sin esfuerzo, respondiendo a mis preguntas.

Y nosotros comenzamos nuestro interrogatorio de esta guisa:

—De aquellos años, ya tan lejanos, que se pierden en las páginas revueltas de nuestra historia cuando, siendo un mozo que aún hacía sus estudios, comenzó a escribir sus primeras páginas ¿qué recuerdos conserva, maestro?

Sus ojos, que reflejan todo el incendio interior de sus ideas en cuya hoguera se consumieron las mayores aspiraciones de su siglo, miran sin mirar y, luego, animándose insólitamente, anuncian el flujo de su pensamiento, que llega a flor de labios. Entonces su voz expresa:

—En Febrero de 1827 ingresé a la clase de interno pensionista, y principié el estudio de la gramática castellana y de la latina según el método que se planteó ese año por primera vez. El 22 de febrero del año de 1828 proseguí el mismo estudio en calidad de externo y duré hasta mediados de junio, en cuya época pasé a estudiar lo mismo en una aula que el presbítero don Francisco Puente tenía en Santo Domingo; en donde permanecí hasta el 19 de agosto de 1829, en cuyo tiempo entré a la Academia Militar que había en el Liceo de don J. J. de Moso, en clase de cadete del Regimiento de Cazadores de a caballo. Las clases que cursé en este establecimiento fueron las de Latín, Geografía Universal y lengua francesa. El 28 de febrero de 1830 rendí examen de latín y geografía en la Universidad del Estado, y fuí aprobado. Después de haber cursado en este colegio la aritmética y álgebra, pasé a estudiar filosofía el 27 de junio de 1831, al Instituto Nacional, cuyo profesor era don Ventura Marín. El 13 de enero de 1832 rendí examen de Metafísica y Lógica, y el 28 de Septiembre del mismo año, de Moral é Historia de la filosofía, y en todos ellos fuí aprobado



Un antiguo retrato de la madre de don Victorino, doña Carmen Santander, acompañada de una de sus hijas

por unanimidad de sufragio. Después proseguí el estudio del Derecho Natural con el mismo profesor. En este tiempo salí después de haber cursado además de los estudios dichos, el de la lengua inglesa y el de las bellas letras, y pasé a hacer el estudio del Derecho Romano con don A. Bello, cuya clase se abrió el 1.o de abril de 1834. En noviembre del mismo año comencé con el mismo profesor el estudio de la literatura y bellas letras. A 4 de septiembre de 1839 comencé a seguir un expediente para que se me admitiera en la Academia de leyes y práctica forense, y en el mismo mes fuí aceptado en dicha corporación. El 4 de diciembre del mismo año de 1839 rendí en el Instituto Nacional mi examen de literatura, de la cual fuí aficionado; y a 17 de agosto de 1836 dí mi último examen de Derecho Romano, cuyo estudio lo dividimos en cuatro libros, de los cuales dimos examen por esparado. El día 10 de diciembre del mismo año de 1836 dí examen en la capilla del Instituto Nacional de Derecho de Gentes, y el 12 de Derecho Canónico. A 13 días del mismo mes y año, fuí condecorado en la Universidad de San Felipe con el grado de Bachiller en sagrados cánones y leyes; y al día siguiente comencé a correr un expediente para que se me recibiera la práctica en la Ilustrísima Corte de Apelaciones, lo cual se proveyó a 20 de diciembre de 1836; y habiendo seguido el mismo expediente en la A. de S. S. y práctica forense, después de haber pronunciado un discurso sobre el punto que se me designó, fuí incorporado como miembro de segundo orden a 13 de enero de 1837.



Francisco Bilbao.

En la sesión del 28 de abril de la Academia de Leyes y Práctica Forense fuí elegido secretario de dicha corporación, y en la sesión de 14 de noviembre del mismo año fuí reelegido. El 30 de diciembre de 1837 publiqué el primer número del **Nuncio de la guerra, o tratado en que se resuelven las cuestiones que más frecuentemente se ofrecen en la disposición de las últimas voluntades.** Corregida y aumentada por mí. El 1.° de marzo de 1838 dí principio a la enseñanza de derecho de gentes de ortología y de Geografía Universal, en el colegio de Romo. El día 7 de septiembre de 1838 publiqué la obra titulada **Lecciones de Geografía moderna extractada de las principales obras y adaptadas a la enseñanza de los alumnos del colegio del presbítero Romo.** El 21 de marzo de 1839 me recibí de abogado en la Ilustrísima Corte de Apelaciones, después de haber rendido todos los exámenes necesarios.

—¿Sus primeros ensayos literarios datan también de esa época, maestro?

—No: son del año 35 y 36 y fueron versos.

Dice y busca sobre la revuelta mesa un pequeño cuaderno, en cuya portada interior se lee: "Apuntes importantes y varios trozos de literatura desde 13 de abril de 1836". Entre un anagrama del bibliógrafo William Ildys, un trozo de latín, otro de historia y numerosas máximas, hay en sus páginas dos poemitas de Lastarria.

Entonces él nos dice:

—Oiga Ud. mis versos de juventud: esta

queja amorosa, literariamente poco edificante:

¿Qué gané, Felisa mía,
con decirte en dulce acento
que te amaba y que cual dios
en mi alma tenías templo?

I esta otra:

Calma este fuego insano
conduélete un momento
del áspero tormento
que me hace padecer.

Verás como es en vano
esa tu cruel dureza
pues siempre con firmeza
amarte me has de ver.

¡Ah! eran aquellos rosados años, cuando vivía en la dulce ilusión de un amor honrado...

—¡Entonces... Felisa!...

—Felisa se llamaba en la vida Jesús Villarreal, que pasó a ser mi esposa ese mismo año de 1839.

Transcurre un instante y, luego, le decimos:

—Maestro: nos interesa que nos recuerde algo sobre la política, el espectáculo de la política, como decimos hoy, de ese bienaventurado año de 1840.

Piensa durante unos segundos y luego nos dice:

—Busquemos entre estos papeles unas "Efemérides" que escribí entonces. Hélos aquí. Vamos a ver; leamos: mes de enero: Los doce primeros días pasaron sin que hubiese ocurrido ningún hecho notable. Sin embargo, la opinión pública se pronunciaba en cada momento más enérgica contra los procedimientos del gobierno en las calificaciones del año anterior, delatada por los periódicos de oposición. El ciudadano don Bernardo Toro reunió en su casa a varios sujetos notables por sus talentos, luces, riqueza y relaciones, el día 12 con el objeto de tratar sobre las próximas elecciones populares, y uniformarse para hacer que recayesen en personas de suficientes aptitudes para el desempeño de tan delicado cargo, y evitar que el gobierno triunfe obteniendo en las Cámaras una mayoría de sus parásitos y adictos, como lo había obtenido descansadamente en las anteriores lejislaturas. El día catorce volvió a reunirse la misma sociedad, pero mucho más numerosa, por que se habían declarado públicas sus sesiones. Salieron nuevos periódicos de oposición, y el gobierno se valió del sarcasmo y la calumnia para desvirtuar la fuerza moral que diariamente adquiría la reunión, que se titulaba **Sociedad patriótica.** Continuaron las sesiones de esta sociedad y aún hubo una públicamente a las 12 del día a la cual asistieron muchos ciudadanos. También se organizaban reuniones en los pueblos provinciales, y en Valparaíso se formó una bastante numerosa. En el resto del mes no hubo más acontecimiento notable que la deposición del fiscal de la Corte de Apelaciones don Fernando F. Elizalde, nombrándole subrogante. Se decía que la causa principal (y que dejaba traslucirse en el decreto) de esta disposición era el no haber acusado el fiscal a algunos periódicos de oposición. De parte del gobierno se sostenía una polémica con los periódicos liberales, cuya base principal era difundir el descrédito personal de los principales ciudadanos que formaban la Sociedad patriótica...

Hace un alto en su lectura y nosotros apenas si alcanzamos a exclamar:

—¡Cuán interesante!... Pero él prosigue:

—Mes de febrero: nada ocurrió digno de consideración en los primeros diez días. Continuaba la polémica, y se aumentaba cada momento más la irritación de los mismos, y el partido liberal tomaba más cuerpo y consistencia. El día 10 celebró una reunión el jurado para fallar sobre las acusaciones que el nuevo fiscal había entablado contra el número 24 del **Diablo político,** como injurioso y sedicioso. El fallo fué: **es sedicioso en primer grado, no es injurioso.** Ocurrió este día una especie de asonada, porque un inmenso concurso saludó con aclamaciones al editor del periódico acusado y lo condujo en **triunfo** hasta su habitación gritándole **vivas** mezclados con imprecaciones contra el ministerio. Por la noche de este día se descubrió un plan de asesinato contra el general Bulnes. El asesino se presentó a éste a la una de la noche no con el objeto de perpetrar el crimen, sino a revelar lo que él llamaba plan; y en seguida fué arrestado con otro cómplice. Desde que el público tuvo noticias de este hecho, lo calificó una farsa tramada por el Ministerio con objeto siniestro, y creo que no se equivocó. El general Bulnes es querido en todos los partidos, su persona no oponía obstáculo alguno a las esperanzas del partido liberal, cuyas notabilidades carecen de aspiraciones personales y tienen más motivo de apreciar que de odiar al general Bulnes. Los reos presos son dos ebrios de profesión, corrompidos a toda prueba, permanecen presos y hasta hoy 25 su causa está como paralizada, no descubren nada y sólo han declarado necedades vagas. El Consejo de Estado se reunió el día 1.° y tomando en consideración el supuesto asesinato, declaró en estado de sitio la provincia de Santiago hasta el 1.o de junio del presente año. Tal declaración se hizo por bando en la noche, por medio de un pueblo numeroso y exaltado... En la sesión de este día expuso Tocornal que urgía declarar dicha provin-

cia en sitio, porque estaba en el más grave estado de conmoción y para probarlo citó el fingido asesinato, y ponderó los males que podrían seguirse de dejar obrar a la sociedad patriótica. Irarrázabal pidió que se presentasen los documentos que comprobaban ese estado de conmoción y entonces deferiría a lo propuesto, porque de otro modo le parecía sobrado temerario y arriesgado el paso que pretendían dar, pues que era de temer estallase una revolución. Tocornal replicó que si no se declaraba el sitio en el mismo momento, se retiraría del Ministerio. Se procedió a votación y estuvieron por la negativa Irarrázabal, Solar, Alcalde y se dice que Mena y por la afirmativa Tocornal, Cavareda, Vial del Río, Bulnes, que acababa de ser nombrado consejero en lugar de Blanco y tal vez para este solo objeto, y el célebre ministro Egaña. Este señor se habría presentado en días anteriores al Consejo de Ministros pidiendo se disolviese la sociedad, pues que no podían formarse tales juntas sin el beneplácito superior, según una ley que contenía un libro que llevaba en la mano para que se cerciorasen los ministros y la ley trataba de formación de cofradías.

Termina el Maestro su lectura en el cuaderno de las "Efemerides". De pronto fija su atención en una hoja de papel, amarillenta, que parece arrancada a un libro de Caja comercial. Una viva sonrisa apunta en sus labios, y nos dice:

—Oiga usted esta página curiosa, escrita en marzo de 1847, en pleno período de la administración Bulnes.

Y comienza a leer:

—No debo emprender trabajo ninguno de ninguna clase que no deje lucro pecuniario. Estoy completamente desengañado de que todo cuanto he hecho en beneficio del país animado del patriotismo, ha refluído en mi perjuicio. Mi independencia de espíritu y mi amor a la verdad, que me han estimulado siempre a proclamar abiertamente mis opiniones, me han perjudicado y me han granjeado odio, desprecio y recelo de parte de los demás. Hoy me ha dicho don Andrés Bello: "Que mi energía en enseñar y proclamar ciertas doctrinas, que no son admitidas en Chile todavía, me ha cortado el vuelo a una carrera brillante, a que estaba destinado, y que si quiero hacer el papel importante que no puedo menos de hacer, es preciso que allane esas dificultades moderando mis ímpetus..." Pues exigen de mí hipocresía, egoísmo; seré hipócrita, egoísta; les daré más, mi odio, mi misantropía; pero no haré nada en beneficio de nadie, no trabajaré nada que no me deje lucro; seré uno de esos indiferentistas pícaros que no saben más que medrar a costa de los demás. No sé si mi carácter me ayuda para esto, mucho lo dudo: imposible me será sacrificar mi patriotismo, mi religión, mi amor por la verdad, por todo lo bueno, lo bello y lo verdadero, pero a lo menos me encerraré en mí mismo y no viviré sino para mí y mi familia.



Retrato de don Victorino hecho por la fotografía Renard, en 1860, uno de los primeros fotógrafos venidos a Chile.

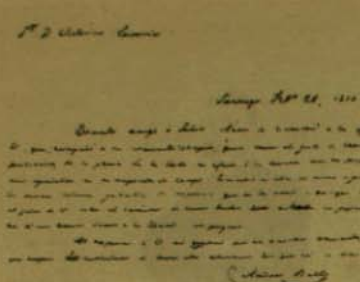
Nosotros pasamos, entonces: ¿Qué hora de angustia, de honda amargura, dictó esa página de sincera desolación, donde la palabra del sabio Bello más que una voz de aliento parece el consejo de un comerciante cualquiera?

Aulla un perro a lo lejos y su grito se alarga como un quejido. Los pasos de un transunte se escuchan que se acercan; ya pasan; luego se alejan, se pierden.

—Maestro:—le decimos— de los hombres de aquella época, de don Manuel Montt, nos agradaría oirle hablar: aún cuando su juicio sobre la mayor parte de ellos ya nos es conocido por sus libros, creemos que cada vez que Ud. les recuerde, algo de nuevo habrá de agregar.

Y él piensa un instante y luego nos responde:

—Montt era hombre de entendimiento despejado, de fácil y poderosa comprensión y de una precisión nada común para apreciar las cuestiones y prever las dificultades, sacaba de su propio talento, más bien



Una carta de Bello a Lastarria

que de intimidades conocimientos, todos los recursos que le eran necesarios para expedirse con acierto. Su fuerte era el derecho: había estudiado con alguna dedicación la Instituta de Justiniano y los comentarios de Vinio; había manejado los códigos españoles y sus comentadores en algunos puntos que se le habían ofrecido como abogado o fiscal. De ahí no creo que haya pasado llegando a leer un libro entero jamás. Nada de historia, nada de literatura, nada de otras ciencias, ni aún de las más elementales, poseía: tenía conocimientos generales que más bien había adquirido en la conversación o en las lecturas sueltas, pero regularmente su temperamento adivinador lo sacaba airoso en cualquiera charla que se le ofrecía sobre letras humanas. Educado en el Instituto, cuando los estudios se hacían todavía sin método y estaban reducidos al Nebrija en el latín; al Alfieri en la filosofía; al Lugelumensis en teología y a la instituta de Aso y Manuel en el derecho, se había distinguido desde muy temprano por su capacidad y sobre todo por su buena conducta: así es que el año 27 principió por ser inspector de internos en aquel establecimiento, después vice rector y últimamente rector. Su carácter terco, severo, reservado, sombrío y obstinado se disciplinó y desarrolló en esa ocupación tan propia para desquiciar al hombre de su juventud y trasponerlo prematuramente a la edad viril. Montt no había sido joven, no había tenido ninguna de aquellas aficiones que muestran lozanía de espíritu, imaginación ardiente, ni aún amores se le conocieron. Siempre encerrado en el Instituto hasta que fué ministro de Estado, abstraído de la sociedad, reducido a la relación de tres o cuatro amigos a quienes dominaba y dirigía, era natural que llevase al gobierno y a los negocios públicos todas las prendas que le habían valido su elevación en el Instituto, y su costumbre de tratarlo todo con una voluntad firme y con el orgullo de un dómine que siempre vió al débil alumno humillarse bajo su férula...

—¿Se trató usted con él personalmente; fueron amigos?

—Siendo él rector del Instituto, me hizo nombrar en febrero de 1839 profesor de Legislación y Derecho de Gentes y allí hicimos trabado amistad, y nos habíamos cambiado algunas confidencias, tratándonos con franqueza durante aquel año de 1840 y 41. Conocía yo que Montt no podía contar conmigo como adepto, porque nunca le había ocultado mi independencia, mi franqueza y mi amor por los principios liberales que he profesado toda mi vida. El, por el contrario, era muy destrictivo en sus opiniones políticas, muy amigo de la fortaleza del gobierno, muy apegado al exclusivismo y estrechez de miras del partido pelucón, muy porfiado en sus opiniones y, sobre todo, muy doble y disimulado. Sin embargo, gustábamos ambos de nuestro trato y siempre nos buscábamos para charlar sobre los acontecimientos y acerca de los hombres de entonces. Desde que él era Ministro nos habíamos tratado poco, se me mostraba más reservado y me había dado a entender más de una vez que no me tenía por hombre de su devoción. Con todo, al poco tiempo de estar en el Ministerio de Justicia, publiqué yo en "El Mercurio" de 14 de agosto de 1841, un artículo titulado "Don Manuel Montt", sobre la memoria que entonces presentó del estado de los negocios del departamento de su cargo. En este artículo, en que tributaba yo elogios algo exagerados a Montt, presentándolo como un joven de ideas modernas y digno del Ministerio por sus luces y talentos, me propuse estimularlo a que siguiese principios más liberales que los que yo le conocía, y también tuve en vista la necesidad que, como hombre nuevo, tenía de un apoyo de esta clase y de aplausos. No sé que Montt llegase a saber que yo era el autor de este artículo, pues que nunca me revelé como tal ni aún a mis amigos.

¿Es que la voz del maestro está fatigada? ¿Es que el flujo dé los recuerdos le obliga a descansar? Es que la pasión política repercute en su corazón con los estruendos



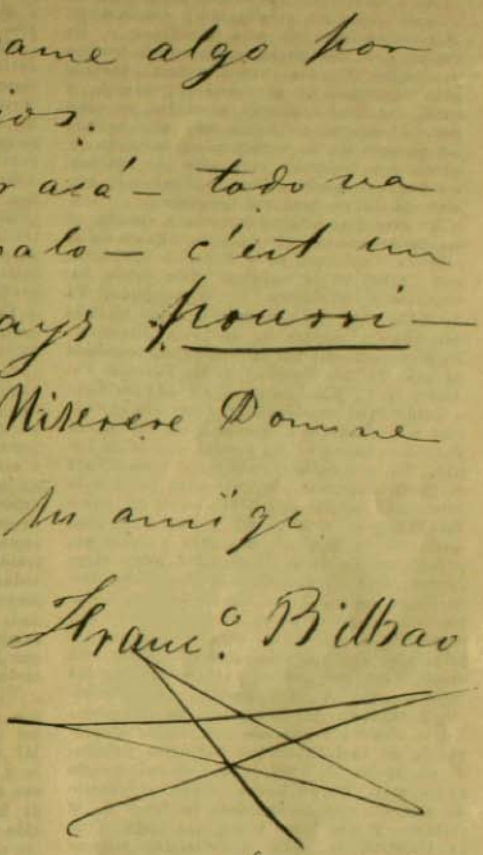
Un antiguo grupo de 1873. De izquierda a derecha: Demetrio Lastarria, Luis Cardoso, Aníbal Zañartu y Nicolás Novoa.

de la tempestad de otrora? Nosotros pensamos, entonces, que acaso es imprudente insistir sobre el particular; pero, la curiosidad, la picara curiosidad, nos induce a indagar algo, a oir del propio maestro los recuerdos sobre aquellos días azarosos de 1850 y de 1851. ¿Será posible dejar pasar inadvertidos los acontecimientos que antecedieron, desencadenaron y siguieron luego tras la revolución del 20 de abril?

—Maestro— le decimos entonces—la primera época de vuestra vida política se cierra con una campaña activa, bravía, noble, en defensa de la libertad: ¿acaso vuestros labios no se abrirán como una fuente para darnos a beber el tesoro de tales recuerdos?

Y él nos responde, pausada, tristemente, como quien evoca un recuerdo doloroso más que una historia agradable de evocar:

—Aquello sería cosa muy larga de narrar. Comencemos sólo a recordar, de aquí y de allá, algunos instantes, algunos de esos momentos que se anticiparon a la tempestad del 20 de abril de 1851. Principiaremos en el mes de noviembre de 1850. El día 6 a las 5 de la mañana de este día llegó la noticia de haberse levantado contra el gobierno la ciudad de San Felipe. El intendente substituto, Blas Mardones, mandó quitar una bandera que se había fijado el 5 en la tarde a las puertas de la casa en que se reunía la sociedad de La Igualdad de aquella ciudad; don M. Lara se presentó a reclamar y fué aprisionado. Don B. Caldera, que se presentó con el mismo objeto, fué también aprisionado. El pueblo se amotinó y en la noche dió libertad a los presos, hirió al intendente y lo aprisionó. El gobierno recibió la noticia y puso en movimiento sus fuerzas, mandando para Aconcagua algunos oficiales y soldados. He aquí los conflictos de la oposición: sin un verdadero jefe para circunstancias semejantes, sin preparativos y sin elementos de resistencia en Santiago, quedó sin hacer ni determinar nada. Dimos la dirección a don José Antonio Alemparte y sin intimidarnos continuamos reuniéndonos en la imprenta de "El Progreso". El gobierno recibía noticias cada hora. Nosotros no teníamos un solo correo. En la tarde circuló la nueva de que el gobierno había recibido una nota firmada por R. García, B. Caldera y M. Carmona, quienes le notificaban que se habían hecho cargo de la autoridad para evitar desórdenes y motines, pero que estaban pronto a entregarla al gobierno, asegurándoles este que no correrían peligro. Los ministeriales se presentaron muy gozosos en la Alameda. Nosotros también nos presentamos en considerable número. En la noche nos reunimos en casa de Larraín, pero nada se avan-



Ultima página de una carta de Bilbao a don Victorino, escrita desde el Perú.

caba ni se había tomado medida substancial ninguna: todo era perplejidad y desconcierto. Mis indicaciones no éran atendidas, y, sin embargo, el Ministerio se presentaba fuérte, dominante. Un día entero le había bastado para reponerse de la primera impresión y para continuar con más serenidad su marcha. Alemparte no hacía más que hablar. La ligereza de su carácter, su falta de recursos y su cobardía eran más que suficientes para perdernos. Don R. Errázuriz permanecía en su casa sin presentarse.

En este día comenzó también a circular el manifiesto que con el título de "Bases de la reforma" publiqué yo y Federico Errázuriz, con fecho 28 de octubre. Este debía haber sido el manifiesto de la oposición. Ya he dicho algo de las tentativas que hicimos por hacerlo aceptar de la junta directiva. El 23 de octubre, por la noche, nos reunimos en casa de don Ramón, yo, B. Larraín, Federico y C. Valdés con el fin de decidirlo a publicar el manifiesto, por las circunstancias muy favorables. Desde luego caímos en el inconveniente de las formas que debía llenar. No era posible publicarlo firmado por la junta directiva por que entre los que la componían no había acuerdo sobre las bases detalladas en este papel, puesto que unos están por la libertad de cultos y otros no, y así también están divergentes sobre otros puntos. Don R. Errázuriz se pronunció, desde luego, contra el tal manifiesto; por ejemplo, en su concepto, no debíamos decir con tanta franqueza cuáles eran los medios y principios que nos proponíamos adoptar. Su opinión era por que se hablase sólo de las reformas que exigía el partido, sin decir cómo, para evitar la divergencia de opiniones. Yo le observaré que eso era repetir el programa de variedades que habíamos publicado en agosto de 1869, y que el país exigía ahora más. Es un hecho, añadí, que existe un espíritu muy pronunciado en favor de la reforma, y que todos piden que haga la de la Constitución. Los ministeriales mismos reconocen las necesidades del país, y confiesan que es necesario reformar. Pero nadie dice cómo ni según cuáles principios debe verificarse tal reforma.

El partido progresista es el que debe formular estos principios y aprovecharse de las circunstancias para alzar de una vez su bandera. Supuesto que hay inconvenientes para hacer aparecer este manifiesto como obra de la junta directiva, yo lo publicaré por mi cuenta y riesgo y serviré así de punto de apoyo a las ideas de toda la nación. Las sociedades populares y los amigos políticos adherirán a este manifiesto, y así vendrá al fin a ser el programa del partido entero. Valdés, apoyando a don Ramón, me rogó que no lo hiciera. Larraín calló y Federico me dijo, publíquelo usted que yo junto a la suya mi firma. En efecto, al día siguiente lo dí a la prensa. Su aparición en las circunstancias presentes no ha dejado de llamar la atención. Un papel suelto que proclamó la candidatura Montt no ataca el tal manifiesto, y dice que él estaría muy bien si yo y Federico hubiéramos de ser ministros.

El día 7 el gobierno continuó recibiendo noticias de Aconcagua y nosotros permanecimos ignorantes de todo, inactivos y desconcertados como si estuviéramos derrotados. Yo no me presenté a los opositores sino un momento, por que me tenía fatigado su incapacidad. A las 10 salió la artillería para Aconcagua, porque, según se decía, los de San Felipe se mantenían fuertes. A las 3 se publicó un bando dando a conocer como Intendente de Santiago a un oficial Ramírez de odiosa celebridad en el decenio de Prieto, instrumento de Montt en las prisiones de 1846, y muy digno de la confianza de Bulnes.

El Consejo de Estado estaba reunido para declarar en estado de sitio no sé qué puntos de la República.

A las 5½ mi casa fué allanada. Luego que entré a este cuartel, escribí una solicitud al Presidente de la República pidiéndole mi pasaporte para el Perú, y ofreciéndole fianza de no volver en los días de mi vida a este país, al cual he servido desde niño y en donde me corresponden mis servicios con vejaciones. La entregué a mi escribiente para que la llevara a Varas, y quedé en mi incomunicación. Al poco tiempo después, han traído presos a Federico Errázuriz y a Lillo, redactor de la Barra a quienes han colocado juntos, y a Zapiola y Larrachea, de la igualdad, los cuales están también en un mismo calabozo. El comandante Videla me asegura que la incomunicación rigurosa sólo está decretada para mí.

El día 8 pasé una noche infernal en medio del bullicio de las armas, del alerta de los centinelas y del ruido de los tambores. Mi espíritu no ha vacilado. Estoy tranquilo y espero con paciencia el resultado de estos atentados. Dirijo una nota al Presidente de la Cámara pidiéndole que recabe resolución del Gobierno sobre mi solicitud de partir al Perú y anunciándole que me tienen incomunicado y en prisión solitaria. A las dos de la tarde me comunicaron con Errázuriz y demás. Mi posición no es tan amarga.

Hacia el 12, el Gobierno permaneció en alarma. La conmoción de Aconcagua cesó y quedaron presos García y tres Calderas. El Gobierno esperaba, por momentos, una asonada en Santiago. Bulnes tiene en su palacio artillería, infantería y caballería y lo pasaba sobre las armas. Pantoja paga un cuarto de onza por cada delación y los ministros se afligen a cada paso.

El martes 14, a las tres de la mañana, nos sacaron del cuartel, menos a Errázuriz, 29 artilleros, con dirección a Valparaíso; 30 granaderos guardaban la salida de la ciudad, porque el Gobierno temía que el pueblo nos quitara. Nos llevaron como animales feroces. Llegamos a Valparaíso el miércoles a las 1½. Fuimos puestos a bordo de la "Chile" e incomunicados.

De Casa Blanca escribí al general Pinto

para que consiga mi libertad. El 15 recibí una carta de él en que me avisaba haber conseguido permiso para permanecer en la ciudad con la condición de rendir fianza de partir al Perú dentro de 14 días.

El general Blanco, el comandante Cabieres, de la "Chile", y el capitán de puerto, Orellas, me trataron como caballeros y son dignos de mi aprecio. Los demás oficiales de la "Chile" fueron tercos y altaneros.

Suspira profunda y dolorosamente don Victorino; sus pupilas, vacilantes, buscan algo en torno al círculo que la luz pone sobre la mesa de escribir llena de papeles.

La voz del maestro apenas si se escucha va: habla muy bajito, tan bajo como si quisiera no despertar a alguien que cerca de él durmiese. Su voz es temblorosa: ¿la fatiga o la tristeza del recuerdo?

Sus manos nerviosas, marfilinas, algo buscan entre los papeles; luego nos alargan un pliego medio borroso, y su voz exclama:

—He aquí el mejor epílogo de aquella comedia que mucho tuvo ¡ah! de drama.

Dice y nos pasa otro papel, escrito y descolorido.

Nuestros ojos, febriles, curiosos, devoran ávidamente esas líneas: el primero es una copia del expediente de doscientas declaraciones depuestas por las personas que presenciaron el movimiento del 20 de abril en Santiago. Antonio Arcos, indicado con el número 165 en la declaración, ha dicho: "Don Francisco Bilbao estaba armado de espada y gritaba al pueblo animándolo para que **echara abajo** la puerta de la Catedral, por donde se va al campanario para que tocaran a fuego... Vió correr, (lo cree, advierte una anotación) entre la muchedumbre a don Victorino Lastarria con los pantalones arremangados y con una espada en la mano... Seferino Alegría, entre otras cosas, declaró que "cuando iba a principiar el combate el mismo coronel Arteaga preguntaba mucho por don Victorino Lastarria y decía **dónde se ha ido don Victorino Lastarria; qué es de don Victorino Lastarria**". mientras "el coronel Arteaga y Urrióla daban varias órdenes". La conclusión del fiscal decía así: "Don Victorino Lastarria andaba con los amotinados y según un solo testigo llevaba en la mano una espada; otro testigo declara que cuando principiaba el ataque al cuartel de artillería, el coronel Arteaga gritaba: "Dónde se ha ido don Victorino Lastarria; qué es de don Victorino Lastarria". Hallando pues suficientemente convencidos del intento de conspiración a don V. Lastarria... concluyo por la ley a que sufra la pena de ser pasado por las armas como lo dispone el artículo 141, título 86 de la Orden General"

El segundo pliego escrito es la solicitud que el Maestro presentó a la Universidad, cuando iba a partir al extranjero, solicitando un certificado que acreditara su aptitud "para la enseñanza científica" y que informe sobre su conducta y capacidad durante los años que ha regentado las clases de legislación y derecho de gentes en el Instituto Nacional. Luego, al pie de dicha solicitud, el informe del Rector de la Universidad, don Andrés Bello, escrito de su puño y letra, que dice así: "Certifico que don Victorino Lastarria ha desempeñado las clases que aquí se expresan a satisfacción de los sucesivos rectores del Instituto Nacional y del público, y que yo en particular le he juzgado uno de los más ilustrados y beneméritos profesores de aquel establecimiento, en cuyos progresos ha influído muy señaladamente por su parte. Certifico asimismo que



Retrato hecho en 1866

en la Facultad de Humanidades, de que es miembro, ha manifestado mucho celo por el adelanto de los buenos estudios y especialmente de la instrucción popular. Para los efectos que le convengan dí el presente en Santiago a 3 de enero de 1852.

Una nube ligera se ha interceptado ante él disco de la luna. La obscuridad se hace de repente y la noche adquiere un pasajero carácter siniestro: se dijera que se ha tornado propicia a la evocación de endriagos y fantasmas.

¿El maestro ha adivinado nuestro temor

pueril, pues, con voz algo cavernosa, nos dice:

—Esta obscuridad me ha recordado algo curioso, un recuerdo delicioso que explica quién sabe si hasta cierto aspecto desconocido de algunos de nuestros grandes hombres.

Mi silenciosa curiosidad es un signo de interrogación. El maestro continúa:

—Esta noche es aparente para creer en brujas y en ánimas; yo recuerdo a varios hombres eminentes que creían en ánimas y aparecidos: don Mariano Egaña, don Andrés Bello, el general don Francisco Antonio Pinto, por ejemplo. Varias veces oí a Egaña hablar de aparecidos. Una fué en una de las sesiones que celebraba la primera comisión que se nombró para formar el Código Civil. Funcionaba en la secretaría del Senado. Egaña presidía, y yo, aún muy joven, estaba de oyente. Se trataba de capellanías y Egaña, tal vez usando uno de los recursos a que apelaba con frecuencia refiriendo historias destinadas a conseguir su objeto, recordó que mi abuelo, Miguel José de Lastarria, era en la colonia uno de los antagonistas más formidables de las fundaciones pías, y que una vez había referido a don Juan Egaña, padre de don Mariano, que se había reconciliado con aquellas fundaciones, desde que el ánima de un muerto qué había fundado una capellanía, para que se le hicieran sufragios, se había aparecido al capellán, que no cumplía con las misas de su obligación, para decirle que por su falta estaba todavía penando en el purgatorio. Esto contado con aquella graciosa facilidad que tenía don Mariano para sus narraciones, y con multitud de detalles de esos que se estilan en estos consejos, mantuvo al auditorio embebido durante largo tiempo. En otra ocasión, estábamos de exámenes en la capilla del Instituto Nacional, y don Mariano se apareció allí, como decano de leyes. Se sentó a mi lado y, como buen curioso, me hizo referirle un suceso ocurrido en mi presencia en el Ministerio del Interior. Yo era allí oficial mayor y estando en acuerdo con el ministro don Ramón Luis Irarrázaval, se presentó don Ignacio de Reyes, ahogado en llanto, al extremo de no poder articular una palabra por los sollozos. Nos alarmamos, pedimos agua, y tratamos de aplacar por todos los medios posibles el histérico de don Ignacio. Cuando éste se desahogó, nos refirió, siempre entre sollozos, que su mal venía de un mandamiento de ejecución librado por el juez Argomedo contra la caja de beneficencia, y expedido maliciosamente, decía don Ignacio contra su persona, como tesorero de aquella caja; por lo cual traía su queja al gobierno. La futilidad de la queja y los aspavientos de que la revistió el tesorero dieron mucho qué hablar, y don Mariano que tenía el gusto y el hábito de chismes semejantes, vió encantado mi relación y con toda su escondida gravedad, rebosándole una risa maliciosa, me dijo en voz baja: —"Hombre, eso es de familia; le viene a Ignacio de su abuelo don Juan Bautista de Borda, bisabuelo de Antuco García, un compañero de usted. Aquí en esta misma capilla lloró el susodicho don Juan Bautista más agua que la que arrastra él Maposho". Y luego continuó refiriéndome el acto de la notificación a los jesuítas, de la Real Cédula de su expulsión. Los exámenes se suspendieron y don Mariano quedó conmigo en la capilla, esperando la vuelta de los examinadores, y describiéndome minuciosamente y del modo más dramático aquella notificación hecha por el presidente del Reino y el escribano de cámara, don Juan Bautista de Borda. El punto capital del cuento era que este no podía leer la real cédula y cuando se ponía de pie para leer las palabras: **El Rey nuestro señor**, prorrumpía en sollozos que le ahogaban y le impedían continuar. Esto se repitió, según don Mariano, catorce veces en media hora, hasta que contagiada por el llanto toda la comunidad jesuíta, no se oían allí más que sollozos; y entonces el presidente, calándose sus antiparras y poniéndose en pie, arrebató el pergamino de manos de don Juan Bautista, que estaba ya desmayado, y leyó con voz firme y entera la Real Cédula de expulsión. "Pero,—agregó don Mariano,—los reverendos padres, a pesar del sigilo que se había guardado, conocieron algunas horas antes, en aquella misma noche su expulsión. En esta capilla penaban mucho, y estando el padre prior en oración, después de la cena, se le apareció el alma de su antecesor, que está aquí enterrado, y le anunció que en altas horas de esa noche debía suceder lo que sucedió, y que debía permanecer en pie con toda la comunidad. El padre boticario tuvo que vender a la media noche una medicina a la señora tal, que tenía muy enfermo a su marido, el señor don Fulano (no recuerdo los nombres) y le refirió la aparición treinta años después la misma señora se lo refirió a mi padre". Esto dicho con seriedad, con pausa y casi con miedo, me confirmó en que Egaña y su padre creían en aparecidos. No es extraño. Estos dos hombres, por sus creencias, por sus precauciones, y por ese fanatismo singular, que en nada contribuye a la moralidad del pensamiento y de las costumbres, sino es por el temor al infierno, eran verdaderos representantes del espíritu del siglo XVI. Don Mariano no tenía la instrucción de su padre, y era tan pusilánime, tan infatuado, tan soberbio y tan excéntrico como él. Acostumbrado a ser considerado y aún adulado por los que le rodeaban, se creía, en todas circunstancias, con el derecho de llevar la palabra y de dominar, sin guardar respetos ni miramientos por nadie ni por nada. Tenía un lenguaje fluído, una voz sonora y agradable, era un narrador de primera fuerza, y contaba con una feliz memoria, que le ayudaba en la relación de todos los detalles de los consejos y anécdotas,



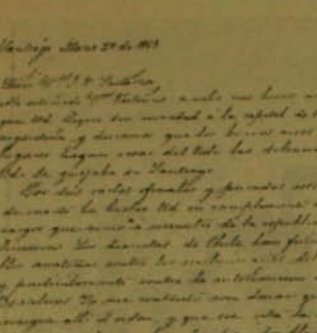
Don Victorino y sus hijos. De derecha a izquierda: Don Victorino, Demetrio, Aurelio, Washington y Daniel Lastarria.

que gustaba mucho de contar. Era un pelucón rabioso, porque en política no sólo picaba muy atrás, sino que tenía el amor de la monarquía, y lo disimulaba procurando para la República un gobierno fuerte, ya que no le era posible darle un rey. El es el autor de todo lo que tiene de retrógrado, de restrictivo y de monárquico la constitución de 33. No hay más que compararla con su proyecto y con el que presentó la mayoría de la comisión nombrada al efecto, para convencerse de que es Egaña el organizador del gobierno personal en Chile y el inspirador, o más bien dicho, la ilustración del ignorante Portales, que por otra parte no necesitaba de inspiradores para plantear y afianzar la política de odios que pagó con su vida.

Pronuncia este juicio don Victorino con extraordinaria energía, acentuando cada palabra con un gesto de la vista y de los labios que a veces lo corrobora con el puño.

Mas, de pronto, hace un esfuerzo por recobrar la serenidad y, bajando el tono de la voz, dice:

—Volviendo a los aparecidos, no calumnio a los respetables señores Bello y Pinto... Era una noche de invierno, y yo llegaba a casa del señor Bello a las ocho. El y el general Pinto estaban arrellenados en sendos sillones al amor de un brasero colmado de carbones encendidos, cuya llama casi eclipsaba a la de una lámpara de aceite que ardía sobre el bufete... Hablaban de aparecidos mascando, más bien que fumando sus largos puros. Yo me sorprendí tanto, que enmudecí oyéndolos. Recordaban el siguiente caso, ocurrido, según ellos en Londres por allá en los años de 825... Un rico negociante retirado celebraba el tercero o cuarto aniversario de su matrimonio con una linda joven. Había diez amigos a la mesa del banquete, y ya tomaban los postres, y apuraban el champaña, cuando de repente se aparece entre todos ellos un espéctro ensangrentado. Era el de la primera esposa del comerciante, que venía a acusarle de haberla asesinado, para casarse con la joven. Esta y el marido se desmayaron. Los circunstantes huyeron despavoridos. El caso se supo en todo el barrio, y aún lo publicó y comentó la prensa. La policía no quiso desentenderse y substanció un proceso. Reunióse el jurado. El señor Bello estuvo en la barra, y ovó a los convidados del comerciante afirmar, como testigos, la aparición. Más todavía: ovó leer el informe de los médicos que habían exhumado el esqueleto de la primera esposa y que hallaban que había muerto de muerte violenta. El general Pin-



Una carta de don José Joaquín Pérez a Lastarria en 1865.

to había oído hablar del caso en Londres y había leído la sentencia condenatoria del jurado...

Una sonrisa sardónica edsflora los labios de don Victorino, mientras sus pupilas semejan dos luececitas vivas, ardientes, que reflejan, como dos ardientes fanales, un vivo incendio espiritual.

Hecha la historia,—continúa—yo procuré explicar la aparición por medios naturales; pero aquellos dos viejos venerables objetaron mis observaciones, sosteniendo la aparición sobrenatural. La creencia de don Andrés Bello no me sorprendía. Hacía poco tiempo que discutiendo con él sobre el fin natural del hombre y de la sociedad, a propósito de la tempestad que el clérigo Iñiguez y Cerda habían armado en la facultad de leyes sobre mis "Elementos de Dérecho Público", porque no decía yo que **el fin del hombre era la vida eterna**, el señor Bello me confesó que él no estaba seguro de su creencia en la vida futura. Así pues, en aquel momento no dudé de que don Andrés creía en las ánimas, porque el general aparentaba creer...

Ahora ya no es sonrisa irónica la que entreabre sus labios, sino una muecca de alegría franca, de rebosante alegría. Luego, recobrando su gravedad, continúa diciendo:

—El señor Bello era muy capaz de eso: era débil, y llevaba sus respetos por los hombres colocados en elevada posición, hasta la humildad. Manuel A. Tocornal había sido, como yo, su discípulo, y él le había tratado mil veces con llaneza; pero una vez que Tocornal fué ministro, don Andrés le avergonzaba, según el mismo Tocornal, con los homenajes que acostumbraba rendir a los superiores en dignidad. Otra cualidad característica de don Andrés era la seriedad. Era moralmente seco y no manifestaba jamás sus impresiones. Su risa parecía una contracción puramente facial. En los muchos años que le traté, sólo le ví reir de veras una vez que el célebre don Simón Rodríguez le contaba que en el banquete que dió al general Sucre, a su entrada a La Paz, no habiendo fuentes de que disponer, había hecho todo el servicio en bacinillas de loza nuevas, habiendo comprado o alquilado una gran partida que tenía un comerciante. El diminuto viejo Rodríguez estaba en pie al lado de una mesa, refiriendo su anécdota con una cómica formalidad y en términos y ademanes enérgicos; y don Andrés, sentado al lado de la misma mesa, fumaba su puro, el cual se le cayó de la boca por la carcajada que soltó, la que dió al traste con su habitual seriedad y le hizo llorar. Entretanto don Simón parecía extrañar que nos riéramos tanto y tan de buena gana con su singular historia... Sin embargo, don Andrés era tan bondadoso, como prudente, y tenía una vasta condición, que hacía interesante su trato, aunque no ameno, ni fácil. Por el contrario, el general Pinto era un buen conversador. Hombre de mundo, que había visto y observado mucho, de feliz memoria y de fina malicia, hablaba con facilidad y sin pretensiones sobre cualquiera materia. Era liberal y eminentemente republicano, y no hay duda de que habría organizado la república democrática durante su gobierno, si hubiera tenido un poco de valor. La falta de energía era la causa de su debilidad y sobretodo de su hábito de contemporizar. Como no se atrevía a ningún peligro, y aspiraba a que no se tuviera nada que reprocharle, ni que acusarle, cometió el error de querer gobernar con los enemigos de sus ideas, y confesando las faltas de su partido tal vez acusándolas, huyó de sus responsabilidades de partidario, y fué causa del triunfo de los reaccionarios en 1830. Más de una vez hablé con él sobre estos hechos, y siempre le hallé firme en su idea de que la república debía ser la obra del patriotismo de todos, aun con sus propios enemigos. Cuánto no habría aplaudido a Thiers, si hubiera vivido para ver las maromas de aquel nuevo estadista republicano, tan parecido a él.

Ha callado la voz del maestro: sus pupilas escudriñan entre los revueltos papeles de la mesa de trabajo. De pronto toma al azar un libro, en cuya portada se lee el nombre de Bilbao; lo hojea con curiosidad y, luego, acompañando su voz con un suspiro profundo, suspiro que habla de un amar-

go escepticismo y que trae al recuerdo muy lejanas emociones, dice, con lentitud y gravedad:

—¡Bilbao!... ¡Infortunado y buen amigo mío!

Entonces un mundo de recuerdos se agolpa a nuestra memoria: y evocamos esa vieja amistad de don Victorino con Bilbao; sus cartas francas, espontáneas, dolorosas; el encuentro de ambos el 20 de abril, cuando la revolución era como una promesa de libertad; luego, la correspondencia del Perú y de Buenos Aires; más tarde, la página más dolorosa de esa amistad: Lastarria junto al lecho del moribundo, mientras Bilbao le dice: "Mi esperanza era ir a morir a Chile, pero ya usted ve, no puedo morirme"; y, por fin, Lastarria, investido con su cargo de Ministro, yendo a acompañar el cuerpo de Francisco Bilbao hasta el cementerio y pronunciando sobre su tumba palabras temblorosas.

—Maestro, ¿qué piensa usted de la última época de Bilbao, cuando residía en Argentina, desterrado

Y él nos responde, inmediatamente, no con el tono de quien hace confidencias sino con el gesto de quien formula un juicio.

—Campo de libertad era el de Argentina para Bilbao. La libertad de espíritu se manifiesta allí de mil maneras, sin restricción de ningún género, pues no puede llamarse tal el uso que a su turno hacen los católicos de su propia libertad para anatematizar o para discutir una doctrina, o algún sistema, o alguna medida que afecte sus convicciones. Como no había partido católico que hiciera política y que apelase a los intereses de círculo para dar cuerpo al anatema, o para desvirtuar la discusión, convirtiéndola en riña, en guerra de héchos o en ataques rabiosos a una persona. Por consiguiente, tampoco había hipócritas en ese medio, ni devotos de especulación o católicos de miedo al que dirán... Francisco Bilbao, ese filósofo profundo, honra de nuestra América, que anatematizan los clérigos y que insultan hasta los liberales, tratándole de loco en la república y desconociendo una de las mejores glorias nacionales; Francisco Bilbao, muerto en la flor de la vida, dió en Buenos Aires varias veces ocasión a manifestaciones espléndidas de esa libertad y de esa elevada ilustración de los argentinos, que ojalá nunca decline y se mantenga en su vigor... Más filósofo Bilbao que político, educado én Europa al lado de los más eminentes demoledores del poder invasor del curialismo romano, habiendo visto allí en todo su lúgubre esplendor a ese poder, habiendo palpado su acción mortífera contra la libertad de aquellos pueblos y contra la independencia del espíritu, y habiendo sido el mismo en su niñéz víctima de la tolerancia ultramontana en su patria, se dedicaba de preferencia a las cuestiones religiosas y los sublevaba en Buenos Aires, como si allí hubiera tenido al frente al énemigo que había combatido en su patria y que en Europa había aprendido á aborrecer. Pero sus obras, cuando más suscitaban una pastoral o alguna contestación de polémica razonada, que no hallaba pasiones qué incendiar, ni intereses políticos que poner de su lado. Todo pasaba en paz y el único efecto de la contradicción era allegarle discípulos a Bilbao, y facilitarle él modo de formar una escuela que le ha sobrevivido y que hoy lleva su nombre, haciéndose él mejor baluarte de esa libertad de pénsar, y de esa elevación en la discusión de esto género de cuestiones.

Comprendemos el valor de este recuerdo; pero nuéstra curiosidad locuéla nos induce a solicitar aún de la benevolencia del maéstro una noticia más:

—Maestro, ¿cuál fué la última carta que recibió de Bilbao?

Y él, benévolo siempre, como resignado a ser pasto de nuéstra obstinación, nos replica, hurgando entre los viejos papeles:

—Hela aquí. Oiga usted; dice así: "Señor don Victorino Lastarria: ¿Me cuenta usted ya en el número de los muertos, mi querido e ilustre amigo?... Pues—como poco a poco voy consolidando el estoicismo y aquella fe de Catón—"causa victrix Diis placuit, sed victa Catoni", así es que hoy, resucitado de una mortal enfermedad apenas créo vivir, cuando despierto ansioso de los grandes combates y buscando como dar la gran batalla por la libertad de Chile. Al tocar la muerte, como Antheo, me he levantado mas hereje que nunca, y con más confianza en la verdad, luz pura, negación del catolicismo y afirmación del dogma futuro de la República que



Retrato hecho en 1875

en America y Europa hoy ha de brillar sobre él mundo.

Lo saludo, lo abrazo en mi fe, en mi confianza en la verdad y en la inmortalidad. Escribame pues para preparar mi campaña. Notíceme de Chile; se lo exijo a nombre de todos nuestros bellos recuerdos en la plaza de Santiago en donde el 20 de abril de 1851, lo vi por última vez. Salud y fraternidad.—**Francisco Bilbao**".

—Maestro,—le preguntamos—¿cuándo usted realizó su viaje a los minerales de Caracoles en busca de fortuna?...

Y él nos interrumpe bruscamente:

—Sí; bien se me alcanza lo que me va a preguntar: voy a ser explícito y a contarle el primer antecedente de ese viaje infortunado. Mi situación en Santiago era molesta, odiosa, a causa de mi sinceridad, de mis honradas convicciones políticas. Cuando alguno tenía la humorada de confiarme un negocio, nunca faltaba un clérigo, un beato, o un pelucón que se lo quitara de la cabeza, o que empeñase a la mujer de aquel desgraciado a fin de que salvara a su marido del peligro de entregar sus asuntos a un hereje. Los jueces mismos me han referido lances de éstos que me han hecho reir...

Comprendemos que le ocasionamos un verdadero sinsabor a don Victorino insistiendo sobre el particular. Preferimos, pués, cambiar inmediatamente el giro de nuestro interrogatorio, para decirle:

—De sus impresiones pintorescas, de su viaje al Norte, al ir hacia Caracoles, ¿qué recuerdos conserva, maestro?

Y él comienza a hablar así:

—De mi viaje a Caracoles sólo quiero recordar mi llegada a Cobija en los primeros días de septiembre de 1871, cuando iba en busca de un porvenir a esas regiones, dejando en Chile a mis contrarios políticos triunfantes y venturosos, ¡que noche aquella! Era nublada y negra, el mar estaba agitado, y las luces del vapor, como las del muelle, rielaban sobre las olas, formando arcos que se abatían y quebraban su resplandor sobre las ondulaciones de la marejada, que resbalaba a lo largo de los arrecifes. Salté al muelle con dificultad, y pedí a los fleteros que me condujesen a un hotel... Pocos minutos después me introducían al Hotel Perú, un bodegón que tenía al lado un patio estrecho y obscuro. La maritornes del mostrador, llevando en la mano una palmatoria cubierta de suciedad y con una vela de sebo, me presentó mi aposento. Era un cuartito donde apenas cabían el catre de madera y la mesita llena de quemaduras y negra de inmundicias, que formaban su ajuar. No había cama y el piso, que había sido enladrillado en sus buenos tiempos, no tenía sitio donde poner el pie seguro. Mientras desembalaban mi cama, tomé asiento afuera, en una banquita de palo, y desde allí pude columbrar a mis anchas que alojado como yo, acomodaban sus aparejos y enrollaban sus lazos, lanzando algunas imprecaciones por no haber encontrado qué comer en el hotel... ¡Una venta! dije entre mí. ¡Arrieros, una maritornes! ¡Algo que parecía un pozo con su brocal en medio del patio! ¿Qué es esto? ¿No es la venta de don Quijote?—¿A dónde está el ventero? pregunté.—Aquí no hay ventero, me respondió Maritornes, colocando mi colchón y haciendo brincar con estruendo las tablillas del catre. Me quedé pensativo, profundamente triste... Es que don Quijote no se había acabado, vivía en Sud América en cada uno de los que, como yo, tienen el ideal de la justicia, del honor y de la verdad, y se lanzan en la sociedad a enderezar entuertos a desfacer agravios, a destrozar los dragones y vestigios de la mentira y del fraude, a ejercer la magistratura de la verdad contra alcaldes y corregidores, contra alguaciles y fantasmas. ¿No me he metido yo a decidir de lo justo y de lo injusto, de la sinrazón y del derecho, a absolver a los galeotes, por odio al despotismo, sin más investidura que la que yo mismo me he atribuído, sin más ley que mi palabra, como el manchego que no tenía otra que la de su espada? ¿No pinté yo una Dulcinea, en la Libertad, que en belleza y principalidad, ni le llega Elena, como decía de la suya Don Quijote, ni le alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griegas, bárbaras y latinas? ¿No he pretendido ser, como Don Quijote, una abstracción encarnada, un ideal hecho hombre? La realidad se vengó de mí como del caballero andante, con la diferencia de que en lugar de palos tuve prisiones y destierros, y en vez de tajos y reveses, aislamiento y miseria.

Transcurre un instante. La noche está ya muy avanzada. Es menester apurar la charla antes de que el día despunte en el oriente.

Sin perder tiempo le decimos a don Victorino:

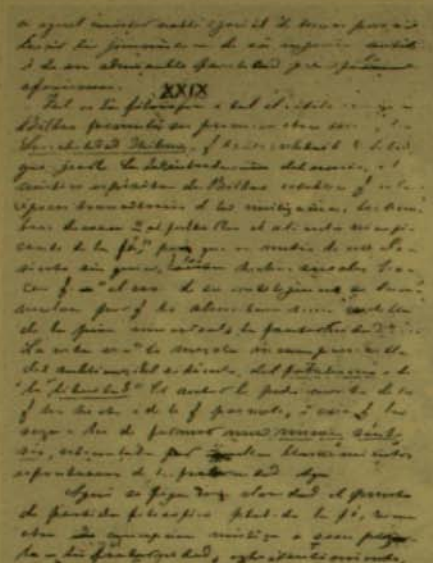
—¿Qué circunstancias presidieron y cómo se formó el gabinete de septiembre del 76, cuando usted estuvo encargado de presidirlo?

—El Presidente Pinto, que había pasado algunos días en Viña del Mar, llegó a Santiago el 4 de septiembre. Esto pasaba en 1876. El 5 se puso de acuerdo con Errázuriz para organizar el nuevo Ministerio, cometiendo el error de dar a Errázuriz tal intervención en el asunto, que hasta se encargó de proponer él puesto a las personas en quienes se fijaron y que fueron Alfonso, J. A. Gandarillas, C. Castellón, R. Sotomayor y Jorge Huneeus. Errázuriz llamó a este último el mismo día, y en presencia de Alfonso le propuso el puesto. Huneeus expresó que se conformaba con Alfonso y Sotomayor. Respecto de los otros guardó silencio y quedó de contestar. En la



Un grupo hecho en 1882, de la familia de don Victorino: aparecen en él su esposa, doña Jesús Villarreal y don Victorino, rodeados de sus hijos: Demetrio, Daniel, Rosa, Lupercia (esposa de don Eduardo de la Barra), Washington, Aurelio, Carmela, en la fila alta; Fanny y Lucinda junto a su madre; y Luisa, Fresia y Ana.

noche vió a Pinto para expresarle su profunda aversión a entrar en un Ministerio organizado por Errázuriz y bajo su influencia, aconsejándole que no hiciera ver a Sotomayor por Errázuriz. Esa misma noche habló yo con Pinto quien me reveló su convenio con Errázuriz, expresándome muy categóricamente que quedaríamos excluídos de toda participación en el Ministerio y en la política. Covarrubias, Santa María, M. Amunátegui y yo, como jefes de partido, porque él no quería que fuésemos a hacer gobierno personal, ni que el país tuviera motivo de acusarlo al poner el gobierno al servicio de nuestras respectivas ambiciones pérsonales. Yo acepté, riéndome, su declaración, y pidiéndole que no diese importancia a esa idea y que la meditara más... El 6, buscó Errázuriz todo el día a Sotomayor, sin hallarle, porque éste se escondió; pero en la mañana habló Sotomayor con Huneeus, y en la noche recibió en su casa junto con éste, a Pinto, ante el cual declaró terminantemente que no aceptaba. Huneeus declaró lo mismo... El 7 y el 8 se creyeron triunfantes los amigos de Errázuriz, que formaban la mayoría de la Cámara de Diputados, y hablaron de colocar al lado de Alfonso y Gandarillas, a Concha Toro, a Osvaldo Renjifo, a Cood, a Zegers o a Elizalde. La opinión de los politiqueros y de la gente que prescinde de estas transacciones se mostró indignada, y Alfonso fué un éco dé esta opinión en los Consejos de Gobierno. Errázuriz y Altamirano se alarmaron. Pinto mucho más. Pero sin abandonar la idea de organizar un Ministerio de sus amigos, se propusieron prescindir de aquellos nombres, y citaron a Prat para una entrevista con Altamirano, a fin dé buscar con el a los hombres más conspicuos de su partido... Esta entrevista tuvo lugar el 9, y Prat persuadió a Altamirano de la necesidad en que se hallaban de salir de su círculo y de fijarse en hombres que dieran garantías a todos los círculos políticos y que satisfacieran a la opinión pública, que exigía Ministros serios y dignos. Se fijaron en Covarrubias, en mí, en Prat, Amunátegui y el mismo Alfonso. Altamirano tomó la incumbencia de persuadir a Errázuriz y Prat la de persuadir a Pinto en este sentido... En la tarde, estando éstos dos juntos, recibieron una esquela de Altamirano comunicándoles que Errá-



Una página de los originales de los "Recuerdos Literarios" El comienzo del famoso capítulo que don Victorino le consagró a Bilbao.

zuriz se conformaba con la combinación, y en cuanto comieron, se transladaron a mi casa, a las 7½ de la noche. Prat me propuso exabrupto la combinación. Yo respondí que ella era imposible, porque Pinto me había excluído a mí, a Amunátegui y a Covarrubias. Pinto retiró esta exclusión y me dió explicaciones. Yo no insistí, me manifesté dócil, pero les advertí que había una pequeña dificultad—la de que Pinto estaba comprometido a hacer la reforma de la Constitución siendo que yo no podría entrar sino con esta base, mientras que Covarrubias había votado en el Senado contra esa reforma el año anterior. Pinto exclamó que era cierto y al instante se trasladó a casa de Covarrubias. Este pidió tiempo y quedó de responder al otro día a las doce. A esta hora pidió prórroga hasta las cinco, y luego hasta las diez de la noche. La combinación se hizo pública y fué aplaudida. Los peluconcs aplaudieron y trabajaron todo el día en que Covarrubias aceptara. Pero éste, sin embargo, de que aceptaba la reforma de la Constitución, temía, sin duda, de que podríamos exigirle después otras cosas, y que él no podría avenirse ni conmigo ni con Prat, ni con Alfonso, y respondió en la noche que no entraba en el Ministerio... Fuí visto por Pinto a las 10 de la mañana del 11. Me notificó la negativa de Covarrubias, declarándome que él necesitaba otro ministro que le conciliase, en defecto de Covarrubias, a los peluconcs y montt-varistas. me rogó que hiciera aceptar a Sotomayor, citándome para las tres de la tarde. Sotomayor se me negó redondamente, pero no me separé de él, sin dejarlo casi comprometido a aceptar... A las tres, yendo a casa de Pinto con Prat y Alfonso supimos en el camino por M. Recabarren, que los matistas, que se llamaban "radicales", rechazaban a Covarrubias y tenían una acta escrita pidiéndole a Alfonso que no aceptara con él. Cuando Recabarren supo que Covarrubias era reemplazado por Sotomayor, expresó su contento y nos dijo que ya los radicales no harían protesta alguna... En casa de Pinto escribí a Sotomayor, llamándole; y habiendo ido, continuo haciéndonos reflexiones sobre los impedimentos que tenía, y al fin, a las cinco de la tarde quedó comprometido... El 13 nos reunimos otra vez en casa de Pinto. Acordamos algunos nombramientos y algunas bases de política, entre las cuales la más notable fué la de que en adelante el Ministerio prescindiera de hacer capítulos con las mayorías de las Cámaras, dejando a éstas en entera independencia para proceder y para aprender a ser Cámaras. Esta base disgustó mucho a gran parte de los de la mayoría de diputados, organizada por Cood. Esta mayoría tuvo gran interés en comprometer al Ministerio en la cuestión de las elecciones de Quillota para declararlas legales y válidas.

—¿Fué un ministerio difícil, maestro? ¿No abundaron las controversias doctrinarias, las interpelaciones, y no se hizo hasta cuestión de estabilidad ministerial la inclusión del proyecto de Ley de Cementerios, en la convocatoria al Congreso?

Y don Victorino nos responde, sin darse siquiera un instante de tregua:

—Muchas dificultades hubo de vencer este Ministerio, porque los grupos de la Cámara que se decían liberales no le prestaron ni una mediana adhesión. Los amigos de Errázuriz se ligaron con los de Matta, pero su único vínculo de unión fué el odio con que los reformistas y los clericales y vicuñistas trataron a la administración pasada. Errazuristas y mattistas acusaban al Ministerio por que no se ponía al lado de ellos para combatir a los enemigos, y todas sus acusaciones se reducían a censuras, calumnias y chismes, que yo deje pasar sin hacerles el menor caso. Los clericales, conservadores puros, vicuñistas y reformistas manifestaban simpatías al Ministerio y le ofrecieron su apoyo contra los otros y el Ministerio, sin aceptar este apoyo, no rechazó sus simpatías, pero de ninguna manera las aprovechó contra

los errazuristas y mattistas, procurando elevarse sobre todos ellos... En medio de todas esas actitudes de los grupos, se hicieron dos elecciones de la presidencia de diputados, las cuales dieron resultados que fueron propios de la organización que tuvieron esos grupos. En la elección del 17 de octubre, la unión de los clericales, vicuñistas y reformistas llevó a la presidencia al clerical Rodríguez, merced a la falta de tino con que los errazuristas y mattistas procuraron imponer la candidatura desprestigiada de P. N. Videla, en lugar de García de la Huerta y la de Allende Padín para la segunda vice-presidencia. En la elección de 17 de noviembre, estos grupos fueron mejor disciplinados por Errázuriz, y eligieron a Concha y Toro, García de la Huerta, Allende Padín, derrotando a los clericales.

El primer canto de un gallo rompe el silencio nocturno. La luz de las estrellas comienza a palidecer.

—¿Cuáles fueron los motivos que originaron la caída del Ministerio el 77?—preguntamos.

Y el maestro, haciendo memoria, nos dice:

—Recuerdo, que después de una interpelación hecha al Ministerio, creía tener encima a los montt-varistas, después de haberme desahogado a fuerza de paciencia y de táctica de las interpelaciones clericales, cuando en los mismos momentos, en la sesión del 14 de septiembre, un diputado de Linares, errazurista, apoyado por Arteaga Alemparte, reformista, me acusa, que no fué interpelación de no haber dado cumplimiento a la ley de 23 de agosto, que autorizaba un gasto de 8,000 pesos para poner lanchas en los ríos. La interpelación me sorprendió, no tanto por su injusticia, puesto que el diario oficial revelaba que ya el 26 de julio había yo dispuesto eso mismo por decreto, y que el mismo día de la promulgación de ésta les había expedido a los intendentes órdenes circulares, que éstos estaban cumpliendo, si no por su origen. No me explicaba por que arrimaban también el hombro, para derribarme, los liberales, quienes parecían estar contentos conmigo. Respondí, con moderación y prometí reiterar mis órdenes y, aunque debió terminar el incidente, no se pasó a la orden del día sino después de largos discursos de Arteaga Alemparte, del interpelante y del Ministro de Justicia, que a causa de ciertos arreglos de las fiestas de septiembre fué también comprendida, en la interpelación. Pasadas las fiestas, el "Diario" del 24, publicó la nueva circular a los intendentes sobre la ejecución de la ley de 23 de agosto, y largo extracto de las comunicaciones que éstos habían remitido al Ministerio desde el 1.o de septiembre sobre las lanchas que habían colocado y los gastos hechos en cumplimiento de la ley. Creía que esto satisfaría al interpelante, pero, al contrario, en la sesión del mismo día, él y su coadjutante volvieron a la carga con nuevos bríos, como para probarme que insistían en el ataque y que eran acompañados por otros liberales. El interpelante refutó los extractos de las comunicaciones y adujo datos para demostrar que no habían cumplido con la ley, deduciéndolos de la incomunicación en que habían nuevamente quedado los pueblos, a causa del temporal ocurrido los días 18, 19 y 20 de septiembre. Arteaga Alemparte pide que se me comuniquen esa misma noche los datos aducidos, pues yo estaba ausente en Valparaíso, e increpa a los intendentes. Gandarillas, uno de los jefes de los errazuristas, apoya la indicación, y cree que debe hacerse presente al Ministro la extrañeza con que la Cámara mira el estado de incomunicación en que se halla la capital con las provincias. Huneeus refuerza el ataque y adhiere a que se exprese esa extrañeza de la Cámara, porque le gusta la claridad. Arteaga pide que se formule un proyecto de acuerdo sobre este disgusto de la Cámara, y pregunta a Gandarillas si lo propone como indicación; y habiendo éste declarado que no proponía el acuerdo, porque Amunátegui pedía que se aplazara el negocio hasta oirme, Arteaga agrega que debe hacerse un telegrama llamándome en el momento para que pueda responder al día siguiente. Amunátegui dice que la hora es avanzada para poner telegramas, pero no agrega una palabra acerca de los documentos oficiales que comprobaban que yo había cumplido con la ley, y que demostraban la inutilidad y la injusticia de todas aquellas acusaciones e incriminaciones y alarmas. La sesión se ocupa en ésta borrasca, que más parecía una zahurda de colegiales, y el presidente da por terminado el incidente, orde-



Un retrato del 79

nando que se pasara el oficio pedido por el interpelante. Al día siguiente, volví de Valparaíso y lleno de confusiones, sin comprender esta nueva actitud asumida por los liberales, me presenté en la Cámara dispuesto a sufrir una nueva tortura como las muchas sufridas ya, siendo Ministro entonces y en 1862, para probar que el que manda no debe olvidar que su misión es servir, y para triunfar contra los que por mala voluntad, ligereza o falta de juicio ponderan mi irritabilidad y mi susceptibilidad.

Dice don Victorino, y en su imagen se dibuja una expresión de tristeza, de melancólica tristeza: su queja es el grito de un corazón lastimado, que sangra herido por la injusticia. El hombre fuerte, el hombre tierno, el apóstol que había en él se revuelve contra sus contemporáneos, pero no con la imprecación del que enrostra una felonía, sino que con el dolor del que siente gravitar sobre su pecho el peso de una injusticia... Luego sus labios se entreabren y su palabra resuena de nuevo:

—No me comprendían los que así me acusaban, ni mucho menos los que especulaban con mi mal genio. No sabían que en 1835, cuando entraba yo en nuestra sociedad, sufría, el violento choque que causa en un espíritu joven y sano el predominio de la corrupción. El despotismo de un gobierno y partido vencedor lo dominaba todo entonces y a su



Casa de don Victorino en la calle de la Bandera, según un dibujo de 1902, poco antes de ser demolida

voluntad se plegaban todas las voluntades, todas las conveniencias sociales, porque nadie podía figurar, ni medrar, ni siquiera ser aceptado si no callaba, si no obedecía, si no seguía la corriente que imprimía la reacción colonial triunfante. Mi educación y mi pequeña ilustración hasta mi carácter, me llevaban a burlarme de todo eso, a reprobar enérgicamente lo que miraba como malo y antisocial y retrógrado, a perseguir sin treguas la maldad y la debilidad culpable. Quería yo elevarme por otra escala, por el triunfo de la idea democrática, pero me encaré con la sociedad. "La sociedad, dice Hein, es una república. Cuando el individuo quiere elevarse, la comunidad le rechaza con el ridículo y la difamación. Nadie puede ser más virtuoso y más diestro que los demás". Tuve que luchar con el ridículo y la difamación, y fuí desde el principio burlón para evitar el ridículo y violento para suprimir la difamación. De aquí la susceptibilidad, el excesivo amor propio, el mal genio que me atribuyen, y que en general no han sido en mí naturales sino obra del cálculo y premeditación, tal vez obra del hábito, pero no de mi hábito vicioso e inveterado, porque me he vencido siempre que ha sido necesario, y jamás me ha costado vencerme. En la prensa, en los debates parlamentarios, he tenido que ser soberbio, contra lo que me parecía que indicaba desprecio o ridículo, altanero contra el error que pretendía avasallarme, dogmático y perentorio contra todo error, implacable contra los especuladores y traficantes de la moral y de la política. Nunca usé más de esta táctica premeditada y calculada que el año 36, el 41, en que luché de frente con mis camaradas, con los retrógrados del poder, con los dómines de la falsa ciencia, contra todos los despotismos sociales, contra todos los egoísmos. Los que no han vivido en ese tiempo y los que pasaron por él sirviendo a la reacción dominante, no pueden formarse idea de mi gran labor personal, ni de mi lucha. Los que aparecieron después y me hallaron en la brecha, todos los polígonos que se fueron sucediendo y me hallaron en la brecha, unos utilizaron de mis fuerzas, otros me han combatido; todos me han hallado orgulloso y mis adversarios, al día siguiente de ser mis amigos, me han acusado de irritable, de necio, sin recordar que mi estudiada soberbia y mi calculada susceptibilidad les han servido grandemente. ¡Ah, si fuera cierto que fuí susceptible y necio, irritable y atrabiliario, no habría podido estar un solo día sin estallar, ni en las Cámaras del 62, ni en las sesiones extraordinarias del 76, ni mucho menos en el Ministerio y en las ordinarias del 77... En la sesión del 25 de septiembre me presenté tranquilo, pero resuelto a ser terco y violento, si así era preciso para refrenar aquel desbande, aquel "malón" liberal, que tan sin motivo ni justicia se había lanzado contra mí, desbaratando todos mis planes de unión y organización.

Cesa un instante de hablar don Victorino,

fatigado por aquel continuo esfuerzo para excitar su recuerdo; luego, exclama:

—En fin, la historia de todas las complicaciones, de todos los esfuerzos para derribar el Ministerio, se complicaban día a día. La discusión sobre cementerios se había suspendido desde la sesión del 28 de agosto, en que el Ministro de Justicia pidió preferencia para el proyecto de instrucción pública, pendiente en el Senado, y semejante suspensión había sido una verdadera contrariedad, pues los clericales la tomaron como muestra del propósito de encarpetar el proyecto que desde un principio se había atribuido al presidente y a algunos de los ministros, y comenzaron de nuevo sus intrigas para que tal propósito se llevase adelante. Se esperaba que las sesiones ordinarias no fuesen prorrogadas, y algunos de los ministros lo pretendieron, pero yo insistí en la prórroga, y el presidente consistió sin dificultad, firmando el mensaje que las prorrogaba por 20 días, al 28 de septiembre. Entretanto, los liberales habían hecho varias tentativas para ponerse de acuerdo, sin conseguirlo, sobre la resolución que yo había propuesto en un discurso de 23 de agosto; y aunque yo había pedido que me oyesen en sus discusiones privadas, no lo había conseguido, y como tuve una perentoria negativa de parte de Matta, una vez que ya había obtenido el beneplácito de otros miembros de la comisión nombrada, para asistir a sus conferencias... Pendiente esta transacción, hablé con varios liberales a propósito de la interpelación formulada por el diputado por Lontué sobre el motivo que había tenido el gobierno para no mandar practicar la remensura de un camino, y Barros Luco, ex ministro de hacienda de la administración Errázuriz, se puso de acuerdo para tomar la palabra en defensa de esta administración, indicándome que yo debía limitarme a defender a la presente. Yo convine en este plan, pero reservándome el defender también a aquella administración, no sólo porque era eso lo justo y lógico, sino porque me convenía hacerlo para lograr más pronto nuestra unión... Los debates sobre la interpelación fueron pesados, extravagantes, irritantes, no sólo porque el interpelante carecía de un conocimiento justo de tan complicado negocio, sino porque a su mal espíritu de venganza contra los errazuristas y de incriminación contra el gobierno actual, sus agentes ingenieros y constructores, unía una petulancia de recluta parlamentario que aspira a llamar la atención por su locuacidad y osadía, y una ignorancia completa que le hacía entrar a saco en el terreno del derecho y de la política, y violar todos los preceptos del arte de la discusión y de las conveniencias parlamentarias. Mi respuesta fué estudiosamente lacónica y respetuosa, pero la replica fue extrafalaria y tan violenta que me fué necesario emplear una táctica muy cuidadosa para darle mi última contestación de modo que el triunfo del debate correspondiera al gobierno actual y al anterior.



Retrato hecho en 1879

Un hondo y prolongado suspiro levanta el pecho del maestro y parece proporcionarle un franco alivio a su cansancio... luego dice:

—Después de salir, el 13, de una sesión de gabinete, el ministro de hacienda y el presidente promoviera la cuestión de la convocatoria y de la inclusión del proyecto de cementerios, manifestándose en contra. Yo, en actitud de despedirme, les rogué que no pensaran en tal, y me detuve todavía, lleno de admiración al oirlos, que deploraban que se hubiera tratado en la cámara el proyecto sobre cementerios y no el de matrimonio civil. Les hice notar que si tales turbulencias había causado el primero, habríamos tenido que lamentar otras enormidades, si se hubiera discutido el segundo, ya que no se podía defender el matrimonio civil sin atacar los cánones del Vaticano y las declaraciones



Un rincón de la antigua casa de don Victorino.

dogmáticas del Sillabus. Ellos me negaron que esta cuestión tuviera tal carácter, y nos retiramos, no sin declarar una vez más que si el Presidente insistía en suprimir de la convocatoria la ley de cementerios, yo no podía acceder porque eso importaría dar un triunfo a nuestros actuales adversarios y un puntapié a los liberales, precisamente cuando estos se uniformaban y organizaban a propósito de este proyecto y de la interpelación sobre el ferrocarril de Angol, promovida también por el diputado por Loncué. El de Relaciones exteriores y el de Justicia me dieron la razón. Los otros se rieron. En el Consejo de Ministros del 17, estando ausente el de Hacienda, promoví esa cuestión, porque debiendo hacerse la convocatoria antes del 20, era necesario presentarla a la sesión que al día siguiente debía celebrar el Consejo de Estado. Uno propuso que no se hiciera la convocatoria y, después de alguna discusión, se acordó por mayoría hacerla. Entonces el presidente, declarando que estaba de acuerdo con Sotomayor, propuso que no se incluyera el proyecto sobre cementerios. La discusión fué larga sobre todo entre el Ministro de Justicia y el presidente, tratando aquel la cuestión por el lado de la conveniencia insistiendo mucho en que era peor no poner el proyecto, puesto que los diputados liberales lo pedirían y harían cuestión seria de gabinete. El resultado de la votación fué favorable a la inserción del proyecto, contra el voto del presidente y él de Sotomayor, cuyas ídeas, en su ausencia, fueron por aquel representados... Más tarde encontré en el Senado al Ministro de Hacienda, el cual, teniendo ya noticias de nuestra resolución, me increpó ardientemente mi actitud, diciéndome que hacia un disparate, que me había de pesar. Contestándole que lo peor que podía sucedermo sería mi separación, y que este no era un mal para mí, sino en cuanto pondría término a la política liberal que me había propuesto; nos fuimos al despacho del Presidente donde él declaró definitivamente que se retiraba, dándose por ofendido de que no lo hubiéramos oído.

—Para terminar, Maestro—le decimos—queremos someter vuestra paciencia a la tortura de una pregunta: tal vez un si es no es molesta.

—Sea—nos responde él con mansedumbre y dulzura.

Hemos retirado de los anaqueles un libro azul y hemos buscado una página. Luego hemos leído: "Primeramente—reza el texto dél libro azul—su organización moral tiene los defectos de sus cualidades, para valernos de una expresión francesa llena de exactitud. En seguida, esos defectos se han agravado y complicado por las circunstancias peculiares en que se ha desarrollado su existencia. Na-



Un retrato del 85

turaleza ardiente y apasionada, no siempre lleva su paciencia la contradicción de sus opiniones se siente a veces exasperado por la controversia, y entonces asume un dogmatismo contundente con que parece que la autoridad de su palabra quisiera imponer antes que persuadir. Caracter dotado de todas las altiveces y de todas las delicadezas del amor propio, este sentimiento ha llegado a adquirir en él proporciones exageradas, estimulado por el rudo e incesante batallar contra los multiplicados adversarios que ha hallado en su camino".

Y el maestro se sonríe, se sonríe largamente, antes de decirnos:

—¡Ah! es el juicio de Domingo Arteaga ¿verdad?

—¡Verdad, Maestro!

—Según el juicio de Domingo Arteaga soy altivo; irascible de genio; de amor propio exagerado, es decir orgulloso; impaciente; dogmático; de ánimo agriado; descontento y receloso; desdeñoso y poco accesible; como orador explico y discuto, en lugar de argüir; como hombre de estado solo he mostrado falta de calma y de longanimidad y una actitud impaciente y fácil de lanzarse en resoluciones aventuradas. ¡Para qué sirve un hombre así? Es intratable y debe mandarse guardar. En concepto de Arteaga solo he nacido para literato, más que para político. ¿Debí insistir en ser hombre público?

Las últimas palabras del maestro apenas si han sido perceptibles: su voz se ha ido apagando poco a poco, en un leve descenso que ha terminado en un trémolo, cual la postrera vibración de una cuerda, arrancada por un dedo invisible. Y, junto con irse el último sonido de la última palabra, los contornos de la figura del maestro comienzan a borrarse. Su imagen se va diluyendo en la semi luz del amanecer, mientras la lumbre mortecina del quinqué se debilita insensiblemente... Un minuto, dos y ya no es más que el parpadeo de una claridad agonizante.

¡Sueño vivido? ¡Realidad soñada?

Todo está lo mismo sobre la mesa de trabajo: los papeles revueltos; la luz de la lámpara extinguida; la pieza solitaria; el retrato del maestro, mirándonos con sus penetrantes ojos escrutadores.

Aquí, luego lejos, ora en una casa vecina y a la distancia, se escucha el canto de los gallos, alma de la mañana, centinela de la vida, feliz anuncio del día para los desvelados y los enfermos. ¡Canto gallorum! Canto que trae a la memoria el verso admirable del Poema del Cid.

Apriesa cantan los gallos e quieren quebrar [albores.

La rosada luz de una pura aurora baña la copa de los árboles, que se recortan frente a mi ventana, en el fondo del más limpio cielo de primavera; luego la cristalería del canto de los pajarillos puebla el ambiente de una liviana alegría, que baja de los árboles a la tierra, que se escurre entre la yerba húmeda, que sube al cielo y entona el himno de la mañana: el elogio de la vida que despierta.



Un libro de don Cárlos Silva Vildósola



El enorme interés que han despertado las cartas de don Carlos Silva Vildósola, enviadas a "El Mercurio", desde hace algún tiempo desde Europa, han movido la inteligente actividad de Omer Emeth en el sentido de formar con ellas una serie de volúmenes selectos: el primero de ellos acaba de aparecer y es un brillante exponente de la pluma sabia y galana del fino corresponsal.

Este volumen aparecerá en breve también en francés e inglés, en París y Londres, prologado por conocidos escritores europeos.

En el presidio

Por

La Condesa de Pardo Bazán

Con ilustraciones

El hombre era como un susto de feo, y con esa fealdad siniestra que escribe sobre el semblante lo sombrío del corazón. Cuadrado el rostro y marcada de viruela la piel, sus ojos, pequeños, sepultados en las órbitas, despedían cortas chispas de ferocidad. La boca era bestial, la nariz chata y aplastada en su arranque. De las orejas y de las manos mucho tendrían que contar los señores que se dedican a estudios criminológicos. Hablarían del asa y del lóbulo, de los repliegues y de las concavidades, de la forma del pulgar y de la magnitud, verdaderamente alarmante, de aquellas extremidades velludas, cuyos nudillos semejaban, cada uno, una seca nuez. Dirían, por remate, que los brazos eran más largos de lo que correspondía a la estatura. En fin, dibujarían el tipo del criminal nato, que sin duda era el presidiario a quien veíamos tejer con tal cachaza hilos de paja de colores, que destinaba a una petaca, labor inútil y primorosa, impropia de aquellas garras de gorila.

El director del Penal, que me acompañaba, me llevó a su despacho con objeto de referirme la historia del individuo.

—¡Un crimen del género espeluznante! Lo que suele admirarme en casos como el de este Juanote, que así le llamaban en su pueblo, es eso de que toda una familia se ponga de acuerdo para cometer algo tan enorme y no le arredre consideración alguna. Se comprende más lo que haga una persona sola. Unirse en sentimientos y exaltaciones tales tiene algo de extraño; pero el caso es que sucede.

Aunque en el crimen parece que fué Juanote el más culpado, los demás no le dejaron solo. Los móviles son un misterio; se han dicho cien cosas, y no se ha comprobado ninguna. ¿Los móviles? Yo, que tengo experiencia, digo que



es una de las curiosidades del crimen la escasa relación de los móviles con el hecho. Actos espantosos se realizan, y si va usted a mirar, por móviles baladíes. Sin embargo, cuando cometen el crimen varias personas, unidas a la víctima por vínculos de sangre, no se concibe que no haya antecedentes, estados anteriores, determinantes. Y aquí no fallará la regla, pero no hemos podido desenredar el ovillejo, porque transcurrieron dos años antes de que el hecho se descubriese.

La víctima era un tratante de ganados del pueblo de Cordaña, que desapareció de pronto, sin que nadie pudiera averiguar su paradero. ¿Dónde irá, dónde no irá? Los suyos eran los primeros a preguntarlo, a mostrar inquietud. Al principio, como un vecino le debía dinero, recayeron sospechas en él; pero mbstró cumplidamente su inocencia y fué puesto en libertad. Comenzó a divulgarse la especie de que el tratante había huído a América, por no hacer frente al mal estado de sus negocios.

La gente de su casa era la que más aire daba a la conjetura.

—¿Qué ha de ser, sino eso?—repetía lloriqueando la mujer del difunto.

La familia se componía de esta mujer, llamada Jacinta, de su hija, casada con Juanote, y de un hijo, niño de cuatro a cinco años cuando su padre desapareció, y del padrastro de Jacinta, que falleció poco antes de descubrirse el crimen, y que también tuvo parte en él. Por la razón de que los muertos no se defienden, le cargaron al pronto la mayor culpa; pero los jueces entendieron que fué un comparsa, dominado por las dos mujeres, por la Jacinta en especial. Un hermano de la víctima, el alcalde del pueblo, era tal vez el único que había concebido sospechas rayanas en verdad. Quedó la duda en su mente como un fuego oculto, pero no se atrevió a manifestarla, y lo que hizo, bastante significativo, fué no volver a poner los pies en la vivienda de su cuñada, y a observar de lejos. Esperaba que el crimen se delatase a sí mismo.

Un día, el niño, que iba a cumplir los siete años, se encontró en la calle al alcalde, y se refugió en sus piernas. Lloraba el pequeñín sin consuelo, y en su cara había la huella de una pena muy superior a su corta edad. Una pena de hombre. Con palabras halagadoras, el tío consoló al sobrinillo, se lo llevó. Poco tardó en saber que la razón de tantas lágrimas era que su madre le había vapuleado, atándole primero a una higuera de su huerto. Abrió el alcalde la camisa y vió los verdugones, rojos aún, que pronto serían cárdenos.

—¿Y por qué te ha pegado así tu madre? ¡Algo malo harías!

—No, tío Esteban, no... Fué porque dice que me junto y que hablo con los demás niños... Y yo no hablo, ¡no quiero hablar! Si hablo, ¡pobre de mí! ¡Me matan como a mi padre!

El alcalde se quedó estupefacto... Por mucho que lo presintiese, no lo creía. Sucede así muy a menudo. Cuando por fin pudo remover la lengua, fué para avisar en las casas más próximas a dos testigos, requiriendo que le acompañasen. Los escondió en el cuarto contiguo y, cariñosamente, empezó a persuadir al niño a declarar lo que sabía. Y las negativas de la criatura eran confesiones, porque repetía balbuciente y desolado:

—No, tío Esteban; que si cuento lo que pasó también me despedazan a mí!

Por fin, se decidió, entre sollozos... El relato era entrecortado, sin orden, pero de sus fragmentos resaltaba la forma real y primitiva de la horrible verdad. Una noche, su madre había enviado con el niño recado urgente a su padre, que estaba jugando una partida de más en el casino del pueblo. El crimen tiene de estas incomprensibles imprevisiones. Era más lógico que, pues el tratante había de recogerse a su hogar, le esperasen en él. Era inútil y peligroso servirse del niño. Pero las ideas de espanto ciegan, y la impaciencia de salir de la expectativa hace cometer imprudencias, olvidar precauciones. Vino la víctima sin desconfianza, y el que acaba usted de ver, Juanote, el yerno, le echó al cuello las manazas y le estranguló. Reunidos todos después, trajeron las mujeres sacos, el hacha, cuchillos, una sierra, y descuartizaron el cadáver. Los miembros destroncados los fueron metiendo en los sacos, que eran de recoger patatas, y, terminada la operación, dejando a las mujeres el encargo de hacer desaparecer las huellas, los dos hombres cargaron los sacos, y el niño oyó que decían:

—¡A prisa, al cementerio!

Y, en efecto, cuando la Guardia Civil echó mano a los culpables delatados por el alcalde, y que se creían ya seguros, fueron removidas ante el Juzgado algunas fosas, y aparecieron los pedazos del mísero tratante.

—¡Es macabro!—exclamé.—¿Y no se ha averiguado, dice usted, nada acerca de lo que impulsó a esa familia maldita?

—No... Es decir, conjeturas, unas absurdas, muchas contradictorias, apoyadas en las declaraciones embrolladas de los acusados. De éstos, dos, por último, confesaron de plano, y uno negó siempre. El cuarto estaba con Dios... o... En fin, Juanote,



autor material, confesó, y lo mismo su mujer, hija de la víctima. Negó hasta haber tenido conocimiento del crimen la mujer del muerto, que era guapa aún para sus cuarenta años, y muy melosa, muy insinuante, pero, como sabemos, capaz de atar a su hijito y ponerle en carne viva. No había visto nada, estaba durmiendo profundamente y debió ser durante aquel sueño de inocencia...

Y cuando a Juanote le preguntaban por qué había procedido así, la respuesta era un meneo de su cabeza y una frase roncamente pronunciada.

—Lo "arreglé" porque lo tenía prometido... y porque él era aún *más peor* que yo.

—¿Peor que esta fiera no habrá nadie?—exclamé indignada.

El director calló un momento. Pensativo, parecía buscar en sus múltiples recuerdos de celador de almas condenadas, algo que expresase su criterio respecto a Juanote.

—Muy malo es—dijo por fin,—y no sé si fué o no acertado que lo mandasen por toda su vida a presidio, en lugar de darle garrote. Es decir, para que no se ría el diablo de la mentira, al palo le mandaron; pero el día de Viernes Santo recayó en él indulto. Sin embargo, ¿no cree usted que en todo hombre, por malvado que sea, hay una centella de sentimiento, un poco de luz, escondida allá en las lobregueces de su espíritu? Yo a fuerza de ejercer mi oficio, que tanto instruye y documenta sobre la naturaleza humana, he llegado a adquirir esta convicción. Y es más: me atrevería a afirmar que las acciones de los mayores criminales, en lo habitual, no se diferencian tanto, tanto, de las del hombre normal, de bien. Nadie es criminal a todas horas, a todos los instantes... Juanote, donde usted le ve, está en presidio, no por su crimen, sino por un buen sentimiento. No me retracto: por un movimiento hermoso. Es el caso que el niño, al completar sus revelaciones, contó que la noche del crimen, mientras estaban en la lúgubre faena, alguien dijo: "Al pequeño había que matarlo; nos va a vender". Y Juanote, sacando un cuchillo, gritó: "¡Al que toque al chico, lo degüello!" Si el consejo se hubiese seguido, tal vez no se descubre la fechoría...

—No diga usted más, porque hará usted hasta que me sea simpático Juanote. Y no quiero saber quién fué el "alguien" que trataba de suprimir al niño...

UN OBSEQUIO HONROSO

S. E. el Presidente de la República, don Juan Luis Sanfuentes, ha recibido últimamente desde España, el hermoso pergamino que reproducimos al frente. Dada la curiosidad del público, que desfiló en los últimos días por el Palacio de la Moneda a fin de ver el hermoso obsequio, la Dirección de *Pacífico Magazine* ha creido de un alto interés su reproducción, quien agradece la fina gentileza de S. E. el Presidente de la República y de su secretario particular, señor don Enrique Salvador Sanfuentes Correa, que tuvo a bien facilitar la reproducción de las explicaciones del pergamino, todo lo cual envuelve el alto significado de una expresiva deferencia para nuestra revista.

Damos a continuación las explicaciones del pergamino:

Pergamino del estilo renacimiento.

Ostenta en la parte superior los cuatro escudos más propios al fin con que se hace el obsequio.

1.° Escudo que corresponde al distrito de "Sanfuentes",—lobos rapanes sobre campo azul; montañas de hierro, y atributos de industria minera,—circuición de cruces aspadas.

2.° Escudo de España.

3.° Escudo de Vizcaya,—árbol de las tradiciones vascas descansando en la cruz; y lobos sobre el viejo tronco; en campo de plata.

4.° Escudo de la Iglesia Parroquial donde obran las partidas de bautismo de los antepasados de "Sanfuentes".—Tiara Pontificia con Cruz de llaves; sobre campo azul, por ser San Pedro el titular de la iglesia—Circuición de cruces aspadas.

Columnas de los costados del pergamino, en las que van inscriptos todos los nombres de las barriadas de Consejo de "Abanto y Ciervana".

Base del pergamino con el nombre apelativo del Excelentísimo señor Presidente de Chile, bajo el escudo de su nación.

El texto del pergamino es del acta misma que se levantó en sesión extraordinaria de aquella Corporación y firmada por todos sus miembros en absoluta unanimidad.

A la parte derecha del pergamino, pendiente por cinta de colores nacionales de España, medalla de acero, producto de las mismas minas del repetido distrito, y recamada de oro. Lleva en el anverso el escudo perteneciente a "Sanfuentes", y al reverso la dedicatoria de la I. Corporación de "Abanto y Ciervana": Al Excmo. señor Presidente de la República de Chile.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR
DON JVAN LVIS DE SANFVENTES
PRESIDENTE DE LA REPVBLICA DE CHILE

EXCELENTISIMO SEÑOR
EL ILVSTRE AYVNTAMIENTO D ABANTO Y CIERVANA REVNIDO EN SESION ACORDO LLEVAR A VVESTRA EXCELENCIA LA MAS SENTIDA EXPRESION D AFECTO Y SIMPATIA AL SABER QVE HABIA SIDO ELEVADO AL SVPREMO MANDO D LA NACION D CHILE TESTIFICANDO ASI A VVESTRA EXCELENCIA EL ORGVLLO CONQVE HA VISTO QVE VN ESCLARECIDO DESCENDIENTE D SANFVENTES HAYA PVESTO TAN ALTO EL NOMBRE D SVS ANTEPASADOS EN LA HONROSISIMA DISTINCION D LA PRESIDENCIA D ESE FLORECIENTE Y HOSPITALARIO PAIS CHILENO HERMANO D NVESTRA SANGRE Y NOBILISIMO ABOLENGO Y POR VNANIMIDAD EL MVY ILVSTRE SEÑOR ALCALDE Y LOS DEMAS CONCEJALES FIRMARON EL ACTA TRANSCRITA QVE QVEDA ARCHIVADA PARA FELIZ Y DVRADERA MEMORIA EN LOS DE ESTE AYVNTAMIENTO ABANTO Y CIERVANA A XXXI D AGOSTO D MCMXVI

SANFVENTES

Henryk Sienkiewicz

Por

B. E. Sydow

Ilustraciones fotográficas

¡Polonia ha perdido a un gran hombre! Todo corazón polaco se ha estremecido de dolor a la noticia de la muerte de Enrique Sienkiewicz, del célebre escritor y gran ciudadano, acaecida el 16 del presente mes en la ciudad suiza de Vevey.

Pero no solamente a Polonia le afecta esta pérdida. Sienkiewicz ha sido una de las principales columnas en el templo de la literatura contemporánea; su genio universal le ha coquistado, y con justicia, una fama mundial, una fama que ninguna nube ha podido eclipsar.



Sienkiewicz

Ya muy temprano se había revelado su talento en un gran número de cortas novelas, que llevaban un sello innegable de originalidad y de genio. "Hania", "El viejo servidor", "Bosquejos a carbón", "Del diario de un profesor de Poznania", etc., son obras selectas de profundo sentimiento y bellísima forma.

Cuando apareció su novela "¿Quo vadis?", aquel grandioso himno al primer cristianismo, fascinó Sienkiewicz al mundo entero, arrastró a las masas, penetró en todo hogar, siendo su obra traducida a casi todos los idiomas vivos.

Su fama estaba asegurada, pero el genio no descansó. Creó una serie de hermosísimas novelas históricas y sociales, que no es necesario enumerar todas, porque son universalmente conocidas. Figuran en primer lugar entre ellas obras tan célebres como la gran "Trilogía", "En campo de gloria", "Sin dogma", "Familia Polanieckich", etc.

Pero Sienkiewicz no era sólo un gran escritor. Era un gran hombre, un gran ciudadano. Sus cualidades de ciudadano sobrepasan tal vez a las del escritor. De una vida impecable, laboriosa y agitada, en pro del bien de su patria, era Sienkiewicz un ejemplo para sus compatriotas.

Sus grandes novelas históricas no sólo son piezas de literatura inmortal, no sólo llevan en su fondo el sello del genio, pero más aún, son hijas de un patriotismo profundo, que no conocía dudas, que no decaía nunca, por duras que fueran las condiciones de vida de la nación polaca, en los momentos cuando su genio literario las creaba.

Sienkiewicz aparece en la literatura polaca en momentos trágicos. Después de la desgraciada revolución del año 1863, Polonia había quedado sumida en el más profundo luto y dolor, que aumentado por las represalias y persecuciones del Gobierno ruso, había tomado proporciones desesperadas. En Prusia, por otra parte, Bismarck había empezado una guerra a muerte con los polacos, empleando contra ellos todos los medios poderosos de que disponía.

En aquel momento psicológico tan crítico aparece repentinamente la figura de Enrique Sienkiewicz, la figura luminosa del escritor genial que inspirándose en el glo-

rioso pasado de Polonia canta en sus obras himnos a los padres de la patria.

En la gran novela histórica "Krzyzacy" (Los cruzados teutones), hace Sienkiewicz una apoteosis de la lucha entre Polonia y la Orden germánica, que había llegado a su punto culminante en el siglo XV. La descripción de la batalla de Grunwald o Tannenberg (14 de julio de 1410), que terminó con la destrucción de la Orden teutónica y una victoria completa de los ejércitos polono-lituanos, fué una glorificación de las armas polacas y



Escena de Sabastopol



Escena de "La guerra y la paz"

del pueblo polaco, que a pesar de tantos enemigos, de tantas desgracias, había salido por fin vencedor, gracias a su patriotismo y la nobleza de la causa que defendía, y gracias a los grandes hombres, que lo guiaban en aquel diluvio de desgracias. Sienkiewicz quiso preparar a sus compatriotas para la nueva lucha, que empezaba en aquellos tiempos en Europa y fatalmente tenía que llevarla a un cataclismo. Con mirada verdaderamente profética penetraba las nubes que cubrían el horizonte político, presentía la tragedia que hoy conmueve a

debió levantar los espíritus de la tan oprimida nación.

En la Trilogía histórica, compuesta de las novelas "Ogniem y mieczem" ("A sangre y fuego"), "Potop" ("El diluvio") y "Pan Wolodyjowski" ("Pan Miguel"), describe Sienkiewicz una de las épocas más desgraciadas en la historia de Polonia: todas las convulsiones interiores del siglo XVII, las revueltas de los cosacos, la lucha con los mongoles, la invasión de Polonia por los suecos.

Evocando las terribles luchas de aquellos tiempos, glorificando el heroísmo y el valor indomable



Escena de "Resurrección"

la Europa entera. Quería preparar a su pueblo, para que fuese capaz de soportar todo el dolor, toda la desgracia, que aún lo esperaba, antes de ver de nuevo la luz de la libertad e independencia.

Y estalló la guerra, aquella guerra que Sienkiewicz había presentido.

Y Polonia, la mártir, el "Cristo entre las naciones", tuvo que derramar de nuevo ríos de sangre, defendiendo causas ajenas; el estruendo de las batallas, las ofensivas y retiradas de enormes ejércitos sacó a su laboriosa población de la vida tranquila a un calvario lleno de horrores. El hambre, las epidemias, el frío, la muerte diezmaron al pueblo polaco, víctima inocente de sus enemigos.



La lucha de Ursus con el toro, de "Quo Vadis"

En este cuadro de horror y desgracia aparece una figura sublime y luminosa. Un anciano venerable, un hombre a quien conoce no sólo toda la Polonia, no, el mundo entero, sale de su tranquilo retiro, que la gratitud nacional le había preparado para los últimos años de su vida, sale irguiéndose con un esfuerzo sobrehumano, para empezar la obra de salvación de su querido pueblo, para luchar de nuevo; mas ahora no sólo con la palabra vivificante, sino también con el hecho. ¡Es Enrique Sienkiewicz!

Reune a su rededor a hombres prominentes de la nación polaca, organiza en la hospitalaria Suiza, refugio antiguo de los grandes patriotas polacos en Vevey, el "Comité General de Socorros para las víctimas de la guerra en Polonia", que luego extiende su acción sobre todo el orbe, y reune fondos, entre los amigos de Polonia y sus propios compatriotas, para luchar con la miseria provocada por la guerra en su desgraciada patria. Y una vez cumplida su sublime obra, una vez encaminada la gran acción de caridad, que seguirá trayendo ayuda a su patria, desmayan sus fuerzas, recogidas por un último rasgo de amor patrio y la conciencia de su deber, muere.

Deja de existir no sólo un gran escritor, que ha sabido conmover al mundo entero con sus geniales producnes, muere también un gran ciudadano, un gran hombre. En su tumba, junto a Polonia, llora la humanidad entera.

Para los polacos, su vida y su muerte, aunque tan dolorosa en estos momentos, debe ser un estímulo. Deben aprovechar las sabias lecciones de civismo, que les ha dado en todas las obras de su vida, deben seguir su ejemplo como hombre y ciudadano y llevar en los corazones su recuerdo como una antorcha, que iluminará sus pasos en las horas de angustias e incertidumbres.

Sus obras geniales y fructíferas lo sobrevivirán y futuras generaciones pronunciarán el nombre de Henryk Sienkiewicz con el más profundo respeto y amor, entre los nombres más grandes de Polonia y de la humanidad.



PLEGARIA

Por

PEDRO RIVAS VICUÑA

En la muerte
de mi padre

. . . Y te fuiste, viejo amigo, cuando más necesitaba de ti, cuando tu presencia era más preciosa, cuando tu consejo era más urgente, cuando tu mirada era más dulce, más pálida, patinada con tus ochenta años de vida noble y sacrificada.

Y te fuiste, padre virtuoso, y dejaste la familia sola, sin la encina donde se cobijaba, y así nos abandonaste cuando el verano, tu gran amigo, venía como siempre a verte, trayéndote tantas cosas con que deleitabas a los tuyos.

Y te fuiste, tibio patriota, que siempre comprendiste con singular talento tus deberes, a los que sacrificaste gozoso tu tranquilidad, tu salud y tus bienes

Y te fuiste, seguro y leal guiador, dejando mi camino desolado y entristecido.

La tibieza de tu ser, viejo amigo, padre virtuoso, fiel guiador, alto patriota, trasfórmose en el frio angustioso y yerto de la muerte y yo vago solo, como pérdido, alrededor de todo lo que aquí dejaste.

¿Dónde estás, viejo querido, gran compañero, noble ser?

Tu alma buena, excepcional, está ya quieta o sigue todavía en busca del anhelado reposo que bien mereciste?

¿Tus virtudes fueron ya reconocidas o están aún en suspenso aguardando allá la justicia que nunca hallaste aquí?

Mi angustiado espíritu sufre, sufre mucho por ti, alma venerada.

Cuando cerré tus párpados para que cubrieran tus ojos inquietos por la angustia, e infinitamente tristes por la cercanía de la muerte, cuando besé tu alba y amplia frente de soldado, cuando apreté tu mano abierta de caballero, pensé que irías lejos, allá donde los justos. ¿Ahí estás?

En las tardes, cuando los celajes se cambian y el crepúsculo empieza a invadir la tierra, pienso en tí, padre mío, y una ola de ansiedad suprema se apodera de mi alma atormentada de injusticia, de ingratitud, y de traición.

¡Si sufrirás, si tu espíritu delicado estará ya en la atmósfera feliz de la quietud!

La huella tibia de tu último suspiro, la última faz de tu última mirada, grabada en la blanda mascarilla de tu rostro sereno y severo, es un símbolo de tu vida, que a cada instante yo contemplo. . .

"Revelez moi, o bon genie, a moi qui tu aimais, ces verités qui dominent la mort, empechant de la craindre et la font presque aimer"!

PROFESIONES PELIGROSAS

Por

F. Clayton Terris

"La comida de un hombre es el veneno de otro", reza un antiguo refrán y otro dice "que lo que uno puede lo puede el otro". Ambos axiomas son incontrastables, pero yo aseguro que ninguno de mis lectores querría buscar empleo de cualquiera de las clases que vamos a referir y mostrar con ilustraciones en el presente artículo. Y, sin embargo, hay hombres para todo y los peligros parece que tienen un atractivo irresistible para muchos en la humanidad.

Con ilustraciones fotográficas

Algo del espíritu de aquel hipotético marino que compadecía a las pobres gentes que estaban en la playa, durante una recia tormenta, se encuentra, sin duda, en muchos hombres que ganan su diario substento con riesgo de su vida y de sus miembros. Será quizás un legado de la época de barbarie el hecho de que aquellas profesiones que envuelven mayores peligros y exigen mayor agilidad de manos, de pies y de ojos, encuentren siempre hombres dispuestos a abrazarlas sin temor y hasta con satisfacción y deleite.

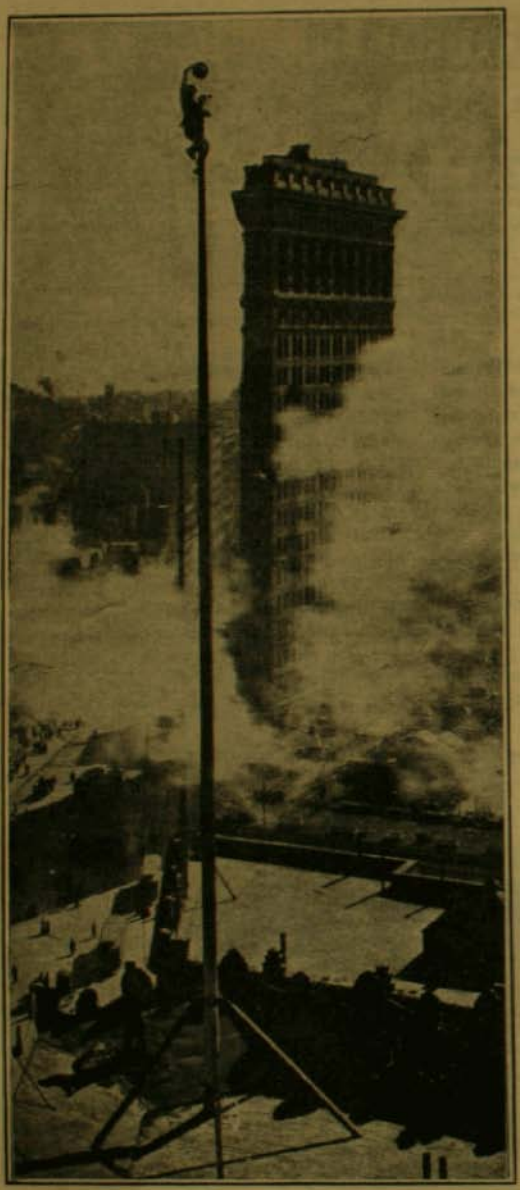
La serie de interesantes fotografías que damos en este artículo muestran gráficamente algunas de esas profesiones arriesgadas de que hablamos.

Representa la primera el momento crítico en que se ve en grave apuro un domador de potros.

Las hazañas de los domadores son de todos conocidas por la historia y por la película cinematográfica. Sin embargo, para aquel que sólo haya visto un caballo cuando pasea por las calles de la ciudad, ricamente enjaezado y llevando sobre sus lomos la carga de un elegante o un sportman, es difícil hacerse una idea de los gravísimos riesgos que corre un domador, y los esfuerzos de inteligencia y de puño que ha sido preciso hacer para convertir en caballo domado un potro salvaje. El potro salvaje es más salvaje y más difícil de domar de lo que muchos creen. No hace mucho un príncipe indú encontró un caballo antropófago, un caballo que más de una vez había salido vencedor en encuentros con un tigre en el circo. Y aunque el calificativo de antropófago no es de ordinario aplicable al potro salvaje, más de una ocasión ha habido en que este bruto ha atacado al hombre a coces y mordiscos. Una sola ventaja ofrece el caballo domesticado sobre el salvaje y es la velocidad. Por extraño que parezca es un hecho innegable que un caballo con jinete al lomo, que le espolee y le gobierne, puede desarrollar mucha más velocidad que un potro salvaje, sin freno ninguno. La primera y más sencilla tarea de un cow-



La profesión de domador de potros es una de las más peligrosas



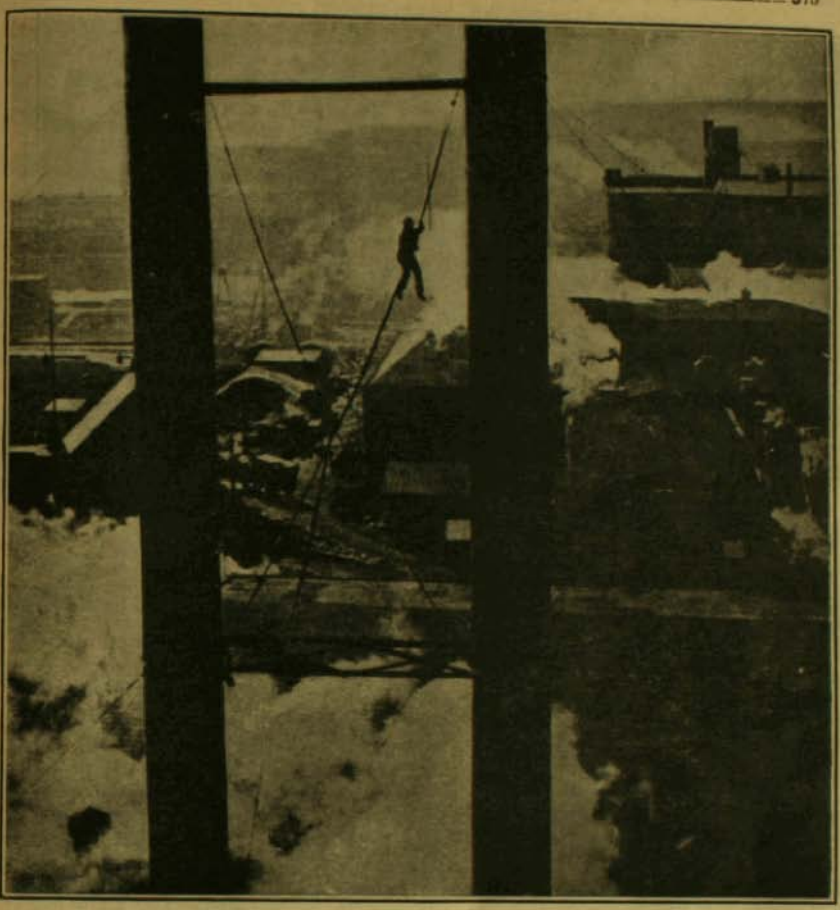
Un pintor en arriesgada posición, pintando la bola que remata el asta de una bandera sobre un rascacielos.

boy, que quiere domar un potro salvaje, es conducirlo a los corrales y, una vez allí, pillarlo entre su lazo. Si el animal es verdaderamente salvaje, el domador tiene el recurso de apretar más cada vez el lazo al pescuezo del caballo hasta que le rinda y pueda fácilmente colocarle la silla y el freno, y luego rápidamente, de un salto, quedar encima del animal. Entonces, con un rápido movimiento de mano, desata el lazo y lo tira, y comienza la diversión, el verdadero peligro.

El grabado representa el momento crítico en que el domador suelta el lazo y empieza su peligrosa tarea.

El bruto, con la cabeza y la cola gacha, da enormes botes en el aire para sacudir el peso que siente en sus espaldas; enarca el lomo haciendo casi un arco, de tal modo, que caballo y jinete vienen a formar como una Y griega mayúscula invertida. Saltando primero sobre sus patas delanteras, luego sobre las traseras, el bruto hace mil cabriolas violentas, mientras el jinete se esfuerza por mantenerse firme, agarrándose con toda la fuerza de sus muslos, sus rodillas y sus manos.

Los brincos se suceden sin descanso, calculados todos para desmontar al más hábil jinete. Este no es extraño que salga disparado más de una vez y en este caso, todo su cuidado ha de ser el caer fuera del alcance de las patas del animal y fuera del cuerpo del caballo mismo cuando con un esfuerzo poderoso trate de derribar también al caballo en su caída. Cuando estos recursos le fallan, el potro tiene a su disposición otros muchos. Ya es el repetino levantar de la cabeza, que da al desprevenido domador un golpe violento en plena cara; ya el em-



Un albañil que se desliza por una cuerda entre dos cañones de chimenea en una gran fábrica de Nueva York.

pinarse sobre las patas traseras hasta hacer resbalar al jinete sobre las ancas y dejarle allí expuesto en un momento dado a desmontarle y hacerle víctima de sus coces furiosas, si no es suficientemente diestro y ágil para saltar limpio de la silla en el momento crítico, antes de que los cascos le alcancen o el caballo, al tumbarse, le arrastre en su caída y caiga encima de su cuerpo.

Antes de que el potro caiga vencido y domado, son infinitos los peligros y son innumerables las ocasiones en que el domador correrá el riesgo de su vida y tendrá que hacer un derroche de agilidad y destreza de ojos, de pies y de manos; de estas dependerá su vida, y tal vez, si logra ser derribado, de la prontitud y seguridad en la ayuda de sus compañeros, que esperan montados en sus sillas, con el lazo listo para refrenar el ímpetu del potro, que va hacia el jinete derribado. Pocas veces ocurrirá seguramente el que falte el auxilio en este caso; pero de cualquier modo, la tarea de un domador de caballos no es de las más tranquilas y deseables.

Otra profesión, cuya seguridad depende a cada paso de la agilidad y ligereza, es la



En la expuesta ocupación de fabricar bombas explosivas.

del albañil, a quien la segunda y tercera fotografía muestran en acción.

La segunda representa uno de estos albañiles deslizándose por una cuerda tendida diagonalmente entre dos enormes columnas de hierro sobre una fábrica de New York, y la otra representa otro de los individuos de estas profesiones peligrosas, pintando una gran bola colocada sobre un astil gigantesco en la terraza de un rascacielos, a una altura inmensa del suelo.

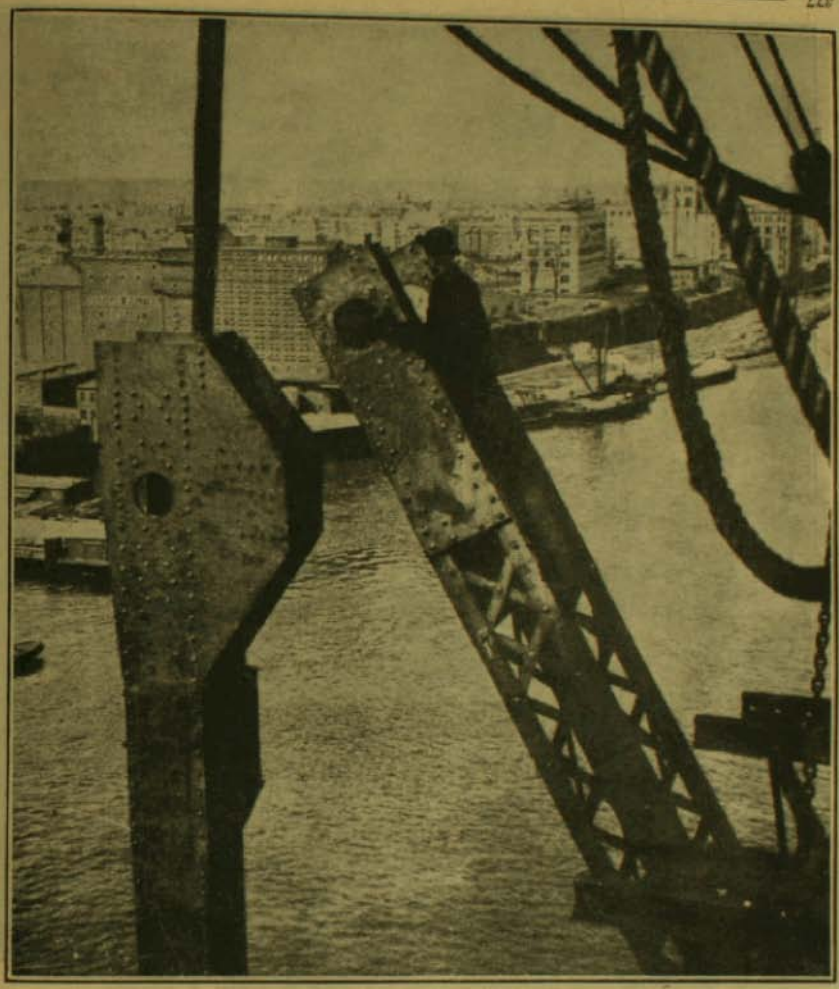
Para esta clase de trabajos se requiere mucho nervio y mucho músculo y a más de esto una cualidad que muchos hombres, por valientes que sean, no poseen, y es lo que se llama comunmente, "cabeza para las alturas". Indudablemente esta disposición contra el mareo puede cultivarse y hasta cierto punto acrecentarse, pero nunca adquirirse en absoluto.

Hay gentes entre las que esta cualidad es innata, como se vió en el caso de Lord Clive, que, siendo niño, dió pruebas del indomable valor con que más tarde conquistó el imperio indio, deslizándose por un tubo hasta lo alto de la torre de su pueblo natal Market Drayton, sólo para contestar la burla de un compañero de escuela.

Por otra parte, se ha observado que albañiles de profesión, acostumbrados durante quince o veinte años a hacer verdaderos prodigios acrobáticos a alturas que a un hombre cualquiera le hubieran causado vértigo, han sentido después sus nervios y han tenido que dejar por algún tiempo su peligrosa tarea. Por regla general vuelven éstos a ser dueños de sus nervios nuevamente; pero una vez roto el encanto y destruída en ellos la soberbia confianza de sus anteriores años, no vuelven a ser nunca lo mismo que antes, y si toman a su trabajo, hay siempre el peligro de que sus nervios les traicionen de nuevo y pueda ocurrir un accidente.

La ligereza y el valor que estos albañiles demuestran es, frecuentemente, sobre toda ponderación. Permitidme relataros un caso. Trabajaban dos hombres en el andamio de una torre y en un punto fué necesario que uno de ellos se encaramase sobre los hombros del otro para alcanzar una parte que necesitaba reparación.

De repente, el botecito de cal viva, que el que estaba arriba tenía en su mano, se vuelca a una oscilación y la cal hirviendo cae en la misma cara del otro obrero que le sostenía. El dolor fué terrible e inesperado, y tuvo que hacer la víctima un esfuerzo inaudito para no moverse en la escalera y, perdiendo el equilibrio, rodar él y hacer rodar al compañero hasta el suelo. Pero resistió, y se mantuvo firme y sereno hasta



El constructor de puentes experimenta sus peligros, como puede verse en nuestro grabado.

que su compañero se bajó de la escalera a la plataforma del andamio y le ayudó a él a bajar y a ir en busca de socorro, que bien lo necesitaba.

Acción como ésta requiere un heroísmo y una serenidad incalculables.

Reproducimos aquí una fotografía de sumo interés por los actuales acontecimientos europeos, y es la reproducción de una fábrica de municiones; en el taller que aquí veis, se construyen y rellenan shrapnels, uno de los cuales solamente, puede contener más de quinientas balas, según el tamaño o calibre del cañón a que se destina. El shrapnel o bomba podría muy bien definirse como un cañón que se dispara de otro cañón,



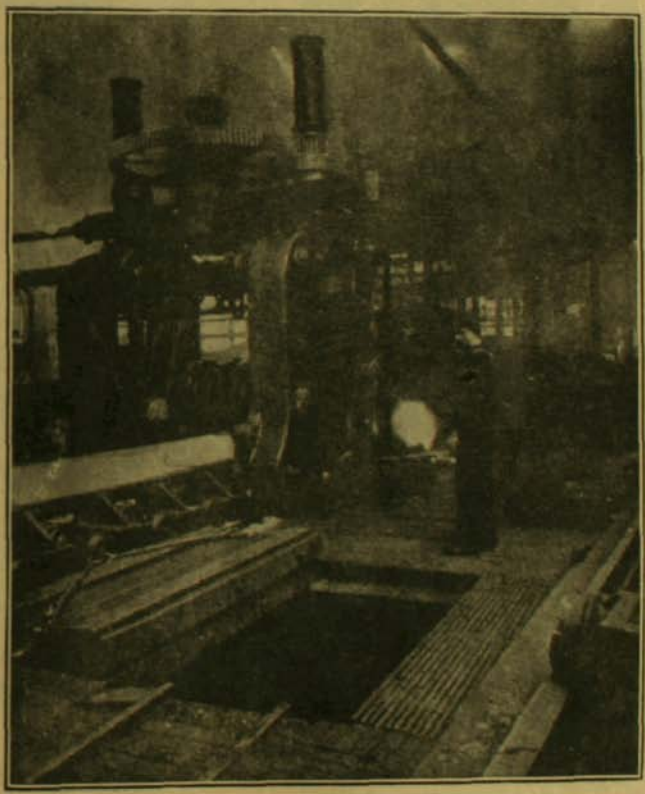
Se trabaja en el profundo pozo de una mina de hierro y calamina.

siendo el shrapnel o segundo cañón descargado por un gradualor, que va en un extremo de la bomba y entra en acción por la sacudida de la primera descarga. Toda la dificultad estriba en graduar el tiempo de modo que la bomba estalle uno o dos segundos antes de que llegue al blanco deseado. La bomba en sí tiene el aspecto de un cilindro frágil y la carga de combustión, con la que el graduador comunica por medio de un tubo que va a lo largo del eje, va dentro de una cámara de paredes resistentes, en el fondo mismo de la bomba. Merced al movimiento giratorio imprimido a la bomba en el aire por el ánima del cañón que la dispara, la cabeza de la bomba se conserva siempre de frente al blanco que va a herir, y de este modo, cuando la carga explosiva depositada en el fondo de la bomba explota, todas las balas salen disparadas ha-

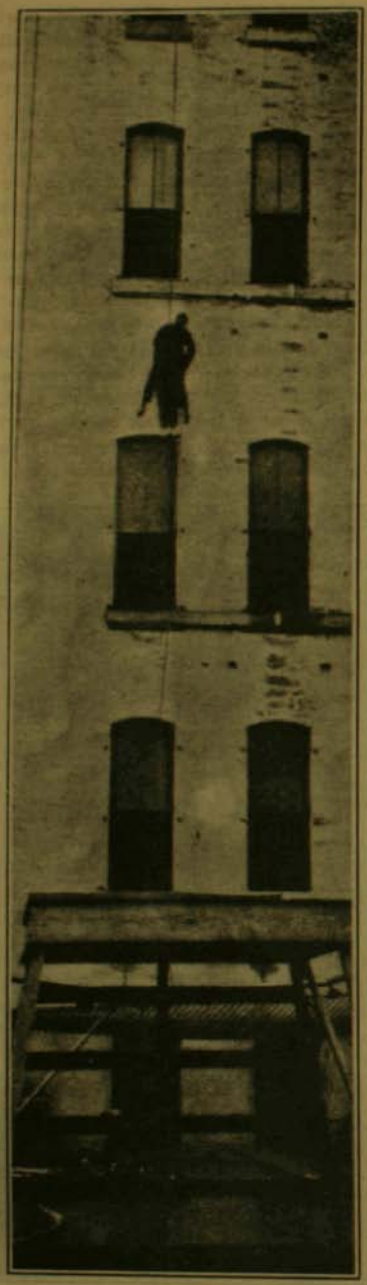
cia adelante, con una velocidad mucho mayor que la de la misma bomba, desparramándose en forma de abanico. Fácilmente podrá verse, si la puntería ha sido bien tomada y el graduador funciona a su debido tiempo, que el efecto producido es precisamente el que indicamos.

Tal vez será necesario decir que el mayor peligro de trabajar con los explosivos modernos no es, como pudiera suponerse, el que una bomba puede descargarse por falta de cuidado. En el shrapnel, que no explota por percusión, este accidente está en último grado de posibilidad. Casi todos los accidentes que han ocurrido en los últimos años,—especialmente las espantosas explosiones en dos acorazados franceses,—han sido debidas al contacto de peligrosas substancia químicas con el explosivo. A pesar de la enorme potencia de los modernos explosivos, la mayor parte de ellos son suficientemente estables en su propia forma, pero hay veces en que se pueden combinar y hasta es preciso combinarlos con otras substancias, y en estos casos se altera su composición química y se hacen peligrosos en extremo. Este riesgo resultante de la combinación y fusión de materiales es el más grande de todos, a pesar de que, indudablemente, se ponen en práctica siempre cuantos medios de seguridad ha enseñado la ciencia y la experiencia para salvaguardia de los operadores. Pero la menor imprudencia, el más mínimo descuido produce el accidente, y el operario que se dedica a esta peligrosa profesión, nunca puede considerarse seguro sino cuando deja el taller. Si la fabricación de material de guerra exige algunas vidas, no se crea por esto que aquellos que se dedican a reparar los perjuicios de ésta cuando la paz reaparece, están exentos de peligros. En particular la labor de los constructores de puentes (y esta labor será después de la guerra, sobre todo en Fancia y en Bélgica, muy corriente y necesaria), es a propósito para demandar sacrificios de vidas humanas, como lo atestigua sobre todos el Forth Bridge de los Estados Unidos.

Todo el mundo sabe que después del desastre de Tay Bridge en 1879, cuando varios de los estribos centrales fueron derribados por la fuerza del temporal y un tren, al cruzarlo, fué lanzado a los abismos sin que se salvara ninguno de sus noventa pasajeros, quedó universalmente reconocida la in-



Moldaje de metales fundidos, bajo la enorme presión de la máquina forjadora.



Salvamento por un bombero de una víctima del incendio.

menos superioridad del puente con travesaños por el principio de estribos encadenados.

Mr. Baner, uno de los ingenieros del Forth Bridge, probó la eficacia de este sistema, poniendo dos hombres sentados en sillas uno junto a otro, ambos con los brazos extendidos a cada lado para coger la punta de dos palos, cuyos extremos interiores iban afirmados en las mismas sillas en que estaban sentados los hombres. Cada hombre representaba un estribo en el sistema de estos puentes, cuya característica es la de estar construídos con una serie de estribos enormes, unidos uno con otro por travesaños centrales relativamente cortos. La estabilidad de la estructura depende en primer término del contrapeso de una gran masa de metal colocada en un lado del estribo, con otra exactamente igual y dispuesta simétricamente al otro lado del mismo estribo.

Resulta de aquí que cada estribo es absolutamente estable de por sí, mientras al mismo tiempo, la forma abierta de la construcción ofrece el mínimum de resistencia a la fuerza del viento.

Una de las ventajas de este sistema consiste en que elimina toda necesidad de construir andamios para su construcción y reparaciones. Los brazos sostenedores se forman a ambos lados de cada estribo, de tal modo que no puedan nunca alterarse la simetría y el equilibrio. Tan pronto como están construídos los primeros pies del brazo más bajo del puente desde la base, se hace funcionar a su alrededor una plataforma movible, que lleva las grúas para levantar los travesaños y planchas, y de este modo se termina la obra, siguiendo un proceso de avance continuo.

Como puede verse por la fotografía, este trabajo, aunque probablemente menos peligroso que cualquiera de los antiguos, deja una margen considerable para los accidentes de los trabajadores, porque cada plancha, en cambio, ha tenido que ser colocada en su sitio y asegurada con la anterior por medio del remachador hidráulico.

Esta consideración de la construcción de puentes nos lleva a tratar de otras profesiones, fotografías 6 y 7, como las que suministran, después de una larga serie de operaciones, ese mismo metal que en los puentes se emplea.



Una fotografía que produce vértigos. Un obrero limpia una ventana desde la cornisa del edificio, a veintiún pisos de altura.



Un minero en una mina de carbón, preparando un barreno.

El grabado número 6 representa unos obreros trabajando en unas minas de hierro en Hibbinge, EE. UU., y nos da una idea de las condiciones en que se hace este penosísimo trabajo. Mas aunque las minas de hierro ofrezcan los inevitables riesgos que han de tener necesariamente todos aquellos que ganan su subsistento bajo tierra (ser enterrados por algún desplome, anegados por un repentino torrente que obstruya los corredores), su trabajo tal vez no exija tanto degaste físico y tanta resistencia como el del trabajador que se ve en la fotografía 7. Aquí vemos el acero fundido, libre de toda impureza, que es modelado bajo la presión enorme de un cilindro, en la metrópoli del hierro, Pittsburg (Pensylvaçuia). En nuestros días la poderosa masa de metal no es ya moldeada a los terribles golpes del martillo mecánico. En vez de eso es aplastada y machucada hasta darle la forma necesaria sin nada de los golpes, estrépito y machaqueo del antiguo sistema, que además tenía la desventaja de que los golpes del martillo no traspasaban el corazón de la masa de acero como lo hacen las terribles e irresistibles máquinas de hoy. A pesar de la eliminación de algo del ruido, el trabajo del operario en los molinos de hierro es espantosamente rudo y no son raros los accidentes que en el se



Un buzo que se dispone a sumergirse

ocasionan. No faltan, sin embargo, buenos y decididos muchachos que tomen esta tarea, que, por otra parte, es relativamente bien pagada.

Cuarenta años atrás fué un labriego con una linterna a una granja y entró al establo a ordeñar una vaca, y antes de pocas horas, habíase producido uno de los más colosales incendios que ha visto el mundo, que destruyó tres millas cuadradas en el corazón de la ciudad de Chicago.

Parte debido a la enorme altura de sus edificios, parte también debido al modo de ser, ligero e inflamable, de sus construcciones, ello es que los americanos se convencieron de que los incendios podían cundir entre ellos con pasmosa rapidez, y resultado de esta consideraba catástrofe fué que Estados Unidos organizase, con mayor perfección aún que en todos los países de Europa, su servicio contra incendios, siendo las fuerzas empleadas para este servicio, tres veces mayores, relativamente a su población, que las que invierten los ingleses.



Poceros saliendo de una alcantarilla, en una calle de Nueva York.

Como consecuencia lógica, las disposiciones adoptadas para defenderse de los grandes incendios en los colosales edificios de Nueva York, han sido insuperables y completas, siendo la más vulgarizada la escalera exterior de hierro, que constituye la salvaguardia más segura en estos trances.

Pero los norte-americanos han adoptado también el uso de otros muchos elementos, como el palo-escalera telescópico, que puede sujetarse al antepecho de las ventanas desde abajo de la calle; las redes para saltar; las cuerdas salvavidas, por medio de las cuales pueden ponerse a salvo las personas que logran escapar del incendio por las ventanas. Estas cuerdas son especialmente necesarias porque en los grandes edificios sólo puede hacerse uso de los ascensores al comenzar el siniestro, pero pronto éstos son pasto de las llamas y no queda entonces más recursos que el de la escalera exterior o el de las ventanas para poder escapar.

Los bomberos norte-americanos son ex-



Un sobrestante dando órdenes sobre el piso treinta y uno del Metropolitan Life de Nueva York.

traordinariamente celosos en el cumplimiento del deber y hacen verdaderos prodigios con el servicio de cuerdas y escaleras. Nuestro grabado representa un bombero, que salva la vida a un hombre, llevándolo a cuestas mientras se desliza por la cuerda salvadora, y más abajo se ve una de esas redes para saltos y caídas. No sé a punto fijo qué prima exigirán las compañías de seguros para asegurar la vida de un bombero, pero esta prima ha de ser necesariamente muy considerable, porque los peligros no faltan.

Tampoco en esta profesión escasean los voluntarios y los dispuestos al sacrificio, y si no, que lo diga Chile, que, a mi modo de ver, nada tiene que envidiar a nación ninguna por el heroismo de sus bomberos voluntarios.

Los peligros de un incendio no son los únicos que ofrecen los grandes edificios de las grandes ciudades.

La fotografía 9 nos muestra elocuentemente la exposición y el riesgo que suponen oficios como el de enjalbegador de fachadas o el de limpiador de ventanas. El hombre de la fotografía hace su trabajo en el piso 21 del edificio del "Times" en Nueva York. Una cuerda, que lleva ceñida a la cintura y que va asegurada al marco de la ventana, protege su vida hasta cierto punto, evitándole el peligro de resbalar de la cornisa en que se halla; pero a pesar de esta protección se ne-

cesita no poco nervio para trabajar desde ese sitio, que al mirarlo, aunque sólo sea en fotografía, parece que produce vértigos.

Se horroriza uno de pensar qué sería de ese pobre operario si la cuerda, por cualquier accidente, fallara, y cayera al espacio, hasta llegar desde esa altura mareante al suelo.

De la contemplación de esa altura horripilante y de acuerdo con la célebre sentencia de la Corte neoyorquina, que, al fallar un asunto de indemnización a un obrero, estableció que una mina a treinta pies de profundidad equivale a un edificio de treinta pies de altura, bajemos ahora a las profundidades de una mina de antracita. La fotografía 10 muestra claramente lo que son los yacimientos carboníferos y el modo cómo suelen éstos explotarse. Se forman barrenos en las vetas y luego se hacen explotar con el auxilio de un explosivo, graduado por una mecha. Hay que emplear este procedimiento debido a la gran dureza de la antracita en comparación con el carbón ordinario. Las condiciones bajo las cuales trabaja el minero constituyen algo característico y su salario se estipula según lo que él paga por todo el material de herramientas que invierte y lo que da al obrero que le ayuda en su trabajo.

Como puede observarse en la fotografía, el minero trabaja llevando sobre su cabeza una luz diáfana; en rigor de verdad, el peligro de una explosión motivada por la combustión del polvillo de carbón a causa de la luz, es sumamente remoto. El verdadero peligro que el minero tiene que afrontar es el de la explosión espontánea de los gases desarrollados por explosiones repentinas o "sopladores" en el carbón, o sea, la mezcla o fusión del carburo de hidrógeno, conocido comunmente por el nombre de "gas grisú" con un volumen de aire de cuatro a doce veces mayor que el suyo, lo que forma una atmósfera explosiva en alto grado. El mortífero gas grisú es responsable de la pérdida de muchos cientos de vidas.

La fotografía 11 nos muestra al minero del mar, el buzo. No deja de ser curioso el hecho de que el traje del buzo, que algunos creen anterior a los tiempos de Aristóteles, y que indiscutiblemente era ya conocido a principios del siglo XVI, deba su origen a la idea suministrada por el elefante, al que se observó que podía nadar o andar bajo el agua mientras pudiese conservar fuera de ella la punta de su trompa.

La actual indumentaria y equipo del buzo se debe a un alemán, Kleingust, de Breslau. Hoy día consiste éste en una bomba que, por conducto de un tubo irrompible, proporciona al buzo una corriente continua de aire nuevo desde la barca, que se mece sobre el agua.

Al extremo del tubo va una válvula de seguridad, que el buzo hace funcionar a su deseo para poder así inflar o desinflar su traje a medida que lo necesite; esta conformación de su envoltura le permite subir o bajar cuando le place, y constituye su mejor defensa contra la horrible presión de las aguas. Un par de botas sumamente pesadas, y otros pesos colocados al pecho y a la espalda facilitan su descenso en primer término. Los grandes cristales del yelmo le permiten ver distintamente a su alrededor, y todo el traje está de tal modo dispuesto que le permite la mayor libertad posible de movimientos sin que se perjudique no obstante la gran consitencia que ha de tener para resistir la presión enorme de las aguas. El buzo corre siempre el riesgo de que algún accidente corte u obstruya el tubo que le proporciona el aire, en cuyo caso su situación sería desesperante si no pudiese en el mismo momento dar aviso a los que arriba en la barca esperan su ascensión. Mas aunque puede dar ese aviso y consiguientemente, puede llegar el socorro al momento, de todos modos la profesión de buzo es siempre peligrosa. Requiere en el hombre una vigorosa constitución y no sería yo el que se la recomendase a ninguno de mis lectores, que quisiesen ganarse la vida en un trabajo fácil y seguro.

Es una curiosa ironía de la vida que todo progreso en el camino de la civilización traiga implicadas nuevas, aunque menores dificultades en otro sentido. Nada hay probablemente en el mundo que haya alcanzado mayor progreso en los últimos siglos, que la salubridad y la higiene. Pero los grandes procedimientos y sistemas empleados para limpiar y purificar nuestras ciudades han dado origen a una de las más ingratas y peligrosas ocupaciones en la vida moderna: la de los poceros y alcantarilleros. Los operarios que nos muestra la fotografía 12, saliendo de una alcantarilla en un barrio de Nueva York, corren un doble peligro. El

aire pútrido de las alcantarillas, aire mezclado con los gases putrefactos de materias en descomposición, no es el único riesgo para estos hombres, expuestos a una enfermedad mortal; hay también para ellos el peligro de una violenta y espontánea explosión en determinadas circunstancias: a esto hay que añadir el peligro de la asfixia cuando el aire está viciado; el del fuego, debido al petróleo y otras substancias inflamables, echadas en los desaguaderos por personas descuidadas; el peligro de ahogarse, al atravesar estrechos pasadizos, por un repentino aluvión, como sucedió en Londres a un alcantarillero no hace mucho.

Cierto que todos estos peligros han aminorado en gran parte, merced a una pródiga ventilación y otras precauciones adoptadas, pero a pesar de todo, no es envidiable la suerte de esos pobres obreros de los laberintos subterráneos.

Para terminar, ved aquí en la última fotografía a un inspector de obras, que cumple su cometido suspendido de una polea sobre la azotea del edificio del Metropolitan Life de Nueva York, de 31 pisos. La posición en que se encuentra no es de las más deseables para cualquiera de nosotros.

Estos rascacielos, una vez sentados los cimientos, no tardan mucho en terminarse. Los albañiles suceden a los armadores, los ingenieros á los albañiles, y después de éstos llegan los gasfiters, los carpinteros, los decoradores, los vidrieros, los pintores, pisándose los talones unos a otros y dando remate a la obra poco antes comenzada. Como puede suponerse, la obra de levantar en el aire cuartones enormes, de cuarenta toneladas, y moles de piedra que pesan diez, doce y más toneladas, no siempre puede llevarse a cabo sin ningún accidente desagradable; pero es preciso tener en cuenta que las pérdidas de vidas han sido generalmente mucho más insignificantes de lo que pudiera creerse a juzgar por la magnitud de la obra; y este es precisamente el orgullo de los contratistas: que gran parte de estos colosales edificios, que ha levantado su genio y su esfuerzo, se han terminado sin un sólo accidente serio de que lamentarse.



CRISTOBAL COLON ANTE SUS ULTIMOS HISTORIADORES

Por H. ORREGO

Ilustraciones fotográficas

Ninguna personalidad humana ha sido tan estudiada como la del descubridor de América. Los más insignes historiadores modernos han dedicado sus mejores energías al estudio de la Vida y Hechos de Cristóbal Colón. Sería, pues, natural suponer que respecto a las fases principales de su vida y a las características de su grande empresa, se estuviese en perfecto acuerdo, y que una nueva historia sólo pudiera presentarnos esos mismos hechos con un valor diferente. Pero no es así; las nuevas investigaciones nos dan a conocer otro Colón absolutamente diverso del antiguo.

La gloria de Colón es póstuma. El gran genovés, después del fracaso de sus últimas expediciones, vió desvanecerse la atmósfera de gloria que le rodeara a la vuelta de su primer viaje y bajó a la tumba con los laureles del triunfo marchitos y en medio de la indiferencia de sus contemporáneos, que no podían comprender la importancia de sus descubrimientos, pues hasta entonces la España no había sacado de ellos el menor fruto y tenía en cambio que soportar las pesadas cargas inherentes a tan grande empresa. Las crónicas de la época apenas si le nombran; repletas con las hazañas de los españoles en la Europa, no tienen espacio para las de sus hermanos en América; sus autores, deslumbrados con las bizarrías de la guerra de Granada, con las proezas del Gran Capitán, fascinados por las campañas de Carlos V, apenas si dividían a Colón, a Cortés, a Balboa o a Pizarro.

Quizás para atenuar en parte esta injusticia atroz de sus contemporáneos, el segundo hijo de Colón, Fernando, y su grande amigo el Obispo de Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas, no omitieron esfuerzos para legar a la posteridad un vigoroso retrato del descubridor de América, en el que los rasgos del hombre de genio y del héroe van unidos a los del predestinado y del santo, y todos coronados por la aureola del infortunio.

Cuando los tesoros fabulosos de la América hicieron volver los ojos hacia ella y los historiadores empezaron a ocuparse de su descubridor, se encontraron con que únicamente le habían estudiado con detención su hijo y su amigo Las Casas en sus prolijas crónicas. ¿Por qué no aprovecharlas ampliamente, por qué poner en duda sus aserciones? Se sabía que ambos habían vivido en la intimidad del gran Almirante y que ambos al escribirlas habían tenido a la vista todos los papeles de Colón... Además, ¿no nos presentaban ambos un personaje grato a la Humanidad: un noble empobrecido luchando rudamente con la miseria, un sabio menospreciado por el vulgo ignorante, un hombre de genio contenido en sus empresas maravillosas por la torpeza infinita de sabios oficiales, tan ignorantes como fanáticos? ¿No nos presentaban a un Colón mitad héroe mitad santo, jurando sobre las ruinas humeantes de las forta-



Isabel la Católica

lezas de Granada, que él mismo, con sus hazañas, había contribuído a aniquilar y no descansar hasta haber traído de tierras ignotas, de cuya existencia sólo él sabía, tesoros incalculables para armar ejércitos poderosos, que bajo su mando se harían invencibles y arrebatar así al sarraceno el sepulcro del Redentor del Mundo?

Nació así entonces la leyenda colombina, que andando el tiempo ha llegado por dos veces a golpear las puertas del Vaticano en demanda de la canonización de San Cristóbal Colón, canonización dos veces negada, aunque inútilmente: que lo que el Papa no ha querido autorizar lo han otorgado los pueblos y hoy inmigrantes italianos y españoles invocan a San Cristóbal Colón al embarcarse, en busca de la felicidad, para el mundo que él descubriera.

El cuarto centenario del descubrimiento de América dió lugar a un gran movimiento intelectual en favor de Colón: el mundo entero rivalizó en su afán de glorificar al héroe y a sus compañeros. Entre este innumerable fárrago de historias, opúsculos y trabajos de todo orden, del más variado mérito, tiene especial interés la Raccolta Colombiana, publicada bajo el patrocinio de Italia, por escrupulosos eruditos de ese país. Es una prolija y bien ordenada recopilación de todos los documentos relativos a Colón y a su familia, sacados de todas partes, especialmente de las notarías de Génova.

Apenas aparecieron los primeros tomos, el mundo vió con espanto que su héroe, su santo, había mentido de un modo grosero. No se trataba de exageraciones propias de un temperamento exaltado, no había que hacer ligeras rectificaciones a sus relatos; había que rechazarlos del todo, al menos en lo relativo a su primera edad. El que se decía miembro de una antigua familia noble, con varios almirantes, resultó ser hijo y nieto de cardadores de lana, cardador y tabernero él mismo, como todos sus parientes. El ilustrado marino y docto hombre de ciencias, educado en la Universidad de Pavía, que nos pintan su hijo y su amigo Las Casas, sólo tenía la pobre instrucción que se daba entonces a los artesanos como él, en la escuela de los tejedores de la calle de Pavía de la ciudad de Génova. El avezado marino, que a los 19 años había comandado un barco de guerra y había efectuado múltiples viajes, no existía sino en su ardiente imaginación, ya que hasta los 27 años en que se estableció en Portugal, como simple comerciante, ignoraba en absoluto el arte de la náutica y nada hace creer que ya hubiera concebido su gran proyecto transatlántico.

Así la Raccolta Colombiana, obra apologética en un principio, vino a ser obra de justicia e instrumento de rectificaciones necesarias, y le arrebató de golpe al héroe el sello de su grandeza: su carácter moral.

Cuando la crítica moderna se dió cuenta que las aseveraciones de Colón y por consiguiente las de sus dos primeros cronistas no eran dignas de crédito, emprendió la ardua tarea de rehacer la Vida de Colón y la Historia de su descubrimiento, prescindiendo en absoluto de toda fuente colombina. Entre estos nuevos historiadores se ha distinguido especialmente el Consejo de la Embajada de los Estados Unidos en Francia, Henry Vignaud, quien hace poco ha terminado su interesantísima obra "Histoire Critique de la Grande Entreprise de Chistophe Colomb", de la cual tomamos estos datos.

En tres gruesos volúmenes, con nutrida documentación y agudo sentido crítico, nos presenta Vignaud a un nuevo Colón, que vivió de otra manera y entre otras gentes y que ejecutó otros hechos que el Colón de la leyenda: un Colón que estaría destinado a acabar con el antiguo, si la razón pudiese tanto, pero el mismo autor se encarga de disuadirnos, encabezando su obra con esta amarga reflexión de Herbert Spencer: "la demostración es incapaz para cambiar las opiniones establecidas".

En verdad, será inútil probar la falsedad de algunas partes de la leyenda colombina; la imaginación popular se ha apoderado de ellas y las ha hecho entrar de un modo definitivo en la Historia.

Siempre resplandecerá como verdad inmaculada, que Fray Hernando Talavera, Presidente de la Junta que rechazó las proposiciones de Colón, era un espíritu estrecho, en absoluto ajeno a las ciencias y que no podía ni vislumbrar la sublime teoría de

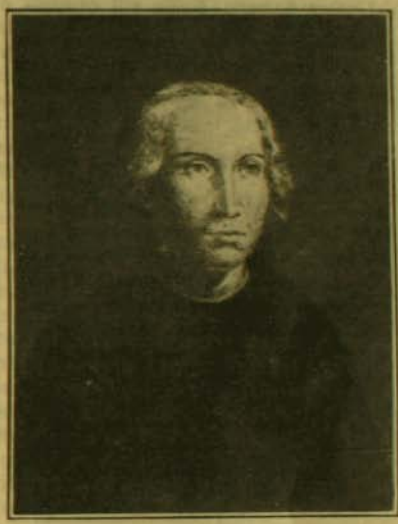
Colón a pesar de que desde Prescott acá todos los historiadores prueban que era un hombre doctísimo, que tenía convertida su casa en una verdadera Academia, que gastaba su gran renta en el fomento de las Artes y las Ciencias y que fué perseguido por la Inquisición por su indulgencia culpable para con los moros y los herejes.

Será siempre cierto que la Reina Isabel empeñó sus joyas para costear los gastos del descubrimiento de América, a pesar de que se publiquen las cuentas de la Santa Hermandad, en donde aparecen las sumas dadas para esta expedición; en fin, siempre será verdad que Colón vino en su primer viaje en barcos ridículamente pequeños, a pesar de que el mismo Colón ha dicho que eran sus tres "navíos muy aptos para semejante fecho", y a pesar de que los marinos españoles e italianos se han encargado de probar, que dos de las carabelas, al menos, tenían puentes y castillos y más de 230 toneladas, mientras que la Yáñez Pinzón, que vino después, pero exploró más que Colón, tenía sólo 47; que los barcos en que Solís vino a Buenos Aires tenían 60 y 30; y, por último, que Magallanes dió la vuelta al mundo en el "Victoria", que sólo tenía 85 toneladas.

En la imposibilidad de enumerar todas las novedades que contiene este interesantísimo estudio de Vignaud, ello equivaldría a traducir su obra, me limitaré a recordar tres de los puntos que más me han llamado la atención, aunque quizás para muchos no sean nuevas sino más bien teorías familiares. Me refiero a la ignorancia absoluta de Colón en materias científicas y a la gran cultura española de aquellos años; al carácter de la expedición de Colón, y por último, a la historia del piloto anónimo, que habría precedido a Colón en su descubrimiento.

Ignorancia de Colón en materias científicas y estado de la cultura en España a fines del siglo XV.

Colón, como ya hemos dicho, no recibió en su niñez más educación que la que se daba a los artesanos en la escuela que mantenían en la calle de Pavía de la ciudad de Génova, los cardadores de lana. Después de cardador y tabernero, mal pudo frecuentar las universidades, sobre todo cuando sabemos que sus negocios iban de mal en peor y a los 27 años le vemos llegar al Portugal a establecerse como simple comerciante. Su más entusiasta admirador, Humboldt, prueba que desconocía hasta los elementos de la geometría y todos los historiadores posteriores abundan en las mismas ideas: Vignaud anota el hecho de que Colón asegura haber estado repetidas veces en el fuerte portugués de San Jorge de la Mina (hoy Cape Coast Castle) y haber constatado que estaba en la línea ecuatorial, cuando en realidad está más de cinco grados al norte;



Colón

Ruge hace una observación análoga: "Colón colocó la Islandia diez grados más al norte de donde está realmente, a pesar de que sus contemporáneos le daban la latitud verdadera con mucha exactitud. Pero lo que da la medida exacta de los conocimientos de Colón son sus notas autógrafas al margen de sus libros, que se conservan todavía. De ellas se deduce claramente que sus numerosas lecturas se reducen sólo al Mago Mundi del Cardenal d'Ailly, a l'Historia Rerum del Papa Pío II, a la Historia Natural de Plinio, a los viajes de Marco Polo y quizás, aunque no es muy seguro, a la Geografía de Ptolomeo.

Veamos, en cambio, cuál era el bagaje in-

telectual de la Corte española en aquellos años.

Según las investigaciones modernas, la España de los Reyes Católicos era uno de los más grandes centros intelectuales de la Europa. La Universidad de Salamanca brillaba en todo su esplendor, era considerada una de las más importantes del mundo, y millares de estudiantes acudían de todas partes del orbe. La ciudad entera, que el sabio italiano Pedro Mártir de Angleria llamaba Nueva Atenas, estaba repleta de colegios agregados a la Universidad, en donde se educaban 7,000 estudiantes en todos los ramos del saber humano. Había allí cátedras de matemáticas y de filosofía natural, en donde se explicaba a Ptolomeo, Pomponius Mela, Strabon, Alfrazan, Sacrobosco y hasta Regiomontanus; las matemáticas eran uno de los principales ramos de la enseñanza universitaria y se las aplicaba a la astronomía y a la geografía. Se conservan en diversos museos europeos ejemplares de un Almanaque perpetuo, publicado por el profesor de Astronomía de la Universidad de Salamanca Abraham Zacuth; uno de estos Almanaques sirvió probablemente a Colón en Hayti para predecir el eclipse salvador, pues él era incapaz de calcularlo. En fin, la Universidad de Salamanca, en donde se ordenaban las tablas astronómicas de Alfonso el Sabio, fué una de las primeras en adherir al sistema de Copérnico, lo que evidencia que no era ajena a las cuestiones de cosmografía ni refractaria a las ideas nuevas.

La leyenda colombina dice que el proyecto de Colón era tan vasto, tan nuevo, tan en contradicción con las ideas dominantes, que ni aún los espíritus más esclarecidos podían comprenderlo. Creo que los datos que ahora tenemos sobre los conocimientos científicos de Colón y de las escuelas científicas de España, demuestran sobradamente lo antojadizo de tal suposición, pero veamos cuáles eran las ideas de Salamanca sobre la redondez de la tierra, y su relativa pequeñez, bases fundamentales del proyecto de Colón. No hay que olvidar que la Universidad de Salamanca era dominicana y que ambos principios fueron sustentados por primera vez por Aristóteles, quien fué dado a conocer en la Edad Media, por sus prolijos comentadores, los dominicanos Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino. Todos los teólogos y hombres de letras de Salamanca lo sabían, sabían muy bien que Santo Tomás, el Angel Guardián de su Escuela, no solamente creía en la redondez de la tierra, en la existencia de los antípodas, sino también en la pequeñez del globo terráqueo. Esto último lo deducía Aristóteles de la igualdad de los elefantes de Asia con los de la costa africana vecina a España y Santo Tomás, de el hecho de que un ligero desplazamiento sobre la Tierra traía un cambio notable en la aparición de las estrellas.

La redondez de la Tierra le era tan familiar a Santo Tomás, que en el artículo 1.° de la Suma Teológica la pone a modo de ejemplo. "Así, dice, el Astrónomo y el Físico demuestran los dos la misma proposición, por ejemplo: que la Tierra es redonda; pero el Astrónomo lo prueba por medio de las matemáticas, es decir, con cálculos abstractos; mientras que el Físico se apoya en pruebas concretas, en hechos de experiencia".

A pesar de todo, la leyenda sentimental del sabio genovés, perseguido por los pseudo sabios de la vetusta Universidad de Salamanca, está de tal modo arraigada en la imaginación popular, que esta absurda fábula se ha transmitido hasta nosotros y perdurará todavía muchos años como hecho averiguado. Por muchos años aún, será la expresión de la verdad misma, ese cuadro que todos conocemos, que nos representa a Colón entre montañas de papeles y mapas, con la mirada febril y desesperado de no poder convencer a su auditorio de viejos doctores salmantinos, que entre despreciativos y compasivos le llaman "pobre loco".

Carácter de la expedición de Colón.—Se trataba de descubrir nuevas tierras, no de encontrar una ruta más corta para las Indias.

Este es, sin duda alguna, el punto de mayor novedad del interesante estudio de Vignaud. Sostiene, y a mi juicio con toda razón, que al partir de Palos, Colón iba en busca, no de una nueva ruta para las Indias, sino de islas y tierras nuevas, cuya existencia presumía, es decir, que partió en busca de lo que halló, en busca de la América. Agrega que la versión de que había partido al Occidente en busca del Oriente, fué posterior a su primer viaje y que la intervención de Toscanelli fué inventada después de la muerte de Colón para amparar

la con el prestigioso nombre de este sabio eminente.

Como esta parte de su libro es la destinada a más ardua polémica, es también en la que Vignaud aglomera mayor número de pruebas. Entre las con que impregna la autenticidad de las cartas de Toscanelli merecen, a mi juicio, especial atención la del mal latín en que están escritas y la de la comprobación del gran número de errores científicos que ellas contienen, errores que es imposible que cometiera un sabio de la calidad de Paulo Antonio Toscanelli. Además, se hacen en ellas referencias a descubrimientos de los portugueses, que se efectuaron con posterioridad a la fecha de las cartas, lo que demuestra claramente que están antidatadas.

Respecto a que el objeto del viaje fué sólo descubrir nuevas tierras, paréceme fuera de duda. Vignaud aduce innumerables razones y exhibe curiosos documentos, entre otros, las Capitulaciones de Colón con la Corte, documentos prolijamente estudiados por ambos contratantes, y en que no se menciona el viaje a las Indias, y en que se dice en cambio textualmente: "Vos, Cristóbal Colón vades por nuestro mandato a descobrir e ganar ciertas islas e tierra firme en la mar Oceana... e después que hayades descubierto y ganado las dichas islas e tierra firme, nuestro Almirante Visorei e gobernador en ellas".—No es menos significativo el cargamento de las naves: objetos de cambio, como cuentas de vidrio, espejos y en general abalorios destinados a indígenas y no a los refinados habitantes de China y de las Islas de las Especies.

Pero, sobre todo, es prueba decisiva, a mi juicio, la orden dada a la escuadrilla al partir de las Canarias y los hechos que de ella se derivaron. Se ordenó entonces por escrito que después de las primeras 700 millas no se navegase de noche, si antes no se había tocado tierra, pues ésta no podía estar a más de 750 millas al Occidente de las Canarias.

Por fin llegaron a ese punto, fatigados de buscar en vano las tierras que no hallaban; el desaliento se apodera de todos: los marineros exigen a gritos el volver, y hasta el mismo Colón, siempre tan confiado y animoso, piensa un instante en la vuelta; sólo Pinzón conserva su energía y da la orden de seguir el vuelo de las aves. ¡Feliz inspiración, que les permitió cinco días después con sus plantas pisar la primera tierra americana!

Si habían partido en busca de las ricas comarcas del Asia, ¿por qué consideraban fracasada la empresa al no hallar estas pobres islas? ¿Por qué abandonaban una empresa que recién comenzaban? Según los pobres cálculos de Colón, que tanto había empequeñecido al mundo, tendrían que navegar 8,000 millas, ¿por qué regresar a las



El Cardenal Jiménez de Cisneros

750? Es que no habían partido en busca de una nueva ruta para el Asia, es que Colón y sus compañeros, al partir de Palos, iban en busca de esas mismas Antillas, que cinco días después descubrieron.

Los hechos, pues, se encargan de sostener, aun contra Colón mismo, que si él descubrió la América no fué por mera casualidad, sino porque salió a buscarla.

La historia del piloto anónimo

Si, como creemos, está suficientemente probado que Colón, al embarcarse en Palos,

no lo hizo con el propósito de descubrir un camino más corto para el Asia, sino con el de descubrir nuevas tierras, cuya existencia presumía con tanta certeza, cabe preguntarse: ¿cómo supuso Colón la existencia de dichas tierras? ¿Cómo adquirió esa certidumbre?

Al decir de sus dos primeros historiadores, cuidó Colón de anotar en sus "L. de M." todos los hechos que se relacionaban con dichas tierras, a medida que los iba conociendo: había visto bambúes enormes recién arrancados y arrojados por el mar en las Azores, maderos labrados por manos desconocidas, también arrojados por el mar; le habían dicho que en otras ocasiones el mar había arrojado cadáveres de hombres distintos de los cristianos; había oído relatos muy vagos de pilotos que habían creído divisar tierras lejanas...

Pero debemos suponer que éstos no eran todos sus datos que tuvo, porque desde luego faltan los que recogió en Palos de diversos pilotos, especialmente de Vázquez y de Pinzón, y porque con tan pocas pruebas no se trata de igual a igual a los soberanos, como lo hizo Colón: no se pide lo que él pidió y ningún monarca concede prerrogativas casi reales para él y su familia, cuantiosas rentas y distinciones sin fin, como las que concedieron a Colón los Reyes Católicos. Para todo esto se necesitaba de una prueba material más convincente, que de seguro dió Fray Juan Pérez a la Reina después del segundo rechazo de las proposiciones de Colón; de otra manera no se explica el cambio tan completo y tan brusco de la Corte.

Según los contemporáneos, la prueba convincente no fué otra que el relato de un piloto anónimo, según unos; llamado Alonso Sánchez de Huelva, según otros, que habría llegado moribundo a casa de Colón en las islas Maderas, en donde habría muerto con sus pocos compañeros, después de haber dado a éste las indicaciones necesarias para llegar a las Antillas, a donde ellos habían sido arrojados por los vientos y las corrientes.

Esta curiosa narración del piloto moribundo, dando el derrotero de América a su futuro descubridor, fué creída como verdadera por sus contemporáneos y repetida por todos los historiadores españoles y portugueses de los siglos XV y XVI; sólo perdió su crédito cuando se formalizó la leyenda de que Colón había partido en busca de una nueva ruta para el Asia. Hoy que la crítica moderna ha destruído, como tantas otras, esta parte de la leyenda colombina ha recobrado en parte su antiguo crédito y ha vuelto a ser estudiada con la detención que merece.

El primero que consignó por escrito esta tradición fué el propio amigo de Colón, el Obispo de Chiapas, quien la inserta con muchos detalles en su "Historia de las Indias", y la cree verosímil.

"Quiero escribir, dice, aquí lo que comunmente en aquellos tiempos *se decía y creía*... Era muy común a los que entonces en la Española isla vivíamos no solamente los que en el primer viaje con el Almirante mismo a poblar en ella vinieron, entre los cuales hubo de los que se la ayudaron a descubrir, pero también a los desde a "pocos días a ella vemos" platicarse y decirse que la causa por la cual el dicho Almirante se movió a querer venir a descubrir estas Indias se originó por esta vía..." Relata en seguida la historia del piloto y agrega: "Que esto acaeciese así, algunos argumentos para mostrarlo hay: el uno es, que a los que de aquellos tiempos "somos venidos" a los principios, era común tratarlo y platicarlo como cosa cierta, lo cual creo se derivaría de alguno o de algunos que lo supiesen, o por ventura quien de la boca del mismo Almirante o en todo o en parte o por alguna palabra se lo oyere; el segundo es que entre otras cosas antiguas, de que tuvimos relación los que fuimos... a Cuba, fué una ésta, que los indios vecinos de aquella tuvieron o tenían de haber llegado otros hombres blancos y barbudos como nosotros no muchos años..." Agrega: "Esto fué lo que se dijo y tuvo por opinión, y lo que entre nosotros por aquel tiempo y en aquellos días, comunmente, como ya dije, se platicaba y tenía por cierto, y lo que diz que, eficazmente movió como a cosa no dudosa a Cristóbal Colón" y concluye su relación con estas palabras reveladoras: "Por esta ocasión, o por las otras, o por parte de ellas, o por todas juntas, cuando él se determinó, tan cierto iba a descubrir lo que descubrió y hallar lo que halló, como si dentro de una cámara, con su propia llave, lo tuviera".

El Inca Garcilaso de la Vega en sus Comentarios Reales refiere también la histo-

ria del piloto llegado a casa de Colón en las islas Madera, como oído a su padre, que era amigo de los compañeros de Colón y quien la consideraba verdadera.

¿Qué debemos creer? Existió o no existió este famoso piloto precursor de Colón, este otro Cabral venido a América contra su voluntad, arrastrado por los vientos? Creemos que hay tantas razones para creerlo como para negarlo; pero, si fuere cierto, ¿habría que bajar a Colón del pedestal en que le tiene la humanidad? Sin duda que no. El verdadero mérito de Colón, o que lo distingue de todos los aventureros que se dieron a la mar en aquellos tiempos, lo que lo coloca entre los pocos privilegiados que han agregado algo a los conocimientos humanos, es haber sacado de todos los indicios, por vagos y contradictorios que fueran, la conclusión precisa de que había tierras donde está la América, haberse asido con fe a esta idea y haber mostrado por fin al mundo que estaba en la verdad. Nada hace tanto honor al espíritu humano como la clarovidencia, ese don excepcional que permite ver a lo lejos y distinguir la verdad al través de las negras nubes del error. Es la característica del genio.

Su descubrimiento no fué el resultado de feliz casualidad. Guiado por indicios de los cuales él sólo supo sacar partido, adquirió la convicción de que existían tierras desconocidas al Occidente, las buscó con inteligencia, con fe y con paciencia hasta que las encontró. Esto vale más, dice Vignaud, que haberse equivocado groseramente sobre la distancia que separaba los dos extremos del mundo y haberse ido a estrellar contra un continente cuya existencia ni sospechaba siquiera.



La sepultura de los reyes católicos

LO QUE SERA LA



COMBATE DE UN "GIRO-CRUCERO"

Fantasía sugerida a un dibujante inglés por el éxito de los nuevos automóviles blindados, que ta

La aparición de los nuevos automóviles blindados, de tipo gigantesco, en los campos de batalla del Somme, ha sido la nota militar saliente en estas últimas semanas. Inventados por la ingeniería británica, llámanlos los soldados británicos *tanques*, por el parecido que ofrecen con los vagones metálicos destinados al transporte de agua en los trenes. De ellos se cuentan maravillas. Son las principales—y no es la menor ser invulnerables al fuego de fusil y ametralladora:—demoler paredones y rodar sobre sus escombros; avanzar a través de los bosques y aplastar los árboles como si fuesen virutas; tomar emplazamientos de ametralladoras y cráteres producidos por las explosiones, aplastando a sus defensores y sus defensas; trepar por entre las ruinas de un poblado y ametrallar al enemigo emboscado; hacer polvo las alambradas y trincheras; llevarse por delante hórreos, pajares, viviendas y baterías. Es como si un aluvión de hierro y de metralla pasase entre las filas enemigas ha-

GUERRA FUTURA



ONTRA UNA "TRINCHERA MOVIL"

ctiva parte tomaron en el avance británico, contribuyendo poderosamente al éxito de los combat

rriendo cuanto se opone a su paso, sembrando por doquiera la muerte, la destrucción y el espanto. Su velocidad, en carretera, es de 10 kilómetros por hora. Naturalmente, trepando por paredones, cráteres ruinas de edificios, montañas de escombros o de cadáveres, grandes espesuras de bosque, etc., la marcha se reduce a límites muy pequeños media legua por hora, o a la inmovilidad absoluta si le aciertan un proyectil de cañón en pleno vientre.

Estos megaterios bélicos, última palabra de la ingeniería militar, han producido gran impresión en las imaginaciones propensas a lo fantástico. Y de ahí que el lápiz de los dibujantes ingleses, fáciles al humorismo, haya creado páginas tan graciosas, que bien pudieran ser proféticas, como la presente. Esperemos nuevos episodios sangrientos en los que estos nuevos aparatos acrediten siniestramente su acción destructora.



Mis cachorros

ARTE FEMENINO

Por L. R.

Con fotografías

La actividad artística femenina, que tan halagadoramente se ha desenvuelto en los últimos años, es una promesa de que, dentro de poco, las artistas chilenas merecerán por sus obras la misma admiración que nos merecen nuestros más distinguidos escultores y pintores. En la última exposición hecha por la Sociedad Artística Femenina se evidenció un progreso en las obras pictóricas, tanto en lo que concierne a los temas, como en lo que concierne a la manera de interpretarlos y a la factura. Los temas eran más serios que los tratados en las obras de la primera exposición y más fina y más amplia la manera de verlos y componerlos. Pero en lo que aún no aparecía muy visible el mejoramiento de que hablamos era en la escultura. Con excepción de dos o tres, las obras expuestas demostraban timidez en la línea, inseguridades en el modelado, falta de decisión en el orden de los planos, en el carácter de las fisonomías.

Este año no, las esculturas son muchas y buenas. Enviadas o no al Salón, constituyen uno de los más interesantes grupos de obras elaboradas en un año por artistas no profesionales. Entre ellas figuran cuatro de la señora Laura Mounier de Saridakis, que no exponía desde 1910, año en que obtuvo segunda medalla por su bronce "Una chilena". Dos de las cuatro, que reproducimos fotográficamente, están en el no brillante Salón de este año. A pesar de las recomendaciones que se dice fueron hechas a los jurados de admisión, a fin de que no recibieran sino obras dignas de ese concurso oficial, hay no pocas extrañamente favorecidas y, según sabemos, quedaron fuera no pocas dignas también de ser aceptadas, entre ellas, la obra de la señorita Soto, admitida en yeso el año pasado y repudiada en mármol este año; y la "Biblis" de la señora Mounier de Saridakis, obra de líneas agraciadas y de modelación correcta y que estimamos tan merecedora de figurar en la sección de escultura como cualquiera de las que allí están por haber obtenido el beneplácito de los jurados.

De las obras de la señora Mounier, la me-



Señora Laura Mounier de Saridakis

jor, a nuestro parecer, es su autoretrato, en bronce. Sus líneas, serenas y sobrias, están en íntima relación con el modo de ser espiritual de la artista. No hay en ella fervores, tumultos emotivos, que lleven a su faz un gesto rápido, una contracción muscular dolorosa o violenta. Al ver su serenidad, que descubre una casi indiferencia por el mundo exterior, alguien ha dicho que el retrato no revela bien la psicología de la artista, que sus ojos no son los de una escultora, de una enamorada de la forma. Para él, la oblicuidad de la mirada bajo los párpados semicerrados evidencia un espíritu inclinado al recogimiento meditativo, a las divagaciones del ensueño, a todo lo que importa un alejamiento del crudo contacto de la realidad, y ello sería contrario al talento de una escultora. Pero no es así. Aparentemente, la pupila del enamorado de la línea debería ser aguda y ardiente, una mirada que al mirar ciña y palpe la plasticidad de lo concreto y no una pensativa y soñadora, que se deslice por ella sin cogerla en toda su vida y belleza formales. Pero en realidad no. Al seguir una línea, la pupila se desliza, por ella, encendida, pero luego, pasada la impresión, se apaga, porque el espíritu que la



Busto

Busto

animó no está ya preocupado de la materialidad de lo visto sino de la visión que de ello ha recogido, de esa visión que es el resultado sintético de lo sentido y de lo admirado por el artista. Y para verla en toda su pureza hay que aislarse del mundo exterior, hay que semi-cerrar los ojos, hacer sombra propicia a la claridad con que ella se definirá en el espíritu para materializarse tarde o temprano en bronce o mármol. La mirada de este retrato corresponde, pues, a la psicología de la escultora. Revela un alma. Y a ello se une la serenidad de los planos generales. La cara, el cuello, la cabeza, están tratados con sobriedad digna de encomio. No hay minuciosidades expresivas que turben la tranquilidad de la faz, el reflexivo reposo en que la escultora ha querido modelarse a sí misma para verse allí, en el bronce, tal como es cuando su espíritu divaga en torno de algún ensueño de líneas melodiosas y vagas.

Además de este retrato, la señora Mounier de Saridakis envió al Salón "Mis Cachorros", dogulos de Ulm, que se agrupan afirmándose unos en otros. A pesar de la

similitud de sus fisonomías, cada uno evidencia en la actitud y la mirada, algo diverso: este, lasitud; aquél, curiosidad. Son siete, de grandes patas, de cuerpos casi informes aún, de osatura perdida en las adiposidades sueltas y blandas. La escultora los ha tomado tal como son, sin el más leve intento de estilizarlos, ni de darles, adelantándose a la vida, signos reveladores de su braveza futura. La manera cómo han sido esculpidos es sencilla y noble. Sin exquisiteces, ni grandes simplicidades, nada más que la verdad y la armonía; la verdad de sus formas y la armonía de su agrupación.

Junto con la fotografía de estas obras, damos la de "Forma", figura en bronce, y de "Biblis", desnudo en yeso. La señora Mounier de Saridakis, que une a su talento de escultora un vasto saber literario, halló en el riquísimo venero de las leyendas griegas el tema de esta obra. Biblis, joven enloquecida por un amor imposible, divagó por las selvas de Licia y los montes de Caria, en busca del amante soñado; pero rendida y devorada por su pasión, cayó en tierra, donde lloró, lloró... Es el momento tomado por la artista. La joven, caída sobre la tierra materna, afirma la cabeza en un brazo y llora, mientras sus cabellos, recordando que ella fué, por tanto llorar, convertida en fuente, se desparraman, sueltos y fluídos, como ligeras ondulaciones de agua. Nada hay en la figura que contraríe el significado de la actitud; la línea del cuerpo corresponde a la juvenilidad; y su modelado es, sin rigideces ni laxitudes excesivas, suave y liviano. A pesar de ser un tema tratado muchas veces, especialmente por los pintores Collin, Zachanie, Chantron, etc., la imagen modelada por la señora Mounier de Saridakis no tiene de estas obras nada. Es sencillamente original, tanto en la línea de la actitud, en su movimiento, como en los pormenores, finos, blandos; todo está unido en la gracia del conjunto, en su idealidad y hermosura.

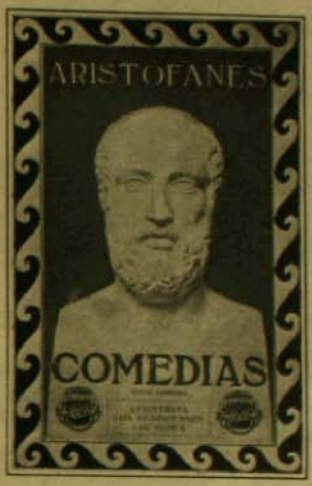


Las Comedias de Aristófanes

Por J. C.

Ya en otra ocasión hemos señalado a la atención de nuestros lectores la edición de los clásicos griegos que, en primorosa y económica edición, está dando a luz la Casa Editorial Prometeo, de Valencia.

Ahora, tenemos el agrado de anunciar la publicación de tres tomos de las comedias de Aristófanes. Aparte de su valor literario, las comedias del célebre poeta griego, son de altísimo interés histórico, pues dan a conocer la vida de los atenienses en la intimidad y hay en algunas, admirables retratos de los personajes de la época.



En las comedias de Aristófanes hay que admirar el verbo fecundo, la burla acerada, la aguda ironía, la ingeniosa vivacidad, junto a la gracia más donosa y a la más ática finura. Verdad que sorprenden a veces la fuerza y desnudez del lenguaje, y una tan audaz pintura de las costumbres a que estamos hoy muy poco acostumbrados. Así **Lysistrata**, resulta de un desenfado inaudito para los días que corremos. Pero hay que recordar las costumbres de la época en que escribió Aristófanes, la moral de aquellos años, el naturalismo de los antiguos que repugnaban de los eufemismos.

La presente edición, es la primera española en que se dan por entero las obras del poeta griego. En el primer tomo aparecen **Lysistrata, Los acarnienses** y **Las nubes**; en el segundo, **Los caballeros, La paz, Las avispas y Pluto**; y en el tercero **Las tesmóforas, Las ranas, La asamblea de las mujeres** y **Las aves.**

¿No recordáis cómo resumió Menéndez y Pelayo la obra de Aristófanes?

Pues ahí van los versos del erudito vate:

¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
chistes inmundos, mágico lirismo,
comedia aristofánica que adunas
fango y grandeza, y buscas en las heces
de lo real lo ideal! La suelta danza
de tus alados hijos me circunde,
que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
aun en sus locos, descompuestos saltos'





UNA EXPOSICIÓN DE PINTURA INTERESANTE



Un éxito brillante lo constituyó la exposición de don Genaro Prieto y de don Alfredo Araya, abierta en los primeros días de noviembre, que en pocos días vió venderse todas sus telas. Un público inteligente y selecto concurrió cotidianamente a visitar la sala de la calle del Estado, donde estos dos distinguidos artistas exhibieron sus telas.

Conversando con Hilario Belloc

Por

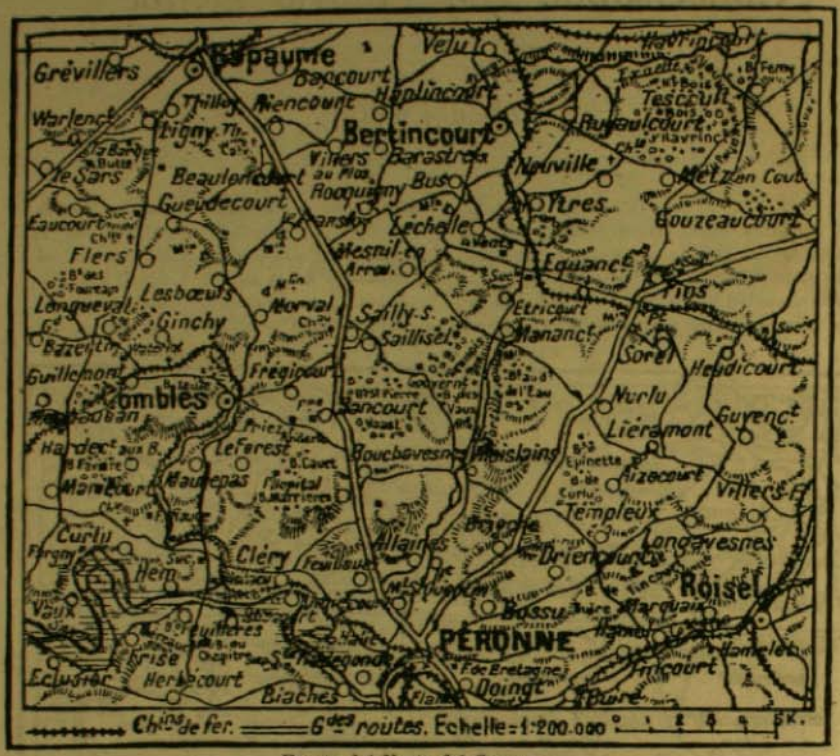
Fabián Vidal

HILARIO BELLOC

En Londres, en el Savoy Hotel, conocí a Hilario Belloc. Era en un almuerzo que nos había dado Sir Mauricio Bunsen. Habían tenido la atención de colocarme al lado del famoso irlandés, cuyos artículos de "Land and Water", eran y son comentados por Europa y América. Charlamos largamente en la comida y de sobremesa. Naturalmente, sólo hablamos de la guerra y de su duración probable. Los periódicos londinenses de aquella mañana publicaban alarmantes des-



Frente del Sur del Somme



Frente del Norte del Somme

pachos de Verdún. El comunicado de Wolff decía que habían sido tomados Mort Homme y la cota 304 (ladera septentrional). El comunicado francés no convenía en ello.

—¿Será verdad lo que cuentan los alemanes?—pregunté a Belloc.

Y me contestó flemático:

—Es posible. Pero la cosa no tendría importancia si fuera cierta. Esta guerra no puede ser estudiada como otras. ¿Qué vale el terreno? Es un factor nada más y no el más importante. Los hombres y el material y los recursos financieros decidirán a la postre. El Cuádruple Acuerdo, si no se desuna—y no es fácil que rompa el pacto—, puede disponer de más hombres, material y recursos financieros que los imperios centrales. Se lucha, no en el espacio, sino en el tiempo. ¿Cuántos alemanes han caído en Verdún? Averiguarlo es más urgente que saber si Petain podrá resistir en ambas orillas del Mosa...

Y con su lenta voz, sin vibraciones, añadió al cabo de unos minutos:

—Créame usted... Hombres y máquinas y dinero para comprar éstas en las cinco partes del mundo... Ahí está la clave...

EN EL SOMME

Cuatrocientos kilómetros cuadrados habían reconquistado los anglo-franceses en el Somme el sábado último. ¡Muy poco!... Sin duda, comparada esta extensión de terreno con la ocupada por los alemanes, resulta pequeñísima.

¿Pero cuántos soldados y oficiales del Kaiser han sido muertos, heridos o apresados desde julio a septiembre en las inmediaciones de dicho río? Apresados unos 60,000; fuera de combate cuatro veces más... Y de esta manera es como hay que considerar el

problema estratégico planteado desde Chaulnes a Hebuterne.

Claro que los franco-ingleses sufren también muchas bajas. Pero sus ataques—salvo quizá el primero británico, desde Gomiecourt a Ovillers, en su ala izquierda—, son reflexivos, metódicos, preparados con un derroche de ígneos metales. Las olas de infantería no se ofrecen sino contados minutos a los segadores abanicos, que maneja imposible el ametrallador, porque los mandos cuidan de que la posición enemiga sea casi pulverizada antes del asalto.

TACTICA

Tomadas las dos primeras líneas alemanas de Picardía entre el Ancre y el Sud del Somme—(Thiepval Ovillers - Fricourt - Mametz - Curlu - Frise - Dompierre - Soyecourt y Grandcourt - Pozieres - Bazentin le Petit - Bazentin le Grand - Longueval - Guillermont - Maurepas - Herbecourt - Assevillers | Belloy - Ablaincourt)—, hundida la tercera por Boudravesnes, Rancourt, Combles y Eaucourt l'Abbaye, se presentan a los franco-británicos diversas perspectivas turbadoras.

Pueden profundizar la brecha siguiendo siempre hacia el Este. Pueden iniciar flanqueos, por arriba, entre Hebuterne y Bapaume, y por abajo hacia el Nordeste de Peronne.

La táctica cedería su plaza a la gran maniobra.

EL ENEMIGO

Más en la Conferencia de París y de Calais en que fuera convenida la creación del frente único, se acordó igualmente que no se subordinaran los planes al territorio. "El adversario es el ejército enemigo", dijeron los jefes. Y tenían razón.

Parece la frase una perogrullada. Y sin embargo, encierra una concepción de la lucha, que no acaban de comprender los críticos militares del antiguo régimen. Significa que las consideraciones de orden sentimental nada representan si se las parangona con esas otras consideraciones de orden superior a que ha aludido Lloyd George en sus sensacionales declaraciones a "United Press".

"El ejército británico—ha dicho—carece de relojes y de calendarios".

¡Destruir! ¡Sangrar! ¡Desgastar la potencia del otro beligerante!... ¿Se puede, atacando una línea, apresar, herir, matar, desorganizar mucha gente al enemigo? Se acomete la empresa. ¿El triunfo no representaría más que una satisfacción de amor propio o costaría carísimo? Se desiste de ella.

En los Imperios Centrales, muchas veces, las operaciones han sido imaginadas y efectuadas por razones de índole política. Un neutral vacilante... Un empréstito de colocación dificultosa... Wolff debía trompetear victorias. Y a esto se sacrificaba todo. Y la hemorragia alcanzaba una copiosidad inconcebible.

UNA CONFESION

A raíz de la toma de Thiepval y de Combles, ha salido de Nauen un grito de angustia. Los aliados atacan en el Somme con un material de artillería y un repuesto de municiones fabricados por todo el mundo. Japón, Canadá, los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, la India, Australia, el Africa del Sur, Argelia, Túnez, Egipto, contribuyen a que miles de piezas vomiten montañas de granadas y bombas sobre las organizaciones germánicas de Picardía. El esfuerzo gigantesco de improvisación comienza a dar sus frutos. Por ello los más optimistas—y no pertenezco a ese número—creen que se empezará a hablar de paz en el otoño o en el invierno del año que viene...

UN HERMOSO LIBRO



Señor Alberto Mackenna Subercaseaux

Don Alberto Mackenna Subercaseaux ha sido en Chile, durante el tiempo que va corrido de guerra el más ardoroso y valiente campeón defensor de los Aliados en las múltiples contingencias suscitadas por la guerra grande en Europa. En veladas ocasionales, en fiestas solemnes, en comicios populares, en la prensa, su pluma no se ha dado tregua en la defensa de la más justa de las causas. Francés por tradición y latino por convencimiento, ha puesto su cultura y sus energías al servicio de la más alta causa actual.

Desde tiempos lejanos ha sido un brillante campeón de la causa de la cultura francesa en el mundo: y así recordamos uno de sus libros de juventud donde estudia el movimiento francés de las ideas en representaciones dramáticas, en libros y en todo cuanto pudiera explicar claramente el aspecto nuevo del alma francesa.



Su obra reciente "Le triomphe du droit" es un libro por muchos motivos altamente interesante: él da la medida de la acción desarrollada por el señor Mackenna Subercaseaux desde los días de 1914, en una propaganda sostenida y entusiasta. ¡Cuánto le deben los Aliados a esa su propaganda! Infatigable y sincero, ha sido el eco más alto y más culto de la sociedad y de los intelectuales por doquiera ha hecho oir el eco de de su voz.

Culto y entusiasta por cuanto toca a las producciones del espíritu, ha escrito siempre con el corazón en la mano y la emoción a flor de labios, y por esta causa es por la que sus páginas resultan comunicativas y emotivas, y por lo que, también, este su libro "Le Triomphe du Droit" es un bello libro.



UN SECRETO MARAVILLOSO

CUENTO DE OTRO MUNDO

Dibujos de Bartolozzi.

Era una tiendecilla de aspecto mísero. Sobre la muestra, en letras amarillas, borrosas, leíase: "C. Cave, naturalista y anticuario". El contenido de los escaparates era de lo más heterogéneo: encerraban aquéllos, colmillos de elefantes, un juego de ajedrez incompleto, cacharros de cristal, armas, un muestrario de ojos de animales, dos cráneos de tigre, una calavera, varios monos disecados (uno de ellos servía de soporte a vieja lámpara de petróleo) un huevo de avestruz con máculas de moscas, redes de pesca y una pecera vacía y polvorienta. También había, en el momento de dar comienzo a esta historia, un objeto de cristal de forma esférica, maravillosamente translúcido.

Dos hombres parados ante el escaparate contemplaban el cristalino globo; uno de ellos, alto y seco, tenía aspecto de clérigo; el otro, bajo y enjuto, era de tez cobriza y negra barba. Este segundo personaje hablaba gesticulando con vivacidad y parecía querer decidir a su compañero a comprar el objeto de su curiosidad.

Mientras se desarrollaba esta escena de

puertas afuera, el señor Cave salió de la trastienda masculiando aún la última tostada de su desayuno.

Al advertir la presencia de los presuntos compradores y la causa de su atención, mostró cierta intranquilidad. Lanzando una mirada furtiva por encima del hombro, acercóse a la puerta y la cerró con suavidad monjil.

Era el Sr. Cave un viejecillo de apergaminado y verdoso rostro, cuyo rasgo saliente lo constituían unos ojos azules clarísimos y en extremo inquietos. Los cabellos, de un gris sucio, caían en abundante cascada sobre el grasiento cuello de una levita verdosa y raída. Añadid a estos detalles un sombrero de copa, de forma inverosímil, y unas pantuflas de orillo de edad respetable, y tendréis una idea bastante aproximada del famoso anticuario.

La insistencia de los dos desconocidos le había intranquilizado. Con gran ansiedad espiaba los movimientos de aquellos hombres.

El que parecía clérigo se registró los bolsillos del pantalón, sacó un puñado de monedas y sonrió con cierta complacencia. Este gesto aumentó la zozobra del señor Cave; creyó que se le venía el mundo encima al observar que los dos extraños personajes entraban en la tienda.

El clérigo, sin más preámbulos, preguntó el precio de la bola de cristal. Después de dirigir el señor Cave una mirada inquieta hacia la trastienda, contestó, la voz algo velada por la emoción:

—Eso vale cinco libras esterlinas, caballero.

Parecióle al clérigo bastante caro, y así lo manifestó a su compañero, intentando entrar en regateos. La verdad es que, al pedir el anticuario una cantidad tan elevada, lo hacía obedeciendo a un plan: el de dificultar la venta.

En este momento apareció una fisonomía femenina, animada por vivarachos ojillos, tras del biombo que disimulaba la trastienda. No pasó inadvertida para el señor Cave la presencia "al paño" de este cuarto personaje. Sacando fuerza de flaqueza, aunque sin poder disimular completamente el temor, repitió:

—Nada. ¡ni un penique menos!... Cinco libras, si lo quieren.

El comprador barbudo, que hasta entonces había permanecido de simple espectador, examinó con penetrante mirada al señor Cave y rompió el silencio:

—Dele Ud. las cinco libras,—ordenó.

El clérigo se volvió hacia su acompañante para ver si hablaba en serio; cuando se convenció de ello, tornó a mirar al anticuario y vió que la palidez de éste aumentaba.

—Ciertamente, es carísimo—dijo el clérigo, en tanto que volvía a rebuscar en los bolsillos.

Como no disponía de más de treinta chelines, pidió el resto a su consejero. Entre aquellos dos hombres parecía existir gran intimidad.

La investigación pecuniaria a que se había entregado el clérigo, dió tiempo al señor Cave para coordinar sus ideas. Con aparente tranquilidad empezó a explicar que, en realidad, la esfera de cristal no estaba en venta. Los dos clientes mostráronse sorprendidos de aquella singular extravagancia y arguyeron que en tal caso debía habérselo dicho desde un principio.

La turbación del señor Cave iba en aumento. No sabía qué contestar a los desairados compradores. Improvisó una historia inaceptable, asegurando, por último, que no podía vender la esfera de cristal por hallarse en tratos con un antiguo cliente. El clérigo y su amigo creían que el señor Cave inventaba todo aquello para aumentar el precio del chamarileo: decididos a no dejarse explotar, hicieron ademán de marcharse.

Aún no habían llegado a la puerta cuando apareció la propietaria del establecimiento. Era una mujer corpulenta, de fisonomía vulgarísima y mucho más apergaminada que el señor Cave. Andaba a lo elefante, como si le costara trabajo levantar los pies del suelo.

—La bola de cristal—dijo la señora Cave—está a la disposición de ustedes, porque cinco libras es un precio muy razonable. Quisiera yo saber—añadió, encarándose con su esposo,—por qué desprecias las ofertas de estos caballeros.

El aludido, presa de fuerte temblor nervioso desde que su consorte hiciera irrupción en la tienda, dirigió a la intrusa una mirada de enojo y, sin excesiva dureza, se

atrevió a discutir su derecho a tratar los asuntos mercantiles con entera independencia.

Siguióse un fuerte altercado. Los dos compradores contemplaban la curiosa escena con interés y regocijo, dando la razón a la señora Cave cuando se presentaba la oportunidad.

El infeliz anticuario, sintiéndose vencido, hizo un esfuerzo y persistió en su absurda y balbuciente historia del comprador encaprichado con la bola de cristal.

Puso término al debate el más joven de los compradores, proponiendo que, si al cabo de dos días el pretendido cliente no lo había comprado, quedaría el objeto a disposición del clérigo, mediante la entrega de las cinco libras consabidas.

Saludaron muy cortésmente los compradores y desaparecieron. Apenas quedaron solos el señor Cave y su dulce mitad, reanudóse la discusión. La hembra interpelaba con singular autoridad. El viejecillo, demudado y tembloroso, balbuceaba palabras ininteligibles, insistiendo en que la bola de cristal estaba apalabrada, y en que de todos modos el rarísimo objeto valía por lo menos quince libras.

El señor Cave tenía un hijo político y una nuera, que habitaban en la tienda. Como es de suponer, aquella noche, después de la comida, se renovó el debate sobre la venta fracasada. Hay que advertir que ninguno de los hijos del anticuario tenía formada una buena opinión sobre los métodos comerciales del señor Cave. Podrá suponerse cómo calificarían el acto realizado algunas horas antes por el viejo.

—Estoy seguro de que no es la primera vez que te niegas a vender ese cachivache —afirmó el hijo político, un mocetón de dieciocho años, con traza de cargador.

—¡Despreciar así cinco hermosas libras!—exclamó la nuera, linda muchacha de veintiséis primaveras, dotada, por las señas, de gran espíritu práctico.

Los argumentos del señor Cave iban siendo cada vez más débiles. Ya casi sin alientos, en plena retirada, limitábase a declarar que él sabía muy bien por dónde se andaba. Apenas acabó el mísero yantar, obligáronle sus deudos a cerrar la tienda. El señor Cave ejecutó maquinalmente la operación. Ardían sus mejillas y pugnaban las lágrimas por asomarse a sus ojos.

—¿Por qué diablos—se preguntaba el infeliz—se me habrá ocurrido dejar tanto tiempo en el escaparate esa maldita bola?... ¡Qué estupidez más grande!...

Permaneció hasta muy tarde entre sus queridos trastos, con el pretexto de hacer pequeñas rocas ornamentales para unas viejas peceras. En realidad, lo que le retenía en la tienda era algo que quedó explicado horas después. Al día siguiente, en efecto, advirtió la señora Cave que la esfera de cristal había desaparecido del escaparate, yendo a ocultarse tras de un montón de libros viejos. Aquello contrarió a la señora. Descubierto el escondrijo, volvió a colocar la bola en el escaparate y en el lugar más visible. El día transcurrió monótona y desagradablemente. El señor Cave estuvo más preocupado que de costumbre y, además, de un humor imposible. Aprovechando la siesta de su consorte, dirigióse al escaparate y se apoderó del malhadado objeto, causa de todos sus sinsabores.

Aquella noche fué el señor Cave a entregar a la clínica de un hospital varios ejemplares de perros marinos, que le habían encargado los disecadores. Durante la ausencia del naturalista, distraía sus soledades la señora Cave pensando en la inversión que daría a las cinco libras, una vez que se vendiera la bola de cristal.

De pronto tuvo una corazonada. Lanzó escrutadora mirada al escaparate. La contemplación de la brillante esferilla era para ella la seguridad de tener cinco libras, la realización de sus sueños dorados. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que el cachivache había desaparecido! Lo buscó ansiosamente entre los libros viejos. ¡Nada! Era, sin duda, una nueva jugarreta del anticuario. Pensando encontrarla escondida en alguna parte, revolvió todos los rincones.

Cuando regresó Cave de entregar sus lobos marinos, encontró la tienda en el mayor desorden y a la dulce esposa entregada a una concienzuda destrucción de su instrumental de disecador. La anticuaria desahogaba así el enojo que la poseía.

Cave se refugió en la trastienda, huyendo de los probables arañazos de su cónyuge.

Por la noche volvió a ser tratada la cuestión en consejo de familia, presidido por la nuera. Examinóse el asunto desde

el punto de vista práctico. Al principio todo fué bien, pero agriándose poco a poco los debates, se enzarzó una zambra monstruosa; el señor Cave tuvo que marcharse a la calle después de dar un terrible portazo para hacer patente su indignación.

Cayó sobre el fugitivo una nube de dicterios, y en vista de que esto no conducía a nada positivo, acordaron los individuos de la familia Cave llevar a cabo una investigación detenida en toda la casa, desde el desván al sótano, con la esperanza de descubrir el escondrijo. Todo fué inútil. Las ilusiones de la señora Cave se desvanecieron como la bruma en una mañana soleada.

Durante mucho tiempo fueron en extremo tirantes las relaciones del señor Cave con su familia. No volvió a tenerse noticia de la bola de cristal ni de sus pretendientes.

La verdad es que el señor Cave era un admirable hipócrita. Sabía perfectamente el paradero de la bola de cristal. Como que la había entregado a su fiel amigo el señor Jacobo Wace, ayudante preparador en el hospital de Santa Catalina de Westbourne Street. La esfera se hallaba colocada sobre una palomilla recubierta parcialmente por un trozo de terciopelo negro y haciendo compañía a una botella de whisky americano.

El señor Cave había llevado la bola al hospital, escondida en un cajón, con los lobos marinos, y suplicado a Wace que la tuviese en su poder.

Cierto día, entre copa y copa de whisky, oyó éste decir al señor Cave que la causa de su entusiasmo por la bola de cristal era "algo que veía dentro". Habíala comprado con otros varios objetos en una subasta, al fallecimiento de cierto anticuario amigo suyo. Ignorando cuál pudiera ser su precio, lo fijó en diez chelines. Durante mucho tiempo no paró mientes en el extraño objeto, cuya aplicación le era por completo desconocida, y ya se disponía a venderlo por lo que quisieran darle, cuando un maravilloso descubrimiento le hizo desistir de su propósito.

En aquella época su salud dejaba bastante que desear (conviene tener presente esta circunstancia), ya por los malos tratos que le daba su familia, bien por naturales achaques de edad, quizá por las dos causas juntas. Durante semanas enteras terribles insomnios y violentos ataques de hipocondría ponían en trance de muerte.

Cuando le acometía el mal, se levantaba del lecho con infinitas precauciones para no despertar a la señora Cave, y vagaba por los corredores de la casa como un sonámbulo. En la madrugada de un día de agosto la casualidad le llevó a la tienda.

Atestada, polvorienta y sucia, hallábase aquélla sumida en la sombra, excepto uno de los rincones que aparecía iluminado por una claridad insólita. Al aproximarse el señor Cave, descubrió que la luz emanaba de la bola de cristal, olvidada por su dueño sobre un montón de trastos inservibles. Un débil rayo de luz penetraba por una rendija de la ventana y hería la lisa superficie de la esfera, pareciendo filtrarse hasta el interior del objeto e inundarlo de brillante claridad.

El señor Cave no salía de su sorpresa. El extraño fenómeno era, en verdad, opuesto a las leyes de la óptica. Bien se le alcanzaba al naturalista, no obstante sus cortos conocimientos de física, que si bien era admisible que los rayos lumínicos fueran refractados por el cristal hasta un foco interno, en cambio no tenía explicación científica aquel fenómeno de difusión de la luz. Cada vez más perplejo, avanzó el anticuario, cogió la esfera y la estuvo examinando en todos sentidos buen espacio. Por fin descubrió que la luz interior del objeto no era constante, sino que tenía períodos de mayor o menor intensidad. Además pudo observar que más que verdadera luz era una especie de vapor luminoso, como una fosforescencia. La admiración del señor Cave llegó a su colmo cuando, interponiéndose entre el globo y el rayo de luz filtrado a través de la ventana, vió que la esfera de cristal continuaba iluminada. Queriendo extremar el experimento, llevóse el mágico aparato al rincón más obscuro. Durante cuatro o cinco minutos siguió brillando. Luego empezó a obscurecerse hasta quedar en la sombra. Puesto otra vez bajo la acción del rayo de luz de la ventana, recobró toda su intensidad.

Esto contaba Cave a su amigo Wace cierta tarde, entre copa y copa de whisky. El hecho prodigioso pudo ser comprobado en parte días después por el ayudante preparador del hospital de Santa Catalina. Efec-

tivamente, colocada la bola de cristal en completa obscuridad y de modo que fuese herida por un debilísimo rayo de luz del exterior (el diámetro del rayo luminoso debía ser menor de un milímetro), despedía una fosforescencia extraña. Lo que no logró ver el señor Wace fué aquella claridad interna de que se hacía lenguas el naturalista.

Quizás se necesitaban condiciones excepcionales en el órgano de la visión, condiciones que debían poseer contadísimas personas; pues hay que advertir que examinada la esfera portentosa por el ilustre físico Harbinger, no pudo éste descubrir la más leve luz interior. Era forzoso reconocer, por consiguiente, en Cave cualidades ópticas nada comunes. Y aún el propietario de esas facultades privilegiadas no siempre distinguía con igual claridad el estupendo fenómeno. La visión era, por regla general, mucho más viva en los momentos de gran debilidad física.

Desde que la casualidad reveló al anticuario las maravillas de la bola de cristal, convirtióse nuestro hombre en un sér desligado por completo de todo lo humano. El que guardase tan sigilosamente el descubrimiento, dice más sobre el aislamiento anímico del señor Cave que un volumen "in folio" de lucubraciones psíquicas. Transcurrido algún tiempo, hizo una nueva observación: conforme avanzaba el día aumentándose la cantidad de luz difusa, la esfera de cristal tornaba a su aspecto ordinario, sin que quedase en ella el más leve resplandor. Para conseguir ver algo en pleno día era preciso llevar la esfera a un lugar seguro y recubrirla además con un pedazo de terciopelo negro. El buen Cave se pasaba horas muertas en el sótano con un paño echado sobre la cabeza y los hombros, a modo de fotógrafo, deleitándose en la contemplación de la esferita milagrosa. En una ocasión, al hacer girar el cristal entre sus manos, vió algo que le hizo estremecer. Ello tuvo la duración de un relámpago, pero bastó para comunicar a Cave la impresión de que la esfera le había revelado por un momento la existencia de un país inmenso y extraño. A los pocos minutos, y cuando la claridad parecía desvanecerse, volvió a repetirse la mágica aparición.

Sería ya inútil y enojoso exponer todas las fases del descubrimiento de Cave. Baste saber que el efecto producido por la esfera de cristal en ciertos instantes era éste: observada aquélla de modo que la inclinación del rayo luminoso fuera de 137 grados, ofreciase la sorprendente visión de unas tierras de enorme vastedad y de aspecto fantástico. No se trataba ciertamente de una visión quimérica. La impresión producida en la retina del observador era la de la realidad más absoluta. Nada de las concepciones borrosas del ensueño, sino la perfecta determinación de líneas y volúmenes, como si se efectuara la visión a través de las lentes de un estereóscopo, con la ventaja de que ciertas imágenes se movían, aunque con lentitud y de un modo ordenado. Estas imágenes movibles, cuya forma no podía precisar en un principio el señor Cave, seguían invariablemente la dirección del rayo luminoso exterior.

Y no cabe dudar de la sinceridad de las manifestaciones del anticuario. El embustero o el alucinado suelen contar sus invenciones o sus ensueños de mil modos diversos. En cambio, la descripción hecha por el señor Cave de los países entrevistos en el interior de la esfera de cristal no diferían un punto. Siempre hablaba de inmensas llanuras, flanqueadas a oriente y occidente por enormes rocas bermejas.

Algunas de estas aglomeraciones de rocas continuaban hacia el norte y el sur. Cave reconocía la orientación de las masas rocosas con auxilio de las estrellas visibles durante la noche, ofreciendo una perspectiva casi ilimitada y confundiéndose por último entre las brumas de un horizonte lejano.

Cuando el anticuario contempló por primera vez el extraño panorama, la cadena oriental de rocas parecía hallarse más próxima. El sol la iluminaba de lleno. Revoloteando por encima de aquellas montañas, unas veces a considerable altura, otras a escasa elevación de sus anfractuosidades, cruzaban formas indefinidas, que el señor Cave creyó enormes pájaros. En las proximidades de las rocas erguíanse edificaciones.

Los pájaros, o lo que el anticuario diputaba por tales, se acercaban a veces con asombrosa rapidez a la superficie del cristal, y en otras huían hacia los bordes refractados y confusos del cuadro, desdibu-

jándose, por decir así, y convirtiéndose en manchas amorfas.

También florecían en aquel país prodigioso árboles y arbustos de apariencia y color en nada semejantes a los de la tierra; extensísimas praderas cubiertas de hierba de un gris exquisito, y en segundo término refulgía un vasto lago, cuyas aguas centelleaban como acero pulimentado, heridas por la luz solar. Un objeto de enormes dimensiones y brillantemente coloreado atravesó de improviso el paisaje...

La primera vez que el señor Cave vió todas esas cosas fué por brevísimo tiempo; algo así como la duración de un relámpago.

No obstante, aquellas fugitivas impresiones hacían temblar sus manos y llenaban su entero sér de extraño malestar. La visión era intermitente al principio, luego confusa, indistinta. De ahí que el extraño personaje experimentara gran dificultad en orientarse una vez perdida la dirección de sus miradas.

La segunda visión clara se produjo una semana después, permitiendo al señor Cave contemplar el valle en toda su longitud. El panorama era diferente, si bien tenía el observador la curiosa persuasión, confirmada en posteriores experimentos, de que veía aquel mundo extraño sin haberse movido de su sitio, aunque ahora mirase en una dirección diferente. La vasta fachada del gran edificio cuyos tejados le había parecido divisar la primera vez, retrocedía ahora en la perspectiva. No había duda: era el mismo tejado. Del centro de la fachada salía una terraza de proporciones colosales, elevándose de su centro a distancias regulares altísimos mástiles terminados por puntos brillantes en los que reflejaba el sol poniente.

Dominaba la terraza un bosque de espléndida vegetación, circundado de praderas, en las que reposaban insectos descomunales parecidos a escarabajos. Más allá de las praderas comenzaba una calzada de piedra rosácea ricamente decorada, y más lejos aún extendíase, en dirección paralela a las montañas del horizonte, un lago, un canal o un mar—esto no lo pudo precisar bien el anticuario,—en el que se admiraban frondosos rosales cuajados de flores rojas.

Hendían la atmósfera en todas direcciones bandadas de pajarracos, describiendo curvas majestuosas. Del lado allá de la sábana de agua se elevaban multitud de edificios policromos, que brillaban al sol como si tuvieran facetas metálicas. El contraste de los múltiples colores de las edificaciones y de los espesos bosques que las rodeaban, no podía ser más pintoresco. De improviso, vió algo, que parecía azotar el aire con violencia, como el batir de alas de una paloma torcaz o el de un inmenso abanico cuajado de piedras preciosas, y sobre las alas una cara, o mejor dicho, la parte superior de una cara con ojos enormes. El monstruo se aproximó, por decirlo así, al señor Cave, cual si se hubiera encontrado en la parte opuesta de la esfera de cristal.

La sorpresa experimentada por el naturalista al darse cuenta de la absoluta realidad de aquel rostro y de aquellos ojos, le hizo casi perder el conocimiento. Algo repuesto del susto, intentó repetir la prueba. Dió vueltas y más vueltas a la prodigiosa esferilla. ¡Todo inútil! La fantástica visión había huído y con ella la claridad interior del estupendo objeto.

Tales fueron las primeras inspecciones generales del señor Cave. Por entonces, precisamente, acaeció la visita de los dos compradores, los tenaces compradores empeñados en llevarse la bola de cristal por las cinco libras esterlinas.

Se comprenderá, pues, que el anticuario tenía razones sobradas para oponerse a la venta y para eludirla, ocultando, primero, cuidadosamente el preciado tesoro y depositándolo, después, en manos del fiel Wace.

Desde un principio anotó Wace, con el mayor cuidado, todas y cada una de las observaciones del anticuario. Gracias a esa labor científica pudieron establecer los dos amigos la relación que existía entre la directriz del rayo de luz inicial al penetrar en la esfera y la orientación de los rayos visuales. Encerrando el globo dentro de una caja, en la que dejaba una abertura de pequeño diámetro para dejar paso al rayo luminoso, y substituyendo los cortinajes rojos de la ventana por tupido paño negro, consiguió Wace mejorar considerablemente las condiciones de la observación. Y esto hasta el punto de poder examinar el valle en el sentido deseado.

Ya despejado el camino, es posible hacer



una breve descripción del extraño mundo divisado en el interior de la esfera de cristal, ateniéndonos a las notas escritas por Wace mientras su amigo Cave exploraba las profundidades del objeto. Advertiremos de paso, que Wace, entre otras habilidades poseía la de escribir a obscuras. Eran dos hombres extraordinarios.

Cuando la esfera se encontraba en la plenitud de su estado luminoso, el señor Cave percibía distintamente, además de los grandes detalles del panorama, muchedumbres de seres vivos análogos, como hemos dicho, a gigantescos escarabajos. Conforme iban repitiéndose los experimentos, modificaba el naturalista sus impresiones acerca de las singulares criaturas. Ya no le parecían escarabajos, sino más bien murciélagos. Después se le ocurrió que acaso fueran querubines... Sus cabezas eran redondas y de configuración humana. Tenían ojos, ¡y qué ojos!... ¡Unos ojos espantosamente grandes, cuya mirada helaba la sangre en las venas!

Desplegaban también enormes alas argentadas: alas sin plumas que brillaban cual si estuvieran recubiertas de escamas y que despedían sutiles reflejos, alas que parecían unidas al cuerpo, no con arreglo al plano habitual en las aves o en los murciélagos, sino por medio de una membrana curva que irradiaba del tórax, y que pudieran ser comparadas a las alas de las mariposas.

El cuerpo, pequeño con relación a la cabeza, tenía bajo el abdomen dos haces de órganos prehensores semejantes a largos tentáculos.

Por extraño que todo esto se le antojase al señor Wace, tuvo al fin la convicción de que los grandes edificios casi humanos y los magníficos jardines que realzaban la belleza del inmenso valle, pertenecían a las estupendas criaturas mitad murciélagos, mitad querubines, como decía el señor Cave.

Entre otras particularidades, observó el materialista que los edificios, si carecían de puertas, tenían amplias ventanas circulares, por donde entraban y salían libremente los fantásticos habitantes del no menos fantástico mundo. Veíaseles llegar en rápido vuelo al alféizar de las ventanas, posarse sobre sus tentáculos, plegar sus alas y penetrar en el interior de aquellas moradas. No todos los seres vivientes observados por el señor Cave alcanzaban el mismo tamaño, ni todos cruzaban el espacio hendiéndole vertiginosamente. Había otros más pequeños, semejantes a libélulas, mejor diríamos escarabajos alados, y otros más diminutos aún arrastrándose con indolencia por las extensas praderas. En las calzadas y terrazas, unos seres de enorme cabeza, muy parecidos a los de las grandes alas, saltaban como langostas, contrayendo y dilatando sus tentáculos abdominales.

Respecto a los objetos brillantes en la parte superior de los mástiles de las terrazas, una observación más detenida permitió al señor Cave descubrir que eran esferas de cristal exactamente iguales a la que él poseía. Cada uno de los veinte mástiles elevados en la terraza más próxima disponía de su correspondiente globo de cristal.

De vez en cuando, uno de los grandes seres voladores ascendía hasta encontrarse a exacta distancia de aquellas esferas, y luego de plegar las alas y de aferrar el mástil con los tentáculos, permanecía mirando al cristal durante quince o veinte segundos.

Varias observaciones consecutivas, propuestas por Wace, convencieron a los dos amigos de que eran esferas, análogas a la utilizada por ellos en los experimentos, las que rebrillaban en el extremo del último mástil de la terraza, y de que, por lo menos en una ocasión, uno de los habitantes del prodigioso mundo había curioseado la casa del señor Cave mientras éste se hallaba fisgoneando el panorama.

Ahora es necesario admitir una de estas hipótesis: o la bola de cristal del señor Cave se encontraba simultáneamente en dos mundos, o permanecía inmóvil en uno de ellos mientras mudaba de lugar en otro, lo que era de todo punto absurdo e inadmisible, o bien existía una relación de simpatía especial entre la esfera de cristal y la del mundo desconocido, y por esta causa, mirando en cualquiera de ellas se podía ver lo que pasaba en el mundo opuesto.

En el estado actual de la ciencia no podemos explicarnos la razón de que dos globos de cristal así situados se hallen en comunicación. Sabemos, sin embargo, lo bastante para comprender que un fenómeno de ese género no es imposible en absoluto. Por lo tanto, la hipótesis de las esferas en comunicación intersideral es la que me parece más aceptable.

¿Y dónde se encontraba situado ese otro mundo? La viva inteligencia de Wace había logrado, tras repetidas observaciones, arrojar alguna luz sobre punto tan obscuro. Después de ponerse el sol obscurecíase rápidamente el cielo; el crepúsculo duraba brevísimo tiempo. Las estrellas eran las mismas que nosotros vemos y formaban las mismas constelaciones. Así, el señor Cave pudo reconocer la Osa Mayor, las Pléyades, Aldebarán y Sirio. De modo que aquel mundo debía encontrarse en nuestro sistema solar, y a una distancia que quizá no excediera de algunas centenas de millones de kilómetros. Siguiendo esta indicación, llegó a averiguar el señor Wace que el cielo nocturno era de un azul más obscuro que nuestro cielo de invierno; que el sol parecía algo más pequeño, y "que había dos lunas" semejantes a la nuestra, aunque un poco más reducidas. Una de aquellas lunas se movía tan rápidamente que podía apreciarse su marcha.

Las dos lunas se elevaban muy poco sobre el horizonte, poniéndose al poco tiempo de su salida; es decir, que en cada una de sus revoluciones se encontraban eclipsadas por razón de la proximidad de su planeta. Todo esto respondía en absoluto —aunque el señor Cave no tuviera noticia de ello— a lo que deben ser las condiciones de existencia en Marte.

A decir verdad, parece perfectamente admisible que, mirando el señor Cave su precioso globillo de cristal, hubiera visto, en realidad, el planeta Marte y sus habitantes. En tal caso la estrella vespertina, que brillaba con tanta intensidad en el cielo de aquel mundo lejano, debía ser nuestra familiar Tierra.

Durante mucho tiempo los marcianos—si de marcianos se trataba—no parecían darse por entendidos de las investigaciones del señor Cave. Por dos o tres veces uno de aquellos seres se aproximó a la cóncava superficie de la esfera de cristal, alejándose a los pocos instantes como si no le hubiese satisfecho la visión. Esta indiferencia de los marcianos favoreció la curiosidad del señor Cave. Libre de obstáculos su campo visual, pasábase el buen señor horas enteras inclinado sobre la esfera portentosa, descubriendo a diario nuevas maravillas. ¡La lástima es que, por efecto de una atención concentrada, sus explicaciones resultaban vagas y fragmentarias!

Verdad es que no podía pedírsele otra cosa a quien, como nuestro excelente Cave, se asomaba a aquel mundo de ensueño en la forma en que lo hacía. Imaginad lo que pensaría de la Humanidad un observador marciano que, tras de una serie de difíciles preparaciones y enormemente fatigados sus ojos, consiguiera contemplar a Londres desde la torre de la iglesia de San Martín, durante períodos de cuatro o cinco minutos.

Por esto, luego de mirar y remirar mucho el globillo de cristal, no podía afirmar concretamente el señor Cave si los marcianos alados eran los mismos seres que los marcianos que brincaban en calzadas y terrazas, y si éstos podían a su vez echar a volar cuando lo tuvieran por conveniente. Algunas veces distinguía algo así como unos bípedos tardos y desgarbados, vagamente parecidos a orangutanes, cuyo cuerpo era blanco y en parte transparente. Estos bípedos pacían entre los líquenes, y sólo mostraban intranquilidad cuando se les acercaban los marcianos de cabeza redonda y tentáculos elásticos. En una ocasión vió el señor Cave que se iniciaba una lucha. El espectáculo quedó interrumpido bruscamente por haberse obscurecido de improviso el esferoide.

Otra vez una criatura enorme, que al naturalista le pareció gigantesco insecto, apareció en escena, deslizándose con extraordinaria rapidez sobre las aguas del canal. Al aproximarse advirtió Cave que era un mecanismo de metal, cuya superficie despedía deslumbradores reflejos. No le fué posible al anticuario precisar más sus observaciones, porque el insecto o el mecanismo, o lo que fuese, se alejó con tremenda velocidad, perdiéndose entre las brumas del horizonte.

Hubo un día en que el sabio Wace quiso llamar la atención de los marcianos; aprovechando el momento en que los ojos de aquéllos aparecieron sobre el cristal de la esfera, empezó el anticuario a lanzar descompasados gritos, retrocedió dando un salto y, después de iluminar "a giorno" la habitación, hizo en compañía de su amigote grandes movimientos con los brazos, como queriendo sugerir la idea de señales. Cuando el señor Cave se volvió a aproximar al cristal, el marciano había desaparecido.

Estas observaciones continuaron durante el mes de noviembre. Juzgando nuestro anticuario que había transcurrido ya bastante tiempo para que la señora Cave no se acordara del globo de cristal, aventuróse a llevárselo a la tienda con objeto de poder entregarse libremente, a cualquiera hora del día, a la contemplación de lo que se había convertido en la cosa más real de su existencia.

Al mediar diciembre, Wace, que iba con frecuencia a charlar con su amigo Cave, vióse obligado a suspender sus sesiones. Tenía que estudiar mucho con motivo de sus exámenes próximos.

Transcurrieron dos semanas largas sin que Wace viese al señor Cave. Extrañándole la prolongada ausencia del anticuario, y ya sin trabajos apremiantes, dirigióse una tarde a la tienda. Cuando volvió la esquina advirtió con sorpresa que la covachuela del naturalista estaba cerrada. Intrigado por esta circunstancia, se apresuró a llamar. Salió a abrir el yerno del señor Cave, vestido de luto riguroso. Detrás de él apareció la anticuaria envuelta en luengos velos negros.

El señor Wace supo que su pobre amigo llevaba diez días de enterrado. Aunque el espíritu de la viuda se hallaba conturbadísimo y poco dispuesto, por tanto, a explicaciones, aún pudo el señor Wace enterarse

de las extrañas circunstancias que habían rodeado el fallecimiento del anticuario.

Encontráronle muerto una mañana— la siguiente a la última visita de Wace—en la polvorienta trastienda, con la bola de cristal entre las manos yertas y crispadas. La fisonomía del cadáver estaba sonriente. Un pedazo de tercicpelo negro aparecía a poca distancia del muerto. Según los médicos ,el fallecimiento debía haber ocurrido de 2 a 3 de la madrugada.

Lo primero que se le ocurrió a la señora Cave, cuando subieron a su habitación el cuerpo del anticuario, fué escribir una tarjeta al clérigo que ofreciera las cinco libras por la bola de cristal, participándole que tenía el objeto deseado a su disposición. Más, después de largas investigaciones, pudo convencerse de que realmente había perdido las señas. Como carecía de los recursos necesarios para enterrar dignamente al infeliz naturalista, procuróselos vendiendo a un anticuario vecino gran parte de los objetos existentes en la tienda. La bola de cristal formó uno de los lotes.

Ya se habrá supuesto que Wace, apenas oyó la desagradable noticia, no perdió tiempo en prodigar a la señora Cave consuelos inútiles. En dos saltos se plantó en casa del anticuario, poseedor de la prodigiosa bola de cristal. Allí supo que el anhelado objeto acababa de ser vendido a un caballero de barba negra, vestido de gris. Tales fueron los únicos datos que pudo recoger Wace.

Aquí terminan bruscamente los hechos materiales de esta curiosa historia.

El anticuario ignoraba quién era aquel señor, ni tuvo tiempo de observarlo con detención bastante para detallarle minuciosamente.

Ni aun supo decir a Wace la dirección que tomara al salir de la tienda.

Durante algún tiempo Wace no adelantó un paso en sus investigaciones, por más que a diario torturaba la paciencia del comerciante agobiándole a preguntas y dando rienda suelta a la desesperación de que se sentía poseído.

Por último, vióse obligado a reconocer que todo aquello de la bola de cristal se había desvanecido para siempre como una visión en la sombra.

Tan convencido llegó a estar de que se trataba de un sueño, que al entrar en su casa experimentó indecible sorpresa descubriendo sobre un pupitre, cubiertas de polvo, las notas tomadas por él, según las descripciones del señor Cave.

Resistiéndose, sin embargo, a dar por abandonada la partida, hizo una última visita al anticuario; visita que resultó tan infructuosa como las anteriores. Luego recurrió a los anuncios en los periódicos, pues juzgaba que era el medio más práctico de descubrir al comprador de la bola de cristal. Los anuncios fueron tan ineficaces como los numerosos comunicados dirigidos por Wace al "Daily Chronicle" y a alguna que otra revista científica. Lo más curioso del caso fué que diario y revistas, sospechando que las historias de Wace eran en el fondo una broma científica, exigieron al autor pruebas de sus afirmaciones como condición indispensable para publicarlas. ¡Pruebas! ¿Es que no bastaba su honrada palabra de sabio?

A Wace le apenó profundamente que la prensa le cerrase las puertas a toda esperanza. Luego, atraída su atención por trabajos urgentes, acabó por olvidar la bola de cristal, cuyo paradero sigue siendo desconocido.

Algunas veces me cuenta Wace, y yo le creo sin dificultad, que de cuando en cuando es víctima de verdaderos accesos de locura. Durante ellos, constituye su monomanía averiguar dónde está la esfera de cristal.

En uno de tales accesos consiguió descubrir Wace, no al afortunado cuanto quizá ignorante poseedor del maravilloso globo, sino la personalidad de los dos misteriosos compradores que desearon adquirir del infortunado Cave, por cinco libras, la bola de cristal. Uno de ellos era cierto clérigo llamado James Parquer; el otro, nada menos que el príncipe Bosso Kuris, de Java.

Según averiguó mi amigo, el empeño demostrado por el príncipe para llevarse a cualquier precio la esfera de cristal, no tenía más fundamento que la curiosidad y quizá la extravagancia. Lo mismo ofreció cinco libras que hubiera pagado ciento. La

cuestión era vencer la resistencia del originalísimo anticuario y naturalista.

Es probable que el comprador definitivo de la esfera de cristal no sea sino un aficionado de ocasión, y que aquélla se encuentre a algunos centenares de metros del sitio en que escribo estas líneas, bien decorando un rincón de vitrina o sirviendo de pisapapeles, y, por tanto, sin que sus prodigiosas propiedades sean conocidas del poseedor.

Esta razón es la que me induce a publicar el relato historia. Quizá pueda contribuir a que el precioso artefacto salga de su obscuridad para caer bajo el dominio de la ciencia.

Antes de dar por terminada mi obra, declararé que mi opinión personal sobre el asunto es idéntica a la de Wace.

Yo creo que las esferas de cristal existentes en las mágicas terrazas de Marte se hallan en relación física con la esfera del señor Cave. ¿Qué clase de relación es ésa? Quizá en día no lejano se encargue algún sabio de explicárnosla con pruebas irrefutables.

Creo, además, que la esfera de Cave debió ser lanzada á la Tierra por los marcianos, en fecha bastante remota, con objeto de enterarse de nuestras interioridades.

También es probable que otros esferoides similares, en relación con los que veía el señor Cave sobre las terrazas de Marte, se hallen dispersos por nuestro planeta.

En todo caso, los hechos que hemos narrado no son explicables como alucinación de un individuo.



Un recuerdo de Echegaray.



EL ILUSTRE DRAMATURGO DON JOSE ECHEGARAY, CON LOS INSIGNES ACTORES MARIA GUERRERO Y FERNANDO DIAZ DE MENDOZA, EN EL SALONCILLO DE UN TEATRO MADRILEÑO, DURANTE LA REPRESENTACION DE UNA DE LAS ULTIMAS OBRAS QUE ESCRIBIO EL GRAN COMEDIOGRAFO.

Una raza que se va

Por R.

Allá, en las vastas soledades de Occidente, los últimos Pieles Rojas desaparecen del globo. El recuerdo de combates horribles les da una celebridad cruel. Tras largos años de permanencia entre ellos, M. E. Curtis ha dado a la publicidad diez volúmenes ilustrados con magníficas fotografías, de las que reproducimos algunas en nuestro número de "Pacífico Magazine".

Ilustraciones fotográficas



Los admirables volúmenes dedicados a la historia de las razas indias por M. Edward S. Curtis, que son ya de por sí un monumento de la historia moderna, constituyen una historia curiosísima. Su autor, nacido en el Extremo Oriente, hubiera sido un estanciero o un cowboy, a no prevalecer en él el gusto sobre el destino. Cuando M. Harriman, el poderoso rey de los caminos de hierro organizó, doce años atrás, la expedición de Alaska, hizo a M. Curtis fotógrafo de la expedición. Al regreso de esta expedición fué cuando M. Curtis se dedicó de lleno a la labor que soñara.

Fuese a vivir entre los indios; compartió su vida. Erró entre las salvajes tribus de Siús, enemigos eternos de la raza pálida; esquivó sus emboscadas. Entre los Apaches se sometió sin vacilar a las terribles torturas de la iniciación para convertirse en guerrero. En otra tribu, como prueba de afiliación, corrió a pie desnudo sobre las ardorosas arenas del desierto, con una serpiente cascabel entre los dientes. Pero no en vano fueron sufridas tales torturas. De regreso de su larga campaña, ha podido Curtis presentar al mundo y al público intelectual diez volúmenes soberbiamente ilustrados con fotografías, con las monografías de todas las tribus de América del Norte y sus leyendas.



Las aguas han formado en el Orizona valles estrechos y profundos, que tienen a veces hasta 600 metros de profundidad.



La hija de un jefe Apache en cuyo semblante se refleja la fiereza de su raza

Los Indios no desaparecen aún de toda la extensión americana. Tratados como hombres y no como bestias salvajes, por los colonos franceses, los indios del Canadá han fundado tribus prósperas y su nombre aumenta de día en día. En Méjico cuéntanse no menos de dos millones de indios, y solo en dos regiones parecen próximos a fenecer: en los Estados Unidos y en las antiguas Antillas Españolas.

Aunque no con mucha razón, la historia acusa a los españoles de haber sido los exterminadores de la raza india en Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Refiérese al efecto un hecho novelesco, uno de los más trágicos que puedan imaginarse. Es la historia de la famosa reina Anacaona. Reinaba esta soberana en la parte occidental de la isla de Santo Domingo, región ocupada actualmente por la República de Haití. Sus súbditos en número de un millón eran hasta tal punto pacíficos que no tenían más arma que la honda, de que se servían para cazar los pájaros. Y cuentan que los españoles, establecidos ya en la parte oriental de la isla desde veinte años atrás, se imaginaron que la joven reina poseía inmensos tesoros en metales preciosos y perlas finas. Y mandaron un destacamento de una centena de jinetes armados de arcabuces, al mando de un joven capitán.

La reina acogió a los extranjeros



Una joven con su hijo en brazos regresa de la fuente

con una bondad que hubiera desarmado a otros aventureros menos ávidos. El espectáculo de aquellos fabulosos centauros era nuevo para ella; jamás los indios habían visto un caballo antes de la llegada de Cristóbal Colón y sus compañeros. Su sorpresa no tuvo límites cuando vió que los recién venidos se servían del rayo celeste para derribar un pájaro al vuelo: el arcabuz la asombró no menos que el caballo.

Y entusiasmada aceptó la proposición del joven capitán, quien le ofreció hacer maniobrar su destacamento delante de su pueblo. Si se ha de dar crédito a la leyenda, parece que el bizarro capitán ofreció también a la ingenua soberana tomarla por esposa. La fiesta que iba a organizarse, serviría de preludio a sus bodas.



Al fondo del valle se arastra un riachuelo, donde las mujeres van a llenar sus cántaros

El día fijado, la multitud se apiñaba en la llanura de Leogán. Y desfilando delante de la reina y de su corte, comenzaron sus evoluciones los españoles. De pronto, a una señal del capitán los ciento cincuenta arcabuces sembraron la muerte entre las filas de los indios, y los soldados, sable en mano, se abrieron paso y huyeron hasta la playa. Semanas más tarde la infortunada reina, prisionera, perecía estrangulada en una mazmorra de Santo Domingo.

En Estados Unidos las epidemias tanto como las balas de los conquistadores han reducido a pequeñas tribus dispersas las numerosas de otros tiempos.

Los Apaches, cuyo nombre han usurpado los bandidos parisienses, han perdido mucho de su antigua pujanza. M. Curtis, que ha vivido entre ellos bastante tiempo, opina que esta tribu feroz, que sembró el terror durante siglos en una inmensa extensión y que resistió durante cincuenta años los ataques combinados de tropas americanas y mexicanas, suman aún no menos de cinco mil almas. Actualmente han abandonado su vida de rapiñas y matanzas y bajo la vigilancia de agentes del gobierno americano se dedican al cultivo de sus campos. Pero de cuando en cuando se despierta en ellos el hombre viejo, sobre todo cuando alguno de sus sacerdotes les anuncia la próxima venida del Mesías Apache, que sumergirá a los blancos en el Océano, de donde salieron un día, y pondrá a los indios en posesión de sus vastos dominios.

Pero no todos los indios permanecen estacionados en su primitiva barbarie. Yo sé de un afamado repórter de pura raza india, que descollaba en Brooklyn Eagle. En Filadelfia había un joven llamado Comanchi, que era un notable caricaturista, cuyo lápiz se disputaban los semanarios y revistas. No han faltado quienes, salidos de la escuela militar, han llegado a conquistar los entorchados de general. Y hay también Pieles Rojas millonarios.

Existe, por último, en Nueva York un club de damas siús, que se compone de "señoras modelos" todas de raza india, que se exhiben en "pose" en talleres públicos de moda, club que posee una inmensa colección de trajes indús de un valor incalculable para la etnografía, y único en el mundo.



La mujer de la herida, por Dante Gabriel Rosetti.

El Prerrafaelismo en la Pintura Inglesa

Por

M. Magallanes Moure

Ilustraciones fotográficas

De todas las escuelas pictóricas de Europa, la inglesa es quizás la única que ha permanecido herméticamente cerrada a las influencias del arte francés. Mientras los pintores italianos, españoles, holandeses, húngaros, belgas, rusos, escandinavos, alemanes, etc., abren plenamente su espíritu a las inspiraciones de la pintura francesa, lo que hace que, aun cuando nacidos en otras tierras, sean, por sus obras, hijos de Francia, los pintores ingleses resisten a toda sugestión extranjera, se hacen sordos a toda solicitación extraña y permanecen aferrados a su escuela nacional. Ni el realismo, ni el impresionismo, ni el sinfonismo, ni el cubismo, ni el futurismo, ni ninguno de esos donosos "ismos" diseminados a lo largo de la última época artística de Francia, han logrado prender en la atmósfera húmeda y neblinosa de la vieja Albión.

La escuela inglesa, de la cual decía Theophile Gautier que posee "un fuerte sabor local que nada debe a las demás escuelas"; esa escuela, en la cual hallaba Th. Silvestre más que en ninguna otra "el gusto del terruño y el olor a la patria", no sólo no ha admitido las influencias que le ha enviado el arte extranjero, sino que ni siquiera ha sentido la necesidad de expandirse por el mundo en busca de adeptos.

Los pintores ingleses no han salido de su "home".

Para que Europa se haya dado cuenta de la importancia del arte inglés, ha sido menester que sus pintores, sus críticos y sus periodistas hayan atravesado el Canal de la Mancha y se hayan asomado a los museos y a los talleres de Londres. "En 1889, por ejemplo—dice un crítico de París—Mr. Watts no había enviado sus obras más típicas a las exposiciones francesas, ni Madox Brown ni Holman Hunt figuraban en ellas. En la sección de pintura, las curiosas investigaciones ornamentistas de William Morris, faltan totalmente. De suerte que teníamos una noción más clara de la escuela de Fidias o del arte de los Faraones que de la pintura inglesa, que está a dos horas de Francia, y que vive."

Durante la primera mitad del siglo XIX, la pintura inglesa no se diferenciaba gran cosa de la pintura del resto de Europa. Reynolds, Gainsborough, Lawrence, pintaban sus retratos de misses y ladyes sin que en ellos se advirtiera otro carácter inglés que el de los modelos. El procedimiento, la factura, se asemejaban en un todo a la manera que tenían de pintar todos los artistas de esa época, fuesen ellos franceses, rusos o alemanes. En una palabra, no existía la escuela inglesa.

Porque, si bien surgieron por aquel tiempo dos paisajistas robustos, y sobre todo originales, no llegaron a formar escuela. Uno de ellos, Constable, se quedó sin discípulos. El otro, Turner, más que en su país tuvo influencia en Francia y en otras naciones de Europa.

Así, pues, el arte inglés no ofrecía ninguna característica notable.

Refiriéndose a ese período, un crítico dice:

"Nada hace prever que de todo esto va a salir algo de nuevo y de grande. Por momentos, un relámpago extraño ilumina esa vida razonable y prosaica. Un pequeño cuadro de Blake nos muestra a Pitt, el primer Ministro, bajo la forma de un ángel vestido de verde y rojo, que conduce a través de las nubes al Parlamento inglés, representado bajo las apariencias de un monstruo descripto en el libro de Job."



Cecilia, por Dante Gabriel Rosetti.

Entonces es cuando aparece Ford Madox Brown. Llega a Londres, de regreso de una larga jornada por Amberes y París.

Trae este peregrino del arte un nuevo concepto de la pintura en la mente y en su cartera de artista los gérmenes de una revolución. Aquel viajero se trae en su bagaje un rayo de sol y esta vez la atmósfera húmeda y nebulosa de la vieja Albión conseguirá atenuar la claridad de esa luz, pero no logrará apagarla.

Madox Brown proclama el nuevo credo. Es necesario abandonar el camino que conduce al anonadamiento de la pintura; es menester abandonar la generalización sistemática de las formas (academismo) para emprender el estudio del rasgo individual (realismo).

Las palabras del innovador chocaron profundamente al espíritu conservador de los ingleses. Aquello era revolucionario. Pero al mismo tiempo era original y encarnaba una aspiración bien inglesa: separarse de la ruta por donde traficaban los demás artistas europeos; rebelarse contra la influencia de París, contra la influencia francesa, contra la influencia continental. Satisfacer, en una palabra, el excentricismo de la raza.

Y llegó el momento en que Madox Brown hubo de evidenciar con sus obras su credo artístico. Tratábase de un concurso para las decoraciones del nuevo palacio de Westminster, y a él concurrió Brown con cinco composiciones. La más importante de ellas tenía por tema un episodio de la conquista normanda: "El cadáver de Haroldo llevado ante Guillermo el Conquistador". Esa composición, en que Brown ponía de manifiesto los nuevos rumbos que deseaba imprimir a la pintura británica, fué recibida por los artistas y por el público con la más grande indiferencia, casi con disgusto. Fué un fracaso. Por eso es que, cuando Madox Brown recibió una carta de Dante Gabriel Rossetti, en que éste, joven, entusiasta y lleno de anhelos de reforma, suplicaba al pintor que lo aceptara como discípulo, el maestro creyó que aquella carta no pasaba de ser una burla...

A tal extremo llegó la creencia de Brown de que no habría en Inglaterra un sólo hombre capaz de aceptar y seguir su teoría, que no trepidó en lanzarse en busca de Rossetti, con el objeto de castigar lo que él creía una broma de mal gusto.

He aquí cómo refiere el mismo Rossetti la entrevista con el maestro:

"Se me hizo saber que un señor deseaba

verme. Ese señor, que no quería ni entrar, ni dar su nombre, aguardábame en el corredor. Descendí entonces, y una vez abajo, encontré a Brown, que empuñaba en una mano su gran bastón, mientras con la otra blandía mi carta.

—¿Se llama usted Rossetti? ¿Es usted el autor de esta carta?

Contesté afirmativamente y me eché a temblar.

—¿Qué ha querido usted decirme en esta carta?—fué su otra pregunta. Le contesté explicándole que había dicho lo que efectivamente había querido decir, y a medida que le iba manifestando que deseaba ser pintor y que no sabía nada de lo que era menester para serlo, comenzó a surgir en la mente de Brown la idea de que aquella carta no era una burla sino un sincero homenaje, y allí mismo, de antagonista mortal, se convirtió en el más amable de mis amigos."

Es necesario hacer notar que aquel joven de veinte años, que así demostraba a Brown su admiración, no era precisamente un inglés, sino un hijo de italiano—como su nombre lo indica—cuyo padre había sido conservador del Museo de Nápoles. Rossetti creció, pues entre las obras del arte antiguo. Por otra parte, su temperamento de latino influyó acaso para que no permaneciera indiferente ante el arte de Madox Brown, ante ese arte que provocaba el escándalo y las cuchufletas de los verdaderos ingleses.

Rossetti, admitido por Brown como discípulo, dedicóse con ahinco al estudio, comenzando por copiar del natural, y bajo la dirección de su maestro, cajas de cigarros puros...

Entretanto, el joven artista escribía versos, que enviaba a los poetas más famosos de Inglaterra pidiéndoles su opinión. Y así, entre la copia de una caja de cigarros y la composición de un poema, Rossetti desarrolló sus facultades, acentuó su doble personalidad de poeta y de pintor, y comenzó a adquirir ese prestigio que habría de hacer de él más tarde uno de los grandes artistas de Inglaterra.

Por aquella época, William Holman Hunt, que contaba apenas 21 años de edad y que era hijo de un comerciante de la City, esforzábase también por aprender a pintor, contra la voluntad de su padre, que quería hacer de él un continuador de su propia profesión, es decir, un especiero, o un mercader de trapos. Tras de mil obstáculos, Hunt consiguió entrar a la Real Academia de Londres. Allí tuvo por condiscípulo y amigo a un muchacho dos años menor que él, cuyas disposiciones pictóricas llenaban de asombro a sus maestros. Este muchacho era John Everett Millais.

Durante las clases, a través de las horas de descanso, a lo largo de las sesiones del taller, los dos compañeros conversaban de su arte, del porvenir, y de la futura suerte de la pintura inglesa.

Ambos estaban de acuerdo en creer que el arte inglés degeneraba, y que era menester



Beata Beatrix, por Dante Gabriel Rossetti.

inyectarle nueva vida para que no muriese del todo. Ambos comparaban el colorido opaco, betuminoso, negruzco que aprendían en la escuela, con las coloraciones claras, luminosas, vibrantes, de los antiguos y de la Naturaleza misma, y se afanaban por encontrar la fórmula que permitiera volver a ellas. Hunt, especialmente, leía y releía todo lo que la literatura artística de aquel tiempo producía de interesante, y a más las obras de los filósofos y de los historiadores.

Fué así como cayó en sus manos un libro, que habría de influir decisivamente en sus tendencias y en las de toda la escuela inglesa. Ese libro titulábase: "Los pintores modernos" (Modern Painters) y su autor se ocultaba bajo el pseudónimo de "Un Bachiller de Oxford".

Aquella obra fué para Hunt una revelación. A un estilo, novedoso y amable, uníase en ella el enorme interés de sus disertaciones, desarrolladas con claridad y seguridad, como podría hacer un hombre que conociera a fondo la teoría y la técnica de la pintura. Hacíase allí, en tono elocuente y fervoroso, la apología del paisaje naturalista, en contraposición con el paisaje académico, artificioso y falso.

¿Qué decía del arte el anónimo autor?

Cosas como éstas:

"Debe ser una regla para todo pintor joven el no retirar nunca un cuadro del caballete en tanto que sea susceptible de progreso, en tanto que se pueda poner en él un pensamiento más. El aspecto general puede ser perfecto y encantador, pero no será completo en tanto que los detalles sean imperfectos o defectuosos."

Y luego:

"Un cuadro no estará concluído sino cuando coexistan en él el conjunto y el efecto de la naturaleza, y la perfección infinita del detalle real. Y es solamente esforzándose por unir esas dos cosas como un pintor se perfecciona. Si busca únicamente los detalles, será un obrero; y si busca solamente el efecto general, será un escamoteador".

Así escribía John Ruskin, aquel anónimo "Bachiller de Oxford", cuya influencia habría de ser tan grande en el arte de la vieja Inglaterra y de toda Europa.

Y así resumía ese mismo Ruskin, al final de aquella obra, sus opiniones sobre la pintura:

"Los artistas jóvenes... deben presentarse ante la naturaleza con toda sencillez de corazón y marchar con ella, obstinados y fieles, sin alimentar otra idea que la de penetrar su significación y acoger sus enseñanzas, sin rechazar nada, sin despreciar nada, sin escoger nada!"

John Ruskin contaba en esa época (1843) veintitres años. Toda su juventud habíala dedicado a viajar, a estudiar las viejas obras de arte y las siempre nuevas manifestaciones de la naturaleza. Había compulsado documentos, copiado notables cuadros, investigado los fenómenos de la vida vegetal, recorrido los campos y las montañas, visitado los museos, y el fruto de sus meditaciones y de su estudios, de sus análisis e investigaciones estaba ahí, en ese libro que, escrito con el ánimo de glorificar el genio de Turner, vino a ser la biblia de un nuevo arte.

Para llegar a la reforma que Brown anhelara y que el vidente Ruskin señalaba en su obra, era menester que algunos hombres de buena voluntad y de talento superior tomaran a su cargo la gran tarea de convertir en realidad el pensamiento del apóstol.

II

La afinidad de ideas suele crear entre los hombres vínculos más estrechos que los que forma la afinidad de intereses. Y esto acontece con frecuencia cuando un mismo ideal coexiste entre gentes jóvenes, generosas, entusiastas, a las cuales impulsa un noble propósito de engrandecimiento intelectual. Fué lo que sucedió en Inglaterra.

Entre los tres jóvenes artistas influídos por Madox Brown y Ruskin, no tardó en desarrollarse la amistad más íntima. En las charlas del taller y en las veladas del hogar común, siempre dominaba un pensamiento único: la regeneración de la pintura nacional.

Una noche del año 1848, los tres amigos, es decir, Rossetti, Holman Hunt y Millais, permanecían sumidos en larga meditación junto a una mesa, sobre la cual hallábase una colección de grabados italianos, repro-

ducciones de cuadros de los primitivos. Había allí copias de Boticelli de Lippi, del Perugino, de Benozzo Gozzoli, de Ghirlandajo, del Pinturicchio. Cuadros ingénuos, sencillos, artísticamente humildes; cuadros saturados de amor a la naturaleza; cuadros en que cada gesto revelaba el estudio del natural, en que cada actitud manifestaba una expresión de la vida; cuadros, en fin, que nada tenían que ver con la fórmula artificiosa, banal, rutinaria, en que se basaba la pintura de aquella época: fórmula calcada, por otra parte, en las obras de los maestros, de Rafael en adelante.

Lo que aquellos tres jóvenes meditaban ante las obras de los primitivos italianos era el movimiento artístico más grande que haya experimentado la Inglaterra.

Al meditativo silencio de aquellos artistas sucediéronse las palabras de admiración entusiasta, luego los comentarios, y, por último, surgió, luminoso, definido, el nuevo credo: "Para encontrar maestros a quienes seguir sin temor, era necesario retornar al arte anterior a Rafael, al arte "prerrafaelista".

Aquella noche quedó fundada, pues, la nueva escuela.

Se sabe que los ingleses poseen en sumo grado el espíritu de asociación, y nuestros tres pintores no hicieron sino seguir en esto las costumbres de sus conciudadanos. Así, pues, se organizaron en una sociedad o compañía, a la cual bautizaron con el nombre de "Pre-Rafaeliste Brotherhood". Esto les permitía hacer más eficaz la propaganda de sus ideas y, además ofreciales la satisfacción de otro anhelo bien británico: el de poder agregar a sus apellidos algunas mayúsculas, que en aquel caso serían una P, una R y una B (Pre-Rafaeliste Brother). Esas iniciales las empleaban los tres pintores hasta en su correspondencia particular; huelga decir que jamás dejaron de usarlas al firmar sus cuadros.



Sponsa del Líbano, por Burne Jones

Pronto fueron siete los artistas jóvenes que con Rossetti, Millais y Hunt tuvieron derecho a usar las famosas iniciales. Los otros cuatro eran: Michael William Rossetti, hermano de Dante Gabriel, y que no pintaba; Woolner, que tampoco pintaba, pero que a las veces esculpía; Stephens, que concluyó por dedicarse enteramente a la literatura, y Collinson. Este último, desesperado de no poder pintar nada aceptable, se metió a fraile, y en su convento pusiéronle a lustrar zapatos, a fin de que practicara la humildad... virtud que hace falta a algunos artistas y a muchos que no lo son. Tres de estos fracasados fueron reemplazados más tarde por Deverell, Hughes y Collins (hermano este último del novelista Wilkie Collins).

Ya organizados los P. R. B., comenzaron su campaña reformadora, tomando como tema de sus composiciones algún pasaje del

poema de Keats, titulado "Isabel o la Maceta de Albahacas". Este poema, inspirado en un cuento de "Bocaccio", narra la triste historia de una joven florentina, cuyo amante ha sido asesinado por los hermanos de la desgraciada niña. Ella ignora la causa por qué su Lorenzo está ausente. Una noche sueña que ve a Lorenzo, su joven amante, y que éste le dice: "Isabel, mi dulce amiga, las espinas cruzan mi frente y una gran piedra pesa sobre mis pies; en torno mío las hayas y los castaños esparcen sus hojas". Al amanecer, la niña corre con su vieja nodriza al campo. Cavan, cavan, y encuentran, por fin, el cadáver de Lorenzo. La infortunada Isabel, en medio de su desesperación, desea llevarse algo de su amante y le corta la cabeza y bajo su manto la lleva hasta su casa. Allí la coloca en una maceta, bajo una planta de albahaca, que sus lágrimas mantienen siempre verde. Los hermanos de Isabel sospechan algún misterio oculto en esa maceta y concluyen por sacar la planta del tiesto y junto con ella la cabeza de su víctima. Aterrados huyen del país, llevándose el horrible macetero. Entonces Isabel languidece de dolor, y muere preguntando a cuantos se le acercan qué es lo que han hecho de su albahaca.

Cada uno de los prerrafaelistas se propuso ilustrar una escena de este poema, poniendo en práctica las nuevas teorías.

"Nada de imitar a los maestros; ninguna generalización; cada figura reproducida de un modelo distinto; dibujo tan original como fuera posible; pintura sobre tela blanca, sin preparación; verdad llevada hasta la minucia. En una palabra, franqueza y aplicación." (Robert de la Sizeranne).

Millais fué el primero que dió término a la interpretación del poema de Keats. Su cuadro representa a Isabel y a Lorenzo sentados a la mesa. Frente a ellos, los hermanos de la joven lanzan sobre la pareja miradas inquisidoras, en tanto que uno de ellos rompe una nuez y el otro bebe una copa de vino. El perrillo de Isabel ha sido rechazado de un puntapié por uno de los hermanos, y corre a refugiarse entre las faldas de su señora. Los demás comensales se entregan al festín sin preocuparse del drama obscuro que se inicia en torno de ellos. Pero hay un detalle que es como un presagio de muerte: el salero colocado junto a los amantes se ha dado vuelta.

Cada figura en el cuadro de Millais es, siguiendo las tendencias de la nueva escuela, un perfecto retrato; cada objeto ha sido observado escrupulosamente; cada detalle estudiado del modo más minucioso. El pintor, ateniéndose a las palabras de Ruskin, no ha rechazado nada, no ha despreciado nada, no ha escogido nada. Ese cuadro es la exteriorización más pura del ideal prerrafaelista.

Al mismo tiempo que Millais exhibía su "Festín de Isabel", Hunt daba a conocer su "Rienzi" y Dante Gabriel Rossetti "La infancia de la Virgen".

Al principio, el público inglés acogió con benevolencia las obras de los tres jóvenes artistas. Inconscientemente acaso, ese público sentía agrado en contemplar aquellos cuadros pintados honradamente, que conservaban fresca la impresión del natural, tanto en el dibujo como en el colorido. Mas, apenas ese mismo público advirtió las misteriosas iniciales P. R. B., colocadas a continuación de la firma de los autores, comenzó a comprender que aquellos que así firmaban debían traerse entre manos alguna conjuración contra el arte oficial. Entonces fué el escándalo. Público, prensa, crítica, toda la Inglaterra conservadora y tradicionalista lanzó un grito unánime de indignación. ¡Cómo! ¿Había quien se atreviera a alzar ante las dulzuras del academismo las crudezas insoportables de un arte inspirado en la realidad? ¡Fuego en los atrevidos!

Como dice muy graciosamente un crítico francés (Robert de la Sizeranne, ya citado), "parecía que Rafael se hubiera convertido en un Nelson o en un Wellington, en algo intangible, y que declararse prerrafaelista hubiera equivalido a ser una amenaza para la seguridad de las costas británicas".

Ello es que el aluvión de imprecaciones y denuestos que cayó sobre los P. R. B. no lo han experimentado ni los impresionistas en Francia, ni en Chile los que escriben versos a la moderna.

Dickens, el gran Dickens, atacó rudamente a Millais por haber pintado su cuadro "Cristo en casa de sus padres".



Dolor, por Holman Hunt.

"Al acercáros a esta Santa Familia,—escribía el famoso novelista,—debéis arrojar de vuestro espíritu toda aspiración religiosa, todo pensamiento elevado, toda asociación de ideas tiernas, dramáticas, tristes, nobles, adorables o bellas, y prepararos para llegar hasta el fondo de lo miserable, odioso y repugnante."

Y todo porque Millais había pintado su cuadro ateniéndose a la realidad.

Pero, por más encarnizados que fueran los ataques contra la nueva escuela;—algunos exaltados llegaron a pedir que las obras de los P. R. B. fueran sacadas de la Academia antes que concluyera la exposición;—a pesar de la rechifla general con que eran recibidos los prerrafaelistas, y aun sus familias, en dondequiera que se presentaran, éstos insistieron en su empresa. Ni faltó quien aconsejara a más de uno de ellos que, por su seguridad personal, abandonara la pintura y se fuera más bien a Australia. A tal extremo tocaba la difícil situación de los P. R. B. cuando llegó Ruskin en defensa de los vapuleados innovadores.

Llegó Ruskin en un momento en que los más ardientes sostenedores del prerrafaelismo comenzaban a perder toda esperanza. El mismo Hunt veía cómo la escuela, cuyo precursor había sido él, se debatía, ahogada por las iras de la opinión.

Entonces habló Ruskin.

Su voz robusta y grave se alzó en medio del concierto imprecatorio de la prensa.

En dos cartas admirables, que vieron la luz en las columnas del "Times", Ruskin tomó por su cuenta a la crítica oficial y la zarandeó a su antojo. Con la seguridad de un maestro, desvaneció uno a uno los cargos que los críticos adocenados hicieran a la obra de los prerrafaelistas.

He aquí sus palabras acerca de la imputación que se hacía a los P. R. B. de no saber manejar el claroobscuro:

"La falta aparente de luz y sombras es quizás la que choca más generalmente a la vista. Entretanto, el hecho es que si hay falta, ella es menor en los cuadros de los prerrafaelistas que en los otros. Son éstos los falsos, no aquéllos, abstracción hecha de esta verdad: que toda pintura que quiera repre-



Verde verano, por Burne Jones.

sentar un rayo viviente de sol con colores inertes, es falsa."

Y más adelante:

"... se engañan los que condenan a estos pintores, porque la única luz que estamos acostumbrados a ver representada, es la luz dudosa que cae sobre el modelo del artista en su taller, y no el rayo de sol en los campos."

Las palabras de Ruskin llevaban en sí tal autoridad, que lograron producir en la opinión un movimiento favorable. Los ataques del gran crítico contra el academismo hicieron su efecto y poco a poco los gritos de indignación que la reforma provocara, fueron decreciendo, como las voces de una tempestad que se calma.

La Academia de Liverpool se aventuró a premiar un cuadro de Hunt y un aficionado de Brest fué más lejos todavía: sin conocer dicho cuadro lo adquirió por una fuerte suma. Las noticias de tal éxito llegaron a Londres, y, al saber aquello, el público se desconcertó y los P. R. B. cobraron ánimos. No era el triunfo de la escuela todavía; pero por lo menos, era una tregua bonancible. Era el momento de tentar un esfuerzo mas, de dedicarse a la labor más fervorosamente.

Entonces fué cuando Millais pintó su "Ofelia" y luego el "Hugonote", cuadro éste que le valió el ser nombrado socio de la Real Academia. En adelante, Millais no colocará tras de su nombre las misteriosas iniciales P. R. B., sino las muy conocidas A. R. A. Por su parte, Hunt ejecutó "El Pastor Mercenario" y su admirable tela "Luz del Mundo". Madox Brown produce "El Adiós a Inglaterra", escena en que se exprime toda la amargura de los emigrados; Rossetti comienza el "Sueño del Dante", considerado como uno de sus mejores cuadros; y Hughes termina su "Víspera de Santa Inés", inspirada, como el "Festín de Isabel", en un poema de Keats.

Entretanto Stephens, otro de los P. R. B., es llamado por el "Times" y se le encarga la crítica de arte de ese gran diario, que fué también uno de los grandes enemigos de los innovadores.

El prerrafaelismo gana, pues, terreno de día en día. Pintores, poetas, filósofos, acuden atraídos por la originalidad de la nueva escuela.

Carlyle, Tennyson, Coventry, Patmore y hasta el mismo Dickens, que tan furiosamente combatiera las primeras manifestaciones

pictóricas de la "Brotherhood"; todos ellos se enrolan en la falange revolucionaria.

No importa que algunos de los primeros P. R. B. abandonen el campo donde tan rudamente combatieron, para seguir distintos rumbos. Otros animosos luchadores vendrán a ocupar los huecos dejados por los que desertan. A un Millais, que se hace miembro de la Real Academia, lo reemplaza un Swinburne; a un Woolner, que se va a Australia, lo sucede un William Morris; a un Collinson, que se encierra en un convento, lo substituye un Burne-Jones.

La simiente ha caído en buen terreno, el ambiente le ha sido propicio, y ha germinado, ha echado raíces, ha derramado sus flores por el campo, iluminándolo, como en una mañana de primavera.



Libertadores y opresores.

Bolívar y Napoleón

Por

GUSTAVO SILVA

(Apuntes).

No es ley, pero es infortunio, que las posteridades admiren y glorifiquen antes a los hombres de espada que a los hombres de pensamiento: así se perpetúa el prestigio de la violencia; y hay para el Derecho,—que es, no obstante, la aspiración última de los violentos—una como disminución de su preclara personalidad, un como desconocimiento de sus fueros más que sagrados. Es infortunio que las generaciones—políticos, profesores, sacerdotes, escritores, poetas, a la cabeza de la procesión!—tornen todavía los ojos, "encandilados" siempre por los resplandores rojos—sangre y fuego—de la gloria guerrera, hacia los guerreros; aleen el grito admirativo y unánime, y no se detengan a considerar, como parece que debieran, si tal Washington o tal Napoleón, si este Garibaldi o aquel Bolívar, **fué un benefactor o un malhechor, un libertador o un opresor de pueblos.**

En América, además, todo eso es un contrasentido, un torpe error, una inexcusable antinomia. Se explica, eso sí, fácilmente: con lo moderno y aprovechable, Europa nos sigue enviando sus errores y sus vicios; y su tradición secular política se prolonga en este lado del Océano, y revive sobre nuestro suelo americano, apenas recubierto de una mezcla, mal dosificada, de Democracia y de República... Hace cien años, el propio San Martín estuvo a punto de embarcarse hacia Europa, en busca de un príncipe ruso, inglés o alemán a quien hacer señor de América. En cambio, no hace cinco que nuestras muchedumbres abrían tamaña boca de sorpresa indígena al paso de un Enrique de Prusia, un segundón, como quien dice...

América rompió a tajo de espada sus hierros esclavizantes: es cierto. No fué en Congresos ni Asambleas donde se pelearon las batallas por la libertad. Las crónicas de la Independencia huelen a pólvora, y sus páginas amarillentas suelen verse maculadas por tal cual borrón descolorido de sangre fraternal. Más si no queremos incurrir en la nota de superficiales e injustos, preciso es ahondar en el pensamiento de los Washington, los Bolívar, los San Martín y los O'Higgins: los grandes capitanes que improvisó en América la tempestad revolucionaria, eran fundadores de patrias; y aunque contemporáneos del Corso Emperador (hijo, como ellos, de la revolución) la verdad es que éste pretendió—¡absurda faena!—hacer correr hacia arriba el caudal copioso y turbio del río revolucionario, al paso que aquéllos avanzaban, inquietos y a las veces angustiados, buscando salida hacia el "Océano sin orillas", a las aspiraciones de libertad de veinte millones de hombres.

Libertaban pueblos, pues, y erigían patrias los guerreros de América enardecida. Destruía patrias y sojuzgaba pueblos el militar genial a cuyas órdenes se desbordó por Europa la Francia desbocada; esa misma Francia que, en las expansiones generosas de sus días revolucionarios, había proclamado el derecho de todos los pueblos a la Independencia y la integridad territorial de todas las patrias. ¿Qué queda, entre tanto, de Napoleón? La trascendencia de su obra legislativa; no sus conquistas territoriales. ¿Qué queda de la obra de los padres de América libre? Veinte estados, veinte naciones, veinte patrias que, cayendo aquí y levantando allá, penosa pero esforzadamente, marchan a la realización de sus destinos, entregados a su propia iniciativa y a su propio genio.

Aquella Francia, aquella Europa, están en llamas.

Las patrias de ambas Américas, salvo la incultura y la agresividad montaraces de los Panchos Villas, oriéntandose van lenta y cautelosamente hacia la cooperación en la paz.

Símbolos de esta América y de esa Europa, de las tradiciones guerreras de ésta y de los comunes anhelos pacíficos de aquélla, las figuras de Bolívar y de Napoleón merecen ser hoy evocadas y puestas la una frente a la otra, mientras los cielos se ennegrecen con el humo de las batallas, llega hasta nuestras playas tranquilas el eco hostigante de las matanzas organizadas, y se clava en nuestras soberanías—la soberanía continental—la palabra incisiva, irrespetuosa y hasta insolente de tal o cual beligerante en apuros de hecho o de derecho.

Tenemos que ser breves.

*

¿Cuál fué el ideal nacional o internacional de Napoleón? "He took glory as his end": tomó a la gloria como su ideal, dice Herbert Fisher; la buscó y la halló en la conquista; y se sintió, con demasiada frecuencia, inclinado a avaluarla por la destrucción.

¿Cuál fué el ideal, nacional e internacional a la vez, de Bolívar? La liberación de América, ante todo; y, en seguida, la justicia como base de las instituciones internas y de las relaciones externas de las patrias por él fundadas.

He ahí dos diferencias esenciales.

¿Qué parangón hay entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardía en la cabeza de uno y otro—son palabras del insigne Montalvo—activo, puro, vasto, atizándolo a la contínua esa vestal invisible que la Providencia destina a ese hogar sagrado: el corazón era en uno y otro de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo: en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del Rey de Argos, ese que relampaguea como un Genio sobre las murallas de Erix: uno y otro formados de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa que la del globo de los mortales. ¿En qué se diferencian? En que el uno se dedicó a destruir naciones, el otro a formarlas; el uno a cautivar pueblos, el otro a libertarlos: son dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroismo. Napoleón es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando al universo: vese humear todavía el horizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba envuelta en su encendida cabellera. Bolívar es astro bienhechor, que destruye con su fuego a los tiranos e infunde vida a los pueblos muertos en la servidumbre: el yugo es tumba; los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.

Napoleón, prueba viviente de la doctrina democrática proclamada por la revolución—¡ninguna carrera está cerrada al verdadero talento!—es un hijo renegado de esa misma revolución. "Surge del hervidero espantoso que se estaba tragando a los monarcas, los grandes, las clases opresoras; acaba con los efectos y las causas, lo allana todo para sí, y se declara él mismo opresor de opresores y oprimidos". Aspira a la perpetuidad en el Consulado; aspira a la púrpura imperial; aspira a que su "sangre"—su sangre de improvisado, de advenedizo, de aventurero,—vaya a llevar savia nueva a los tronos todos de Europa subyugada. Y ese engendro de la democracia revolucionaria se irrita con su hermano Luciano, que se ha desposado con una mujer de su clase, y con su hermano Jerónimo, porque ha contraído nupcias con una hermosa norte-americana, al paso que las altas y refinadas damas y los caballeros de la antigua nobleza, familiarizados con la gracia suprema de Versalles, encuentran motivos de ridículo en las maneras rudas del "Emperador", y en los movimientos torpes, ingráciles y hasta zafios de sus satélites.

Bolívar, noble, aristocrático, rico, habría creído atentar contra su propia obra—que él sin duda miraba agigantarse ante la Historia—si hubiera hecho otra cosa que dejar libres a los pueblos que arrebatara a la monarquía hispana. Pudo ser presidente vitalicio, pudo ser rey, pudo ser emperador: tenía el altísimo prestigio, la gloria inmaculada, el gesto prócer. Pero su sueño es libertad; y a los pueblos que le ofrecen coronas contesta "implorando la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría su vida y la vida de la República". "El título de Libertador—escribió a Páez—es el mayor de cuantos ha recibido el orgullo humano. Me es imposible degradarlo..."

Y si no consintió en ceñirse corona y cetro

imperiales, supo impedir también por medio de la diplomacia, y aun de la firmeza, que porción alguna de América se monarquizase y diese a príncipe europeo. Por eso—dice Blanco Fombona—la posteridad reconocida, la posteridad que no se engaña, la posteridad que no se mueve por pasiones ni intereses, llama al padre de Colombia, al emancipador del Perú, al fundador de Bolivia, al que destruyó las últimas resistencias del Pacífico, asegurando la independencia de Chile; al que emancipó las cuatro provincias argentinas del norte, oprimidas por Olañeta y en manos de España desde 1810; al que supo ahogar en Bolivia las pretensiones imperialistas del Brasil, al soldado de genio y de fortuna, al héroe sin segundo: **el LIBERTADOR DE AMERICA**".

No fué sólo un guerrero libertador. Fué un legislador. Y, viendo con mirada clarísima (lo que sólo mucho después de él ha sido expresado) que "la libertad del individuo quedará siendo una pura quimera por todo el tiempo que dure la anarquía internacional", y "que nada o poco vale la abolición de la esclavitud individual si se ha de aceptar la esclavitud, por la violencia, de esos conjuntos de hombres que se llaman patrias", delineó las bases de una Confederación Americana; hermoso sueño que, no por irrealizado, ha de decirse que sea irrealizable.

El mismo año en que la soberbia del "azote de la Humanidad en general y de Francia en particular" (Richet), era aplastado para siempre en los campos de Waterloo, Bolívar daba forma a sus ideales de florecimiento americano, en la paz y la federación. "Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener un sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro destino—escribió en 1824—es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las Repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de los Gobiernos". Bolívar quería que una Asamblea de Plenipotenciarios de cada Estado **"sirviese de consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades; y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias"**.

Diríase que mientras Napoleón avanzó por los campos ensangrentados de Europa, con el pensamiento fijo en Julio César, fué Bolívar a buscar el ejemplo y el estímulo, en las constituciones democráticas del pueblo griego. Así, habla de un cuerpo **Anfictiónico**. Y en su famosa carta de 1815: "Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, recordará con respeto los protocolos del Istmo. En ellos encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. **¿Qué será entonces el Istmo de Corinto, comparado con el de Panamá?**"

En cien años se anticipó Bolívar a la política americana de los actuales momentos. Por eso, un distinguido autor colombiano ha podido escribir que "si no tuviera Bolívar un puesto entre los primeros en la Historia de la Humanidad, como libertador y fundador de naciones, como político y como guerrero, como defensor de la libertad de los negros esclavos, lo tendría, y muy señalado, por sus grandes iniciativas y esfuerzos en el orden internacional."

¿Quién osaría decir algo semejante de Napoleón?

*

Días acerbos y angustiados viene pasando el mundo. Las naciones, al parecer más adelantadas, se hallan entregadas al delirio de una guerra sin cuartel y sin término. En ese punto ha **culminado** la civilización europea. La americana, que es su imitación, ¿ha de ir también a parar a esa temerosa cumbre volcánica?

God save América. Ese Dios de las naciones, tan invocado a la hora de las batallas y de la muerte, haga que las patrias americanas conviertan su pensamiento a los ideales de solidaridad continental de que, visionario o estadista, fué Bolívar encarnación y apóstol. Y cuando diez siglos hayan pasado... "si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, los hombres de esas generaciones, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria, nada hay más grande que Bolívar."

El Hombre Invisible

Por

H. J. WELLS

(CONTINUACION)

Se echaban a un lado cuando pasaba por la calle, y una vez a diez o doce pasos de ellos, le seguían, con el cuello del gabán levantado y el ala del sombrero sobre los ojos, caminando nerviosamente, imitando su singular continente. Por aquel tiempo estaba en boga una canción popular intitulada: "El Brujo". Miss Satchell la cantó en el salón de la escuela—en un beneficio para comprar lámparas para la iglesia,—y desde entonces, allí donde estuviesen reunidos dos o tres vecinos y acertase a pasar el forastero, unos compases de esta tonada, más o menos duros o suaves, se oían silbar en el corro. Asimismo, chiquillos rezagados le gritaban de lejos "¡Brujo!" y echaban a correr despavoridos.

Cuss, el cirujano sangrador, estaba devorado por la curiosidad. Sus vendajes excitaban su interés profesional; la relación de las mil y una botellas despertaron su celosa consideración. Durante todo abril y mayo acechó una ocasión oportuna para hablar al forastero, y, por último, hacia la entrada del verano, ya no pudo contenerse más y se lanzó a la calle, llevando como excusa una lista de subscripción para pagar una enfermera con destino a los pobres. Sorprendióle mucho encontrarse con que Mrs. Hall no sabía el nombre del forastero.

—Me lo ha dicho—añadió Mrs. Hall (un aserto enteramente infundado)—pero no lo entendí bien.

Parecióle algo reprensible no saber el nombre de su pupilo.

Cuss llamó a la puerta de la sala, y entró. Oyóse dentro una imprecación muy inteligible.

—Perdone usted que le moleste, — dijo Cuss.

Y la puerta se cerró, privando a Mrs. Hall del resto de la conversación.

Oyó murmullo de voces durante unos diez minutos, luego un grito de sorpresa, ruido de pisadas, una silla derribada, una carcajada breve, pasos rápidos hacia la puerta, y apareció Cuss, pálido y desencajado, mirando hacia atrás. Dejó abierta la puerta, y sin mirar a la dueña, atravesó el "bar", saltó los escalones de la puerta, y sus pasos precipitados se perdieron a lo lejos. Mrs. Hall no podía ver la cara del huésped desde el sitio en que estaba. La puerta de la sala se cerró con ímpetu y la casa quedó de nuevo silenciosa.

Cuss se encaminó en derechura a casa de Bunting, el vicario.

—¿Estoy loco?—comenzó bruscamente, al penetrar en el pequeño y mísero despacho.

—¿Tengo yo cara de loco?

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el vicario, poniendo el pisapapeles sobre las laboriosas cuartillas de su próximo sermón.

—El individuo de la posada...

—¡Bueno!...

—Deme usted algo.—dijo Cuss, y se dejó caer en una silla.

Cuando sus nervios se calmaron, mediante una copa de jerez barato—el solo lujo que el bueno del vicario podía permitirse,—Cuss comenzó a referirle la entrevista que acababa de tener.

—Llegué—dijo aún jadeante—y le dije si quería dar algo para la subscripción de la enfermera. Tenía las manos en los bolsillos cuando entré, y estaba arrellenado en la butaca. Resopló. Le dije haber oído hablar de su interés por las cosas científicas. Dijo "sí" y resopló otra vez. Estuvo resoplando todo el rato... sin duda ha pescado un tremendo resfriado. No es extraño... ¡abrigado de aquella manera! Desarrollé mi idea sobre la enfermera y demás en tanto que lo observaba todo. Botellas... frascos y tubos... por todos lados. Una ba-

lanza, tarros en un vasar, y cierto olor de... "don Diego de noche". ¿Querría usted subscribirse? Me contestó que lo pensaría. Preguntéle de buenas a primeras si estaba investigando. Díjome que sí. ¡Una larga investigación! Se puso de pésimo humor: "endiabladamente larga", dijo, quitándose la máscara, por decirlo así. "¡Oh!" exclamé yo. Y aquí fué la cosa. El hombre estaba a punto de dispararse y mi pregunta fué el martillazo. Redactaba una fórmula... preciosa fórmula sin duda... pues no me la quiso decir. ¿Era acaso una receta? "¡Vaya usted al diablo! ¿Qué le importa a usted?" Dí mis excusas. Resopló y solemne acceso de tos. Continuó su fórmula. Leyóla. Cinco ingredientes. La dejó encima de la mesa; volvió la cabeza. Una ráfaga de aire entró por la ventana haciendo volar el papel. En frente tenía la chimenea encendida; el papel fué arrastrado al hogar. Precipitóse hacia la chimenea, sacó una mano del bolsillo para atrapar el papel... extendió el brazo...



El reverendo señor M. Bunting.

—¿Y qué?

—Aquel brazo no tenía mano. Sencillamente una manga vacía. ¡Santo Dios, pensé, aquí hay una deformidad! Debe usar un brazo postizo y se lo habrá quitado. Pero, pensé también, esto es algo raro. ¿Quién diablos sostiene la manga abierta y levantada si no hay nada dentro de ella? Y no había dentro nada, se lo aseguro a usted. Pude verle hasta el codo por un desgarrón de la manga, "¡Gran Dios!" exclamé. Entonces se detuvo. Miróme con aquellos vagos y vidriosos ojos, y luego examinó la manga.

—¿Y entonces?

—Poca cosa. No dijo una palabra, sino que se metió apresuradamente la mano en el bolsillo. "Pues iba diciendo", saltó de pronto, "que esa fórmula se ha quemado... ¿no era esto?" Interrogativo acceso de tos. ¿Cómo diantre se arregla usted para mover esa manga vacía?, dije yo. "¡Una manga vacía?" "Sí", insistí, "una manga vacía". "¿Es esto una manga vacía? ¡Usted juraría haber visto una manga vacía?" El estaba de pie en frente de mí. Yo me puse de pie también. Dió tres pasos hacia mí con estudiada lentitud. Resopló coléricamente. Yo no me moví, pero que me ahorquen si aquella cabezota entrapajada y aquellos vidrios azules, no eran para asustar al hombre de más temple. "¿Dice usted que era una manga vacía?", me preguntó. "Ciertamente", respondíle. Entonces, con gran calma sacó la bocamanga nuevamente del bolsillo y extendió el brazo hacia mí, como si quisiera mostrármelo. Todo esto hecho con la mayor lentitud. Yo le contemplaba. Creí que transcurría un siglo. "Bueno", dije, tragando saliva, "ahí no hay nada". Algo había de decir. Empezaba a sentirme amedrentado. Extendió la manga lentamente, lentamente... así... hasta que el puño estaba a seis pulgadas de mi nariz. ¡Espectáculo terrible el de una manga vacía que se adelanta hacia uno! "Y entonces..."

—¿Qué?...

—Algo... exactamente como un dedo, y fuerte me pareció... me arañó mi nariz.

Bunting soltó la carcajada.

—¡Allí no había nada!—dijo Cuss amostazado.—Puede usted reirse tanto como quiera, pero puedo decirle que me espanté de tal modo, que rechacé su puño con fuerza, volvíme en redondo y salí escapado de la sala!... dejéle..

Cuss se detuvo. No podía ponerse en duda la sinceridad de su pánico. Incorporóse

con desaliento y se sirvió una segunda copa del detestable jerez del excelente vicario.

—Cuando rechacé su puño — añadió Cuss, — me produjo la impresión del que separa un brazo. ¡Y allí no había brazo!... ¡Allí no había ni la sombra de un brazo!

Mr. Bunting pensó que ya había bastante. Miró recelosamente a Cuss.

—¡Es una de las historias más notables!— dijo apareciendo grave y circunspecto como nunca. — Realmente, — añadió con decisión, — es una de las historias más notables!



Tomó la primera alma que encontró.

CAPITULO V

El ladrón nocturno en la vicaría

Los hechos del robo nocturno cometido en la vicaría, han llegado principalmente a nosotros por intermedio del vicario y su esposa. Ocurrió en la madrugada del domingo de Pentecostés, día consagrado a los festejos del Club. Mistress Bunting, según parece, despertó súbitamente en la tranquilidad que suele reinar antes de aparecer la aurora, con la fuerte impresión de que la puerta del dormitorio había sido abierta y cerrada luego. No quiso despertar a su marido en seguida, y se sentó en la cama, procurando escuchar. Entonces oyó distintamente el **ped, ped, ped** de unos pies desnudos, que venían de la habitación contigua, alejándose por el corredor hacia la escalera. Tan pronto como estuvo segura del hecho, despertó al reverendo Mr. Bunting tan silenciosamente como le fué posible. El vicario no encendió luz, sino que calándose antiparras, bata y babuchas, se deslizó hasta el descansillo para escuchar. Oyó distintamente un rumorcillo, algo así como el rechinamiento de una cerradura en su despacho, en

el piso bajo, y después un violento estornudo.

Entonces volvió a la alcoba, armóse con el hurgón de la chimenea y descendió las escaleras tan cautelosamente como pudo. Mistress Bunting se apostó en el descansillo.

Eran como las cuatro de la mañana, y comenzaba a iniciarse el crepúsculo. En el recibidor penetraba una débil claridad, pero el despacho estaba enteramente obscuro. Todo estaba tranquilo, sólo se percibía el crujido de los escalones bajo los pies de Mr. Bunting y un ligero rumor en el despacho. Entonces estalló algo, el pupitre quedó abierto y se oyó remover papeles. Luego una imprecación, y el resplandor de una cerilla que alumbró el despacho con una luz amarillenta. Mr. Bunting estaba en este momento en el recibidor, y a través de la puerta entornada podía ver la mesa y el pupitre abierto, y una vela ardiendo sobre la mesa. Pero a quien no veía era al ladrón. Permaneció indeciso en el recibidor, no sabiendo qué partido tomar, y mistress Bunting, pálida y temblorosa, bajó lentamente las escaleras para reunirse con su marido. Una cosa conservó el ánimo de Mr. Bunting. La persuasión de que el foragido era algún vecino del pueblo.

Oyeron el tintineo del dinero, conociendo por este hecho, que el ladrón había puesto sus manos sobre la suma destinada a los gastos domésticos—dos y media libras esterlinas, en monedas de a medio soberano.

A este sonido Mr. Bunting fué impulsado a entrar en acción. Empuñando firmemente el hurgón, metióse en el aposento, seguido de cerca por mistress Bunting.

—¡Entrégate!—gritó Mr. Bunting fieramente, y luego se detuvo estupefacto. La estancia estaba entramente vacía.

Pero la convicción de que habían oído, hacía poco, moverse algo en el despacho, había llegado a tomar carácter de certidumbre. Durante unos momentos permanecieron absortos, después mistress Bunting cruzó la estancia y miró detrás de la cortina, mientras Mr. Bunting, por un impulso idéntico, registró debajo de la mesa. Luego, la primera, echó una mirada detrás del biombo, y el segundo tentó la chimenea con el hurgón. Mistress Bunting examinó el cesto de los papeles, y Mr. Bunting abrió la carbonera. Después se reunieron en el centro y se miraron.

—Hubiera jurado... —dijo Mr. Bunting.

—¡La vela!—contestó Mistress Bunting. —¿Quién ha encendido esa vela?

—¡El pupitre!—replicó Mr. Bunting.—¡Y el dinero desaparecido!

Mistress Bunting corrió a la puerta.

—¡De todos los extraordinarios acontecimientos!...

Interrumpióla un violento estornudo en el pasillo. Precipitáronse fuera a tiempo de oir cerrarse con estrépito la puerta de la cocina.

—¡Trae la vela!—gritó Mr. Bunting y corrió en aquella dirección.

Ambos oyeron el sonido de pasos precipitados detrás de la puerta.

Al abrir el vicario la puerta de la cocina, vió, a través del fregadero, abrirse la puerta trasera, y la débil luz de la aurora desvanecía las sombras del huertecillo anejo. Tenía la certeza de que nadie había pasado por aquella puerta. Abrióse, permaneció abierta un momento, y luego se cerró con furia. Al hacerlo así, la vela que mistress Bunting traía del despacho, osciló... Un momento después estaban en la cocina.

El sitio estaba desierto. Cerraron la puertecilla del huerto, registraron la cocina, fregadero y despensa minuciosamente, y por último bajaron a la bodega. Pero en la casa no había un sér viviente.

—De todos los acontecimientos extraordinarios!...—empezó el vicario por duodécima vez.

—Querido—dijo mistress Bunting.—oigo bajar a Susse. Espera aquí hasta que se haya metido en la cocina, y entonces márchate a la alcoba.

CAPITULO VI

Un mobiliario que se vuelve loco

Ocurrió que en las tempranas horas del primer domingo de verano, antes de que Millie despertase, Mr. y mistress Hall dejaron las dulzuras del lecho y bajaron a la bodega. Tenían entre manos una ocupación de naturaleza reservada, ocupación que se relacionaba con el peso específico de la cerveza.

Apenas hubieron entrado en el santuario, cuando mistress Hall recordó que había olvidado el frasco de zarzaparrilla en la habitación contigua a la alcoba. Como quiera que era ella conocedora e inteligente en aquellas manipulaciones, Hall ofició de acólito y subió por el frasco.

Llegado al descansillo, sorprendióle ver entreabierta la puerta de la alcoba del forastero. Entró en el gabinete y encontró la zarzaparrilla en el sitio indicado.

Pero al descender las escaleras, notó que



El señor y la señora Hall bajaron al sótamo

el cerrojo de la puerta de la calle no estaba echado, y que sólo la cerraba la aldabilla, y con un destello de inspiración, relacionó este hecho con la puerta entornada del forastero y las sugestiones de Mr. Teddy Henfrey. Recordaba haber sostenido la luz mientras su mujer echaba el cerrojo la víspera. Detúvose pensativo; después, con el frasco todavía en la mano, echó escaleras arriba. Llamó a la puerta del forastero. No obtuvo respuesta. Llamó de nuevo, empujó la puerta y entró.

Como esperaba, la habitación estaba desierta, vacía la cama. Y lo que es más raro aún para su obtusa inteligencia, en la silla, junto a la cama, y al borde de ésta, veíanse las ropas, las únicas ropas que él le conocía y el arsenal de vendas del huésped. Su sombrero de anchas alas estaba en el remate de una columna de la cama.

Estando allí Hall oyó la voz de su mujer en las profundidades de la bodega, denotando en su inflexión una dosis no pequeña de impaciencia.

—¡Pero es que no vas a venir?

Y él acudió precipitadamente.

—Jenny—dijo al trasponer el umbral de la bodega,—era verdad lo que decía Henfrey. El huésped no está en su cuarto. Y la puerta de la calle estaba abierta.

Al principio mistress Hall no comprendió, pero tan pronto como se hizo cargo, determinó hacer un reconocimiento por sí misma. Hall, empuñando aún la botella, continuó:

—Pero si no está él, sus vestidos están. ¡Y a qué puede haber salido sin ropa? ¡Vaya una cosa curiosa!

Al subir los escalones de la bodega, como después manifestaron, creyeron haber oído que la puerta de la calle se abría y cerraba, pero viéndola cerrada y a nadie por allí, no se dijeron una palabra del asunto en aquel momento. Mistress Hall se adelantó a su marido en el pasillo y subió escaleras arriba la primera. Alguien estornudó en la escalera. Hall, seis escalones detrás de su mujer, creyó que era ella la que había estornudado. Mistress Hall corrió a la puerta y echó una mirada en la alcoba.

—¡Vaya una cosa rara!—dijo.

Oyó como si respirasen detrás de su cabeza, y volviéndose, quedó sorprendida al ver a Hall tres o cuatro pasos apartado de ella. Pero a los pocos momentos estaba junto a ella. Adelantó la posadera, puso una mano sobre la almohada y luego la metió dentro de la cama.

—Fría—dijo,—hace bastante rato que ha salido.

Al decir esto ocurrió una de las cosas más extraordinarias. La ropa de la cama se reunió en el centro, levantóse formando corro y cayó a lo lejos sobre el suelo. Tal como si una mano la hubiese suspendido por el centro lanzándola luego. Inmediatamente después, el sombrero del forastero salió del pomo del pilar, describió un círculo en el aire y fué a dar en la cara de mistress Hall. Luego, con gran rapidez siguió la esponja de tocador, y tras ella la silla, dejando caer el abrigo y los pantalones del forastero, y riendo secamente con voz que tenía singular parecido con la del forastero, volvióse por sí misma presentando las cuatro patas a mistress Hall, y pasado un intervalo, como si cobrase fuerzas, adelantó hacia ella. La posadera gritó y volvióse, y entonces las patas de la silla, suave, pero firmemente, se apoyaron en su espalda, obligando, tanto a ella como a Hall, a despejar el aposento. La puerta se cerró con violencia y la llave giró por dentro. La silla y la cama parecieron, por un momento, ejecutar una danza triunfal, y después bruscamente, todo quedó en silencio.

Mistress Hall en los brazos de su marido, estaba a punto de desmayarse., Y con gran dificultad, Hall y Millie, que había acudido al grito del ama, pudieron bajarla a la cocina, y administrarle los cordiales acostumbrados en semejantes casos.

—¡Son espíritus!—dijo mistres Hall. —¡Juraría que son espíritus! He leído algo de eso en los periódicos... ¡Sillas y mesas que bailan!...

—Un sorbito más, Jenny,—dijo Hall. —aún no está calmada.

—¡Cierra para que no entre!—exclamó mistress Hall.—¡Que no vuelva a aparecer por aquí! Me lo recelaba... pero debí tener la seguridad... ¡Con aquellos ojos de sapo, y la cabeza estrapajada, y sin haber ido ni un domingo a la iglesia! ¡Y todas esas botellas... más de las que existe derecho a tener! El ha introducido los espíritus en los muebles... ¡Mis viejos y ricos muebles! En esa misma silla se sentaba mi pobre madre cuando muchacha... ¡Y pensar que ahora se levanta en contra mía!...

—¡Un sorbito más, Jenny!... —dijo Mr. Hall.—Tienes los nervios de punta.

Después enviaron a Millie, aun cuando no eran las cinco de la mañana, para que hiciese venir a Mr. Sandy Wadgers, el maestro cerrajero.

Era hombre muy conocido Mr. Wadgers y fecundo en recursos. Apreció el caso de bastante gravedad.

—¡Que me empalumen si no hay aquí brujería —era la conclusión de Mr. Sandy



La pobre mujer dió un grito.

Wadgers.—¡Y hay que irse con pies de plomo con semejantes gentes!

Deseaban que subiese a examinar la alcoba en cuestión; pero él pareció no tener gran prisa. Prefería hablar donde estaba. En esto salió el aprendiz de Huxter y empezó a quitar los tableros del escaparate. Fué llamado a tomar parte en la discusión. Mr. Huxter, naturalmente, siguióle al cabo de algunos minutos. El genio anglo-sajón para el régimen parlamentario se demuestra en todas las ocasiones; se habló mucho sin llegar a una decisión.

—Sepamos primero los hechos.—dijo Mr. Sandy Wadgers.—Asegurémonos que obramos con perfecta justicia abriendo violentamente esa puerta. Una puerta cerrada siempre puede abrirse, de una manera u otra... pero una puerta descerrajada no puede cerrarse luego.

Y súbitamente, y del modo más maravilloso, la puerta de la alcoba abrióse naturalmente, y, como levantasen los ojos llenos de estupor, vieron bajar las escaleras a la arrebujada figura del forastero, contemplándoles más y más obscuramente con aquellos grandes y poco razonables ojos de cristal. Descendió tiesa y lentamente, sin cesar de mirarlos; atravesó el pasillo y se detuvo.

—¡Vean ustedes!—dijo, y los ojos de los otros siguieron la dirección de su enguantado dedo, y vieron una botella de zarzaparrilla en la puerta de la bodega. Después entró en la sala, y repentinamente, airado y malicioso, les dió con la puerta en las narices.

Nadie pronunció una palabra hasta que no hubo expirado el último eco del portazo. Quedaron mirándose unos a otros.

—Voy a hablarle del asunto;—dijo Mr. Wadgers,—a pedirle una explicación.

Tomóse algún tiempo para ofrecer al posadero la primacía. Por último llamó, abrió la puerta y penetró tanto como pudo.

—¡Dispénseme usted!...

—¡Vaya usted al demonio!—dijo el ex-

trajero con voz de trueno.—Cierre usted la puerta cuando salga.

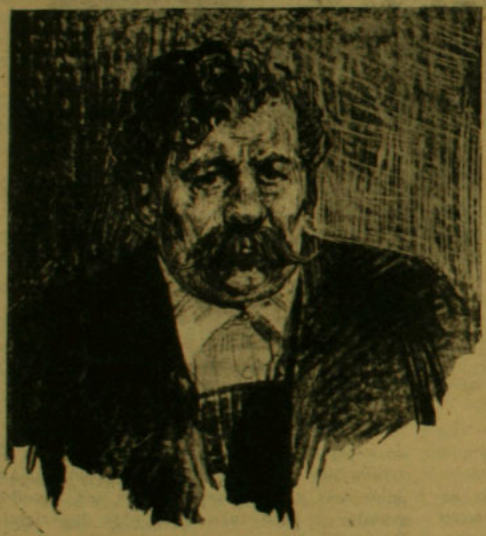
Y así terminó esta breve entrevista.

CAPITULO VII

Se descorre el velo

El forastero entró en la sala común de la posada, como a cosa de las cinco y media de la mañana y allí permaneció hasta mediodía, echadas las cortinas, cerrada la puerta, sin que nadie, después de la repulsa a Hall, se atreviese a entrar.

Durante todo este tiempo estuvo en ayu-



El señor Sandy Wadgers.

nas. Tres veces oyóse sonar la campanilla, la tercera furiosa continuamente, pero nadie acudió a su llamamiento.

—¡El y su "Váyase usted al diablo..." verdaderamente!—dijo Mrs. Hall.

Bien pronto llegaron imperfectas noticias del robo de la vicaría, y la gente comenzó a atar cabos. Hall, acompañado de Wadgers, fué a buscar a Mr. Shucklefort, el juez, y consultarle el caso. Nadie osaba subir las escaleras. No se sabe en qué se ocupaba el forastero. A intervalos paseaba con agitación por el aposento, y dos veces se oyó una explosión de maldiciones, de papel rasgado, de botellas quebradas.

El pequeño grupo de curiosos iba aumentando. Acudió Mr. Huxter; algunos alegres jóvenes, resplandecientes, con su chaqué nuevo y sus corbatas de piqué—pues era domingo de Pentecostés—se unieron al grupo, haciendo confusas preguntas y aumentando la confusión. El joven Archie Harker, distinguióse por haber ido al patio y tratado de atisbar a través de los intersticios. No logró ver nada, pero hizo comprender que sí, y otros jóvenes se unieron a él.

Era un hermoso domingo y en la calle veíanse hasta una docena de barracas, un tiro de pistola, y sobre el césped, frente a la cerrajería, tres carros pintados de amarillo y chocolate y algunos pintorescos forasteros de ambos sexos apuraado tímidamente vasos de refrescos. Los hombres vestían jersey azul y las señoras blancos delantales y elegantes sombreros con tamañas plumas. Woodyer, del "Cervato Carmesí", y Mr. Faggers, el remendón, que también vendía bicicletas de segunda mano, habían adornado sus fachadas con gallardetes y pabellones reales, procedentes del primer jubileo de la Reina Victoria.

Y en medio de la artificial obscuridad de la sala, en la que tan sólo penetraba un imperceptible rayo de luz, el forastero, hambriento, como debemos suponer, y temeroso, envuelto en sus incómodas y calientes prendas, garrapateaba a través de sus obscuras gafas sobre el papel, o manipulaba en sus sucios frascos, y, a las veces, juraba como un carretero contra los chiquillos, que, aun cuando diminutos, armaban un estrépito infernal a la otra parte de la ventana. En un rincón, junto a la chimenea, estaban amontonados los fragmentos de una media docena de botellas, y un penetrante olor de cloro saturaba el ambiente. Esto es todo cuanto conocemos por haberlo oído referir después, según lo que pudo apreciarse del examen hecho en el aposento.

Sobre medio día, abrió repentinamente la puerta, y se quedó mirando fijamente a tres o cuatro personas que había en el bar.

—¡Mistress Hall!—gritó.

Alguien corrió servicialmente y llamó a la posadera.

Mistress Hall apareció transcurrido un intervalo, un poco jadeante, pero más irritada que esto mismo. Hall no había vuelto aún. Había previsto esta escena y acudía llevando en la mano una cuenta no satisfcha.



Una verdadera procesión se dirigía a la casa

—¿Es la cuenta lo que Ud. desea, señor?—preguntó.

—¿Por qué no se ha preparado mi desayuno? ¿Por qué no se ha servido el té y nadie ha venido cuando he llamado? ¿Usted cree que yo puedo vivir sin comer?

—¿Por qué no ha pagado Ud. su cuenta —dijo mistress Hall.—Eso es lo que yo quiero saber.

—La dije a Ud., hace tres días, que esperaba una remesa...

—Y yo le dije a Ud. hace tres días que no podía esperar remesas. Y no puede Ud. lamentarse de que su desayuno tarde un poco, cuando hace cinco días que espero yo mi dinero.

El forastero soltó un voto redondo.

—¡Duro!—desde el bar.

—Y le agradeceré mucho, señor, que se guarde las maldiciones para usted—dijo mistress Hall.

El extranjero, se parecía más que nunca, en aquel momento, a un buzo con su escafandra. La opinión en el bar era que mistress Hall llevaba la ventaja. Las siguientes palabras vinieron a confirmarlo.

—Oiga Ud., buena mujer... empezó el forastero.

—¡A mí no me diga Ud. buena mujer!—gritó mistress Hll.

—La remesa aún no me ha llegado...

—¡Graciosa remesa!—dijo mistress Hall.

—Sin embargo, me atreveré a decir que en mi bolsillo...

—Ud. me dijo hace tres días que no tenía sino una moneda de plata encima.

—Sí... pero he encontrado algo más.

—¡Hola!—desde el bar.

—¡Quisiera saber dónde lo ha encontrado Ud.!—dijo mistress Hall.

Esto pareció irritar grandemente al forastero. Dió una patada en el suelo.

—¡Qué quiére Ud. decir?—exclamó.

—Que quisiera saber dónde lo ha encontrado Ud.—dijo mistress Hall.—Y antes de cobrar cuenta alguna o de servirle comida o de hacer cualquier otra cosa, deseo que me explique Ud. uno o dos puntos que no comprendo, que nadie comprende y que todo el mundo quisiera comprender. Deseo saber qué le ha hecho Ud. a mi silla... la de la alcoba... y deseo saber por qué la habitación estaba vacía, y luego ha salido Ud. de ella. Y cómo en esta casa se entra por las puertas... es la regla de esta casa, y Ud. no lo ha hecho, necesito saber por dónde ha entrado Ud. Y necesito saber...

Súbitamente el forastero levantó crispadas las enguantadas manos, dió una patada en el suelo, y gritó: "¡Basta!" con tan extraordinaria violencia, que la mujer calló en el acto.

—¡No comprende Ud.,—dijo,—qué soy, ni quién soy? Yo se lo explicaré a Ud. ¡Por Dios vivo!... ¡yo se lo explicaré a Ud!

Llevóse la mano abierta a la cara y arrancó las vendas. El centro de su rostro convirtióse en una blanca cavidad.

—¡Vea Ud.!—dijo y adelantó hacia mistress Hall y la dió algo que ella, ante el estupor de aquella metamórfosis, tomó maquinalmente. Después, cuando la posadera se fijó en la que era, lanzó un chillido, dejolo caer, y retrocedió. ¡La nariz!—era la nariz del forastero roja y reluciente—rodó por el suelo con un sonido de cartón hueco.

Después se quitó las gafas, y los que había en el bar se quedaron con la boca abierta. Quitóse el sombrero y con violento gesto se arrancó las patillas. Por un momento resistieron a pie firme. Un relámpago de horrible presentimiento pasó por el bar.

—¡Oh, señor!—exclamó alguno.

Y se declararon en fuga.

Aquello era peor que todo lo del mundo. Mistress Hall, desencajados los ojos y horrorizada, gritó como una rata ante aquella vista y se precipitó a la puerta. Los demás fueron siguiéndola. Estaban preparados para ver cicatrices, mutilaciones, horrores perceptibles — ¡pero "nada"! Las vendas y la peluca habían ido volando en mitad del bar, formando un conjunto digno de ser evitado. Y los que huían se atropellaban en los escalones del vestíbulo. Pues el hombre que estaba allí vociferando alguna incoherente explicación, era una sólida y gesticulante figura de los piés al cuello del gabán, pero después—¡nada, ninguna cosa visible!

La gente próxima a la posada oyó gritos y alaridos, y mirando a lo largo de la calle vió salir caras espantadas de la posada "Coche y Caballos". Vieron caer a mistress Hall, y saltar a Mr. Teddy Henfrey para no caer sobre ella, y después oyeron los espantosos chillidos de Millie, que saliendo de pronto de la cocina, atraída por las voces, había visto la descabezada figura por la espalda. Los gritos cesaron en un momento.

Sin exceptuar uno, todos cuantos estaban en la calle—el confitero, el del puesto de refrescos y sus clientes, hombres, mujeres, niños, rústicas beldades, elegantes campesinas, endomingados gitanos—encaminaron el paso hacia la posada, y en un milagrosamente corto espacio de tiempo, un grupo, quizás de cuarenta personas, que aumentaba rápidamente, se agitaba, inquiría, lanzaba exclamaciones, y sugería ideas frente al establecimiento de mistress Hall. Todo el mundo estaba ansioso por hablar a la vez y el resultado era una Babel. Un pequeño grupo sostenía a mistress Hall, víctima de un ataque de nervios. Todo era confusión y la increíble evidencia de un testimonio vociferador. "¡Brujería!" "¡Pero qué es lo que ha hecho?" "¡Ha herido a la muchacha?" "Creo que la ha perseguido cuchillo en mano." "No, no ha sido así, le digo a Ud." "No quiero decir que hablaba sin cabeza... digo que no tenía cabeza." "¡Bobada! Alguna triquiñuela!" "¡Se quitó todos los trapos, y..."

En la lucha para atisbar por la puerta, el corro formaba un impenetrable muro, con el más afortunado a la vanguardia.

—Se detuvo un momento, oí gritar a la muchacha y él se volvió. Vi flotar sus faldillas y él corrió tras ella. Esto pasó en diez segundos. Le ví correr con un cuchillo en la



Una manga de esta camisa le dió un feroz bofetón en pleno rostro a Hall.

mano y un pan en la otra, y luego se metió por aquella puerta. No es tan alto como dicen y Ud. olvida que...

Fué interrumpido por cierta agitación en las últimas filas, y el narrador tuvo que detenerse y echarse a un lado para dar paso a una pequeña comitiva que se dirigia resueltamente hacia la casa; primero Mr. Bobby Jaffers, el alguacil del pueblo, y detrás el cauteloso Mr. Wadgers. Ahora venian armados de un mandamiento.

La gente dió contrarias informaciones sobre las recientes circunstancias.

—Quiera o no quiera—dijo Jaffers,—vengo a arrestarle, y le arrestaré.

Mr. Hall subió los escalones del vestíbulo, fuese derecho a la puerta de la sala, y la encontró abierta.

—Alguacil,—dijo,—haga Ud. su deber.

Jaffers penetró, detrás Hall y Wadgers el último. Los tres vieron a la débil luz la descabezada figura que estaba de frente, con una rebanada de pan en una mano y un pedazo de queso en la otra.

—Aquí está—dijo Hall.

—¡Qué diablos es esto!—salió con tono de colérica interpelación de la parte superior del cuello de la figura.

—¡Es Ud. un extravagante parroquiano, señor!—dijo Mr. Jaffers.—Pero sea como fuese, el mandamiento dice "el cuerpo" y el deber es deber...

—¡Fuera de aquí!—gritó la figura retrocediendo.

Bruscamente dejó caer el pan y el queso, y Mr. Hall pudo cojer el cuchillo a tiempo, antes de que el otro hiciera. El forastero se sacó el guante de la mano izquierda que fué a parar en la cara de Jaffers. Este, abreviando las demás consideraciones concernientes al mandamiento, asióle rápidamente por la muñeca sin mano, con una de las suyas, en tanto que llevaba la otra a un cuello invisible. Recibió un golpe en la espinilla que le hizo dar un grito pero no soltó su presa. Hall echó rodando el cuchillo sobre la mesa, al alcance de Wadgers, que actuaba como depositario, y luego se adelantó hacia Jaffers y el forastero que luchaban y se batían, adelantando y retrocediendo. Una silla estaba en la línea y cayó con estrépito haciendo rodar a los dos contendientes.

—Sujetarle los piés—dijo Jaffers entre dientes.

Mr. Hall, queriendo seguir aquellas instrucciones, se aproximó, recibiendo una patada en las costillas que le puso fuera de combate durante unos momentos; y Mr. Wadgers, viendo que la descabezada figura tenía ventaja sobre Jaffers, habiéndole cogido por debajo, emprendió la retirada hacia la puerta, cuchillo en mano, coincidiendo con Mr. Huxter y el ordinario de Sidderbridge, que acudían para socorrer a la justicia. En el mismo instante cayeron dos o tres botellas del estante, produciendo un pestilente olor en la habitación.

—¡Me rindo!—gritó el forastero, aun cuando tenía a Jaffers debajo, y un momento después se incorporó jadeante, una extraña figura, sin cabeza y sin manos, pues se había quitado también el guante de la mano derecha.—¡Eso no está bien!—añadió respirando con ansia.

Era la cosa más extraña del mundo oír aquella voz como si viniese de un espacio vacío, pero los campesinos del Sussex son quizás las gentes más prosaicas bajo el sol. Jaffers levantóse también y sacó las esposas. Entonces él hizo un movimiento.

—¡Concho!—dijo Jaffers, asaltado bruscamente por una obscura realización de la incongruencia de todo el asunto.—¡Así lo maten! ¿Podré acaso ponerle las esposas?

El extranjero se llevó el brazo hacia el chaleco, y, como por milagro, los botones que apuntaba su manga vacía, quedaban desabrochados. Después dijo algo acerca de su espinazo y se inclinó al suelo. Parecía hacer alguna cosa con sus zapatos y sus medias.

—¡Cómo!—dijo Huxter de pronto.—¡Pero esto no es un hombre de ningún modo! Es un conjunto de ropas vacías... Me apuesto a que puedo pasar el brazo.

—Hágame Ud. el favor de no meterme los dedos en los ojos—dijo la voz aérea con un tono de concentrada cólera.—El hecho es que estoy aquí... cabeza, manos, piernas y todo lo demás, pero pasa que soy invisible. Es una condenada ocurrencia, pero es así. Esta no es una razón para que me haga pedazos cualquier estúpido idiota de Iping, me parece.

El traje ahora desabrochado del todo, y colgando negligentemente de los invisibles soportes, se movía ansiosamente.

Muchos de los curiosos habían penetrado en la sala, que pronto quedó llena.

—Invisible, ¿eh?—dijo Huxter, afectando no haber oído los denuestos del forastero.—¿Quién ha oído hablar jamás de eso?

—Será extraño, quizás, pero no es un crimen. ¿Por qué soy asaltado de este modo por un alguacil?...

—¡Ah! Ese es otro cantar,—dijo Jaffers.—No dudo que encontraría Ud. alguna dificultad en ver el asunto por ese lado, pero traigo un auto de prisión y todo está en regla. No vengo por cosa de invisibilidad, sino por un robo. Una casa ha sido escalada y se ha robado dinero.

—¿Y qué?

—Que las circunstancias señalan...

—¡Embustes y habladurías!—dijo el hombre invisible.

—Me alegraré que así sea, señor. Pero he recibido instrucciones...

—Bueno—dijo el forastero.—Iré... iré. Pero nada de esposas.

—Es lo acostumbrado,—dijo Jaffers.

—Nada de esposas—estipuló el forastero.

De pronto la figura se dejó caer en el suelo y antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, zapatos, medias y pantalones, habían sido echados debajo de la mesa. Entonces levantóse de nuevo y quitóse la americana.

—¡Aquí... sujetarle!—dijo Jaffers, comprendiendo súbitamente lo que iba a ocurrir. Echó mano al chaleco, luchó un momento, pero el busto se deslizó fuera dejando la prenda limpia y vacía en su mano.

—¡Sujetadle! — gritó Jaffers extentóreamente.—En cuando se desnude...

—¡Sujetadle!—gritaban todos, y vieron desvanecerse la flotante camisa que era ya lo único visible del forastero.

La manga de la camisa plantó un fuerte zurriagazo en el rostro de Hall, que adelantaba con el brazo levantado y le hizo caer sobre el anciano Toothsome, y un momento después, vióse la prenda en lo alto, convulsa y gesticuladora, como si fuese saliendo por la cabeza. Jaffers la echó mano y sólo consiguió ayudar a que saliese. Sintió un golpe en la boca, que venía de lo desconocido, e incontinenti levantó su vara de autoridad dejándola caer con fuerza sobre la coronilla de Teddy Henfrey.

—¡Mirad fuera!—decían todos mirando a todos lados sin ver nada. Y luego: "¡Sujetadle!" "¡Cerrad la puerta!" "¡No le dejéis escapar!" "¡Toco algo!" "¡Aquí está!" Una verdadera y ruidosa confusión. Todo el mundo, a lo que parecía, era golpeado al mismo tiempo, y Sandy Wadgers, sagaz como siempre, y aguzado su ingenio por un espantoso papirotazo sufrido en plena nariz, abrió la puerta y se deslizó sin ruido. Los demás siguiéndole precipitadamente, se agruparon en el rincón del pasillo que conducía a la puerta. Los porrazos continuaban. Chipps, el notario, sacó un diente roto, y Henfrey tenía desgarrado el cartílago de la oreja. Jaffers fué lesionado debajo de la mandíbula, y, al volverse se percató de algo que se interponía entre Huxter y él, impidiendo que se uniesen. Sintió la sensación de un musculoso pecho, y un momento después toda la masa de excitados combatientes penetró en el patio.

—¡Le tengo!—gritó Jaffers, forcejando y abriéndose paso a través de todos, y combatiendo, con la faz purpúrea y salientes las venas, con su invisible enemigo.

Los espectadores se echaron a derecha é izquierda, en tanto que la extraordinaria lucha iba aproximándose a la puerta y rodó los tres o cuatro escalones del vestíbulo. Jaffers gritó con voz ahogada, asido, sin embargo, a algo que no se veía y levantando la rodilla, hasta que dando la vuelta, dió fuertemente con la cabeza en el empedrado. Sólo entonces se abrieron sus dedos.

De nuevo comenzaron los excitados gritos de "¡Cogedle!" "¡El invisible!" y otros de esta índole, y un joven, un forastero, cuyo nombre no ha salido a luz, abalanzóse en el acto, cogió algo, perdiólo de nuevo, y cayó sobre la maltrecha humanidad del alguacil. A mitad de la calle, una mujer chilló al sentirse empujada, un perro, indudablemente pisoteado, ahulló y se metió corriendo en el corral de Huxter, y con ésto, el tránsito del hombre invisible quedaba manifiesto. Durante un buen rato, la gente quedó admirada y gesticulando, y después entró el pánico, y los desparramó por los ámbitos del pueblo como una ráfaga de viento desparrama un montón de hojas muertas. Pero Jaffers permaneció



El señor Tomas Marvel.

inmóvil, cara al cielo y replegadas las piernas, al pié de los escalones de la posada.

CAPITULO VIII

De tránsito

El capítulo octavo es excesivamente corto, y relata que Gibbins, el naturalista aficionado de la localidad, mientras estaba en una colina echado, admirando los hermosos campos, sin un alma viviente a dos millas de él, casi dormitando, oyó muy cerca el ruido característico de una tos y de un estornudo se-

guidos de una sarta de espantosas imprecaciones, y, mirando en torno suyo, no vió nada. Sin embargo, la voz era indiscutible, pues continuó jurando con la entonación y la variedad que distinguen las maldiciones de las personas ilustradas. Llegó a un período álgido, fué disminuyendo gradualmente y murió a lo lejos, perdiéndose en la dirección de Adderdean, tras un espasmódico estornudo. Gibbins no sabía nada de las ocurrencias de la mañana, pero el fenómeno era tan extraordinario, tan perturbador, que se desvaneció su filosófica tranquilidad y, levantándose apresuradamente, se encaminó por la ladera de la colina, hacia el pueblo, con toda la rapidez que le permitieron sus piernas.

CAPITULO IX

Mr. Thomas Marvel

Puede el lector pintarse a Mr. Thomas Marvel como una persona de copiosa y flexible fisonomía, nariz de cilíndrica proyección, amplia y fluctuante boca, y una barba de cerdosa excentricidad. Figura inclinada a un "embonpoint" acentuando esta inclinación unas piernas cortas. Usaba un sombrero de seda, y la substitución visible de botones por cuerdas, en los más necesarios puntos de su ropa, delataban al célibe abandonado, al mendigo vagabundo.

Mr. Thomas Marvel estaba sentado con los piés colgando sobre un foso, al borde del camino que conduce a Adderdean, como a cosa de una milla o milla y media de Iping. Sus pies, excepción hecha de unos calcetines de irregular confección, estaban desnudos. Sus grandes dedos eran anchos y terminados en punta, como las orejas de un perro en la muestra. Con su proverbial cachaza—lo hacía todo de una manera pacienzuda—estaba contemplando un par de botas. Eran las botas más perfectas que habían llegado a sus manos desde hacía mucho tiempo, pero demasiado grandes para él; y las que había usado hasta entonces, muy cómodas en tiempo seco, tenían la suela demasiado delgada para resistir la humedad. Mr. Thomas Marvel aborrecía el calzado ancho, pero también aborrecía la humedad. Nunca se había dedicado a pensar detenidamente cuál de las dos cosas aborrecía más, pero el día era hermoso, y él no tenía nada mejor que hacer. Así, pues, colocó los dos pares de botas en un gracioso grupo, en el suelo, y las contempló atentamente. Y examinándolas, entre el césped y la floreciente hierba, ocurriésele súbitamente que ambos pares eran excesivamente feos. No le sorprendió gran cosa oír una voz a sus espaldas.

—De cualquier modo, son botas, dijo la voz.

—Botas son... botas de caridad—contestó Mr. Thomas Marvel, con la cabeza ladeada y mirándolas con aire descontento;—¿y cuál de ellos es el par más feo? ¡que me condene si lo sé!

—¡Hem!—dijo la voz.

—Las he llevado peores... en realidad no he llevado nada mejor. Pero son audazmente feas... si se me permite la expresión. He estado amontonando botas... particularmente en ciertos días, hasta cansarme de ellas. Son bastante buenas, por supuesto. Pero un gentleman venido a menos no puede llegar hasta este extremo con sus botas. Y si me quiere Ud. creer, no he sacado en toda esta bendita comarca, sino "éllas". ¡Mírelas Ud.! Y eso que es un buen país para el calzado, por regla general. Pero esa es mi negra fortuna. Ando arrastrando mis botas por estos campos hace diez años o más. ¡Y vea Ud. cómo me tratan!

—Esto es un distrito salvaje—dijo la voz, —que tiene lechones en vez de habitantes.

—¿Verdad?—dijo Thomas Marvel.—¡Señor! ¡Con estas botas! Eso les embrutece.

Volvió la cabeza hacia la derecha, con intención de mirar las botas de su interlocutor, y tener sujeto para hacer comparaciones... y ¡Cáspita! donde debieran haber estado las botas de su interlocutor, no había botas ni piernas. Volvió la cabeza hacia la izquierda y allí tampoco había ni botas ni piernas. Empezó a sentir un gran estupor.

—¿Pero dónde está Ud.?—preguntó Mr. Thomas Marvel mirando de reojo en todas direcciones.

Vió una gran extensión de terreno desierta, donde el viento agitaba las matas diseminadas.

—¿Estoy bebido?—dijo Mr. Marvel.—¿He tenido visiones ¿Me estaba hablando a mí mismo? ¡Que el!...

—No se asuste Ud.—replicó la voz.

—Nada de ventriloquearme—dijo Mr. Thomas Marvel poniéndose de pie bruscamente.—¿Dónde está Ud.? ¡Con que asustarme, eh?

—¡No se asuste Ud.!—repitió la voz.

—¡Ud. es el que se asustará dentro de un momento... Ud., estúpido!—dijo Mr. Thomas Marvel.—¿Dónde está Ud.? Déjeme Ud. que yo le "file"...

—¿Es que está Ud. enterrado?—dijo Mr. Thomas Marvel, después de un intervalo.

No obtuvo respuesta, y permaneció sin botas y desconcertado, con la chaqueta a medio poner.

—¡Piwit!—hizo un aguzanieve a lo lejos.

—¡Con que piwit, eh?—dijo Mr. Thomas Marvel.—Pues no está el horno para bollos.



¿Estoy borracho, acaso? se preguntó el señor Tomas Marvel.

El lugar se veía desierto de este a oeste, de norte a sur; el camino, con sus amarillentos fosos y sus bordes blanquizcos, se deslizaba vacío de norte a sur, y, salvo el pajarillo, los horizontes estaban igualmente desiertos.

—Así Dios me ayude.—dijo Mr. Thomas Marvel, volviéndose a ceñir la chaqueta,—si no es la bebida. Debiera haberlo pensado antes.

—No es la bebida—dijo la voz.—Está Ud. perfectamente sereno.

—¡Cáspita!—dijo Mr. Marvel, y su rostro se puso blanco entre las manchas moradas.—¡Es la bebida!—repitieron sus labios imperceptiblement.

Miró en torno suyo girando lentamente sobre sus piernas.

—Juraría que he oído una voz.

—¡Claro que la ha oído Ud.!

—¡Ya está ahí otra vez!—murmuró Mr. Marvel entornando los ojos y llevándose la mano a la frente con trágico ademán.

De pronto, fué asido por el cuello de la chaqueta y zarandeado violentamente, quedando más estupefacto que nunca.

—¡No sea Ud. bruto!—dijo la voz.

—¡Estoy... fuera... de mi centro!—gemía Mr. Marvel.—¡Esto no es bueno! ¡La culpa es de esas condenadas botas! ¡Estoy fuera... de mi bendito centro! ¡Serán espíritus!

—Ni una cosa ni otra; óigame Ud.

—¡De mi centro!—seguía Mr. Marvel en su monólogo incoherente.

—Un momento—exclamó la voz con penetrante y trémula entonación.

—¿Qué?—preguntó Mr. Thomas Marvel, con la extraña sensación de haber sido tocado en el pecho por un dedo.

—¿Pero es Ud. una cosa fantástica?—replicó Mr. Thomas Marvel rascándose una sien.

—Muy bien—dijo la voz en tono de alivio.—Voy a tirarle piedras hasta que piense Ud. de otra manera.

—¿Pero dónde está Ud.?

La voz no contestó. Una piedra salió aparentemente del aire, y pasó rozándole un hombro a Mr. Marvel; éste se volvió a tiempo de ver salir una nueva piedra, describir una majestuosa parábola y después caer a sus pies con rapidez increíble. Estaba demasiado aturdido para gritar. Una nueva piedra dióle en un dedo y rebotó dentro del foso. Mr. Thomas Marvel dió un salto hacia

atrás y lanzó un alarido. Después arrancóse para emprender la fuga, tropezó con un invisible obstáculo y cayó sentado en el césped.

—¡Y ahora,—dijo la misma voz, mientras otra piedra describía la curva, cerniéndose en el aire sobre el vagabundo,—me cree Ud. imaginario?

Mr. Marvel, por vía de respuesta, hizo esfuerzos para ponerse en pié, e inmediatamente se vió precipitado de nuevo. Se mantuvo quieto.

—Si hace Ud. otro intento de fuga,—dijo la voz,—le doy con esta piedra en la cabeza.

—¡Eso no sería decente!—contestó Mr. Marvel, sentándose, tomando el dedo lastimado entre la mano y mirando de reojo el nuevo proyectil.—No comprendo esto. Piedras que se lanzan solas. Pedruscos que hablan. Póngase Ud. en mi lugar. Fuera miedo; venga lo que Dios quiera.

—Cayó la piedra al suelo.

—Es muy sencillo—dijo la voz.—Soy un hombre invisible.

—Dice Ud. una cosa que yo no entiendo —contestó Mr. Marvel, haciendo gestos de dolor.—Dónde se oculta Ud... cómo lo hace... no lo sé. Soy un animal.

—Pues eso es todo. Soy invisible. Esto es lo que yo deseo que comprenda Ud.

—Cualquiera ve eso. No había necesidad de esas maneras que Dios confunda, señor. Ahora bien... déme Ud. una explicación. ¿Cómo se esconde Ud.?

—Soy invisible. Ese es el gran punto. Y es lo que yo deseo que Ud. comprenda...

—¡Pero su paradero?—interrumpió Mr. Marvel.

—Aquí... a unos seis metros de Ud.

—¡Ah, vamos!... Ahora caigo... lo primero que va Ud. a decirme es que es Ud. transparente como el aire. Yo no soy uno de esos ignorantes camaradas...

—Sí. Soy... como el aire. Ud. ve las cosas a través de mi cuerpo.

—¡Qué? ¡No hay materia en Ud.? "Vox etcétera..." ¿Cómo sigue? gerigonza. ¡Qué es, pues?

—Soy un sêr humano... macizo, que necesita comer y beber, que necesita alojamiento... Pero soy invisible. ¿Comprende Ud.? Invisible. Una simple idea. Invisible.

—¡Pero de carne y hueso?

—Sí, de carne y hueso.

—Déjeme Ud. que le tome una mano—dijo Marvel—para cerciorarme de eso... No puede ser tan diferente de... ¡Señor!... ¡que salto me ha hecho Ud. dar! ¡Podía Ud. no apretar tanto!

Sintió una mano que le había asido por la muñeca como si fuese con unas tenazas, y luego la suya palpó tímidamente el brazo, un pecho musculoso y una barbada faz. El rostro de Marvel expresó el mayor asombro...

—¡Estoy espantado!—dijo.—¡Si esto no oculta un maleficio!... ¡Cosa más extraordinaria!... ¡Y puedo ver distintamente, a media milla de aquí, un conejo que está ramoneando! Nada hay visible en Ud.... excepto...

—Examinó el aparentemente vacío espacio con escrupulosidad.

—¡No ha comido Ud. pan y queso?—le preguntó después.

—Tiene Ud. mucha razón. No se ha asimilado aún.

—¡Ah! una especie de fantasma... casi.

—Por supuesto que no es cosa tan admirable como Ud. piensa.

—Es bastante admirable para mis modestas necesidades—dijo Mr. Thomas Marvel.—¡Pero cómo se las ha compuesto? ¿Cómo diablos puede ser eso?

—Es demasiado largo para contado. Además...

—Le aseguro a Ud. que todo esto me tiene alelado.

—Lo que deseaba decirle a Ud. por ahora, es lo siguiente: necesito ayuda. He llegado a este extremo. Tropecé con Ud., cuando iba errante, loco de rabia, indefenso, impotente. Me sentía capaz del crimen... y le ví a Ud...

—¡Señor!—exclamó Mr. Marvel.

—Le seguí... vacilé... luego volví de nuevo.

La expresión de Mr. Marvel era elocuente.

—Después me detuve. "Sí, me dije, éste es un vagabundo como yo. Este es mi hombre." Y por eso vine en su busca... Y...

—¡Dios santo!—interrumpió Mr. Marvel.—¡Pero estoy en un mar de confusiones! ¡Puedo preguntar cómo es eso y qué clase de ayuda quiere Ud. de mí, Invisible?

—Necesito que me procuré Ud. ropas y alojamiento, y después otras cosas. Estas pueden esperar. ¡Si Ud. no quiere... bueno!... ¡Pero Ud. querrá... es preciso!

—Mire Ud.—dijo Mr. Marvel,—estoy demasiado aturdido. No me zarandee Ud. más. Y déjeme marchar. Es necesario que recobre mi espíritu. Por poco ha estado que no me ha roto Ud. el dedo. ¡Todo esto es tan poco razonable! Tierra vacía, cielo vacío. Nada visible en torno mío, excepto las plantas y los árboles. Y luego viene una voz. Una voz bajada del cielo. Y piedras. Y un puño. ¡Dios santo!

(Continuará).

Obre.
1916

PACIFICO MAGAZINE

PREC
UN P





NO SE AFIRMA LO QUE NO SE PUEDE COMPROBAR

Hemos dicho que los más distinguidos especialistas sostienen que el ALIMENTO MEYER es el mejor.

Lea usted:

Dr. ADOLFO HIRTH.—Enfermedades de niños. Consultas de 12½ a 2½ P. M. Vergara. 165.—Santiago, 16 de septiembre de 1916.

El "ALIMENTO MEYER" es una preparación alimenticia para niños y enfermos, cuidadosamente preparada, de composición bien ideada y que DA MUY BUENOS RESULTADOS EN LA ALIMENTACION ARTIFICIAL DEL NIÑO. LA CONSIDERO SUPERIOR A LA GENERAILDAD DE LAS PREPARACIONES SIMILARES EXTRANJERAS.

A. HIRTH.

EL MEJOR ALIMENTO MEYER

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer Vol. VIII.—Santiago de Chile, diciembre de 1916.—Núm 18. — Que mañana

8934

El camino de los esclavos

Por

Joaquin Díaz Garces

En los momentos en que la única voz levantada en la prensa chilena, para señalar el retroceso histórico que significa la deportación de los civiles de un país invadido, ha quedado sin eco alguno; sea lícito al escritor hacer revivir a los ojos indiferentes de los chilenos, la epopeya de la esclavitud africana que, durante muchos años, lanzó también sus caravanas dolientes al través de nuestro territorio. Esta parte es la introducción natural que explicará el hecho histórico y, a primera vista inverosímil, del episodio trágico de la **Prueba** que se narrará en otro número.

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Martín Delfín había venido al Perú, desde Extremadura, como otros hombres de su tierra: casi desnudos, con Dios y con la humanidad reñidos, ansiosos de ganar con el derecho de vivir el oro necesario para humillar a los altivos. Buscó en el Alto Perú esa mina portentosa, ambición de todo aventurero, esa quimera de todo conquistador, ese pozo de inagotable y fácil riqueza que los hacía cruzar mares ignotos. La buscó y la encontró. Acababan de abandonarla, después de horrible tragedia, sus propietarios: en el curso de la pingüe explotación, una corriente de aguas subterráneas había invadido las labores ahogando en el fondo de ellas un centenar de indios y negros esclavos. Delfín logró descubrir la corriente y desviarla; pero, convencido de que para sacar del interior todo el torrente que se había introducido, se necesitaba también oro, y mucho oro, fuese a Lima, donde, mientras amparaba celosamente sus pertenencias, seguía un modesto tráfico de comercio, que le daba lentamente la base de una fortuna. Poco a poco sus negocios crecieron, su crédito aumentó, el extremeño desnudo vistió de seda y holandas, y prestó dinero a los señores y capitanes con subida usura. Más tarde fué al Plata y después llegó hasta Cádiz, y cada factura de comercio le daba un cincuenta por ciento de utilidad.

En uno de sus viajes topóse con un español de Valparaíso, con Chopitea, el negrero, hombre sin miedo. El negocio de la carne negra era el mejor conocido, aunque lleno de peligros. Podía triplicarse el capital en la vuelta de un año; pero peligraban la salud y la vida. Era indispensable también ser sordo a los lamentos y ciego a los dolores. Había que estar curtido a golpes y a odios, había que despreciar al hombre más débil y tratar de encimar al más fuerte. Todo esto se lo enseñó Chopitea.

—Créame su merced, señor don Martín,—le decía éste,—el negocio de los negros es de los

peores, aunque parezca otra cosa a los que miran. Yo no lo recomiendo a su merced sino para utilizarlos en sus minas, como me dice, porque lo que es venderlos, a veces no sale la cuenta. Para tratar en negros se necesita mucha vista y más entendimiento que para las bayetas y granos. Hay que conocer la calidad del esclavo, de una mirada; saber de qué país viene, qué enfermedades tiene, cuánto pesa y cuánto puede perder en carnadura, con un viaje de dos meses. Los de Angola y del Congo son mansos y bien hechos, y necesitan comer menos, y también requieren menos azotes; en cambio los senegaleses son gruesos y bravos y se llenan de piojos. Pero vea su merced ahora, lo que me ocurre en mi última vuelta y con toda mi experiencia. Me venden una partida de **mandingas** a muy buen precio; los palpo, los examino miembro por miembro, me parecen excelentes y aquí llego con la mitad enfermos. Son alzados, creen que los engordan para comérselos y cierran las mandíbulas hasta desfallecer de hambre. Diez traen viruelas, otros están sarnosos de no poderlos mirar y los hay con lepra. Liquidaré la partida sin ganancia alguna. Si su merced entra en el oficio, ándese con cuidado porque hay que pagar ahora treinta y tres pesos de derecho por negro. Ya no son los tiempos aquellos en que la tonelada de negro se apreciaba en ciento diez pesos. Es verdad que ahora se les trae directamente a Buenos Aires, se les hace cruzar la pampa y se les da descanso antes de pasar por Uspallata; pero siempre el viaje es difícil y el negro sufre de frío y se enflaquece.

Delfín no temía otros percances de los viajes de los negreros. Ni sublevaciones ni naufragios le ponían miedo, porque sabía vencer estos incidentes naturales o los creía simple fatalismo contra el cual era inútil y hasta inconveniente rebelarse. Rico ya, aunque no lo suficiente para emprender el desagüe de las minas, estudiaba en las facturas y papeles de Chopitea para ver si se traía unos dos centenares de buenos negros bozales, que le dieran de una vez la fortuna. Había visto al indio en las labores y lo encontraba débil y enfermizo; se necesitaba un brazo más fuerte y constante. Así, después de imponerse de los menores detalles, compró al mismo Chopitea su barco, tomó la dirección de un mercader holandés de la Costa de Oro y se hizo a la vela con diez marineros y cuatro buenos criados españoles, capaces de todo en su defensa, y con una jauría de grandes perros de presa habituados a morder en carne esclava y que le cedieron a vil precio otros negreros.

Era la época en que, a causa de la escasez y alto precio del buen esclavo, y de los derechos que correspondían a España por el Asiento de Utrecht, firmado por los ingleses, declinaba un tanto el tráfico y los viejos tratantes, fatigados ya, preferían buscar otro giro más tranquilo y seguro. Pero Martín Delfín era capaz de dar nuevo valor al comercio si ponía en práctica sus cualidades extraordinarias y esa dureza de alma que había dejado recuerdo imperecedero en la ciudad de los virreyes.

Se hizo, pues, a la vela a buscar la fuerza motriz, única conocida entonces junto con la de la bestia. Era la fuerza dueña de la riqueza; era la fuerza que se aprisionaba bajo el sol africano por el eterno afán dominador de los blancos. Había que transportar esta sangre y esta alma, desde lejanas tierras, como siglo más tarde se transportaría la fuerza de la caída de las aguas y el empuje de los deshielos, por un débil hilo de cobre, sin persecución ni dolores. El progreso humano es un torrente de sangre y lágrimas.

Delfín tuvo en la costa del Africa, donde su viejo barco llegaba una vez más después de veinte viajes felices, la impresión enceguecedora del sol. Los negros senegaleses escaseaban y los miembros de la Compañía encargados de las transacciones, trataban de subir los precios asegurando la casi imposibilidad de presentar un ganado considerable. Se esperaba del jefe de una tribu, que había vencido y traicionado a un vecino, la entrega de cierto número en cambio de presentes, que los holandeses aseguraban no poder reunir.

Delfín encontró allí, viviendo en campamentos, a la sombra de las palmeras, cuidados por buenos y vigilantes arcabuces, a un grupo de hombres, que habían corrido todas las aventuras sangrientas del mundo. El español guardaba en el fondo de su conciencia tenebrosa algunos crímenes; pero pronto se encontró blanco como un lirio. ¿Qué significaba su horrible venganza contra el franciscano Valdebenito de Potosí, al cual apuñaleó por la espalda mientras consagraba? Allí estaba Van Destade, un hombre pelirojo, alto como un gigante, cuya querida llevaba en piedras pre-



ciosas la sangre de un verdadero ejército. Era una circasiana bella como la luna, ondulante y serena y pálida como una visión nocturna en el jardín. Sus diamantes, tallados en Amsterdam, habían sido robados uno por uno, con la muerte al dueño, y sumaban veinticinco, de enorme y rutilante esplendor. ¿Y su collar de perlas de Ceylán? Eran verdaderas lágrimas cristalizadas, porque los pescadores habían trabajado bajo el látigo del amo hasta completar las ciento diez hermanas de igual oriente irisado. Y la misma Mirta había sido conquistada sobre cadáveres y prometía sucumbir ella misma bajo la furia febril de ese asesino infatigable. Delfín era avaro y desconfiado, y buscó su alojamiento en el barco, entre sus hombres y sus perros, esperando la hora del mercado. Pero los negros no aparecían.

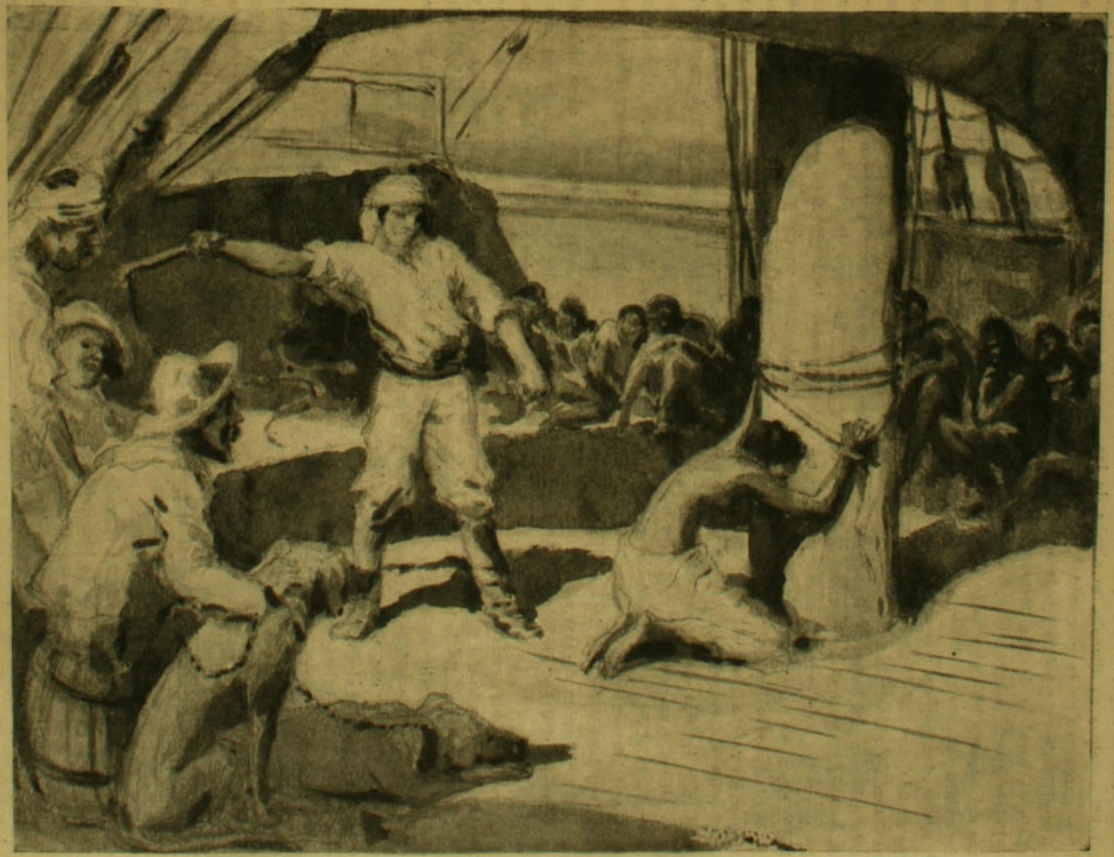
Entonces el comerciante, que había salido pobre de su tierra y llegaba al dintel de una nueva ignominia, tuvo una noche una visión de remordimiento. Recordaba su aldea y el camino polvoriento en que su pobre madre fué ultrajada y muerta, de donde vino a sus hermanos toda la miseria y abandono, que dió al suelo con la poca virtud heredada. Recordaba la pequeña iglesia del pueblo y la noche de Pascua en que el Niño Dios nacía desnudo. El mismo, pequeñuelo, marchaba con otros entonando un himno, para sonar al pie del altar-pesebre, los cuernos y chirimías. Veía, como tal vez en sus sueños de la niñez se lo había figurado, un gran coro angélico en los aires; y abajo, en la sombra, la inmensa turba de los demonios obscuros, ardidos en fuego, humeantes y ensangrentados. Cristo había venido al mundo dando ejemplo de pobreza ¿por qué no se había quedado Martín Delfín como labriego, en los campos de su tierra? No podía haber redención para esta turba infernal, que buscaba el oro al precio de la sangre de los otros y de su propia alma. Pero, desde el barco, Delfín divisaba las palmeras y debajo de ellas las faenas miserables de encadenados que tenían que ganar su pán. Esos mismos forzados no habían sabido hacerse ricos y fuertes para expulsar al vencedor. Era la vida, la lucha del lobo contra el lobo y había que ahullar para demostrar hambre insaciable e infundir temor.

En dos ocasiones Delfín anunció a los agentes de la Compañía negrera que zarparía sin aguardar más; pero fué retenido con promesas, y sólo a la tercera vez, cuando vieron que efectivamente se zafaba el barco de los arrecifes de la orilla y recogía el ancla, aceptaron el precio ofrecido por doscientos veinte negros varones, sin contar algunas mujeres en cinta y niños que entraban de favor.

El negrero palpó uno por uno el rebaño negro, en el cual había dos docenas de hombres excepcionalmente vigorosos para dar buen aspecto a la tropa, otros de mediana talla y algunos débiles. Una mujer, y dos o tres niñas fueron presentadas con ellos como ejemplares de belleza africana para animar la lujuria de los tripulantes. Hubo riñas por el dinero, discusiones envenenadas por algunas monedas de verso valor que los españoles, y llegó momento en que el negrero arrió la escalera y amenazó con disparar si alguien se acercaba a bordo. Por fin, todo quedó terminado y el negrero pudo emprender su viaje hacia el río de la Plata.

El barco estaba arreglado, desde tiempo atrás, para el transporte de esclavos. En el centro del entrepuente podía verse todavía la costra de sangre, formada al pie del palo mayor, donde se azotaba a los rebeldes. En los extremos estaban los corrales de proa y popa, para los hombres aquél, y para las mujeres y niños el último. Un cañón cargado con metralla imponía saludable temor a la masa informe, que se apiñaba en el extremo del barco que avanzaba hacia América.

El terror de las primeras noches de tormenta, el soplo de misterio y de muerte que parecía envolver el pequeño barco en medio de la inmensidad de las aguas, paralizaba el pensamiento de los infelices. Los gritos de los tripulantes, el alerta del centinela apostado en el fuerte, los ahullidos plañideros o amenazantes de los perros dejados en libertad cerca de las vallas, todo era nuevo para los esclavos, cuyas fisonomías flotaban en la sombra. Pero, poco a poco, como el desarrollo de un negativo fotográfico hace nacer en la obscuridad siluetas más negras y claridades y matices, fueron destacándose algunos ojos de esclavos que tenían los mismos destellos de mirada de los hombres libres. Muy pronto los mayorales descubrieron que sus azotes debían caer sobre las espaldas fortísimas de Mure, el atleta que parecía jefe de esa infeliz agrupación de víctimas. El había gruñido el pri-



mero, cuando la alimentación se atrasaba y los negros tenían hambre canina; él dominaba con sus gruñidos el clamor de protesta y de súplica, y luego, cuando por soberbia recibía los golpes en silencio, se alzaba de las otras gargantas un largo gemido de dolor por el suplicio de este pobre protector, que nada podía en servicio de sus hermanos.

Delfín quería saber cuáles eran las protestas del negro y ordenó dejarlo libre para que formulara sus quejas. Mure se dirigió resueltamente al negrero y con palabras y acciones, mostrando el corral de popa ,llevándose la mano al corazón y señalando una imagen que estaba a la cabecera del lecho del traficante, parecía decir bien claro, que las mujeres debían serles devueltas, que eran las suyas, que una religión buena no podía permitir que se separara al hombre de su hembra, que serían sumisos sino se les vejaba hasta ese extremo; pero que su ira no reconocería límites si se les negaba toda justicia. Era necesario sofocar ese grito altivo y amenazante, ese grito humano que parecía el de un igual, ese clamor que resonaba tristemente en el alma de los más empedernidos. Y el jefe de los criados españoles recibió orden de atar al negro contra el palo mayor y darle de azotes hasta dejarlo por muerto.

En medio de los gemidos de los dos corrales del barco, en medio del silbato del viento entre el cordaje, en medio de la furia del océano, el hombre martirizaba al hombre. Los azotes tenían la tarea de sofocar el clamor rebelde que escapaba de ese pecho oprimido. Mucho tardó para que el dolor venciera la reserva de energía de ese atleta, y, después de fatigar sucesivamente el brazo de tres criados, Mure cayó en silencio en el pozo formado por su sangre.

Pero entonces los criados pensaron que era conveniente completar la obra preventiva de pacificación y buscaron en el corral de popa a la mujer que más gemía por Mure, y era una esclava tan alta como éste, de ojos muy grandes y alargados, de abierta boca rasgada en puro carmín, con una corrida de blanquísimas perlas por dientes. Y la azotaron delante del caudillo hasta hacerla caer también. Mure había saltado en medio de su sangre, se había levantado temblando, se había colocado erguido para disimular el sufrimiento y demostrar la bravura de su estirpe. Y allí estuvo, bebiendo con sus ojos el dolor que él mismo causaba en esa mujer, y la venganza atroz que fraguaba en su alma como bálsamo que aliviara el escozor de las heridas.

—Deben ser reyes, decía Delfín, que miraba este cuadro sangriento,—solamente los reyes negros pueden portarse como los blancos. Contaré en Lima este episodio y los venderé a más alto precio al virrey.

Y así siguió la larga travesía, entre tormentas y calmas, entre azotes y dolores. Los rugidos de los prisioneros iban creciendo; uno de los esclavos rehusó comer un día y otro día, hasta caer en letargo. Inútiles fueron los azotes; entre dos tripulantes le abrían por fuerza las mandíbulas y hasta le quebraban los dientes con los golpes, pero no podía introducírsele un trozo de pan mojado en la boca seca, porque lo lanzaba en sus convulsiones. Había resuelto morir y murió sin decir una palabra. Los niñitos, que eran veinte al comenzar el viaje, sufrían más que los grandes y quedaban sólo siete al lado de sus madres. Uno de ellos, que había salido una noche del corral para llegar hasta el opuesto, fué destrozado por uno de los perros, y la tripulación dividió bárbaramente el cadáver entre los otros.

El terror de los esclavos crecía al cambiar el color del mar, del cielo, el rumbo de los vientos y hasta los pájaros, que habían acompañado al barco, como últimos mensajeros de la patria lejana, de la libertad perdida. Muy pronto comenzó a dibujarse en las lejanías la costa de América y el barco entró en un período de calma, que duró algunos días.

Mientras los negros venían sobre las aguas no pudieron darse cuenta de que estaban arrancados para siempre de la tierra. El océano era una visión, tal vez una ilusión; no podía ser realidad. Pero, al ver la nueva tierra, la árida costa, el día gris, los guijarros, las desconocidas gramíneas del suelo, todo diverso, todo de otro color, de otro perfume, de otra sensación que la tierra africana, entonces, como árboles desarraigados cayeron tumbados y gimieron en el polvo. Los más fuertes temblaban al avanzar un pie, desconfiaban de la solidez de ese mundo extraño; los débiles ahullaban mansamente arrastrándose.

Entonces, mientras marchaban al interior, los esclavos podían cruzarse palabras de aliento o de confidencia; probablemente se contarían sus penalidades de la travesía, se inte-



rrogarían mutuamente sobre el obscuro porvenir. Mure acompaña a su mujer, la azotada del barco, que traía todavía en los hombros y brazos, en el vientre y en las robustas piernas, los verdugones sangrientos del látigo sobre la negra carnadura. Hicieron alto en un corral de donde acababa de partir otra fila de esclavos hacia la cordillera, donde todavía quedaban los restos de los animales muertos, del maíz machacado, de la sangre de los martirios, del olor característico de la raza. Allí se echaron al suelo esperando la hora de la seperación o del fin que esperaban. ¿Para qué los querían los blancos? ¿Era acaso para comérselos como creían algunos de los esclavos? ¿O bien serían quemados, como les había contado un holandés que conocía su idioma, para hacer pólvora con sus huesos y cenizas? ¿Dónde iban? ¿Qué nuevas penalidades los esperaban? ¿Serían separados los hombres de sus mujeres y éstas pasto de ultrajes atroces e incontables?

Al amanecer de una de esas noches de pesadilla, en que el frío de la pampa hacía dar diente con diente a la morena gente del Africa ardorosa, la mujer de Mure amaneció con temblores en todo el cuerpo. Abría los ojos desmesuradamente y divisaba figuras terroríficas, que apartaba con sus manos abiertas, en trágico ademán. Con esfuerzos supremos se ponía de pie, miraba fijamente hacia el horizonte y corría después en sentido opuesto hasta ser alcanzada por el mayoral, que la tumbaba con su largo látigo silbante. Se arrojaba otras veces al suelo, ponía el oído sobre la yerba y decía palabras misteriosas, dirigiéndose a sus hombres y en especial a Mure. El atleta se mostraba abatido y sombrío. Sus grandes ojos brillantes se fijaban en los de su compañera y batían los párpados rápidamente, para evitar tal vez las lágrimas. Llegó un día la hora de partir, y la larga caravana, casi desnuda o cubierta con guiñapos de bayeta, siguió a los mayordomos, que marchaban adelante tras del negrero a caballo. La larga fila serpenteaba en medio de quejas y jadeos, bajo un sol inclemente y un aire reseco. No había un árbol que marcara el descanso, la sombra, el surtidor de agua, la esperanza. Y tampoco era ese el desierto que prometiera la muerte segura. La pampa inhospitalaria, futuro granero del mundo, que iba a recibir un siglo después las caravanas de trabajadores libres de otro continente, era surcada por una de las últimas lamentables huestes de esclavos llevados de un continente a otro a compás del látigo y de la vara. Ahí marchaba adelante, erguido sobre el caballo macilento, bajo el gran sombrero de fieltro, el capitán negrero, con sus ojos febriles de codicia, ciego y sordo para el dolor de los rebaños humanos uncidos al yugo de su ambición satánica. Detrás se arrastraban, cayendo y levantando, con las bocas abiertas y las fauces sedientas sus forzados. El sendero abierto por sus plantas quedaba marcado por la sangre de las hembras que parían, de las heridas que manaban, de los muertos que se derrumbaban en suprema protesta. Cuando alguno de los esclavos más valiosos caía, se le hacía a veces cargar por otros, o poner a la grupa del caballo del mismo negrero. La codicia lo hacía compasivo... Pero, cuando todo cuidado era inútil y el primer terror de la muerte aparecía en las pupilas del desgraciado, lo dejaban en el camino y descargaban sobre él, para despedida de este mundo, nuevos golpes e injurias para vengar el dinero que se robaba. Y parecía que los esclavos comprendían que no había otra venganza contra ese hombre que la muerte. Y morían callados y hasta sonrientes.

La última jornada terminó a la vista de la nevada cordillera, barrida la llanura por las rachas heladas de los témpanos. Aquí la pobre manada se sintió más lejos que nunca de su suelo. Venían del sol y marchaban hacia la noche de la muerte.

Se metieron por los senderos de las quebradas bordeando las corrientes de agua del deshielo. La fila de hormigas negras se destacaba en la blancura de las nieves y se alargaba más que en la llanura. Sobre sus cabezas las grandes aves carniceras revoloteaban pesadamente adivinando que había allí una humanidad que se orientaba hacia la muerte. Cuando después de dos jornadas más remontaron hasta la cumbre de Uspallata, y vieron sobre ellos nuevos picos blancos, los esclavos se desalentaron y en muda y resuelta rebelión se detuvieron. ¿Dónde vamos? ¿Por qué no morimos aquí?

La tarde caía en medio de la coloreada gloria del crepúsculo y la nieve comenzó a caer en copos blancos, leves, vacilantes, haciendo una vuelta antes de llegar a las rocas. La mujer de Mure había estrechado en los brazos a su hijo también enfermo, y anunciado su impotencia para seguir. La fiebre del sol de su



tierra ardía bajo la corona de nieve del cautiverio. Era su fin natural.

Entonces el atleta se detuvo para mirar la cola que seguía remontando. Los latigazos vibraban en el aire para amenazar o caían sobre los hombros mal cubiertos para amedrentar y castigar. El negrero marchaba siempre adelante, erguido, insensible a los gritos de dolor y a la pérdida del dinero. Forjado en fuego y templado en nieve, no temía las inclemencias de la naturaleza; sólo se afligía con la pérdida de la carne esclava, que iba a llevar a los ricos mercados del Pacífico. Un mayoral se acercó a Mure para invitarlo a seguir. El negro levantó su cabeza desafiante, dijo en palabras desconocidas que su mujer había muerto, que su hijo iba a caer y que lo dejaran a su lado para librarlos de la nieve, que iba a cubrirlos con su blanco cendal. Pero luego, al grito del guía acudieron otros, y a golpes lo hicieron seguir. Los cuerpos negros de la hembra y del pequeño quedaron separados por



algunos centenares de pasos, en medio de la blanda alfombra helada que la nieve tendía a su belleza.

Y así siguió esa jornada y otra, hasta que Mure sintió también la misma fiebre liberadora; la santa fiebre con que la única aliada del esclavo, la muerte, anunciaba su abrazo protector. Debía seguir a sus muertos.

Mientras el hombre marchaba adelante, a pocos pasos tras del negrero, por altivez, para no demostrar debilidad ante los carceleros blancos; el delirio le procuraba visiones ardientes de su tierra. Las pisadas de las plantas heridas de los suyos, le parecieron marcha de fieras; pero de fieras de la tierra africana. Creía que a su lado iban leones de gran cabeza, ojos de llamas y melenas ondulantes; que más atrás seguían rugiendo los rinocerontes gigantescos y los elefantes llenos de mansedumbre, también enormes esclavos de la codicia humana. Por las faldas, saltando de roca en roca, reían, haciendo muecas satánicas, los orangutanes negros y grises-perlados. El antiguo rey iba escoltado por sus enemigos milenarios.

El negrero sufrió mucho al ver que el gran esclavo, que sería objeto de la codicia del virrey, sucumbía también. Hizo que le dieran un sorbo de aguardiente de Mallorca; pero el negro lo tuvo en su boca y lo arrojó cuando los guías se descuidaron. Lo subieron entonces a la grupa del caballo con las manos atadas; pero los estremecimientos de la marcha lo hicieron arrojar sangre a poco andar. Y en seguida, desanimados ya, lo botaron al camino y el

pesado bulto rodó sobre el faldeo tapizado por la nieve fresca.

La fila de hormigas negras seguía hundiéndose en el sendero. El silencio reinaba en torno del moribundo. La nieve voltejeaba liviana y descendía sin ruido. De lejos venía el rumor de las quejas, perdiéndose poco a poco en la inmensidad de la naturaleza.

Más tarde, Mure abrió los ojos para mirar su escolta de fieras y se encontró solo. Arriba, en el último recodo del sendero que serpenteaba, se perdía la cola de los esclavos. Luego, no se vió ni se oyó nada. Entonces el atleta reunió sus fuerzas, se arrodilló en la nieve, levantó las manos hacia arriba, en demanda del sol y de la tierra para siempre perdida. Vió que formando guirnalda revoloteaban ya las aves de rapiña y con un gesto vigoroso quiso detenerlas. Y en seguida, logrando ponerse de pie, pretendió correr en sentido contrario, hacia el sitio en que habían caído el hijo y la mujer, para abrigarlos todavía con los brazos. Comprendió que marchando en ese sentido, hacia el oriente, encontraría el camino del Africa marcado al través de toda la tierra y de todo el mar por cuerpos negros caídos en la secular marcha de la esclavitud, y comenzó a descender a saltos hasta que volvió a caer para siempre. Y en ese momento brilló para él el sol quemante del Africa, mientras la nieve de Chile lo amortajaba para la eternidad.

Más rápido que el hombre, más fulminante que la mirada de la codicia, respondió el implacable grito de la naturaleza. Un cóndor descendió hasta la roca cercana, y con dos nuevos aletazos se posó sobre el gran cuerpo, para defender su hambre de carne, de la nieve enemiga.





CLARIDAD.

CIELOS DE SANTIAGO

Fotografías artísticas tomadas por don Vicente Portero.

Reproducimos en las páginas de nuestra revista las hermosas fotografías tomadas por el señor Vicente Portero y que él ha titulado, con notable acierto, "Aspectos de nuestro cielo". Muchos días de trabajo representan las planchas que ha logrado impresionar el señor Portero con gusto tan notable y eficaz que, como nos decía, no es cosa fácil eso de andar a caza, durante meses enteros, de aspectos artísticos, de luz y de cielos, que permitan al objetivo reproducir una visión interesante de la naturaleza.

Y, tras largas andanzas, he aquí que ha logrado componer el más bello poema: reparad, por ejemplo, en esos cielos anubarrados, que anuncian un crepúsculo de Otoño; o el canto del río, que se arrastra turbio y rumoroso sobre su lecho de piedra; ved esa sinfonía nocturna atrapada en el lente desde el cerro Huelén; o la tarde de tempestad o bien esa Aurora, llena de evocación y de tristeza y de ensueño.

Son cuadros más que fotografías estas páginas plenas de honda y natural belleza, que ha sentido un artista delicado como pudiera haberlas comprendido un pintor con sus pinceles.

Agradece la Dirección de Pacífico Magazine el hecho de que el señor Portero le haya reservado a sus páginas la primicia de estas bellas reproducciones, que constituyen el mejor elogio de su arte.

A.



DESPUES DE LA LLUVIA Y DE LA TEMPESTAD.



EL CANTO DEL RIO EN LA ALTA TARDE...



DIA GRIS Y TRISTE...



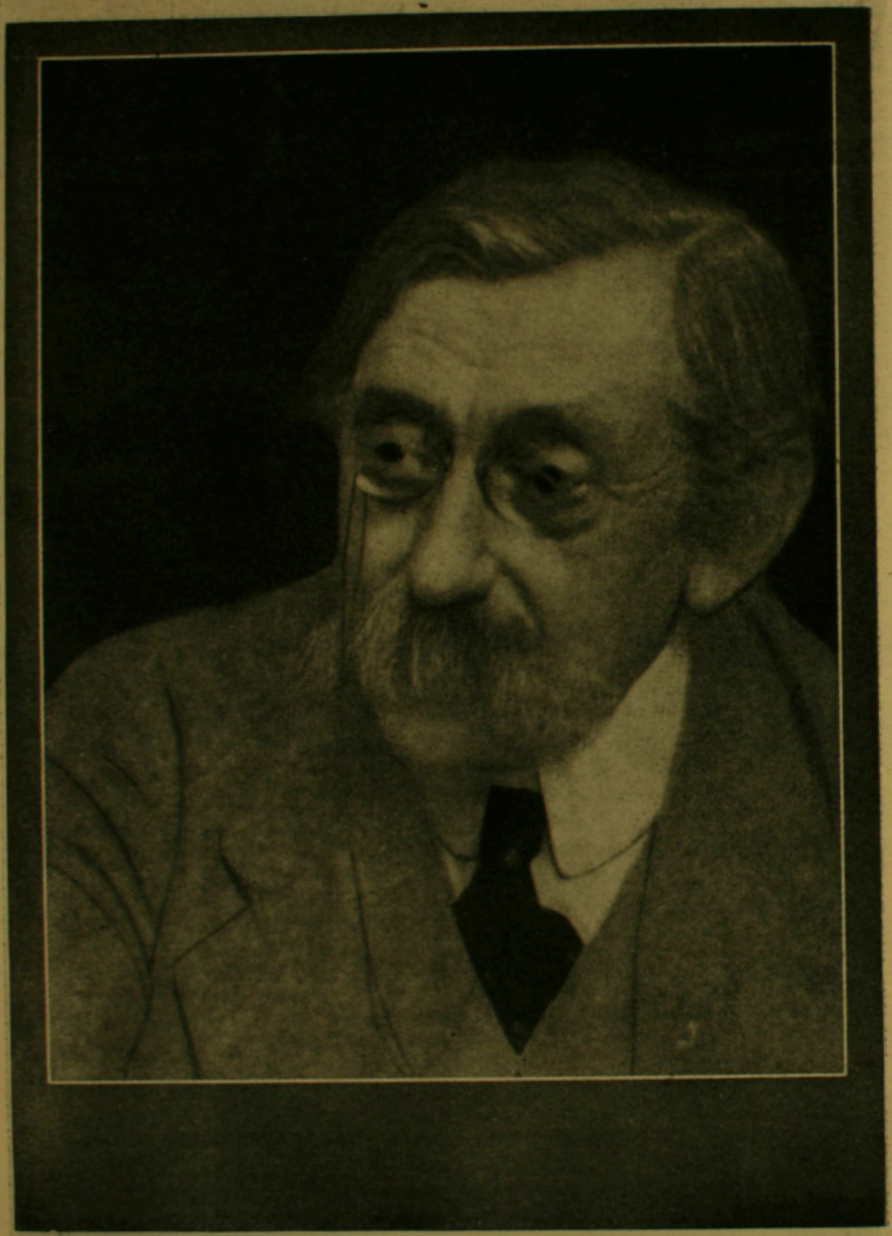
AURORA.—PARQUE FORESTAL.



SINFONIA DE CREPUSCULO.—DESDE EL CERRO HUELEN.



TARDE DE TEMPESTAD EN OTOÑO.—PARQUE FORESTAL.



EMILE VERHAERENS, EL POETA DE BELGICA.



La fuga de Bélgica.—Edouard J. Claes.

El poeta de la Belgica ha muerto

Por J. D. G.

Con ilustraciones

Emile Verhaerens, el poeta belga que acaba de morir, no era el ruiseñor de una raza y de un idioma, que cantaba en las copas umbrosas del bosque para que lo oyeran los soñadores retardados, los jóvenes desobedientes que escuchan las confidencias de la caperuza roja o los monjes solitarios que se quedan fuera del convento, embelesados con la seducción misteriosa de la naturaleza. Era otra clase de poeta; emisor poderoso de la voz de un pueblo que cumple fatales destinos históricos.

Hay en Bélgica un bosque cuyas avanzadas llegan hasta cerca de Bruselas "la Foret de Soignes", y que marca todavía el límite hasta donde pudieron llevar la dominación latina las legiones del César, Augusto y Agripa. La gran guerra de hoy no es sino la repetición de la carnicería que no ha dejado de ensangrentar la Europa Occidental, desde ese momento. Bélgica ha sido el campo de batalla. Verhaerens tenía en su arpa una cuerda vibrante y tendida en la cual daba la nota exacta del misterioso secreto de esta lucha en que la tierra, las ideas y la naturaleza no han dejado de combatir un solo instante. Cuando la floreciente nación que había cantado; cuando esos campos, donde los caminos y los hombres que por ellos marchan "tienen cientos de años, porque siguen sucediéndose de padres a hijos en el mismo trabajo de hormigas"; cuando esas llanuras surcadas de caminos, que "conducen todos hacia las ciudades"; y cuando esas mismas ciudades, cuyas bellezas, grandezas y horrores, ha descrito

con relieve sin igual, fueron invadidos y cañoneados por el enemigo secular, en una vuelta histórica de pueblos rechazados hace siglos de siglos, el poeta belga encontró acentos de extraordinario poder para llorar los dolores, para exaltar los sentimientos patrios que nacían, para coronar de eternos laureles a los reyes revelados grandes en la desgracia. Si alguien en Bélgica debió quedar herido de muerte con la invasión, fué el poeta que conocía mejor sus bellezas hondas, sus misterios milenarios, y que había descifrado los secretos de las piedras.

Pero el dolor traducido en las páginas de Verhaerens, después de la guerra, es de aquellos que vibran para encontrar vida más fuerte en **la esperanza**. Esta clase de dolor, fuente de vida, está traducido por el poeta armenio Tchobanian: "No odies el dolor y no lo temas jamás,—el cielo está insensible, cuando carece de nubes;—son las nubes las que hacen resaltar los colores—del alba del crepúsculo y de las noches de luna.—Por las aberturas de sus velos y al través de sus encajes—el azul parece más puro y más profundo;—y el arco iris esplendoroso, maravilla del cielo—es hijo delicioso de sus luchas con el sol.—Es el sufrimiento el que revela la fuerza latente—y la íntima riqueza del alma humana; sin él el alma está desnuda y vacía, sin vida y sin color—y para que en ella brille la aurora y cruce el arco iris sus nieblas interiores— es necesario este combate con las fuerzas de la vida.— ¡Pero desgraciado el que sucumbe bajo el peso del dolor!—Como el cielo invadido por un tropel de nubes,—desaparece y muere, así el alma ahogada —desfallece aplastada bajo su yugo.—**El dolor debe ser el enemigo necesario y dominado**—no odies el dolor, no lo temas; pero véncelo!"



La Catedral.—(Malines).

En su prefacio de **La Belgique Sanglante**, Verhaerens dice simplemente: "el que ha compuesto este libro, en que el odio no está disimulado, era antes de la guerra un viviente pacífico..." Y termina: "Y por ésto, como el estado de odio en que se encuentra, le parece que disminuye su conciencia, él dedica con emoción estas páginas **al hombre que existió antes...**"

Y el hombre que existió antes era **el poeta**; uno de los más grandes poetas conocidos. ¿Habéis leído esos versos de música nueva, de ritmo extraño, dedicados a las "**Campagnes hallucinées**" y a las "**Villes tentaculaires**"? Allí aparece descrita el alma de la ciudad: "Una curva de viaducto enorme—cabalga los muelles sombríos y uniformes;—un tren se lanza vertebrado y pasa.—A lo lejos, tras de un muro, allá abajo,—un barco a vapor llama con su cuerno estridente—y por los malecones y rampas y escaleras—y por los puentes y calles y pasajes,—se chocan y mezclan en largas series,—tras cortinas de brumas y humaredas,—más sombras y más sombras. —Atmósfera de azufre y de petróleo se exhala—un sol turbio y monstruoso luce; el espíritu repentinamente escapa— hacia lo imposible o lo bizarro,— crimen o virtud no sabe cuánto—domina la escena de este teatro,—donde se levanta en medio de la plaza— la construcción bañada en neblina,— de una columna de oro o de la fachada blanca— que simboliza un sueño gigante. — Ella tiene más de mil años, esta ciudad—la ciudad profunda y áspera y vigilante— y sin cesar, contra el asalto de los días— y los pueblos que minan su pesada soberbia— ella resiste el desgaste del mun-

do.— ¡Qué océano, sus corazones! ¡qué tormenta, sus nervios!—¡Qué nudo de voluntades encerradas en su misterio! Victoriosa es capaz de absorber la tierra;—vencida, es la repulsión del universo.—Siempre, con triunfos o derrotas,—aparece gigante y su grito resuena y su nombre brilla;—y la claridad que forman sus luces en la noche— lanza una flecha de luz hasta las estrellas."



Le Beguinage.—(Bruges).

Cantada con el claro-obscuro y el vigor de una agua fuerte de Brangwin ,la maquinaria de la ciudad y de su puerto, de sus defensas y de sus cavernas, el poeta se detiene frente a la Catedral que "conserva... adornada de fuego — para la universal amnistía,— ese blanco beso del último Dios —que en una hostia cayó sobre la tierra". La muchedumbre oye un clamor sobre los techos: "Afuera el esquilón suena y resuena,—con balanceo amplísimo tañendo,—eternas nostalgias, parecidas a estertores—que hacia el pasado mandan las Catedrales". Más adelante describe "el órgano que sacude con el vuelo de sus tormentas, los capiteles marfilados y las bóvedas bermejas". Y, finalmente, remata su poema con el silencio del templo: "Entretanto, desde que muere el cántico—y la antífona inocente y prismática—un duelo de incienso evaporado queda—en el trípode de plata y en el altar de bronce.—La vidriera en color donde se arrodillan los siglos—delante de Cristo con sus papas hieráticos;—y sus mártires y héroes, parece sola viviente,—al temblar con el tren, que rueda más lejos sobre la ciudad."

Pero todavía hay algo más que domina la ciudad tentacular y que exalta al poeta. "Sobre la ciudad cuyos horrores llamean,—reinan invisibles; pero evidentes las ideas". La primera de todas, es la fuerza, "extendida u oculta, multiplicada en puños, en brazos, en torsos, o bien serena, surgiendo de pronto en un cerebro supremo que seduce." Después siguen la justicia y la piedad "hermanas gemelas, madres de doble corazón, que tienden al mundo sus senos generosos para verter la luminosidad de un día clemente". Y sobre todo, "más alto que la fuerza y la justicia, que lo verdadero y lo falso y la equidad y la inocencia y el vicio, luce la Belleza". Y aquí Verhaerens llega a una real inspiración: "El Egipto rosado,—y la Grecia en oro bañada,—antiguamente la instauraron en sus templos,—nidos en donde volaban los oráculos. París y Florencia han soñado ahora el milagro, —de ser a su turno el altar donde sus pies blanquísimos,—vibrantes de alas se posarían sobre el mundo".

Pero el golpe de los martillos es tan fuerte, que su llamado a los creyentes no es escuchado por muchos. "Y, sin embargo, ella es la total harmonía que se transforma y se restaura hasta el infinito, a través de mil esfuerzos que se creen vanos. Ella es la llave del ciclo humano. Quien en ella espera se coloca fuera de la hora que marca en su cuadrante obscuro la vida. Mientras que la muchedumbre deja caer con dolor los brazos inútilmente tendidos hacia la esperanza, a menudo atraviesa en el miraje de una alma solitaria la Belleza, y pronuncia palabras sobre el futuro".

Y ¡qué hermoso es que las almas, a pesar de todo, tengan confianza en su voluntad y que tantos siglos no detengan la esperanza desde hace mil y mil años indestructible, de matar el odio e imponer el amor! Y termina repitiendo: "Sobre la ciudad cuyos horrores llamean—reinan invisibles pero evidentes las ideas".

Entre los más hermosos poemas que la ciudad sugiere a Verhaerens figuran los versos de "La Bourse", y aquellos otros



La Plaza del Museo.—(Ypres).

quemantes de "Les Spectacles". "La calle enorme y sus casas cuadrangulares,—bordean la muchedumbre y la encauzan entre sus piedras,—agujereadas de ventanas y puertas donde se refleja,—en los vidrios pequeños, el adiós de las tardes aureoladas". "Lenguas secas, miradas agudas, gestos locos,—y cerebros que en torbellino los millones cruzan,—cambian aquí sus miedos y terrores..." "Los dedos rasguñan en las pizarras la confusión de sus angustias..." "Ciertos días, cuando los desastres se pronuncian,—la muerte los comenta con suicidios..." "Se traiciona, se sonríe y se muerde,—y se trabaja la preparación de nuevas muertes". "Cínicamente se descuenta el rayo—que fulmina a un pueblo en guerra en otro rincón del mundo." Y hablando de los espectáculos crudos y desnudos para el gusto de la muchedumbre, dice esta frase elocuente: "¡Oh! pobre placer que exige presas—y muerde flores que tienen gusto a náuseas!"

Flandes es hermoso de la belleza de los siglos,—ha dicho el gran poeta, en cincelada prosa digna de sus versos, poco antes

de morir. Y tiene razón como flamenco y como poeta; porque en toda Bélgica la tierra y las piedras que sobre ella surgen, hablan de la paciente labor de una colmena que cumple callada destinos fatales. La Edad Media ha sellado cada ciudad con tres monumentos que los obuses alemanes han apuntado para cortar la fibra vital de este pueblo que conviene subyugar de una vez para siempre: la Catedral, símbolo de la creencia; el Hotel de Ville, centro de la vida comunal; la Casa de las Corporaciones, foco del trabajo y de la organización burguesa y obrera, dentro de la libertad. Pero además hay otro rincón de toda ciudad belga, muy solitario, muy apartado, en un extremo de calle donde crecen las gramíneas entre las piedras del pavimento, o en una plazoleta estrecha donde corren sueltos los pollos como en el ángulo olvidado del viejo huerto: es el **beguinage**, un beaterio donde viejas religiosas se retiran voluntariamente sin votos solemnes, para orar. "En Dixmude,—narra Verhaerens,—además de una plaza ancha y pintoresca que una vieja y maravillosa iglesia realza con su silueta, hay un **beguinage** pequeño y recogido donde se vive como en el más apartado extremo de la tierra. No se puede creer hasta qué punto el aislamiento es total. Algunas recogidas,—tres o cuatro en la mañana, cinco o seis después del medio día,—atraviesan, cada una a determinada hora, los caminos cercanos a su claustro. Una toca blanca encuadra sus rostros y pone un resplandor dulce y apaciguado en torno de sus facciones. Detrás de las ventanas, mujeres viejas, gastadas por la vida, emplean sus arrugadas manos en pequeñas obritas de encajes o bordados. En el verano toman el fresco en la puerta; pero durante todo el invierno se las divisa adentro, sentadas en el mismo sitio, sin otro compañero que el viejo libro de plegaria y la llama de los troncos en la chimenea de piedras. Ellas han formado un tesoro de este hábito y de esta monotonía. Un gran muro blanco, un Cristo en su nicho, una pequeña estatua de santa sobre la chimenea, algunas sillas de paja con cojines, esto sólo basta a sus anhelos de aseo estricto y de felicidad mínima. Realmente, si la Virgen volviera a la tierra, ella escogería para vivir recluída, después de la muerte de su hijo, tal retiro de pobreza, de calma y de bondad."

Nada es más perfecto que este cuadro sentido, bien coloreado y completo, de estos rincones belgas, que la guerra ha incendiado y cuyas cenizas ensangrentadas aventó el enemigo sin piedad. Acompaña nuestro artículo alguna reproducción de este tema, que ha inspirado a muchos artistas.

El poeta Verhaerens había escrito también últimamente algunas vibrantes páginas sobre su Rey. Cuando habla este sumo artista, es mejor cederle la palabra. Decía, a propósito de la transformación del alma belga, estas frases de tan hondo sentido histórico: "La Patria no era, para la mayor parte de nosotros, sino un pretexto para discursos oficiales y cantatas del pueblo; no éramos, por cierto, patrioteros; buen número de entre los mejores de nosotros deploraban ser habitantes de país tan pequeño. Unos habrían querido ser franceses; los otros ingleses; aun algunos,—los llamados "flamingantes",—deseaban hacerse alemanes. Hoy día, todas estas veleidades desaparecieron para siempre. Nosotros somos belgas y nada más. Lo somos tenazmente y hasta la muerte. Ahora tenemos fe en nuestra tierra, como los creyentes en el cielo."

Y así, en el día no lejano de la restauración de este pequeño reino que ha demostrado su derecho a toda la soberanía de los grandes imperios, entrará a las ciudades inválidas el Rey Mártir, con su ejército glorioso, y seguirá el cortejo del poeta, que murió soñando con estos días de esplendor y de justicia, como el legislador del pueblo hebreo, sin alcanzar a pisar la tierra prometida.

Bustamante y Maipú



General de brigada, don José Antonio Bustamante.

La historia de las batallas es obra de tiempo y de paciencia. Entre nosotros, que contamos pocas aunque sangrientas y gloriosas, todavía quedan inexactitudes e injusticias sobre las más grandes. Llama sobremanera la atención el que los cronistas más autorizados de la guerra de la independencia hayan dejado en segundo término figuras culminantes de guerreros, algunos de los cuales son chilenos y nobles ejemplares de la raza fundadora de esta República. Recordamos que hace años, revisando artículos de prensa, oímos por primera vez asociado el nombre del general Bustamante a la batalla de Maipo. Después hemos comprobado que el sol de la victoria había dejado caer sobre su brillante espada uno de sus rayos más directos, cuando como jefe de los "Infantes de la Patria" contribuyó a la decisión de la batalla. ¿Por qué se le había postergado?

En la biografía, que don Diego Barros Arana escribió sobre Borgoñc le atribuye parte principal en el rápido éxito de la batalla. Sin embargo, nada es más claro y terminante como la intervención decisiva de otros hombres de guerra, por ejemplo, el coronel Bustamante, y militares de grado inferior. En la hoja de servicios de don José Antonio Bustamante y Lazo de la Vega, caballero cumplido y soldado valeroso, se dice categóricamente: "En la batalla de Maipú, el 5 de abril de 1818, mandaba el batallón "**Infantes de la Patria**" por lo que obtuvo una medalla de la Legión del Mérito de Chile. En la expresada acción, **en el acto de atacar el enemigo nuestra izquierda, el cuerpo que mandaba en la derecha, con un movimiento oblicuo que éste hizo, asustó con sus fuerzas la columna enemiga por su flanco izquierdo, LO QUE HIZO QUE TOCASE RETIRADA E INFLUYO EN SU DERROTA MUY PARTICULARMENTE**".

Después de esta mención tan expresa parece extraña la omisión hecha a veces, del nombre ilustre de este soldado; pero la admiración es mayor, cuando se lee el oficio de 9 de agosto del 65, en que el general Las Heras manifiesta al Comandante General de Armas de Santiago que "cuando los cuerpos rompieron el fuego y los españoles avanzaron sobre el centro, del todo de nuestra línea, **el señor coronel Bustamante ejecutó el hábil movimiento de hacer oblicuar a su cuerpo sobre su izquierda**, tomando a las columnas sus flancos, lo que **sin duda contribuyó mucho** a ayudarlo a ponerlas en desorden y que dió el resultado de su **total derrota**". El almirante Blanco Encalada agregó: "Me es sumamente grato poder certificar la brillante conducta del distinguido y valiente coronel don José



Doña Josefa Saenz de la Peña de Bustamante.

Antonio Bustamante en la batalla de Maipú, en que ambos nos encontramos en la misma división bajo las órdenes del general Las Heras".

A estos testimonios podemos agregar otros tan autorizados y precisos, que han sido ya impresos en libros, artículos de prensa y revistas. Don Miguel Dávila, don Pedro Godoy y don Enrique Campino, dejaron también homenaje escrito sobre el brillo, decisión, coraje y modestia del h i d a l g o soldado, que después de haber conquistado esta gloria, se retiró al silencio de su hogar nobilísimo.



EL DIRECTOR SUPREMO

DEL ESTADO DE CHILE.

Por cuanto atendiendo al especial mérito contraido por [illegible] en la jornada de MAYPO de 5 de Abril del presente año, á la que asistio sirviendo en clase de [illegible] del Batallon de Infantes de la Patria.

Por tanto, vengo en declararle acreedor al goze de la medalla de [illegible] designada por decreto de 10 de Mayo último á los dignos defensores de la Patria en aquella célebre funcion; debiendo usar de este distintivo conforme al citado decreto. Para todo lo cual le hice expedir la presente, firmada de mi mano, sellada con el sello de las armas del Estado, y refrendada por mi Secretario de Estado, y del Despacho universal de la Guerra, de que se tomará razon en el Estado Mayor general. Dada en el Palacio Directorial de Santiago de Chile á [illegible] de Diciembre de mil ochocientos [illegible]

En el decreto del Gobierno del año 18, sobre el monumento que debía conmemorar, en el campo de batalla, la victoria definitiva de las armas patriotas, se coloca en la inscripción de la placa del norte, lo siguiente: "Cazadores de Coquimbo, comandante Thompson; Infantes de la Patria, coronel José Antonio Bustamante".

Era el general Bustamante un caballero de noble estirpe, hijo de don Francisco Javier Bustamante y Salas y de doña Nicolasa Donoso y Lazo de la Vega. Nació el año 1778 y falleció, rodeado de honores y de autoridad, el 19 de agosto de 1850. Su esposa, era una dama muy aristocrática, doña Josefa Sáenz de la Peña, que dejó de existir solamente en 1890. El general fué, como lo hemos dicho, miembro de la Legión del Mérito de Chile, general de las Fronteras del Norte, Intendente de Coquimbo, una de las tres provincias del país, vice-presidente del Congreso Constituyente de 1822, etc.

Su hijo fué también general distinguidísimo de la República, y, en torno suyo, resplandecieron, en las diversas ramas de su familia, las más esclarecidas virtudes, talentos y servicios al país.

Hace poco tiempo leímos en "El Mercurio" un artículo de redacción, en que se recordaba la injusticia cometida con un servidor público, nieto de este prócer de la independencia, que perdió su empleo a causa de la restricción de los gastos públicos en el año 14, y ha visto postergada de día en día su merecida jubilación por ley especial. El artículo agregaba que los senadores firmantes del proyecto, recomendaban las condiciones de dedicación del señor Bustamante durante el ejercicio de sus funciones en la inspección del Ferrocarril de Antofagasta. Pues bien, la lectura de las biografías de esta vieja familia, entristece cuando se ve el olvido en que las nuevas oleadas de aristocracia republicana dejan a los miembros más útiles y de la antigua tradición social de Santiago.

Ahora el Consejo de Estado ha despachado los proyectos que deben quedar incluídos en la convocatoria y deseamos que estas líneas caigan bajo los ojos de algún miembro del Gobierno o del Senado, para que se ponga en discusión la ley que jubila a don José Antonio 2.° Bustamante, heredero de las hermosas tradiciones de su casa.

Recuerdos de Juventud

En el Claustro.

Por

Josefina Smith de Sanfuentes

INTRODUCCION

Instadas por nuestra amiga, la organizadora de esta fiesta, para contribuir a ella con alguna lectura, y sin ánimo ni espacio de preparar nada especialmente, hemos debido arrancar, para complacerla, algunas páginas de ese libro a que todas cual más, cual menos, vamos agregando hoja tras hoja en el curso del vivir.

Era acaso lo menos indicado para un salón como éste, donde se conversa, se ríe y se hace música; pero habréis de perdonarnos lo excesivamente personal del tema y su falta de toda amenidad, en gracia a que cuando la vida ha sido triste, es difícil encontrar acentos alegres y a que si hablamos con frecuencia de nuestra propia alma, no lo hacemos sino para buscar mejor el escondido sendero que lleva al alma de los demás.

Ilustración de A. Bústos

Cuando se ha llegado a la mitad del camino de la vida, hay un melancólico placer en volver atrás los ojos y contemplar de nuevo, envueltos en la penumbra de la lejanía, los paisajes que otrora nos complacieron, las ilusiones en que nos mecimos y los templos en cuyo santuario nos detuvimos a meditar y decir nuestra plegaria.

Es también una manera de apartarnos de nuestra propia amargura y no ver "la cuesta de bajada que tenemos delante, con el pálido sol que la alumbra y la helada ribera en que termina". (1)

Un gran poeta ha dicho que no hay sufrimiento como

Acordarse del placer
en el tiempo del dolor.

mas si es verdad que se padece con la memoria de los bienes perdidos, no lo es menos que ese padecimiento nos sostiene en las tribulaciones y parece que hiciera alborear en nuestro horizonte la claridad de una inmortal promesa.

... De todos los sitios a que ligó nuestra existencia la suerte, más benévola, de nuestra primera juventud, hemos debido tornar siempre con especial agrado a uno que fué para nuestros labios como la fuente generosa en el desierto: nos referimos al claustro donde habitamos un año, sometidas a dura regla, cumpliendo en la más humilde y abnegada de las congregaciones religiosas los preceptos de la caridad.

Fué después de un gran duelo.

La muerte del sér que sobrellevaba la responsabilidad de nuestra existencia, nos encadenó durante muchos, muchos días sobre su sepulcro, cerca del mar, y de aquellas lentas y desgarradoras meditaciones salimos con el firme propósito de ofrecer la vida por su alma en algún convento.

A fuerza de tenaces ruegos, conseguimos vencer la resistencia de nuestra familia y se nos permitió cumplir nuestro

(1) Jouffroy.

voto a condición de elegir para ello el más penoso de todos los sitios, uno de tal naturaleza que por su solo aspecto parecía destinado a quebrantar en breve plazo nuestra joven perseverancia.

Con esta secreta idea, nuestra madre nos dejó ingresar en calidad de novicias a la orden de las hermanas de San Vicente de Paul, encargadas de los hospitales.

Tenía razón según el mundo.

Mirado con ojos humanos, un hospital es el conjunto de todo lo más horrible que guarda la tierra, algo como una anticipación del Purgatorio, adonde se entra sin saber cómo ni cuándo se saldrá y por el que los sanos y los felices de la vida pasan con un inevitable suspiro de alivio egoísta, pareciéndoles que hasta las flores tienen allí bocas doloridas y los árboles sombrías actitudes.

Sin embargo—lo hemos pensado muchas veces, después—no sólo entre los que allí sufren y se lamentan de un dolor pasajero, sino entre las que permanecen sin una queja junto a esos dolores siempre renovados, hay almas y destinos que envidiarían muchos de esos dichosos que llegan, entran y pasan con tanta presteza por los hospitales.

Mas, para comprender esta verdad, es preciso haber vivido en aquel ambiente y penetrádose hasta el fondo del corazón del espíritu divino que lo impregna.

Todos los días los mismos actos se repiten exactamente iguales y ésta que para una joven del mundo habría de ser monotonía desesperante, irá llenando poco a poco el espíritu de las hermanas con una sensación de eternidad.

Antes del alba, con la obscuridad de la noche o las luces de las estrellas en invierno, o a esa vaga claridad que precede al amanecer en el verano, dejan el lecho de hierro y dura paja, visten los bastos hábitos, heredados de alguna antecesora muerta y, después de ordenada la celda, se dirigen en largas y calladas hileras hacia la capilla. Allí la Superiora dicta el tema de la meditación del día y la comunidad se pone de hinojos para meditar. Luego una se levanta y explica en alta voz el motivo de sus reflexiones... Es entonces cuando se transparenta, como en un claro cristal, el espíritu de cada una de las monjas, tan iguales bajo sus túnicas azules y sus blancas cornetas, y divididas en el interior por las profundas diferencias de los temperamentos. Recordamos a una hermana que gustaba comparar la actitud del alma enamorada del Cristo y ansiosa de poseerle, con la fábula clásica de Psyché, esposa amantísima del Amor, pero que no puede unirse al esposo sino a través de la muerte... mientras a los labios de otra, muy joven, volvían con tanta insistencia la Oración de Gethsemaní, el sudor de sangre y el único desfallecimiento del Señor en esa hora trágica, que alguien hubo de observarle suavemente:

—Hermanita, Ud. está siempre en el Huerto de los Olivos.

¡Cuántas veces, más tarde, la hermanita de entonces ha pensado que no debió salir nunca del huerto que precede a la Pasión!

Fortificadas con estas oraciones y con el Sacramento, diariamente recibido, abandonaban las hermanas la capilla para repartirse en sus diversos oficios, preparando unas los remedios, trabajo absorbente y delicadísimo, preocupándose otras de la alimentación o la contabilidad del establecimiento y consagrándose las más, sin punto de tregua, a la atención personal de los enfermos, de esos pobres a quienes el dolor hace a menudo tan injustos, que devuelven con insultos los cuidados y hasta suelen morir maldiciendo las manos que quisieron y no pudieron aliviarlos.

Pasado el mediodía, teníamos el primer instante de reposo, que aprovechábamos sentándonos a la redonda, en sillitas muy bajas, para coser lentamente y conversar... Era la hora en que cada cual decía sus emociones íntimas y en que un lazo de amistad se anudaba entre las almas de las hermanas. Ahí las conocimos nosotros y pudimos llegar al sagrado de muchos corazones y penetrar el secreto de vidas purísimas, traspasadas de dolor y henchidas de un inmenso anhelo de santidad. Eran por aquel tiempo nuestras campañeras y confidentes predilectas dos religiosas mejicanas, expatriadas cuando la persecución con que inició su Gobierno el Presidente Díaz: sor María Búlnes, espíritu fino y elevadísimo, de ilustre estirpe y bella como un ángel, que componía en secreto poesías llenas de mística inspiración y era y es considerada con justicia como una de las ca-



bezas más hábiles y prudentes del convento; y sor Margarita, la visionaria, que descendía en sueños al Purgatorio, traía de allá noticias y había llegado a convertirse en una como mediadora entre los vivos y los muertos. Innumerables personas de la sociedad acudían a consultarla sobre el destino de sus queridos difuntos y no se retiraban nunca sin alguna nueva luz de la que en aquella mujer santa y modesta parecía resplandecer. También profetizaba y hemos de recordar siempre la terrible exactitud con que se han venido cumpliendo los vaticinios que nos repitió tantas veces, al aconsejarnos la perseverancia, con una frase del Evangelio que más tarde nos citarían labios ilustres, en horas de dolor.

Pero no nos alejemos del convento...

Al caer la tarde, reuníase la comunidad y se encaminaba repartida en dos filas, a través del huerto, hacia la Gruta de la Virgen de Lourdes, levantada en el fondo de los jardines interiores. Era una marcha silenciosa y muy dulce, después de los cansancios del día. Durante la estación del calor, veíamos ponerse el sol en el trayecto y las flores que se apretaban en los prados exhalaban todo su aroma, como un incienso natural. Las formas de las cosas se iban esfumando en la sombra que sobrevenía y en medio de la religiosa paz del ambiente, resonaba el toque del Angelus y la comunidad se detenía ante la sagrada imagen. Por el invierno, encontrábannos allí las estrellas o salía a contemplarnos, desde encima de los montes, "la faz pálida y sobrenatural de la luna". (2) Entonces todas las voces entonaban el mismo cántico:

(1) Valle-Inclán.

Ave Maris Stella!
Salve Estrella de los Mares!

repitiendo tres veces y cada una con mayor intensidad, aquel versículo de tan tierna invocación:

Monstra te esse Matrem!
Muestra que eres madre!

La onda de las voces se dilataba hasta muy lejos en la callada serenidad del anochecer y las religiosas volvían a atravesar de regreso el jardín, embalsamado de ardientes fragancias o húmedo por la lluvia y con una trágica desolación en los árboles desnudos.

Veladoras de los enfermos y de los angustiados, las alas blancas que se batían a aquella hora, en la travesía del huerto, por el viento de la tarde, parecían expresar con su cándido símbolo, el ansia de todas aquellas almas que en el vasto hospital pedían como una gracia suprema el vuelo de la muerte!

Por la noche había "la ronda": dos monjas eran designadas para velar hasta el amanecer con los enfermos y si acaso había algún agonizante, lo que casi nunca faltaba en las salas numerosísimas y siempre llenas, era preciso colocarle el biombo de aislamiento y a la luz de un candil que temblaba en la vaguedad del recinto, ayudarlo a bien morir, rezarle las letanías con que la religión despide a sus fieles en la puerta de la eternidad, y amortajar en seguida el cuerpo, dominando el espanto que su frío produce, con el pensamiento de que se tiene entre las manos el cuerpo sacratísimo de Nuestro Señor.

De este modo desarróllase la vida en los conventos de la caridad, en medio de divinas emociones y de prácticas tan austeras, que para sobrellevarlas se pide y se obtiene cada día una fuerza especial, y que el carácter forjado una vez por esa disciplina, queda animado para siempre de una energía superior con que vencer los embates de la suerte, resistir las tempestades del hogar y despreciar los juicios del mundo, con sus cobardías, sus calumnias y sus "perversos pensamientos".

Pronto, demasiado pronto, habíamos de experimentarlo...

Cuando los nuestros vieron que no sólo perseverábamos en aquella casa de penitencia y verdadera santificación, sino que cada día se afianzaba nuestra voluntad de profesar, movieron influencias a que las buenas hermanas no pudieron oponerse, y nos obligaron a salir.

Todavía no existe entre nosotros el respeto a ese sagrado signo con que la Providencia señala a sus creaturas y las elige para las diversas vocaciones.

Más que para los hombres, hay para las mujeres un camino invariable, que marca su posición, y que las lleva, contrariando inclinaciones religiosas o artísticas, hacia el término del matrimonio, fijo siempre y tantas veces fatal por el olvido que, aun allí, se tiene de consultar la afinidad de los corazones, la comprensión de los espíritus o siquiera la semejanza de los cerebros y de las culturas.

Nosotros que soñábamos con que después de los votos solemnes, tal vez se nos enviaría, como a algunas compañeras, a la obra de la propagación de la fe en países lejanos y salvajes, donde se halla la palma del martirio, hubimos de abandonar un día los umbrales que, tiempo atrás, cruzáramos con tanto gozo, y dejar el cuidado de los enfermos, las meditaciones matinales y las queridas plegarias vespertinas, para embarcarnos casi inmediatamente, tonsuradas todavía, según la regla monástica, en dirección a Europa, con nuestra familia, que nos prometía un viaje brillante y una vida fastuosa, ignorando ciertamente que sólo variaba la perspectiva de nuestro padecimiento y acaso lo hacía más hondo al quitarle su aureola.

Fueron días de trastorno y de indecible turbación los que siguieron a la despedida.

Todo se resolvió demasiado rápidamente y partimos.

...Mientras nos alejábamos de esa playa benigna donde habíamos querido plantar nuestra tienda, y se perdían en el horizonte las figuras de las buenas hermanas quedadas en el surco, volvían a levantarse en nuestro pecho sus llantos y sus tiernas palabras, y, dominándolas a todas, la voz profética de la monja visionaria nos repetía esa profunda sentencia del Evangelio, que después hemos debido murmurar tantas veces, con labios de angustia, como un lema de resignación: "El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, ¡ay de él!"

Historia de un pobrecito asesino

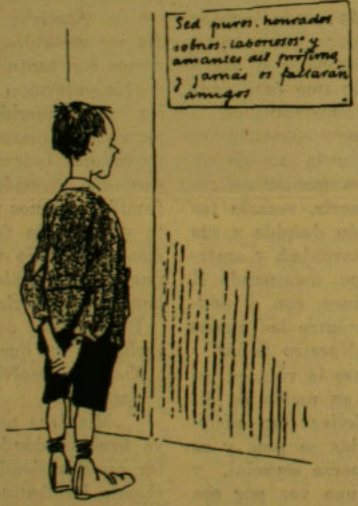
Por

MARK TWAIN

Eran parientes lejanísimos: primos en séptimo grado o cosa así.

Siendo aún unas criaturas quedáronse huérfanos de padre y madre. Los adoptaron ciertas buenas almas, los esposos Brant, a quienes el cielo no había favorecido con frutos de bendición.

Estos excelentes Brant tenían siempre en sus labios una máxima admirable: "Sed puros de corazón, honrados, sobrios, trabajadores y amantes del prójimo. Si sois todo eso, triunfaréis en la vida".



Los huerfanitos oyeron repetir la saludable máxima unos diez millones de veces mucho antes de poder comprenderla, y no sólo la oyeron, sino que la veían a diario escrita en grandes caracteres sobre la puerta de su "nursery". Puede decirse que deletreando los sabios consejos aprendieron a leer.

Eran preceptos destinados a formar la inquebrantable pauta a que debían someterse dos vidas: la de Eduardo Mills y la de Jorge Benton. A veces los Brant alteraban un poco la máxima y decían: "Sed puros, honrados, sobrios, laboriosos y amantes del prójimo, y jamás os faltarán amigos".

El pequeño Mills apenas si daba guerra. Cuando se le antojaba meterse el dedo en la nariz bastábale una mirada del padre adoptivo para apartar la tentación. Un encanto de chiquelo.

En cambio, si al niño Benton, personita voluntariosa y nada acomodaticia, se le ponía entre ceja y ceja hurgarse el apéndice nasal, no había fuerzas humanas que le hicieran desistir del empeño. El mocosuelo pataleaba y chillaba una hora y otra, hasta que para hacerle callar le dejaban salirse con la suya.

Eduardito cuidaba sus juguetes con amores de hermano; a Benton, por el contrario, le duraban lo que viven las rosas, y como, no bien los rompía, su boca era palacio de toda sonoridad desagradable, los Brant, deseosos de la tranquilidad casera, se apresuraban a rogar a Eduardito que entregase sus juguetes a "Jorgín", único modo de que enmudeciese el maldito llorón.

Crecieron los niños. Jorge llegó a ser gravosísimo a los Brant en lo relativo a indumentaria. Los trajes le duraban dos o tres días a lo sumo, y por consecuencia, estrenaba lindos vestidos a cada paso. Lo que no ocurría a Eduardito, que era muy cuidadoso y limpio.

Y ambos primitos pasaron desde la niñez a la adolescencia.

Eduardo era siempre bueno y razonable. Jorge, una calamidad completa.

A cualquiera petición del primero bastaba contestar: "Me gustaría que no lo hicieses", para verle renunciar, contento, a sus partidas de football y skating, a sus merien-

das y paseos, a sus teatros y sus circos. Toda la dialéctica del mejor orador del mundo no hubiera bastado, en cambio, para convencer a Jorge. Y como el viejo Brant carecía de fuerza dialéctica, dejaba al caprichoso Benton que hiciese mangas y capirotes de los consejos paternales.

Naturalmente, Jorge no llegó a brillar nunca por sus talentos escolares. Mas en todo lo que atañe al hombre deportivo, no había en el pueblo quien le fuese a la mano. Jorge fué campeón de teatros y circos: que nadie le aventajaba tampoco en lo de divertirse a costa de cómicos y acróbatas.

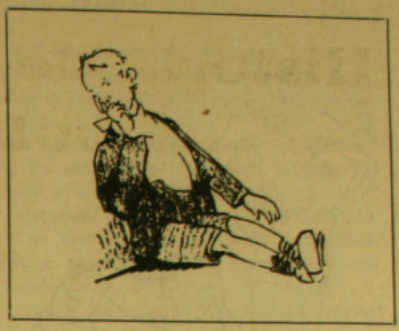
Los excelentes esposos Brant eran inexorables en un punto: su casa se cerraba, invariablemente, a las nueve de la noche. Media hora después debían estar los jóvenes recogiditos en sus lechos. Eduardo se resignaba a continuar en su blanda reclusión hasta que amanecía Dios; pero Jorge, aprovechando el sueño de sus favorecedores, abría una ventana trasera y se largaba con viento fresco en busca de aventuras. Ni una sola vez tornó a casa antes de salir el sol.

Supieron los buenos esposos Brant la depravada conducta de Jorge, y sin darse tregua acometieron la obra de regeneración del muchacho. A fin de apartarle de los vicios le hicieron un hogar agradable, gastándose muy buenos cuartos en chucherías que pudieran servirle de entretenimiento decoroso. Y era cosa de ver a los dos viejos llorando de alegría cada vez que Jorge se resignaba a compartir las monótonas veladas familiares. Los Brant estaban reconocidísimos a las bondades de Jorge. En cuanto a las de Eduardo, si bien eran los primeros en confesarlas, como después de todo no tenían nada de particular en una persona tan prudente y amable, apenas si las mencionaban alguna que otra vez, de pasada.

Por aquel entonces se impuso ya la necesidad de dedicar los mozos al trabajo.

Eduardo entró de aprendiz en un comercio, no bien inició la cuestión el jefe de la familia. De Jorge sólo se consiguió que arrimase el hombro mimándole mucho y sobornándole no poco.

Eduardo se aplicó, estudió su oficio con empeño, se hizo hombre útil y dejó de ser una carga para los Brant. Mientras tanto, el encantador Jorge se escapó del pueblo. Su vuelta costó al señor Brant dinero y disgustos a porrillo. Pero el señor Brant lo dió todo por bien empleado. ¿Qué hubiera sido del pobrecito Jorge entregado a sus malos instintos?

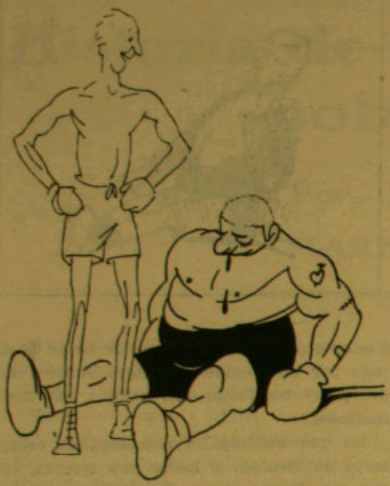


Lo que no impidió una segunda escapatoria de Benton, y hasta una tercera, esta vez con dinero ajeno. Gracias a que velaba por Jorge el inmejorable señor Brant, quien a fuerza de dólares pudo reintegrar a casa al andariego Jorge y echar tierra al proceso.

Transcurrieron los años. Eduardo, aferrado a la honradez y la laboriosidad, se convirtió en socio de su principal. Jorge continuaba, entretanto, sin trazas de mejorar. Razón por la cual todos los pensamientos de los ancianos Brant y todas las actividades de sus espíritus se encontraban en un sólo objeto: salvar a Jorge de la desgracia, costase lo que costase. Y mientras el perdulario derrochaba el dinero de sus abnegados padres adoptivos, Eduardo invertía sus horas libres en fundar sociedades benéficas, en visitar y socorrer a los pobres, en instruir a los niños de las escuelas dominicales y en otra porción de obras buenas. Pero esto no chocaba a nadie; eran inclinaciones naturales del mejor de los muchachos. Lo raro, lo sorprendente hubiera sido que Eduardo Mills se condujese como Jorge Benton.

Y los ancianos Brant fueron llamados a la presencia de Dios. Antes de morir hicieron testamento, consignando su admiración por las virtudes de Eduardo... y dejando los bienes a Jorge, porque éste los necesitaba; Eduardo, gracias a la bendita Providencia, podía valerse por sí mismo.

Sin embargo, la herencia de Jorge estaba sujeta a una condición: debía servir para fundar una sociedad mercantil, en la



que trabajasen unidos el heredero y su primo Eduardo. De no realizarse esta condición, el dinero habría de ser entregado a cierta institución benéfica, la llamada "Protectora de los ex-presidiarios". Los Brant habían dejado escrita a Eduardo una bien pensada carta, suplicándole encarecidamente que mirase con ojos de padre al infeliz Jorge y que le sirviera de escudo contra los mil peligros de la vida.

Ya se supondrá que Eduardo cumplió con escrupulosa religiosidad los mandatos de sus protectores, asociándose con su primo Benton.

¡Y qué venturosa fué la asociación comercial de Mills y Benton!... Colaborador más precioso no pudo haberlo soñado el sin par Eduardo. Si había sido Jorge antes de heredar aficionado a empinar el codo, luego que ya tuvo el porvenir seguro no disfrutaba minuto despejado el infeliz.

En tales momentos históricos aconteció una semi-tragedia. Eduardo sostenía relaciones amorosas con una bellísima y discreta señorita del pueblo. Eran unas relaciones largas; cosa de tres o cuatro años. Ambos se adoraban y tenían ya fijada la fecha de su boda.

Mas hete aquí que Jorge se introdujo en aquel paraíso. Gustóle atrozmente la joven, se declaró, la acosó con ruegos y con lágrimas, hizo multitud de locuras que demostraban la perturbación hondísima de su espíritu, y una tarde, ¡tarde aciaga para el pobre Eduardo!, fué a rogarle su prometida que se sacrificase por Jorge. Ella debía casarse con el desventurado y atraerle al buen camino. A ella se le partía el corazón en mil pedazos; ella renunciaba para siempre a la felicidad. Pero el deber moral era el deber moral. Y ella se casó con Jorge. Y quedaron inundadas de amargura dos bellas almas. ¡Todo por salvar a un desdichado!

Eduardo estuvo a dos dedos de morirse de pena. Pero logró sobreponerse al sentimiento y curó de su mal de amores, casándose con otra señorita no menos bella y discreta.

La prole no logró apartar a Jorge de las tabernas. Inútiles fueron también los ruegos de su heroica esposa. Jorge no se reformaba. Por el contrario, iba de mal en peor. Al vicio de la bebida unió el del juego. Como era hombre desgraciado, perdía cuanto atravesaba. Aligerado el dinero propio, contrajo deudas, pidió anticipos a Eduardo, hipotecó el establecimiento e hizo, en fin, tales diabluras que una hermosa mañana Mills vió llegar a incautarse de la tienda al juez de la comarca.

Eduardo y Jorge quedaron absolutamente sin tener sobre qué caerse muertos.

Conforme avanzó el tiempo se hizo más negra la miseria de los dos primos. Eduardo se fué a vivir con su familia a hediondo zaquizamí, donde una esposa y tres o cuatro pequeñuelos quedaban royendo mendrugos, mientras el jefe del hogar trotaba por las calles en busca de trabajo.

¡Hermoso pero vano empeño! Eduardo pedía trabajo, y lo pedía de rodillas y con lágrimas en los ojos; mas los corazones se cerraban a la súplica, con gran asombro de Mills. El no podía creer que todo el amor de sus conciudadanos se hubiese desvanecido tan pronto; que toda la simpatía despertada por su vida de hombre honrado y caritativo se petrificase al soplo del egoismo.

Mas tenía que admitir por fuerza la amarga verdad. Todos le abandonaban, y como era indispensable trabajar, devoró su pena y siguió buscando trabajo.

Lo encontró al fin. Era un empleo hu-

mildísimo: descargar ladrillos en una obra, con lo que acabó de desmerecer en el concepto público. A partir de aquel instante nadie volvió a hablarle ni a dirigirle el saludo.

Para colmo de desdichas, como Eduardo no pudo pagar sus cuotas en las diversas sociedades benéficas a que perteneciera en sus buenos tiempos, tuvo que pasar por el duro trance de ver rechazadas sus peticiones de socorros.

Y en tanto que Eduardo Mills se sumergía definitivamente en el océano de la desestimación pública, Jorge Benton disfrutaba cada vez en mayor escala del cariño de sus coterráneos. Un día lo vió alguien tendido en una cloaca, harapiento y borracho.

Era un cofrade del "Refugio de alcohólicos", que proveyéndose de unos garfios extrajo al beodo de la inmundicia. Luego se le llevó al asilo, le tuvo allí dos semanas tratado a cuerpo de rey, y, por último, hubo de proporcionarle cierto decoroso empleillo. La meritoria acción del cofrade fué publicada por todos los periódicos de la localidad.

Como no podía ser menos, aquella publicidad atrajo la atención pública sobre la interesante figura del pobrecito Benton.

Incontables fueron las buenas almas que, luego de visitarle y prodigarle confortaciones morales, coronaban su laudable obra de un modo substancioso.

Jorge se regeneraba a pasos agigantados. En dos meses no volvió a catar el vino. Dos meses durante los cuales Benton fué el niño mimado de las gentes caritativas.

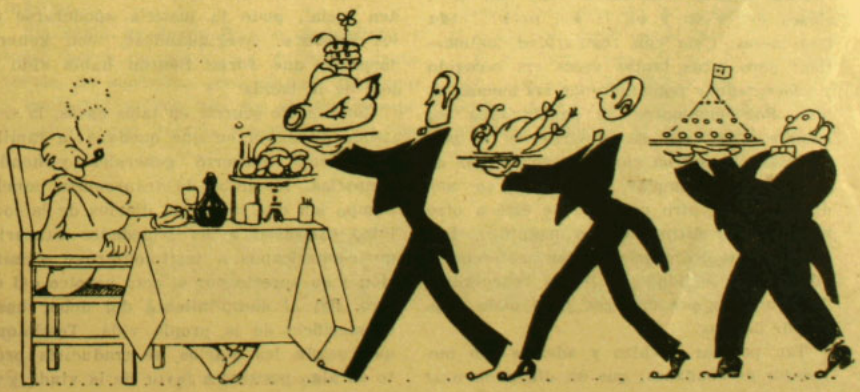
Pero una tarde volvió a caer en la cloaca, si no tan harapiento como la primera vez, con una tajada cúbica.

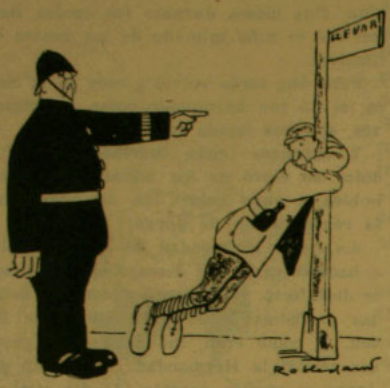
Y entonces ¡cuán inmenso alarido de dolor se elevó de los millares de pechos nobles a cuyo calor iba desarrollándose la regeneración de Jorge!

La noble Hermandad del Refugio volvió a hacerse cargo del descarriado. Le limpió, le desinfectó, le alimentó y oyó con delicia las promesas de arrepentimiento de Benton. Y como eran, indudablenente, promesas serias, la Hermandad reconquistó para Jorge el empleo perdido. Al día siguiente todos los periódicos de la localidad se ocuparon de la meritoria acción. La ciudad quedó inundada de lágrimas; fueron lágrimas dulcísimas derramadas a impulsos de una ternura universal. No hubo quién permaneciera insensible al júbilo de haber regenerado por segunda vez a la mísera víctima de la fatal vida.

Hasta llegó a celebrarse una gran asamblea de las sociedades de temp'anza. Menudearon en ella los discursos, unos discursos elocuentes y sentidísimos, donde se ensalzaba la virtud y se fustigaba sin piedad el vicio. De pronto, levantándose de nuevo uno de los oradores, exclamó:

—¡Ah, mis queridos hermanos!... Como digno remate de esta hermosa asamblea, permitidme que os ofrezca un espec-





táculo conmovedor. A buen seguro que ninguno de vosotros podrá presenciarlo sin lágrimas en los ojos...

Hubo una pausa elocuente, luego un rumor y tras del rumor un estremecimiento... En la plataforma presidencial acababa de aparecer Jorge Benton, el regenerado, sirviéndole de escolta de honor las damas más ilustres de todas las hermandades benéficas y sociedades de templanza. Una salva atronadora de aplausos saludó a Jorge; dos mil voces gritaron unánimes: "¡Hurra por el regenerado!", y cuatro mil manos se disputaron la honra de estrechar la del converso, cuyo sueldo fué mejorado al día siguiente de la asamblea. Todos los periódicos de la localidad se ocuparon con elogio de la meritoria acción.

Jorge Benton continuaba recayendo en la cloaca del vicio y en la del pueblo cada tres meses. Caía con regularidad matemática; pero otras tantas veces era recogido y adecentado y regentado por las buenas almas. Por momentos se popularizaba su nombre. Casi, casi se convirtió en la personalidad conspicua entre las conspicuas de aquella urbe ejemplar. De un empleo mediano pasó a otro regular; de éste a otro bueno, y por último a otro magnífico. Las horas libres dedicábalas a dar conferencias públicas en calidad de beodo regenerado. Tuvo oyentes por millares y no mala cosecha de dólares.

Tan popular se hizo y además tan merecedor de confianza, que un día pudo usar el nombre de un caballero acaudalado y estafar a un Banco. Altas influencias le salvaron de ir a presidio por toda la vida. La condena quedó reducida a dos años de cárcel.

Funcionaron las asociaciones filantrópicas y los dos años se redujeron a menos de uno.

Cuando salió Benton de la penitenciaría encontró en la puerta a la "Sociedad de Amigos de los Presos", cuyos dignos representantes se apresuraban a ofrecerle un pequeño empleo en cierta oficina particular. Durante una semana llovieron sobre Jorge los consejos saludables, las frases de esperanza y las monedas de a cinco dólares.

Entretanto, Eduardo Mills había solicitado infructuosamente el apoyo de los "Amigos de los Presos". El pedía solamente trabajo. Los "Amigos" se limitaron a preguntarle:

—¿Pero es que ha estado usted preso alguna vez?

Y como Eduardo no podía alegar esa circunstancia favorable, fué rechazada de plano su solicitud.

. . . . . .

Transcurrió el tiempo. Eduardo Mills había logrado vencer los embates de la adversidad. Paso a paso acababa de conquistar el cargo de cajero de un Banco. Eduardo hacía guardia una noche junto a la caja de caudales. El Banco fué asaltado. Quisieron forzarle los malhechores a revelar la combinación de la caja. Pero Eduardo despreció las amenazas. Entonces le mataron.

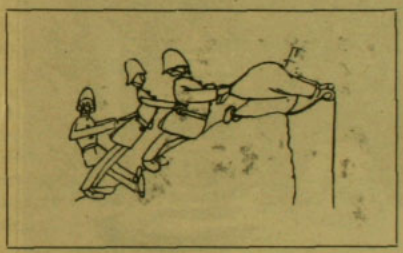
Afortunadamente para la causa del orden social, pudo la justicia apoderarse de los asesinos, averiguándose, con general sorpresa, que Jorge Benton había sido el jefe de la banda.

Como suele ocurrir en tales casos, la tristísima situación en que quedaba la familia del muerto despertó generales y hondas simpatías. No hubo de transcurrir mucho tiempo sin que todos los diarios de la localidad excitasen a las sociedades bancarias norte-americanas a testimoniar su admiración y su aprecio por el acto heroico del cajero, fiel al cumplimiento del deber hasta el sacrificio de la propia vida. Testimonio que, según los diarios, se traduciría pronto en algo positivo a favor de la viuda y de los huérfanos.

Naturalmente, las sociedades bancarias respondieron a su excitación. Y ocho días más tarde llegaba a manos de la viuda de Mills un torrente de oro, cerca de 500 *dólares* en hermosas monedas recién acuñadas. Lo que representaba un sacrificio de tres o cuatro mil centavos para cada casa de banca de los Estados Unidos.

La a que perteneciera Mills probó su gratitud tratando de demostrar $a + b + c = d$ (aunque no lo consiguió) que el sin par funcionario tenía sus cuentas harto enmarañadas, razón por la cual había atentado contra su vida saliándose los sesos con una cachiporra de acero.

Volviendo a Benton, digamos que fué juzgado rápidamente y sentenciado a última pena. La familia Mills quedó olvidada, relegada a último término, ante lo tremendamente sensacional del suceso. Hasta los más duros de corazón dejaron su indiferentismo para dedicar a endulzar los últimos instantes del pobrecito asesino, ya que las altas influencias puestas en juego



para salvarle del patíbulo habían resultado inútiles.

La celda de Jorge Benton desbordaba a todas horas de señorones, de damas lacrimosas, de señoritas piadosísimas, que iban a confortar al reo con sus consuelos espirituales y con lo más substancioso de las despensas. La celda de Jorge Benton no era, no, la antesala del cadalso, sino hermoso jardín impregnado del suave olor de las rosas, que enviaran allí a carretadas las almas buenas y románticas.

Y así fué cómo pasó sus postreras ho-



ras de vida terrena el excelente Benton. Le ahorcaron ante numerosísima y selecta concurrencia; quizá, y sin quizá, lo más selecto que la región podía producir.

La tumba del pobrecito asesino tuvo flores frescas durante muchos meses y la lápida sepulcral ostentó este epitafio: "*Aquí yace quien luchó grandemente y luchó bien*".

La fosa sepulcral de Eduardo Mills rezaba así: "Sed puros de corazón, honrados, sobrios, trabajadores, amantes del prójimo y jamás..."

No se pudo saber nunca quién había mandado borrar el resto de la sabia máxima. Pero el caso es que aparecía borrada.

Dícenme ahora que la familia del cajero está muriéndose de hambre. Hará mal en precipitarse. Porque según acabo de saber, dos docenas de personas dignísimas han resuelto no dejar sin la debida recompensa el noble acto de Eduardo Mills.

Y, al efecto, luego de reunir por suscripción pública 42,000 duros, los piensan dedicar a la erección de una capilla conmemorativa dedicada al heroico funcionario.



EL POETA GABRIEL D'ANNUNZIO DICTANDO UNA CONFERENCIA EN ROMA.

Las preces de la guerra

Por

Gabriel D'Annunzio

POR EL REY.

Salva al Rey, que dejó con el armiño
la púrpura, y al par de sus soldados
viste de paño gris.
Sus polainas del foso hunde en el lodo
buscando, oh! Dios, en los nevados Alpes
tu prodigio feliz.
Salva al Rey, que comparte el pan obscuro
con el que lucha y no desdeña dura
piedra a su descansar,
Como a sus breves sueños, heno o paja,
fijos siempre en las sombras de batallas
con angustia mortal.
Protege al Rey solícito, amoroso,
cuya firme mirada en casta fuerza
cambia el triste dolor,
Al Rey que lleva en la frente una arruga
honda y si enjuga una sien palpitante
tiene extraño dulzor.
Protege al Rey de la vida sencilla
que inclínase a mirar la bella herida,
rosa de su reinar,
Y sobre la sonrisa de los muertos,
esa inmortal sonrisa de los muertos,
alba de su reinar.

* *

POR LA REINA.

Y a ésta que la Vila, con un canto
coronó, la de suelta cabellera,
copiosa como aquella que Geyrósima,
la pía. abandonada entre sus lágrimas,
a Móncilo, llamado leal hermano,
mira a ésta, Señor.
Volaron sobre el Monte Negro, allá,
las doce águilas blancas con gran ruido.
Y una voló sobre su pensamiento
y la cubrió de un velo ensangrentado,
El viejo padre, cándido guerrero
llora allí su dolor.
Se alzan en el confín serbio, a bandadas
cuervos ávidos. El valle de Boiana
enrojece a lo lejos. Y la noche
no tiene estrella sobre el Monte Negro.
"Mis halcones de pie!" clama en un grito
el viejo luchador.
"Mis halcones de pie!" aquel rey canoso
grita. Sin pan, sin agua están, sin sueño
en los ojos, lucharon día y noche;
Mientras nevó en el Monte y hubo guerra,
nieve comieron y bebieron nieve
callando su dolor.
Implora por el Rey, la Reina, su hija,
que vive entre dos ansias suspendida,
Cuál de ellas es más cruel, la de aquella áspera
Cernágora o la otra allá en el Carso?
Hacia ésta inclina, la rezante, la alba
sombra de su fervor.
Ruega por dos valientes reyes, hija
y esposa, vela al par sobre dos llagas,
herida a un mismo tiempo a ambos costados.
Elena, Virgen Nuestra, de las dos
espadas y dos veces, ya, gloriosa.
Tú, guárdala, Señor!

* *

POR CADORNA

Este que ves aquí sobre las cartas,
fué tallado en granito de Verbano
y cincelado en él y en él la fuerza
superó al arte de maestra mano.
Su cerrada virtud nueva parece
en la porfía de una antigua cepa,
habituado a sufrir está y aguarda
con toda fe el destino de su estrella.
La formaron los siglos, como oculto
diamante que ni el yunque desmorona
y el genio del destino le grabó
el místico e imperial sello de Roma.
Mira su viril rostro con la huella
del tiempo, el surco que el estudio cava
en la tristeza de la carne y firme
a su acción destructora al hueso le halla.
Puedes contar fatigas por arrugas,
sus años recorrer, signo por signo,
joven está el cerebro, y en él arde
su voluntad igual a un fuego vivo.
En él revive el gesto de aquel justo
cuya frente el oprobio ruín ciñó,
sin llegar a borrar en ella el signo
del héroe de Platea y Marathón,
contempla sus robustos maxilares,

esa severa fuerza de su boca
de donde brotan la orden y el castigo
y la luz la que da a sus cejas sombras,
fija en los claros ojos; que aparecen
lanzar el alma sin medir distancia,
En todas armas está él sin armadura
y en su puño domina la batalla.
El llano, el pico agreste, con la arcilla
la roca, el muro, el foso y la laguna,
viven en él lo mismo que sus venas
y huesos; signos son de su fortuna.
El es la tierra y es el atacante
la fuerza de los hombres él respira,
en él tiembla y palpita y se enfurece,
ríe y canta y combate y agoniza.
Oh, Dios de Italia, nunca de tu mano
la sombra apartes de su noble frente
más fuerte que otras. El te jura tanta
sangre no haber vertido inútilmente.
El se prosterna como el oblador
que juntaban piamente las manoplas
en medio del fragor de la batalla
si una flor encontraba, portentosa.
Piensa en su casa sobre el quieto lago,
por cuya puerta ornada de guirnaldas
a pasar volverá el tercer Cadorna
ansioso sólo de silencio y calma.
Y en frente de las dos sombras severas
y mudas mostrará sus altos votos,
los grandes hechos llenará escuchando
de los electos el divino coro.
Oh, Dios, por este Guía que nos parte
tu pan, te pido me oigas con clemencia.
Aguza su certeza. En nuestros pechos
clava también, oh, Dios, esa certeza!



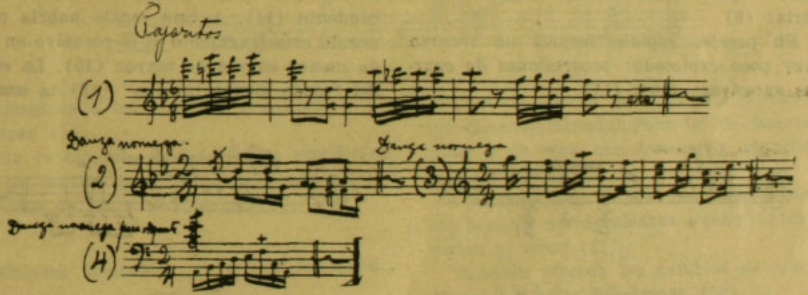
Grieg y sus obras

Por

Humberto Allende

Ilustraciones musicales

Eduardo Hagerup Grieg, hijo del Cónsul de Inglaterra en Bergen, nació en esta ciudad el 15 de junio de 1843. Recibió de su madre las primeras nociones musicales y completó su educación artística en el Conservatorio de Leipzig, desde 1858 a 1862. Fueron sus profesores: Moscheles, Hauptmann (*), Richter, Reinecke y Wenzel. En 1863 fué alumno de Gade, en Copenhague. En 1866, se radica en Cristianía, donde dirige los conciertos filarmónicos; pero vuelve, en 1880, a Bergen para consagrarse desde entonces enteramente, a la composición. A excepción de la música religiosa Grieg ha abordado todos los géneros de música vocal e instrumental. Es el representante más autorizado del arte musical noruego. Sus piezas rústicas—escenas de la vida campesina, etc.,—son trozos maravillosos; la multiplicidad de efectos impuestos aquí al piano (hasta la imitación parlante de los viejos instrumentos de música popular) casi supera los recursos del instrumento. Y es allí, precisamente, donde se admira la superioridad y la libertad de



inspiración del artista, que sabe servirse de la materia para la realización de la idea. Por grande que sea el mérito del noruego y del patriota al apreciar en su valor las características y queridas melodías del país natal, está sobrepasado por la esencia soberana con la cual el maestro compositor maneja estos elementos, los reviste de una armonización nueva, los transporta en alas de su fantasía a las regiones superiores del pensamiento. Grieg escribió sólo 74 obras, número si se quiere insignificante, pero de tanto interés que han bastado para hacerlo inmortal. En todas se nota una determinada personalidad artística y en todas también se nota que no han sido escritas por el sólo hecho de poseer la técnica musical, sino que se ve en cada una el efecto de una emoción hondamente sentida.

Analizaré sus recursos, que son de grande interés para los jóvenes compositores.

Giros melódicos

Las líneas melódicas las hace girar, con preferencia, sobre las 5as. de los acordes y aún dispone sus acompañamientos de modo que los acordes simultáneos o arpegiados presenten su 5.a en la parte más aguda. (1), (2), (3) y (4).

El trozo lírico "Sonidos de campanas"

(*) Autor del "Tratado sobre la naturaleza de la armonía y de la métrica", cuyo sistema se basa en la oposición absoluta de las dos consonancias mayor y menor. Esta importante obra, que tanto ha influído en los compositores modernos, fué perfeccionada por Ottingen en su trabajo: "Desarrollo de la armonía".

está escrito casi en su totalidad en esta forma.

Otro recurso de que se sirve con frecuencia es el empleo de las dos notas extrañas que se hallan sobre la 5.a de las triadas mayores o menores, a modo de "apoyatura" y "sobre-apoyatura", (5), (6).

Grieg, como la mayoría de los compositores modernos, no siente la tan comentada atracción de la sensible hacia la tónica, sino que generalmente la hace descender a la dominante. (5), (6), (7), (7-B) y (8).

Pero el recurso que ha tratado con más acierto, es, sin duda, la "apoyatura invertida". Antes de analizar este elemento, es conveniente que se recuerden las teorías de los tratadistas clásicos sobre la apoyatura: según éstos, apoyatura es una nota extraña al acorde, que debe aparecer en tiempo fuerte o parte fuerte de tiempo, seguida de una nota armónica inmediata. Grieg invierte esta prescripción: da el lugar de apoyatura a la nota armónica y a ésta el de la apoyatura, que la hace saltar libremente: (4), (8). El giro vulgar de esta línea melódica sería: (9).

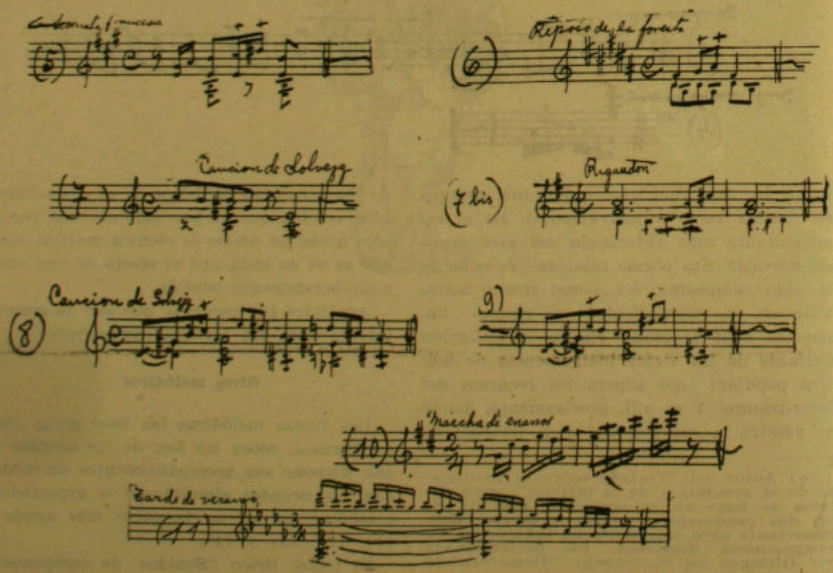
En pasajes rápidos emplea un recurso muy poco explotado: progresiones de cuartas sucesivas: (10), (11).

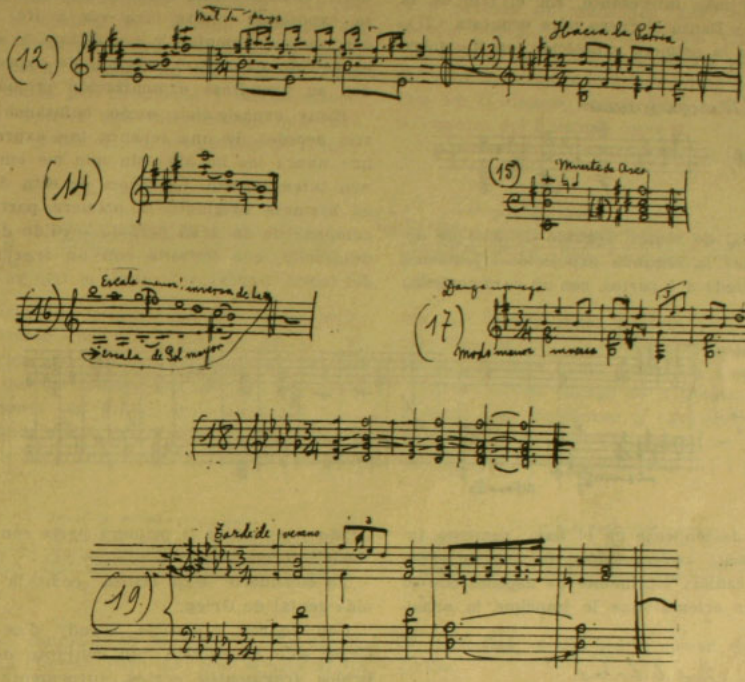
Figuras rítmicas

Este es uno de los elementos que más descuida Grieg. En sus obras no se observa la libertad y riqueza rítmica de los compositores modernistas como en Cyril Scott, por ejemplo. Sin embargo, usa con frecuencia un procedimiento muy interesante, que consiste en interrumpir violentamente figuraciones rápidas por silencios o acordes tenidos, o lo que en terminología musical se llama cambio brusco de agógica. Tal es el trío del II vals a cuatro manos, Op. 37, y el desarrollo de la primera parte de la I Danza noruega para gran orquesta.

Variedad de escalas

Es uno de los primeros compositores que usa la escala resultante de tres acordes mayores superpuestos, partiendo desde la tónica: (12), (13). Mas no emplea la inversa menor, es decir, la escala que resulta de tres acordes mayores en denominación descendente (14). A esta escala habría pertenecido este fragmento si lo resuelve en triada menor en vez de mayor (15). La escala del "modo menor inverso" (16) la usa con





preferencia a las menores armónicas y melódicas (17).

No le conozco composiciones sirviéndose de las escalas por tonos, pentáfonas u otras, además de las mencionadas (*).

Enlaces armónicos y formas musicales

Es en el principal elemento del arte musical donde se ve el gran talento de este notable músico. Muy pocos compositores del siglo XIX me han impresionado más profundamente con sus armonías, que Grieg. Siempre distinguido, emocionante, noble.

Trata con extraordinario talento las "falsas relaciones": con este simple acorde (18), cuyas partes intermedias efectúan lo que se llama "notas que dan vuelta". Grieg hace un trozo encantador sirviéndose de aquel "defecto"... (19).

En las progresiones usa generalmente acordes de 9.a de dominante sin resolverlos, pasando directamente del de una tonalidad al de otra, con frecuencia, sin parentesco armónico (20).

Corrientemente inicia sus composiciones con acordes pertenecientes a tonalidades extrañas al trozo (21).

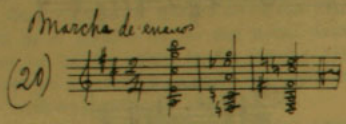
También efectúa los cambios de acordes en parte débiles de compás (22).

Es muy característica la progresión cromática de dos partes de un acorde de 7.a, mientras las otras dos quedan tenidas (23), (23 bis).

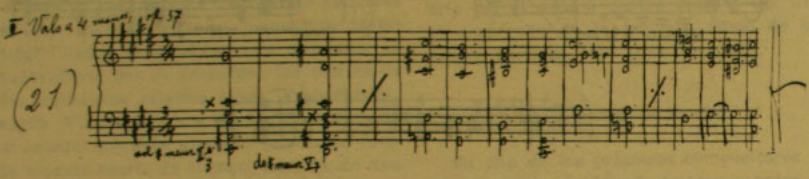
Y es admirable el valor expresivo que sabe darle a la variada armonización de una nota repetida en la parte aguda (24), (25). Con la armonización diferente de un período musical, Grieg logra producir los efectos de emoción más intensos, en aquellos capaces de sentir las bellezas armónicas y que no se preocupan sólo de las líneas melódicas. Así, el primer tema (26) del II tiempo de la Sonata para violoncello y piano está armonizado de tres maneras diferentes.

(*) A propósito, Busoni ha escrito un estudio sobre cien de las principales escalas en uso.

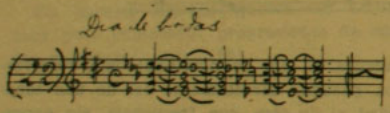
a cual más interesante. En el trío de la primera Danza Noruega para orquesta (27), aparece la primera exposición, en Re, sobre



un pedal de tónica, seguido de otro de dominante; la segunda exposición, ricamente armonizada a 5 partes, con su característica



escala descendente en el bajo, aumenta intensamente su expresión; la tercera exposición cambia totalmente de aspecto con el carácter oriental que le imprime la armo-



nización del modo "menor inverso", sobre un pedal de Fa sostenido y el contratema por movimiento contrario; la cuarta exposición aparece en contrapunto doble, es decir, el contratema sobre el tema; la quinta exposición vuelve otra vez a Re, pero con nuevas armonías, y, por último, la sexta exposición expone el máximo de expresión con su grandiosa armonización cromática.

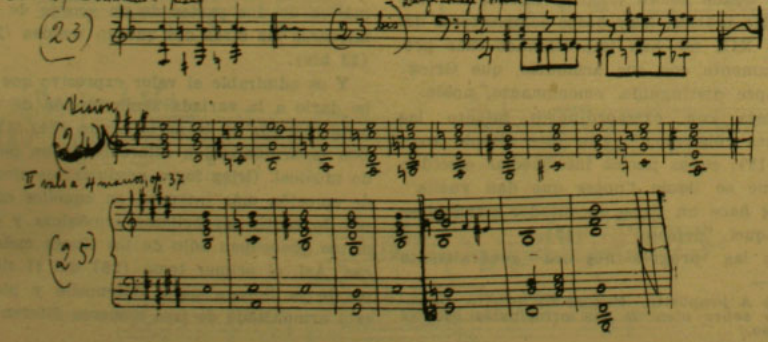
Estas exposiciones están enlazadas por tres acordes de una ternura tan expresiva que nunca los he oído sin que me emocionen intensamente. La forma de esta danza es bastante original: la primera parte se compone de un gran período seguido de un desarrollo, que termina con un fragmento del tema, "aggravato"; sigue el trío ya ana-

lizado y se repite la primera parte con una "coda" termática.

Yo considero esta Danza como la obra más genial de Grieg.

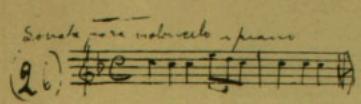
Con cuánta injusticia D'Indy dice que Grieg sólo ha escrito "un conjunto de híbridos fragmentos cortos, torpemente hilvanados o sólo yuxtapuestos sin apariencia de orden ni de unidad en la concepción y la realización".

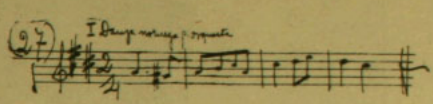
Y para probar su mal intencionado juicio, analiza la sonata para violoncelo y piano, Op. 36. En este análisis sólo se preocupa, en tono de burla, de contar las repeticiones de frases melódicas, sin tomar en conside-



ración sus maravillosas armonías. "He ahí, dice, la medida del "sentido musical" del autor: bizarra manera de concebir la "idea" en música, después de los grandes ejemplos dados por Beethoven y tantos otros!"

Un espíritu mal intencionado que conociera la sonata en Do, para piano, de D'Indy,

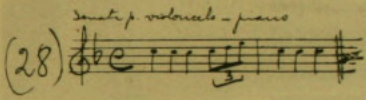


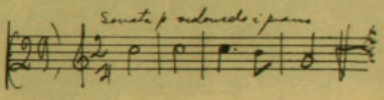


pensaría que lo que a su autor le ha hecho expresarse con tanta crudeza de la obra artística del músico noruego, no es otra cosa que su impotencia para producir composiciones tan hondamente sentidas.

D'Indy opina que la sonata para violoncelo y piano de Grieg no merece ser calificada "composición musical" y aún menos "forma cíclica'. Pero mal que le pese al Director de la Schola Cantorum esa sonata tiene forma cíclica y cualquiera puede comprobarlo: el primer tema del II tiempo (26) es el segundo tema del I tiempo con las notas del tresillo invertidas (28); el puente o período de transición (29) del III tiempo deriva del segundo tema (30) del I tiempo. Y en el orden armónico, para citar sólo un caso, en el enlace del compás 13.o del II tiempo, encontramos la sucesión de acordes del I tiempo, letra B.

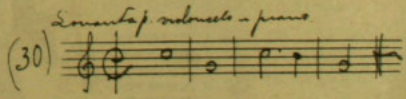
No debemos extrañarnos de la ligereza con que D'Indy juzga a Grieg, pues ya hemos visto en su "Cours de Composition Musicale" analizar como forma de sonata al "fugato", último tiempo de la sonata Op. 10 número 2, de Beethoven, y considerar como puente a la primera exposición (en Do bemol mayor) del segundo tema del I tiempo

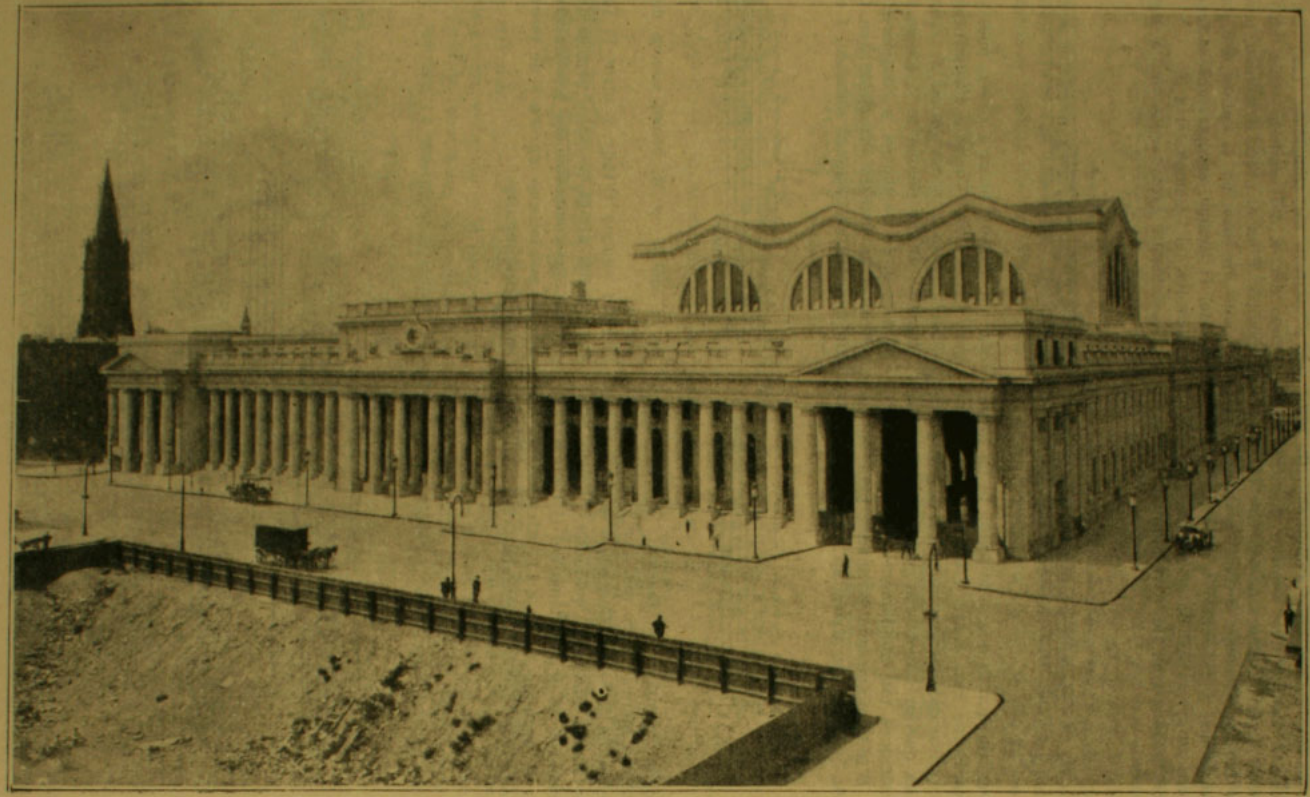




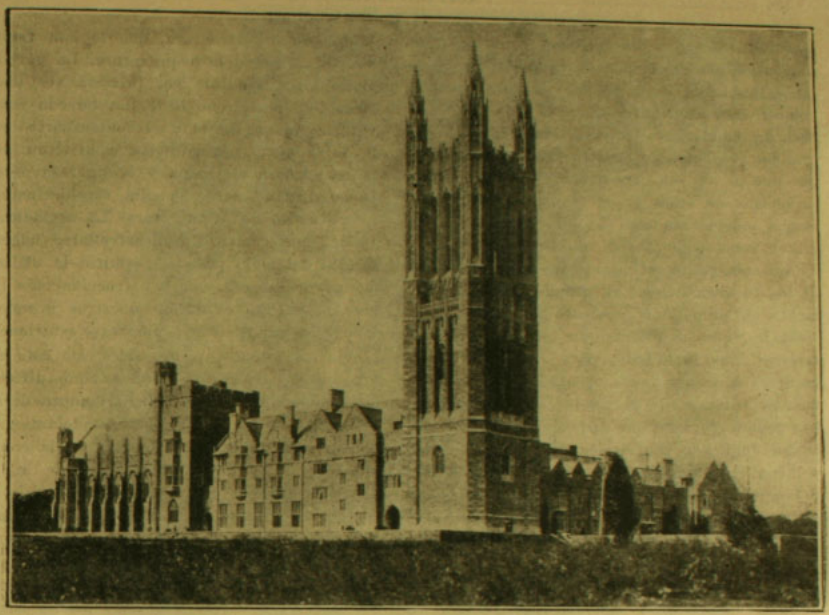
de la sonata en Mi bemol menor, de Paul Dukas.

Pero aunque D'Indy y otros lo juzguen mal, Grieg vivirá siempre, porque siempre vivirán sus composiciones privilegiadas, llenas de patriotismo sincero y de ternuras y emociones infinitas.





La estación del ferrocarril de Pensilvania en Nueva York.



El Colegio Superior de la Universidad de Princeton, Nueva Jersey.

Veinticinco años de arquitectura Yanki

Ilustraciones fotográficas

Con este título apareció en una edición de The Architectural Record un artículo de A. D. F. Hamlin sobre el notable progreso y adelanto de la arquitectura en los Estados Unidos durante el último cuarto de siglo. El autor divide el medio siglo transcurrido desde la época de la Guerra Civil en dos períodos, tomando el año 1891 como término de la era del primitivo renacimiento de la arquitectura moderna estadounidense y como principio de la nueva. En su artículo diserta acerca del despertar del arte en 1876, de la eminencia de célebres arquitectos tales como Richardson, Hunt, Post, McKim, Mead, White, Peabody, Stearns y otros; de la aparición de veintenas de jóvenes, educados en París; del establecimiento de la Escuela de Arquitectura de Columbia y de otras de la misma clase; de la apertura de nuevos museos y escuelas de arte y del ensanche de los ya existentes, etc., factores todos que desarrollaron una afición al arte sin precedente, marcada por la confianza y la inexperiencia de la juventud, menos consciente de sus deficiencias que de sus oportunidades. No obstante, en el último cuarto de siglo se ha perfeccionado y alterado sobremanera la arquitectura. Al presente hay centenares de hábiles arquitectos donde sólo había 10 en 1891, principiando a repletarse las filas. Lo que hasta ahora se ha llevado a cabo es mucho mayor que lo que se hizo en el cuarto de siglo anterior; la producción media es inmensamente superior; las grandes obras maestras sobrepasan indudablemente a las del período anterior; el gusto general del público se ha refinado de manera notable, pero la primitiva afición ha desaparecido en su mayor parte. Los re-

querimientos que se les exigen al arquitecto han aumentado enormemente la complejidad de su labor, habiendo sobrepasado la lucha por la competencia los límites de una generosa y entusiasta emulación. La comercialización de los grandes proyectos de construcción ha hecho surgir nuevos y con frecuencia desconcertantes problemas de ética y práctica profesional. Los rasgos más alentadores de la situación se describen como sigue:

Por otra parte, el arquitecto estadounidense de los 20 últimos años ha gozado y goza actualmente en proporción creciente de multitud de ventajas, que no disfrutaron los de épocas anteriores. Las facilidades para el estudio y los recursos docentes han aumentado en grado sumo. El volumen de la producción literaria sobre arquitectura de que disponen las bibliotecas se ha duplicado. La Sociedad de Bellas Artes y Arquitectura ha dotado a todas las regiones del país de talleres o estudios, estimulando las oportunidades para el mejoramiento del arte del dibujo y del dibujante. El notable refinamiento del gusto público y el grado de ejecución han dado margen a una calidad de trabajo que no se conocía hace 25 años, excepto en muy pocos centros y esto solamente en casos excepcionales. El arquitecto moderno tiene a su disposición materiales y medios, tanto para construcción como para ornamentación, que surgieron durante el último cuarto de siglo. Los concursos han sido metodizados por reglamentos, que han reducido sobremanera los escandalosos métodos que eran de uso corriente. La profesión de la arquitectura ha sido elevada a un nivel más alto en la estimación pública, así como en el timbre y norma de su propia función. El instituto estadounidense y otras corporaciones de arquitectos han desarrollado en todo el país tal espíritu, tal solidaridad y tal comunidad de intereses que han avanzado en armonía con la creciente intensidad de composición.

El señor Hamlin considera que los dos rasgos principales del progreso arquitectónico del país han sido el desarrollo de la construcción de armadura de acero y la influencia de las grandes exposiciones. A este respecto se expresa así:

La armadura de acero tuvo su verdadero origen en 1889; pero el año de 1891 la vió aceptada como algo más que un simple experimento, así es que podemos decir que de entonces data su adopción definitiva en la arquitectura estadounidense. De ahí que sea justo que se le considere como el cuarto de los grandes adelantos de la estructura, que le han facilitado nuevos medios a la arquitectura. La bóveda romana hizo asequible por primera vez una inmensidad de terreno libre. La bóveda con nervaturas, el arbotante y el contrafuerte crearon la armadura de albañilería e hicieron posible la majestuosa elevación y la ligereza aérea de la catedral de la edad media, estableciendo otro nuevo estilo de arquitectura. La armadura metálica, que comenzó a desarrollarse hacia mediados del siglo pasado, permitió la utilización de mayor espacio y la construcción más ligera, sin lo cual no existirían nuestros grandes salones de exposiciones, nuestras estaciones ferroviarias y nuestros arsenales. De esto surgió otro estilo de arquitectura aunque difícilmente reconocido como tal. La armadura de acero, que es el último de los cuatro adelantos, trajo consigo mayor altura y ligereza en la construcción, ha eximido la arquitectura de las pesadas paredes que por espacio de años le impidieron remontarse en forma distinta de la frágil y hermosa pero prácticamente inservible de la espiral. Todavía no hemos resuelto el problema del procedimiento artístico ideal del rascacielos, pero hemos avanzado mucho hacia él, habiendo sido dotada nuestra arquitectura entretanto de medios y recursos enteramente nuevos.

Si la influencia que tuvo la Exposición Colombina fué menos revolucionaria que la invención de la armadura de acero, su alcance fué, no obstante, mucho mayor. Al acordar la adopción de una línea de cornisa uniforme y de un estilo general neoclásico o renacimiento para el exterior de los edificios principales, los 10 arquitectos que colaboraron en esa notable empresa firmaron la sentencia de muerte del sobreviviente estilo románico Richardsoniano. La "Ciudad Blanca" no fué calificada por muchos de nuestros visitantes franceses sino como proyecto de escuela arquitectónica. Como en Europa había comenzado el movimiento de protesta contra lo académico y tradicional, a los habitantes les sorprendió y desilusionó el hallarnos todavía con los grillos de servidumbre que ellos estaban tratando de romper, pero dejaron de apreciar el hecho de que nunca habíamos estado bajo ese yugo, que esta era la primera vez en nuestra historia, al menos desde el modesto experimento de Tomás Jefferson en Charlottesville, que nuestros arquitectos habían tenido oportunidad de diseñar o nuestras gentes de ver, un grupo monumental de edificios proyectados en conjunto; y que era la pri-



La Biblioteca Pública de Boston.

mera vez que nuestras gentes habían visto tales edificios colocados en un medio ambiente de jardines y anexos arquitectónicos y escultóricos diseñados para aumentar el valor del conjunto. La impresión que produjo fué extraordinaria. La magnificencia de la escala así como la belleza intrínseca de la exposición despertaron un entusiasmo universal.

+ +

Las exposiciones subsiguientes de Omaha, Búffalo, Jamestown, San Luis, San Francisco y San Diego siguieron los métodos generales de la de Chicago, dos de ellas en mayor escala, revelando estas últimas mayores conocimientos, mayor ingenio, mayores recursos y mayor libertad y riqueza de ejecución que su prototipo. Pero ninguna ha ejercido como la primera una influencia tan poderosa sobre la arquitectura nacional, porque aunque cada una ha exhibido un gesto más refinado y se ha mostrado más conocedora, le ha faltado no obstante el efecto sensacional de un nuevo descubrimiento, de una obra completamente nueva.

Otra influencia poderosa en la historia arquitectónica del país es el aumento de las facilidades educativas, punto que el señor Hamlin trata como sigue:

La creciente influencia de la escuela francesa, que había contribuído de manera poderosa al despertar arquitectónico del octavo decenio del siglo pasado, alcanzó su más alto grado durante el último decenio del mismo. El número de estadounidenses que acudió a la Escuela de París aumentó considerablemente, dependiendo las principales oficinas de su regreso para el reclutamiento de dibujantes. Unos cuantos de los más antiguos peritos dibujantes educados en París abandonaban esas oficinas para ir a practicar independientemente. La Sociedad de Bellas Artes y Arquitectura principió en 1894 su notable campaña de enseñanza con el establecimiento de "ateliers" y "concours de projets" que desde entonces se han generalizado en todo el país. El éxito que han tenido ha sido prodigioso y a pesar de su tendencia a espaciarse indebidamente en ingeniosos ejercicios de dibujo y arquitectura de papel, han prestado un gran servicio por haber amaestrado hábiles dibujantes, inculcado sanas ideas y creado el genio artístico. Ciertamente, la calidad general del arte del dibujo y del dibujante estadounidenses se han elevado considerablemente.

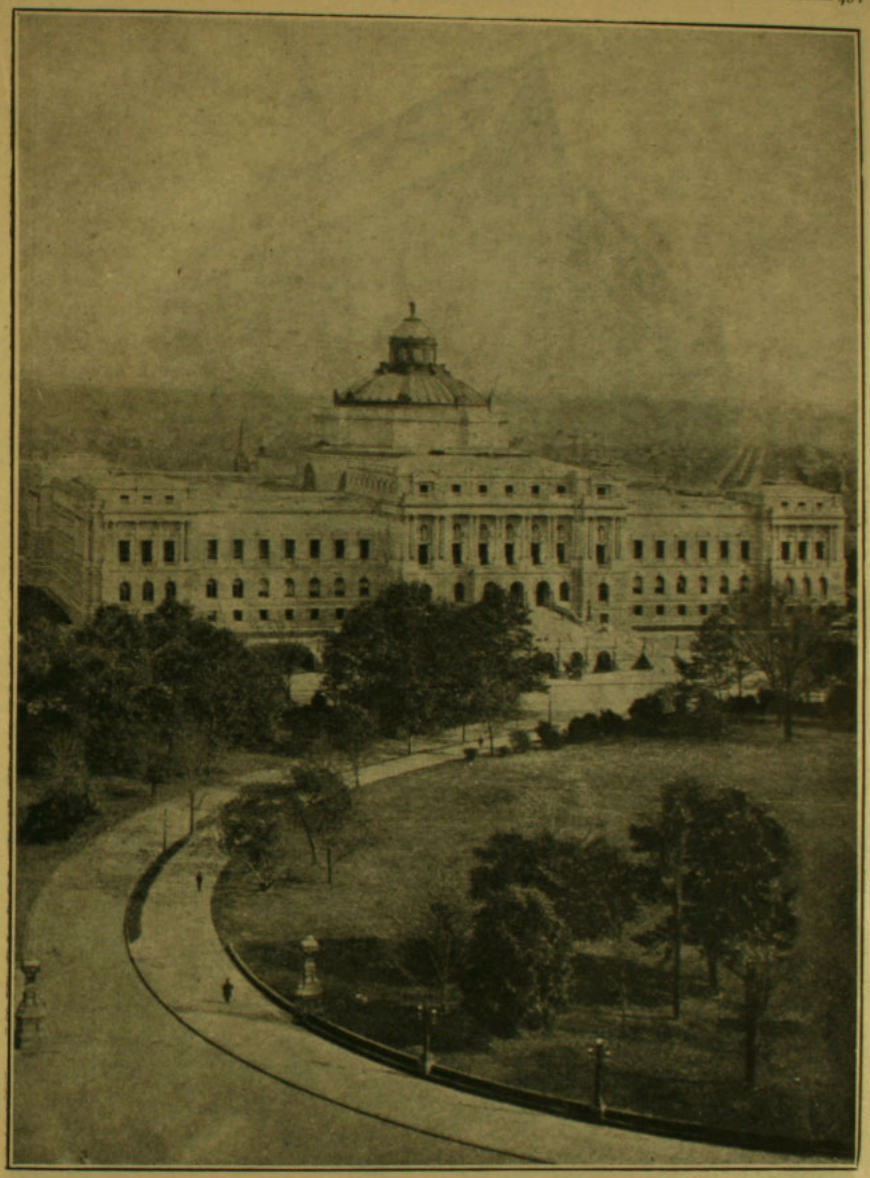
Pero el mejoramiento del arte del dibujo y del dibujante no se debe todo en manera alguna a las labores de la Sociedad de Bellas Artes. Desde 1891 se han fundado o desarrollado importantes escuelas de arquitectura en las Universidades de Harvard, Pensilvania, Siracusa, Tulane, George Washington en Washington, D. C., Washington en San Luis, Michigan y Minnesota; en las Escuelas Técnicas de Carnegie en Pittsburgh, en el Instituto de Armour de Chicago, en el Politécnico de Terre Haute, en la Universidad del Estado de Ohío, en el Instituto Técnico de Alabama y en muchos otros; en tanto que las antiguas han sido reforzadas y ensanchadas. Cuanto a becas, se han establecido muchas para viajes, habiéndose convertido la Academia Estadounidense de Roma en poderosa institución. Asimismo, se ha establecido un sinnúmero de clases nocturnas y de cursos de aplicación y las Universidades de Princeton y Yale han creado escuelas de arquitectura, que ofrecen excelente preparación para cursos profesionales más adelantados que hayan de hacerse en otras universidades. La influencia de todas esas escuelas, conservadora y académica en el fondo, pero de ninguna manera limitada o superficial, ha servido para levantar el nivel de nuestra arquitectura y para colocarla más y más en el lugar que le corresponde como profesión docta o como arte, profesión en la cual la ciencia y la cultura general se juntan con la imaginación y el gusto refinado para hacer de ella un empeño digno de hombres y mujeres de elevadas aspiraciones.

Luego cita el señor Hamlin una larga lista, aunque no muy completa, de modelos de arquitectura representativa estadounidense del último cuarto de siglo, y al hablar de las exposiciones, después de enumerar las más importantes, dice lo siguiente:

Todas ellas fueron exhibiciones escénicas de arquitectura de plana mayor y ornamentaciones más bien que edificios permanentes, pero todas estimularon la imaginación y desarrollaron los recursos decorativos de nuestros arquitectos, ejerciendo por primera vez en nuestra historia una influencia refleja sobre la arquitectura de exhibición europea.

Al tratar de los ejemplos más notables de arquitectura moderna estadounidense, el autor se expresa así:

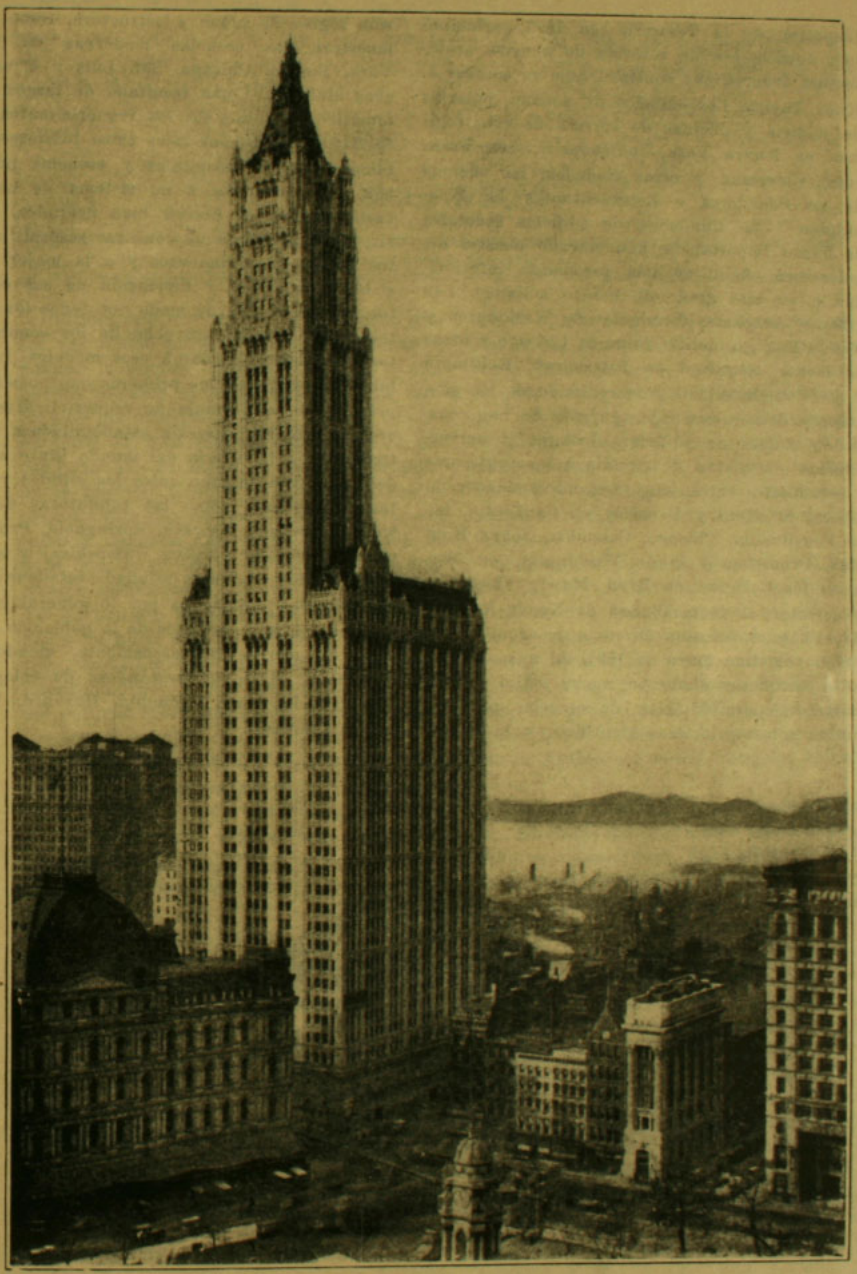
La Biblioteca Pública de Boston fué terminada en 1895; la Biblioteca del Congreso en Washington en 1897; y la Biblioteca Pública de Nueva York en 1912. Con el advenimiento de William Martin Aikin al puesto de Arquitecto



La Biblioteca del Congreso en Washington, D. C.



El Templo Masónico de Chicago, Illinois.



El edificio de Woolworth en Nueva York.

Inspector de la Tesorería en 1893, principió una notable era de reforma de nuestra arquitectura federal, que continuó bajo su sucesor J. Knox Taylor. Los edificios de aduana, palacios de justicia y oficinas de correos de este régimen en Nueva York, Indianópolis, San Francisco, Cleveland, y otras ciudades; las oficinas de los Senadores y Representantes en Washington y un sinnúmero de edificios federales de menor importancia, han elevado nuestra arquitectura oficial de una presumida inferioridad a un alto grado de mérito artístico. Las grandes estaciones terminales de Washington y Nueva York, la del Noroeste de Chicago y otras de menor magnitud en Pittsburgh, Baltimore y otras ciudades, nos han redimido de los gastados y deshonrosos tapa-agujeros. Se han construído grupos de edificios escolares y universitarios que sirven de envidia a los profesores y estudiantes extranjeros. Las universidades de Leland Stanford y Berkeley en California, las de Pensilvania, Chicago, Columbia, Johns Hopkins, Princeton y la de Washington en San Luis; los Colegios de Bryn Mawr, Vassar y Sweetbrier, el de la Ciudad de Nueva York y otros más, representan un ramo de arquitectura que no existían antes de 1891. Al mismo tiempo se ha desarrollado un nuevo estilo de arquitectura para edificios de escuelas públicas basado sobre principios científicos y la expresión lógica de plano y estructura, como lo demuestran las escuelas modernas de Nueva York, Boston, Chicago, San Luis y otras muchas ciudades. Como resultado de largos y sistemáticos estudios de los requerimientos, ciertos tipos de edificios tales como bibliotecas públicas, oficinas, hospitales y escuelas públicas han sido sometidos a un sistema de normalización dentro de límites bien definidos, es decir, se ha llegado a un consenso respecto a ciertos de sus requerimientos y a la mejor disposición, proporción y dimensión de sus elementos fundamentales, de modo que todos los arquitectos han sacado provecho de los conocimientos de quienes diseñaron esos modelos. Los bibliotecarios fueron los primeros que pusieron en práctica dicha fórmula de requerimientos y la arquitectura bibliotecaria estadounidense va actualmente a la cabeza del mundo tanto en edificios de gran tamaño como los citados y otros tan importantes como las bibliotecas de Milwaukee, Detroit, Newark, Springfield, Providence y Manchester (Nueva Hampshire) y sus sucursales. En cualquier ciudad estadounidense, la biblioteca pública es por lo general uno de los edificios más hermosos de la población y una obra de mérito intrínsecamente, siendo esto igualmente cierto en tratándose de colegios y universidades como Columbia, Harvard, Vassar y otra infinidad.



EL MAPA DESPUES DE LA GUERRA

Por

G. H. WELLS

Ilustraciones fotográficas

Propóngome hoy tratar de un asunto quo tal vez puede parecer, en estos momentos, cuando la guerra europea dura aún y aún parece incierto el éxito definitivo, la más loca de las profecías para el futuro. Quiero hablaros de una especulación sobre la recomposición del mapa de Europa después de la guerra. Y aunque las circunstancias precisas que han de dar fin a la guerra, son todavía inciertas, no se ha de inferior de aquí que estas hayan de modificar la conclusión irremediable en sus grandes líneas. Yo he tratado ya de esta conclusión y he hecho resaltar que la guerra se ha convertido esencialmente en guerra de agotamiento mutuo. Y esto no quiere decir, como pudiera creer cualquiera de mis lectores precipitadamente, que yo predigo que la partida ha de ser nula. Quizás quedemos todos rendidos y agotados, pero Alemania está, a mi modo de ver, condenada a caer por tierra, la primera. Ella será la que pedirá primero la paz; y ella será por tanto la que al fin de cuentas se tendrá que confesar vencida.

Si al terminar la guerra, los Estados Unidos, después de bien reflexionado, se deciden a abandonar su actitud actual de comentadores desentendidos y a poner su peso en la balanza en favor de un orden de cosas tal que haga imposible el recrudecimiento del militarismo, fácil sería, que el agotamiento general diere a la América una preponderancia relativa, muy superior a la influencia que podría ejercer en la actualidad. Posible es que al terminar las hostilidades esté la América en disposición de exigir condiciones de capital importancia en el tratado de paz; en cuanto a saber si tendrá la energía necesaria para hacerlo, esto es ya cuestión aparte.

Antes de entrar en consideraciones sobre el ajuste mismo de cuentas, me ocurre una o dos generalidades, que juzgo interesante poner sobre el tapete. La ley no es otra cosa que un barniz superficial con que cubrimos los ásperos contornos de la realidad, y los tratados o ententes entre emperadores, reyes y hombres de Estado apenas si participan de la estabilidad de algunas realidades humanas más fundamentales.

Examinaba yo hace días "La Herencia del Califa" de Sir Mark Sykes, obra que contiene una serie de mapas en colores de las divisiones políticas del Asia Sud-Occidental durante los treinta últimos siglos.

Las formas y los colores varían sin cesar; tan pronto es la Persia, como la Macedonia, tan pronto el Imperio Oriental como la Arabia o como la Turquía, quien domina.

Los colores cambian y se suceden como en un kaleidoscopio; avanzan, retroceden, se dividen, desaparecen. Pero siempre, en todo este lapso de tiempo, subsiste obtinadamente una Armenia, una Persia esencial, una Arabia; estas avanzan también y retroceden un poco; no pretendo que sean eternas e inmutables, pero son al menos cosas más estables que todos los gobiernos y todos los Imperios; están arraigadas al suelo por una población agreste, con una cierta disposición física y psicológica. Al lado de los mapas políticos de la humanidad existen sus mapas naturales. Lo mismo encuentro en Europa. Los monarcas se afanan inútilmente, quiebran el espejo en mil formas caprichosas, pero éste vuelve siempre a tratar de recobrar sus formas sempiternas: una fuerza de atracción la lleva siempre a reconstituir una España, una Galia, una Italia, una Serbio-Croacia, una Bulgaria, una Alemania, una Polonia. Yo

tomaría de buena gana como modelo de lo que yo entiendo por mapa natural del mundo, una Armenia, una Polonia, un Egipto, destruidos, dominados y por lo tanto invencibles.

El principio de las nacionalidades

Vuelvo a repetir que no afirmo que exista un mapa inmutable. Hay épocas, por ejemplo las de la emigración europea a la América y la Siberia, la de la invasión árabe a través del norte de Africa, la de la invasión de Inglaterra por los pueblos de la Baja Alemania, hay épocas en que ha habido cambios esenciales en el transcurso de un siglo. Pero los cambios más pequeños influyen en generaciones enteras. Verdad es esta de que no se dieron cuenta los honorables señores que antes del siglo XIX se reunieron en conferencias y dietas para dividir y volver a dividir el mundo. Ha sido sólo en el transcurso de estos cien últimos años cuando la humanidad ha principiado a darse cuenta de que una de las primeras leyes de la estabilidad política consiste en trazar las fronteras políticas de acuerdo con el mapa natural de la humanidad.

El siglo XIX formuló este principio al tratar de la organización de nacionalidades. Especímenes interesantes, que quedan del siglo XIX proponen aún resolver los asuntos humanos por este "principio". Pero desgraciadamente para ellos el mundo no está tan sencillamente dividido como todo esto. Hay vastas regiones en la superficie del globo en que la población no es homogénea, en que se encuentran de un pueblo a otro, gentes de lenguas diferentes, de religiones diferentes e incompatibles, especie de emulsión humana donde toda fusión y toda verdadera unidad son imposibles. Ved, por ejemplo, el Africa Central, el Tirol, la Albania, Bombay, Constantinopla o la Transilvania. Regiones y ciudades son estas en que hay tanta nacionalidad propia como unidad de color hay en un mosaico abigarrado...

Y tened en cuenta que por lo que hace a las regiones homogéneas del mundo, estoy dispuesto a sostener la tesis de que no podrán nunca estar tranquilas, mientras no puedan poner por obra libremente sus proyectos, y que no serán inofensivas para sus vecinas hasta no ser gobernadas por gentes de su país, pertenecientes a su raza, a su religión, a su tradición local y por un sistema de gobierno, que difiriendo del de una monarquía o una plutocracia, no sea tampoco la cristalización de intereses particulares. Hasta ahora soy del parecer de aquellos que quisieron apelar al "principio de las nacionalidades". Pero quisiera además dejar establecido que la estabilidad de la recomposición se vería muy asegurada si tales **naciones** se agrupasen en "Estados Unidos", sobre todo, entre aquellas en que se vislumbrasen posibilidades de rivalidad por cuestiones comerciales. Sin embargo, cuando se trata de regiones de nacionalidad compuesta, se hace sentir la necesidad de un sistema de conciliación más íntimo, sistema que ya ha sido puesto en práctica en el caso de Suiza; tenemos allí una confederación formada no de naciones sino de cantones, cada uno de los cuales posee su propia religión, su cultura y su gobierno autónomo, los que se encuentran pacíficamente en el seno de un gobierno común, imparcial y políglota.

Es claro como la luz del día para todo aquel que no está cegado por intereses personales o prejuicios de raza, que un país como Albania, monolingüe, es cierto, pero profundamente dividido por la cuestión religiosa, no estará jamás tranquilo ni satisfecho mientras no esté bajo el régimen de cantones, y que la única solución de las dificultades irlandesas en la región limítrofe entre el Ulters y la católica Irlanda consiste en una disposición idéntica.

Pues bien, lo que nosotros insinuamos aquí es que es posible, siguiendo estas reglas, formar un mapa mudial, que asegure el máximum de satisfacción y estabilidad y que todos los otros arreglos, imperios, coaliciones y demás, tenderían irresistiblemente a este mapa natural y racional de la humanidad. Esto no implica que este mapa se imponga al fin y al cabo, pero mientras, él tenderá siempre a imponerse, y estará siempre sobre la política oficial.

El mapa-mundi en el año 2,200

No tengo la menor pretensión de saber qué formas particulares de confusión y de



Los aliados luchan por rehacer el mapa natural de la Humanidad.

agresión podrán registrarse en los mapas el año 2200. No sé a ciencia cierta si la Humanidad estará mejor o peor, más o menos civilizada en esa época. Lo que sí sé de una manera evidente, es que el año de gracia de 2200 subsistirá aún una Francia, una Irlanda, una Alemania, una región Yugo-Slava, una Constantinopla, un Radjputaua y una Bengala. *No quiero decir con esto que* existan divisioens políticas absolutamente fijas; puede que estos países estén en esa época más reducidos o más extendidos. Pero hay cosas más permanentes; el campo de acción, la piedra angular, la base tangible, estas son fuerzas fundamentales por encima de las cuales evolucionan las ambiciones, las traiciones, las mentiras, las tradiciones, *las tiranías de la política internacional*. Todas las fronteras tenderán siempre a dibujar estas formas fundamentales, de la misma manera que todos los modos de vestir tienden a dibujar la forma del cuerpo. Disimulad el talle; las espaldas seguirán siendo notadas. Cubrid entre ropas el cuerpo; éste estará vivo por dentro; subsistirá siempre la suprema fuerza determinante.

Ahora, sentados estos preliminares, podemos ya tratar el problema de lo que será la paz de 1917 (1918, o de la fecha en que deba ser) teniendo en cuenta lo que ella tiene de precario y superficial.

Hemos ya arriesgado el vaticinio de que tras una larga guerra de agotamiento general, Alemania será la primera en aceptar la idea de su derrota. Esto no quiere decir que se ha de rendir sin condiciones, sino que se verá precisada a negociar para ver qué es lo que podrá guardar y lo que deberá ceder. Mi impresión es que Bulgaria la abandonará y que Turquía quedará fuera de combate antes del fin de la guerra. Pero aquí viene lo peliagudo. Frente a Alemania se alzarán las tres grandes aliadas: Francia, Rusia e Inglaterra y es casi seguro que el Japón esté con ellas. Las cuatro naciones habrán llegado probablemente a formar una entente completa y detallada. Italia, con un espíritu un poco despegado (mucho lo temo) tomará asiento en la mesa del Consejo. La Hungría estará presente, sentada, *si así puede decirse*, en medio de las ruinas caducas del Austria. Rumania, un tanto sofocada por haberse apresurado a

llegar a última hora, estará presente tal vez como reciente aliada de Italia. Los neutrales de Europa estarán también presentes, a lo menos en espíritu; sus deseos se harán sentir con agudeza; pero puede uno preguntarse si los Estados Unidos tendrán en las decisiones toda la influencia que hubieran podido alcanzar. La idea que América quería llevar a la práctica, plegue al cielo que la lleve entonces, será probablemente en favor de la organización nacional y natural del mundo.

Ahora, el factor más importante en este ajuste de cuentas será el estado de ánimo y la índole de Alemania a la que los aliados reclamarán.

No nos dejemos cegar por las pasiones de la guera hasta el extremo de confundir un pueblo con su gobierno y su "kultura" artificial, que no tiene más de un siglo. Hay una Alemania grande y civilizada, una nación honrada y digna de aprecio, disimulada bajo la careta del imperialismo, cegada por el orgullo de las victorias fáciles de hace medio siglo, perdida en su sueño de grandeza engañoso.

¿Hasta qué punto quedará corregida y desengañada por el resultado de esta guerra? Las condiciones de paz dependen en gran parte de la respuesta que pueda darse a esta pregunta. Si consideramos la más extrema de las eventualidades y suponemos una revolución en Alemania, a lo menos en la Alemania del sur, y la substitución de los Hohenzollern por una República en toda o parte de la nación, estoy seguro que entonces la Alemania republicana conseguiría el perdón universal.

Los Hohenzollern son el objeto de la execración universal.

Si suponemos una revolución no tan radical, pero más plausible bajo la forma de una investigación que se forme para averiguar el estado mental del Kaiser y de su hijo primogénito, seguida del establecimiento de garantías constitucionales para el porvenir, habría también entonces motivos para modificar considerablemente las decisiones de los aliados jurados. Pero sea cual fuere el resultado de la guerra, sea como sea el ajuste de cuentas, no podrá nunca desaparecer el odio de los pueblos civilizados hacia el imperialismo brutal ambicioso, sentimental y fanfarrón, que hasta ahora ha dominado en Alemania. Toda la Europa no alemana detesta y aborrece hoy a los Hohenzollern. Ningún tratado de paz podrá eliminar este rencor, y mientras Alemania consienta en identificarse con los sueños imperiales de los Hohenzollern y su guerra de exterminio y asesinatos, estaremos sobre las armas, en guerra abierta o mal disimulada contra Alemania. En este estado de cosas y mientras haya en cada ciudadano alemán un siervo latente de este sistema, el más elemental sentido común exigirá a los aliados que organicen sus tarifas de aduana y tomen medidas excepcionales y formen leyes especiales contra la marina mercante alemana, los accionistas y los emigrantes alemanes.

Piense lo que piense Alemania de los Hohenzollern, el mundo entero fuera de ese país los mira como la encarnación del nacionalismo homicida. Preciso será que las condiciones de paz europeas, si hemos de ajustarlas con los Hohenzollern y no con el pueblo alemán, exijan el desarme virtual de estos bandidos-asesinos para prevenir todo conato de nuevo ataque. Sería la más insensata de las locuras retirar la escala antes de llegar a este punto. La paz con Alemania la aceptaremos gustosos el día de mañana, veremos con agrado sus navíos mercantes surcar los mares, pero es preciso que la guerra sea hasta el fin sin consideraciones de ningún género, contra los Hohenzollern.

Y el fin último de toda política europea sensata mientras se aparte de las locuras oligárquicas y dinásticas, es el establecimiento del mapa natural de Europa. No existe entre los aliados ninguna escuela de ideas dignas de ser tomada en cuenta, que contemple el desenvolvimiento de la Alemania esencial, o el sojuzgamiento de algún grupo alemán al dominio extranjero. Y nadie hay que rehuse a los alemanes el derecho a la riqueza, al comercio, a la navegación mercante, ni a nada de cuanto supone la fórmula tan grata en la política de "la expansión legítima", por el placer de rehusárselo. Si en el momento actual nos imponemos el deber de privar a Alemania de todas estas cosas en general, es exactamente con el mismo espíritu que uno cualquiera arrancaría de las manos de un loco un arma homicida, inofensiva y legítima, un

cuchillo de mesa. Que Alemania se cure solamente de la locura de los Hohenzollern y el mundo no le disputará ya la riqueza y la supremacía económica que ella no disputa a los Estados Unidos.

Pero el problema de las probabilidades de revolución en Alemania trae cuestiones muy complejas y sutiles para que tratemos de discutirle en estos momentos. Quisiera sólo hacer observar, así de pasada, que estas probabilidades se estiman, a mi parecer, por lo menos en Gran Bretaña, muy debajo de su valor. Lo más cómodo, por lo que nos atañe en estos momentos, será indicar simplemente una especie de máximum y de mínimum, que dependerán respectivamente de la resolución que tome Alemania: resolución de pertenecr a los Hohenzollern hasta el fin, o resolución de ser toda o en parte de Europa. Pero admitimos que en uno y en otro caso, será Alemania la más agotada por la guerra y la que tratará de conseguir de los aliados una paz, que ellos, es de suponerlo, tendrán excelentes razones para desear.

El futuro mapa de Europa

Es una locura esperar una paz durable con los Hohenzollern, pero sea que firmemos con Alemania una paz durable y sincera, o solamente una tregua de operaciones militares, que no será sino una tregua de la lucha económica contra los recursos de los Hohenzollern, la misma idea guiará, a mi entender, a todas las potencias deseosas de paz. Ellas tratarán de trazar las fronteras tan aproximadas como sea posible a las del mapa lógico de la naturaleza.

Esto supuesto, mi primer pensamiento, como inglés, por lo que respecta al mapa de Europa, va naturalmente hacia Bélgica. Sólo una derrota absoluta, aplastante, podría obligar a Inglaterra o a Francia a firmar una paz, fuese cual fuese, que no exigiera la completa restitución de Bélgica. Y antes que consentir en tal despojo, ambas continuarían la lucha hasta el paroxismo más increíble. Es indispensable que Bélgica vuelva a ser lo que fué, que su neutralidad dé lugar a una alianza defensiva con sus dos aliadas de Occidente, y si el mundo ha de seguir contando con los Hohenzollern, entonces es preciso avanzar sus fronteras en el país vecino (de lengua francesa) de modo que queden reducidas al mínimum las probabilidades de un ataque repentino.

Es evidente que toda la frontera limítrofe con los Hohenzollern deberá en adelante estar defendida con líneas sucesivas de trincheras y ocupada permanentemente por una guarnición lista para repeler cualquier ataque sorpresivo; y será una necesidad primordial que la línea franco-belga sea lo más corta y fortificada posible. Frente a un Imperio de los Hohenzollern es de todo punto indispensable que la ciudad de Aix-la-Chapelle, de la que Alemania ha hecho un simple trampolín para sus ataques, esté en manos de Bélgica. La frontera estratégica y aduanera partirá, pues, de Aix-la-Chapelle hacia el sur, incorporando a la alianza permanente al Gran Ducado de Luxemburgo, con sus tradiciones y sus simpatías por Francia. Es absolutamente imposible dejar este territorio en la situación falsa que tenía antes de la guerra, con sus caminos de hierro en manos de Alemania y su servicio de correos y telégrafos bajo el control de los Hohenzollern, como estaba en 1913. Y es también de todo punto imposible dejar bajo el dominio de los Hohenzollern este pueblo atrozmente anti-prusiano. Mas un inglés no puede tratar esta cuestión de fronteras occidentales sino con alguna desconfianza.

Es evidente que todas las fronteras de 1914 desde Aix-la-Chapelle a Bale son la causa de una vieja querella. No hay **statu quo ante** posible sobre este punto. Y no es asunto para ningún inglés el rehacerlas. Cuestión es esta que por parte de los aliados habrán de resolverla Francia y Bélgica. El rol de Gran Bretaña en este asunto es claro como la luz del día; es el de luchar hasta su último hombre y su último adarme de oro, hasta conseguir las nuevas fronteras que sus aliados consideran como esenciales para el bienestar y la seguridad. Pero no veo cómo Francia, a menos que ésta tuviera la convicción de la derrota, podría contentarse con menos que una sólida frontera franco-belga. Ella es la que mejor conoce la psicología de las provincias perdidas y la que mejor sabe qué clase de anexión será para ella una fuerza o una debilidad. Calcular la dirección de la nueva frontera no es expresar una opinión inglesa sino especular sobre la opinión francesa. Después de lo que ha sucedido al Luxemburgo y Bélgica



LA OBRA DE

La poderosa imaginación del gran novelista no reconoce límites y las concepciones más esta hervorosa imaginación. Y no obstante, en toda obra, en toda ficción de Wells, hay no



G. H. WELLS

extrañas, los sueños más fantásticos, las ideas más peregrinas y aventuradas son el fruto de un mero capricho sino una base científica, próxima muchas veces a la desnuda realidad

nadie soñará en un estado-tapón neutralizado.

Posible es que esta guerra de agotamiento se prolongue alrededor de un año, pero ella ha de terminar por el hundimiento de los frentes alemanes excesivamente extensos. Cuanto más larga y sangrienta sea la jornada más firme será la decisión de los aliados de exigir compensaciones. Si los alemanes proponen la paz teniendo aún en su poder una parte de Bélgica, las conferencias serán largas. Si esperan a que los franceses estén en el Palatinado, mucho dudo que éstos consientan en retroceder después. No habrá más ventaja posible para Alemania en una guerra de resistencia, una vez que su estrella haya comenzado a palidecer.

La suerte reservada a Polonia

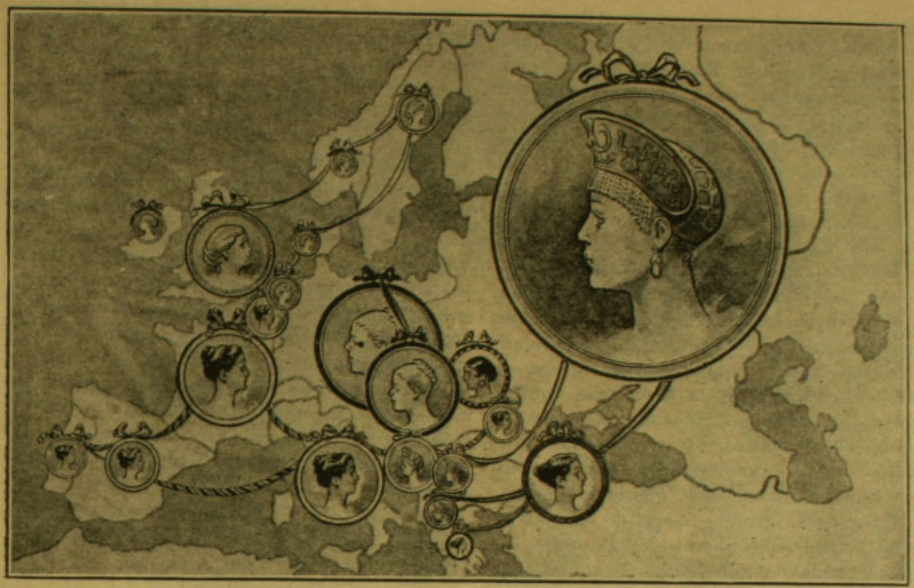
El asunto de la recomposición del mapa se reanima verdaderamente cuando miramos al este de Alemania. El mapa natural presenta a nuestra vista una sucesión de agrupaciones humanas, que nada tienen de alemanas, y que se extienden desde el Báltico al Adriático. Existe la Polonia, la Bohemia (con los Slóvacos que le son afines) los Madjiares y Yugo-Serbios. En segundo término vienen los grandes y pequeños rusos, los rumanos y los búlgaros.

Por eso Gran Bretaña y Francia deben procurarse los votos de sus aliadas Rusia e Italia. Ninguna de estas regiones ha manifestado exigencias inflexibles, y la situación nada tiene de imposible por el lado de occidente. No median compromisos adquiridos, ni promesas hechas, excepción de la del Czar, de dar la autonomía a Polonia. Del lado occidental sólo existen dos alternativas posibles: la frontera Aix-Bale o el agotamiento y la muerte de Francia. Del lado oriental, nada hay prefijado aún. Parece que este teatro ofrece un ancho campo a negociaciones de toda especie; y ahí es donde se encuentran las posibilidades de compensaciones y consuelos para Alemania.

Veamos por de pronto lo que respecta a Polonia. El camino de acceso hacia el restablecimiento de la unidad polonesa, se me antoja extraordinariamente pedregoso. El crimen de haber hecho la primera división es causa de esto. Cualquiera de los adversarios que sea el que salga vencedor de la guerra, tendrá forzosamente que ceder el territorio si ha de formarse una Polonia autónoma. Victoriosa Alemania reconstituiría probablemente el ducado de Varsovia bajo un príncipe alemán. Victoriosa Rusia agregaría seguramente Posen a la Polonia rusa y a la sección polonesa de Galicia y crearía el reino de Polonia, sujeto al Czar. Ni uno ni otro de ambos proyectos sería acogido por los poloneses con verdadera satisfacción, aunque uno y otro parecerían seguramente aceptables a una parte de ellos. Haciendo abstracción de los sentimientos semi-conscientes de la clase agrícola, puede decirse que la Polonia austriaca sería probablemente la más dispuesta a conservar relaciones con sus antiguos señores. Los Habsburgos son los que menos se han enajenado el cariño de sus súbditos poloneses. La Polonia austriaca es la única que se ha avenido con la dominación extranjera; es la región más autónoma y la más conforme con su suerte.

Cabe preguntar hasta qué punto será posible la unanimidad nacional entre las tres porciones polonesas. Como la mayor parte de los escritores ingleses, yo recibo una cantidad considerable de libros y folletos de diferentes órganos del patriotismo polonés, y en ellos encuentro enormes divergencias de espíritu y de intenciones. La perspectiva de una Polonia débil dividida y aislada políticamente bajo cualquier rey aventurero, cualquier fantoche, coronado en connivencia con los Hohenzollern y el Czar, poca felicidad augura a los poloneses y poca seguridad ofrece para la paz mundial.

Una Polonia completamente independiente será un teatro agitadísimo de intrigas internacionales; intrigas a las que se prestará de muy buen grado el temperamento polonés; tal vez esté de nuevo en el campo de batalla antes de un cuarto de siglo. Opino que si yo fuera un polonés patriota, me resolvería a ser eslavo a todo trance y a arrimarme a la Rusia lo más posible, asimilándome todo lo que en ella hay de tendencias liberales y me decidiría a vivir y morir en ella. Y haría cuanto estuviese de mi parte, en un terreno en el que es muy poco lo que se ha hecho hasta el presente, por establecer una inteligencia mutua y colocar la primera piedra de una alianza futura en el grupo tcheco-eslóvaco, que se en-



El mapa natural de Europa es el mapa de las Razas. Podrán los monarcas de cuando en cuando alterarle, pero él tenderá siempre a recuperar su forma permanente

cuentra al sur. Pero yo no soy polonés; soy un europeo occidental, animado de una viva simpatía por Rusia; soy democrático y científico, y los polacos que he conocido son católicos, aristócratas, románticos y otras cosas más, otras cosas escabrosas que harán sumamente lenta y precaria la cooperación de los rusos, de los aldeanos rutenos, de los tchecos y aún de los otros polacos con ellos. Yo me pregunto si Alemania y Rusia, esta última sobre todo, que tiene toda la Siberia para formar rusos, querrán incorporar a sí aún más polacos y me inclino a creer que es probable que el fin de esta guerra encuentre a la Polonia todavía dividida y cortada por fronteras que no diferirán esencialmente de las de 1914. Es desde luego una probabilidad fastidiosa, pero mientras el espíritu polaco no apacigüe sus deseos de independencia absoluta y se resuelva a orientarse definitivamente hacia un grupo político más considerable, esta probabilidad se hace preciso contar con ella.

¿Es posible la organización de Estados Unidos europeos?

En realidad el porvenir de Polonia va unido al de la monarquía austro-húngara. Y a su vez ésta no puede considerarse prescindiendo del porvenir de los países balkánicos. Desde Dantzig a la península de Morse escalónase a través de Europa una serie de naciones diversas, cada una de las cuales es nacionalista con intensidad y caracterizada por hallarse absorbida y asimilada por una o por otra de las naciones limítrofes. Alemania o Rusia son de por sí solas demasiado poco para garantizar su seguridad. Ninguna de las dos ha sacudido el yugo de las tradiciones monárquicas; cualquiera de las dos puede convertirse en presa fácil para las locas ambiciones dinásticas y el delirio de agresión de la diplomacia. Esta cintura oriental de la Europa Central está tal vez destinada a siglos de reconstituciones sangrientas.

El idealista liberal piensa al momento en la posibilidad de un sistema suizo o de una agrupación de sistemas suizos. Se sueña en un conjunto de agrupaciones republicanas, las que vengan a formar los Estados Unidos de Europa Oriental. Pero ni los Hohenzollern ni el Czar verían ésto con buenos ojos. El brazo de la Francia democrática no puede extenderse tan lejos para mantener una iniciativa de este género; y en cuanto a Inglaterra, no sabe aún a

ciencia cierta si constituye una "República coronada" o una monarquía a la alemana.

Hasta aquí, en los Balkanes, ha prestado, sobre todo, su concurso al establecimiento de esos reyezuelos alemanes traidores, que tan mal han sabido recompensarla. Sólo los monarcas nacionales de Serbia y de Montenegro han sido fieles a la civilización.

No veo, por tanto, que Inglaterra continúe con esa política dinástica. Ella misma está en vísperas de profundas transformaciones mentales y de una reorganización interior. Pero cada vez que se mira como consecuencia de esta guerra la posibilidad de un movimiento republicano en Europa es para darse cuenta de la desastrosa indiferencia de América ante los aspectos fundamentales de la situación europea. Los Estados Unidos de América podrían ejercer una enorme influencia al fin de la guerra en favor de un arreglo liberal de cuentas y de las instituciones liberales... Pero me temo que nada de esto harán. Y aquí toma una importancia suprema la posibilidad de un cambio interior en Alemania. El imperialismo de los Hohenzollern amenaza al mundo entero con la negra perspectiva de un nuevo cesarismo. Puede que la amenaza se prolongue durante muchos siglos, puede que desaparezca mañana. Una revolución alemana puede destruirla; una junta de doctores alienistas puede desbaratarla también. En todo caso, si desaparece arrastrará tras de sí casi todas las coronas que florecen entre Hamburgo y Constantinopla. Las monarquías alemanas se desvanecerán como el humo. Que estalle una revolución en Alemania y todo el teatro de la Europa Central se tranquilizará de pronto, como el enfermo a quien la fiebre abandona. Todo este período nuestro de atropellos y desórdenes internacionales, de intrigas y de diplomacia, de guerra, de matanza, de deportaciones en masa y de fronteras irracionales siempre inseguras se terminará de un solo golpe.

Un cambio tan radical está en los límites de lo posible. La solución probable es algo no tan lúcido y más prosaico; una conferencia de diplomáticos seguramente.

Pero aún así, en estas circunstancias la situación total de la Europa Central es tan fluída, tan poco urgida por una necesidad patente, que la solución estará mucho tiempo sometida a la influencia individual de este o aquel hombre de Estado dotado de imaginación y de fuerza de voluntad.

Ha habido últimamente revelaciones más o menos fidedignas de proyectos alemanes para la reconstitución de la Europa Oriental. Se presupone en ellos el triunfo alemán. La Bohemia, la Polonia, la Galicia y la Rutenia deberán formar un Estado, gobernado por los Habsburgos, desde el Báltico al Mar Negro. Deberán unirse los yugo-slavos y los madjiares, camaradas poco sociables, en un segundo reino, igualmente gobernados por los Habsburgos. Rumania, Bulgaria y Grecia quedarán siendo potencias independientes, bajo caudillos alemanes. Proposiciones alemanas publicadas recientemente en América revelan una inclinación favorable hacia las reivindicaciones rumanas sobre los distritos valacos de la Transilvania.

¿Puede concebirse una Alemania sin los Hohenzollern?

Evidentemente, de una y otra parte se tiene plena conciencia de la necesidad urgente de crear reinos o confederaciones mayores que cualquiera de los diferentes Estados que forman el mapa natural. Si Alemania, Italia y Rusia pueden llegar a un acuerdo definitivo sobre esta cuestión, las disposiciones que tomen sólo tendrán una importancia secundaria para los aliados occidentales, excepción de nuestro llamado vis-a-vis de Serbia y Montenegro y de sus soberanos. Es posible que Rusia no encuentre tan desagradable el proyecto alemán de un Estado limítrofe bohemio-polaco, a condición de que el soberano no sea alemán; y posible es que hasta Alemania encuentre aceptable la idea, siempre que el soberano no sea el Zar.

El porvenir serbio-croata está en gran parte en manos de Italia y Bulgaria. Bulgaria no estaba en esta guerra en sus comienzos y pudiera ser que tampoco estuviera al final. Su rey no es inmortal, ni imposible de reemplazar. Su más ardiente deseo en los momentos actuales debe ser el conservar sus conquistas en Macedonia y tener a la mayor distancia posible los postes fronterizos de una Alemania demasiado... expansiva. Nada tiene que esperar y tiene mucho que temer de Rumania y de



Para Guillermo II, Francisco José y sus cómplices, la hora de la paz será la hora del juicio y la expiación. (Nota: al publicar este artículo el autor, aún no había muerto el Emperador austriaco. Ha dejado a su sucesor la expiación que a él se le prometía).

Grecia. Sus relaciones actuales con Turquía son **contra natura**. Toda su ventaja está en recurrir cuanto antes a la amistad de Italia y de las potencias marítimas. Un Estado serbio-croata amigo, que sirviese de escudo contra Alemania, sería probablemente en el porvenir una seguridad para Italia y para Bulgaria, sobre todo si Italia ha prolongado su costa sobre el Adriático, conforme a las antiguas posesiones venecianas. Serbia ha sido conculcada, pero jamás las fuerzas convergentes de intereses afines han estado como ahora tan decididamente a favor de su reconquista. La posibilidad para Italia y Rumania, esta extraña rama del árbol latino deshojada del tronco, de darse la mano a través de una Serbia aliada y amiga, debe estar actualmente muy grabada en el espíritu italiano. Según el concepto que sobre esto deben tener los aliados, la vía terrestre de la Europa Occidental y América por una parte y Bagdad y la India por otra, debe pasar por el Monte Cenis, Trieste, Serbia y Constantinopla; del mismo modo que la ruta norte-europea hacia las Indias debe atravesar la Rusia, vía Bakau. Y esto nos lleva a Constantinopla. Constantinopla no es una ciudad nacional. Actualmente es y ha sido siempre una ciudad cosmopolita y artificial. Constantinopla y los Dardanelos son esencialmente la puerta del Mar Negro.

Para Rusia tiene esta salida una importancia capital. Cualquiera otra potencia instalada allí podría estrangular a Rusia; dueña ésta de tal salida al mar, difícilmente podría por ello causar daño a nadie.

Viene después Rumania como el país más interesado en el negocio. Pero los rumanos pueden, remontando el Danubio y por medio de Bulgaria, Serbia y Hungría, comunicarse con el mundo exterior. Y siempre será con la Europa Central con la que ella hará su comercio. Durante generaciones enteras poseyeron los turcos la Grecia y la Anatolia antes de echar la garra a Constantinopla. Constantinopla no es indispensable a la vida de Turquía; más aún, fuera de Constantinopla se encuentra mejor; la toma de esta ciudad inauguró su decadencia. No se instaló allí más que para corromperse. Fué el fin de su carrera.

A medida que la potencia turca disminuye, los turcos se van convirtiendo poco a poco en caballeros de industria, bandoleros y salteadores de caminos. Yo considero perfectamente a la Rusia haciendo concesiones enormes, en Polonia por ejemplo, consintiendo en retrocesiones cuantiosas y concediendo la autonomía antes que renunciar a su destino secular sobre el Bósforo. Pienso que continuará la lucha a lo largo de la costa del Mar Negro hasta llegar a la meta deseada.

Esta es, a mi entender, su mira principal, sin cuyo logro no hay paz que valga, del mismo modo que la liberación de Bélgica y la indemnización de Francia es el fin principal de Gran Bretaña, y Trieste y Fiume es el esencial de Italia. Pero para todo el territorio que se extiende desde Constantinopla a la Rusia Occidental no hay objeto absolutamente esencial para ninguno. Esta será la región de las concesiones recíprocas; sobre la que se harán largas negociaciones. Es preciso que la Serbia sea rescatada y los croatas libertados; tarde o temprano los slavos del sur reivindicarán sus derechos; y a parte de esto, nada veo que se oponga a la realización del sueño alemán, de reemplazar el Austria-Hungría por tres reinos de menor extensión que el Imperio de los Hohenzollern hacia el sur, para incorporarse de los tres reinos el que fuese alemán. Si los austriacos son tan apasionados de la "kultur" prusiana, no seremos nosotros los que les contrariemos. Ajusten ellos entre sí sus diferencias de carácter, austriacos, sajones, bávaros, hannoverianos y prusianos. Hungría estaría también con justicia bajo el Imperio de los Habsburgos; y en realidad, en la hora actual, es esencialmente habsburguesa y esencialmente anti-slava. Parece inevitable que ha de gravitar hacia las potencias centrales. En cuanto a saber si el grupo tcheco-polaco constituirá un reino bajo los Habsburgos, es asunto distinto. Sólo en caso de que a fin de cuentas el éxito de los aliados sea muy inferior a lo que tienen motivo para esperar, será posible tal cosa. Si con mi muerte pudiera yo asegurar el fin del Imperio de los Hohenzollern el día de mañana, moriría gustoso. Mas es preciso, siento tener que profetizar esta desgracia, confesar que es casi seguro que este Imperio no sobrevivirá durante muchas generaciones. Triste y deplorable probabilidad. Hubiera preferido de mejor grado predecir una Alemania libertada de sus águilas y sus Hohenzollern, presta a ponerse en primera fila entre las potencias de Europa.

EL PINTOR

Carlos Dorlhiac

Por

Rafael Maluenda

Hace algunos años "Le Mercure" de Francia reprodujo unos estudios artísticos del inglés William Morris, en los cuales analizaba el autor las estrechas vinculaciones que existen entre las obras de arte y el ambiente económico en que se han ejecutado, para llegar a la conclusión de que, en toda obra de belleza, la bondad y el mérito están directamente relacionados con la satisfacción social y económica del artista.

Hacía Morris una síntesis de la obra de los grandes artistas en la pintura, la escultura y la arquitectura y deducía la decadencia sensible en su época del cambio que se había efectuado en el ambiente económico del mundo.

Presionados por las necesidades materiales, que le imprimen al arte un doble fin ideal y utilitario, compelidos a sufrir una competencia creciente y teniendo que ajustarse al fatal descenso de valor económico de las obras de arte en los mercados del mundo, los artistas hacen esfuerzos por conservar la calidad dentro de la cantidad de lo que han de producir.



Cárlos Dorlhiac en su taller predilecto

Y como resultado fatal de todas estas nuevas condiciones las obras de arte nacen respondiendo a las exigencias de un éxito inmediato, no encontrándose en la labor total de un artista sino muy contadas obras, que reunan las características de belleza y de procedimientos, bases fundamentales de las grandes obras del Arte, que, a través de todos los tiempos, han reclamado con inmortal potencia la admiración de la Humanidad.

Aparte de la natural evolución del espíritu y del gusto, que reclaman para la hora actual nuevos procedimientos emocionales, las causas económicas que analizaba William Morris, influyen poderosamente en las manifestaciones artísticas de nuestra época y le imprimen a las obras del dibujo y del color esa huella de efimeridad, tanto más o menos apreciable cuanto más o menos enérgicamente reaccione contra ellas el alma del artista preso de un claro ideal.

Ahora bien, si a un artista le es dado—por circunstancias que no hay para qué mencionar — in



"Los eucaliptos", tríptico decorativo (estudio al lápiz), por Carlos Dorlhiac.

dependizarse de la tiranía económica y realizar su obra sin supeditar aspecto alguno de ella al éxito mercantil; si un artista puede substraerse a la presión de la competencia artística para salvar su obra de los yerros que fatalmente, la necesidad de éxito dentro de un tiempo determinado, le imprimiría; si no tiene otro propósito que el de realizar la obra de belleza que su espíritu concibe... su labor tendrá las nobles características de su cultura estética, de su ideal del arte y de la aristocracia de su espíritu.

Trabajando en el aislamiento de una ciudad provinciana, lejos de las agitaciones ciudadanas, que ponen en las almas las espinas agudas de la inquietud; ajeno a esa batalla de la competencia profesional, cuyas victorias y derrotas empañan las lontananzas del ideal; preso de un noble e infatigable deseo de perfeccionamiento, es así como realiza su obra en el reposo y la serenidad de sus días el pintor Carlos Dorlhiac.

* *

No es frecuente que los artistas tengan conciencia clara de su arte; más bien podría decirse que en gran número de ocasiones la obra de arte es el resultado de una impulsión inconsciente tanto más acertada cuanto más enérgico es el **temperamento** de su autor. Tengo la impresión de que muchos de nuestros pintores y escultores son sobradamente capaces de producir obras bellas, pero difícilmente explicarían a un curioso, cómo se produce en la obra de arte esa belleza, cuáles son en ella los elementos esenciales que la determinan y en qué forma actúan sobre nuestra alma para producirnos la emoción estética.

Naturalmente esta falta de conocimiento del mecanismo estético no impide al artista producir obra de belleza: el temperamento y el dominio de los recursos materiales del oficio se bastan para infundir vida a una concepción artística. Pero suele ocurrir—y ha ocurrido—que un pintor en la presentación de un conjunto de sus producciones, cuando está ayuno de estos conocimientos estéticos, no sabe distinguir cuál de sus obras es la de mayor mérito; y de esta suerte dificulta esa autoselección, que el artista debe hacer en el total de su obra para imprimirle una curva ascendente de progreso.

Esas retrogradaciones de mérito, que nos sorprenden a veces en la obra de un pintor, se explican fácilmente atribuyéndolas a falta de autocrítica por ausencia de conocimientos estéticos.

Los grandes maestros de la pintura y la

escultura han tenido una estética y los más grandes han tenido su estética. Antes de que sus manos hayan materializado el ideal artístico, sus espíritus han dominado las leyes de la creación. Colocados ante la Naturaleza, han sabido comprenderla para dominar y arrancarle en el lienzo o en el mármol el oro de sus secretas bellezas para hacer sensible un ideal.

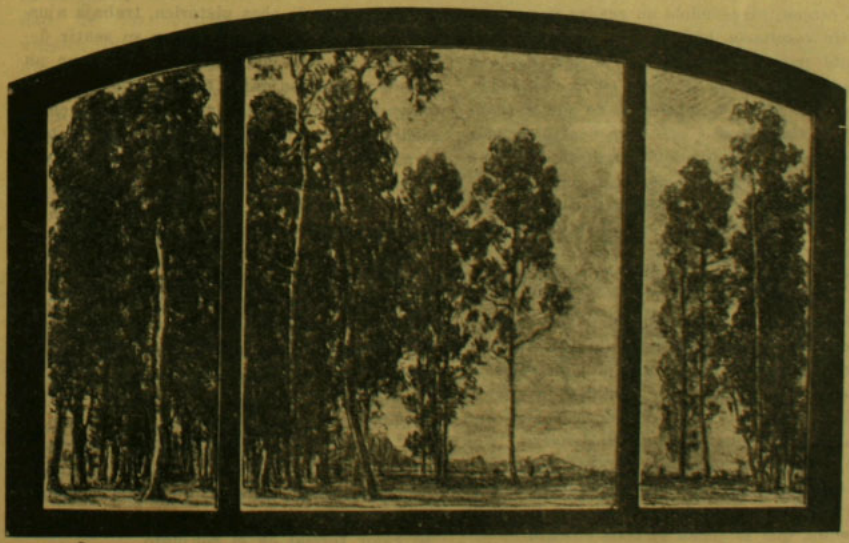
En posesión completa de las leyes que rigen el dinamismo estético, el artista le abre a su labor amplios horizontes y puede elevar los más vulgares fenómenos de la vida a la dignidad de obras de arte. Colocado entre la Natuarleza y el Ideal,—dice Blanc—entre lo que es y lo que debe ser, el artista tiene una larga jornada que recorrer para ir de la realidad que ve a la belleza que adivina. Y en este camino han de servirle poderosamente los conocimientos estéticos si no quiere detenerse en una servil esclavitud imitativa o, por el contrario, si no quiere incurrir en una idealización desorientadora de la realidad.

Carlos Dorlhiac es un pintor consciente de su arte.

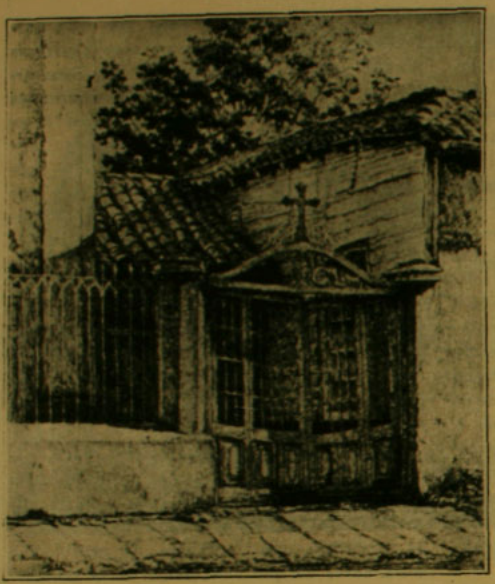
Un estudioso, que ha sabido desenvolver conjuntamente en su labor el conocimiento de la estética pictórica con los recursos materiales del oficio. Y de aquí que de obra en obra su labor se haga cada vez más perfecta. Trabaja con lentitud, sin ahorrarse ningún paso en el estudio de los motivos artísticos o en la elección de los procedimientos pictóricos que mejor pueden convenir a su propósito. Con igual empeño lo he visto buscar en infinidad de bocetos el aspecto definitivo de un paisaje, preparar la tela que dará más realce a los colores o idear el marco que habrá de encuadrar propiciamente la obra. No lo arredran las dificultades; ni lo asusta la visión de un éxito. Se dijera que se complace en hacer lento su trabajo, venciendo una a una las dificultades de la composición, del dibujo y del color.

• •

Hay pintores que ven el cuadro en la imaginación antes de verlo en la naturaleza. En ellos la poderosa fantasía hace la obra que se acomoda después a la realidad. Otros, por el contrario, son incapaces de sentir una obra antes de que una visión de la realidad se la haya sugerido. Entre estos últimos podría colocarse a Carlos Dorlhiac. No ve las cosas sino objetivamente; las siente, como si dijéramos, de fuera para adentro. Y como cree que de esta manera la obra de arte se acerca más a su ideal, no ha violentado ni



"Los eucaliptos", estudio al lápiz para un tríptico decorativo, por Carlos Dorlhiac.



Iglesia de San Vicente, Chillán. Dibujo a pluma, por C. Dorlhiac.

violenta su temperamento con tentativas fantasiosas, imponiéndole a su pincel el trabajo de dar vida a un cuadro imaginado.

Cuando en alguna ocasión le describía yo una escena, planeándole un cuadro que en mi sentir resultaría hermoso, me escuchó friamente para observarme sin entusiasmo que "quién sabe cómo se vería en la realidad". Y yo que tengo la conciencia de que la realidad de una obra de arte está dentro de nosotros, no he comprendido sus escrúpulos sino después de oírlo decir que "la ventaja esencial de la literatura sobre la pintura estriba en que el escritor puede hacer sensible cuanto concibe mientras el pintor tiene un campo limitado de recursos para hacer sentir la emoción artística".

Esta declaración de Dorlhiac, que aparentemente está en contradicción con la idea de que la composición, el dibujo y el color se bastan para hacer bella realidad lo que se quiera sobre un lienzo, me recordó algo que Valle Inclán me decía de Velázquez: "Fué un gran pintor porque supo mantenerse dentro de los límites del color hasta donde puede verificarse esa lucha entre la luz y la sombra, que se llama el claro-obscuro".

La contemplación de algunas obras maestras nos sugieren, por el contrario, la idea de que un gran pintor puede hacer sensible en el lienzo no sólo la belleza de una realidad plástica sino también la emoción de un fenómeno de orden moral. Me basta recordar esa tela de Juan Pablo Laurens "La excomunión de Roberto el Piadoso", de la cual se desprende una sensación de aplanadora soledad, de horror y de frío, provocada no ya por la plástica del cuadro sino por una sabia disposición en la composición de la obra. Entre los estudios de Rembrandt hay un dibujo para su cuadro "Los peregrinos de Emaus", en el cual para hacer sentir la presencia del señor en la mesa en que los dos pobres compartían con él su pan, se ha valido el artista de un simple efecto de luz, poniendo sobre una silla vacía un reflejo sobrenatural, que sobrecoge a los dos peregrinos de un fervor religioso.

Pero estos aciertos no dependen de leyes estéticas ni de prescripciones técnicas; ellos son tanto más admirables cuanto mayor sea el genio de quien es capaz de arbitrarlos para sus obras.

Dorlhiac, convencido de las relatividades que encuadran la obra pictórica, trabaja ajustándose a los principios que en su sentir determinan la obra artística. Es antes que un colorista un dibujante. Dibuja con cuidado, teniendo conciencia de que el dibujo es en el cuadro lo esencial. El color completa la pintura; porque mientras la forma es absoluta el color es relativo. El dibujo determina la forma, el carácter, la pasión. El color da vida en la obra del pintor, a lo que ella tiene de accidental. Y, pues, Dorlhiac, hasta el momento actual, es antes que nada un paisajista; lo que puede admirarse en sus cuadros como rasgo sobresaliente es la armoniosa composición y el dibujo acabado y sugerente. Para lo primero no se ahorra el boceto, que le va ofreciendo los diversos aspectos del motivo elegido hasta encontrar el que le satisface, el que encuadra dentro del ideal que la visión objetiva le ha sugerido. Para lo segundo lo ayuda su pupila avizora, que sabe descubrir las elegancias de las líneas en los detalles y su valor formal en el conjunto.

En una pasada exposición de Bellas Artes,

Carlos Dorlhiac presentó una serie de dibujos, en los cuales los entendidos habrán podido apreciar la conciencia y maestría de este artista en la obra del lápiz o la pluma. En verdad se trata de verdaderas obritas de un valor inestimable.

En lo que se refiere al color—para quien ha podido contemplar los bocetos y telas de su taller—Carlos Dorlhiac ha evolucionado rápidamente hacia una sobriedad elegante y formal. No busca ya esos contrastes fuertes, que son el recurso de los pintores mercaderes. Los intensos podrán tildarlo de "desteñido". Pero los entendidos no podrán por menos que reconocer que en sus telas hay una amplia gama de coloridos armoniosos, empapados de suavidad y de discreción. Los pasteles o los óleos de este pintor no provocan la expectación de un visitante de taller, pero una vez que se detiene uno ante ellos, recoge una larga y bella impresión.

Hay cuadros de maestros cuyo impresionante colorido, donde las audacias de la paleta se desbordan, aprisionan nuestra admiración con tan cruda animosidad que a corto plazo nuestra admiración se fatiga y—por natural reacción—los defectos de tales obras se nos representan en seguida por sobre sus indiscutibles méritos. En cambio hay otros cuadros donde la dulzura del color, la elegancia del dibujo, la sobriedad de los contrastes, solicitan nuestro interés emocional con tal discreción que nuestra admiración no se fatiga y encuentra en cada momento nuevos detalles que la justifican.

Este artista, cuya figura estamos pergeñando, estudia y trabaja orientando su labor por los caminos de este último ideal.

Carlos Dorlhiac tiene predilección por el paisaje. Se ha familiarizado con él y sabe sentirlo. Más aún: **como lo comprende, lo domina.** De sus últimas producciones, las fotografías que acompañan este artículo, dan una idea exacta en lo que se refiere al cuidado de la composición y a la estilización en el dibujo.

Para componer su último cuadro, el tríptico de los eucaliptos, como quiera que dentro de su propósito hay una idea ornamental, ha dividido la tela en dos porciones diferentes, otorgándole a la parte superior del horizonte una total importancia, que le presta al conjunto de la obra una amplitud grandiosa e ideal. Los eucaliptos se destacan con algo de majestad sobre la diafanidad del cielo, sobre el cual los follajes se recortan en curvas elegantes. El motivo total del cuadro, separado por las divisiones del tríptico, se reviste de solemnidad; porque hay entre el agrupamiento de los follajes—en una ala de cuadro—y la diafanidad del espacio, en el otro extremo, un equilibrio justo, que se realza y hace sentir con la subdivisión de la tela. El murallón de apretados ramajes que en último término cierra el horizonte del cuadro le da a la totalidad del motivo una profundidad sabiamente escogida para que los grupos de árboles se avaloren más en su ornamental aislamiento.

La pintura decorativa busca en general el tríptico para motivos en que la figura humana desempeña un papel de importancia, y en los cuales conviene dividir la tela para mejor hacer sentir tres aspectos diversos del conjunto y que tienen valores particulares de composición. Por esto el original esfuerzo de Carlos Dorlhiac para componer su tríptico con un sencillo motivo de paisaje, consiguien-



Iglesia de San Vicente, Chillán. Dibujo a pluma, por C. Dorlhiac.

do por el solo prestigio del dibujo y la composición dar a su cuadro un valor tan admirablemente ornamental, importa un verdadero triunfo. Es un hallazgo artístico, que habla muy claro de la originalidad de este pintor, cuyas iniciativas independientes le han de labrar un hermoso porvenir artístico.



Grupo de eucaliptos (pastel).

* *

Un artículo de crítica artística no se justifica sólo cuando la obra de un pintor es una acabada realidad; se justifica también cuando esa obra es todavía una esperanza, si el articulista la siente orientarse por nobles y seguros derroteros.

Decir que Carlos Dorlhiac es un gran artista, estudiarlo como a un pintor definitivo y referirnos a su obra como a una labor concluída, sería caer en una torpe exageración, que confundiría nuestro propósito con la adulación baladí y falsificaría la personalidad de nuestro artista, colocándolo a igual altura que esos innumerables genios del pincel de quienes "los amigos" hacen elogios sin tasa ni medida.

No. Dorlhiac no es todavía un gran pintor. Es un artista estudioso, cuya honradez profesional, cuyos conocimientos estéticos y empeñosa labor, lo hacen digno de la atención de los entendidos y le auguran a él un hermoso porvenir artístico.

El hecho de que haya podido desenvolver sus facultades artísticas en medio de la hostilidad de un ambiente provinciano absolutamente ajeno a toda actividad que no represente una ganancia o una ventaja material; su constancia entusiasta, su buen gusto innato que le ha impedido dejarse arrastrar por las vulgaridades del medio; el afán estudioso que lo guía, todo esto, que suma los aspectos diversos de su personalidad, importa una razón más que suficiente para que el que escribe estas líneas haya creído de interés ofrecer al público esta impresión de su arte y de su obra.



El Edipo de la Casa de Habsburgo

Por

JUSTUS

(Con ilustraciones fotográficas)

Los sacudimientos políticos que durante el año 1848 se verificaron en casi todos los países de Europa, llegaron hasta el católico Imperio austro-húngaro, donde quizás tuvieron mayor relieve, dada la heterogeneidad de los pueblos que allí forman el Estado.

Antes de esta fecha y como causas inmediatas de los movimientos revolucionarios, existen las tendencias ultramontanas que mostró el Emperador Fernando I, en cuyo nombre, puede decirse, gobernaba sin contrapeso el célebre Metternich, de los tiempos de Napoleón I.



El príncipe de Metternich ministro de Francisco I y de Fernando I.

El anhelo liberal, hijo de la cultura de los pueblos, esperaba un cambio de rumbos de parte del Emperador Fernando I al suceder éste a su padre Francisco I, en 1835.

Daba pie a esta creencia la circunstancia de haber cultivado Fernando I gran amistad con su tío el archiduque Luis, estimado del pueblo por sus ideas antireaccionarias. No obstante, los que conocían mejor el espíritu de aquella corte y de aquel Gobierno no creían en innovaciones ni en reformas. Y así sucedió: Fernando, cumpliendo lo que había anunciado al sentarse en el trono, fiel a la anticuada fórmula de juramento, otorgó a Metternich la misma confianza que su padre y siguió la misma política ajena a toda concesión y a toda libertad, que fué el credo de Francisco I y lo era de su alter ego, el príncipe de Metternich.

En esta época es cuando empieza a destacarse en la política austro-húngara la figura de la archiduquesa Sofía de Baviera, esposa de Carlos Francisco, hermano del Emperador y madre del extinto Francisco José. Princesa de rara energía, pero también de desmedida ambición, no dejó resorte por mover a fin de alcanzar hasta el trono y el poder. Sus medios rara vez fueron legítimos; pero consiguió cuanto se propuso y gobernó realmente durante varios años del reinado de su hijo.



El general Radetzky vencedor de Custozza y Novara

La personalidad de Metternich era el gran obstáculo con que tropezaba la archiduquesa para obtener la abdicación de su cuñado. Conociendo a fondo el carácter de Fernando I, sabía que, privado del apoyo del viejo político, sería una nulidad como monarca, y su carácter, ajeno a las turbulencias, lo llevaría a librarse del peso agobiador de una corona, que no tenía para él halagos de ninguna especie. La labor de Sofía de Baviera se concretó, pues, a luchar desde luego con el Ministro y obtener su caída a toda costa.

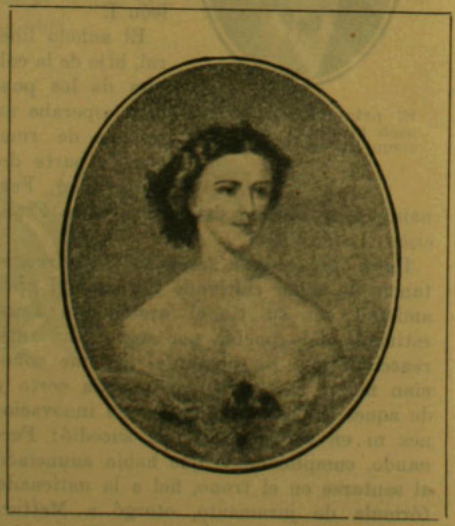


Francicso José en la época de su advenimiento al trono

La ocasión se presentaba a Sofía de Baviera en las mismas agitaciones que promovía el espíritu liberal y al cual aparentemente y en fuerza de las circunstancias se plegaron ella y sus secuaces. El Imperio pasaba por una crisis tremenda. Hungría y Bohemia se insurreccionaron casi a un tiempo. Queriendo prevenir a toda costa los males que le amenazaban y poner coto a las tendencias separatistas de los húngaros, Fernando I nombró, desde luego, virrey de Hungría al archiduque Esteban, que hizo a ese pueblo todas las concesiones posibles; pero éstas no hicieron sino retardar por algunas semanas la terrible explosión que se preparaba. La Bohemia, que tendía a la independencia lo mismo que la Hungría, intentó sacudir el yugo austriaco. Praga, su capital, se insurreccionó; pero el príncipe de Windisch-Graetz la sometió por las armas y ordenó la inmediata disolución de la Asamblea Nacional, que había ayudado poderosamente a precipitar los acontecimientos por sus exigencias. (Courval: Histoire contemporaine).

Corría agosto de 1848, cuando el pueblo de Viena despertó un día a los gritos de "¡Constitución! ¡Constitución!" Una inmensa muchedumbre paseaba por las calles de la imperial ciudad y en los días siguientes los ánimos se enardecieron, el pueblo se lanzó contra las tropas y los palacios, y la sangre de los vieneses corrió por las aceras y las calzadas. El día 13 recrudeció el furor popular y comenzaron los incendios. La situación se volvía amenazante. En casi todos los barrios las descargas de fusilería se sucedían sin interrupción, mientras el fuego aparecía en numerosos puntos, sin que se pudiera acudir a sofocar las llamas. El general Latour, Ministro de Guerra, fué tomado por el pueblo y colgado de un farol.

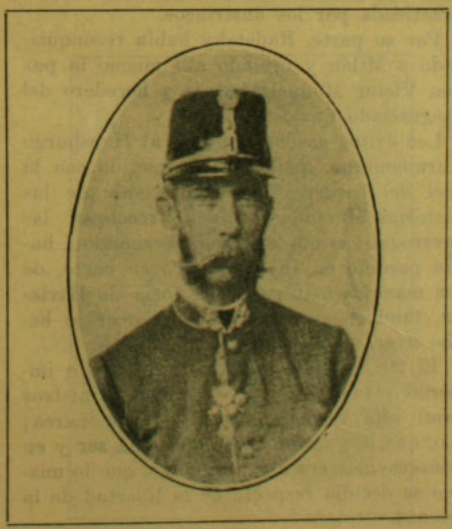
El Emperador, espantado, permanecía en su palacio rodeado de sus parientes y familiares. La archiduquesa Sofía y sus amigos no cesaban en la tarea de hacer responsable a Metternich de los excesos populares, y el monarca, débil, aterrorizado, epiléptico, sin saber qué partido tomar, optó al fin por acceder a los interesados consejos de los liberales, y la dimisión de Metternich fué acordada. Este fué un gran triunfo para la archiduquesa Sofía; pero la abdicación que esperaba no se produjo inmediatamente. Aún le quedaban amigos al pusilánime Fernando, que lo sostuvieron en el trono, aun contra su voluntad, hasta que una segunda revuelta en la capital lo obligó a marchar a Olmutz, donde, aburrido y decepcionado, daba realización al sueño de su cuñada, abdicando la



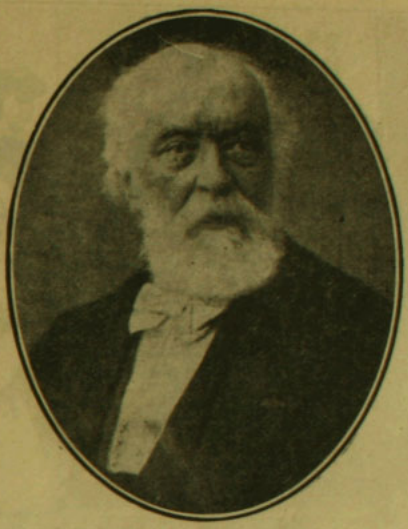
La emperatriz Isabel de Baviera en la época de su matrimonio

corona en favor de su hermano Francisco Carlos, a quien su esposa convenció luego de la necesidad de transmitir tan grave responsabilidad a su joven primogénito Francisco José, quien ciñó la corona imperial el 2 de diciembre 1848.

Pero prontó vió la Emperatriz-madre que la tarea que debían desempeñar era tan ardua que quizás no la compensaban los esfuerzos gastados por llegar hasta el trono. Empezaron, o más bien continuaron, para el nuevo monarca las dificultades internas y externas en el Gobierno del Imperio. Había desde luego en Austria una causa constante de alarmas y preocupaciones para la autoridad central: ella consistía en la diferencia de pueblos y razas que constituían la monarquía dual, llamada así por constar principalmente de dos grandes entidades nacionales: el Austria y la Hungría. A los naturales de esos países hay que agregar los tcheques, los polacos, eslavos, rumanos e italianos que formalmente componen el Imperio austro-húngaro. De todos estos componentes geográficos y raciales el más importante es la Hungría, a quien los Habsburgos manifestaron siempre cierta hostilidad no exenta de temor. La patria de San Esteban, de Matías Corvino y Juan Hunyades no quiso reconocer la autoridad del joven soberano, continuó en la rebeldía y ejemplarizada por los su-



El archiduque Luis Víctor



Luis Kossuth Presidente de la República Húngara

cesos de París, siguió las aguas de los prohombres historiados por Lamartine y proclamó la República húngara bajo la presidencia de Luis Kossuth.

A la revolución húngara pronto vino a agregarse otra causa de intranquilidad para Francisco José y su madre. Carlos Alberto, Rey de Cerdeña y Piamonte, engrandecía como enemigo del Austria y llegaba a constituir un peligro por sus proyectos y actos de verdadero liberal a los ojos de Francisco José y su madre, ya convertidos francamente en reaccionarios. Al estallar la revolución de París, Milán se sublevó contra los austriacos. Carlos Alberto entró en campaña y los imperiales fueron arrojados de Lombardía. Toda la parte de Italia que estaba sometida al Austria, se sublevó. Venecia proclamó su independencia y el gran patriota Manin, que los austriacos tenían prisionero, fué puesto en libertad, organizó la guardia cívica, arrojó a los extranjeros de toda esa región y proclamó la República de San Marcos.

Felizmente para la dominación austriaca, ésta contaba con un gran soldado: Radestzky. Sorprendido por la insurrección, hubo de retirarse a Verona; pero rehecho después de la derrota de Goito, ganó a los italianos la batalla de Custozza y Carlos



La familia imperial de Austria-Hungría en 1860.—De pie: El emperador Francisco José, Archiduque Maximiliano, Archiduquesa Carlota, Archiduque Luis Víctor y Archiduque Carlos Luis.—Sentados: La Emperatriz Isabel de Baviera, Archiduquesa Sofía de Baviera, Archiduque Francisco Carlos

Alberto se vió obligado a abandonar sus conquistas y se encontró reducido a sus antiguos límites. Sin embargo, el espíritu revolucionario italiano tomaba cuerpo cada día impulsado por las sociedades secretas y pocos meses después el tenaz Rey de Piamonte volvió a declarar la guerra al Austria. Radetzky no se atemorizó, preparó la resistencia y de nuevo derrotó al porfiado piamontés en Novara. Carlos Alberto, desalentado, abdicó la corona en favor de su hijo Víctor Manuel II, que firmó la paz con el Austria. Como consecuencia de esta victoria del general austriaco, se rindió Venecia y las cosas volvieron a su estado anterior. El veterano salvó así al Imperio no sólo de la pérdida de sus provincias italianas, sino de la revolución húngara.

En efecto: libre ya de preocupación por el lado de Italia, Francisco José entró en negociaciones con su colega de Rusia, Nicolás I, acérrimo reaccionario, para obtener su ayuda contra los revolucionarios de Kossuth. El autócrata accedió y doscientos mil rusos, a las órdenes del general Paskevitsch, entraron a Hungría además de las tropas austriacas mandadas por Jellachich y Windis-Graetz. Francisco José se trasladó al teatro de la guerra y asistió a la toma de Raab, a la capitulación de Vilagos y a la rendición de Comom, que le hicieron dueño de Hungría, donde los vencedores hicieron gala de la tradicional crueldad practicada por los austriacos.

Por su parte, Radetzky había reconquistado a Milán y firmado allí mismo la paz con Víctor Manuel II, hijo y heredero del desgraciado Carlos Alberto.

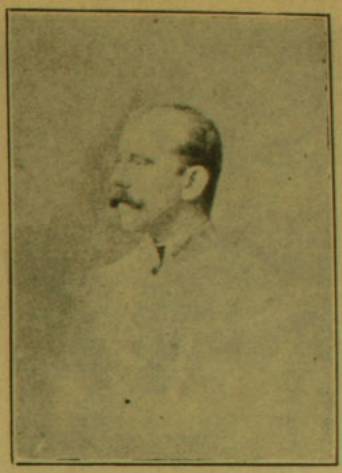
Los éxitos ensoberbecieron al Habsburgo ultramontano, que se había vestido con la piel del cordero liberal y a raíz de las victorias obtenidas procuró recobrar las prerrogativas que el infeliz Fernando I había perdido en 1848 a causa, en parte, de los manejos e intrigas de Sofía de Baviera, también empeñada en deshacer lo hecho ayer.

El 20 de agosto de 1851 un decreto imperial estableció: 1.o, que los Ministros eran sólo responsables ante el monarca; 2.o, que la guardia nacional **debía ser** y en consecuencia **era** abolida; y 3.o, que lo mismo se decidía respecto de la libertad de la prensa.

Poco después se derogaba la Constitu-

ción sancionada por el mismo Emperador en 1849 y el ejercicio de la administración pública se retrotraía a la época de Francisco I. Comprendiendo que para el logro de sus planes era necesaria la unión de los diversos Estados de su Imperio, abolió las aduanas que separaban a sus provincias alemanas de Hungría y del reino Lombardo-Veneto y creó en todas las provincias Estados provinciales con puestos de funcionarios eclesiásticos y civiles de los distritos, de nobles y representantes de las ciudades y Universidades; Estados a los que solamente dió carácter consultivo. Extremando más todavía la nota reaccionaria, firmó con el Papa un concordato en que llegaba hasta conceder a los eclesiásticos completa autoridad sobre la enseñanza pública y derecho de censura sobre libros y periódicos.

Y durante varios años, Francisco José y su madre, autócratas verdaderos, a quienes sólo las conveniencias habían teñido de liberales en otros tiempos, gobernaron absolutamente sus Estados, hundidos en un clericalismo sombrío y en todo lo rancio y tiránico. Hungría, Dalmacia, Bohemia, Transilvania, Galitzia, el Trentino y el reino Lombardo-Veneto no se atrevían a levantar la voz. El terror reinaba por doquier y es en esta época cuando se pone más de relieve la orgullosa y cruel personalidad del monarca que acaba de fallecer. Infeliz del que se atreviese a pronunciar la palabra ¡Libertad! La horca, el fusilamiento, las torturas y las sangrientas humillaciones fueron el pan de cada día, y los usuales medios para ahogar los últimos gérmenes de rebelión en Hungría, los gritos de angustia de los polacos martirizados y las voces de autonomía, que los unitarios italianos solían lanzar en público.



Archiduque Rodolfo poco antes de su muerte



El archiduque Maximiliano fusilado en Querétaro en 1867.

Fué entonces cuando recorriendo una calle de Viena el Emperador y su madre oyeron de labios de la condesa Karolyi, madre del conde fusilado por orden imperial, aquella terrible maldición, que ha tenido tan asombroso y trágico cumplimiento. Dijo la anciana madjiar:

"¡Que los cielos y la tierra destruyan tu felicidad! ¡Que tu familia sea exterminada! ¡Que seas herido por mano de los mismos que amas! ¡Que tu vida sea por siempre amargada y tus hijos perezcan en la ruina!"

Pero análoga causa a la que trajo el absolutismo debía también hacerlo menguar y desaparecer. La sangre de tanta víctima clamaba venganza y el castigo terrible para el cruel monarca iba a empezar. A fines de abril, viendo la íntima alianza que existía entre el Piamonte y Francia, el Gabinete de Viena intimó al Rey Víctor Manuel la orden de desarme del ejército nacional, so pena de ser atacados. Víctor



La archiduquesa Estefanía

Manuel y Napoleón III manifestaron a Francisco José que su pretensión era exagerada y que si las tropas austriacas pasaban el Tesino, ambas naciones se considerarían en guerra con el Austria. El vencedor de Carlos Alberto se creyó seguro y dió orden al general Guilay de atravesar el Tesino. Demasiado conocidos son los desastres terribles que experimentó el ejército austriaco en esta campaña. Magenta, Montebello, Mariñán y Solferino fueron teatros de gloriosas y sucesivas victorias de los franco-sardos, que obligaron al Emperador austriaco a firmar la paz de Villafranca y el tratado de Zurich, por los cuales la Lombardía pasaba a formar parte del joven reino de Italia.

Algunos años pasaron en relativa calma en la monarquía dual, pero el germen libertario no había muerto y en la sombra trabajaba en contra del absolutismo. Francisco José, aleccionado por la desgracia, aceptó el otorgar a sus pueblos ciertas libertades constitucionales y restableció las garantías establecidas en la antigua y derogada Carta húngara. Pero aún no habían concluído para el Imperio las derrotas. La Prusia, que poco a poco iba ensanchando la esfera de su influencia sobre los demás Estados alemanes, no veía con buenos ojos el prestigio del Austria, decano y ex-jefe de esos mismos Estados. Buscaba un pretexto para deshacer ese obstáculo que se oponía a su engrandecimiento. En la conquista del Schleswig-Holstein, hecha por ambas potencias, la Prusia encontró ese pretexto. Pretendió obtener del Austria el beneplácito de administrar exclusivamente la adquisición hecha en común. El Gobierno de Viena no quiso acceder a tan insólita pretensión. Las recriminaciones no faltaron y, por fin, se declaró la guerra entre ambas potencias.

El Emperador de Austria tuvo también en contra a sus eternos enemigos, los italianos, y a pesar de haber obtenido sobre ellos las victorias de Lizza y Custozza, hubo de abandonar el Veneto para concentrar todas sus tropas en Bohemia, donde los prusianos, atrincherados en Sadowa, infringieron una espantosa derrota al ejército austriaco mandado por el general Benedek. El Emperador no pudo continuar la lucha, firmó la paz en Praga. Por este tratado, Italia recibía la Venecia, el Austria dejaba de ser una potencia alemana, mientras que Prusia recibía el protectorado, o más bien la dirección de todos los Estados del Nor-



La emperatriz Isabel a la época de su muerte

te. El reino de Baviera, el ducado de Hesse Darmstadt, el Gran Ducado de Baden y el reino de Wurtenberg conservaron una especie de independencia, pero se adhirieron a la unión aduanera de Alemania y sus ejércitos, en caso de guerra, quedaban bajo el mando del Rey de Prusia. Y desde esta fecha data la grandeza y poderío de éste que fué modesto principado germánico. (Courval. Histoire Contemporaine).

El contratiempo fué cruel y el absolutista pudo darse cuenta de que el desprestigio que trae consigo la derrota podía producir el desmembramiento y la ruina del Imperio si no se atendían las voces de libertad que por todas partes se oían y a las cuales no satisfacían las concesiones casi teóricas que se habían hecho en algunas cosas y en otras no. Francisco José se dió al fin cuenta de la funesta intervención que la Emperatriz madre había ejercido en su ánimo y en el Gobierno, y entró sin vacilaciones en el camino de una política francamente liberal, comenzando por halagar a los húngaros, haciéndose coronar Rey de Hungría, acontecimiento que suavizó muchas de las asperezas que existían entre Viena y Budapest. Y aunque católico y ancestralmente respetuoso de todos los eclesiásticos, comprendió también la perniciosa influencia que hasta entonces habían tenido los clericales en la cosa pública y reformó varias disposiciones favorables a tan peligrosos elementos. La paz parecía asegurada y el soberano, empujado por el espíritu de progreso y de libertad, se amoldó a las circunstancias y trató de gobernar sus pueblos en una forma más moderna, aunque sus recónditas tendencias reaccionarias y sus disgustos de familia lo hicieron a veces variar o desatender los negocios del Estado.

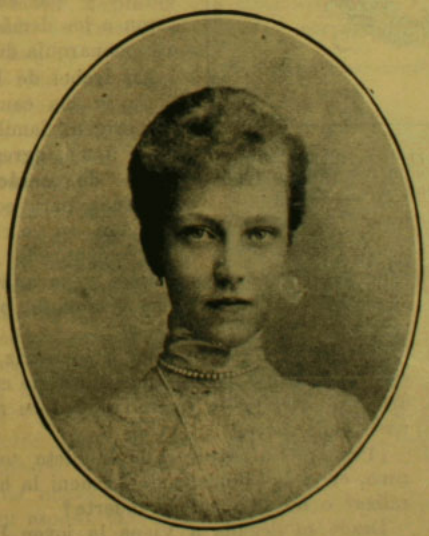


La baronesa María Vetschera

Y decimos los disgustos de familia empleando un término demasiado suave. Diríamos "las crueles penas" de familia y acertaríamos.

La serie de desgracias ocurridas a los Habsburgos, según un sabio médico, tiene su causa y su origen en la "razón de Estado", que no permitía a los príncipes imperiales católicos contraer matrimonio con princesas que no profesasen la misma religión, de manera que los Habsburgos aspirantes a maridos no podían casarse sino con princesas de dos o tres familias reales, y de ahí los matrimonios entre primos hermanos, tíos y sobrinos y el intrincado laberinto de parentescos entre algunas familias que, como las de los Habsburgo y Baviera, se aliaban desde hacía siglos.

El Emperador Francisco I fué epiléptico, Fernando I y Francisco Carlos lo fueron,



La archiduquesa Isabel hija del archiduque Rodolfo



Pergamino conmemorativo obsequiado por el ejército austro-húngaro al emperador Francisco José con ocasión del 25.º aniversario de su elevación al trono.

y éstas y muchas otras dolencias hereditarias llevó el último al matrimonio con su próxima pariente Sofía de Baviera. Los hijos de este matrimonio, Francisco José, Maximiliano, Luis Víctor y Carlos Luis, cual más, cual menos, heredó de su padre la epilepsia o fué víctima de la degeneración, como en el triste caso del archiduque Luis Víctor.

Francisco José, producto de todas estas razas, en que no hay sangre nueva, contrae matrimonio el 24 de abril de 1854 con su prima Isabel de Baviera, cuyas facultades mentales si no estuvieron francamente trastornadas, por lo menos no ofrecieron casi nunca el equilibrio y tranquilidad normales.

De este matrimonio nacen el archiduque Rodolfo y las archiduquesas Gisela y María Valeria, todos epilépticos y de caracteres raros, sobre todo el primero, ya que es siempre el varón el que refleja con más intensidad las cualidades, vicios o virtudes de sus antepasados. A estas razones casi científicas de desórdenes, hay que añadir las provenientes de los prejuicios, la educación, el medio, etc., y sólo así se explican los acontecimientos deplorables de que fueron víctimas unos Habsburgos y que enlutaron a los demás y a la monarquía dual.

En Isabel de Baviera, a las causas de origen familiar hay que agregar otras de carácter eventual, para comprender su existencia nómade, su aburrimiento de la vida, sus estudios fantásticos y su anhelo de morir en alguna forma grandiosa, poética, excepcional.

—Morir, decía la original Emperatriz, es extinguirse serenamente. La belleza no cuadra con la falta de serenidad y debe morirse bellamente.

¿Pensaría, al expirar, la inquieta soberana, en si la puñalada de Lucheni la hizo ralizar o nó su ideal de muerte?

Desde su llegada a Viena la joven Isabel, que había hecho un matrimonio de amor, fué trabajada por dos causas de que-

branto, que acabaron con su paciencia y, según algunos, con su cordura. Ellas fueron el carácter dominante, cruel y poco amplio de su suegra y tía y las infidelidades e indiferencia de su esposo.

La vieja archiduquesa quería a toda costa conservar el ascendiente que siempre había tenido en el ánimo de su hijo. En su nuera vió un enemigo y lo combatió con la misma energía que combatió a Metternich y a Fernando I para llegar al mismo fin: a mandar.

Isabel era de la misma raza de su tía y no menos orgullosa. No se dignó aun protestar y se encerró en sus habitaciones sin hablar, ni hacer caso de nadie. Su suegra tomó pie en esa actitud, quizás exagerada, pero en todo caso, digna y valiente, para darle el sobrenombre de "gansita bávara", queriendo hacer creer que la joven era antisociable y huraña. Los cortesanos, ansiosos de complacer a la madre del soberano, reclamaron de aquella actitud despreciativa de la Emperatriz y aprovechando el despego que ya sentía Francisco José por lo que ya era suyo, llevaron y trajeron historias, chismes y calumnias, que desesperaron a la Emperatriz.

Añádanse a estas hirientes pequeñeces las aventuras galantes del joven Habsburgo, gran amante de la caza y del teatro por las agradables sorpresas que ellas ofrecen en formas de frescas aldeanas y atrayentes artistas, y se tendrá una idea del calvario que subía la joven confiada en el amor y en la santidad del vínculo matrimonial.

Sofía de Baviera llegó hasta reprocharla que no hubiese aceptado los homenajes del conde de L...! y extremó sus rigores hasta conseguir que se la privara de ser la educadora y guía de su hijo Rodolfo, que casi fué arrancado de su lado!

Una nueva aventura de su esposo, tras tantos dolores, una aventura pública sin recato, sin siquiera guardar cieras fórmulas, llenó el cáliz de amargura, que fué la ofrenda y la recompensa de su altiva honradez.

La Emperatriz se impuso de aquel deplorable acontecimiento y tras una violenta escena con su marido y con el genio maléfico de su madre, se separó del esposo y abandonó el palacio real de Hofburgo.

Desde entonces comenzó la vida errante de Isabel, Emperatriz de Austria, que a veces volvió al lado de Francisco José, pero que no pudo soportar la presencia de las gentes y las cosas que fueron testigos de sus dolores y humillaciones. Parece que la mano de la Eterna Justicia o del atavismo fatal comenzó, desde entonces, a pesar sobre el Emperador y Rey.

Un día de 1867 se recibió en Hofburgo la noticia tristísima del fusilamiento del hermano segundo de Francisco José, Maximiliano, para quien el atavismo se tradujo en ansia de aventuras y en enfermizos ideales de poderío exótico. Creyendo el desgraciado príncipe en las promesas de Napoleón III y en la utopía de fundar un Imperio en el Nuevo Mundo, aceptó el trono de Méjico y cayó víctima de su audaz ignorancia ante la implacable y justiciera figura de Benito Suárez, hijo de la libre y republicana América. Tan rudo golpe afectó a Francisco José por la triste circunstancia de haber provocado la locura de la



Los emperadores de Alemania y Austria haciendo pública manifestación de alianza



Francisco Fernando poco antes de ser asesinado en Sarajevo

esposa del archiduque, la princesa Carlota de Bélgica.

Poco tiempo después, otro miembro de la familia imperial, el archiduque Juan, de la rama de Toscana, desaparecía misteriosamente, sin que nadie supiese jamás su paradero.

Los hermanos del Emperador también eran motivo de sufrimiento para el jefe de la familia por sus públicas aventuras de todo orden y no les iba en zaga el heredero Rodolfo, a quien, como a su padre, desde la adolescencia, no faltó jamás un compañero complaciente y experimentado, un "**Kaiserlicher und konig licher kuppler**", título que dieron los vieneses al conde de Bombelles, ayo de Francisco José. Enclenque, impresionable y excesivamente nervioso, aparece desde su infancia el Kromprinz Rodolfo. Mal educado por su abuela la archiduquesa Sofía, obligado a casarse contra su gusto y contra la voluntad de su madre con la insignificante Estefanía de Bélgica, que amargó su vida con pequeñeces y falta de tacto. Lanzado en la vida desordenada, degeneró pronto en alcohólico y tras una afección reumática, que le originaba agudos dolores, añadió a todas estas deplorables causas de degeneración, la del abuso de la morfina. Todo el mundo conocía sus relaciones con la baronesa María Vetschera y los escándalos que con tal motivo tenían lugar en el hogar del Kromprinz. El Emperador amonestaba a su hijo y sólo conseguía agriarlo más. El hecho de haber enviado Rodolfo una carta a Su Santidad León XIII, pidiendo el divorcio, le atrajo una reprimenda más seria que las anteriores, que lo exasperó en una forma aguda.

Al día siguiente de aquel suceso tenía lugar la llamada "Tragedia de Mayerling". En un pabellón de caza fueron encontrados el 30 de enero de 1889 los cadáveres del archiduque Rodolfo y de María Vetschera por sus amigos y compañeros de orgías, el príncipe Felipe de Coburgo y el conde de Hoyos. Jamás se ha sabido lo que allí ocurrió y nadie ha descorrido todavía el velo de misterio, que cubre la horrible y sangrienta catástrofe.

Francisco José, aunque confortado por la compañía de su esposa, pudo apenas soportar tan horrenda desgracia sumergido en el fondo del palacio de Hofburgo. La presencia de la Emperatriz al lado de su real esposo, su energía y dignidad en el dolor, su constante atención para con el padre desgraciado, fueron quizás una pena más para el marido indiferente de otros



La princesa Hohenberg, esposa de Francisco Fernando

tiempos, y así dice una orden del día de aquella época, cuyo original es de puño y letra del Emperador:

"Lo que debo en el transcurso de este tiempo tan doloroso a la solicitud de mi imperial esposa, no acierto a describirlo. Sólo sé decir que su presencia y su ejemplo han impedido que yo sucumba a impulsos de la desesperación."

En el corazón de Isabel de Baviera, aquella herida no cicatrizó y el eterno cansancio de la vida acrecentado hasta la monomanía, llevó nuevamente a la triste mujer a vagar por campos y ciudades lejanas. Salió del palacio de Hofburgo cuando ya la pena del monarca se había apaciguado: la que sufría ella, la de la madre, era de las que acompañaban hasta la tumba. Isabel, desde entonces, fué más silenciosa y la sonrisa no volvió a iluminar su rostro. Volvió algunas veces al lado de Francisco José para emprender después nuevos viajes. Septiembre de 1898 la encontró en Ginebra, alojada en el Gran Hotel de Caux. Un día paseaba su tristeza a orillas del lago. Allí la esperaba la traición. Un anarquista inconsciente, una fiera en forma de hombre, se lanzó sobre la Emperatriz y le atravesó el pecho de una puñalada. Cuando depositaron su cuerpo ensangrentado sobre una camilla improvisada, alcanzó a balbucir algunas palabras:

—¿Qué sucede?, preguntó.

La condesa de Sztaray, su dama de honor, procuró tranquilizarla.

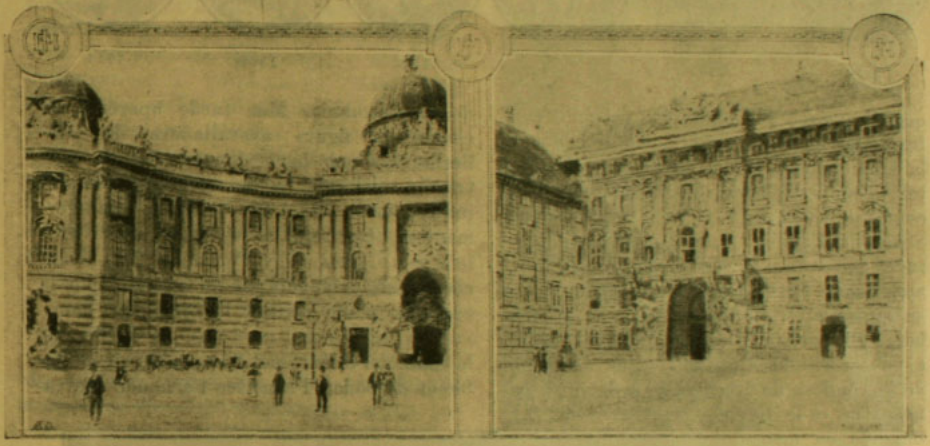
—¿Sufrís?, le preguntó.

—Nó, modularon los pálidos labios.

Su rostro se iluminó con la sonrisa de antaño, sus manos dibujaron un movimiento de gratitud, los párpados ocultaron poco a poco las pupilas de azul profundo y suavemente salió aquella alma escogida de su hermosa envoltura corporal.

Cumplía su anhelo: moría serena y bellamente.

El viejo esposo lloró. Comprendió a última hora los tesoros que estaban ocultos en el fondo de la "gansita bávara" y la injusticia y crueldad con que fué tratada.



Dos aspectos del palacio imperial de Hofburgo

Se comprende que todos estos dramas sangrientos y los años fuesen minando la energía, el orgullo y la ambición de Francisco José. En los mismos negocios públicos empezó a notarse cierta debilidad de parte del Emperador. Nuevos disgustos agravaron estos síntomas de decaimiento. Los Habsburgos, sin darse cuenta ellos mismos, volvían por los fueros de la Naturaleza y despreciando la tiránica y necia razón de Estado, se lanzaban a una serie de casamientos desiguales.

La viuda del archiduque Rodolfo pasaba a ser condesa de Soulay. Su hija, la archiduquesa Isabel, casaba con un noble de modesta alcurnia, y para no citar sino lo más importante, el nuevo heredero, el archidu-

El emperador en distintas épocas



que Francisco Fernando, su sobrino, contraía matrimonio con una dama de honor de la archiduquesa Isabel, la condesa de Chotek. Todo esto hería las viejas preocupaciones de casta del hijo de la orgullosísima Sofía de Baviera. Para evitar escándalos tuvo que consentir en el matrimonio del archiduque Francisco Fernando y otorgó a su mujer el título de duquesa de Hohenberg. El anciano, indudablemente, empezó a pensar entonces en la antigua maldición de la condesa de Karolyi, y fatigado y penoso, fué, cada día más, dejando en manos del conde Andrassy y del heredero las riendas del Gobierno.

Bismarck, cuyo único fin era el engrandecimiento del Imperio alemán, ya constituído tras la victoriosa guerra del 70, empezó a halagar al Gabinete de Viena. Oportunamente se regaló al Austria la Bosnia y la Herzegovina. El todo poderoso Ministro teutón visitó a Francisco José, intimó con él, con el archiduque heredero y con Andrassy; el espíritu superior dominó a aquellos políticos de escasas miras y el Austria pasó a ser un satélite de la Alemania. Más tarde apareció en escena la figura avasalladora de Guillermo II, que hace de sus aliados austriacos, del tío y del sobrino, simples instrumentos de su política pan-germánica. Se repetía el caso de Napoleón con Carlos VI y Fernando VII, Francisco José, agobiado por las penas y por la edad, no podía resistir la influencia dominadora del Kaiser germano, en la flor de la edad, del talento político y de la ciega ambición de poder. Francisco Fernando centra-



Guillermo II y Francisco José. Ultima fotografía de los dos emperadores

lista, reaccionario, amigo de los jesuítas, admiraba y facilitaba las miras dominadoras, absolutistas del soldado prusiano Quizás sólo la guerra actual ha impedido la unificación de todos los países de habla alemana bajo el cetro de Guillermo II, a despecho de reclamaciones y quejas de los crédulos austriacos!

Un nuevo dolor y una nueva cuchillada faltaba para realizar casi aquella maldición antigua.

Y llegamos a la tragedia de Sarajevo. Eslavos ansiosos de vengar las depredaciones cometidas con los serbios esperan siniestramente la llegada del archiduque heredero del trono de Austria-Hungría, Francisco Fernando de Habsburgo, y su esposa morganática, la princesa de Hohenberg, que debían visitar la ciudad de vuelta de unas maniobras militares. Al paso del carruaje principesco suenan varias detonaciones y los esposos, a quienes esperaba pronto una corona, caen en medio de la calle masacrados por las balas del revólver asesino.

Se comprende qué impresión haría sobre el viejo Emperador esta última y desoladora prueba.

Sus fuerzas le han abandonado y cuando recibe la orden de Berlín, trastornado e inconsciente, hace responsable a una nación del crimen de unos cuantos exaltados y declara la guerra a la desgraciada Serbia.

No es posible que el experimentado político, que era Francisco José, haya ignorado las consecuencias de su determinación. No es posible que su conocimiento de las situaciones internacionales europeas no le hayan permitido prever, si no todo, por lo menos parte del cataclismo que asola el Viejo Mundo: pero estaba maniatado por la pena... y la humillación. Al anciano vacilante pero celoso de sus prerrogativas, no se le ocultaba que había pasado a ser una figura decorativa y temía, odiaba y necesitaba al mismo tiempo ese apoyo invasor, esa creciente intervención alemana en las cosas del Imperio. Estalla la horrible guerra y esa influencia alemana en Austria se hace mayor. Los jefes militares son alemanes, los funcionarios públicos son alemanes, la dirección de la guerra la tiene el Gran Estado Mayor alemán, las derrotas austriacas son amargamente comentadas en Alemania y, por último, al decrépito e inofensivo Francisco José se le adjudica por orden del Emperador Guillermo II de Alemania, un ayudante de campo alemán, o sea, un funcionario, que vive en la intimidad del soberano, pasa a ser un factótum del Kaiser prusiano.



El nuevo Emperador Carlos Francisco José y su esposa la Emperatriz Zita

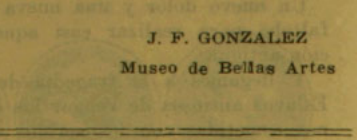
Los dantescos horrores de esta guerra sin precedentes parece que completan el cumplimiento de la maldición de la condesa Karolyi. Nada ha faltado en la Historia para que el nuevo Edipo de Francisco José de Austria, sea el protagonista de uno de los más largos, pero también de uno de los más tristes reinados de la historia.

Laboriosa y delicada tarea tiene que realizar el nuevo Emperador Carlos Francisco José.

CAMPANULAS

Por

Miguel Luis Rocuant



J. F. GONZALEZ
Museo de Bellas Artes

La luz de este día gris pone en mí el deseo de sentir latidos de savia; de ver enlazamientos de amarillos, de verdes, de azules; de teñirme del aromado ensueño de los cálices. Pero, ¿cómo, si de los últimos no quedan sino cenizas?... Por el arte. La pintura me ofrecerá la delicadeza de las formas vegetales que deseo admirar: las humildes y risueñas, no las mustias. Pues si unirme a lo caído, a lo tronchado, es para mí una delicia, porque vivo un instante sus dolores, lo es también, y muy intensa, ligarme a lo que logra subir y florecer, porque sus líneas me envuelven en la alegría de lo que se esfuerza y triunfa... Sí, gusto de la ternura que me incita a redimir los perfiles y colores vencidos, dándoles, en mi espíritu, lo que tendrían si hubiesen alcanzado la completa expresión de su belleza, pero gusto mucho más de la que me une a las formas por donde la vida va con idealidad tan fresca y pura, que al verla subir y, como en las flores, colorarse, me sienta llevar por el giro de sus aspiraciones, húmedas de luz y de ensueño.

Para que esta manera de ver sea ejercida con libertad delante de un lienzo de flores, es preciso que yo pueda seguir no sólo su belleza, sino su vida interior, su alma. Podría, es cierto, detener el análisis en la factura, no alterar el dibujo ni el matiz de un pétalo con el recuerdo de otro más leve o más lúcido, pero eso,—circunscribirse a lo cromático, — sería sensualismo visivo que, después de deleitarme con las luces tibias, gélidas o ardientes, me dejaría en los ojos, no la hermosura de un ensueño enaltecedor, sino la ceniza de mis sensaciones coloradas. Las flores vistas así no me seducen como las que admiro en su aspecto transcendente, esas en que logro pasar de lo concreto a lo evocativo, de lo que insinúa en la levedad de su inflorescencia más que el próximo agotamiento de la vida, la liberación de sus fuerzas originarias.

Hay lienzos en que se define un capricho floral, en que vibra el tímido blanco del lirio o cuelga la púrpura de las fucsias copiosas; pero que no abren en mí lejanías, porque la falta de un principio emotivo que rija su unidad, convierte sus pintas de blanco, de verdes y de lacas en pinceladas alusivas a flores, más que evocativas de las que suben eréctiles a purificar el aire y el alma. Esas obras demuestran cómo, sin la luz en que el artista ha de mojar sus pinceles antes que en los óleos de la paleta, sin la emoción unificadora de sus elementos expresivos, no hay colores que seduzcan. Si el pintor desdeña esa luz, si se reduce a colorar sus armonías vegetales sin más intento que la imitación de la realidad pura, su triunfo será el de muchos; pero si quiere ceñir a sus sienes lauro no ajado por la multitud, ha de buscar agrupamientos en que palpiten armonías nuevas o renovadas por el ritmo con que su sentimiento ordene.

Lo repetido de las formas vegetales continuaría en la pintura si se las transcribiese en sus colores reales solamente y no en la variedad de los aspectos que en ellas descubre, más que la mirada, la emoción. Al caer en una flor, la luz se tiñe de los matices que la desmenuzan, pero si el artista no se detiene en la apariencia, si lucha por descubrir un aspecto único, avienta la ceniza de esos esplendores hasta que surja, vívida, la armonía soñada por su espíritu. El principio descubridor de lo nuevo en el perfil y el co-

lor de las flores es el estremecimiento emotivo que, al ver un haz de margaritas, un grupo de hojas incoloras y anónimas, o un tumulto de crisántemos, nos une, no a las líneas y colores en sí mismos, sino a las blancuras que idealizan, a los grises que enervan, a las calideces que consumen. Sin este estremecimiento emotivo, sin esa savia de luz psíquica, las flores se definen, en los lienzos, frías, muertas.

*

Si más de una de las veces que me detuve frente a las manchas florales de las salas de pintura, me alejé sin ver en ellas esa luz moral, que el pintor puede creer superflua para la belleza, pero que estimo necesaria para la emoción, hoy no: la vida, una y múltiple, de este grupo de campánulas me ha retenido. Su autor es el más intenso y personal de nuestros intérpretes de flores. Su agudez visiva, que descubre, aun en los tonos más indecisos, algo de inconfundible, lo dispone de lúcido modo para evocar la belleza de las formas vegetales. Si como artista sutil desdeña el cuadro de composición, el que vive, menos por su efecto pictórico que por su efecto literario, no se olvida, por eso, de componer los suyos dentro de lo que parece capricho y es la intuición de su sentido estético. Y si como artista exquisito cuida de que sus pinceladas se adapten a la naturaleza intrínseca de lo que interpreta, como soñador va más allá, busca lo que unifica y enaltece los temas para proponer, como en esta obra, un acorde de luces, que se resuelve más que en las flores, en el alma. Sí, el lienzo, esclarecido por negra moldura, deja caer, bajo la luz amarilla y oblicua, un tumulto de hojas verdes y de corolas azules y blancas. Desde el ángulo izquierdo superior, donde está lo más espeso del follaje, la claridad viene, tiembla en el blanco de la campánula que sobresale del centro florido, y llega al ángulo derecho inferior, donde se esparce en tibia mancha soleada. La tenuidad de las guías, la turbulencia verde y blanca del haz, los ápices de algunos alelíes amarillosos que vibran sobre su cáliz obscuro, las corolas azules, las níveas, de oquedades transparentes, y las hojas húmedas, verdes, están enlazadas con tal copiosa variedad de líneas y de tonos que al seguirlas en su enmarañamiento grupal me pierdo en su belleza, en su alegría.

La exquisitez de la factura intensifica el deleite. Si desde el punto de vista de la manera de pintar, el motivo está desenvuelto en caprichoso balance de líneas y de luces, desde el finísimo de la expresión estética se define avivado por lo que llamaré la consaguinidad moral de los colores, la relativa ligereza de sus pigmentos, eso que los dispone para esclarecer con más liviandad que otros, la transparencia de las flores. Hay unidad entre el tema, las lacas y la factura. El artista ha sabido plegar la pincelada a la vegetalidad del motivo. Cada una, la que se disuelve en el fondo, ligera como el aire, y la que se dobla en la orilla de las hojas se une, sin perder su carácter, a la frescura del grupo. Las pastas, que en los alelíes se extienden pesadas y en las campánulas, leves, pero carnosas en el borde de los pétalos, adquieren, en la maraña de las hojas, caracteres múltiples: se trenzan libres, aéreas, lánguidas, denodadas. El fondo del lienzo, que es simple frottis sombrío, vivifica, por contraste, la variedad del tumulto risueño.

*

Esta delicadeza de factura es propia del artista que ha sutilizado su pupila en el análisis vivisectivo de la luz. El pintor que no sale de lo escolar es porque no percibe las cosas con la suficiente agudez para verlas en sus aspectos vivos, es porque las ve ordenadas dentro de la visión que de ellas se formó en sus estudios de dibujo y de colorido; mas si su retina se depura, no tarda en libertarse de los prejuicios visuales, en ser personal. Para ello, es preciso que su mirada caiga sólo en los planos que algo signifiquen para su espíritu de rebelde... Pero no valdría trasgredir, para obtener un efecto único, las leyes pictóricas, buscar lo contrario de lo establecido, guiar el desenvolvimiento de la obra por larga serie de negaciones: el lienzo así terminado, no evidenciaría ni un indicio siquiera de vida, de esa interna corriente animadora que, siendo una, parece varia, que es terneza en la flor, destello en el astro, voluntad en la ola. En el fino y continuado esfuerzo por depurar lo que ve, debe, pues, el artista adquirir la suficiente agudez pa-

ra que, al transcribir una visión, logre hacerlo con las minucias o rarezas que podrían tenerse por las desigualdades de lo cogido al azar, pero que no serán sino los signos de su personal procedimiento electivo de la luz y de las sombras.

La calidad de sus medios expresivos resultará así de su manera de percibir. Si retiene en la pupila un matiz sin perder ni lo más leve de su valor luminoso, ni lo más ínfimo de su naturaleza intrínseca,—pesadez, aeroidad, blandura,—tendrá que emplear, al transcribirlo en el lienzo, pastas que simulen ser, por la virtud evocativa de sus colores, de la misma materia que el matiz rememorado. Se esforzará porque sus elementos pictóricos sean consustanciales de su visión, y no dará una pincelada, ni una sola, si advierte diferencia entre el principio constitutivo del color de que se ha de servir y el tono de lo que ha de interpretar; si ve que su pincel se resiste a la gallardía de convertir, como en estas campánulas, los pigmentos minerales en leves y translúcidos. Sí, no hay en este lienzo punto de las fibras o de las corolas que induzca, por su dureza mineral o por su opacidad terrosa, sensación de textura que no sea de flor. Desde el verde de las folias, al amarillo, azul y blanco de los pétalos, los tonos se resuelven aligerados por un mismo principio de frescura. Bajo la influencia de este elemento expresivo, el grupo se anima de tal modo que lo veo vivir como un organismo cromático del que la alegría fuese el centro invisible, el punto cordial desde donde se esparciera la savia, que va por los húmedos y blandos matices de las flores.

Es cierto que esta unidad suele ser en algunas obras inoportuna, como en las que estilizan flora de ensueños, en las decorativas; mas en la evocación de la verdadera, es de necesidad casi absoluta. Para el artista que evoca, bajo luz de leyenda, enlazamiento de flores imaginarias o exóticas, no es indispensable la relativa consustancialidad que guste de ver entre lo pintado y las pastas; puede usar el más aéreo de sus blancos para los carnosos aros de Etiopía y el más metálico de sus azules para las sedas de un estramonio de China. Pero en lo representado, no para servir de fondo a lienzo decorativo, sino por su belleza propia, ese procedimiento perturba la verdad, que es hermosura. Además, ese enlace no ha de ser de materia y materia únicamente, sino del carácter moral del motivo pictórico con el carácter moral de los colores. Una tonalidad clara no sería apropiada para la evocación de un tema triste, ni una obscura para un tema risueño. En el retrato, en que a pesar de una apariencia mustia la vida puede ser gozosa, los colores logran unirse no a lo visible sino a lo invisible; armonizar la luz y el alma; pero en las flores no; su vida son su color y su forma. No hay que seguir a los artistas que desdeñan la unidad del tema y de las pastas coloreadas, así sean augustos. Olvidemos que Rubens en algunos de sus lienzos no se preocupó del carácter moral de los colores, que se sirvió de los mismos para las mujeres que ríen en escenas paradisíacas y para las que ruedan, ensombrecida el alma, en tumultos herebianos; olvidemos que el Veronés recurrió a los mismos colores, risueños y gozosos, para la vestidura de Jesús, tanto en la alegría de las bodas de Canaán como en la angustia de su marcha al Calvario; y acordémonos de los pintores que dieron a sus luces el tono de su pensamiento o de su emoción, de Delacroix, de Whistler, de Bernard...

En este lienzo, el tema acrece su frescura tanto por el enlace de esos valores como por la ordenada disposición de las formas. La sensibilidad electiva ha luchado y ha vencido. Prescindir de lo bello inútil, de lo que puede distraer la mirada con luz dispersiva de la unidad pictórica,—la línea de esa rama, el matiz de esta corola,—es esfuerzo que debió requerir la concentración de las más sutiles cualidades del artista, ya que no sólo es preciso eliminar, para la vida de un conjunto, la mancha adversa, sino que es indispensable unir las restantes de modo que, por los reflejos que reciban o por sus valores propios, no turben la armonía buscada. Lo bello, en arte, es sacrificio. Aunque vívido y puro, el rasgo inexpresivo, como la línea o el tono que entorpezca la unidad de la obra, ha de ser eliminado. Pero, ¿por dónde empezar el cercenamiento selectivo? ¿Quién, al ir tras el orden más apropiado para la belleza de un tema floral, podría guiarse, sin timidez, por entre la complejidad del colorido y del dibujo? Esa labor, difícil, la efectúa el artista, y es, para su sensibilidad, placer. Sí, perseguir, desde la distancia propicia a la más fina evaluación de la luz, la unidad de un

tema; y, para definirlo, buscar, como lo haría el pintor cuando esclareció los términos de este lienzo, sus puntos más expresivos; extinguir aquí el viso de una pinta amarilla; dejar, allá donde no enfríe la tibieza del verde, el blanco de una flor; hacer que una corola azul muestre en uno de sus pétalos el reflejo verdoso del follaje; esparcir en la oquedad de una campánula nívea, para llenarla de aire y penumbra, leves toques violetas; inquirir, dudar, suponer; arrepentirse de haber suprimido una chispa; lamentarse de no haber clareado una sombra; creer que el acorde definitivo es imposible; sentir en los ojos la turbiedad de las lágrimas; y tener, de repente, clarísima, la visión de lo soñado por la esperanza febril, debe de ser para el artista una de sus más embriagadoras alegrías.

*

Con todo, la vida disuelta por ese esfuerzo decisivo aparece, en algunos puntos de este lienzo, lánguida. Y no es que yo lo mire influenciado por la luz de este día gris, que lo vea bajo la tristeza esparcida en el aire por el otoño; es que hay, aquí o allí, algo de frío y mustio. Al advertirlo, el haz verde y blanco languidece; presiento el agostarse de su frescura vegetal, la muerte de la hoja, la ceniza del pétalo; pero, desvanecido el minuto de melancolía, las sensaciones placenteras vuelven, más elevadas que antes, porque veo, —¿es la reacción del ritmo depresivo?—que ese agostamiento es necesario para quién sabe qué pureza de matices en los próximos aspectos de estas energías florales. La tenuidad de la pincelada, que evidencia el esfuerzo sutil con que las fibras suben y con que se equilibran las folias dentro de sus lentamente reguladas inspiraciones y expiraciones de luz y de aire, contribuye a decidir este efecto de vida. Su traslucidez me mueve no sólo con la sensación visiva de los tonos y la olfativa del aroma, sino con la táctil de las calideces y frialdades de sus hojas, de la humedad sombría que las refresca, y del fuego invisible que las devora. La indolencia percibida en algunas fibras desaparece; veo que el latido de la savia viene de la obscuridad, pero que sube risueño; que se atenúa en este pétalo o se extingue en esa hoja, pero que su impulso no es energía efímera, sino comienzo de liberación, la victoria de las fuerzas naturales que se resuelven en matices y aromas.

Su desenvolvimiento insinúa, además, una similitud de vida... ¿No veo en el tino tentacular de la guía que sube y se envuelve, en la timidez o en el denuedo de las fibras un principio de conciencia vegetal que, pavorida por el contacto del más allá de sí misma, de la nada, se detiene y busca eternizarse desplegando sus energías, como yo las mías en ensueños, en corolas blancas y azules? ¿Y no veo, por último, la analogía de los principios vitales que van por sus tejidos con los que van por mis venas, y la casi igualdad con la de mi retina, de la textura de sus células epidérmicas, dispuestas para recibir las excitaciones de la luz, y tener, tal vez con la misma claridad sensitiva que yo, una visión de la naturaleza? ¡Delicioso misterio! La vida que va por el filamento, lo une a otro en el tallo y le da, en la rama, la flexible blandura de un plexo muscular, que define la fisonomía de las flores, vigoriza su carácter y sugiere, con la sonriente laxitud de este grupo de campánulas, una visión de movimiento animado, es la misma que circula por mis venas. Su principio enaltecedor, venido de la tierra, sube, por la savia, a teñir las corolas con la misma transparencia y frescura con que sube, por mi sangre, a colorar mis ensueños. Y mañana, cuando los tejidos húmedos, rebosantes de zumo, desfallezcan, sus elementos caerán desvanecidos en el esfuerzo de vivir, como en el otoño de mi espíritu las energías que hoy divagan en mí, a veces claras y a veces obscuras, pero siempre fervorosas. Dentro de esta unidad de vida, las flores adquieren la belleza de un símbolo. El enlace del aéreo azul de las corolas y del verde de las hojas define la visión de cómo se unen, animados de una misma sed de infinito, los azules de la esperanza moral y los verdes de la esperanza terrena. Parece que todo, las fibras y las ideas, los pétalos y los ensueños, se levantan y se despliegan estremecidos por el aliento de algo que, después de consumirnos en la alegría del florecer, nos esparcirá, como cenizas, en la nada.

¿Es ese aliento lo que intensifica el efecto emotivo de estas campánulas y las aligera de tal modo que sus matices se transparentan como si, en vez de savia, corriera por sus pulpas luz? ¿Siento ese fluído animico por insinuarse el tema con el carácter de

una vida unica, de un resumen de energías vegetales que sueñan, erguidas entre lo pasado y lo futuro, entre el frío de la germinación subterránea y el fuego de la inflorescencia incineradora? ¿Será por la línea que demuestra cómo el grupo no está detenido en simple acorde de matices, sino animado por la multiplicidad de sus principios vitales, por las partículas de sal que brillan en los petalos, el agua que hincha el tejido de los tallos y los efluvios que huyen de la verde combustión del follaje? ¿O será, en fin, por la luz?

La luz tiene, en la vida de las flores, una acción lenta y rítmica. El artista de sensibilidad alerta se une a ella, y, ligado a su poderío lunar sobre la marea de los florecimientos, atisba, sin perder un matiz, el avance de sus ondas amarillas, azules, blancas... Su agudez visiva las ve; reconoce en el aspecto de ésas brío, en el de éstas languidez; siente la tristeza de las que esparcen lilas; saluda el orgullo de las que aportan lises; se afina en la voluptuosidad de las que trenzan rosas. Y cuando quiere desleir en la belleza de una de esas manchas algo que la avive o la atenúe, cuando quiere enardecer en el lienzo el brío de una pinta de carmín, con claridad de alegría, o empañar el sueño de una pincelada de azul, con penumbra de tristeza, aguarda el minuto, siempre posible, en que se alía el ritmo ascendente o descendente de la luz con el tono risueño o doloroso de las flores que ansía eternizar. Ese minuto es difícil de asir, pero el artista lo esperará, seguro de que, por este o aquel confín de la atmósfera elegida para la evocación de su motivo vegetal, ha de subir y ha de animarlo como en este lienzo, de claridades puras, de alma.

Algo de estas delicias me ha seducido delante de este lienzo verde y húmedo. Desde la palidez de la corola que surge la primera, del grupo, al último tono del follaje obscurecido, la luz se despliega tan leve y blanda, que la veo circular como la savia cristalina de las flores. Su punto más vívido, el núcleo de sus fuerzas es la blancura de esa corola. Al impregnarme de su albor, el frío del aire ceniciento, el dibujo doloroso de los árboles, y el desconsuelo de la hora de otoño, todo lo que veo y siento, si al través de la ventana de esta sala doy mis ojos al parque desnudo o al gris moradoso de las lejanías, todo se desvanece. La fina nupcialidad del grupo de flores me hace vivir un minuto de primavera. ¿Es en un jardín? ¿En el Cerro? El aire sonríe; se erectilizan, revueltas, las fibras; se enmarañan las hojas. El clarineo azul de la volúbilis guía el tropel de las enredaderas, se aliviana el minio candente de las fucsias saltan de entre los riscos los borbotones de los geranios blancos. La vida de las flores se une, por sutil afinidad, a la mía: su ligereza es ensueño; sus formas vencedoras, placer; sus formas tronchadas, dolor. Pero enardecido, alucinado, no veo sino lo risueño: la pervinca, el azufre de los estambres, el cromo verde del musgo. La sucesividad de las sensaciones ilusorias me lleva del ensueño visual al olfativo y al táctil; respiro la indefinida gama de los aromas sutiles, aéreos, pesados, oleosos, siento el frío de la savia cristalina y la tibieza de las pulpas soleadas; palpo la tersura de la hoja crujiente y la suelta aspereza de la hoja pañosa... Es el triunfo del lienzo, de la alegría y de la frescura con que se entrelazan la luz, las flores y el alma.





"El jefe"

ANTE UNOS DIBUJOS DE HERMANN PAUL

Por

SILVIO LAGO

La obra de Hermann Paul en la caricatura francesa es una de las más considerables y permanentes. Frente a los humoristas frívolos o galantes, en oposición a los que eligen los asuntos grotescos y las fantasías decorativas, como empeñados en una tarea fácil y demasiado contemporánea de ellos mismos, Hermann Paul dió siempre a sus dibujos un norte de reflexivas transcendencias, lo afianzó en un criterio flagelador y rebelde que acusaba más aún el procedimiento vigoroso, enérgico de sus *gouaches* y de sus *carbones*.

Forain, Steinlen y él. He aquí los tres representantes de la tendencia satírica de Honorato Daumier. Los tres, como Daumier, además de caricaturistas, son pintores. Los tres, como Daumier, se afiliaron espontánea y noblemente en la multitud heteróclita de los descontentos. Reproches duros, implacables contra la Francia contemporánea han salido de los lápices de Hermann Paul, de Forain y de Steinlen.

Rara vez podréis sonreir ante los dibujos de estos tres jueces de su época. Reir, nunca. Miran a la vida sin pestañeos de deslumbramiento ni adulaciones de acomodaticios. Nos avergüenzan de ser hombres y consen-



"La partida"

tir las infamias de la moderna civilización. Han bordeado muchas veces el Código por descubrir los crímenes de aquellos que, hundidos dentro del mismo Código, están, sin embargo, protegidos por él. Y cuando hemos repasado largo tiempo unos álbums de estos dibujantes, se precisa en nuestro espíritu una aparición del moderno Cristo, que ya no ofrece las mejillas para ser abofeteadas ni las manos desnudas para que los clavos las agujereen, sino que trae una bomba anarquista y un látigo. El látigo que ya conoció las espaldas de estos mercaderes expulsados del templo ayer y dueños hoy de todos los aspectos sociales.

Y no por defender como defienden a los oprimidos, a los maniatados y a los embrutecidos dentro de la ignominia ventajosa para los ajenos medros, dejan estos modernos triunviros de hablar con igual violencia agresiva a los que aman por indefensos y por débiles. Les buscan el corazón con dardos envenenados del propio vicio de ellos, les alfilerean el amor propio, procuran galvanizar la inercia cadavérica de su cobardía.

Hermann Paul—el del nombre alemán y del alma francesa—ha elegido para sus sátiras los medios burgueses. Afronta la mesocracia, que tiene los pies de fango y la cabeza de humo, la incapaz de redimirse tal como está esclavizada en el pauperismo de los de abajo e hipnotizada por los brillos falsos o reales de los de arriba.

En sus números especiales de *L'assiette au beurre*— *L'assiette au beurre* de la buena época, a quien substituye ahora *La Baionnette*—, en sus ilustraciones a los libros de Octavio Mirbeau, en sus álbums, en sus cuadros, Hermann Paul ha tenido siempre aquel sagrado prurito de Emilio Zola: "decir en voz alta lo que los demás piensan en voz baja".

Las medio vírgenes, los burócratas, los militares, los curas, los comerciantes, las adúlteras, los rentistas, los deshonradores, los asesinos sin homicidio, sentían frente a los dibujos de Hermann Paul el terror de los sorprendidos en un descubrimiento súbito, de los que encuentran un eco acusador a las obscuras voces de la subconsciencia...

Y sin embargo, por debajo de esta efectiva crueldad corre otra no menos efectiva corriente de bondadosa simpatía, de dolorosa ternura. Es el deseo de hallar fuertes, sanos y altivos a los que son involuntariamente débiles, enfermizos y humildes. Busca con el termo-cauterio esta pobre carne podrida de la mesocracia sin que le tiemble la mano, pero estremecida de compasión su alma al oler el hedor nauseabundo y al oír los mordidos gritos del sufrimiento ajeno.

Ahora bien: ¿cómo ha interpretado Hermann Paul la guerra actual? Es hijo de su siglo, no lo olvidemos.

Los artistas de hoy se encuentran con que la guerra no tiene la emoción estética, el teatral espectáculo de otros tiempos. Se imagina la escultura clásica evocadora de combates y de héroes porque tenían los guerreros una belleza estatuaria en sus luchas. Pensad por un momento en las be-



"El territorial"

licas escenas cantadas por Homero: ved imaginativamente los hombres hercúleos y apolíneos semi-desnudos y lanzados a individuales combates, con bellos cascos, bellas espadas y con escudos y corazas que recordaban episodios de batallas célebres. El culto a la perfección física, a la personal audacia, se extendía a los artistas que interpretaban la guerra. Después los aspectos pintorescos, cuando ya las armas, la indumentaria militar, los combates mismos exigían el cuadro. Interviene el paisaje en una coral perfección del vistoso conjunto, donde los caballos caracolean con penachos y gualdrapas riquísimas, los generales visten uniformes deslumbradores, los ejércitos avanzan en un cromatismo triunfal y en que la muerte misma parece estar aureolada de gloriosa alegría o de tranquilidad estética.

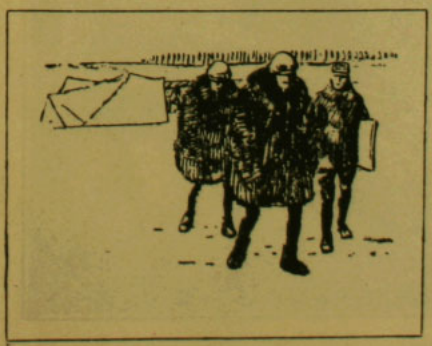


"El alimento del soldado"

Se recuerdan las batallas vienesas y florentinas de Memmi, Luga de Tommé y Vasari, los frescos de Schauffelein en Nordlingen, los "cuatro tácticos" de Van der Meulen y Blasemberghe, y, sobre todo, la serie de lienzos consagrados a la epopeya napoleónica en que la fantasía de los artistas ampliaba y magnificaba más todavía aquella fantasía pomposa de los ejércitos, mejor aún, del Estado Mayor de Bonaparte.

Austerlitz, de Gérard; *Wagram*, de Bellange; *Bataill Sacré*, de Raffet; los lienzos de Philippoteaux en South Kensington.

Pero llegan los combates contemporáneos y el aspecto escultural, el aspecto pintoresco, se cambian en el aspecto verdaderamente trágico. Los héroes semi desnudos y en actitudes estatuarias, los conjuntos de generales fanfarrones o las masas centelleadoras y policromas han desaparecido para ofrecer los episodios desoladores de la guerra moderna, desprovista de belleza y asfixiada verdaderamente de muertes anónimas y múltiples, mostrando los campos de batalla como son realmente "fábricas de cadáveres".



"La vuelta de los aviadores"

"Los antiguos pintores mostraban un jefe resplandeciente de alegría y ocultaban los heridos—dice Robert de La Sizeranne en "Le Miroir de la Vie".—Los contemporáneos no nos muestran al jefe, pero insisten en las matanzas de la carne de cañón".

Marca la guerra franco-prusiana esta aparición del trágico espectáculo en todo su brutal realismo. Son los lienzos de Alfredo Neuville, de Detaille, de Morot, de Berne Bellecour. Son también los cuadros inquietadores del ruso Vereschaguine...

Pero aún faltaba este nuevo aspecto de la guerra actual, con los hombres enmascarados hundidos, con los submarinos atacando barcos indefensos, con los desfiles de millares y millares de hombres ciegos, con las nubes asfixiantes a ras de la tierra, con los ferrocarriles interminables, llenos de adolescentes ebrios de patriotería y de inscripciones fanfarronas hechas con tiza sobre la madera de los wagones, donde se les hacina como a bestias camino del matadero...

Quedan luego los episodios aislados, las escenas sueltas y ligadas, sin embargo, a la totalidad de la hecatombe. Y estas son las escenas que Hermann Paul refleja con

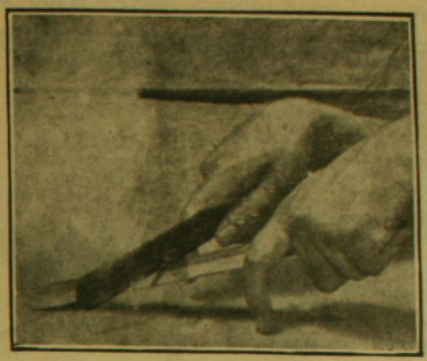
su lápiz en los hospitales de sangre, en los campos de aviación, en las trincheras, en las estaciones del ferrrocarril. Una gran amargura y una gran serenidad informan estos últimos dibujos del maestro francés.

No les pone leyendas incisivas, diálogos satíricos como a sus páginas mesocráficas de *avant guerre*. Se conforma con títulos sobrios y vulgares: "El alimento del soldado", "El periódico del guarda-agujas", "El convoy", "La vuelta de los aviadores", "La partida". Esta sobriedad expresiva y estas escenas aisladas reflejan, sin embargo, mucho mejor que lo expresaría un cuadro de grandes dimensiones, el estado actual del alma francesa.



"El convoy"

EL ARTE DE HACER FUEGO



No porque el encendedor automático constituya el medio más moderno de encender fuego, hemos de creer que la cerilla química, cuya edad no pasa de un siglo y cuya aparición fué considerada como un prodigio científico, está a punto de caer en el descrédito. Los clientes que pierda en los países civilizados podrá recuperarlos, centuplicados, en los países atrasados, donde la "fabricación del fuego" exige un material bastante complicado.



Razón tenía quien dijo que la marcha del progreso sigue la espiral, como si sintiese alejarse de su punto de partida. Esto se comprueba una vez más con el novísimo encendedor, que en suma no es sino un perfeccionamiento del eslabón, el pedernal y la yesca, cuyo uso se hallaba tan generalizado cuando Chancel ideó la cerilla llamada de oxymuriato, que se encendía al contacto del ácido sulfúrico.

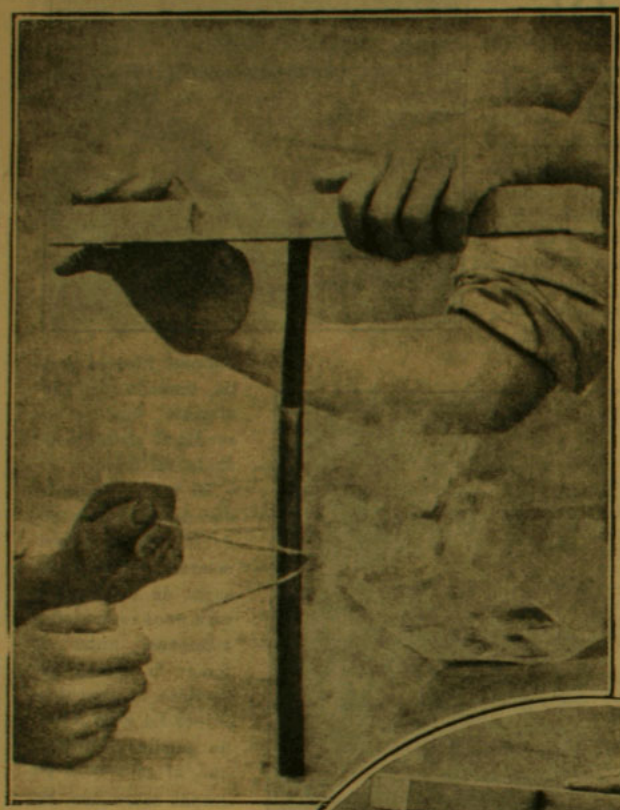
El propio encendedor de eslabón y pedernal había experimentado en el transcurso de los tiempos numerosas transformaciones, antes de tomar la forma que le diera un ingenioso obrero del siglo XVII: un gatillo de pistola que, al golpear el pedernal sobre una hoja de acero, dejaba caer unas chispas en una cajita de yesca que formaba cuerpo con el objeto. Ya estamos muy lejos del encendedor primitivo que todavía usan hoy ciertas tribus del Africa Central, de América del Sur y del macizo del Himalaya, cuyos pobladores chocan una piedra de pedernal contra una de pirita y producen chispas para inflamar polvo de musgo desecado al sol.



Tres sistemas de producir fuego en pueblos primitivos

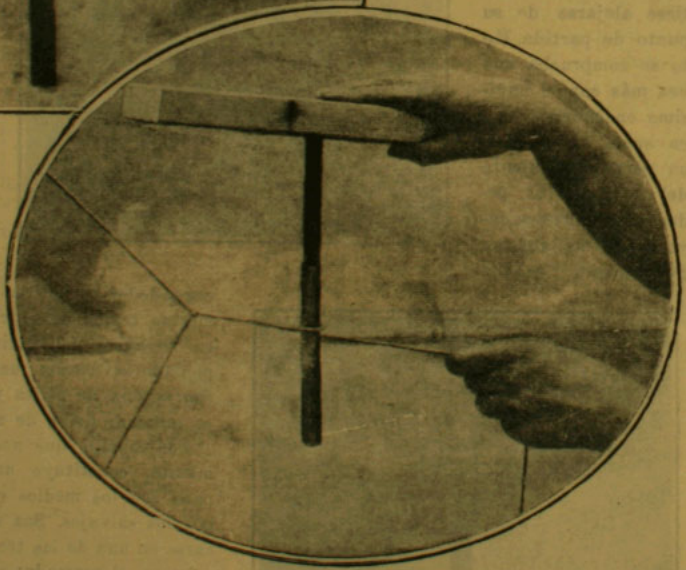
Por sencillo que nos parezca este procedimiento, constituye un progreso real si se compara con los medios empleados generalmente por los salvajes. Sus sistemas pueden clasificarse en una de las tres categorías siguientes: primera, el aserrado; segunda, la frotación en ranura; y tercera, el barrenado.

El primero de estos sistemas se practica especialmente en las regiones asiáticas donde se cría el bambú. El indígena se sirve de astillas sacadas de ramas de dos a tres cen-



tán; pero no se ha visto nunca en la Malasia, aunque hay mucha gente del archipiélago filipino, de origen malasio, que lo practica desde tiempo inmemorial. Cuando están bien secas las astillas de bambú, basta un minuto de "aserrado" para obtener fuego. Un viajero cuenta que ciertos montañeses de la Alta Birmania obtienen fuego del modo indicado en menos de 40 segundos.

Durante mucho tiempo se ha creído que este procedimiento sólo servía empleando bambú y que, por consecuencia, no se practicaba más que en las regiones donde crece esta planta; pero más tarde se descubrió que lo emplean corrientemente muchas tri-



Dos tipos de obtención del fuego en los pueblos salvajes, por barreno.

tímetros de diámetro, divididas por la mitad en sentido longitudinal. En el borde de una de estas astillas hace una muesca, donde puede adaptarse exactamente la otra astilla, y colocándolas sobre una materia inflamable (musgo seco, corteza pulverizada, yesca, etc.); frota rápidamente este segundo trozo de bambú en la muesca del primero, como si manejase una sierra, con la cual se produce un polvo fino, que no tarda en inflamarse y en prender la yesca. Este procedimiento es todavía de uso corriente en el interior de la Indo-China, Birmania e Indos-

bus australianas, y en especial los Urabunnas, que se sirven para ello de un broquel de madera y de una azagaya. Ponen el broquel



Producción del fuego por el pedernal y la yesca

en el suelo y sujetándolo con el pie frotan vigorosamente con la azagaya, ayudados por un compañero; una parte del relieve de fricción no tarda en abrir un pequeño surco, del cual se escapa un polvillo que en breve tiempo prende la yesca, que sostiene en sitio adecuado un tercer individuo.

Varios pasajeros han visto emplear otro método en el norte de Australia. Se hiende una rama seca y se mantiene la separación poniendo una piedra en la hendidura, en el fondo se echa hierba seca u otra materia inflamable. La rama se sostiene firmemente contra una estaca por el pie del operador, el cual, introduciendo un largo palo entre los dos brazos de la hendidura, la hace ir y venir rápidamente como si sólo estuviera serrando. El serrín así producido se calienta rápidamente e inflama en un minuto el musgo seco.

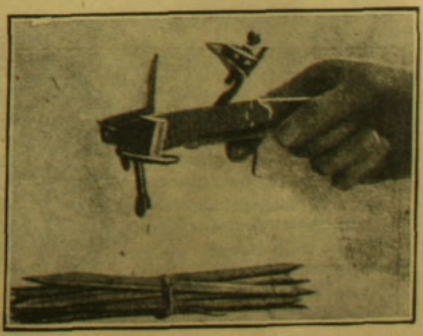
El segundo procedimiento, menos extendido quizás que el precedente, se practica en la Polonesia. En Nueva Zelandia ha desaparecido al civilizarse los maoríes, pero se conserva en el interior de Australia.

El operador escoge una tablilla estrecha de madera tierna y seca, de 50 a 60 centímetros de largo, y después de inmovilizarla, fijándola en un soporte macizo y sentándose en uno de sus extremos, coge con ambas manos una varita de madera dura, de 25 a 30 centímetros, con la punta en forma de bisel, y la frota en el centro de la tablilla con movimiento de vaivén, conservándola en una inclinación de 45°. De este modo no tarda en abrir una ranura, en uno de cuyos extremos se acumula un polvillo negro que comienza a despedir humo, y a poco que continúe, el montecillo de polvo se enciende interiormente y no hay que hacer sino aproximar un cuerpo inflamable. La operación realízase en un minuto poco más o menos.

Los procedimientos que acabamos de describir someramente se practican por razas relativamente vecinas, cosa que no ocurre con un tercer sistema, que, imaginado o adoptado por innumerables pueblos dispersos por ambos hemisferios, se presenta bajo formas muy variadas.

Para exponer el principio en que se funda el procedimiento, describiremos de qué modo hacen lumbre muchas tribus del Nuevo Mundo (Apaches, Cherokees, Utos, Zuñiz, Klamoths, etc.). Los artefactos empleados son: primero, una varita cilíndrica de madera dura, de 50 a 60 centímetros de largo, del grueso del dedo meñique, con uno de los extremos en punta; segundo, una tablilla de madera tierna, de 30 centímetros de largo, de unos pocos de ancho y de uno de grueso, que se coloca sobre una superficie maciza con una ranura para recibir el polvo de carbón, que se produce en el curso de la operación.

Los dos "palos de fuego", como los llaman los indios, se manejan del modo siguiente: La tablilla se pone de plano junto a la ranura, y el operador, colocando la varilla de punta sobre la tablilla, lo más cerca posible del borde, la hace dar vueltas rápidamente, frotando las palmas de las manos como si estuviera haciendo chocolate. La fricción de ambas piezas produce en seguida un polvillo carbonoso, que cae en la ranura y no tarda en entrar en ignición. En esta forma primitiva el procedimiento está extendido en toda la superficie del globo, especialmente en ambas Américas, en el Africa Austral, en Australia, hasta los ainos de Shakolme y



El antepasado del encendedor automático

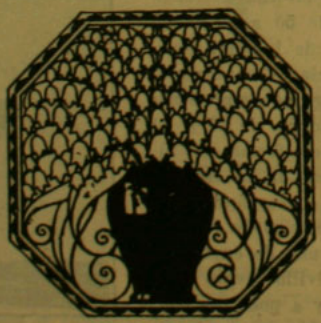
de Yeso lo usan, y esto parece indicar que en todas partes da los mismos resultados.

Los más hábiles en el manejo de los "palos de fuego" son los indios Pueblos; pues según numerosos observadores, les basta de 30 a 40 segundos para encender su hogar con el susodicho procedimiento. Los australianos emplean en la operación dos minutos como minimum. Los negros africanos sólo recurren al procedimiento con fines religiosos, para procurarse fuego nuevo, y por esta causa son poco prácticos en el uso de las varillas y tardan más de media hora en hacer lumbre con ellas. En cuanto a los ainos, afirman los viajeros que necesitan nada menos que hora y media de esfuerzos y que tienen que tomar parte en la operación tres o cuatro personas para relevarse en el manejo de la varita.

Como más arriba indicamos, el procedimiento del barrenado ha sido modificado y perfeccionado por numerosas razas y se pueden saludar estas modificaciones como verdaderos inventos mecánicos. A continuación vamos a describir las más características de estas transformaciones.

Uno de los primeros perfeccionamientos ideados por el inventor primitivo, se lo inspiró probablemente el deseo de aliviar su tarea con ayuda de un amigo, y de ahí el empleo de una cuerda enrollada a la varita, de cuyos extremos tira sucesivamente en ambos sentidos uno de los hombres, imprimiendo un rápido movimiento de rotación al palito, que el compañero mantiene vertical, apoyándolo en la tablita. Este procedimiento se encuentra en muchas partes, especialmente en Australia, Norte de Alaska, en muchas tribus de los Estados Unidos y del Canadá, entre los esquimales de Groenlandia y en Siberia, aunque modificado según el país. Los esquimales, por ejemplo, poseen un verdadero encendedor de bolsillo, que no ocupa más sitio que una tabaquera y que el indígena lleva constantemente consigo. La tablilla tiene forma de barco y el extremo superior de la varita lleva una piedra agujereada y está provista de una vértebra de animal, que permite sostenerla cómodamente mientras que gira bajo la acción de la cuerda. En muchos pueblos el operador se evita la ayuda de una segunda persona atando el extremo de la cuerda en el centro de un arco convenientemente situado.

Hay modificación que, a pesar de sus complicaciones relativas, se encuentra entre los Tchuktchis de Siberia y los indios canadienses y americanos de las vertientes del Atlántico, especialmente entre los últimos iroqueses, que la practican todavía en sus fiestas religiosas. La varita tiene en su extremo inferior un disco de madera o de corteza, que hace las veces de volante y regulariza la rotación. El extremo superior lleva una empulgadura donde el operador pone el centro de la cuerda del arco de madera. Apoyando ambas manos en la madera del arco y dejándole aflojarse y repitiendo estos movimientos rítmicos, hace girar rápidamente la varita de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Como en los casos descritos más arriba, la punta inferior colocada en el borde de una tablilla produce casi instantáneamente un polvillo negruzco, que empieza a humear a los veinte segundos. Si la operación se realiza de modo conveniente, este polvo entra en ignición antes de transcurrir un minuto.



El Hombre Invisible

Por

H. J. WELLS

(CONTINUACION)

—Consérvelo Ud. en la memoria—dijo la voz,—pues tiene Ud. que cumplir la misión para que le he escogido.

Mr. Marvel hinchó los carrillos y abrió tamaños ojos.

—Le he escogido a Ud.—continuó la voz.—Ud. es el único mortal, excepto algunos brutos de ese pueblo, que sabe que existe un hombre invisible. Ayúdeme Ud... y haré por Ud. grandes cosas. Un hombre invisible puede llevar a cabo empresas extraordinarias.

Interrumpióle un violento estornudo.

—¡Pero si me hace Ud. traición—continuó, —si no obedece usted mis órdenes!...

Se detuvo y dió unas palmaditas a Mr. Marvel en un hombro, quien hizo un gesto de terror al contacto.

—No pienso hacerle traición—dijo Mr. Marvel, esquivándose de la dirección de los dedos.—No piense Ud. en eso..., quien quiera que Ud. sea. Todo lo que deseo es ayudarle... no tiene Ud. más que decirme lo que quiere. (¡Señor!) Cualquier cosa que Ud. me mande, la haré con mucho gusto.

CAPITULO X

Visita de Mr. Marvel a Iping

Luego que hubo pasado la primera ráfaga de pánico, Iping se volvió argumentador. El excepticismo levantó su cabeza, un excepticismo nervioso, no muy seguro de sus fuerzas, pero excepticismo al fin. Era mucho más cómodo no creer en un hombre invisible y aquellos que hacía poco le habían visto disolverse en el aire, o sintieron la fuerza de su puño, podían contarse por los dedos. Y de estos testigos presenciales, Mr. Wadgers fué muy pronto echado de menos, habiéndose retirado impenetrablemente detrás de los cerrojos y baldas de su casa, y Jaffers yacía aturdido en una alcoba de la posada. Grandes y extrañas ideas, casi confirmadas por la experiencia, producen con frecuencia menos efecto en hombres y mujeres que las más pequeñas, pero más tangibles consideraciones. Iping estaba divertido con los festejos, y todo el mundo vestía lo mejor del arca. El domingo de Pentecostés había sido el objeto de la expectación general durante un mes o más. Por la tarde, aun aquellos que creían en el Invisible, hacían pinitos para reanudar sus inocentes recreaciones, en la suposición de que ya estaría muy lejos de allí, y los excépticos tomaban la cosa a chacota. Pero la gente— excépticos y creyentes— estuvo muy divertida aquel día.

En el prado de Haysman se levantaba una tienda, en la cual Mrs. Bunting y otras damas estaban preparando té, mientras en el interior de la escuela dominical los chiquillos jugaban y saltaban bajo la ruidosa dirección del cura y las señoritas Cuss y Sackbut. No hay duda que se cernía una cierta inquietud en el aire, pero la gente en su mayor parte tenía el buen sentido de ocultar cualquier imaginativo desfallecimiento que experimentase. En la plaza del pueblo, una cuerda inclinada por la cual corría una polea, de la que pendía un cesto, que cruzaba la distancia con suma rapidez, alcanzó gran favor entre la gente menuda, como asimismo el columpio y el vendedor de agua de coco. El paseo estaba muy concurrido, y el órgano de vapor agregado a una pequeña glorieta, llenaba el aire de un penetrante olor de grasa y de una música igualmente penetrante. Miembros del club, que habían asistido por la mañana a la función religiosa, iban espléndidos con sus divisas verdes y encarnadas, y algunos de los de mejor humor habían adornado sus sombreros con haces de cintas de brillantes colores. El anciano Fletcher, cuyos conceptos sobre lo de guardar las fiestas eran severos, podía ser visto a través de los jazmines de su ventana, o por la puerta abierta de par en par (según el hueco por donde quisiera mirar-

se), plantado delicadamente sobre una tabla sostenida por dos sillas, y, revocando el techo de la habitación fronteriza.

Sobre las cuatro, entró en el pueblo un forastero por el camino de Adderdean. Era un hombre de corta estatura, huesudo, con un sombrero extraordinariamente sucio, y que parecía jadeante de fatiga. Sus carrillos se inflaban y desinflaban alternativamente. Su manchado rostro parecía atemorizado y se movía con una especie de involuntario ardor. Volvió la esquina de la iglesia y encaminó sus pasos a la posada. Entre otros, el viejo Fletcher recordaba haberle visto, y realmente el anciano quedó tan impresionado por su peculiar agitación, que inadvertidamente, observándole, dejó que una cierta cantidad de lechada de cal se escurriese desde la brocha sobre la manga de la americana.

Este forastero, según la observación del propitario del aguaducho, parecía ir hablando solo, y Mr. Huxter notó la misma cosa. Se detuvo al pie de los escalones de la puerta de la posada, y, según Mr. Huxter, pareció sostener una infernal lucha interior antes de decidirse a penetrar en la casa. Finalmente, ascendió los tres o cuatro escalones, y fué visto por Mr. Huxter torcer a la izquierda y abrir la puerta de la sala común. Mr. Huxter oyó voces en la habitación y en el bar advirtiéndole su error al forastero.

A los pocos momentos reapareció enjugándose los labios con el dorso de la mano, y con un aire de calmosa satisfacción, que pareció a Mr. Huxter afectado. Estuvo contemplándole unos momentos, y después encaminóse con extrañas furtivas maneras hacia las tapias del patio, al que daba la ventana de la sala común. El forastero, después de alguna vacilación, reclinándose contra un poste, sacó una pipa corta y se preparó a llenarla. Sus dedos temblaban durante esta operación. Encendió bruscamente, y, cruzándose de brazos, empezó a fumar con una lánguida actitud, una actitud que desmentían las rápidas miradas que echaba de vez en cuando en torno suyo.

Todo esto lo vió Mr. Huxter a través del vidrio de su escaparate, y la singular conducta del hombre le indujo a continuar su observación.

De pronto irguióse el forastero y se metió la pipa en el bolsillo. Después perdióse dentro del patio. Inmediatamente Mr. Huxter, concibiendo la sospecha de que era testigo de alguna pequeña ratería, dió la vuelta al mostrador y salió a la calle con intención de detener al ladrón. Al hacerlo así, reapareció el sospechoso, lleno de polvo el sombrero, un lío envuelto en un lienzo azul en una mano, y tres libros atados en un paquete—con los tirantes del vicario, como se probó después,—en la otra. Vió a Huxter, que se preparaba a echarle mano, y desviándose hacia la izquierda, empezó a correr.

—¡Al ladrón! ¡Detenedle!—gritó Huxter, y corrió tras él.

Las sensaciones de Mr. Huxter feron, si breves, bastante vivas. Vió a su hombre, delante de él, que torciendo vivamente la esquina de la iglesia, tomó el camino que desemboca al campo. Vió detrás los gallardetes y la animación de la fiesta, y sólo una o dos caras vueltas hacia él.

—¡Al ladrón!—gritó de nuevo y continuó bravamente su persecución.

Pero apenas había dado diez zancadas, cuando su espalda fué golpeada de extraña manera, y ya no corrió, sino que voló con increible velocidad a través del aire. El mundo pareció salpicado de millones de chispas luminosas, y cuanto ocurrió luego ya no le interesó.

CAPITULO XI

En la posada

Ahora, para comprender claramente lo que había ocurrido en la posada, es necesario que retrocedamos al momento en que Mr. Marvel apareció por primera vez a la vista de Mr. Huxter.

En este preciso momento, Mr. Cuss y Mr. Bunting estaban en la sala común. Se hallaban investigando seriamente las extrañas ocurrencias de la mañana y con permiso de Mr. Hall, haciendo un detenido examen de los objetos pertenecientes al hombre invisible. Jaffers, en parte repuesto de su caída, habíase trasladado a su domicilio al cuidado de sus alarmados parientes. Las ropas del forastero habían sido recogidas, el aposento sometido a una limpieza escrupulosa. Y en la mesa de debajo de la ventana, donde el forastero pasaba las horas trabajando, Cuss había divisado casi en el acto tres gruesos manuscritos con la inscripción "Diario" en la cubierta.

—¡Diario!—dijo Cuss, señalando los tres volúmenes.—Ahora, cuando menos, podremos saber algo.

El vicario permaneció con las [illegible] sobre la mesa.

—Diario—repitió Cuss, sentándo[illegible] dos libros para sostener [illegible] abriendo éste.—¡Ejem!... sin [illegible] primera página.... ¡Cáscaras!... [illegible] figuras.

El vicario miró por encima de [illegible] otro del otro.

Cuss volvía las hojas con marcada expresión de decepción en su fisonomía.

—¡Voto a!... ¡Pero si son todo cifras, Bunting!

—¿No hay diagramas, preguntó Mr. Bunting, ni ilustraciones, que puedan arrojar alguna luz?...

—Véalo Ud. mismo—contestó Cuss.—Parte son matemáticas, parte está escrito en ruso, o un idioma semejante, a juzgar por las letras, y parte en griego. El griego, me parece que usted...

—Por supuesto — dijo Mr. Bunting, sacando y limpiando sus gafas, y sintiéndose repentinamente incómodo, pues no le había quedado en la cabeza suficiente griego para que fuese sacado a colación.—Sí... el griego, naturalmente, puede proporcionarnos alguna clave.

—Venga Ud. aquí a mi lado.

—Creo que sería mejor hojear los otros volúmenes—dijo Bunting continuando la limpieza de las gafas. — Una impresión general primero, Cuss, y después iremos por partes.

Tosió, se caló las antiparras, se las arregló minuciosamente, tosió de nuevo, y deseó que ocurriese algo que le evitase la, al parecer, inevitable plancha. Después tomó el libro que Cuss le alargaba con aire descuidado. Y entonces ocurrió algo.

La puerta se abrió súbitamente.

Los dos hombres hicieron un brusco movimiento, miraron alrededor y se tranquilizaron al ver una esporádica ro[illegible]az bajo un sombrero de seda.

—[illegible]an?—preguntó la faz, y se que[illegible]s.

[illegible]ron los interpelados en el acto.

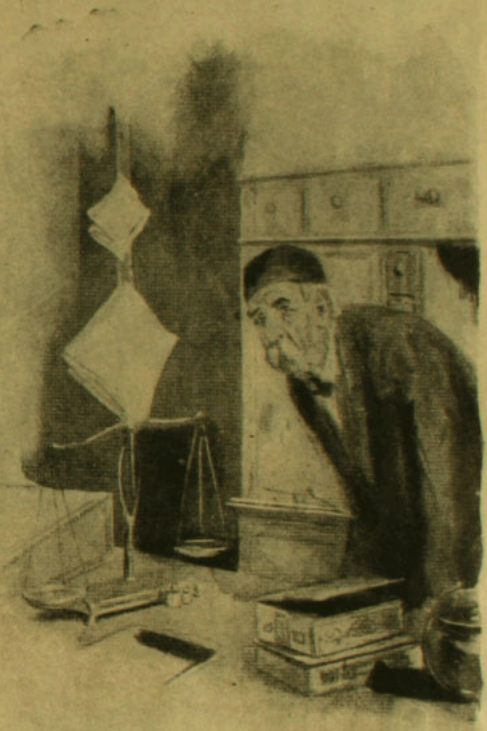
[illegible] otra parte, mi amigo!—dijo Mr. [illegible]

[illegible]a cierre usted la puerta!—gritó Cuss con [illegible]

—Muy bien—dijo el intruso en alta voz, que discrepaba de la suavidad con que había hecho la pregunta.—Tienen ustedes razón—añadió el intruso en su primer tono—en franquía.

Y desapareció cerrando la puerta.

—Interesantes personajes—dijo Mr. Bunting.—En franquía, verdaderamente, un marinero... a lo que parece. Un término náutico, refiriéndose a su salida del aposento, supongo.



Todo esto M. Huxter lo vió con asombro

—Así parece—dijo Cuss.—Tengo los nervios de punta hoy. ¡Casi me ha hecho brincar... al abrirse la puerta de esta manera!

Mr. Bunting se sonrió como si él no hubiera brincado.

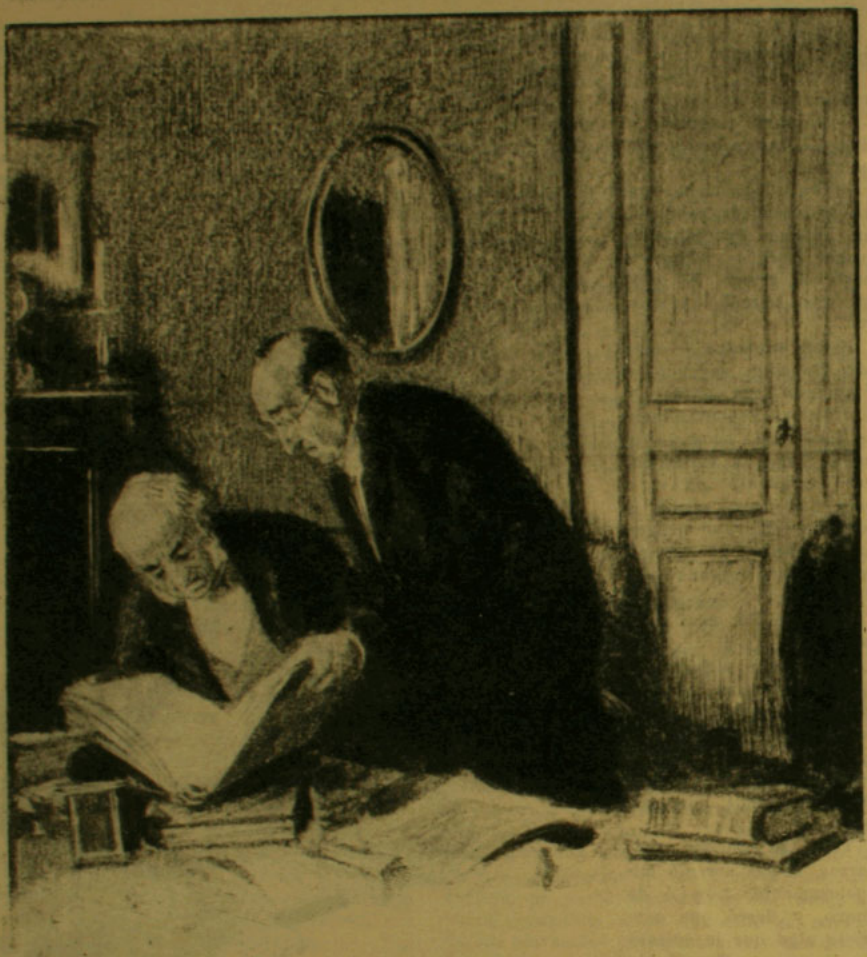
—Y ahora—dijo con un suspiro—a estos libros.

—Un momento—dijo Cuss.

Y levantándose, cerró la puerta con llave.

—Ahora creo que estamos seguros de interrupciones.

Alguien resopló en este momento



¡Voto a!... Pero si son todo cifras!...

—Una cosa es indiscutible—dijo Bunting aproximando su silla a la de Cuss.—Durante estos últimos días han ocurrido en Iping cosas muy extrañas. No puedo, por supuesto, creer en esa absurda historia de la invisibilidad.

—¡Es increíble—convino Cuss,—increíble! Pero permanece el hecho de que yo ví... de que ví indiscutiblemente levantarse su manga...

—¿Pero lo vió Ud... está Ud. seguro?... Supongamos un espejo, por ejemplo. Las alucinaciones se producen con la mayor facilidad. Yo no sé si Ud. ha visto un buen prestidigitador.

—No discutamos—dijo Cuss.—Eso está ya suficientemente juzgado. Bunting. Y precisamente aquí tenemos estos libros. ¡Aquí veo algo de lo que supongo ser griego! ¡Las letras son griegas, evidentemente!

Señaló en medio de la página. Mr. Bunting se sonrojó ligeramente y acercó más la cabeza, encontrando alguna dificultad en los anteojos. El conocimiento del griego era enteramente honorario en el bueno de Mr. Bunting, pero tenía la creencia de que todo el mundo fuera de la iglesia, le reconocía vastos conocimientos en el griego y el hebreo. Y ahora. ¿Confesaría? ¿Buscaría una evasiva? Repentinamente se dió cuenta de una extraña sensación en la nuca. Trató de mover la cabeza y encontró una invencible resistencia.

La sensación era de una curiosa presión—la presión de una pesada y firme mano, que le obligó a inclinar la cabeza sobre la mesa.

—No te muevas, hombrecillo—susurró una voz,—o dejáis los dos los sesos en la mesa.

Miró la faz de Cuss, inmediata a la suya, y vió una horrorizada reflexión de su propia mórbida estupefacción.

—Siento mucho tratarles tan rudamente—dijo la voz,—pero es inevitable. ¿Desde cuándo—añadió la voz, y dos barbillas chocaron contra la mesa y dos hileras de dientes rechinaron,—desde cuándo han aprendido ustedes a escudriñar los secretos de un investigador? ¿Desde cuándo han aprendido ustedes a violar el reservado aposento de un hombre en infortunio?

Y las barbillas chocaron de nuevo contra la mesa.

—¿Dónde han puesto mis ropas? Oiganme: las ventanas están cerradas y he quitado la llave de la puerta. Soy hombre robusto y de gran fuerza y tengo el hurgón en la mano... además de ser invisible. No cabe duda de que puedo matarles a los dos y escapar tranquilamente si así se me antoja... ¿Han comprendido Uds.? Si les dejo ir, ¿me prometen ustedes hacer lo que les diga y no cometer ninguna tontería?

El vicario y el cirujano se miraron el uno al otro.

—Sí,—dijo Mr. Bunting, y el cirujano repitió la palabra.

Entonces la presión sobre las nucas disminuyó y el cirujano y el vicario se enderezaron, ambos con el semblante muy encarnado y estirando sus cabezas.

—No se muevan ustedes de ahí,—dijo el hombre invisible.—Como ustedes ven, tengo el hurgón en la mano. Cuando entré en este aposento—continuó el hombre invisible, presentando el hurgón en la punta de la nariz de cada uno de los dos secuestrados,—no esperaba encontrarlo ocupado; y esperaba encontrar, además de mis libros de notas, mis ropas. ¿Dónde están? No... no se muevan ustedes. Ya veo que no están. De momento, aun cuando los días son lo bastante calurosos para que un hombre invisible merodee por esos mundos..., por la noche refresca el tiempo. Necesito ropas... y otras cosillas. Y es necesario que me lleve esos tres libros.

CAPITULO XII

El hombre invisible pierde la calma

Es inevitable que al llegar a este punto la narración se interrumpa de nuevo, por una cierta penosa razón, que muy pronto se hará comprensible. Mientras estas cosas ocurrían en la sala común, y mientras Mr. Huxter acechaba a Mr. Marvel, que fumaba su pipa reclinado sobre la tapia, a menos de diez pasos de allí estaban Mr. Hall y Teddy Henfrey discutiendo en su estado de confusa admiración el solo tema del día.

De pronto sonó un violento golpe contra la puerta de la sala, un grito agudo, y después silencio.

—¡Hola!—dijo Teddy Henfrey.

—¡Hola!—desde la sala.

Mr. Hall hacía las cosas lenta, pero seguramente.

—Esto no anda bien—dijo.

Y dió la vuelta por detrás del bar hacia la puerta de la sala.

El y Teddy se acercaron juntos con atenta expresión. Sus ojos se buscaron.

—Algo ha ocurrido—dijo Mr. Hall.

Y Henfrey hizo un signo de asentimiento.

Ráfagas de un desagradable olor de droga hirieron su olfato, y luego oyeron un aho-



Y las barbillas chocaron de nuevo contra la mesa

gado ruido de conversación, muy rápida y apagada.

—¡Pasa algo ahí?—preguntó Hall llamando con los nudillos.

La misteriosa conversación cesó repentinamente; sucedió un momento de silencio; luego volvió a reanudarse en balbucientes murmullos, y después un agudo grito de "¡No... Ud. no puede!" Después vino una súbita agitación y el crujido de una silla; una breve lucha. Silencio otra vez.

—¿Qué diablos hacen?—exclamó Henfrey "sotto voce".

—¡Pasa... algo... ahí?—preguntó de nuevo Mr. Hall agudamente.

La voz del vicario contestó con una singular entrecortada entonación:

—Perfec... tamente bien. Sírvanse... no inte... rrumpir.

—¡Es raro!—dijo Mr. Henfrey.

—¡Muy raro!—dijo Mr. Hall.

—Ha dicho "no interrumpir"—dijo Henfrey.

—Lo he oído—dijo Hall.

—Y un resoplido—dijo Mr. Henfrey.

Continuaron escuchando. La conversación era rápida y cuchicheada.

—No "puedo"—dijo Mr. Bunting, levantando la voz.—Le digo a Ud., señor mío, que no "quiero".

—¿Qué es eso?—preguntó Henfrey.

—Dice que no quiere,—contestó Hall.

—¿Acaso nos habrá dicho a nosotros?

—¡Afrentoso!—dijo Mr. Bunting dentro.

—Afrentoso—dijo Mr. Henfrey,—lo he oído... distintamente.

—¿Quién está hablando ahora?—preguntó Mr. Henfrey.

—Mr. Cuss supongo,—contestó Hall. —¿No oye Ud. nada?

Silencio. Los sonidos dentro indistintos y perplejos.

—Suena como si arrastrasen la mesa —dijo Hall.

Mrs. Hall apareció detrás del mostrador. Hall le hizo un gesto de invitación al silencio. Esto despertó la femenil oposición de Mrs. Hall.

—¿Qué están Uds. escuchando ahí, Hall? —exclamó.—¿No tienes cosa mejor en qué ocuparte... un día de trajín como hoy?

Hall trató de reducirla con muecas y expresivos gestos, pero Mrs. Hall se obstinó, y levantó la voz. Hall y Henfrey, apabullaods, se encaminaron de puntillas al mostrador, gesticulando, con el propósito de darle explicaciones.

Al principio no quiso ver nada en todo cuanto la dijeron haber oído. Después insistió en que Hall se callara mientras Henfrey refería toda la historia. Sentíase inclinada a creer todo aquello una cosa sin importancia.

—Quizás habrán movido algún mueble.

—Yo he oído decir "afrentoso"; lo he oído—dijo Hall.

—Y yo también, corroboró Henfrey.

—Es probable que no... —comenzó Mrs. Hall.

—¡Chist!—dijo Mr. Teddy Henfrey.—¡No oyan Uds. la ventana

—¿Qué ventana?—preguntó Mrs. Hall.

—La de la sala,—dijo Henfrey.

Los tres se pusieron a escuchar atentamente. Los ojos de Mrs. Hall, mirando recto delante de ella, vieron, sin ver, el brillante marco de la puerta de la calle, el camino blanco y animado, y la fachada de la tienda de Huxter, resplandeciente al sol de junio. De pronto abrióse la puerta de Huxter, y apareció éste, animados los ojos, moviendo los brazos.

—¡Bribón!—gritó Huxter.—¡Detenedle!—Y corrió oblicuamente a la puerta hacia las tapias del patio y desapareció.

Simultáneamente oyóse un estrépito en la sala común, y el sonido de ventanas que se cerraban.

Hall, Henfrey, y los parroquianos que había en el bar, se echaron a la calle en revuelta confusión. Vieron una figura que doblaba la esquina hacia el camino real, y a Mr. Huxter ejecutando una complicada voltereta en el aire que terminó de cabeza en el suelo. La gente que había en la calle, contemplaba la escena con asombro y algunos corrieron hacia allá.

Mr. Huxter estaba desmayado. Henfrey se detuvo para comprobar este extremo, pero Hall y dos de los consumidores corrieron hacia la esquina lanzando incoherentes exclamaciones, a tiempo de ver a Mr. Marvel desvanecerse a lo largo de la pared de la iglesia. Parecieron llegar a la imposible conclusión de que aquel era el hombre invisible, vuelto repentinamente visible, y se precipitaron en su persecución a través del campo. Pero aún no había Hall recorrido una docena de pasos cuando lanzó un penetrante grito de asombro y cayó cuan largo era en el borde del camino, no sin topar con uno de los parroquianos y derribarle por tierra. Había sido cargado lo mismo que se carga a un jugador de football. El segundo consumidor describió un semi-círculo, miró, y suponiendo que Hall había caído por su propio impulso, volvióse para continuar la persecución, pero tan sólo para ser víctima de una zancadilla invisible, como lo había sido Hux-

ter. Después, como el primer consumidor luchase para levantarse, fué arrojado de nuevo por un golpe capaz de quebrar un hueso.

Al caer, la multitud que estaba en la plaza corrió hacia la esquina. El primero en aparecer fué el del agua de coco, un hombre rudo, con jersey azul. Llenóle de asombro ver vacío el lugar, excepto aquellos tres hombres absurdamente tendidos en el suelo. Y entonces algo le ocurrió al levantar el pie: cayó de cabeza y rodó hasta el borde, justamente a tiempo de agarrarse al pie de su hermano y consocio, que rodó a su vez. Ambos fueron pisoteados, casi aplastados y maldecidos por buen número de personas, que no pudieron evitar el obstáculo y cayeron tropezando unos con otros.

Ahora bien, cuando Hall y Henfrey y los dos consumidores salieron de la casa, Mrs. Hall, que había sido aleccionada por muchos años de experiencia, permaneció en el bar. Y súbitamente abrióse la puerta de la sala, y apareció Mr. Cuss, y sin mirarla, precipitóse por la escalinata.

—¡Cogedle!—girtó—¡no le dejéis soltar el lío! ¡Le veréis en tanto que lleve el lío en la mano!

No sabía una palabra de la existencia de Marvel; pues el hombre invisible había tomado los libros saltando al patio. El semblante de Mr. Cuss aparecía airado y resuelto, pero su porte era defectuoso—una especie de blanca y limpia túnica, que tan sólo hubiese podido pasar inadvertida en Grecia, era su único vestido.

—¡Cogedle!—vociferaba. — Se lleva mis pantalones... y hasta la última prenda del vicario.

—Asístale usted un momento—gritó a Henfrey, al pasar junto al desmayado Huxter.

Y doblando la esquina para llegar al tumulto, fué prontamente privado del uso de sus piés, sufriendo un indecoroso revolcon. Alguien, en plena fuga, le magulló desconsideradamente un dedo. Bregó, trató de levantarse, pero le pusieron de nuevo a cuatro pies, y se dió cuenta de que no cooperaba a ninguna captura, y sí a una desbandada. Todo el mundo emprendía la retirada hacia el pueblo. Levantóse de nuevo y recibió un grave pescozón detrás de la oreja. Se tambaleó, pero pudo correr hacia la posada saltando por encima del abandonado Huxter, que había tenido ánimos para sentarse en medio del camino.

Detrás de él, cuando estaba subiendo los escalones de la posada, oyó un súbito aullido de rabia, sobresaliendo entre la confusión de gritos, y un sonoro golpe en la cara de alguien. Reconoció en aquella voz la del hombre invisible, y el grito era de un hombre súbitamente enfurecido al recibir un golpe doloroso.

De un salto, Mr. Cuss ganó la sala.

—¡Ahí viene, Bunting!—dijo entrando;—¡sálvese Ud.!

Mr. Bunting estaba en la ventana, tratando de hacerse un taparrabos con la alfombrilla y una manteleta con un número de la "West Surcrey Gazette".



El señor Marvel desapareció detras de la iglesia

—¡Quién viene?—dijo tan sobresaltado, que por milagro no soltó la alfombrilla.

—¡El hombre invisible!—dijo Cuss, y corrió hacia la ventana.—¡Haríamos bien en largarnos de aquí! ¡Tiene la locura de la lucha! ¡Eso es!

Y un momento después estaba en el patio.

—¡Santo cielo!—dijo Mr. Bunting, vacilando entre dos horribles alternativas. Oyó una temible lucha en el corredor de la posada y su decisión fué tomada "ipso facto". Saltó por la ventana, ajustóse sus raras ves-

tiduras y voló a través del pueblo con toda la rapidez de sus exiguas piernas.

. . . . . .

Desde el momento en que el hombre invisible lanzó su grito de rabia y Mr. Bunting emprendió su memorable huída por las calles de la población, es imposible dar una relación ordenada de los sucesos de Iping. Es muy probable que la primera intención del hombre invisible fuese la de cubrir la retirada de Mr. Marvel con los libros y la ropa. Pero su temperamento, en ninguna ocasión benigno, debió exacerbarse por algún golpe casual, y entonces empezó a descargar a diestro y siniestro por el solo placer de hacer daño.

El lector debe probar a representarse la calle llena de gente corriendo despavorida, el cierre de puertas y los combates para ganar un refugio. Debe representarse el tumulto yendo súbitamente a repercutir en el inestable equilibrio de la tabla y las dos sillas del viejo Fletcher, e imaginarse el cataclismo que resultaría. Debe imaginarse una espantada pareja caer desmayada en el columpio. Y después de pasar la tumultuosa corriente, la calle de Iping, con sus flámulas y gallardetes, del todo desierta excepto por la presencia del invisible rabioso, y salpicada de cocos, trozos de ropa y la desparramada mercancía de un confitero ambulante. En todas partes se oye un ruido de cerraduras, cerrojos y barras, y la única visible humanidad es algún ojo tímido, que desliza una furtiva mirada al exterior a través de un entreabierto postigo.



¡Detenedle!

El hombre invisible se entretuvo durante un rato rompiendo las ventanas de la posada, y después arrojó un farol del alumbrado dentro del gabinete de Mr. Grogeam. El debió ser el que cortó el hilo telegráfico un poco más allá de la granja de Higgins, en el camino de Adderdean. Y después de esto, como se lo permitían sus peculiares condiciones, salió por completo de la humana percepción, sin que en Iping fuera visto, oído ni sentido. Se desvaneció completamente.

Pero transcurrieron más de dos horas antes de que un sér humano se atreviera a asomar las narices en las desoladas calles de Iping.

CAPITULO XIII

Mr. Marvel discute su resignación

Cuando la obscuridad iba haciéndose en Iping, y la población comenzaba a asomar tímidamente las narices sobre el desolado aspecto de su festival, un hombre bajo y rechoncho con sucio sombrerillo de seda, caminaba penosamente a la luz del crepúsculo por detrás de un plantío de hayas en el camino que lleva a Bramblehurst. Llevaba tres libros, sujetos con cierta especie de elástica ligadura, que trascendía a artículo de vestir. Su rubicunda faz expresaba la consternación y el cansancio, y parecía impulsado por cierta espasmódica prisa. Iba acompañado de una voz, que no era la suya, y más de una vez brincaba al contacto de unas no vistas manos.

—Si intenta Ud. escapársenos otra vez—dijo la voz,—si volviera Ud. a tener la mala idea de escapar!...

—¡Señor!—exclamó Mr. Marvel.—¡Tengo ya este hombro maduro!

—¡Por mi honor—continuó la voz—que le mataba a Ud.!

—Yo no he tratado de escapar,—dijo Marvel con voz que no estaba muy lejos de las lágrimas.—juro que no. Unicamente que no

recordaba la dirección, eso es todo. ¡Cómo diablos la había de recordar! De todos modos he sido bien golpeado...

—Y lo será Ud. mucho más si se distrae, —dijo la voz. Mr. Marvel quedó repentinamente silencioso. Hinchó los carrillos, y en sus ojos se pintaba una elocuente desesperación.

—Ya era bastante que aquellos micos tratasen de sorprender mis pequeños secretos, sin que Ud. tratase de tomar el largo con mis libros. ¡Han tenido suerte poniendo la salvación en sus piernas! Y ahora... Nadie sabía que yo fuese invisible... ¿Y qué voy a hacer yo ahora?

—¿Y yo, qué voy a hacer? — preguntóse Marvel "sotto voce".

—Y ahora es público. ¡Saldrá en los periódicos! todo el mundo estará preparado, en guardia...

La voz rompió en una sarta de maldiciones, que pronto cesaron. La desesperación se acentuó en el rostro de Mr. Marvel, que disminuyó su paso.

—¡De prisa!—dijo la voz.

Entre las rojizas manchas del rostro de Mr. Marvel se entrevió un tinte lívido.



Mr. Bunting se arregló un traje improvisado

—¡No deje Ud. caer esos libros, estúpido! —dijo la voz con acritud.

—El hecho es—dijo la voz.—que yo necesito servirme de Ud.... Es Ud. un pobre instrumento, pero no puedo elegir.

—¡Yo soy un mísero instrumento!—dijo Marvel.

—En efecto—convino la voz.

—Soy el peor de los instrumentos que ha podido Ud. escoger,—añadió Marvel.

—No soy fuerte—dijo después de un silencio desanimador.

—¡No soy fuerte!—repitió.

—¿No?

—Y mi corazón es débil. Este pequeño negocio... lo he realizado, naturalmente. Pero... ¡Dios le bendiga!... no sé cómo he salido.

—¿Y qué?

—No tengo el nervio y la fuerza que se necesitan para esa suerte de cosas que Ud. quiere...

—Yo le estimularé a Ud.

—Preferiría que no. Preferiría no mezclar-

me en sus planes. Quisiera volver a mi vida de tranquila miseria...

—Será mejor que no—dijo la voz categóricamente.

—¡Quisiera morirme!—dijo Marvel.

—Esto no es justo—continuó.—Es preciso que Ud. admita... Paréceme que yo tengo un perfecto derecho...

—¡Camine Ud.!—dijo la voz.

Mr. Marvel aceleró el paso y durante un rato caminaron en silencio.

—¡Esto es admirablemente duro!—dijo Marvel, lo que fué enteramente ineficaz.

Probó otra táctica.

—¿Y qué voy ganando en todo esto?—empezó con tono de intolerable agravio.

—¡Oh! ¡Cállese Ud.!—dijo la voz con repentino vigor.—Todo se arreglará bien. Haga Ud. lo que se le ha dicho y todo se arreglará bien. Es Ud. un perdido y demás por el estilo, pero Ud. hará...

—Le digo a Ud., señor, que no soy el hombre a propósito. Respetuosamente... pero es así...

—¡Y yo le repito que si no se calla Ud. le voy a romper un hueso!—dijo el hombre invisible.—Necesito reflexionar.

Al poco rato dos destellos de luz amarillenta aparecieron entre los árboles, y la cuadrada torre de una iglesia se entrevió en las sombras.

—Tendré una mano sobre su hombro—dijo la voz—mientras atravesamos ese pueblo. Camine Ud. en derechura y no haga ninguna tontería. Le costaría cara.

—Ya lo sé—suspiró Marvel;—ya sé todo eso!

La figura de infeliz apariencia con su mugriento sombrerillo de seda, cruzó la calle principal del pueblo acarreando los libros, y se desvaneció en la sombra, a la salida.

CAPITULO XIV

En Port Stowe

Las diez de la mañana del siguiente día hallaron a Mr. Marvel desarrapado, sucio, cubierto de polvo, sentado, con las manos embutidas en los bolsillos, en el banco exterior de una pequeña hospedería en las afueras de Port Stowe. Parecía muy fatigado y nervioso, desazonado, e hinchaba los carrillos con desusada frecuencia. A sus pies estaban los libros, pero ahora atados con bramante. El lío había sido abandonado en el bosque de pinos inmediato a Bramblehurst, insiguiendo un cambio de plan del hombre invisible. Mr. Marvel estaba en el banco, y aun cuando nadie se fijase en él, su agitación era febril. Sus manos iban y venían a los diversos bolsillos de su equipo de una manera singular y curiosa.

Y así llevaba una hora aproximadamente, cuando un marinero de edad madura, portador de un periódico, salió de la hospedería y se sentó a su lado.

—¡Hermoso día!—dijo el marinero.

Mr. Marvel le miró con cierta especie de terror.

—Mucho—dijo.

—Precisamente el tiempo que debe hacer —dijo el marinro con seguro acento.

—Sin duda—dijo Mr. Marvel.

El marinero sacó un mondadientes y se absorbió en su faena sobre cosa de un minuto. Pero sus ojos, durante el intervalo, quedaban en libertad para observar la polvorienta figura de Mr. Marvel y los libros que éste tenía a sus pies. Al aproximarse a Mr. Marvel había oído así como ruido de dinero en los bolsillos. Le chocó el contraste del aspecto de Mr. Marvel con aquella sugestión de opulencia. Después sus ideas volvieron al sujeto que se había apoderado firmemente de su imaginación.

—¡Libros!—dijo de pronto, metiéndose el mondadientes en el bolsillo.

Mr. Marvel se estremeció y volvió sus ojos a los libros.

—¡Oh, sí... —dijo,—sí, son libros!

—En los libros suele haber cosas ex... traordinarias—dijo el marinero.

—Lo creo—dijo Mr. Marvel.

—Y fuera de ellos también hay cosas ex... traordinarias—repitió el marinero.

—Verdad, mucha verdad—dijo Mr. Marvel echando una mirada de reojo a su interlocutor.

—Por ejemplo, en los periódicos vienen a veces cosas ex... traordinarias—dijo el marinero.

—Así es.

—En este periódico, sin ir más lejos,—añadió el marinero.

—¡Ah!—hizo Mr. Marvel.

—Aquí trae una historia—prosiguió el marinero fijando en Mr. Marvel un ojo firme e intencionado;—la historia de un hombre invisible, por ejemplo.

Mr. Marvel alargó los labios lastimosamente, se rascó la barba y sintió que le ardían las orejas.

—¿Y dónde ha pasado eso?—preguntó débilmente.—¡En Australia o en América!

—Ni en una ni en otra, dijo el marinero. Aquí.

—¡Señor!—dijo Mr. Marvel, haciendo un movimiento.

—Cuando digo aquí—continuó el marinero



Se ocupó en golpear y voltear a todo el mundo

con gran alivio de Marvel,—no me refiero a este mismo lugar, naturalmente. Quiero decir en las cercanías.

—¡Un hombre invisible!—dijo Mr. Marvel.
—¿Y qué ha hecho?
—De todo—respondió el marinero, sin qui-



Hermosa idea, dijo el marinero.

tarle el ojo a Mr. Marvel, y luego amplificando,—toda suerte de cosas.

—Hace cuatro días que no leo un periódico —replicó Mr. Marvel.

—Ha salido de Iping—dijo el marinero.

—¡De... veras?—exclamó Mr. Marvel.

—De allí salió... pero nadie sabe a dónde ha ido. Aquí está: "Singulares ocurrencias en Iping". Y dice este papel que la evidencia es extraordinaria, fuerte, extra... ordinaria.

—¡Señor!—repitió Mr. Marvel.

—Y la historia es de lo más ex... traordinario. Aparecen como testimonios un cura y un médico... que le han visto propiamente... o cuando menos, que no le han visto. Residía, dice, en la hospedería llamada "Coche y Caballos", y nadie se había dado cuenta de su infortunio, así dice, de su infortunio, hasta que en un altercado ocurrido en la posada, dice, le cayeron los vendajes de la cabeza. Se observó que esta cabeza era invisible. Se intentó inmediatatamente apoderarse de él, pero, despojándose de sus ropas, dice, consiguió escaparse, pero no sin sostener una lucha desesperada, en la cual infirió graves golpes, dice, a nuestro digno alguacil Mr. J. A. Jaffers. ¡Una linda y curiosa historia, eh? Nombres y todo.

—¡Lord!—dijo Mr. Marvel, contemplándole ansiosamente tratando de contar el dinero de su bolsillo mediante un discreto tacto y poseído de una nueva y extraña idea.—¡Parece de lo más asombroso!

—¿Verdad? ¡Ex... traordinario le llamo yo! ¡Jamás había oído hablar de un hombre invisible, en la vida, pero en estos tiempos se oye hablar de unas cosas tan extra... ordinarias... que...

—¿Y eso es todo lo que ha hecho?—preguntó Mr. Marvel tratando de aparecer desembarazado.

—¿Acaso no es bastante?—repuso el marinero.

—¿Y no ha vuelto ya?—preguntó Marvel.—¿Se escapó y eso es todo?

—¡Todo!—exclamó el marinero.—¡Cómo!... ¿No le parece a Ud. bastante?

—Perfectamente bastante—dijo Marvel.

—Para mí es lo bastante—añadió el marinero;—y tan bastante.

—¿Y no tiene auxiliares... no dice si tiene auxiliares? — preguntó Mr. Marvel, ansioso.

—¿No es ya bastante con uno?—preguntó a su vez el marinero. — No, a Dios gracias, como pudiéramos decir, no tiene a nadie.

Movió lentamente la cabeza.

—Me asusta la sola idea de este individuo recorriendo la comarca... Evidentemente ahora va fugitivo, y, segun indicios, ha tomado el camino de Port Stowe... este camino, quiero decir. ¡Y ya ve Ud... estamos

aquí! Esta vez nada de esas maravillas de América. ¡Y fíjese Ud. en lo que puede hacer! ¿Quién se libra de él si le da el capricho de caer sobre uno? Suponiendo que quiere robar... ¿quién puede impedírselo? Puede robar, faltar a las leyes, pasearse entre un batallón de agentes con la misma facilidad que uno se paseara entre un grupo de ciegos. ¡Más fácilmente! Pues los ciegos tienen un oído muy fino, según dicen...

—Tiene tremendas ventajas, realmente — convino Mr. Marvel.—Y... bueno...

—Tiene Ud. razón—apoyó el marinero;—las tiene.

Durante todo este tiempo Mr. Marvel había estado mirando intensamente en torno suyo, escuchando los ruidos imperceptibles, tratando de entrever los movimientos más insignificantes. Parecía en el momento de una gran resolución; tosió detrás de la mano.

Miró de nuevo alrededor, escuchó, inclinóse hacia el marinero y bajó la voz.

—La verdad es... que yo sé una o dos cosas de ese hombre invisible.

—¡Oh!—dijo el marinero.—¿Usted?

—Sí—contestó Mr. Marvel;—yo.

—¿De veras?— exclamó el marinero. — ¿Y puedo preguntar?...

—Quedará Ud. asombrado—dijo Mr. Marvel por detrás de su mano. — ¡Es tremendo!

—¿De veras?—repitió el marinero.

—El hecho es...—empezó Mr. Marvel en voz baja y confidencial. De pronto su expresión cambió maravillosamente.

—¡Diablo!—gritó.

Dejó vivamente su asiento; su rostro expresaba el dolor contenido.

—¡Diablo!—repitió.

—¿Qué es ello?—preguntó el marinero intrigado.

—Jaqueca—dijo Mr. Marvel, llevándose una mano a la oreja. Luego tomó los libros. — Es necesario que me marche—dijo. Describió un extraño semicírculo en frente del banco.

—¿Pero Ud. iba a decirme algo sobre el hombre invisible?—protestó el marinero.

Mr. Marvel pareció consultarse.

—Un embuste—dijo una voz.

—Ni más ni menos que un embuste—repitió Mr. Marvel.

—¡Pero está en el periódico!—dijo el marinero.

—Embuste de todos modos—sostuvo Marvel.—Conozco al prójimo que ha inventado esa historia. No hay tal hombre invisible... Una farsa.

—¡Pero este papel!... ¿Intenta Ud. asegurar?...

—No hay una palabra de verdad—añadió Mr. Marvel resueltamente.

El marinero levantóse papel en mano. Mr. Marvel saltó hacia atrás.

—Espere Ud. un momento—dijo el marinero hablando lentamente.—¿Intenta Ud. decir?...

—Sí—contestó Mr. Marvel.

—¿Entonces porque ha permitido que le contase y refiriese toda esa historia? ¿Qué idea se llevaba Ud. dejando que un hombre esté hablando tonterías media hora, eh?



...Retrocediendo oblicuamente

Mr. Marvel hinchó los carrillos. El marinero se puso encarnado como un tomate y crispó las manos.

—He estado hablando cerca de media hora—dijo,—y Ud., pequeño andrajoso, hijo de un zapato viejo, no ha tenido siquiera la cortesía...

—¡Nada de groserías!—exclamó Mr. Marvel.

—¡Groserías! Cuando aún no ha dicho...

—¡Venga Ud.!—dijo una voz, y Mr. Marvel dió una súbita vuelta sobre sus pies y echó a andar de una manera ansiosa.

—Hace Ud. bien en largarse—dijo el marinero.

—¿Que yo me largo?—replicó Mr. Marvel, retrocediendo oblicuamente, con una singular expresión en su fisonomía y dando violentas sacudidas de vez en cuando. Al propio tiempo balbuceaba un monólogo de protestas y recriminaciones.

—¡Diablos del infierno!—dijo el marinero, ablertas las piernas y colgantes los brazos, observando aquella figura que cejaba.—¡Le enseñaré a Ud., viéjo loco, a que me tome por objeto de burla! ¡Aquí está en el periódico!

Mr. Marvel replicó incoherente y retrocediendo hasta ocultarse detrás de un recodo; el marinero permanecía vociferando en mitad del camino hasta que un vehículo le hizo apartarse a un lado. Entonces regresó a la posada.

—¡Hato de extraordinarios pollinos!—se dijo.—¡Y lo hacía para enfadarme... le he conocido el juego!... ¡Aquí está, en este papel!

Y bien pronto oyó hablar de otra cosa "extra... ordinaria" que había ocurrido a cuatro pasos de él. Y esto era la visión de un gran puñado de dinero corriendo sin visible agente a lo largo de la pared del huerto de San Miguel. Otro marinero había presenciado tan maravilloso espectáculo aquella misma mañana. Había corrido, corrido tras el dinero un rato y cuando creyó poderle la mano encima, recibió un golpe que le tendió en el suelo. Al levantarse, las monedas se habían desvanecido. Nuestro marinero, el del periódico, estaba en disposición de creerlo todo, pero aquello le pareció un poco fuerte. Después, ésto no obstante, meditó sobre todo el asunto.

La historia de aquel dinero aéreo era cierta. En toda la vecindad, desde la respetable Compañía "London and County Banking", a los cajones de tiendas y cafés—con las puertas de par en par aquel hermoso día—en todas, se había echado de menos dinero, substraído tranquila y diestramente, el cual había transitado a lo largo de las paredes y solitarias callejuelas, huyendo vivamente de las miradas de la gente. Y aun cuando nadie siguiera la pista, debió haber terminado su misterioso viaje en los bolsillos del agitado individuo del sombrero de seda, que estaba sentado aquella mañana en la puerta de la hospedería de las afueras de Port-Stowe.

Diez días después y cuando la historia de las ocurrencias de Burdock empezaba a envejecer, el marinero fué atando cabos y empezó a comprender cuán próximo había estado al maravilloso hombre invisible.

CAPITULO XV

El hombre que corría

Al caer de la tarde, el doctor Kemp estaba en su despacho, contemplando desde el mirador la colina que domina a Burdock. Era un agradable aposento, con tres ventanas—norte, éste y sur—y estantes repletos de libros y publicaciones científicas y una capaz mesa-escritorio, y debajo de la ventana norte, un microscopio, cristales, instrumentos diminutos, algunos cultivos y varios frascos de reactivos. La lámpara solar del doctor Kemp estaba encendida, aun cuando era bastante viva la luz del crepúsculo y las cortinas estaban descorridas, pues allí no había temor de miradas indiscretas. El doctor Kemp era un gallardo joven de alta estatura, de rubios cabellos y bigote casi blanco, y el trabajo que tenía entre manos le atraería, así lo esperaba, las simpatías de la "Royal Society", tanto era el elevado concepto que lo inspiraba.

Y sus ojos, apartándose de la labor, se fijaron en la luz del sol poniente, reflejándose en la falda de la colina que tenía en frente. Durante un minuto, quizás, permaneció, la pluma entre los labios, admirando el rico matiz dorado de la luz en la cima, y luego su atención fué distraída por la pequeña figura de un hombre, todo de negro, que corría por la falda de la colina en dirección a él. Era un individuo de exigua estatura, que llevaba un sombrero alto, y corría de tal modo que sus pies apenas tocaban el suelo.

—Otro de esos asnos—dijo el doctor Kemp. —Como el que vino esta mañana gritando: "¡Ahí viene el hombre invisible, señor!" No sé qué les da a esas gentes. Cualquiera se imaginaría en el siglo XIII.

Levantóse, se asomó a la ventana y se fijó en la polvorienta falda y en el hombrecillo que corría a lo largo de ella.

—Parece tener una condenada prisa—dijo



Tabernero, cochero y policeman dirigieron allí sus miradas

el doctor Kemp,—pero no adelanta lo que debiera. A llevar plomo en los bolsillos no podría correr con más embarazo.

—¡Un espolazo, amigo!—gritó el doctor Kemp.

Un momento después, la mas alta de las villas que estan enclavadas en la colina, ocultó la fugitiva figura. Fué visible un instante, pasado medio minuto, y luego sufrio tres eclipses detras de otras tantas quintas, hasta que desapareció definitivamente.

—¡Asnos! — dijo el doctor Kemp girando sobre sus talones y encaminándose a la mesa.

Pero los que vieron más de cerca al fugitivo, y se percataron del miedo que revelaba su sudorosa fisonomía, en mitad del camino, no participaron del desdén del doctor. Porque el hombre pesaba y al correr tintineaba como un bolsillo bien repleto al que se sacude en el aire. No miraba ni a derecha ni a izquierda, sino que sus ojos se dirigían abajo, donde las luces comenzaban a verse y la gente se reunía en la calle. Y su mal formada boca estaba torcida y una densa espuma asomaba a sus labios, y su respiración era entrecortada y jadeante. Todos los que topaban con él, se detenían, le contemplaban, y se interrogaban unos a otros con inquietud acerca del motivo de tanta prisa.

Y un minuto después, más arriba, un perro que se focilaba en el camino, ladró y corrió hacia su seto, y, a lo que les pareció, algo así como un viento, un ah, ah, ah, muy semejante a una respiración, se sintió cerca.

La gente gritó. Dejó la calle y el camino, precipitándose instintivamente hacia las casas. Se oyeron gritos en la calle antes de que Marvel hubiese llegado. Se cerraban y atrancaban las puertas tan pronto como se dieron las noticias. El fugitivo oyó el estrépito e hizo un último desesperado esfuerzo. El temor se propagaba, iba delante de él, y en un momento alcanzó las primeras casas.

—¡Ahí viene!... ¡El hombre invisible me sigue!... ¡El hombre invisible!

CAPITULO XVI

En los "Alegres Cricketers"

El local de "Los Alegres Cricketers" está justamente al pie de la colina, donde empieza la carretera. El tabernero, con los brazos apoyados sobre el mostrador, hablaba de caballos con un anémico cochero, en tanto que un hombre de barba negra, vestido de gris, comía galleta y queso, y sostenía en americano un diálogo indiferente con un policeman libre de servicio.

—¡Por qué gritarán?—dijo el anémico cochero, encaminándose a la ventana y tratando de mirar a través de la sucia y amarillenta cortina.

Alguien corría hacia allí.

—Fuego, quizás—dijo el tabernero.

Se oyeron pisadas próximas, la puerta fué empujada con violencia, y Marvel, lloroso y desgreñado, sin sombrero, roto el cuello de la chaqueta, se precipitó dentro, echó una mirada convulsiva e intentó cerrar la puerta.

—¡Ahí viene! — balbuceó, castañeteando sus dientes con terror.—¡Ahí viene! ¡El hombre invisible!... ¡Detrás de mí! ¡Por Dios santo! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Cerrad las puertas—dijo el policeman.—¿Quién viene? ¿Qué es ese alboroto?

Fué a la puerta y la cerró. El americano cerró la otra.

—¡Dejadme esconder!—gimió Mr. Marvel, casi sollozando, pero acarreando aún los libros. — ¡Dejadme esconder! ¡Encerradme en... cualquier parte! ¡Les digo que viene persiguiéndome! ¡He podido trasconejarme... pero me ha jurado que me matará... y me matará!

—Está Ud. seguro—dijo el hombre de la barba negra.—La puerta está cerrada. ¿Pero de qué se trata?

—¡Dejadme esconder!—dijo Marvel.

Y lanzó un agudo grito, al resonar en la puerta un golpe que la hizo crujir, seguido de un precipitado martilleo y de gritos.

—¡Hola!—gritó el policeman;—¿quién está ahí?

Mr. Marvel comenzó a dar frenéticas embestidas sobre todos los tableros que se le semejaban puertas.

—¡Me matará... lleva un cuchillo o algo así! ¡Por amor de Dios!

—Aquí puede Ud. meterse,—dijo el tabernero.—Venga Ud.

Y abrió la compuerta del mostrador.

Mr. Marvel se metió debajo a tiempo que de fuera volvían a llamar.

—¡No abrir!—gritó.—¡Les ruego que no abran! ¿Dónde me escondo?

—Así, pues, ¿es el hombre invisible?—preguntó el de la barba negra.—Sospecho que ya es hora de que lo veamos.

La ventana del bar fué repentinamente derribada, y se oyeron gritos y carreras en la calle. El policeman había permanecido atisbando por el ojo de la cerradura, y tratando de ver quién había detrás.

—Eso debe ser—dijo retirándose.

El tabernero estaba frente a la puerta de la salita, cerrada ahora detrás de Mr. Marvel; examinó la ventana medio derribada y se reunió a los dos parroquianos.

Todo quedó repentinamente silencioso.

—Siento no traer mi vara—dijo el policeman, encaminándose a la puerta con aire indeciso.—En cuanto abramos, se nos mete dentro. Nada podrá detenerle.

—No es necesario que nos precipitemos—dijo ansiosamente el anémico cochero.

—Quite Ud. las trancas—dijo el hombre de la barba negra,—y si entra...

Mostró un revólver que empuñaba.

—Eso no... —dijo el policeman,—eso sería un homicidio.

—Sé en qué país estoy,—replicó el de la barba;—pienso tirarle a las piernas. Quitad las trancas.

—No, no tiréis apuntándome a las espaldas,—dijo el tabernero, replegándose sobre el mostrador.

—Muy bien—dijo el hombre de la barba negra.

Y encaminándose a la puerta, preparado el revólver, quitó las trancas. Tabernero, cochero y policeman dirigieron allí sus miradas.

—¡Adelante!—dijo el de la barba negra, con voz no muy fuerte, retrocediendo sin quitar los ojos de la puerta entornada y pronto a hacer fuego.

Nadie entró, y la puerta permaneció cerrada. Cinco minutos después, cuando un segundo cochero asomó la cabeza cautelosamente, aún estaba a la expectativa, y un ansioso rostro sacó la cabeza fuera de la salita y dió nuevos informes.

—¿Están cerradas todas las puertas de la casa?—preguntó Mr. Marvel.—Estará dando vueltas alrededor... Es mañoso como un demonio.

—¡Dios santo!—exclamó el tabernero.—¡La puerta de atrás!—Y miró en torno suyo con desaliento.—¡Tenemos la puerta del patio!...

Oyóse la puerta de la salita cerrarse con violencia y rechinar la llave.

El tabernero se encaminó hacia las habitaciones de detrás.

(Continuará).